B
24
4

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA
Sala: B
Estante: 24
Número: 4

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
GRANADA
Sala B
Estante 015
Número 0

4204169 08

B. 35. 890

11-531

C. D. 391.

1867.

LA

MODA ELEGANTE

ILUSTRADA,

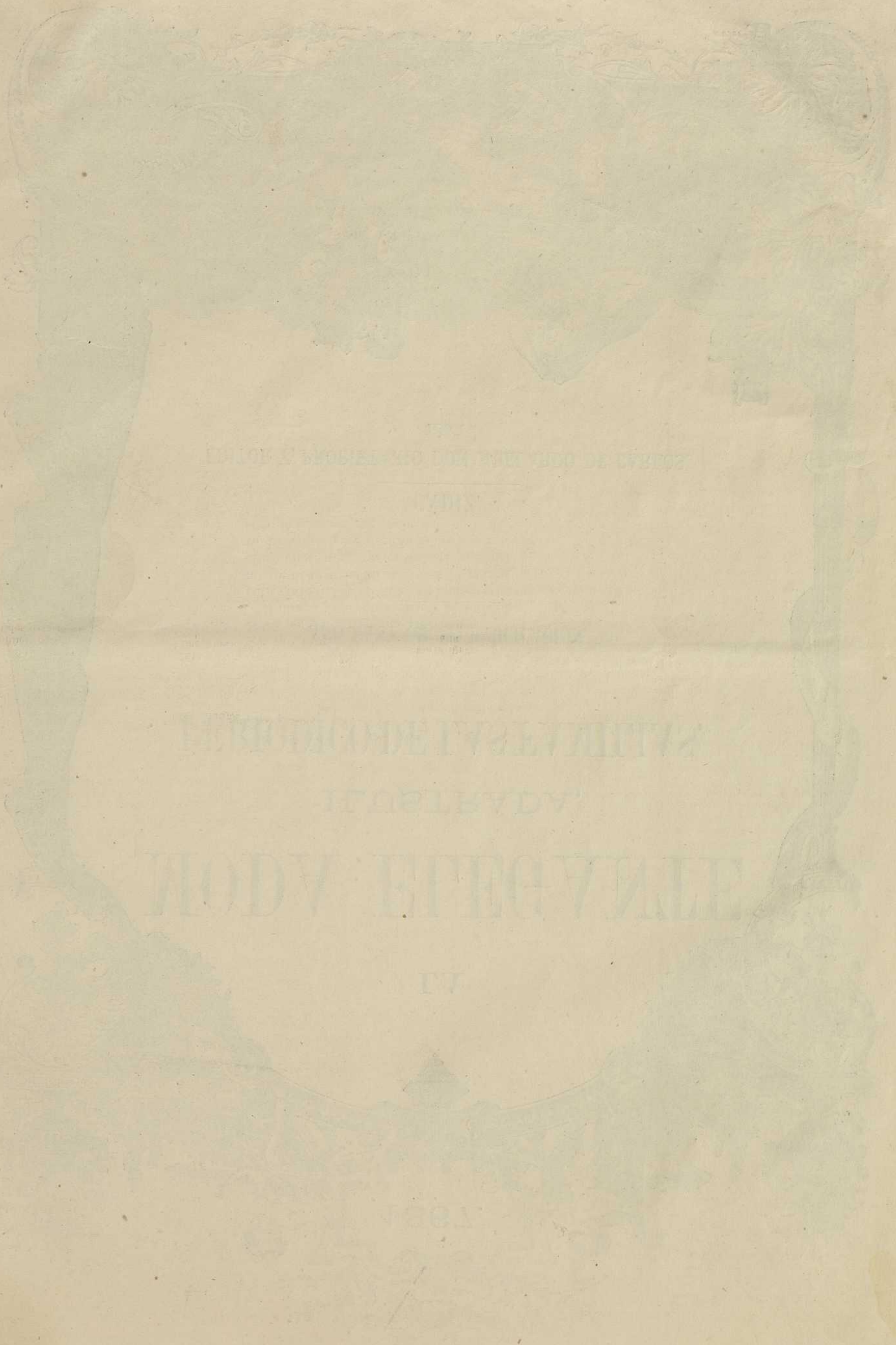
PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

AÑO XXVI DE SU PUBLICACION.

CADIZ.

EDITOR Y PROPIETARIO DON ABELARDO DE CARLOS.

1867.



AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 1.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs... Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs...Seis meses,65...Tres meses, 35... Un mes, 12.

Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs....Seis meses, 42... Tres meses, 22...Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

PROPIETARIO. **Don Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes.... Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Libreria de Don C. Bailly-Bailliere, plaza del Principe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tánago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Baux.
BUENOS AIRES, Don Federico Real y Prado.

Sumario.—A uuestros suscritores.— El arte de la costura. — Corpiño montante.—Tocado de velillo,— Escarpin á punto de aguja pará niño. —Fanchon de red.—Zapalilla de tapicería.—Puntos de aguja y de crochet, para colchas, capelinas, etc.—Orla de trencilla ó cuentas.—Capucha para señorita.—Bufanda á punto de aguja.—Encage de guipur sobre red.— Dos encages al crochet.—Enagua interior de paño.—Trage de raso negro. – Enagua interior de cachemira encarnada.— Entredos á punto de aguja.—El amor filial.—Año nuevo.— Explicacion del figurin.—Charada.

CORPIÑO MONTANTE.

A NUESTROS SUSCRITORES.

La Moda Elegante, al inaugurar el vigésimo sesto año de su vida periodística, juzga un deber suyo el consagrar las primeras líneas del presente número á sus benévolos suscritores. A los que la han favorecido constantes hace largo tiempo los saluda con gratitud; á los nuevos les da la mas cordial bienvenida, y á unos y á otros les ofrece que en cuanto dependa del esfuerzo humano, no verán defraudadas sus esperanzas. La Moda espera ser, por lo menos, lo que ha sido hasta aquí: de su porvenir responde su pasado.

Honrada esta publicacion con el favor y patrocinio del bello sexo, á quien especialmente dedica sus tareas, lleva de vida veinticinco años, mientras que entre esos otros periódicos que se consagran á los intereses del sexo masculino, ninguno ha logrado alcanzar tan larga existencia: esto es una prueba mas, sobre otras muchas, de la constancia de esa hermosa mitad del género humano, á la que tan injustamente detractan los que han tenido la mala suerte de no haberla conseguido agradar.

EL

ARTE DE LA COSTURA.

Véanse las páginas 179, 193, 257, 313 del año próximo pasado.

V.

Dobladillo arrollado.— Se hacen muchas veces en la ropa blanca dobladillos no *planos*, sino redondos, así los *cuerpos de camiseta*, etc., llevan frecuentemente, en vez de costuras comunes, dobladillos arrollados. Se ejecutan estos arrollando el excedente de la tela, despues de hecha la costura, entre el índice y el pulgar de la mano izquierda en vez de doblarlo y aplastarlo como en los dobladillos comunes. —Se debe arrollar por porciones muy pequeñas, y los puntos deben fijar inmediatamente el rollo. Consúltese el dibujo que se halla en la página 4 de este número.

Punto por cima arrollado. — Se le emplea con mucha frecuencia en la ropa blanca y en general para todas las telas muy ligeras, cuando se trata de fruncirlas. Se arrolla el punto por cima como acaba de indicarse para el dobladillo; pero en vez de hacer los puntos por debajo se hacen por encima, picando siempre la aguja de atras adelante, á distancias tan iguales como sea posible. Estos puntos no se hacen muy próximos unos á otros, y se tira del hilo despues de haber hecho tres ó cuatro de ellos, formando así los fruncidos necesarios.

CORPIÑO MONTANTE (VISTO POR DETRAS).

Fruncidos comunes. —En la ropa blanca es raro que se hagan fruncidos dobles; la hebra se fija por un nudo en el extremo de la tela; se sujeta esta sobre la almohadilla con la mano derecha, y se desliza la aguja de derecha á izquierda, tomando tres hilos *por encima* de la aguja, otros tantos por debajo, y continuándo de este modo.

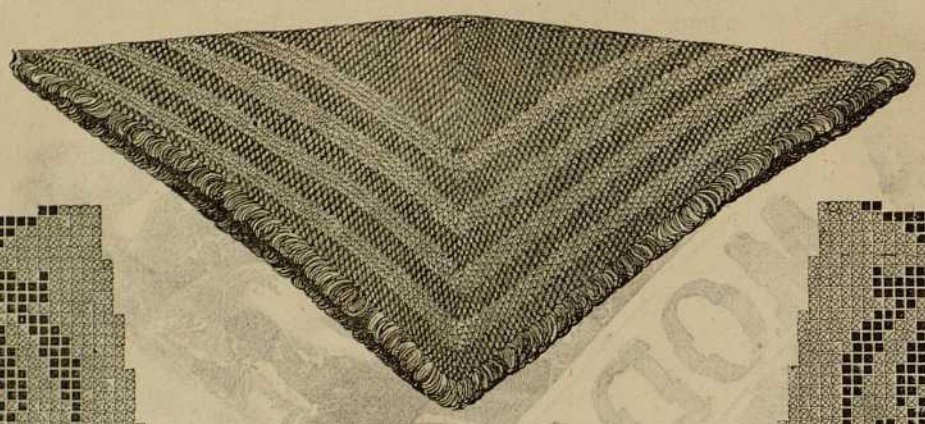
Fruncidos dobles.—Se procede del mismo modo

Acompaña á este número el primer patron ilustrado del presente año.

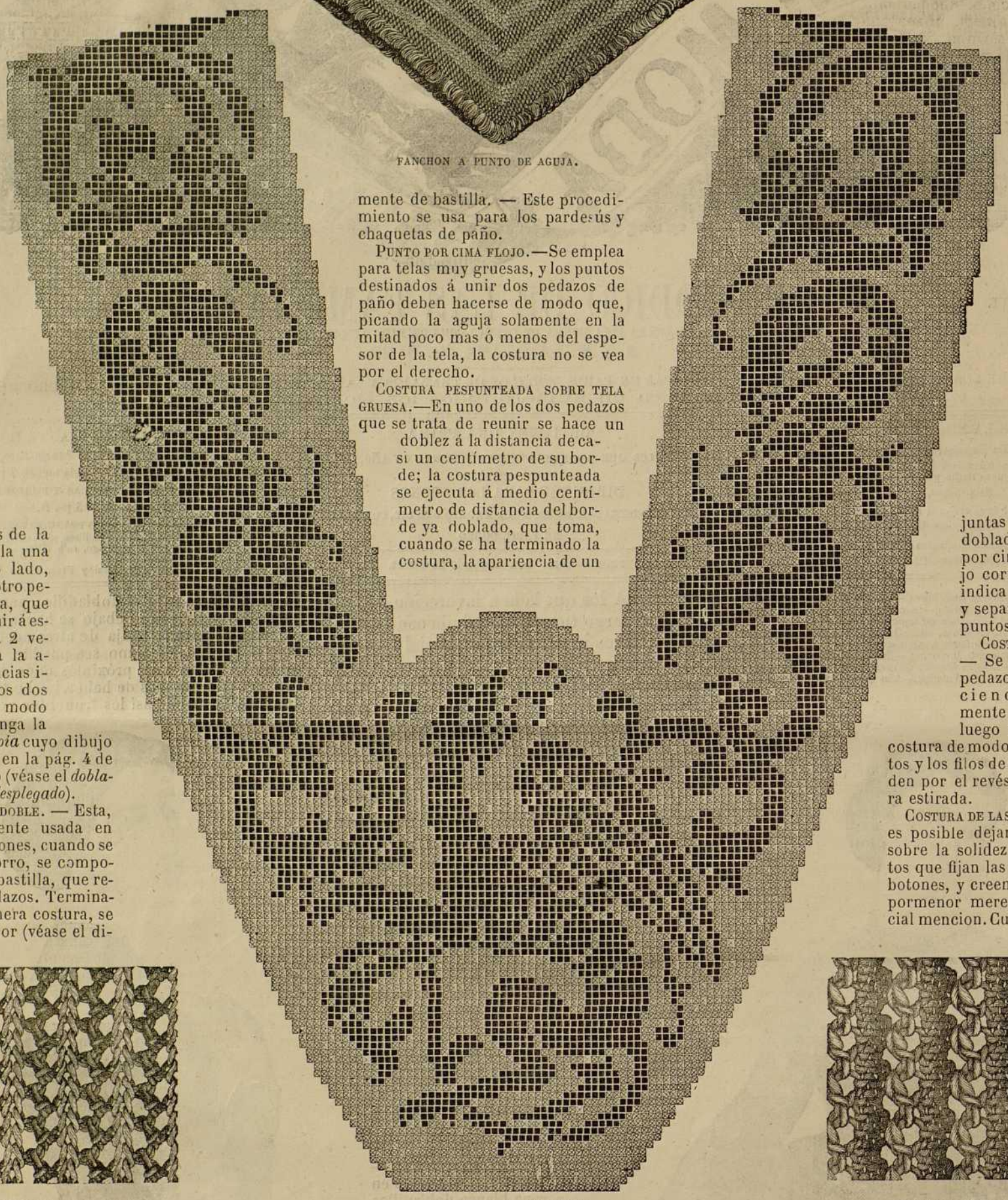
que para las anteriores, pero no se tira de las hebras aisladamente. — Cuando están hechos los dos frunci-dos, se tira de las dos hebras á la vez y todo ello se iguala por medio de una aguja relativamente fuerte.

DOBLADILLO Ó COSTURA DOBLE. — Uno de los lados de la tela se dobla una vez, el otro lado, es decir, el otro pedazo de tela, que se quiere unir á este, se dobla 2 veces. Se pica la aguja á distancias iguales en los dos pedazos, de modo que se obtenga la costura *limpia* cuyo dibujo publicamos en la pág. 4 de este número (véase el *dobladillo doble desplegado*).

COSTURA DOBLE. — Esta, frecuentemente usada en las confecciones, cuando se hacen sin forro, se compone de una bastilla, que reune dos pedazos. Terminada esta primera costura, se vuelve la labor (véase el dibujo que representa la costura doble desplegada), de modo que los sobrantes de la tela queden por dentro; luego se reunen por segunda vez los dos pedazos haciendo, á medio centímet. de distancia de la primera costura, una segunda igualmente de bastilla. — Este procedimiento se usa para los pardesús y chaquetas de paño.



FANCHON A PUNTO DE AGUJA.



ZAPATILLA DE TAPICERIA.

PUNTO POR CIMA FLOJO.—Se emplea para telas muy gruesas, y los puntos destinados á unir dos pedazos de paño deben hacerse de modo que, picando la aguja solamente en la mitad poco mas ó menos del espesor de la tela, la costura no se vea por el derecho.

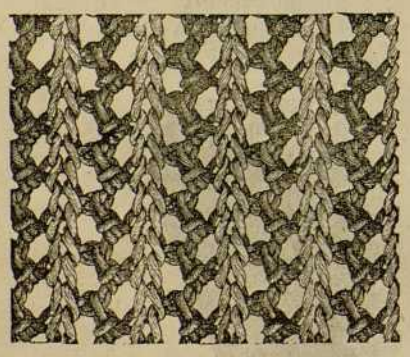
COSTURA PESPUNTEADA SOBRE TELA GRUESA.—En uno de los dos pedazos que se trata de reunir se hace un doblez á la distancia de casi un centímetro de su borde; la costura pespunteada se ejecuta á medio centímetro de distancia del borde ya doblado, que toma, cuando se ha terminado la costura, la apariencia de un vivo, ya con cordon dentro ó ya sin él. (Véase el dibujo en la página 4).

DOBLADILLO-PUNTO POR CIMA.—Cuando se quiere, por ejemplo, reunir por sus contornos una tela cualquiera y su forro, se doblan hácia adentro los bordes de ámbas telas y se las cose juntas haciendo un dobladillo-punto por cima. El dibujo correspondiente indica la direccion y separacion de los puntos.

COSTURA VUELTA. — Se reunen dos pedazos de tela haciendo primeramente una bastilla, luego se vuelve la costura de modo que los puntos y los filos de las telas queden por el revés de la costura estirada.

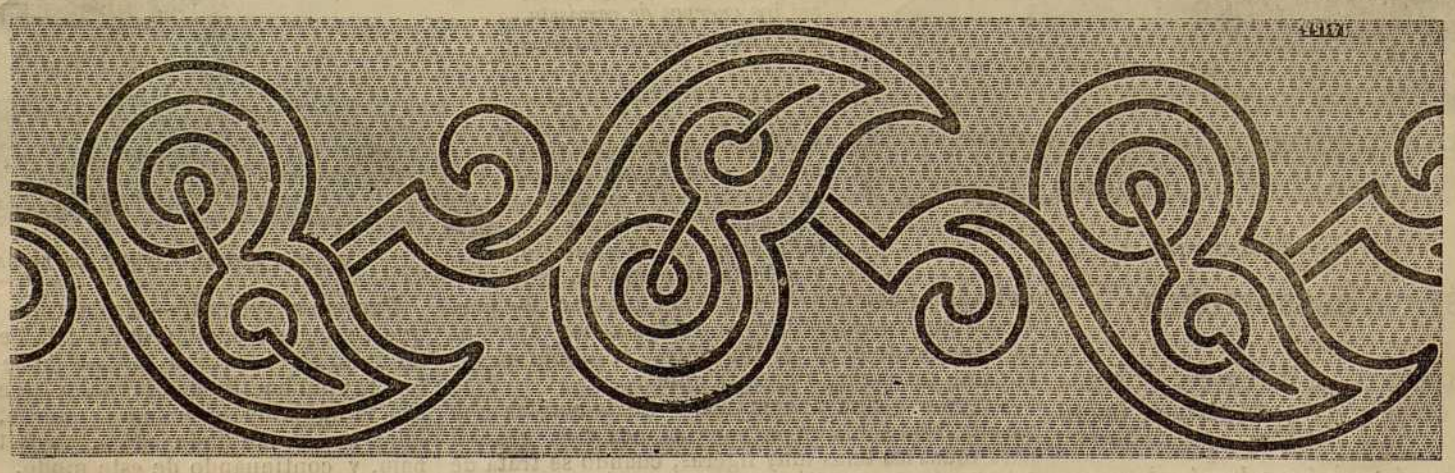
COSTURA DE LAS CINTAS.—No es posible dejar de insistir sobre la solidez de los puntos que fijan las cintas y los botones, y creemos que este pormenor merece una especial mencion. Cuando se quiere poner una cinta sobre un dobladillo, y cuando se la examina por el revés de la labor, presenta el aspecto del dibujo.

Se dobla la cinta por encima del dobladillo, y se la pespuntea por segunda vez al estremo del mismo (véase el dibujo que re-



PUNTO DE AGUJA N.° 1.

PUNTO DE AGUJA N.° 2.

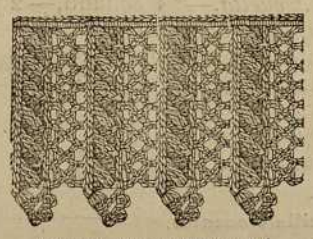


ORLA DE TRENCILLA.

TOCADO VELILLO.

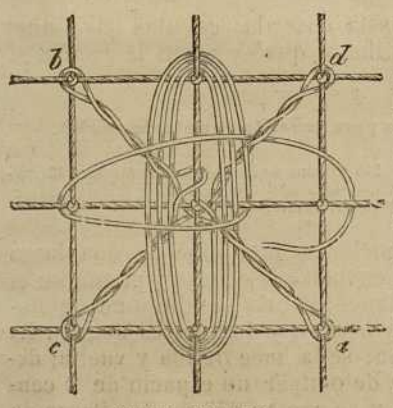
presenta la costura de cinta por el derecho). Se sabe que la costura pespunteada se hace siempre por el derecho.

COSTURA DE UNA CINTA SOBRE LA TÉLA. — Se la cose primeramente á punto atrás, luego se la vuelve y se la pespuntea por sus otros tres lados.



ENCAGE AL CROCHET N.° 1.

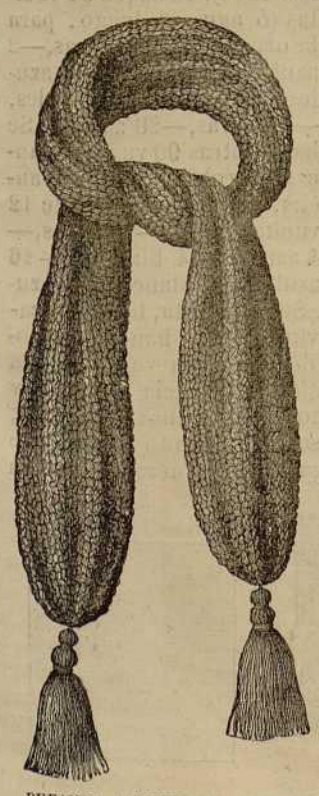
COSTURA DE LAS BALLENAS—Para fijar las ballenas se hace, con seda ó con hilo muy fuerte, bien un abanico (véase la parte superior del dibujo), bien una cruz (véase la parte inferior del mismo); se atraviesan las ballenas con un punzon para pasar por ellas la aguja. — Todos los puntos deben hacerse hácia un mismo lado para cada direccion (véase el dibujo en la pág. 4).



PRIMER DETALLE.

COSTURA DE LOS BOTONES.— Cuando se quiere fijar un boton de lienzo, se hacen dos ó tres puntos en el sitio que ha de ocupar, luego se pica la aguja de abajo arriba, á través del medio del boton. Partiendo de este centro, se hacen así puntos en forma de rayos, á distancias iguales.

Para los demás botones se hace en el medio un circulito compuesto de puntos atrás; se pasa la hebra á través de la tela y del boton, se rodea este muchas veces por debajo con el hilo ó la seda, y se pica otras muchas veces en la tela en el círculo del boton formado por los puntos atrás, y en la hebra envuelta por debajo del boton.



BUFANDA A PUNTO DE AGUJA.

Corpiño montante.

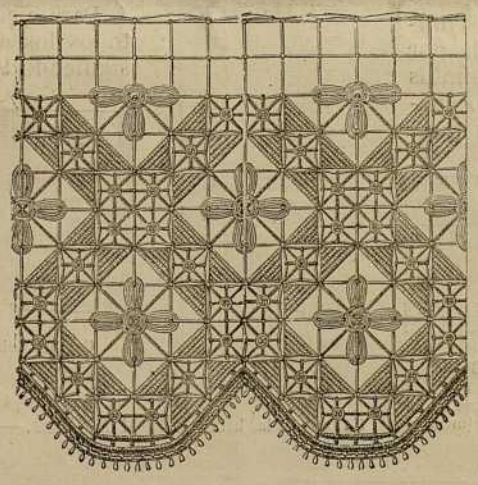
Este corpiño (véase en la 1.ª página) representa una fusion entre los diversos géneros que están actualmente de moda: por delante reproduce el efecto de un cinturon, mientras que por los costados tiene algo de pélum, y por detrás algo de faldon. El trage es de seda color castaño, con florecillas tegidas de color amarillo de oro; para guarnicion cintas estrechas de terciopelo castaño muy oscuro.

Tocado de velillo.

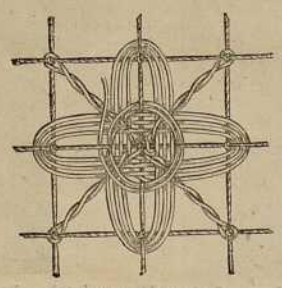
Este tocado, muy fácil de imitar, se compone de dos rulós de tafetan negro, adornado con trenzas y botones de paja, con un encage ancho negro, y de rosas color de azufre.

Para hacer el ruló de delante, se corta en tul negro doble una tira de 46 centímetros de largo, de 4 de ancho en su medio y de 2 en cada extremo. Se viste esta tira con tafetan negro, bordado de botoncitos de paja, disponiéndolo de modo que el tafetan, oprimido de trecho en trecho por la trenza de paja, forme bullonados.

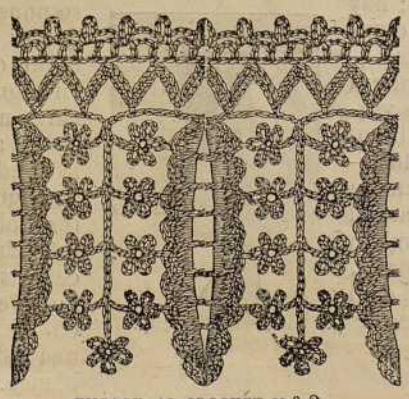
El segundo ruló, que se vé va ligado á este, tiene 24 centímetros de largo y 2 de ancho; el encage que va unido á él tiene 90 centímetros de largo y 8 de ancho; se le realza con una tira de tul negro, que lleva hasta 14 centímetros de su altura total. El ramo se coloca como indica el dibujo.



ENCAGE DE GUIPUR SOBRE RED.



2.° DETALLE.



ENCAGE AL CROCHET N.° 2.

Escarpin á punto de aguja para niño.

MATERIALES. — Para el par; 24 gramos de lana céfiro rosa; otro tanto de la misma lána blanca; agujas gruesas de acero.

El pié, que es rosa, va unido á la caña, que es blanca; se principia por el borde dentado de esta caña.

Lana rosa.—Se arman 96 puntos divididos entre 4 agujas y se trabaja en redondo.

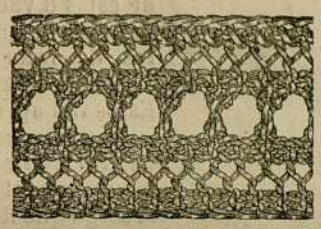
1.ª y 2.ª *vuelta*, al revés.—Lana blanca.

3.ª *vuelta*.—Al derecho.

4.ª *vuelta*.—* 4 puntos al derecho,—1 echado,—1 al derecho,—1 echado,—4 al derecho,—3 hechos juntos.— Vuélvase 7 veces desde *.

5.ª *vuelta*.—Al derecho. Todos los echados de la vuelta anterior se hacen como puntos; en los sitios en que se ha menguado, es decir, hechos 3 puntos juntos, se hacen otros 3 iguales, de modo que el menguado de la vuelta anterior se encuentre en medio de los 3 puntos que se hacen juntos en esta 5.ª vuelta.

6.ª y 7.ª *vuelta*.—Como la 5.ª



ENTREDOS A PUNTO DE AGUJA.

8.ª *vuelta*. —Al derecho.—Deben quedar 48 puntos.

Lana rosa.—9.ª *vuelta*.—Al derecho.

10.ª y 11.ª *vuelta*.—Al revés.

Lana blanca. — 12.ª *vuelta*.—Al derecho.

13.ª á 30.ª *vuelta*. — Alternativamente uno al revés y uno hecho al sesgo.

Lana rosa. — 31.ª *vuelta*— Al derecho.

32.ª y 33.ª *vuelta*. —Al revés.

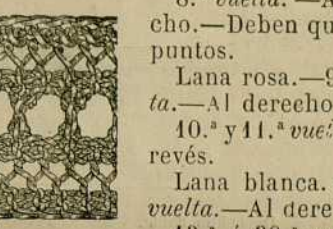
Lana blanca—34.ª *vuelta*— Al derecho.

35.ª *vuelta*. — Alternativamente 1 echado y dos puntos hechos juntos; en la vuelta siguiente cada echado se hace como un punto.

Lana rosa. — 36.ª *vuelta*— Al derecho.

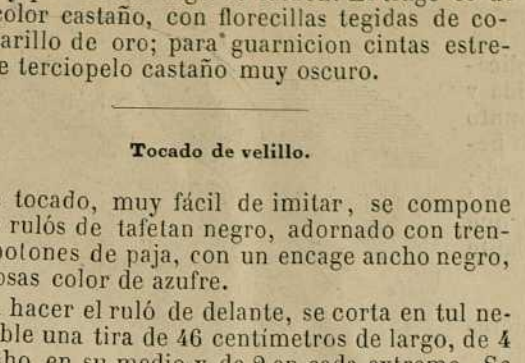
37.ª y 38.ª *vuelta*.—Al revés.

Lana blanca. —39.ª á 47.ª *vuelta*. — Se hacen alternativamente un punto al revés y se levanta el punto siguiente como si se le quisiera hacer al revés, quedando la hebra del ovillo delante del punto que se levanta; en la vuelta siguiente hay que cuidar de que los puntos levantados estén contrapuestos.— Se cuentan 18 puntos para la punta de delante, de la parte que imita una media (se dejan por consiguiente 30 puntos), y se trabaja sobre estos 18 puntos de ida y vuelta.



TERCER DETALLE.

ESCARPIN A PUNTO DE AGUJA.



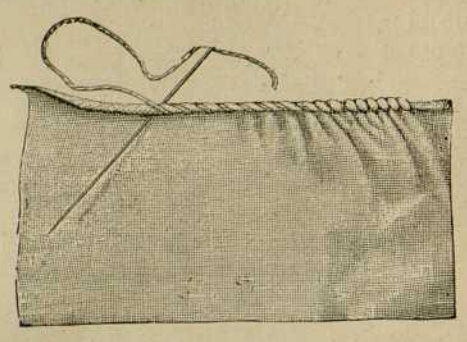
CAPUCHA PARA SEÑORITA.

Lana rosa.—48.ª *vuelta*.—Al derecho.
49.ª *vuelta*.—Al revés.
50.ª *vuelta*.—Al derecho.

Lana blanca.—51.ª á 85.ª *vuelta*, con el dibujo explicado para la 39.ª; pero como se trabaja siempre de ida y vuelta, se debe. por el revés de la labor, hacer el punto al derecho, mientras que junto al punto levantado, la hebra debe encontrarse no delante, sino detrás. Además, se debe menguar un punto al principio y al fin de la 84.ª y de la 85.ª vueltas, así como en el medio, de modo que la 85.ª vuelta tenga solo 13 puntos. De aquí en adelante se trabaja con la lana rosa.

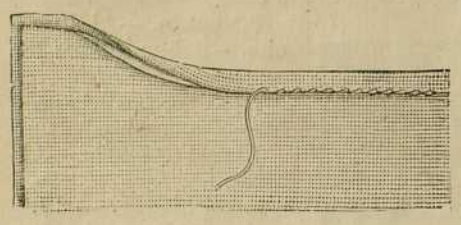
86.ª *vuelta*.—Al derecho.

87.ª *vuelta*.—Uno al derecho,—2 al revés,—1 al derecho,—2 al revés,—1 al derecho,—2 al revés,—1 al derecho,—2 al revés,—1 al derecho. Se repiten otras 3 veces las dos últimas, y luego se hace la 94.ª vuelta al derecho y menguando un punto en cada estremo.

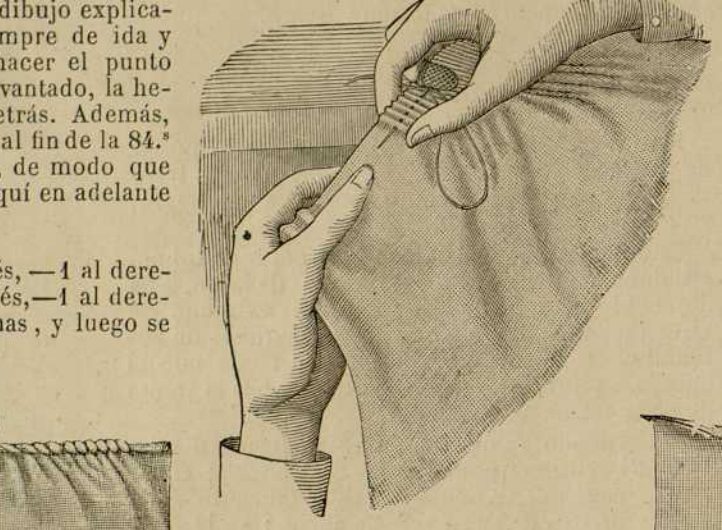


Punto por cima arrollado.

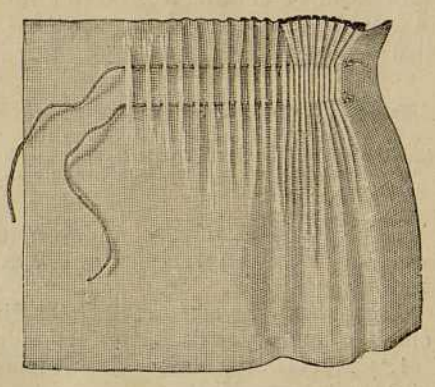
Se trabaja todo al rededor de la labor, levantando en una aguja todos los puntos de orilla de la punta que se acaba de hacer; los 30 puntos abandonados se vuelven á tomar, y se dividen todos estos puntos entre cuatro agujas; se labra de nuevo en redondo, y se hacen primero 20 vueltas, alternativamente una al derecho y otra al revés. En las dos últimas vueltas que se hacen al derecho, se debe menguar dos veces seguidas en el medio de detrás del pié. Se hacen en seguida 8 vueltas al derecho, y en cada 2.ª vuelta se mengua 2 veces en el medio de delante del pié; en la 1.ª de estas 8 vueltas debe haber 9 puntos de intervalo entre los 2 menguados. Estos van aproximándose en un punto en las vueltas siguientes y forman por tanto 2 líneas al sesgo que llegan á juntarse. Al desmontar despues de estas 8 vueltas, se hacen al revés 2 puntos opuestos juntos.—La parte inferior de la caña de la media va rodeada por una tira rosa, de relieve, para la cual se toman todos los puntos rosa de la primera vuelta del pié, y se labran en redondo cuatro vueltas al derecho; pero de modo que el revés de los puntos esté por el derecho de la labor; — se desmonta muy apretado. No queda mas que pasar por la vuelta calada de la media un cordon de 36 centímetros de largo, hecho con dos hebras rosa y dos blancas, terminadas en una borlita de ámbos colores.



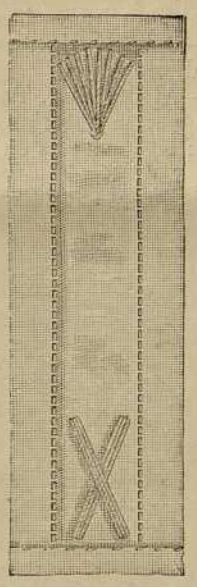
Dobladillo doble.



FRUNCIDOS COMUNES.



FRUNCIDOS DOBLES.



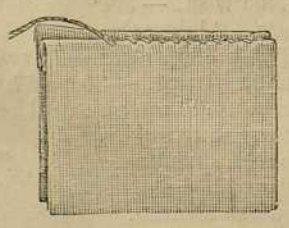
Costura de las ballenas.

Dobladillo desplegado.

Fanchon de red.

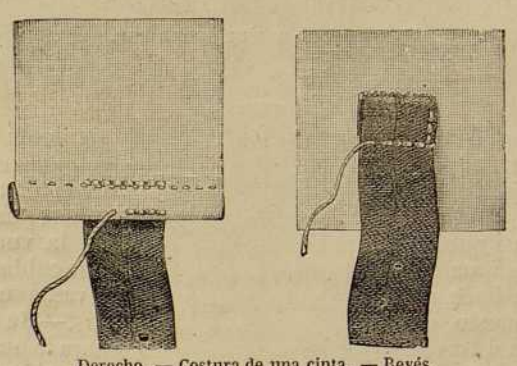
MATERIALES.—130 gramos de lana inglesa (lo mas fina posible) violeta; 64 gramos de la misma lana blanca; un molde de red de centímetro y medio de circunferencia (medida da con un cabo hilo), otro molde de 4 centímetros de circunferencia.

Esta fanchon puede servir para preservar el cuello ó la cabeza; se compone de un fondo cuadrado de lana violeta, y de una orla listada blanca y violeta, que termina por flecos de estos dos colores.

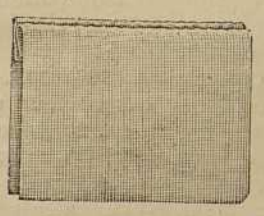


Doble punto por cima.

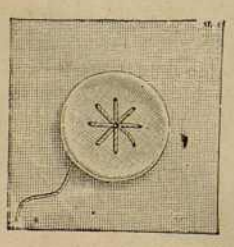
Se principia la fanchon por el medio armando 4 puntos con la lana violeta sobre el molde fino; las mallas se reumen en círculo. En la 1.ª vuelta se aumenta una malla en cada malla; el número de vueltas es de 80; se hacen 2 mallas en cada una de estas aumentadas, que son mas pequeñas que las otras; cada vuelta tiene pues 4 mallas mas; hay 164 en la 40.ª vuelta. Con la 41.ª principia la orla, que se compone de 4 listas blancas y 4 violetas. Cada lista tiene 5 vueltas.—Cuando se ha terminado la 80.ª vuelta, se ponen en la lanzadera tres hebras violetas y dos blancas; con esta hebra así formada se hace, para el fleco, una malla en cada malla, empleando el molde grueso.



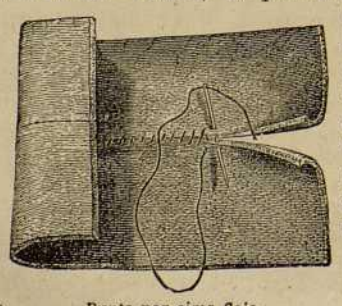
Derecho. — Costura de una cinta. — Revés.



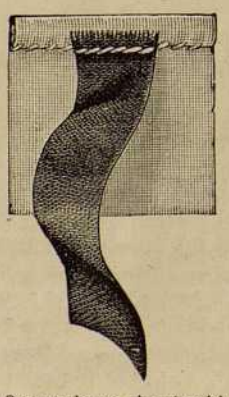
Costura vuelta.



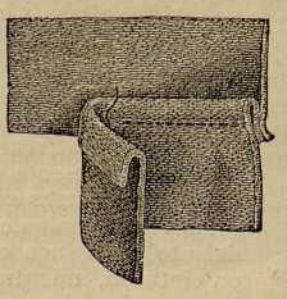
Costura de un boton de lienzo.



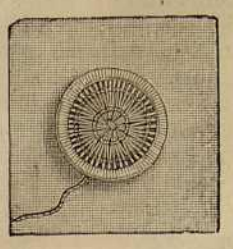
Punto por cima flojo.



Costura de una cinta (revés)



Costura pespunteada sobre tela gruesa.



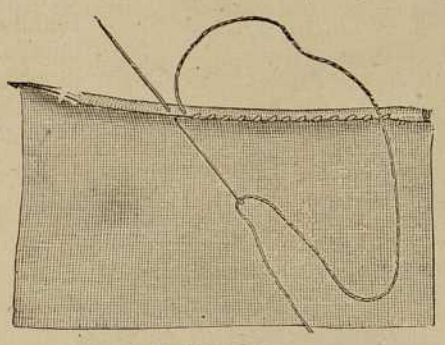
Costura de un boton.

Zapatilla de tapicería.

Se puede hacer el dibujo en negro sobre fondo encarnado, en encarnado sobre fondo color castaño; pero será mas distinguido si se escogen dos tintas que corten fuertemente, y que pertenezcan al mismo color; gris-azul oscuro, por ejemplo, y gris-azul claro para el fondo. Puede tambien hacerse el dibujo en seda y el fondo en lana.

Puntos de aguja y de crochet para colchas, capelinas, chales pequeños, etc.

N.º 1.—PUNTO DE AGUJA. — 1.ª *vuelta*. — Enteramente al derecho; el primer punto de cada vuelta se levanta sin hacerse; el último de los puntos se hace al revés y como sucede en la labor del número siguiente, no volveremos á mencionar estos 2 puntos en el curso de ámbas explicaciones.



Dobladillo arrollado.

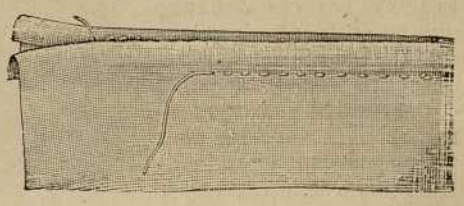
2.ª *vuelta*.—* dos al revés,—2 hechos juntos al sesgo,—1 echado.—Vuélvase desde *.

3.ª *vuelta*.—Al derecho; cada echado se hace como un punto.—La 4.ª *vuelta* como la 2.ª, pero ahora se hace el echado no despues, sino antes de los 2 puntos hechos juntos al sesgo.

N.º 2.—PUNTO DE AGUJA. — 1.ª *vuelta*. —* 1 punto al derecho, —1 echado, — 2 puntos hechos juntos al derecho. — Vuélvase desde *.

2.ª *vuelta*.—* 1 echado,—2 puntos hechos juntos al derecho (es decir, 1 punto y 1 echado de la vuelta anterior),—1 al revés.—Vuélvase desde *.

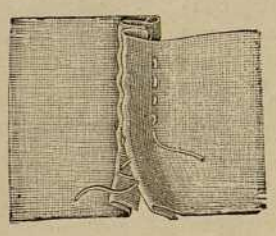
Estas dos vueltas se repiten alternativamente.



Costura doble.

Orla de trencilla ó cuentas.

Para ejecutar con cuentas todos los dibujos de la trencilla, basta coser las cuentas dos á dos, siguiendo todos los contornos del dibujo, que se vé en la página 2.



Costura doble desplegada.

Capucha para señorita (punto de aguja).

MATERIALES.- 115 gramos de lana plumazon blanca; 32 gramos de la misma lana azul; un poco de la misma lana negra; agujas finas de madera.

Esta capucha se compone de una larga banda que envuelve la cabeza y el cuello; el fondo es blanco; la orla se compone de listas azules y negras, y de lunares negros. La labor es lisa, se la hace de ida y vuelta; debe ser floja y elástica; 3 puntos han de ocupar un espacio de 2 centímetros.—Se toma la lana blanca, y se arman 275 puntos (largo de la banda); se hacen 94 vueltas (ó agujas), luego, para la orla 2 vueltas negras,—2 azules,—2 blancas,—6 azules,—2 blancas,—2 azules,—2 negras,—20 azules. Se hacen otras 90 vueltas blancas (forro), luego la orla ancha, que se compone de 12 vueltas azules,—2 negras,—4 azules,—4 blancas, —16 azules,—4 blancas,—4 azules,—2 negras,—44 azules. Se desmonta, tomando cada vez un punto de la 1.ª vuelta de la banda, de modo que esta se encuentre doble; se la vuelve, á fin de que la vuelta desmontada caiga hácia adentro, y se ponen uno sobre otro los fondos blancos. La orla mas ancha azul, que es la que rodea el rostro, se dobla sobre el fondo blanco, de modo que las listas blancas y negras caigan hácia afuera; se bordan en seguida los lunares negros, picando á través de la banda y del forro; iguales lunares sobre la orla estrecha. Se fruncen los dos extremos de la labor y en ellos se pone una borla azul y blanca.

Bufanda á punto de aguja.

MATERIALFS.—32 gramos de lana inglesa (lo mas fina posible) blanca, ó azul, ó paja; agujas grussas de acero, ó finas de madera.

Esta bufanda, muy lijera y muy elástica, se principia por 63 puntos, sobre los cuales se hacen 210 vueltas. Los puntos de la última vuelta, como los de la 1.ª, se ensartan sobre una hebra de lana, por medio de la cual se fruncen los dos extremos, colocando en ellos dos borlas.

Encage de guipur sobre red.

MATERIALES.—Hilo de los números 60 y 100.

Se podrá emplear este encage para guarnicion de mantel de altar, de cortinas, de cubre-piés, etc.

Se hace primeramente una tira de red del largo y del ancho que sea preciso. Para hacer esta tira, se toma hilo del n.º 60, un molde del grueso necesario para formar mallas de tamaño ignal á las del dibujo, y se arman 2 mallas: se ejecutan 11 vueltas, aumentando una malla al fin de cada vuelta, de modo que la última de estas se componga de 11 cuadros; por cima se hace una vuelta sobre el mismo número de cuadros, luego se continúa la labor hasta tener un largo que se necesite, aumentando una malla al fin de una vuelta, y disminuyendo otra al fin de la siguiente, y así se sigue alternando. En el extremo de la tira se procede como al principio, pero en sentido inverso, por consiguiente se disminuye una malla al fin de cada vuelta; se estiende una parte de esta tira sobre hule ó sobre un bastidor, luego se ejecuta el guipur empleando hilo del n.º 100, y principiando por las cruces que figuran en el centro de un cuadro (véanse los detalles 1 y 2). Se fija el hilo en el nudo del medio (véase el detalle n.º 1), y se estiende la hebra en las cuatro direcciones, siguiendo la direccion indicada por las letras, de *a* á *b*, etc. Cuando la cruz está formada, se lleva el hilo haciéndole girar tres veces al rededor de la barreta del medio, luego lo mismo para la barreta que cruza á esta, y para el centro de la cruz. Las cruces del borde superior solo tienen tres brazos.

Las partes mates de las líneas que sirven como de marco á las cruces se ejecutan con arreglo á las indicaciones del detalle n.º 3. Se forma primeramente la rueda (véase el cuadro superior de la izquierda en el detalle n.º 3); desde la division marcada por un punto, se va á formar la rueda del medio, luego haciendo girar al hilo sobre sí mismo, se le lleva hácia la pequeña cruz, se le trae debajo de la rueda, donde se le fija. El triángulo mate se hace á punto de feston de ida y vuelta. La primera fila se ejecuta de *a* á *b* sobre el hilo que se ha estendido al sesgo.

Cuando la labor de guipur se ha terminado, se recorta la red siguiendo los contornos inferiores dentados del dibujo; sobre estos contornos se hace un feston al cual se pegan piquillos de encage, ó bien se ejecuta al crochet, con el hilo del n.º 100, una vuelta de bridas, separadas por 2 puntos en el aire, luego una vuelta de puntos sencillos con los piquillos; para estos se deja deslizar fuera del crochet cada segundo punto; se pica el crochet en el punto que se encuentra enteramente debajo, se hace allí un punto sencillo,—otro sencillo en el punto mas próximo de la vuelta anterior, y así sucesivamente.

Encage al crochet n. 1.

Se hace este encage *atravesado* de ida y vuelta, picando siempre el crochet en el lado de detrás del punto correspondiente. Se principia por una cadeneta de 26 puntos.

1.ª *vuelta* —Se pasa el último punto, y se hace uno en cada punto.

2.ª *vuelta*.—En cada punto una brida; la 1.ª formada 3 puntos en el aire, luego 2 puntos en el aire, y 3 bridas en el último punto de la vuelta.

3.ª *vuelta*.—3 piquillos (un piquillo se compone de 5 puntos, y de uno sencillo en el primero de estos 5),—un punto sencillo sobre los 2 en el aire de la vuelta anterior;—*2 dobles bridas, para las cuales se pica el crochet detrás de la labor en el 4.º de los puntos sencillos mas próximos de la 1.ª vuelta; esto forma una especie de *barra* de relieve y al sesgo, por cima de las bridas; no se pasa nin-

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Enagua interior de paño castaño oscuro.—Trage corto de paño castaño mas claro, orlado de piel gris: paletot de paño, igual á la enagua intertor, y orlado con la misma piel.

Trage de raso negro, con follados de raso violeta. Mangas estrechas con follados; segundas mangas anchas forradas de raso violeta.

Enagua interior de cachemira encarnada, con tiras de galon blanco y negro. Trage corto de popelina gris, bordado con trencilla negra. Corpiño igual, pero sin mangas, y abierto por delante sobre otro corpiño de cachemira encarnada y adornado como la enagua. Mangas largas de cachemira encarnada.

gnn punto de la vuelta anterior, se hace uno sencillo en cada uno de los 4 sencillos siguientes, y se vuelve desde *.

4.ª *vuelta.*—Alternativamente un punto sencillo y 3 en el aire por debajo de los cuales se pasan 2 de la vuelta anteriór.

5.ª y 6.ª *vuelta.*—Como la 4.ª; pero se coloca el punto sencillo en el medio de uno de los festones compuestos de puntos en el aire.

7.ª *vuelta.*—Sobre cada feston 3 puntos sencillos, pero en el último 4, á fin de poder alcanzar el número 25 puntos que hay en la 1.ª vuelta.

Se repite siempre desde la 2.ª hasta la última vuelta, hasta que el encage tenga el largo que se quiere; cuando está terminado, se hace en el borde que está en línea recta una vuelta de puntos sencillos.

Entredos á punto de aguja.

Se hace *atravesadó*, con algodon mas ó menos fino, segun el uso á que se destine. Se trabaja por el derecho, despues de haber armado 14 puntos.

1.ª *vuelta*—Un punto levantado, sin hacerse (no repetiremos mas la palabra *punto*),—2 al derecho, —1 echado,—2 al derecho; se añaden 4 puntos, es decir, que se pone la hebra sobre la aguja, como si se hiciese un buclecilla de feston,—4 al derecho, —1 echado,—menguado,—1 al derecho.

2.ª *vuelta.*—Uno levantado,—2 al derecho,—uno echado,—menguado,—otro menguado, —4 al derecho,—menguado,—2 al derecho, —1 echado,—menguado.—1 al derecho.

3.ª *vuelta.*—Uno levantado,—2 al derecho,—uno echado,—menguado,—8 al derecho,—1 echado,—menguado,—1 al derecho.

4.ª *vuelta.*—Uno levantado,—2 al derecho,—menguado,—8 al derecho,—1 echado,—menguado,—1 al derecho.

5.ª *vuelta.*—Uno levantado,—2 al derecho,—uno echado,—menguado,—otro menguado,—2 al derecho;—menguado,—2 al derecho,—1 echado,—menguado,—1 al derecho.

Se repiten constantemente desde la 1.ª á la 5.ª vueltas, hasta que el encage tenga el largo que se necesite.

Encage al crochet n.º 2.

Hecho con algodon muy grueso, este encage compondrá una soberbia guarnicion para cubre-piés. Se hace primeramente la parte superior de ida y vuelta Se principia por una hoja.

Hoja.—Se hace una cadeneta de 30 puntos, y pasando los 5 últimos, se hace 1 sencillo, —2 en el aire,—1 sencillo,—2 en el aire,—una brida,—tres dobles bridas,—2 bridas separadas por 2 puntos en el aire,—otros 2 puntos en el aire, luego uno sencillo en el primer punto de la cadeneta; se pasan siempre por debajo de los puntos en el aire un número de puntos igual al de estos; lo cual representa la vena de la hoja, y se trabaja al rededor de esta vena haciendo 5 bridas en cada vacío formado por los 2 puntos en el aire,—7 bridas en el vacío de la punta de la hoja (formada por los 5 puntos de la cadeneta primitiva que se pasaron); se hace un punto sencillo en cada sencillo, como en cada brida de la vena. La hoja está terminada.

Rama de flores.—Despues del último punto de la hoja que se acaba de describir, se principia la rama de flor. 18 puntos en el aire, cuyos 8 primeros sirven de medio de union con la hoja,—*sobre el 5.º de estos puntos se hace uno sencillo, y sobre el círculo así formado lo siguiente: 5 puntos sencillos, seguido cada uno de 5 en el aire, —2 puntos-cadenetas, en los 2 últimos puntos en el aire que se encuentan junto á la pequeña flor, lo cual forma un tallo,—13 en el aire.—Vuélvase 3 veces desde *.—6 puntos en el aire, como tallo principal. Se hace luego la flor de debajo del mismo modo. Sobre cada uno de los puntos en el aire que reunen dos flores á modo de «tallo principal,» se hace un punto sencillo; pero despues de haber hecho 6 sencillos, se forma una flor que se principia por 7 puntos en el aire, los dos primeros de los cuales representan el pequeño tallo de la flor, y este está siempre unido á la hoja por un punto-cadeneta (véase el dibujo). Cuando la rama se ha terminado, se pasa á la hoja siguiente, haciendo 8 puntos en el aire, luego se repiten alternativamente la rama y la hoja, hasta que el encage tenga el suficiente largo, ligando siempre cada flor á la hoja que la precede. Queda que hacer el borde superior del encage, trabajando sobre los puntos en el aire que reunen las hojas y las ramas,

1.ª *vuelta* del borde.—Alternativamente un punto sencillo y 9 en el aire, por debajo de los cuales se pasan 4 puntos.

2.ª *vuelta.*—En cada punto de la anterior uno sencillo, pero en el del medio de cada feston, formado por los puntos en el aire de la vuelta anterior, se hacen 2 sencillos, separados por uno en el aire.

3.ª *vuelta.*—En el punto del medio de cada feston se hace uno sencillo, seguido de 4 en el aire.

4.ª *vuelta.*—Alternativamiente un punto sencillo y 3 en el aire, por debajo de los cuales se pasa un punto.

5.ª *vuelta.*—*Sobre el mas próximo feston, 2 puntos sencillos separados por 6 en el aire,—3 en el aire, por debajo de los cuales se pasa el feston siguiente. Vuélvase desde * hasta el fin de la vuelta.

EL AMOR FILIAL.

Raya el alba, y su primer destello ilumina el alto campanario de Molinedo. Molinedo es un pueblecillo, situado en la garganta de la Sierra de Reinosa. A sus piés ondula un mar de verdes hojas, formado por espesísimos bosques de abetos: encima de él, se extiende el vasto pabellon del cielo, tan trasparente, azul y tornasolado, cual suele serlo en todas partes el hermoso cielo de la España.

Al rededor del pueblo serpentea un riachuelo que va vagando aquí y allá, fecundando un grupo de árboles frutales; haciendo brotar de entre las peñas ramilletes de olorosas flores.

Las casas de Molinedo no pasan de treinta; derruidas las unas, blancas y rodeadas de jardinillos las otras. En el centro hay una plaza irregular, formada por la iglesia, la escuela y la casa del Ayuntamiento. A esto se reducen todos sus edificios públicos; pero en cambio tiene rocas graníticas, suspendidas casi milagrosamente en los aires, árboles gigantescos, y una mugiente cascada de donde surge el límpido riachuelo. El paisage que le sirve de marco, es agreste y lozano, con esa lozanía viril de la naturaleza primitiva.

Por lo demás el país es pobre. El labrador necesita regar muchas veces con su sudor los áridos surcos, para hacer germinar el rubio trigo, ó ver cual se ostentan los pámpanos de las vides sobre las rocas desquebrajadas y arcillosas.

Su mayor riqueza consiste en sus rebaños, y el pobre se alimenta de leche, y forma con sus lanas un tegido que le resguarde contra los rigores del invierno. No posee otras riquezas; pero tiene robustez, sol y alegría.

He dicho que rayaba el alba: ¡oh qué hermosa mañana era aquella, la primera del mes de Mayo!

Por todas partes sacudian su corola, húmeda de rocío, ramilletes de silvestres flores, y los pájaros saltaban de rama en rama, confundiendo sus cantos con los murmurios del aura, con las quejas del arroyo, que parecia deslizarse mas aprisa entre los altos cañaverales y el verde musgo de sus orillas. ¡Oh, era una deliciosa mañana aquella, iluminada con un rayo de explendente sol, saturada de perfumes, sobrecargada de armonías...

¡Y la campana de la iglesia resonaba magestuosamente en los espacios, produciendo un eco en todas las concavidades de las peñas, yendo á extinguirse allá lejos, muy lejos, en el último confin del horizonte!

Parecia recordar al hombre, que su primer deber es prosternarse ante aquel sol, símbolo del sol eterno, que vuelve todos los dias á darle calor y vida, sin discrepar un solo instante de la hora prefijada.

Todas las puertas se abrian simultáneamente, por todas partes se asomaban entre los árboles rostros rientes y sonrosados.

La campana habia exhalado su último suspiro, y los fieles habian entrado ya en la iglesia, pero en el ángulo opuesto veíase asomar un grupo, formado de dos ancianos y una jovencilla.

Esta daba el brazo á la que debia ser su madre, el padre venia detrás. Iba apoyado en un nudoso baston, y llevaba en la mano derecha su libro de oraciones.

Aunque cubrian su frente venerables canas, su cabeza aun estaba erguida, y tersas sus megillas.

Una dulce sonrisa entreabria sus labios, y á veces sacudia orgullosamente su baston á derecha é izquierda, como si saludase á los arbustos, á las peñas salientes, á las fuentecillas, que habian sido los amigos de su infancia.

¡Hay tanta alegría encerrada en un rayo del sol de mayo, que hasta la decrépita ancianidad se galvaniza á su contacto!

De vez en cuando sus miradas, llenas de un amor sublime, se fijaban en las dos personas que caminaban delante de él, y las envolvia á las dos en la misma benévola sonrisa.

La anciana estaba mas agoviada que él, bajo el peso de los años. Escasas hebras de plata asomaban debajo de su mantilla; sus ojos despedian un brillo amortiguado, su barba puntiaguda tocaba casi al extremo inferior del pecho, y á cada paso que daba, se crispaba convulsivamente al rededor del brazo de la jóven, con ese pueril temor de la ancianidad que por do quiera ve un peligro. Con la mano izquierda apretaba contra su pecho el libro de oraciones, como si fuese el escudo que debiese protegerla.

Y no obstante, era inescusable su temor, por cuanto la que era su sosten, examinaba el camino con una escrupulosidad prolija, procurando salvar las piedras salientes, deteniéndose delante de la mas pequeña hendidura, adaptando su paso al tardo paso de la anciana.

La jóven no era bonita, pero una aureola celeste parecia rodear su frente. Era una buena y santa hija, que habia renunciado á todos los placeres de la tierra, para ser el ángel de la guarda de sus ancianos padres: ¿es acaso necesario decir mas para enaltecer sus virtudes, para demostrar que era la oveja predilecta del rebaño de Jesucristo?

¡Oh sublime amor filial! ¡Oh sentimiento divino, tanto mas inapreciable cuanto la naturaleza encadena los seres al porvenir, y el que vuelva atrás sus miradas, necesita por auxiliar de su virtud al heroismo!

Pero aquella débil anciana lo habia tenido para sus padres ¿qué mucho pues que lo encontrara en su hija? ¡Ah, ella tambien habia sido jóven y alegre! Habian pasado sesenta años, desde los bellos dias en que atravesaba aquella misma plaza, radiante de juventud y de hermosura, ostentando con inocente orgullo sus galas, respirando amor con todos los seres de la naturaleza. Entonces no temia como ahora los montoncitos de musgo, las salientes piedrecillas. Marchaba con paso ligero, con la frente erguida, con la mirada triunfante. Todos aquellos árboles, todas aquellas peñas, habian sido testigos de su gloria; pero tambien habian sido testigos de su sumision respetuosa á sus padres, de su filial cariño, y por esto ahora que la encorvaba la ruda mano del tiempo hallaba un brazo amigo al cual asirse, una dulce mirada que velase su sueño, un corazon amante que palpitase por ella!... ¡Habia guardado intacta durante ochenta años, el arca de las virtudes domésticas, de las sacrosantas creencias, la habia trasmitido intacta á su hija, y ahora que como el náufrago tocaba ya á la orilla salvadora, podia extasiarse, á la vista del risueño panorama que se ofrecia á sus ojos, extasiarse sin temor con la idea de la eternal morada, que se habia labrado piedra por piedra con sus virtudes, y en donde debia hallar paz y reposo.

No se inquietaba por su hija; ¡habia sido buena. Dios la haria dichosa!

Marchaban los tres tan lentamente, que cuando llegaron á la iglesia, la campana convocaba á los fieles para una segunda misa.

Un pobre ciego estaba sentado á la puerta.

—Una limosna por amor de Dios! decia con voz lastimera.

La anciana se detuvo, sacó trabajosamente de su faltriquera un enorme bolsillo, y se lo dió á su hija. ¡La habia acostumbrado desde la infancia, á ser la dulce intermediaria entre ella y los afligidos!

—¡Me parece que no sois del pueblo! preguntó la jóven, poniendo una moneda de plata en la mano del pobre ciego.

—Oh sí! dijo este, pero hace cuarenta años que lo abandoné, para ir á establecerme en la córte.

—Quién sois? preguntó á su vez el anciano que llegaba á la sazon.

—Ay! exclamó dolarosamente el ciego, mis antepasados eran los señores de este pueblo, mis padres poseian la mitad de sus comarcas: ¡yo pido limosna!

—Don Tomás? gritó vivamente la anciana.

—¡Don Tomás! repuso el mendigo, bajando la cabeza.

—Hay un sitio desocupado en nuestro hogar, se apresuró á decir el viejo, mi hermano acaba de morir ¿quereis reemplazarlo?

El infeliz no respondió, pero dos gruesas lágrimas corrieron por sus megillas.

Cuando los dos ancianos y la jóven regresaron á su casa, llevaban, casi en triunfo, á un nuevo individuo de su familia.

En aquella casa todo era viejo: desde los criados octogenarios, hasta los muebles y las cortinas, hasta el fiel mastin que dormia al sol, esperando la vuelta de sus amos, pero todo estaba limpio, todo en órden, todo ofreciendo la imágen de la paz y la abundancia.

La jóven hizo sentar á su madre junto al hogar, en una ancha poltrona de cuero, y puso en su mano la rueca, cubierta de blanca lana.

Ella bajó á la cocina, al establo, al jardin, dando mil órdenes, entregada completamente á sus domésticos quehaceres.

Los criados tan activos como ella á pesar de sus años, iban y venian, y en un instante estuvo puesta la mesa.

No obstante, el almuerzo fue triste; los ancianos hubieran querido participar del dolor de su nuevo amigo, este hubiera querido abrirles su corazon, y nadie se atrevia á tomar la palabra.

Por fin, cuando se levantaron los manteles y desaparecieron los criados, el ciego exclamó dolorosamente cogiendo las manos de la jóven.

—¡Oh, bendita seas, mujer, que honras á la ancianidad, que sacrificas tu juventud á ser el sosten de aquellos que te dieron su sangre, que te colmaron de caricias en la cuna, que te trasmitieron todo el fuego de su corazon, que vivieron durante tantos años con tu misma vida. ¡Dichosa tú, que has vejetado siempre en este escondido asilo de las puras costumbres antiguas, de los hábitos patriarcales, y no has tenido que luchar con el funesto ejemplo de las costumbres! ¡Dichosa tú en fin, que has podido siempre mirarte en el terso espejo de tu madre, y no has tenido mas idea que la de seguir sus santas huellas!

¡Oh, no traspases nunca el círculo de estas montañas, oh, no pongas jamás el pié en ese revuelto, *pandemonium*, en donde se discuten las virtudes, en donde cada uno tiene el derecho de forjarse una moral á su antojo, en donde los hombres mas ciegos que yo, no aciertan á divisar ninguna luz, entre las tinieblas que los cercan!

Allí, á fuerza de analizar, á fuerza de discutir, no se sabe ya donde principia el bien, donde termina el mal: vicio y virtud son nombres, cuyo verdadero significado es un enigma. La virtud, graduada á veces de necedad, á veces de hipocresía, ya no se atreve á ostentarse, y

con frecuencia, llena de rubor, pide prestados sus atavíos al vicio. Como el gastrónomo, cuyo gastado paladar ya no distingue los sabores, el hombre de la sociedad moderna ya no sabe lo que es bueno, ya no sabe lo que es justo. La desdicha no está en que deje de practicar sus deberes, sino en que no sepa definirlos.

Ha abatido piedra por piedra el edificio social, y no acierta á reedificarlo. La familia se va disolviendo, y con ella deberán disolverse las naciones. Los padres ignoran lo que deben á sus hijos, los esposos á sus esposas, los amigos á sus amigos. La probidad es sinónimo de estupidez; no se sabe lo que constituye el honor.

Figuraos por un momento un salon atestado de ciegos, en el cual resonase de improviso el grito de *fuego, fuego;* figuraos cómo entregados á un pánico terrible, pugnarian todos por salir, atropellándose, hiriéndose, motejándose, hasta que dando vueltas como insensatos, obstruyendo con su misma confusion la salida, acabarian por morir ahogados, antes que las llamas los alcanzasen: figuraos todo esto, y os figurareis el verdadero estado de nuestra sociedad.

Se siente abrasada por una ambicion de dicha inmensa; pero ha perdido el norte que la guiaba, no sabe á donde dirigir sus pasos; no sabe lo que quiere: va y viene sin objeto, da vueltas sobre sí misma, y cuanto mas gira, cuanto mas se afana, mas pierde el anhelado centro.

Las ideas nacen y mueren con una rapidez increible: cada dia al despuntar el sol, los hombres se ven obligados á preguntarse mútuamente: *¿Qué se piensa? ¿qué es lo que se debe pensar?* y al tenor de la respuesta, deshacen el trabajo de la víspera, verdadera tela de Penélope, que no tendrá término nunca.

Seria preciso un nuevo diluvio para purificar á la tierra: seria necesario que bajase de nuevo el hombre Dios, para separar la luz de la sombra, para marcar con sus divinas huellas el camino que conduce al cielo. ¡Todo esto seria preciso, para que la sociedad se detuviese al borde del abismo, próximo á tragarla!

Y no obstante, yo que os hablo así, yo tambien he puesto mi débil piqueta para derrumbar el salvador edificio, y ha sido preciso que perdiese la luz de los ojos para recobrar los ojos de mi alma.

Porque; ¿sabeis cuál es el verdadero orígen de esa disolucion de las costumbres?

¡Es que el amor filial se ha extinguido, es que el niño, además de no respetar á su Dios, tal vez en su consecuencia, no respeta á sus padres, y el que no baja sumiso la frente ante la mirada de sus mayores, será con el tiempo un mal esposo, un mal padre, un falso amigo, un pérfido ciudadano, un hombre sin honor!

Si en un instrumento de música, se desafina una cuerda, destruye la armonía de las demás: si en el corazon del hombre, no hay una fibra que se extremezca al eco de la voz paterna, podeis deducir desde luego, que no responderá á ningun noble sentimiento.

El amor filial es la primera, la mas preconizada de todas las virtudes. Los antiguos levantaron un altar á los dos niños, que sucumbieron de fatiga bajo el carro de su madre; el cristianismo consagra un dulce culto á los modelos de filial cariño, y Jesucristo nos demostró toda su inmensa trascendencia, bajando la cabeza, ante las tiernas reconvenciones de su madre!

En vano tratareis de elevar la cúpula de un edificio, si no poneis la primera piedra de su base: en vano os esforzais en enseñar al hombre sus deberes sociales, filósofos, teólogos y moralistas, si no le enseñais antes sus deberes de familia, si no le enseñais antes á hincarse de hinojos, para venerar á la ancianidad, que ha sentado su trono junto al hogar doméstico. ¡Si son grandes los deberes de los padres, grandes son los deberes de los hijos, y al que ve correr una lágrima por la arrugada megilla de los que le dieron la existencia, y no corre á enjugarla con sus besos, se le debe considerar como al mas cruel entre los crueles, como al mas malvado entre los malvados, y desterrarle para siempre del seno de la sociedad, como á un individuo pernicioso.

Pero escuchad mi historia:

Tenia ocho años, cuando mis padres me llevaron á Madrid, y me pusieron en un colegio. Allí aprendí á desflorar todas las ciencias, allí adquirí el saber que sobreescita la imaginacion y no ilustra el entendimiento; allí me enseñaron ese funesto análisis de todas las cosas, que seca el alma y mata las creencias. Pusieron en mis débiles manos un escalpelo, para que fuese separando fibra por fibra, todas las que componen el corazon humano y un grosero crisol, para que depurase la parte que hay de materia en todas las producciones de la naturaleza. Me enseñaron á aprisionar el rayo, pero no me digeron que Dios forja ese rayo para purificar la atmósfera, y que si consiente en trasmitir su poder al hombre, es solo para mostrarle la multiplicacion de sus portentos. Me enseñaron cuáles eran las partículas que concurrian á la formacion de los elementos; pero no me hicieron percibir esa armonía, dimanada del sagrario del Eterno, que es el alma de la naturaleza, y que revela al alma del hombre que existe un Creador Omnipotente. ¡No! ¡Nada de esto me enseñaron!

¡Sustituyeron los nombres de caridad y amor, con los de deber y fria razon, no me prescribieron que respetase á mis padres, á los superiores, á los desgraciados, sino en cuanto no se opusiera á mi propio interés y á mi egoismo!

ANGELA GRASSI.

(*Se concluirá.*)

AÑO NUEVO.

I.

Antes de pasar los umbrales del año que se nos viene encima, seria conveniente resolver una cuestion siempre antigua y siempre moderna, que se ha suscitado, digámoslo así, incidentalmente, nada menos que en el Parlamento.

Los términos del problema se ofrecen á nuestra consideracion encerrados dentro del curioso espacio que hay siempre entre dos interrogaciones.

El secreto, pues, se nos acerca con cierta malicia burlona, y nos pregunta: ¿qué tiempos son mejores, los pasados ó los presentes?

La pregunta se descuelga con una oportunidad incontestable; porque á nadie se le oculta que nos encontramos á fin de año: y que convendria saber si nos conviene apechugar con el año que se acerca, ó contratar de nuevo al año que se va para servirnos de él otros doce meses por lo menos.

Demos una vuelta alrededor de la cuestion antes de entrar en ella para que veamos donde nos vamos á meter.

Si los tiempos pasados son mejores que los presentes, lo primero que se ocurre es pararse y ver si se puede volver atrás; pero si los tiempos presentes son mejores que los pasados, lo que se ocurre á primera vista es la conveniencia de no seguir adelante para no derrochar en cuatro dias el codiciado capital de estos preciosos tiempos.

Por este lado la averiguacion es inútil, porque ya de un modo, ya de otro, lo que parece mas conveniente es echar pié á tierra y plantarse, como sábiamente hacen todas las mujeres que han cumplido treinta años.

No obstante, es preciso despejar la incógnita porque urge saber si hemos sido unos sabios naciendo ahora, ó fuimos unos tontos no naciendo antes.

La primera observacion que me tira de la levita es esta:

«Los tiempos pasados no han debido ser muy buenos, por la sencilla razon de que han durado muchos siglos, y todo el mundo sabe que lo bueno dura poco.»

Pero me sale al encuentro otra reflexion, y guiñándome el ojo con profunda malicia, me dice:

«Los tiempos presentes deben ser muy malos, porque todo el mundo anda buscándoles salida como si nos hubiéramos metido en un mal paso.»

Y es verdad: no hablaríamos tanto de lo que está por venir, si lo presente fuera á nuestros ojos siquiera medianamente bueno.

Si *mañana* es una esperanza, *hoy* debe ser una desgracia.

Al mismo tiempo obsérvese la tristeza con que se descuelgan las siguientes palabras:

«La humanidad tiene que ser jóven ó vieja: si es jóven no querrá pasar de la juventud; si es vieja querrá volver á ella.»

«Cuanto mas anda el hombre en la vida, mas se acerca á la muerte; de manera que nuestra esperanza es el fin del mundo. A pesar de esto, nadie quiere atrasarse; los que menos pedimos, deseamos siquiera salir del dia.»

Es verdad que los tiempos pasados no hay por donde agarrarlos; y esto es claro si se hubieran podido coger no se hubieran ido.

Tomando el asunto desde su principio, vemos que nuestro padre Adan lo hizo todo lo peor posible, legándonos una herencia cuya posesion nos cuesta sudores de muerte.

Y hé ahí la primera operacion de crédito que se hizo en el mundo: él realizó un empréstito que nosotros pagamos. Este es el principio de ese recurso con que se han enriquecido los Estados modernos, y que se llama deuda flotante.

Pero consideremos que si nosotros somos mejores que nuestros padres, hay una inícua injusticia en el órden de sucesion.

Yo pregunto: si fueron inferiores á nosotros ¿porqué van delante?

O de otra manera: si somos mejores ¿porqué vamos detrás de ellos?

¿Será que la humanidad ha empezado por el fin?

Yo me horrorizo cuando desde el punto elevado de la historia en que nos encontramos, vuelvo la cabeza y echo una ojeada hácia atrás.

¡Qué bárbaros! En Sagunto y en Numancia se degüellan unos á otros por no ser ciudadanos de Roma: ellos mismos incendian sus ciudades para alumbrar el vuelo triunfante de las águilas romanas, y alfombran el camino por donde pasan las legiones invencibles con la púrpura de su sangre.

Parece mentira! Siete siglos emplean en arrojar de España las huestes agarenas, y pasan siete generaciones estúpidas haciéndole la cruz á los moros.

Se les ocurre llamar sabio al rey D. Alfonso porque tuvo la humorada de hacernos unas cuantas «partidas» que aun no hemos podido olvidar.

¡Qué tiempos, santo Dios, serian aquellos en que era el modelo de los hombres ese brutal personage que ha llegado hasta nosotros bajo el nombre de Cid!

¡Qué idea debia tenerse entonces del soldado, del súbdito y del hombre!

No comprendo qué interés pudo tener Isabel la Católica en venir al mundo en tan triste época.

¿Y qué debemos pensar de Cervantes? ¿Cómo pudo caber tan grande ingenio en tan estrechos tiempos?

Y antes? Qué insensatos! Colon descubre la América, y Hernan Cortés conquista á Méjico.

Llega un tiempo en que nuestros padres esclavizados pierden hasta el derecho de dormir de noche, porque el sol no encuentra horizonte donde ponerse en los dominios de España.

Al fin se acerca el dia en que esos tiempos van á pasar al sepulcro de la historia, y nuestros padres hacen su último esfuerzo y firman su testamento con esta rúbrica bárbara: Dos de Mayo.

Imbéciles! Qué nos han dejado? Nada: la primera historia del mundo.

Qué tiempos! nadie diria que habian de venir á desembocar en estos.

Digámoslo con orgullo; no parecemos hijos de nuestros padres.

Los tiempos presentes ¡qué diferencia! No tenemos el oprobio de Numancia ni de Sagunto, no en siete siglos, sino en siete meses, hemos arrojado á los moros, no de España sino de Tetuan. ¡Las partidas! Nosotros tenemos partidos. Nuestro Cid es mas que un hombre, es un banquero. No hemos conquistado á Méjico, cierto, pero hemos adquirido á Santo Domingo.

Es preciso acabar de una vez con esa preocupacion que nos hace creer que «todo tiempo pasado fué mejor,» porque en ese caso el progreso humano resultaria en razon inversa, y vendríamos á parar al absurdo inadmisible de que las últimas generaciones están condenadas á ir á la cola de la humanidad.

Somos mejores que nuestros padres; pero esto tiene una dificultad que merece pensarse.

¿Debemos declararnos incluseros para no cargar con la vergüenza de nuestro orígen? Veamos.

Bajo ese punto de vista preciso es que nos detengamos antes de entrar en el año nuevo, para que el presente no deje de ser el mejor de los años. Está en nuestro interés y en nuestra dignidad.

Ahora comprendo la profunda sabiduría con que las mujeres se quitan años. Lo hacen como quien dice: «no tengo nada que ver con los tiempos pasados.»

Es una cuenta corriente en la que toman tanto de lo que llega como dejan de lo que se va.

Las cosas, por una razon incontestable de adelanto, van siendo malas segun se van alejando de nosotros: para ser buenos es preciso que nos paremos.

Pensemos bien el caso crítico en que nos encontramos. Si seguimos adelante, vamos á compromoter todo lo que hemos ganado.

Si hemos conseguido llegar á ser mejores que nuestros padres no debemos pasar de aquí, porque mañana seremos peores que nuestros hijos. Como padres, no podemos admitir semejante injuria.

—Qué quiere decir año nuevo?

—Quiere decir que el otro ya es viejo.

En tal situacion es imposible parar el carro, porque detenernos aquí sería tanto como no salir de la antigüedad.

Hay algo de precipitado en este viage. Doce meses le bastan á un año para volverse viejo. No tenemos tiempo que perder: resolvamos la cuestion.

La cuestion seria difícil de resolver si no estuviese ya resuelta: el año es nuevo pero los dias son viejos; los doce meses que se van son los mismos doce meses que vuelven.

Desde que se descubrió el nuevo mundo no hay nada nuevo.

La antigüedad se repite delante de nosotros como una vieja disfrazada de niña: todo lo ha dicho y todo lo ha hecho.

Con los sucesos ocurre lo mismo que con los hombres, vienen por generaciones: cambian de nombre, pero siempre son los mismos.

¿Qué es un hombre mas que la repeticion de otro?

Llamad á la Moda y preguntadle. Ya sabeis que la Moda no es mas que una novedad.

Pues bien, aquí teneis una tela nueva, es de lana por ejemplo, clara ú oscura.

Todos la vemos y exclamamos: «¡qué cosa tan nueva!»

Recapacitemos: la lana es una materia conocida desde el sexto dia de la creacion del mundo, los colores son tan antiguos como la luz y la oscuridad es anterior al sol; la tela mas maravillosamente tejida se remonta á los tiempos de Penélope.

Veamos otra cosa nueva: aquí hay un sombrero acabado de hacer. ¡Qué alas! Qué copa! Digámoslo francamente: las copas son tan antiguas como los árboles y las alas tan viejas como los cuervos.

Pero vengamos á la novedad mas caprichosa: aquí teneis un lazo admirable, verdaderamente nuevo. Todos caen en él y ninguno cae en la cuenta.

Este lazo es una pobre imitacion de aquel que Eva compró á la serpiente por un tesoro de inocencia: es el mismo en que Adan cayó.

La tienda misma ¿qué tiene de nuevo?

Ella es una especie de paraiso; el comerciante una clase de serpiente, la mujer una continuacion de Eva, y el hombre un pobre Adan.

El mundo es ya una vasta prendería, en que todo es viejo hasta la misma juventud.

Lo único original que conocemos es el pecado, y cuenta ya seis mil años de fecha.

Año nuevo! No lo creais: os engaña: seis mil veces ha pasado ya por la tierra: es el mismo de siempre.

II.

Al llegar al último dia de Diciembre no puede uno menos de pararse, tirar una línea por debajo del último minuto y sumar.

La cantidad que arroja esa operacion puede ser cual-

quiera de estas tres: un año, doce meses ó trescientos sesenta y cinco dias.

Esa cantidad puede anotarse ó entre las ganancias ó entre las pérdidas.

El tiempo es una de las cosas que mas fácilmente se gana y se pierde.

Ganar tiempo es hacer que otro lo pierda.

Perder tiempo es lo que hacen todas las mujeres que han pasado de cuarenta años.

Por una rareza incomprensible, cuanto mas tiempo se pierde mas tiempo se tiene.

Hemos andado trescientos sesenta y cinco dias minuto á minuto, sin descansar ni un momento: hemos comido andando; andando hemos dormido.

Si hubiéramos podido detenernos un momento, no nos encontraríamos ahora en el último instante de este año que se nos escapa.

El tiempo es un reloj cuyas agujas somos nosotros, que vamos siempre de hora en hora, de año en año:

Esta suma de meses se nos presenta de un golpe, y nos dice: «Un año mas.»

Hé aquí una noticia que sería verdaderamente agradable si no quisiera decir: «Un año menos.»

Tenemos á la vista un año que va á cumplirse, y que podemos sumar y restar á la vez sin que sufra alteracion la cantidad que buscamos.

Digan lo que quieran las matemáticas, esas viejas curiosas que todo lo averiguan, *mas* es igual á *menos*.

Al ajustar la cuenta nos encontramos con que la fórmula es indiferente para la exactitud del cálculo.

Esto es muy curioso.

Un hombre emplea todo su tiempo en adquirir cuarenta años de vida, por ejemplo; se le ocurre un dia hacer un arqueo sobre este capital tan penosamente ganado, y se encuentra con que los cuarenta años los tiene de menos.

Uno toma su partida de bautismo, cuenta los años, suma y dice:

—Un año mas de vida.

Otro hace la misma operacion, y saca en limpio este resultado opuesto:

—Un año menos de vida.

En presencia de estos dos resultados, cualquiera, valiéndose de otra fórmula tambien matemática, dirá:

—Es igual.

Mas, menos, igual.

Hé aquí tres términos que en la cuenta de la vida forman una combinacion verdaderamente absurda.

El problema se plantea y se resuelve así:

Mas, igual, menos.

O de otra manera tal vez menos matemática, pero mas gramatical:

Mas es *igual* á *menos*.

Hé aquí porqué sobre el tiempo no se puede fundar cálculo ninguno.

La vida, matemáticamente considerada, es una unidad qué la muerte reduce á cero.

Hay en las mujeres dos edades cuya verdadera diferencia consiste en la diversa manera con que en cada una de ellas ajustan la cuenta de la vida.

A los doce años todas las mujeres suman.

A los treinta todas las mujeres restan.

Por esta doble operacion se ha llegado en Madrid á la felicidad de una juventud perpétua.

Con los años que se quitan las viejas se hacen mujeres las niñas.

Es posible que la vida sea un camino muy corto; pero yo lo que observo es que todos caen desfallecidos al llegar al término de ese camino.

El afan de vivir no es mas que el afan de dejar la vida.

Ajustada bien la cuenta, resulta que el tiempo es una inmensidad de la que no puede disponer el hombre mas que de un minuto.

Ese minuto en el que puede decir: vivo.

Por cada uno que nace se abre un libro de caja: el *Debe* se va llenando poco á poco, mientras el *Haber* permanece en blanco.

Llega la muerte, que es una especie de liquidacion, y entonces no hay mas remedio que pagar la vida con la vida.

Es un depósito que devolvemos.

La sepultura es la caja donde entregamos el capital que se nos habia confiado.

Hay en el fin de cada año algo que se parece al fin de la vida.

Es la época en que se cortan todas las cuentas.

La prosperidad moderna ha descubierto un nuevo lazo entre los hombres.

Los vínculos del amor, á fuerza de estar tanto tiempo en egercicio se han relajado; la amistad es tambien demasiado antigua.

El gran vínculo que hoy une entre sí á los hombres, son las deudas.

Se puede decir que vivimos sujetos unos á otros por el bolsillo.

De la nivelacion ha resultado un terrible desnivel; la sociedad se ha fundido en estas dos clases: deudores y acreedores.

Deber es tener la seguridad de que hay por lo menos un hombre que no nos olvida.

Las deudas vienen á ser el fausto de nuestros tiempos.

Hemos roto las trabas de tantos deberes, que ha sido preciso poner apresuradamente en práctica el deber dinero.

Una deuda es casi un adorno.

Quién no debe?

Hemos echado la cuenta de nuestra prosperidad, sumando lo que hay y lo que se debe: por eso hay tanto.

Cuando Dios hizo el mundo, no habia nada que fuera menos que nada.

Cuando el hombre tropezó con la misteriosa serie de los números, nada encontró que fuera menos que cero.

La nada era el límite, la barrera insuperable puesta á todo, y el cero una especie de punto final colocado como término del discurso humano.

Ante esos dos obstáculos ha permanecido detenida la humanidad por espacio de muchos siglos. ¡Qué atraso!

Empujados por la fuerza del progreso, hemos roto esos límites vergonzosos ante los que se hallaba suspensa la razon humana.

El mundo necesario para el desahogo de la grandeza moderna tenia que ser mas espacioso, y hemos extendido nuestro dominio mas allá de la nada, y hemos llevado nuestros cálculos mas allá del cero.

El órden es este:

El hombre que posee mas ó menos riqueza, representa una cantidad.

El que no posee riqueza ninguna, es entre los hombres lo que el cero entre los guarismos.

El que debe representa menos que cero tanto como deba.

La deuda está al otro lado de la nada; para deber es preciso estar *bajo cero*.

Donde creíamos que acababa el mundo, hemos encontrado que precisamente empieza otro mundo.

El mundo antiguo empezaba en los ricos y acababa en los pobres; ahora empieza en los que tienen y acaba en los que deben.

Todo lo que hemos andado puede medirse por la distancia que hay de pedir limosna á pedir prestado.

El que no tiene nada es pobre, el que debe es mas pobre todavía.

En virtud de esto todas las naciones están mas allá de los que piden limosna.

Nuestra prosperidad no puede ser mas pobre.

José SELGAS.

Explicacion del figurin de disfraces.

Primera figura.—Vestido de *Italiana*.—Trage de merino azul; la parte baja de la enagua va adornada con una tira de tela amarilla tegida con hilo de oro, trazando estrellas que forman un vivero. Esta enagua es poco hueca, y deja al descubierto la parte inferior de la pierna. El corpiño, muy escotado, parece mas bien un coselete; es cuadrado por detrás, y abre por delante formando una V en el medio del pecho. Su adorno se compone de un galoncito de oro, puesto plano al rededor del borde superior. El delantero del trage está guarnecido con un delantal encarnado con banderolas doradas; cubre una especie de túnica de cachemira ó merino verde que adorna uno de los lados del trage.—Camisa de lienzo blanco con escote cuadrado al rededor de los hombros y con tirilla lisa. Las mangas son huecas y apretadas por debajo del codo por un brazal verde bastante ancho orlado con un galon dorado.—El tocado es un pedazo de tela blanca doblado en cuadro, y puesto sobre la frente en forma de teja, y sujeto á la cabeza por medio de agujas gruesas doradas.—Collar de cuentas con cruz.—Medias encarnadas.—Zapatos verdes con hebillas doradas.

Segunda figura.—Trage cómico: *Naturalista aficionado*.—Este disfraz, que conviene á una persona de carácter alegre y jovial, se compone de un casacon de lienzo gris, de forma algo fantástica; es corto, cae rectamente por el medio de la espalda y abre en redondo por delante sobre un chaleco de piqué blanco. Anchas faltriqueras, con una cartera inmensa adornada con dos botones.—El chaleco se cierra á todo lo largo del pecho con grandes botones de nácar; es muy largo y con grandes faltriqueras.—Pantalon ancho, de cutí blanco, encerrado desde abajo hasta los muslos en grandes botines que se cierran por el lado.—Una caja de herborizar, hecha de hoja de lata, va colgada de una cinta verde.—Sombrero de paja del género Collin, con cinta azul. El disfraz se completa con una red para mariposas y una caña de pescar.

Tercera figura.—Señorita en trage de *Batelera*.—Se compone de una primera enagua de tafetan ó percal con listas azules, y de una segunda enagua mucho mas corta, recogida por los lados. Esta es de tafetan color castaño amarillo, cubierta enteramente con una red, de modo que figure una red de pescar. De cada lado penden largas cadenas de cobre dorado, llevando en su extremo anclas del mismo metal.—El corpiño es de seda negra, guarnecido al rededor del escote por una berta azul con vivo blanco, imitando al cuello que llevan los marineros: las mangas del corpiño son tan cortas que no esceden de la berta. Faja de marinero anudada al lado, y flecos en los cabos.—Sombrerito plano de hule negro, con cinta, y en ella bordado en letras de oro el nombre de un buque. Anclas doradas por zarcillos; zapatos de charol con hebillas de anclas. En la mano un baston en forma de palo de bivar.

Cuarta figura.—Señora jóven en trage de *Amazona Steeple-chase*.—Se compone de una enagua de tafetan rosa, corta y hueca, que va cubierta por una segunda enagua de tarlatana ó tul blanco, de cola, y recogida en un lado. Lo bajo de esta enagua se adorna con herraduras de tamaño natural, recortadas de papel metálico y contrapuestas.—Chaleco Luís XV, de tafetan ó raso blanco, escotado, y abotonado por delante.—Chaqueta postillon de tafetan rosa, que se abre sobre el chaleco, con solapas por delante y pequeño faldon por detrás.—Encage al rededor de los hombros, mangas muy cortas con vueltas; hombreras de herradura.—Tricornio gris con plumas encarnadas y una herradura.—Cabello echado atrás formando trenzas anchas.—Botas con campanas amarillas.—Guantes blancos, latiguillo, etc.

Quinta figura.—Trage de *Señor* de la córte de Enrique II.—Se compone de un jubon con calzon de raso blanco, enteramente bullonados y guarnecidos de galones dorados, puestos diagonalmente sobre el pecho y atravesados en el calzon. El cuello es ancho y con puntas largas; las maugas, anchas y folladas, van envueltas por un galon de oro formando espiral al rededor del brazo.—Capa corta de terciopelo violeta, de cuello ancho, puesta sobre el hombro izquierdo.—Sobre la capa, la cruz de la órden del Espíritu Santo, recortada en cinta.—Calzas de lana blanca.—Gorra Enrique II, de terciopelo violeta y galones de oro; garzota en la parte anterior de ella. Espada al cinto, guantes blancos, etc.

Sesta figura.—Trage de *Arriero español*.—Calzon corto medio ajustado, y atado por debajo de la rodilla; chaqueta suelta bordada con arabescos de galones de capricho, puestos sobre las costuras.—La manga, casi ajustada, es larga y adornada con botones del color de los adornos.—Chaleco encarnado, abotonado hasta el cuello con botones dorados; galones de oro.—Faja larga encarnada atada en un lado.—Camisa con cuello vuelto y mangas lisas.—Zapatos y medias adecuadas al color del vestido, con cintas en forma de coturno. —Sombrero español, pardo, con bordes anchos y arrollados, el fondo termina en punta; cordon grueso en él, cayendo por detrás con dos borlas.—Cuchillo en la cintura.—Castañuelas en las manos.

Sétima figura.—Trage *Africano*.—Calzon de lana azul de la forma del de los zuavos, ancho y plegado al rededor de la cintura, y sujeto con un botin sin pié que parte del tobillo y sube hasta la rodilla. Sobre este calzon cae una túnica de seda con lama de oro, la cual se trae hasta el talle por medio de un pliegue, y se sujeta con el cinturon.—Chaqueta oriental de terciopelo verde, ricamente adornada con bordados y láminas de oro; es muy corta y suelta. Las mangas son estrechas, y llevan el mismo adorno que la chaqueta.—Cinturon encarnado hecho de un pedazo de tela que da muchas vueltas al rededor de la cintura, y donde se aseguran puñales y cuchillos ricos.—Gran albornoz drapeado á la manera árabe, y sujeto á la cabeza por una tira de tela encarnada; medias encarnadas y babuchas de tafilete amarillo estampado á fuego.

Octava y última figura.—Señora jóven en trage de *Africana* (Sélika).—Trage de tafetan color de maiz, bordado y recamado, poco ámplio, casi plano por delante; los pliegues principian á los lados, y continúan por detrás formando cola; el trage va cubierto con una túnica de tafetan rosa, que le oculta solamente por el lado derecho; corpiño punzó, muy escotado y guarnecido con una tira de tafetan á cuadros de tablero negros y blancos, puesta cuadrada al rededor del escote; mangas cortas y bullonadas; faja de muchos colores, enriquecida con un brillante cinturon de pedrería. Gran collar á rayos, que cubren los hombros y el pecho.—Ricos brazaletes con chapa; el cabello levantado á la china, y diadema con estrella, de la que salen largas plumas de aves de vivos y brillantes colores; en la mano abanico oriental con plumas de pavo real.

CHARADA.

Es Filis tan coqueta y novelera,
Por mas que una pasion ciega me infunda,
Que si imploro su amor, con risa artera
Tan pronto me enloquece con *primera*,
Como enturbia mi dicha con *segunda*.
Y si de justo enojo enardecido
Su falta el labio con pesar le pinta,
Despues que en mi dolor se ha complacido,
Me mira, y con acento compungido
Dice que es falta *tercia*, *cuarta* y *quinta*;
Su burla me enfurece y huyo de ella
Lanzando de dislates una sarta;
Entonces su pupila amor destella,
Finje, y en su finjir mucho mas bella
Segunda, dice, ven á *quinta* y *cuarta*.
Como nube que en perlas se deshace,
Tal mi enojo en palabras de amor trueco,
Que la muger con sus engaños hace
Que el hombre se convierta en un muñeco:
¡Tanto es crédula él y ella falace!
Mas si al decirle amores, lo ocurrido
La recuerdo en imágen alegórica,
Me contesta que el todo he cometido;
¡Que la muger que veleidosa ha sido
Tiene tambien sus puntos de retórica.

Marcenio.

ADVERTENCIA.

Los Señores suscritores que teniendo derecho al Almanaque Enciclopédico que damos de regalo, no lo hayan recibido, se servirán avisarlo á esta Administracion.

Tambien advertimos que nos hallamos dispuestos á remitir el referido Almanaque á todos aquellos señores suscritores que no correspondiéndoles efectuar su abono en esta época, nos manifiesten que renovarán en su dia, pues comprendemos que tendrán mas gusto en recibirle ahora que no en la fecha en que les corresponde efectuar su renovacion.

El Administrador.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

Cadiz. 1867.—Imp. y litografia de la revista medica, á cargo de D. Federico Joly y Velasco.

AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 2.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA
A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.
Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin y 24 patrones tamaño natural.
Un año 160 rs... Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.
Un año 120 rs...Seis meses,65...Tres meses, 35... Un mes, 12.

Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.
Un año 80 rs....Seis meses, 42... Tres meses, 22...Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA
LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS
AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

PROPIETARIO: **Don Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.
Por un año, 12 pesos fuertes.... Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.
Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.
MADRID, Libreria de Don C. Bailly-Bailliere, plaza del Príncipe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tánago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Baux.
BUENOS AIRES, Don Federico Real y Prado.

Sumario. —Explicacion de la hoja de patrones, que contiene lo siguiente:—Bata Wateau.—El arte de la costura.—Corsé exterior para niño ó ntña.—Cófia Magdalena.—Cófia mamá.— Prensa para los guantes.—Chaqueta para señorita de 14 á 15 años. —Cófia con cuadros.— Cófia-fanchon.— Chaqueta con solapas.—Cófia tocado.—Cinturon con puntas. —Cófia Lamballe.— Cofia con cadenetas.— Revista de modas.— El amor filial.— El horno del castigo: Leyenda bíblica.—Maitagarri.—Revista de Madrid. —Explicacion del figurin iluminado.— Problemas de ajedrez.—Solucion á la charada del número anterior.

EXPLICACION
DE LA HOJA DE PATRONES.

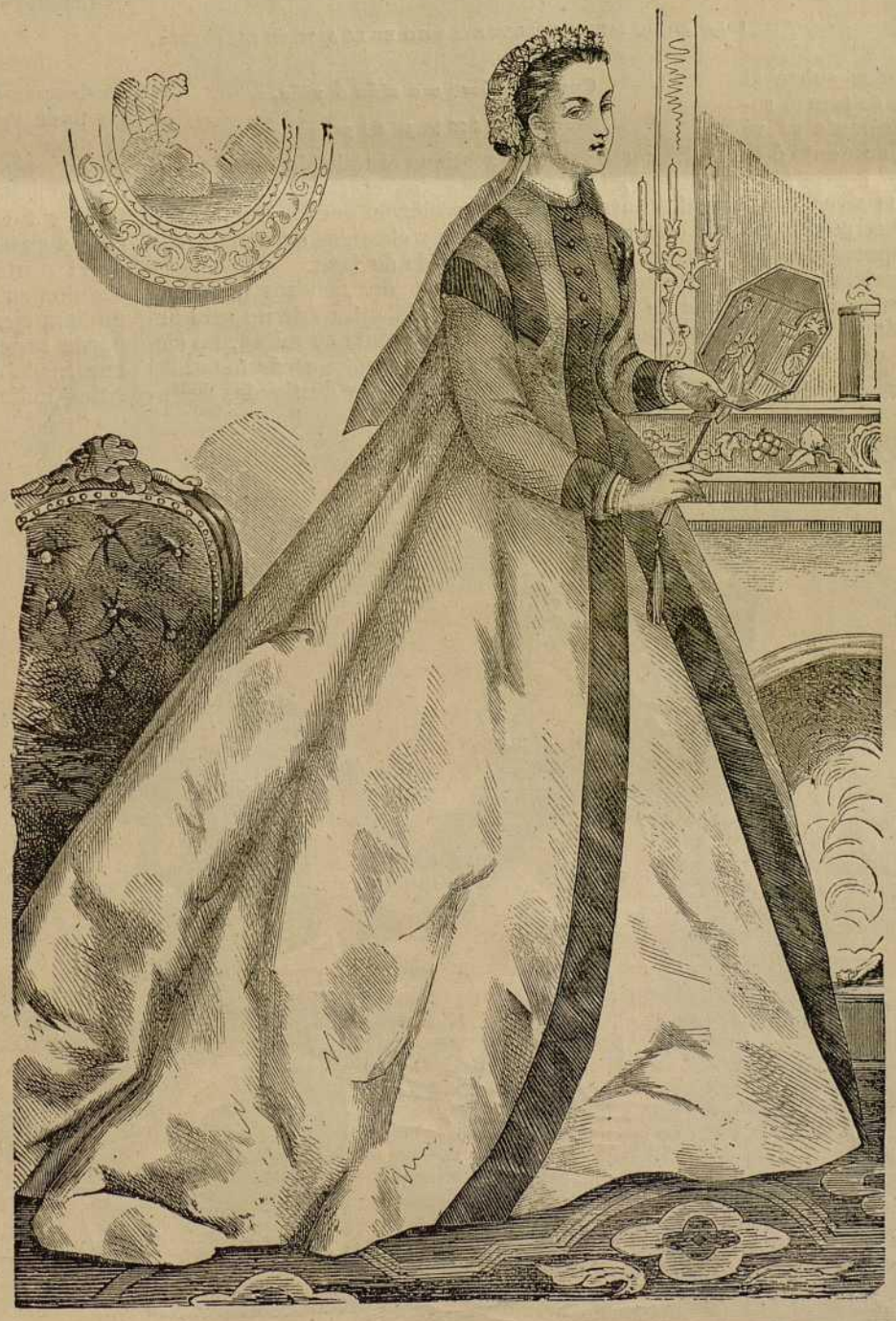
Bata Wateau.

Figuras 1 á 4 (recto) del patron.

Se hace de cachemira ó franela, ó cualquier otro tegido dicho de *fantasía*; la espalda y los delantèros deben completarse, en cuanto á su largo, siguiendo la direccion de las líneas del patron, de modo que el borde inferior de la bata tenga 4 metros y 80 centímetros de vuelo.

Despues de haber dispuesto sobre la fig. 2 los pliegues indicados para la espalda en el patron, y haberlos repetido en la otra mitad de la espalda, reuniendo las cruces y los puntos que llevan las mismas letras, se cose la espalda y los delanteros en el hombro (con un vivo), desde 1 hasta 4, y debajo del brazo, desde 1 hasta el borde inferior, debajo del cual se pone una tira formando falso dobladillo. — El cuello recto (fig. 3) se corta doble, de tela igual á la del trage, y se pone sobre el escote. Las dos mitades de cada manga se cortan por la fig. 4, luego se cosen juntas desde 7 hasta 8, — desde 9 hasta 10; por debajo del borde inferior de la manga se pone una tira de tafetan de 5 centímetros de ancho, luego se fija la manga en la sisa, 10 sobre 10.

La guarnicion de la bata se compone de tiras de terciopelo, —ó tafetan,—ó cachemira, que se ponen siguiendo las indicaciones parciales del patron y las del dibujo.



BATA WATEAU.

EL ARTE DE LA COSTURA.

VI.

Creemos que nada puede ser mas útil para las personas que por sí mismas preparan sus vestidos, que el conocer un método sencillo, esencialmente práctico, por medio del cual se pueden aumentar ó disminuir las proporciones de un patron, sin temer que pierda su forma; en su consecuencia hemos hecho preparar un *corpiño montante*, que servirá á la vez como patron de corpiño y como tipo de demostracion.

Es ante todo indispensable el tomar bien exactamente la medida á la persona á quien se destina el corpiño, ó bien tener un vestido suyo ajustado; se emplea á este efecto un metro de cinta, y se toman las medidas no llevando la espresada persona sino un corpiño *plano*, marcando con un lápiz el número de centímetros puestos en frente de las siguientes designaciones:

Largo de la espalda.
Ancho de la espalda.
Ancho del tronco por detrás.
Ancho del pecho.
Largo del talle.
Grueso del talle.

Principiando por el ancho del tronco, se pone el metro de un lado á otro de la espalda, se le reune por delante en el medio del pecho, sin apretar demasiado, y se anota el número da centímetros.

Se procede del mismo modo para el grueso del talle, y segun haya de ser el corpiño mas ó menos estrecho, así se anota un centímetro de menos ó de mas.

El largo del talle se mide por debajo del brazo, desde el brazo hasta la cintura.

Para el ancho del pecho, se pone el metro junto á uno de los brazos, y se le dirige hácia el otro atravesando por delante del pecho.

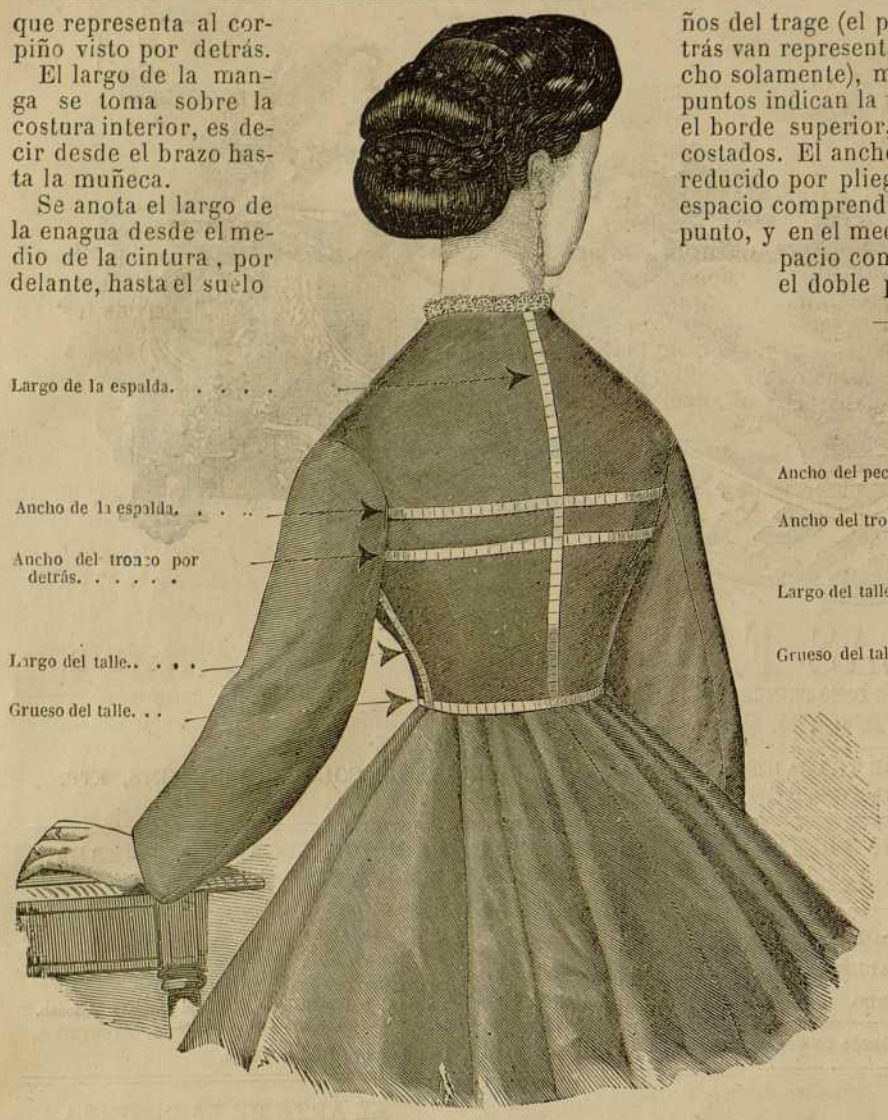
El largo de la espalda y el ancho del tronco por detrás, se anotan con arreglo á las indicaciones del dibujo

Acompaña á este número el patron 1.° de 1867, cuyos dibujos y explicacion van insertos en el mismo.

que representa al corpiño visto por detrás.

El largo de la manga se toma sobre la costura interior, es decir desde el brazo hasta la muñeca.

Se anota el largo de la enagua desde el medio de la cintura, por delante, hasta el suelo



ños del trage (el paño de delante y el de detrás van representados *á la mitad* de su ancho solamente), mientras que las líneas de puntos indican la tela que debe quitarse, en el borde superior, en el inferior y en los costados. El ancho del borde superior está reducido por pliegues que se hacen en el espacio comprendido entre la estrella y el punto, y en el medio por detrás, en el espacio comprendido entre el doble punto y la cruz.

tener las ballenas y los elásticos; las ballenas se colocan en el delantero, una junto á otra entre los dos *dobles* de cada pedazo (véase el dibujo que representa el corsé estendido); el largo de estas cintas varía segun los individuos. Otras cintas semejantes reunen los otros dos pedazos iguales, pero despues de haberlas cosido sobre la fig. 27, se las pasa por las otras cintas, entrelazándolas (véase el dibujo), luego se las fija sobre la fig. 28. En cada extremo de la fig. 27 se pone el tirante, que se compone de una cinta de hilo de 21 centímetros de largo y 3 de ancho, doblada por su mitad á lo ancho, y guarnecida, bien con una cinta de cautchuc de 11 centímetros de largo, bien con un rollo de algodon en rama, destinados á evitar la presion que pudiera ejercer el tirante. Además, se guarnece el borde superior de la fig. 27 con una cinta de lana encarnada de 3 centímetros de ancho, fijada en los sitios indicados por estrellas, luego atada sobre la espalda mas ó menos apretada á fin de mantener los hombros.

Todos los pedazos se ribetean con cinta encarnada. En la fig. 29 (delantero) se fijan por el derecho 4 pedazos de cinta encarnada, 2 de 6 centímetros de largo y las demás de 4. Las diversas partes del corsé se reunen al cinturon, que se cierra por el lado con una hebilla.

CORPIÑO MONTANTE, MODELO DESCRITO EN EL ARTE DE LA COSTURA.

Se comparan las medidas así tomadas sobre la misma persona, con las medidas que se toman sobre un patron cualquiera; inmediatamente se vé en qué proporcion debe verificarse el aumento ó la disminucion.

El patron del corpiño montante que sirve de tipo á esta demostracion, indica por sus contornos principales, —— —— ——, las proporciones de una mediana corpulencia; la línea paralela que sigue á este contorno por la parte esterior aumenta la proporcion, mientras que la línea de puntos colocada á la parte interior disminuye esta proporcion. Así, una persona muy gruesa deberá comparar las medidas del patron *aumentado* con las medidas tomadas sobre sí misma y duplicar ó triplicar el aumento, si el del patron no es suficiente; —una persona muy delgada reducirá por el contrario el patron por dentro de la línea de puntos, que es paralela al contorno de aquel, si la reduccion indicada por nosotros deja todavía al patron demasiado ancho. Consultando el patron que publicamos excepcionalmente con *aumento* y *reduccion*, se pueden con facilidad aumentar ó disminuir todos los patrones, cualesquiera que sean. A fin de no perjudicar á la claridad de la demostracion, hemos empleado la plana entera para este corpiño, y no publicamos manga, que por otra parte se encontrará en todos nuestros patrones pasados, presentes y futuros; diremos solamente que el vuelo superior de la manga debe ser siempre igual á la sisa del corpiño.

ENAGUA CORTADA A NESGAS.— Además de los patrones que hemos publicado hasta aquí de enaguas cortadas de este modo, hemos querido unir alsimple corpiño montante acabado de describir una demostracion, fácil de comprender y de copiar, de una enagua lisa cortada á nesgas. Las líneas finas trazan los contornos de los pa-

Corsé esterior para niño ó niña.

Figuras 27 á 29 (recto) del patron.

El corsé esterior sostiene el talle sin comprimirlo, y sujetando los hombros en su situacion normal, contribuye á desarrollar el pecho. Se le hace de cutí gris, con ballenas y elásticos de metal; se le ribetea con cinta encarnada de lana.

Se cortan en tela y forro dos pedazos por cada una de las figs. 27 y 28, el delantero de un solo pedazo por la fig. 29, que representa su mitad. Se ejecutan con seda encarnada á punto *atrás* todas las costuras indicadas en el patron, y destinadas á con-

CORSE ESTERIOR PARA NIÑA Ó NIÑO DE SEIS A OCHO AÑOS.

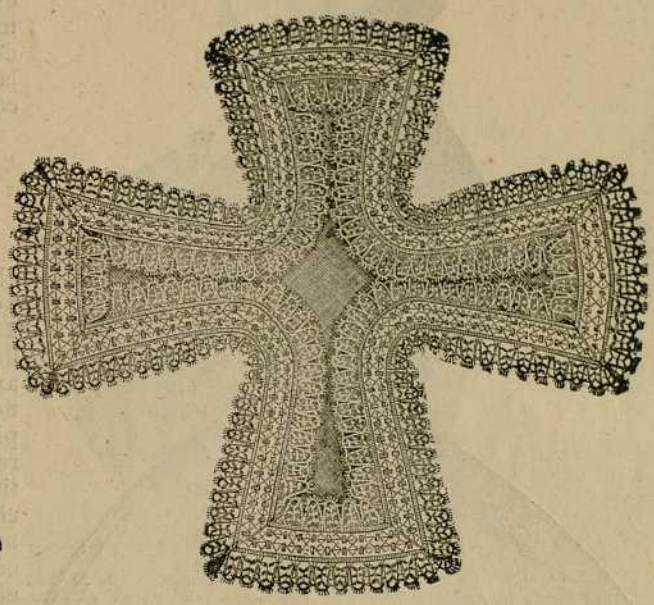
Cófia Magdalena.

Fig. 22 (recto) del patron.

Se compone de una especie de cruz hecha de muselina, guipur y entredos de guipur; á este fondo se unen dos barbas de muselina fijadas debajo de la castaña por una cinta elástica. Los adornos se componen de copetes de cinta estrecha de terciopelo lila, puestos, uno en el medio del fondo, y los otros dos á cada lado del brazo de la cruz que cae hácia adelante, mientras que los racimos hechos con buclecillos de la misma cinta van colocados á cada lado de la parte de la cófia que cae hácia atrás.

Se corta el fondo por la figura 22, que representa su mitad, poniendo la muselina doble y al sesgo sobre la línea que indica el medio; se hace un dobladillo en el contorno de este

CÓFIA MAGDALENA.



FONDO DE LA CÓFIA MAGDALENA.

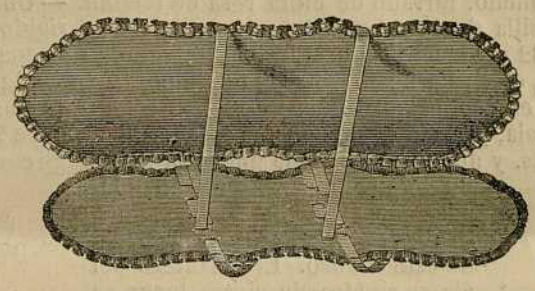
CÓFIA MAMÁ.

fondo, y se le orla con entredos de centímetro y medio de ancho, al cual se cose por ámbos lados un guipur de 2 centímetros de ancho, al cual se cose por ámbos lados un guipur de 2 centímetros de ancho, puesto por un lado sobre el fondo mismo, y por el otro sobre el contorno esterior del entredos (véase el dibujo especial que representa el fondo de la cófia Magdalena). Para sostener el copete del medio y las barbas, que cada una tiene 66 centímetros de largo y 15 de ancho, y van orladas de guipur, se pone atravesada por el revés del fondo una triple tira de tul rígido, que tenga centímetro y medio de ancho, y que se fija solamente en el medio de la línea fina de la fig. 22. En cada extremo de esta tira se coloca otra igual, de 9 centímetros de largo, formando un ángulo con la anterior, y destinada á sostener los copetes de los lados, que tienen 8 centímetros de diámetro cada uno ; las últimas tiras se cosen solo sobre el contorno del fondo. Dos tiras de tul rígido, cada una de 12 centímetros de largo, y dirigiéndose al sesgo desde el medio del fondo, sirven de sosten á los racimos que se componen de buclecillos de cinta, cada uno de 5 centímetros de largo.

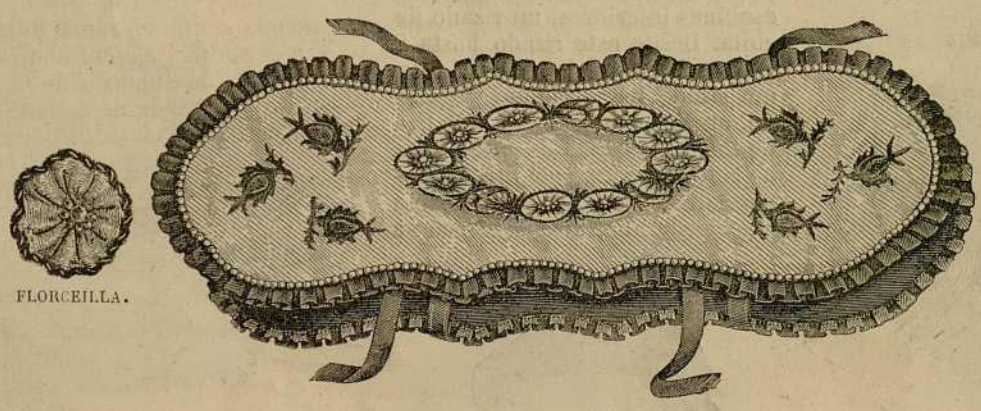
Cofia mamá.

Fig. 23 (recto) del patron.

Esta cófia conviene á las personas que quieren cubrirse la cabeza, y no se cuidan de adoptar los tocados actuales. Se cortan para el fondo, por la fig. 23, dos pedazos en nansouk, entredos bordado y entredos de encage. Todo ello se junta con arreglo á las indicaciones de la fig. 23, y se forman las nesgas haciendo un pliegue cuya tela se recorta por el revés; se reunen estas dos mitades del fondo desde 34 hasta 35, luego se las guarnece con un encage de centimetro y medio de ancho; el mismo encage rodea al entredos de encage hasta la línea de puntos de la fig. 23, y descansa á plano sobre el nansouk. Se forman algunos pliegues poniendo cada cruz sobre el punto, luego se cose este fondo á un ala cortada al sesgo por la fig. 16, que pertenece á la *cófia-tocado*. El medio del fondo, por delante, debe caer sobre la punta del ala, y se pone por debajo de la línea de puntos de la fig. 23 una tira doble al hilo de nansouk, que tenga 21 centímetros de largo; las dos mitades del fondo están separadas encima de cada tira por un espacio de 2 centímetrós y medio. Se pone sobre la línea de puntos del fondo una cinta de 3 centímetros de ancho, doblada de modo que solo tenga 2 centímetros de ancho, que cubre el espacio vacío y que se completa con un lazo de dos cabos. Otro lazo se pone sobre la cifra 34 del fondo; un tercer lazo sobre la estrella de la figura 23. La guarnicion de delante está formada por una tira de tul de 2 metros y 60 centimetros de largo, por 2 centímetros de ancho, orlada por un lado con un encage de 1 centimetro de ancho; esta tira está escotada por sus extremos, de modo que no tenga sino un centímetro. Desde el borde inferior de la cófia hasta el primer pliegue superior de la mitad de la izquierda del fondo, esta tira se riza á pliegues triples, y luego á pliegues dobles ; la costura de este rizado se cubre con una cinta de siete centimetros de ancho, doblada por su mitad, que desde el extremo inferior del ala se despliega á todo ancho, y forma las bridas, cada una de las cuales tiene 50 centimetros de largo. En el medio de la punta se pone un copete de cinta estrecha compuesto de 12 buclecillos, cada uno de 3 centímetros de ancho y llevando al rededor un rizado de tul; al lado izquierdo, 4 buclecillos de la cinta ancha, cada uno de 4 centímetros de largo, se cosen á la roseta, y ocupan un espacio de 11 cents.



INTERIOR DE LA PRENSA PARA GUANTES.



FLORCEILLA.

PRENSA PARA LOS GUANTES.

CAPULLO DE ROSA.

Prensa para los guantes.

Fig. 32 (recto) del patron.

MATERIALES. — Carton; taletan cereza; tafetan blanco; cintas de los mismos colores de 1 centímetro de ancho; felpilla fina cereza: y cuatro tintas de la misma felpilla verde; cuentas blancas y cuentas de acero.

Esta prensa sirve para conservar á los guantes que se están usando la forma y la apariencia de los que no se han puesto nunca. Se compone de dos pedazos de carton, forrados por dentro de tafetan perfumado, que sujetan los guantes por medio de cintas de 1 centímetro de ancho. El pedazo que representa la cara superior de la prensa, se adorna con un bordado hecho con trencilla, y rosetas de cinta plegada, que imitan florecillas. Un rizado de tafetan rodea las dos mitades.

Se cortan cuatro pedazos de carton blanco, no muy grueso, por la fig. 32, que representa la mitad de uno de ellos, — 4 pedazos de tafetan, de los cuales tres son color de cereza, y el cuarto gris claro, por la misma figura 32, dejando de mas todo al rededor un centímetro poco mas ó menos de tafetan para las costuras; la mitad de encima se cubre con el tafetan gris y se forra con tafetan cereza. Las florecillas de la cara superior se ejecutan con 5 centímetros de cinta blanca de tafetan, orlada con felpilla muy fina encarnada, y fruncida por el lado opuesto á la felpilla; se aprietan los fruncidos todo lo posible, y así se forma la florecilla, en el centro de la cual se coloca una cuenta blanca rodeada de cuentas de acero. Antes de fijar las diversas florecillas que forman una corona en el centro de la prensa, se bordan al pasado con felpillas las hojas de esta corona, y luego los capullos de rosas colocados en cada extremo. Se cubre uno de los lados de tres de los pedazos de carton con un cogincito de algodon en rama polvoreado con polvos de heliotropo, ó de otro perfume cualquiera; se cubre uno de estos cogines con tafetan cereza, el otro con el tafetan

ELÁSTICO DE COBRE PARA EL CORSÉ EXTERIOR.

COSÉ ESTERIOR ESTENDIDO.

gris, y ya se tiene preparada la mitad superior de la prensa.

En el tafetan cereza de esta mitad se hacen cuatro filas de hendiduras (véase el interior de la prensa) festoneadas con torzal blanco de seda. Se reunen los dos pedazos de carton festoneando sus contornos á puntos bastante separados; los dos cogines se encuentran naturalmente al exterior; el todo se rodea con un rizado de cinta cereza, sobre el que corre una fila de cuentas blancas. Para la mitad de debajo el cogin está colocado al interior, y los dos pedazos se cubren con tafetan cereza, se reunen, y luego se les pone al rededor un rizado hecho de cinta blanca. Para ligar entre sí las dos mitades, se toman 4 pedazos de cinta cereza, cada uno de 55 centímetros de largo, que se cosen á la mitad inferior, y que se pasan por las diferentes hendiduras de la mitad superior.

Chaqueta para señorita de 13 á 15 años.

Figuras 10 á 15 (recto) del patron.

Esta chaqueta sin mangas está hecha de tafetan inglés azul, forrado de marcelina negra, la espalda termina en dos cabos cruzados; la chaqueta lleva al rededor un fleco de cascabelillos. Si se quiere que sea mas sencilla, se suprimirán los cabos cruzados.

Se cortan en tela y forro los dos delanteros y los dos costadillos por las figs. 10 y 11, —la espalda por la fig. 12, que representa solo su mitad,—luego dos pedazos por cada una de las figs. 13, 14 y 15, para las hombreras y los cabos de la espalda.

CHAQUETA PARA SEÑORITA DE 13 A 15 AÑOS (VISTA POR DETRAS).

CÓFIA CON CUADRO.

Se cosen las nesgas del pecho, y luego se reunen todos los pedazos juntando las cifras iguales. Al reunir la espalda á los costadillos, se toman al mismo tiempo las cifras iguales de los cabos de la espalda, que se han forrado antes, y que se fijan así en esta costura; otro tanto se hace para las hombreras. En todas partes se hacen las costuras de modo que uno de los lados del forro queda separado, para redoblarse despues sobre esta costura, á la que cubre. — La chaqueta se cierra por delante con corchetes.

Cófia con cuadros.

Figs. 30 y 31 (recto) del patron.

El cuadro que se pone encima de la castaña está hecho de guipur, y rodeado de un guipur de 3 cents. de ancho; tiene 9 cents. en todos sentidos y puede hacerse de muselina bordada, ó componerse de entredoses reunidos. Se corta el fondo en muselina por la fig. 30, que representa solamente su mitad; el ala, por la fig. 31, que tambien representa su mitad, pero esta se corta en tul rígido. Se reunen las figs. 30 y 31 juntando las cifras iguales. Por el revés del borde inferior del fondo se pone una tira doble de tul rígido, que tenga cent. y medio de ancho, la cual se cubre de entredos de guipur de 2 cents. y medio de ancho, forrado de cinta rosa de tafetan. —Una presilla de la misma cinta, forrada de tul rígido, de 32 cent. de largo, se pone atravesando el cuadro, que está fijado sobre el doble punto de la fig. 30; esta presilla se cose luego sobre las estrellas del ala, y despues se cubre con una tira de tul de 2 cents. y medio, guarnecida por cada lado largo con un guipur de cent. y medio, plegado por el medio hasta el cuadro, mantenido plano por fuera de este cuadro. El delantero del ala se ribetea de cinta, luego se pone allí, desde la cruz hasta las esquinas inferiores, un rizado de cinta. Desde este rizado hasta 2 cents. de distancia de este mismo rizado hácia el lado izquierdo, el ala se adorna con una tira de tul, guarnecida de encage por un lado, rizada por el otro, y dispuesta en espiral.—En el espacio que queda libre á la derecha, se pone entre los rizados un copete ó escarapela de cinta estrecha, compuesto aquel de buclecillos y de 2 cabos, cada uno de 20 cents., de cinta mas ancha; con esta última cinta se hacen los 3 bucles, cada uno de 10 cents. de largo, y los dos cabos, cada uno de 36 cents. de largo, que se colocan en el medio de la presilla por debajo del cuadro. A los extremos inferiores del ala se cosen las bridas de muselina, que tienen 12 cents. de ancho en su borde inferior, y solamente 6 en el superior; por su lado largo que es continuacion del ala, se las orla con cinta; por su otro lado con guipur.

CHAQUETA PARA SEÑORITA DE 13 A 15 AÑOS (VISTA POR DELANTE).

Cófia fanchon.

Fig. 21 (recto) del patron.

Esta cófia se guarnece con rizados y rosetas hechas con tiras de tafetan azul recortadas por sus bordes. Se prepara ante todo el fondo por la figura 21 (que representa su mitad) de entredoses bordados y entredoses de encage, que tengan 2 cents. de ancho, y muselina blanca. Se repulga el contorno del fondo, y se guarnece el borde inferior, principiando desde la estrella, con una tira de muselina realzada por un encage de 4 cents. de ancho. Esta tira tiene 70 cents. de largo, 3 y medio de ancho en el medio por detrás, sin incluir el encage y disminuye hácia cada extremo, de modo que solo tenga centímetro y medio. Debajo del fondo, es decir, en el medio hasta la estrella por cada lado, se pone un ala de la misma forma, cortada en tul rígido, que se estiende hasta la línea contínua de la figura 21. Se orla el delantero del fondo hasta la guarnicion con cinta azul de 3 centímetros de ancho, realzada por un lado con encage, un rizado que se pone desde el punto de cada lado hasta la estrella, cubriendo la costura de la cinta que orla el ala, y colocado pié con pié, descansando la mitad de él sobre el fondo. La costura de este rizado y la de la guarnicion van cubiertas con un rizado hecho de tafetan azul, recortado por ámbos bordes, y que tenga 5 cents. y medio de ancho. Una roseta del mismo tafetan, de 6 cents. de diámetro, va colocada sobre la estrella del fondo; en este mismo sitio se fijan las bridas, cada una de 76 cents. de largo por 8 de ancho; estas bridas se reducen á 3 cents. de ancho, por medio de 2 pliegues, en una altura de 14 cents. contando desde su orígen.

CÓFIA FANCHON.

Chaqueta con solapas.

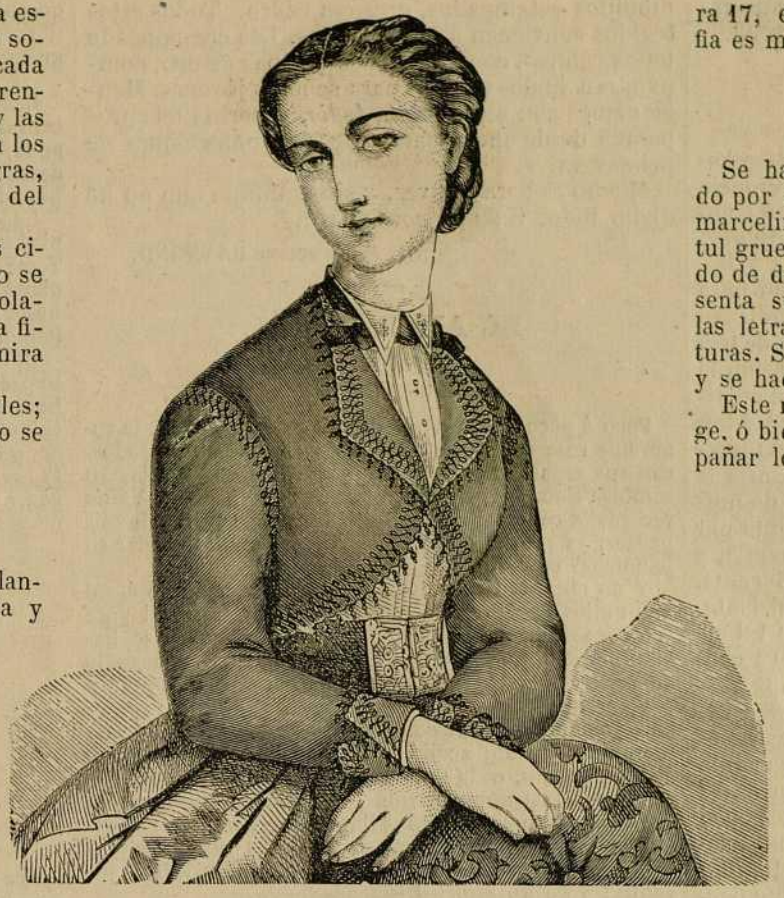
Figuras 5 á 9 (recto) del patron.

Este modelo está hecho de cachemira color de capuchina, y guarnecido con un fleco de cascabelillos, de cuentas negras. Se cortan en cachemira y marcelina negra (for-

ro) 2 pedazos por cada una de las figs. 5 y 6; la espalda, sin costura, por la fig. 7, que representa solamente su mitad; se cortan dos pedazos para cada manga por la fig. 8, teniendo en cuenta la diferencia de los contornos para la mitad de debajo, y las vueltas de las mangas por la fig. 9. Se ejecutan los buclecillos con trencilla negra, ó cuentas negras, luego se pone el forro, y se hacen las nesgas del pecho.

Se reunen espalda y delanteros juntando las cifras iguales, y haciendo todas las costuras como se han indicado para la *chaqueta de señorita*. La solapa, que se dobla sobre la línea de puntos de la figura 5, va forrada con un pedazo de cachemira igual á la de la chaqueta.

Se cosen las mangas juntando las cifras iguales; se pone la vuelta en su borde inferior y luego se fija la manga en la sisa con un vivo.



CHAQUETA CON SOLAPAS.

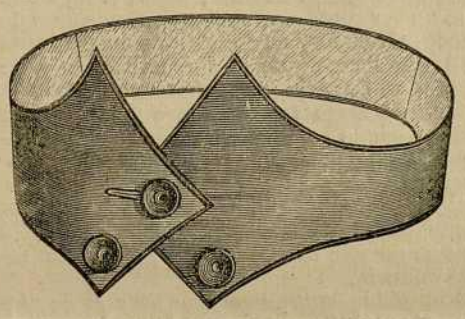
Cófia-tocado.

Figs. 16 y 18 (recto) del patron.

Este modelo está hecho de encage de seda blanco, de entredoses adecuados, cinta rosa, ancha y estrecha. Se corta de un solo pedazo, en tul rígido, el ala de detrás por la fig. 17, que representa su mitad,—dos pedazos por la figura 16, y se reunen estos últimos por su lado escotado. El ala se orla por cada lado largo con cinta de 3 cents. de ancho, luego se guarnece con cinta igual (pero plegada por uno de sus lados largos), desde la línea contínua de la fig. 16 hasta el borde inferior, de modo que la cinta cosida sobre el medio del ala esté puesta recta sobre el contorno esterior del ala. Desde el borde, la cinta se continúa, no doblada, sino en dos cabos, uno de 60 cents. y otro de 80, que se pasan por debajo de la castaña para atarlas á un lado de la cabeza. — La costura de la cinta se cubre encima del ala con un encage de 2 cents. de ancho, cuyo borde excede un poco del contorno de delante del ala. A centímetro y medio de distancia de la punta, se coloca una guarnicion que excede de la línea fina de la figura 16, y se compone, en el lado derecho, de muchos buclecillos y cabos de cinta de 3 cents. de ancho; en el izquierdo, de una escarapela ovalada, compuesta de 5 ó 6 buclecillos en forma de abanico, hechos con cinta de 8 cents. de ancho. Se orla la fig. 17 con cinta de 3 cents. de ancho; se ponen en medio 2 buclecillos, cada uno de 13 cents. de largo, luego se reunen los lados transversales de la fig. 17 á la 16, poniendo estrella sobre estrella. En este mismo sitio se pone una especie de traviesa de 30 cents. de largo y uno de ancho, hecha de tul rígido, cubierta de cinta, pasada por los buclecillos, y atravesando la castaña, cuando el tocado se pone sobre la cabeza.

Solo queda que preparar el fondo por la fig. 18. Se compone de 3 entredoses, cada uno de 3 centímetros de ancho, reunidos por 2 entredoses de 1 cent. de ancho, á través de los cuales se pasa cinta de tafetan muy estrecha (cero). Se rodea el fondo,—marcando las esquinas por una nesga,—con encage de 2 cents. de ancho, forrado de cinta rosa de 3 cents., doblada por su mitad. Se forman dos pliegues en la fig. 18, poniendo cada cruz sobre el punto, y en los mismos sitios se fijan sobre la cifra 31 del ala, luego su borde interior se fija en el medio de la figura 17, encima de los buclecillos de cinta. Esta cófia es muy elegante y muy fácil su confeccion.

CÓFIA-TOCADO.



CINTURON CON PUNTA.

Cinturon con puntas.

Figuras 25 y 26 (recto) del patron.

Se hace este cinturon de gró negro, está orlado por un vivo de terciopelo negro, y forrado de marcelina blanca. Se cortan en tela y forro y en tul grueso rígido, 2 pedazos por la fig. 25, y el lado de detrás sin costura, por la fig. 26, que representa su mitad. Se reunen los pedazos juntando las letras iguales, y se pone el vivo sobre las costuras. Se colocan los botones de terciopelo negro, y se hace el ojal.

Este modelo puede hacerse de tela igual al trage, ó bien de terciopelo, raso ó tafetan, para acompañar los corpiños blancos montantes ó escotados.

CÓFIA LAMBALLE.

Cófia Lamballe.

Figura 19 y 20 (recto) del patron.

Esla cófia está hecha de muselina, guarnecida de guipur, y adornada de cinta de tafetan azul muy estrecha (cero).

Se corta el fondo por la 19, que representa su mitad, poniendo la muselina doble y al sesgo sobre la línea que indica el medio. Se cortan dos pedazos dobles por la fig. 20; se repulga el contorno del fondo, se le rodea, principiando por su borde esterior, con cuatro filas de encage fruncido, atravesado á intervalos de 2 centímetros por buclecillos de cinta de terciopelo, puestos *á caballo*, un poco mas largo que el alto del encage, y *contrapuestos*. Sobre la última fila de encage corre una cinta de terciopelo, indicada en la fig. 19. Se coloca, en el sitio marcado por una estrella, un copete de buclecillos de terciopelo, cosidos sobre un disco de muselina rígida de 6 cents. de diámetro; se reunen los dos pedazos del ala (fig. 20) cosiendo uno con otro los lados escotados, y se hace á cada lado la nesga indicada. Las bridas que rodean la castaña, debajo de la cual se reunen por una cinta elástica, se componen de tiras de muselina de 60 cents. de largo y 20 de ancho, redondeadas por abajo, y rodeadas de encage; en la parte superior de cada brida se hacen 3 pliegues profundos, luego se la cose sobre la cifra 33 de la fig. 20; se reunen ámbas bridas por algunos puntos, á 5 cents. de distancia de su extremo inferior; se pone un copete de cinta sobre el extremo superior de cada brida.— Las dos cadenetas tienen 40 y 50 cents. de largo; están formadas por argollas de terciopelo, hechas cada una con un cabo de cinta de 5 cents. de largo. Una cinta elástica de 14 cents. de largo, se cose por

CÓFIA CON CADENETAS.

dentro del ala, á 4 cents. de distancia de cada extremo; se fija el fondo sobre el ala, 32 sobre 33.

Cófia con cadenetas.

Figura 24 (recto) del patron.

Las cadenetas que caen sobre la castaña se hacen de entredoses de guipur y cinta de terciopelo lila. Sus argollas ó eslabones se componen de entredos de 2 cents. de ancho, y de cinta de terciopelo de 1 centímetro.

Se reunen entredoses de 3 cents. de ancho para formar el fondo por la fig. 24, que representa su mitad; las costuras se cubren con una cinta de terciopelo de 1 cent. de ancho. Se guarnece el borde inferior del fondo con una tira de tul de 2 centímetros de ancho, que se cubre con cinta de tafetan lila, sobre la cual se pone un guipur fruncido ligeramente, que tenga 4 cents. de ancho. Se orla la parte anterior del fondo con una tira doble de muselina de 2 cents. de ancho, formando la punta por delante, gracias á un pliegue que se hace en ella, y excediendo del fondo por ámbos lados en 5 cents. poco mas ó menos. Para la guarnicion de delante, se prepara un rizado hecho con una tira de tul de 3 cents. de ancho, realzada por un guipur de 1 centímetro. Este rizado está puesto en línea recta hasta los sitios marcados por una estrella en la fig. 24, luego se rodea en parte en este sitio una escarapela hecha de cinta de 2 cents. de ancho. Una cinta cubre la costura del rizado hasta la escarapela. El espacio que se encuentra entre las escarapelas, en el medio superior de la cófia, se adorna con un cuadro de 4 centímetros, hecho de cinta que tenga 4 centímetros de ancho, rodeado por un guipur ligeramente fruncido, y puesta la punta de aquel hácia adelante. Para las cadenetas, se prepara una argolla ó anillo con un pedazo de entredos de 8 cents. de largo; el anillo siguiente, del mismo largo, se hace de cinta de terciopelo, y se pasa por el anterior, y así se continúa alternativamente. La cadeneta, fijada por debajo de la cófia, tiene 52 centímetros de largo, la que corre por cima de ella 36 centímetros; esta se fija sobre la otra en su quinto anillo, contando desde la cófia. Cada una de las bridas tiene 56 centímetros de largo, y se hacen de cinta de 8 centímetros de ancho.

REVISTA DE MODAS.

Tengo algunos pormenores que dar relativos á los vestidos del dia y de la noche.

El oro y la plata desempeñarán un gran papel en los vestidos de baile. La mas linda disposicion es (á mi entender) la lista de oro sobre tul de seda. El ancho del tul es de 1 metro y 60 cents.; se emplean 7 metros para el trage. La misma lista existe tambien en plata; las demás disposiciones son estrellas, lunares gruesos y centellas.

Los trages de baile se cortan al sesgo, como los de calle. Con los trages de tarlatana lisa se llevarán joyas de flores, novedad que conviene perfectamente á las señoritas y á las casadas jóvenes. El adorno completo se compone de la peineta, los pendientes, el collar, la aguja y el brazalete. Los mismos aderezos se componen de frutas: cerezas, guindas, grosellas, bayas de serval, uvas negras ó blancas. Pueden añadirse ramas destinadas á recoger el trage: uvas negras sobre trage de tarlatana blanca, color cereza ó azul, y así sucesivamente.

Se hacen muchos trages de paño, y hasta vestidos completos de paño. La moda de los trages cortados al sesgo debia forzosamente llevar consigo la rehabilitacion del paño. Estos vestidos son á bordes festoneados de lana negra, ó color sobre color; los mas elegantes son bordados.

He visto un trage de paño castaño oscuro, con paletot igual; el bordado era de lana color castaño, de tinta algo mas clara, compuesto de follage con aplicacion de ramos de flores de piel.

Voy á indicar una tela nueva muy original; es tafetan negro con lunares muy pequeños de relieve, imitando los salpicados de cuentas. Se hacen de ella vestidos de calle y de casa, en forma de redingotes, sin otro adorno que botones gruesos con agujetas desde el cuello hasta los pies.

He recibido una coleccion de muestras de una fábrica de Lyon, cuyo conocimiento interesará á mis lectoras. Primeramente cisne tegido sobre tela, empleado para palatinas, guarniciones ó forros para salidas de baile, guarniciones de trages y de vestidos de niños.

Además, tul-crespon-nieve, que debe componer los vestidos mas vaporosos de baile; crespon espuma, crespon emperatriz, crespon con bellísimos dibujitos estampados, crespon céfiro. Todos estos tegidos convienen á las señoritas. Los crespones de todos colores, con centellas ó chispas de oro, compondrán lindos vestidos para señoras jóvenes. Mencionemos aun el *poño de la India*, soberbia tela preparada desde ahora para trages y confecciones de primavera.

Mucho es para una vez, y sin embargo aun no he dicho todo. En otra continuaré.

EMMELINE RAYMOND.

EL AMOR FILIAL.

(CONCLUSION.)

Poco á poco el santuario de mis primeros años, la venerable casa en donde habian vivido mis antepasados, con sus espaciosos salones, sus retratos de familia, su sombría alameda, perdieron para mí su encanto. ¡Ya no recordaba con santo respeto las blancas cabezas de mis padres; ya no me extremecia de placer al recordar su bendicion cuotidiana!

Y no obstante, ellos todo lo habian sacrificado á mi bien: ellos habian ido á establecerse en la capital para velar mas de cerca sobre su preciado tesoro, y se habian privado, por su ámor, hasta del inefable consuelo de verle crecer á sus ojos y recibir sus caricias!

Yo crei de buena fe que en esto, solo cumplian su deber, y cuando salí del colegio, desvanecido con mi fastuosa instruccion, acojia con burlona sonrisa cada uno de sus consejos, cada uno de sus mandatos. Los consideraba como instrumentos rotos, que debian hacinarse en un rincon y reelegarse al olvido. Quise gozar de una libertad absoluta; quise gozar de todos los insensatos placeres, que me parecian el legítimo patrimonio de la juventud y de un espíritu independiente.

Mis padres murieron de dolor, el uno en pos del otro. No sé si asomó alguna lágrima vergonzante á mis pupilas. Habia aprendido que el hombre, segun la ley de la naturaleza, es un ser como otro cualquiera, que cumple su fin, naciendo, viviendo y muriendo, y apenas dí mas importancia á este suceso, que al derrumbamiento de una encina, falta ya de sávia para reproducirse.

¡Ah, prosiguió el ciego tras una leve pausa, y con amarga sonrisa, fortuna que el cielo piadoso ha arrebatado la luz á mis pupilas, porque si no, buscaria en vano mi casa señorial, y no la encontraria!

Demolí hasta la última piedra, arranqué de raiz todos los árboles que habian prestado su benéfica sombra á mis antepasados, no dejé ni una sola flor, ni un solo recuerdo de mi infancia.

Reemplacé los sólidos murallones por paredes de medianería, y adorné mi nueva casa con muebles, que solo tenian de suntuoso la apariencia.

¡Si todo esto duraba tanto como yo mismo, qué me importaba lo demás!

Habia aprendido de mis amigos de orgía, que la mujer instrumento de placer, podria considerársela en su acepcion mas sublime, como un dige de salon. Por lo tanto, cuando me casé, solo atendí á mi capricho, y ella fué completamente digna del móvil que me impulsó al elegirla: tuvimos muchos hijos, y como es natural, los educamos á nuestra semejanza.

Así que balbucearon las primeras palabras empezaron á tutearnos; á los ocho años, discutian con nosotros cuáles eran los preceptos que se debian cumplir ó rechazar; aprobaban ó desaprobaban la eleccion de los maestros, y era preciso someter á su tribunal, el porqué de todas las cosas. A los quince, enarbolaban la bandera de libertad absoluta: á los veinte, estaban hastiados de los placeres y encenegados en los vicios.

Yo, que tascaba el duro yugo de la mujer que habia elegido para *adorno* de mi salon; consentí durante una grave enfermedad que tuve, en hacerla una carta dotal, que representaba casi la totalidad de mis esquilmados bienes.

Pero Dios no quiso que fuese yo el que muriese entonces, sino mi mujer. ¡Ella era la menos culpable de los dos; y su culpa debia ser menos amarga que la mia!

De resultas de mi penosa enfermedad, habia perdido la vista, y caí en un profundo abatimiento.

Mis hijos tuvieron paciencia, para esperar que yo agotase todos mis propios recursos, en subvenir á sus caprichos; luego me arrastraron ante los tribunales, para exigirme el dote de su madre, y como una manada de tigres hambrientos, se lo repartieron entre sí, no dejándome siquiera las migajas.

¡Soy ciego y pido limosna, hé aquí mi historia!

. . . . . .

Un triste silencio acogió estas palabras: todos lloraban. La jóven se habia deslizado de rodillas y ocultaba la cabeza en el seno de su madre. El viejo elevaba sus trémulas manos al cielo, evocando las bendiciones de Dios, sobre la pura frente de su hija.

—Ah! repuso el ciego entre sollozos, yo no quiero que la maldicion de mis padres, pese sobre las prendas de mi amor, no, no lo quiero. ¡Mis padres obraron mal por imprevision; yo por ingratitud y por orgullo, y debo sufrir solo las consecuencias de mis faltas! Si sembré zizaña, ¿cómo pude esperar que floreciera el útil trigo? No! Yo encorbo la frente y pido misericordia para aquellos que escarnecieron las canas de sus padres, sin preveer que el tiempo hará blanquear sus cabellos, y serán á su vez objetos de burla y vilipendio. ¡Pueda, ¡ah! pueda la expiacion que me impuse de venir á llorar mi desdicha en los lugares mismos, testigos de la felicidad que poseia y despreciaba calmar la justa cólera divina! ¡Pueda mi amargo llanto, redimir las culpas de mis ingratos y queridos hijos!

. . . . . .

Cuando hace dos años, yo visité á Molinedo tambien brillaba en el cielo el hermoso sol de Mayo. Conocí á aquella virtuosa familia, tal cual la he descrito, dirigiéndose á la Iglesia al rayar el alba, para ofrecer á Dios el puro incienso de sus buenas obras.

La jóven habia redoblado su filial cariño, cuidando con piadosa solicitud á sus decrépitos padres y al infeliz D. Tomás, y obstinándose en no dar su mano al hombre digno á quien amaba y de quien era amada con pasion, hasta que aquellos tres queridos seres, bajasen tranquilamente á la tumba.

Ella misma me refirió el precedente episodio de sus impresiones, grabado con caractéres indelebles en su imaginacion, y repitiéndome con entusiasmo el precepto del Divino Legislador de las virtudes: *Honra á tu padre y á tu madre, para que tú tambien seas honrado sobre la tierra. Amalos, porque su bendicion es la única tabla salvadora, sobre la cual podemos atravesar seguros, los procelosos golfos de la vida.*

ANGELA GRASSI.

EL HORNO DEL CASTIGO.

LEYENDA BÍBLICA.

Señales y maravillas ha hecho el Dios excelso en mi presencia.
Biblia. Profecía de S. Daniel, c. III v. 99.

I.

Era en la tierra de Sennaar, en la soberbia Babilonia y en los tiempos de Nabucodonosor. El poder de este rey era inmenso; Dios se lo habia concedido con la gloria como concede al leon la magestad y la fuerza. Sus egércitos llenaban la tierra y azotaban las naciones vecinas, como olas embravecidas la indefensa rivera. Egipto, el sabio y poderoso Egipto le estaba sometido. La Persia y la Media, que habian de devorar despues esta gran monarquía simbolizada en la cabeza de oro, se extremecian de espanto al eco de sus triunfos; la Judea, tan guerrera en los dias de David, tan rica y potente en los de Salomon, no era conocida. Nabucodonosor subió á ella y la sangre la inundó como un rio salido de madre. Sus reyes habian sido apresados y muertos, su templo destruido, sus vasos de oro trasladados á Caldea, y los hijos de Jacob reducidos á la mas dura esclavitud y conducidos á las orillas del Eufrates con sus mujeres y niños, como numerosos rebaños, con sus pequeñas crias.

Y este rey de reyes, á cuyo ademan de enojo los pueblos y naciones cedian y se humillaban como los ramos de la selva al impulso del viento, hizo construir una estátua y que puesta en el campo de Dura, todos le adorasen en ella, pereciendo en un horno ardiente quien á ello se negase.

Al punto se congregaron los sátrapas, jueces y magistrados con todos los demás grandes del reino, y acudiendo al campo de Dura adoraron, al son del arpa y el salterio, la estátua de oro.

Mas la envidia y la iniquidad que tenian morada en el corazon de muchos hombres, regocijáronse con el decreto del rey, y levantando sus cabezas de víboras, impelieron á algunos caldeos á la presencia del monarca, donde acusaron á Sidrach, Misach y Abdénago de como se negaban en su orgullo á adorar la estátua de oro.

A estas palabras que herian venenosas á los hijos de la transmigracion, la cólera del rey se despertó en su pecho como las olas de un golfo que solivianta la tormenta: su vista fiera y encendida volvióse de uno á otro lado como la del tigre que olfatea la presa; quiso hablar, pero la ira le ahogó el acento en la garganta y levantándose sobre su trono, terrible y amenazador como la llama de un volcan en la cúspide de un monte, mandó comparecer ante sus ojos á los tres mas hermosos mancebos de la nacion cautiva.

II.

Sidrach, Misach y Abdénago, no tenian igual entre los hijos de los hombres. Cuando niños, Asphenez, primer prefecto del rey, los habia escogido entre los mas hermosos y mas nobles del pueblo hebreo y cambiándoles sus nombres de Ananias, Misael y Azarias, hizo adiestrarles en todo saber, para que familiarizados con las ciencias, pudieran mas tarde servir dignamente en la cámara del rey.

Y Sidrach, Misach y Abdénago ocupaban los primeros puestos del reino y sin haberse ensoberbecido con su grandeza, ni olvidado de su Dios, echaban desde su altura, como el águila desde el cielo á la roca en que deja su nido, miradas de amor al pueblo de Judá, aliviando en silencio su infortunio y miseria.

Por eso al oir el mandato del rey no se conturbó su espíritu: ¿qué sabe el lirio en lo alto de su tallo del venenoso insecto que corroe su planta? y escudado con sus virtudes, como el guerrero con su armadura comparecieron ante el monarca.

Pero la faz del soberano se habia mudado sobre ellos, como la del sol con los velos de la nube: al verles con sus trages de ricos colores, las altas tiaras que ornaban sus frentes y las piedras preciosas que relucian sobre sus pechos, vínole á la memoria la esclavitud de Judá y como desde su oprobio les habia levantado hasta su

alteza. Entonces, entre sañudo y sentido, les reconvino por su ingratitud y por no adorar á sus dioses, amenazándoles con el horno de fuego, si al punto no doblaban la rodilla y humillaban la cabeza ante la estátua de oro.

Mas Sidrach, Misach y Abdénago, invocando el nombre y el poder de su Dios, resistieron la órden del monarca, como las pirámides del desierto la arena que las combate, y Nabucodonosor en su ira les condenó al instante á perecer entre las llamas.

III.

La noche habia caido sobre la tierra, la ciudad dormia entre la sombra y al abrigo de sus muros coronados de torres y atalayas. La venganza del rey estaba cumplida y la envidia de los magnates satisfecha. Sidrach, Misach y Abdénago, apoyo y sosten del pueblo hebreo habian sido precipitados en el horno. La órden del monarca se cumplió con tal presteza que ni aun dió tiempo para despojarles de sus brillantes vestiduras. Atados duramente cayeron en el fuego sin dejar de proferir alabanzas á su Dios.

Y el horno encendido siete veces mas de lo acostumbrado, despidió durante el dia un hálito de muerte semejante el de un antro del infierno. Y los hombres se alejaban de su radio por miedo de caer sofocados como al soplo del Simoun. Así habian perecido los verdugos del monarca al arrojar á los mancebos.

Todo estaba cumplido y en reposo, solo el pueblo de Judá, rasgadas sus vestiduras y hundida la frente en la ceniza, lloraba por los hijos que habia perdido, clamando en su amargura:

¡Oh vosotros, los que pasais por el camino, mirad si hay dolor como mi dolor: el Señor se hizo como enemigo, red puso á mis plantas y me entregó á una mano bajo de la cual no podré levantarme!

Y lloraba en la sombra, y el Dios que la afligia con aquel azote, contemplaba tan solo su duelo.

IV.

Nabucodonosor tampoco dormia; solo y sombrío paseaba por sus cámaras cuyas ventanas abiertas le dejaban ver el espacio completamente negro, como un manto de luto sin bordado ni pedrería. De vez en cuando se acercaba á los balcones y quedaba ante ellos en abstraccion profunda. ¿Qué contemplaba el rey en medio de la quietud y las sombras de la noche?

A larga distancia, frente al palacio de los maravillosos pensiles se extendia el campo de Dura; en él hácia el oriente, se levantaba aislada y escueta como un obelisco en el desierto la estátua de oro y hácia la parte del ocaso un cercado de recias y ennegrecidas tapias, el cual despedia un gran reflejo. Era el horno del castigo. Durante el dia las llamas que se habian cebado sin cesar con haces de leña, con betun y petróleo, se levantaron cuarenta y nueve codos sobre las calcinadas paredes, é inhiestas y agudas como puntas de flechas subian hácia el cielo cual si á llevarle fueran las plegarias de las víctimas: mientras el humo que ciega los ojos como la ira el juicio, borbotaba del cercado en presuroso tropel cual del redil que las encierra ovejas de negros vellones. Por largo tiempo sin aire que le desvaneciera, vagó en torno de las tapias, dilatando al fin sus anillos que aclaraban de color á medida que se alejaban por el espacio. Ahora no se veia, reinaban tan solo las llamas del incendio: asidas á las paredes del horno como la yedra á los muros de una fortaleza, trepaban por ellas, asomaban por sus bordes, los lamian como lenguas de oro, y alargándose al inclinarse por fuera parecian serpientes que quisieran bajar á la tierra de donde se habian levantado.

El rey las contemplaba con extraña fascinacion. A la luz de la hornaza el espacio le parecia mas negro y el pedestal del ídolo mas brillante, mientras la estátua de oro, sepultada en la sombra, desaparecia por completo. De pronto le pareció oir unas voces varoniles, gratas y armoniosas que alzaban, unas veces en la lengua del hebreo, otras en la caldea, árabe y persa, alabanzas al excelso Dios.

Y el monarca cerró los ojos é inclinó la cabeza para no perder una sola palabra del misterioso cántico. Y entre el reposo de la noche oyó como decian:

"Tronos, dominaciones y potestades de la tierra, bendecid el Señor.

Aves del aire, peces de la mar: bendecidle y glorificadle.

Plantas y aguas, montes y llanos: ensalzad su poder.

Frios y escarchas, nubes y vientos, lluvia apacible, estrellas y soles: bendecidle y glorificadle.

Seres de toda la tierra, átomos del espacio, ángeles del cielo, arcángeles y serafines: bendecid al Señor, ensalzadle y glorificadle por los siglos de los siglos."

Entonces Nabucodonosor levantando la frente abrió los ojos, y mirando la hornaza, lanzó un grito, llamando asombrado á sus guardas y magnates.

Al punto la córte toda se despertó aterrada como esclavos en reposo al látigo del sobrestante. Y al verles el rey preguntó con acento terrible:

"¿No eran tres los hombres que atados mandamos arrojar en el horno?" y los grandes humillándose hasta la tierra:

"Así es, ¡oh rey!" respondieron.

"Pues mirad," dijo el monarca. Y extendiendo su brazo desnudo adornado con ricos brazaletes, señaló con trémula mano el horno que aun ardia.

Las llamas habian huido de su centro y apilándose en sus costados como un dia las aguas del mar Rojo contra las montañas que le encierran, dejaban un espacio libre, cual le dejó el Eritréo para el paso de Israel. Y en aquel estrecho ámbito cercado de fuego como de divinos resplandores el trono de Jehová, se paseaban los tres hebreos, la hermosura de sus vestidos, la riqueza de sus tiaras y el brillo de sus collares resplandecian á lo lejos mas que los brillantes y zafiros de la corona del monarca. Un varon desconocido, cuyo trage y cuya faz asemejaban al sol caminaba á par de ellos.

Los grandes enmudecidos por el asombro cayeron á los piés del monarca. Mas Nabucodonosor llegando súbito á la boca del horno gritó con voz fuerte:

"Sidrach, Misach y Abdénago, salid aquí." Al punto comparecieron los tres mancebos sin traer sobre sus ropas, sus rostros ni sus cabellos señal alguna de la llama, ni aun el enojoso aroma del humo que impregna cuanto toca.

"¿Quién estaba con vosotros? ¿Quién os ha librado de mi furor?" demamdó con afan el rey dudando de sus sentidos.

Y Sidrach, Misach y Abdénago respondieron:

"El Señor nuestro Dios, envió su Angel para que esparciese cerca de nosotros un viento fresco como de rocío, mientras en el horno de fuego bendecíamos su poder y cantábamos sus alabanzas.

Y el rey entonces ensalzó á Sidrach, Misach y Abdénago y cayendo sobre su rostro exclamó:

"Bendito sea el Dios de ellos, porque sus prodigios son grandes, sus maravillas fuertes, su reino un reino eterno y su poder de generacion en generacion.

MARIA MENDOZA DE VIVES.

MAITAGARRI. (1)

ITURRIOZ. (2)

El mas profundo silencio reinaba en uno de los caseríos de las cercanías de Oyarzun.

Pedro Iturrioz, gefe de la familia, robusto montañés, de avanzada edad, acababa de cenar, y su mujer, mas jóven que él y en cuyo rostro podian distinguirse algunos rasgos de su belleza primitiva, se mantenia en pié con un vaso lleno de vino caliente en la mano, aguardando á que su marido tuviese á bien dirigirla la palabra.

El gefe hizo una señal y la mujer puso en sus manos el vaso de plata con cierto ademan que indicaba á la vez ternura y respeto.

Luego colocó sobre la rústica mesa un cestillo lleno de olorosas frutas y se sentó al otro extremo con la rueca á la cintura, hilando silenciosamente un finísimo lino que mas tarde habia de convertirse en manteles, sábanas y camisas perfumadas, que tanto abundan en los caseríos vascongados.

En otro rincon de la cocina, dos muchachas jóvenes dotadas de singular belleza, hablaban en voz baja, terciando en la conversacion un rapaz como de quince años que se mantenia con la cabeza descubierta.

Un sillon de baqueta guarnecido con gruesos clavos de bronce, se veia desocupado bajo la campana de la chimenea, á la derecha del hogar.

Este cuadro de familia lo iluminaba la hoguera del fogon, y la luz brillante de una hacha de recina colocada en una argolla de hierro.

El gefe partió una manzana, dió la mitad á su esposa, y apurando las dos terceras partes del contenido del vaso, invitó á la mujer á que lo concluyese: hízose asi sin hablar una palabra.

El montañés entonces descubrió su venerable cabeza, á cuya accion se levantaron cuantos en la cocina estaban: santiguóse, murmuró una oracion á la que hicieron coro los demás, y fué á sentarse en el sillon de baqueta.

Una de las muchachas retiró la mesa, guardó el blanquísimo mantel doblándolo cuidadosamente, y toda la familia se colocó junto al fuego.

La ama de casa hilaba, las muchachas formaban madejas recogiendo el hilo en unas aspas de madera, el jóven afilaba un cuchillo de monte, mientras Pedro Iturrioz, apoyados los codos en los brazos del sillon, parecia estar preocupado.

Las miradas de los circunstantes se fijaban en el semblante del patriarca, cuyos ojos se iban cerrando paulatinamente.

La esposa hizo entonces una seña imperceptible: cesó la conversacion de las doncellas, y el mancebo entonó con voz muy baja una canturía sencilla y monótona, cuya cadencia marcaban las tres mujeres moviendo las manos.

Esta melodía debió obrar poderosamente en el anciano, puesto que inclinó del todo la cabeza quedándose profundamente dormido.

Por entre los resquicios de la puerta entreabierta, penetraban algunos rayos de la luna que iluminaba un magnífico paisage de árboles frondosos y montañas gigantescas: el murmullo de una fuente se dejaba oir, imprimiendo á este tranquilo espectáculo un encanto desconocido.

Largo rato permanecieron de este modo, hasta que el anciano dijo repentinamente:

—Repíteme, Antonio, lo que has oido en la montaña.

El jóven dejó su cuchillo, se levantó y contestó respetuosamente:

—He oido, padre mio, que la batalla ha sido sangrienta.

—Y no sabes quiénes son los vencidos?

—No me lo han dicho, padre mio.

El anciano se calló.

La mayor de las dos doncellas tornóse sumamente pálida, y dejó caer el aspa de madera en que recogia el hilo; fijos los ojos en su hermano, interrogábale con la mirada: pero Antonio esperaba para hablar la órden de su padre.

—Mañana antes de ser de dia te encaminarás á la frontera, y no vuelvas á casa hasta que sepas él éxito del combate.

—Así lo haré, padre mio.

—Acércate, le dijo al mancebo.

—Qué me quereis? contestó Antonio inclinando la cabeza para escuchar lo que su padre tenia que decirle confidencialmente.

—Gil está con ellos, le dijo con voz conmovida; hermano tuyo es, é hijo mio: pregunta, registra el campo, y cuando vuelvas, dime que lo has visto vivo, ó que lo has sepultado cristianamente si es que ha muerto.

—Cumpliré vuestras órdenes.

—Si vive, le dirás de mi parte que le prohibo ¿entiendes? que le prohibo hacer uso de las armas contra el de Arpide mientras estén al frente del enemigo.

—Y á mí, padre, ¿me lo prohibís tambien.

—Sí, hijo mio: los odios, los resentimientos particulares, por profundos que sean, deben acallarse cuando se trata de la salvacion de la patria. ¡Maldito sea quien así no lo hiciese!

Levantóse el anciano, besó la frente de las tres mujeres, bendijo á Antonio, y salió lentamente de la cocina.

Media hora despues dormia con el sueño tranquilo del justo.

Apenas Pedro Iturrioz abandonó la cocina, cuando Antonio se vió cercado por las tres mujeres.

—Tu padre te ha comunicado órdenes secretas que no me es dado saber, dijo la madre con santa resignacion. Obedécelas, hijo mio, sin restriccion alguna: tu padre debe ser tu Dios sobre la tierra.

JOSÉ M. DE GOIZUETA.

(*Se continuará*).

(1) Hada que habita los lagos y florestas.
(2) Fuente fria.

REVISTA DE MADRID.

SUMARIO.—El año nuevo. — Lo que hoy corremos. — Un episodio de la última Noche Buena.— Contrastes.— El número premiado en el sorteo de Navidad.—El poseedor de uno de los décimos. — Un hombre digno de su fortuna.— Donde verán las lectoras como el autor aprovehha la ocasion para recomendar con franqueza un libro suyo y otro.

Han pasado las fiestas de Navidad y hace poco que hemos entrado en año nuevo.

No hay que apurarse porque ha empezado en martes.

La influencia de los planetas en el tiempo se parece á la vida de la mayor parte de los empleados, ó lo que es lo mismo, á los que no bastándoles el presente se adelantan al porvenir y lo encuentran bajo la forma de un pagaré.

Hemos dado en correr de tal manera que no es extraño que el tiempo nos invite; y así hemos visto en el año pasado, que empezó en lunes, á Marte anticipándose á funcionar con el fusil de aguja.

Nada extraño será que el año actual haya cedido su puesto á Mercurio y sea un año próspero. ¡Buena falta nos hace! Nada diré de las pasadas fiestas que han sido como siempre animadas y tristes. En un periódico donde suelo escribir mas á menudo que en LA MODA y en donde tal vez tenga el gusto de hallar alguna de mis lectoras, hé intentado presentar el contraste de la vida al dar idea de la alegría que necesitamos para que nos parezca la Noche Buena una buena noche. Aunque algo tarde quiero ofrecer uno de los cuadros que ha trazado mi pluma porque, al fin, estos cuadros forman parte de un sueño mio y solo se cuentan los sueños á los que se quieren bien.

Salimos á la calle, en la última Noche Buena, mi imaginacion y yo, se entiende; y tropezaron con nosotros dos jóvenes que iban á todo escape.

Parecian estudiantes.

—Anda aprisa antes que cierren.

—De todos modos vamos á llegar tarde, y ya sabes que la Paca nos espera y es muy viva de genio.

—¡Vaya una cena que nos aguarda!

—Yo empeñaré tambien el reló si no nos dan bastante por las capas.

Los seguimos, entraron en una casa cuyo portal solia estar á oscuras todas las noches, escepto la Noche Buena y cuando habia bailes de máscaras. En el portal habia una mano con un dedo apuntando á la escalera.

Al lado de la mano se leia este letrero; *Casa de préstamos.*

Los dos jóvenes salieron poco despues sin capas y sin reloges.

—Si fueras capaz de seguirme, me dijo mi compañera, emqrenderíamos un viage.

—A estas horas!

—Qué importa?

—Y dónde me llevarías?

—A una aldea. ¿No ves aquel hogar? ¡Qué hermoso cuadro! Los troncos de encina alegran la vista, la mesa está dispuesta; qué mantel tan blanco! las criadaas le han hilado en las noches de invierno en tanto que la jóven de quince años que ves tan satisfecha leia el *Año Cristiano,* su madre repasaba la ropa y su abuela hacia medias. Pero los manjares esperan, la sopa de almendra está al lado del sabroso besugo, las tortas que ha amasado la madre están en el aparador con las botellas del vino mas rancio de la casa. Los criados cantan. El padre llega.

—"A cenar, á cenar, dicen todos..."

—"¡Pobre hijo mio, exclama la madre: este es el primer año que no nos acompaña!"

Todos le consagran un recuerdo.

—"¡A estas horas, dice la tierna niña, pensará en nosotros, y como si lo viera llorará de pesar!"

Cada cual cuenta una gracia del niño, una accion buena del hombre...

—Y dónde está ese hijo tan amado?

—No le has visto? Acaba de empeñar la capa y está con otro amigo dando de cenar á dos pobres muchachas que hoy trabajan en un obrador de modista y mañana Dios sabe lo que les costará una noche buena.

—Ah! todo esto es horrible!

—No lo creas: oye y convéncete.

Un ciego aludiendo á las coplas que vendia gritaba:

—Ay qué alegres! qué alegres! qué alegres!

Pero para contrastes nada mas interesante que la historia íntima del premio gordo de la última lotería de Navidad.

Algo han dicho los periódicos acerca de estos ambicionados seis millones; tambien han nombrado á algunos de los afortunados mortales que hoy poseen parte de ellos, pero yo voy á contar algo mas contando lo que á mí me han contado. Lo mismo le ha pasado al billete feliz que á los hombres que valen en el mundo antes de que se aprecie su valor.

¿No es verdad que si un administrador de loterías hubiera ofrecido á Vds. el número 615 le hubieran Vds. devuelto con desden exclamando:

—Es demasiado bajo! ¿Cómo ha de descender tanto la suerte?

¿A cuántos hombres de talento, á cuántos soldados que como decia Napoleon llevan en su mochila el baston de mariscal, á cuántas mujeres capaces de los mas heróicos sacrificios, pero vestidas con un sencillo trage de percal, hemos hallado en nuestro camino y ni siquiera hemos reparado en ellas? ¿Cuántas veces al acercarse á nosotros para pedirnos los medios de brillar les hemos despreciado ó nos hemos reido de su ambicion? Y, sin embargo, mas tarde ellos se han reido de nosotros. Esto es lo que ha hecho el número 615 con los que le han despreciado, que no han sido pocos. Parece ser que desde un pueblo ó de una provincia, no sé cual, pidieron un billete á la administracion de loterías de la Puerta del Sol, y yo no sé si por temor de no venderle en Madrid ó por cualquier otra circunstancia, envió la administracion á la persona que se lo pedia el número 615.

—Vaya un número! exclamó sin duda al recibirle el que tenia la fortuna en sus manos y no la adivinaba.

Como si lo estuviera viendo me figuro que lo arrojó con desden, lo enseñó á varias personas y todos convinieron en que aquel número no podia alcanzar el premio gordo en toda su vida.

—Y qué hacer?

—Devolverle, diria algun provinciano de los mas atrevidos.

—Pero, ¿y si toca?

—Qué ha de tocar?

El billete sería para dividirse entre veinte ó treinta personas y los treinta individuos estarian conformes en que se devolviera.

Uno ó dos dias antes del sorteo volvió el billete á la administracion de loterías de la Puerta del Sol para ser reemplazado por otro.

Durante estos dos dias entraron varias personas á pedir medios billetes y décimos.

Yo sé de una que tambien tuvo en las manos el 615 y lo dejó escapar.

El gremio de pescaderos tomó medio billete.

El otro medio sufrió las cinco amputaciones correspondientes, es decir, fué descuartizado en décimos, y de estos décimos los unos se vendieron en la administracion y los otros estuvieron en manos de esos pobres muchachos, que tan pronto se ganan la vida vendiendo fósforos como periódicos y billetes de lotería.

¡A cuántos no ofrecieron la suerte!

—Tómele V., señorito, que le va á tocar.

—Siempre dices lo mismo.

—Esta vez estoy seguro de que le toca á V.

—¡Porqué no te lo guardas si estás tan cierto?

—Toma! porque no tengo dinero para comprarlo.

—Bah! bah! llévate la fortuna que no la quiero.

—Hace V. mal en despreciarla.

Mal que bien, lo cierto es que se colocaron los décimos y que el dia 22 se oyeron en Madrid lo menos doscientas exclamaciones por este estilo:

—¿Quién habria de creer que saliera este número? Si se alegraron ó no los individuos del gremio de pescaderos con aumentar su capital social con tres millones no hay para qué decirlo.

Sin embargo, la emocion no fué tan grande en ellos que aquel dia regalasen besugos; al contrario, se conoce que les habia pesado no coger de una vez los 300,000 duros y aspiraron á completar los 150,000 con sus ganancias de Navidad.

Pero ocurrieron varias escenas y voy á referiros una de ellas como me la han contado.

Uno de los afortunados ha sido, ya lo saben Vds. el señor Prats, uno de los peluqueros mas acreditados de Madrid. Uno ó dos dias antes del sorteo, deseando vender un décimo siquiera de aquel número tan antipático subió uno de los revendedores hasta el salon de la peluquería. Despues de rogar mucho consiguió que el dueño del establecimiento le comprase el billete.

Al dia siguiente cuando empezaron los muchachos á gritar por la calle:

—La lista grande!... la lista grande!... estaba á la sazon cortando el pelo á uno de sus parroquianos. Los mancebos de la peluquería, interesados como todo el mundo en saber los números premiados, adquirieron la lista y uno de ellos exclamó en alta voz:

—Él 615 ha pescado los 300,000 duros.

El señor Prats continuó cortando el pelo al parroquiano. Todos los que allí estaban comentaron la coincidencia de haber sacado un número tan bajo una cantidad tan elevada.

Nada se reveló en la fisonomía del dueño del establecimiento.

Acabó su tarea con la mayor serenidad, con su acostumbrada perfeccion, preguntó al parroquiano si queria pomada ó aceite, le sacó la raya, alisó el pelo con la bandolina, quitó perfectamente del cuello los desperdicios de la cabellera, y cuando nadie podia imaginárselo:

—¿Dicen Vds. que ha salido premiado con los seis millones el número 615? preguntó.

—Sí por cierto.

—Pues yo lo tengo aquí, añadió.

—Usted?

—No puede ser.

—Es una broma.

—Véanlo Vds.

Y sacando su cartera mostró á los circunstantes la décima parte del número 615 mientras que todos ellos quedaban asombrados. El señor Prats, que recibió de la suerte un regalo de 30,000 duros como si nada le hubiera pasado, dijo;

—A quién le toca ahora?

Y continuó egerciendo su mision.

Hé aquí un hombre á quien han podido caer impunemente los 300,000 duros. De él se puede decir que tiene el valor de su dinero, como otros lo tienen de sus convicciones.

Otro cualquiera habria arrojado las tigeras, las navajas de afeitar, todo; se habria dedicado á darse buena vida con los 30,000 duros. El señor Prats lo entiende, si antes tenia cien parroquianos, hoy por el gusto de decir: "A mi peluquero le cayó el premio grande de la lotería" tendrá quinientos y esto puede ser una segunda lotería.

Para muchos la fortuna es una desgracia: para el señor Prats, no.

No se parece en esto al héroe de mi novela *Los 300,000 duros. Historia de un pobre hombre,* que ha empezado á publicarse, de la que voy á hablar un poco á Vds. porque si en ella una de las primeras cosas que me he propuesto hacer ha sido combatir la farsa, debo ser consecuente con mis principios y decir yo lo que de otro modo tendria que rogar á un amigo que contase á mis lectoras.

Yo, por mi gusto, en vez de imaginar esas novelas de gran tamaño que se reparten por entregas, haria libros pequeños y sobre todo libros para las mujeres, porque no hay nadie que comprenda como ellas las obras que hacen juntos el sentimiento y la imaginacion.

Pero los libros se venden poco, y las novelas por entregas, buenas ó malas, unas con otras, tienen en nuestra patria, en donde el pobre Cervantes tuvo que ayunar muchas veces contra su voluntad, y en nuestros dias en que los negocios van mal, como dicen los comerciantes, diez, doce y hasta quince mil suscritores.

Qué remedio! Era preciso hacer una novela por entregas y la he hecho; era preciso darla un título llamativo y lo he buscado. ¿Qué es lo que llama mas la atencion en nuestra época? El dinero: pues ahí tienen Vds. 300,000 *duros*. ¿Qué mas podia hacer?

Pero si me he valido del bombo y del platillo para reunir gran número de lectores que, digan lo que quieran, es lo que mas desea un novelista, la idea que me he propuesto desarrollar en mi novela vale segun mi humilde opinion un poco mas que el título.

No, no es todo el dinero: con buenos sentimientos, con virtud, con resignacion, con heroismo puede encontrarse lo que no da, no que no puede dar el oro solo.

Y no contento todavía he querido probar que hasta un hombre con los mejores deseos de hacer el bien de la humanidad solo consigue con el dinero ver claramente las miserias que le rodean y convencerse de que el dinero en vez de combatir el egoismo lo que hace es aumentarle.

He querido pintar la vida tal cual es, y lo confieso francamente, á pesar de que muchos la llaman un valle de lágrimas, yo he visto que en algunos parages es un valle de flores en el que las lágrimas tienen á mis ojos la misma belleza que las gotas de rocío sobre las hojas de las rosas.

Hay mucho malo, pero tambien hay mucho bueno, ó lo que es lo mismo, todos tenemos donde escoger. Si al elegir nos engañamos, la culpa es nuestra, solo nuestra.

Dos gruesos tomos formará mi novela, y, lo confieso, desde luego tiene un defecto: en aquellas innumerables hojas que parecen un bosque, no se derrama sangre—como no sea por mano del sangrador—ni se cometen esos crímenes feroces que están pidiendo á cada paso un *se continuará* para aumentar el interés de los lectores, ni hay escalamientos, ni raptos de monjas, ni puñales, ni venenos, nada de eso: mis personages tienen sus pasiones como todo el mundo, pero he procurado educarles bien y aunque se quieran mal, unos á otros se dan los buenos dias con mucha urbanidad, cuando llega la ocasion se ponen un frac y unos guantes blancos, lloran y rien, comen cuando tienen apetito, duermen ó velan, en fin, viven ni mas ni menos que nosotros.

Puede ser que esta circunstancia me arrebate algunos miles de lectores, pero con los que me queden me contento. Y, lo digo con ingenuidad, yo estoy seguro de que los que tengan valor para llegar hasta el final serán amigos mios porque si no realizo sus esperanzas, al menos habrán visto mi buena voluntad.

¿No vale mas que yo les diga á Vds. lo que siento y empeñe mi palabra, que no que ruegue á mis amigos que les recomienden á Vds. mi obra que no han leido y que casi estoy seguro que no leerán?

No me ha pasado á mí esto con un libro que acaba da publicarse y que sinceramente recomiendo á mis lectoras.

Aludo al elegante tomo que ha visto la luz en esta córte con el originalísimo título de *Limones agrios*. Es una coleccion de artículos de Ventura Ruiz Aguilera. Escritor de corazon y de ingenio, poeta que vive como siente y siente como vive, ha hecho un libro que vale mucho y que de seguro se leerá con avidez por los amantes de la buena literatura.

Tengo otras muchas cosas que contar, pero el papel se me acaba y aun hemos de volver á vernos.

JULIO NOMBELA.

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE TERCIOPELO NEGRO, guarnecido en su borde inferior con una tira de piel de marta de 8 centímetros de ancho. Paletot de terciopelo negro de forma péplum, orlado de piel igual á la del trage; esta piel guarnece además los puntos y las sisas de las mangas, el escote y los delanteros.

Sombrero de terciopelo azul vivo; es de forma algo oblonga, bullonado, guarnecido con cascabelillos blancos; bridas muy anchas de terciopelo azul, sujetas debajo de la barba sin atarse; ramo de plumas azules á un lado.

TRAGE DE DEBAJO DE TAFETAN VIOLETA, bordado con un salpicado de cuentas blancas; corpiño montante y mangas largas, iguales al dicho trage y con igual bordado. Trage de encima de tafetan color *gris-moda*; este trage, mucho mas corto por delante que por los lados, deja por todas partes a descubierto la enagua violeta; un torcete de feston del mismo color que el trage y un fleco de cuentas blancas orlan el referido trage de encima, que solo tiene un coselete con cinturon y unos tirantes formados por torcetes iguales á los de la orla; roseta del cinturon es gris mezclada con violeta.

PROBLEMAS DE AJEDREZ.

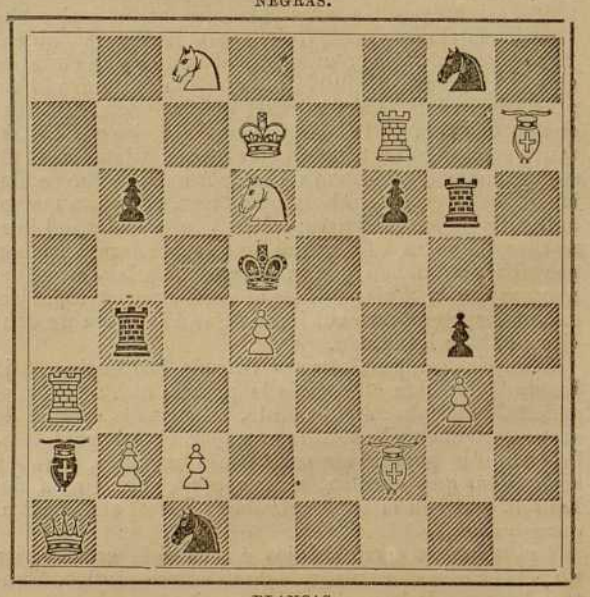
SOLUCION AL PROBLEMA N.º 74.

Blancas.	*Negras.*
1.ª R.ª á 7.ª A.R.ª	C. toma R.ª
2.ª C. á 6.ª A.R. jaque.	P. toma C.
3.ª T. 3.ª R. jaque	P. toma T. ó R. juega.
4.ª C. Mate.	

Las demás son fáciles.

PROBLEMA N.º 75, COMPUESTO POR D. JAVIER MÁRQUEZ.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 2 jugadas.

ADVERTENCIA.

Si al recibir nuestros suscritores el presente número, notan la falta del patron que le corresponde, cuya explicacion va inserta en él, es porque á la hora de repartirse el periódico puede no haber llegado de París, por algun inconveniente; pero les ofrecemos que con el inmediato lo recibirán; evitándonos esta advertencia el tenerla que hacer entonces en hoja separada.

Solucion á la charada del número anterior.

SINONIMIA.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ 1867. IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA á cargo de D. Federico Joly y Velasco,

AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 3.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs... Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs...Seis meses,65...Tres meses, 35... Un mes, 12.

Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs....Seis meses, 42... Tres meses, 22...Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

PROPIETARIO **Don Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes.... Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Libreria de Don C. Bailly-Bailliere, plaza del Príncipe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tánago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Baux.
PARIS, Mr. Fermin Didot frères, rue Jacob, 56.

Sumario.—Palillero y fosforera.—Velo de butaca. — Capucha al crochet, para niño de 6 meses á 2 años.—Encage de guipur sobre red.—Entredos de frivolité con crochet.—Punto de tela.— Capuchon á punto de aguja para señora y señorita.—Dos cabos de corbata.— Dos cuellos de lienzo adornados de frivolité.—Cuadro y roseta de frivolité.— Enagua interior de cachemira azul para señorita de 15 años. — Trage de tafetan violeta.—Trage de alpaca negra.—Roseta al crochet.— Corpiño adornado de cuadros y rosetas al crochet.— El viejo. — La caida de la hoja.—Maitagarri.—Virginia. — Explicacion del figurin iluminado. — Problemas de ajedrez.

Palillero y fosforera.

MATERIALES. —Una concha de bogavante; pedacitos de tela de diferentes colores; alambre de mediano grueso; lana céfiro encarnada; la misma lana parda; cinta de tafetan encarnada; la misma cinta blanca; trencilla de seda encarnada; torzal de seda negro.

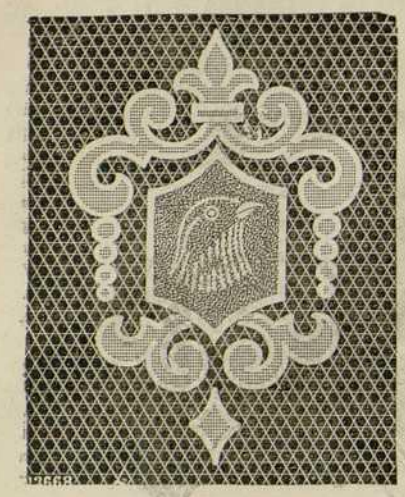
Estos personages burlescos ocasionarán poco gasto á aquellas de nuestras suscritoras que quieran copiarlos; se los hace con una concha del marisco conocido con el nombre de bogavante, y algunos pedacillos de tela.

Para la primera figura se empleará una de las *bocas* del bogavante, la cabeza y dos patas; se tendrá cuidado de conservar estas conchas húmedas durante todo el trabajo; si á pesar de esta precaucion, las membranas finas que sirven por decirlo así de *charnela* á los diferentes miembros llegase á romperse, se pudieran remplazar con algunos puntos hechos con seda encarnada. Se empleará para separar las diferentes partes de la concha una sierra fina, ó bien un cuchillo muy cortante.

En la boca izquierda, que ha de servir despues de cabeza, se hace á 2 cents. de distancia del borde superior (debajo de la parte inferior de lo que se convierte en mandíbula) un agujero que atraviesa las dos partes de la mandíbula,— luego á un centímetro de distancia un segundo agujero. Se toma un pedazo de alambre de 34 centímetros de largo, se le pasa hasta su mitad á través de los agujeros superiores, se le dobla de modo que queden dos cabos perpendiculares, cada uno de 17 centímetros; se los vuelve á doblar á 10 centímetros de distancia del medio para formar las rodillas, luego á 2 centímetros de sus extremos para componer los espolones, los piés; para completar estos se añaden desde las rodillas otros tres pedazos de alambre, doblados, como los espolones, á 2 cents. de distancia del ex-

PALILLERO Y FOSFORERA.

PALILLERO Y FOSFORERA.



APLICACION.

dean las piernas con calzones de percal blanco. Las patas ó brazuelos del bogavante forman los brazos de la figura; se le pone un zagalejo corto de percal, un trage de lana ó seda, un delantal amarillo, adornado, como el trage, con trencilla encarnada. La gorguera de muselina cubre la union de la cabeza con el cuerpo. — La abertura de la boca que forma la cabeza se cubre con una gorra de terciopelo negro, guarnecida con un rizado recortado de cachemira blanca, y una trencilla encarnada.—Dos cuentas negras imitan los ojos. La cabeza del bogavante, cuyas antenas se quitan, sirve de banasta para los palillos ó los fósforos; esta cabeza se forra por dentro de papel verde, por fuera (hácia abajo) de papel encarnado; se la orla con un rizado de cintas estrechas blancas y encarnadas. La banasta va colgada á la espalda de la fig. por 2 pedazos de alambre rodeados de hilo encarnado, pegados en las aberturas que han dejado las antenas al quitarse, fijados á la banasta por un buclecillo de trencilla, igualmente pegada, y finalmente pasada al rededor del cuello de la vendedora.

El viejo tiene por cabeza la otra boca del bogavante (la derecha); la cola de éste forma su casaca, y las patas sus brazos. Se procede con el alambre exactamente como se ha indicado para la primera figura. Las piernas se guarnecen con algodon en rama y tela. Se prepara el chaleco y faltriqueras en paño amarillo, con bordado de seda negra á punto ruso; en él se ponen tres botoncitos de acero; atraviesa la cola del bogavante para fijarla primeramente sobre

APLICACION.

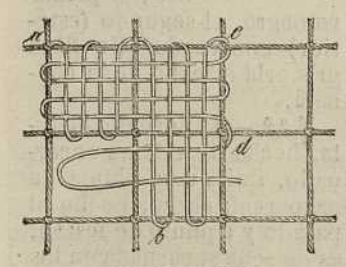
tremo de cada uno; se envuelve cada pedazo con lana parda, imitando así las patas de un ánade. Se envuelve el alambre hasta las rodillas con algodon en rama, cubierto con un pedazo de tela, se reune todo ello á la boca que forma la cabeza, haciendo algunos puntos (para los cuales se pasa la aguja por el segundo agujero), luego se ro-

Velo de butaca; aplicacion sobre red hecha con nansouk ó tafetan.

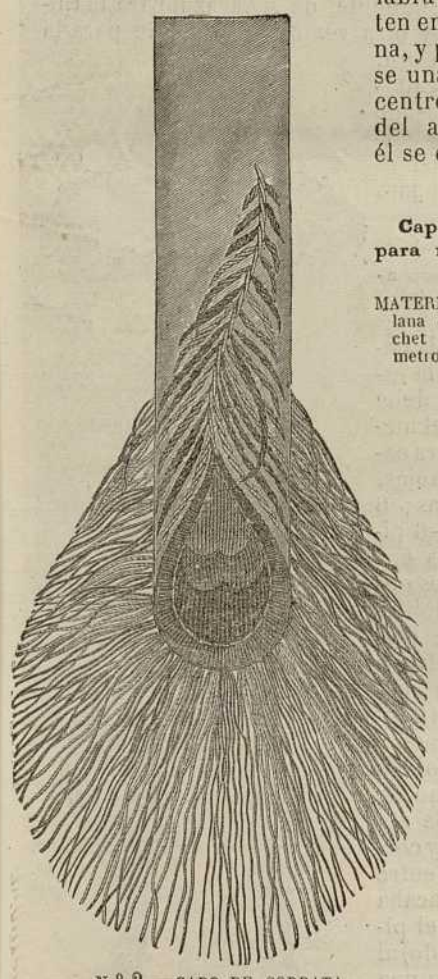
los lomos del *caballero*, luego junto á la cabeza, que va rodeada por una gorguera y un cuello vuelto á puntas de terciopelo negro, ó paño azul, festoneado con seda blanca. El extremo de las dos patas que sirven de brazos se guarnece con algodon en rama ó tela, luego se fija entre el cuerpo y la cola que hace las veces de casaca. La cadena del reló se forma con cuentas de acero. Este personage no puede prescindir de su baston y de sus espejuelos; estos se recortan de carton ennegrecido.

Velo de butaca (aplicacion de nansouk y tafetan sobre tul).

Los arabescos se hacen de nansouk, y al rededor un punto de cadeneta hecho con algodon blanco, luego se recorta el nansouk por fuera del bordado. El sitio reservado para los medallones va rodeado de puntos de escala, ejecutados con hilo, lo mismo que las *ruedas* colocadas en el arabesco del centro. Los medallones se hacen de tafetan azul, sobre el cual se colocan las figuras recortadas en tafetan color de carne, pegadas sobre papel de seda, el cual va tambien pegado al tafetan; estas figuras se fijan sobre el tafetan azul á punto de cordoncillo, hecho con seda de color de carne un poco mas oscuro que el tafetan. Los velillos que cubren en parte el cuerpo de aquellas son de tafetan rosa vivo. El carcax y la fleca se ejecutan con hilo de oro muy fino, los cabellos con seda fina de color castaño. Los contornos de los medallones se festonean, de modo que puedan fácilmenmente hilvanar en sus respectivos sitios, y quitarlos cuando haya que lavar el velo de butaca.—Dos figuras, designadas por la palabra *aplicacion*, existen en la misma página, y pueden colocarse una ú otra en el centro del velo, en vez del arabesco que en él se encuentra.



PUNTO DE TELA.


N.° 2.—CABO DE CORBATA.

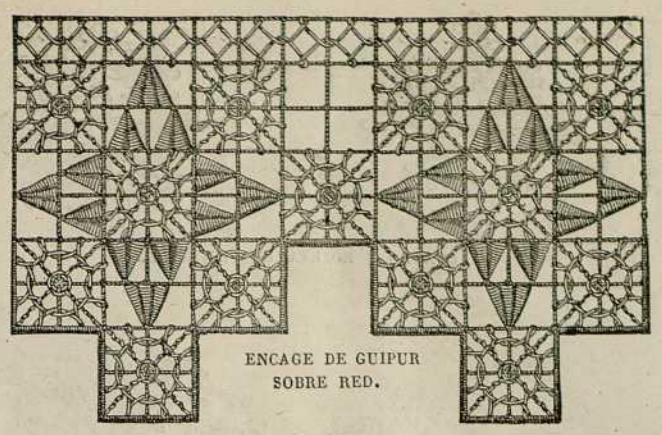
Capelina al crochet, para niño de 6 meses á 2 años.

MATERIAES.— 48 gramos de lana céfiro blanca; un crochet de madera de 2 centímetros de circunferencia.

La capelina se divide en 4 partes: fondo, ala, vuelta y bavolet. — El ala que rodea al fondo se hace enteramente de bridas apretadas; las otras tres partes se ejecutan segun las indicaciones que se irán dando en su lugar oportuno.

El fondo, de forma ovalada, tiene 26 centímetros de ancho y 22 de alto.— Para este fondo, se hace una cadeneta de 20 puntos; desde la 2.ª hasta la 10.ª vuelta se crece un punto al principio y al fin de cada una; se trabaja sobre este número de puntos desde la 11.ª hasta la 20.ª vuelta: en seguida se deja un punto al principio y al fin de cada vuelta, hasta que estos menguados hayan reducido á 20 el número de puntos. Para el ala, se hace al rededor del fondo, primeramente, una vuelta de puntos sencillos, por los cuales se pasan puntos acá y allá, y en especial en el medio, delante y detrás, de modo que se reduzca el vuelo, que debe tener solo 48 cents.

Bavolet.—Se hace una cadeneta de 100 puntos, sobre los cuales se ejecutan 3 vueltas, y luego 6, acortando cada una en 4 puntos al principio y al fin; por último, sobre este borde así redondeado


ENCAGE DE GUIPUR SOBRE RED.

se hace otra vuelta, luego una de puntos sencillos; el borde inferior se guarnece con los dientes que vamos á explicar:

1.ª *vuelta.*—Alternativamente un punto sencillo y un piquillo (es decir, 4 puntos en el aire), y en el primero un punto-cadeneta; por debajo del piquillo se pasa un punto.

2.ª *vuelta.*—Como la anterior, pero el punto que separa dos piquillos debe siempre estar colocado en la punta de cada piquillo.

Vuelta.—Se la hace al crochet tunecino comun, y principiando por el borde inferior, se forma una cadeneta de 40 puntos, sobre los cuales se ejecutan 4 vueltas; vienen en seguida 2 vueltas, en cada

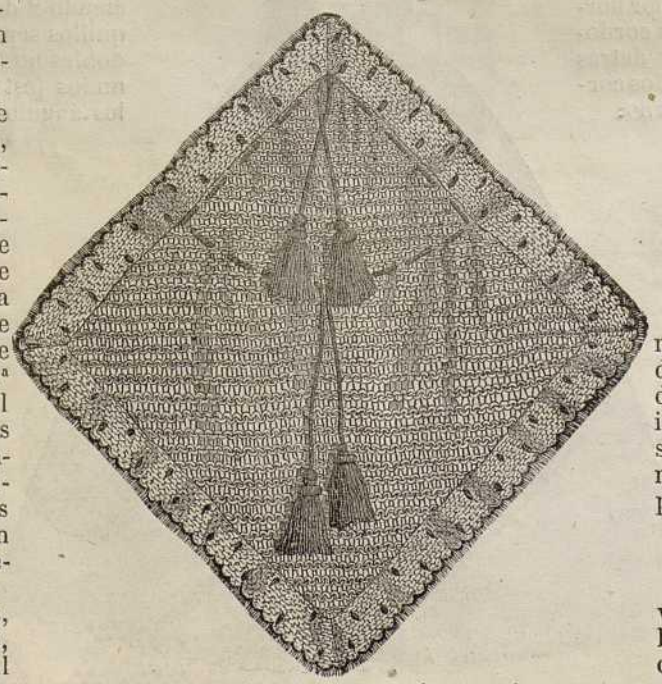
CAPELINA AL CROCHET PARA NIÑO DE 6 MESES A 2 AÑOS.

una de las cuales se abandonan 6 puntos al principio y al fin, y sobre este borde redondeado se hace otra vuelta, y encima de ella una de puntos sencillos. El bavolet se rodea con el siguiente encage:

1.ª *vuelta.*—Alternativamente un punto sencillo y 3 en el aire, por debajo de los cuales se pasa un punto de la vuelta anterior.

2.ª *vuelta* —* Un punto sencillo en el medio de los puntos en el aire mas próximo,—1 en el aire, —4 bridas en el medio de los puntos en el aire mas próximos, —un punto en el aire. — Vuélvase desde *.—Para la guarnicion de la vuelta se hace en cada punto perpendicular uno sencillo seguido de 4 en el aire:

Se cose sobre el fondo el bavolet plegado, luego la vuelta; dos cordones, cada uno de 40 cents. de largo, compuestos de puntos en el aire, y terminados por borlitas, sirven para atar la capelina.

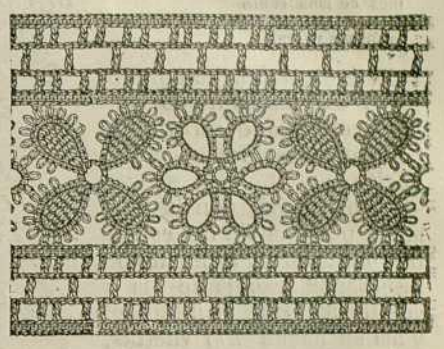

CAPUCHON A PUNTO DE AGUJA PARA SEÑORA Y SEÑORITA.

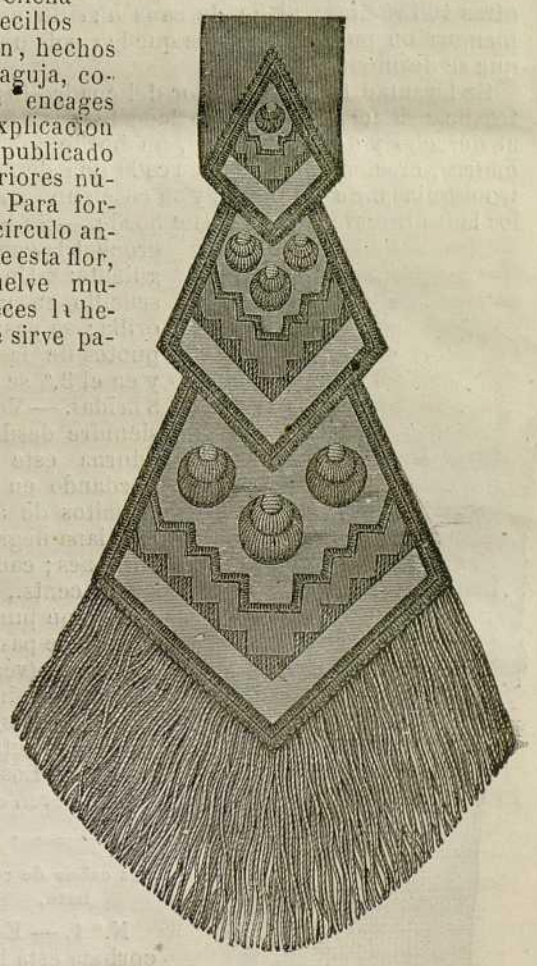
Encage de guipur sobre red.

Nuestros últimos números contienen todos los detalles relativos á la ejecucion del fondo de red y del bordado de guipur. Este encage servirá para guarnecer ropa blanca, y hecho con hilo grueso, cortinas, etc.

Entredos de frivolité con crochet.

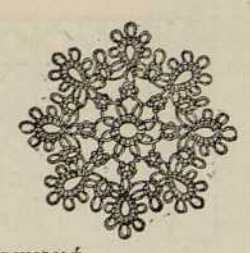
Las explicaciones que en anteriores números hemos dado de la labor conocida con el nombre de *frivolité*, nos dispensan de entrar hoy en nuevos pormenores. Diremos solamente que cada una de las seis hojas que componen una roseta del entredos está formada de 4 dobles nudos, 7 piquillos separados entre sí por 2 dobles nudos; se reunen el primero y el último piquillo de dos hojas inmediatas. —Para la flor de 4 pétalos, se hacen (para cada pétalo) 6 dobles nudos— 11 piquillos, seguido cada uno de un doble nudo, y otros 6 dobles nudos; el interior se rellena de buclecillos al feston, hechos con la aguja, como los encages cuya explicacion hemos publicado en anteriores números. Para formar el círculo anterior de esta flor, se revuelve muchas veces la hebra que sirve para la *frivolité*, y se atraviesa este círculo de un modo regular. Se cosen unos con otros los piquillos de las rosetas y de las flores, segun la disposicion indicada por el dibujo. El borde hecho al crochet se compone, para cada lado, de 6 vueltas de tal modo sencillas que nuestro dibujo basta para copiarlas.


ENTREDOS AL CROCHET Y FRIVOLITÉ.

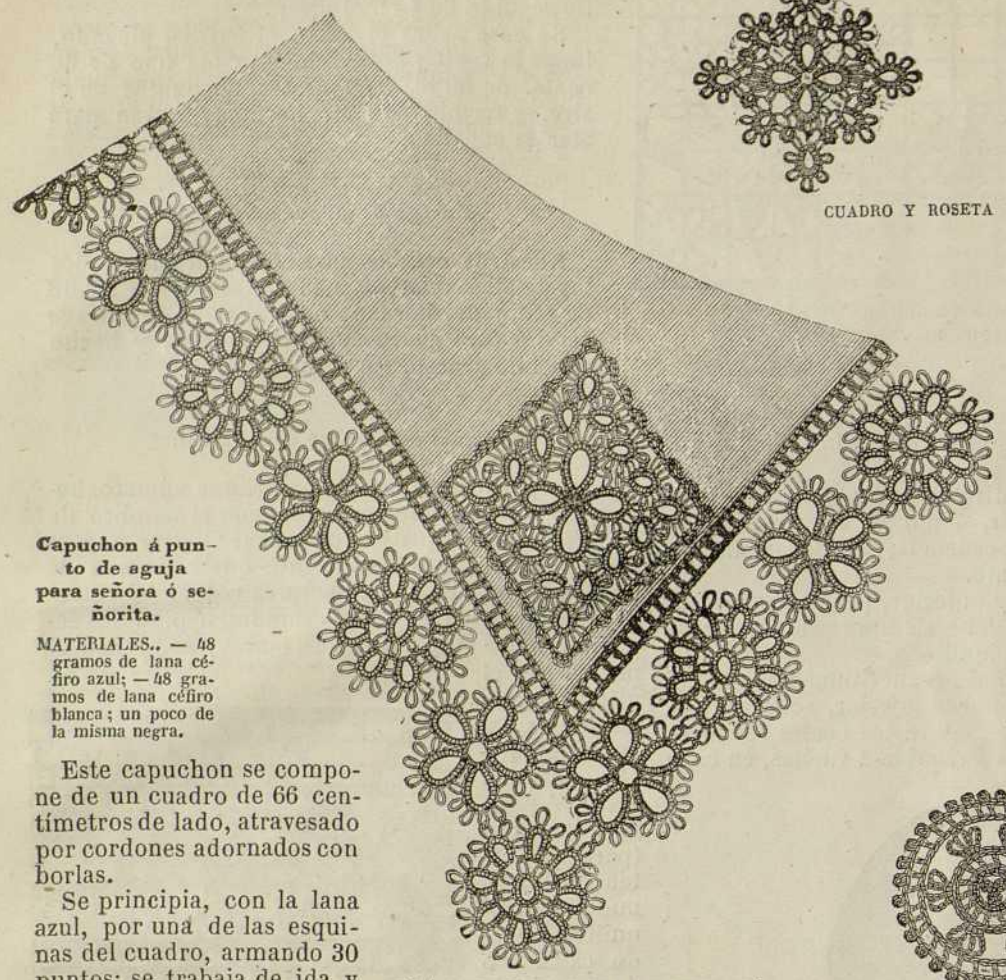

N.° 1.—CABO DE CORBATA.

Punto de tela.

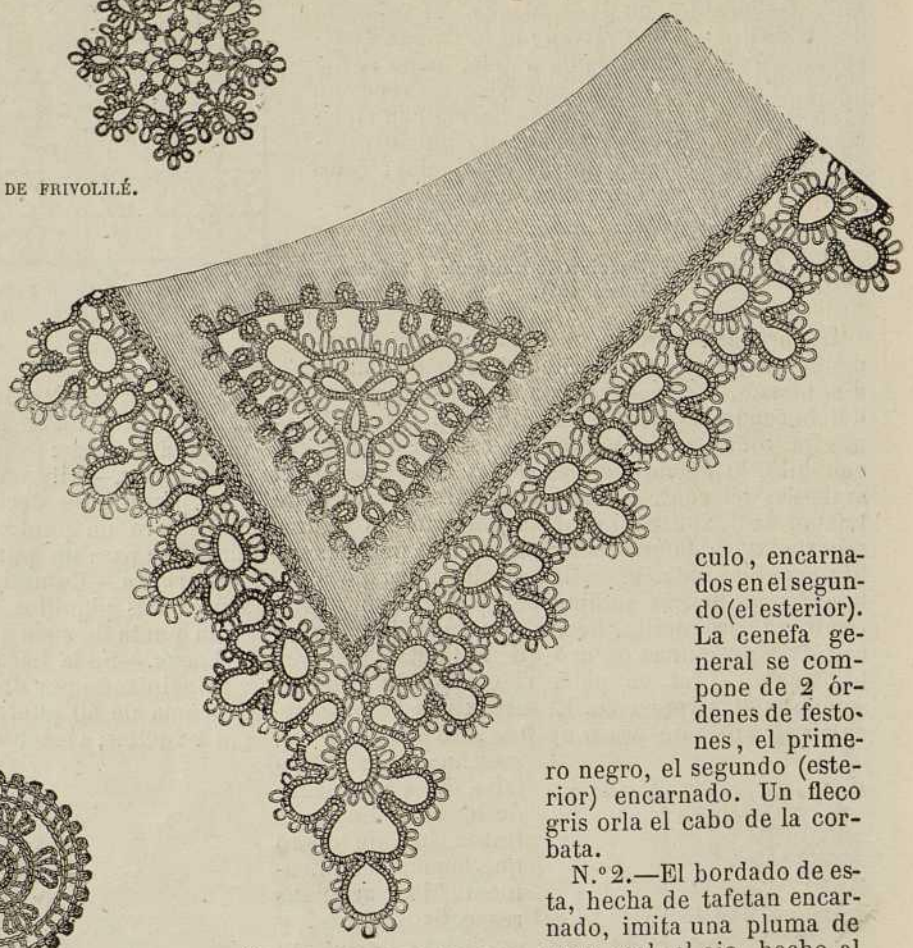
Este punto, que ya hemos explicado diferentes veces, sirve para bordar las labores de guipur sobre red. Lo dicho entonces y la simple inspeccion del dibujo, bastan para comprender su ejecucion.



CUADRO Y ROSETA DE FRIVOLILÉ.



N.º 1. CUELLO DE LIENZO CON FRIVOLITÉ.



N.º 2.—CUELLO DE LIENZO CON FRIVOLITÉ.

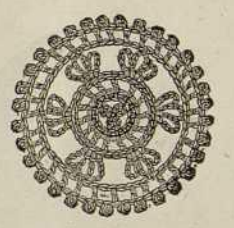
Capuchon á punto de aguja para señora ó señorita.

MATERIALES.. — 48 gramos de lana céfiro azul; — 48 gramos de lana céfiro blanca; un poco de la misma negra.

Este capuchon se compone de un cuadro de 66 centímetros de lado, atravesado por cordones adornados con borlas.

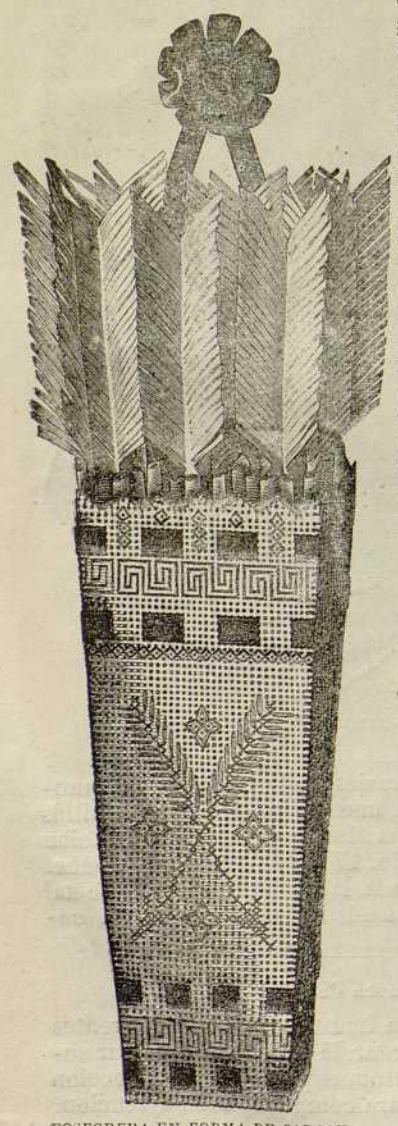
Se principia, con la lana azul, por una de las esquinas del cuadro, armando 30 puntos; se trabaja de ida y vuelta, siempre al derecho, y así se hacen 108 vueltas, creciendo un punto al fin de cada una; la 110.ª vuelta tiene por consiguiense 111 puntos. — Se hacen otras 108 vueltas; al fin de cada una de estas se mengua un punto hasta que queden solamente 3, que se desmontan.

Se levantan todo al rededor del cuadro los puntos de orilla, y se hace con lana blanca, siempre al derecho y de ida y vuelta, un borde de 5 centímetros, creciendo un poco en cada una de las cuatro esquinas. Se desmonta, y se cosen uno con otro los lados transversales de este borde. — Se hace al crochet la cenefa siguiente: * Un punto sencillo en uno de orilla; se pasan dos puntos de la orilla, y en el 3.º se hacen 5 bridas. — Vuélvase siemdre desde *. Se adorna este borde bordando en él velloncitos de armiño con lana negra. Dos cordones; cada uno de 70 cents., ejecutados con puntos en el aire, se pasan por el cuadro (véase el dibujo) y están terminados por borlas de 5 cents. Estos cordones se aprietan por detrás y se atan. Los otros dos cordones sirven de adorno.



ROSETA AL CROCHET.

CORPIÑO ADORNADO DE CUADROS Y ROSETAS AL CROCHET.

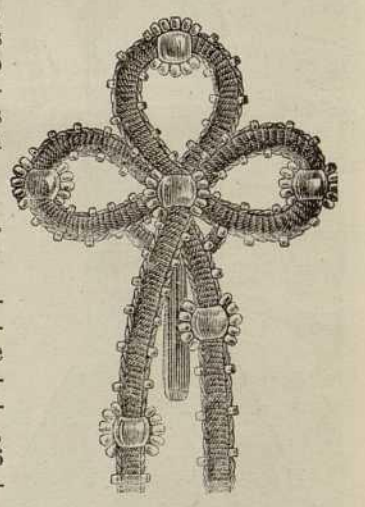


FOSFORERA EN FORMA DE CARCAX.

Dos cabos de corbata.

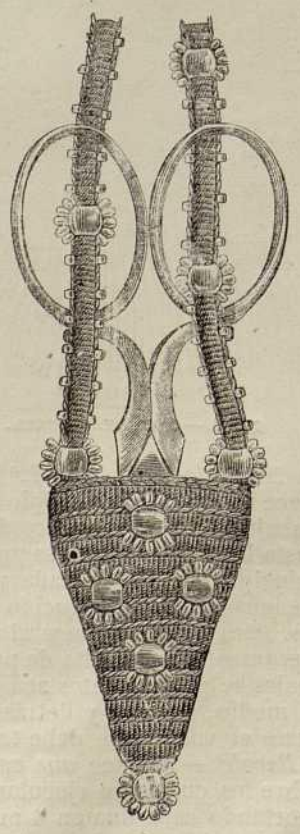
N.º 1. — Esta corbata está hecha de tafetan gris claro y gris oscuro, este sirve para las aplicaciones de los triángulos, que van festoneados por un lado, y orlados por el otro al pasado con torzal de seda negro. Los lunares son amarillos en su centro, azules en el primer semicírculo, encarnados en el segundo (el esterior). La cenefa general se compone de 2 órdenes de festones, el primero negro, el segundo (esterior) encarnado. Un fleco gris orla el cabo de la corbata.

N.º 2.—El bordado de esta, hecha de tafetan encarnado, imita una pluma de pavo real; el ojo, hecho al pasado y á punto de feston, es de seda encarnada en los puntos en que la tinta es mas clara, de seda verde para la tinta siguiente; de seda azul para la tinta mas oscura; y otra vez de seda verde para la tinta que rodea al ojo. Las ramitas delgadas se bordan al pasado seda verde chiné y parda chiné. Las mismas sedas se emplean para el fleco.



Dos cuellos de lienzo adornados de frivolité.

Cuello n.º 1—El cuadro colocado en la esquina del cuello debe principiarse por el medio, haciendo para cada una de las 4 hojas, no muy próximas; 6 dobles nudos, — 6 piquillos separados entre sí por 3 dobles nudos,—y otros 6 dobles nudos; el hilo se fija, se corta y se vuelve á empezar una nueva hojita, haciendo 2 dobles nudos, — 10 piquillos separados entre sí por 2 dobles nudos, — otros 2 dobles nudos (esto representa uno de los ángulos del cuadro. Se ata la hebra á muy corta distancia (entre la hoja que acaba de hacerse y el piquillo designado) al 4.º piquillo de una de las 4 hojas del medio, — á la misma distancia se hace otra hoja igual á la anterior, ligada por sus dos piquillos del medio á los 2 últimos piquillos de la hoja que forma el ángulo (véase el dibujo de este cuello). Despues de 2 de estas hojas, se hace una hoja de ángulo, y así sucesivamente hasta lle-



FUNDA DE TIJERAS.

ZAGALEJO SESGADO AL CROCHET TUNECINO.

gar á la 1.ª hoja de ángulo, en donde se fija la hebra. El cuadro terminado se pone en la punta del cuello, cuya tela se corta por debajo ; se doblan los bordes, se cosen, se cubren con la guarnicion siguiente, hecha el crochet, luego fijada sobre el contorno: alternativamente 2 puntos en el aire y un piquillo (este se compone de 3 puntos en el aire, y de un punto-cadeneta en el primero de estos puntos). El dibujo bastará para ejecutar las rosetas, que forman una especie de encage al rededor del cuello.

Diremos solamente que el círculo colocado en el centro de las rosetas de 8 hojas se hace siempre por separado. Se ata la hebra de nuevo á la hebra cortada, para las 8 hojas exteriores. El borde de este encage, hecho al crochet, se compone de 2 5 piquillos separados entre sí por 2 dobles nudos, —3 dobles nudos, — el hilo atado al piquillo del medio de la hoja mas próxima,—2 dobles nudos, —9 piquillos separados entre sí por 3 dobles nudos.—2 dobles nudos atados al mismo piquillo que antes. Vuélvase desde * otras dos veces, luego fíjese y córtese la hebra y el cordon. Volviendo á empezar de nuevo, se hacen 3 circulitos, cada uno compuesto de 12 nudos al derecho, muy aproximados (estos forman uno de los ángulos del triángulo)—luego, á corta distancia entre sí, 13 círculos iguales, de los que cada *segundo* va atado á un piquillo de la fila de nudos hecha sobre el cordon, (véase el dibujo del cuello). Se corta en el cuello el pedazo que debe reemplazarse con el triángulo, se forma su contorno y se coloca allí.

3 dobles nudos atados al piquillo del círculo siguiente,—3 dobles nudos atados al último piquillo de la fila,—2 dobles nudos, —3 piquillos separados por 2 dobles nudos,—3 dobles nudos,—se ata la hebra al 6.° piquillo del círculo (contando desde el principio)—4 dobles nudos. Vuélvase desde *. Se hace en el borde superior una vuelta al crochet igual á la que rodea el cuadro del cuello n.° 1. Se consultará el dibujo para la punta del encage.

Guadro y roseta de frivolité.

Cuadro. — Se hacen á corta distancia 4 hojas, compuesta cada una de 5 dobles nudos,—7 piquillos algo largos, separados entre sí por 2 dobles

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Señorita de 15 años.—Enagua interior de cachemira azul ; trage corto con puntas por abajo de «nattés» gris ; por debajo de las puntas redondas una tira á puntas de cachemira negra; paletot igual.

Trage de tafetan violeta, con bullonado redondeado por un cordon grueso violeta.

Trage de alpaca negra, con volante plegado.

vueltas: una hecha con los puntos en el aire y algunos sencillos colocados en los piquillos de las rosetas, la otra se compone de bridas caladas.

Cuello n.° 2.— Va adornado con un triángulo y un encage de grande efecto. Se principia el triángulo por el medio, haciendo para cada una de las 3 hojas 5 dobles nudos,—5 piquillos separados entre sí por 2 dobles nudos,—y 5 dobles nudos. Cuando se ha terminado la 3.ª hoja, se fija y se corta la hebra. Se toma en seguida, en vez del hilo que se encuentra en la lanzadera, un cordon cartulina muy fino, sobre el cual se hace, con el hilo que sostiene la mano izquierda, la fila de nudos siguiente: 1 doble nudo,—la hebra está atada al piquillo del medio de una de las 3 hojas;—* 2 dobles nudos,—

Para el encage se hace primeramente: * un círculo de 3 dobles nudos, — 4 piquillos separados entre sí por 2 dobles nudos, —otros 3 dobles nudos; se vuelve á tomar el cordon, sobre el cual se hacen: 3 dobles nudos,—luego, sin cordon: un círculo de 2 dobles nudos, — 12 piquillos separados entre sí por 2 dobles nudos, — otros 2 dobles nudos,—se vuelve á tomar el cordon sobre el cual se hacen: 3 dobles nudos,— 4 piquillos separados entre sí por 2 dobles nudos,—3 dobles nudos; se ata la hebra al tercer piquillo (contando desde el último) del 2.° círculo hecho sin cordon. — 3 dobles nudos, atados al 4 piquillo de la fila hecha sobre el cordon (véase el dibujo), —2 dobles nudos, —6 piquillos separados entre sí por 2 dobles nudos,—

nudos,—5 dobles nudos. En vez del primer piquillo de cada una de las 3 hojas siguientes, se ata la hebra al último piquillo de la hoja anterior. Se fija, se corta la hebra, se vuelve á empezar un nuevo círculo de 2 dobles nudos,—7 piquillos separados por 2 dobles nudos, — otros 2 dobles nudos; se ata la hebra al piquillo del medio de una de las 4 hojas, y se hace un círculo muy pequeño de 2 dobles nudos, atada la hebra al último piquillo del primer círculo,—3 dobles nudos,— 1 piquillo, —2 dobles nudos,—se ata la hebra al 6.° piquillo de la hoja,—se hace un círculo un poco mayor de 2 dobles nudos, atados al piqnillo del círculo pequeño. —2 dobles nudos,—4 piquillos separados por 2 nudos, — otros 2 dobles nudos, — se ata la hebra á

corta distancia, al 2.° piquillo de la 2.ª hoja, — se hace un círculo muy pequeño,—se ata la hebra al tercer piquillo de la 2.ª hoja, luego al 4.° piquillo de la misma, y se vuelve á empezar otras tres veces desde *, atando siempre el primer piquillo del primer círculo que se hace (en cada repeticion) al piquillo del último circulito hecho; se fija, y se corta la hebra.

Roseta.—Se la principia por el medio, haciendo un círculo de 8 piquillos algo largos, separados entre sí por 2 dobles nudos. Despues de haber fijado y cortado la hebra, se hace: * un círculo muy pequeño de 3 dobles nudos,—1 piquillo largo,—3 dobles nudos, — se ata la hebra á corta distancia, al primer piquillo del círculo, y se vuelve á principiar desde *, otras 7 veces, á distancias iguales. Se fija y corta la hebra, se vuelve á principiar un nuevo círculo * de 2 dobles nudos, 7 piquillos separados entre sí por 2 dobles nudos,— otros 2 dobles nudos; se ata la hebra al piquillo del circulito, se hace á corta distancia un círculo de 2 dobles nudos,—2 piquillos separados por 2 dobles nudos,— otros 2 dobles nudos,—se ata la hebra al piquillo del siguiente circulito; y se vuelve á empezar otras 7 veces desde *. En vez del primer piquillo del círculo grande siguiente, se ata la hebra al último piquillo del círculo pequeño.

Roseta al crochet.

IMITACION DEL GUIPUR CLUNY.

Roseta.—Se la principia por las 3 hojas comunes haciendo: * una cadeneta de 4 puntos, el último de los cuales se pasa para hacer uno sencillo en cada uno de los 3 siguientes. Vuélvase 2 veces desde *. Átese y córtese la hebra.

1.ª *vuelta.* — Un punto sencillo en la punta de una hoja,—5 en el aire,—y así sucesivamente. Líguese el último punto con el 1.° de esta vuelta.

2.ª *vuelta.*—En cada punto un punto.

3.ª *vuelta*—En cada punto una brida, para la cual se pica el crochet debajo de cada punto entero de la vuelta anterior. Despues de cada brida un punto en el aire.

4.ª *vuelta.*—En cada una de las 5 bridas mas próximas, un punto sencillo,—un punto sencillo,—5 en el aire,—uno sencillo,—7 en el aire,—uno sencillo; estos 3 sencillos en las bridas que siguen, por consiguiente no se pasa ningun punto por debajo de los puntos en el aire,—5 en el aire. Vuélvase 5 veces desde *. Atese y córtese la hebra.

5.ª *vuelta.*—En cada buclecillo del medio un punto sencillo, seguido de 10 en el aire.

6.ª *vuelta.*—Alternativamente una brida y un piquillo, por debajo del cual se pasa un punto de la vuelta anterior. El piquillo se compone de 3 puntos en el aire y de un punto-cadeneta en el primero de ellos.

Corpiño adornado de cuadros y rosetas al crochet.

Este dibujo está destinado á indicar uno de los usos á los que se pueden aplicar los cuadros y rosetas al crochet; se los pone sobre tiras de lienzo fino, y se recorta la tela por depajo del cuadro y de la roseta.

ADVERTENCIA.—Para dar con alguna mas latitud los materiales de la parte literaria del presente número, dejamos para el siguiente las explicaciones del *zagalejo sesgado hecho al crochet*, del *porta-tigera*, y de la *fosforera en forma de carcax*, cuyos dibujos habrán visto nuestras lectoras en páginas anteriores.

EL VIEJO.

Vecino al sepulcro helado
que pide ya mis despojos,
¿porqué con afan mis ojos
se tornan á lo pasado?
Mas al cruzar los umbrales
donde la otra vida empieza,
¿quién no vuelve la cabeza
dando adioses eternales?
Soy viagero que me ausento,
soy llamado y me apresuro,
me enamora el bien futuro,
me detiene el sentimiento.
Ni ¿quién hay que me condene
por la lucha que eso arguye,
si es la vida que concluye
condicion de la que viene?
Santas de ámbas son las horas,
pues de Dios las dos son hijas,
¡alma mia, no te aflijas
si á una aspiras y otra lloras!
Vuele, pues, mi libre mente,
sin amargas ligaduras,
por las verdes espesuras
de mi edad mas floreciente.
¡Como entonces, al hervor
de esta sangre, hoy ya sin fuego,
risa, amores, bulla y juego
contemplaba en derredor!
Ayer miré en el cristal
de mi semblante el traslado,
¿dónde está, dige apenado,
su limpidez matinal?
Ojos que veis mis quebrantos,
rendidos ya de fatiga,
¿quereis que os hable y os diga
vuestros antiguos encantos?
Ojos hoy turbios y presos
entre párpados dormidos,
vosotros fúisteis los nidos
de mil maternales besos.
¡Ah ingratos! ¿qué se os quedó
de tantos como tomásteis?
Vosotros no los guardásteis,
pero los recuerdo yo.
¡Pobres ojos! desde aquellos
halagos sin interés,
pocos han sido despues
los que habeis visto tan bellos.
¡Pero no! si afectos tales
sabe una madre abrigar,
¿porqué negar que hay al par
otros amores leales?
Quédese á la lengua vil
dudar de humanas noblezas;
¿quién no halló santas bellezas
en el amor femenil?
¡Aurora, Inés, Leonor,
de mi juventud luceros!
¿porqué desde luego al veros
no apreció vuestro valor?
¿Porqué motivo, porqué,
de mi edad desde el retiro,
con luz y verdad os miro
que entonces nunca alcancé!
Yo me extasié en vuestros ojos,
yo contemplé vuestros rizos,
yo percibí los hechizos
de vuestros dulces sonrojos.
Yo escuché el casto metal
de vuestro infantil acento,
yo sentí de vuestro aliento
el perfume virginal.
Yo, empero entonces ¿qué fuí
para estar del alma ciego?
Tan solo ausente y muy luego
vuestra bondad aprendí.
¡Corazon! tu suerte es triste
pues, buscando humanos bienes,
desconoces los que tienes,
pero no los que perdiste.
Ni ¿cómo has de hallar ventura
si es menester, por tu mal,
que se te alege la actual
para apreciar su hermosura?
¡Aurora, Inés, Leonor!
vuestro amor dejé sin pena
y hoy de lágrimas me llena
la memoria de ese amor.
Hoy ya, sí, pero en el vuelo
de la juventud ansiosa,
¿quién se fija en una rosa
viendo tantas por el suelo?
Y ¡ay! no importa á tal edad
que la loca fantasía
multiplique en su porfía
su conjunto y calidad.
¿Qué quita á nuestro contento
la no existencia de un bien,
si real los ojos le ven
al finjirle el pensamiento?
¡Bellos años! al abrigo
de vuestro hálito abrasado,
¿qué tristeza ó qué cuidado
se asoció jamás conmigo?
Sumergido en gloria tanta,
siempre usé con ánsia loca,
para la risa, la boca,
para cantar, la garganta.
Fuerte el brazo alzaba el peso,
vivo el ojo amor vibraba,
sano el pecho se ensanchaba
de su dicha en el exceso.
¡Breve edad que alegre brillas!
¿porqué negó á tus primores,
la razon sus resplandores,
la conciencia su semilla?
Mas si es ley que algo te falte,
pues Dios solo es gala suma,
¿quién habrá que en tí presuma
la corona de ese esmalte?
Caen las flores en la rama
y á brotar el fruto empieza,
caen las nuestras con presteza
cuando el juicio alza su llama.
¿Porqué, pues, sentir dolor
por la juventud perdida,
si al menguar el cuerpo en vida
logra el alma su vigor?
Ruede al polvo entre desmayos
esta máquina terrena,
si al quebrar esa cadena
cobra aquella nuevos rayos.
¡Queda adios, vieja morada
del alto espíritu mio;
no olvido, aunque me desvío,
tu hospitalidad pasada.
Siempre guardaré memorias
de nuestra acabada union;
mas ya pide otra mansion
quien necesita otras glorias.
¡Adios, adios! de mi acento
el postrer saludo escucha,
mi angustia al dejarte es mucha,
mas soy llamado y me ausento.
¡Adios vida, adios placeres!
¡adios campos, adios prados!
¡adios amigos amados!
¡adios amadas mujeres!
¡Adios goces y aflicciones!
¡adios mundano esplendor!
¡voy á otra vida mejor,
recibid mis bendiciones!!

JUAN ALONSO Y EGUILAZ.

LA CAIDA DE LA HOJA.

¡Adios! tarde serena y apacible,
Sol que te ocultas tras la enhiesta loma,
Con los últimos rayos que me envías
Luz prestarás á mis postreras horas.
¡Adios! flores que hermosas me brindásteis
Perfume en vuestras cándidas corolas;
¡Adios! pálida luna que ya brillas,
¡Adios! aves del bosque trinadoras.
¡Adios, adios! naturaleza augusta,
Raudal de poesía melancólica;
¡Adios que ya la brisa del otoño
Lleva en sus alas las marchitas hojas.
¡Adios! que ya mi pecho destrozado
Dilata solo agitacion penosa,
Y á morir voy, cuando mi planta apenas
En el umbral de la existencia toca.
¡Adios! vida, que alegre me ofrecias
Salud y amor, y cánticos y aromas,
¡Adios, oh juventud! raudal fecundo
De esperanza y de dichas ilusorias.
¡Adios! goces sagrados y benditos
Que la familia brinda y atesora,
¡Adios! madre adorada, madre mia,
De mi infancia feliz guia amorosa.
Voy á morir; á abandonar el mundo
Aunque tus tiernos brazos me aprisionan;
Voy á morir, que de los tristes árboles
Murmuran ya las desprendidas hojas.
Mas, no llores, no, madre, que ya veo,
De mi dulce esperanza cual corona,
A nuestra madre la sagrada Vírgen,
Que los brazos me tiende cariñosa.
¡Adios! madre, suplícale que calme
El acerbo dolor que te acongoja;
Vírgen María, lleva tú mi alma
En tus amantes brazos á la Gloria.
. . . . . .
Cual mústia flor se inclina sobre el tallo;
Dobló la niña la cabeza blonda,
Y arrullaron su muerte murmurando
Del triste otoño las marchitas hojas.

NARCISA PEREZ REOYO.

MAITAGARRI.

(Continuacion.)

—Así me lo habeis enseñado, madre mia; contestó el jóven besándola.

—Y así es, Antonio; pero despues del padre le pertenece á la madre aconsejar á sus hijos. Sentaos, pues, y escuchadme.

Los tres jóvenes se sentaron: la madre entre sus dos hijas, de las cuales la una demostraba una angustia indefinible, mientras la otra la miraba cariñosamente.

Antonio, de rodillas delante de Catalina, tenia fijos sus ojos negros en ella; la esposa de Iturrioz jugaba con los ensortijados cabellos de su hijo.

—Antonio, le dijo: un hermano tuyo está peleando en la frontera; su carácter fogoso te es bien conocido: si vive, dile que cumpla con su deber como bueno; pero que no se arroge á empresas temerarias.

—Se lo haré presente, madre mia, contestó el jóven.

—Que olvide nuestras querellas particulares para no acordarse de otra cosa sino de que es guipuzcoano, y que sus enemigos son los que lo sean de su patria...

—Oh hermano! no te se olvide esa sabia recomendacion; interrumpió la jóven que parecia angustiada.

—Qué entiendes tú de eso, Inés? le preguntó Antonio mirándola fijamente.

—Es verdad, contestó la jóven ruborizándose; poco entiendo, pero creo que la sana razon lo dicta así.

—Madre mia: lo mismo que acabais de aconsejarme me lo ha recomendado mi padre.

—Loado sea Dios! contestó Catalina. Ahora solo me resta encargarte que no te detengas en el viage. Recibe

la bendicion de tu madre, y que Dios os proteja á los dos hermanos. Hijas mias, vamos á recogernos.

Levantáronse todos y salieron de la cocina.

El caserío quedó bajo la salvaguardia de las leyes del país y vigilado por un mastin que se tendió junto al hogar.

LA BRUJA DE ZALDIÑ.

Media noche era por filo, cuando se abrió lentamente la puerta exterior del caserío y entró en la cocina una mujer anciana.

El mastin alzó la cabeza, lanzó un gruñido sordo, se acercó á la recien venida, la olfateó y volvió á tenderse indolentemente.

La mujer arrojó algunas ramas secas al fogon, y una luz brillante iluminó el hogar hospitalario.

La anciana remedó el canto del buho con una perfeccion inimitable, y pronto se sintió un paso ligero que hacia temblar la escalera de madera que conducía al piso superior.

Dominica, la mas jóven de las hijas de Pedro Iturrioz, acababa de entrar y se paró á alguna distancia de la extrangera, revelando en su rostro temor y respeto.

—Acércate, Dominica: la dijo la anciana, y siéntate á mi lado.

Obedeció la jóven, y se colocó en el escaño de madera en que se habia sentado su interlocutora: el mastin se acurrucó frente á Dominica, y apoyó su inteligente cabeza en las rodillas.

Aquel grupo iluminado por la luz del fogon, y destacándose del fondo negro de las paredes ahumadas, tenia cierto barniz de hechicería.

La anciana, con su rostro arrugado y moreno, sus redondos ojillos de una movilidad extraordinaria, con sus cabellos entrecanos y despeinados, y con su nariz larga y puntiaguda, formaba un contraste extraño con las frescas megillas, los hermosos ojos negros, el talle esbelto y la sonrisa de Dominica.

Para completar este cuadro, añadiremos que la anciana acercaba su rostro á la tersa frente de la jóven, y que el mastin seguia con vista perspicaz todos los movimientos de la bruja.

—Me has llamado, Dominica, dijo esta con voz cascada; y aquí me tienes: ¿que deseas de mí?

—Deseaba saber, contestó la jóven con voz temblona, quiénes han sido los vencidos en la batalla que se ha dado en la frontera.

—Nada mas? preguntó la bruja fijando con atencion su mirada en Dominica.

—Nada mas: volvió á contestar su interlocutora bajando los ojos.

—Bien: abre esa ventana que da al campo.

—Ya está, dijo abriéndola de par en par

—Mira al cielo.

—Ya miro.

—Qué ves á poniente?

—Veo una nube cenicienta.

—Qué forma tiene?

—Parece el esqueleto de un caballo muy grande..

—Qué mas observas?

—Observo que la nube se ha partido en dos pedazos.

—Cuál de ellos es el mayor?

—El del lado de la cabeza.

—Los navarros y franceses han sido vencidos; dijo la bruja.

Dominica lanzó un grito de alegría y acercándose á la anciana, la dijo:

—Es cierto lo que me anunciais?

—Tan cierto como te estoy viendo. ¿Quieres saber mas?

—Quisiera saber lo que ha sido de mi hermano.

—Voy á satisfacer tu curiosidad. Acerca aquella caldera.

Dominica se apresuró á obedecer.

—Colócala al fuego. Eso es: ahora vete al campo y tráeme raiz de helecho.

La jóven salió del caserío seguida del mastin.

Entonces la vieja pitonisa sacó de su faltriquera un saquito de cuero, y de este un envoltorio de trapos.

Púsose á desdoblarlos cuidadosamente hasta que descubrió una mano de niño perfectamente conservada; algunos rizos de cabellos rubios y sedosos envolvian aquella mano: de un frasco pequeño de plomo, derramó algunas gotas de licor rojo á la caldera, candente ya por la accion del fuego y aguardó la llegada de Dominica.

Esta no se hizo esperar: entró con un manojo de raices de helecho en la mano, y cuando se acercó á la anciana, observó que el mastin la tiraba de la ropa.

—Quieto, Moro, quieto: le dijo. No parece sino que quieres solazarte aun á los rayos de la luna. Aquí teneis, prosiguió Dominica, entregando el manojo de yerbas á la vieja.

—Estaban á la sombra cuando las has recogido? la preguntó examinándolas.

—A la sombra de un nogal.

—Bien está. Siéntate ahora en el escaño y fija toda tu atencion en la caldera.

La pitonisa echó las raices bien mondadas en el caldero, cuyo contenido comenzó á hervir.

Pocos instantes despues elevóse una llama azulada cuyo resplandor, reflejando en los muebles de la cocina, les hizo cambiar de color.

—Qué ves? dijo la bruja.

—Veo á mi hermano cubierto de sangre y dormido tranquilamente. Veo muchos cadáveres tendidos en el campo de batalla. ¡Ah! exclamó de repente.

—Qué mas ves?

—Veo á Juan de Arpide dormido tambien á alguna distancia. Hay muchas fogatas, diviso los centinelas.

—Mira ahora á tu hermano: ¿qué hace?

—Dios mio! exclamó Dominica palideciendo.

—Qué sucede?

—Mi hermano se levanta, desenvaina la espada y se acerca cautelosamente á Juan de Arpide.

—Tu hermano y el de Arpide se batirán entre sí, y su sangre correrá; dijo la bruja con voz siniestra. ¿Qué mas ves?

—Nada mas, contestó Dominica temblando.

—Vuelve el rostro á la pared, prosiguió la bruja: observa bien las figuras que hay dibujadas en ella.

—Dominica obedeció, y lanzando un pequeño grito se tapó los ojos.

—Qué ves ahora? tornó á preguntar la anciana con semblante impasible.

—Oh! Eso no puede ser; repuso la jóven agitada en extremo.

—Quita las manos del rostro, y dime lo que ves: no tengo tiempo para oir tus sollozos.

—Veo á Juan de Arpide en brazos de una mujer.

—La conoces?

—Tiene vuelto el rostro.

—Mira bien á Arpide; ¿qué color tiene su semblante?

—Muy pálido.

—Estás satisfecha? preguntó la bruja con maligna sonrisa.

—Pobre hermana mia! contestó Dominica llorando.

—Tu hermano ha vertido la sangre del amante de Inés. ¿Quieres saber el fin de sus amores?

El mastin dió un gruñido y colocó sus patas sobre los hombros de la jóven, lamiéndola el rostro.

—Dios mio! murmuró Dominica.

—Decídete pronto: en otra parte me aguardan hace dos horas.

La jóven titubeaba y el perro no cesaba de lamerla el rostro, lanzando á la vieja miradas iracundas.

—Eres muy pusilánime; dijo entonces la bruja guardando el saquito y disponiéndose á marchar.

—Oh! aguardad un momento: exclamó Dominica deteniéndola por la ropa.

—Yo no puedo permanecer por mas tiempo en esta casa, repuso la vieja mirando al perro de través.

—Pues bien, me decido, dijo la jóven.

El perro lanzó un gruñido lastimero, y separándose de su ama fué á echarse en un rincon de la cocina.

—Toma este saquito, ya que estás dispuesta á todo, y observa de nuevo la llama azul.

—Ya miro; dijo Dominica tomando el saco y haciendo un esfuerzo para superar su temor.

—Abrelo ahora y arroja á la caldera uno por uno todos los objetos que contiene.

Dominica obedeció; pero cuando vió en sus manos el miembro mutilado del niño, envuelto en los rizos de pelo, experimentó tal sensacion de horror, que soltó el saco que fué á caer en la hoguera con todo lo que contenia.

Una terrible detonacion hizo temblar todo el edificio, y cuando la jóven quiso huir no pudo.

Flaqueáronla las rodillas y cayó al suelo lanzando un grito. Habia visto á la bruja de Zaldiñ escaparse por la ventana convertida en un monstruoso murciélago.

La hoguera se fué apagando paulatinamente, quedando el aposento sumergido en la mas profunda oscuridad.

LA CONFESION.

La hora del alba sería cuando Antonio, vistiéndose apresuradamente, se disponia á salir del caserío.

En la puerta de él, encontró á Inés sentada en un poyo de piedra, aspirando ansiosa la fresca brisa de la mañana.

—Buenos dias, Inés, la dijo besándola en la frente. ¿Porqué te has levantado tan temprano?

—Hé querido verte antes de tu partida.

—Gracias, Inés mia: en este rasgo conozco tu cariño hácia mí. ¿Y cómo es que Dominica no te acompaña?

—Estará dormida tal vez. Pero mira, Antonio: estoy sola, porque además de verte, deseo tener una conferencia contigo. Eres jóven, ya lo veo; pero no obstante, los hombres á tu edad, teneis el juicio mas sano que las mujeres á la mia.

Antonio miró con atencion á su hermana y observó, á la luz de los primeros reflejos del alba, la palidez de su rostro.

—¿Estás enferma, hermana? la preguntó cariñosamente.

—Sí, Antonio: tengo enfermo el cuerpo y mas enferma el alma.

—Pobre Inés! Y qué puedo hacer por tí? Habla: ya sabes que te amo con ternura.

Inés alzó los ojos y miró á su hermano de una manera que hirió en lo vivo al jóven.

—Dudarias acaso de mi cariño? la dijo: semejante duda de tu parte, seria injuriosa para mí.

—Tan lejos estoy de eso, hermano mio, contestó Inés con dulzura, que voy á confiarte lo que ignoran Gil y nuestro padre.

—Esa respuesta me consuela: replicó Antonio sentándose á su lado.

—Las horas vuelan, hermano, y tienes mucho que caminar: escúchame, pues, y sé indulgente conmigo.

—Habla, Inés, habla: te escucho con toda la atencion de que soy capaz.

Inés tomó entre las suyas la mano de Antonio y empezó así:

—Tú no ignoras la fatal enemistad que existe entre nuestra familia y la de Arpide: esta enemistad es la primera causa de mi desgracia.

—Cómo es eso? preguntó Antonio con sobresalto.

—Sí, hermano: así es. He conocido á Juan: la primera vez que le ví, huí de él.

—Obraste bien, hermana. La injuria que hizo su padre al nuestro es imperdonable.

—Escúchame hasta el fin. Desde aquel dia no cesó de perseguirme: cuando bajaba á Oyarzun á oir misa en compañía de mi madre, estaba segura de encontrarle en la puerta de la iglesia: nos ofrecia el agua bendita respetuosamente, colocábase en la iglesia junto á nosotras, y cuando salíamos del templo, él era á quien encontrábamos próximo á la pila del agua bendita. Nos encaminábamos al caserío, y Juan nos seguia á cierta distancia...

—Sin dirigiros la palabra?

—Nunca se atrevió á tanto. Cuando me asomaba á la ventana, veíalo siempre con su ballesta al hombro en la cumbre de la montaña, fijos los ojos en nuestra casa.

—Abrigará ese hombre algun siniestro proyecto contra nosotros?

—Oh! no; se apresuró á contestar Inés. Llegó la primavera, y al amanecer, cuando abria la ventana de mi aposento, encontraba siempre una corona de flores en el marco. Al principio las arrojaba con cólera, porque estaba segura que oculto en algun matorral de las inmediaciones, no dejaria de expiar mis acciones. Pero al otro dia encontraba á Juan ya en el bosque, ya próximo á la fuente, y su semblante demostraba tan honda tristeza que me causaba lástima.

Antonio soltó la mano de su hermana y quedóse pensativo.

—Escúchame, Antonio, por piedad: su conducta respetuosa y reservada llamó extraordinariamente mi atencion: pensé en él mas á menudo de lo que debiera, y á pesar de los esfuerzos que hacia para borrarlo de mi imaginacion, me era imposible conseguirlo. Llegó el invierno... Volvia yo un anochecer de velar el cuerpo de la pobre Lucía, nuestra prima, á quien tanto queríamos: nevaba mucho, y el camino estaba intransitable. Cuando llegué al crucero cercano á la fuente, ví un bulto negro parado en medio del camino, y que me miraba con unos ojos que brillaban en la oscuridad como dos luces: asustéme de tal modo, que me faltaron las fuerzas para huir, y la voz para pedir socorro. El bulto negro lanzó un aullido terrible y se arrojó sobre mí...

—Seria Juan? exclamó el mancebo poniéndose en pié: ¡miserable!

—No, hermano: no era Juan. Era sí, aquel lobo rabioso que fué el terror de esta comarca...

—El que se encontró muerto junto á la fuente? Pobre hermana mia! exclamó tomándola de nuevo la mano.

—Mi muerte era segura; prosiguió extremeciéndose. Al verlo tan cerca de mí, crugiendo los dientes y aullando, el exceso del terror me arrancó un grito; y cuando ya iba á ser presa de la fiera, ví salir del lindero del camino una figura humana, que interponiéndose entre el lobo y yo, recibió su primera acometida. Lucharon los dos encarnizadamente; y lo mas horrible era, que ni el lobo aullaba, ni el hombre que luchaba con él articulaba una palabra; era, pues, un combate mudo, sí; pero sangriento. Lo que yo padecia en aquel momento es indecible: creia de buena fe, hermano mio, que aquel hombre era Gil.

Antonio, durante este relato, apretaba convulsivamente la mano de Inés.

—Como unos diez minutos duró la lucha; prosiguió la jóven: el lobo cayó muerto extrangulado por las robustas manos de mi libertador. Este se acercó entonces á mí, y juzga cuál seria mi sorpresa al reconocer á Juan de Arpide...

—Juan de Arpide! exclamó Antonio asombrado.

—Sí; hermano; á él debo mi vida. Suplicóme que le permitiera acompañarme hasta aquí, y que le jurase no decir á nadie lo que habia sucedido. Lo juré, hermano, y hasta hoy he cumplido mi juramento.

—Y le has vuelto á ver? preguntó Antonio.

—Muchas veces, hermano mio: porque desde aquel momento me fué imposible dejar de amarle.

Y al decir esto, se ruborizó y ocultó su rostro apoyando la cabeza en el pecho de su hermano.

Este se sintió profundamente conmovido al escuchar aquella confesion hecha con un acento dolorido.

—¿Y sabes tú, Inés, le preguntó despues de un momento de silencio, sabes tú si él te ama?

—Nunca me lo han dicho sus labios; pero muchas veces sus ojos. Las coronas de flores adornaban todas las mañanas mis ventanas, y la víspera de marchar contra el enemigo de nuestra patria, en vez de la corona acostumbrada, solo encontré dos flores: una siempreviva unida á un pensamiento.

—Su proceder ha sido noble: exclamó el mancebo con acento solemne; alza, pobre Inés, esa frente pura como el primer pensamiento de un niño: levántala, hermana mia; yo, tu hermano, te protegeré contra todos. Si nuestro padre, cediendo á los impulsos del odio, maldice tu amor; si mi hermano el mayor hace lo mismo; yo que sé lo que ha sucedido, yo que he oido de tu boca cuanto has sufrido, yo te protegeré, hermana; y cuando Gil y Pedro Iturrioz sepan lo que yo sé, no dudo que te bendecirán como el iris de paz entre las dos familias, que nunca debieron desunirse; ellos te bendecirán, Inés, como yo te bendigo.

Inés se arrojó en los brazos de su hermano, quien la estrechó en ellos cubriendo de besos su frente.

—Oh! exclamo vertiendo lágrimas de gozo. ¡Qué bien he hecho en confiarte mis pesares!

—Sí, hermana, sí: has obrado bien: yo no puedo olvidar que me has amado con predileccion: y aunque par-

ticipo algo del carácter de mi padre y respeto sus opiniones, el corazon me dice que por esta vez no son las mas acertadas. Retírate ahora, Inés mia, y espera mi vuelta; ¿quién sabe lo que podrá suceder?

—Esperemos en Dios, hermano.

—Así es, esperemos en Dios.

—Y que él te guarde, querido Antonio.

Tornáronse á abrazar ámbos jóvenes, y el mancebo marchó á cumplir la órden de su padre.

José M.ª de GOIZUETA.

(*Se continuará.*)

VIRGINIA.

LEYENDA.

I.

Era Virginia la débil palma del desierto, á quien respetan los huracanes: la inocente flor á quien el céfiro halaga en blandos giros: el rizo de espuma á quien la brisa puede desvanecer, y sin embargo, no le desvanece, porque es tan puro como ella... Era la estrella que eclipsa á todas en medio del firmamento... Era, en fin, la mas fiel imágen de lo divino.

Sus labios tenian el color del mas finísimo coral: sus ojos eran negros y penetrantes; y sus leves cabellos que caian en graciosas ondas sobre su espalda, hacian que Virginia pareciese, mas bien que un ser humano, una de esas poéticas ficciones de la mitología.

Sus padres habian cifrado en ella toda la dicha de su existencia. El corazon de Virginia no latia sino en el de sus padres. Vivia en compañía de ellos, en una pequeña y blanca casita cercana á la orilla del mar.

Al nacer el dia, cuando apenas las rosadas tintas de la aurora iluminaban el horizonte, su padre, pescador, salia á ganar el sustento de la familia que solo consistia en su hija y su esposa. Las horas que pasaba en el mar, eran horas de cruel angustia para él y para los dos amantes corazones que habia dejado en la playa.

Cuando ya moria la tarde, Virginia se encaminaba á una pequeña cima que se alzaba no lejos de su casa, y desde allí buscaba entre las olas, con ávidos ojos, el batel en que su padre debia volver á la orilla, que al amanecer habia dejado.

Su padre siempre volvia antes que la noche hubiese velado los espacios.

Virginia corria á abrazarle hasta el mismo borde del agua: le besaba, le quitaba el sudor de la frente, y le acompañaba hasta la casita blanca, en donde les esperaba la madre con los brazos abiertos.

A Virginia le parecian torpes todos los placeres de las jóvenes de su edad. En las fiestas y danzas que aquellas tenian, solo veia falsos halagos, dichas ilusorias; ninguno de esos goces la divertia. A cuantos jóvenes la hablaron de amor, les contestaba que no conocia mas amor que el de Dios; ni mas cariño que el de sus padres...

Mas, por eso, si algun pobre llamaba á su puerta, jamás le negaba un pedazo de pan... Si veia algun desdichado, ella era la primera en limar la cadena de su infortunio...

¡Oh! ¡Cuántas veces, aquel corazon, que no pudieron conmover las pasiones humanas, palpitó al ver un infeliz que extendia su mano suplicando una limosna!

II.

Mas, la desgracia, no tardó mucho en tender sus negras alas sobre aquella familia, ejemplo de virtudes.

Era una tarde deliciosa de mayo.

Virginia subió á la altura desde donde se divisaba el mar, y esperaba impaciente á su padre... Y los momentos para ella eran siglos.

Varias veces creyó ver la pequeña embarcacion porque suspiraba, y otras tantas vió su ilusion desvanecida.

Los latidos de su corazon aumentaban por instantes.

Y su padre no volvia.

En esto el sol se sumergió en las ondas lejanas del mar. Las densas nubes precursoras de la noche, empañaban tristes los últimos rayos de luz que el sol habia dejado.

La esperanza de Virginia se fué cambiando poco á poco en terror.

Su padre nunca habia tardado tanto... Mas, de pronto oyó á sus piés el ruido de un barco que llegaba; bajó precipitadamente hácia la playa, y reconoció la lancha de su padre. Corrió hácia ella, y en esto, una furiosa ola llevó á sus brazos... ¡un cadáver!

. . . . . .

Era su padre.

III.

Al dia siguiente se veia en medio de la iglesia de la aldea, un sencillo ataud y en él al pobre pescador.

Al pié del mortuorio catafalco lloraban dos mujeres. Mas no vestian luto... el luto le tenian en sus corazones. Al salir de la iglesia dijo la una á la otra, que no separaba un instante el pañuelo de sus ojos:

—Paciencia, hija mia, paciencia.

Eran Virginia y su madre.

IV.

Virginia lloró muchísimo la pérdida de su padre. Despues colmó un tanto su dolor viendo que habia sido un premio que Dios le habia dado.

¡Qué mayor premio puede dar Dios á una alma pura, que dejarle gozar de la eterna bienaventuranza!

Todas las tardes cuando el sol declinaba, iban Virginia y su madre á rezar junto á la tumba del pescador, que estaba enterrado sin pompa alguna al pié de la colina á que la hija iba siempre á esperarle.

Al ir, encontraban en el camino un pobre que les pedia limosna, y ámbas tenian buen cuidado de llevar algun alimento para el pobre.

V.

Una tarde, á la hora en que Virginia y su madre iban á salir de casa, las miradas de ámbas se cruzaban lastimosamente.

Así pasó largo rato, hasta que la jóven dejó caer de sus ojos dos ardientes lágrimas.

—Qué tienes, hija mia?

—No tenemos que llevar al pobre.

—Es verdad...

—Y morirá de hambre: ¡infeliz!

—Dices bien, hija mia, y moriremos nosotras tambien.

—Y no hay quien nos ampare, prosiguió la hija, ocultando la frente entre sus manos.

—Aun nos queda Dios. En él confío.

—Yo tambien confío en su omnipotencia... ¡Ah! Murió mi padre.

—No traigas á mi alma recuerdos pasados, hija mia, que me partes el corazon.

—Moriremos!

—Sí, hija, el cielo nos espera... Mas, vamos á rezar; ya que muramos, que sea sobre su tumba.

—Sí, vamos, madre mia... ¡Oh! Pobre padre! Ya sabias lo que yo te adoraba.

. . . . . .

Medió este diálogo y al poco tiempo pasaban junto al pobre.

—Dad una limosna á este infeliz, y Dios os lo premiará, dijo como todos los dias.

—Hermano, Él se compadezca de nosotros...

—Pues qué, ¿sufrís?

—Tampoco tenemos, como vos, nada que llevar á la boca.

—Tomad, pues; exclamó el pobre sacando un pedazo de pan de su zurron, y ofreciéndolo á las desgraciadas mujeres.

—No, que vos tambien lo necesitareis, dijo una de ellas.

—Tomad, os digo. Del mismo modo que yo me compadezco de vosotras, se compadecerá alguno de mí.

La madre, besando el pan, tomó la mitad, y repartiéndolo con su hija, dió al pobre la otra parte.

Luego, al pié del sepulcro, rogaron á Dios por el pescador y por el pobre.

VI.

Dos dias despues la madre de Virginia agonizaba en su modesto lecho.

—¿Porqué suspiras, madre? decia la jóven que se hallaba sentada á la cabecera. ¿Quieres que vaya al pueblo, ó á buscar al pobre del camino y calmará nuestro dolor?

—No... yo muero...

—No digais tal...

—Yo muero... no te apartes de mí, hija mia; pues ya nadie llegará á tiempo...

—No lleneis de amargura mi corazon!

—¡Adios! ¡Pobre hija mia!... Yo veo un paraiso ante mis ojos... ¿Quieres venir conmigo?... Ya bajan los ángeles y entonan mil himnos celestiales... Ya me levantan en sus alas... ¡Oh! ¡Qué bello es el paraiso! No vayas á buscar al pobre del camino, que no está en la tierra... Yo le veo... sí... en un trono sostenido por querubes... Su corona, el sol... Los cielos, su alfombra... ¡Adios!...

Y murió diciendo estas palabras, abrazada á su hija.

VII.

. . . . . .

Muchas veces, en medio de su soledad, creyó oir Virginia las últimas palabras que su madre pronunció al espirar.

Mucho lloró la pérdida de sus padres.

Al poco tiempo de morir su madre soñó una noche que el mar inundaba su casa. El sueño era verdad.

Las aguas la arrastraron, y Virginia fué arrebatada por las furiosas olas. Mas vió avanzar sobre la superficie al pobre del camino, que, cogiéndola, la remontaba á los espacios.

Al poco tiempo vió á sus piés el sol y las estrellas, y entrando en los cielos vió el paraiso que su madre la dijo... Vió al pobre del camino sentarse en el trono, y confundidos entre los ángeles halló á sus padres que gozaban ya, como ella, de la eterna gloria.

¡¡Aquel pobre era Dios!!

Ernesto GARCIA LADEVESE.

Explicacion de la lámina iluminada de sombreros.

Sombrero ovalado de terciopelo blanco, rodeado de encage; al lado izquierdo un gran narciso blanco, bandó de terciopelo verde por dentro; anchas bridas de cinta de tafetan blanco.

Sombrero de terciopelo negro de medio fondo, que deja pasar la castaña; guirnalda de follage gris con tres rosas grandes; carrilleras de terciopelo negro, cubiertas en parte por anchas bridas de cinta de tafetan rosa.

Sombrero redondo de terciopelo negro, orlado con una cresta de terciopelo negro y un encage, reunidos por un hilo de perlas; una escarapela de terciopelo negro, adornada con cuentas blancas, sujeta una pluma blanca tendida al lado izquierdo del sombrero.

Sombrero bullonado de raso violeta, con tres rosetas de azabache; encages negros por dentro y en el borde de detrás; estos últimos encages se prolongan para formar bridas atadas por encima de las bridas violeta.

Sombrero de terciopelo azul con orejeras; por dentro camelia de terciopelo blanco; en la parte superior, encage negro, pluma azul tendida, y sauce azul con gotas de azabache; dos barbas de encage negro caen por detrás.

PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 75.

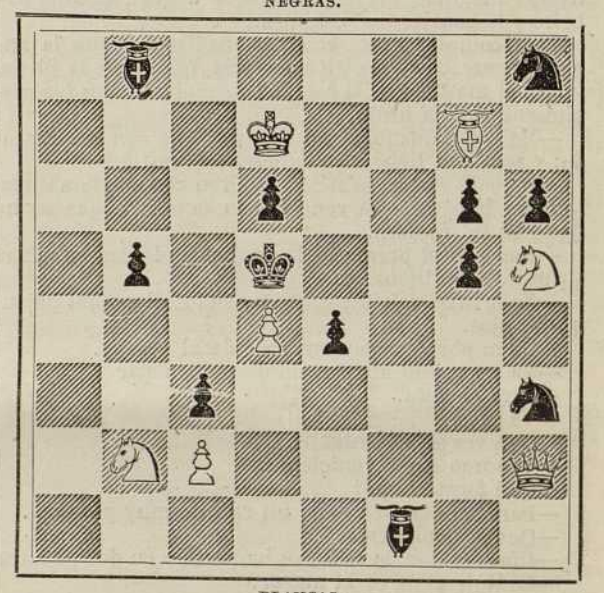
Blancas.	*Negras.*
1.ª T. á 3.ª C.R.ª	A. ó C. toma T.
2.ª R.ª 8.ª T.R.ª ó casilla T.R. mate.	

Variantes.

1.ª	T. toma T.
2.ª P. mate.	
1.ª	Juega T.R. ó C.R.
2.ª A. ó C. mate.	
1.ª	T. toma P.
2.ª T. mate.	

PROBLEMA N.º 76, COMPUESTO POR D. JOSÉ FORNOVI Y D. JAVIER MÁRQUEZ.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 4 jugadas.

CLASE DE MATEMÁTICAS PREPARATORIA PARA PRESTARSE Á LAS OPOSICIONES DEL COLEGIO NAVAL MILITAR.

El profesor de matemáticas del Colegio Naval militar, D. Rafael Martinez, dará principio en su casa, sita en la calle Real, n.º 236 antiguo y 2 moderno, en la ciudad de San Fernando, á un nuevo Curso de matemáticas preparatorio para las oposiciones de ingreso en el expresado colegio, á principios del próximo enero. Las personas que deseen pormenores y confiarle la educacion de sus hijos ó recomendados, podrán dirigirse á dicho señor personalmente ó por escrito, quien les dará las explicaciones que gusten.

ADVERTENCIA.

Los Señores suscritores que teniendo derecho al Almanaque Enciclopédico que damos de regalo, no lo hayan recibido, se servirán avisarlo á esta Administracion.

Tambien advertimos que nos hallamos dispuestos á remitir el referido Almanaque á todos aquellos señores suscritores que no correspondiéndoles efectuar su abono en esta época, nos manifiesten que renovarán en su dia, pues comprendemos que tendrán mas gusto en recibirle ahora que no en la fecha en que les corresponde efectuar su renovacion.

El Administrador.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

Cadiz 1867. IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA á cargo de D. Federico Joly y Velasco, Bomba, n. 1.

AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 4.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs... Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs...Seis meses,65...Tres meses, 35... Un mes, 12.

Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un aoñ80 rs....Seis meses, 42... Tres meses, 22...Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

PROPIETARIO **Don Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes.... Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Libreria de Don C. Bailly-Bailliere, plaza del Principe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tánago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux.
PARIS, Mr. Fermin Didot fréres, rue Jacob, 56.

Sumario.—Capuchon-péplum.—Cenefa para velo de butaca.—Puntos de aguja y de crochets.—Cuadro de guipur sobre red.—Silla de madera imitando el bambú.—Taburete de madera tallada.—Escabel de madera de roble.—Dibujo de tapicería para el taburete.—Zagalejo sesgado hecho al crochet.—Porta-tijeras.—Revista de Modas.—Trage de paño de seda blanco.—Trage blanco á listas mates y satinadas.—Trage de raso blanco.—Qué grande es la creacion!—A la Srta. doña Blanca Gasot.—Lo que me enamora.—La piedra filosofal.—Tradiciones granadinas.—Maitagarri.—Ajedrez.—Figurin iluminado.

Capuchon-péplum.

Este capuchon se hace de cachemira encarnada, entretelada de algodon y forrada de fulard blanco; á la esclavina cuadrada se pegan, sobre cada hombro, dos puntas bordadas con un salpicado de cuentas blancas, y terminada cada una en una borla angora; una punta igual cubre la parte superior del capuchon.

Cenefa del velo de butaca publicado en el número anterior.

Para la ejecucion de esta cenefa, véanse las explicaciones concernientes al velo de butaca inserto en el número 3 del presente año.

Puntos de aguja y de crochet para colchas, capelinas, chales, etc.

N.° 1. *Punto de aguja.* —Se arma el número de puntos que se necesite para el largo del objeto á que se destina la labor, y se trabaja de ida y vuelta.

1.ª *vuelta.*—Enteramente al derecho. El primer punto de cada vuelta se levanta sin hacerse; el último se hace al revés, y como lo mismo sucede con el *punto* siguiente, no volveremos á mencionar estos dos puntos en la serie de las dos explicaciones.

2.ª *vuelta.*—* 3 hechos juntos al derecho,—se añaden 2 puntos, es decir, que en el punto mas próximo de la vuelta anterior se hace uno al derecho, uno al revés y uno al derecho. Vuélvase desde *.

Estas dos vueltas representan el dibujo. Para que aparezca contrapuesto en las repeticiones siguientes, se deben hacer juntos los 3 puntos, 2 de los cuales son los *crecidos*, mientras que por el contrario se harán 3 puntos en el formado por los 3 hechos juntos.

N.° 1. *Crochet.*—Este punto es el del crochet tunecino comun, cuya explicacion repetimos aquí, por las muchas reclamaciones que se nos hace de él, y porque constituye la base de una porcion de *puntos*, y entre otros de los que publicamos hoy. El crochet tunecino se compone de dos *filas*, que constituyen una *vuelta*. Se hace una cadeneta del largo que se necesite.

1.ª *vuelta.*—De derecha á izquierda. Se pasa por cada punto la hebra, que se conserva en el crochet.

2.ª *vuelta*—De izquierda á derecha. Cada punto se desmonta con un punto en el aire; se toma en el crochet la hebra que, en nuestro dibujo, se encuentra detrás del crochet, y se la pasa por los dos buclecillos mas próximos, y así sucesivamente; al volver de derecha á izquierda, se pasa la hebra por el lado perpendicular de cada punto de la vuelta anterior.

N.° 2.—El punto *ondulado* difiere del tunecino comun en que en cada primera fila de cada vuelta, se pica el crochet detrás de la cadeneta horizontal, á través del punto perpendicular, por consiguiente en la direccion indicada por la flecha.

N.° 3.—Punto *horquilla.*—En cada 1.ª fila de cada vuelta (de derecha á izquierda) se echa la hebra sobre el crochet antes de cada punto, que se toma sobre el crochet, y en la 2.ª fila (de izquierda á derecha) se desmonta cada punto perpendicular, con el echado que se encuentra á su derecha. En la 1.ª fila de las vueltas siguientes, se pica siempre el crochet *á la vez* en el punto perpendicular y en el echado que se encuentra á su izquierda.

N.° 4.—*Punto grupo.*—* Un echado; se pasa la hebra por cada uno de los 2 puntos mas pròximos de la vuelta anterior y se desmontan estos dos nuevos puntos haciendo uno en el aire. Vuélvase siempre desde *.

2.ª *vuelta.*—* Un punto en el aire á través del último que se encuentra sobre el crochet,—uno en el aire; se deja deslizar el echado de la vuelta anterior fuera del crochet. Vuélvase desde *.

3.ª *vuelta.*—* Un echado,—se pasa la hebra por el echado que queda libre, despues tambien por el punto siguiente, y se desmontan á la vez estos 2 últimos puntos, haciendo uno en el aire. Vuélvase desde *. El dibujo indica esta vuelta en ejecucion. Se repiten siempre alternativamente la 4.ª y 5.ª vueltas.

N.° 5. *Punto calado*—1.ª vuelta. * Un echado; se pasa la he-

CAPUCHON-PÉPLUM.

bra por cada uno de los 2 puntos siguientes. Vuélvase desde *, conservando todos los buclecillos sobre el crochet.

2.ª *vuelta*.—* Un punto en el aire, pasado á través de los 2 puntos que se encuentran reunidos, — uno en el aire. Se deja deslizár el echado fuera del crochet. Vuélvase desde *.

3.ª *vuelta*.—* Un echado. Los dos puntos que en la vuelta anterior se han desmontado juntos, se ponen en el echado (véanse en el dibujo los puntos 1 y 2, para pasarlos por el echado que los precede); se pasa la hebra á través de estos 2 puntos, luego por el mas próximo de los puntos horizontales de la vuelta anterior. — Vuélvase desde *.

Se repiten alternativamente las vueltas 2.ª y 3.ª

Cuadro de guipur sobre red, para acerico, saquito, etc.

MATERIALES.—Hilo de mediano grueso; una aguja gruesa de hacer punto, de acero; un molde de red, que tenga 1 centímetro de circunferencia (molde n. 1); un molde de red, que tenga 2 centímetros de circunferencia (molde n. 2).

El fondo del cuadro hecho de red, se compone de 44 vueltas, ó mallas. El bordado se ejecuta á *punto de tela*, del que en nuestro número anterior publicamos un dibujo especial. Este fondo va rodeado con un encage de red, compuesto de 4 vueltas, de las cuales las dos primeras se hacen con el molde n.º 1.

1.ª *vuelta del encage*.—Una malla en cada 5.ª malla del cuadro.

2.ª *vuelta*.—En cada malla de la vuelta anterior, una malla,—otra malla en cada una de las 4 de la esquina.

3.ª *vuelta*.—Molde n. 2.—4 mallas en una de la vuelta anterior,—se pasa la siguiente, y así se sigue, excepto para las 3 mallas de la esquina, de las cuales ninguna se pasa.

4.ª *vuelta*.—Molde n.º 1.—Una malla en cada malla.

MUEBLES.

Silla de madera imitando el bambú. El espaldar está guarnecido con un enrejado, un fleco y borlas de seda de varios colores; el asiento está cubierto con una tira de tapicería, cuyo dibujo publicamos en otro lugar, de este mismo número. Por cada lado de esta tapicería va colocada una tira de raso habana.

Taburete de madera tallada, cubierto de tapicería, cuyo dibujo publicamos tambien hoy.

Escabel de madera de roble, cubierto de paño castaño claro, con aplicaciones de paño castaño oscuro y negro.

Dibujo de tapicería para el taburete redondo.

Este dibujo servirá tambien para cogin redondo. Los colores que se han de emplear en su ejecucion, se hallan puestos al pié del dibujo.

Dibujo para tira de tapicería.

Este dibujo, tal cual es, puede servir para tiras de sillas como la que hemos descrito mas arriba y para lo cual se la repite; tambien se puede aplicar para taburete, tapete, etc.

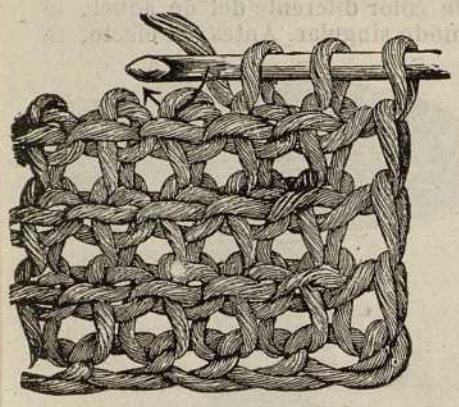
CENEFA DEL VELO DE BUTACA PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

Zagalejo sesgado hecho al crochet.

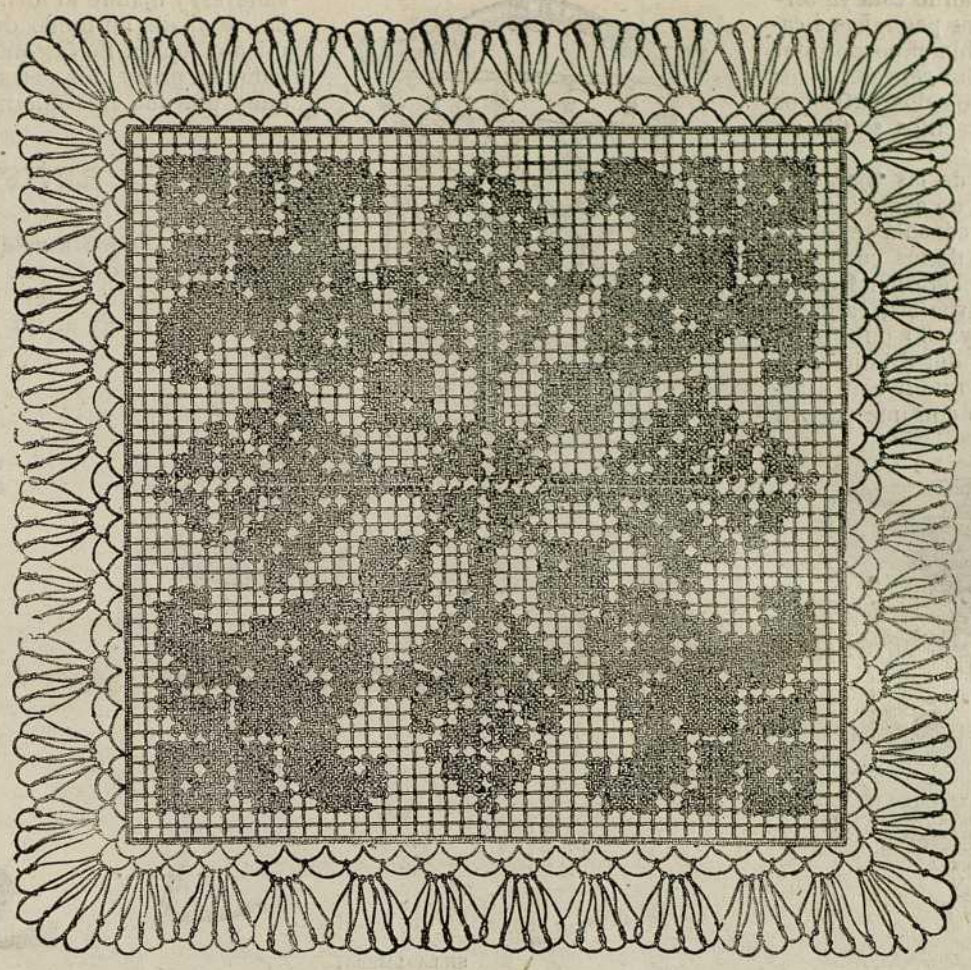
(Véase la pág. 20 del número anterior.)

MATERIALES. — 320 gramos de lana céfiro de 10 hilos, blanca: 128 gramos de la misma lana encarnada; 32 gramos de la misma lana negra; un crochet de madera de 1 centímetro y 3/4 de circunferencia.

Este zagalejo, de nueva forma, sesgado, se hace al crochet tunecino con lana blanca. Las tiras que lo guarnecen se egecutan con lana encarnada y lana negra, parte al crochet tunecino, y parte al punto de crochet número 2, que esplicamos en este número. Se principia por el zagalejo, por encima de las tiras. Se hace una cadeneta de 58 puntos, sobre los cuales se egecutan 16 vueltas al crochet tunecino. Para sesgar, se mengua en las 12 vueltas siguientes formando la nesga ó punta.



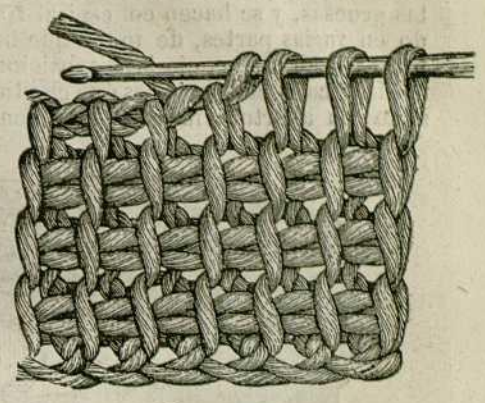
N.° 1.— CROCHET.



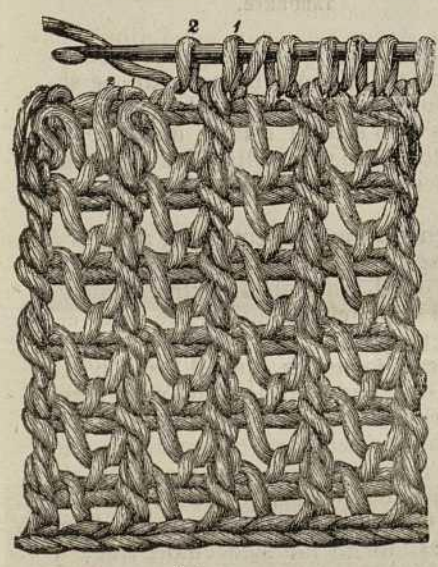
CUADRO DE GUIPUR SOBRE RED.

1.ª *vuelta* de esta nesga.—Se menguan 2 puntos en el lado superior de la nesga, — 3 en la vuelta siguiente, —4 en las dos siguientes, — 3 en cada una de las 8 siguientes. En el lado al sesgo de la labor se hacen 16 vueltas, cada una de 48 puntos (alto del zagalejo). Se hace el 2.° paño sesgado, que como todos los demás, se hace lo mismo que el anterior, y sobre cada lado al sesgo se ejecutan 16 vueltas, —solamente 8 vueltas en el lado al sesgo de la 4.ª nesga.— Esto representa la mitad del zagalejo, y la segunda mitad es igual á la primera.

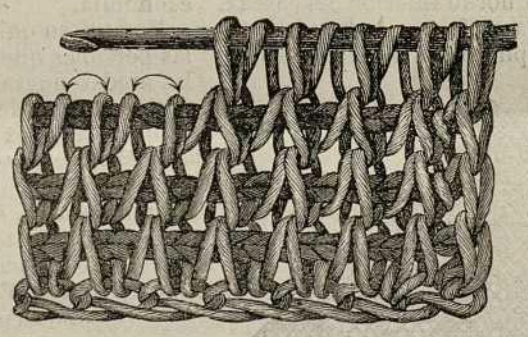
La guarnicion se principia por el borde inferior con lana blanca. Se hace una cadeneta de 260 puntos (ancho del zagalejo); se hace una vuelta al crochet tunecino, 2 al crochet ondulado (cuya explicacion damos en el presente número),—4 al crochet tunecino, el último con lana encarnada. Se ejecuta en seguida la primera tira, que se compone de una vuelta encarnada y de una negra (crochet ondulado).—7 vueltas tunecinas encarnadas, — una negra, una encarnada (*onduladas*); se hacen 6 vueltas tunecinas blancas, una igual encarnada, luego se principia la segunda tira, igual en todo á la anterior, pero que solo tiene 5 vueltas tunecinas encarnadas, en vez de 7. Las dos tiras se adornan con rombos hechos con puntos-cadenetas (lana negra) para los cuales se pasa el crochet por el lado perpendicular de cada punto; la cenefa se reune al zagalejo picando á la vez el crochet en un punto de aquella en uno de este, y haciendo allí un punto cadeneta. — Se cosen uno con otro los dos lados transversales del zagalejo, dejando una abertura de 20 centímetros. En el borde inferior se ejecuta con lana encarnada la vuelta siguiente: sobre cada tercer punto se hacen 2 bridas,—2 puntos en el aire,—otras 2 bridas. Se arma el zagalejo entre las dos telas de una pretina, cortada doble, quedando así terminado este zagalejo tan útil para la presente estacion.



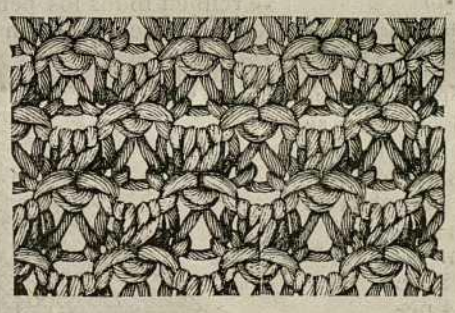
N.° 2. CROCHET.



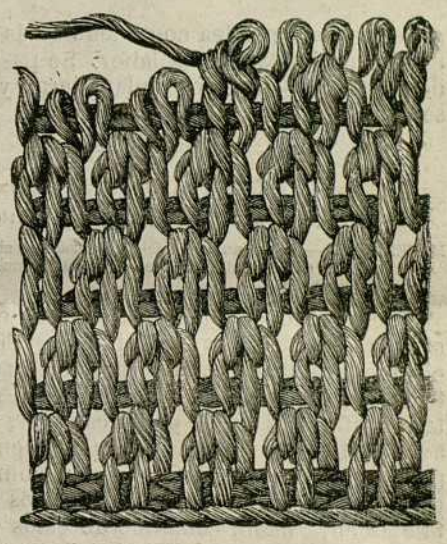
N.° 5. CROCHET.



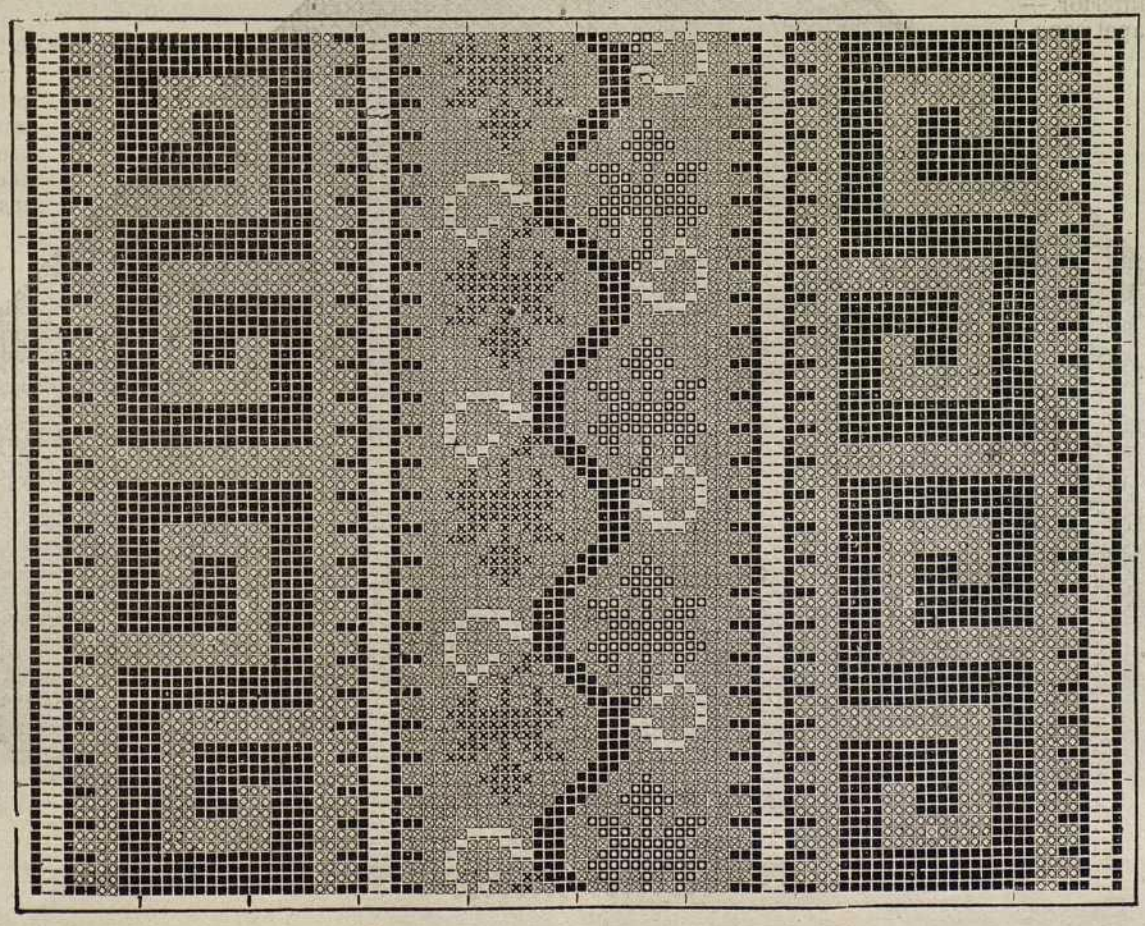
N.° 3. CROCHET.



N.° 1. PUNTO DE AGUJA.



N.° 4. CROCHET.



DIBUJO DE TAPICERIA.— Signos: ■ Negro. ▨ Verde medio color. □ Violeta. ▩ Lila (en seda ó lana). ⁻ Amarillo (en seda ó lana). ▧ Leonado muy claro.

Porta-tijeras.

(Véase la pág. 20 del n. anterior).

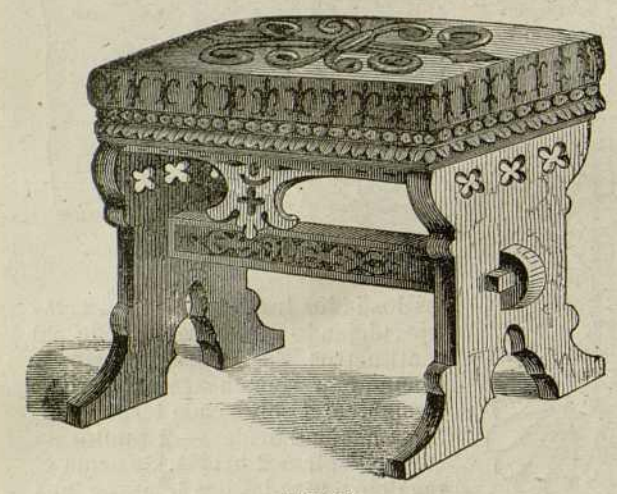
MATERIALES. — Torzal negro de seda; cuentas de acero grandes y pequeñas; cordon de cartulina negro de 1 metro y 12 centímetros de largo.

Al extremo de este *porta-tijeras*, que se prende á la cintura por el otro extremo, se encuentra una especie de cápsula destinada á contener la punta de las tijeras.

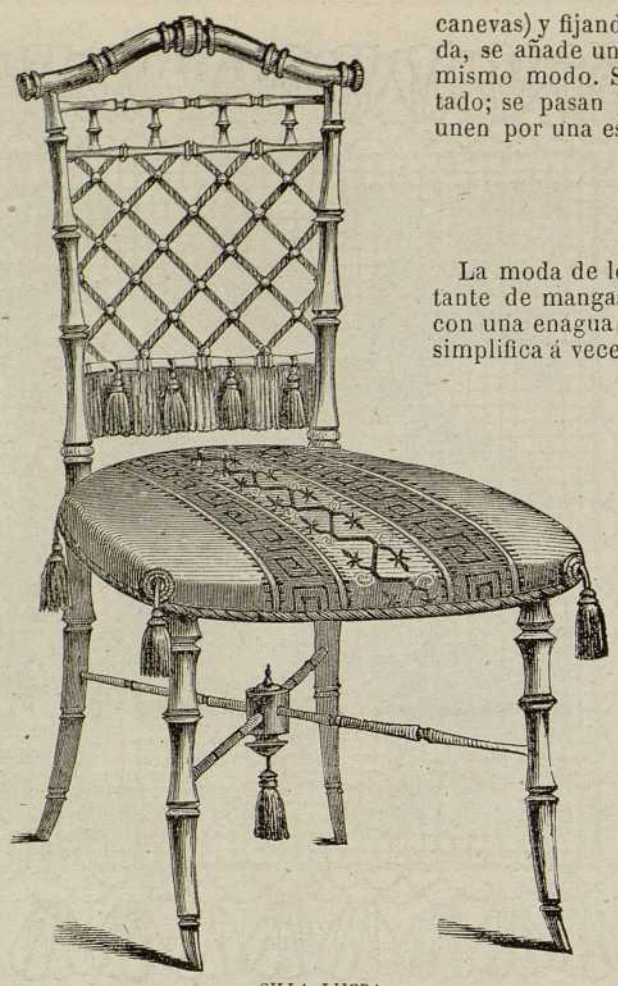
Se toma el cordon de cartulina, se le cubre con un feston ejecutado con seda negra, y despues de dos puntos de feston, se ensarta y se desliza junto al cordon una de las cuentas pequeñas de acero. El feston vá interrumpido, á intervalos de 6 centímetros, por una de las cuentas gruesas de acero que se ensartan en el cordon. Los puntos de feston no van muy próximos, y cuando el cordon está cubierto se vuelve á empezar el feston por el lado opuesto, picando siempre la aguja entre dos puntos del feston anterior; se coloca allí igual can-

tidad de cuentas pequeñas, luego, cuando está ya terminado este lado, se ponen 5 cuentas pequeñas á cada lado de cada cuenta gruesa; se dobla el cordon por su mitad, y se forman los 3 buclecillos representados en nuestro dibujo, que reproduce los dos extremos del porta-tijeras. Debajo de los buclecillos se fija un corchete grueso.

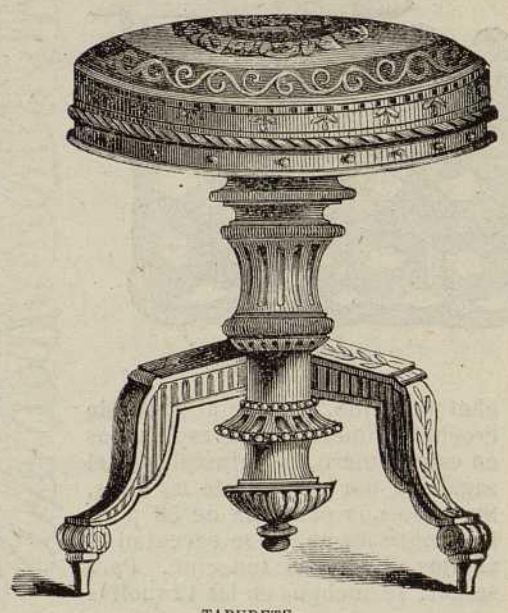
La cápsula que contiene la punta de las tijeras se hace en espiral sobre cordon negro de cartulina cubierto de puntos sencillos. Para esta cápsula se forma una cadeneta de 6 puntos, el último de los cuales se reune con el primero; se ensartan en el cordon 4 cuentas gruesas, y se hacen en espiral 10 vueltas, creciendo en varias partes, de modo que haya 30 puntos en la 10.ª vuelta; se copia la disposicion del dibujo para deslizar cada cuenta gruesa en el sitio que le está asignado; la abertura inferior se rellena con una cuenta gruesa, que se rodea como las demás cuentas pequeñas cosidas sobre la labor. Se pasan los cabos del cordon por los ojos de las tijeras y luego se cosen estos cabos á la cápsula.



ESCABEL.



SILLA LIJERA.



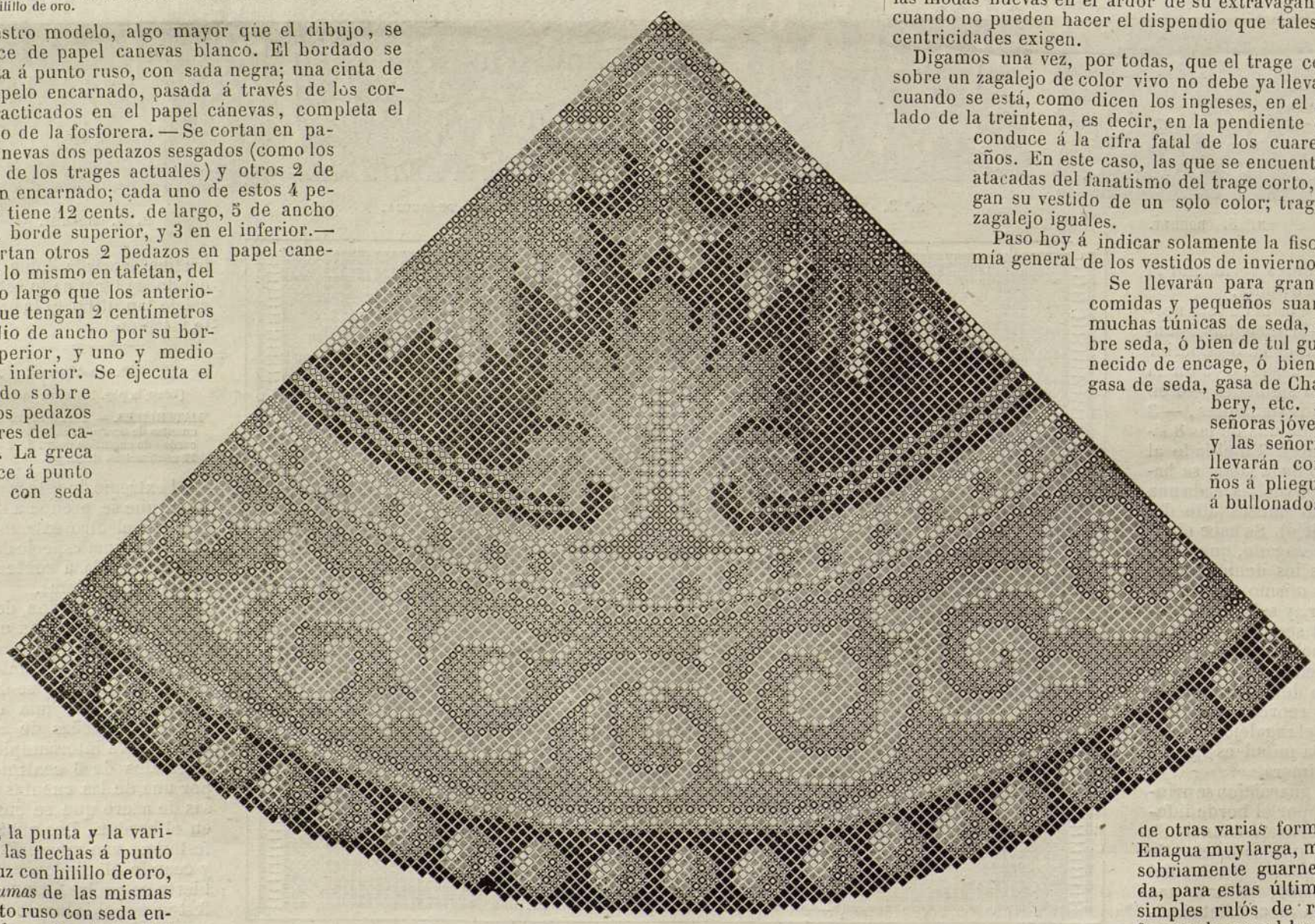
TABURETE.

Fosforera en forma de carcax.

(Vèase la página 20 del número anterior.)

MATERIALES. — Papel canevas; tafetan encarnado; cinta encarnada de terciopelo de medio centímetro de ancho; seda encarnada y seda negra; hilillo de oro.

Nuestro modelo, algo mayor que el dibujo, se se hace de papel canevas blanco. El bordado se ejecuta á punto ruso, con sada negra; una cinta de terciopelo encarnado, pasada á través de los cortes practicados en el papel cánevas, completa el adorno de la fosforera. — Se cortan en papel canevas dos pedazos sesgados (como los paños de los trages actuales) y otros 2 de tafetan encarnado; cada uno de estos 4 pedazos tiene 12 cents. de largo, 5 de ancho en su borde superior, y 3 en el inferior. — Se cortan otros 2 pedazos en papel canevas, y lo mismo en tafetan, del mismo largo que los anteriores, que tengan 2 centímetros y medio de ancho por su borde superior, y uno y medio por el inferior. Se ejecuta el bordado sobre los dos pedazos mayores del canevas. La greca se hace á punto ruso, con seda negra, la punta y la varilla de las flechas á punto de cruz con hilillo de oro, las *plumas* de las mismas á punto ruso con seda encarnada. — Los lados del carcax (pedazos mas estrechos) se guarnecen al rededor con hilillos de oro á punto de cruz, y se adornan con un salpicado cualquiera. Se recorta el borde superior de cada pedazo. A 2 agujeros de distancia del hueco de cada punta del borde superior, se hace un corte perpendicular que comprenda 5 agujeros; se repiten estos cortes por debajo de la greca, y en el borde inferior del carcax. Se reunen todos los pedazos festoneándolos juntos con seda encarnada (un punto en cada agujero del canevas) y fijando al mismo tiempo el forro de seda encarnada, se añade un fondo del mismo papel canevas, fijado del mismo modo. Se festonea el borde superior que se ha recortado; se pasan por detrás dos cintas de terciopelo que se reunen por una escarapelilla, y sirven para colgar la fosforera.



DIBUJO DE TAPICERIA PARA EL TABURETE.—Signos: ■ Verde oscuro. ▫ Castaño muy oscuro. ⊞ Castaño menos oscuro. ⊞ Castaño media tinta. ▣ Castaño claro. ▫ Castaño muy claro (en seda). ▫ Negro.

REVISTA DE MODAS.

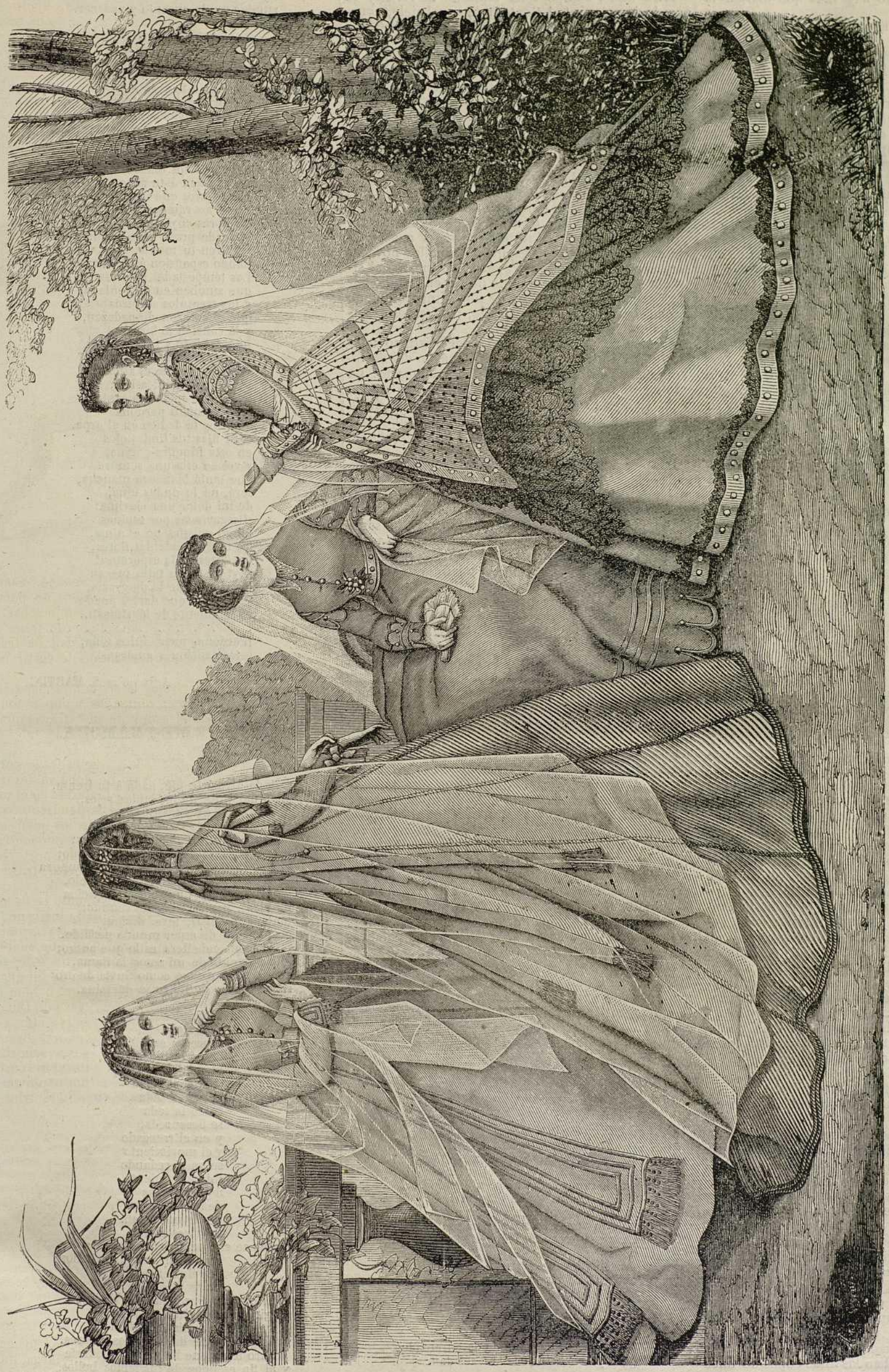
La moda de los zagalejos de color vivo, con corpiño montante de mangas largas, cubiertos con un trage, ó mas bien con una enagua de tela de color diferente del de aquel, se simplifica á veces de un modo singular. Antes, en efecto, se llevaba el trage mas largo que el zagalejo. Sucediendo hoy lo contrario, cierto número de personas se limitan á poner su antiguo zagalejo sobre su antiguo trage, pasando este al estado de trage de debajo, y elevándose aquel á la dignidad de trage de encima. Así se entiende el modo de vestir con economía.

No seré yo quien critique la economía, pero sí á las personas que se creen obligadas á copiar todas las modas nuevas en el ardor de su extravagancia, cuando no pueden hacer el dispendio que tales escentricidades exigen.

Digamos una vez, por todas, que el trage corto sobre un zagalejo de color vivo no debe ya llevarse cuando se está, como dicen los ingleses, en el mal lado de la treintena, es decir, en la pendiente que conduce á la cifra fatal de los cuarenta años. En este caso, las que se encuentren atacadas del fanatismo del trage corto, hagan su vestido de un solo color; trage y zagalejo iguales.

Paso hoy á indicar solamente la fisonomía general de los vestidos de invierno.

Se llevarán para grandes comidas y pequeños suarés, muchas túnicas de seda, sobre seda, ó bien de tul guarnecido de encage, ó bien de gasa de seda, gasa de Chambery, etc. Las señoras jóvenes y las señoritas llevarán corpiños á pliegues, á bullonados, y de otras varias formas. Enagua muy larga, muy sobriamente guarnecida, para estas últimas; simples rulós de raso formando por el borde inferior rombos, ó un enrejado guarnecido en



CUATRO VESTIDOS DE BODA.

Trage de paño de seda blanco, con bordes dentados guarnecidos de raso blanco; rulós de raso blanco, mangas guarnecidas como el trage.

Trage de raso blanco con una tira por abajo claveteada de gruesas cuentas blancas, sobre la que corre un encage blanco estrecho. Corpiño montante. Túnica de tul blanco, con corpiño montante sin mangas, enteramente bordado de cuentas de cristal; tira de raso claveteada, con encage blanco. Peinado con azahar y velo de tul blanco.

Trage de paño de seda blanco, sin ninguna guarnicion, á excepcion de las cuatro bandas (dos por cada lado) figuradas por rulós de raso blanco y por un fleco blanco mezclado con cuentas blancas de cristal; en el cinturon, roseta de azahar; alfiler de las mismas flores; guirnalda y velo de tul blanco.

Trage blanco á listas mates y satidadas.—Cordon grueso de seda blanca por todas las costuras; en el talle, por detrás, tres cabos flotantes de cinta blanca con fleco. Velo de tul blanco.

ámbos lados con un rizado de tul ó de tarlatana, igual, en una palabra, al trage. Gran cinturon con cabos redondeados, ó mejor todavía, cinturon muy largo, *figurado* sobre el trage por una guarnicion igual á la del borde inferior, rulós, rizados, etc., todo ello puesto de modo que imite los cabos muy largos de un cinturon, ya cuadrados, ya redondeados, ya formando una punta.

Se preparan muchos collares de azabache, terminados por largos cabos de terciopelo. La moda de los cabos flotantes no parece que se abandona. Se ponen en las peinetas,—se ponen debajo de la castaña,—se ponen en los collares,—se cosen á los corpiños; en fin, nadie podrá decir, al ver todas estas riendas sueltas, que las señoras mugeres sean

difíciles de conducir: no hay mas que alargar la mano.

EMMELINE RAYMOND.

¡QUE GRANDE ES LA CREACION!

Pablo era un hombre dotado de alma grande, sensible, magnánima, adornada de mil prendas que la embellecian, si bien dominada por grandes pasiones hijas de su temperamento. Predispuesta á todo lo bueno, hubieran podido desarrollarse en ella grandes virtudes si los descuidos cometidos en su educacion no sirvieran de obstáculo para favorecer aquel desarrollo.

Pablo habia sufrido varias desgracias, casi con resignacion, á pesar de su carácter violento; pero llegó un dia en que un nuevo golpe de fortuna adversa vino á agriar por completo aquel carácter de suyo amable. Su paciencia se sublevó contra este nuevo golpe y la desesperacion mas completa se apoderó de él, y ni los halagos de su cariñosa familia, ni los consejos de sus amigos, fueron suficientes á arrancarle de aquella desesperacion, casi locura, de que era víctima hacia cerca un mes.

Era una tarde, el sol tocaba á su ocaso, el cielo resplandecia azul purísimo y diáfano; ni una nube venia á empañar su brillo, ni un ave cruzaba por su ancha bóveda; solo por oriente empezaban á aparecer los negros bordes de oscuros nubarrones; el mar rizaba tranquilo sus olas, cuyas aguas iban á lamer los carcomidos cimientos de los últimos edificios de la poblacion donde Pablo tenia fija su residencia.

Con el dolor pintado en su semblante, y abrigando la desesperacion en su alma, Pablo abandona su casa para refrescar su ardiente y calenturienta imaginacion con la brisa de la tarde. Su andar es presuroso, mide á largos pasos la mojada arena de la rivera; á veces una sonrisa de incredulidad asoma á sus labios, y por último se detiene repentinamente en su marcha.

Ante él se estiende una superficie plana, inmensa, que va á perderse en lo infinito... el mar con sus tranquilas aguas, en las que se quiebran los últimos rayos del sol poniente. Algunas nubes de color ceniciento oscuro y por las que se vé cruzar alguno que otro relámpago, cierran el horizonte por aquel lado.

A su espalda se encuentra en primer término una poblacion con centenares de casitas blanqueadas primorosamente, con sus torres, sus campanarios, cuyas agujas parece cortan el azul del firmamento. Mas allá se estiende una inmensa llanura siempre verde, salpicada aquí y allí de corpulentos y seculares arbustos en cuyas copas se anidaban mas de un parlero y alegre pajarillo. Y mas allá todavía y pendiendo del firmamento un disco de brillante y rojo fuego derramaba su luz por aquella verde y feraz campiña.

Al contemplar Pablo aquel mar grande, inmenso, cuyas aguas iban á perderse tocando en el horizonte; al contemplar el igneo relámpago que de vez en cuando rasgaba la atmósfera, al sentir su alma destrozada por el dolor, al contemplar su triste y negro porvenir, creyó llegada la hora de realizar el pensamiento que tantas veces habia cruzado por su imaginacion... el suicidio.

Horrorizado del terrible crímen que iba á poner por obra, apartó la vista de aquellas aguas, para dirigir una última mirada y un último adios á los lugares que le habian visto nacer.

Al apartar su vista del mar, le dejó estender por el bello panorama que antes habia tenido á su espalda.

Aquel sol medio hundido, que daba el último adios al postrer rayo de esperanza próximo á huir de su alma; aquel suave céfiro que mecía las pesadas copas de millares y millares de antiguos arbustos, el triste y melodioso canto de alguna que otra parlera avecilla, el triste tañido de las bronceadas campanas de la ciudad; aquel sosiego, aquella calma, aquel cuadro triste y melancólico, influyó en él de una manera maravillosa. En aquella alma ya cansada, casi sin fuerzas de la desesperada lucha que venia sosteniendo, se obró una pronta reaccion. ¿Cuál fué la causa de esta reaccion?

Al mirar aquella agrupacion de casitas parecidas á una bandada de álbar palomas, se fijó en un espacio cuadrangular cerrado por blancas paredes y en cuyo centro se elevaban las altas copas de unos cuantos cipreses que balanceándose parecian querer besar aquella tierra regada por tantas lágrimas... ¡Era el cementerio!

Por las megillas de Pablo resbaló entonces tambien el lloro. Se habia acordado de su madre cuyas cenizas descansaban en aquel lugar.

Miró aquel campo todo tapizado de verde y se acordó de su juventud. Contempló aquel cielo, aquella inmensidad, mezcla de grandeza y sencillez y pensó en Dios.

Ah! Lo que no habia podido hacer el amor de la familia, lo que no habia podido hacer el cariño de la amistad, lo hizo un débil trazo dibujado por la mano de Dios en el universo!

Aquel pensamiento criminal, la idea del suicidio, huyó completamente de él. A la desesperacion que destrozaba su alma, habia sucedido una triste melancolía.

Inclinada la cabeza sobre el pecho y pausado en su andar, volvió á aquella poblacion donde se habia mecido su cuna. Sin darse cuenta de ello, sin saber cómo, se encontró en el atrio de una iglesia.

Penetró en ella; su interior estaba en consonancia con el estado de su espíritu. Aquellas bóvedas sombrías, aquellos altares apenas sin luz, aquel silencio sepulcral interrumpido de vez en cuando por el chirrear de la débil luz de una lámpara... todo era allí triste, al par que grande, magestuoso y sublime.

Sentóse en un oscuro rincon del cristiano templo, desde donde se distinguia la imágen del Salvador crucificado, alumbrada por dos lámparas. La inteligente mano del inspirado artista habia estampado en aquel rostro velado por las sombras de la muerte un sello de dolor intenso, de bondad inagotable, de resignacion sublime. Era una obra artística perfectamente acabada.

Levantó aquel hombre su cabeza que tenia inclinada sobre el pecho, y dirigió su vista á un altar, quedando clavada en aquella imágen, obra del genio, inspirada por el espíritu cristiano.

¡Decia tanto aquel rostro semivelado por las sombras de la muerte! ¡Hablaba tan alto al alma aquella sublime resignacion! ¡Inspiraba tanta fe aquella mirada casi apagada, aquella bondad, aquella boca de donde se oian escapar las sublimes palabras: *pater demille illis*! que por el alma de aquel hombre donde poco antes se escondia la desesperacion, donde despues nació la apatia, el desaliento, cruzó un vivo rayo de esperanza que vino á regenerarla.

Sus labios se mueven y de su boca salen algunas palabras. Escuchemos:

«¡Pedid y recibireis!... Yo ahora, Dios mio, necesito pedirte, necesito tu auxilio... ¡He sufrido y sufro tanto que dudo poder resistir ya mas! — Yo adoro, yo bendigo la justa y omnipotente mano que arrojó sobre mí tantas desgracias... pero dame, infunde en mí la resignacion que me falta, la fortaleza que me es necesaria! Padre! Dios! Señor! Consuelo, resignacion, fortaleza para mi alma!»

Sus rodillas se doblaron, abundantes lágrimas corrieron por sus megillas, y su alma sin haber dejado de estar unida á su cuerpo habia volado hasta Dios.

Media hora despues aquel hombre salia del templo completamente regenerado. En su rostro llevaba pintada la resignacion; en su corazon abrigaba el consuelo; en su alma llevaba la esperanza. Habia pedido con fe, se habia acordado de las palabras de Jesus y las habia puesto en práctica.

De entonces acá si bien no es completamente feliz, porque las enfermedades morales rara vez tienen curacion radical, su alma se halla alentada por la esperanza, fortalecida por la fe, vivificada por la caridad.—

YO.

A la distinguida poetisa señorita doña Blanca Gasot.

I.

La bella primavera
cubre los campos de olorosas flores,
rico tapiz de expléndidos colores
que lo embalsama todo en derredor;
lo mismo, dulce Blanca,
la magia de tu célica hermosura,
y de tu voz la angelical ternura,
llenan el pecho de ferviente amor.

Muy jóven todavía
obtienes de las musas los favores,
ciñendo el arpa de laurel, de flores,
sin violencia, sin temor ni afan;
y cual suave arrullo
de la tórtola triste, enamorada,
ó del aura que gime en la enramada,
gozo y consuelo tus cantares dan.

Bellísima azucena;
dulce, amorosa, lánguida hermosura,
quiera Dios que no sientas la amargura
que en el mundo se encuentra por do quier:
quiera tu buen destino
que al trasponer tu bella edad primera,
no encuentres la desgracia en tu carrera
sumida en desencanto y padecer.

II.

Pulsa tu armónica lira;
tus dulces ensueños canta,
ciñendo á tu frente pura
gloriosas coronas, Blanca.
Dénte su plácido arrullo
las leves, tranquilas auras;
los de la limpia corriente
rios de argentinas aguas,
al son de sus mansas ondas,
un eco den á tu arpa.
Los pájaros que inocentes
entre los ramages cantan;
las flores cuyos matices
el verde prado engalanan,
inspiren tu mente, niña,
dando espansion á tu alma.
Las tempestades bravías
que zumben en tu ventana,
y los trémulos suspiros
que el corazon despedazan,
y la cancion dolorosa
hija del luto y las lágrimas,
no den asunto á tus versos
triste dejándote el alma.
Pulsa tu armónica lira;
tus dulces ensueños canta,
y los gemidos perdona
que hoy te dedico en el arpa.
Si fijas tus lindos ojos
en esta fúnebre página,
y ves en ella una sombra
que tanta blancura mancha,
será, no lo dudes niña,
de mi dolor una lágrima!
¡Desgarradas por espinas
tengo mústias en el alma,
las bellas, endebles flores;
las flores de la esperanza!
¡Ay! triste! su tallo mecen
los vientos de la desgracia,
y el riego que darles puedo
es solamente de lágrimas!...
. . . . . .
¡Perdona, pues, dulce niña,
estas canciones amargas!

ANTONIO DE S. MARTIN.

LO QUE ME ENAMORA.

Nada digo á tu pié, nada á tu frente,
nada del tinte de tus labios rojos,
y nada de la gasa transparente
del cielo azul de tus azules ojos.
Yo no sé si me encanta tu figura;
no es cantar tu belleza lo que anhelo;
que es muy débil mi voz, mi lira impura
para hablar de los ángeles del cielo.
Mas hay en tí una cosa que fascina
mi ideal, mi ilusion y mi sentido;
tentadora, fugaz, leve, divina,
en piélagos de amor mundo perdido.
Tu rubia cabellera es lo que adoro;
ella alimenta de mi amor la llama,
cuando en tu seno como lluvia de oro
sobre campo de nieve se derrama.

Rizados copos,
airosa gualda,
sobre tu espalda
como la nieve
blanda se mueve,
y al soplo leve
del aura leda
como la seda
se desenreda,
y en el trenzado
y el movimiento
se va enredando
mi pensamiento.
Sigue la ruta
de sus destellos,
dénle una gruta
tus rizos bellos
donde se escondan los corazones;
que están en tus cabellos
mis ilusiones.

Esto y mas, prenda mia, te digera
al girar de tus rizos seductoras;
al caer de tu rubia cabellera
cual manto que desciñen los amores.
Pero temo que llegues á enfadarte
y al fin escuche de tus labios bellos,
qué manera tan nueva de adorarte
es coger al amor por los cabellos.

RAFAEL SERRANO ALCÁZAR.

LA PIEDRA FILOSOFAL.

Piedra soy de tal portento
que para los hombres guardo,
secretas felicidades,
caudales ambicionados;
no me hallareis en la orilla
de mar proceloso y bravo,
buscadme en fértil pradera
junto al arroyuelo manso.
Yo los sueños realizo
del entendimiento humano,
y convierto en pedrería
las florecillas del campo;
por mí extiende la ventura
sobre la tierra su manto,
y el crímen y la desdicha
ahuyéntanse avergonzados;
el que me busca me encuentra,
no difícil es mi hallazgo,
y doy á quien me posee
mis dones ambicionados:
amuleto de alegrías,
soy de quien me guarda amparo,
escalon de la fortuna
y cota de sus agravios;
buscadme en fértil pradera
junto al arroyuelo manso;
mi nombre debeis saberlo;
yo me apellido EL TRABAJO.

J. TOMEO Y BENEDICTO.

TRADICIONES GRANADINAS.

EL CUADRO DE LA CHANFAINA.

Muy conocido es este cuadro famoso en la historia de las artes granadinas, y uno de los que mas renombre dieron al racionero Alonso Cano, cuya gloria inmortalizó fama, y le colocó á la altura en que le vemos brillar, siempre que se habla de sus lienzos y sus pinceles, que, segun un escritor granadino,

Eran pedazos de gloria
Desprendidos de un vuelo
Del solio de Dios bendito,
Y de los cuadros del cielo.
. . . . . .

En la época de mas apogeo y riqueza de la célebre Cartuja de Granada, se mandó hacer un cuadro á este sublime artista, encomiándole que no tuviese rival en el mundo, pues ya que tan celebrado era por el orbe este riquísimo y retirado monasterio, querian que las obras que le adornaran compitieran con la belleza de los mármoles de todos colores de sus pavimentos, con los mosáicos y ensambladuras, y con el conjunto maravilloso de su estructura elegante y singular.

Mucho se hablaba entre los monges de este lienzo, que debia ser tan grande en su tamaño como en su belleza, y todos deploraban no haberle visto ya para saber si correspondia á sus deseos.

—Yo os aseguro, decia el padre guardian de San Diego al padre Gerónimo de los Cartujos, que será cosa admirable, pues el racionero Cano es tan severo en sus obras como en su semblante, y si tanto os agrada la Magdalena de la capilla de los Apóstoles, mas debe agradaros ese sagrado grupo que, segun me decís, ha de representar el divino misterio de la Trinidad Santísima.

Ya me parece ver la blanca paloma, rodeada de nubes azules y rosadas, tomando en su vuelo tornasoles de un sol puro y hermoso, y descendiendo á anunciar á los hombres la felicidad y el bien de esta Trinidad sagrada y celestial.

Ya veo destacarse la hermosa figura del Padre con su radiante mirada, y la eternidad de su idea y su ser, y al Hijo benditísimo destronado y herido por un pueblo deicida, entrar triunfante en el cielo y arrojarse en los brazos del Eterno pidiendo por los hombres sus enemigos.

¡Qué bellísima debe ser la faz de Jesus y la del Supremo Creador, retratadas por Alonso Cano!

Dicen que ha invertido mucho tiempo en hacer este cuadro, y que al concluirle llamó á sus discípulos Cieza, Mesa y Gomez, y lloraron todos de emocion al verle.

—Poco á poco en vuestro entusiasmo, padre guardian, dijo el padre Gerónimo con indiferencia.

Si se cunde que Alonso Cano ha pintado una maravilla, querrá por él tantos pesos que nuestro tesoro no podrá pagarle.

A los artistas orgullosos como el racionero Cano, es menester rebajarles sus obras, pues si no las elevarán hasta las nubes, y no habrá quien se atreva á encargárselas por temor á lo que pidan por ellas.

—Nunca es mucho el dinero que se da á un buen artista que sabe estampar creaciones inspiradas por Dios, y retener para los siglos venideros lo que volaria de la memoria si los hombres no le retuviesen con ese soplo de grandeza que reciben del Supremo, dijo el de San Diego con marcada intencion.

—Sin embargo, replicó el padre Gerónimo sentándose y tomando un polvo con calma, lástima da, por cierto, el dinero que se entrega á esos que llamais artistas de Dios, porque no se sabe en qué le emplean, y andan siempre perdidos y desarrapados.

—Si decís eso, replicó el padre guardian de San Diego, por los hábitos raidos que lleva casi siempre Alonso Cano, y su aire de poca fortuna, os diré, para retener vuestro juicio, que Cano reparte entre los pobres su paga de racionero, y hace grandes obras de caridad con el producto de sus pinturas; porque los artistas, hermano, son nobles y generosos, y no pueden ver la miseria sin partir su pan con el pobre.

Pocos artistas vereis que participen de ese egoismo con que vos mirais las cosas, ni que se sienten con el aplomo que vos lo haceis ahora mismo, á aspirar las delicias del polvo, ó á soñar con las especialidades del chocolate y las tortas.

El padre Gerónimo miró al padre guardian de San Diego, y ámbos echaron una carcajada, diciendo el segundo con ironía:

—Hermano, morir tenemos!

En aquel instante un ruido de pasos ligeros y cercano interrumpió el diálogo de los dos monges, y Alonso Cano se presentó á las puertas de la celda con su aire meditabundo y sombrío, y su mirada franca y orgullosa.

—Guárdeos Dios! dijo secamente, descubriendo su cabeza con una elegancia admirable.

Los dos monges se levantaron, y ofrecieron su mano al racionero, que la estrechó ligeramente.

Alonso Cano vestia su trage talar de sacerdote, que, como habia dicho el padre Gerónimo, no tenia nada que indicase fortuna.

Pero él no se cuidaba del brillo de su vestido, y hasta habia cierta dejadez é indiferencia en su persona que denotaba que todo vivia en la inteligencia superior, pero que el mundo le inspiraba poquísimo cuidado; por lo demás habia tanta nobleza, aristocracia y finura en sus ademanes y en su modo de andar acompasado y altivo, que al verle no se dudaba era un genio superior que cruzaba por la tierra sin apercibirse de ello.

—Y vuestra obra, ¿está concluida? preguntó el padre Gerónimo con ansiedad.

—Acuestas la trae ese pobre muchacho que he dejado en la ante-celda, descansando de la fatiga del camino.

Vuestra Cartuja está tan lejos, que al llegar es preciso pedir á san Bruno aliento para saludar á los hermanos, dijo el artista, siempre con seriedad y despejo, y enjugando el sudor que corria por su frente.

—¡Que pase, que pase ese mancebo, que no faltará algo en el refectorio con que reanimar sus fuerzas!

—Mi aprendiz viene repleto de estómago si no de bolsillo, y este se llenará en breve con ducados que yo le dé por su viage.

—Vamos, muchacho, desdobla ese lienzo pronto, que el padre Gerónimo está impaciente, y el padre guardian desea con avidez ver las alas del Espíritu Santo.

El lienzo se desdobló, y los dos monges se aproximaron con presteza, quedándose fijos ante obra tan maravillosa y sublime.

Entre tanto Alonso Cano se puso á pasear siempre meditabundo y sombrío.

El padre Gerónimo estiró las cejas extraordinariamente, sacó de un bolsillo de su hábito un gran anteojo, dió algunos pasos hácia atrás, buscó bien las luces, y se quedó estático ante aquellas figuras de Dios Padre, Dios Hijo, y Dios Espíritu Santo, que parecian salirse del lienzo, y volar en un espacio de rubíes, estrellas de oro y de plata, y círculos de diamantes, formando coronas y tronos.

Aquel cuadro era una copia de la gloria de Dios, de su Solio Santísimo, y de la Unidad incomprensible de Tres Seres, siendo Uno solo en la esencia.

No cabia mas en una pintura, porque cada una de aquellas personas sagradas hablaba, vivia, miraba, y expresaba lo mas portentoso de nuestra divina fe.

El padre guardian de San Diego se quedó como arrobado, y dos lágrimas de entusiasmo rodaron por sus megillas.

El padre Gerónimo las sorprendió, y le dijo:

—Vuestro rostro parece ahora mismo el de un pobre lego que no trae aprendida la leccion de latin.

—No os burleis, padre Gerónimo, de mi sagrado entusiasmo; ese cuadro no tiene rival en la tierra, y hará llorar de entusiasmo todas las almas sensibles que levanten su vista hácia él.

—Sí, sí! Es una obrita muy regular, replicó el padre Gerónimo, bajando la cogulla de su hábito, porque le daban calor los elogios imprudentes del monge.

—Vamos! vamos, señor Alonso! dijo volviéndose al artista, ¿cuánto vale vuestra obra, que no es maleja en verdad, y tiene cierto lejo que sorprende á primera vista?

El racionero Cano echó una mirada furiosa á aquel hombre sin corazon, que acallaba la admiracion que le habia inspirado el lienzo, por rebajar indignamente el ajuste de él.

—Mi cuadro vale diez mil pesos, y si hablais una palabra mas para desvirtuar su belleza, vale cuarenta mil, señor guardian de los cartujos.

El padre Gerónimo, asombrado, hizo la señal de la cruz.

—¿Os parece crecida la suma? pues aun hay mas todavía, porque teneis que dar á mi aprendiz diez ducados por haber conducido ese rollo. Esto es, si él se aviene á tomar tan poco, porque mis discípulos, no solo aprenden á pintar en mi pobre taller, sino á tener dignidad y honradez, que es la primera base de un buen artista.

El padre Gerónimo se quedó estupefacto y sus mofletudas megillas se coloraron de rojo. Bajó la vista como avergonzado de la leccion; pero alzándola despues con bastante descaro, dijo que en su concepto aquella pintura no valia la cuarta parte de lo que por ella se dejaba pedir.

—¡Enrolla ese lienzo, muchacho! dijo Cano con ira, echando una mirada de indignacion al monge.

—No os lo lleveis por Dios! dijo casi llorando el padre guardian de San Diego. La cartuja hace con él una adquisicion famosa.

—Sí, sí! pero sin él pasará, si el señor Alonso no se pone en razon y hace rebaja, dijo el padre Gerónimo sonando sus narices á la vez con gran estruendo, y manifestando poco interés en el trato.

—Tanta rebaja voy á hacerle, dijo Alonso Cano levantando su frente con noble orgullo, que lo regalo á vuestro amigo para su convento, interesándole tan solo, un plato de *chanfaina*, que iré á comer con él al medio dia.

El guardian de San Diego palideció de emocion y tuvo que apoyarse en un banco para no caer al suelo, á la noticia de aquel regalo portentoso con que le brindaba el pintor.

—Oh, no! de ningun modo aceptaré tan generosa oferta, dijo estrechando las manos del artista.

Este le miró con figeza y dijo:

—Bajo vuestra austeridad y vuestros hábitos de monge, existe un gran corazon que ha comprendido el mio.

Vuestro convento de San Diego ostentará desde mañana ese cuadro, que me ha costado muchas gotas de sudor, y desde hoy tendreis en Alonso un hermano, que yo tengo en mas estima conocer el alma de un hombre de bien, que todos los pesos que un egoista pudiera darme.

Y haciendo al aprendiz que cargase otra vez con el lienzo, dijo al padre Gerónimo al despedirse:

—Si quereis adornar vuestras capillas con obras de Alonso Cano, pedidle á Dios que nazca otro de este nombre, porque este pobre racionero, os jura no pasar siquiera por el carril donde está vuestro monasterio.

Con efecto, despues de esta rara escena, se ofrecieron sumas cuantiosas á Alonso para que llevase su cuadro á la Cartuja; pero él siempre respondia; *Que lo habia vendido por un plato de chanfaina y estaba orgulloso de ello.*

Desde entonces muchas veces encontraban al pintor en San Diego, arrodillado delante del altar mayor, donde con mucha pompa colocaron los monges su bellísima obra, y mirándola enagenado decia:

—Esta pintura ha hecho dos cosas prodigiosas en verdad. Dar remordimientos grandes á un egoista y proporcionarme un amigo que vale mucho.

El cuadro estuvo en el convento de San Diego siendo la admiracion de cuantos le contemplaban, hasta que el soplo destructor de las mas grandes intituciones vino á derribar los muros de aquel templo en época no muy lejana en verdad.

Entonces se pensó en organizar y enriquecer un Museo, y una de las maravillas que pusieron en él, fué el *Cuadro de la chanfaina*, arrancado del altar mayor para la demolicion de aquella iglesia.

Mucho brilló en el nuevo lugar que le dieron, pero despertó las ambiciones de algun mal patricio, que impíamente lo robó en una noche de máscaras, sin que se sepa á quién pudo venderlo ni dónde fué.

Con esta pintura, robaron un tesoro á las artes granadinas. ¡Eterno baldon para aquellas manos profanas que tal hicieron!

Pero si bien es verdad que el cuadro ha desaparecido, su nombre y su belleza han quedado escritas en las páginas de gloria de Granada y en la historia del célebre artista que lo pintó.

ROGELIA LEON.

MAITAGARRI.

CONTINUACION.

EL DUELO.

Por la falda de poniente de los montes que de Leiza siguen formando cordillera hasta la orilla del Océano, dirigíase un caballero armado de todas armas, y montado en poderoso troton.

Por el abollamiento de su casco de batalla, por lo sucio de su armadura, como por los girones que colgaban de su sobrevesta bordada, y la ausencia completa de las plumas de su cimera, conocíase que el buen caballero volvia de algun torneo ó de algun fiero combate.

Marchaba solo, sin page ni escudero, parándose á veces como para reconocer el país, requiriendo la ancha espada á cada rumor que llegaba á sus oidos, ó desenganchando el hacha de armas que colgaba del arzon de la silla, á cada pastor ó transeunte que cruzaba por el camino.

Dejó á su izquierda la villa de Goizueta; siguió el curso del Urumea hasta la inmediacion de la casa fuerte de Alduncin, y de allí tomó á la derecha por un sendero que conduce al sitio llamado Articuza, ferrería notable en aquel país junto á la cual se ve un edificio suntuoso que causa agradable sorpresa á cuantos transitan por aquellas breñas.

En aquel tiempo no existia nada de esto; y el estrechísimo valle en donde están construidos palacio y ferrería, era lo mas salvage y escabroso de aquella comarca.

Cuando el caballero llegó á la cima de una de las montañas que forman el valle, el sol se ocultaba en el mar, que desde allí se divisa en lontananza, formando una línea de oro en todo el horizonte.

El caballero se detuvo un momento contemplando aquel espectáculo, y prosiguió su camino descendiendo al valle sombrío.

Al llegar cerca de unos peñascos que obstruyen el paso del arroyo que corre en lo profundo del valle, detú-

vose; bajó de su troton, se tendió en la yerba dejando al caballo pacer tranquilamente algunas hojas de arbustos y se dispuso á gozar de un momento de reposo.

De repente, y cuando el caballero se disponia á seguir la marcha, su corcel lanzó un sonoro relincho el cual fué contestado por otro igual.

El caballero montó á caballo y se dispuso á la defensa, temiendo el ser sorprendido; escuchó por algun tiempo, y no tardó en llegar á sus oidos el ruido que producian los pasos del caballo y el rumor de las armas del que llegaba.

Las sombras de la noche no permitian distinguir los objetos á cierta distancia, y así es que hasta que se encontraron muy cerca ámbos caballeros, no pudieron verse.

—Quién va allá? preguntó el que primero habia llegado.

—Y quién sois vos para demandármelo? repuso el que acababa de llegar.

—Soy un caballero, contestó el primero.

—Guipuzcoano ó navarro?

—Guipuzcoano.

—En buen hora. En ese caso somos amigos.

Esto diciendo, se acercó mas al recien llegado y preguntó:

—Hácia dónde caminais?

—Hácia Oyarzun.

—Sois de allí?

—De muy cerca.

—Vuestro apellido debe ser conocido en ese caso; ¿cómo os llamais?

—Juan de Arpide.

—Y yo, Gil de Iturrioz, contestó el segundo.

Siguióse un momento de silencio á esta declaracion.

Hallábanse frente á frente los primogénitos de dos familias cuyo odio databa de algunos años.

—Al fin nos encontramos en un terreno neutral, dijo Gil á su antagonista. Aquí no nos atan las manos ni el respeto á las leyes del país, ni el tener que olvidar nuestras querellas particulares para combatir unidos al enemigo comun.

—Decís bien, contestó el de Arpide con tristeza; pero yo no veo una razon por la cual hayamos de repartirnos tajos y mandobles, cuando entre vos y yo no existen motivos de rencor.

—Cómo no? replicó Gil. ¿Acaso Juan de Arpide olvida que su padre ultrajó al mio, ó cree que la injuria hecha al gefe de una familia no obligue á vengarlo á sus descendientes? Donosa creencia sería por cierto!...

—Escuchadme, Gil, repuso el de Arpide. No niego que han existido querellas en nuestras familias, desde el dia en que mi padre negó al vuestro la mano de su hermana, despues de habérsela prometido; pero antes que esta desgracia sucediese, tengo entendido que ámbas á dos estaban muy unidas. Ahora bien; ¿el recuerdo de aquella buena armonía ha de borrarse por el recuerdo de una injuria debida quizá al carácter en demasía violento de nuestros padres? Seamos justos, Gil; la paz que nuestros mayores turbaron, hagámosla volver á nuestro hogar: acábense los odios, Gil; seamos hermanos: sobrados son los enemigos que nos combaten por defuera sin que nos debilitemos por luchas intestinas.

—A fe mia que debiérais soltar la armadura y sustituirla con un sayal: dijo Gil con burlona sonrisa. Os aseguro que me pareceis mas bien predicador de jubileo que caballero que calza espuelas.

—Gil! yo no merezco esa provocacion de vuestra parte. Bien sabeis que no es el temor el que me hace hablar así, sino el deseo de que reine la buena armonía entre nosotros.

—Por mi parte no la apetezco ni la echo de menos. Cuando nací existian estos mismos odios en las familias de Arpide é Iturrioz, con ellos me he criado y conservándolos he de morir.

—Oh! Qué mal haceis! exclamó Juan con abatimiento.

—Esa no es cuenta vuestra, replicó Gil con altanería: en todo caso, ni á vos os compete aconsejarme, ni yo me humillo á pediros consejos.

—Tampoco he pretendido erigirme en vuestro consegero. Conservad vuestros odios todo el tiempo que querais, y Dios quiera que sea corto; pero separémonos al menos sin cruzar las armas.

—Sois muy prudente, el de Arpide: dijo riéndose Gil. Sois quizá mas que prudente: sois cobarde.

—No hace ocho dias que vos mismo habeis visto todo lo contrario; respondió el de Arpide haciendo un esfuerzo sobrehumano para contener su ira.

—Así es; pero creo que no es lo mismo combatir contra peones y caballeros franceses, que contra un hijo de Pedro Iturrioz.

—No es esa la causa de mi repugnancia á combatir con vos: ya sabeis que no os temo.

—Pues cuál puede ser el motivo?

—El temor que tengo á las consecuencias de este duelo. Dios os guarde Gil: os declaro que no quiero combatir con vos: y picó espuelas al caballo al concluir estas palabras.

—Oh! no quereis? exclamó Iturrioz colérico; pues yo os obligaré á ello.

Y con su guantelete de acero hirió brutalmente en el rostro á Juan de Arpide.

Este se paró, miró á Gil, bajóse del caballo y desenvainó la espada.

Gil de Iturrioz hizo lo mismo, y ámbos combatientes se prepararon á la pelea.

El terreno en que iba á verificarse era el menos apropósito para pelear: la superficie de la peña apenas tendria doce varas de extension; por tres partes la cercaban jaros espesos, y por la otra acabada bruscamente en un precipicio.

La noche era oscura y algunas gotas de agua se desprendian de las nubes.

El primero en acometer fué Gil de Iturrioz, cuya espada cayó pesadadamente sobre el casco de Juan de Arpide: el combate se empezó.

Las rocas y barrancos repetian en el silencio de la noche el extruendo de las armas: chispas luminosas salian de vez en cuando de la cumbre del peñasco, iluminando fugazmente la armadura de los combatientes; á favor de tan incierta luz hubiera podido observarse que Gil tenia encendidos de cólera los ojos, y que acometia con furia, mientras el semblante de Juan revelaba profundo disgusto, manteniéndose á la defensiva.

El combate proseguia sin que se oyese en la soledad mas ruido que el de las armas: ninguna voz, ninguna palabra pronunciaban los combatientes.

Cualquiera que en aquel momento hubiera pasado por aquellas inmediaciones, creeria asistir á alguna lucha gigantesca trabada entre los espíritus de las tinieblas.

De repente se oyó un ruido sordo y una voz que decia:

—Levantaos, Gil; y que se acabe la batalla.

—No, vive Dios; he dado un resbalon que ha sido la causa de mi caida.

—Luego no estais herido?

—No á fe mia, aunque bien pudiérais haberme muerto mientras estaba caido en tierra.

—Sin embargo no lo he hecho. Quede esto, pues, concluido, y prosigamos la marcha cada cual por su camino.

Por toda respuesta oyóse de nuevo el ruido de las armas, lo que indicaba la prosecucion del combate.

Esta vez no duró tanto tiempo.

Sintióse un golpe seco, un alarido de dolor, y despues todo quedó sepultado en el mas profundo silencio.

Por entre la sombra de los jarales, se vió deslizarse un bulto informe, y en el pedregoso sendero se oyeron las pisadas de un caballo que marchaba al galope.

MAITAGARRI.

Al anochecer del dia siguiente hallábase Juan de Arpide sentado en lo mas escondido del valle de Articuza, y al pié de una peña cortada á pico: cerca de él pacia su caballo de batalla: un entumecimiento general en los miembros, le impedia moverse; empezó á querer recordar lo que le habia sucedido la víspera: vínosele á la memoria el encuentro con Gil, su conversacion con él, su duelo, y por último su caida: dirigió la vista al peñasco á cuyo pié estaba sentado, y conoció que en su cima era donde habia combatido.

Entonces comprendió la causa de su entumecimiento, y las profundas abolladuras de su armadura le indicaron lo demás.

Hallábase, pues, solo, magullado, con una ligera herida en el cuello, casi exánime de inaccion, pues hacia mas de treinta horas que no tomaba alimento alguno.

Todo socorro humano parecia imposible en aquel parage solitario.

Un dosel de verdura cubre durante el verano este sitio salvage.

Los árboles adquieren dimensiones tales, que sus ramas entrelazadas no dejan paso á los rayos del sol.

El arroyuelo de agua cristalina que corre por el fondo del estrecho valle, lame los troncos de los árboles y mantiene una frescura agradable.

La vegetacion es poderosa, magnífica; y nada mas poético que un paseo nocturno en aquella tranquila soledad.

El arroyo forma algunos remansos; pequeñas lagunas, cercadas de espadañas y zarzas, de azucenas y rosas silvestres.

Cualquiera al observar las aguas tranquilas de estos lagos en miniatura, creeria hallarse mirando un grande espejo cercado de un marco de flores.

Algun martin pescador de color verde subido, hace oir su chirrido desagradable al rozar con las alas la superficie del lago; algun cervatillo apaga su sed en la corriente que alimenta la laguna, y tal cual ruiseñor posado en la enramada, ó alguna tórtola, cuyo triste arrullo invita á la meditacion, son los únicos seres que animan tan romántico paisage.

Juan de Arpide, viendo que la noche cerraba del todo, y calculando que le sería imposible soportar hasta la mañana siguiente el hambre que sentia, llamó á su caballo, quien acudió alegre por demás á la voz de su señor.

Despues de mil esfuerzos inútiles, logró al fin montar en él, y se disponia á emprender la marcha.

Encontrábase á la orilla de uno de los pequeños lagos ya descritos, que se habia formado al pié de la peña de cuya cima cayera la víspera.

Del centro de las aguas elevábase un vapor diáfano; largas raices de enredaderas colgaban de la peña hasta hundir sus extremos en el lago, y aquellas raices se veian cubiertas de hojas, semejándose á esas cortinas ó persianas de junco verde que sombrean los balcones chinos.

Largas y puntiagudas espadañas crecian en la orilla, y las ramas de un sáuce lloron se balanceaban al impulso de una leve brisa, como las plumas de la cimera de un casco de guerra.

El caballero creyó observar, en medio de la oscuridad, una repentina ondulacion en las aguas: creyó asímismo que las raices de enredadera se separaban: vió despues que las ramas del sauce se movian de una manera mas marcada, y al fin llegó á sus oidos una melodía lejana cuyos sonidos misteriosos dejaron suspenso su ánimo.

Rasgóse la cristalina superficie, y envueltas en la neblina producida por los vapores que salian del agua, vió aparecer hasta una docena de doncellas de sin par hermosura, coronadas las frentes de rosas azules, cubiertos sus aéreos cuerpos con vestimentas talares de gasas blancas como la nieve: estrellas de pálido brillo adornaban el centro de sus coronas de flores.

Eleváronse pausadamente sobre la superficie del agua; y asiéndose las manos, prosiguieron cantando la música extraña que tanto habia llamado la atencion del caballero.

Todos aquellos rostros estaban pálidos, los ojos medio cerrados y velados por luengas pestañas, y los cabellos abundantes, sueltos sobre sus espaldas alabastrinas.

Al poco tiempo de esta singular aparicion, dirigiéronse las doncellas al sitio en que las contemplaba absorto el caballero; y rodeándolo por todas partes, la una cogió las riendas del caballo que parecia encantado, segun estaba de inmóvil; la otra tuvo el estribo para que desmontara el ginete; cual quitóle el arnés, cual el escudo y la poderosa lanza; y así desarmado y confuso de verse tan bien servido por aquellas jóvenes hermosas, dejóse conducir bajo el sáuce.

Cubria este árbol con sus pendientes ramas la boca de una cueva, cuyo suelo, tapizado de menuda y amarillenta arena, daba entrada á la mágica mansion de la Maitagarri del Pirineo.

José M. de GOIZUETA.

(*Se continuará*).

PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 76.

Blancas.	*Negras.*
1.ª R.ª á 2.ª de R.ª	P. toma R.ª
2.ª P. jaque.	A. ó P. toma P.
3.ª C. á casilla R.ª	Cualquiera.
4.ª C. Mate.	

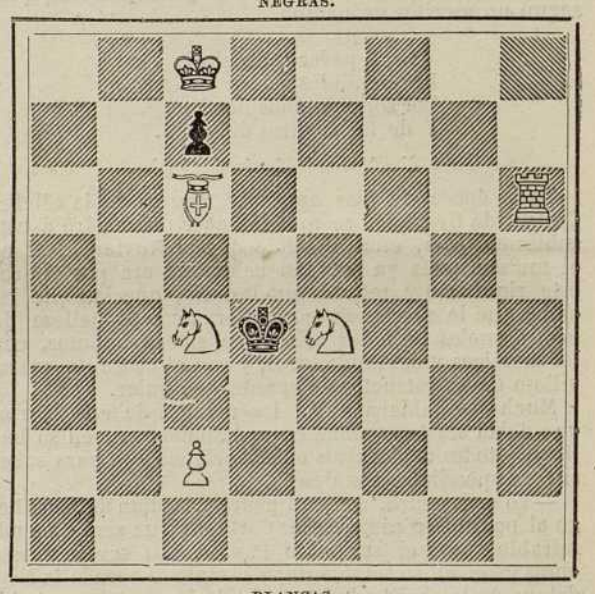
Variantes.

1.ª	P. toma C. 4.ª T.R.
2.ª R.ª 3.ª A.R.ª	A. 5.ª A.R.ª
3.ª R.ª toma C.	Cualquiera.
4.ª Mate.	

Las hay mas fáciles.

PROBLEMA N.º 77, COMPUESTO POR D. JAVIER MÁRQUEZ.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 4 jugadas.

Explicacion del figurin iluminado.

Niño de 6 años.—Calzon ancho, de cachemira granate, con botas de caña alta; saco sin mangas, de terciopelo inglés negro orlado de astracan; mangas de cachemira granate; gorra redonda de terciopelo negro guarnecida de astracan.

Niña de 8 años.—Trage de popelina á cuadros azules y blancos; botas de piel azul; pardesús de terciopelo azul, guarnecico de cisne; sombrero marino de fieltro blanco con cintas azules.

Niña de 13 años.—Trage de debajo de tela de lana violeta con mangas largas; trage de encima con bordes dentados de terciopelo negro; paletot igual, con mangas de la edad media; gorra de terciopelo negro, y plumas de pavo real al rededor.

Niña de 3 años.—Enagua plegada de cachemira color de naranja; trage corto de cachemira gris, con dientes cuadrados orlados de terciopelo negro, y en este botones blancos.

Niña de 6 años.—Enágua de terciopelo inglés azul vivo, con adorno de terciopelo negro en tiras y trencilla negra, trage de encima de paño de París á cuadros escoceces, recogido por presillas de terciopelo negro; sombrero de terciopelo gris con pluma encarnada de gallo.

Niño de 8 años.—Pantalon y chaqueta de terciopelo negro; medias encarnadas; botas negras.

Niña de 10 años.—Trage de debajo montante, con mangas largas, de popelina gris; polonesa de terciopelo verde guarnecida de pieles color castaño: gorra de terciopelo verde con pluma blanca.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ 1867. IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA á cargo de D. Federico Jóly y Velasco, Bomba, n. 1.

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA
56 Rue Jacob, Paris.

AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 5.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs... Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs...Seis meses,65...Tres meses, 35... Un mes, 12.

Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs....Seis meses, 42... Tres meses, 22...Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

PROPIETARIO **Don Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes.... Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Libreria de Don C. Bailly-Bailliere, plaza del Principe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tánago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux.
PARIS, Mr. Fermin Didot frères, rue Jacob, 56.

Sumario.—Trage de señorita.—Tira bordada.—Ajuar de casa ; rinconera con lambrequin.—Punto de aguja.—Crochet.— Colcha compuesta de tiras.—Botito á punto de aguja para señora. — Guante á punto de aguja para niño.—Calza á punto de aguja. —Vestido para niña. — Bufanda al crochet. — Enagua interior de tafetan color castaño. — Trage corto de natté gris.—Trage de tafetan negro.—Cuchillo para papel. — Maitagarri.—Los piratas americanos. — Explicacion del figurtn iluminado.—Problemas de ajedrez.

Trage de señorita.

Este trage es de tafetan azul aciano, con estrellas negras espolinadas. La guarnicion se compone de tiras estrechas negras, con estrellas blancas, puestas siempre sobre dos líneas paralelas.

Tira bordada.

Este dibujo representa un nuevo género de bordado sobre paño ó reps; se trazan los contornos muy ligeramente, luego se rellena el interior de las hojas y de los pétalos, y se borran los contornos. El fondo de la orla, cuyo dibujo publicamos, es de paño color castaño; los arabescos con dos tintas del color castaño, el follage con seda verde chiné; los pétalos de las eglantinas con dos tintas del rosa; su pistilo se hace á punto de nudillos con seda amarilla. Todo el bordado se ejecuta con seda; puede, sin embargo, hacerse con lanas finas.

Un dibujo especial reproduce una de las hojas en ejecucion; una de las mitades de la hoja es semejante al dibujo de la orla, y por consiguiente sin contornos; la otra mitad reproduce una variedad del mismo bordado, que puede combinarse con la otra variedad; aquí los contornos se trazan con lana ó seda, rellenando el interior con punto de nudillos.

AJUAR DE CASA.

Rinconera con lambrequin.

La rinconera se compone de tres tablas cortadas en triángulo, cubiertas por debajo de damasco de lana liso (no adamascado), por encima de una tapicería á dibujos Luis XIII; el lambrequin inferior, igualmente de tapicería de la misma época, está aislado; los dos lambrequines superiores se continúan en tiras fijadas á la pared por algunas puntillas, y terminadas en un fleco de bolillas, de tintas muy ténues, adecuadas á las de la tapicería. —El interior (es decir, las paredes) puede estar forrado de damasco de lana liso, del mismo color que el empleado para las tablas; no hay inconveniente, sin embargo, en que se deje *visible* el papel empleado para forrar habitaciones. La rinconera puede ser aislada; ó bien puede colocarse otra en alguna esquina de la sala, ó finalmente en las cuatro; el tamaño de las tablas es á voluntad; en todo caso no debe exceder de 38 cents. de profundidad, medidos desde la esquina.

Todos los lambrequines con sus tiras se orlan con un cordon grueso de lana. Como primera simplificacion indicaré las tablas cubiertas de terciopelo de lana, y orladas cada una con lambrequin comun de tapicería, suprimiendo las tiras de al rededor.

Tambien se pudieran guarnecer las tablas con un fleco sencillo de lana, y cubrirlas con damasco de lana liso. En todos los casos se ponen las tablas sobre listones de madera comun clavados á la pared.

En un comedor, las rinconeras podrán contener diversos objetos destinados ó *que parecen* destinados al servicio del té, del café ó de la mesa; como tetera, cafetera, azucarero, tazas de porcelana ó platos de loza antigua, jarros, vinageras. La lámpara, colocada en una gran copa de porcelana guarnecida de flores, puede figurar en todas las piezas y por consiguiente colocarse sobre las rinconeras.

En una biblioteca, un gabinete de labor, una sala da confianza, se podrán poner en las tablas libros, álbums, una canastilla para labores, una porcion de objetos pequeños análogos.

En un salon, la rinconera, sobre la que siempre hay una lámpara *con* ó *sin* copa de porcelana guarnecida de flores, no puede contener sino objetos japoneses, ó chinos, ó antiguos, etc.

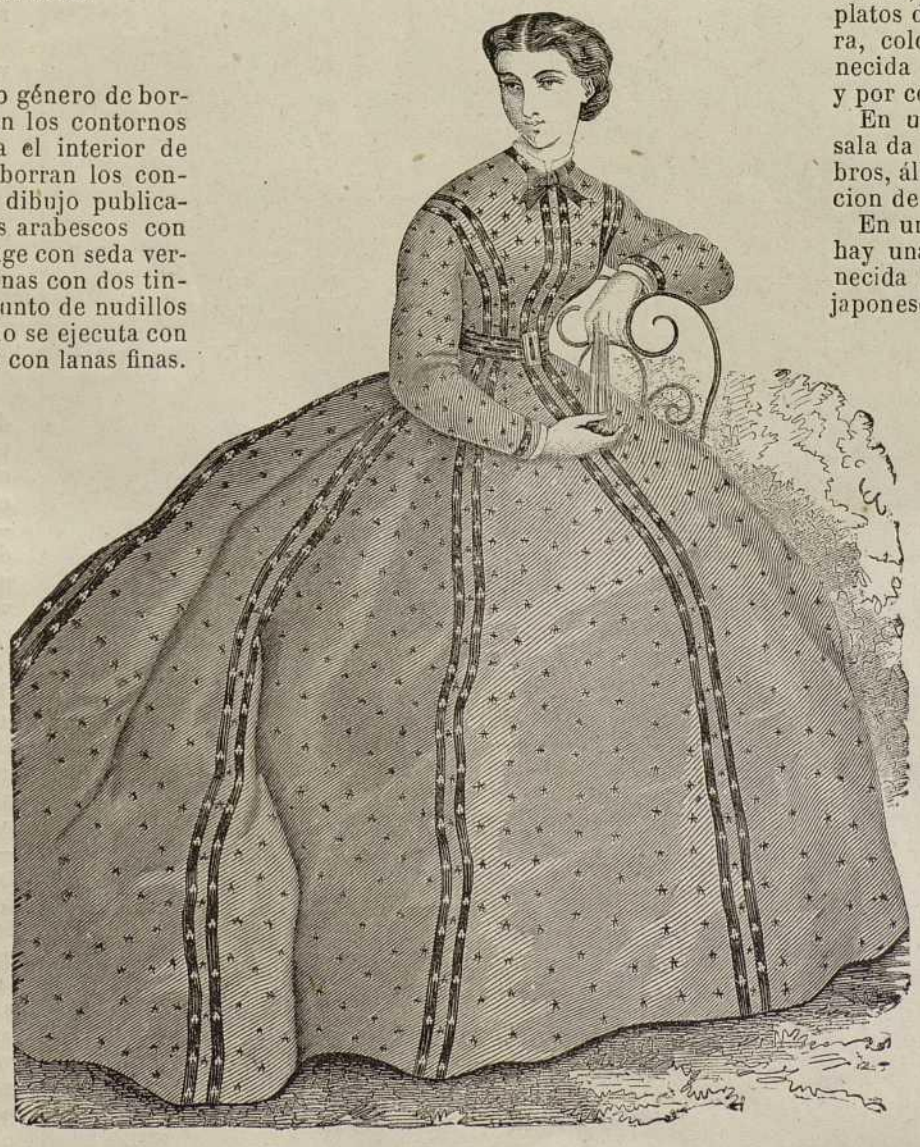
El intervalo que separa las tablas es á voluntad; solo hay que tener en cuenta la elevacion de la pieza en que se coloca la rinconera; mientras esta pieza sea mas alta de techo, mas considerable deberá ser la separacion, y mayor el tamaño de las tablas, que en este caso no mas podrá llegar hasta 40 ó 45 cents.

Asientos.—Ya que nos hemos propuesto tener á nuestras lectoras al corriente de la moda en sus relaciones con los muebles, hay que hacer constar aquí que ya no se hacen asientos con muchas tiras de tapicería, alternando con tiras de terciopelo ó reps; no se reforman los que se tienen, pero no se hacen nuevos con esta combinacion.

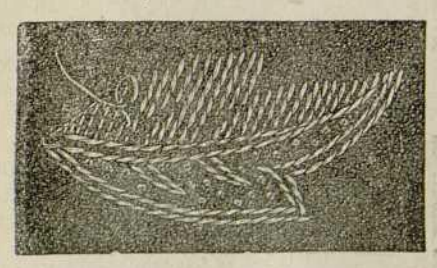
La moda favorece generalmente las sillas con una sola tira de tapicería puesta en el medio, siendo el resto de paño, ó terciopelo de lana, ó raso liso; estas telas están algunas veces estiradas, pero mas comunmente capitonadas á intervalos muy próximos.

Si la silla tiene un espaldar tapizado, la misma disposicion se repite en él, formando continuacion la tira del medio con la del asiento.

El paño negro, el raso negro, y el terciopelo de lana negro, son muy favorecidos por la moda actual para las sillas ligeras de entrepuertas, las de espalda,



TRAGE DE SEÑORITA.



EJECUCION DE LA TIRA BORDADA.

alto y las butacas enteramente cubiertas. Ya se comprende que este color exige una tira de tapicería de colores vivos; pero esta necesidad lleva tambien en sí el gérmen de muchos desacuerdos con el buen gusto. He visto en casa de un tapicero un gran sillon de espaldar alto, fondo de paño negro, cuya tira de tapicería representaba adormideras color rosa vivo sobre un fondo amarillo-canario; era una cosa horrible.—Otro sillon de la misma forma y el mismo paño, tenia una tira de tapicería sobre fondo blanco; esta era una cosa cómica. Las tiras con dibujos Esmirna, con animales heráldicos, son las que ligan mejor con el paño negro.

Punto de aguja.

Este punto servirá para capuchones, zagalejos, colchas, etc. Se le hace de ida y vuelta, sobre un número de puntos divisible por 4, es decir 8 ó 12, ó 16, ó 20 etc.; esta vuelta se repite siempre: alternativamente un punto al revés y 3 al derecho.

Grochet.

Este punto es una variedad del crochet tunecino. Se hace una cadeneta del largo que se necesite.

1.ª *vuelta.*— Alternativamente un echado (se echa la hebra sobre el crochet), un buclecillo tomado en cada punto como cuando se quieren levantar los puntos en la primera fila del crochet tunecino; se conservan todos los buclecillos en el crochet.

2.ª *vuelta.*—Se desmonta cada punto juntamente con su echado.

3.ª *vuelta.*—Como la 1.ª, pero cada buclecillo se toma en el lado horizontal de la vuelta anterior, es decir en el sitio indicado por una flecha.

Colcha compuesta de tiras.

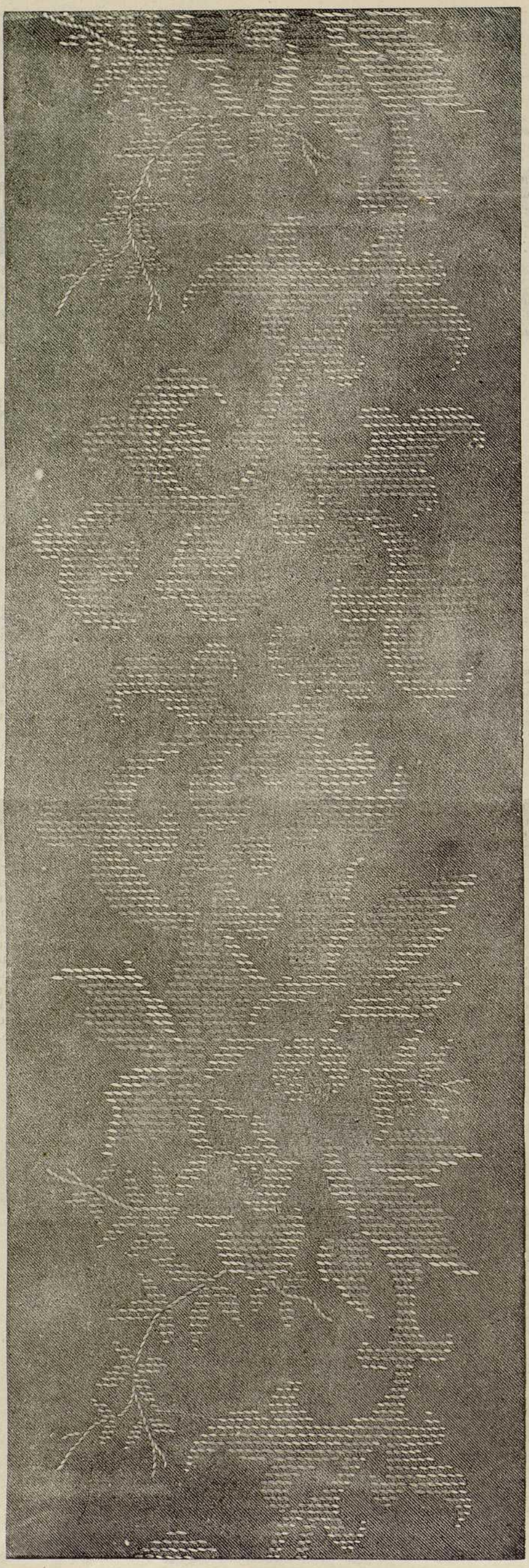
MATERIALES. — Canevas Java; fieltro muy claro; lana céfiro negra; lana encarnada.

Esta colcha se compone de tiras alternadas de canevas Java y á punto de aguja; las primeras se adornan con un bordado ejecutado con lana negra y se festonean por sus lados largos con la misma lana, por sus lados trasversales con lana-fieltro del color del canevas; este tiene 15 cents. de ancho para cada tira; su largo depende del tamaño que se quiera dar á la colcha; se doblan las tiras por ámbos lados en un espacio de un centímetro, y luego se ejecuta el feston negro.

Tiras labradas á punto de aguja. — Se arman 62 puntos con lana encarnáda, y se trabaja de ida y vuelta. El primer punto de cada aguja se levanta sin hacerse; su último punto se hace alternativamente una vez al derecho y otra al revés: estos dos puntos son independientes del dibujo y no volveráná mencionarse en el curso de la explicacion.

1.ª *vuelta.*—20 al revés, —2 echados,—20 al revés,—un echado,—20 al revés.

2.ª *vuelta.*—* 8 al derecho, — dos menguados (es decir cada vez 2 puntos hechos juntos),—8 al derecho,—un echado,—1 al revés,—1 al derecho (estos dos últimos puntos se hacen sobre los 2 echados de la vuelta anterior),—1 echado,—vuélvase una vez desde *,—8 al derecho,—2 menguados,—8 al derecho. En las vueltas siguientes se hará solamente un punto sobre el doble echado, *á menos de indicacion contraria.*



TIRA BORDADA.

3.ª *vuelta.*—* 7 al revés,—2 menguados,—7 al revés,—1 echado,—4 al revés,—1 echado,—vuélvase una vez desde *,—7 al revés, —2 menguados,—7 al revés.

4.ª *vuelta.*—* 6 al derecho, —dos menguados,—6 al derecho,—1 echado,—6 al derecho —1 echado,—vuélvase una vez desde *,—6 al derecho; —2 menguados,—6 al derecho.

5.ª *vuelta.*—* 5 al revés,—2 menguados,—5 al revés,—1 ecdado,—8 al revés,—1 echado;—vuélvase una vez desde *, —5 al revés, —2 menguados,—5 al revés.

6.ª *vuelta.*—* 4 al derecho, —dos menguados,—4 al derecho,—1 echado,—10 al derecho, —1 echado,—vuélvase una vez desde *, —4 al derecho,—2 menguados, —4 al derecho.

7.ª *vuelta.*—* 3 al revés,—2 menguados,—3 al revés,—1 echado,—12 al revés,— 1 echado, — vuélvase una vez desde *, — 3 al revés, —dos menguados,—3 al revés.

8.ª *vuelta* —* 2 al derecho,— dos menguado,—2 al derecho,—1 echado,—14 al derecho, — 1 echado, —vuélvase una vez desde *,—2 al derecho,—2 menguados, —2 al derecho.

9.ª *vuelta.*—* Uno al revés, — dos menguados,— 1 al revés, — 1 echado,—16 al revés,—1 echado,—vuélvase una vez desde *,—1 al revés,—2 menguados,—1 al revés.

10.ª *vuelta.*—* 2 menguados,—18 al derecho,—vuélvase una vez desde *,—2 menguados. —Esta vuelta debe tener 42 puntos, además de el del principio y el del fin.

11.ª *vuelta.*—Enteramente al derecho.

12.ª *vuelta.* — Enteramente al revés.

13.ª *vuelta.*— Enteramente al derecho. El dibujo está formado por estas 13 vueltas; se las repite sin cesar desde la 1.ª hasta la última, pero debiendo el dibujo ir *contrapuesto*, se principia por el crecido.

14.ª *vuelta.*— (1.ª de la repeticion del dibujo),—1 al derecho,—1 echado,—20 al derecho,—1 echado, —20 al derecho,—1 echado,—1 al derecho.

15.ª *vuelta.*—1 al revés,—* 1 echado,—1 al revés,—1 al derecho (estos 2 últimos puntos se hacen sobre el echado de la vuelta anterior),—1 echado,—8 al revés,—2 menguados, —8 al revés,—vuélvase una vez desde *,—1 echado.—1 al revés,— 1 al derecho,—1 echado (los dos puntos sobre el echado de la vuelta anterior), 1 al revés.

Es fácil en adelante continuar el dibujo. Cuando se ha hecho un número suficiente de tiras, se rellenan al crochet los vacíos de los lados largos, á fin de que estos estén en línea recta. En cada vacío se hace: un punto sencillo,— una media brida, —2 bridas,—una doble brida,—una triple brida,—una doble brida,—2 bridas,—una media brida. Todos estos puntos se distribuyen de modo que el sencillo se encuentre sobre la punta del feston, y la brida triple en el hueco del mismo. Se cosen unas con otras todas las tiras de modo que el borde festoneado de negro del canevas Java exceda un poco de la tira á punto de aguja sobre la que descansa.

Botito á punto de aguja para señora.

MATERIALES.—Para el par: 128 gramos de lana céfiro encarnada, de 10 hilos, 64 gramos de la misma lana negra.

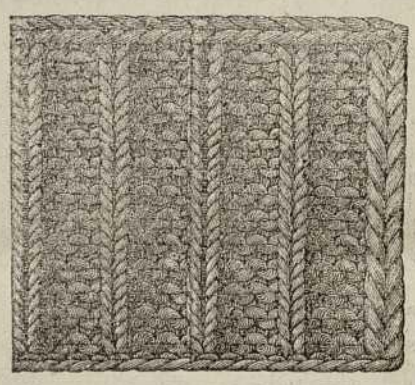
Este botito puede llevarse en casa, ó bien sobre otro calzado para ir á la iglesia, para paseos en carruage, para viages, etc.

El dibujo del exterior se compone de cuadros encarnados y negros; el forro interior se hace todo él con lana encarnada y siempre al derecho; este forro, doblado hácia afuera, forma una vuelta, á la que se une una guarnicion imitando pieles.

El modelo está preparado para un pié mediano; el largo es de 27 cents. desde el talon hasta la punta: este tamaño puede modificarse en ámbos sentidos opuestos aumentando ó disminuyendo el número de los puntos.

Se principia por el lado esterior, armando sobre agujas de acero de mediano grueso 162 puntos con lana negra; estos se reunen en redondo; las 3 primeras vueltas se hacen enteramente al revés; en la 4.ª se añade la lana encarnada, y se hacen desde la 4.ª hasta la 7.ª vueltas alternativamente, 3 puntos al derecho con lana encarnada, 3 al revés con lana negra. Estas 7 vueltas forman una *fila* del dibujo que se repite sin cesar.

Con la 8.ª vuelta se principia el menguado, que se verifica siempre en los mismos sitios; se hacen en una vuelta los dos primeros puntos juntos, en la siguiente los dos últimos puntos juntos, y así se sigue alternativamente; además en la 5.ª vuelta (contando desde la 1.ª en la que se mengua), se mengua un punto al principio y otro al fin, es decir que los dos menguados se verifican esta vez en la misma vuelta. De es-



PUNTO DE AGUJA.

te modo se labran 52 vueltas, luego se dividen los puntos entre los dos menguados y se hacen 22 vueltas, de ida y vuelta para formar la hendidura, pero menguando un punto al principio solamente de cada vuelta; la última (la 72.ª) se compone de 84 puntos; se desmonta.

El forro se hace enteramente al derecho; se toma la lana encarnada y se arman 146 puntos, sobre los cuales se labran 7 vueltas. —El menguado principia en la 8.ª y continúa hasta la 42.ª, siguiendo las indicaciones dadas arriba para la parte exterior, luego se dividen los puntos para la abertura, y se hacen de ida y vuelta 16 vueltas, despues de las cuales se desmonta. — La plantilla se hace al crochet con lana negra, á puntos sencillos, para cada uno de los cuales se pica el crochet en el punto entero de la vuelta anterior; se emplea un patron de la plantilla cortado de papel, y se copian sus contornos aumentando y disminuyendo el núm.º de puntos. El botito y su forro se cosen al rededor de la plantilla, luego ámbas cosas juntas, por su borde superior, que se guarnece con una imitacion de piel hecha con lana negra, al crochet, sobre un molde de fleco, que tenga 2 cents. y medio de ancho; se toma la lana triple para hacer esta piel; se la cose en su sitio, y luego se cortan buclecillos de lana.

RINCONERA CON LAMBREQUIN.

Guante á punto de aguja para niño de 1 á 3 años.

MATERIALES.—Para el par: 20 gramos de lana céfiro blanca; 12 gramos de la misma lana azul; agujas de acero de mediano grueso; un molde de red que tenga 3 cents. de circunferencia (medida con un cabo de hilo).

Este guante se labra al derecho con lana blanca, y se completa con el manguito, que se compone de vueltas caladas sobre las cuales se fija una especie de guarnicion figurando piel hecha de buclecillos azules y blancos que se ejecutan con el molde de red; ámbos lados del manguito se orlan con una vuelta calada, por la que se pasa un cordon azul terminado por borlas. Se principia el guante por el borde inferior del manguito armando 42 puntos que se reunen en redondo, y sobre los cuales se hacen 3 vueltas al derecho y una al revés.

5.ª *vuelta*.—Alternativamente un echado y 2 puntos hechos juntos.

6.ª *vuelta*.—Al revés.

7.ª á 13.ª *vuelta*.—Al derecho.

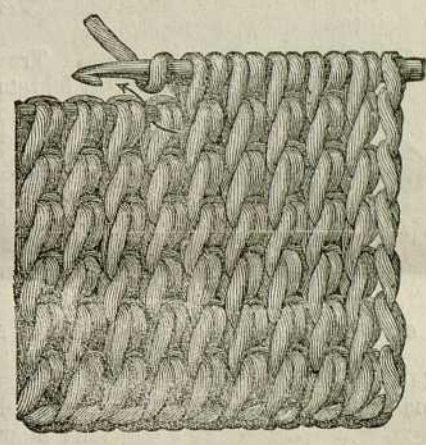
14.ª á 23.ª *vuelta*. — Alternativamente una vuelta calada (como la 5.ª) y una al derecho.

24.ª á 29.ª *vuelta*.—Al derecho.

30.ª *vuelta*.—Al revés.

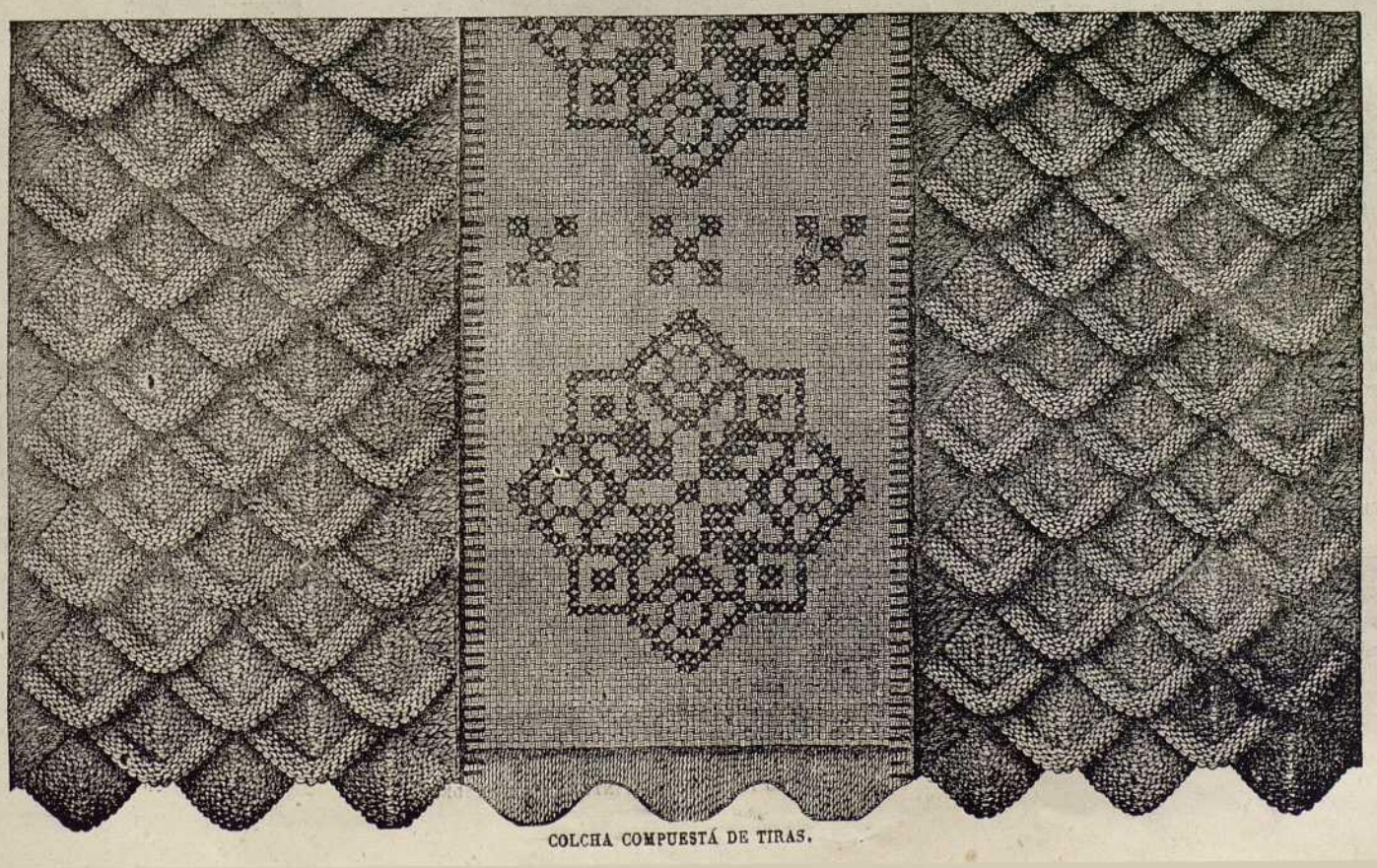
31.ª *vuelta*.—Como la 5.ª

32.ª *vuelta*. —Al revés.



CROCHET.

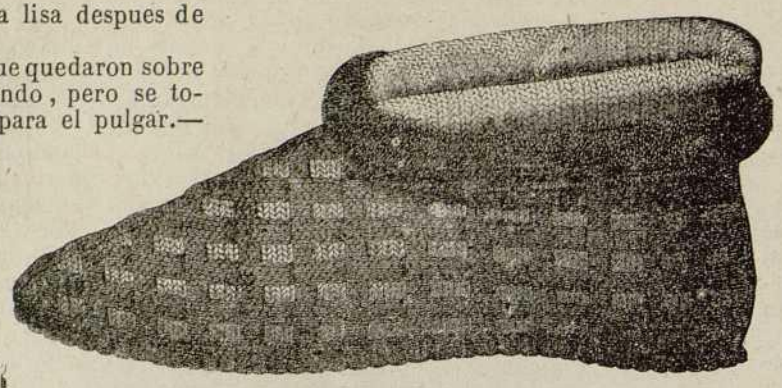
El fondo calado del manguito queda terminado; se hacen 6 vueltas al derecho sobre el mismo número de puntos, luego se principia la punta del pulgar sobre uno cualquiera de los puntos de la 7.ª vuelta; en cada lado de este punto se crece uno; despues de cada vuelta con crecido, hecho siempre en el mismo sitio, se hace una vuelta lisa (sin crecido); hay en todo 17 vueltas con crecido y 7 sin él), debe haber diez y siete puntos entre los 2 crecidos; desde aquí se labra el pulgar por separado; tomando estos 17 puntos sobre 2 agujas. Se arman 10 puntos nuevamente sobre una tercera aguja, se reunen los 27 puntos en redondo, se hacen 5 vueltas y se mengua cada vez un punto al principio y al fin de los 10 puntos añadidos, lo cual forma una punta que termina con la 5.ª vuelta; se hacen otras seis vueltas, sin crecido ni menguado; luego se forma la punta del pulgar menguando un punto des-



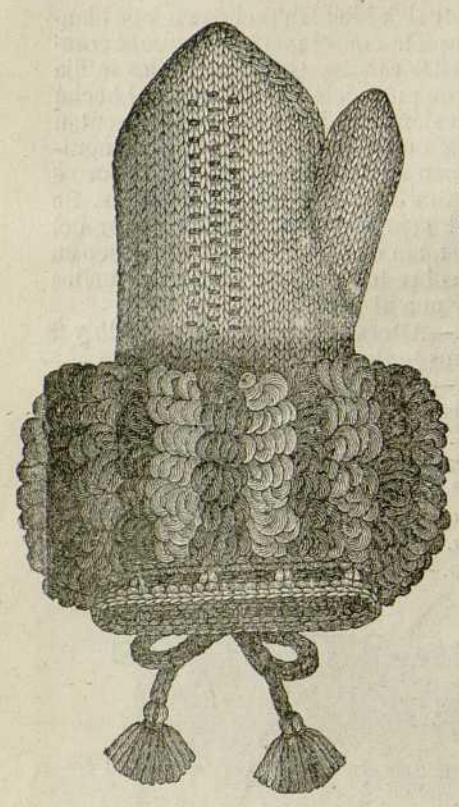
COLCHA COMPUESTÁ DE TIRAS.

pues de cada 5.ª vuelta; se hace una vuelta lisa despues de cada vuelta con menguado.

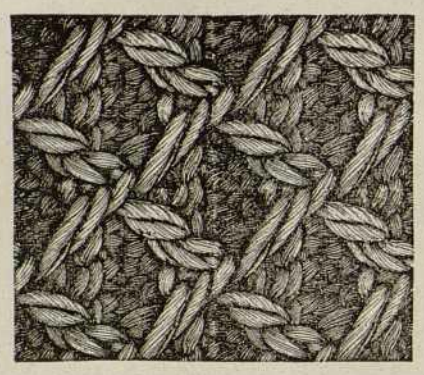
La *mano* que se continúa con los puntos que quedaron sobre las otras agujas, trabajando siempre en redondo, pero se toman los puntos de orilla de los 10 añadidos para el pulgar.—En las 5 vueltas siguientes se forma una punta menguando un punto por cada lado de los 10 añadidos. Se hacen en seguida 10 vueltas sobre el mismo número de puntos; despues de la última de estas se principiá a formar la punta superior del guante, menguando por cada lado, pero reservando 19 puntos para el dorso de la mano, y otros 19 para la palma; los 2 puntos de mas de cada lado separan los menguados; estos se verifican en cada 2.ª vuelta, antes y despues de los dos puntos arriba dichos. Cuando está terminado el guante en punta, se adorna el dorso con cruces hechas con lana azul; en cada echado de las vueltas caladas del manguito se hacen alternativamente seis buclecillos blancos y 6 azules al feston, sobre el molde indicado arriba.



BOTITO Á PUNTO DE AGUJA PARA SEÑORA.



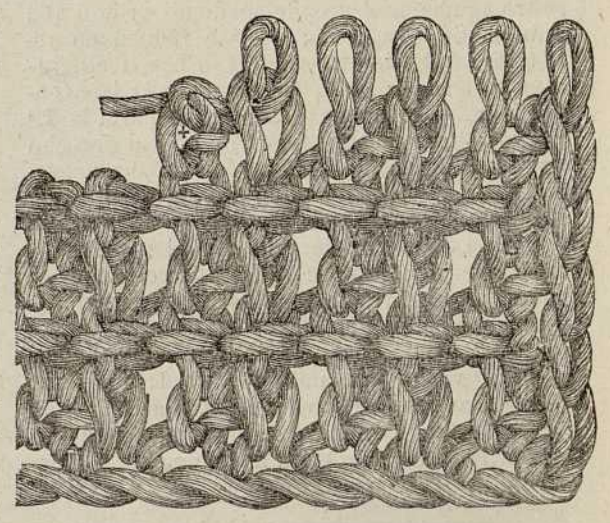
GUANTE A PUNTO DE AGUJA PARA NIÑO 1 A 2 AÑOS.



CROCHET RELIEVE (ORLA DE LA BUFANDA).

hasta que no quaden mas que 42 puntos de la labor rayada primitiva; en adelante se hará la rodillera por separado, y se mengua un punto al principio y al fin de cada vuelta hasta que queden solamente 12 puntos. Se levantan en seguida por cada lado de estos 12 puntos un número de ellos suficiente para formar 88 en todo; se hacen 34 vueltas en redondo, compuestas alternativamente de 2 puntos al revés y 2 al derecho. Se hacen en seguida 3 vueltas al revés, 3 al derecho, y otras 3 al revés; en la última de ellas se hacen juntos los dos primeros y los dos últimos puntos, y se repite este menguado en cada 6.ª vuelta de la pantorrilla que se empieza. Para esta última se hacen primero 7 vueltas, compuestas alternativamente de un punto al revés y uno al derecho; se *contraponen* estas rayas en la 8.ª vuelta, puesto que, sobre 2 puntos, se *levanta* el primero sin hacerlo, se hace el 2.º al derecho, se le vuelve á tomar el punto levantado, y se le hace al revés antes de dejarlo deslizar fuera de la aguja; se hacen en seguida 7 vueltas compuestas alternativamente de un punto al derecho y uno al revés, y así se continúa.

La *pantorrilla* cuenta en todo 8 repeticiones de este dibujo, y se termina por 3 vueltas al revés, 3 al derecho y otras 3 al revés; se hacen en seguida 36 vueltas al derecho que sirven de forro á la imitacion de astracan; este se hace con lana negra, sobre un largo igual al ancho inferior de la calza, y se compone de 7 vueltas; para la imitacion de astracan daremos en otro número las explicaciones convenientes; esta tira se cose á la calza.



CROCHET ANUDADO (FONDO DE LA BUFANDA).

Vestido para niña de 10 años.

Trage de lana gris; corpiño con faldeta redonda; la guarnicion se compone de un galon-cachemira orlado por ámbos lados con un fleco negro muy estrecho; sobre la enagua el galon figura una túnica, en línea ligeramente ondulada.

VESTIDO PARA NIÑA DE 10 AÑOS.

Calza á punto de aguja para niño de 3 á 5 años.

Esta calza, labrada con lana parda, va guarnecida por encima del tobillo con una tira hecha al crochet con lana negra, imitando astracan.

Se toman agujas de acero de mediano grueso, y se arman 88 puntos reunidos en redondo, sobre los cuales se hacen 34 vueltas que se componen alternativamente de dos puntos al derecho y 2 al revés. Con la 35.ª vuelta principia la rodillera, hecha de ida y vuelta. Se toman sobre una aguja suplementaria 12 puntos de la última, y sobre los cuales se hace la primera de la rodillera; al fin de cada aguja se toma el punto mas próximo de las otras agujas, de modo que la rodillera aumente en un punto con cada aguja; se le continúa de este modo

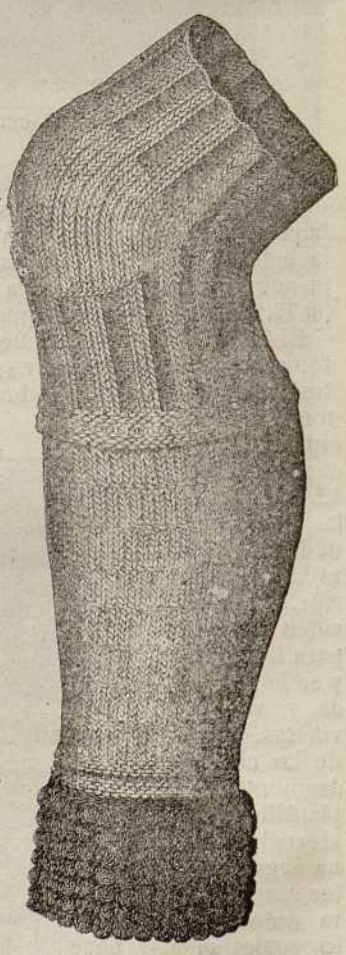
BUFANDA AL CROCHET.

Bufanda al crochet.

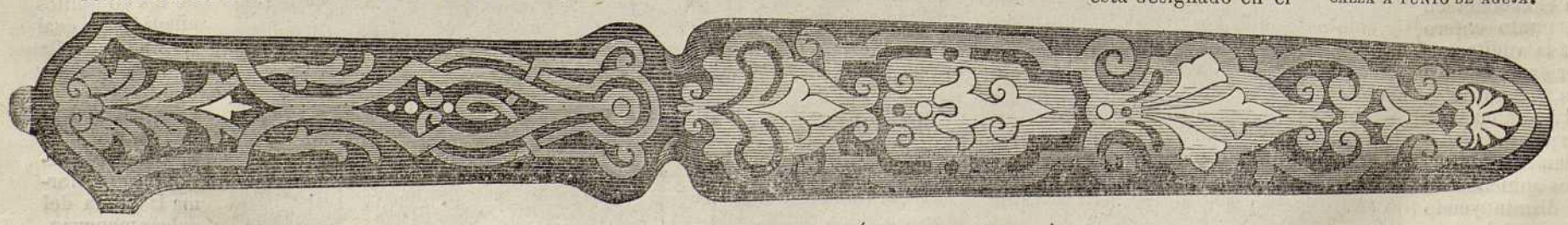
MATERIALES.- 130 gramos de lana céfiro blanca de 8 hilos; 32 gramos de la misma lana encarnada; un crochet de mediano grueso.

El fondo se hace con lana blanca al *crochet-nudo*; la orla con lana punzó y lana blanca al *crochet-relieve*. Se hace para el fondo una cadeneta de 34 puntos, y contando el último como primero de la vuelta siguiente, se trabaja del modo siguiente:

1.ª *vuelta*. — * Se pasa la hebra por el punto mas próximo, se la conserva sobre el crochet (llamaremos á este punto un *buclecillo*),—un punto en el aire (los dos puntos que se conservan sobre el crochet se desmontan con un punto en el aire),—un buclecillo en el último buclecillo (este está designado en el



CALZA A PUNTO DE AGUJA.



CUCHILLO PARA PAPEL (PINTURA SOBRE MADERA).

dibujo por una crucecita),—un buclecillo en el punto siguiente de la cadeneta. Vuélvase siempre desde *.

2.ª *vuelta.*—Cada punto se desmonta con un punto en el aire.

Se repiten sin cesar estas dos vueltas que forman el dibujo, pero en la primera de ellas se pica siempre el crochet en el lado de detrás del punto perpendicular. El fondo de la bufanda se compone de 64 repeticiones del pibujo, por consiguiente de 130 vueltas en todo. Despues de la última vuelta se pica siempre en el lado de detrás perpendicular de cada punto, y en él se hace un punto-cadenetá.

1.ª *vuelta de la orla.*—En cada punto de la vuelta anterior se hace uno sencillo picando debajo del punto entero, y así como en los puntos sencillos de las vueltas siguientes. Se dirige la hebra sobre el crochet, no de atrás adelante, sino de delante atrás, luego se hace un punto en el aire al fin de cada vuelta.

2.ª *vuelta.*—Un punto sencillo (para cada punto sencillo se pica el crochet en el lado horizontal de detrás de cada punto),—* una brida en el 2.º punto siguiente de la vuelta anterior (picando el crochet debajo de los dos lados perpendiculares de este punto),—un punto sencillo en el mismo punto. —1 sencillo en cada 1 de los siguientes (picando en en el lado horizontal de detrás),—una brida en el punto sobre que se ha hecho la brida anterior.—Vuélvase desde *.

3.ª *vuelta.*—* Un punto sencillo en cada uno de los 4 primeros de la vuelta anterior,—1 sencillo sobre el *pasado* en la vuelta anterior,—1 sencillo en cada 1 de los 3 puntos siguientes. Vuélvase desde *.

Se repiten alternativamente las vueltas 2.ª y 3.ª que forman el dibujo, pero en cada repeticion de la 2.ª vuelta se hace la brida en relieve sobre el lado perpendicular del punto que abraza dos vueltas; la orla se compone de tres tiras blancas y dos encarnadas, cada una compuesta de tres dibujos, es decir de 6 vueltas, y además de la tira superior que tiene solamente 4 vueltas. Se rodea cada lado largo de la bufanda con la vuelta siguiente: —lana blanca: * un punto sencillo, —5 en el aire, —una brida en el primero de estos 5 puntos,—se pasan 3 de los puntos de orilla y se vuelve á empezar desde *. En los lados transversales se hacen festones compuestos de un punto sencillo y 5 en el aire, por debajo de los cuales se pasan 2 puntos: en cada feston se atan 4 hebras de lana blanca, cada una de 24 centímetros.

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Enagua interior de tafetan color castaño, orlado con una tira de tercicpelo inglés del mismo color; trage de popelina lisa color castaño, recortada en forma de dientes de sierra orlados con un ruló pequeño de tafetan del color del trage. Bordado ejecutado con galones estrechos color castaño. Paletot algodonado igual al trage.

Trage corto de natté gris, adornado con galones y fleco negro de felpilla. Enagua interior plegada de cachemira encarnada. Paletot igual al trage.

Trage de tafetan negro, adornado con festones de terciopelo negro orlados de encage estrecho; en cada feston, botones negros de pasamanería, con ojales figurados de trencilla negra. Paletot de terciopelo negro con festones de moer negro.

Cuchillo para papel (pintura sobre madera).

MATERIALES.—Un cuchillo de madera de tilo; tinta de China; sépia; albayalde; algunos pinceles.

La pintura sobre madera es un arte esencialmente femenino; cofrecillos de todos tamaños, muebles pequeños, como veladores, etc., pueden decorarse de este modo; todos estos objetos deben hacerse de madera de tilo, sin pulimentar, lisos y planos. Se trasladan á ellos los dibujos como si se tratara de trasladarlos á una tela, luego se fijan los contornos (y las venas si se pintan flores) con tinta de China, empleando un pincel ó una pluma muy blanda; se pintan con sépia las partes oscuras, dejando aparecer el color de la madera en todas las partes claras; se cubren todas las partes marcadas en blanco con albayalde, y habrá que volver muchas veces sobre estas.

En nuestro modelo, el fondo está pintado con sépia, los arabescos, de tinta mediana, conservan el color de la madera, los pormenores entintados de blanco se cubren con albayalde. Para el otro lado del cuchillo se invierte esta disposicion.

Cuando los colores están secos se hace pulimentar el cuchillo por un ebanista.

MAITAGARRI.

(CONCLUSION.)

Cuanto la imaginacion mas poética de Oriente pudiera inventar de maravilloso, se hallaba reunido en el vasto salon á donde fué conducido el caballero.

La bóveda resplandecia como si hubiese sido contruida de un solo diamante pulimentado: altas columnas de estaláctitas, que figuraban serpientes de cristal entrelazadas las unas, guirnaldas de flores las otras, sostenian aquella techumbre brillante: franjas de azucenas unidas entre sí, hojas de parra silvestre mezcladas con flores de granado, rojas como el rubí, formaban festones que en-

cantaban la vista; y bajo un dosel de agua cristalizada, se veia un trono ó reclinatorio de musgo, suave como la piel del armiño, mullido como los almohadones donde se reclinan las perezosas odaliscas orientales.

Muellemente recostada en aquel lecho, reposaba la reina de mansion tan maravillosa; chapines rojos cubrian sus piés, y una tela bordada de oro, velaba su rostro.

Cuando el caballero entró, alzóse perezosamente, tomó una postura voluptuosa y separó el velo.

Sus ojos de azabache se fijaron en Juan de Arpide; una sonrisa encantadora resbaló por sus labios de coral; y con una mano modelada por las gracias, hízole seña de que se acercara y se sentase á su lado.

Verificólo así el caballero y las doncellas desaparecieron.

—Juan de Arpide, le dijo con voz tan melodiosa que el caballero tembló de placer: has entrado en mis dominios en hora vedada; has sorprendido mi sueño: has interrumpido mis fiestas: digno eres de castigo.

—Señora, contestó Juan, admirado al ver aquella belleza celestial: yo ignoraba hasta vuestra existencia en estos sitios; y si efectivamerte he cometido los delitos de que me acusais, culpa ha sido de mi mala estrella.

—Y por eso te perdono, repuso la encantadora. Sin mi intervencion, tu muerte era segura.

—Cómo? sabríais acaso?

—Yo todo lo sé: oculta en la oscuridad, presenció tu combate de anoche; adiviné tu caida; y si cuando se verificó no hubieras encontrado en el aire brazos que aminorasen el golpe tu cuerpo se hubiese hecho mil pedazos.

—Y cómo agradeceros, señora, tan señalado favor? exclamó Arpide casi fascinado por la mirada de Maitagarri.

—Nada me debes: yo te he salvado la vida, es cierto: pero esa vida me pertenece en lo sucesivo.

—Señora... dijo el caballero mirando con temor á su interlocutora.

—No lo dudes, Juan. Y aun creo debieras agradecer esta nueva muestra de mi cariño. Bien merezco que á mi amor se sacrifique el de Inés de Iturrioz.

Juan de Arpide bajó la cabeza y nada contestó.

—No respondes, Juan? sin embargo, así ha de ser. El hombre que como tú penetra en mi morada, no vuelve á salir de ella.

—Y vos, deseais que yo os ame?

—Sí, lo deseo; contestó la hada incorporándose del todo. Pero deseo ser amada exclusivamente: deseo que todos tus pensamientos se figen en mí: que tu cuerpo y tu alma sean mios, absolutamente mios.

—Señora, dispensadme si os soy franco en demasía; pero desde ahora os aseguro, que jamás conseguireis los deseos que acabais de manifestarme.

—Cómo no? exclamó la encantadora, cuyo rostro se revistió de una expresion tal, que el caballero se retiró algun tanto.

—Vos misma habeis dicho que no ignorábais mi amor á Inés de Iturrioz.

—Bah! contestó Maitagarri; cuando conozcas el que yo te profeso, no titubearás en entregarme tu corazon.

—Imposible.

—Imposible! Pues así ha de ser.

Y la encantadora mostró á los ojos atónitos del caballero las mismas facciones, la misma mirada, idéntica voz que Ines de Iturrioz.

Solo se notaba una diferencia; el mirar modesto de la vírgen guipuzcoana, habia sido reemplazado por el ardiente y atrevido de las cortesanas.

Juan de Arpide creia soñar: habian desaparecido los dolores de su cuerpo; ya no sentia la falta de alimento: fijos sus ojos en los ojos negros de Maitagarri, se embriagaba en el deleite que los de la encantadora le ofrecian.

—Escucha, amado mio, prosiguió acercándose á él: yo te haré el mas feliz de los mortales; ¿quieres gloria? Habla, y la corona del vencedor ornará siempre tu frente. ¿Quieres riquezas? Pide, y verás levantarse palacios para cobijarte; armaduras brillantes para defenderte; ropas preciosas para adornarte, pages, damas y escuderos para servirte. ¿Quieres amor? Tendrás el mio; eterno: un amor en cuya comparacion todos los demás son frialdad, indiferencia.

—Oh! Inés, Inés: exclamó el caballero fascinado, medio loco.

—Sí, te amaré mas que á mí misma.

Y esto diciendo, la encantadora rodeaba con sus brazos blancos el cuello de Juan de Arpide y estampaba en su boca besos voluptuosos.

Pero aquellos brazos estaban frios, aquellos besos carecian de calor.

Juan sentia correr por sus venas un extremecimiento de placer mezclado de terror.

La encantadora habia de nuevo cambiado de formas; ya no era Inés: era el tipo de la belleza ideal: era lo que debió ser Eva cuando salió de las manos del Criador.

El caballero creyó ver en lontananza la imágen de su amada, como el primer fulgor de la aurora despues de una noche de tempestad.

Comparaba la sin igual hermosura de la mujer que tan cerca tenia, con el semblante puro y modesto de Inés...

Luchaba el caballero entre el deseo de poseer el amor de aquella mujer voluptuosa, y el de huir de sus impuros brazos, para gozar de una dicha mas tranquila cerca de la vírgen de Iturrioz.

Esta lucha no duró mucho tiempo.

Conoció el caballero que la atmósfera impregnada de vapores de aquel salon, iba produciendo un efecto soporífero en todo su cuerpo: apoderóse de sus miembros cierta laxitud invencible; comenzaron á cerrarse sus párpados; y cuando por un esfuerzo supremo quiso levantarse del reclinatorio de musgo y desprenderse de los brazos de Maitagarri, cayó pesadamente en el regazo de la encantadora, y quedóse profundamente dormido.

Entonces Maitagarri llamó á sus compañeras, quienes vertiendo aguas olorosas sobre el lecho de musgo, refrescaban el ambiente perfumado, meciendo grandes abanicos de gasa, vertiéronle asímismo en los labios algunas gotas de un licor rojo.

Contempló la encantadora con indecible complacencia el rostro del dormido; y una inefable sonrisa asomó á sus labios al posarlos de nuevo en la boca de Juan de Arpide.

De repente las luces misteriosas que tan expléndidamente iluminaban la estancia, fueron perdiendo su brillo: la encantadora se recostó junto al caballero: pintóse en su rostro, como en el de las demás doncellas, una profunda tristeza; sus cuerpos aéreos tornáronse mas diáfanos, mas impalpables, conforme la claridad disminuía: y muy luego desaparecieron convertidas en niebla que á su vez se disipó, quedando la caverna sumida en completa oscuridad.

Los ronquidos del caballero resonaban entre las rocas, y el canto del colorin animaba los bosques.

El sol acababa de asomar su faz rubicunda sobre la cumbre del monte Aya.

Cuando Juan de Arpide despertó, encontróse en el mismo mágico salon, recostada su cabeza en el seno de Maitagarri, cuyos aterciopelados ojos estaban fijos en los suyos, como queriendo sorprender su primera mirada.

Una mesa servida con abundantes y delicados manjares ocupaba el centro del vasto aposento.

EL ROMERO.

Antonio habia marchado al campamento; algunos soldados le digeron que Juan de Arpide habia desaparecido, y que su hermano Gil de Iturrioz, viendo el egército franco-navarro derrotado y sin temor de que pudiera volver á rehacerse, se habria marchado á sus hogares.

Las demás tropas empezaban á retirarse tambien.

Cuando el mancebo volvió á su caserío, creyó que ya habria nuevas del amante de su hermana, y se hallaba decidido á proteger sus amores.

Grande fué su sorpresa cuando solo encontró á Gil, quien llevó la noticia de que Juan de Arpide habia perecido en la batalla.

Esta noticia, dada sin ningun miramiento, causó una herida mortal en el corazon de Inés.

La profunda tristeza que se habia apoderado de ella, y la fiebre lenta y tenaz que nunca la abandonaba, minaban de hora en hora su existencia.

Pasaba los dias sentada en el tronco del árbol en el cual vió por primera vez á su amado, y por las noches se levantaba furtivamente del lecho para pasearse solitaria por el prado vecino.

Palideció su semblante; apagóse el brillo de sus ojos; demacráronse sus miembros; y de aquella jóven tan hermosa, ya no quedaba mas que una sombra animada por un leve soplo de vida próximo á extinguirse del todo.

Las sábias reflexiones del padre, las caricias de su madre y hermanos, ningun bálsamo derramaban en aquel corazon herido de muerte.

A las reflexiones del padre, que escuchaba con paciencia, contestaba con una tristísima sonrisa: á las caricias de su madre, con lágrimas abundantes.

Así pasaron algunos meses.

Habia llegado el fin del otoño.

Las hojas de los árboles volaban por la atmósfera, impelidas por los nordestes, como bandadas de pájaros cuando emigran á climas remotos.

El azul del cielo estaba cubierto por las primeras nieblas del invierno; los dias acortaban sensiblemente, y las noches alargaban su duracion sobre la tierra.

La enfermedad de Inés seguia su curso, y sus paseos nocturnos habian cesado.

Encontrábase una noche la familia reunida cabe el hogar.

El patriarca con su venerable cabeza descubierta, bendecia la frugal cena que se veia colocada en la rústica mesa: Gil de Iturrioz hallábase sentado en un extremo.

Catalina hilaba su copo de lino, dirigiendo tristes miradas á Inés, que sentada sobre almohadas, medio cerrados sus párpados, cruzadas las manos casi trasparentes, murmurando algunas palabras, sonriéndose á veces tan melancólicamente, que su sonrisa arrancaba lágrimas.

Dominica lloraba oculto el rostro en su delantal de lienzo blanco, y Antonio apretaba convulsivamente entre sus manos el cuchillo con que hacia ingeniosas labores en un palo de fresno, destinado á servir de báculo á su hermana casi moribunda.

Un silencio profundo reinaba en aquel recinto.

La tempestad rugia por la parte de afuera.

De repente se oyeron algunos golpes en la puerta.

—Ved quién llama, Antonio, dijo el gefe de la familia.

—Un pobre extrangero extraviado que os pide asilo: contestaron desde la puerta.

—Dios proteja al caminante, repuso Pedro Iturrioz; entrad quien quiera que seais; la puerta de la casa de un vascongado está siempre abierta al caminante.

El extrangero entró; los jóvenes se levantaron?

Antonio se acercó á él para prestarle aquellos servicios que la hospitalidad vascongada sabe prestar.

Catalina dejó la rueca y colocó en la mesa otro cubierto: el gefe hizo seña al recien venido para que se sentara en el sillon de baqueta, puesto de honor reservado al mas anciano de la familia, y que este siempre cede al extrangero.

El que acababa de entrar era un peregrino.

Su edad podia ser como de cincuenta á sesenta años: barba poblada y blanca; rostro moreno; crespo el cabello; de mirar distraido; de miembros robustos aun, mas con muestras da fatigados; roto el trage talar que lo cubria; ancho sombrero de fieltro en la cabeza; largo bordon en la mano.

A la señal del gefe tomó asiento, y comió lo que aquel le presentaba en el plato.

Concluida la cena, pidió Pedro al extrangero rezase la oracion de la noche, lo que el caminante verificó con voz temblona.

Apenas el peregrino hubo cesado su rezo se oyó un quejido que hizo volver la cabeza á todos los circunstantes.

Inés se habia incorporado: sus ojos sin brillo, se hallaban desmesuradamente abiertos: la boca seca y pálida articuló algunos sonidos y sus manos y brazos extendidos hácia adelante, parecian atraer un objeto lejano.

En este estado permaneció algunos minutos, con asombro de cuantos la miraban.

Luego movió lentamente la cabeza y volvió á tomar la postura anterior.

—Inés, la dijo Dominica con tierno acento; ¿quieres alguna cosa?

—Nada, hermana mia, nada me apetece; he tenido un sueño feliz: pero estos jamás se realizan; y la jóven tornó á su inmovilidad y su silencio.

—Hija mia! murmuró Catalina sollozando.

—Despedíos de ella, madre mia, repuso Inés mirándola tristemente; su vida se acaba por momentos, y muy pronto marchará á reunirse con su amado.

Catalina cogió sus manos y comenzó á besarlas apasionadamente.

—Vuestra hija está enferma? preguntó el peregrino á Pedro en voz baja.

—La cólera de Dios ha descendido á nuestra morada: contestó este: bendigamos su nombre y sometámonos á su soberana voluntad.

La santa resignacion del anciano hubo de conmover al extrangero, pues sus ojos vertieron lágrimas.

—Y sabeis la causa de su enfermedad? tornó á preguntar.

—Dicen que muere de amor.

—Pobre jóven! murmuró el romero.

—Decís bien; ¡pobre jóven! repuso el anciano. Antes de esta desgracia era el orgullo de mis canas; la alegría de mi corazon.

—Quizá la ha abandonado su amante...

—No: su amante era uno de nuestros vecinos, noble y honrado.

—Y qué ha sido de él? volvió á preguntar el romero.

—Murió: contestó el anciano bajando la cabeza; murió, cuando estaban próximos á extinguirse los odios que dividian nuestras dos familias; cuando sabedor de su noble comportamiento para con mi hija, me hallaba dispuesto á admitirlo en mi familia. ¡Oh! el odio es una pasion maldita; y por abrigarla demasiado tiempo en mi pecho, Dios me castiga: bendita sea la justicia de Dios!

—Podríais decirme cómo murió? insistió el romero.

—Con la muerte que deseo para mis hijos: en el campo de batalla.

El peregrino volvió lentamente la cabeza, y quedóse mirando de hito en hito á Gil, que permanecia taciturno y pensativo sin osar mirar á su hermana.

—Habeis dicho que murió en el campo de batalla? preguntó al cabo de algun tiempo.

—Esa es la verdad; contestó el anciano.

—Combatiendo á sus enemigos?

—Combatiendo á los enemigos de su país.

Otra vez miró el peregrino á Gil de Iturrioz.

Antonio se habia aproximado al lado de su padre, y escuchaba aquel diálogo con atencion profunda; la preocupacion de Gil no le permitia oir nada de lo que se hablaba á su inmediacion.

—Qién os ha dicho eso? tornó á preguntar el extrangero.

—Mi hijo que lo vió morir.

—Cuál de los dos? ¿El rapaz que nos escucha, ó Gil á quien veo tan preocupado?

—Gil; contestó el anciano admirado de la curiosidad asaz indiscreta del extrangero, y mas admirado aun de que supiese el nombre de su hijo.

—Gil Iturrioz ha mentido en tal caso; dijo el peregrino con voz sonora.

—Gil Iturrioz no miente nunca; exclamó el primogénito de la familia poniéndose en pié, y amenazando al extrangero con la mano levantada.

—Herid, caballero, herid mi rostro; el rostro de un anciano; y será la segunda vez que lo haceis; dijo el romero humillándose.

El brazo del mancebo cayó inerte ante aquella humildad evangélica, y cubrióse el rostro con las manos.

—Caballero, exclamó en seguida; yo os acuso ante vuestros parientes del crímen de asesinato.

Todos los circunstantes se extremecieron al oir tales palabras. Inés salió de su inmovilidad y fijó su atencion en aquella escena.

—Mentís, villano! gritó Gil furioso, agradeced á que os cobijais bajo mi techo: agradeced á vuestras canas el que no os haya atravesado con mi espada.

—¿Desde cuándo olvidan mis hijos, exclamó Pedro Iturrioz con airado semblante, los deberes que nos imponen las leyes de la hospitalidad? Sentaos, Gil, sin replicar: se os acusa de un crímen. Vos, añadió dirigiéndose al peregrino, habeis pronunciado una acusacion grave... ¿podeis probarla?

—Al momento, si gustais; contestó el peregrino.

—Empezad, pues; dijo el anciano revistiéndose su

semblante de la magestad de un juez que juzga sin apelacion.

—A vos, Gil de Iturrioz, caballero guipuzcoano, me dirijo. ¿A quién encontrásteis en el valle de Articuza hace cuatro meses? preguntó el peregrino en alta voz.

Gil se extremeció y miró al romero con terror.

—¿Cuál fué la conversacion que medió entre vos y Juan de Arpide? no os ofreció la paz?

—Sí, contestó en voz baja el acusado.

—No os prometió su amistad sincera?

—Es cierto.

—Y en vez de aceptarla, no le insultásteis?

—Tambien es verdad, contestó Gil con abatimiento.

—¿Y al insulto, no añadísteis la injuria de herirle en el rostro con vuestro guantelete?

El mancebo nada contestó.

—Responded, Gil de Iturrioz, prosiguió el peregrino. Cuando echásteis mano á vuestras armas; ¿no érais vos el que atacábais, al paso que nuestro antagonista solo se limitaba á defenderse de vuestros golpes sin querer heriros?

Tampoco contestó Gil esta vez, su padre le dirigia iracundas miradas: Antonio temblaba de indignacion; y las tres mujeres parecian asombradas.

—A vos me dirijo ahora, anciano, prosiguió el extrangero. Vuestro hijo tropezó y cayó en tierra, y cuando Juan de Arpide, justamente enojado, podia matarle en buena ley, dióle la mano para levantarle; propúsole de nuevo la paz, y en lugar de admitirla, le tiró una estocada que hirió su cuello, precipitándolo despues de la cúspide de una peña á un profundo barranco. ¿Cómo apellidareis en lo sucesivo á vuestro hijo?

—Gil! salid de mi casa; exclamó el anciano señalando con imperioso ademan la puerta del caserío. Ya no os reconozco por mi hijo.

Inés lanzó un grito y cayó de espaldas. Catalina y Dominica quedaron aterradas.

Cuando Gil, en cumplimiento de la órden de su padre, iba á abandonar la casa paterna detúvole el peregrino.

—Mirad á vuestra hermana próxima á espirar: arrepentíos de lo que habeis hecho, y tal vez pueda remediarse tanto mal.

Acercóse el extrangero á Inés, que empezaba á volver en sí, merced á los cuidados de su madre, y tomándola la mano, exclamó dirigiéndose á los circunstantes.

—¿Si Juan de Arpide viviese, consentiríais en su matrimonio con Inés?

Antonio corrió hácia el extrangero; quitóle súbitamente el sombrero; cayóse la blanca barba que adornaba su rostro, y apareció á la vista de todos el noble semblante del amante de Inés.

Un grito de asombro y de alegría lanzaron cuantos se hallaban en el aposento.

Inés miró á su amado; pasóse la mano por los ojos; oró en silencio algun tiempo, y al fin, enlazando sus brazos en el cuello de Juan de Arpide, derramó lágrimas de placer sin pronunciar una sola palabra: aquel silencio era sublime.

Gil se quedó pálido de terror, pues creyó sobrenatural aquella aparicion.

Conocido el error, acercóse al fin á Juan, y con voz conmovida le dijo:

—Hermano, intercede por mí ante el justo tribunal de mi padre.

. . . . . .

A principios del mes de mayo inmediato, se celebraba con grande algazara el matrimonio de Inés de Iturrioz con el primogénito de la casa de Arpide.

EPÍLOGO.

ARTICUZA.

Dos dias despues del matrimonio de Inés, á cosa de media noche, sentíase quegidos dolorosos en el angosto valle de Articuza.

A favor de los rayos de la luna veíase acurrucada junto á un arroyo, una mujer decrépita, desmelenado el cabello, rotas las vestiduras, lastimosamente macerado el cuerpo.

A su lado se veian algunas sombras, ó mejor dicho, fantasmas blancas que la golpeaban sin piedad, y presidiendo aquel flagelamiento, la Maitagarri del Pirineo.

Su rostro aparecia airado; sus ojos arrojaban chispas de cólera y su boca lanzaba aullidos en vez de palabras.

Ya no era aquella hermosura que embelesó los sentidos de Juan de Arpide: era sí una hermosura de otro género... la del ángel caido, cuando por acaso deja de sufrir los tormentos del infierno.

—Mujer maldita! decia interpelando á la anciana. ¿De qué me sirvieron tus filtros? ¿Para eso me pediste la mano izquierda de un niño dormido? ¡Y yo, triste de mí, que creí mas en el poder de tus pócimas, que en el de mis gracias!!

—Perdon! gritaba la bruja de Zaldiñ, pues no era otra la azotada. Yo no podia suponer que tardaria tanto tiempo en dormirse.

—Debias haberlo previsto, sin embargo; los primeros meses se dormia una hora antes de aparecer la luz de la aurora: luego resistia por mas tiempo á la accion del licor, hasta que al fin sucedió lo que yo temia. Azotad sin compasion á esta bruja.

—Perdon! tornaba á gritar la azotada.

—¿Perdon dices, cuando desearia hacer pedazos tu cuerpo maldito? Muere, muere embaucadora, como has vivido. ¿Crees que podré perdonarte el que Juan de Arpide haya sido testigo de mi aniquilamiento apenas asoma el sol, y que haya podido fugarse de mis brazos, despreciar mi amor por el de otra mujer? ¿Y todo porqué? Porque tus filtros no tuvieron fuerza bastante para prolongar su sueño hasta el anochecer del dia inmediato: entonces, al despertarse, hubiérame visto cual soy de noche; bella, encantadora, rodeada de lujo, de poder y de maravillosos misterios... muere, muere.

Y la bruja de Zaldiñ no pudo soportar por mas tiempo aquel tormento.

Murió.

Maytagarri con su séquito hundióse en la cueva maravillosa, de la cual no salió en mucho tiempo.

Cuando volvió á aparecer, ya se habia edificado la ferrería de Articuza: y el ruido del colosal martillo de hierro, y el de los fuelles inmensos que soplan atizando un fuego semejante al de un volcan, hizo abandonar á Maitagarri aquellas comarcas para habitar otras mas solitarias: los ventisqueros de Ahuñemendi.

El cuerpo inanimado de la bruja, tornóse negro como el carbon; y una águila gigantesca lo remontó por los aires en sus poderosas garras.

José M.ª de GOIZUETA.

LOS PIRATAS AMERICANOS.

I.

UNA TUMBA EN MEDIO DE LOS BOSQUES.

Las límpidas aguas del rio Wabash que despues de haber atravesado el Illinois y la Indiana se vierten en el Ohio, corrian con lentitud entre ribazos peñascosos y escarpados, por en medio de risueñas praderas ó bien bajo la silenciosa sombra de selvas vírgenes, jugueteando por entre las plantas y los sáuces, formando mil recodos, deslizándose tan pronto suavemente sobre un lecho de musgo ó de guijarros, tan pronto precipitándose con impetuosidad hasta el medio del Ohio, donde se encuentran las corrientes y donde las olas burbugeando esparraman con estrépito su espuma dorada por los rayos del sol.

En la primavera de 18... dos hombres descansaban en la pendiente de una colina cubierta por un soto espeso, teniendo echadas las carabinas á un lado sobre el césped. El mas jóven aparentaba tener unos veinte y cuatro años, y su trage era mas propio de un marinero que de un cazador. Un sombrerito charolado bajo de copa, adornado con una ancha cinta, descansaba con cierta coquetería sobre sus cabellos claros y rizados; vestia chaqueta azul de marinero, cubriendo con ella unas espaldas de las que el mismo Hércules se hubiera envanecido, pantalon blanco de lienzo ceñido por encima de la cadera por un estrecho cinturon del cual pendia un cuchillo de hoja maciza con su vaina de cuero; una camisa encarnada de franela y una corbata negra de seda completaban el trage de este jóven y á decir verdad, los macasinos bordados que llevaba denotaban que estaba mas acostumbrado á la vida de las montañas que al puente de un buque.

Al lado de este personage se veia tendido muerto sobre la yerba manchada de sangre un osesno, al que un soberbio lebrel dirigia miradas de codicia y de rabia, porque la respiracion jadeante del pobre animal como tambien una ancha herida en el lomo de la que salia alguna sangre, atestiguaban que la persecucion de la pieza habia sido encarnizada, y que la victoria alcanzada sobre tan poderoso enemigo habia costado cara.

El segundo cazador era un hombre como de sesenta años, y aunque menos alto y robusto que su jóven compañero, nada en él demostraba la vejez. Sus ojos brillaban con el fuego de la juventud, y los colores impresos en sus megillas atestiguaban su salud. Sus vestidos eran los de un colono y se componian de una camisa de trama de algodon guarnecida con una franja de lo mismo, de unos zapatos con suelas gordas y de polainas de cuero. En lugar del cuchillo de marinero que pendia de la cintura de su compañero, el anciano cazador llevaba un machete de hoja larga, ancha y cortante. Una manta arrollada y fuertemente atada estaba suspendida sobre sus espaldas por unas cuerdas hechas de cortezas de árboles. Era evidente que estos dos hombres se habian echado sobre la yerba con objeto de descansar de las recientes fatigas de la caza.

El de mas edad que estaba apoyado sobre el codo derecho, fué el rimero qué rompió el silencio.

—Tom, es necesario que no nos detengamos aquí por mas tiempo; el sol va á esconderse en el horizonte, y creo que nos hallamos á gran distancia de la rivera.

—No os inquieteis, Edgeworth, replicó el jóven tendiéndose cuan largo era y mirando al cielo á través de las espesas ramas; el Wabash corre allá abajo donde veis ese tinte luminoso, y de aquí allá á lo mas hay mil metros. Con la mejor voluntad del mundo vuestros subordinados no sabrian conducir esta tarde el buque hasta aquí. Cuando venga la noche se verán contrariados á causa de la oscuridad para desembarcar ó echar el ancla, porque la orilla está llena de rocas y de troncos de árboles desgajados, y sería peligroso navegar á oscuras. Por otra parte, cuando los hemos dejado tenian que andar todavía quince millas para evitar los desvíos del rio y venir aquí por camino recto.

— Cualquiera diria que conoceis perfectamente el país.

—Ya lo creo, respondió Tom sonriendo. He cazado por aquí durante dos años, y así sé la situacion de cada árbol y de cada rio. Yo vine á este distrito antes de la época en que hice conocimiento con Dickson, y en que me embarqué en un escúner para ir al Brasil ¡Pobre diablo! ¡qué poco sospechaba él entonces el triste fin que le aguardaba!

—No me habeis contado nunca detalladamente ese triste suceso.

—Esta noche misma puedo satisfacer vuestra curiosidad, pero antes es necesario cortar leña y preparar nuestro campamento; al apuntar el dia ganaremos la orilla del rio á fin de aguardar allí el buque.

—Cómo lo haremos pera llevarnos nuestra caza? La distancia no es muy larga, pero nos será, sin embargo, muy difícil trasportar este oso hasta allí.

—Pues bien, le dejaremos aquí, respondió Tom levantándose con presteza y ajustándose la hebilla de su cinturon. Si nuestros camaradas quieren comer carne de oso, ellos mismos vendrán á buscarlo.

—Y si quisieran abandonarnos? objetó Edgeworth.

—No lo creais; Bill sabe dónde debe aguardarnos en caso de que no nos reunamos con ellos, y estoy cierto que el buque no partirá sin su capitan.

—Vamos, todo está muy bien dispuesto, dijo el anciano levantándose á imitacion de su compañero. Por lo que á mí toca, voy á cortar algunos trozos de filete del oso y á colgar en cualquier parte el resto del botin. Pues señor, ya está hecho, y ya tenemos con qué cenar esta noche. Ahora, bravo Tom, dirijámonos un poco hácia la izquierda, porque tengo necesidad de beber antes que anochezca, y si el aspecto de los árboles que nos rodean no me engaña, debemos encontrar por aquí un arroyuelo.

Los dos individuos apresuraron el paso para aprovechar las últimas horas del dia, y encontraron en efecto el manantial, y junto á él una gran porcion de hojas y ramas secas con las cuales encendieron un buen fuego que sirvió para asar suculentos trozos de carne de oso. Mientras se cocia la cena, los cazadores tendidos sobre sus mantas contemplaban el brillo chisporroteante de las llamas, saboreando con satisfaccion el agradable reposo de que gozaban en este momento.

Los dos sugetos cuya conversacion acabamos de referir, pertenecian á la tripulacion de uno de esos buques chatos que hacen el comercio con Nueva Orleans. Su embarcacion estaba cargada de whisky, cebollas, manzanas, carne de venado ahumada, jamones, albérchigos secos y maiz. Este cargamento procedia de las haciendas del viejo Edgeworth, que poseia en las orillas del Wabash, en Indiana, una granja magnífica que explotaba con inteligencia, y cuyos productos vendia unas veces en Nueva Orleans, y otras en las ciudades del litoral del Misisipí.

Además, Edgeworth llevaba una cantidad de dinero bastante considerable que contaba emplear en mercancías de difícil adquisicion en el país que habitaba. El antiguo arrendador habia residido el principio en Miamí, en el estado de Ohio, y hacia solamonte dos años que habia venido á fundar una granja á orillas del Wabash. Su objeto era huir de la civilizacion; porque preferia la vida silvestre, la pesca y la caza sin trabas ni restricciones, á la vecindad forzosa de cortijeros quimeristas y envidiosos de la buena suerte de los demás.

Tom, pariente lejano de Edgeworth, era huérfano. Algunos años antes de la época en que tiene principio nuestra historia habia tratado tambien de establecerse á orillas del Wabash, pero cambió de modo de pensar á consecuencia de una conversacion tenida con un marinero llamado Dickson, antiguo amigo de su padre. Cuando tuvo lugar este encuentro, Dickson estaba próximo á emprender un viage, y Tom resolvió acompañarle.

Los dos se embarcaron en Cincinati, en un escúner mandado construir por Dickson y que habia cargado de productos del Norte con destino á Nueva Orleans. Despues de haberse desembarazado de este cargamento, los nuevos asociados habian tomado otro para la Habana, y desde allí costeando la América del Sur llegaron al Brasil, donde Dickson fué traidoramente asesinado.

Cuando Tom regresó de este largo viage parecia que no estaba muy contento en su país, puesto que se mostró muy solícito para acompañar á Edgeworth en su excursion á lo largo del Misisipí.

El viejo arrendador sacudió la cabeza en ademan de reconvencion al ver á su pariente lleno de indiferencia respecto á su porvenir, y manifestó á Tom que hacia ya mucho tiempo que debia haber renunciado á su vida errante, haberse despedido de sus camaradas nómadas, y ser un colono respetable y digno de consideracion.

Cansados de la monotonía del viage, Tom y Edgeworth saltaron á tierra, donde por una feliz casualidad tuvieron la suerte de matar un oso magnífico. Durante este tiempo, el buque gobernado por cinco vigorosos remeros, avanzaba lentamente siguiendo los infinitos recodos del gigantesco rio de la América del Norte.

—Cuánto me gusta esta vida salvage! exclamó de repente Tom despues de un largo silencio, arrellanándose sobre su capa como para poder admirar con mas comodidad el viso del follage iluminado por la inquieta llama; ¡viva una noche serena, un tiempo seco y un asado de oso! Ciertamente que un poco de miel no echaria á perder nuestra cena, á pesar de que este manjar es un poco delicado para comerlo sin aderezo. ¡Cuántas veces tendido sobre la cubierta de un buque, como estoy en este momento debajo de estos árboles, he contemplado las estrellas radiantes del firmamento acordándome con sentimiento de mi patria! Oh! qué horrible es eso! Edgeworth, ¿no lo habeis experimentado jamás?

—No, respondió el anciano envolviendo con la corbata el rastrillo de su carabina despues de haberla cargado cuidadosamente; y luego añadió colocándola á su lado: ¡Oh! he experimentado penas mas crueles. Pero ¡bah!

dijo frunciendo las cejas, no turbemos nuestra tranquila velada sacando á colacion semejantes recuerdos; mejor será que me conteis lo que sucedió en el Brasil á vuestro amigo Dickson.

—Si creeis que esto os puede distraer no deseo otra cosa. ¡Todos los hombres son lo mismo! prefieren oir el relato de historias tristes, mas bien que hablar de cosas alegres que les conciernan. Por otra parte, lo que voy á contaros no es largo. Habíamos entrado en el pequeño rio de San José, contando vender á los plantadores y á los insulares nuestro cargamento de whisky, trigo, cebollas y hojalata, cuando nos apercibimos cierta tarde que era imposible llegar á una de las plantaciones antes de anochecer. Tuvimos pues precision de amarrar sólidamente nuestra pequeña embarcacion al tronco de una palmera que crecia cerca de las orillas; cenamos en seguida y nos acostamos bajo nuestros mosquiteros. No habíamos tomado ninguna precaucion, ni siquiera pensamos en nombrar el cuarto de guardia. Un árbol caido cuya cima se tendia en el agua como para impedir que nos acercásemos á la orilla, parecia que debia abrigarnos contra todo peligro. De repente Dickson que estaba acostado á mi lado, me movió suavemente para preguntarme si habia visto algo. Despertando sobresaltado le respondí refunfuñando; pero sin hacer caso de mi mal humor, Dickson me sacudió con fuerza en la espalda, diciéndome por lo bajo:

—Alerta, Tom, despierta; en la playa sucede algo extraordinario.

—¡Halloo! exclamé acordándome por primera vez de los *Pieles Rojas,* pensando que podrian muy bien tener los mismos hábitos que los salvages de nuestras comarcas.

Escuchamos los dos con mucha atencion; y luego dijo Dickson de repente:

—Arriba, compañeros, aquí están los miserables! avanzando al mismo tiempo, mientras yo buscaba mi cuchillo que con la precipitacion no pude encontrar. Los piés de Dickson debieron enredarse en los pliegues de nuestros mosquiteros, porque oí el ruido que hizo al caer sobre el puente, advirtiendo al volverme que dos sombras se deslizaban á lo largo del escúner y se precipitaban sobre mi camarada. En aquel momento puse la mano casualmente sobre un espeque, que era el arma de que podia hacer mejor uso, me apoderé de él con presteza y mandé á nuestra tripulacion (que se componia de tres marineros y un grumete) que cortasen el cable que retenia al buque cerca de la orilla, asestando al mismo tiempo varios golpes violentos á la cabeza de los dos miserables que saltaron ó mas bien cayeron por encima del borde de la cubierta, porque al dia siguiente encontré el espeque manchado de sangre y pedazos de seso. Mientras los marineros se despertaban, el grumete tuvo bastante presencia de ánimo para coger un hacha y cortar el cable; en el mismo momento nuestro escúner se alejó arrastrado por el reflujo de las aguas. Dos de los marineros, Meiers y Rawits, me digeron que habian muerto cinco perillanes de los que se habian asido á los costados del buque; ignoro si decian verdad. En cuanto á nuestro pobre capitan, estaba tendido exánime sobre el puente; el hierro de una lanza le habia atravesado el pecho, mientras un golpe de maza le destrozaba la cabeza.

—Qué se hizo del cargamento?

—Lo vendí aquella misma semana, y cargué la *Carlota* (que así se llamaba el escúner) con artículos de buen despacho en nuestro país. Cuatro meses despues llegué sin ocurrencia notable á Charleston, donde residia la viuda de Dickson. La pobre mujer lloró á su marido durante algun tiempo, pero á decir verdad, el dinero que le llevé fué para ella un poderoso consuelo: habian trascurrido ocho semanas cuando se casó con un plantador vecino suyo: ¡Así va el mundo!

—Ella á lo menos ha sabido positivamente que su marido ya no existia, murmuró el anciano hablando consigo mismo; ella ha sabido como y dónde ha muerto, mientras muchos pobres padres durante gran número de meses y años ignoran cuál ha sido el paradero de sus hijos y esperan sin cesar reconocer, en el rostro del extrangero á quien encuentran en la calle, ó del viagero que les pide hospitalidad por la noche, las facciones de los seres queridos que se aguardan con impaciencia, y finalmente, tienen que convencerse de que la persona por quien suspiran hace ya mucho tiempo que no existe, que hace mucho tiempo que sus miembros fueron destrozados y sus huesos roidos por los osos ó los coyotes.

—Oh! dijo Tom avivando el fuego, lo que habeis dicho, Edgeworth, es ya viejo; es cierto que muchos hombres encuentran la muerte en medio de nuestras selvas, que otros perecen en el rio, resultando que muy raras veces ó casi nunca vuelven á saber de ellos sus amigos ó parientes, y además, ¡cuántos millones de navegantes se traga el mar! Pero esta es una cosa qué no tiene remedio. Yo confieso sin tenerlo á vanagloria, que he arrostrado muchos peligros, pero el temor á la muerte nunca ha quebrantado mi valor.

—Y sin embargo, repuso el anciano con acento menos lúgubre, sucede algunas veces que el que se creia perdido para siempre vuelve en el momento menos pensado. Un dia, por egemplo, llaman á la puerta, y los padres desconsolados derraman lágrimas de contento y estrechan en sus brazos al hijo pródigo, al hijo querido y por mucho tiempo llorado.

—Este es un caso excepcional, replicó Tom en tono de duda, porque nuestros steamers causan la muerte de gran número de personas. Pero decidme, Edgeworth, ¿porqué os quitais vuestra capa? Es cierto que no hace frio, convengo en ello; pero no es prudente echarse sobre la tierra n>l.

—Es mi costumbre, contestó Edgeworth, que parecia abismado en sus tristes pensamientos.

—Utilizaos de la capa ya que la teneis.

—A juzgar por el dolor que sentia en las espaldas, aquí donde estaba tendido debe haber algunas raices ó piedras; hé aquí porqué cambio de sitio.

—Está bien, dijo Tom; pero vale mas hacerse un lecho de hojas secas que permanecer así sobre el duro suelo. Dejadme hacer, y en un instante os habré preparado una buena cama.

A estas palabras Edgeworth se levantó acercándose al fuego, mientras Tom alzaba la capa y tentaba el terreno.

—Diablo! exclamó, no extraño que no os halláseis bien; no son raices lo que hay en este sitio, son mas bien huesos de ciervo. ¿Cómo diantre no los habíamos visto?

Y diciendo esto, Tom tiró los huesos cabe la hoguera. Recogió en seguida todas las hojas secas que pudo hallar, extendió encima la capa, luego para que no se extinguiera el fuego en toda la noche añadió algunos troncos grandes, se descalzó, se quitó la chaqueta para cubrirse con ella, y se acostó con la esperanza de dormir durante dos ó tres horas aguardando el arribo del buque.

Edgeworth que habia recogido uno de los huesos, le examinaba con una atencion que al parecer no merecia objeto tan significante.

—Tom, dijo repentinamente teniendo el hueso en la mano y bajándose hácia la llama para verlo mas de cerca; esto no es un hueso de ciervo.

—Pues bien, entonces puede que sea de lobo ó de oso, murmuró Tom medio dormido.

—De un oso es posible; sin embargo, amigo mio, me parece que el que estoy mirando es de persona.

—Entonces evitad que el perro lo toque. ¡Diantre! teneis razon, repuso el jóven, que se levantó con presteza abriendo mucho los ojos y mirando en derredor con ansiedad.

—Qué es eso? Qué buscais? preguntó entonces Edgeworth sobresaltado.

—Estais seguro de que estos sean restos humanos? repuso calzándose precipitadamente.

—Yo lo creo asi; y hasta me parece que este es un fémur. ¡Mirad! Este hueso es demasiado grande para un oso. Pero ¿qué teneis, amigo mio?

—Si realmente es un hueso humano, dijo Tom, yo conocia al hombre á quien ha pertenecido. Cuando descubrimos su cadáver yo fuí quien le ocultó debajo del ramage, y esta es la razon porque hemos encontrado amontonada en este lugar tanta leña medio podrida. Sí, este es el sitio, bajo esta encina; hé aquí la cruz que yo entallé con mi cuchillo.

—Pero ¿quién era ese hombre y cómo murió? preguntó Edgeworth.

—No sé si podré contestar á todas vuestras preguntas; todo lo que os puedo decir es que fué muerto del modo mas horrible por un batelero cuyo sloop estaba amarrado precisamente en el mismo sitio donde creemos encontrar mañana nuestra embarcacion. El miserable le mató como un lobo con objeto de robarle algunos dollars.

—Eso es espantoso, dijo el anciano, que dejó el hueso cerca de él tendiéndose en seguida encima de su capa.

Tom volvió á sentarse donde estaba antes y apoyó su cabeza en la mano derecha.

—Perseguíamos un enjambre de abejas, dijo dirigiendo su vista hácia la osamenta y dejando vagar por su imaginacion el recuerdo de una época pasada; cuando Bill...

—Quién, el batelero!

—No, ese pobre muchacho que fué asesinado.

—Ah! no tenia otro nombre?

—No he podido saberlo jamás. Le traté apenas cuatro dias, pero sospecho que venia del Ohio. Bill habia cometido la imprudencia de dejar ver á un pícaro marinero el dinero que tenia, y este cuando estábamos sentados al rededor del fuego, hizo alguna tentativa para inducirle á jugar. Bill rehusó, y esto contrarió fuertemente al miserable. Dos noches despues el batelero persuadió á Bill á que fuera á dormir á bordo con él. Estábamos acampados en el mismo punto donde hemos visto esta mañana el oso, porque habíamos perseguido las abejas hasta allí siguiendo las sinuosidades de la pradera: al dia siguiente por la mañana no vimos á ninguno de los dos, pero ¡cuál fué nuestra sorpresa al observar, cuando nos dirigíamos á la rivera al ponerse el sol, que el buque habia desaparecido! Los que nos habíamos quedado pasamos la noche á la orilla del agua, y hé aquí, yo le reconozco intacto, el viejo sicómoro cerca del cual encendimos lumbre. Por la mañana subimos á una colina y observamos un número considerable de buitres que volaban en la misma direccion.

(*Se continuará.*)

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE TAFETAN Á LISTAS DE IGUAL ANCHO, ROSA VIVO Y NEGRAS.—El trage, enteramente cortado á nesgas, no tiene pliegues en las mangas. Corpiño con escote muy bajo y tirantes; interiormente corpiño montante de muselina blanca bordada, con mangas largas y vueltas, cuyo bordado está forrado de cinta de tafetan rosa.

VESTIDO DE BODA.—Trage de paño de seda blanco sin ninguna guarnicion. El trage, cortado *á nesgas,* de cola, está simplemente orlado con un cordon torcido de seda blanca, que forma un trébol en el borde inferior de la costura de cada paño, y sube sobre cada una de estas costuras. Cinturon formado por un ramo de azahar, que termina en una rama larga; las mismas flores adornan las sisas de las mangas, así como se colocan debajo del rizado que guarnece el escote; guirnalda de azahar. Velo grande de tul de ilusion, cayendo por detrás hasta el extremo de la cola del trage.

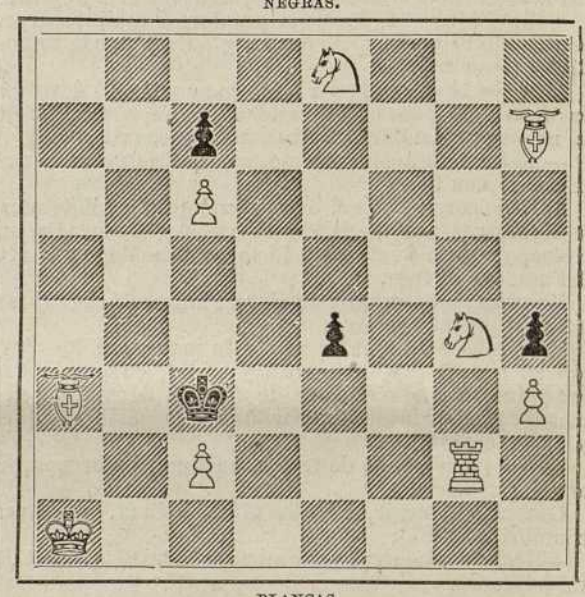
PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 77.

Blancas.	*Negras.*
1.ª T. á casilla T.R.	R. toma C.
2.ª T. á casilla R.ª	R. juega.
3.ª T. á casilla T.R.ª	R. juega.
4.ª T. Jaque mate.	

PROBLEMA N.º 78, POR M. G. MENENDEZ.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 5 jugadas.

A NUESTROS SUSCRITORES.

El Almanaque Enciclopédico que hemos dado de regalo á los señores suscritores de La Moda, ha sido servido á todos los que les corresponden, pero si por causas agenas á nuestra voluntad, á nuestro deseo y hasta contrarias á nuestros intereses, algunos señores no lo hubiesen recibido, dispuestos estamos á duplicárselos tan luego nos los reclamen.

Lo propio decimos respecto á los números 1 y 2 del periódico, que de exprofeso hemos reimpreso con este objeto. Enero 26 de 1867.

EL ADMINISTRADOR.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ 1867. IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA á cargo de D. Federico Joly y Velasco,

GEROGLIFICO.

AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 6.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs... Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs...Seis meses,65...Tres meses, 35... Un mes, 12.

Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs....Seis meses, 42... Tres meses, 22...Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

PROPIETARIO Don Abelardo de Cárlos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes.... Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Libreria de Don C. Bailly-Bailliere, plaza del Principe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tánago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux.
PARIS, Mr. Fermin Didot frères, rue Jacob, 56.

Sumario.—Explicacion de la hoja de patrones que contiene: Chaqueta para casa. — Capuchon de terciopelo.— Capuchon para señora. — Crinolina reducida.—Casquete bordado para caballero. — Gorra de cachemira para niño de 4 á 6 años.—Corpiño montante de cachemira.—Liga bordada.—Salida de baile con capuchon.—Vestido completo para niño de 5 á 7 años.—Trage para niño ó niña de 1 á 2 años.—Cófia para señora de edad.—Cófia sin fondo.—Corpiño montante para niña de 9 á 11 años.— Corpiño montante con présillas formando faldetas. — Botito al crochet para niño.—Los piratas americanos.— El canto de los helenos. —Problemas de ajedrez.—Figurin iluminado.

EXPLICACION

DE LA

HOJA DE PATRONES.

Chaqueta para casa.

Figuras 4 á 6 (recto) del patron.

Esta chaqueta está hecha de cachemira negra, va entretelada de algodon, y forrada de tafetan negro; componen su guarnicion botones negros esmaltados de blanco, trencilla negra dispuesta en buclecillos, galon negro, bordado con cuentas blancas, cascabelillos formando flecos y borlas.

Se cortan los delanteros por la fig. 4, la espalda, sin costura, por la fig. 5, que representa su mitad; 2 pedazos para cada manga por la fig. 6, teniendo en cuenta, para la mitad de debajo, la diferencia de los contornos. Despues de haber pespunteado el algodon sobre el forro, formando rombos, se reunen las figs. 4 y 5, desde 7 hasta 8,—desde 9 hasta 10, á punto atrás, dejando intacto uno de los lados del forro, que despues se vuelve sobre la costura para cubrirla; además, se disminuye un poco el grueso del algodon hácia las costuras; en los contornos se doblan uno contra otro el forro y la tela, y se cosen; se hacen los ojales en el delantero de la derecha, se ponen los botones en el opuesto, y luego se pone la guarnicion, indicada en parte en el patron. Se cosen juntas las dos mitades de la manga, desde 11 hasta 12,—desde 13 hasta 14; se pone su guarnicion, se fija la manga en la sisa, guarnecida por un vivo, 14 sobre 14, y se guarnece esta costura con fleco de cascabelillos.

Esta chaqueta puede hacerse de paño y suprimir todo forro.

CHAQUETA PARA INTERIOR DE CASA, VISTA POR DETRAS.

Capuchon de terciopelo.

Figuras 49 á 52 (verso) del patron.

Este modelo está hecho de terciopelo inglés violeta, y forro algodonado, galon con cuentas, encage negro estrecho y por dentro rizado de tafetan blanco, recortado, y encage negro.

Se cortan en terciopelo, algodon y forro, dos pedazos por la figura 49, uno por la fig. 50, y la figura 52 solamente en tela y forro. Se pespuntea el algodon y el forro en rómbos, luego se junta este forro algodonado al terciopelo, y se reune el ala con el fondo, desde 32 hasta 33, en seguida el fondo y el bavolet (ó esclavina) desde 34 hasta 35. El fondo se ha fruncido desde 32 hasta 33 del ala, desde 32 hasta 34 del bavolet. La costura, que reune el fondo del bavolet va cubierta por el revés con una tira de forro cortada al sesgo, que sirve al mismo tiempo de jareta, para el caso en que se quiera apretar el capuchon al rededor del cuello. El forro y la tela se doblan uno contra otro en los contornos, y se cosen juntos. El rizado de tafetan blanco que guarnece el ala se compone de una tira de 5 centímetros de ancho en su parte media, de centímetro y medio solamente en sus extremos, recortada por ámbos lados, guarnecida por abajo con un encage negro de 1 centímetro de ancho. —La parte que vuelve hácia afuera se guarnece con un encage, ó guipur negro, de 2 centímetros y 1/2 de ancho, —luego con un galon con cuentas; se reune la vuelta al ala juntando las cifras iguales; el rizado se pone encima del ala, por consiguiente entre el ala y la vuelta. El bavolet se guarnece como lo demás del capuchon; por delante se ponen corchetes.

Para mas exactitud en su confeccion, consúltese el dibujo que se halla en la siguiente página.

CHAQUETA PARA INTERIOR DE CASA, VISTA POR DELANTE.

Acompaña á este número el patron n.° 2 de 1867, cuyos dibujos y explicacion van insertos en el mismo.

CAPUCHON DE TERCIOPELO.

Capuchon para señora.

Fig. 31 (recto) del patron.

Este capuchon conviene á todas las edades; se hace de cachemira blanca, se borda con cuentas negras, lleva vueltas y guarnicion de terciopelo azul vivo; la parte que vuelve hácia afuera se adorna con cuentas negras, encage negro, y por detrás con dos borlas de cuentas negras. Un broche de camafeo le fija por delante. Una sarta de cuentas cubre la costura que reune la esclavina al fondo; este es muy semejante al del anterior modelo; lo mismo sucede con la esclavina, que se corta sin puntas. La fig. 31 representa la mitad de la vuelta de terciopelo; por dentro, se pone una trenza de terciopelo azul, y una rama de follage de terciopelo.

Crinolina roducida.

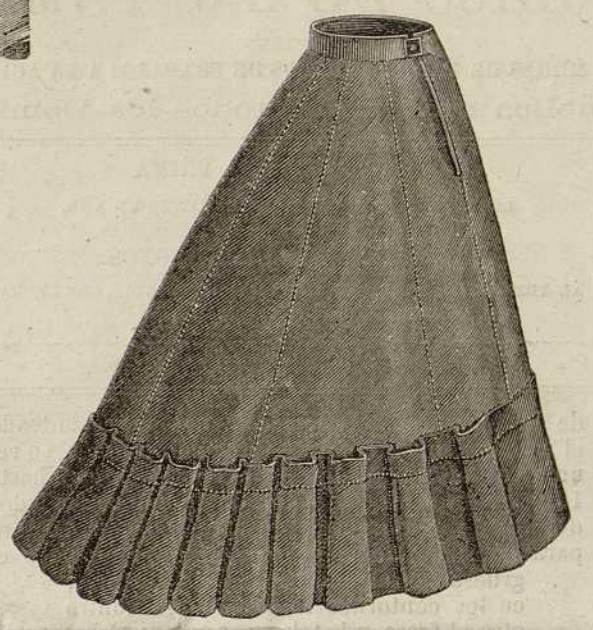
Figuras 32 á 38 (verso) del patron.

Esta crinolina merece su nombre, porque está hecha de un tegido de crin gris; debajo del borde inferior, y luego á 28 centímetros de distancia, se encuentran dos muelles de acero muy delgados, cubiertos por un volante de la misma tela que el ahuecador, que tenga 32 cents. de altura, desde el medio por delante hasta 26 centímetros de distancia; á cada lado del medio el volante es liso, lo demás de su vuelo tiene pliegues de 5 centímetros. Este volante termina sobre la misma línea que el ahuecador en cuanto á su borde inferior, pero su cabeza, de 3 centímetros de ancho, excede de los últimos muelles de acero.

Para este ahuecador, cortado á nesgas, se cortan dos pedazos por cada una de las figuras 33 á 35, — el paño de delante entero por la fig. 32, que solo representa su mitad; se cosen unos con otros todos los paños, juntando las cifras iguales; se ponen cintas de hilo sobre las líneas del patron á fin de colocar en ellas los aceros. El ahuecador se cierra por un lado, y en uno de estos lados (véase la fig. 36) una presilla en la que se cose un boton, cuyo ojal se hace en la figura 32. El borde superior se arma entre las dos telas de la pretina, que es doble; se corta esta por las figs. 37 y 38, al reunir las dos mitades de la pretina, 9 debe encontrarse sobre 10.

Digamos tambien que queriendo tener en cuenta todos los gustos, el patron está dispuesto de modo que se podrán poner sobre el paño de detrás (figura 35) once volantes pequeños que le guarnecerán en toda su altura, y aumentarán el volúmen de la crinolina; en el patron va indicada la direccion de estos volantes.

Esta enagua puede hacerse de cualquier tela.



CRINOLINA REDUCIDA.

Casquete bordado para cabal ero.

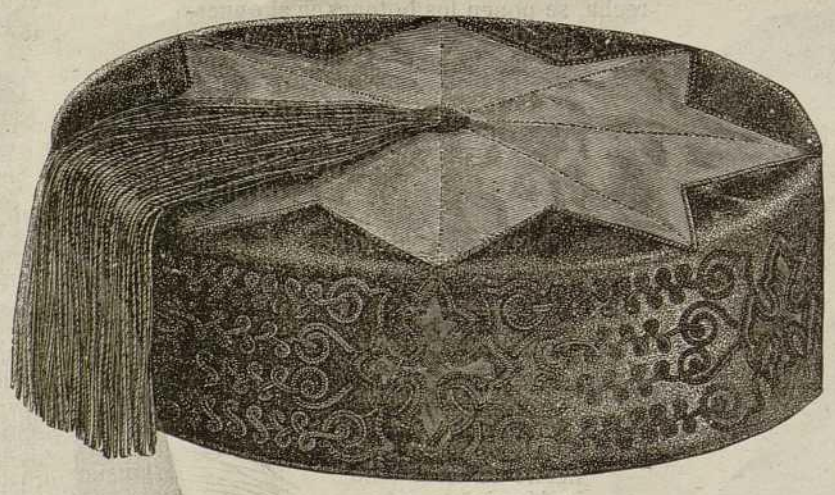
Figs. 60 y 61 (verso) del patron.

MATERIALES.—Terciopelo negro; tafetan; trencilla; torzal de seda, todo ello negro.

El fondo es de tafetan negro, forrado, algodonado y pespunteado; el borde es de terciopelo negro con bordado y aplicaciones; este borde está cortado en puntas por arriba, y el fondo se adorna en su centro con una borla larga: la fig. 60 representa la octava parte del fondo,—la 61 la octava parte del borde.

Se corta el fondo de un solo pedazo de tafetan doble (parte esterior y forro) y algodon en rama; el borde en terciopelo, algodon y tafetan. Se pespuntea primeramente el fondo algodonado formando *venas* que se indican en el dibujo, empleando torzal negro de seda. Un dibujo especial reproduce el bordado del borde, que se ejecuta con trencilla negra; las *cruces* son de tafetan negro aplicado; se las festonea todo al rededor, y se cose una trencilla por dentro del feston. El forro y el algodon del borde solo llegan á la línea de puntos de la fig. 61; se cose el fondo entre la tela y el forro del borde, cuyas puntas se fijan sobre el fondo y se rodean con trencilla.

Se comprende que este casquete puede esperimentar muchas modificaciones; se puede por ejemplo, hacerlo de paño de dos colores,—enteramente de terciopelo de dos colores,— suprimir el algodon.



CASQUETE BORDADO PARA CABALLERO.

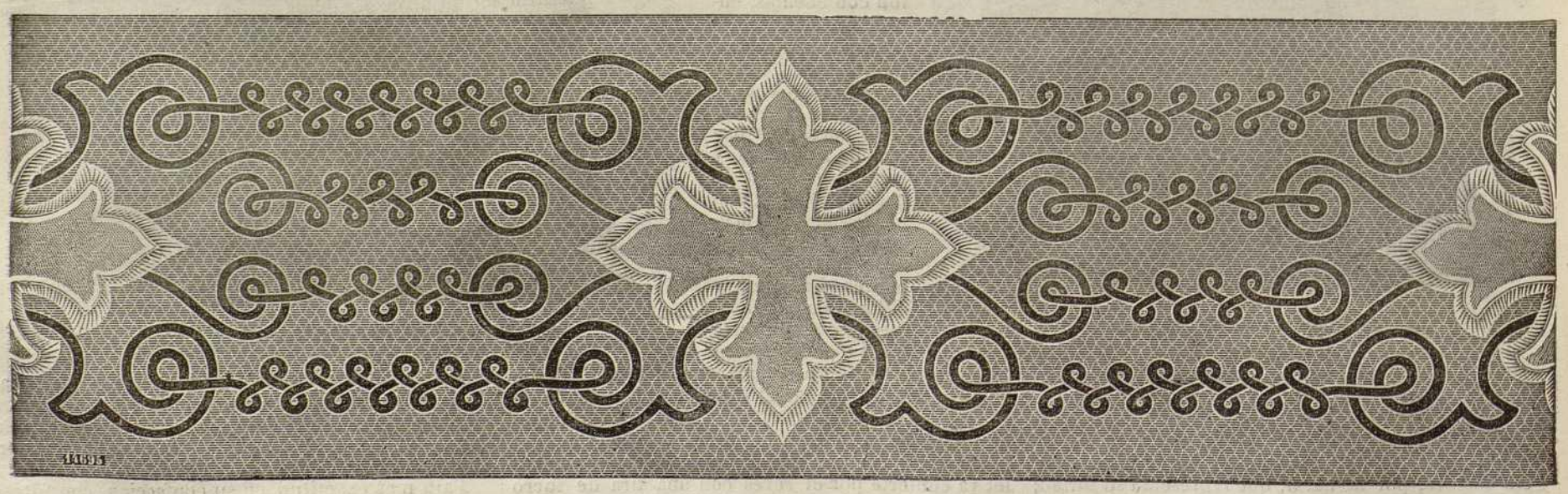
Gorra de cachemira para niño de 4 á 6 años.

Figuras 53 y 54 del patron.

Esta gorra, de cachemira blanca, está forrada de tafetan azul, pespunteada con seda azul, y adornada con cintas azules de terciopelo de 7 cents. de ancho.

Se cortan en cachemira algodon y forro, el fondo y el borde de un solo pedazo cada uno, por las figuras 53 y 54; un vivo de tafetan azul orla el contorno in-

CAPUCHON PARA SEÑORA.

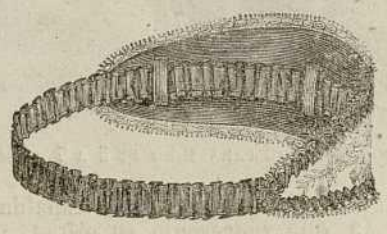


BORDADO DEL CASQUETE.

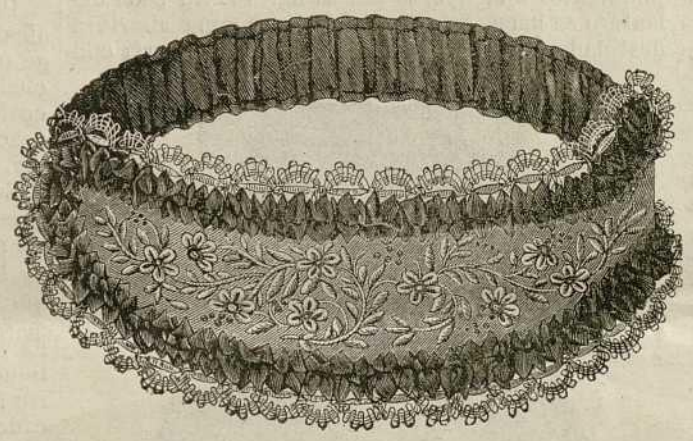
ferior; otro vivo (sin cordon) sirve para reunir el fondo y el borde, que se cosen uno con otro juntando las letras iguales, luego, por detrás, desde el punto hasta 37. Una tira de carton delgado forrada de tafetan azul, y que tenga 6 centímetros de ancho, sostiene el borde, debajo del cual se colca. La costura de detrás se cubre con un lazo de cinta cuyos cabos quedan sueltos.

No hay dificultad en que esta gorra se haga de cachemira de color oscuro.

GORRA DE CACHEMIRA PARA NIÑO.



INTERIOR DE LA LIGA.

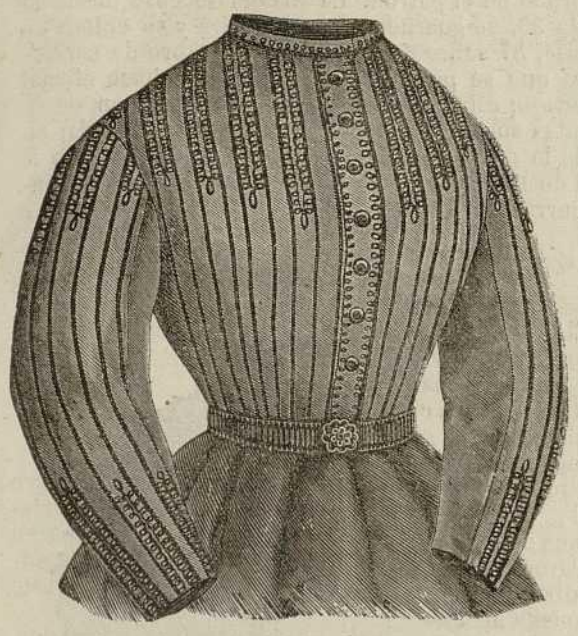


LIGA BORDADA.

Corpiño montante de cachemira.

Figuras 39 á 42 del patron.

Sabido es que se hacen estos corpiños de cachemira, ó bien de tafetan de cualquier color, para acompañar á todas las enaguas de los trages; en general, la enagua interior que excede del trage corto, ó sobre la cual se escoge este, se hace del mismo color, ya que no de la misma tela que el corpiño llamado *de color*.



CORPIÑO DE CACHEMIRA.

Nuestro modelo, hecho de cachemira azul oscuro, va adornado de trencilla negra. Se cortan los delanteros por la fig. 39, dejando de más un excedente de tela de 5 centímetros por su dorde inferior. La espalda se corta entera por la fig. 40 (que representa su mitad), las mangas por las figuras 41 y 42. Se hace el dobladillo del borde de los delanteros, luego se unen estos á la espalda en el hombro, desde 14 hasta 15. Se ejecuta el bordado con arreglo á las indicaciones parciales del patron y del dibujo. Cuando se ha ejecutado el bordado sobre cada uno de los pedazos que componen el corpiño, se los reune; en el borde inferior se hace un dobladillo de medio centimetro, y se fija al mismo tiempo el extremo de las líneas de trencilla. Se orla el escote con una tira doble, adornada de trencilla, y cuyo ancho es de centímetro y medio; su costura se cubre con una trencilla puesta plana. Se ponen los botones, se hacen los ojales. La mitad ó cara de encima de la manga se adorna con trencilla, luego se cosen una con otra las dos mitades, desde 16 hasta 17, desde 18 hasta 19. Debajo del borde inferior de la manga se pone una tira de tafetan de 5 centimetros de ancho. Se hace un pliegue en la cara de debajo de la manga, poniendo la cruz sobre el punto, luego se cose la manga en la sisa guarnecida con un vivo, juntando las letras iguales.

SALIDA DE BAILE (VISTO POR DELANTE).

Liga bordada.

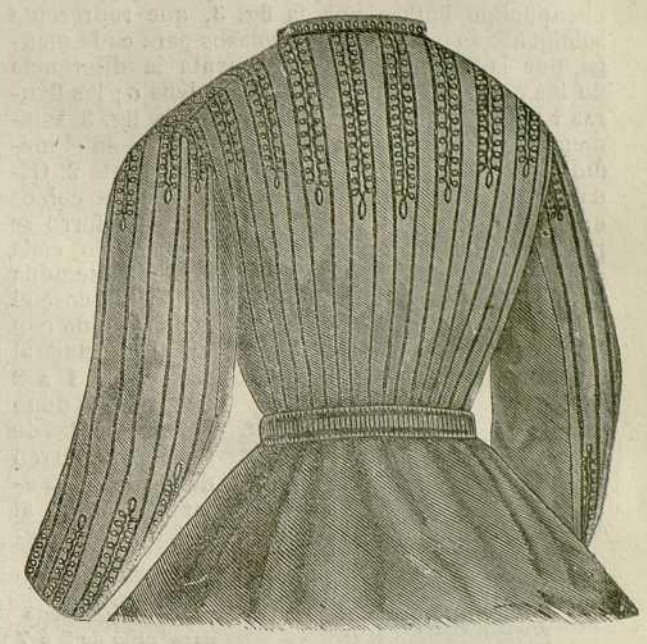
Fig. 55 (verso) del patron.

MATERIALES. — Para el par: Cachemira blanca; tafetan azul: — 60 centímetros de cinta elástica de 2 centímetros de ancho; 1 metro de guipur blanco de dos cents. de ancho (cuando mas); torzal grueso de seda blanca; el mismo torzal azul: un poco de algodon en rama y de gasa rigida.

La liga se hace de cinta elástica, cerrada en redondo, forrada de tafetan azul; esta cinta tiene treinta centímetros de largo; la parte de encima de la liga se adorna con una especie de escudo sobrepuesto de cachemira ó terciopelo blanco, bordado con torzal de seda azul; la liga se pasa por tres abrazaderas perpendiculares, situadas debajo del expresado sobrepuesto.

Se ejecuta el dibujo de la fig. 55 sobre la cachemira, las hojas se hacen de realce, con seda blanca, las flores á punto de *pasta*. Los puntitos del dibujo son de seda azul, lo mismo que las venas de las hojas.

Se forra el sobrepuesto de cachemira con algodon en rama, gasa rigida y tafetan azul, el cual se vuelve hácia el derecho para ribetearlo; al redeador se cose el guipur lijeramente fruncido, cuya costura se cubre con un rizado de tafetan azul. Cada una de las 3 abrazaderas ó presillas á través de las cuales se pasa la liga, tiene 4 centímetros y medio de largo; una se fija en el centro y las otras dos á 3 centimetros de distancia del extremo del pedazo de cachemira. Se cubre la cinta elástica con tafetal azul, se la pasa por las presillas, y se cosen uno con otro los dos extremos, dejando así terminada esta elegante liga.



CORPIÑO DE CACHEMIRA (DE ESPALDA).

Salida de baile con capuchon.

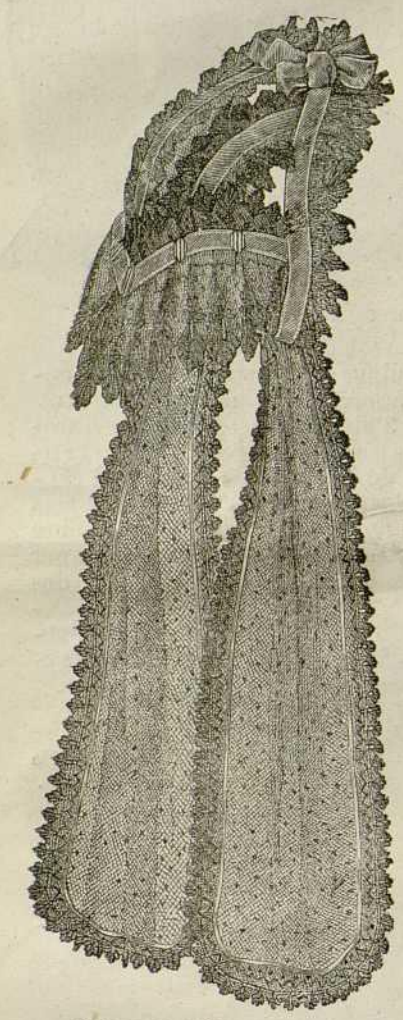
Figs. 1 á 3 (recto) del patron.

Esta especie de abrigo conviene particu-

SALIDA DE BAILE (VISTO POR DETRAS).

larmente á las señoritas; se hace de cachemira lisa de cualquier color; nuestro modelo es rosa de China, con forro de marcelina blanca, algodonado. Los adornos se componen de cintas de terciopelo negro de centímetro y medio de ancho, y de guipur Cluny blanco, un poco mas estrecho.

Al cortar las diversas figuras que componen este patron, hay que considerar á las figs. 1 *a* y 1 *b* como continuacion una de otra; es menester, por tanto, despues que se ha completado el costadillo replegado, reunir estos dos pedazos del patron A sobre A,—B sobre B; con arreglo á esta fig. 1, así dispuesta, se cortan dos pedazos; si la tela no tiene un ancho suficiente, se puede hacer una costura sobre la *línea diametral* (véase el patron). Se corta el capuchon entero por la fig. 3, que representa solamente su mitad),—dos pedazos para cada manga, por la fig. 2, teniendo en cuenta la diferencia de los contornos para la mitad de debajo; las figuras 1 y 2 se forran y se algodonan; la fig. 3 solamente se forra; se reunen las dos figs. 1, en el medio por detrás, en el hombro desde 1 hasta 2. Cada manga se cose desde 3 hasta 4, luego se coloca en la sisa, 4 sobre 4. El capuchon y su forro se pliegan como lo indica la fig. 3, poniendo cada cruz sobre el punto próximo. Se coloca en seguida la guarnicion, un boton y una presilla, se cose el capuchon en el escote, que se orla en seguida con una tira cortada al sesgo, de 1 á 2 centímetros de ancho. Dos cintas de terciopelo sirven de bridas para atar este abrigo al rededor del cuello.



CÓFIA PARA SEÑORA DE EDAD, VISTA POR DETRAS.

Vestido completo para niño de 5 á 7 años.

Fig. 7 á 18 (recto) del patron.

Este vestido es muy sencillo y se hace de paño gris; los adornos se hacen de tiras de cachemira negra, y pespunteadas en cuadros con seda gris. Este pequeño bordado puede tambien ejecutarse á punto ruso; tambien pueden sustituirse las tiras de cachemira por galones negros mas ó menos anchos.

Pantalon.—Se corta la mitad de delante y la de detrás por las figuras 7 y 8, dejando de mas la tela necesaria para un dobladillo de seis centímetros por su borde inferior. La carterilla de la faltriquera se corta por la fig. 9. La pretina de delante y la de detrás se cortan por las figs. 10 y 11, en tela y en percalina fuerte para forro, cada una de un solo pedazo.

En cada pierna, sobre la mitad de delante del pantalon, se hace una abertura practicada entre la doble línea, y destinada á la faltriquera interior. Se fijan las carterillas de las faltriqueras, juntando las cifras iguales. Se reune la mitad de delante del pantalon con la mitad de detrás, desde 15 hasta 16, desde 17 hasta 18; se hace un dobladillo en cada lado de la mitad de detrás, desde 15 hasta 16 y se pespuntea sobre cada costura de costado, desde 15 hasta 16, una tira de cachemira de 4 centímetros y medio de ancho. Cuando está hecho el dobladillo del borde inferior, se reunen las dos mitades del pantalon en el medio por delante y por detrás, y luego se hace un dobladillo en los bordes de la abertura, desde 19 hasta 20. Se pliega el borde superior poniendo siempre la cruz sobre el punto, luego juntando las letras iguales se arma el pantalon entre la tela y el forro de la pretina, en la que se ponen los botones y se hacen los ojales indicados.

Chaleco.—Se cortan los dos delanteros en tela y percalina (forro) por la fig. 12; la espalda entera por la fig. 13, que representa su mitad, pero en percalina doble; se preparan las dos tiras correspondientes á la hebilla por la fig. 14. En cada delantero se hace, entre la doble línea, una abertura destinada á la faltriquera interior, que se orla con tela igual á la del chaleco; en fin, esta abertura y los contornos superiores de la faltriquera, se guarnecen con una tira de cachemira de 3/4 de centímetro de ancho. El delantero y el contorno inferior del chaleco se guarnecen, además del forro, con una tira de tela de 5 centímetros de ancho; se hacen los ojales en el delantero de la izquierda, se ponen los botones en el opuesto.

VESTIDO COMPLETO PARA NIÑO DE 5 A 7 AÑOS.

TRAGE PARA NIÑO Ó NIÑA DE 1 A 2 AÑOS.

BOTITO A PUNTO DE AGUJA PARA NIÑO.

Los contornos del chaleco (escote, delanteros y bordes inferiores) se guarnecen con una tira de cachemira, luego se reunen todos los pedazos del chaleco juntando las cifras iguales. Al hacer las costuras de los costados se coge en ella la tira de la hebilla.

Chaqueta.—Se cortan, para los delanteros de la manga, dos pedazos por cada una de las figs. 15 y 17; de un solo pedazo, por la fig. 16, que representa su mitad. La presilla se prepara por la fig. 18. Se reunen espalda y delanteros juntando las cifras iguales; se dobla hácia el derecho el borde de los contornos, y se le cubre con una tira de cachemira indicada en el patron. La manga se cose desde 35 hasta 36, se guarnece de cachemira y se coloca en la sisa, 37 sobre 37. La presilla se cubre de cachemira que se pespuntea, y en ella se hace el ojal indicado; esta presilla se cose con un boton en la esquina superior del delantero de la izquierda; en el de la derecha se pone un boton que entra en el ojal de la presilla; se colocan además corchetes para cerrar la chaqueta.

Trage para niño ó niña de 1 á 2 años.

Figuras 43 á 48 (verso) del patron.

El trage es de cachemira azul, con tiras de tafetan azul cortadas al sesgo, adornadas con costuras en cruz hechas con la seda blanca, y botones forrados de tafetan azul, con estrella blanca en su centro.

Parece supérfluo añadir que este trage puede hacerse de cualquier tela y de cualquier color, por sencilla que aquella sea.

Se corta el trage por la figura 43, que representa su mitad, en tela y gasa rígida, si el trage se hace de cachemira, toda vez que esta tela tiene que llevar forro. No estando indicado el trage en todo su largo, se deberá completar este que en nuestro modelo es de 52 centímetros incluso el dobladillo inferior de 3 centímetros. —La muceta de delante se corta por la fig. 44, que representa su mitad; se cortan además dos pedazos por cada una de las figs. 45 á 48.

CÓFIA SIN FONDO (VÍSTA POR DETRAS).

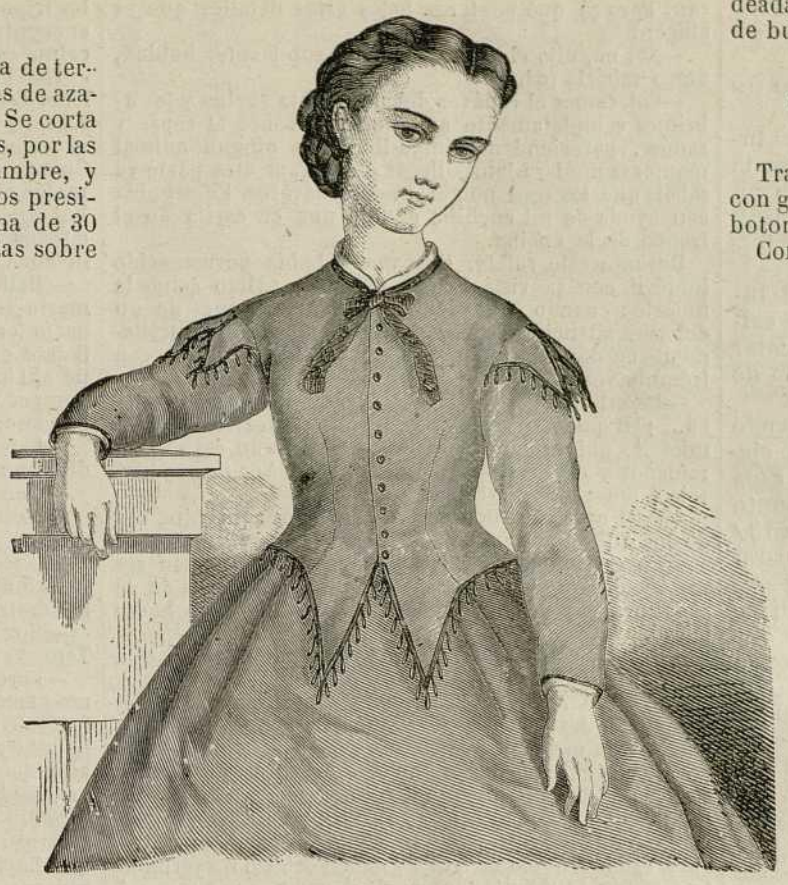
Despues de haber cosido el trage por detrás desde la estrella hasta el borde inferior, se hace un dobladillo en la abertura desde la estrella hasta 23, y otro en el borde inferior, se pone la guarnicion en parte indicada en el patron, y completamente en el dibujo. En el borde superior se forman pliegues pasando cada cruz sobre el punto; estos pliegues son sencillos, y solo los hay dobles en el sitio en que se encuentran las tiras de la guarnicion. El trage se arma (juntando las cifras iguales) entre la tela y el forro de la muceta, guarnecida con arreglo á las indicaciones del dibujo, y forrada de percalina.

La manga se frunce por cada lado transversal, luego se fija, cifras sobre cifras, entre la tela y el forro de la presilla. Se pone cada cruz sobre el punto, para formar los dos pliegues á cada lado del trage; se los pespuntea dos veces, y luego se pone la manga en la sisa guarnecida con un vivo, 28 sobre 28. El escote y el borde inferior de la manga se adornan con un guipur Cluny blanco de centímetro y medio de ancho, por el que se pasa una cinta de terciopelo negro *cero*. Tambien se puede sujetar el trage al talle por medio de un cinturon de cinta, adecuado á la guarnicion.

Cófia para señora de edad.

Figuras 25 y 26 (recto) del patron.

Se hace de tul negro, encage negro, cinta de terciopelo verde de diferentes anchos, hebillas de azabache, que tengan 2 centímetros de largo. Se corta en tul rígido el ala de delante y la de detrás, por las figs. 25 y 26, se las rodea con cinta de alambre, y se las reune juntando las letras iguales. Dos presillas de cinta de terciopelo verde, cada una de 30 centímetros de largo y 2 de ancho, puestas sobre el tul rígido, forman el fondo de la cófia: á cada presilla se pega un encage negro de 4 centímetros de ancho; se fija este fondo al ala, con arreglo á las indicaciones del patron. Un encage de 8 centímetros y medio de alto, realzado por una tira de tul negro de 4 centímetros, se frunce, y luego se fija al ala de detrás. El borde superior de esta ala se guarnece con un encage de 4 cents. de ancho, ligeramente fruncido, puesto *en pié*; la costura se cubre con una cinta de terciopelo, adornada con 5 hebillas de azabache. Sobre el ala de delante se pone un encage de 4 cents. de ancho, y otro encage igual á 11 cents. de distancia de la esquina inferior; ámbos exceden del ala en 3 centímetros, y su costura se cubre con una cinta. Algunos buclecillos de cinta y un lazo doble adornan el delantero de la cófia; dos tiras de tul negro, cada una de 48 cents. de largo y 16 de ancho, guarnecidas con un encage de 3 cents. de ancho y una cinta estrecha, sirven de bridas. No hay dificultad en que además se pongan bridas de cinta.



CORPIÑO MONTANTE PARA NIÑA DE 9 A 11 AÑOS.

CÓFIA PARA SEÑORA DE EDAD.

Cófia sin fondo.

Fig. 27 del patron.

Se hace con cinta de terciopelo rosa y tafetan negro; cada uno de 2 cents. y medio de ancho, cinta de tafetan negro de 6 cents. y medio de ancho, encage negro de 2 centímetros y medio, y entredos igual de 2 centímetros.

Se corta el fondo (que se quitará despues) por la fig. 27 (que representa su mitad) en tul rígido, el cual se rodea con cinta de alambre, y luego con cinta de terciopelo rosa; el delantero se guarnece de encage negro, fruncido, cosido con cuentas. Se toma un pedazo de entredos de 80 cents. de largo, se le orla por ámbos lados con encage negro, y se cosen cuentas negras huecas sobre todo este pedazo. Se pone el medio del entredos sobre el terciopelo que orla el fondo, y se le frunce un poco en las esquinas de este. Dos cintas de terciopelo rosa, cada una de 30 centímetros de largo, se cruzan sobre el fondo, y luego quedan deslizándose por debajo del encage que guarnece el lado interior del entredos, y que se descose un poco para este efecto. Los cabos de estas cintas, cortados al sesgo, exceden del fondo en 6 cents. poco mas ó menos. Se toman dos pedazos de cinta estrecha de tafetan negro, cada uno de 44 cents. de largo; cada cual se cose á una esquina de delante del fondo; aquí se los entrelaza, luego se hace otro tanto junto á las esquinas inferiores; se los fija debajo del borde inferior de aquel. La cinta que se encuentra entre los dos lazos debe formar una punta sobre el encage. Se corta el tul rígido, que forma el fondo, hasta la cinta de terciopelo; se colocan delante y detrás algunos buclecillos de cinta de terciopelo rosa, hebillas de azabache, y en fin 2 bridas de cinta ancha negra, cada una de 63 cents. de largo y 7 de ancho, rodeadas de encage cosido con cuentas, y adornadas de buclecillos pequeños de cinta de terciopelo rosa.

CORPIÑO MONTANTE CON PRESILLAS FORMANDO FALDETAS.

Corpiño montante para niña de 9 á 11 años.

Figuras 19 á 24 (recto) del patron.

Trage y corpiño de tela de lana color castaño, con guarnicion de terciopelo inglés castaño oscuro; botones y cascabelillos del color del terciopelo.

Corpiño.—Se cortan en tela y forro dos pedazos por cada una de las fig. 19, 20, 23 y 24; se deja además en la fig. 19 (delantero) para hacer en el borde de delante un repliegue de 3 cents. La espalda se corta sin costura por la fig. 21, que representa su mitad. Las dos mitades de cada manga se cortan por la fig. 22, teniendo en cuenta la diferencia de contornos para la mitad de debajo. Se hacen los ojales en el delantero de la derecha, y se ponen los botones en el opuesto; se cosen las dos nesgas del pecho; se reunen todos los pedazos del corpiño juntando las cifras iguales: se orlan los contornos con el terciopelo, y el escote con un vivo. La manga se cose desde 44 hasta 45, desde 46 hasta 47; se la orla con terciopelo, se la fija en la sisa, guarnecida con un vivo, juntando las cifras iguales, y cogiendo al mismo tiempo las dos presillas que se han forrado de seda y guarnecido de terciopelo.

Corpiño montante con presillas formando faldetas.

Figuras 28 á 30 (recto) del patron.

El trage, hecho de *epinglina* color castaño, tiene un corpiño montante, con un cinturon de que penden siete presillas de la misma tela que el trage; otras presillas análogas, pero mucho mas pequeñas, guarnecen la sisa de la manga; una borla está colocada en el extremo de cada una de aquellas, las cuales llevan al rededor una tira de terciopelo inglés color castaño, cortada al sesgo.

El corpiño se hace con arreglo al patron últimamente publicado (corpiño con aumento y reduccion): se cortan las siete presillas del cinturon, en tela y forro, por la fig. 28: —las 6 presillas de las mangas por la figura 29,—las 6 hojas de la roseta del cinturon por la fig. 30, todo ello en tela y forro de seda que se reunen por el ribete de terciopelo.

Cada presilla del cinturon se cose desde la estrella hasta el punto, luego se fija por el revés del cinturon (que tiene 4 cents. de ancho). El cinturon está forrado, ribeteado y guarnecido con corchetes puestos debajo de la roseta: esta se halla formada por seis hojas: se hace un pliegue en cada una de ellas poniendo la cruz sobre el punto: su union se cubre con una tira de la misma tela.

CÓFIA SIN FONDO.

Botito al crochet para niño.

Figs. 56 á 59 (verso) del patron.

MATERIAES.—Para el par: 28 gramos de lana céfiro blanca; 4 gramos de la misma lana azul: una madeja de torzal de seda azul.

Este botito se hace de lana blanca, al crochet tunecino, y se cubre con un enrejado que se ejecuta con seda azul: unos botoncitos blancos lo terminan por un lado. La plantilla se hace de lana azul, al crochet rayado comun. El todo repreduce la forma de las botas húngaras.

El patron facilitará la ejecucion del crochet tunecino: permitirá además el que se haga este calzado en cachemira blanca ó de color, y ejecutar en él á punto de cadeneta el enrejado con seda de color que corte bien.

Se principia por el borde de delante, haciendo una cadeneta de 7 puntos, sobre los cuales se ejecuta la 1.ª vuelta del crochet tunecino. En cada una de las 12 vueltas siguientes se crece un punto por cada lado de el del medio, de modo que la 13.ª vuelta tenga 31 puntos. A fin de poder comparar esta pala terminada con el patron, se deben reunir las figs. 56 y 57 desde 40 hasta 41. — De aquí en adelante se hace la labor en dos partes, y se ejecuta primero el lado interior (fig. 56) sobre los 15 primeros puntos de la 13.ª vuelta. El crecido que exige el patron se verifica al principio ó al fin de las vueltas. El lado esterior (fig. 57) se hace sobre los 15 últimos puntos de la vuelta 13.ª; queda por consiguiente un punto entre los dos pedazos. La presilla para los ojales (fig. 58) se principia por el borde superior, en línea recta, haciendo una cadeneta de 15 puntos: durante la ejecucion de esta parte de la botita hay que tener en cuenta los ojales, para cada uno de los cuales se hacen en la 2.ª fila de cada vuelta (de izquierda á derecha) 3 puntos en el aire entre 2 puntos. Despues, cuando está hecho el enrejado, se festonea cada uno de estos ojales con seda azul, y se cosen los botones en su sitio.

ENREJADO.—Se le principia en el borde de delante de la bota, y se hacen en los puntos de orilla 5 puntos sencillos, siempre seguidos de 5 en el aire. En las vueltas siguientes se hace cada punto sencillo en el punto del medio de los 5 en el aire: el último punto de cada vuelta va ligado al borde de la botita, y se crece de tal modo que el enrejado quede bien plano. Cuando todas las partes se han cubierto con este enrejado, se las cose unas con otras por el revés, juntando las cifras iguales, y empleando lana blanca. Por el derecho, se cubre cada costura con una fila de puntos-cadenetas, hechas con lana blanca. Sobre los puntos de orilla de la botita (exceptuando el borde inferior) se hace con lana blanca un encagito, cuya explicacion es como sigue: alternativamente un punto sencillo, una brida, una doble brida,—una brida.

PLANTILLA.—Se la principia por el borde de delante, haciendo una cadeneta de 15 puntos: se continúa la labor con arreglo á la fig. 59 del patron. Al coser la plantilla á la bota, las cifras 39 y 40 deben encontrarse juntas.

LOS PIRATAS AMERICANOS.

(Continuacion.)

—Qué significa esto? dijo uno de los compañeros, excelente cazador del Kentucky; apuesto que ese malvado batelero ha asesinado á *Pié de piña*.

—A *Pié de piña*, exclamó Edgeworth azorado interrumpiendo á Tom. ¿Porqué le llamábais así?

—Porque tenia la pierna derecha mas corta que la izquierda y saltaba imperceptiblemente cuando andaba. ¡Ah! aunque viviera mil años jamás olvidaria el espectáculo que se ofreció á nuestra vista cuando alcanzamos la cumbre de la colina. Vimos un cadáver y los buitres... Pero ¿qué teneis, Edgeworth?... palideceis... vos...

—*Pié de piña* como le llamais ¿tenia una cicatriz en la frente?

—Sí, una ancha cicatriz roja. ¿Le conocíais?

Al oir la contestacion de Tom, el pobre hombre torció convulsivamente sus manos por encima de la cabeza y se dejó caer hácia atrás dando un grito.

—Qué teneis, Edgeworth? ¡Por amor de Dios, responded! exclamó Tom muy alarmado; recobrad vuestro sentido. ¿Quién era pues ese infeliz muchacho?

—Era mi hijo! Hijo mio! murmuró el anciano, cubriendo con su mano helada sus abrasados ojos de los que no salia ni una lágrima.

—Ah! padre desgraciado! ¡Dios tenga misericordia de vos!

—Le disteis sepultura? preguntó Edgeworth despues de un prolongado silencio.

—Se hizo lo que se pudo; le dimos la sepultura del cazador, respondió Tom reprimiendo la emocion que experimentaba, porque no teníamos á mano mas que nuestros cuchillos de caza y la tierra estaba dura y seca... Pero ¿á qué contaros todos estos detalles que os afligen?

—No, no, dijo el anciano con vos suplicante; hablad, deseo saberlo todo.

—Colocamos el cadáver debajo de esta encina y le cubrimos completamente amontonando sobre él cepas y ramas, pareciéndonos imposible que ningun animal montaraz pudiera jamás llegar á él, y por otra parte ya sabeis que los osos no gustan de cadáveres. En seguida con ayuda de mi cuchillo entallé una crucecita en el tronco de la encina.

Durante este relato, Edgeworth habia permanecido inmóvil con la vista fija en el suelo, pálido como la muerte: cuando Tom dejó de hablar, despues de un doloroso silencio el grangero se levantó mirando tristemente en derredor de sí y pronunció estas palabras con trémula voz:

—De este modo nos habíamos acostado sobre tu tumba... ¡Oh querido William! ¡qué fin tan desastroso, Dios mio! No quiero que tus restos permanezcan así esparramados y expuestos al sol y al aire... Vos me ayudareis á enterrarlos, ¿verdad, Tom?

—Con mucho gusto; pero no tenemos aquí ninguno de los útiles necesarios al efecto.

—En el buque hay palas y azadones; mis marineros me ayudarán; quiero dar á mi hijo los honores de la sepultura; ¡ay de mí! esto es todo lo que puedo hacer por él.

—Vamos, vamos, pobre Edgeworth, venid, acercaos á mí, acostaos al otro lado del fuego.

—Para qué? ¿Creeis, Tom, que quiero abandonar el sitio donde los despojos mortales de mi pobre hijo han vuelto á la nada? ¿Creeis que deseo apartar mi vista de ese espectáculo por triste que sea? Yo abrigaba la dulce esperanza de estrechar á mi hijo contra mi corazon, y ¡hé aquí que hoy encuentro sus huesos dispersados en medio de un desierto! Vamos, amigo Tom, buenas noches; estais rendido de fatiga y debeis estarlo mayormente despues de un dia tan cruel; dormid, que yo voy á hacer lo mismo, á fin de que al apuntar el dia estemos dispuestos para emprender nuestra obra.

Para que su jóven compañero pensara seriamente en descansar, el pobre anciano se echó sobre su manta y cerró los ojos; pero el sueño se negó á egercer su benéfica influencia en sus desecados párpados. En seguida que la brisa matinal empezó á agitar el follage, Edgeworth se levantó, reanimó el fuego que produjo en seguida una deslumbradora llama, y á merced de la luz que esta despedia empezó á reunir los huesos que estaban esparramados. Tom á quien despertaron las idas y venidas de su compañeró, se levantó á su vez y fué silenciosamente á secundarle. El jóven se acercó por casualidad á un matorral sobre el cual estaba echado el perro Wolf, y fué recibido por este con un gruñido particular.

—Qué es esto? sueñas, viejo perezoso... pasito, Wolf. ¿No te avergüenzas de enseñarme los dientes?

Pero el perro no se manifestó dispuesto á hacer caso de esta amigable reprension; al contrario se irritaba cada vez mas meneando contínuamente la cola, como si hubiese querido decir: yo sé bien que eres un amigo, pero á pesar de eso no quiero que te acerques á donde yo estoy.

Tom se paró y dijo al fin á Edgeworth-

—Mirad lo que tiene el perro que no quiere que me acerque á él: sin duda en ese matorral hay algo; ¿qué podrá ser?

Edgeworth dió algunos pasos, y separando resueltamente el hocico del fiel animal, encontró entre sus patas el cráneo de su hijo; recogió suspirando los restos de aquella cabeza tan querida mientras Wolf se levantaba con viveza aullando lastimeramente.

—El pobre animal comprende que esta es una preciosa reliquia, observó el marinero.

—¿No creeria uno en verdad que reconoce estos restos humanos? Aquí, Wolf, aquí, buen perro, ¿te acuerdas todavía de tu excelente amo?

Al oir estas palabras Wolf se echó mirando fijamente al anciano, y lanzó un gemido tan lastimero, que Edgeworth no pudo resistir su emocion, se arrodilló al lado del perro, le rodeó el cuello con sus brazos, y cesando de contenerse derramó abundantes lágrimas. Mientras tanto Wolf lamia la frente y las megillas de su dueño, haciendo esfuerzos para poner una de las patas sobre su hombro.

—Esto es verdaderamente increible! dijo Tom impresionado por la accion del perro.

—Ah! el pobre animal ha reconocido á su amo; respondió Edgeworth enjugándose los ojos, y al mismo tiempo levantándose penosamente añadió: ¡Oh! ¡me ha hecho mucho bien el ver que el buen Wolf conserva la memoria de mi William! ¡Excelente animal! ven, que quiero acariciarte con todo el afecto que mereces.

En este momento resonó por el lado del rio un disparo de arma de fuego que interrumpió la conversacion.

—Ya está ahí el buque: vuestros hombres han debido navegar toda la noche para llegar así á la madrugada.

—Tened la bondad de llamar con la bocina á nuestra tripulacion, querido Tom, repuso el grangero.

—Con mil amores! pero venid conmigo; os será demasiado doloroso permanecer solo en este sitio.

—No, no! id, Tom; cuando volvais ya habré terminado mis preparativos.

Sin replicar una palabra mas, Tom cogió su carabina y se dirigió apresuradamente hácia el lado del rio, mientras Edgeworth se prosternaba al pié de la encina cuyo follage habia protegido por tantos años el cuerpo de su hijo. Permaneció así en oracion hasta que oyó venir á los tripulantes del buque. Entonces se levantó y fué á su encuentro con paso firme y resuelto y afectando una calma estóica.

Tom habia contado á los marineros lo que habia ocurrido. Estos pusieron manos á la obra sin decir una palabra, y en un momento abrieron una fosa estrecha para colocar en ella los huesos del infortunado jóven. Cuando estos restos estuvieron cubiertos formaron encima de ellos un montoncillo de tierra, y en seguida que hubieron terminado esta lúgubre tarea regresaron silenciosamente al rio llevándose el oso muerto por Tom y su amo.

—Halloo! gritó desde lo alto del puente del buque el marinero que estaba de cuarto (hombre grosero, de aspecto feroz, pecoso de viruela, cuyo pelo negro y áspero flotaba en desórden); ¡por mi alma que es carne de oso! Hé ahí lo mejor que ha hecho nuestro capitan en mucho tiempo. Vivo, embarquémonos, no perdamos un tiempo precioso; cuanto mas tardamos mas baja el agua.

—Con todo, es preciso que volvamos todavía á tierra, dijo uno de los hombres de la tripulacion.

—Qué se os ha olvidado?

—Nada; pero hemos venido á buscar ladrillos para construir un mausoleo del mejor modo que nos sea posible.

—Qué imbéciles sois! ¿y despues cómo guisaremos si me destruís así la chimenea?

—En Vincennes encontraremos ladrillos, respondió Tom. Vamos, y vos ¿porqué no ayudais?

—Porque yo me he contratado como piloto y no como peon de albañil para trasportar ladrillos, dijo refunfuñando este hombre tendiéndose resueltamente sobre la cubierta. Vaya una bella ocupacion la de enterrar un esqueleto humano, que si vos no hubiéseis venido por aquí hubiera acabado de podrirse á la intemperie.

Nadie respondió al grosero piloto: cada uno de los marineros cargó en silencio sobre sus hombros los ladrillos que habian venido á buscar, volviendo á subir apresuradamente los ribazos escarpados del Misisipí. En media hora construyeron un monumento muy sencillo sobre la fosa del cazador asesinado, y terminaron sus disposiciones quitando el musgo que ocultaba la cruz grabada en el árbol.

Edgeworth parecia abismado en sus tristes meditaciones. De repente como si despertara de un sueño, se levantó, dió un apreton de mano á cada marinero agradeciendo á todos, uno despues de otro, sus buenos oficios, y volviendo á tomar su carabina se dirigió al buque con paso seguro, seguido por toda la comitiva.

Media hora mas tarde los grandes remos de la pesada embarcacion, balanceada por la corriente, la impulsaron con vigor y la guiaron al fin en medio del rio. Los marineros los abandonaron entonces y se tendieron con indolencia sobre el puente á fin de disfrutar del magnífico espectáculo que presenta la salida del sol que se levantaba con todo su esplendor, y cuyos primeros rayos se dejaban ver por detrás de las movedizas copas de los árboles del bosque. Edgeworth sentado en la popa teniendo á su perro al lado, contemplaba dolorosamente la sombra magestuosa que cubria la tumba de su hijo: muy pronto al revolver una de las sinuosidades del rio, una roca escarpada ocultó el horizonte y el paisage cambió de aspecto. Las aguas del Misisipí, que éstaba encajonado en un canal abierto en la roca, arrastraban silenciosamente la barca del anciano cortígere del Wabash.

II.

EL MOTIN.—DISCUSIONES POLITICAS.

En la ciudad de Helena, una de las principales del Arkansas construida á orillas del Misisipí, se notaba mucha agitacion y movimiento, y cualquiera hubiera dicho que todos los habitantes de las cercanías se habian reunido en ella. La conversacion era muy animada en los grupos de hombres, los cuales unos vestian como los azadoneros del desierto camisas de piel de gamo adornadas con franjas de colores, y los demás usaban el trage peculiar á las varias clases de habitantes de la ciudad. En prueba de que lo que llamaba la atencion de la muchedumbre era alguna cosa extraordinaria, los que formaban parte de los grupos hablaban en alta voz y gesticulaban con vehemencia.

El grupo mas numeroso se estacionó delante de la posada de la Union que era la principal de la ciudad. El dueño del establecimiento, hombre de talla elevada, notablemente flaco, con el cabello desgreñado, de pómulos salientes. nariz larga y puntiaguda y de ojos azules y mirada benévola, escuchaba el ruido y contemplaba con gran satisfaccion el movimiento que hacia algun rato tenia lugar delante de su puerta. El trabajo no escaseaba en el interior de la casa, donde la vigilante posadera, ayudada por sus criados y un negro, se ocupaba activamente en servir á los numerosos concurrentes, y en preparar cuartos y camas para aquellos cuya morada estaba demasiado lejos de Helena para poder volver á ella antes de anochecer. El ardor de la disputa y las repetidas libaciones habian exaltado la imaginacion de los oradores: por todas partes prorumpian en blasfemias y voces amenazadoras; oyóse de pronto una fuerte gritería que unida é una violenta ondulacion probaron al posadero que se realizaban sus esperanzas y que las vias de hecho seguian á las palabras.

Apoyado en el umbral de su puerta con las manos en los bolsillos, gozaba con esta escena que él habia previsto y que al parecer colmaba todos sus deseos.

El primer golpe fué asestado por un irlandés fuerte y rechoncho, de cabello rojo y que tenia la barba de un

color todavía mas subido. Iba ridículamente vestido de nankin, llevaba el cuello de la camisa desabrochado y las mangas arremangadas. Pero si su facha era grotesca, en cambio Patrik O'Toole no se mostraba dispuesto á chancearse por ningun motivo. En cuanto habia tragado algunas gotas de whisky, la cosa mas pueril é insignificante le parecia que era razon suficiente para entablar, como él la llamaba, una *disputa razonable,* y aunque no era quimerista por naturaleza, era siempre el último en ceder mientras se le presentaba la menor ocasion de batirse.

Sin embargo, en el caso presente, por buena que pudiera ser la causa de Patrick, ó de Pat, que era el nombre con que se le conocia en la poblacion, parecia que debia salir mal librado, porque en seguida que echó al suelo á su adversario, la mayor parte de los que hasta entonces no habian intervenido en el altercado se volvieron contra él y manifestaron la intencion de vengar al vencido.

—Atrás! vagabundos, hijos de lobo, decia gritando el irlandés, distribuyendo sendos golpes á derecha é izquierda sin intencion de herir á nadie en particular.— ¡Vamos, juguemos limpio!... repuso levantando aun mas las mangas de la camisa, despues de haber derribado á varios de los agresores. Portémonos como hombres, uno á uno, dos contra uno, tres contra uno si quereis: pero no seais ocho ó nueve contra mí, y yo me encargo de poneros la cabeza tan suave y blanda como un guante.

—Juego limpio! gritó uno de la turba que se esforzaba en colocarse en primer lugar.

Este era el hombre que habia sido aporreado el primero, que levantándose y tapando con su mano izquierda el ojo ennegrecido, con la derecha sacaba de debajo de su chaqueta un cuchillo, y presa de una rabia extremada se precipitó sobre el irlandés exhalando un grito salvage.

O'Toole le guardó á pié firme, y paró el golpe bien dirigido de su adversario cogiéndole la muñeca con una mano mientras con la otra le tendia en tierra. Apeló en seguida á la buena fe de los espectadores con la esperanza de ser protegido contra otro ataque de igual naturaleza; pero el populacho estaba mal dispuesto á su favor, porque despues de haber retirado al vencido del lugar de la contienda, se arremolinó sobre O'Toole aumentando su furor de una manera indescriptible.

—¡Muera el perro irlandés, que ha tenido el atrevimiento de poner sus manos sobre un ciudadano de los Estados Unidos! ¿Qué viene á hacer ese extrangero en nuestro país? ¿Con qué objeto ha atravesado los mares? ¡Muera, muera!

—Echarle al agua! gritó un coloso de rostro pálido, á quien una cicatriz profunda, que le cogia desde el lado izquierdo de la boca hasta detrás de la oreja, daba un aspecto repugnante. Echémosle al rio. Que vaya á servir de pasto á los cangrejos en el fondo del Misisipí. Estos miserables alemanes é irlandeses no vienen mas que á hacer disminuir el salario de los operarios pobres y honrados...

Apenas el gigante hubo pronunciado las últimas palabras, silbó de un modo particular precipitándose tan bruscamente sobre el irlandés que este se vió obligado á retroceder. Sin embargo O'Toole no hubiera sido derribado, si otros agresores no hubieran acudido en auxilio de los primeros; la lucha era pues desigual, y cediendo al número O'Toole fué prontamente vencido.

—¡Echad al Misisipí á ese tunante; atadle las manos á la espalda y que vuelva nadando á Irlanda, ó que vea de encontrar un buque en el camino! gritó un energúmeno.

Las personas pacíficas que querian impedir que esta simple disputa terminase trágicamente, se vieron rechazadas por los mas furibundos, y el populacho impelia á su víctima hácia el rio dando gritos espantosos.

La posicion de O'Toole era muy crítica, y como conocia las disposiciones malévolas de los habitantes de Helena hácia su persona, se veia perdido inevitablemente, porque sus enemigos eran los mas fuertes, favoreciendo sus designios hostiles la proximidad de las aguas. En este momento un hombre se colocó entre la víctima y sus perseguidores, imponiendo á la multitud y cogiendo á O'Toole por un brazo. Este no era otro que el digno posadero Jonatham Smart.

—Deteneos, esto es demasiado, dijo imperiosamente con el aplomo de un verdadero magistrado.

Por lo visto el populacho no parecia muy dispuesto á aceptar de buen grado esta inesperada intervencion.

—Atrás! Smart, dejad á ese hombre! gritaron por todos lados prorumpiendo en imprecaciones y amenazas.

Pero á pesar de haberle prohibido que interviniese, Smart persistió en retener á O'Toole, protestando que nadie se atreveria á tocarle á un solo cabello.

—Ea, ¡vos lo habeis querido! dijo un hombre que sacó una pistola del bolsillo, apuntó á Smart y disparó.

El honrado yanby, á quien afortunadamente no dió el tiro disparado contra él, no estaba de humor de tolerar semejante atentado, y así sacó tambien de su bolsillo una cuchilla cuya hoja tenia á lo menos un pié de largo, dirigiéndose hácia su agresor con ánimo de abrirle la cabeza. Visto por este, evitó el golpe, pero no sin que recibiese un rasguño en un hombro que le rompió la manga hasta el codo.

Despues de lo ocurrido no era posible dudar de las verdaderas intenciones de Smart, cuya mirada tenia tal expresion que contuvo á los promovedores de aquella escena, y les hizo abandonar al momento al irlandés, que en cuanto se vió libre se puso en pié cloqueando como un gallo encolerizado pronto á empezar la pelea; pero Smart no le dió tiempo para nada, se apoderó de él cogiéndole por el cuello y le arrastró consigo hácia su casa, cuya puerta cerró antes de que la turba volviese de de su sorpresa y despreciase el terrible instrumento que tenia en sus manos.

El hombre de la cicatriz fué el primero que rompió el silencio y dijo:

—Sufriremos con paciencia semejante insulto? ¿Quién es ese perillan de yanky que tiene el atrevimiento de dictar leyes á los honrados ciudadanos del Arkansas? ¡Pongamos fuego á su casa y asémosle dentro con su mujer y sus criados!

—Manos á la obra, que no quede en palabras, respondieron los demás á coro. Vamos, muchachos: su misma cocina nos proporcionará el elemento devorador; destruyamos la posada.

La muchedumbre irreflexiva, dispuesta siempre á cometer un crímen, se precipitó como un alud hácia la casa, é iban sin duda á llegar las cosas al último extremo, cuando un hombre se adelantó con demostraciones muy amigables, y levantando sus brazos al aire suplicó con voz clara que le escuchasen un momento.

Este era un hombre delgado, de frente elevada, de cabellos y ojos negros, boca agraciada, denotando á la vez en su apostura y su semblante la superioridad del mando y la dulzura de la persuasion, lo que unido á la finura del paño de su vestido y la nevada blancura de la camisa demostraba que pertenecia á una de las clases elevadas de la sociedad. En efecto, era un letrado y médico al mismo tiempo que habia venido de las provincias del Norte próximamente un año antes del principio de esta historia. El profundo saber y las maneras seductoras del doctor le habian grangeado desde el primer momento una inmensa clientela, y además habia tenido el honor de ser nombrado magistrado de la ciudad y del condado.

—Señores, dijo á los enfurecidos, mirad lo que vais á hacer; todos estamos sujetos á las leyes vigentes en los Estados Unidos, y los tribunales se hallan establecidos, tanto para defenderos contra la violencia, como para proteger á los débiles contra los ataques del mas fuerte. M. Smart no os ha insultado en manera alguna, antes por el contrario, impidiéndoos cometer un crímen cuyas consecuencias hubieran sido funestas, os ha prestado un relevante servicio, y debiérais mostrarle de otro modo vuestro reconocimiento; además M. Smart bajo todos conceptos es un hombre muy honrado.

—Honrado! nos alegramos de saberlo! exclamó el hombre que habia querido disparar sobre Smart. Lo que es verdaderamente un miserable que ha querido dividirme en dos como una manzana; por lo tanto es menester quemarle la taberna; esta es mi opinion, y creo que es la mejor.

—Señores, repuso el juez, si M. Smart os ha insultado estoy convencido que os dará todas las satisfacciones que estén en su mano. Vamos á su encuentro pacíficamente acometámosle con palabras conciliadoras, se someterá voluntariamente á pagaros una cuntribucion de whisky, y el negocio se arreglará de esta manera; ¿consentís en ello?

—Sí, dijo el hombae de la cicatriz, que nos obsequie; pero si desgraciadamente algun dia le encuentro otra vez en mi camino, meteré dentro de su cuerpo nueve pulgadas de acero.

—¡Vamos, muchachos! ¡á la posada! á la posada! y si no nos regala expléndidamente, luego demoleremos su barraca.

Aquellos furibundos se lanzaron hácia la casa dando gritos profiriendo amenazas. Afortunadamente Smart conocia con qué gentes tenia que tratar, y de haberles permitido entrar en el establecimiento en aquel estado de exasperacion, se hubiese visto enteramente á su arbitrio y obligado á obedecerles, y el expediente pacífico del juez para impedir un nuevo conflicto iba á tener fatales consecuencias. En seguida que aquel vió á los alborotadores acercarse á su puerta, se presentó de pronto armado de una carabina, y juró que haria fuego sobre el primero que tuviese el atrevimiento de sentar la planta en el umbral de su habitacion.

Semejante amenaza por parte de Smart era terrible, porque tenia fama de muy buen tirador. El juez procuró interponer otra vez su mediacion, hizo presente á Smart que aquellos hombres habian renunciado á sus intenciones hóstiles, y le suplicó que depusiera su arma á fin de evitar todo motivo de animosidad.

—Dadles una cuarterola ó dos de whisky, y beberán á vuestra salud; vale mas vivir en buena armonía con los vecinos que estar siempre en contienda con ellos.

Smart bajó su carabina y respondió:

—M. Dayton, esforzándoos para evitar la efusion de sangre habeis manifestado cuánta es vuestra bondad, y muchos de vuestros colegas no se hubiesen tomado tanto trabajo. A fin de que estas buenas gentes se convenzan de que no abrigo ningun rencor y de que tampoco deseo otra cosa que vivir amigablemente con ellos, les ofrezco una pipa entera, pero la haré conducir ahí fuera. En la casa hay señoras, y creo que á esos mozos les gustará mas beber el aguardiente en medio de la calle, que verse molestados con la presencia del bello sexo.

—Diablo! aguardiente! dijo el hombre de la cicatriz, ¿nos dareis de veras una pipa de cognac y consentís en declarar que deplorais sinceramente cuanto ha ocurrido?

—Ciertamente, replicó Jonatham Smart, mientras una sonrisa de desprecio contraia sus labios, y pongo á vuestra disposicion el mejor aguardiente que hay en la bodega. ¿Os dais por satisfechos, señores?

—Sí, sí! contestó á voces la turba, traed el cognac; teneis mucha razon, que cuando hay faldas en una casa, los hombres como nosotros no pueden beber á su libertad. ¡Despachaos, Smart! por dicha vuestra estamos hoy de buen humor; pero no obstante no nos hagais aguardar demasiado.

Cinco minutos despues un negro alto, de anchas espaldas, lanosa cabellera y en cuyas facciones se veia fuertemente marcado el tipo de la raza africana, apareció en el umbral llevando bajo su brazo izquierdo un descomunal jarro de asperon, mientras su mano derecha estaba llena de vasos de estaño, y echó una mirada de desconfianza sobre la multitud que le recibió con ardientes aclamaciones. Algunos se apresuraron á cerciorarse de la bondad del licor, y luego de satisfechos sobre este punto, la turba fué á establecerse sobre una pequeña explanada á la orilla del rio, donde permaneció gritando y bebiendo hasta una hora muy adelantada de la noche. El doctor Dayton miró como se alejaban, y permaneció abismado en una profunda meditacion. Smart vino á sacarle de su distraccion para darle gracias por la oportunidad de su socorro.

—Gracias, señor, le dijo, por haber intervenido tan á tiempo en mi favor; no podriais haber elegido momentos mas oportunos para ayudarme.

—He cumplido con mi deber como ciudadano; una sola palabra produce con frecuencia grandes desgracias, y un hombre resuelto, si sabe aprovechar la ocasion, puede siempre guiar á la muchedumbre á su gusto.

—No sé si eso es exacto, dijo Smart meneando la cabeza y dirigiendo una mirada de duda hácia la ribera. Semejantes gentes no es fácil conducirlas ni por medio de la fuerza ni por medio de procederes nobles y generosos. Generalmente estos brutos no tienen mas que perder que la vida, y como la estiman en poco, la arriesgan por cualquier cosa. Yo no soy amigo del derramamiento de sangre, y menos por futilidades; de todos modos estoy contento de haber salido tan barato. Doctor, tened la bondad de entrar, venid á mi salon, os lo ruego, soy con vos al momento. Tengo necesidad pirmero de ir á encontrar á mi mujer á la cocina para darle algunas instrucciones importantes.

—Agradezco vuestro ofrecimiento, M. Smart; pero tengo que volver á mi casa á consecuencia de cartas recibidas por el último correo, aguardo una visita para tratar de negocios. Si quereis complacerme, venid á ella, porque tengo necesidad de hablar con vos sobre algunos asuntos, y haced que os acompañe vuestra buena esposa.

—La casa está llena de gente, por cuyo motivo mi mujer no se atreverá ausentarse, y no obstante hace ya un siglo que no hemos visto á mistress Dayton. Pero decidme, ¿si esos miserables volvieran?...

—No lo temais; son vivos, audaces, groseros; pero no los creo capaces de hacer daño con premeditacion; puede que en la efervescencia de su furor hubieran prendido fuego á vuestra casa; pero en este momento en que su cólera se ha calmado, no piensan ya en haceros daño.

—Tanto mejor! Doctor, os aseguro sin fanfarronería que no les temo; además Scipion permanecerá en acecho sobre los canalones durante mi ausencia, y en cualquiera lugar de Helena en que me encuentre, oiré el sonido de su trompeta. Conque lo dicho: antes de media hora conmigo.

(*Se continuará.*)

EL CANTO DE LOS HELENOS.

(TRADUCCION.)

Preservar la imaginacion de cualquiera extravío no es mas que un simple cálculo de felicidad para una mujer virtuosa.

Mme. Necker de Saussure.

Sois hermosa, mi querida Blanca, rica, amada, y osais preferir á ese mundo que os admira otro mundo encantador, pero ideal, creado por una imaginacion de diez y ocho años. ¡Con cuánto lujo, con cuánto amor adornais esa Alhambra de vuestros sueños! ¡Cómo se vive á gusto ¿no es cierto? lejos de las mezquinas exigencias y de las vulgares realidades de nuestras existencias monótonas! No se oyen mas que voces inteligentes y tiernas, y se ama siempre sin calcular jamás. Vuestros amigos os encuentran original, pero sus graves discursos de nada sirven. Yo no pretendo exhortaros á mi vez; estoy demasiado segura de que no seré escuchada. Quiero únicamente contaros una historia. Esa historia es la mia. Es una confidencia, casi una confesion. No podeis negaros á oirme.

Por de pronto, querida niña, perdonadme que os lo diga, os compadezco por ser tan rica. Hé aquí un extraño lenguage que se os dirige, sin duda alguna, por la primera vez. La fortuna os parece quizás el mejor de vuestros privilegios porque os permite dar vuelo á la fantasía y hacer á los demás dichosos. Entendámonos. Dios me libre de querer arruinaros! Una mujer pobre es ¡ay de mí! bien digna de compasion! Yo desearia á todas las jóvenes una fortuna segura, pero no una dote que atragese las miradas codiciosas. La vida se parece á un campo de batalla. Se apunta y se hace fuego con preferencia sobre todo lo que brilla.

Yo tambien, Blanca, he sido lo que sois en el dia, mimada por la fortuna, hermosa... tal vez menos que vos, esto nada importa; pero me faltaba una madre, es decir, el mas precioso de los bienes de este mundo. ¡Ah! Nunca dareis bastantes gracias á Dios por habéroslo conservado! Yo era huérfana; pequeña heredera en tutela, habia sido recogida por mi abuela. Desde la edad de seis años, tomé ya mis aires de grandeza, resistia á mis maes-

tros, mandaba á los criados, que me obedecian con respeto, y no hubiera podido comprender que esto dejase de ser así, al mirarme en el espejo emperifollada como una muñeca de aguinaldo y llena de la dignidad de mi microscópica figura.

Mi abuela, mujer á la moda de Versalles y de Trianon, primero prisionera, luego emigrada, conocia las glorias como las afrentas del siglo último. Todo lo contaba con mucha gracia, aunque recargaba demasiado sobre ciertas anécdotas y era un poco frívola en sus juicios. Amando el mundo todavía, conservaba un auditorio compuesto de viejos amigos y de jóvenes indiscretos que, para escribir obras históricas, venian á ojear en sus recuerdos.

Una vez que os he prometido decirlo todo, debo confesaros que mi abuela, buena, indulgente, sin rehusarme jamás un beso ni un adorno, no era la persona á propósito para dirigir mi primera juventud. Yo no la veia sino á ciertas horas: cuando hacia su *toilette* y á los postres de sus comidas. En esos momentos me acariciaba, me daba algunas golosinas y luego me despedia. Las criadas eran las que cuidaban de mí, sobre todo la señorita Laurent, doncella de mi abuela que le hacia pagar con su carácter extravagante treinta años de fidelidad. Por lo demás, no tengo derecho para quejarme de este Richelieu con faldas; si su despotismo pesaba sobre las otras criadas, en cambio, yo siempre encontraba gracia á sus ojos: era la niña mimada de la casa y me cuidaba con cierto respeto, como á los retratos de familia, á los juguetes de precio y á las porcelanas de Sevres. El primer dia del año me compraba alguna cosilla con su dinero, y me permitia poner en carnaval sus gorras piramidales y su bello jubon de seda tornasol.

Muy pronto á las criadas sucedieron las ayas. Tuve muchas. Una inglesa me fastidió de los versos de Shakspeare; una alemana me enseñó á pedir pan en la lengua de Schiller; y, en fin, una discípula de Kalkbrenner tuvo la gloria de hacerme tocar varias cuadrillas. Pero todas esas ayas, mas ocupadas de sus intereses que de los mios, me abandonaron para buscar fortuna en Lóndres ó en San Petersburgo. Se trató de que entrase en la Abbaye-au-Bois. Me resistí á la manera del pájaro que se agarra á los alambres de su jaula. La señorita Laurent tomó mi partido, y permanecí en casa, donde, gracias á algunos maestros llamados de fuera y á un poco de amor propio, conseguí adquirir esa educacion superficial que es lo bastante para la mayor parte de las mujeres.

Fuí creciendo poco á poco en ese viejo palacio del arrabal de Saint Germain que os parece tan triste hoy con sus grandes salones, sus antiguos muebles y su patio embaldosado. Mi abuela, con una bondad infinita, me presentó en la buena sociedad, y asistia á las reuniones para verme bailar, gozando como una verdadera madre del éxito que yo lograba alcanzar; sí, de mi éxito, permitidme esta vanidad retrospectiva. Se me acogió en todas partes con amabilidad y elogios. Mi dote hubiera sido lo suficiente para atraerme cortesanos; además, la libertad que presidiera á mi educacion, me daba cierto tinte de originalidad picante. Todos los cascabeles de la locura resonaban en rededor de mí. Amaba el baile, la multitud, el ruido. Mi inexperiencia de la vida era completa. No conocia otros guias que mi gusto y mi imaginacion.

En el mes de Mayo acostumbrábamos á ir, en un viejo calesin y á jornadas cortas, á Braizieux, antigua posesion de la familia, donde permanecíamos hasta Navidad. Mis compañeros de viage eran mi abuela, la señorita Laurent y un perrillo de lanas llamado Pacha. En Braizieux, las largas correrías por los campos sustituian á los bailes. Teníamos huéspedes, vecinos; se podria decir que llevábamos los placeres en nuestros baules de viage. Desde la mañana á la noche hacia resonar mi vasta jaula de piedra con las cuadrillas que bailara ya en el invierno. El parque, á pesar de sus severos ojaranzos, me parecia siempre alegre con sus prados de césped, sus cortinas de sombra y sus grandes muros tapizados con diferentes ramas de frutales cargados de pavias, melocotones y racimos dorados.

Mi abuela habia tenido tres hijos. De estos solo vivia el mayor; pero habiéndose casado en el Franco-Condado con una mujer enfermiza y sedentaria, se entregaba enteramente á la caza, á la agricultura y á la educacion de sus hijos, y no venia casi nunca á París. El segundo, mi padre, habia muerto de teniente coronel en España y mi madre le sobrevivió muy pocos años. El tercero, en fin, muerto tambien hacia largo tiempo, dejaba una viuda y un hijo único, los cuales, aunque residiendo en la Bretaña, solian hacernos algunas visitas. De estas dos personas debo hablaros ahora.

Preciso es que os confiese antes que yo aborrecia á mi tia. Era seguramente un odio injustificable, porque no he conocido jamás una mujer tan perfecta; pero esta misma perfeccion venia á ser justamente lo que yo no podia sufrir. Perteneciendo á una de las mejores familias de Rennes, la señora de Braizieux tenia, no esa orgullosa pedantería de los que creen ser algo, sino ese sello de distincion que nace con la persona y que involuntariamente se deja conocer. Grande, digna, fuerte en todas las circunstancias, parecia nacida para mandar. Con cualidades semejantes me habia figurado yo, leyendo la historia, á Semíramis, Catalida II y María Teresa. En efecto, viuda con una fortuna considerable que administrar y un hijo á quien educar, gobernara este pequeño reino doméstico como soberana firme y hábil. Jamás he notado que mi tia incurriese en falta alguna así en sus palabras, como en sus acciones. Nunca un movimiento irreflexivo traia á sus labios frases inconsideradas, vivas ó tiernas. No habiendo querido dejar sus vestidos de luto, llevaba constantemente trages negros y lazos grises ó blancos. Sus facciones tenian cierta regularidad algo masculina, al estilo de las medallas romanas, y sus cabellos, que me parecia que siempre debieran haber sido blancos, formaban al rededor de su rostro un marco de anillos de plata crispados é inflexibles que ni el viento mismo, segun creo, podria deshacer.

Cuando la señora de Braizieux llegaba á nuestro lado, se apoderaba de nosotros una especie de estupor. Y sin embargo, era muy bien educada y demasiado discreta para permitirse criticar nada en una casa agena; pero su mirada decia con frecuencia mucho mas que sus palabras. A pesar del respeto irreprochable con que trataba á la madre de su difunto esposo, mi abuela experimentaba tambien aquella glacial influencia como todo el mundo. Le hubiera bastado á cualquiera extraño oir cambiar entre aquellas dos señoras las palabras consagradas: "madre mia," "hija mia," para juzgar de la frialdad de sus relaciones. En cuanto á mí, comprendí en seguida que mi tia desaprobaba mi educacion, mi independencia de carácter, mi ociosidad, el lujo de mis vestidos; de manera que delante de ella todo desaparecia al instante, alegría y gracia, alhajas y encages. La señorita Laurent, muda y contrariada, no se atrevia á reñir á nadie y hasta me parecia que el mismo Pacha no se permitia tampoco subir al sofá.

Tengo que hablaros todavía de mi primo Jorge. Era un hermoso jóven, dócil, respetuoso delante de su madre y algo turbulento separado de ella. Una idea se apoderó de mi imaginacion que llegó á prevenirme contra él: creí adivinar que se le destinaba para marido mio, y el solo pensamiento de ser algun dia la mujer del hijo de mi tia, me aterraba. Mi primo, que tenia mas años que yo, habia adquirido en sus playas bretonas una decidida vocacion por la marina. Sus estudios fueron encaminados á este objeto, y un año se presentó en nuestra casa alegre y triunfante: iba á embarcarse como aspirante.

—Y bien, primita, me dijo, ¿no estais orgullosa de tener un primo aspirante de marina?

—No, respondí con cierto tono algo inconveniente, no me gusta la marina.

—Porqué? replicó vivamente. Se recorre el mundo entero, se salva la tripulacion, se puede llegar á ser almirante! ¿Qué defecto le encontrais á una carrera tan brillante?

—No sé, contesté impaciente. Me parece que un marino debe volver á tierra desfigurado, salvage y con olor á brea.

Jorge se retiró tan visiblemente afectado, que comprendí mi necedad. Pero no tuve la habilidad de repararla. Pocos dias despues nos dejó para embarcarse en Tolon. Su barco se hacia á la vela para Alejandría.

No son mis memorias lo que estoy escribiendo. Es únicamente un episodio de mi vida. Dejadme, pues, llegar sin muchos preámbulos al invierno de 1837 á 1838, que ha quedado profundamente grabado en mis recuerdos. Yo tenia entonces veinte años.

Aquel invierno fué animadísimo. La alta sociedad parecia querer desquitar lo que habia perdido durante el último carnaval, con motivo del luto del rey Cárlos X, y el mundo oficial bailaba sin descanso. El temor de fatigar á mi abuela, me hacia preferir con frecuencia las reuniones íntimas ó los conciertos, á los grandes bailes. Una vez, por ejemplo, creí hacer un sacrificio meritorio persuadiendo á mi venerable y querida compañera para que me condugese á casa de una de sus amigas, la baronesa de Larcy, y no á la embajada de Inglaterra. Solamente, para consolarme en cierto modo de mi abnegacion, estrené un bello vestido de crespon blanco y una corona elegantísima, objetos destinados al gran *raout* británico.

La señora de Larcy, casi contemporánea de mi abuela, era como esta amiga del mundo, pero mucho menos espiritual que ella. Recibia todos los viernes y se daba una pena infinita con el fin de atraer la gente á su salon. Sin embargo, la música, el té, los helados, la conversacion, todo era muy mediano generalmente. Los verdaderos elegantes no asistian mas que en cuaresma. Admitia del mismo modo á todas las naciones y á todas las opiniones. La ex-guardia real jugaba allí el *whist* con los generales de Africa, y los hijos de la pobre Polonia se batian al ecarté.

La noche de que hablo encontramos una concurrencia numerosa y escogida. La señora de Larcy estaba radiante de satisfaccion. Vino á recibirnos sonriendo, vestida con un trage de terciopelo color de rubí.

—Apresuraos, nos dijo, voy á tratar de buscaros un sitio bueno. Tendremos música excelente y vais á oir cantar al príncipe Alfeo.

Con sumo trabajo conseguimos hallar dos asientos en una banqueta. Al lado de mi abuela estaba una silenciosa inglesa que llevaba el compás con un hermoso abanico *Pompadour*. Al mio, dos señoritas elegantes que hablaban de Mauricio Beauvais, de los baños de mar y de la toma de Constantina.

De repente, en medio del salon, se adelantó un jóven entre la multitud que le abria paso. Mis vecinas olvidaron al momento las olas y los cañones para exclamar:

—Qué bello es! Qué sello de distincion! Cualquiera comprende al verle el entusiasmo de los franceses por la causa de la Grecia. Ahora me explico perfectamente el destierro voluntario de Lor Byron.

—Por oir á este hermoso cantor he renunciado á ir esta noche á la embajada, añadió la otra. Dicen que su voz vale tanto como la de Rubini.

El jóven extrangero merecia seguramente llamar la atencion. Era de una belleza notable. Su rostro noble, regular, su talle elegante, su sonrisa impregnada de melancólica dulzura, sus ojos negros, altivos y seductores al mismo tiempo, contrastaban de un modo extraordinario con el tipo banal de los bailarines de todos los salones. Cuando, con una voz armoniosa y vibrante, dirigida con un talento de verdadero artista, dejó oir cierta especie de canto de guerra griego, aquel auditorio frívolo se sintió transportado de admiracion. Los versos, la música, pertenecian á personas de fama, y el príncipe hacia sobresalir las notas y los versos de una manera que triplicaba su valor.

—Un salon es indigno de él, decian. Era preciso oirlo en la Scala de Milan, con la mar en el fondo del teatro para acompañar su voz.

REMIGIO CAULA.

(*Se continuará*).

Explicacion del figurin iluminado.

ENAGUA INTERIOR REDONDA DE CACHEMIRA VERDE, guarnecida con dos volantes plegados ocupando un espacio de 25 cents. Trage corto de cachemira igual á la de la enagua anterior, orlado con dos cintas de terciopelo negro, muy estrechas, bordadas de cuentas blancas; por su borde inferior todos los paños van separados en una altura de 10 cents.; las cintas de terciopelo negro suben hasta la cintura por ámbos lados de la costura de cada paño; corpiño liso con cinturon; mangas casi lisas, con dos bullonados, el uno en el hombro, el otro, menos saliente, hácia el codo; el cinturon, igual al trage, se guarnece como este; la misma guarnicion en las mangas.

ENAGUA DE TAFETAN GRIS, adornada con guirnaldas de follage de terciopelo azul, aplicadas sobre el tafetan, guarneciendo el borde inferior, y subiendo por ámbos lados hasta el talle. Hace las veces de cinturon un cordon largo de seda azul. Corpiño blanco de fulard; chaqueta de terciopelo azul bordada con seda gris y plata; cascabelillos de plata en el contorno de la chaqueta. El dibujo de esta se compone de arabescos que cubren todas las costuras y forman hombreras; puños ricamente bordados.

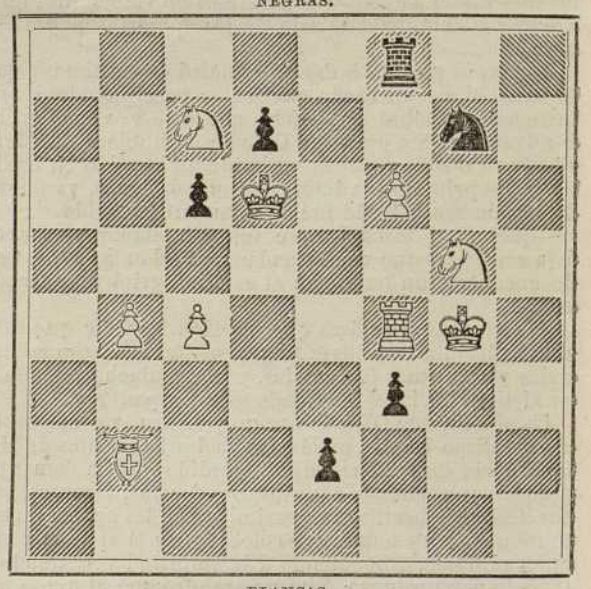
PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 78.

Blancas.	*Negras.*
1.ª C. come P.A.R.ª	P. 6.ª R.
2.ª T. 2.ª R.	R. 5.ª A.R.ª
3.ª T. come P.	R. 5.ª R.ª
4.ª T. 3.ª R.ª jaque.	R. 5.ª A.R.ª
5.ª A. 8.ª C.R. Jaque mate.	

PROBLEMA N.º 79, POR M. A. DE FELSBERG.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 3 jugadas.

ANIANA O LA QUINTA DE PERALTA.

NOVELA ORIGINAL

DE LA SEÑORA DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Va precedida por una biografía de la autora, escrita por D. Juan Eugenio Hartzenbusch y un prólogo de Fernan Caballero.

Este lindo volúmen se halla de venta al precio de 12 rs. en toda España, en las principales librerías de Madrid, y en la Habana, Charlain y Fernandez y redaccion de EL SIGLO, á 1 pf. el ejemplar.

Solucion del geroglifico anterior.

Ramos Pareja, reformador de la música, vió la primera luz en Salamanca 1535.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ 1867. IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA á cargo de D. Federico Joly y Velasco, Bomba, n. 1.

AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 7.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs... Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs...Seis meses,65...Tres meses, 35... Un mes, 12.

Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs....Seis meses, 42... Tres meses, 22...Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

PROPIETARIO Don Abelardo de Cárlos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes.... Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Libreria de Don C. Bailly-Bailliere, plaza del Priucipe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tánago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux.
PARIS, Mr. Fermin Didot frères, rue Jacob, 56.

Sumario.—Capuchon milanés. — Aplanchado de la ropa blanca.—Ornamentos de iglesia, dibujos góticos.—Dos estrellas al crochet tunecino.—Delantal-blusa para niña ó niño de 1 á 3 años.— Adornos de flores.—Dibujo de tapicería.—Bordado de cordon sobre canevas.— Capuchon para señora, punto de aguja.— Trage para señorita. — Trage de debajo de tafetan azul.— Trage de raso verde. — Los piratas americanos.—El canto de los Helenos.—A un arroyo seco.—Al morir la tarde. —Obras de misericordia.—Explicacion del figurin iluminado.—Problemas de ajedrez.

Capuchon milanés.

Este capuchon se hace de cachemira blanca, se forra de tafetan blanco, y se guarnece con cintas estrechas de terciopelo verde. El fondo es un cuadrilongo de 54 cents. de largo y 28 de ancho, que se estrecha por cada lado de delante, de modo que en este sitio estè un poco redondeado. A alguna distancia del borde de delante, van pegadas dos tiras anchas, la una de 95 cents. de largo y la otra de un metro y 20 cents.; ámbas tienen 22 cents. de ancho; el borde inferior se corta en triángulo, el superior mengua por ámbos lados, hasta no tener mas que 15 cents. de ancho: sobre este borde la tira se pliega un poco; el fondo del capuchon, que descansa encima de la frente, tiene un doble forro. Las cintas de terciopelo se disponen con arreglo á las indicaciones del dibujo.

CAPUCHON MILANÉS.

Aplanchado de la ropa blanca.

No será, segun creemos, indiferente para ninguna de nuestras lectoras aprender ó enseñar las reglas mas prácticas para obtener el aplanchado regular de la ropa blanca.

Los dobleces irregulares dan á la ropa, cualquiera que ella sea, rica ó sencilla, un aspecto desagradable, y obligan á recurrir con mas frecuencia al lavado.

Nuestras instrucciones son necesarias, así para la ropa que hay que encerrar en cómodas ó armarios, como para la que se tiene que colocar en un baul ó maleta de viage.

Nuestros dibujos reproducen cada modelo *antes* y *despues* de ser plegado y doblado. Examinémoslos *antes*.— Las cifras y las líneas que las acompañan indican la disposicion de los *dobleces* que se hacen para cada plegado; las líneas de puntos representan el interior de los pliegues que se forman, las líneas contínuas indican el exterior de los mismos. Las líneas transversales de una camisa *antes* del plegado son en parte de puntos y en parte contínuas, porque estos pliegues, hechos despues de los pliegues perpendiculares, se forman en pliegues exteriores y pliegues interiores, cuando la camisa se ha vuelto muchas veces sobre sí misma. Las cifras de cada línea indican la direccion que se debe dar á cada pliegue, y sirven para la línea total, ya sea de puntos ó contínua, cualquiera que ella sea. Principiaremos nuestra demostracion por el objeto mas sencillo.

Toalla.—Se dobla el pliegue 1 por su mitad, luego, siguiendo esta toalla así doblada, se forman las tres divisiones, haciendo los pliegues 2 y 3; el todo se dobla sobre la línea 4: consúltese el dibujo que se halla en la siguiente página.

Camisa de dia para caballero. — Se despliega la camisa con la espalda hácia abajo, y se dispone el lado de detrás en cuatro dobleces regulares, de modo que los bordes de los costados formen una linea lo mas recta posible; se hacen en seguida todos los pliegues, siguiendo las líneas que llevan cifras. Uno de los modos de doblar la camisa representa el cuello que se ha conservado recto; este es para casa. Cuando hay que colocar á aquella en una maleta ó baul de viage, se dobla el cuello sobre la línea de puntos, y el modo de doblarla es semejante al que representa nuestro segundo dibujo.— Sin embargo, si el sitio lo permite, valdrá mas, aun en caso de viage, no doblar el cuello, y rellenar este vacío con objetos menudos de ropa algo compactos, como calcetines, etc.

Camisa de dia muy sencilla para señora.—Se coloca esta camisa con la espalda hácia arriba, se la dobla por su mitad sobre la línea 1, despues sus costados al sesgo, siguiendo la línea 2 hácia la espalsa; se forma el pliegue 3, en seguida se hacen los dobleces 4 y 5 atravesados.

Siguiendo estas explicaciones, se procederá fácilmeute al plegado de los demás modelos que publicamos en la página siguiente; el método que representan es el mas favorable de todos para conservar sin deterioro y en todo su lucimiento las guarniciones de la ropa blanca.

Ornamentos de iglesia, dibujos góticos.

Se bordan estos medallones sobre canevas, luego se aplican sobre demasco ó muer. El fondo puede ser el que se quiera.—El mayor de los tres medallones está colocado en el centro de la cruz formada sobre la casilla por los trece medallones de mediano tamaño.

Se harán cuatro medallones pequeños; dos para el manipulo,— uno para la palia,—uno para la bolsa de los corporales.

Dos estrellas al crochet tunecino.

Cada uno de estos dibujos representa la mitad de una estrella.

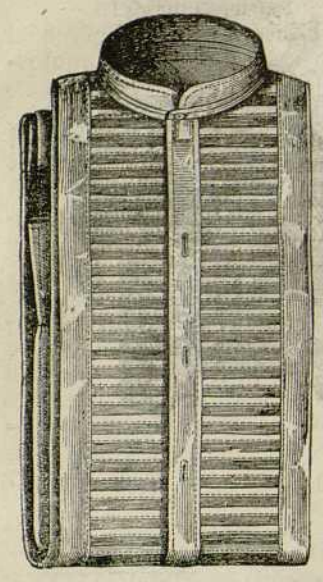
El grueso del algodon ó del hilo que se emplee para estas estrellas regulará su tamaño, y por consiguiente su empleo. Si con el n.° 1 se desean formar velos de butacas, se coserán entre sí varias de estas estrellas en número suficiente y se rellenarán

los intersticios con otras mas pequeñas, para las cuales se utilizará la parte interior de las grandes hasta el círculo tupido.

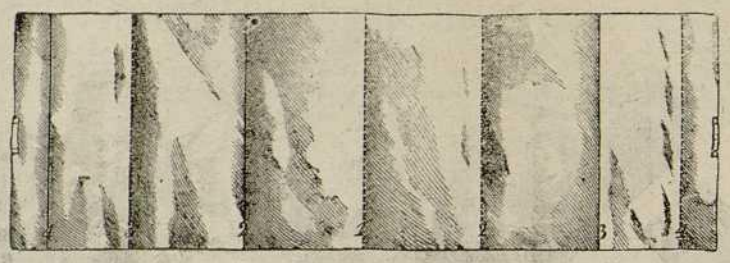
Estrella n.º 1.—Se principia por el centro, haciendo una cadeneta de 6 puntos, el último de los cuales se reune al primero. Para cada una de las vueltas que van principiada por una brida, se hacen, en su lugar, 2 ó 3 puntos en el aire.

1.ª *vuelta.*—* Un punto sencillo á caballo sobre el círculo,—13 en el aire.—Vuélvase desde *.

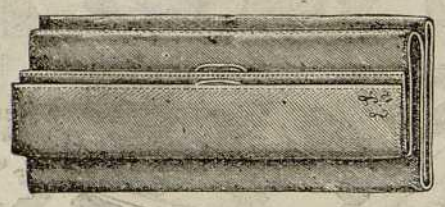
2.ª *vuelta.*—Un punto sencillo sobre cada sencillo de la vuelta anterior, y al mismo tiempo sobre el punto de la cadeneta, por consiguiente, los puntos sencillos de esta 2.ª vuelta puestos á caballo, —uno sencillo en cada punto en el aire.



Modo de doblar una camisa de hombre.



TOALLA DESPLEGADA.



TOALLA DOBLADA.

3.ª *vuelta.* —* En el punto del medio de la hoja mas próxima se hacen 4 bridas, separadas entre sí por 3 puntos en el aire; esto representa un grupo de bridas,— 3 puntos en el aire despues de la 4.ª brida, — una doble brida sobre el punto sencillo mas próximo de la vuelta anterior, —3 puntos en el aire. Vuélvase 3 veces desde *.

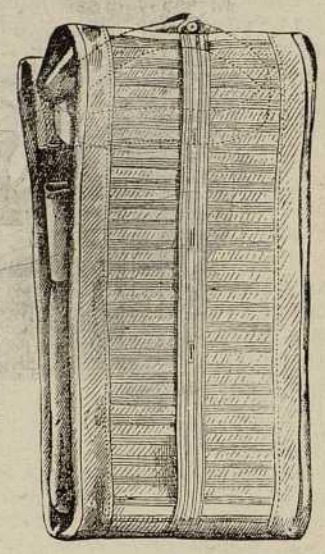
4.ª *vuelta.*—* Un grupo de bridas —(véase la esplicacion de la 3.ª vuelta) sobre el primer vacío formado por los puntos en el aire del grupo de bridas de la 3.ª vuelta,—un punto en el aire,—un grupo de bridas en el último vacío formado por los puntos en el aire,—un punto en el aire. Vuélvase 3 veces desde *.

5.ª *vuelta.*—Una doble brida sobre cada punto en el aire, aislado de la vuelta anterior, —una doble brida sobre el vacío del medio de cada grupo de bridas, y entre dos dobles bridas siempre 7 puntos en el aire.

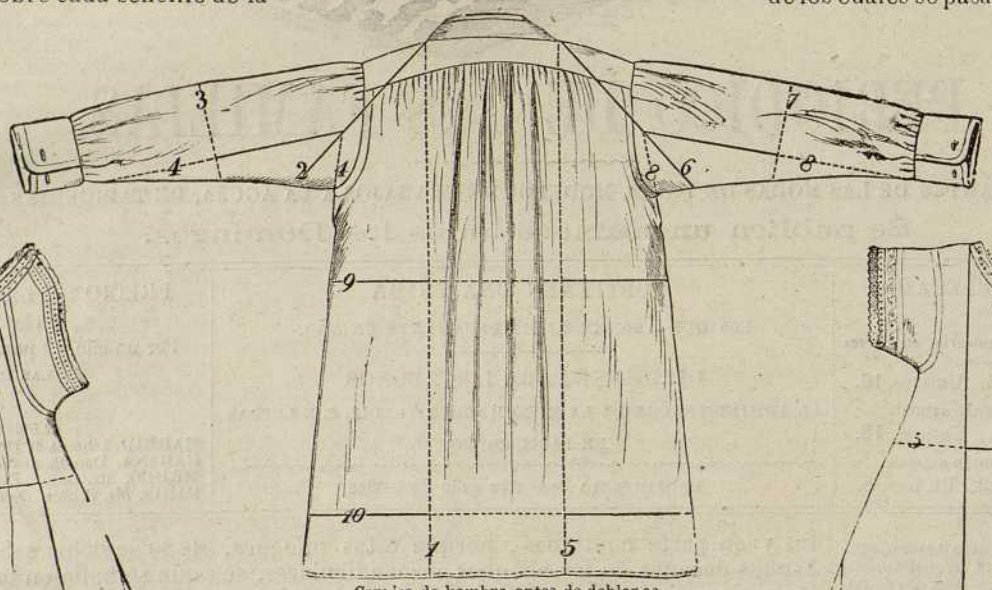
6.ª *vuelta.* —* Sobre cada lado de la mas próxima doble brida, 2 bridas separadas por 2 puntos en el aire,—12 puntos en el aire, por debajo de los cuales se pasan 13 puntos. Vuélvase 6 veces desde *.

7.ª *vuelta.*—Un punto en cada punto, dejando siempre intactos los 2 del medio de cada feston, compuesto de 12 puntos en el aire, encima de los cuales se hacen siempre 2 en el aire.

8.ª *vuelta.*—* En el mas próximo vacío de la 6.ª vuelta, formado por 2 puntos en el aire, se hacen 4 dobles bridas, seguida cada una de 3 puntos en el aire; estas dobles bridas van puestas á caballo, y por consiguiente encierran á la vez los puntos en el aire de la 6.ª vuelta, y los sencillos hechos sobre estos puntos en el aire en la 7.ª vuelta,—tres puntos en el aire,—4 bridas seguida cada una de 3 puntos en el aire sobre 2 mas próximos puntos en el aire de la vuelta anterior,—3 puntos en el

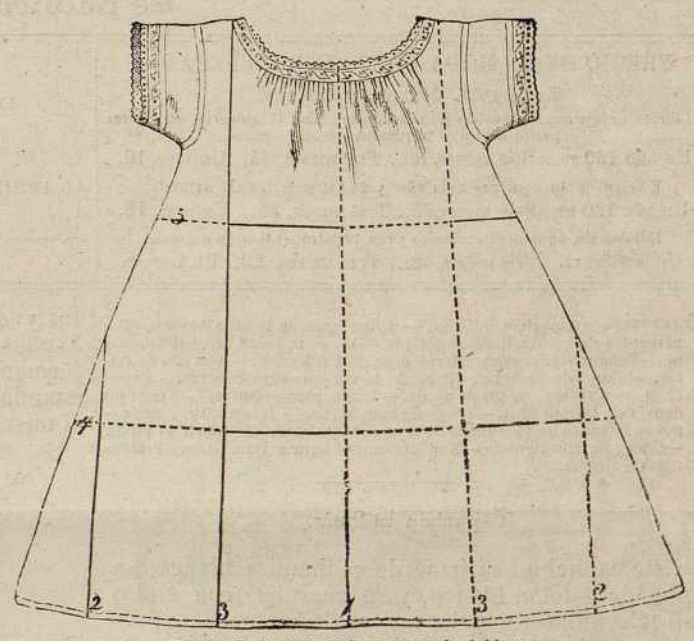


Modo de doblar una camisa de hombre.

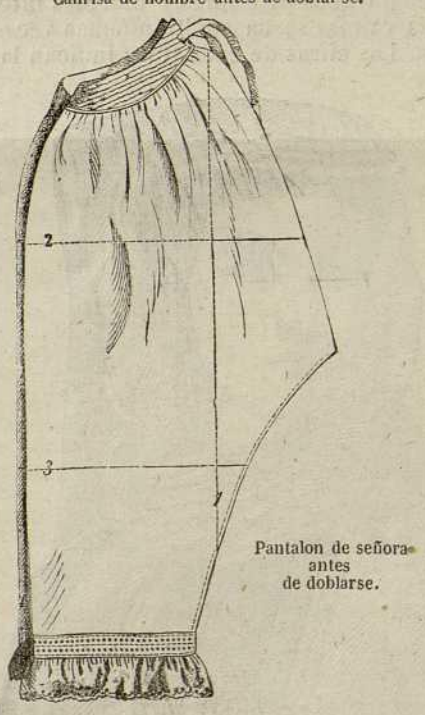


Camisa de hombre antes de doblarse.

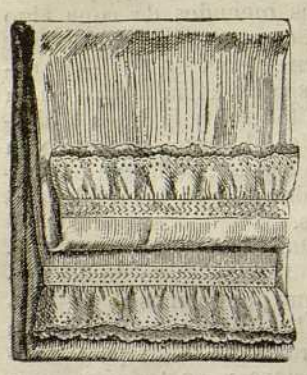
Camisa de dia para señora, antes de doblarse.



Camisa de dia para señora antes de doblarse.

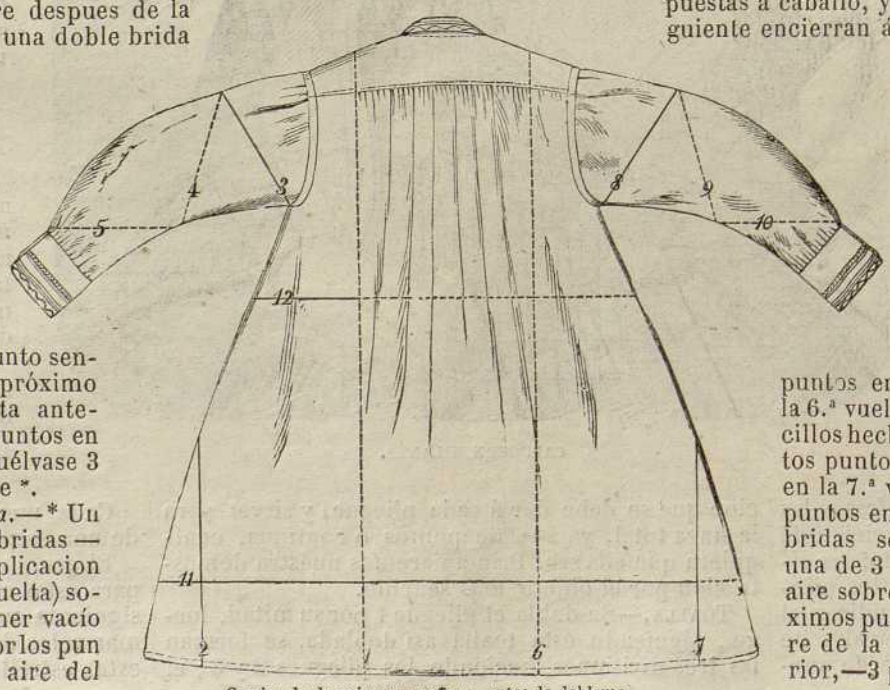


Pantalon de señora antes de doblarse.

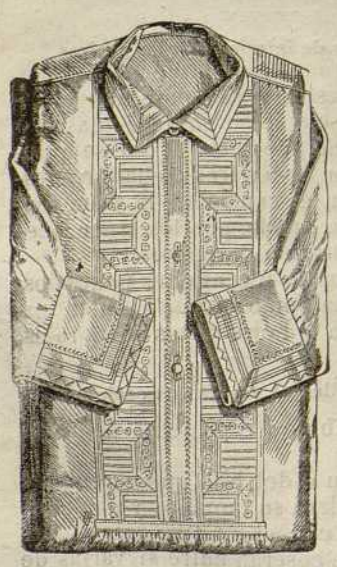


Modo de doblar un pantalon para señora.

Doblez de camisa de dia, para señora.



Camisa de dormir para señora, antes de doblarse.



Modo de doblar una camisa de dormir para señora.

Doblez de camisa de dia, para señora.

aire. Vuélvase 7 veces desde *.

9.ª *vuelta.* —En el vacío del medio de cada grupo de bridas de la vuelta anterior, se hacen 2 bridas separadas por 2 puntos en el aire, luego 8 puntos en el aire.

10.ª *vuelta.*—En cada punto se hace una brida.

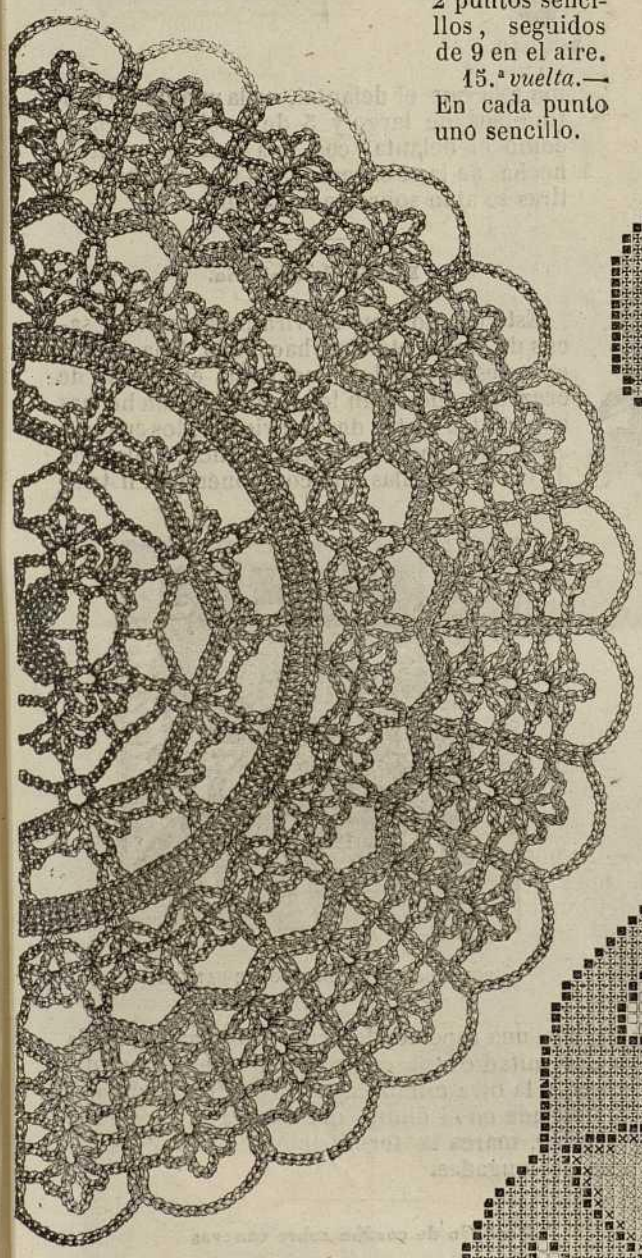
11.ª *vuelta.* —* Sobre cada uno de los 2 puntos mas próximos uno sencillo,—entre estos dos sencillos 2 en el aire,—7 en el aire, por debajo de los cuales se pasan 5 puntos. Vuélvase 26 veces desde *.

12.ª *vuelta.*—* Sobre los 2 mas próximos puntos en el aire de la vuelta anterior, 2 bridas separadas por 5 puntos en el aire. —3 puntos en el aire, — uno sencillo en el medio del feston compuesto de 7 puntos en el aire. Vuélvase 26 veces desde *.

13.ª *vuelta.* —* Sobre los 3 puntos en el aire que separan 2 bridas en la vuelta anterior, se hacen 3 bridas, seguida cada una de 3 puntos en el aire,—en el mas próximo punto sencillo 2 bridas, separadas por 6 puntos en el aire.—Vuélvase 26 veces desde *.

14.ª *vuelta.*—Sobre cada feston de 6 puntos en el aire, se hacen 2 puntos sencillos, seguidos de 9 en el aire.

15.ª *vuelta.*—En cada punto uno sencillo.



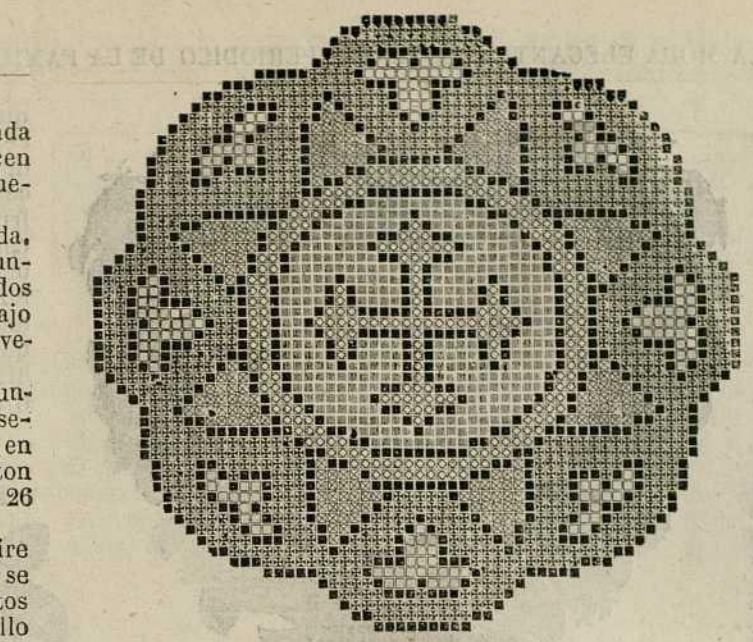
ESTRELLA AL CROCHET N. 1.

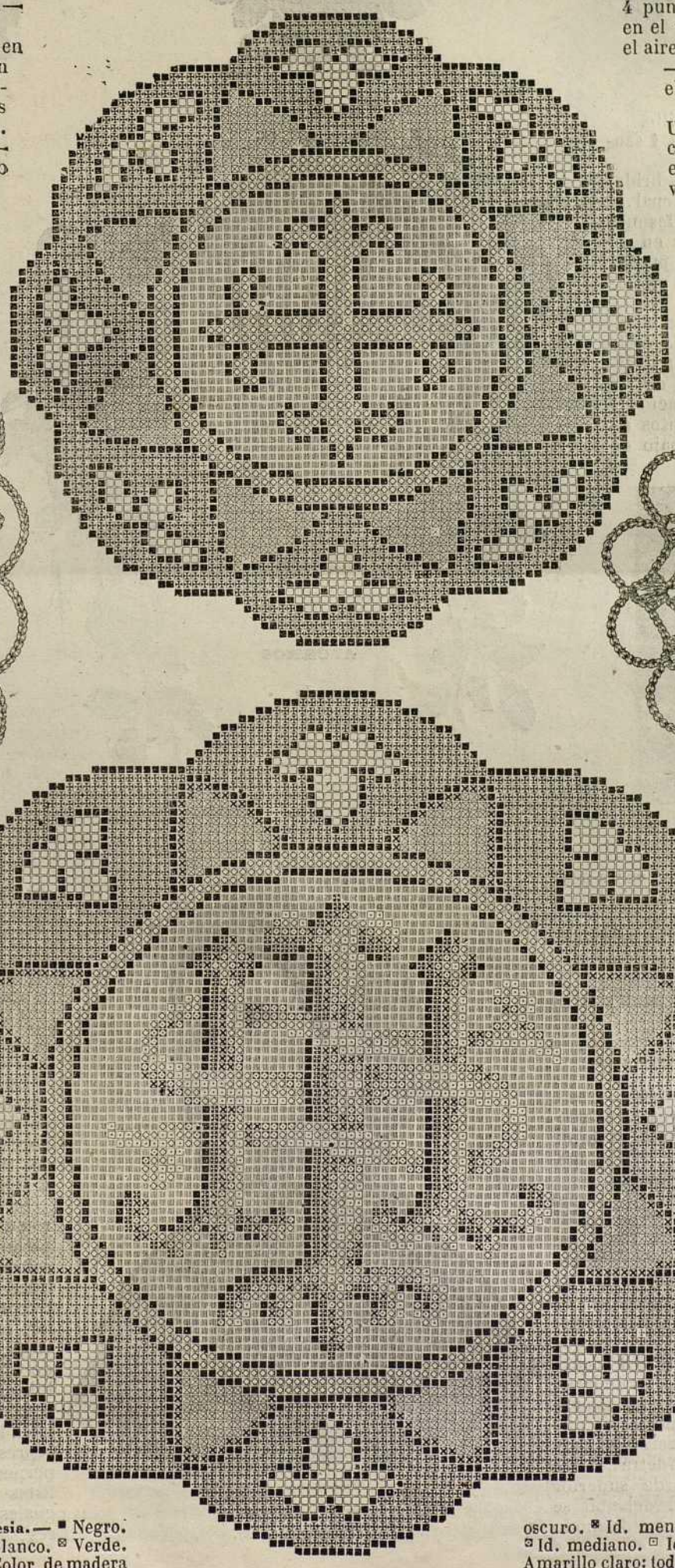
16.ª *vuelta.*—* 2 bridas en los mas próximos puntos sencillos, las cuales deben encontrarse siempre encima de los puntos sencillos de la 14.ª vuelta,—2 puntos en el aire,—4 bridas, cada una seguida de 3 puntos en el aire, en el 5.º punto, —2 en el aire, por debajo de los cuales se pasan 4 puntos.—Vuélvase 26 veces desde *.

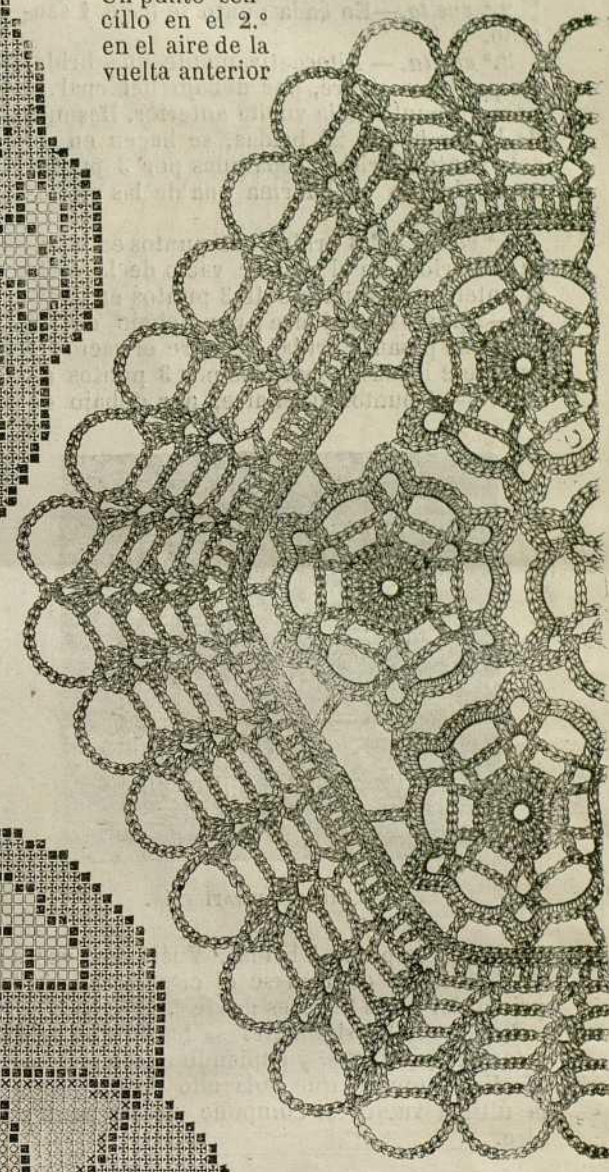
17.ª *vuelta.*—Como la 16.ª

18.ª y 19.ª *vueltas.*—Como la 17.ª, pero sobre cada lado de los grupos de bridas se hacen 3 puntos en el aire.

20.ª *vuelta.*—De cada vez 2 bridas sobre las 2 reunidas de la vuelta anterior; despues de estas 2 bridas,







ESTRELLA AL CROCHET N.º 2.

Adornos de iglesia.— ■ Negro. □ Punzó ▩ Blanco. ▨ Verde. ▩ Violeta. ▩ Color de madera oscuro. ▩ Id. menos oscuro. ▨ Id. mediano. ▨ Id. claro. ▨ Amarillo claro: todos de seda.

14 puntos en el aire.

Estrella n.º 2.—El centro se compone de estrellitas cosidas unas con otras, hechas por separado, principiadas por su centro, haciendo una cadeneta de 6 puntos, el último de los cuales se reune al primero.

1.ª *vuelta.*—* 4 bridas, —2 puntos en el aire. Vuélvase 5 veces desde *,—4 puntos-cadenetas sobre las 4 primeras bridas de esta vuelta.

2.ª *vuelta.* — Un punto sencillo sobre el mas próximo vacío formado por los puntos en el aire;—5 en el aire,—una brida en el mismo vacío,—* 4 puntos en el aire,—2 bridas separadas por 3 puntos en el aire sobre el vacío siguiente. Vuélvase 4 veces desde *, —4 puntos en el aire.

3.ª *vuelta.*—Sobre el primer vacío: un punto sencillo,— 2 en el aire, — una brida, —4 puntos en el aire,—2 bridas,—* 4 puntos en el aire por debajo de los cuales se pasan los 4 puntos en el aire de la vuelta anterior,—en el vacío siguiente: 2 bridas,—4 puntos en el aire,—2 bridas. Vuélvase 4 veces desde *. —4 puntos en el aire.

4.ª *vuelta.*—Un punto sencillo en el 2.º en el aire de la vuelta anterior y en el primer vacío: * 2 puntos sencillos, — una media brida, — 2 bridas, —una media brida,—dos puntos sencillos,—6 sencillos sobre el vacío siguiente, compuesto de 4 puntos en el aire. Vuélvase 5 veces desde *.

Se hacen 7 estrellitas iguales para el medio de la estrella grande; se las reune como indica el dibujo.

1.ª *vuelta de la orla de las estrellitas.* — Sobre la primera de las 2 bridas del medio de la primera esquina libre de una estrellita, se hace un punto sencillo,—* 8 en el aire, por debajo de los cua-

les se pasan 7 puntos,—una brida en el 8.° punto de la vuelta anterior,—5 puntos en el aire,—una brida en el 9.° punto,—9 puntos en el aire,—una brida en el 4.° punto de la mas próxima esquina libre de la estrella inmediata,—5 puntos en el aire, por debajo de los cuales se pasan 7 puntos,—uno sencillo. Vuélvase desde *. Al fin de la vuelta un punto-cadeneta en vez de un punto sencillo.

BRAZALETE.

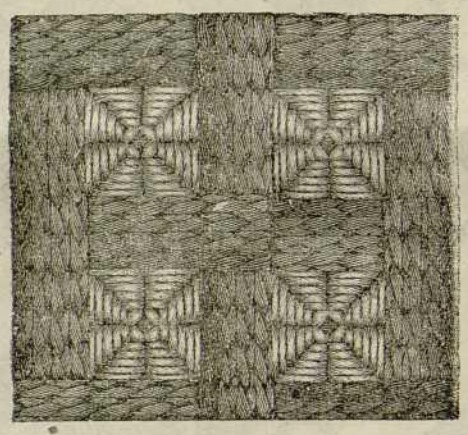
COLLAR.

2.ª *vuelta*.—En cada punto se hace 1 sencillo.

3.ª *vuelta*. —Alternativamente una brida, un punto en el aire, por debajo del cual se pasa un punto de la vuelta anterior. Despues de haber hecho 20 bridas, se hacen en un solo punto 2 bridas, separadas por 3 puntos en el aire, lo cual forma una de las puntas del exágono.

4.ª *vuelta*.—* 3 bridas,—3 puntos en el aire,—3 bridas en el primer vacío de la vuelta anterior, compuesto de 3 puntos en el aire,—4 puntos en el aire , por debajo de los cuales se pasan 4 bridas, § sobre el vacío siguiente 2 bridas, separadas por 3 puntos en el aire,—4 puntos en el aire, por debajo de los cuales se pasan 4 bridas. Vuélvase 4 veces desde §, —luego contiuúese el círculo volviéndose á principiar otras 5 veces desde *.

Las 4 vueltas siguientes se hacen con arreglo á estas explicaciones, y copiando el dibujo; hay que añadir solamente que cada uno de los festones de la última vuelta se compone de 12 puntos en el aire.

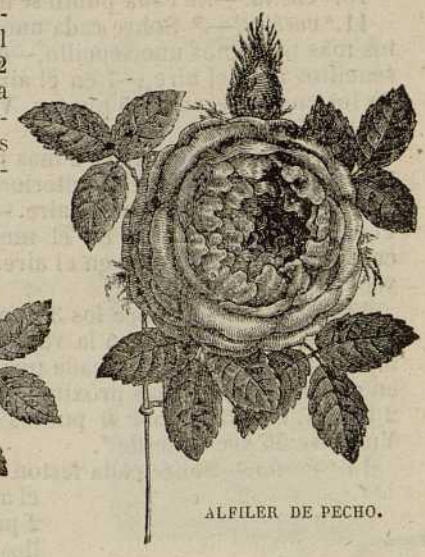


DIBUJO DE TAPICERÍA.

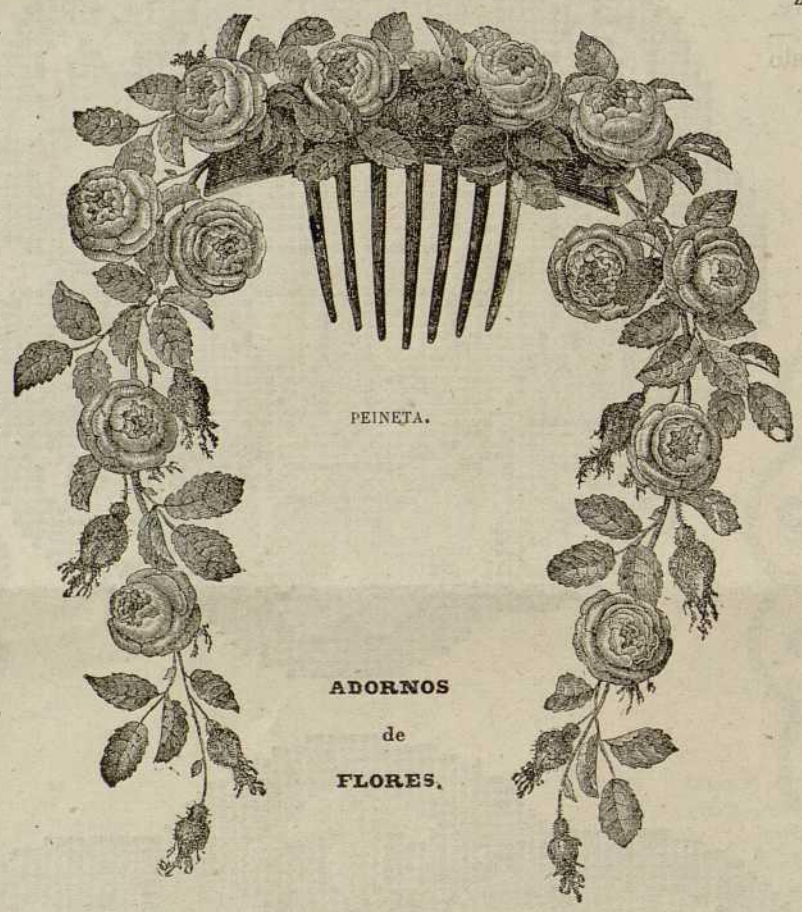
Delantal-blusa para niño ó niña de 1 á 3 años.

Nada hay mas sencillo y mas cómodo que este delantal hecho de lienzo gris; su largo es de 41 centímetros; su ancho de 1 metro y 40 cents., á fin de que envuelva y preserve todo el vestido. En las medidas arriba dadas se encuentran comprendidos los dobladillos inferiores y los de los lados, cada uno de 3 centímetros. La sisa se compone de una abertura perpendicular, que tenga 8 centímetros de largo hecha á 36 centímetros de distancia del borde de detrás. — El borde superior del delantal se frunce de modo que venga á ajustarse con la muceta, que tiene 3 cents. de ancho, 20 de largo por delante y 10 por detrás, para cada mitad de la espalda. Esta muceta es doble, y puesta á caballo sobre el borde fruncido.— La costura que reune sobre el hombro las 2 mitades de la muceta va cubierta por dos tiras de la misma tela que el delantal, cada una de 40 centímetros de largo y 5 de ancho, adornada como el delantal con una costura en cruz, hecha de lana encarnada ó negra; estas dos tiras se atan sobre cada hombro.

ZARCILLO.



ALFILER DE PECHO.



PEINETA.

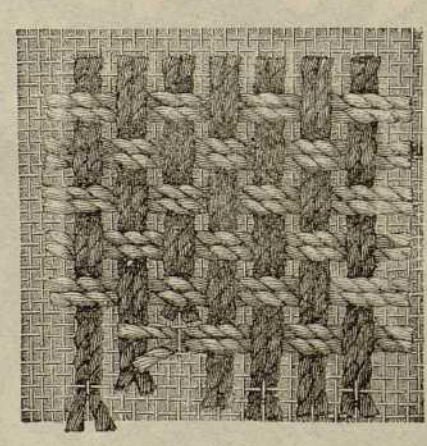
ADORNOS de FLORES.

DELANTAL-BLUSA PARA NIÑO Ó NIÑA.

CAPUCHON PARA SEÑORA (PUNTO DE AGUJA).

Dibujo de tapiceria.

Este dibujo, que servirá para cogines, sacos de viage, etc. , se hace con lana céfiro; en nuestro modelo las listas en forma de cruz, que encierran los cuadros, están hechas con cuatro tintas de lana violeta; los cuadros están ejecutados con lana blanca; cada una de las cuatro filas que componen una lista se hacen con una especie de cruz prolongada, de la cual una mitad ocupa cuatro cuadros en altura del canevas, y la otra mitad dos cuadros. La flecha negra, colocada en el dibujo que indica la ejecucion de la labor, marca la terminacion de una de estas cruces prolongadas.

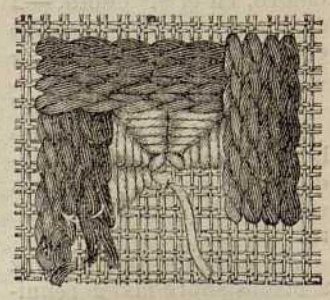


BORDADO DE CORDON SOBRE CANEVAS.

Bordado de cordon sobre canevas

Este bordado imita la tapicería, y puede servir ya sea como *relleno* ó *fondo* de tapetes grandes, portiers, etc., ó ya para taburete. Se ejecuta este bordado sobre canevas *no dividido*, con cordon de dos tintas, y de un grueso tal que cubra el intervalo que separa dos hilos de canevas.

Se ensarta el cordon en una aguja de tapicería, y se traza primeramente una línea perpendicular, pasando 7 hilos del canevas y tomando el 8.° hilo sobre la aguja; á tres hilos de distancia una tercera perpendicular, cuidando de invertir (ó contraponer) de un modo igual los hilos del canevas que se toman sobre la aguja. Estas tres líneas representan una lista perpendicular. —Las listas transversales iguales á las anteriores, hechas con un



EJECUCION DEL DIBUJO DE TAPICERÍ

cordon de diferente tinta ó semejante, pasan alternativamente por *encima* y por *debajo* de las listas perpendiculares, y cubren los hilos del canevas. Si se hace un *fondo*, se cubrirá el canevas enteramente. Si se ejecuta una especie de dibujo, se rellenarán los intersticios á punto de cruz hecho con lana de color que corte bien.

Adornos hechos con flores.

Regla general.—Todos los objetos deben ejecutarse con una sola y misma especie de flores; se hacen estos de vellocillas,—de rosas, —de fúcsias, etc., y tambien de frutillas pequeñas, tales como grosellas, cerezas, frambuesas, etc.

Peineta.—Se la cubre con una rama de flores que tenga 60 cents. de largo, cuya parte media descansa sobre la peineta, mientras que los dos cabos iguales caen por ámbos lados.

Collar.—Una cinta de terciopelo negro, de un cent. de ancho y 50 de largo, forrada de tafetan blanco, se adorna con 9 rosas pequeñas fijadas á distancias iguales; debajo de la parte media de la cinta, por delante, se hace una nesga ó pliegue, que se cubre con una rosa un poco mayor; el collar se cierra por detrás con corchetes.

Brazalete.—Se le prepara como el collar, aproximando mas las flores.

Pendientes y alfiler de pecho.—Una rosita para cada pendiente se ata á una argolla cualquiera; el alfiler se forma con una rosa mayor.

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Para señorita.—Trage de debajo de tafetan blanco. — Trage de encima de fulard blanco con listas rosa, y adornos de cinta rosa. Corpiño plegado de muselina blanca. Cinturon ancho rosa.

Trage de debajo da tafetan azul. Trage de encima de crespon azul, con terciopelos y encages negros.—Coselete de terciopelo negro, con largas presillas de terciopelo negro, que terminan por delante en dos rosas-té de un color amarillo de azufre.

Trage de debajo de raso verde. Trage de encima de raso gris (funda escotada), orlado de cisne con cuentas de cristal. Botones de cristal. Camiseta de muselina blanca.

Capuchon para señora (punto de aguja).

MATERIALES.— 115 gramos de lana fina de céfiro blanca; 16 de la misma lana color de capuchina.

El capuchon se completa con una esclavina y una fanchon, á la cual se pega un encage orlado de lana capuchina; dos encages iguales guarnecen la esclavina; otro encage con lunares color de capuchina, cae hácia atrás al rededor del borde de delante.

El punto se hace al derecho de ida y vuelta; se le conserva algo flojo, de modo que 4 puntos hechos ocupen un espacio de 2 cents. sin *estirarlos*.

Se principia por la punta de delante, con 8 puntos, formando simplemente buclecillos; el primer punto de cada vuelta se desmonta. — Se hacen 11 vueltas; al fin de ellas se aumenta, es decir, que se *arman de nuevo* 2 puntos. Se crecen del mismo modo 3 puntos en cada una de las 5 vueltas siguientes; el primero de estos puntos añadidos se hace siempre en la vuelta siguiente con el último punto hecho perteneciente á la vuelta anterior. Antes se hace 1 echado para completar este punto, y en la vuelta siguiente este echado se hace al sesgo. Hay 30 puntos en la 11.ª vuelta, 45 en la 16.ª Al fin de la 17.ª y de la 18.ª se añaden de nuevo 66 puntos, sobre los cuales se hace una vuelta al derecho, luego 97 vueltas menguando un punto al fin de cada una, es decir, que se hacen dos puntos juntos tomados al sesgo, picando la aguja de delante atrás; el primer punto de cada una de estas vueltas se levanta al sesgo; se hacen en seguida 20 vueltas, en cada una de las cuales, se menguan 3 puntos, es decir, que fuera de los 2 últimos puntos hechos juntos al fin de la vuelta, se hacen juntos los dos puntos que al principio siguen al punto levantado, y luego tambien los que preceden á los 2 últimos puntos, pero para estos 2 menguados los puntos no se hacen al sesgo.

Despues de estas 20 vueltas, quedan 20 puntos que se desmontan *flojo*. El capuchon y esclavina quedan terminados.

Para la fanchon se arman 8 puntos, sobre los cuales se hacen 3 vueltas. Al fin de cada una se arman nuevamente 2 puntos; vienen en seguida doce vueltas, y en cada una 3 puntos armados de nuevo. Al fin de la 16.ª y de la 17.ª vueltas se arman de nuevo 20 puntos: se hacen 16 vueltas, en cada una de las cuales se añaden, como se ha hecho para el capuchon, 2 puntos: luego 14 vueltas, en cada una de las cuales se menguan 3 puntos: se desmontan los 16 últimos puntos. No quedan que hacer sino los encages: se los ejecuta de ida y vuelta. Para el encage que va en el borde inferior de la esclavina, se toma la lana capuchina, y se arman 300 puntos.

1.ª *vuelta*..—Al derecho.

2.ª *vuelta*.—*3 puntos al derecho,—3 hechos juntos al derecho,—3 al derecho,—1 añadido (1 echado),—uno al derecho,—1 añadido. Vuélvase desde * hasta el fin de la vuelta.

3.ª *vuelta*.—Al derecho: las vueltas 2.ª y 3.ª que forman el dibujo, se repiten otras 2 veces con lana capuchina, 6 veces con la lana blanca: se hace en seguida una vuelta al derecho, luego se desmonta.

Un encage igual, armado sobre 220 puntos, guarnece el delantero del capuchon: otro encage mas estrecho, armado sobre 240 puntos, compuesto de dos dibujos color de capuchina, y de 4 dibujos blancos, se pega tambien á la esclavina: se cose el primer encage al contorno de la esclavina, se fija por encima, al crochet, el encage mas estrecho que cubre la costura del anterior: el tercer encage sirve para reunir el borde de delante de la fanchon y del capuchon, y se bordan sobre este, con la lana capuchina tomada triple, unos lunares, picando al través del encage, de la fanchon y del capuchon.

Se hacen con la lana blanca, puesta doble, puntos en el aire al crochet, formando dos cordones de un metro cada uno: se los pasa á través del capuchon para fruncirlo al rededor del cuello principiando desde el medio por detrás, y dirigiéndose por ámbos lados hasta el punto en que se juntan la fanchon y el capuchon. En el extremo de cada cordon se pone una borla de lana blanca.

LOS PIRATAS AMERICANOS.

CONTINUACION.

Los dos interlocutores se separaron, dirigiéndose el juez á su casa y entrando Smart en la posada para reunirse en ella con *la mejor mitad de sí mismo*, que era como se calificaba á sí la posadera, que estaba de un humor abominable, tanto á causa de lo que acababa de suceder, como porque habia habido aquel dia un aumento de trabajo inesperado.

Mistress Smart era mujer que no disimulaba su descontento; fuera cual fuese el motivo de su cólera, era menester que estallase. Al reconocer el modo de nadar de su amo y señor, echó atrás el sombrero que protegia

su cara contra él ardor de la lumbre, apoyó los dos puños sobre las caderas y acogió á su marido ágriamente diciéndole:

—En cuanto vuelvo la espalda, tengo la seguridad de que han de ocurrir catástrofes, y de que si alguno quiere cometer una imprudencia, M. Smart se ha de meter siempre en camisa de once varas. Y bien, ¿qué gran proeza habeis hecho hoy?

—Mistress Smart, respondió Jonatham, que estaba de demasiado buen humor para que las invectivas de su mujer pudieran alterarlo, hoy he salvado la vida de un hombre, y me parece que...

—Salvado la vida de un hombre! La vida de un hombre por aquí, la vida de un hombre por allá. ¿qué teneis que ver con la vida de los demás? Mas valiera que pensárais en vuestra mujer, que por lo visto os inquieta poco que sufra y trabaje á reventar, y además que no regaláseis los toneles de buen aguardiente como si los encontrárais en medio de la calle, mientras yo me esfuerzo para ganar el pan con el sudor de mi frente y mantener á la familia.

—Me parece que no he pagado el aguardiente muy caro, continuó Smart con calma sin inquietarse por la reprimenda de su mujer.

—Lo que yo os digo, exclamó esta exasperada por tanta sangre fria, lo que yo os digo, es que todo iria mejor si mostrárais mas interés, mas amor á vuestra propia carne, á vuestra propia sangre. Nuestro hijo Felipe es ya un mozo, pero esto os es bastante indiferente, y si vos cuidárais de nuestros negocios, no estaríamos amenazados de una ruina inevitable, y cuando el pobre muchacho llegue á su mayor edad, no tendrá sobre qué caerse muerto. ¡Oh! ¡qué padre tan desnaturalizado sois!

—El padre desnaturalizado de quien hablais no tenia camisa que ponerse ni donde reposar sus miembros cuando fué mayor; respondió Smart sonriendo y frotándose las manos; pero M. Smart padre habia educado muy bien á su hijo, y M. Smart el jóven fué tan aprovechado, que despues de algunas cosechas se encontró en disposicion de levantar la mejor posada de Helena. Hoy dia el viejo Smart no existe, y el jóven Smart es hoy el viejo Smart; luego segun el curso natural de los acontecimientos, Smart el jóven...

—Basta, basta de necedades sobre Smart el viejo y el jóven; id á vuestros quehaceres, id á la cuadra á ver los caballos y enviadme el negro; que vaya antes á coger judías al huerto y á buscar azúcar al almacen ¡Ah! señor Smart, vuestra ligereza me llevará á la sepultura.

—Mi hijo se someterá á los consejos del viejo Smart, como el viejo Smart, cuando jóven, siguió los de su padre, continuó el yanki siempre con su sangre fria imperturbable; así es muy posible que el jóven Smart sabrá tambien ganar su subsistencia honradamente.

—Enviadme á Scipion, dijo gritando mistress Smart pateando de corage y dando sobre la mesa con la cuchara de menear los pucheros, ¿me entendeis, Jonatham? enviadme á Scipion y marchaos á menos que tengais el designio de matarme... Si no os retirais en seguida, hacer uso de mi derecho de cocina (1).

Al pronunciar estas palabras la posadera cogió un gran cucharon de hierro y le metió en un barreño de agua hirviendo; pero conocia bastante bien el carácter de su marido para intentar nada contra él, y Smart sabia tambien que la violencia del carácter de su mujer no la impulsaba jamás á vias de hecho; por tanto, deseando poner fin al altercado y apaciguar á su atrabiliaria mitad, que sin disputa era una compañera adicta, se alejó, y con la mano en el pestillo de la puerta, preguntó á la digna posadera si tenia algo que mandarle antes que saliera á sus negocios.

Este reconocimiento tácito de su autoridad fué suficiente para apaciguar á mistress Smart, la que dejó el agua caliente, enjugó su rostro con el delantal y dijo con tono áspero:

—Hum! señor Smart, si vuestros negocios os llaman fuera de casa, teneis mucha mas razon pára no inquietaros por los mios. Yo debo deciros sin embargo que los caballos...

—Tienen todo lo que necesitan.

—Pero la barrica de azúcar...

—Está ya en el despacho.

—Las judías...

—Scipion las ha cogido hace ya media hora.

—Bien; ¿y las dos habitaciones destinadas al viagero que acaba de llegar?

—Están dispuestas; gracias á Scipion y á mí, todo está arréglado. ¿Teneis alguna cosa mas que mandar, mistress Smart?

Esta, impaciente por no tener nada que reprender, atizaba el fuego con ira poniéndosele el rostro cárdeno; despues hizo vanos esfuerzos para levantar una pesada caldera de hierro; Jonatham acudió presurosamente en su ayuda, la colgó, y luego se volvió sonriendo hácia su mohina mitad é imprimió dos ardientes besos en sus coloradas megillas, saliendo con las manos en los bolsillos silbando el famoso aire nacionol del *Yanki Doodle*.

III.

LOS PARROQUIANOS DE LA POSADA DE LA UNION.

Segun la opinion general, las posadas dê los Estados Unidos son los establecimientos de esta clase mas curiosos y aseados que se pueden encontrar en las cuatro partes del mundo, y á decir verdad las estaciones de los caminos de hierro se hallan en el mismo caso. Tanto si los mostradores son de mármol como si únicamente están rodeados de un enrejado de madera, están siempre adornados con botellitas llenas de esencia de yerba buena ó de ajenjos, y sobrecargados de cestas con naranjas ó cidras, de botellas de vino espirituoso, de licores de brillantes colores ó de botellas de champaña con los gollettes cubiertos de plomo.

A menos de habitar una casa particular, se disfruta de poca comodidad en el interior de los Estados Unidos, y ningun viagero debe pensar ni por un momento en hallar su conveniencia en ningun establecimiento público sea este una fonda, un meson ó una casa de huéspedes.

Generalmente no hay sillas mas que cerca del hogar, y es bastante curioso que aun en verano, que naturalmente no hay lumbre, se siga la costumbre de sentarse al rededor de la chimenea, y que los fumadores se obstinen en escupir en el lugar donde se hallan las cenizas en invierno. Ni por sueño se verá una persona que permanezca media hora sentada á la mesa con el vaso en la mano para departir con un amigo, ni nadie piensa en sentarse cómodamente en un sillon para ver á los que van y vienen; la costumbre es reunirse en grupos, vaciar el vaso en el momento que está lleno, echar una ojeada de cuando en cuando á un periódico, y finalmente cada cual se apresura á ir á sus negocios ó á sus diversiones.

La posada de la Union de la ciudad de Helena no se hallaba exenta de seguir la costumbre establecida. Detrás del mostrador, que estaba situado precisamente enfrente de la puerta, se hallaba un jóven al parecer muy atareado; aunque ordinariamente no tenia mucho que hacer, la concurrencia era tan grande en este dia que apenas podia atender á todo. El cuarto principal cuya chimenea se hallaba á la derecha, tenia ventanas que daban á la calle, por las que se veia á la vez el rio y el desembarcadero de los steamers y de los buques de trasporte. En el centro de la habitacion estaba colocada una mesa encima de la cual se veian los periódicos *State Gazzette, Cherokee advocat et the New-Orleans Bulletin;* completaban el mueblage de esta sala que era de grandes dimensiones, un espejito de Nuremberg, un reló de pared colocado al lado de la chimenea y una docena de sillas.

Los grupos de concurrentes que se hallaban en la *sala principal* llamaban mas la atencion que de costumbre. Dos solas personas, á quienes se hubiera podido tomar como objetos de adorno atendida la inmovilidad que guardaban en sus sillas, estaban sentadas con los piés en la tabla de la chimenea, vueltos de espaldas á los concurrentes.

El grupo principal se componia de un jóven abogado de Helena apellidado Robías, de un arrendador de las cercanías de Little-Rock, de un muchacho grueso y rechoncho, cuya profesion náutica se descubria á despecho de su sombrero negro raido y de su blusa de lana de color azul claro, y finalmente del conductor de la mala, cuya obligacion era conducir á caballo el saco de las cartas y distribuir estas entre Helena y la administracion de correos de Strong, situada cerca del rio de San Francisco.

La conversacion de estos individuos versaba sobre los sucesos que hemos relatado en el capítulo precedente, de los que habian sido espectadores desde las ventanas. El conductor de la mala, hombre pequeño y delgado, de edad próximamente de veinte y cinco años, estaba muy admirado de que tan gran número de hombres vigorosos y resueltos se hubiera dejado vencer primero por uno solo, é impedir luego su justa venganza por otro.

—Caballeros, exclamó (y durante su discurso pronunció varias veces esta palabra cortés, como si quisiera persuadir á sus auditores, á fuerza de usarla, que pertenecia á esta clase privilegiada de la sociedad); caballeros, la raza humana degenera en el Arkansas; el principio democrático se pierde, y las ideas monárquicas del Este se hacen cada dia mas peligrosas. Caballeros, temo que no está lejano el dia en que veremos coronar á un rey en Washington, y este rey será... el general Scott.

—Scott? qué absurdo! respondió el marinero con tono despreciativo. Si eso aconteciera, las gentes del Norte harán muy bien en guardar ese rey para sí; yo aseguro que no atravesará jamás el Misisipi. Nuestros padres, que se sacrificaron por conquistar su libertad se levantarian ensangrentados de sus sepulcros para avergonzar á unos descendientes que han aumentado por millones, y echarles en cara que no saben conservar esta independencia que ellos conquistaron cuando se hallaban en menor número. Los extrangeros son los que propagan esas ideas ridículas en nuestro país. Acostumbrados esos intrusos á la obediencia y á la esclavitud, no conciben que una nacion pueda existir sin estar bajo la tutela de un príncipe. Yo he leido últimamente cierto libro que contiene detalles curiosos sobre lo que pasa en las córtes del otro lado de los mares, y se ve en él que hay miserables que se humillan y envilecen como si fuesen lacayos. ¡Ah! si algunos de esos estúpidos se aventurara á presentarse en el Arkansas, le dariamos caza con ayuda de nuestros perros.

—Ved ahí á Hawit que ya cree encontrarse en ello, dijo el abogado. Eso es muy bueno, virtuoso ciudadano; pero ¿no tenemos una Constitucion que nos protege?

—Bah! la Constitucion; si no nos defendemos nosotros mismos, ni la Constitucion ni los abogados no nos sacarán del apuro; el testamento de nuestro inmortal Washington se veria pisoteado, y los parlanchines se apresurarian á ofrecer sus servicios al nuevo gobierno, eso lo hemos visto mas de una vez... ¡No! no! El colono es el mas poderoso sosten de un Estado, y la propiedad sería la primera perjudicada bajo un gobierno absoluto. El colono cultiva la tierra, y con esto hace prosperar la industria, con sus sudores aumenta la renta y jamás se lamenta de sus fatigas ni de sus pérdidas; con que ya veis que son los cultivadores, y mas bien dicho el pueblo el que hace prosperar el Estado, y no la Constitucion. Un país habitado por hombres de espíritu débil no progresaria jamás, por buena que fuese la Constitucion que le rigiese.

—Esta es tambien mi opinion, repuso el conductor de la mala con voz chillona sin haber comprendido nada de lo dicho por el orador. Hé ahí porqué me ha causado sorpresa el ver á esas gentes que se dejaban dictar leyes por un hombre solo. Si yo hubiera estado allí (y miró á su rededor para cerciorarse de que el posadero no habia vuelto), si yo hubiese estado allí, ya le habria enseñado al yanki á mezclarse en los asuntos de un ciudadano americano libre.

—En cuanto á mí, respondió friamente el abogado, por el contrario estoy contento de ver que el pueblo se ha venido á la razon, y cuando hay personas mal intencionadas que quieren promover desórdenes, es bueno que entiendan que deben respeto á la ley y á la autoridad. Cuando vine á Helena, segun lo que me habian dicho de vuestra ciudad, creia que estaba plagada de hombres malos; pero tengo la satisfacion de regresar á mi casa con una opinion enteramente distinta. Por lo que respecta á esas gentes, se inquietan muy poco por la cuestion de órden público. Han empezado por beberse una barrica de aguardiente, y puede que no tengan bastante con el que hay en una bodega. ¿No ois cómo gritan? ¡hay para quedarse sordo!

—Qué es lo que ha sucedido hoy? preguntó el arrendador; cuando yo he llegado, el irlandés estaba ya en poder de sus enemigos y como ante todo he cuidado de colocar mis alforjas en el cuarto de detrás, no me he enterado bien de lo que pasaba. ¿Es hoy dia de audiencia?

—Pseh! contestó el hombre de la blusa azul, hoy se trataba de otro asunto: se han vendido en subasta la casa y las tierras de Holk.

—Cómo! la casa del rico Holk? exclamó el otro estupefacto, ¡eso es imposible! yo estuve aquí la semana pasada, y no oí decir nada sobre el particular.

—Oh! desde entonces han cambiado las cosas. Holk, como ya sabeis, partió para Nueva Orleans en un buque chato, y sin duda él y sus compañeros han tropezado en algun escollo ó en algun tocon, porque todo ha desaparecido. Hace cinco ó seis dias que Holk el jóven volvió solo y...

—Cómo! Holk tenia un hijo? Pues si no era casado.

—Lo habia sido antes de ahora. El jóven Holk manifestó grandes deseos de permanecer aquí; pero habiendo sufrido algunos accesos de fiebre, ha cobrado tanto horror al país, que al tercer dia de su llegada decidió vender sus bienes. La licitacion ha tenido lugar esta mañana, y el jóven Holk se ha vuelto en el steamer que ha partido al medio dia.

—Diablo! qué jóven tan activo! ¿Ha vendido muy barata esa linda casa? preguntó el conductor de la mala.

—No por cierto, respondió el abogado. Era la casa mas bien construida de Helena, y tenia muchos pretendientes; yo era uno de tantos, y el que parecia desear vivamente su adquisicion, era el juez Dayton; pero nuestro huésped ha sido mas afortunado que todos nosotros, ha sido el último licitador y ha pagado dinero contante. ¡Ah! M. Smart hace muy buenos negocios en Helena.

—Esto es muy extraño, murmuró el arrendador. Yo recuerdo que Holk me dijo una vez que no tenia hijos ni parientes en América, y que su intencion era vender sus bienes y regresar á Alemania.

—Sí, sí. Tenia la debilidad de querer pasar por jóven, añadió el de la blusa azul, y decia que era soltero. ¿Conoceis á una viuda jóven que vive cerca de casa de Dayton?

Diciendo esto el orador hizo un signo con el dedo pulgar por encima del hombro, sonriendo sardónicamente y haciendo gestos que desfiguraban su fea catadura.

—Ah! pobre mujer! añadió un jóven mercader que habia oido estas últimas palabras al acercarse al grupo: su rostro está mas pálido que el de una muerta, queria mucho á Holé.

—Decian que estaban comprometidos para casarse, repuso el abogado, y el casamiento debia verificarse al regresar de Nueva Orleans; pero el hombre propone y Dios dispone. En este momento el lecho nupcial de Holk son las aguas del Misisipí, y su buque le sirve de ataud.

—Me parece que en muy poco tiempo han perecido gran número de buques chatos, dijo el arrendador que se habia puesto pensativo; yo sé ya de tres que han partido de Little-Rock y que no han llegado á su destino. El gobierno deberia hacer destruir los tocones que obstruyen el canal ordinario. ¡Cuántas personas han hallado la muerte de esta manera, sin contar la inmensidad de mercancías preciosas tragadas por el Misisipí!

—La mayor parte de las veces los mismos viageros tienen la culpa, objetó vivamente el de la blusa azul. Cuando un individuo cuyo pié no ha pisado mas que la tierra firme tiene mercancías que vender, construye un buque chato ó compra uno viejo, coloca sus efectos á bordo y se pone él mismo al timon, creyendo que el flujo de las aguas le conducirá á donde desea ir; parte, sigue la corriente y tropieza en un escollo, entonces es ya demasiado tarde. No se puede jugar con el Misisipí;

(1) El derecho de cocina en la América del Norte consiste en lanzar una cucharada de agua hirviendo á la cabeza de la persona que se quiere expulsar. Esta costumbre tiene lugar principalmente en las cocinas de los buques de vapor.

¡cuántas existencias, cuántas riquezas han sido sacrificadas al deseo de ahorrar cuarenta ó cincuenta dollars que hubiera costado el salario de un piloto experimentado!

—Eso no es exacto, respondió el arrendador; todos los que han partido de Litlle-Rock habian tomado por pilotos á hombres que afirmaron bajo paladra de honor haber navegado por el rio mas de diez ó quince años, y á pesar de eso se han ahogado; pero ¡qué diantre! ¡es tan difícil penetrar en el fondo del corazon humano! Hay mas de un hombre que se titula piloto y que no cuenta mas que con una feliz casualidad que le conduzca á buen puerto; si la suerte le favorece, aprende á conocer el rio y cobra un buen sueldo; si por el contrario le es adversa, como regularmente sabe nadar, no cuida mas que de su propia conservacion y salva su precioso esqueleto.

—Tal vez algunos de ellos, repuso el de la blusa azul con sonrisa desdeñosa, han navegado tanto tiempo como dicen, á bordo de un buque de vapor en clase de fogonistas ó de sobrecargo; pero así no se aprende á ser marino, y además el piloto de un buque de vapor rehusaria dirigir un buque chato, porque sería mal pagado y peor mantenido.

—Qué! ¿hablan por casualidad estos señores del piloto que ha sido arrojado á la costa últimamente? preguntó un hombre pequeño, seco y arrugado, cuya cabeza estaba cubierta de cabellos blancos como la nieve, y cuyos ojos grises se movian en las órbitas con una expresion infernal. Ese hombre, continuó el viejo que se destacó de otro grupo para reunirse al de que nos ocupamos, hubiera podido servir de muestra á un médico que se dedicara especialmente á la curacion de fracturas: tenia rotas cuatro costillas del lado izquierdo, el hueso de su brazo derecho habia atravesado la manga de la levita, tenia la cabeza destrozada por detrás, y á pesar de todo esto, no murió en el acto. Yo hice para mí cuestion de amor propio el prolongar su existencia por una hora; pero sin embargo tuve que renunciar á ello, porque daba unos quegidos espantosos.

EL CANTO DE LOS HELENOS.

CONTINUACION.

A pesar de todo, el príncipe no parecia que deseasé otro público mas imponente. Cantaba sin esfuerzo, como un pescador napolitano que tararea aires nacionales componiendo sus redes. Luego, habló del pasado de Atenas con el orgullo de Temístocles, y de Atenas esclava con una sombría indignacion. En fin, su voz pareció reanimarse profetizando la libertad de su patria, sus nuevos destinos. Cuando concluyó, las lágrimas corrian y un coro de bravos resonó en toda la sala. Se pidió la repeticion y se le arrojaron ramos como á un actor. El príncipe se sonrió con graciosa melancolía, y acercándose al piano otra vez, volvió á empezar sencillamente el canto, sin notarse en él orgullo ni cansancio.

Este talento excepcional, tan diferente de las lecciones aprendidas de los cantantes ordinarios, la poesía inherente á la Grecia y quizás tambien la hermosura del noble extrangero, me conmovieron en sumo grado. Ya hacia bastante tiempo que su voz cesara de vibrar, y resonaba en mi corazon.

—¿Habeis oido jamás una cosa semejante, ni aun en los italianos? dijo una de mis vecinas á la otra. Desgraciadamente para el público, el príncipe es demasiado gran señor para hacerse artista. Pertenece á una de las primeras familias de Grecia y desciende, por su madre, de uno de los duques franceses de Atenas.

—Yo creo, respondió mi segunda vecina, que desciende en línea recta de Apolo. Decididamente la Grecia continúa siendo el país de los dioses. ¿Es rico?

—Sin duda. Se le ve todos los dias en el bosque de Bolonia, en un bellísimo tílbury conducido por un magnífico caballo, y con un pequeño groom vestido á la albanesa, que atrae todas las miradas.

—Cambiemos de sitio, me dijo mi abuela, que se fastidiaba de no poder hablar: ese gran abanico Pompadour me va á constipar. Parece que está soplándome á la cara todas las nieblas del Támesis.

Nos aproximamos al piano, donde se hallaban algunos asientos desocupados, debido á que muchas personas que habian acudido á oir el Canto de los Helenos, se habian dirigido luego á otras partes. La señora de Larcy volvió á acercarse á nosotros. Mendigaba elogios para su concierto, como ciertos músicos ambulantes mendigan una limosna por las calles.

—Querida Albina, me dijo, vos que amais tanto la música, quedareis complacida de la soirée?

—Seguramente, exclamé. No he oido nunca una cosa semejante. Nada me sorprenderia que ese canto sublevase un egército.

Apenas pronuncié astas palabras, un poco inconsideradas, miré al rededor mio llena de confusion. Tropecé precisamente con los ojos del príncipe, y la misma sonrisa melancólica y dulce, que hacia poco llamara mi atencion, me dió á conocer que mis palabras habian sido oidas por él. Creí adivinar tambien que se informaba de mi nombre, y luego, llena de rubor, le oí pronunciar estas palabras:

—Hermosa como *Velleda*.

Yo no habia leido entonces los *Mártires;* sin embargo, aquellas palabras halagaron mi amor propio. Las mujeres adivinan los cumplimientos sin comprenderlos.

Cuando me acosté, estuve mucho tiempo sin poder conciliar el sueño. El Canto de los Helenos resonó en mis oidos toda la noche. Al dia siguiente, me levanté con la esperanza de volverlo á oir pronto. Durante muchos dias no encontré en las sociedades mas que fastidio. Nunca esa uniformidad de lujo y de placer me pareciera tan poco digna de mi atencion.

Un domingo, al salir de S. Sulpicio con mi abuela, me extremecí involuntariamente viendo al príncipe apoyado en una columna de la iglesia, grave, vestido de negro como siempre y el rostro iluminado por los reflejos de los cristales. Con gran sorpresa de mi parte, me saludó profundamente. Me ruboricé al devolverle el saludo, y aparenté ocuparme únicamente de mi abuela.

Por espacio de un mes se repitieron con frecuencia estos encuentros imprevistos, tanto que llegué á concebir sospechas de que el príncipe los preparaba. Sus miradas fijas en mí con marcada intencion, podian hacérmelo creer muy bien sin tener mucha vanidad. Frecuentábamos las mismas reuniones. Le veia en el baile, en el teatro, en los Campos Elíseos, en la iglesia. Siempre de luto, él no bailaba ni jugaba; hablaba poco y casi nunca de cosas frívolas. Pero cuando se le hacian preguntas sobre la Grecia, sus sentimientos patrióticos le comunicaban una elocuencia verdaderamente admirable. Una cosa me sorprendia, y era que desde aquella noche en que le oí cantar por primera vez, rehusaba siempre volver á hacerlo.

—Cualquiera cosa! Una cancion, le decia la señora de Larcy.

—No, señora; respondia el príncipe, los desterrados no sabemos mas que aires de nuestro país y nos hacen daño. Ese canto de guerra, por ejemplo, es mi *Ranz de las vacas*.

—Querido príncipe, insistia la baronesa, vos no sois desterrado, aunque á la verdad, tentaciones nos darian de guardaros entre nosotros por fuerza, si quisiérais alejaros.

—Voluntario ó no, replicó el príncipe, me considero desterrado. Atenas ha muerto, y sus hijos no pueden pedirle otra cosa mas que una tumba. Ya sabreis aquellos versos de Byron: "¡Hermosa patria de los griegos, no existes ya; sin embargo eres inmortal!"

—Lord Byron, añadia la señora de Larcy, decia eso hace mucho tiempo. Hoy sabemos que teneis una reina jóven y encantadora y que vuestros bailes de córte valen tanto como los nuestros.

Algunos pedian noticias al príncipe sobre esa córte moderna, sobre su etiqueta, y hasta sobre la miel del monte Hymeto. Se le preguntaba si era cierto que se iba del Pireo á Atenas en ómnibus y si asimismo era verdad que en Grecia habia que echar yemas de huevo en el café, á falta de leche. Un curioso decia haber oido que la jóven reina hiciera venir de Palmira un trage, que tenia demasiado de turco, para hacer su entrada triunfal en Solon.

Entretanto el príncipe observaba conmigo una reserva tan perfecta, una actitud tan respetuosa, que casi llegué á creer que mis sospechas fueran un poco presuntuosas; pero yo encontraba en la sociedad un interés nuevo y me abandonaba con complacencia á esa impresion, desconocida hasta entonces, que prestaba mil encantos á los menores detalles de un paseo ó de una reunion. Muy pronto algunos episodios de la vida real vinieron á arrancarme de mis ensueños.

Me llegaba una compañera inesperada. La mayor de mis primas nos era enviada por sus padres, con el pretexto de perfeccionar su educacion, pero, segun yo sospeché, bajo la impresion de un sentimiento de celos inspirados por el favor que yo disfrutaba al lado de mi abuela. Era mi prima una hermosa muchacha de diez y siete años, alegre como un page, muy satisfecha de cambiar su Franco-Condado por París, pero revoloteando á través de un mundo desconocido para ella y cuyos usos me ví encargada de enseñarle. Mi abuela la encontraba algo rústica y decia que entraba en un salon como una segadora en un prado. Mi pequeña superioridad de elegancia hubiera bastado tal vez para impedir que una gran intimidad mediase entre Noemi y yo; pero, además, mi prima llegaba demasiado tarde. Mientras que yo soñaba, ella se reia. No habia modo de entendernos.

Hace ya bastante tiempo que no os he hablado de mi tia. La causa fué que á contar desde el dia en que su hijo se embarcó, pasó muchos meses en Bretaña, sin tener valor para perder de vista la mar. Nos escribia algunas veces, con grandes intervalos, dándonos varios detalles matemáticos respecto á los viages lejanos de su hijo, y á sus cortas apariciones por las cercanías de Rennes. Pero, en la misma época de la llegada de Noemi, recibimos unas cuantas líneas de la señora de Braizieux, anunciándonos que habiendo obtenido Jorge una licencia de algunos meses, vendrian á pasarlos con nosotros en París ó en el campo.

Una noticia semejante no podia llegar en momentos mas poco á propósito. Tuve un vago presentimiento de que la presencia de mi tia turbaria completamente aquella vida ideal que yo llegara á crearme.

Estábamos en el mes de Enero, es decir, en pleno carnaval. Con gran trabajo conseguia persuadir á mis dos compañeras de que debíamos asistir con frecuencia á las reuniones de la señora de Larcy.

—La música es agradable sin duda, decia mi abuela, pero, francamente, no me gusta ver un salon transformado en pajarera.

Un dia recibimos una carta de la baronesa que contenia estas palabras, escritas con lapiz:

"Venid mañana á la noche: es dia de santa Inés."

Encontramos el salon concurridísimo y lleno de flores en honor de la dueña de la casa. Entre todos los ramilletes, llamó mi atencion uno formado de violetas y camelias blancas.

—No es verdad que es un ramo delicioso? me dijo la señora de Larcy. Tendrá una satisfaccion el príncipe en saber que sois de mi gusto, porque á él es á quien debo este regalo, lo mismo que ese magnífico álbum que contiene varias vistas de Grecia.

En tanto que yo hojeaba con embarazo el hermoso volúmen, no se apartó de mi lado la baronesa.

—¿No es cierto, añadió, que el príncipe, para ser verdaderamente amable, debia hacernos oir otra vez el Canto de los Helenos?

—Esta noche, respondí vacilando, no podrá rehusaros lo que le pidais.

La señora de Larcy se alejó. Yo no la seguí con la vista, pues me hallaba ocupada en dar vueltas distraidamente á las páginas del álbum. Un instante despues el príncipe cantaba.

Oí de nuevo aquella melodía tan querida! Esta vez, con sumo trabajo, pude ocultar mi turbacion. Sentia que las miradas del jóven griego quemaban mi frente. Creí adivinar que su canto me venia dirigido y un sentimiento profundo de orgullo y de reconocimiento se despertaba en mi pecho.

Al salir del salon encontré en mi manguito un ramo absolutamente igual al de la señora de Larcy. Lo cogí en silencio, ocultándolo de los curiosos ojos de Noemi.

Algunos dias despues fuimos á un baile que se daba en el casino de la Chaussée-d'Antin. Mi prima encantada de asistir á aquella fiesta, y no encontrándose nunca bastante hermosa para figurar en ella, empleó tanto tiempo en su tocado, que llegamos tarde al casino. Nos colocamos, por lo mismo, en malos asientos. Yo traté de buscar con la vista una persona á quien no encontraba. Mi abuela, que se fastidiaba como siempre que no podia charlar, todo lo criticaba. "Esto no es un baile, decia, es la feria de Beaucaire." Noemi echaba de menos sus reuniones de Besanzon, donde bailaba toda la noche. Determinamos retirarnos temprano y á duras penas conseguimos llegar á la habitacion en donde habíamos dejado nuestros abrigos. Así que nos encontramos allí, mi abuela y yo prorumpimos en una exclamacion. Mi prima no estaba con nosotros. Despues de largas pesquisas, apareció por fin toda asustada, cubierta con una capa de cachemira encarnada, que habia cogido del ropero en vez de la suya.

—Ah! exclamó, qué trabajoso es andar entre esta multitud! He seguido á dos señoras cuyos peinados se parecian á los vuestros y á no ser por un caballero alto y buen mozo, vestido de negro, que ha tenido la amabilidad de guiarme en tal laberinto, me hubiera extraviado irremisiblemente.

—Está aquí! pensé yo, vela por nosotros! Y luego me eché en cara no haber podido encontrarle entre la concurrencia; porque no ofrecia duda para mí que el desconocido vestido de negro, era el mismo príncipe.

No se habian acabado todavía los contratiempos, pues nuestros criados no aparecian. Sin hombre alguno, entre una señora anciana y una jóven aturdida, no acertaba á dar un paso. Mientras que estábamos deliberando, el frio se iba apoderando de nuestros cuerpos. De repente, un groom, vestido con trage griego, se acercó á mi abuela y le dijo respetuosamente:

—Mi señor me ha dado la órden de ofrecer su carruage á la señora marquesa.

—Quién es vuestro amo? preguntó mi abuela sorprendida.

—El príncipe Alfeo Michaëlis.

Sentí un extraño malestar. Esta situacion me parecia tan delicada, que hubiese querido huir de aquel sitio, á riesgo de volver á casa á pié, á pesar de mi calzado de saten blanco. Mis compañeras pensaban de otro modo.

—No conozco ninguna persona de ese nombre, replicó mi abuela al misterioso lacayo, pero una vez que ese señor se digna hacerme tan amable proposicion, guárdeme Dios de rehusarla, porque corremos el riesgo de este fatal casino, ó de helarnos en el puente antes de llegar á la calle de Grenelle.

La oferta fué aceptada. En el carruage ya, Noemi habló de los cuentos de Perrault, en los cuales viene siempre algun príncipe en auxilio de los desgraciados. Mi abuela, que habia olvidado el Canto de los Helenos, no cesaba de encomiar la finura de los extrangeros y de lamentarse de la decadencia de las costumbres francesas.

—Es absolutamente preciso, dijo, subiendo las escaleras, que yo encuentre en alguna parte á ese príncipe para darle las gracias. Tengo una idea vaga de haber oido su nombre en casa de la señora de Larcy. Es tal vez uno de los ruiseñores de su salon. Ya le hablaré de esto.

Efectivamente, cuando volvimos á casa de la baronesa, mi abuela contó la aventura.

—Oh! Eso es magnífico! exclamó la señora de Larcy.

Y corriendo á buscar al príncipe que se hallaba hojeando un cuaderno de música, lo presentó en toda regla. Mi abuela le acogió con suma gracia y le invitó á que fuese á verla, sin pensar en que podia ser peligroso admitir en nuestro círculo á un extrangero tan brillante, por decirlo así. Se olvidan pronto los peligros de una edad que ya no se tiene.

El príncipe estaba, pues, admitido en nuestro viejo palacio. Desde aquí, Blanca, mi historia va á parecerse á la de otras muchas jóvenes. En semejante caso, no se trata de visitas recibidas de tarde en tarde. Entonces conocí esa intimidad llena de emociones encantadoras, esos momentos de silencio mas elocuentes que frases enteras, esas medias palabras comprendidas siempre: Alfeo venia á todas horas: sus maneras respetuosas, tan diferentes de las de los jóvenes de la época, le grangeaban las sim-

patías de mi abuela. Nos acompañaba con frecuencia á las sociedades, al teatro, al paseo, y, algunas veces, hasta á las tiendas. Yo me abandonaba con tanto mas placer á estas dulces relaciones, cuanto que mi corazon no las habia saboreado nunca. "El cielo," como ha dicho un escritor de otros tiempos, "estaba abierto sobre mi cabeza." ¡Es bien hermosa y bien pura, querida niña, ésta aurora del amor!

REMIGIO CAULA.

(*Se continuará.*)

A UN ARROYO SECO

¡Qué triste soledad! ¿Dónde está el ruido
Que formaba tu linfa bullidora
En el banco de arena extremecido,
Arroyuelo infeliz? ¡Ya ni un gemido
Se oye en tu seno murmurar ahora!
Un tiempo fué de mágica ventura,
En que pasabas con vaiven sereno
Por campos alfombrados de verdura,
Rompiendo tu raudal en la espesura
De selva vírgen el inculto seno.
Entonces visitaban tu corriente
Albas palomas de purpúreo pico,
Perlas regaba tu cristal luciente
Y en sus diáfanas ondas el ambiente
Iba flotando de perfumes rico.
Y vistes en tu márgen cariñosa
Zumbar de abejas el dichoso enjambre,
Tocar tu linfa la naciente rosa
Y llevar una gota temblorosa
Del crespo seno en el dorado estambre.
¡Ay! que todo acabó con el encanto
De tu corriente deliciosa y pura;
Ni un hilo resta de tu dulce llanto,
Tu largo cauce se ha secado tanto
Que semeja una triste sepultura.
¿Dónde están tus suavísimos rumores,
Y el corto césped de tu verde suelo,
Y tantas varias y galanas flores
Que ostentaban magníficos colores
En follage de rico terciopelo?
Vuelve un momento los cegados ojos
A tu antes verde, floreciente orilla:
Ya en vez de lirios y claveles rojos
Asoma en melancólicos abrojos
Alguna entristecida maravilla.
¡Qué amarga soledad! Huye indecisa
De tí el ave fugaz torciendo el vuelo,
Lejos murmura la pausada brisa,
Te niega el alba su primer sonrisa
Y callas de dolor, pobre arroyuelo.
Y aquella de la tarde aura risueña
Que tantos besos regaló á tu frente
Cuando rodaba tersa y halagüeña,
Hoy pasa por tu lado y te desdeña
Con giro desigual á indiferente.
Lamenta, arroyo, tus amargos daños;
Llóralos con pesar, y no te asombre
El cambio doloroso de los años;
¡Que los que sufres, tristes desengaños,
Llegan tambien al corazon del hombre!

JULIA PEREZ MONTES DE OCA.

(Habana. Isla de Cuba).

CANTARES.

Las estrellitas del cielo
quise una noche contar,
pero no conté tus ojos
y salió la cuenta mal.

Ayer, cogiendo azucenas,
fuimos los dos por el prado:
¡ay! cuántas veces tomé
por azucenas tus manos.

Cuando dos se quieren bien
no necesitan palabras.
¿Cómo ha de decir la lengua
lo que dice una mirada?

Llorando amores perdidos
te ví, niña, en la ribera.
Ibas recogiendo conchas;
¡yo fuí recogiendo perlas!

Por un amante dichoso
ayer doblaban campanas.
¡Qué triste será morir
cuando vive la esperanza!

CONSTANTINO GIL.

AL MORIR LA TARDE.

Adios, adios! antorcha luminosa,
Ya va á alumbrar nueva region tu luz,
Y á arrancar, siendo aurora de otro mundo,
A sus tinieblas tristes el capuz:
Y mañana al volver serás el alba
Que vida prestarás y claridad,
Y esa region inmensa que alumbrabas
Sumida quedará en la oscuridad.
Así es la vida ¡oh sol! así radiante
Como tu hermosa aurora ella brilló
En los dorados sueños que forjaba
Mi tierna juventud que ¡ay! ya pasó.
Mis sueños juveniles ¿dónde fueron?
Mis gratas ilusiones ¿dónde están?
Cual tus bellos colores desparecen
Y en el mar del olvido se ahogarán.
Y entonces solamente en mi memoria
Hallaré los recuerdos de un ayer,
Melancólico y dulce cual los tintes
Con que bañas el cielo al fenecer.

(ISLA DE CUBA.) LA HIJA DEL DAMUJÍ.

OBRAS DE MISERICORDIA.

SESTA.

Hay unos ojos muy tristes
clavados siempre en los mios,
en cuya larga mirada
hondo pesar adivino.
Ojos que tienen palabras
cual las páginas de un libro,
ojos que entonan plegarias,
ojos que lanzan gemidos.
Tristes ojos, donde siempre
encuentro cuando los miro,
reconvenciones amargas,
despecho mal comprimido.
Si en dulces juegos y danzas
trabajo y penas olvido,
me encuentro con esos ojos
secos, inmóviles, fijos;
que su porcion me reclaman
de los bienes repartidos,
entre todas las criaturas
por la mano del Altísimo.
Si tiendo á mi hijo los brazos
que preguntan imagino:
—"¿tendrá lugar el esclavo
para abrazar á sus hijos?"
Cuando á los piés de mis lares
mis ofrendas deposito,
y entono con mi familia
llena de fervor un himno:
"¿Cuál es el Dios del esclavo?"
preguntan enternecidos,
el que le mandan que adore
la crueldad y el despotismo.
Mas viene mi hijo—¿qué exiges
hoy de mi amor?—El castigo
del esclavo.—¿Qué te ha hecho?
—¡Señor!...—Padre, me maldijo.
—Ah! malvado!... ¿por qué causa
cometiste ese delito?
—Señor, porque el hijo vuestro
estaba azotando al mio.
—¿Y qué piensas, desgraciado,
que deba yo hacer contigo,
dí?—Que lo digan mis ojos,
pues yo no puedo decirlo.
—Castigadle padre...—Calla...
Esclavo, yo te redimo...
—Porqué, señor, tanta gracia.
—Porque tus ojos me han dicho:
"Si todos somos hermanos:
¿porqué tenerme oprimido?
¿con qué derecho, responde,
dispones de mi albedrío?"
Y por último, esos ojos
dicen bajos y sumisos,
con expresion dolorosa...
—¿Qué?—"¡Redimir al cautivo!"

(Bayamo—Isla de Cuba.)

URSULA CÉSPEDES DE ESCANAVERINO.

RAZON Y SENTIMIENTO.

—No estallas, corazon, dentro del pecho,
Que aun del tiempo los diques de diamante
No sé si por despecho,
Sostiene tu vivir no satisfecho
Para hacerte justicia en un instante.
Un instante no mas, doble la frente
De altivo roble que su copa erguia
Asaz indiferente,
Agitando sus ramas muellemente
Al rebramar de tempestad bravía.
¿Qué fué de los colosos monumentos
Que altiva Grecia, y orgullosa Roma
Alzaron sus cimientos
Para rivalizar en sus intentos,
Cuyos vestigios, sobre el polvo asoma?
Escombros son! porque el poder humano
Soberbio sube, y luego se derrumba,
Viendo su anhelo vano,
Que en vez de un obelisco soberano,
Suele insensato alzar su propia tumba.
Corazon, corazon! si ora te alcanza
La bárbara injusticia que te agobia,
¿No has visto la bonanza
Al náufrago volverle la esperanza,
Perdida para siempre en su memoria?
Cierto que á veces tu dolor no advierte
Cuando sin fuerzas ya constante lucha,
Que hay un poder mas fuerte
Que destroza los lazos de la muerte,
Y la plegaria del paciente escucha!
Bien sé que á la razon del sentimiento
Subyuga de contínuo y enmudece...
Que el tirano violento,
Sabe cambiar hipócrita su acento,
Y en secreto su víctima escarnece.
No te apene el triunfo del malvado,
Que es el poder falaz, de Dios maldito:
Y en un tiempo marcado,
A una ley infalible sujetado,
Verá gimiendo su anatema escrito.
Rige un alto misterio la existencia
Que el mortal obcecado desconoce;
Si es el dolo su ciencia,
El gusano roedor de la conciencia
Viene despues á triturar su goce.
El Tiempo... tardo á veces, al fin llega,
Y estremece patente los imperios:
Al délincuente entrega,
Y en piélagos sin límites navega
Acercando entre sí los hemisferios.
Aun gimes, corazon! no convencido;
Mi profética voz no te avasalla?
Del polvo del olvido
Surge tambien el fuego esclarecido
Que acrisola el valor que sufre y calla.
Alienta!... que el misterio te rodea...
Hay un poder inmenso é invisible,
Cuya creadora idea,
Cuando justicia el infeliz desea,
Al Tiempo otorga su nivel temible.

ANGELA MAZZINI.

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE DEBAJO DE RASO BLANCO, orlado con un cordon del mismo color; en el medio de cada paño, 3 bullonados de tul blanco atravesados por una cinta color de naranja, formando un grupo de tres listas perpendiculares; trage de encima de terciopelo naranja, orlado con un cordon del mismo color y forrado de raso blanco. Este trage, plano por delante y por detrás, está abierto por los lados (estos terminados por una borla) y forma anchos pliegues sobre las caderas; corpiño de escote muy bajo, continuando la enagua; corpiño escotado, de muselina blanca plegada; mangas de la edad media, de terciopelo, forradas de raso blanco y terminando en una borla; mangas muy cortas de muselina blanca; peinado compuesto de cachemira de oro.

TRAGE DE DEBAJO GUARNECIDO CON UN VOLANTE ENCAÑONADO y orlado con una cinta rosa: este trage es de gasa de Chambery blanca, lisa, á paños dentados guarnecido con una cinta rosa, adornada con cuentas y almendras blancas; cuentas y almendras por todos los contornos del coselete; corpiño escotado, plegado, de muselina blanca; cinta blanca pasada por la puntilla del corpiño de muselina; en el cabello dos peonías color rosa.

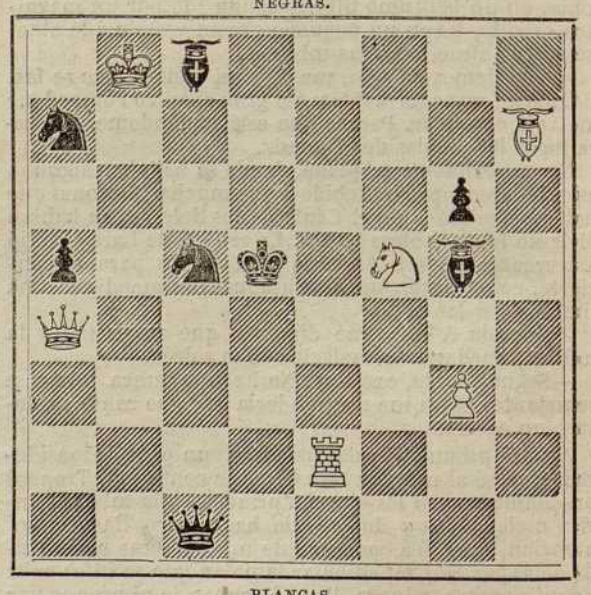
PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 79.

Blancas.	*Negras.*
1.ª A. 5.ª R. jaque.	R. come A.
2.ª P. 5.ª A.R.ª	T. come P.
3.ª C. 3.ª A.R. Jaque mate.	

PROBLEMA N.º 80, POR M. T. SMITH.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 5 jugadas

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ 1867. IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA á cargo de D. Federico Joly y Velasco,

AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 8.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs... Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs...Seis meses,65...Tres meses, 35... Un mes, 12.

Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un aoñ8 0 rs....Seis meses, 42... Tres meses, 22...Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

PROPIETARIO Don Abelardo de Cárlos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes.... Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Libreria de Don C. Bailly-Bailliere, plaza del Principe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tánago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux.
PARIS, Mr. Fermin Didot frères, rue Jacob, 56.

Sumario. — Lambrequin chino.—Pantalla estandarte (aplicacion de paño sobre paño. — Orla bordada. —Roseta de cuentas para cinturon, zapatillas, etc. —Cogincito para butaca.— Cuello abierto.—Cuello con cintas de terciopelo.— Collar de azabache.— Zapatilla al crochet.—Enagua interior de terciopelo inglés. — Vestido de señorita. — Enagua interior de cachemira gris.— Cuatro modelos de sombreros.—Revista de modas.— Cada oveja con su pareja.— El canto de los Helenos.—Los tres elementos.—Los saludos.—Figurin iluminado.—Ajedrez.

Lambrequin chino para cortinas, chimeneas, etc.

APLICACION Y BORDADO AL PASADO.

Este lambrequin se ejecuta sobre paño ó reps; la cara y las manos son de aplicacion de tafetan color de carne; el vestido está hecho de aplicacion de terciopelo para el ropon y los zapatos, de moer ó tafetan para los pantalones; — los pliegues se marcan con el torzal de seda del color de la tela empleada para la aplicacion. El bordado se ejecuta, siguiendo las indicaciones del dibujo, al pasado,— á punto ruso, — á punto de nudillos,—á punto de cordoncillo, — á punto de cadeneta; la variedad de las tintas no peca por excesiva.—Cada compartimiento del lambrequin puede diferenciarse de las inmediatas por el color del vestido y aun de los adornos.

LAMBREQUIN CHINO
PARA CORTINAS, CHIMENEAS, ETC.

Pantalla estandarte. (Aplicacion de paño sobre paño.)

Se puede variar indefinidamente la disposicion de esta pantalla de chimenea; la que tenemos á la vista es de paño negro; el dibujo, recortado y aplicado, es de paño granate oscuro, fijado con cordoncillo de oro, el cual puede sustituirse con seda. Para salon y alcoba, se podrá escoger un fondo de color claro. Nuestro modelo está destinado para gabinete de labor.

Se arma la pantalla sobre una hoja de carton forrada de tafetan negro, se la rodea con un cordon de lana adecuada á las tintas pel paño, se la pone un fleco análogo en su borde inferior.

La armadura de la pantalla merece una mencion particular; se halla colgada esta por ganchos de metal á una varilla horizontal de cobre con una empuñadura en su centro, la cual sostiene tres brazos articulados unos con otros por medio de goznes; estos brazos son de cobre cincelados, y termina el último en un tornillo, que sirve para fijar la pantalla en la tabla misma de la chimenea, alejándola de esta, ó aproximándola, ó dándole en fin la posicion mas cómoda; el largo total de los tres brazos es de 40 cents., por centímetro y medio de ancho y medio de grueso.

Si se prefiere armar esta pantalla sobre un pié, se suprimen los brazos y el tornillo, y se la fija por un lazo de cordon grueso de lana, terminado por borlas.

El dibujo en tamaño natural representa algo mas de la mitad de la pantalla en su ancho; respecto á su alto, ese es arbitrario: las letras indican los puntos de señal para su prolongacion.

Orla bordada.

Esta orla servirá para mantel de altar, cortinas, etc. Se la ejecuta con aplicaciones de nansouk sobre tul, y algodon de bordar. Las ruedas se hacen con tul. El contorno inferior se festonea, y luego se recorta. La claridad del bello dibujo de esta orla que insertamos en la página 59, nos dispensa el estendernos mas en su explicacion; y deseamos dejar complacidas con él, á las varias señoritas suscritoras que nos lo tenian solicitado.

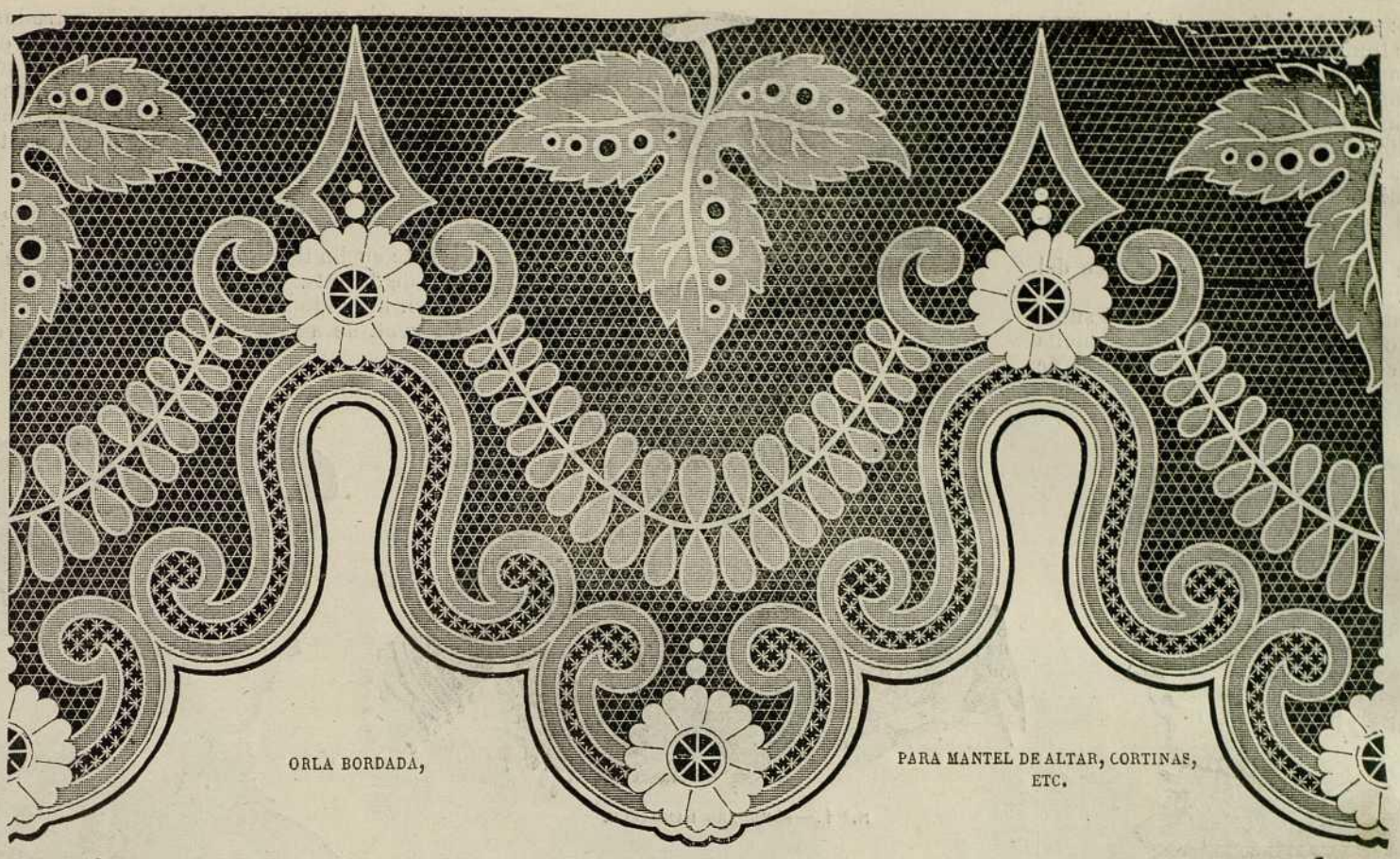
PANTALLA-ESTANDARTE.

APLICACION DE PAÑO SOBRE PAÑO.

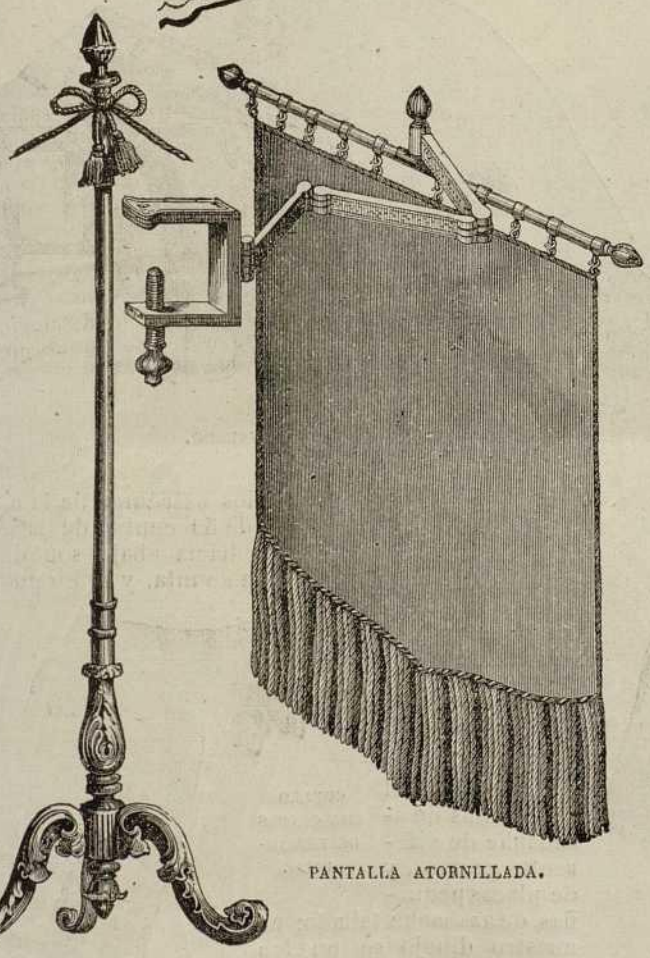
Roseta de cuentas para cinturon, zapatillas, etc.

MATERIALES. — Alambre muy fino; cuentas negras talladas.

Esta roseta tiene 7 cents. de diámetro.—Para ejecutarla se ensartan las cuentas negras (ó de color) en alambre fino y luego se dispone este en buclecillos entrelazados (véase el dibujo). Esto forma una especie de galon, que se arrolla y se cose en espiral sobre un fondo de carton forrado de tafetan negro, que tenga 6 cents. de diámetro.—En el centro se coloca una cuenta gruesa negra: es muy fácil la ejecucion de esta roseta, y muy bello su efecto.



ORLA BORDADA, PARA MANTEL DE ALTAR, CORTINAS, ETC.



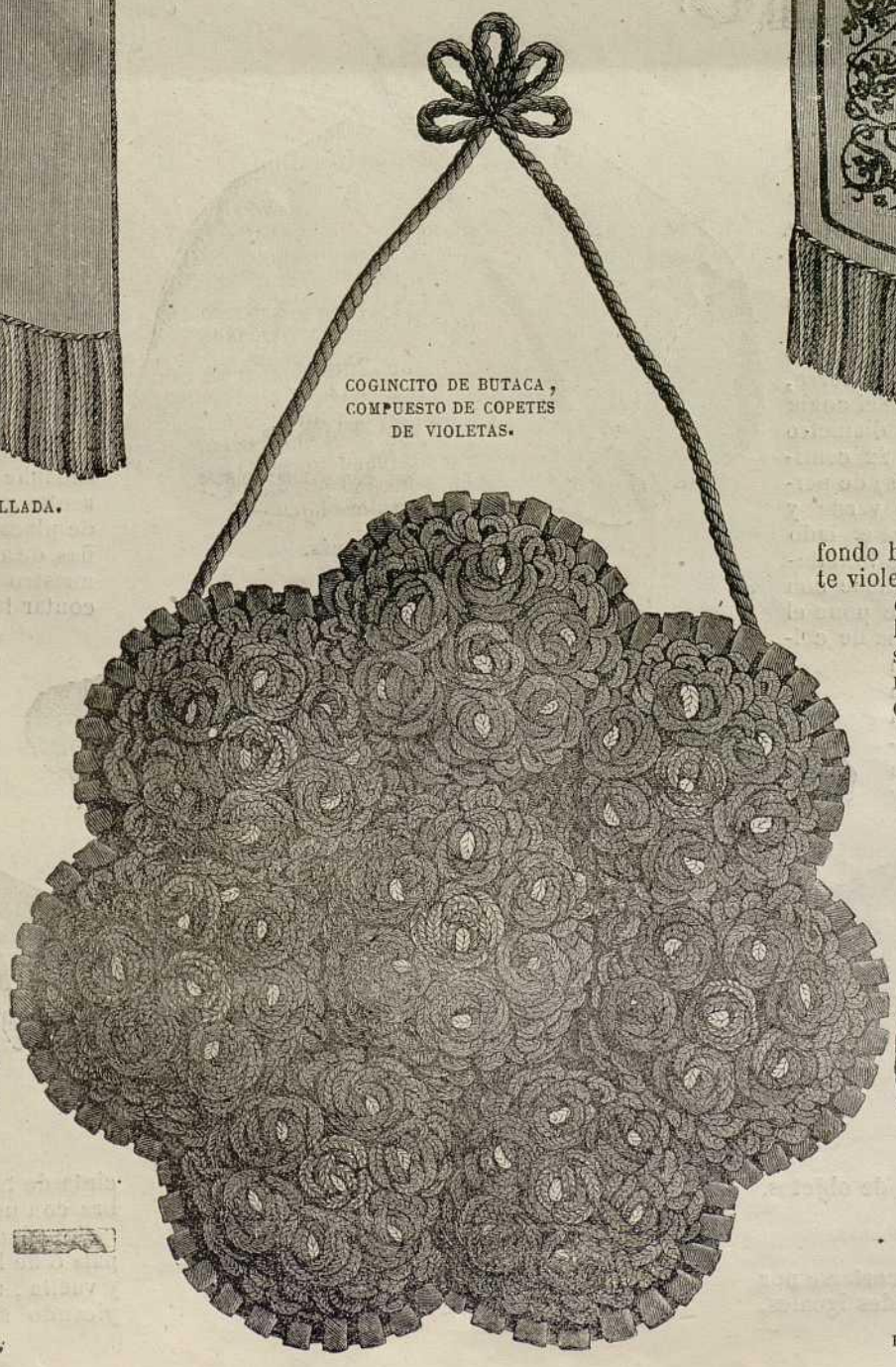
PANTALLA ATORNILLADA.

Cogincito para butaca.

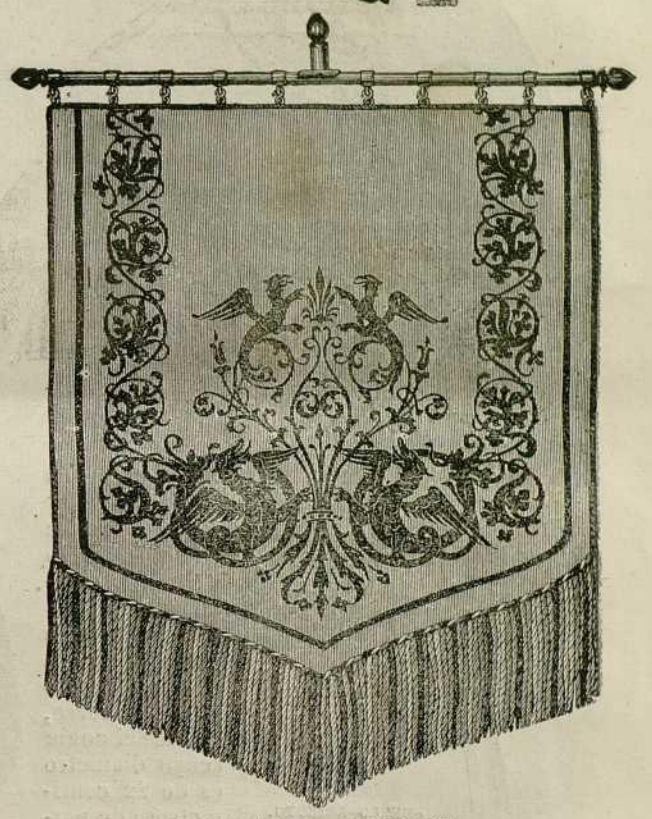
MATERIALES.. — Lana céfiro verde y violeta de diversas tintas; seda amarilla; percalina verde; tafetan negro; cinta violeta de 3 cents. y medio de ancho; cordon grueso verde de lana; crin.

Se fijará este cogin al espaldar de una butaca ó de un sofá; está destinado á preservar el mueble, así como á sostener la cabeza que en él descansa; su diámetro es de 22 cents. El cogin se compone de ocho copetes de violetas rodeados de musgo, todo ello hecho al crochet. El contorno del cogin se orla con un rizado de cinta de tafetan violeta, de tres cents. y medio de ancho. Cada copete descansa sobre un fondo (ó forro) de 7 cents. de diámetro. Por este forro es por donde se principia la labor.

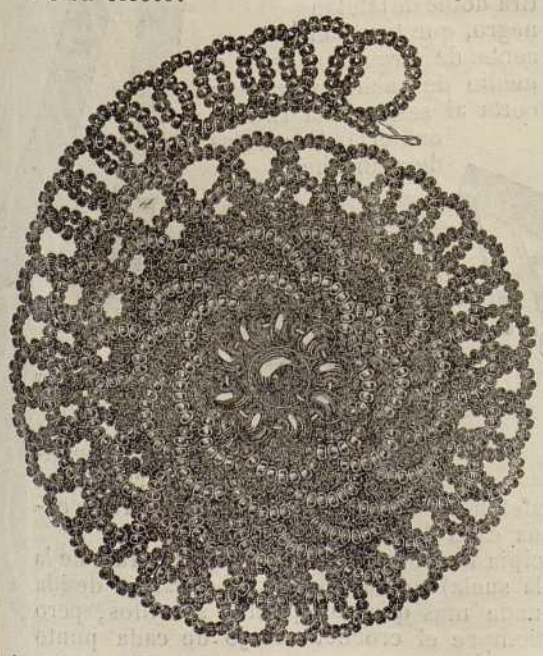
Se hace una cadeneta de 7 puntos, el último de ellos se reune con el primero: sobre este círculo se ejecuta la primera vuelta:—en cada punto una brida, seguida de uno en el aire: en cada una de las tres vueltas siguientes (iguales á la anterior) se crece en varios sitios de modo que se conserve el fondo bien plano.—Para cada una de las siete violetas que componen un copete, se hace una cadeneta de 30 puntos, sobre la cual se vuelve haciendo un punto sencillo en el 35.° punto, luego alternativamente: 10 puntos en el aire, por debajo de los cuales se pasan 5 pun-



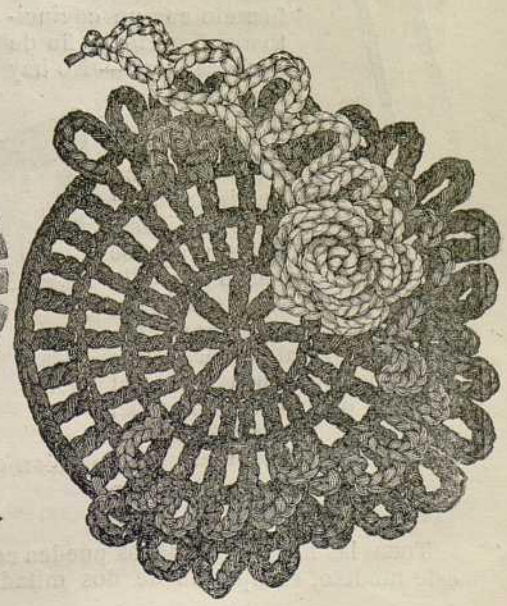
COGINCITO DE BUTACA, COMPUESTO DE COPETES DE VIOLETAS.



PANTALLA VISTA POR DELANTE.



ROSETA DE CUENTAS PARA ZAPATILLA, CINTURON, ETC.



EJECUCION DE UNO DE LOS COPETES DE VIOLETA.

tos,—1 sencillo: se principia por el violeta mas oscuro, luego se toman sucesivamente las tintas mas claras. Cuando esta labor se halla terminada, se la arrolla sobre sí misma en espiral, principiando por la tinta mas oscura: se fijan por algunos puntos estas diferentes capas, y luego se cose cada violeta sobre el forro en la disposicion indicada por el dibujo. El pistilo se imita con algunos puntos hechos en el centro con seda amarilla.

La guarnicion que imita al musgo se hace del modo siguiente:

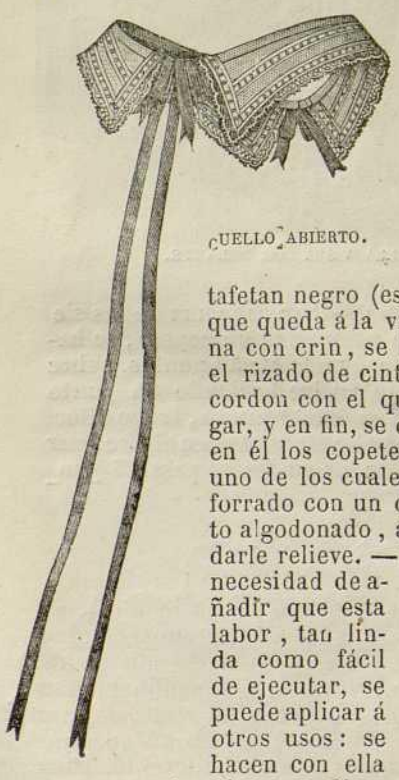
1.ª *vuelta.*—Lana verde claro: en el lado superior de cada uno de los puntos de la 3.ª vuelta del forro, se hace un punto sencillo seguido de 10 en el aire.

N.º 1.—SOMBRERO LAMBALLE.

N.º 2.—SOMBRERO CATALANA.

N.º 3.—SOMBRERO OVALADO.

2.ª *vuelta.*—Como la anterior, pero con la lana mas oscura: los puntos se hacen sobre la 4.ª vuelta del forro. Un dibujo especial reproduce uno de los copetes de violetas, y la guarnicion de musgo en ejecucion.



CUELLO ABIERTO.

Cuando se han preparado 8 copetes, cada uno sobre su forro, se hace el cogin (cuyo diámetro es de 22 centímetros) de percalina verde y tafetan negro (este para el lado que queda á la vista): se le rellena con crin, se le guarnece con el rizado de cinta, se le pone el cordon con el que se ha de colgar, y en fin, se colocan en él los copetes, cada uno de los cuales se ha forrado con un cogincito algodonado, á fin de darle relieve. — No hay necesidad de añadir que esta labor, tan linda como fácil de ejecutar, se puede aplicar á otros usos: se hacen con ella mamparas de chimenea, fijando los copetes sobre un pedazo de percalina verde que se clava sobre una tabla del tamaño que se necesite. Del mismo modo pueden cubrirse taburetes, escabeles y otra porcion de objetos.

Cuello abierto.

Todas las formas de cuellos pueden cortarse por este modelo, compuesto de dos mitades iguales, hechas de muselina, rodeadas de entredoses bordados y de un encage estrecho de Valenciennes; en el medio por detrás, en el sitio en que se cosen una con otra las dos mitades por sus puntas superiores, se ponen muchos buclecillos de cinta de moer que tenga cent. y medio de ancho, y dos cabos flotantes; por delante se coloca un lazo mas corto.

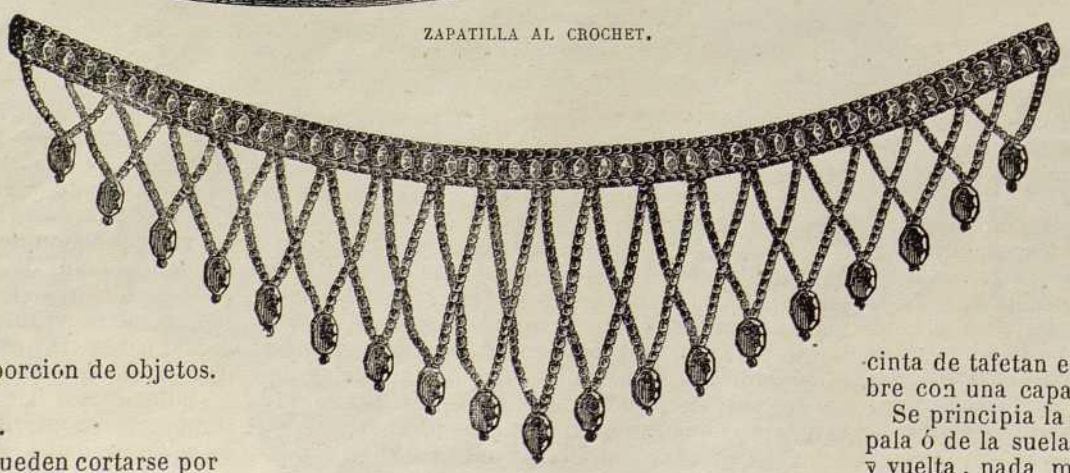
Cuello con cintas de terciopelo.

Este cuello tiene por base una cinta de terciopelo negro de 3 cents. de ancho, por un metro y 53 cents. de largo, llevando al rededor de ella un guipur blanco de un cent. de ancho; se cierra por detrás con un boton; en este sitio es donde caen los extremos de la cinta de terciopelo, cada uno de 59 cents. de largo. Los dedillos que se dirigen hácia abajo son de 6 cents. de largo; se los corta en punta, y se los guarnece como indica el dibujo.

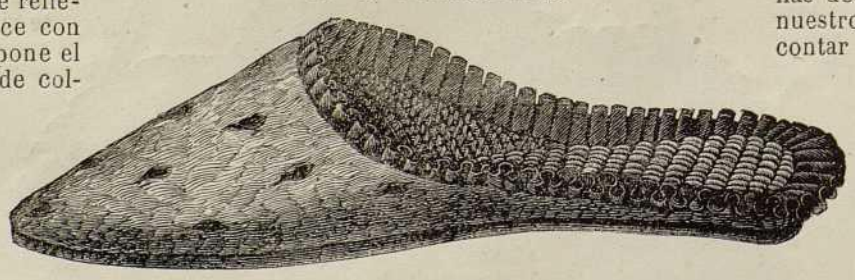
CUELLO CON CINTAS DE TERCIOPELO.

Collar de azabache.

Este collar se compone todo él de cuentas de azabache de diferentes gruesos, y de placas pequeñas de azabache tallado; en nuestro dibujo se pueden contar las cuentas, y copiar esta especie de fleco que pende de una tira doble de tafetan negro, que tenga 36 cents. de largo, por cent. y medio de ancho, y que se corta al sesgo; esta tira va cubierta de cuentas de azabache.



COLLAR DE AZABACHE.



ZAPATILLA AL CROCHET.

Zapatilla al crochet.

MATERIALES.—Para el par; 28 gramos de lana céfiro blanca;—4 gramos de la misma lana negra,—2 metros y 80 cents. de cinta de tafetan encarnada, de 2 centímetros de ancho,—un molde de red de 2 cents. y medio de circunferencia,—un segundo molde de 1 cent. de circunferencia.

Esta zapatilla, que imita al armiño, va rodeada por un rizado de cinta de tafetan encarnada. Su suela de fieltro se cubre con una capa de crochet.

Se principia la labor por la punta (ya se trate de la pala ó de la suela) con lana blanca. Se trabaja de ida y vuelta, nada mas que con puntos sencillos, pero picando siempre el crochet debajo de cada punto

entero de la vuelta anterior. El tamaño de la pala y de la suela se regulan por la medida del pié. Se les da su forma por los crecidos y los menguados que se verifican siempre al principio ó al fin de las vueltas. Advertiremos además que debe tener el *patron* de la pala y el de la suela cortados en papel y que se debe ejecutar la labor poniéndola de cuando en cuando sobre el patron, á fin de seguir sus contornos. Para imitar el armiño, se hace con la lana blanca en cada 2.ª vuelta de la pala, el fleco siguiente: se fija la hebra al primer punto de la 2.ª vuelta; * se envuelve la lana una vez al rededor del molde mas ancho, se pica el crochet en el punto siguiente, y se hace un punto sencillo inmediato y encima del molde; se vuelve á empezar siempre desde *. Hay que tener cuidado de que el cabo del fleco se dirija hácia la punta de la zapatilla. Cuando está terminada la fila de fleco, se cortan los buclecillos por su medio. Cuando todo el fleco de la pala está hecho, se peina primeramente cada fila por separado, y luego todo ello junto. Los velloncitos de armiño se hacen con borlillas compuestas de tres ó cuatro hebras de lana negra, peinadas y luego cosidas en el flecho.

La suela se hace como la pala, y se compone por consiguiente de un fondo de puntos sencillos, y cubierto con el fleco, pero este no se *recorta* ni se *peina*; se cose esta cubierta sobre la suela de fieltro, despues se fija la pala, adornada con un rizado plegado, hecho con cinta encarnada.

SOMBREROS.

N.º 1.—*Sombrero Lamballe*, de terciopelo negro, con vivos gruesos de raso blanco y flecos de cuentas blancas, todas muy anchas de terciopelo negro que atraviesan el ala. Plumas y ramas de azaleas blancas.—N.º 2.—*Sombrero catalana*, de tafetan violeta, con festones de terciopelo; cascabelillos de cuentas negras, encages negros, follage de terciopelo negro.

N.º 3.—*Sombrero ovalado*, de raso blanco, bullonado. con guarnicion al rededor de terciopelo violeta; cascabelillos de cuentas blancas, encages blancos, y rosas-té; anchas bridas violeta, guarnecidas de encage.

N.º 4.—*Sombrero siamés* de terciopelo azul vivo, orlado con cascabelillos de cuentas blancas; bridas de tafetan azul, atravesando el sombrero, en cuyo sitio llevan al rededor un fleco blanco de plumas; rosas color amarillo de azufre.

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Enagua interior de terciopelo inglés, castaño oscuro. Trage de popelina del mismo color, á dientes, orlado de terciopelo negro; mangas estrechas iguales á la enagua de debajo; mangas anchas iguales al trage. Cinturon y escote de terciopelo negro.

Vestido de señorita.—Enagua interior de cachemira azul, con corpiño montante y mangas largas. Trage estrecho con coselete, de tela de lana gris con adornos de trencilla negra, y ribetes de tafetan negro.

Enagua interior de cachemira gris, con aplicaciones de tafetan negro y trencilla. Trage de popelina á listas, violeta y negro. Capa de paño-terciopelo, á cuadros negros y violeta, con fleco de felpilla de lana.

REVISTA DE MODAS.

No basta saber lo que se usa, importa mas todavía saber *cuando* se usa. Así, para dar un ejemplo de la confusion que la multitud de las modas actuales causa en el sexo femenino, diré que á los corpiños de tafetan, de fulard ó de cachemira se les suponen atribuciones que no les pertenecen, porque el papel de estos corpiños se limita estrictamente á los vestidos de *negligé*; se usan por la mañana en casa; pero aun siendo blancos, no se llevan para asistir á una comida *invitada*, á un almuerzo de etiqueta, á una suaré cualquiera; se hace una sola excepcion á esta ley general; pero únicamente concierne á las señoritas jóvenes, y á los corpiños de muselina blanca adornados de bordados, ó de guipur, ó de encage de Valenciennes. Se lleva sin duda, y aun con vestidos muy elegantes, un corpiño igual á la enagua de debajo y diferente del trage, pero este vestido, por elegante que pueda ser, está siempre clasificado entre los *negligés*. En efecto, los trages cortos son los que presentan esta combinacion, y sabido es que el trage corto, reservado para la mañana, con dificultad se admite en un salon, aun para las visitas íntimas de la mañana, quedando por tanto confinado á la calle.

Nada diré de esos trages estrechos y sin pliegues, de esas *fundas*, representante de la fealdad, sinónimo de la decadencia y de la depravacion del gusto; la funda escotada ó montante constituye el envoltorio mas grotesco que jamás se haya inventado.

Mejor prefiero el compromiso que se ofrece entre las modas actuales y las antiguas, es decir, la enagua cortada al sesgo, el coselete mas ó menos alto, ó el cinturon mas ó menos ancho, con el corpiño escotado, plegado, hecho de muselina blanca. Como las enaguas de bailes y de suarés son siempre de una tela ligera y clara, el corpiño blanco escotado no presenta el aspecto de *remiendo* que aparece inseparable de la union de un corpiño montante con una enagua de color diferente. Para estos últimos casos no se orilla la dificultad sino con la condicion de que el corpiño montante sea ó bien del color de la enagua de debajo, ó bien del de los adornos del trage.

Pero no es solamente el paletot recto al que yo rechazaria si tuviese poder bastante para ello.... ¡Qué buena hoguera haria yo con los *trage-fundas*, los talles cortos, las bugerías de vidrio sonante, los sombreros monterillas, los guardapiés encarnados y los desgreñados zagalejos! ¡Qué pronto decretaria yo la obolicion del *seguidme-pollo*, y de todas

las extravagancias que infestan el trage femenino!

En la próxima revista creeré poder dar á mis lectoras algunos datos sobre las confecciones que se preparan.

EMMELINE RAYMOND.

CADA OVEJA CON SU PAREJA.

CUADRO DE COSTUMBRES.

I.

En uno de los lugares mas pintorescos de la costa setentrional de España, existe un pequeño pueblo, cuyo verdadero nombre nos permitimos ocultar á nuestros lectores.

Si os place, le llamaremos Viana.

Elévase sobre la falda de una colina de verdor eterno, bañada por un rio no muy profundo, cuya corriente silenciosa y triste parece tener pena de abandonar aquel lecho de flores para perderse en la inmensidad de los mares.

Por la parte del norte, le ciñen altas y descarnadas rocas, en cuyos picos anidan las águilas y en cuyos cimientos se estrellan rebramando las hinchadas olas del océano.

Añadid ahora un cielo esplendente y diáfano, un aire purísimo, una temperatura igual y deliciosa, un puerto pequeño pero cómodo, y una poblacion limpia y poética, á cuyas puertas las locomotoras silban, y cuyas amenas cercanías están sembradas de ruinas venerables y gloriosos recuerdos.

Además, Viana es un pueblo favorecido por la buena sociedad madrileña durante la estacion de los calores.

Lo cual no deja de ser extraño para muchos, cuando no se llama Biarrizt, ni posee las aguas, que *dicen,* maravillosas de Vichy, ni ha sostenido en ninguna época *partidas* tan aristocráticas... de *ruleta* y *monte,* como las de Baden-Baden.

A pesar de todo, en él existe un barrio titulado: *La colonia de los bañistas,* que se destina especialmente á esas innumerables familias que buscan, durante el estío, en los frescos climas del norte, lo que no pueden hallar bajo la atmósfera agitada y mefítica de las grandes ciudades: el aire puro del campo, la quieta vida de la aldea, la tranquilidad del alma.

La posicion de la colonia de los bañistas no puede ser mas pintoresca.

En primer término, se destaca una larga hilera de casas de un piso, blancas y limpias, con multitud de jardinillos á la inglesa, llenos de flores y aromas, alfombrados de menudo césped y salpicados de claras fuentecillas; delante se descubre un ancho salon de paseo, rodeado de frondosas acácias y bancos rústicos; un poco mas lejos se desliza el rio silencioso y triste; mas allá todavía se extiende el océano bramador é imponente.

Por lo demás, escusado nos parece decir que *la colonia de los bañistas* representa en la estacion de los calores á una buena parte de la sociedad del *gran tono,* como ahora se dice, cuyas frívolas costumbres se adaptan exactamente á la moda francesa, que todo lo invade y todo lo empequeñece, á guisa de conquistador avaro.

Tal es Viana.

II.

Una de las casas mas lindas, estaba ocupada por la familia del baron de Ateca, durante el verano de 186...

Eran las diez de un dia cálido de Julio.

Próxima á una ventana, en una fresca estancia adornada con sencillez y gusto, veíase á una jóven que podria tener diez y siete años, envuelta en una ancha bata de seda, color de lila.

Estaba ocupada en una de esas labores de *crochet,* elegantes y bellas, cuyos finísimos encages parecian brotar de los dedos torneados de la niña como si fuesen dibujados en el aire por la aguja de acero que agitaba entre sus manos con rapidez increible.

Delante de ella, sobre un precioso costurero de ébano, descansaba un jarron etrusco de porcelana de Sévres, coronado de flores, cuyo dulce y penetrante aroma aspiraba la jóven con deleite.

Llamábase Julia, era blanca, de megillas pálidas, de ojos azules, de rubios y ensortijados cabellos que resbalaban en bucles de oro por una garganta alabastrina y pura.

Las imperceptibles líneas que se dibujaban en su frente, demostraban la viveza de su pensamiento inquieto, y en su mirada vaga y melancólica se reflejaba una aspiracion atrevida y sublime que absorbia todas las fuerzas de su alma.

Julia amaba...

Cárlos de... jóven poeta de inteligencia preclara y sentimientos hidalgos, pero pobre y desconocido todavía, cautivó el corazon de la hermosa niña.

Pero Julia era un ángel que respetaba la mordacidad de los desocupados, de corazon de oro, de inmaculada pureza, de candidez adorable.

De pronto, en la verde celosía de la ventana, sintióse un golpecito misterioso.

—¡Cárlos! ¡Cárlos!—exclamó la niña levantándose y abandonando su delicada labor.

—Julia querida!—contestó desde afuera una voz varonil y simpática.

—Hoy no te he visto!

—Has estado en el baño?

—Sí, á la hora de costumbre. ¿Porqué tú no has ido, Cárlos?

—Ay Julia mia! Porque desde ayer no vivo...

—Dime, dime...

—El vizconde se burla de nuestro puro amor... Hoy pedirá tu mano...

—Dios mio! Pero si yo te amo á tí... ¡á tí solo!

—Eres rica, muy rica... y como yo soy pobre... y no soy conde...

—Cárlos ¿ya no me quieres?

—Oh! Pero tu madre... Julia, tu madre te hará desgraciada, si Dios no lo remedia. ¡Serás esposa del vizconde!

—Nunca, nunca...

—Si al menos fueses feliz... Pero él no te quiere sino porque eres rica... Y yo te quiero, ¡te quiero tanto!...

—Ah! Yo lucharé... lucharé con todas mis fuerzas.

—Dios ilumine á la baronesa!

—Ay! vete, Cárlos, vete, que llega mi mamá.

—Yo te amo!

—Yo te adoro! Vete!

Cárlos huyó, y la pobre niña, angustiada y triste, cogió el *crochet* y volvió á sentarse en la otomana.

Pocos instantes despues, entraba su mamá en la sala.

III.

Juana, baronesa de Ateca, rayaba en los cincuenta años.

En sus bellos dias habia sido una de esas morenas arrebatadoras que hacen pensar en los árabes, de ojos negros y chispeantes, de cabellos de ébano, de fino y trasparente cútis.

Pero la inflexible mano del tiempo, que no pasa en valde para nadie, ni siquiera para las mujeres hermosas, habia trazado algunos surcos en las facciones delicadas de Juana, oscurecido el brillo de sus ojos, salpicado con hilos de plata su negra y abundante cabellera.

Era una de esas mujeres nacidas para la indolencia y el fausto, que pueden hacer feliz á un capitalista despilfarrador y despreocupado, pero que arruinan sin remedio á una medianía honrada y laboriosa; cuyas aspiraciones son antojos de la moda, esa voluble diosa de las almas vulgares; cuyos deseos se concretan á caprichos de un instante; cuyo espíritu superficial y ligero se alimenta de chismes de salon y frivolidades de córte.

En cierta época de su vida, corrieron de boca en boca, entre carcajadas irónicas, algunas hablillas que lastimaban su honra; pero nos apresuramos á decir que semejantes especies contrastaban en alto grado con la amabilidad y confianza que merecia de su marido.

Por lo demás, ¿qué honor se libra de las murmuraciones y sátiras de los desocupados de café? ¿Quién no figura en la crónica escandalosa de la córte?

De todos modos, la baronesa de Ateca era una buena señora que abandonaba el lecho á las dos de la tarde, que arrastraba lujosos trenes por el Prado y la Castellana, que tenia palco en la ópera, y que rezaba todas las noches bostezando la *Corona de la Vírgen,* muellemente recostada en los anchos divanes de su oratorio.

Pero Juana no estaba satisfecha de su hija, porque no comprendia el espíritu elevado de la bella y sensible Julia.

Pensaba hacerla una encantadora señorita *á la última moda,* como ella decia, y todos sus esfuerzos se estrellaban contra la oposicion respetuosa, pero firme, de Julia.

Al entrar en la sala, alargó una targeta á la niña, sentóse á su lado y la dijo con sonrisa almibarada:

—Lee, Julia, lee... ¡Qué felicidad! Concierto y baile mañana por la noche en los salones de los condes de Suso... Lee, lee...

Julia tomó la targeta y leyó lo siguiente:

"Los condes de Suso B. L. M. á la Excma. Sra. baro»nesa de Ateca, y la ruegan que les haga el honor de »asistir al concierto que se habrá de celebrar en su pa»lacio de Viana el 16 de Julio á las nueve de la noche. »—Se bailará."

La niña hizo un mohin de disgusto y dejó caer la targeta.

—Oh!—continuó la baronesa—si te digo que es una felicidad... Aquí, en Viana, en el último rincon de la rancia España de nuestros dias, encontrar unos amables condes que nos hacen el honor de invitarnos á sus reuniones, con tanta finura y galantería... ¡Si no fuese por ellos, me aburriria en alto grado! ¿Qué te parece, niña?

—Irás tú, mamá?

—Jesus! ¿Pues no he de ir? Y tú conmigo, Julia. ¿Cómo quieres que desairemos una invitacion tan obsequiosa? Eso sería un delito de lesa elegancia. Iremos, iremos.

—Bien... Como quieras.

—Parece que lo dices con un tono... Además, que tú eres necesaria en el concierto: cantas como una *diva,* tocas mejor que Listz...

—Calla, lisongera!

—Iremos, Julia, y te darán todavía un millon de gracias los condes de Suso...

—Pues no hago ánimo de merecerlas.

—Vaya! Como que serás el mejor adorno de sus salones... Ya verás, ya verás.

La jóven se encogió de hombros, aspiró las flores, y continuó su labor con tranquila indiferencia.

Juana se acarició sus exagerados *bandós* con la mano derecha, para mirar á su hija, á través de los dedos.

Indudablemente queria entablar una conferencia grave.

—Sabes, Julia,—dijo—en lo que pienso?

—En qué, mamá?

—En que no pareces una jóven de diez y siete años.

—De veras? Pues cuántos me dás tú?

—Lo menos cincuenta.

—Qué risa! Porqué?

—No me lo preguntes, porque me irrito. Desde que estamos en Viana tu vida ha dado un salto, lo repito, de cincuenta años... El paseo te cansa, el lujo te hastía, aborreces los bailes... Solo anhelas la libertad para entregarte á cavilaciones misteriosas. Ahora mismo hace un momento, te he contrariado por exigirte que me acompañes al concierto de los condes de Suso... ¿Es verdad?

—Sí, soy franca. No me gustan los condes.

—Te digo que estás insufrible... Cualquiera creeria que te causa enojos la presencia de... tu prometido.

—Perdon, mamá; pero es la verdad.

La baronesa se quedó estupefacta. Despues añadió:

—Dios mio! Enojarle el vizconde de Suso! ¿Pero si es encantador ese vizconde?...

—Pues á mí no me encanta, mamá—replicó la niña con firmeza.

—Vamos... ¡Cuando yo digo que estás llena de preocupaciones ridículas! ¿Porqué no te gusta; vamos á ver? Ninguno se presenta como él en las carreras de caballos; ninguno dirige un *tylbury* con tanta gracia y destreza; ninguno doma los brios de una jaca andaluza con tanta facilidad y soltura... Almuerza en *Lhardy,* come en el *Cisne,* cena en *La Iberia,* habla de política, blasfema del teatro español, sabe de memoria casi todas las novelas de Dumas y de George Sand... ¡Oh! Te aseguro que es un hombre encantador ese vizconde!...

Julia inclinó la cabeza ruborizada y confusa.

Su mamá volvió á acariciarse los cabellos y miró á la niña disimuladamente, sin duda para adivinar en su fisonomía el efecto que habian causado las soberbias cualidades del vizconde.

Callaron ámbas algunos instantes, mas Julia pronto rompió el silencio:

—Ha escrito papá?—preguntó.

—Aun no ha llegado el cartero. Hoy espero noticias.

—Sabés cuándo vendrá á reunirse con nosotros?

—Tal vez mañana. ¿Porqué esas preguntas?

—Perdon, mamá... Dime con franqueza: ¿le dirás á papá tus proyectos de hacerme esposa del vizconde?

—Oh! En cuanto llegue... ¡Si lo estoy deseando!

—De veras?

—De veras... ¡Pues no!

Julia irguió entonces la cabeza con altivez inusitada, como quien adopta una resolucion incontrastable y atrevida, diciendo con admirable aplomo:

—Bien, dile lo que quieras; pero yo le diré que no puedo ser nunca, que no seré la esposa del vizconde de Suso... y no lo seré!

Juana saltó en la otomana como si la hubiese picado una víbora.

—Cielos! Qué dices? Pero qué dices, desgraciada?

—Mamá, por Dios...

—Niña, me asustas... Yo no puedo comprender...

—Nada mas sencillo. Creo que me permitirás disponer de mi corazon.

—Pero tu mano es mia, es de tus padres...

—Y mia tambien, mamá. Mas prescindiendo de este derecho, tú tienes muy buen talento para no conocer que me entregas á la desgracia, dando mi mano á un hombre que, por lo menos, no posee mi corazon.

—Bah! Ya suponia ese obstáculo... ¡Caprichos de niña romántica!

—Búrlate cuanto quieras, pero escucha: sentiria que perteneciese á esa clase de gentes para quienes hay matrimonios de *razon de estado,* que figuran entre las especulaciones lícitas, ni mas ni menos que si el acto mas grave de la vida de las mujeres fuese un papel de comercio indigno que se cotiza en la bolsa de la sociedad á menguados precios. Dime, mamá: dando mi mano al vizconde ¿quién me asegura la paz del matrimonio, que es la dicha de la mujer casada?

—Tú misma, infeliz.

—Ah! No lo creas. Si yo amase al vizconde, convenido; pero si no le amo, si no podré amarle nunca, si le detesto con todo mi odio...

—Bueno, ya me lo has dicho... Pero el vizconde pide tu mano.

—Ya?

—O la pedirá, que es lo mismo.

—Mamá, mi mano es inseparable de mi amor. Pon la tuya en tu conciencia y dime: ¿quieres que sacrifique á un hombre aborrecido mi corazon, mi libertad, mi ventura... y acaso mi honra?

Dijo la valiente niña, clavando en su madre una mirada penetrante y firme.

Pero la baronesa no se daba por vencida.

Aunque le parecia imposible, y abria desmesuradamente los ojos para creer que no era víctima de un sueño, que aquella niña tan tímida de ordinario tuviese fuerzas ahora para oponerse á la voluntad omnímoda de su madre; esta, que se habia propuesto defender el terreno palmo á palmo, guardó para el último momento la razon suprema del empeño con que patrocinaba á su encantador vizconde.

—No me comprendés, niña—dijo—en otro caso, me aterraria un sacrificio semejante...

—Y porqué en este no, mamá?

—Porque tú eres rica, muy rica, y la sociedad de ahora es muy distinta de la sociedad de nuestros abuelos. Te repito que en este caso el amor es innecesario, es inútil... Tu nobleza de ayer, la pisan con desprecio los aristócratas de la sangre: el vizconde desciende ¿qué sé yo?... de Bermudo *el Gotoso* y enlazándote con él levantas nuestra frente al mismo nivel de los mas altivos grandes de Castilla... Tenemos riquezas, pero nos faltan cuarteles en el escudo... ¿Me comprendes ya?

Julia se habia puesto pálida mientras hablaba su madre.

—Oh! mamá mia!—exclamó—¡Eso sí que sería infame! ¡Eso sí que sería indigno y miserable! ¡Vender mi mano y mi dicha por unos viejos pergaminos que la civilizacion desprecia!... Perdon, mamá: yo ansío la paz del alma, la embriaguez del corazon, las dulzuras de la familia... No, no puedo ser la esposa del vizconde, porque no le amo, no; no le amo... y no lo seré!

Y la pobre y sensible niña, cuyas fuerzas se habian agotado, salió de la estancia derramando copiosas lágrimas.

Juana se mordió los labios y murmuró con exaltada cólera.

—Ah! Todavía ese maldito Cárlos!...

En aquel momento apareció un lacayo de abigarrada librea, anunciando con acento respetuoso:

—¡El señor vizconde de Suso!

IV.

Este era un jóven de veintisiete años, tan fátuo como le habia pintado la baronesa.

Decimos jóven; pero su rostro demacrado y pálido, sus ojos hundidos y tristes, sus labios cárdenos y su cuello encorvado y vacilante, le hacian semejarse á un anciano decrépito y enfermizo: se llega muy pronto á la senectud por la senda de los vicios.

Hijo único de los nobles condes de Suso, en pocos años habia derrochado alegremente un caudal inmenso.

Cierto dia vino á cuentas, y se dijo:

—"Pues señor, no tengo un cuarto: esto es verdad. »Julia es bella y riquísima: tambien es cierto. Su vani»dosa mamá, segun dicen, anda buscando un título, de »*sangre azul* y todo, para marido de su hija; luego si yo »pidiese la mano... y los millones... de la hermosa y ri»ca niña, haré saltar de gusto á la finchada baronesa. »Dicho y hecho: me caso y con un solo tiro, mato dos pá»jaros: una buena chica y una buena renta."

Y concluyó su sabroso razonamiento frotándose las manos y diciendo á guisa de Juan Tenorio:

—"¡Soberbio embite!..."

El vizconde, pues, se presentaba entonces de toda etiqueta, decidido á pedir la mano de la linda Julia.

—Tome V. asiento, vizconde,—dijo la baronesa—tengo un placer muy vivo al verle en mi casa.

—Gracias, señora...

El lacayo entró en aquel instante con una bandejita de oro, que contenia una carta escrita en papel de luto.

Juana se extremeció, cojió el pliego, examinó la letra del sobre y reconoció en ella los rasgos de la pluma de su esposo.

Pero en el sobre se leia: *urgente*, y aun á riesgo de faltar á todas las leyes de la etiqueta, dijo:

—Me permite V., vizconde.

—Señora...

—Es del baron, añadió Juana, pero me extraña el lacre negro... Veamos.

Rompió el nema, comenzó á leer, sus facciones se contrajeron, exhaló un grito y cayó desmayada.

El vizconde acudió á sostenerla y llamó á los criados.

Luego que estos vinieron, cogió la carta y leyó para sí:

"Esposa mia: te escribo en papel de luto porque hoy »es el dia mas terrible de mi vida.

»¡Estoy arruinado!

»Las casas de Lóndres donde habia empleado capitales »inmensos han suspendido los pagos, con un pasivo de »veinte millones de francos.

»Al dia siguiente de recibir esta, partirás con mi hija »para Bayona, donde os esperaré desde mañana; Tu es»poso

El Baron."

Cuando el vizconde leyó la carta, tomó el sombrero y salió de la casa, murmurando:

—Ya no hay nada de lo dicho... ¡Otra pegará!...

V.

Cárlos, desencajado y lívido, apareció al mismo tiempo en los umbrales.

Habia adquirido la terrible noticia en un periódico imprudente y corria á enjugar las lágrimas de su amada.

Sin embargo, él no habia puesto los piés en aquella casa, durante los dias de prosperidad y de bonanza.

. . . . . .

Julia es hoy la feliz esposa de Cárlos, madre de dos hermosos ángeles cuyas infantiles gracias consuelan á la baronesa de Ateca de la pérdida de sus riquezas y de sus deseados pergaminos.

El vizconde derrocha alegremente el cuantioso dote de la hija de un rico banquero, su esposa; por otro lado, se *divierte* y mucho.

Eusebio MARTINEZ de VELASCO.

EL CANTO DE LOS HELENOS.

(Continuacion.)

Dos meses transcurrieron así rápidamente. Ibamos á entrar en el mes de Abril, cuando llegaron la señora de Braizieux y su hijo. Contra lo ordinario, mi tia no admitió una habitacion en casa de su suegra y se fué directamente con Jorge, al hotel Meurice. Vino á vernos y nos dijo que deseando pasar algunos dias de reposo en el campo, esperaba que apresurásemos nuestro viage acostumbrado.

La idea de esta próxima partida me sobrecogió y no pude menos de mirarla con cierta especie de terror. Un motivo muy poderoso me retenia en París, y Braizieux, mi Braizieux tan querido, se me representaba entonces como la Bastilla ó los fuertes de Vincennes. Mi abuela consintió de buen grado en este viage. Cansada de los placeres del invierno, deseaba con ansia ver florecer sus manzanos.

Estas instigaciones de mi tia no eran seguramente muy á propósito para curarme de las prevenciones que abrigaba contra ella. La encontré siempre la misma; hay mujeres que parecen detenerse en el otoño de la vida, sin haber conocido la primavera ó el verano, y sin temer el invierno. Jorge, que era ya teniente de navío, estaba hecho un hombre. Habia mucha sencillez y distincion en sus modales, tenia una fisonomía agradable, y sin embargo yo no hallaba en él nada de notable.

Al volver á encontrarme con el príncipe, este se sorprendió de verme tan triste, y parecia aun mas desconsolado que yo cuando le comuniqué la noticia de nuestra partida.

—Voy á luchar contra el destino, me dijo, aunque haya de quedar derrotado. La señora de Larcy es muy buena para mí y consentirá en servir de intermediaria con vuestra familia; pero los mas sombríos presentimientos me persiguen.

No dudé en tranquilizarle é inspirarle ánimo. Tenia una absoluta confianza en la indulgencia de mi abuela.

Al dia siguiente, cuando la señora de Larcy se hizo anunciar, mi corazon latió con violencia. Empezó la conversacion sobre objetos insignificantes con esa charla sostenida y vacía de las mujeres frívolas. Habló de la nueva ópera *Lucía de Lammermoor*, del baile dado por Hope, del incendio del Teatro Italiano, de las carreras de caballos de la Cruz de Berny, de la batalla de Constantina y hasta de la muerte del Emperador del Mogol. Mi abuela sostenia lo mejor que le era posible este fuego graneado de palabras; mi tia, que por desgracia se encontraba tambien allí, estaba mareada. Por fin, la embajadora se levantó y al acompañarla mi abuela, solicitó de esta un momento de audiencia.

¡Con qué impaciencia febril esperé el resultado de esta entrevista! No sé siquiera lo que contesté á algunas palabras que me dirigió la señora de Braizieux. Afortunadamente, Noemi habló por las tres.

Cuando mi abuela volvió á entrar en el salon, me pareció muy preocupada.

—Convenid, nos dijo, en que cuando se recibe una visita de la señora de Larcy, se pueden suprimir los periódicos. Es un libro muy bueno para hojear, pero pesadísimo para leer. Da cuenta del incendio del Teatro Italiano como los mismos bomberos, y enumera los helados y las luces de todos los bailes.

Bajé los ojos desolada. ¡Ay de mí! no se critica así á las personas que traen noticias agradables. Esas siempre tienen gracia y talento á nuestros ojos.

Cuando mi tia se marchó, mi abuela alejó á Noemi bajo un pretexto fútil, y me dijo con cierta indiferencia afectada tal vez:

—Esa pobre señora de Larcy es una excelente persona, pero tiene un grave defecto, y es el de querer favorecer, colocar, casar ó reconciliar á todo vicho viviente. Aun no hace diez años, estaba empeñada en casarme con un general inglés, pobre viejo que ha muerto de un ataque de cólera en el Borbonesado, y que viajaba sin cesar acompañado de su loro y de su médico. ¡A ver si adivinas á qué ha venido hoy! A ofrecerme para tí al príncipe Michaëlis. Es cierto, hija mia, que el príncipe es un hombre encantador, convengo en ello; pero no quiero enviarte á morir de hambre en Grecia, pues, segun parece, ese príncipe no tiene nada ó casi nada, tal vez algunas ruinas por todo patrimonio ó unas pocas economías que le permitirán, á lo sumo, sostener un carruage y comprar guantes. Y eso es muy poco para dos.

—Oh! querida mamá, exclamé conmovida, no quiero nada mas. ¡Dejadme ser dichosa!

—Hola! replicó ella, ¿me engañabas así? Cuando yo no pensaba en otra cosa mas que en tus placeres y en tu felicidad, disponias de tí misma, abusando de mi confianza, riéndote sin duda de mi buena fe.

En vano defendí mi causa con calor; mi abuela irritada no quiso escucharme. Por la primera vez, la habia ofendido profundamente.

—Tu tia tenia sobrada razon al censurarme por la indulgencia que usaba contigo. ¡Hoy lo comprendo demasiado!

Todo se conspiraba contra mí, hasta el amor propio de esta segunda madre, cuya cólera no conociera nunca, y que echaba entonces de menos seguramente la autoridad de los padres del antiguo régimen y los conventos. Mi abuela no pensó siquiera que de parte de ella estaba preveer el peligro mucho antes, y me declaró culpable á mí sola.

Oh! Cuánta fué mi desesperacion, Blanca! Qué difícil me pareció soportar la vida! Pobre niña mimada no supiera jamás lo que era sufrir y ceder. Sin valor, sin energía, rehusé salir de mi cuarto, no quise tomar alimento alguno, y pasé las noches sin sueño y los dias sin reposo. Un estado semejante alteró rápidamente mi salud, algo resentida ya de las fatigas y emociones del invierno. La fiebre vino á inflamar mi sangre. Mi abuela y mi tia no se separaron un momento de la cabecera de mi lecho. Hablaban entre sí; en voz baja y con aire inquieto, administrándome amargas pociones por todo remedio. Oh! ¡Porqué no he tenido á mi lado una madre vigilante ó una hermana tierna, que me hubiesen enseñado el camino bendecido de la resignacion y de la paz!

Pronto me ví rodeada de los primeros médicos de París. La homeopatía disputó mi curacion á la vieja facultad. Se me prescribió absolutamente la tranquilidad. Mi abuela desesperada recordaba el fin prematuro de mi madre, muerta de dolor por la pérdida de mi padre, y tuvo miedo. Los médicos insistian en que todos mis caprichos fuesen satisfechos; me recetaban la felicidad.

Un dia, mi abuela entró en mi gabinete y me abrazó mas afectuosamente que de costumbre. Yo me mostraba tan insensible á los cuidados como al abandono.

—Querida niña, me dijo, trata de sanar pronto. Compraré tu restablecimiento al precio que quieras. El señor Marjolin habla de enviarte á los Pirineos: pero ¿será acaso el aire de Atenas el único que te convenga? Luego, añadió con mucha emocion: ¡sé dichosa á tu manera, hija mia, y que la voluntad de Dios se cumpla!

Dirigí la vista en rededor mio con cierta especie de extravío, como un prisionero al cual se le abriesen bruscamente las puertas de su calabozo y quedase deslumbrado con la luz de fuera. Al alcance de mi mano ví un hermoso ramo de violetas. Balbuceé, reí y lloré á un tiempo. Tenia toda la elocuencia de la dicha.

A contar desde esta hora, Blanca, la enfermedad quedó vencida; la juventud me devolvió la vida á pasos de gigante. Todos los dias un nuevo ramo de violetas reemplazaba al de la víspera. Mi abuela, con una delicadeza exquisita, encontraba medio de nombrar al príncipe, naturalmente, á propósito de cualquiera bagatela, lo mismo que lo hubiera hecho un mes antes.

Se determinó trasladar mi sillon al salon principal. Era un bello dia de Abril: todo cuanto veia respiraba cierto aire de fiesta, como si solemnizase mi primera recepcion. Alfeo me esperaba. En vano intenté dirigirle la palabra; débil, desfallecida, solo pude alargarle mi mano extenuada.

El aire de la primavera no llegaba sino en pequeñas dósis á la calle de Grenelle, segun el parecer de los facultativos, y me enviaron á Braizieux. Esta vez acepté con placer sus prescripciones. Indiqué hasta deseos de partir pronto, pero exigí que el príncipe nos acompañase, pues no podia consentir en una nueva separacion. En vano me objetaron con ciertos miramientos, las costumbres, el qué dirán... fuí inflexible. Sentia el temor de un avaro á quien obligan á separarse de su tesoro. En vista de mi conducta, mi abuela apresuró ella misma los preparativos de la boda, que debia efectuarse sin pompa en la iglesia del pueblo. Entretanto se hicieron venir varias modistas y se me consultó sobre las vistas de novia. ¡Qué me importaba todo eso! Yo queria casarme simplemente y no mezclar la vanidad á la dicha.

Mientras duró mi enfermedad, mi tia vino todos los dias á ofrecer su auxilio á mi abuela; pero los cuidados frios y puntuales de la señora de Braizieux, su continente tranquilo y digno, me irritaban. Preferia cien veces á la señorita Laurent, contra la cual tenia á lo menos el derecho de incomodarme.

A medida que mi convalecencia adelantaba, mi tia fué disminuyendo sus visitas. Venia acompañada de su hijo, que, frio y distraido, siempre parecia impaciente por dejarnos.

Se convino que nos pusiésemos en camino, haciendo el viage á pequeñas jornadas, mi abuela, Alfeo y yo, y que mi prima acompañada de la señora de Braizieux y de Jorge, viniesen á reunirse con nosotros á la semana siguiente. Este viage me pareció delicioso. Aspiraba con una embriaguez de convaleciente los perfumes de la naturaleza, esos perfumes tan agradables fuera de los muros de París. Los prados con su césped naciente, los jardines empezando á florecer, los castillos, las casas de campo, todo se hallaba revestido á mis ojos de un aspecto nuevo y encantador. Es verdad que todos estos atractivos y mucho mas ofrece un viage al fin del cual cree uno que va á encontrar la felicidad.

Pasamos una semana deliciosa en Braizieux. Mis viejos árboles se presentaban ante mi vista como antiguos amigos que tomaban parte tambien en mi alegría. Yo me hallaba todavia tan débil, que mis queridos compañeros de soledad llegaron á imponerme el reposo mas absoluto. Alfeo me leia los poemas de Lord Byron y las Meditaciones de Lamartine. Leia admirablemente, con una voz musical y sonora; ¿quién no ha experimentado el poder irresistible de una voz amada? Otras veces hacíamos hermosos castillos en el aire, pensando en la Grecia. Con el mapa extendido ante nuestros ojos, seguíamos el camino de Marsella; nos figurábamos distinguir ya desde la toldilla de un vapor aquellas playas inmortales. No era en Italia ni en Suiza donde debíamos pasar ese tiempo feliz, que se ha dado en llamar la luna de miel, sino en Atenas. Avida de los menores detalles acerca de esa tierra llena de poesía y de recuerdos, que iba á ser luego mi segunda patria, creia recorrer ya de antemano las calles de Eolo, de Minerva, de Hermes; y habitar el hotel de Lóndres, desde donde se descubren el monte Hymeto y el Partenon. Pretendia hacerme presentar en la córte de la reina Amelia, orgullosa con mi eleccion y deseando ser admirada. En esas ruinas, donde tantos han buscado héroes y dioses, yo pensaba emplear todos los medios posibles para encontrar recuerdos de la Francia y de la juventud de Alfeo. Mi abuela, sonriéndose, nombraba á cada momento á París y á Braizieux.

—He visto, nos decia, mas ruinas que todas cuantas podais hallar en Grecia. Si se supiera cuán chavacanos son los viejos Arístides y los viejos Temístocles, si se supiera cuán viejos y feos son los viejos Alcíbiades, nadie se cuidaria seguramente de sus memorias.

Ay de mí! Este dulce episodio fué de corta duracion. Mi tia y sus acompañantes llegaron al fin. Desde entonces nuestra tranquilidad se cambió en un penoso malestar.

Conocí muy pronto que el príncipe no era del agrado de ninguno de los recienvenidos. Cada uno de estos lo dejaba entrever así segun su carácter y posicion; yo lo leí bien claro en los ojos de todos. Intenté animar este

pequeño círculo compuesto de elementos heterogéneos, pero en seguida conocí lo inútil de mis esfuerzos y dí abrigo en mi corazon á un secreto resentimiento.

En el campo, donde no hay para variar las horas las frívolas distracciones de la vida de París, las noticias del dia, los accidentes de la calle, se precisan la union y la alegría para vencer el fastidio. Mi tia se entretenia en trabajos de tapicería y apenas hablaba. Rennes y sus cercanías formaban el cuadro habitual de su vida; no conocia otro. Teníamos pocas ideas que nos fuesen comunes. Jorge, sin pensar en otra cosa mas que en la mar y en los marinos, estaba menos dispuesto todavía á tomar parte en nuestras conversaciones, las cuales languidecian, manteniéndonos todos frios y preocupados.

Mi imaginacion inquieta, mis nervios, resentidos aun, me ocasionaban verdaderos sufrimientos. No conozco trabajo mas ingrato que el de tener que obligar á otra persona á que dé á conocer, á pesar suyo, las brillantes dotes que la adornan. Hubiera deseado ver á Alfeo vencer á fuerza de superioridad incontestable á esta familia hostil; pero él tambien permanecia silencioso, reservado, dispuesto á abandonar la discusion así que se animaba algo, ignorando esos rasgos de talento graciosos é imprevistos, con que se desarma á un adversario.

—No necesito echar mano de esas miserables ventajas, me decia sin cesar.

Alfeo comprendia mejor el genio de las artes y la poesía del amor, que la charlatanería de los salones. Sin embargo, yo no podia menos de sentir un secreto despecho. Las mujeres tienen por el hombre que han elegido un orgullo egoista. Les complace ver que el vulgo admire lo que ellas prefieren, como á esos objetos preciosos que solo se permite examinar al público desde distancia.

Una noche, intentando sin duda mi abuela romper la monotonía de nuestras reuniones, pidió al príncipe su canto griego. ¡Cosa extraña! Esta proposicion me contrarió fuertemente. El viejo piano de Braizieux estaba desafinado; mi mano temblaba al tocar el acompañamiento, porque un verdadero y númeroso público es menos temible que tres personas llenas de prevencion y de envidia. El efecto del canto fué como era de esperar esta vez, muy malo. Mi abuela, sin haber escuchado siquiera, hizo al príncipe un cumplido cabal. Jorge recorria con Noemi un álbum de Charlet, y he creido sorprender entre ámbos un cambio de miradas burlonas. Indignada, me aproximé á Alfeo y toda la noche estuvimos hablando de música. ¡Ah! ¡cuánto deseaba en aquel momento verme libre de la sujecion que estaba sufriendo, para ir á respirar bajo otro cielo la alegría y la libertad!

En el campo llega ordinariamente el correo por la mañana, á la hora del desayuno. Entonces, con una curiosidad casi pueril, se leen, se comentan las cartas y los periódicos. Esa era seguramente la hora mas agradable del dia en Braizieux; el comun interés ponia á todo el mundo de acuerdo por algunos instantes.

Una mañana, mi abuela, que traia en la mano un paquete que habia dejado el cartero, entregó á Alfeo una carta cuya vista le turbó ostensiblemente, y que guardó con precipitacion sin abrirla.

—Leed, por Dios, le dijo mi abuela, nos dareis noticias de París ó de Atenas.

El príncipe se excusó con aire embarazado; diciendo que solo se trataba de una cuenta de gastos. Yo noté, sin embargo, que dejó de comer, se retiró concluido el desayuno y volvió luego al salon con la frente cargada de nubes, que con dificultad logré disipar.

Esa carta me preocupaba á pesar mio. Dos dias despues llegó otra. Esta vez, acometida de una dolorosa sospecha, tuve tiempo de dirigirle una mirada furtiva, y observé, con un celoso sentimiento, la letra fina y rápida, el papel perfumado y el sello con divisa. El príncipe tomó la carta en silencio, como la anterior; pero pareciendo mas bien contrariado que sorprendido, continuó almorzando, y en lugar de desaparecer concluido el desayuno, se puso á hablar con mas animacion que de costumbre. Yo fuí, entonces, la que no pude dominar mi agitacion.

Pasé el dia entero en un combate penoso entre mis celos y mi orgullo. Tan pronto me hallaba dispuesta á ceder, á suplicar á Alfeo que me explicase este incidente misterioso, como se me resistia poner á prueba su confianza y hacerle testigo de mi debilidad.

(*Se continuará.*)

REMIGIO CAULA.

LOS TRES ELEMENTOS.

Te ví tan bella, que mi pecho amante
Un suspiro exhaló.
Veloz despareciste y al instante
Mi pecho suspiró.
Al ver tu faz de rosa otra mañana
Un suspiro lancé;
Mas me premiaste mi pasion, tirana,
Y otra vez suspiré.
Mis suspiros, aun mas que tu desaire
Me vienen á probar que amor es *aire*.

Pasaron muchos meses, y abrasado
De amor, me consumia.
Mi pecho, por tus ojos inflamado,
Cual tu mirada ardía.
Otra vez tu figura seductora
Apareció ante mí;
Y una llama girar, devoradora,
En mi pecho sentí.
Entonces exclamé, de amores ciego:
Ya no debo dudar, amor es *fuego*.

Lágrimas de dolor, al ver mi suerte,
Empiezo á derramar,
Y soñando contigo y con la muerte
No ceso de llorar.
Una noche que el llanto no corria
Por mi megilla ardiente,
Oí tu dulce voz, y me vió el dia
Llorando amargamente.
Puesto que el llanto la pasion lo fragua
¿Quién me podrá negar que amor es *agua*?

Y pues segun el cuento,
Es *fuego*, y *agua*, y *viento*,
Consta el amor á la muger querida
De los tres elementos de la vida.
Lógica consecuencia:
Sin amor no es posible la existencia.

CONSTANTINO GIL.

LAS ESPIGAS DEL TRIGO.

APÓLOGO.

Cierto colono un dia
Con interés su campo visitaba,
Y gozoso veia
Que abundante cosecha presentaba.

Con candor é inocencia
A él acercóse su pequeño hijo,
Jóven sin experiencia,
Que con tono formal así le dijo:

"Los tallos que dominan
A los otros, serán mucho mayores,
Pero los que se inclinan
Supongo que serán mas inferiores."

"No es así, hijo querido;
El padre contestó con gran terneza—
¿Ves esé tallo erguido,
Que orgulloso levanta la cabeza?

No lo ves qué arrogante
Con necia presuncion se ostenta vano?
Pues míralo un instante
Y no hallarás en él un solo grano.

Empero, observa atento
Aquel que hácia la tierra está inclinado,
Y verás ¡oh portento!
Qué de dorado fruto está cargado.

No mires con desprecio
Esta sentencia de mi humilde labio:
Es siempre altivo el necio
Y modesto en extremo el hombre sabio."

RAFAEL SANCHEZ Y GARCIA.

LOS SALUDOS.

Nuestra buena sociedad
mucho que pensar me ha dado,
con los atentos saludos
que todos nos prodigamos.
Saludos que de sinceros,
por lo comun, tienen tanto,
como el oropel de oro...
muy fácil es demostrarlo:
Hay frases que á todas horas
se encuentran en nuestros labios,
y se cambian y reciben
como si valiesen algo.
Frases que á un tiempo se aplican,
y con el mismo agasajo,
al mas solemne bribon
y al mas digno ciudadano.
Hay un *páselo usted bien*,
con voz dulce pronunciado,
que equivale muchas veces
á "con usted cargue el diablo."
Hay un *beso á usted los piés*,
hay un *beso á usted la mano*,
que son... el beso de Judas
en frecuentísimos casos.
Hay un *servidor de usted*
que todos dan de barato;
sin que ninguno, al decirlo,
serviros haya pensado.
Este es el mundo, y así,
entre mentiras y engaños,
con amigos y enemigos
cordiales nos saludamos.
Al levantaros de cama,
buen dia, os dice un criado,
que en la cuenta de la plaza
os sisará algunos cuartos.
A las doce, una visita
recibís en vuestro extrado
de un *quidam*, que no se ocupa
mas que en vivir murmurando:
Pasan dos horas mortales,
que perdísteis de trabajo,
y al despedir á aquel necio,
fuerza es decir con agrado:
quedo á su disposicion.
Esta es su casa. ¡Mal rayo!
cuando á cumplir vuestro gusto,
le hubiérais echado á palos!
Vais de noche á una tertulia,
y á fin de pasar el rato
jugais un instante al golfo
y os dejan sin un ochavo.
Y el amigo, que el bolsillo
bien enjuto os ha dejado,
os dice: *muy buenas noches*
y se marcha tan ufano.
Este es el mundo, y así,
entre mentiras y engaños,
con amigos y enemigos
cordiales nos saludamos.

REMIGIO CAULA.

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE-FUNDA DE TERCIOPELO INGLES AZUL DE CHINA, enteramente plano por delante y por las caderas, con un pliegue grueso por detrás. El borde inferior va guarnecido con dos tiras de chinchilla puestas en línea recta; una tercera tira forma túnica, y sube por ámbos lados hasta el cuello, rodeando el escote. Desde el cuello hasta la segunda tira se colocan copitos de chinchilla haciendo oficio de botones. Mangas de la edad media guarnecidas de chinchilla. Gorra de terciorelo del mismo color del trage, igualmente guarnecida de chinchilla.

TRAGE-FUNDA CON COSELETE de tafetan negro, con rico bordado de seda negra, y fleco de seda y felpilla negra, puesto encima del borde inferior, y subiendo en forma de túnica. Corpiño de cachemira encarnada con mangas largas, bordado de cuentas negras; en los hombros, tirantes que sostienen el trage y el coselete. El trage negro es redondo y no tiene cola.

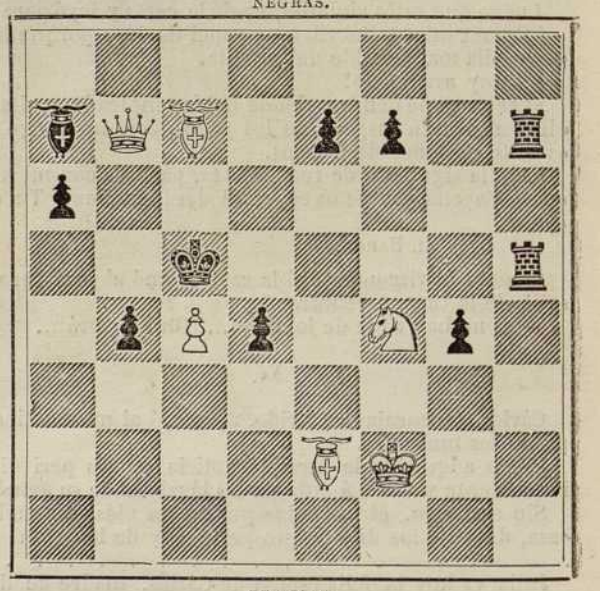
PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 80.

Blancas.	*Negras.*
1.ª A. 8.ª C.R. jaque.	C. 3.ª R.
2.ª A. toma C. jaque.	A. toma A.
3.ª T. 5.ª R. jaque.	R. toma T.
4.ª R.ª 4.ª R.ª jaque.	R. toma C.
5.ª P. 4.ª C.R. Jaque mate.	

PROBLEMA N.º 81, POR M. CONRADO BAYER.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 4 jugadas.

ADVERTENCIA.

El patron que damos hoy es correspondiente al número 6.

Habiéndose agotado los números 1, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49 y 50 de La Moda Elegante, correspondientes al pasado año de 1866, manifestamos á los que quieran ceder todos ó algunos, que los abonaremos al precio de 5 reales cada uno, aunque sean sin figurin, y á mas lo que cueste el franqueo.

La remision se hará al Administrador de La Moda Cádiz, y á correo vuelto se enviará su importe.

EL ADMINISTRADOR.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ 1867. IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA á cargo de D. Federico Joly y Velasco, Bomba, n. 1.

Leray, imp. Paris

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

56, Rue Jacob, Paris

AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 9.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs... Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs...Seis meses,65...Tres meses, 35... Un mes, 12.

Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un aoñ80 rs....Seis meses, 42... Tres meses, 22...Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

PROPIETARIO Don Abelardo de Cárlos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes.... Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Libreria de Don C. Bailly-Bailliere, plaza del Principe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tánago, calle Habana.
MÉJICO, Mr. Isidoro Devaux.
PARIS, Mr. Fermin Didot frères, rue Jacob, 56.

Sumario.—Explicacion de la hoja de patrones que contiene: Corpiño escotado de muselina y guipur.—Berta-corpiño.—Corpiño de bullonado de muselina y guipur.—Moldes para sombreros.—Palatina y manguito para niña.—Trage y chaqueta para niña de 4 á 6 años.— Tres modelos de calzados. — Capuchon con esclavina grande para señorita. — Trage para niño de 2 á 4 años.—Trages cortados á nesgas. — Zagalejo pespunteado para señora.—Chaqueta con puntas.— Sombrero para niña ó niño.—Castaña trenzada.—Peinado con castaña trenzada. —Sombrero.—Tocado bayadera. — Gorra sueca. — Un cuento ejemplar.—El canto de los helenos.—Tradiciones religiosas españolas. — Todo el año es carnaval.—Ajedrez.—Lámina de tapicería.

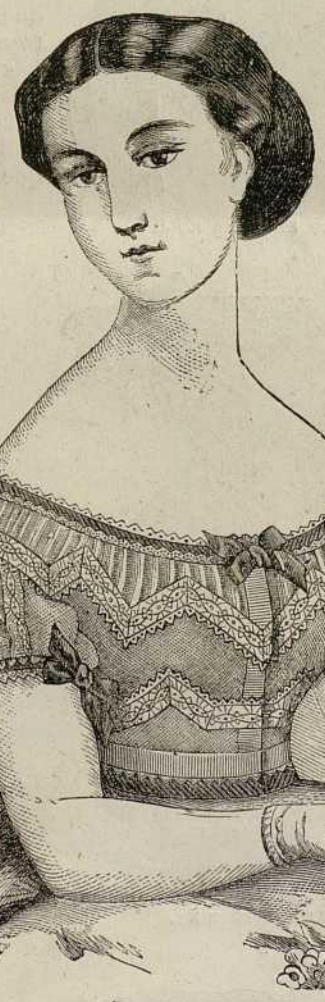
EXPLICACION DE LA HOJA DE PATRONES.

Corpiño escotado de muselina y guipur.

Figuras 44 á 49 (verso) del patron.

Este corpiño está hecho de muselina, entredos de guipur de 2 centímetros y medio de ancho, guipur de centímetro y medio y cinta de terciopelo azul de 2 centímetros de ancho; se lleva con una enagua blanca ó de color muy claro.

Se cortan 2 pedazos por cada una de las figs. 44, 47 y 49; pero para los delanteros (fig. 44) se deja de mas la tela necesaria para un dobladillo de 3 centímetros por delante, guarnecido de presillas-ojales al lado derecho, y de botones al izquierdo. Se corta la espalda entera por la figura 45, que representa su mitad solamente;—el cinturon entero, pero en tela doble, por la fig. 46, que representa su mitad;—la fig. 48, entera tambien, por el patron que representa su mitad, pero solamente hasta la línea fina que se encuentra en él. Se cosen las nesgas del pecho, estrella sobre estrella hasta el punto,—cruz sobre cruz hasta el doble punto; se reunen espalda y delanteros desde 18 hasta 19, desde 20 hasta 21, haciendo una costura doble. Se prepara por la fig. 44 un pedazo de muselina plegada, y se fija al corpiño primeramente esta muselina, y luego los entredoses, que se doblan para formar las esquinas; se recorta la muselina por debajo de los entredoses, cuyo borde inferior se guarnece con un encage puesto plano. Se orla el contorno superior del corpiño con una tira de muselina, que

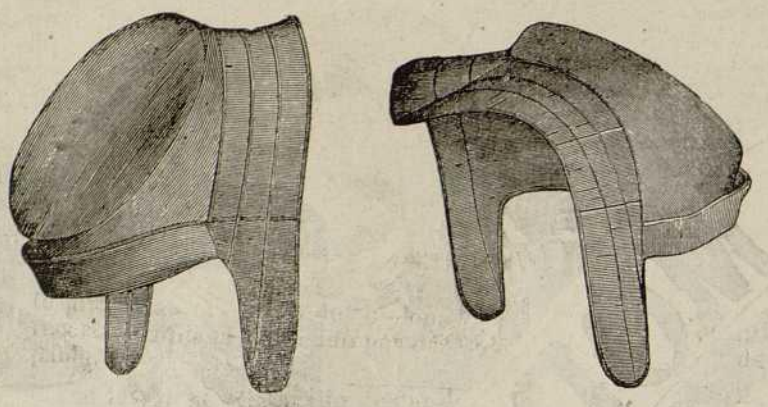


CORPIÑO ESCOTADO DE MUSELINA Y GUIPUR.

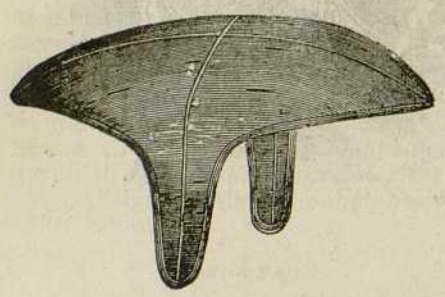
BERTA-CORPIÑO.

CORPIÑO DE BULLONADO DE MUSELINA Y GUIPUR.

se cubre con una cinta de terciopelo guarnecida por ámbos lados con un guipur puesto recto. El corpiño se arma entre las dos telas de una pretina de nansouk, cerrada por botones ó corchetes, sobre la cual se fija el cinturon *visible*, guarnecido por su borde inferior con una cinta de terciopelo, orlada de guipur. La manga va cubierta con un bullonado de muselina, para la cual se emplea una tira de 45 centímetros de largo, 11 de ancho en su medio, y 6 de ancho en cada extremo, fruncida por ámbos lados lar-

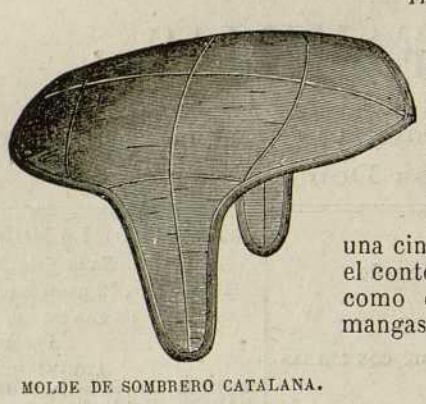


MOLDES DE SOMBREROS MARIA ESTUARDO.



MOLDE DE SOMBRERO OVALADO.

gos; en ella se cose el entredos, por debajo del cual se recorta la muselina del bullonado y la de la manga, cuyos dos lados transversales se reunen desde 28 hasta 29; su contorno interior se coge entre los dos lados de una tira de muselina de 2 cents. de ancho, cubierta con una cinta de terciopelo guarnecida de guipur. La manga se fija en la sisa, 28 sobre 28. —Se ponen los lazos indicados en el dibujo, y queda terminado este corpiño.

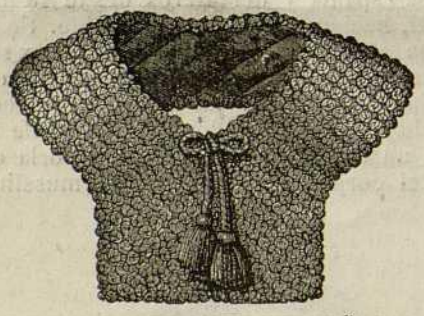


MOLDE DE SOMBRERO CATALANA.

Berta-corpiño.

Figura 56 y 57 (verso) del patron.

La berta es de raso azul, tul de seda, encage de seda blanco de 7 cents. de ancho y *dibujitos aislados*, del mismo encage. Se corta en tul blanco rígido la espalda entera, por la fig. 57, que representa su mitad, los dos delanteros por la fig. 56, y todo ello se reune desde 42 hasta 43. Los dos delanteros se cubren con tul de seda blanco, plegado á pliegues profundos dirigidos hácia adelante; la espalda se cubre desde su borde inferior hasta la línea fina de la fig. 57, con un bullonado del mismo tul, luego se guarnece el borde inferior de la espalda y los lados con una tira de raso azul, cortada al sesgo y doblada por su mitad, la cual se cose sobre el tul, solamente en su borde superior; — el ancho de esta tira es en el hombro de cinco cents. y medio, y disminuye gradualmente hasta tener solo 2 cents. en el borde inferior de la espalda. Un encage de 7 cents. de alto se cose sobre el borde superior de la espalda; el borde inferior de este encage se fija sobre el raso; el borde superior de la espalda se guarnece con una tira de raso de cent. y medio de ancho. El contorno inferior de la berta se guarnece con un encage de 7 cents. ligeramente fruncido; el superior, con un encage de 2 cents. Sobre cada delantero se colocan 3 tiras de raso, cada una de 3 cents. de ancho, puestas un poco sesgadas, adornada cada una con un *dibujito* recortado del mismo encage; una tira semejante atraviesa por medio del bullonado de la espalda. Por último, se recorta y quita el tul rígido por debajo del encage superior de la espalda.



PALATINA AL CROCHET PARA NIÑA.

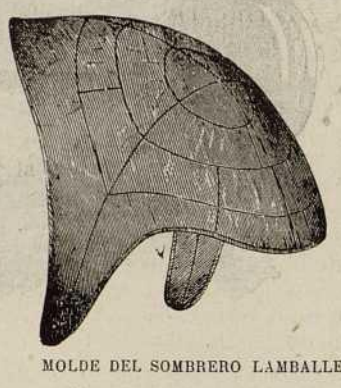
TRAGE PARA NIÑA.

N.° 1. MEDIA BOTA DE CABRITILLA.

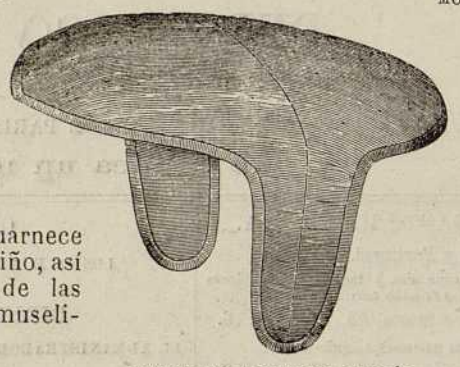
Corpiño de bullonado de muselina y guipur.

Figuras 50 á 55 (verso) del patron.

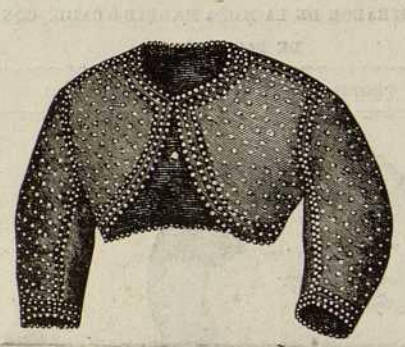
Este corpiño es de muselina con entredoses de guiqur de 2 cents. de ancho y guipur de un cent.— Un bullonado de muselina de 3 cents. de ancho, atravesado por una cinta color de cereza, guarnece el contorno superior del corpiño, así como el contorno inferior de las mangas cortas. Se cortan en muselina dos pedazos por cada una de las figs. 50, 51, 52 y 55, —la espalda y el cinturon de un solo pedazo, por las figs. 53 y 54, que representan solamente sus mitades. Las figuras 50 y 53 se reunen sobre el hombro, luego se disponen los bullonados de 4 centímetros, y los entredoses, con arreglo á las indicaciones del patron y del dibujo. — Se orlan los delanteros con una tira doble de muselina de 2 centímetros de ancho, sobre la cual se hacen los ojales, poniendo los botones sobre el delantero izquierdo; por el lado derecho esta tira va cubierta por un entredos guarnecido de guipur en ámbos bordes. La espalda, los costadillos y los delanteros se reunen juntando las cifras iguales. Una guarnicion, hecha con una tira recta de muselina de 2 cents. de ancho, sesgada por ámbos extremos, guarnecida por un lado con un guipur, fruncida por el otro, se cose en el sitio en que los costadillos reunen la espalda y los delanteros; los extremos sesgados se destinan al borde inferior del corpiño. Las mangas van cubiertas de bullonados y de entredoses (véase el dibujo). El contorno del corpiño se orla, como los delanteros, con una tira doble de muselina, cubierta con el bullonado antes indicado, hecho con una tira de muselina, que tenga un largo superior en una mitad al del espacio que ha de cubrir. Las mangas se ponen en sus sisas guarnecidas con un vivo, juntando las cifras iguales. El corpiño se arma entre las dos telas del cinturon cortado doble, y que se cierra con botones ó corchetes.



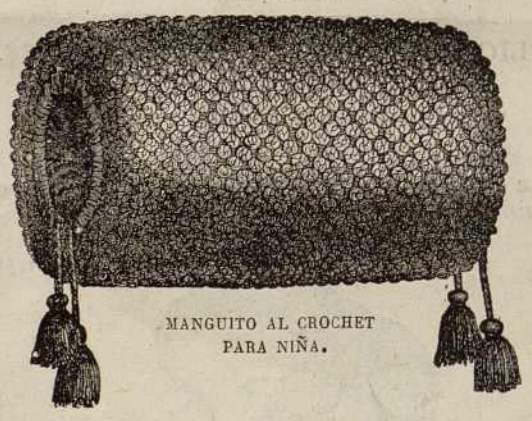
MOLDE DEL SOMBRERO LAMBALLE.



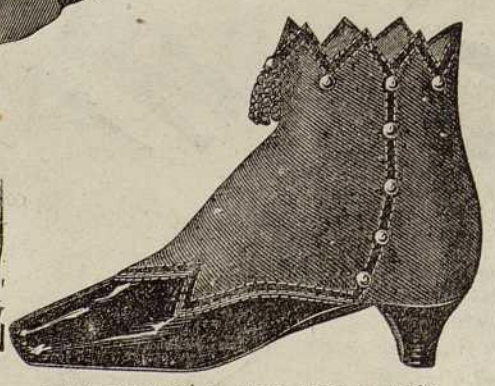
MOLDE DEL SOMBRERO SIAMÉS.



CHAQUETA PARA NIÑA.



MANGUITO AL CROCHET PARA NIÑA.



N.° 2. BORCEGUÍ DE RASO COLOR CASTAÑO.

N.° 2. BORCEGUÍ DE RASO COLOR CASTAÑO.

Moldes de sombrero

Figs. 10 y 35 (recto), 59 y 60 (verso) del patron.

Publicamos varios moldes de los cuatro sombreros cuyos dibujos y descripciones se insertaron en el número anterior. Cada molde de estos se corta entero, por la figura que representa su mitad, en tul rígido. — En su contorno se fija un alambre, y otros alambres se ponen tambien en los sitios que indica el patron. Se *viste* este molde con tul plegado ó fruncido; luego se forma el sombrero con las telas y adornos que en el citado número anterior se señalan.

Palatina y manguito para niña.

Fig. 58 (verso) del patron.

MATERIALES.—150 gramos de lana céfiro gris; marcelina encarnada; algodon en rá-

ma; 2 metros de cordon grueso encarnado de seda; seis borlas de felpilla encarnada; un crochet adecuado á la lana.

La palatina y el manguito se hacen al crochet-buclecillos, é imitan el astracan gris.

MANGUITO.—Se le hace á lo largo, de ida y vuelta. Se principia por una cadeneta de 63 puntos, sobre los cuales se vuelve para hacer la :

1.ª *vuelta*. —Por cada punto se pasa el crochet, se toma la hebra y se la conserva sobre el crochet, como si se hiciese crochet tunecino.

2.ª *vuelta*.—Se hacen 5 puntos en el aire, luego se desmonta un punto, y así sucesivamente.

Las siguientes vueltas se hacen en el lado perpendicular de cada punto desmontado, y se pasa por él la hebra, conservando siempre estos buclecillos sobre el crochet, como en el crochet tunecino. Las especies de nudos formados por los 5 puntos permanecen por el *revés*, que vendrá á ser el *derecho* de la labor. Así se hacen 90 vueltas (cada una de dos filas como en el crochet tunecino), luego se cosen una con otra la última y la primera vuelta de la labor. Se pone el forro algodonado y todo ello se frunce por sus lados trasversales. El forro algodonado debe ser un poco mas estrecho que la manga hecha al crochet. Se cose al mismo tiempo una tira de tafetan encarnado tomada al sesgo, la cual sirve de jareta para pasar por ella el cordon de seda.

PALATINA.—La fig. 58 representa la mitad de esta palatina, que se principia por el borde inferior de la espalda, haciendo una cadeneta de 18 puntos. Se crece ó se mengua al principio y al fin de cada vuelta, para copiar los contornos del patron. Sobre este contorno, cuando la palatina está terminada, se hace en cada punto uno sencillo, seguido de 4 en el aire. Se pone un forro algodonado, é igual al del manguito, y luego los cordones, que se atan por delante.

CAPUCHON CON ESCLAVINA GRANDE.

TRAGE PARA NIÑO DE 2 A 4 AÑOS (VISTO POR DETRAS).

Trage y chaqueta para niña de 4 á 6 años.

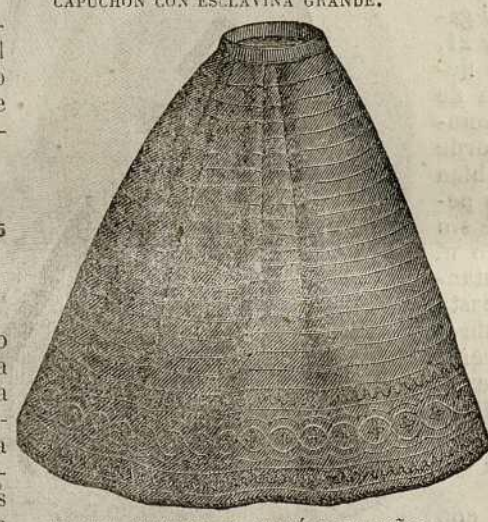
Figuras 24 á 32 (recto) del patron.

Todo el vestido es de popelina lisa color castaño. La guarnicion se compone de tiras de la misma tela, adornadas por ámbos lados con cuentas blancas cretosas. La chaqueta es la que únicamente se adorna con estas cuentas.

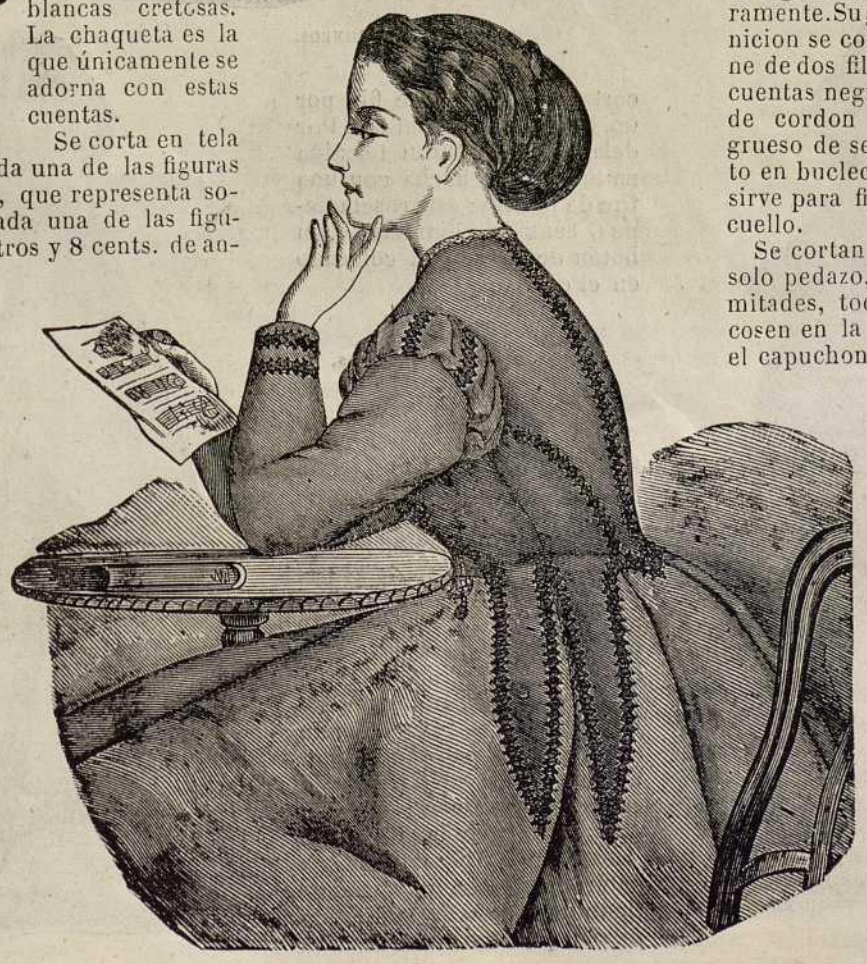
Se corta en tela y percalina de forro un pedazo por cada una de las figuras 24 y 25; la espalda entera por la fig. 27, que representa solamente su mitad,—dos pedazos por cada una de las figuras 26 y 28. La enagua, que tiene 2 metros y 8 cents. de ancho por 44 cents. de largo, inclusa la tira inferior cortada al sesgo de seis cents. de ancho, está forrada de gasa rígida; esta tira se añade á la parte inferior de la enagua, por el revés, luego se vuelve por el derecho y se adorna con cuentas.

Se cosen las nesgas del pecho, luego se reunen todos los pedazos jutando las cifras iguales; en el borde del delantero de la izquierda se redoblan uno contra otro la tela y el forro. El contorno superior del corpiño, y el del delantero de la derecha, se guarnecen con una tira cortada al sesgo, de 3 cents. de ancho, fijada como la de la enagua, descansando sobre el corpiño en un espacio de cent. y medio, y adornadas con cuentas.—Se ponen los botones y se hacen los ojales en las figs. 24 y 25, que llevan su indicacion. La manga forrada, adornada como la enagua en su borde inferior, se cose desde 47 hasta 48, luego se fija en la sisa, guarnecida con un vivo, juntando las cifras iguales. Se pliega la enagua hasta darle el ancho del corpiño, y se hace un pliegue doble por delante, y plegues sencillos en los demás sitios. Se reune el corpiño á la enagua. El cinturon se hace con una tira de tela y de forro que tenga 5 cents. de ancho; se le adorna con cuentas, así como el lazo, hecho de tela igual. Un guipur de cent. y medio guarnece el escote y las mangas.

CHAQUETA.—Se cortan en tela y muselina ó marcelina negra, 2 pedazos por cada una de las figuras 29 y 30; la espalda entera por la fig. 31, que representa solamente su mitad,—la manga por la figura 32, teniendo en cuenta, para la mitad de debajo la diferencia de contorno indicada por las líneas contínuas. Se cosen las nesgas del pecho, sirviendo de adorno las cuentas; se reunen todos los pedazos juntando las cifras iguales. Debajo del contorno de la chaqueta se pone una tira de tela cortada al sesgo, que tenga 2 cents. de ancho, la cual cubre las costuras de la chaqueta y de su forro. La manga se fija en la sisa, guarnecida de un vivo, juntando las cifras iguales.



ENAGUA INTERIOR DE PIQUÉ PARA SEÑORA.



CHAQUETA CON PUNTAS.

CALZADOS.

N.º 1.—*Media bota de cabritilla*, con charol, adornada con una roseta de cinta negra muaré. Como ribete, cordon negro de seda, terminado por dos borlas.

N.º 2. — *Borcegui de saten castaño* y charol negro. — El arabesco hecho de charol, se pespuntea con seda blanca; estos pespuntes se continúan por ámbos lados de los ojetes.

N.º 3.—*Borc egui de saten castaño*, con charol negro, y pespuntes de seda blanca por todos los contornos del borcegui.

Capuchon con esclavina grande para señorsta.

Figs. 42 y 43 (verso) del patron.

Este capuchon se lleva tambien como pardesús, y en este caso se echa hácia atrás sobre la esclavina, y se abotona de modo que se mantenga plano junto al escote. —Se hace de cachemira blanca; se forra de tafetan encarnado, y se algodona ligeramente. Su guarnicion se compone de dos filas de cuentas negras, y de cordon muy grueso de seda, adornado de borlas, el cual va dispuesto en buclecillos en el medio del escote por detrás, y sirve para fijar por delante la esclavina al rededor del cuello.

Se cortan el capuchon y la esclavina, cada uno de un solo pedazo, por las figs. 42 y 43, que representan sus mitades, todo ello en cachemira, algodon y forro. Se cosen en la esclavina las nesgas del hombro, se pliega el capuchon poniendo cada cruz sobre el punto, luego se le reune á la esclavina juntando las cifras iguales. Los excedentes de las costuras se cubren con una tira de tafetan encarnado. En el borde de delante del capuchon se forman los pliegues indicados, poniendo cada cruz sobre el punto; se orla el contorno con un vivo de tafetan encarnado, se cosen las filas de cuentas, y se fija en el medio, por detrás, un cordon dispuesto en buclecillos, el cual tenga un metro y 70 cents. de largo; un cordon igual, de 2 metros y 20 cents. de largo, cubre la costura que reune el capuchon á la esclavina, y se ata por delante.

TRAGE PARA NIÑO DE 2 A 4 AÑOS (VISTO POR DELANTE).

Trage para niño de 2 á 4 años

Figuras 11 á 23 (recto) del patron.

Este vestido es de *lindsay*. La guarnicion se compone de vueltas y hombreras de la misma tela, orladas con tiras de terciopelo inglés violeta de medio centi-

metro de ancho, y sujetas por botones blancos de nácar.

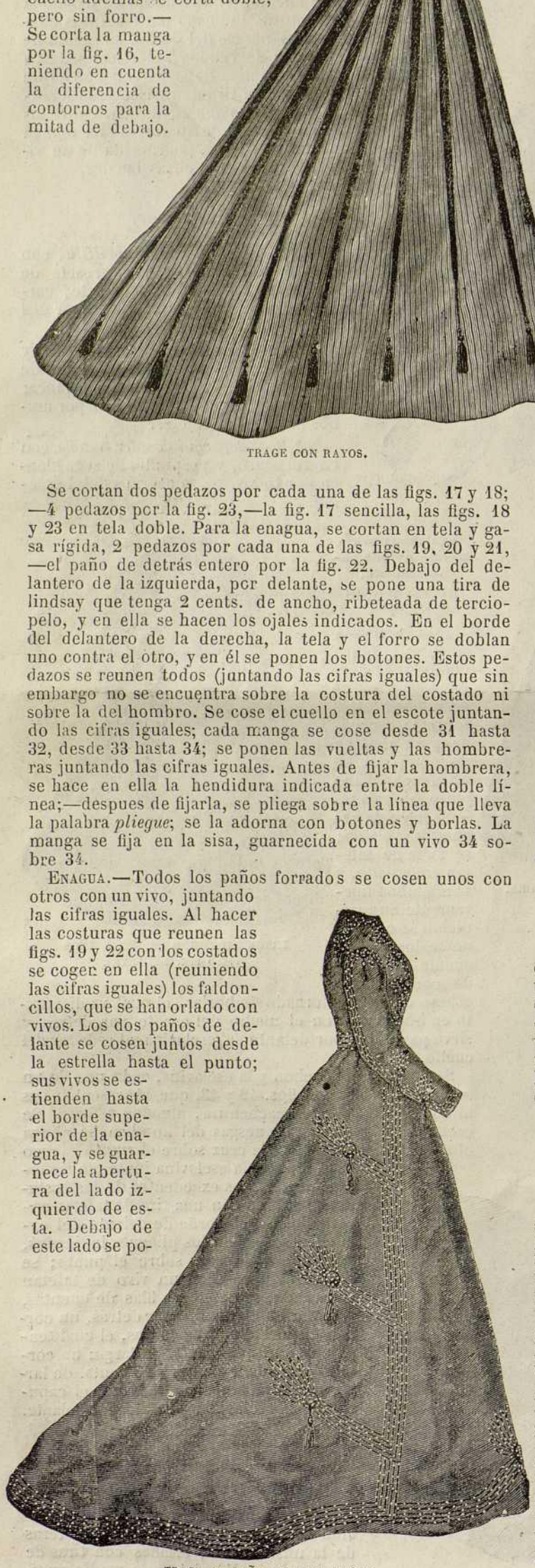
Completan los adornos unos vivos de terciopelo inglés y borlitas de seda violeta.

Se cortan en lindsay y percalina de forro 2 pedazos por cada una de las figs. 11, 12 y 13; la espalda y el cuello enteros por las figs. 14 y 15 que representan sus mitades; — el cuello además se corta doble, pero sin forro.— Se corta la manga por la fig. 16, teniendo en cuenta la diferencia de contornos para la mitad de debajo.

TRAGE CON RAYOS.

Se cortan dos pedazos por cada una de las figs. 17 y 18; —4 pedazos por la fig. 23,—la fig. 17 sencilla, las figs. 18 y 23 en tela doble. Para la enagua, se cortan en tela y gasa rígida, 2 pedazos por cada una de las figs. 19, 20 y 21, —el paño de detrás entero por la fig. 22. Debajo del delantero de la izquierda, por delante, se pone una tira de lindsay que tenga 2 cents. de ancho, ribeteada de terciopelo, y en ella se hacen los ojales indicados. En el borde del delantero de la derecha, la tela y el forro se doblan uno contra el otro, y en él se ponen los botones. Estos pedazos se reunen todos (juntando las cifras iguales) que sin embargo no se encuentra sobre la costura del costado ni sobre la del hombro. Se cose el cuello en el escote juntando las cifras iguales; cada manga se cose desde 31 hasta 32, desde 33 hasta 34; se ponen las vueltas y las hombreras juntando las cifras iguales. Antes de fijar la hombrera, se hace en ella la hendidura indicada entre la doble línea;—despues de fijarla, se pliega sobre la línea que lleva la palabra *pliegue*; se la adorna con botones y borlas. La manga se fija en la sisa, guarnecida con un vivo 34 sobre 34.

ENAGUA.—Todos los paños forrados se cosen unos con otros con un vivo, juntando las cifras iguales. Al hacer las costuras que reunen las figs. 19 y 22 con los costados se cogen en ella (reuniendo las cifras iguales) los faldoncillos, que se han orlado con vivos. Los dos paños de delante se cosen juntos desde la estrella hasta el punto; sus vivos se estienden hasta el borde superior de la enagua, y se guarnece la abertura del lado izquierdo de esta. Debajo de este lado se pone una tira de lindsay de 3 cents. de ancho; debajo del lado derecho de la abertura se coloca una presilla de tela doble del mismo largo que la abertura. Por delante, la enagua se adorna con borlas y botones. — Debajo del borde inferior se pone una tira de lindsay de 5 centímetros de ancho. Los faldoncillos se doblan hácia afuera, como lo indica el dibujo, y se adornan con botones y borlas. Se pliega la enagua poniendo cada cruz sobre el punto, luego se le une al corpiño. Un cinturon en dos pedazos, hecho de lindsay y forro, de tres cents. y medio de ancho, se cose á la altura del talle.— En el medio por detrás una de las mitades del cinturon cortada en punta, se fija por un boton á la otra mitad. Por delante, el cinturon termina en una roseta hecha con una tira de lindsay; esta roseta tiene 6 cents. de diámetro. Un boton de nácar está colocado en el centro.



TRAGE DE PAÑO DE SEDA NEGRO.

TRAGE CON ROMBOS.

Trages cortados á nesgas.

Figs. 36 á 41 (verso) del patron.

Estos trages, cortados á nesgas, y de forma de *funda* ó de princesa, están destinados para la calle ó para el interior de casa; no se diferencian sino por las guarniciones, y el patron representa todos los trages. Las figs, 37, 38 y 39, no habiendo podido indicarse en todo su largo, se deberá completar este para cada paño.— Los delanteros (exceptuando el trage á *festones*, son al hilo. El forro del corpiño, cuando este se *continúa* con la enagua, debe exceder de la cintura en unos 8 cents. El trage se forra enteramente con un trage antiguo de seda ó de lana, ó en fin con percalina suave.

TRAGE CON FESTONES.

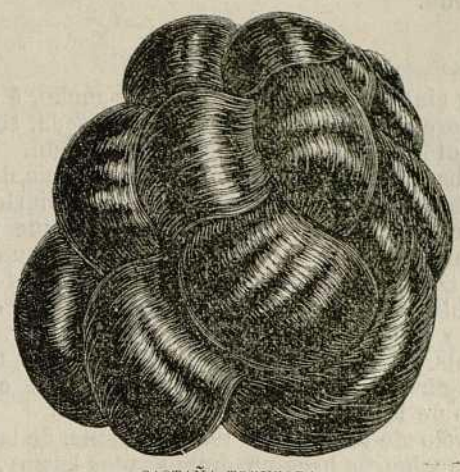
Trage á festones hecho de *natté* gris (tegido de seda y lana). — Su guarnicion, muy sencilla, se compone de vivos de tafetan negro rellenos, de trencilla negra, y de botones camafeos negros.

Para este trage se cortan 2 pedazos por cada una de las figs. 36, 37, 38 y 41 (esta doble); la espalda entera por la figura 39, que representa su mitad; — la manga por la fig. 40. Se hilvanan el forro sobre cada pedazo, se cosen las nesgas del pecho, se pone sobre el borde de los delanteros una tira de tela igual á la del trage, de 5 cents. de ancho, y cortada al sesgo; el vivo se fija sobre el borde del delantero de la derecha. A un cent. de distancia de este borde se cose la trencilla, picando la aguja en la tira y en el trage al mismo tiempo. Se hacen los ojales en el delantero de la derecha, se ponen los botones en el opuesto. Los delanteros, recortados á festones, se orlan con un vivo desde 2, — se reunen á los costados á punto atrás desde 1 hasta 2, y se cosen sobre estos costados desde 2 hasta el borde inferior juntando las cifras iguales; esta costura se cubre con la trencilla, luego se ponen los botones. Desde 3 hasta 4 se deja á cada lado una abertura para poner una faltriquera. Se reunen las figs. 36, 37, 38 y 39 juntando las cifras iguales, se pone un vivo en el escote y el borde inferior, y en caso de que el trage no se forre, se pone debajo de este borde una tira de muselina rígida de 30 cents. de alto, y otra tira de la misma tela que el trage de 8 cents. de ancho. Se orla la vuelta de la manga con un vivo, se la adorna con trencilla y un boton, y se la cose sobre la manga reuniendo las cifras iguales; la manga se cose desde

TRAGE CON TIRAS ENTRELAZADAS.

PEINADO CON CASTAÑA TRENZADA.

señoritas, como á las señoras de cualquiera edad. Si se hace de tafetan á listas negras y blancas, las bandas ó *rayos* serán de terciopelo negro. — Si se hace de un tegido de lana y seda, y se quiere una guarnicion menos costosa, los *rayos* serán de tafetan negro.



CASTAÑA TRENZADA.

PEINADO CON CASTAÑA TRENZADA, VISTO POR DELANTE.

12 hasta 13, desde 14 hasta 15. Debajo del borde inferior de esta se pone una tira de tafetan de 8 cents. de ancho; se fija la manga en la sisa, guarnecida con un vivo, 15 sobre 15. El cinturon, de 4 cents. de ancho, se hace de tela doble y muselina

SOMBRERO PARA NIÑA DE SEIS MESES A UN AÑO.

rígida, se corta en punta por un lado, se orla con un vivo y con trencilla, y se guarnece con una tira atravesada, por la que se pasa la punta del cinturon.

Trage á rayos.—Esta disposicion conviene á las

TOCADO BAYADERA.

Trage á rombos, de popelina gris. Tiras de gró negro cortadas al sesgo; cascabelillos negros de cuentas; trencilla y borlas negras.

Trage con trencilla de cuentas, es de paño de seda negro. La guarnicion se compone de trencilla negra, adornada con cuentas blancas cretosas; borlas negras; botones negros esmaltados de blanco.

Trage con bandas entrelazadas, hecho de tafetan violeta. Las bandas son de terciopelo inglés violeta; borlas del mismo color; botones negros de azabache.

Zagalejo pespunteado para señora.

Figuras 1 á 4 (recto) del patron.

Este zagalejo, cortado á nesgas y algodonado, se hace de cachemira negra y se forra de cachemira gris. — Está pespunteado en línea recta con seda blanca, á punto de cadeneta, que forma tambien la orla. La pretina redonda se cierra por detrás con corchetes. Se corta el paño de delante entero por la fig. 1, que representa su mitad;—dos pedazos por cada una de las fig. 2, 3 y 4. Se reunen todos los pedazos del forro por separado, — luego todos los del zagalejo, juntando las cifras iguales; se traslada sobre la cachemira negra el dibujo en parte indicado en el patron, se coloca el algodon y se reunen zagalejo, algodon y forro. Despues de haber cosido unos con otros los paños en el medio por detrás, desde 5 hasta 6 (dejando intacto un lado del forro, que se redoblará mas adelante sobre la costura) se

GORRA SUECA PARA SEÑORITA.

doblan uno contra otro la tela y el forro por su borde inferior y por la abertura del zagalejo. Se hacen los pespuntes. En el borde superior, y por cada lado de la abertura, se forman dos pliegues dobles, y poniendo cada cruz sobre el punto. Se arma el zagalejo entre la tela y el forro de una pretina que lleva al rededor un vivo. Un cordon grueso de seda negra y blanca orla la parte inferior del zagalejo.

TOCADO BAYADERA SIN VELO.

Chaqueta con puntas.

Figs. 5 á 9 (recto) del patron.

La chaqueta, hecha de cachemira encarnada, se forra de marcelina blanca, y se adorna con un galon de cuentas. Se cortan dos pedazos (en tela y forro) por cada una de las figs. 5, 6, 7 y 8; la manga por la fig. 9, teniendo en cuenta la diferencia de contornos para la mitad de debajo, luego se reunen delanteros y costados, juntando las cifras iguales. La hombrera se compone de un bullonado hecha con una tira de cachemira cortada al sesgo,

SOMBRERO CON PRESILLAS GUARNECIDAS CON VIVOS.

de 86 cents. de largo, 16 de ancho en el medio y 3 en cada extremo. Se forra esta con muselina rígida, se le pliega desde la estrella hasta el punto, de modo que no tenga mas vuelo que el de la sisa, luego se dobla por su mitad. Se cose esta hombrera en la sisa, juntando las cifras iguales; tambien se cose la manga; en su borde inferior se hace un dobladillo de 2 centímetros, luego se la pone en la sisa juntando las cifras. Esta costura se hace á *bastilla*, á fin de poder fácilmente descoser la manga para el caso en que se quisiera llevar la chaqueta con un corpiño blanco de mangas largas. Se guarnecen los contornos de la chaqueta y sus costuras con el galon de cuentas (escepto las costuras del hombro, de los costados y de la manga). El galon que guarnece la sisa cubre la costura de la hombrera; esta está atravesada por 3 pedazos del mismo galon.

Sombrero para niña ó niño de seis meses á un año.

Figs. 33 y 34 (recto) del patron.

Nuestro modelo, de forma *Pamela*, es de tafetan blanco: su guarnicion se compone de un rizado recortado de tafetan blanco, y de lazos de cintas blancas. Se corta el fondo entero, al sesgo, por la fig. 34 (que representa su mitad), en tafetan y muselina que sirva de forro; el ala se recorta entera por la fig. 33, que representa su mitad, pero doble, en tafetan. En esta fig. 33 se hacen costuras *á bastilla* sobre las líneas contínuas, y por estas jaretas se pasan resortes, cuyo largo se indica en el patron; aunque este representa solamente la mitad del ala, las cifras indican sin embargo el largo *total* de los resortes, tales como se necesitan para el ala entera; este ala es bullonada; se cosen uno con otro sus lados transversales, y se la reune al fondo juntando las cifras iguales, despues de haber plegado este poniendo cada cruz sobre el punto. Por dentro se pasa por el fondo otro segundo forro, que se compone de una tira de florencia de 8 cents. de ancho, cosida sobre la costura que reune el fondo al ala. Por fuera, esta costura se cubre con un rizado recortado de tafetan, que tiene 3 cents. de ancho. Se coloca en el medio del sombrero por delante (el ala forma una punta) un lazo compuesto de 5 buclecillos y de dos cabos, cada uno de 15 cents. hecho con cinta de 3 cents.; un lazo mas pequeño cubre por detrás la costura de union del ala. Las bridas, de cinta de 6 cents., tienen 55 centímetros de largo cada una.

Castaña trenzada.

(Véase el peinado con castaña trenzada.)

Mucho volúmen, como lo exigen la moda actual y los sombreros pequeños; una extremada ligereza; tales son las ventajas de esta nueva castaña trenzada y hueca. Se arma de modo que cualquiera por sí misma puede volverla á hacer, lisa ú ondulada, segun se quiera.

Peinado con castaña trenzada.

El dibujo que reproduce este peinado tiene un doble objeto; da á conocer una castaña nueva, y enseña una combinacion que irá bien á todas las edades.

Si se tiene mucho cabello, se dividirán los de detrás en seis partes, cuatro de las cuales (las del medio) se duplicarán cada una con un mechon *crepé*; se hará una trenza muy ancha, muy floja, con estos cuatro cabos; cada uno de los lados se dividirá en dos mitades, con las que se formará un torcete, destinado á rodear la castaña del medio. Si los cabellos no fuesen bastantes, se los reservará para los torcetes, y se tomará una castaña ya hecha.

El peinado de delante podrá sentar bien á un rostro jóven, y á un rostro ya no jóven, pero todavía no viejo; en el primer caso se copiará la disposicion de nuestro dibujo; en el segundo, todo el peinado se prolongará un poco, de modo que la parte superior de la oreja quede cubierta, y una parte de las megillas oculta. Este peinado ofrece una ventaja, y es la de permitir la conciliacion entre dos enemigos; la moda actual y la edad madura.

Se ondulan los cabellos de delante con las horquillas ondulatrices de M. Croisat; se toma por debajo un mechon pequeño, con el cual se hace una trenza; se la ata á los cabellos de detrás, al mismo tiempo que los cabellos de las sienes; sobre esta trenza se fija un manojo de rizos, el cual va rodeado por ancho bandó, hecho con los cabellos ondulados.

Sombrero con presillas y vivos.

Este lindo modelo se hace de terciopelo azul de China, con vivos de raso blanco; cascabelillos de cuentas blancas; dos bridas muy anchas de terciopelo, iguales al sombrero, cubre las orejas, si se quiere preservar el rostro en las temperaturas frias; en caso opueslo, las bridas se pasan por detrás de la oreja; al lado, flor exótica blanca, con follage de otoño.

Tocado bayadera.

Una cinta de raso de 12 cents. de ancho, á listas de colores vivos, y un velo de tul de seda, son los elementos de que se compone este tocado.

Se hace con cinta y alambre una especie de círculo formando punta por delante, y cubierto con una tira de terciopelo cortada al sesgo, que tenga 32 cents. de largo y ? de ancho. Se toma un metro y 60 cents. de cinta á listas; el medio de ella se dobla en un espacio de 50 cents. Se frunce esta cinta, y se la cose sobre el círculo. Se prepara, con 40 cents. de cinta doblada como la anterior, un segundo círculo, que se une al primero, y se coloca debajo de la castaña.

El velo de tul de seda tiene 55 cents. de largo y 40 de ancho; se hace en ámbos lados largos, y en uno de los transversales, un dobladillo de 4 centímetros; se orla este último con una blonda de 8 cents. de ancho. En el otro lado transversal se dobla el tul en una altura de 8 cents., y se frunce todo de modo que forme una especie de bullonado, fijado sobre la punta del círculo.

El extremo, por ámbos lados de la cinta, se guarnece con una blonda igual á la del velo.

Gorra sueca para señorita.

Este modelo, hecho de terciopelo negro, se compone de un fondo ovalado de 22 cents. de largo por 18 de ancho en el medio, rodeado por una tira de chinchilla, y orlado por un fleco de felpilla negra, con cuentas gruesas tambien negras. Bridas muy largas y muy anchas de terciopelo negro, terminadas por un fleco de felpilla.

UN CUENTO EJEMPLAR.

Hasta el verano de 1864, en que una empresa atrevida é inteligente abrió al público madrileño las puertas de los Campos Elíseos, el pobre diablo á quien las ocupaciones ó el bolsillo le privaban de ausentarse de la córte, siquiera fuese á Pozuelo ó Valdemoro, durante los meses de calor, no tenia otro remedio, para no aburrirse de fastidio, sino el muy vulgar y poco grato de acudir todas las noches que pudiera á las funciones grotescas de los circos ecuestres.

Verdad es que en espectáculos de esta clase la inteligencia se esconde avergonzada en el último rincon del espíritu y el sentimiento huye á embozarse en el pliegue mas recóndito del pecho; pero los espectadores, con eso y todo, aplauden vivamente las *gracias* de esos entes singulares, que parecen hombres, á quienes los ingleses llaman *clown*, quizá porque se burlan de sus alardes de idiotismo; se devoran... con la vista... los *encantos* de las bellas *ecuyeres*, cuyos vaporosos trages é incitantes posturas *académicas*, mal que les pese á la moralidad y decencia públicas, están disculpados con el rigor de los calores y las imprescindibles reglas del *arte;* se guiñan los ojos, mas ó menos afortunadamente, á las descocadas artistas de segunda fila que suelen presentarse, á guisa de epílogo, en las necesarias comparsas de fin de fiesta, *Malek-Akdel, Mazeppa ó Amadis de Gaula.*

A las diez de la noche, el volublé público madrileño, que con todo se divierte y de todo se hastía, ocupaba siempre las localidades de los dos circos: los empresarios, MM. Price y Ciniselli, se reian de gusto y anunciaban para la noche siguiente los mismos *clown* y sus *gracias*, las mismas *ecuyeres* y sus encantos, las mismas comparsas de mozuelas atrevidas y sus guiñadas picarescas.

Menos es nada.

Cierta noche en que salíamos varios amigos del circo del Príncipe Alfonso, impresionados aun con los atrevidos vuelos de Mr. Leotard, el hombre-águila, como se ha permitido llamarle cierto periodiquillo que yo me sé, al llegar á la entrada de la calle de Alcalá, sentí que una mano se posaba en mi hombro con familiaridad inesperada, al mismo tiempo que una voz muy conocida, cuyo eco despertó en mi espíritu las dulces memorias de la niñez primera, repetia con acento de alegría y ternura:

—Amigo mio! Mi querido amigo!

Al volver la cabeza, reconocí en el hombre que así me interpelaba á uno de mis caros compañeros de colegio.

Llamémosle Eduardo.

Juntos corríamos en los deliciosos juegos de los años de la infancia, juntos aprendíamos á deletrear en las aulas de instruccion primaria, juntos penetramos en el sagrado recinto de las ciencias y las letras, en busca de los medios necesarios para crearnos un porvenir tranquilo y digno.

Pero en 1860, llegó la hora de nuestra separacion: Eduardo abandonó los estudios y se fué á la córte, para cuidar de su anciana madre y de los pingües intereses de su familia que estaban abandonados á mayordomos y administradores inmorales.

Eduardo es hoy un jóven de veintisiete años, alto y esbelto, de varonil belleza, de negros y ensortijados cabellos, de ojos inquietos y mirada rápida y distraida.

Pocos instantes despues de habernos abrazado, estábamos los dos solos delante de una mesa del café Suizo.

Entonces fué cuando advertí en el semblante de mi amigo ese estigma fatal y especialísimo que distingue á la mayor parte de los jóvenes de nuestros dias.

A él debió chocarle la insistencia de mi mirada y preguntó:

—Porqué me miras así? Qué observas en mi rostro?

—Te lo digo?

—Sí, dímelo.

—Te enfadarás?

—No. Contigo, nunca.

—Pues oye: se me figura que has vivido mucho... ¡mucho, Eduardo!

—Todos me lo dicen... ¿En qué lo conoceis?

—Chico, y creo que todos tienen razon. Paréceme que veo tu frente surcada de precoces arrugas, que tus ojos destellan miradas nebulosas y tristes, que tu pecho de jóven encierra un corazon de sesenta años... ¿No es verdad?

—Oh! No hay duda, contestó con admirable aplomo.

Detrás de la espantosa calma de mi amigo, se adivinaba una historia terrible.

Nos sirvieron el thé y Eduardo pidió una botella de *cognac*.

—Pobre Eduardo! exclamé. ¿Has sufrido mucho?

—Mucho! Mucho!

—Sin embargo, el mundo te ofrecia seis años hace sus placeres mas dulces. ¡Qué falaz es el mundo!

—Ahí verás tú! me replicó con acento breve.

Aquella indiferencia suprema me helaba la sangre.

¡Pobre hombre aquel cuyo corazon permanezca frio ante la negra imágen de las desgracias pasadas!

Porque las desgracias no cruzan nunca por el tranquilo hogar de una familia, sin marcar su paso con indelebles huellas.

Semejantes al huracan de la tormenta que devasta los campos, asuela las mieses, transforma en pedregosos yermos los jardines mas floridos, las desgracias, esos terribles huracanes de la vida, pasan sobre el hombre arrebatándole una á una las ilusiones mas doradas que poetizan su existencia...

¿Quién no se conmueve, y llora, y se extremece de angustia, al acordarse de la muerte de una persona amada, del honor envilecido, del amor frustrado, de la fortuna perdida?...

¡Ay, sí, de aquel cuyo corazon permanezca indiferente!

Y por eso, al hacerme rápidamente estas reflexiones, me asustaba cada vez mas de la glacial indiferencia de mi pobre amigo.

Y Eduardo mientras tanto bebia... bebia sin tino, como quien pretende confundir un gérmen de pesares entre el delirio de la embriaguez ó la locura.

Cuando acabó de beber, dijo:

—¿A que no adivinas quién ha tenido la habilidad de transformarme en viejo?

—Imposible.

—Asómbrate: mi mujer.

—Cómo! Te has casado?

—Vaya! Pero no te asustes, que ya soy viudo.

—Entonces...

—Oh! Es que mi mujer vive... ¡Goza y triunfa, hijo mio!

—Estás loco, Eduardo? No te comprendo.

—Nada mas sencillo: se me ha negado el divorcio que he pedido varias veces, pero el vicario eclesiástico se sirve concederme el derecho de vivir separado de mi esposa (1). Es un derecho muy gracioso: á la vez, soy casado y no lo soy. ¿Qué te parece?

—Pero tu mujer...

—Sí, hijo, sí: mi mujer. Ella ha trazado las arrugas que se pintan en mi semblante, ella ha hecho que se oscurezca el brillo de mis ojos, ella ha secado para siempre, estrujándole horriblemente, el corazon fervoroso que latia dentro de mi pecho. ¿Lo creerás, amigo mio?

—Tú lo dices...

—No! yo no te exijo una fe ciega en mis palabras. Estamos de sobremesa, son las doce y tendré tiempo aun para contarte la historia de mi vida. Escúchame y lo creerás mejor.

Eduardo llenó de nuevo su copa y la apuró de un sorbo; encendimos ámbos un *veguero* y aquel habló de esta suerte:

—A los pocos meses de haber dejado yo la Universidad Literaria, mi santa madre se despidió en mis brazos de este mundo.

Pobre madre mia!—Murió bendiciendo al cielo, porque el cielo le habia permitido cuidar de su *niño*, como ella me nombraba, hasta dejarle hombre, en los umbrales de un porvenir brillante y dueño de una fortuna inmensa... ¡Ay! Si supiese que el corazon de ese *niño* no tiene ya ni siquiera una lágrima, una sola, para la tumba de su madre, te aseguro que la pobre señora sentiria penas hasta en el mismo lugar de la bienaventuranza.

Cuánto me queria!

Desengáñate, chico: no hay amor en el mundo como el amor de la madre, amor purísimo, amor santo, emanacion del amor divino...

Te juro que el recuerdo de mi madre es el único ta-

(1) Histórico por increible que parezca.

lisman que conmueve las fibras de mi alma.

Pobre madre mia!...

Aquí llegaba Eduardo y yo me atreví á interrumpirle bruscamente: quise dar un grito de alegría, al ver una lágrima en sus ojos... una lágrima sola, brillante y temblorosa, medio escondida entre los párpados, como si tuviese vergüenza de resbalar por la megilla de aquel hombre, que hacia alarde de una insensibilidad exagerada.

—Eduardo, le dije, estás llorando?..

—Yo! Yo llorar!

—Tú, sí: mira, mira esa lágrima...

—Lo crees así?

—Cierto... Dices que un amor te ha envejecido: ¿quién sabe si otro amor podrá rejuvenecerte?

Eduardo respondió con una ruidosa carcajada.

Luego continuó:

—Desde la muerte de mi madre, tenia yo necesidad de amar. Contaba veintiun años, y mi corazon ardiente se aburria en la soledad que me cercaba.

Y pensé en casarme.

Asistia á las reuniones de confianza que mi tutor, el conde de X..., daba en su casa y en ellas conocí á una jóven que cautivó desde luego mi espíritu, con sus gracias y sencillez encantadora.

Se llamaba Isabel, era morena, de ojos negros, rasgados y brillantes, unos ojos de esos que matan de amor si se tiene la desgracia ó la fortuna de cambiar con ellos una mirada, aunque sea de un instante.

Amé con todo mi corazon; y á los seis meses de haberla conocido fuí el esposo de Isabel.

Escuso decirte que pasamos los primeros tiempos de nuestro matrimonio envueltos en nubes de alegría, embriagados por las delicias de nuestro cariño, mecidos en el perfume de una felicidad demasiado grande para que fuese duradera.

Llegó el mes de Febrero de 1861.

El Carnaval, esa aberracion de este valle de lágrimas, entraba de lleno por las puertas de la córte, disfrazado de risa y de locura, como si medio mundo, poniéndose la careta del ridículo, quisiese ocultar al otro medio sus dolores y miserias.

El *Domingo gordo*, á las once de la noche, mientras sorbíamos el thé al amor de la chimenea de mi gabinete, mi esposa me interpeló en estos términos:

—»Eduardo, esta noche hay baile de máscaras en el Teatro Real.

—»Ya lo sé, Isabel.

—»Iremos?

—»No.

—»Porqué?

—»Porque no me gustan los bailes de máscaras.

—»Pues á mí sí... ¡Mucho!

—»Lo siento, Isabel.

—»Es chistoso: al oirté, cualquiera diria que te propones imitar á los cenobitas de la Tebaida. ¿Es un gran pecado la asistencia á los bailes de máscaras?»

¿Qué te parece, hijo?

Quedéme estupefacto, con la boca abierta, como quien duda de haber oido bien, contemplando de hito en hito á aquella mujer que me habia parecido el ángel de la inocencia y que se rebelaba tan descaradamente contra el sosiego doméstico, á los cuarenta dias justos de haberse celebrado nuestras bodas.

—»Pues, chico, — replicó — yo quiero ir... ¿Oyes? Quiero...

—»Isabel!

—»Eduardo!

—»No irás, no.

—»Que no? Estamos citadas algunas amigas y no es cosa de desairarlas por tus ridículos caprichos. Iré con la doncella, ya que tú no quieres acompañarme. Adios.»

Lo mismo que te lo cuento: dijo, se levantó, atravesó el gabinete á grandes pasos, dió un soberbio portazo y se encerró en su tocador.

¿Qué habia yo de hacer? Media hora lo estuve meditando, y al fin me decidí por la prudencia.

Para evitar el escándalo de una escena violenta, me resolví á acompañarla al baile, reservando pedirle cuentas en ocasion oportuna.

Devoré mi enojo, entré en mi cuarto, me vestí en diez minutos y salí á buscarla.

Oh! Cuando supe que habia desaparecido, una lengua de fuego azotó mis sienes y la sangre toda se agolpó en mi pecho... Los celos desgarraban mi corazon y mi alma...

Disfracéme como pude y en cinco minutos llegué al salon del baile... ¡Sin duda que yo pareceria entre aquella algazara el demonio de la locura!

Corrí de palco en palco, de grupo en grupo, de pareja en pareja; examiné todos los disfraces, todas las cabezas, todos los ojos que brillaban á través de las máscaras...

Mi mujer no estaba allí: me lo decia el corazon.

Medio loco, desesperado, sin aliento apenas, salí del teatro y comencé á recorrer á la ventura las solitarias calles, hasta que me encontré involuntariamente á la puerta de mi casa, cuando empezaba á apuntar el dia.

Entré... Isabel estaba allí, en su lecho, durmiendo con la tranquilidad del justo...

Yo me frotaba los ojos, como si tuviese delante una horrible pesadilla.

—»Dios mio!—exclamé—¿esta mujer es inocente? Si no lo es ¿cómo tiene valor para dormirse con tanto sosiego al borde del abismo?»

Era preciso aclarar estas dudas.

Cojí un rewolver y penetré de repente en el cuarto de la doncella. La puse en las sienes la boca de mi pistola, y hablé con voz de trueno:

—»¡Calla! Si gritas, te mato; si mientes, te mato... ¿Dónde estuvísteis anoche?

—»Señor...

—»Dí, dí pronto...

—»Un carruage de plaza nos llevó á la calle...

—»Sigue!... A la calle...

—»Del Desengaño.

—»Qué mas?

—»Pero... señorito, por Dios...

—»Que te mato! Acaba!

—»Ay Jesus! Nada mas sé, porque allí nos esperaba en otro carruage el señorito Julian...

—»Julian! No te engañas?... Era Julian?...

—»Sí, señor: no me engaño... Allí me despidieron y yo me vine á casa... No sé mas, ni una palabra mas.»

Sabes quién era Julian? Mi amigo mas querido, mi confidente, casi mi hermano... y este hombre, que mentia lealtad y cariño, ¡era el ladron de mi honra, el ladron de mi dicha!

Tomé una caja de pistolas y, despreciando á la infame aventurera á quien habia dado mi nombre y mi mano, corrí en busca de Julian.

—»Soy el esposo de Isabel y V. es un villano, le dije.

—»Caballero!

—»Basta! Uno de los dos sobra en el mundo. ¡Adelante!»

Cojile del brazo, temiendo que se escapase á mi venganza, entramos ámbos en una berlina, buscamos á dos amigos y todos juntos nos dirigimos al Retiro.

Para un duelo á muerte, la distancia es un obstáculo, y nos pusimos á diez pasos, avanzando tres de frente.

Oh! ¡Con qué placer satánico, con qué rabiosa alegría apuntaba yo al corazon del seductor de mi esposa!...

Sonaron tres palmadas y casi al mismo tiempo salieron los dos tiros: la bala de Julian se clavó en mi brazo derecho, pero la mia atravesó el corazon de mi enemigo.

Infeliz! No era él tan culpable como yo lo creia en aquellos instantes de arrebato; despues he sabido que la pérfida se vendió á los tesoros de mi amigo, antes de ser mi esposa. ¡Y yo lo ignoraba! ¡Y lo ignoraba su honrada familia!

¡Fíate, chico, fíate de las que parecen inocentes!

Aquí tienes la historia de mi vida.

—Pobre amigo mio! le dije, estrechándole con efusion las manos.

—Por lo demás, ya sabes cómo terminan estos lances: curé pronto de mi herida, huí de España, vagué por Italia y Suiza dos años y medio, y aquí me tienes desde hace quince dias.

—Y tu esposa? Qué fué de tu esposa?

—Qué habia de ser? Ya te he dicho antes: ¡goza y triunfa! Y á los ocho dias, ni se acordaba de mí, ni de Julian. El lujo, el criminal lujo la fascina, como á tantas otras... Para ella no hay virtud, ni amor: solo hay lujo.—¡Has estado hoy en el circo del Príncipe Alfonso!

—Sí.

—¿Has observado á dos hermosas damas que ocupaban el palco n.°...?

—Sí, me acuerdo: la una era rubia como un ángel y la otra tenia unos hermosos cabellos negros y unos ojos deslumbradores.

—Cierto. Pues esta es Isabel.

—Tu mujer!

—La misma. Primero fué de Julian, despues de un príncipe ruso y hoy el rico banquero J... le abona su costosa pedrería, sus magníficos vestidos, sus elegantes carretelas... Luego, no lo dudes, irá descendiendo... hasta el Hospital ó la casa de Recogidas!—Vámonos, que ya es tarde.

Protexto que salí del café vivamente impresionado con la historia que acababa de contarme el desgraciado Eduardo.

Pocos meses hace, hallándome visitando la monumental Toledo, los venerables restos de la córte de Wamba, de Almenon y de Alfonso VIII, recibí una carta de Eduardo que decia de este modo:

"Mi querido amigo: tengo el sentimiento de comuni»carte una triste noticia.

»Isabel se ha suicidado.

»Víctima de una de esas enfermedades asquerosas que »desfiguran horriblemente las facciones mas bellas, aban»donada al punto por el banquero J..., y despreciada por »la honrada familia en cuyo hogar habia nacido, la infe»liz ha puesto fin á su mísera existencia...

»Y asómbrate, amigo mio: ella, la que tanto me ha »ofendido, la que ha desgarrado mi honra, la que me »arrebató para siempre el amor, la alegría y la ventu»ra... ¡justos juicios de Dios! ella ha muerto en mis bra»zos!

»Yo solo me he hallado á la cabecera de su cama, en»dulzando los postreros momentos de la triste suicida, »recogiendo sus últimos suspiros, cerrando sus ojos, he»lados ya por la muerte.

»Reza por ella, que yo tambien rezo todos los dias, y »la perdono, con toda mi alma, el mal que me ha he»cho.

»Tu mejor amigo—EDUARDO."

. . . . . .

Lectoras mias: aborreced el lujo y encubríos siempre con el humilde manto de la modestia.

Lectores mios: no busqueis á la que habrá de ser compañera de vuestra vida, entre esas mujeres frívolas que hacen depender su dicha de un prendido elegante, de un hermoso vestido, de un rico aderezo.

EUSEBIO MARTINEZ DE VELASCO.

EL CANTO DE LOS HELENOS.

(CONTINUACION)

A la tarde, todos fueron á sentarse en el terrado. Quedé sola en el salon. Al acercarse la hora del crepúsculo, este me parecia ya triste, ya encantador segun las transformaciones porque estaba pasando mi pensamiento. De repente, entró Alfeo y dirigiéndome precipitadamente tiernas palabras de queja, arrojó una carta sobre mis rodillas.

Me levanté apresurada y encendí una lámpara. Leí algunos renglones insignificantes, firmados con el nombre de un procurador conocido, en los cuales se apuraba al príncipe para que se presentase sin demora en París con objeto de arreglar definitivamente un negocio importante de herencia, pleito ó no sé qué cosa. ¡Poco me importaba! Entonces me sucedió lo que á los cobardes que se juzgan valientes despues que el peligro ha pasado: me indigné contra mi desconfianza.

Me dirigí al terrado.

Alfeo habló naturalmente de su partida é indicó el motivo. Mi abuela exclamó:

—En mi tiempo no se abandonaba tan fácilmente á los amigos. Se mandaba á pasear á todos los procuradores.

—Lo quereis así? me dijo el príncipe en voz baja.

—De ningun modo, respondí; eso sería dudar de vos aun.

La noche fué encantadora. Se sirvió el té en el mismo terrado y se habló mas alegremente que de ordinario. Solo Jorge permanecia pensativo y silencioso.

—Apuesto á que pensais en este momento, le dijo mi abuela, en las bellas noches estrelladas que pasásteis sobre el puente de vuestro buque?

—En efecto, respondió mi primo sonriendo con cierta tristeza, pensaba en que muy pronto debo dejar todos estos perfumes de las rosas, para ir á respirar las emanaciones de la brea.

Esta frase me hizo daño, pues era una alusion á mi tontería de niña. ¿Es posible, pensé, que Jorge me guarde rencor todavía? Intenté demostrar alguna pena por su próxima partida, pero me habló con tanta frialdad que cejé en la empresa.

¡Qué noche tan hermosa fué aquella, Blanca! Es tal la magia de los recuerdos de la primera juventud, que á veces mi pensamiento me conduce aun á aquel terrado cubierto de flores, donde escuchaba una voz querida que me hablaba casi al oido de un amor eterno bajo un cielo sin nubes.

Al dia siguiente marchó Alfeo. La emocion que sentí en el momento de la despedida no fué tan penosa como temia. Esta separacion no debia durar mas que una semana; y los dias que transcurren esperando al objeto amado tienen tambien sus encantos. Además, nuestro pobre corazon está tan poco acostumbrado á una felicidad completa, que cuando la disfruta parece que se halla oprimido, fatigado. ¡Encontraba tanta dulzura en recogerme y descansar antes de proseguir ese camino en donde yo no veia aun mas que flores y en donde demasiado pronto ¡ay de mi! debia hallar tantas espinas!

La partida del príncipe estrechó algo mas mis relaciones de familia. Con la bondad, poco meritoria, de las personas dichosas, me mostré cariñosa y solícita con mi tia, amable con Jorge y decidora con Noemi. El primer dia se pasó bien, aunque solo se cambiaron entre nosotros palabras insignificantes; pues la verdadera intimidad estaba todavía muy lejos de sentar sus reales en nuestra casa. Al llegar la noche me contemplé muy feliz, volviéndome á encontrar sola con mis pensamientos. Cuando fuí á colocar mis alhajas en un estuche, encontré en él una carta cerrada con lacre y orlada con un filete negro; la abrí en seguida; hé aquí su contenido:

"Una persona que tiene mil razones para odiaros y á quien inspira, sin embargo, compasion vuestra juventud y vuestra inexperiencia, os dirige un consejo saludable. Renunciad para siempre al príncipe Alfeo Michaëlis. Si despreciais este aviso caminareis voluntariamente hácia un abismo. Que la pena recaiga sobre vos."

Estupefacta, trémula, toqué violentamente la campanilla y traté de obtener la explicacion de este enigma; entretanto una reflexion instantánea me inspiró bastante prudencia para contener mi emocion al interrogar á mi doncella. Era esta una jóven labradora de nuestra pequeña villa que merecia mi confianza. Me aseguró que no habia puesto ningun papel en el estuche. Leí y releí el terrible billete una gran parte de la noche, sin apercibirme siquiera de que velaba. Me entregué á las congeturas mas inverosímiles, acusando á Jorge y á Noemi. El dia siguiente, examiné con cuidado sus semblantes para buscar en ellos alguna huella de malicia ó de complicidad. Nada pude sorprender, sin embargo. Por otra parte, una voz interior me gritaba muy alto que ámbos eran incapaces de una mistificacion tan cruel.

Subí á mi cuarto á la noche, presa de un temor imposible de dominar. El estuche contenia una segunda carta, orlada de negro como la primera, y que contenia estas líneas:

"Tened cuidado! Os hallais al borde de un precipicio. Separad con valor las flores emponzoñadas que lo cubren y se os aparecerá en todo su horror. En nombre de vuestra felicidad, en nombre de vuestra vida, renunciad para siempre al hombre ingrato que no os ha amado nunca."

Prolijo sería transcribiros aquí todas las cartas que he recibido así. Además, me acerco á un momento tan doloroso de pintar, que me apresuro á abreviar la tarea que he emprendido. Durante una semana entera los mis

teriosos billetes me persiguieron á todas horas. Los encontraba en un libro que leia, en un ramo, á mis piés, en las carreras del jardin, y además, todas las noches, en el fatal estuche. Unas veces contenian sombrías profecías, terribles amenazas, á propósito para llenarme de terror. Otras, traian dibujos espantosos, un féretro ó una calavera. Mi imaginacion exaltada llegó á hacerme creer que en esta obstinada persecucion, habia algo de sobrenatural; pero meditándolo con calma adivinaba un plan de venganza concebido por alguna rival abandonada, y entonces, la tortura de los celos venia á aumentar mis sufrimientos.

Alfeo escribió á mi abuela una carta tierna, respetuosa, en la cual deploraba la lentitud y la tiranía de las gentes de negocios que exigian su presencia aun por otra semana mas. Siéndome ya imposible soportar mi posicion y no teniendo junto á mí ninguna persona á quien confiar mi secreto, me determiné á escribir al príncipe, á contárselo todo, rogándole con las mas vivas instancias que viniese á mi lado.

Escribí esta carta por la mañana temprano para no ser sorprendida, y despues de escribirla, me sentí mas aliviada. En medio de la ciega confianza del amor todo lo esperaba de Alfeo, dicha y proteccion. Me figuraba ser el juguete de una maquinacion y creia que una palabra suya bastaria para destruir toda la trama.

Me presenté á la hora del desayuno menos abatida que los dias precedentes; mi abuela lo notó.

—Hoy estás mejor, Albina, me dijo. Lo celebro mucho. Unos cuantos dias de ausencia no valen la pena de afligirse tanto. Dejemos el drama y volvamos á la comedia. Este es el único género en que puedo desempeñar algun papel. Y á propósito de drama, ¿no sabeis que existe cerca de aquí una *dama blanca?*

Todos prorumpieron en exclamaciones. Yo escuchaba con una vaga inquietud.

(*Se continuará.*)

TRADICIONES RELIGIOSAS DE ESPAÑA.

LA IGLESIA DE LOS CUERVOS.

En el confin mas occidental del antiguo mundo, en la provincia de Portugal llamada los Algarbes, hay un monte que sale y se adelanta largo trecho sobre el Océano. Llamábanle los Romanos *Promontorio Sacro;* los Arabes *Tarf Algorab* ó el Cabo del Cuervo y hoy es conocido por el Cabo de San Vicente. En estos últimos nombres se encierran memorias cristianas del mas alto interés.

Segun los geógrafos árabes, durante la dominacion sarracena se alzaba sobre aquel monte la cúpula de una iglesia y monasterio cristiano. En lo mas empinado é inaccesible de las breñas, entre la inmensa llanura del mar y la inmensa bóveda del cielo, los monges se dedicaban á la vida contemplativa y al trabájo de sus manos, viviendo con la mayor austeridad y virtud. Al rumor de su piedad y á la fama de unas santas reliquias que se veneraban allí, acudia en peregrinacion gran multitud de cristianos Mozárabes del territorio vecino y otros de lejanas tierras, conversaban con los monges de las cosas celestes, recibian de sus manos generosa hospitalidad, y les dejaban piadosas y liberales ofrendas con que florecia allí el culto de Dios y la vida religiosa.

Esta iglesia y monasterio son conocidos entre los geógrafos árabes con el nombre de *Canisat-Algorab* ó la Iglesia de los Cuervos, porque sobre la alta cúpula y techumbre de aquel edificio se veia siempre revolotear algunos cuervos que durante muchos siglos nunca faltaron de allí.

Mas ¿cuál es la razon del nombre dado á tan famoso santuario por los mismos musulmanes? ¿qué reliquias sacrosantas se veneraban allí, atrayendo á los peregrinos á aquel confin áspero y desierto? En los autores, así árabes como cristianos, hallaremos satisfecha nuestra curiosidad.

Martirizado en Valencia el glorioso San Vicente bajo las persecuciones gentílicas y por órden del cruel Daciano, su cuerpo fué arrojado á las aves y fieras. Pero Dios, queriendo conservarle para tesoro de fe y devocion, no permitió que sufriese lesion alguna, enviando unos cuervos que guardaron y defendieron los despojos del Mártir hasta que los recogieron los cristianos, sepultándolos con la debida veneracion. Movidos por este y otros prodigios del cielo, los cristianos de Valencia y de todo el orbe católico, fueron profesando cada dia mayor devocion á San Vicente, y sabemos que llevaban su advocacion en el VIII siglo las catedrales de Córdoba y Sevilla.

Mas en la segunda mitad del propio siglo, conquistada ya la España por los Arabes y reinando en Córdoba Abderrahman I, como los musulmanes anduviesen destruyendo iglesias y quemando cuerpos de santos algunos Mozárabes de Valencia sacaron de allí el del glorioso Mártir San Vicente, y despues de muchos trabajos y dificultades lo llevaron á aquel remoto y desierto confin de la Península que en memoria de este suceso lleva el nombre de Cabo de San Vicente. Erigiéronle allí con ayuda de los cristianos del territorio la mencionada iglesia y monasterio, y fué lo admirable del caso que los cuervos que nunca despues de algunos años habian desamparado las reliquias del Mártir, y que las siguieron en esta traslacion se fijaron sobre la cúpula del nuevo templo donde llamaron la atencion de los mismos musulmanes que dieron al santuario el nombre referido de Iglesia de los Cuervos.

La comarca á donde fué trasladado tan precioso tesoro se hallaba tambien bajo el yugo de los infieles; pero estos, durante largo tiempo, no hicieron daño alguno á los monges que le custodiaban; porque estos los agasajaban y hospedaban lo mejor que podian cuando con motivo de la caza ó por cualquier azar aportaban á aquel retirado promontorio.

Envidiosos tal vez los musulmanes de la mucha devocion que los cristianos profesaban á la Iglesia de los Cuervos y acudiendo allá en contínua romería, fundaron una mezquita en el propio monte y no lejos de la iglesia, frecuentándola sus romeros y peregrinos. Pero los monges, deseando conciliarse la tolerancia de los infieles, se ofrecieron á dar gratis la *adiafa* ó comida de hospitalidad á cuantos peregrinos de aquella secta fuesen á visitar la mezquita. Aceptaron los musulmanes la oferta y frecuentaban así la mesa de los monges, respetándolos y venerándolos en agradecimiento.

Cuenta un autor árabe, (1) testigo nada sospechoso, que cada vez que un peregrino musulman llegaba á la mezquita, un cuervo situado siempre en la cúpula dê la iglesia, metia el pico por una de sus ventanas y daba tantos graznidos cuantos eran los peregrinos muslímes, sin equivocarse jamás en el número: con cuyo aviso los monges les preparaban la suficiente comida.

En tal estado perseveró durante algunos siglos la Iglesia de los Cuervos, no faltando allí sacerdotes, monges, culto y peregrinos. De ella hacen mencion dos geógrafos árabes del siglo XII, uno de los cuales el célebre Idrisi, que escribia ei 1154, trae una descripcion muy interesante y curiosa de aquel santuario y dice que los cuervos eran en número de diez.

Mas al cabo del tiempo, habiendo entrado en España los feroces y fanáticos Moros conocidos por Almohades, una partida de estos Africanos salteó el monasterio, mató inhumanamente á los viejos, cautivó á los mozos y desoló el edificio. Las cenizas de San Vicente quedaron en su sepulcro debajo de tierra sin mas custodia que la de los maravillosos cuervos, hasta que dentro de algunos años, uno de los monges cautivos, ya viejo, habiendo caido en poder del rey de Portugal D. Alfonso Enrique, le informó del desamparo en que habia quedado tan precioso tesoro. Aquel rey, que era muy piadoso, mandó una expedicion al Promontorio de los Cuervos, donde despues de muchas diligencias y oraciones se hallaron las codiciadas reliquias.

Alegres con tal hallazgo, los expedicionarios se embarcaron tomando la vuelta de Lisboa con el cuerpo de San Vicente, verificándose el nuevo prodigio de que un cuervo se puso sobre la popa y otro sobre la proa, acompañando así los restos del Mártir, cuya guarda les habia confiado el cielo. Navegó el buque con viento muy bonancible, arribando á la playa de Lisboa y á un paraje que hoy llaman la puerta de San Vicente. Acaeció este suceso el dia 15 de Setiembre del año 1173 y fué celebrado en Lisboa con grandes fiestas y regocijos.

El cuerpo de San Vicente fué depositado en la iglesia mayor de Lisboa donde se perpetuó la descendencia de los referidos cuervos, y en memoria del prodigio el mencionado rey concedió por armas á aquella ciudad la insignia de una nave con la imágen del santo sobre el mástil y los dos cuervos, uno en la popa y otro en la proa. Además dispuso el rey que el antiguo Promontorio Sacro tomase el nombre de *Cabo de San Vicente* que conserva hoy. Por tan peregrina y admirable manera, el glorioso Mártir San Vicente llegó á ser patrono de Lisboa, como lo es tambien de Valencia, siendo muy venerado en ámbas ciudades.

F. J. SIMONET.

(1) Abu Hámid, de Granada, que vivia en el siglo XII.

TODO EL AÑO ES CARNAVAL.

El carnaval se acerca! exclaman todos,
Que viva el carnaval!
Y se disfrazan de distintos modos
Con placer sin igual.

Y no comprenden que al correr ufanos
De ese disfraz en pos,
Buscan lo que ya tienen en sus manos
Los benditos de Dios.

Porque es notorio entre la humana gente,
Y curioso de ver,
Que los hombres no sean realmente
Lo que aparentan ser.

A ese *quidam* mirad: se considera,
Por lo hinchado que vá,
(Valiendo mucho menos que cualquiera),
Un soberbio Pachá.

Mirad á ese otro títere sin seso,
Lleno de presuncion;
La echa de sabio y probo... y el camueso
Es tan solo un bribon.

¿No veis esa beata que en su seno
Dá golpes sin cesar?
Temedla, que destila ruin veneno
Su lengua al murmurar.

Contemplad á la hermosa que allí viene:
Pura cual la ilusion
La creeis, y la amais... pues esa tiene
Seco yá el corazon!

El carnaval se acerca! bullicioso,
Exclama con placer
El mundo entero, y corre presuroso
Olvidado de ayer,

A ocultar bajo la máscara embustera
Su sorisa falaz....
Como si todo el mundo no tuviera
Puesto ya el antifaz!

REMIGIO CAULA.

PROBLEMAS DE AJEDREZ.

Soluciones diferentes de la del autor al problema n. 78, de M. Menendez.

PRIMERA SOLUCION.

Blancas.	*Negras.*
1.ª A. 8.ª C.R.	P. juega.
2.ª C. 7.ª A.R.ª toma P.	R. 5.ª R.ª
3.ª A. 5.ª de R.ª	P. juega (la mejor).
4.ª T. toma P.	R. juega.
5.ª C. 5.ª C.R.ª jaque-mate.	

Variantes.

1.ª	R. 5.ª R.ª
2.ª	P. Juega.
3.ª	P. juega.
4.ª	
5.ª	

2.ª SOLUCION.

1.ª C. toma P.	P. juega.
2.ª A. 3.ª R.ª	P. juega.
3.ª T. toma P.	R. juega.
4.ª R. 2.ª T.R.ª ó casilla C.R.ª, ó A. 6.ª R.ª, ó 7.ª R., ú 8.ª A.R.; ó T. 2.ª A.R., ó 2.ª C.R, ó 2.ª T.R. cualquiera de estas.	R. juega.
5.ª C. 5.ª C.R.ª jaque-mate.	

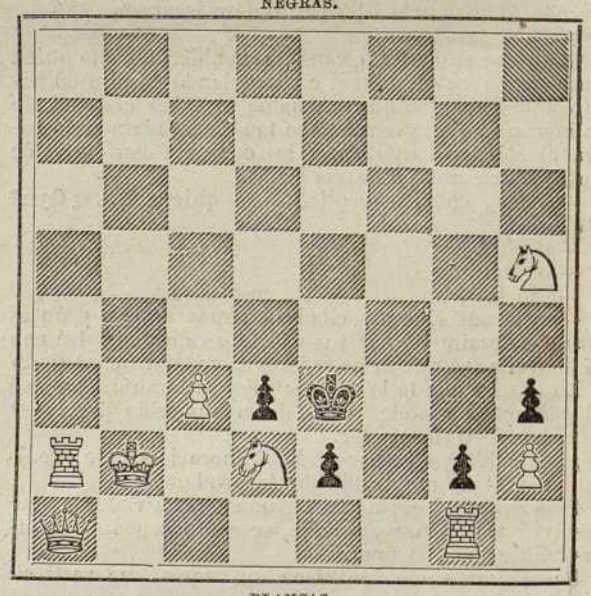
Un suscritor.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 81.

Blancas.	*Negras.*
1.ª C. 6.ª R. jaque.	P. toma C.
2.ª R.ª 8.ª A.R.ª	Cualquiera.
3.ª A. descubre la R.ª y se coloca segun la jugada de las negras: jaque.	Juega.
4.ª R.ª 7.ª A.R.ª A.R.ª jaque-mate.	

PROBLEMA N.º 82, COMPUESTO POR D. JAVIER MÁRQUEZ.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 2 jugadas.

ADVERTENCIA.

Acompaña al presente número una preciosa lámina de tapicería en coleres, en vez del figurin iluminado.

Habiéndose agotado los números 1, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49 y 50 de La Moda Elegante, correspondientes al pasado año de 1866, manifestamos á los que quieran ceder todos ó algunos, que los abonaremos al precio de 5 reales cada uno, aunque sean sin figurin, y á mas lo que cueste el franqueo.

La remision se hará al Administrador de La Moda Cádiz, y á correo vuelto se enviará su importe.

EL ADMINISTRADOR.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ 1867. IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA á cargo de D. Federico Joly y Velasco, Bomba, n. 1.

AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 10.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs... Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs...Seis meses,65...Tres meses, 35... Un mes, 12.

Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs....Seis meses, 42... Tres meses, 22...Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

PROPIETARIO Don Abelardo de Cárlos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes.... Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Libreria de Don C. Bailly-Bailliere, plaza del Principe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tánago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux.
PARIS, Mr. Fermin Didot frères, rue Jacob, 56.

Sumario.—Trages de teatro y convite.—Escarpin á punto de aguja.—Guarniciones para trages y zagalejos.—Tirantes para niños.—Cesta para varios usos.—Gran estrella al crochet.—Escarpin para niño. — Velo de butaca;—Zapato para señora.—Trage de tela de lana gris. — Trage de paño color caslaño.—Vestido para convite.— Episodio marítimo. — Una noche en el castillo de Hus. —El canto de los Helenes.—Explicacion del figurin iluminado.

Trages de teatro y convite.

1.ª *figura.* —Trage-funda de paño de seda negro, y corpiño escotado con las mangas cortas, completadas por largas mangas de tul negro á dibujos, con puño que reproduce la disposicion de la berta; esta es de tul negro á dibujos, adornada con cuentas y cintas. Sobre cada pliegue de la berta se borda un dibujo cualquiera y con cuentas negras; sobre el tul liso que separa estos pliegues se pone una cinta negra que excede del borde inferior de esta berta, y á la cual se cose un cascabelillo y algunas cuentas.—El borde superior de esta se adorna con un rizado de tul negro de 2 centímetros de ancho, cuya costura se cubre con una cinta de tafetan bordada de cuentas: en el borde inferior se pone un encage negro de 6 cents. de ancho ligeramente fruncido, cuya altura disminuye hácia los cabos de delante de modo que no tenga mas que 2 cents. en su extremo, el cual se guarnece con una roseta de cinta negra.

2.ª *figura.* — Trage de señorita: enagua de fulard azul vivo; — corpiño montante de muselina blanca; chaqueta sin mangas, de paño de seda blanco, guarnecida con fleco imitando piel de armiño.—En una de las próximas hojas de patrones se dará el correspondiente al de la berta y la chaqueta de estas dos figuras.

TRAGE DE TEATRO Y CONVITE.

Escarpin á punto de aguja para la cama.

MATERIALES — 80 gramos de lana blanca.

Este escarpin lleva por dentro un forro; por fuera se hace con el dibujo que reproducimos; el forro se labra siempre al revés.

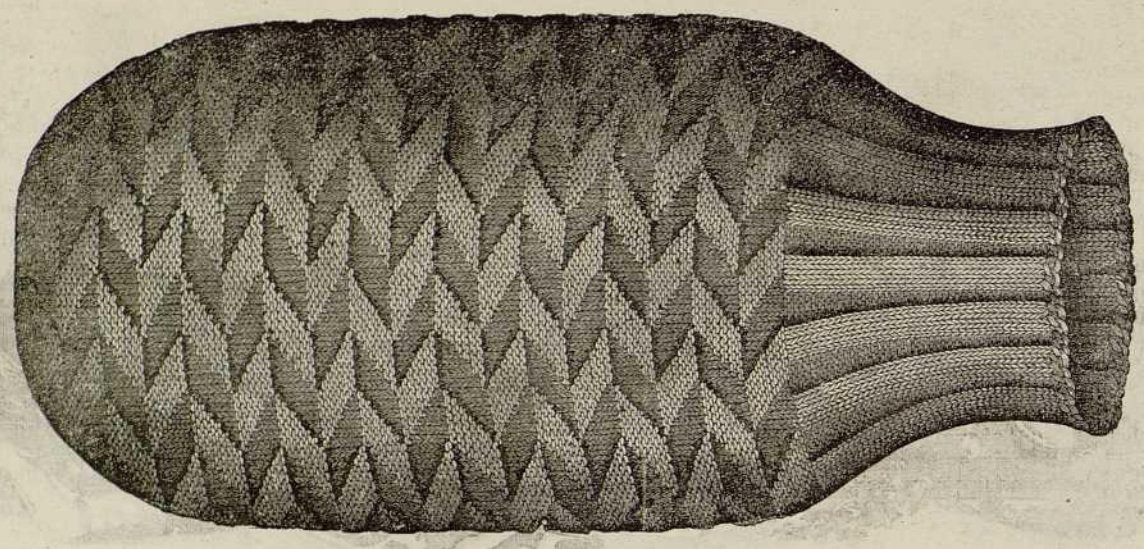
Se principia el escarpin por su borde superior, armando 60 puntos con lana pues

Acompaña á este número el patron n.º 3 ilustrado del presente año.

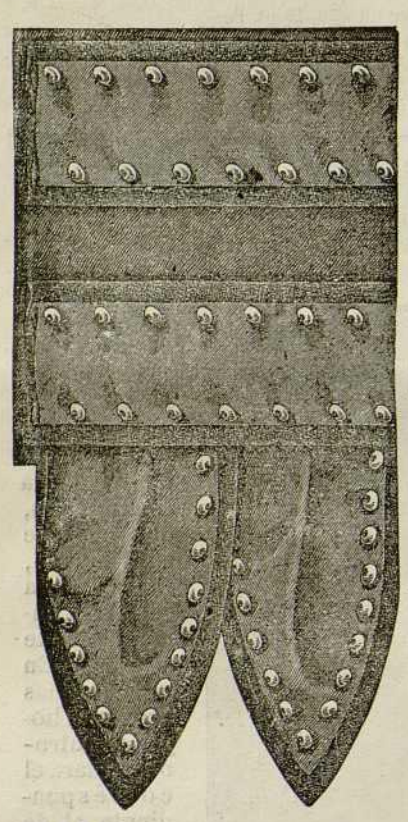
ta doble; se reunen estos puntos en redondo: sobre cada punto se hace (con lana puesta sencilla) uno al derecho y uno al revés; despues de esta vuelta se tienen 120 puntos. Se hacen en seguida 33 vueltas (compuestas alternativamente de 4 puntos al derecho y 4 al revés) que forman el borde superior del escarpin,—despues de lo cual se ejecuta el dibujo siguiente:

1.ª *vuelta.* — Alternativamente 6 puntos al derecho y 6 al revés.

2.ª á 7.ª *vuelta.*—Como la 1.ª, pero el primero de los 6 puntos que forman el dibujo debe retrasarse cada vez en un punto hácia la izquierda (véase nuestro dibujo).—La 1.ª fila del dibujo está terminada. La 2.ª, compuesta igualmente de 7 vueltas, se hace como la anterior: alternativamente 6 puntos al derecho y 6 al revés, cuidando de que los 6 al derecho de estas vueltas se encuentren encima de los 6 al revés de las vueltas anteriores, de modo que formen tablero. Se repiten estas dos filas otras 11 veces. En la 9.ª repeticion de la 2.ª fila, se principia el menguado por ámbos lados de la labor, siguiendo estas reglas: en las 3 primeras vueltas, se hacen juntos los 2 primeros puntos de la 1.ª y de la 3.ª aguja; en las tres vueltas siguientes, se levanta, sin hacerlo, el primero de los dos últimos puntos de la 2.ª aguja; se hace el último de estos dos puntos, se echa el anterior por encima de este; se procede del mismo modo respecto á la 4.ª aguja. Estas dos especies de menguado (cada uno sobre 3 vueltas) se repiten otras 4 veces sobre ámbos lados de la labor, luego se desmontan á la vez 2 puntos, cada uno de un lado opuesto, á fin de cerrar el escarpin al mismo tiempo que se desmontan los puntos. El forro se hace con agujas gruesas; se le da la forma del escarpin.



ESCARPIN A PUNTO DE AGUJA PARA LA CAMA.



N.º 1.—CUARNICION PARA TRAGES Y ZAGALEJOS.

Guarniciones para trages y zagalejos.

Estas dos guarniciones pueden prestarse á diferentes combinaciones de telas y colores.

N.º 1.—*Trage de tela de lana gris*, guarnecido con dos tiras de tafetan violeta, orladas de terciopelo inglés violeta, y bordadas con cuentas blancas cretosas. En el borde inferior, puntas de tafetan violeta, cortadas por separado.

N.º 2.—*Trage de popelina color castaño*, adornado con vivos de terciopelo inglés del mismo color, y cuentas blancas cretosas; debajo de las puntas, un volantito á pliegues estrechos de tafetan color castaño, ó igual al trage.

Tirantes para niños.

Habiendo adoptado las niñas el trage de las suizas, esto es, la enagua corta adornada con cintas de terciopelo, coselete acordonado ó no, camiseta montante, etc., no era posible que los niños dejasen de tomar algo del mismo trage. Hasta los 7 ú 8 años, llevan estos con frecuencia camisetas montantes de cachemira para la presente estacion, de percal estampado para el verano, y su pantalon va sujeto con tirantes mas ó menos elegantes, los cuales se ven, puesto que el niño no lleva ni chaqueta, ni blusa sobre la camiseta.

Tirante n.º 1.—El dibujo representa su parte inferior; se ejecutan con lana céfiro encarnada é hilo gris, al *crochet-punto de aguja*; este se hace todo de puntos sencillos, para cada uno de los cuales se pica el crochet detrás de la labor, en la parte horizontal de cada punto, de modo que sus dos lados superiores permanezcan intactos, y formen una trenza.

Se toma la lana encarnada, y se hace una cadeneta del largo que se quiera dar al tirante, sin contar la presilla del ojal. Sobre esta cadeneta se ejecuta la 1.ª vuelta con el hilo gris, pero la vuelta se principia y se acaba con una cadeneta de 42 puntos, que sirve de base á las dos presillas de los ojales. Se hace con el hilo gris otra vuelta á todo lo largo de la labor, luego se ejecuta 7 veces consecutivas alternativamente una vuelta encarnada y dos grises,—la última con la lana encarnada. Las vueltas encarnadas se detienen todas al principio de las presillas, siendo estas mas estrechas que los tirantes, como hechas solamente con el hilo gris. En cada una de las presillas se forman los dos ojales, compuestos de 9 puntos en el aire, por debajo de los cuales se pasan 9 puntos; el borde inferior de la presilla, que se rodea con puntos sencillos, se dispone segun indica el dibujo. Si se quieren añadir al tirante hebillas y presillas de piel, se prepararán con arreglo al dibujo de los *tirantes bordados*; estos son de cachemira encarnada, forrada de piel fina. En breve publicaremos un dibujo para este bordado.

Tirante n.º 2. — Estos se hacen con trenza de lana negra, y la misma trenza encarnada, formando con una y otra una trenza ancha. Esta labor se ejecuta con facilidad y rapidez; se emplean 8 pedazos de trenza encarnada y otros 8 de trenza negra, todas de igual largo. Este largo debe ser un tercio mas del que se haya de dar al tirante.

Cada tirante se principia por el medio de su largo, sujetando las trenzas sobre un cogin ó una tabla (véase el dibujo que representa la ejecucion de esta labor, y que por lo demás indica solamente 6 trenzas, mientras que se emplean 16 en todo). Para el ojal, se separa la trenza en dos partes; se hace primeramente un lado, luego el otro, á lo largo del ojal, y despues se reunen de nuevo todas las trenzas por debajo de este. El extremo puntiagudo se ribetea con cinta de seda negra ó encarnada, y por delante se pone una hebilla. La *presilla del ojal* se hace con seis trenzas; su largo es de 20 cents.; hay un ojal en cada extremo de esta presilla, la cual se pasa por la hebilla ó entra en el correspondiente boton de esta.

ESCARPIN A PUNTO DE AGUJA PARA NIÑO.

Cesta para varios usos.

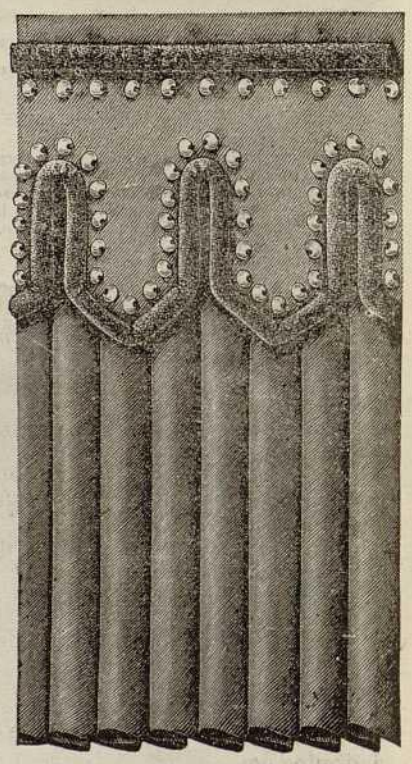
Una cesta, mayor ó menor, se cuelga por sus dos asas de los ganchos fijados en dos piés reunidos por un atravesaño. Por le parte esterior, la cesta se cubre con una tira de tapicería forrada de percalina y orlada con un fleco.

Gran estrella al crochet.

Tal como la representa nuestro dibujo, esta estrella, hecha con hilo de lino ó con seda fina negra, servirá para cubrir un acerico. Si se suprimen los grandes festones esteriores, compuestos de puntos en el aire, se empleará para forros de plumazones, cubre-piés, etc., en fin, tomando solamente la estrella del medio, se podrán juntar en número suficiente para formar un velo de butaca.

Se principia por el medio haciendo una cadeneta de 12 puntos, el último de los cuales se reune con el primero; sobre esta cadeneta se hacen 30 bridas puestas á caballo, separadas 3 á 3 por 3 puntos en el aire, es decir, que despues de haber hecho 3 bridas, se hacen siempre 3 puntos en el aire; la 1.ª brida está formada por 3 puntos en el aire.

2.ª *vuelta.*—Se hacen hácia atrás 2 puntos-cadenetas, para llegar al medio de los últimos 3 puntos en el aire; 4 puntos en el aire, los tres primeros de los cuales representan una brida.—* En el mas próximo feston compuesto de 3 puntos en el aire, se hacen dos bridas separadas por 3 puntos en el aire,—un punto en el aire. — Vuélvase desde * hasta el fin de la vuelta, en donde se completa el grupo de bridas.



N.º 2.—GUARNICION PARA TRAGES Y ZAGALEJOS.

3.ª *vuelta.*—Sobre cada uno de los festones compuestos de 3 puntos en el aire de la vuelta anterior se hacen 6 bridas, puestas á caballo, y entre la 3.ª y 4.ª tres puntos en el aire. El paso de una vuelta á la siguiente se efectúa por algunos puntos-cadenetas hechos hácia adelante, ó bien hácia atrás, para llegar al sitio en que debe comenzar la vuelta.

4.ª *vuelta.*—* Sobre el último feston compuesto de 3 puntos en el aire, se hacen 2 puntos sencillos, separados por 4 en el aire, — luego 7 en el aire.— Vuélvase desde *.

5.ª *vuelta.*—En el punto del medio de un feston compuesto de 7 en el aire, se hacen * 2 sencillos separados por 3 en el aire,—9 en el aire.—Vuélvase desde *.

6.ª *vuelta.*—* En el punto del medio del feston de 9 puntos en el aire, uno sencillo,—3 en el aire, —3 bridas,—4 en el aire,—3 bridas (estas 6 bridas sobre el mas próximo pequeño feston),—3 en el aire.—Vuélvase desde *.

7.ª *vuelta.*—* En el punto sencillo aislado de la vuelta anterior, uno sencillo,—3 en el aire,—3 bridas,—3 en el aire,—3 bridas,—3 en el aire,—3 bridas,—3 en el aire,—3 bridas (estos 12 puntos en el

aire van todos puestos á caballo en el pequeño feston que separa en dos grupos las 6 bridas de la vuelta anterior),—3 en el aire. Vuélvase desde *.

8.ª *vuelta.*—* Un punto sencillo sobre el mas próximo sencillo aislado de la vuelta anterior, — 6 en el aire, —3 bridas,— 3 en el aire, — 3 bridas (estas 6 bridas en el feston del medio del grupo de bridas);—6 en el aire.— Vuélvase desde *. La estrella del medio queda terminada.

9.ª *vuelta.*—* Sobre el pequeño feston, en la punta de una rama de la estrella, 2 puntos sencillos,—18 en el aire. Vuélvase desde *.

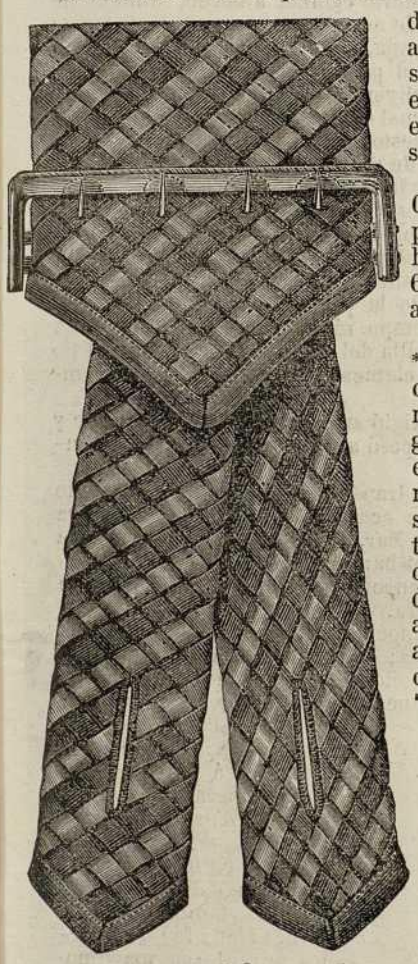
10.ª *vuelta.* — En cada punto una brida.

11.ª *vuelta.* — En la 1.ª brida de la vuelta anterior, * 2 puntos sencillos, separados por 3 en el aire, —5 en el aire, por debajo de los cuales se pasan 4 puntos. Vuélvase desde *.

12.ª *vuelta.*—En el punto del medio de los 5 en el aire, 2 sencillos separados por 3 en el aire,—6 en el aire. Vuélvase desde *.

13.ª *vuelta.* — Como la 12.ª, pero siempre se hacen en vez de 6 puntos en el aire, 7.

14.ª *vuelta.*— * Un punto sencillo sobre el mas próximo gran feston, —5 en el aire, — en medio del que sigue gran feston 2 puntos sencillos, separados por 2 en el aire, — 5 en el aire. —Vuélvase desde *.



TIRANTE N.º 2.

15.ª *vuelta.*—* Un punto sencillo en el mas próximo sencillo aislado de la vuelta anterior, — 3 en el aire,—uno sencillo sobre el siguiente feston de 5 puntos en el aire,—tres bridas,—4 en el aire, —3 bridas (estas 6 bridas sobre los mas próximos 3 puntos en el aire de la vuelta anterior),— 1 sencillo sobre el feston siguiente,—3 en el aire. — Vuélvase desde *.

16.ª *vuelta*—Como la 7.ª

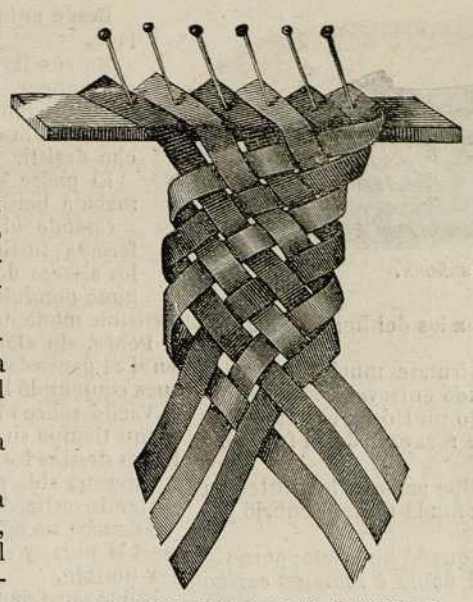
17.ª *vuelta*—Como la 8.ª

18.ª *vuelta*—Como la 9.ª

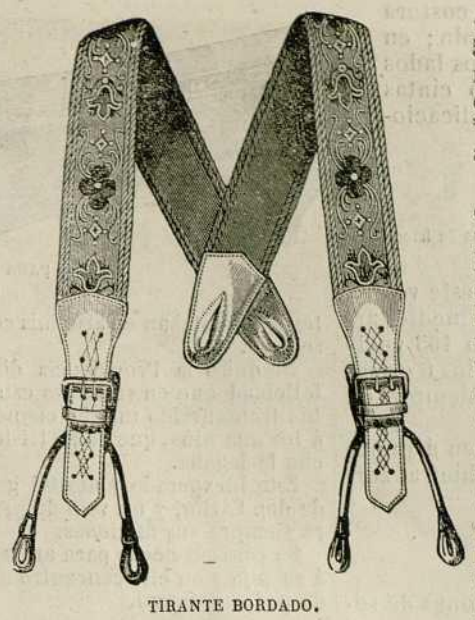
Escarpin á punto de aguja para niño.

MATERIALES.—Para el par: 32 gramos de lana blanca céfiro; 1 metro y 25 cents. de cinta estrecha azul ó rosa; 2 agujas finas de acero.

Este escarpin, muy sencillo, se labra con dos agujas, de ida y vuelta. Se arman 16 puntos, sobre los que se hacen 22 vueltas al derecho; pero al fin de las cuatro últimas se crece un punto, de modo que la vuelta 22.ª se compone de 20 puntos. Por cada lado de estos 20 y sobre la misma aguja, se arman



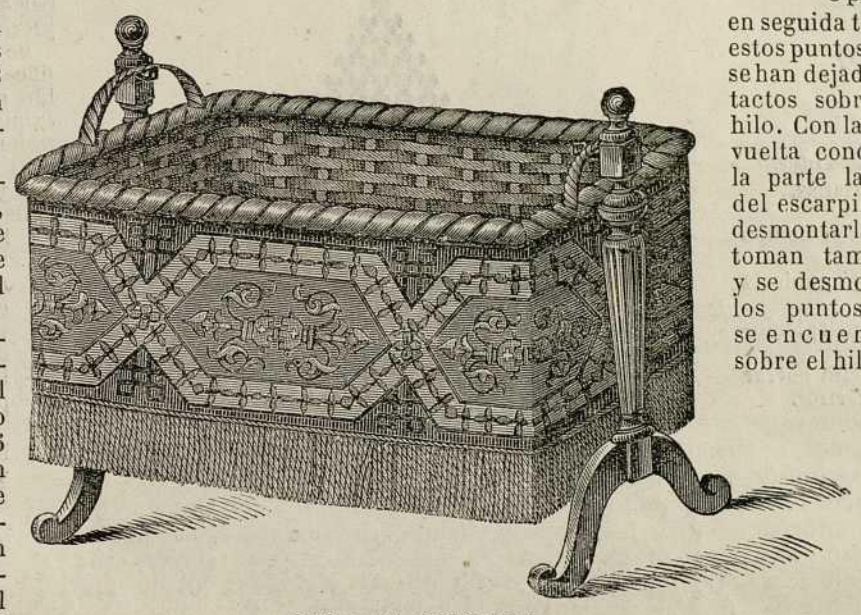
EJECUCION DEL TIRANTE DE TRENZAS.



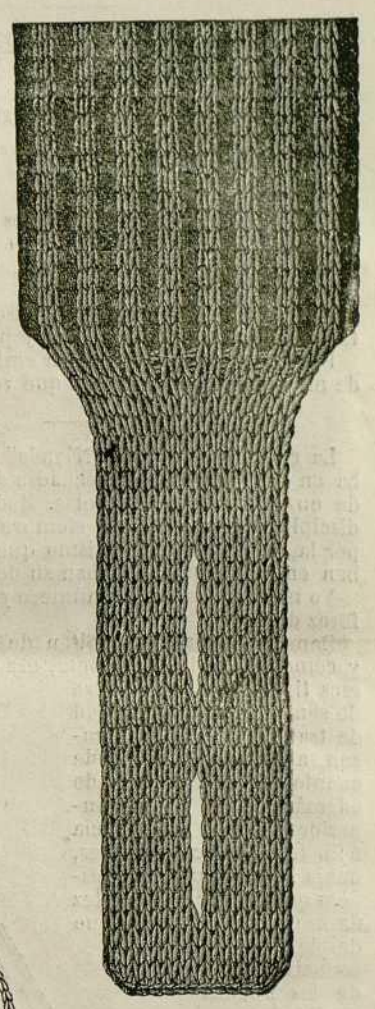
TIRANTE BORDADO.

16 puntos; se tienen, por consiguiente, 52 en todo. Se hace una vuelta al derecho; luego una calada al revés; para esta vuelta se hacen alternativamente: * 2 puntos al revés hechos juntos, — 1 al revés, un echado. Vuélvase desde *.

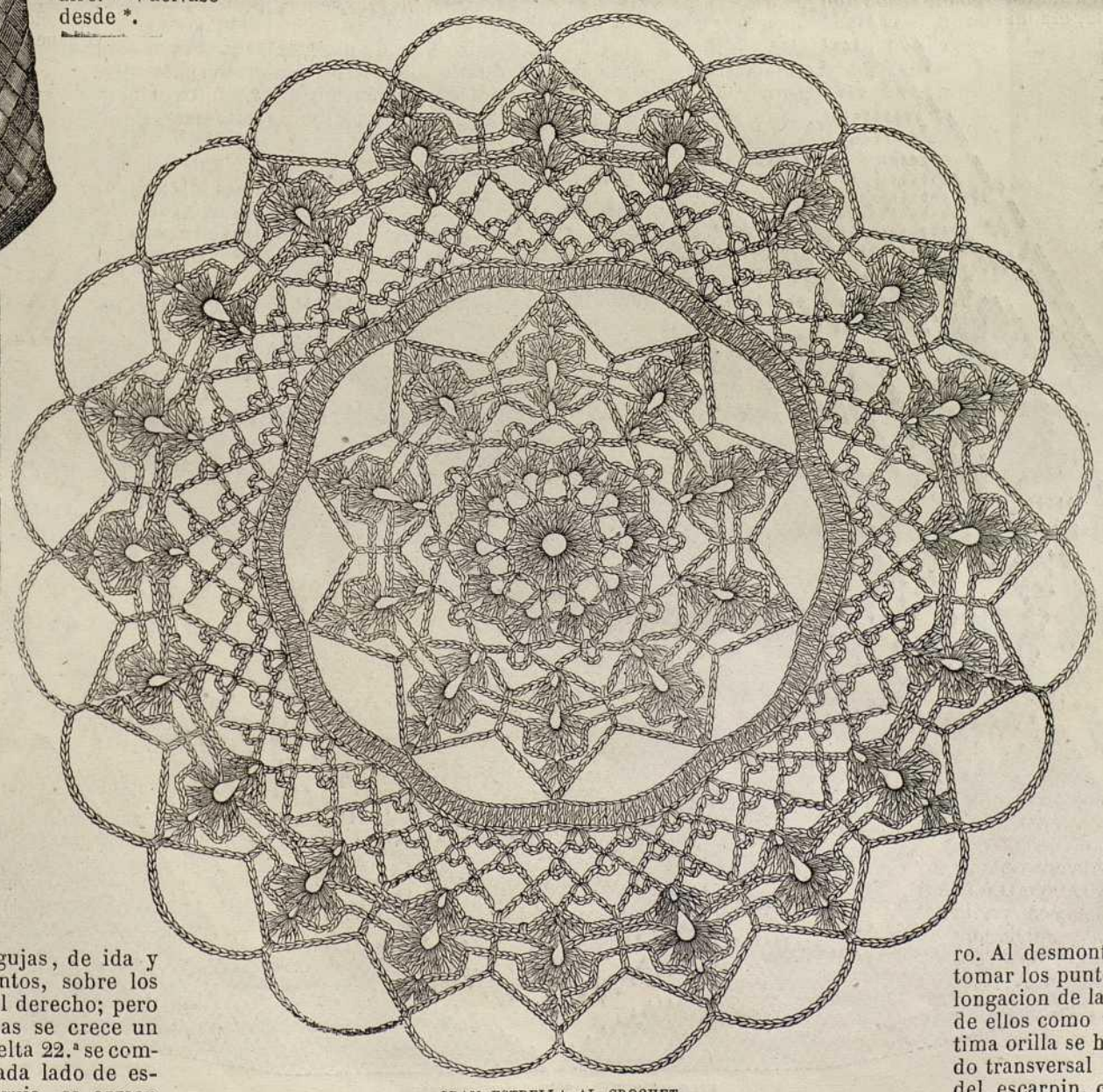
La vuelta siguiente se hace al derecho, y cada echado se hace como un punto. Despues de la vuelta calada se hacen 24 al derecho,—luego 5 caladas, seguidas cada una de una al derecho. Para estas últimas se hacen alternativamente hechos juntos 1 echado, y en la vuelta siguiente el echado se hace como un punto. Se desmonta, se levantan por un lado los 16 puntos añadidos, se arman sobre la misma aguja otros 26 puntos, y sobre estos 42 se hacen 6 vueltas al derecho. Vienen en seguida 22 vueltas tambien al derecho, pero en cada una de las cuales se menguan 3 puntos en la punta de delante del escarpin dejando siempre intactos 3 puntos de la vuelta anterior; se toman en seguida todos estos puntos que se han dejado intactos sobre un hilo. Con la 22.ª vuelta concluye la parte lateral del escarpin; al desmontarla, se toman tambien y se desmontan los puntos que se encuentran sobre el hilo. Se



CESTA PARA VARIOS USOS.



TIRANTE N.º 2.



GRAN ESTRELLA AL CROCHET.

cosen una con otra la punta de la pala y la 1.ª vuelta del lado, luego se levanta sobre la aguja el resto de los puntos de esta dicha 1.ª vuelta, y para alargar la pala se hacen 32 vueltas al derecho, sin crecidos ni menguados, pero reuniendo el último punto de cada segunda vuelta con el correspondiente de la pala.— Cuando la 32.ª vuelta está terminada, se arman sobre la misma aguja otros once nuevos puntos (que se reunirán despues á la orilla del lado de la pala), aqui se agregan los 16 puntos todavía libres, luego se hace este segundo lado como el primero. Al desmontarlo se deben tambien tomar los puntos de delante de la prolongacion de la pala, y desmontar dos de ellos como un solo punto. Esta última orilla se hace (al revés) con el lado transversal de las partes laterales del escarpin, cuyos lados al sesgo se

reunen del mismo modo; esta última costura cae debajo de la parte media del escarpin; en fin, se cosen uno con otro, por detrás, los lados en línea recta. Se pasan los cordones ó cintas por las vueltas caladas, siguiendo las indicaciones del dibujo.

Velo de butaca sobre red al sesgo.

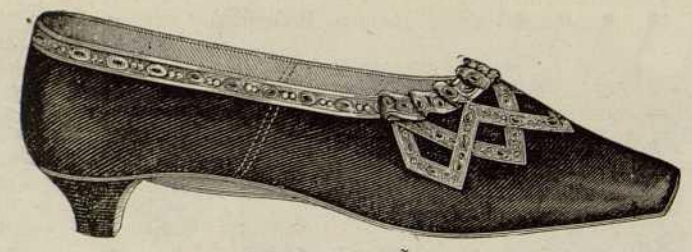
MATERIALES.—Hilo de lino muy fino; una aguja gruesa de hacer punto de acero; algodon para zurcidos, hilo.

El dibujo representa la sesta parte de este velo de butaca. Se principia la red por el medio, armando 6 mallas, y se hacen en redondo 165 vueltas, creciendo 6 mallas en cada vuelta; los 6 crecidos se verifican á distancias iguales, y siempre en los mismos sitios.

Las partes blancas del dibujo se hacen á punto de zurcido, con algodon; lo demás, tambien al zurcido, pero con hilo.

Zapato para señora.

Zapato de raso negro, adornado con galones de seda negra y blanca.



ZAPATO PARA SEÑORA.

EPISODIO MARITIMO.

LA SEPULTURA EN EL MAR.

El agua es el elemento triste.

LAMARTINE.

El episodio que voy á narraros ha mucho tiempo tuvo lugar.

Yo era muy jóven; hoy mi cabeza está cubierta de canas.

Han pasado treinta años; treinta años de mar; treinta años de azares, privaciones y peligros.

No han sido suficientes, sin embargo, para borrar de mi memoria las escenas que voy á referíros.

La corbeta de guerra "Náyade" formaba en 1835 parte de la escuadra destinada en las Antillas Españolas. Modelo de disciplina y policía, era siempre citada por la union y compañerismo que reinaban entre los que formaban su dotacion.

Yo me hallaba en este número y era alférez de navío.

Don Cárlos Vargas, capitan de fragata y comandante de la corbeta, era uno de esos tipos en que la nobleza de sentimientos, afabilidad de trato y bondad de corazon, atraen las simpatías de cuantos le rodean. Dotado además de un talento superior y de una experiencia é ilustracion poco comunes, habia logrado unir al respeto que impone la rigidez de la milicia, el cariño que despierta el reconocimiento de las buenas cualidades.

A los veinte y seis años contrajo matrimonio con una jóven mejicana, cuyas excelentes dotes estaban en armonía con las del hombre á quien se unió.

No quiso la Providencia disfrutase mucho tiempo la felicidad que en su nuevo estado entreveia. Aun no habia transcurrido un año cuando murió su esposa dando á luz una niña, que como triste recuerdo de su fugaz dicha le legaba.

Este inexperado y mortal golpe acibaró la existencia de don Cárlos, y un velo de profunda tristeza cubrió para siempre sus facciones.

Su corazon hecho para amar quedó huérfano; pero vió á su hija y en ella concentró el doble é inmenso cariño de padre y esposo.

Desde entonces no se separó ni un solo dia de su lado.

En sus largas y penosas navegaciones, ella era su compañera.

Ni los temibles frios de las regiones polares ni la mortal influencia de los climas cálidos le habian hecho desistir de su designio.

El padre Ventura, como generalmente se le llamaba á bordo, era el capellan de la corbeta.

Cuando el populacho frenético, y siguiendo sus feroces instintos, regó con la sangre de los frailes los altares de sus conventos, el padre Ventura, religioso dominico, debió su salvacion á la prodigiosa é invisible mano de la Providencia.

Pobre, sin albergue, odiado por el pueblo y sintiendo en sí el genio de la religion y del estudio, el padre Ventura contempló horrorizado el porvenir que le esperaba.

Vaciló sobre el camino que debia seguir y al cabo de algun tiempo su nombre apareció entre los de los capellanes destinados al servicio de la armada.

Ninguna vida podia presentar mas alicientes á su carácter investigador y estudioso.

Además; no odiaba al mundo, porque no sabia odiar, pero le huia, y su nuevo destino le alejaba de él cuanto era posible.

Unido por lejanos lazos de familia á don Cárlos Vargas, consiguió ser embarcado á sus órdenes y al sagrado deber que por su ministerio egercia á bordo, unió el de preceptor de la hija de aquel.

De edad muy avanzada, aspecto venerable y tan científico como modesto, el padre Ventura cumplia su doble mision con la religiosa exactitud que la primera exigia, y con el paternal cuidado que con la segunda él mismo se habia impuesto.

El tio Pedro, cabo de mar, era el marinero mas antiguo y mas popular de la corbeta.

Desde que don Cárlos Vargas empezó su carrera, el tio Pedro no se habia separado de su lado.

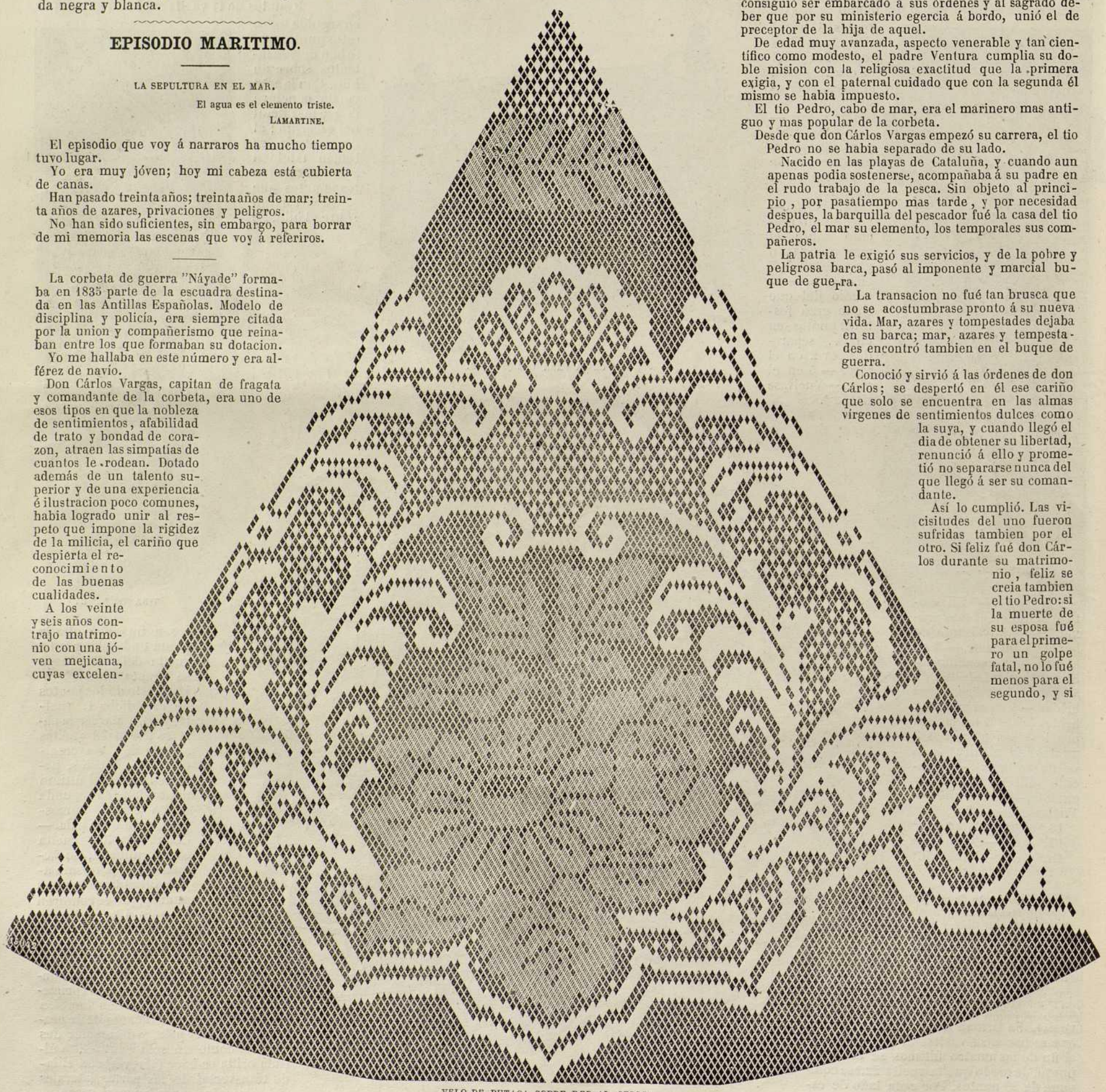
Nacido en las playas de Cataluña, y cuando aun apenas podia sostenerse, acompañaba á su padre en el rudo trabajo de la pesca. Sin objeto al principio, por pasatiempo mas tarde, y por necesidad despues, la barquilla del pescador fué la casa del tio Pedro, el mar su elemento, los temporales sus compañeros.

La patria le exigió sus servicios, y de la pobre y peligrosa barca, pasó al imponente y marcial buque de guerra.

La transacion no fué tan brusca que no se acostumbrase pronto á su nueva vida. Mar, azares y tompestades dejaba en su barca; mar, azares y tempestades encontró tambien en el buque de guerra.

Conoció y sirvió á las órdenes de don Cárlos; se despertó en él ese cariño que solo se encuentra en las almas vírgenes de sentimientos dulces como la suya, y cuando llegó el dia de obtener su libertad, renunció á ello y prometió no separarse nunca del que llegó á ser su comandante.

Así lo cumplió. Las vicisitudes del uno fueron sufridas tambien por el otro. Si feliz fué don Cárlos durante su matrimonio, feliz se creia tambien el tio Pedro: si la muerte de su esposa fué para el primero un golpe fatal, no lo fué menos para el segundo, y si



VELO DE BUTACA SOBRE RED AL SESGO.

aquel adoraba á su hija, este la idolatraba.

El era, el que cuando pequeña, la arrullaba en sus brazos al compás de su ronca y destemplada voz; él la acompañaba y distraia, cuando la pobre niña oyendo el bramido del viento y los mugidos de las olas llamaba angustiada á su padre, que cumpliendo con su deber, velaba por la salvacion de su buque.

¡Qué feliz se creia el tio Pedro cuando á costa de sus exiguos ahorros conseguia hacerle un pequeño presente!

Enronces, solo entonces una imperceptible sonrisa asomaba á sus labios, porque las facciones del tio Pedro eran tan duras como dura habia sido su vida.

La hija de don Cárlos se llamaba María.

María Vargas era casi tan divina como el divino nombre que llevaba.

Para qué pintaros con palabras y colores que siempre serían pálidos, la belleza de su rostro y el candor de su alma.

Figuráosla como vuestra imaginacion os la forge; pero figuráosla siempre angelical y bella.

María contaba diez y siete años; sus rizados y rubios cabellos caian con una gracia encantadora al rededor del perfecto óvalo de su rostro.

Al través de sus azules y transparentes ojos se descubrian sus puros y hermosos sentimientos.

Ignorando lo que era el mundo, rodeada de personas que la adoraban, sin tristes recuerdos del pasado ni crueles temores para el porvenir, el corazon de María se habia formado bajo la doble y benéfica influencia de la bondad y del cariño.

Por eso era querida de todos; por eso era el ángel tutelar de la "Náyade."

Cuando en las hermosas noches tropicales la corbeta se deslizaba á favor de la embalsamada brisa de tierra, y la luna bañaba la cubierta con su dulce luz, María, acompañada del piano, lucía su melodiosa y argentina voz.

Allí no habia ni el aparato sorprendente de los salones, ni aduladores y cortesanos aplausos; pero habia el espectáculo magnífico del mar y las emociones que su canto producia.

Su cancion favorita era *Casta diva,* sublime inspiracion de Bellini, que María interpretaba de un modo inimitable.

Cuando con voz velada y dulce hacia oir aquellos raudales de conmovedora armonía, sus ojos y los de cuantos la escuchaban se bañaban de lágrimas.

Entonces, como arrepentida del efecto que habia producido, una alegre y popular cantinela salia de sus labios, y una salva de aclamaciones y aplausos demostraba la alegria de todos.

En las horrorosas noches en que los elementos desencadenados parecian querer sumergir la corbeta, María encontraba tambien ocasion de demostrar la belleza de su alma. En la profunda oscuridad que reinaba sobre la cubierta y por entre grupos de marineros rendidos por la fatiga y por la falta de sueño y de descanso, veíase vagar una sombra misteriosa y fantástica. Era María que animando á aquellos hombres con su voz y su presencia, les hacia cobrar nuevas fuerzas, y ejecutar maniobras de las que dependia tal vez la salvacion de la "Náyade."

Si habia que impetrar alguna gracia del comandante, María era la bella intercesora, y jamás su intercesion fué infructuosa.

Del cuello de todos pendia un precioso escapulario de la Vírgen del Cármen, presente hecho por María en el aniversario de su cumpleaños y que habia sido bordado por sus manos.

María, en fin, era un ángel.

El dia 8 de Diciembre del año á que nos referimos la "Náyade" debia dar la vela para Cádiz.

Esta noticia se recibió con disgusto en la escuadra.

Con la partida de la corbeta perdian el mejor buque, y se alejaban quizá para siempre de María y de don Cárlos que habian encontrado entre todos la mas cordial simpatía.

Don Cárlos veía por su parte la realizacion de un proyecto que hacia tiempo meditaba. Dueño de una mediana fortuna y poseyendo una bella quinta en la pintoresca Andalucía, abandonaria el servicio de las armas y se estableceria en ella para disfrutar pacífica y tranquilamente al lado de su hija, los dias de vida que al cielo pluguiera concederle.

A las tres de la tarde el ancla de la "Náyade" zarpaba, y maniobrando con la precision que la distinguia se dirigió pausada y magestuosamente hácia la boca de la bahía de la Habana.

Multitud de botes pertenecientes á los buques de guerra la seguian próximos á su costado, y la cubierta se hallaba inundada de oficiales, que hasta el último momento querian disfrutar de la vista de aquellas dos personas para ellos tan queridas.

Un cuarto de hora despues la corbeta se puso en facha, y los botes se aproximaron para recibir sus oficiales.

La despedida de estos fué tiernísima.

A la tristeza que generalmente acompaña á una separacion sentida se agregaba la idea de que aquel abrazo era el último que podian dar á don Cárlos como compañero de armas.

Los botes abandonaron la corbeta y la voz clara é imperiosa del comandante se dejó oir:

—Todo á babor. Caza foques. Amura mayores. Larga alas y rastreras.

Y la "Náyade," en cortos momentos, se vió cubierta de velas, que henchidas por una brisa favorable la ar-

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Trage de tela de lana gris, adornado con cintas de tafetan negro bordadas de cuentas blancas. En el borde inferior, bucleeillos planos de tafetan negro mas ancho, naciendo de la cinta puesta encima del dobladillo.

Trage de paño color castaño, adornado con tiras de terciopelo del mismo color, bordadas con galones y cuentas. Paletot igual.

Vestido para convite.—Trage de debajo de tafetan gris, liso, con corpiño semi-escotado y mangas cortas. Trage de encima de raso malva, con aplicaciones de terciopelo negro. Cinturon con punta, igual al trage.

rastró con rapidez hácia alta mar.

Próximos los botes al puerto un sin número de pañuelos se agitaron al viento. Un objeto blanco se vió flotar sobre la popa de la corbeta; era el pañuelo de María que arrasada en lágrimas presenciaba aquel espectáculo.

Un hurra atronador y entusiasta partió de los botes; marineros y oficiales tomaron parte en él, y la "Náyade" arriando é izando su pabellon contestó como agradecida y orgullosa á aquella última y significativa despedida.

Dos horas despues y á merced de los anteojos, se distinguia desde los buques fondeados, un punto blanco que confundiéndose con un ave marina desaparecia en lontananza.

Eran las altas velas de la "Náyade" que bañadas por la ténue luz del crepúsculo se perdian en el horizonte proyectándose sobre rojizos y caprichosos celages.

Han pasado quince dias.

La "Náyade" cortaba el paralelo del banco de Terranova.

El dia, muy corto en aquella estacion en la latitud que nos encontrábamos, tocaba á su fin.

El sol se aproximaba al horizonte hiriendo oblícuamente las aguas y salpicándolas de chispeantes destellos.

El mar se hallaba inmóvil y el viento en calma.

La naturaleza toda parecia esperar con tristeza la terrible escena que iba á presenciar.

El reló de la "Náyade" señaló las cuatro y media.

La campana de bitácora dió un golpe breve y penetrante.

La de la batería lo repitió mas prolongado y grave.

Es el toque marcado á bordo por la ordenanza para dicha hora.

Nunca me habia fijado en él. Siempre lo hallé igual á los demás.

Desde entonces creo encontrar en su sonido algo de lúgubre y solemne. Mas que la indicacion de una hora á bordo, me parece el eco triste del doble de difuntos.

Y es que para mí encierra un recuerdo amargo y penoso.

El atronador disparo de un cañon ensordeció el espacio é hizo retemblar los costados de la corbeta.

El estampido fué breve. En la inmensa soledad del mar no existe el eco.

Una nube de blanco humo ascendió lentamente cubriendo los costados, las járcias y el velámen.

Sobre la popa de la "Náyade" tremoló el pabellon nacional á media asta.

Los tambores y cornetas tocaron llamada y la tripulacion se dirigió á la cubierta.

En todos los rostros se veia pintada una profunda tristeza.

Cinco minutos despues la tripulacion se hallaba en correcta formacion de brigadas.

La fuerza de infantería de marina, sobre las armas formaba calle desde la puerta de la toldilla hasta el portalon de estribor.

En este punto se habia colocado una tabla que avanzaba horizontalmente hácia fuera del buque.

Un prolongado redoble convirtió á aquellos hombres en estátuas.

Los tambores destemplados batian acompasada y tristemente la marcha regular.

En la puerta de la toldilla aparecieron dos marineros con faroles en la mano.

Detrás; cuatro guardias marinas conducian una tabla cubierta con un paño negro; sobre ella iba un cadáver.

El cadáver de María!

El padre Ventura y el tio Pedro, ámbos con la cabeza inclinada sobre el pecho, cerraban la comitiva.

María, la perla de la "Náyade," habia entregado su alma á Dios el dia anterior al que relatamos, víctima de una enfermedad tan rápida como inesperada.

Buena y cristiana durante su vida, vió aproximarse la muerte con evangélica resignacion.

Para todos tuvo una palabra de consuelo.

Para el tio Pedro su última sonrisa.

Para el padre Ventura su última mirada.

Para don Cárlos su último suspiro.

La destructora mano de la muerte habia sido impotente contra aquel hermoso rostro.

Mas que María muerta, parecia María dormida.

Una orla azulada se extendia bajo sus ojos y su boca entreabierta parecia sonreir.

¿Era aquella sonrisa el último adios que dirigia á sus compañeros dándoles las gracias por el dolor que su muerte les causaba?

¿O era quizá que al volar su alma al cielo sonreia á los ángeles sus hermanos que la recibian con cánticos de inefable júbilo?

Si habeis llegado á comprender lo que era María, si os habeis imaginado el cariño que le profesábamos, comprendereis aunque remotamente el inconsolable dolor que nos causó su pérdida.

La reducida y triste comitiva avanzó con paso lento hácia el portalon.

Todos inclinaban la cabeza ante aquellos queridos restos.

Llegados al portalon, el cadáver de María fué colocado sobre la tabla de que hemos hablado; los piés hácia la parte que avanzaba en el mar, la cabeza en la que quedaba á bordo.

La fisonomía del tio Pedro habia tomado un aspecto tal de dolor y desesperacion que imponia.

Silencioso, con paso firme y decidido, tomó de un sitio inmediato dos gruesas balas que se hallaban unidas con una cuerda.

Atólas cuidadosamente á los piés de María y colocándose á su lado, los brazos cruzados, la barba sobre el pecho y los ojos fijos en el cadáver quedó como sumergido en una profunda meditacion.

Reinaba un silencio sepulcral y fatídico.

Tomó el padre Ventura el libro que conducia uno de los marineros.

Inclinó su blanca y hermosa cabeza sobre el libro y dos gruesas lágrimas corrieron por sus marchitas megillas.

Dos veces se movieron sus labios, pero no articularon sonido alguno; las terribles palabras que debia pronunciar se ahogaban en su garganta. Pobre anciano que en tu atribulada vida habias apurado las heces de la amarga copa del dolor y del desengaño sin verter una lágrima ni exhalar una queja; yo, mudo espectador de aquella escena, leia en tus desoladas facciones, en tu desgarradora angustia el pensamiento que tantas veces me repetiste despues. ¿Porqué, decian tus ojos, porqué Dios eterno siegas esta tierna flor que la primavera acaricia y el huracan respeta, y conservas este añoso y carcomido tronco que la mas leve brisa conmueve y derriba?

Hizo un esfuerzo supremo y con voz temblorosa y conmovida recitó las tristes y santas preces de los difuntos.

Las últimas palabras fueron apagadas por sus sollozos.

Bendijo el cadáver, lo roció de agua bendita, é inclinando la cabeza sobre el pecho dió curso á sus mal comprimidas lágrimas.

Habia cumplido su última mision al lado de María.

Entonces el tio Pedro sacó de su pecho una pequeña cruz de plata, precioso recuerdo que conservaba de la madre de María y al que atribuian la virtud de impedir fuera devorado por los mónstruos marinos el cadáver que lo llevase, al ser arrojado al mar.

Al cariño que profesaba á la hija sacrificaba el precioso recuerdo de la madre.

Sujetó la cruz al cuello del cadáver, vaciló, y como acometido de un vértigo cayó de rodillas anegado en llanto y cubriendo de besos la marmórea frente de María.

Los tripulantes de la corbeta se descubrieron y prosternaron como si hubieran obedecido á un movimiento sobrenatural é instantáneo.

La cubierta de la "Náyade" presentaba un cuadro digno de un pincel inspirado. El cuerpo de María próximo á desaparecer para siempre: un venerable anciano clavada la vista en el cielo y murmurando oraciones fúnebres, el tio Pedro abrazado al cadáver, y trescientos hombres postrados y sobrecogidos.

Y todo esto sobre la inmensa superficie del mar, sobre ese feroz mónstruo capaz de destruir en un segundo el teatro en que se representaba aquel terrible drama.

Aquellos hombres de tez curtida y corazon de hierro se hallaban anonadados por la idea de la muerte y de la sepultura en el mar.

Todos habian nacido á orillas del Océano y al murmullo de las olas.

Allí fueron arruyados con profanas palabras.

Su educacion se formó entre horrorosos juramentos.

El hábito de su profesion lo adquirieron á fuerza de sacrílegas blasfemias.

No tuvieron madre que les enseñase á creer y temer.

El mar y los vientos le enseñaron ámbas cosas.

En aquellos momentos sentian el corazon oprimido y torrentes de lágrimas corrian por sus tostadas megillas.

El silencio de la muerte reinó por algunos instantes.

De repente posóse de pié el tio Pedro y todos le imitaron.

Su fisonomía estaba descompuesta, su ceño mas fruncido que de costumbre; sus pequeños ojos grises parecian chispear á través del llanto que los empañaba.

Lanzó en derredor de si una mirada aterradora y feroz.

—Al agua, gritó con voz de trueno dirigiéndose á los dos marineros que tenia mas próximos.

La tabla colocada en el portalon y sobre la que se hallaba el cuerpo de María fué suspendida por el extremo que caia dentro del buque; el que caia fuera se inclinó hácia el mar.

Deslizóse suavemente por ella el cadáver.

Despues, y en el momento de abandonar las balas la tabla, siguió con mas rapidez el movimiento encorvándose aquel querido cuerpo á medida que le faltaba el apoyo.

Luego tomó una posicion vertical, y con la velocidad del rayo se precipitó en el abismo que le esperaba.

Entonces tuvo lugar una escena aun mas terrible.

Sobre el borde de la porta que correspondia á la cámara del comandante apareció como una espantosa vision la figura de don Cárlos.

Agitado por un movimiento convulsivo, desencajadas las facciones, extraviada la mirada, los cabellos erizados, crispadas y extendidas las manos hácia el punto en que su hija se sumergia, don Cárlos Vargas representaba con una horrorosa exactitud la figura del espanto.

El cuerpo de María desaparecia velozmente bajo la superficie del mar, su preciosa cabeza iba á desaparecer para siempre bajo su funeraria y azulada losa.

Un gemido ahogado, un desgarrador grito de: ¡María! salieron del pecho de don Cárlos.

Precipitóse en el mar y se abrazó al cadáver de su hija.

Un segundo despues solo se distinguian mil círculos concéntricos marcados sobre la tersa superficie del mar, que á medida que se extendian iban desvaneciéndose.

Despues, ni la mas leve señal de cuanto acababa de suceder.

El sol se ocultaba en el horizonte.

La luna ascendia por el punto diametralmente opuesto sin brillo, aun, ni luz.

La roja claridad del crepúsculo se reflejaba sobre las olas tiñéndolas de un color de fuego.

El mar se hallaba inmóvil y el viento en calma.

La naturaleza toda parecia silenciosa y horrorizada con la lúgubre escena que acababa de presenciar.

La pálida y melancólica luna alumbró con sus tristes rayos aquella larga y memorable noche. Ni el mas ténue vapor empañó su argentada faz.

El mar, alumbrado por ella, aparecia de un color blanquecino.

La luna es el astro de los cementerios, ha dicho un escritor. Nunca me han parecido tan exactas estas palabras.

Efecto de la calma completa que reinaba, la corbeta permaneció inmóvil durante la noche en el sitio en que habian ocurrido las escenas que acabo de pintaros. Parecia temerosa de separarse para siempre del lugar en que yacian don Cárlos y María. Se diria que anonadada con el cuadro que habia presenciado queria reposar sobre la tumba de ámbos y rogar por su descanso eterno.

Si en la naturaleza reinaba aquella melancólica quietud, mayor era aun la que presentaba el interior de la corbeta.

A los alegres y animados corros que los marineros de guardia formaban sobre la cubierta en las noches de mar, habia sucedido un silencio imponente.

Aquellos hombres, tan felices dos dias antes, se hallaban sumergidos en una tristeza desconsoladora y profunda.

Don Cárlos habia sido para ellos un padre, María una hermana: habian perdido á ámbos, y quizá á aquellas horas sus cuerpos habrian sido mutilados horriblemente por los innumerables mónstruos que pueblan las recónditas cavernas del Océano.

Los purpúreos resplandores de la aurora, saliendo de las aguas, empezaron á teñir el horizonte: sintióse una brisa bonancible y favorable y la "Náyade," impelida por ella, siguió su rumbo.

La borda, las járcias y las vergas se cubrieron de gentes.

Sus rostros estaban mústios, sus cabezas descubiertas.

Sus ojos, empañados por las lágrimas, se fijaban en un punto del mar de que se alejaban velozmente.

Era el postrer adios, la última oracion fúnebre que á la vista de su sepulcro podian dirigir á don Cárlos y á María.

Los que jamás habeis asistido á estas escenas, los que ignorais los dramas terribles que eternamente se representan en el Océano sin mas testigos que los elementos; cuando pase por vuestro lado la modesta y triste comitiva del entierro de un pobre, cuando admireis la suntuosa y regia pompa dedicada á los funerales de un poderoso, cuando oigais resonar en las sombrías bóvedas del templo el desgarrador canto del *Dies illæ* y espesas nubes de incienso envuelvan el cadáver; cuando vibre triste, el melancólico son de la campana que anuncie á los vivos ha dejado uno de existir; cuando veais una madre cerrar para siempre con sus manos los ojos de un hijo idolatrado; cuando se presente á vuestra vista una esposa desolada ante la losa que guarda y cubre los restos del que fué su compañero, acercaos á los que por todo esto derraman lágrimas de amargo dolor; consoladlos y decidles; aun hay personas mas desgraciadas que vosotros: para sus difuntos no hubo ni amigos que acompañasen sus féretros á la mansion del descanso, ni templo ante cuyo altar se depositase su cadáver y se orase por su alma, ni campanas que anunciasen su muerte, ni manos queridas que cerrasen sus ojos, ni fosa en que se guarden sus cenizas, ni mármol en que esté escrito su nombre, ni cruz que al postraros á sus piés os haga decir señalando al suelo: Aqui está.

Y vosotras las que teneis un hijo, un esposo, un hermano que cruce los mares; cuando con oprimido y angustiado corazon alceis vuestras plegarias al Altísimo implorando para ellos su clemencia, dirigidle tambien con todo el ardor de vuestras almas la mas ferviente súplica para que les liberte de uno de los escollos mas terribles del Océano: *la sepultura en el mar.*

C.

Sanlúcar de Barrameda, 1867.

UNA NOCHE EN EL CASTILLO DE HUS.

LEYENDA HISTORICA.

I.

EL SUEÑO.

Serena es la noche! por selvas y valles
Entre nubecillas de lánguido tul,
Esparce la Luna sus blancos cabellos,
Del sólio en que rueda de plata y azul.
El manso arroyuelo murmura en el prado,
Sus ondas de plata llevando gentil,
Y alzando la frente doquier perfumada
Con flores que riega del bello pensil.
Ni un eco se escucha! Dormida la tierra
En sueño profundo! Misterio!.. Escuchad!...
El bosque... la selva... las aves... las flores
Con blando beleño dormidas están!...
Allá en alto monte, se eleva un castillo
De duro granito; con fiero desden
Parece que dice al prado y la selva:
»¡Soy vuestro monarca! rendíos á mis piés!»

El puente y rastrillo defiende un soldado;
Descansa en el suelo pesado arcabuz;
Avizor el ojo... y atento el oido...
¡Güay del que al castillo se acerque de Hús!
Mohamed allí asienta su rica morada;
Mohamed, el altivo y fuerte adalid,
Que en justas y zambras, en guerra y amores,
Entre los Gomeles es el mas gentil.

II.

LA NAZARENA.

Oculta en los hierros del alto castillo,
Sus lágrimas vierte bendita muger,
Nazarena hermosa de divino aliento,
En guerra cautiva del Moro Mohamed.
Rendido de amores, Sultana la quiere:
¡Mas, vano es su empeño, y vano su amor!
¡Quién pudo en la tierra rendir con halagos,
Con premio ó castigos al fiel corazon!
Allá en los vergeles de mágico ensueño
Vió la Nazarena la primera luz:
Que un tiempo mecieron su cuna de flores
Las auras hermosas del suelo andaluz.
Allí, bajo un cielo sereno y radiante
Bellas ilusiones miró descorrer:
Por eso acuitada suspira y se apena,
Que amores no olvida de un noble doncel.
La mansa corriente que lame los muros
Del alto castillo, sus ondas abrió:
Y frágil esquife, cortando la linfa,
Al pié del castillo, cual sombra tocó.
Dos hombres se alzaron:—Arroja la escala
Con tino: habló uno con voz varonil;
—Ya está: le responde su fiel compañero.
—Aguárdame; pronto nos tienes aquí.

III.

SORPRESA.

Morada celeste que pinta el profeta,
De mágica dicha, de encanto y amor,
Es la bella estancia do mora cautiva
La hermosa andaluza que gime en dolor.
Del pecho sacando la bendita imágen
De la Vírgen Pura, salud de Israël,
Plegaria ferviente murmuran sus labios
A quien de pureza fué modelo fiel.
Y cuentan que abriendo sus cándidos ojos
La imágen sagrada, la vió sonreir,
Y en esa sonrisa vió la Nazarena
Un mundo de encantos gozoso surgir.
Un golpe en seguida sonó en la ventana,
Un garfio á las piedras del muro prendió,
Y á poco en la estancia saltando un guerrero
—¡Estrella! gritando en sus brazos cayó.
—¡Fernando! Qué miro ¡Fernando! La dama
Prorumpe gozosa—¡Fernando! ¿No es
Un sueño?—No; huyamos... huyamos, Estrella.
—¡Traicion! brama entrando el moro Mohamed.

IV.

EL COMBATE.

Vencida al desmayo la jóven hermosa,
El moro y cristiano con ceño feroz
Se miran un punto; las armas blandiendo,
Horrible combate comienzan los dos.
Si rudo en la lucha se porta Fernando
Mas rudo y mas fiero se muestra el infiel;
—Muere! grita airado con fé el Nazareno
—Y muere! con saña responde el gomel.
Y la cimitarra mil chispas arranca
Y gira la masa con fiero brillar;
Heridos sus pechos ya roncos se agitan;
La venganza solo alientos les dá.
Y rápido el Moro se inclina hácia el suelo,
Y toca un resorte.., y al punto á los pies
Del cristiano, el suelo retiembla y se aparta,
Y ya al precipicio se siente caer.
Mas vuelta á la vida la jóven hermosa
Prorumpe:—María, Madre de Jesús,
Sálvale! Y la imágen abriendo los ojos
Despide un torrente de célica luz.
Al verla Fernando, de aliento divino
Se siente bañado!.. la trampa salvó!...
Y ciego quedando de aquella luz pura
Rodó al precipicio Mohamed el feroz.

V.

CONCLUSION.

Pasaron tres años. Venciendo en Granada,
La cruz en la Alhambra clavaba Isabel,
Y el fuerte castillo de Hsz, en mercedes,
Por altas proezas donaba á un doncel.
Fernando y Estrella pisaron los muros,
Dueños del castillo del fiero Gomel;
Y aun hoy en la noche se escuchan los ayes
Que lanza la sombra del Moro Mohamed.

José M.ª Leon y Dominguez.

EL CANTO DE LOS HELENOS.

(Continuacion.)

—¿No os encontrais con ánimo de imitar al caballero de Avenel, Jorge? continuó mi abuela, vos que llevais justamente el mismo nombre?

—¿En qué torre hay que pasar la noche para ver á esa dama misteriosa? preguntó Jorge sonriendo. ¿Es jóven y hermosa? Habla del pasado ó del porvenir?

—Es jóven, sin dudarlo siquiera, añadió mi abuela. A mi edad no se oculta ninguna persona en una torre para jugar á los aparecidos. Si habla, debe hablar del porvenir, porque todos saben su pasado y ninguno se cuida de que se le recuerde ó no; pero no he estado acertada en llamarle *dama blanca*: es negra, por el contrario, absolutamente negra, como el page de Malborough, y lleva un lúgubre velo que oculta sus facciones. Se dice que reside cerca de aquí, en casa de unos pobres aldeanos, y que da, sin contarlo, oro en cambio de pan moreno.

—Mucho temo, dijo friamente mi tia, que esa desconocida sea alguna cigarra en viage.

—Es igual, exclamó Noemi, yo no voy á poder dormir ya! Pero, mirad qué pálida se puso Albina! Se encontrará mal tal vez?

Al verme objeto de la atencion general, procuré dominar mi terrible emocion. Mi abuela lo achacaba á la calor y á la debilidad de mis nervios. Hizo abrir la ventana y me obligó á respirar algunas sales. Por fin obtuve permiso para subir á mi habitacion y quedarme sola, pretestando una jaqueca y la necesidad de reposo.

Sí, sola, querida mia, bien sola en la hora de la prueba, entre esta familia, que sin embargo era la mia. Yo amaba tiernamente á mi abuela, pero la encontraba demasiado vieja, demasiado frívola para hacerla mi confidenta. Por otra parte, confiar á alguien, no era renunciar probablemente á la dicha? Entreviendo el naufragio, me asía con loco empeño á mis últimas esperanzas. Me dejaba arrastrar por la desesperacion como un niño á quien se le negase alguna cosa por la primera vez. ¡Dios no concede su santa paz á esos dolores insensatos!

Al cabo de algunas horas una idea súbita se apoderó de mi espíritu. Corrí al estuche y encontré un billete concebido en estos términos:

"Llegó el tiempo de haceros conocer la verdad. Ocultárosla ya sería una falsa compasion. Alfeo Michaëlis no se casará con vos jamás. Si se atreviese á conduciros al altar caeríais á sus piés bañada en sangre. Si os encontrais con valor para saberlo todo, venid esta noche á las ocho, sin temor alguno, á la verja del parque. Entonces vos misma sereis el único árbitro de vuestra suerte."

En el estado de exaltacion en que me hallaba, no dudé un solo instante.

—Iré, me dije, todo cuanto pueda suceder, me importa muy poco ahora!

Hay en la vida momentos decisivos en los cuales las naturalezas mas débiles adquieren una fuerza ficticia, febril, que las arroja con frecuencia delante de peligros que no serían capaces de arrostrar la víspera. Y no es, sin embargo, la firmeza ni el valor lo que las anima, sino una sobreescitacion nerviosa que produce unas veces faltas irreparables y otras actos de heroismo seguidos, por lo regular, de la inercia y del abatimiento.

Arreglé de prisa mi trage y esforzándome en hacer desaparecer hasta las huellas de mis lágrimas, bañándome el rostro con agua helada, me sentí mas tranquila y, en cierto modo, fuerte contra el dolor. Me senté á la mesa con el objeto de poder salir en seguida del castillo sin llamar la atencion. Nadie se ofreció á acompañarme, porque yo recorria sola ordinariamente todas las cercanías, y, en un dia de jaqueca, el aire es muy saludable. Las siete y media sonaban en el reloj del salon, cuando emprendí el camiuo para la terrible cita. Bien pronto, al verme aislada en aquel gran parque solitario, tuve miedo. El roce solo de mi vestido en las yerbas crecidas me espantaba; estaba tentada á huir; pero una fuerza invencible me encadenaba; determinada á jugar mi destino, queria de una vez para siempre, perderlo ó salvarlo.

En el momento en que llegaba á la verja que separa el jardin del parque exterior, un ruido de pasos me hizo extremecer. Me detuve asustada. Una voz conocida resonó á mi oido, era la de Jorge.

—Sois muy atrevida, querida prima, me dijo con acento un poco burlon, en recorrer el bosque á estas horas. ¿No temeis encontrar algunos vagabundos?

—No temo nada, os lo aseguro, respondí desconcertada del todo. Recorro este parque desde mi infancia sin encontrar jamás otros seres vivientes que los gorriones asustados.

—¿Quereis aceptar mi brazo? replicó Jorge con mas dulzura.

—No, gracias. Tengo necesidad del aire libre y sería demasiado egoista si os retuviese lejos del salon, donde, sin duda alguna, se os está esperando.

—En ninguna parte se me espera. Albina, y yo no puedo dejaros así, continuó mi primo con cierta insistencia. Además, hace mucho tiempo que busco en vano la ocasion de hablar con vos; permitidme aprovechar la que ahora se presenta. Temiendo ser interrumpido, voy á dirigiros sin preámbulos una pregunta: ¿porqué me considerais como enemigo!

—¿Como enemigo, Jorge? exclamé llena de confusion.

—Sí, como enemigo, y desde la infancia, sin que yo jamás haya podido adivinar porqué. No os disculpeis; ya sé que hay antipatías involuntarias. Me guardaria muy bien de hablaros de ello, si una circunstancia particular no me precisase á tener con vos una explicacion. Creo, prima mia, que en este momento debois desear los consejos de un amigo y vengo á deciros francamente que si teneis necesidad de algun auxilio os ofrezco el mio.

Intenté balbucear una respuesta, una justificacion, pero me fué imposible. Este ofrecimiento leal, imprevisto, habia desarmado mi orgullo.

Jorge continuó hablando así:

—No os tomeis el trabajo de revelarme un secreto que os sería muy penoso confiar. Yo hablaré por vos. Si me engañase, me desmentireis. Habeis venido aquí, prima mia, no para tomar el aire, sino para encontraros con alguna persona que quiere perderos, con una criatura indigna de acercarse á un ángel como vos! En un caso semejante, Albina, una mujer duda, tiene miedo. ¿Sabeis lo que debe hacer? Confiar su secreto á un pariente, á un amigo que se encargue de desenvolver una vil intriga que podria tal vez infamarla.

Estas palabras fueron pronunciadas con una dignidad, con un acento tan sincero, que, en el estado de aislamiento en que me encontraba me conmovieron profundamente.

—Y bien, Jorge, exclamé, estoy pronta á aceptar la proteccion con que me brindais, pero bajo una sola condicion. Esta es, que, suceda lo que quiera, jamás hareis uso de ese secreto, ni aun en interés mio, delante de mi familia. No temo ninguna otra indiscrecion de vos; esta restriccion no me es impuesta, creedlo así, por un sentimiento de desconfianza, sino porque deseo permanecer el solo árbitro de mi suerte, y no quiero, ¿lo entendeis? ser salvada á pesar mio.

—Os doy mi palabra de honor, respondió Jorge; vuestro nombre es el mio y esta garantia debe bastaros á falta de confianza. Ahora, dejadme deciros cómo he sabido vuestro secreto. Hace algunos dias, paseándome en este parque, recogí entre la yerba un billete que no tenia sello, ni direccion; lo he leido y con notable sorpresa, encontré en su contenido amenazas hechas en estilo de melodrama que no podian, segun las apariencias, dirigirse mas que á vos. Me fué muy fácil reunir los hilos de esta intriga, como se reunen los pedazos de una carta rota para sacar algun sentido de ella. La historia de la dama misteriosa vino á confirmar mis sospechas. A fuerza de observar y de preguntar supe que una mujer jóven, siempre velada y vestida de negro, se habia establecido cerca de aquí, en casa de unos pobres labradores; que no salia casi nada, pero que uno de los criados del castillo, Víctor, venia todos los dias á la cabaña y hablaba con ella largo tiempo. Este hombre me habia parecido siempre un hipócrita, indigno de la confianza de nuestra abuela. He conseguido que se le despidiese hoy mismo; en el momento de marchar corrí á su encuentro y le ofrecí pagar generosamente su franqueza si lo declaraba todo, ó denunciar su conducta á la justicia, si callaba. Obtuve una confesion completa. Me dijo que la dama en cuestion era una antigua actriz de un pequeño teatro del Bulevard, á quien él habia servido algunos años, cuando el príncipe Alfeo vivia con ella en una casa del arrabal de Saint-Honoré; que desesperada por el abandono del príncipe, habia conseguido hacerle ir á París bajo un falso pretexto para atemorizaros á su gusto y obligaros á que renunciáseis á él. Ese desdichado Víctor, me confesó temblando que él mismo fuera el que se encargara de colocar las cartas en vuestra habitacion y en todas las demás partes. Ya veis, Albina, que os he ahorrado el trabajo de hacerme una penosa confidencia. Ahora, en nombre de vuestro reposo, en nombre de nuestra comun familia, os suplico me permitais reemplazaros en esta entrevista. Cuando esa mujer vea que estais protegida, temblará á su vez y vos os hallareis al fin libre de una persecucion odiosa.

Yo estaba en tortura. Le habia dejado hablar triste y silenciosa, como una culpable ante un juez. Al fin la violencia de mis sentimientos se dejó ver.

(*Se continuará.*)

Remigio CAULA.

Explicacion del figurin iluminado.

Trage de paño de seda negro, enteramente cortado á nesgas y hecho en forma de funda. El borde inferior va guarnecido con un volante plegado de 12 centímetros de ancho; sus mangas, muy anchas y abiertas, están forradas de tafetan blanco; por debajo, mangas estrechas de paño de seda negro. Un fleco de felpilla y cuentas negras figura una berta cuadrada sobre el corpiño montante, forma una punta sobre la enagua, y guarnece todo el contorno de ella. Sombrero de tul negro con claveles encarnados.

Zagalejo de tarlatan escocés azul y blanco, á puntas por su borde inferior. Trage corto de popelina azul, recogido por ámbos lados con escarapelas azules de terciopelo. Paletot de cachemira negra, con greca hecha de cuentas negras. Sombrero de tafetan y terciopelo azul.

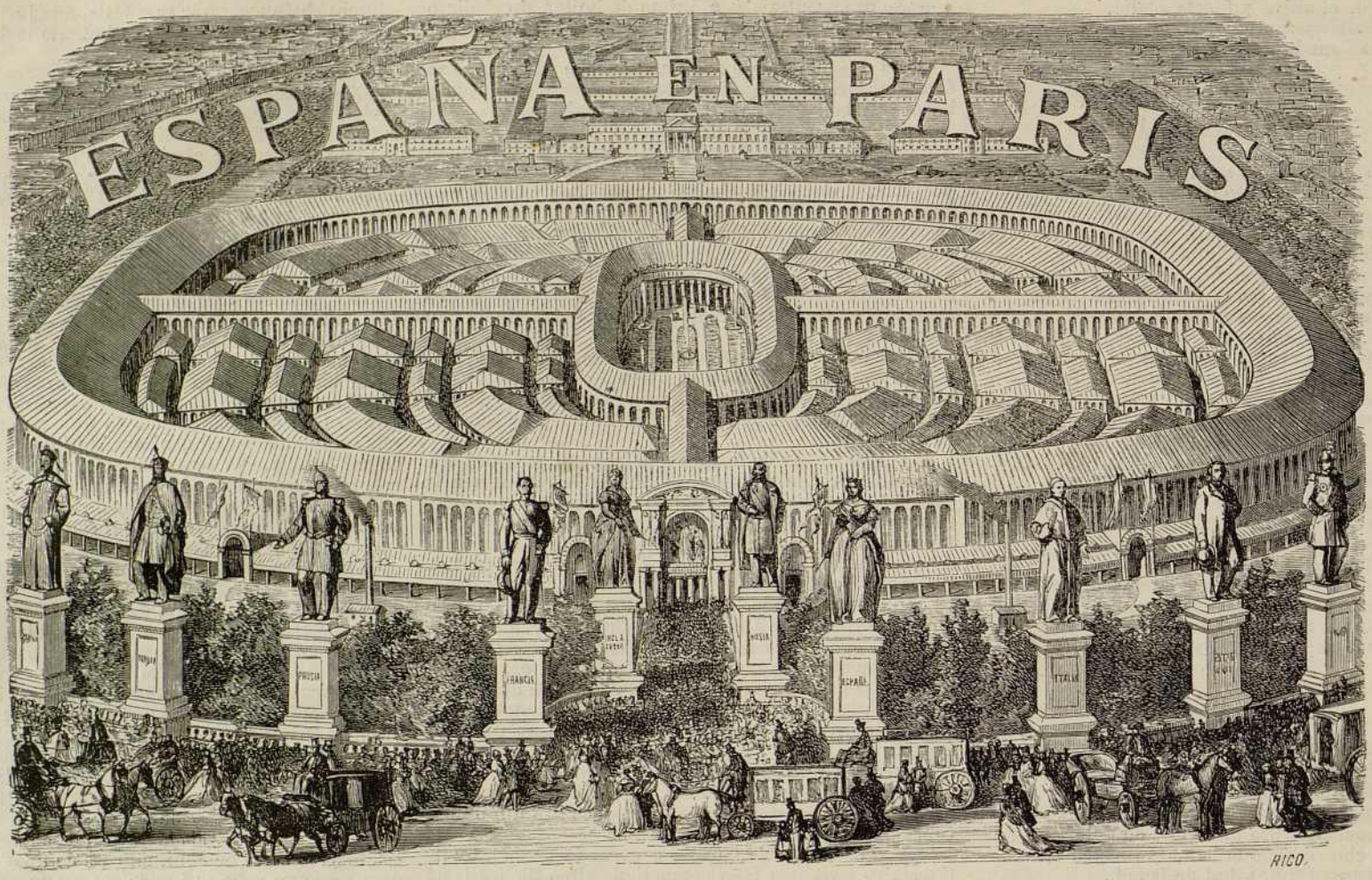
Se compran en ésta Administracion, tomos completos de La Moda Elegante de años anteriores, á precios convencionales, y segun su estado.

El Administrador.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

Cadiz. 1867.—Imp. y litografia de la revista medica á cargo de D. Federico Joly y Velasco.
Bomba, n. 1.

CASTRO Y SERRANO.



REVISTA Y CRONICA
DE LA EXPOSICION UNIVERSAL DE 1867.

El señor Castro y Serrano, el autor de España en Londres, va á publicar desde primero de Abril próximo una nueva obra con el título de España en Paris.—Refiérese naturalmente esta publicacion, al gran acontecimiento industrial y artístico que el presente año va á celebrarse en la capital de Francia.

El trabajo que aquí se anuncia tiene dos partes y satisface dos géneros de interés: la parte primera es una *Revista* que marche al compás de los sucesos de la Exposicion, y satisfaga la curiosidad de los que no pueden visitarla: la parte segunda es una *Crónica* en que, bajo el carácter de libro permanente, se consignen los progresos y conquistas del espíritu humano, desde los tiempos antihistóricos hasta el momento del concurso actual.

Esta publicacion de doble índole, aunque de objeto y tendencias uniformes, verá la luz en París por cuadernos quincenales de cuatro pliegos en gran folio, ó sean diez y seis páginas de *Revista* y treinta y dos de *Crónica*, impresas con lujo é ilustradas con grabados.

El precio, en todos los paises de Ultramar, es de cinco pesos por la obra completa, que ha de formar dos grandes volúmenes: uno de *Revista* en folio que contendrá mas de doscientas páginas, y otro de *Crónica* en cuarto mayor que hará mas de quinientas.

En la Península é Islas adyacentes pagarán los suscritores cincuenta reales por toda la obra, si abonan directamente y de una vez el precio de suscricion. Los suscritores á La Moda Elegante Ilustrada que deseen serlo de la publicacion que hoy se anuncia, pueden dirigirse á nuestra administracion, bajo las condiciones expresadas, así desde cualquier punto de la Península, como de los paises extrangeros y de Ultramar.

Los prospectos en que consta mas detallada la publicacion, lo damos á nuestros suscritores con el presente número.

Poco tendremos que añadir para encarecer esta obra. La importancia del gran objeto á que se consagra está ya produciendo un vivísimo interés en todo el mundo civilizado, que se prepara á asistir á esta exhibicion universal de la industria y del arte. Ella además encontrará un digno cronista en el distinguido escritor cuyo nombre va puesto en cabeza de este anuncio; ese nombre es ya para toda España una garantía segura del mérito de la *Revista* y de la *Crónica* que nos promete.

Los suscritores á *La Moda Elegante Ilustrada*, en las Américas, podrán obtener la obra dirigiendo sus pedidos á los Agentes de la referida *Moda Elegante*, previo el abono de pfs. 5 que marca el prospecto, pues al efecto estamos en relaciones directas con el editor propietario de tan interesante publicacion.

AÑO XXVI.

LA MODA ELEGANTE
PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 11.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs... Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs...Seis meses,65...Tres meses, 35... Un mes, 12.

Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs....Seis meses, 42... Tres meses, 22...Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

PROPIETARIO Don Abelardo de Cárlos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes.... Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Libreria de Don C. Bailly-Bailliere, plaza del Principe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tánago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux.
PARIS, Mr. Fermin Didot frères, rue Jacob, 56.

Sumario.—Trage-funda de raso negro.—Esclavina-manteleta para señora de edad.—Paletot de paño negro.— Chaqueta ajustada para señora y señoritas.—Chaleco pespunteado para caballero.— Blusa para niño de 5 á 7 años.—Botin para señora. — Zagalejo de franela para niña.— Botin para niño.—Babadero con cinturon.— Tirantes de chaleco para jovencito. —Berta con cabos.—Corpiño montante.— Corpiño-péplum.— Chaqueta para jovencito. — Corpiño montante para niña. — Capuchon con collar.—Gorra para viage.—Cuellos y puños.—Cuatro vestidos para muñecas.—Grabado de modas.—Proverbios ejemplares. — Tu ventana.—Un clavo saca otro clavo. —Mi anillo.—El canto de los Helenos. —Explicacion del figurin iluminado.—Problemas de ajedrez.

TRAGE-FUNDA DE RASO NEGRO. VESTIDO PARA TEATRO.

Trage-funda de raso negro.

VESTIDO PARA TEATRO.

Este trage, de escote cuadrado, va adornado de arriba abajo con gruesos botones de pasamanería negros; los contornos se orlan con un galon de cuentas, tambien negro, que tenga 4 centímetros de ancho, guarnecido por un lado con cuentas gruesas redondas negras, y por el otro con cascabelillos de azabache.— Camiseta montante bullonada de gasa lisa blanca ó tul blanco, con entredoses puestos sobre una cinta de terciopelo negro; esta camiseta se hace tambien con frecuencia de tul y entredoses negros.— Mangas largas iguales á la camiseta. Sombreros de encage negro con flores de terciopelo púrpura. La manga, *de la edad media*, es de raso negro, y se forra de raso blanco.

Este trage puede hacerse de cualquier tela de seda, del color que se quiera, y lo mismo sirve para teatro que para convite.

Paletot de paño negro.

Los contornos de este paletot se orlan con una tira de gro negro de un cent. de ancho poco mas ó menos, sobre la que corre una costura pespunteada, hecha con seda negra. Se podria aumentar la elegancia de este objeto haciéndolo de paño-terciopelo blanco, orlado de tafetan azul y con una costura pespunteada de seda azul. En este caso, los botones serán blancos de nácar,—en el primer caso, estos botones han de ser negros, de gutapercha ó madera.

Esclavina-manteleta para señora de edad.

Se hace de cachemira color castaño, se algodona si lo exige la temperatura, se forra y se guarnece con un rizado recortado de tafetan, que tenga 3 cents. de ancho. El rizado se pone sobre los contornos, y se cose con una tira estrecha de tafetan negro, cortada al sesgo, que cubre las costuras de la tela, del algodonado y del forro. Por delante se ponen corchetes.

Chaqueta ajustada para señora y señorita.

Esta chaqueta está hecha de terciopelo inglés azul, y forrada de tafetan blanco. Ningun inconveniente hay en suprimir el forro, haciéndola de paño en vez de terciopelo. Un cordon grueso torcido, del color mismo de la chaqueta, orla sus contornos.— Los botones son blancos, de nácar. La manga se guarnece siguiendo las indicaciones del dibujo.

Chaleco pespunteado para caballero.

Nuestro modelo es de gró negro, forrado de franela encarnada, y pespunteado á rombos con seda negra ó encarnada. Los botones, negros y planos, son de gutapercha.

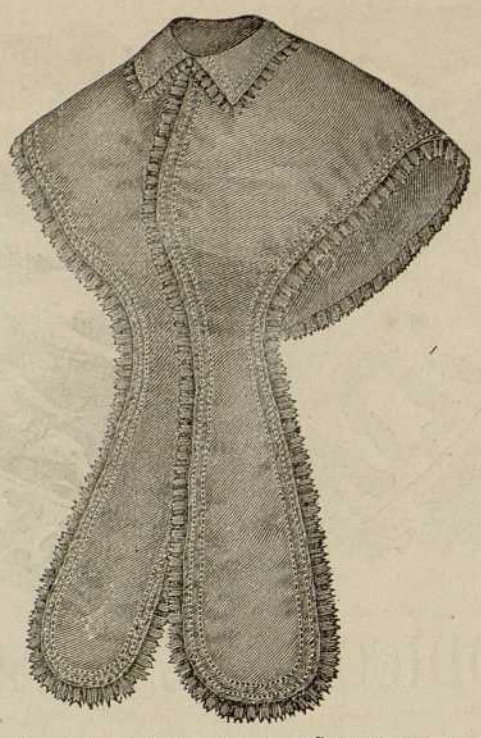
Blusa para niño de 5 á 7 años.

Este modelo está hecho de tartan escocés, á cuadros negros, azules y verdes, forrado de percalina gris; un galon negro de lana forma el ribete de la blusa; botones negros, planos, de madera, la cierran por delante, y sirven de adorno á las mangas. El cinturon es de correa.

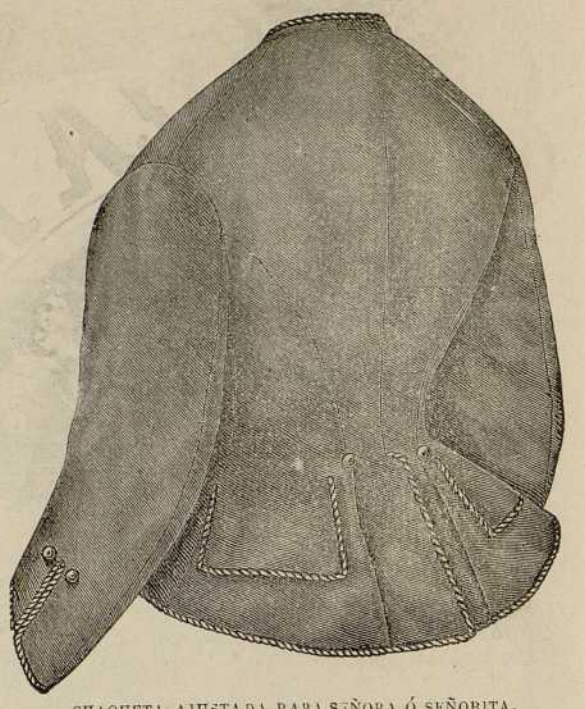
Botin para señora.

Este botin, que cubre la rodilla, es de paño negro ligero, y se guarnece con una tira de astracan. Se le cierra con botones negros pequeños y ojales de presilla, hechos de cordon elástico. El contorno se orla con un galon negro, que sirve al mismo tiempo de jareta, por la que se pasa un cordon elástico de 20 cents. de largo. Se fijan los botones y los ojales, luego la tira de astracan en el borde inferior y en los dos lados de la costura de detrás. Por debajo se pone una tira de charol de 6 cents. de ancho y 7 de largo por detrás y 9 de largo por delante.

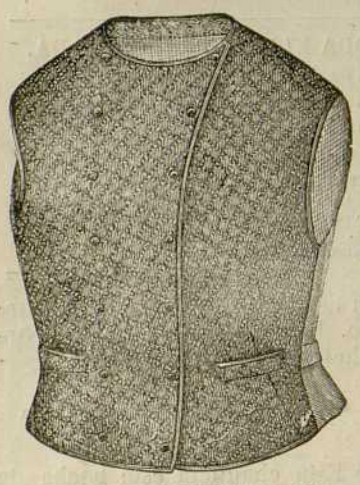
PALETOT DE PAÑO.



ESCLAVINA-MANTELETA PARA SEÑORA DE EDAD.



CHAQUETA AJUSTADA PARA SEÑORA Ó SEÑORITA.



CHALECO PESPUNTEADO PARA CABALLERO.

Zagalejo de franela para niña de 1 á 3 años.

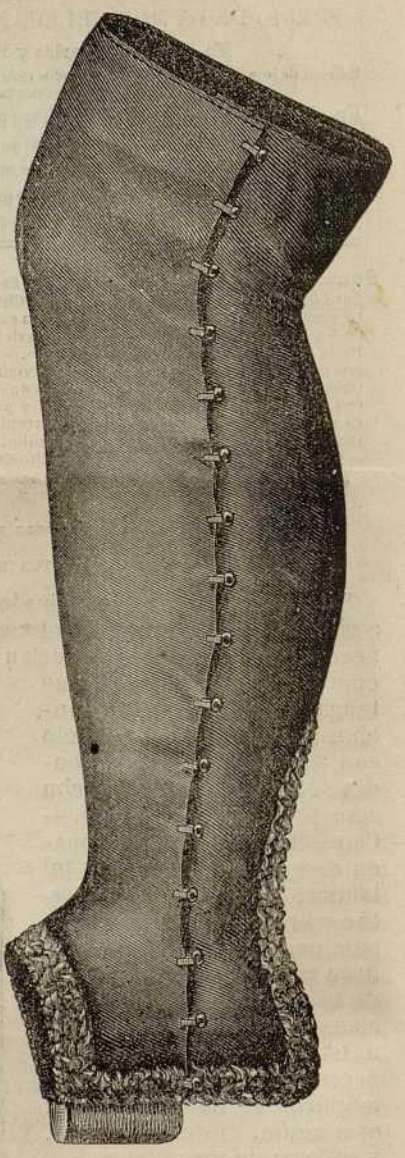
El corpiño de este zagalejo casi hace las veces de pequeño corsé. —Las dos mitades de la espalda terminan ámbas en presillas; la derecha pasa por la abertura de la de la izquierda, luego se atan uno con otro por delante los cordones que van cosidos á aquellas. Este modelo, hecho de franela blanca, lleva por adorno un *punto de espina*, ejecutado con lana encarnada. La enagua tiene 1 metro y 20 cents. de ancho, por 35 de cents. de alto, y además un dobladillo de 6 centímetros y medio, vuelto hácia afuera y fijado por *puntos de espina*. Este mismo punto forma el adorno del corpiño. Los cordones en que terminan las presillas tienen 34 cents. de largo, y son de lana.

BLUSA PARA NIÑO DE 5 A 7 AÑOS.

tones se reunen por medio de ojales-presillas de seda gris, que terminan por borlas. El borde inferior se guarnece con una tira de cachemira, forrada, cortada al sesgo, que tenga 4 cents. de ancho.

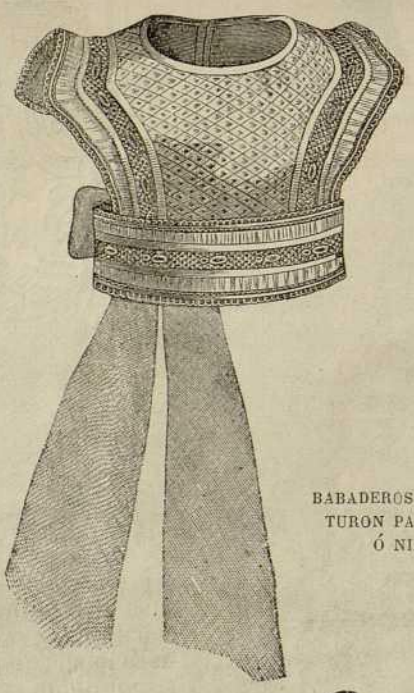
Babadero con cinturon para niño ó niña.

El babadero es de piqué blanco, guarnecido con un entredos de guipur, que tenga 2 cents. de ancho, y una tira de muselina de cent. y medio, orlada por un dobladillo calado y de *frivolité*. Se orlan los contornos del babadero (excepto su borde inferior) con una tira de muselina, luego con el entredos; este á su vez está orlado con una tira de muselina á la que se cose la guarnicion arriba indicada, la cual se pliega un poco en sus esquinas, mientras se la *sostiene* solamente en las demás partes; por detrás se ponen botones pequeños, y se hacen ojales. — El cinturon se forma con un entredos de 47 cents. de largo, rodeado por una tira de muselina, luego por la guarnicion, á los lados transversales del cinturon se cosen dos cabos de muselina, cada uno de 35 cents. de largo y 6 de ancho.



BOTIN PARA SEÑORA.

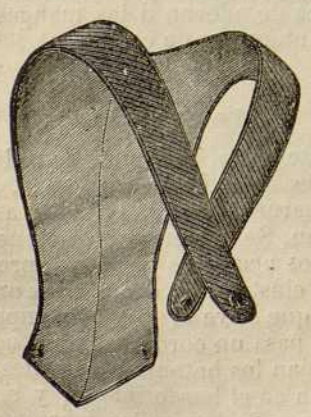
BOTIN PARA NIÑO DE 5 A 7 AÑOS.



BABADEROS CON CINTURON PARA NIÑO Ó NIÑA.

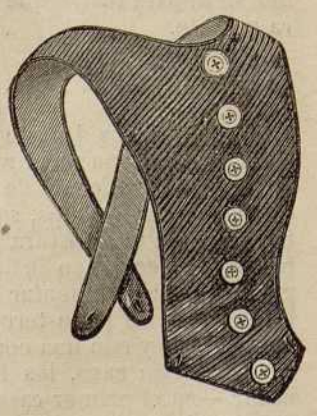
Botin para niño de 5 á 7 años.

Se hace de cachemira gris hierro, forrado de percalina gris; no hay inconveniente en que se haga de paño. Se pespuntea el botin con seda negra y se le ponen botones negros ó blancos de nácar. En la vuelta que forma campana los bo-

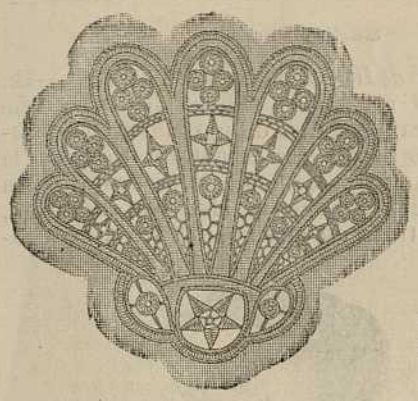


TIRANTES PARA CHALECO (VISTO POR DETRAS).

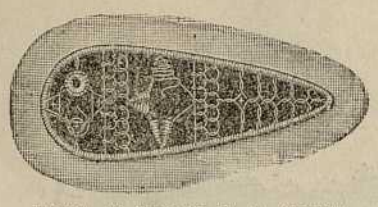
ZAGALEJO DE FRANELA PARA NIÑA DE 1 A 3 AÑOS.



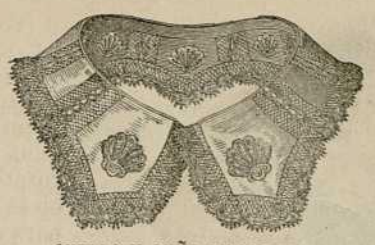
TIRANTES PARA CHALECO (VISTOS POR DELANTE).



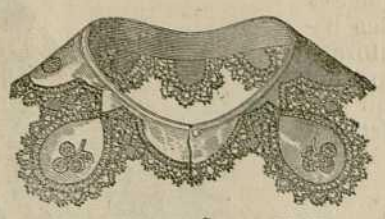
CONCHA DEL CUELLO DE LIENZO (TAMAÑO NATURAL).



PUNTA DE ENCAGE DE LA CONCHA (MAYOR QUE EL NATURAL).

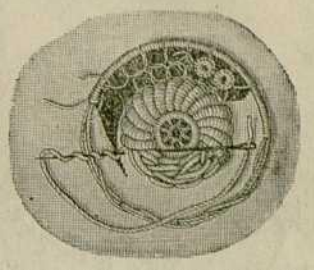


CUELLO Y PUÑO DE LIENZO CON ENTREDOSES DE ENCAGE Y RICO BORDADO.



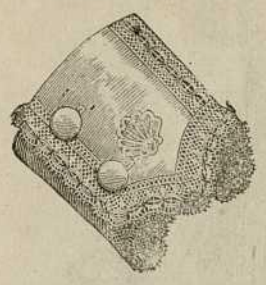
CUELLO Y PUÑO DE LIENZO CON GUIPUR Y RICO BORDADO.

BORDADO DEL CUELLO.



EJECUCION DEL BORDADO DEL CUELLO.

Tirantes de chaleco para jovencito.

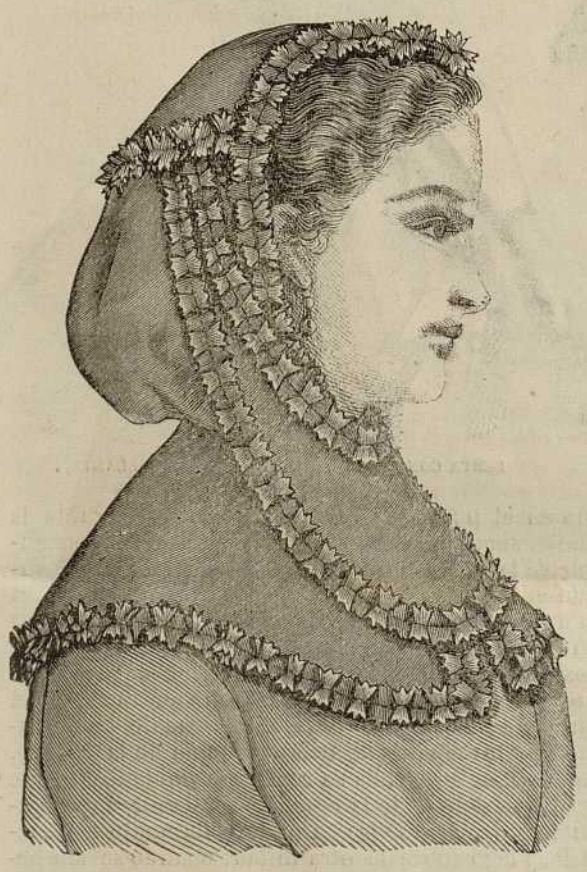


Este chaleco puede hacerse de franela y llevarse debajo de otro chaleco comun ó tambien puede reemplazar á este. El presente modelo, hecho de paño negro, se forra de percalina, y hasta suele llevar, si es el tiempo muy frio, otro forro de franela encarnada; en su parte media se le ponen botones de azabache; la tela y el forro se reunen por medio de una cinta de tafetan negro de 2 cents. de ancho, que ribetea todos sus contornos. En el extremo de los tirantes se hacen los ojales que el dibujo muestra.

Berta con cabos.

Los elementos de que se compone esta berta son tul blanco de seda, blonda ancha y estrecha, raso color cereza, y cuentas que sean blancas. En el hombro, se pone un bullonado hecho con una tira de tul de 45 cents. de largo y 14 de ancho; los bordes á puntas van cubiertos, por el derecho, con una tira de tafetan de cent. y medio de ancho, que se dobla, á fin de reducirla á un tercio de cent., y se adorna de trecho en trecho con cuentas blancas; debajo del borde á puntas así guarnecido, se pone recta una tira de un cent. de ancho; tiras de tafetan semejantes á la descrita arriba, se fijan en la espalda y el delantero, y en este se cubren con una estrecha blonda.

Cada uno de los cabos anchos se hace de tul rígido de 30 cents. de largo, 3 de ancho por arriba, y 12 en su borde inferior, que se corta en triángulo; este tul rígido se cubre con tul de seda plegado, cuyos contornos se cubren con una blonda; se fijan los cabos en la parte inferior de la espalda, luego se los rodea, asi como al borde inferior de lo berta, con una blonda de 5 cents. de ancho, ligeramente sostenida, realzada en los hombros por una tira de tul de 2 cents. de ancho; la costura de esta blonda se cubre en los cabos con una tira de tafetan cortado al sesgo y adornada con cuentas, en la berta, se cubre la costura con un rizado de tafetan recortado, hecho con una tira de 3 cents. de ancho. Por debajo del medio de la berta, entre las tiras de tafetan, se recorta el tul rígido; otro tanto se hace por debajo del tul plegado de los cabos. Para mas pormenores véase el dibujo.



CAPUCHON CON COLLAR.

Corpiño montante.

El trage es de popelina de lana á listas negras y color violeta, sin otra guarnicion que un cordon torcido y grueso negro que orla el trage y los contornos del corpiño. Debajo de las costuras de los costados y debajo de las nesgas se ponen ballenas; el escote se orla con un vivo.

Corpiño-péplum.

El trage es de paño de seda violeta, sin guarnicion; el corpiño-*péplum* va orlado con una tira de la misma tela cortada al sesgo, y sobre ella unos buclecillos de trencilla negra; por el otro lado, la tira se guarnece con un fleco de cascabelillos.—Para mas pormenores véase el dibujo.

GORRA PARA VIAGE Ó PARA EL CAMPO.

CUATRO VESTIDOS DE MUÑECAS.

Chaqueta para jovencito de 10 á 12 años.

Esta chaqueta se hace de paño chiné color castaño; una simple costura pespunteada, hecha con torzal negro de seda, orla todos los contornos.

El escote está guarnecido con un vivo.

Corpiño montante para niña de 10 á 12 años.

Este corpiño, sin mangas, hecho de terciopelo inglés gris orlado de felpa blanca, se lleva con una camiseta encarnada; digamos además

que puede hacerse de cualquier tela, aunque sea igual á la del trage, y que las mangas pueden hacerse de la misma tela. Sobre todos los contornos se pone un vivo; la tira de felpa blanca que los orla tiene 2 cents. de ancho; esta se puede sustituir con terciopelo inglés de color oscuro, ó con tafetan ó popelina á cuadros escoceses.

BERTA CON CABOS ANCHOS (VISTA POR DETRAS).

Capuchon con collar.

Este capuchon va guarnecido con un collar que cubre el pecho, se asegura á un lado y hace las veces de corbata de abrigo. Se hace aquel de cachemira azul, se algodona, y se forra de tafetan blanco; los rizados son de tafetan azul, recortados; su ancho es de 4 cents., el capuchon se cierra con bridas de cinta azul.

Gorra para viage y para el campo.

Este modelo, hecho de terciopelo negro, está guarnecido de marta ó de cualquiera otra piel. Por dentro lleva un forro de tafetan negro; se orla todo con una tira estrecha de tafetan cortada al sesgo; otra tira estrecha de tafetan negro sirve de jareta, por la que se pasa una cinta elástica de 30 cents. de largo. Se fijan 2 bridas de cinta de tafetan negro, de 8 cents. de ancho.

CORPIÑO MONTANTE.

CORPIÑO-PÉPLUM.

Cuellos y puños.

Cuello y puño de lienzo con guipur y bordado.—Un dibujo especial reproduce el bordado en tamaño natural, mientras que otro dibujo indica su ejecucion en tamaño mayor que el natural. Se hace la roseta de relieve (cuyo centro está formado por un cjete relleno por una rueda), al *punto de minuta*, para el cual se traza un círculo, que se *emborra* como en el punto de *realce*; se pica en seguida la aguja, siguiendo las indicaciones del dibujo, se envuelve la hebra 9 ó 10 veces sobre la aguja, se sujeta el hilo así envuelto, con el pulgar, y se saca la aguja poco á poco, haciendo deslizar la hebra envuelta; esto forma una de las hojas *rayadas* de la roseta. Se traza el contorno exterior del círculo. luego se corta la tela que se encuentra entre el círculo exterior y la roseta, en el medio del espacio que los separa (véase la ejecucion de la roseta). Los bordes de la tela se repliegan cuidadosamente y se fijan debajo de la roseta; esta labor debe ejecutarse primero sobre la mitad solamente del círculo, luego sobre la otra mitad, cuando se han hecho los puntos de encage. Para los puntos de encage véase la explicacion del segundo cuello.

Cuello y puño de lienzo con entredoses, encages y rico bordado. — Un dibujo especial reproduce en tamaño natural una de las *conchas* bordadas que sirven de adorno; otro dibujo representa la ejecucion de los puntos de encage de esta concha, en tamaño mayor que el natural. — Respecto á estos puntos de encage diremos, que despues de haber trazado los contornos, y cortado

BERTA CON CABOS ANCHOS (VISTA POR DELANTE).

CHAQUETA PARA JOVENCITO DE 10 A 12 AÑOS.

CORPIÑO MONTANTE PARA NIÑA DE 10 A 12 AÑOS.

VESTIDO PARA NIÑO DE 7 AÑOS.

el lienzo en los sitios que deben quedar vacíos, se hace sobre los contornos un punto de cordoncillo muy apretado, luego se toma hilo de lino del número 150, y se estiende dos veces la aguja de un contorno á otro, para ejecutar las barretas en feston flojo y contrapuesto, indicadas en el dibujo que representa los puntos de encage; otras dos barretas semejantes rellenan la punta de la concha. Para las ruedas pequeñas que adornan la parte superior, se fija el hilo, sin estirarlo mucho, á cuatro puntos, luego se rellena en espiral el vacío que forma la punta entre dos hilos; los sitios que deben contener á cada una de estas ruedas van marcadas, por el lado redondeado del dibujo de los puntos de encage, por crucecitas. El espacio que se encuentra entre las dos filas de barretas se rellena con cuatro puntas de flechas, ejecutadas á punto de zurcido, copiando la disposicion del dibujo.

Cuatro vestidos para muñecas.

Muñeca vestida de aldeana. — Trage y corpiño montante de muselina blanca, adornados con cintas de raso encarnado y verde, que tengan centímetro y medio de ancho. Segundo trage, de indiana con grandes flores, recogido en el lado derecho con un lazo de cinta. Coselete de terciopelo negro, orlado y adornado con lazos de raso verde. Peto de tafetan blanco, bordado de cuentas ó lentejuelas. Capelina de terciopelo negro, bordada con un salpicado de cuentas y adornos de cintas verdes y encarnadas.

Muñeca en envoltura. — El vestido se compone de una enagua de percal y de un corpiño de nansouk, guarnecido en cada delantero con cuatro pliegues, y con un entredos de guipur de cent. y medio de ancho, forrado con una cinta de tafetan cereza. El capillo es de tul á dibujos, con lazados y lazos de cinta. El cogin sobre el que descansa la muñeca es de tafetan encarnado, cubierto de muselina blanca con entredoses bordados, guarniciones bordadas y lazos de cinta encarnada.

Muñeca vestida de baile.—Trage de doble falda, de tartan blanco, con lunares de oro. La segunda falda va recogida cuatro veces con rosas y lazos de cinta rosa. El corpiño, plegado, escotado, de manga corta, se adorna con las mismas cintas y una rosa. Cinturon atado por detrás, de cinta de 4 centímetros de ancho. En el cabello, rosas y lazos de cinta.

Muñeca en trage de calle. — Enagua de moer blanco, dentada en su borde inferior, segun las indicaciones del dibujo; estos dientes alternativamente cuadrados y puntiagudos, se ribetean de tafetan azul. El forro de la enagua es de muselina rígida, el del paletot de tafetan blanco. Enagua interior de gasa rígida, 9 cents. mas larga que la de moer, cubierta por abajo por una tira de tafetan azul de 12 cents. de ancho. Sombrero de tafetan azul, cubierto de bullonabos de tul de seda blanco, adornado con cascabelillos de cristal y flores de cerezo. Las bridas, de 5 cents. de ancho, se atan por debajo de la castaña rizada. Las tiras anchas de tul blanco, cada una de 16 cents. de ancho, se atan por debajo de la barba. Sombrilla de moer blanco, forrada de tafetan azul, y guarnecida de guipur blanco.

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Vestido de la madre de la novia.— Trage y paletot iguales, de paño de seda color de arena mojada. La guarnicion se compone de una tira de paño de seda blanco bordada con cuentas negras.—El paletot se guarnece con un encage negro. Sombrero blanco de tul bullonado, con ramas de acebo.

Hermana de la novia.—Trage de tafetan malva con listas del mismo color mas oscuro. El borde inferior está recortado en dientes de sierra, orlados con un cordon de seda; debajo de estos dientes, una tira de tafetan malva figura una enagua interior. Paletot igual al trage. Sombrero blanco de tul bullonado, con follage, y flores de cuentas blancas.

Vestido de novia.—Trage de debajo de raso blanco; trage de encima enteramente bullonado; encima del bullon inferior va un cordon de azahar. Ramillete adecuado en el cinturon y sobre cada hombro. Velo grande de tul blanco.

PROVERBIOS EJEMPLARES.

CADA CUBA HUELE AL VINO QUE TIENE.

I.

El héroe de mi historia acababa de llegar de la Habana á su pueblo, pintoresca villa de Asturias, despues de nueve años de ausencia. Era jóven, pero el sol de los trópicos le habia tostado el rostro, convirtiendo el color sano con que salió de España en color de café, y sus redondas mejillas en dos arrugadas camuesas: en otros términos, su antigua cara parecia ahora un mascaron pegado al cútis.

Una mañana salió de su casa, llevando todo el baul encima: gran sombrero de jipi-japa, con honores de paraguas, levita, corbata, chaleco, pantalon, botas, y reloj con una gruesa cadena de eslabones de oro descomunales (para que se viese perfectamente), de la cual pendian multitud de dijes, una mano de coral, un pié de ébano, un chino de marfil, bailando, un toro del metal que la cadena, y si no añadió una plaza, buenas ganas se le pasaron; y todo nuevo, flamante, resplandeciente, causando una dentera horrible á sus convecinos que, con la boca abierta, contemplaban su empaque soberbio y su imperial magnificencia. Decian unos:

—Anda, hijo, qué hueco va! Habrá que ensanchar las calles para que pase su señoría!

Exclamamaban otros, que no habian sabido su llegada:

—Calla! ¿No es Ciriaco Salido, el hijo del tio Cleto el lechuzo?

Llamaban *lechuzo* al tio Cleto (que en paz descanse), porque, viviendo, habia sido sacristan, y malas lenguas le atribuian la ciega aficion á chupar aceite, que se atribuye á aquella ave nocturna; por cuya causa los dos vasos de vidrio verdoso que delante del Santo Cristo de la iglesia, debian arder constantemente, ó estaban siempre agonizando, ó apagados tambien constantemente.

Sucedióle Ciriaco en sus funciones, y no hay noticia de que dejase de honrar la fama de su padre. Cabo de vela que caia en sus garras, no volvian á verlo mas los altares; la provision del vino para la misa habia que renovarla mas á menudo de lo que debia esperarse; el cepillo de las ánimas se dijo que habia sufrido varios embites de sus manos pecadoras: finalmente, para dar una idea de la altura de sus conocimientos en el latin con que ayudaba á misa, ó del escrúpulo con que pronunciaba las palabras del ritual, basta saber que así que abria la boca para contestar al oficiante, le entraban á este mortales trasudores. Con todo, no produciéndole sus industrias y su reconocida aptitud en el desempeño del sacristanazgo lo suficiente para vivir, un dia en que estaba limpiando la iglesia arrojó el plumero, y dijo: «¡A pasar *el charco!*» y lo pasó.

Ciriaco Salido, pues, en efecto, este era su nombre, atravesó, sin hacer caso de hablillas, por medio de los curiosos que, ya en la calle misma, ya desde las puertas de sus casas, lo vieron dirigirse á la de un hidalgo que no á muchos pasos moraba, y que le habia convidado á comer.

El hidalgo, viudo, padre de una bella jóven, delicada como una sensitiva, era hombre apreciabilísimo, pero no tenia un maravedí (cosa mala en estos tiempos y en todos) y afligíale en extremo la idea de que, si Dios no mejoraba sus horas, ó habia de entregar la mano de su Cármen á un palurdo cualquiera, ó sin remedio se quedaba esta para vestir imágenes. Tal era el estado de su fortuna, cuando Ciriaco tornó á los patrios lares, en situacion muy distinta de la del *Hijo pródigo*, puesto que traia llenos de oro los bolsillos, mientras que el de la parábola del Evangelio habia vuelto lleno de hambre y de andrajos.

Ciriaco, tosco de por sí, habia ido adquiriendo en América, á medida que su riqueza aumentaba, ciertos hábitos de brutal osadía y despotismo, que ni un bajá de tres colas; pero el hidalgo, que aun no le conocia á fondo, se vió en la noche de su llegada sorprendido por Ciriaco, á las primeras de cambio, con una peticion en regla de la mano de Cármen, y la peticion no era para echarla en saco roto, sin meditarla.

Cármen, con esa mirada perspicaz, segura de las mujeres de organizacion y sentimiento exquisitos, sin mas que verlo entrar, chupando un veguero enorme, en la habitacion donde ella estaba haciendo labor, leyó todo lo que habia dentro de apuel libro tan estupendamente encuadernado, y murmuró:

—No me gusta.

No se paró Ciriaco en semejantes lecturas ni perfiles, y si se paró y le asaltaron dudas relativamente á la correspondencia de la muchacha, diria tambien para sí:

—Tengo dinero!

Y dinero, en un diccionario particular, significaba memoria, entendimiento, voluntad, virtud, hermosura, gentileza, modales, valor, importancia y mil cosas mas.

Sin embargo, como Cármen le gustaba de veras, como lo mismo fué verla, á orillas del mar, por cierto, en la tarde siguiente á su llegada, el travieso Cupido le habia tomado por sorpresa el corazon, quiso apurar todos los medios de galantería para hacer necesario su amor á la chica é irreemplazable por el amor de ningun otro mortal. No podia exigírsele mayor sacrificio.

II.

Antes de todo, conviene advertir que el hidalgo habia recibido una carta de un amigo suyo, residente en la Habana, cuyo amigo debia algunos favores á Ciriaco, á quien, por tanto, miraba con el afecto, siempre miope, de la gratitud. Hé aquí el contenido de la carta:

"Señor don Zacarías Lopez Agudo:—Muy señor mio y dueño: el dador de esta, don Ciriaco Salido, regresa á España con el objeto de vivir entre los suyos y descansar de las fatigas que le ha costado crearse el capital respetable que lleva, fruto de especulaciones comerciales y de una honradez sin tacha. Es natural de esa villa, persona de excelentes prendas y fino trato, por lo cual deseo le admita entre sus relaciones, dispensándole la amable acogida con que V. siempre me favoreció á mí, seguro de que en ello recibirá singular merced su amigo affmo. y s. s. q. b. s. m.

PEDRO NOGALES."

—Felices, don Zacarías! A los piés de V., señorita! exclamó Ciriaco, no bien pisó las baldosas de la habitacion, arrellanándose inmediatamente en una silla y cruzando una pierna sobre otra.

—Felices! dijo Cármen sonriéndose.

—Felices, Salido! repitió el hidalgo, que medio se habia levantado para saludarlo.

En seguida le preguntó:

—Qué tal? ¿Vamos descansando de las fatigas del...

—Qué es ir descansando? El que tiene dinero no se cansa, don Zacarías, porque lo mismo en mar que en tierra, aflojando el bolsillo lo que sobra es comodidad. Un buen vapor, una cámara de primera, y un par de criados para que sirvan y cuiden al individuo, allanan todas las dificultades.

—No obstante, en una travesía tan larga el mar puede alboro...

Ciriaco le cortó la palabra, pues, entre otras gracias, poseia la de interrumpir á menudo al que le hablaba.

—Qué mar!—saltó, lanzando una densa bocanada de humo, que hizo llorar á sus interlocutores.—¡Qué mar, ni qué ocho cuartos! Nada de mar ni de travesías largas; no las temo. ¡Vengan rayos! ¡Vengan tempestades! ¿Hay mosca?... Pues basta.

El hidalgo no sabia lo que le pasaba. Por una parte, atribuia á natural franqueza é inofensivo desenfado de su comensal su manera de producirse; figurábase, por otra, que dependian de una falta completa de educacion tan extraños alardes. Inclináronle, por fin, á lo primero su carácter débil, su buena pasta y la opinion que de Ciriaco tenia una persona tan distinguida y formal como su amigo Nogales.

Distraidos el hidalgo y su hija, aquel en los pensamientos que acabo de manifestar, y esta en recoger su labor, levantaron de repente los ojos, en que se veia retratada una grande inquietud, y aun Cármen gritó:

—Jesus!

El susto era producido por el derrumbamiento de la humanidad del indiano, quien, al recostarse contra la silla, habia roto el respaldo y dado consigo en tierra.

Acudieron presurosos el anciano y su hija para ayudarlo á levantarse. Don Zacarías dijo:

—Se ha lastimado V.?

—No hay que alarmarse, no hay que alarmarse, no es nada; quien se ha lastimado es la silla; habrá que mandarla al cuartel de inválidos y sustituirla con otra de mas aguante. Ya vendrá el reemplazo. ¿He roto una silla? Pues á silla rota, butaca nueva. Yo soy así.

—Vaya, vaya, Salido, no hay que pensar en...

—No admito argumentos, señor don Zacarías; conque... punto en boca, y si no, me enfado.

Todo lo que decia y todo lo que hacia el indiano, figurábasele que era el *summum* de la cortesanía y un medio seguro de conquistar al hidalgo que, en este punto, como persona bien nacida y hecho á vivir en Madrid en dias prósperos, no dejaba de ser escrupuloso y mirado.

—Voy á ingresar—pensaba Ciriaco—en una familia de noble alcurnia, y es preciso hacerse digno de esta distincion. Don Zacarías es pobre, va á gastarse lo que no tiene en obsequiarme, y no es justo que á este perjuicio se agreguen otros, como el de la silla rota.

En cuanto á lo demás, descansaba tranquilo. Aquel penetrante *¡Jesus!* pronunciado por Cármen, era indicio harto expresivo, en su concepto, de que le amaba con una pasion frenética. El no insistir don Zacarías en que se dejase de reemplazar el mueble roto, claramente demostraba tambien que en su interior le agradecia su oferta; aunque, bien considerado el asunto, mal hubiera podido insistir el hidalgo en su negativa, habiéndole interrumpido él, como de costumbre, sin darle tiempo para acabar de formularla.

En esto, llegó la hora de comer, y pasaron á otra habitacion, adelantándose el indiano con aquella peregrina llaneza que tanto habia hecho pensar al hidalgo.

En el corazon de Cármen cayó entonces una semilla, que fué germinando durante la comida, y que habia de dar pronto hermosísimos frutos.

III.

Hacia un calor sofocante, y aunque el comedor estaba en lo mas fresco de la casa, el aire de fuera colándose por puertas y ventanas, apenas podia respirarse.

En un huertecillo inmediato las cigarras se deshacian á chirriar sobre las copas de los árboles y las hojas de las plantas, anunciando por medio de este ágrio concierto, con tanta exactitud como un cronómetro de Losada, que el sol habia llegado al cénit, á aquel punto del cielo desde el cual los rayos, cayendo perpendicularmente sobre la tierra son capaces de asar los pájaros.

Bien por la referida causa, bien por otra, el huésped ya en el comedor, antes de tomar asiento, despojóse de la levita, despechugóse lanzando fieros resoplidos, y con el pañuelo se enjugó la cara, el cuello y el pecho, por donde gruesas gotas de sudor le corrian. Verificada esta operacion, se introdujo entre la camisa y la carne la punta de una servilleta, y servida la sopa, comenzó á engullir con tal rapidez que, cuando el hidalgo y su hija aun no llegaban á la mitad, ya habia él despachado.

—Vamos, otra cucharadita, Salido! exclamó el anciano. Mire V. que está muy...

—Perdone V., don Zacarías, he tomado bastante. ¿Quién ha sido la cocinera?

—Mi hija.

—Se le da á V. la enhorabuena, Carmencita. Sin embargo, el dia en que Vds. gusten honrar mi choza, han de probar una que se chupen los dedos. No hay quien eche la pata á mi criado Pepe en esto de poner una comida.

Esto dicho, dióse un rascon de padre y muy señor mio en la cabeza, sin duda para animarse, y exclamó impertérrito.

—Ya que estamos los tres solos, quisiera que terminásemos el asunto que tenemos pendiente, señor don Zacarías. Yo pretendo la mano de Carmencita, segun V. sabe, y en la seguridad de que V. ha de concedérmela, he formado un plan de vida que someto á su aprobacion.

—Hablaremos despues de este asunto—observó el hidalgo, sonriéndose—digo, si á V. le parece, pues no es puñalada de pícaro. Además, he de consultarlo primeramente con...

—¡Pero hombre, si yo doy por realizada la consulta, Principiemos por V., pues como dice el catecismo de la doctrina cristiana, los mayores en edad, dignidad y gobierno. Usted, señor don Zacarías, ni por sus años, ni por sus achaques se encuentra ya en estado de trabajar mucho, ni yo lo consentiria; ¡no faltaba más! Así, pues, quiera V. ó no quiera, lo tendremos en nuestra compañía, obligándome yo á mantenerlo y vestirlo, sin otra condicion que la de que corra con mi escritorio, así como por via de recreo: de esta suerte matamos dos pájaros de un tiro, es decir, evitamos á V. el fastidio que la ociosidad engendra y ahorramos el sueldo que tendríamos que señalar á dos ó tres dependientes, sobre los cuales habria que estar siempre ojo avizor. ¿Qué tal, eh? Yo soy así; siempre campechano. Que viene un dia en que el reuma le incomoda á V.!... á la cama con el cuerpo, y á sudar: con aplicarse despues un poco mas, se recobra el tiempo perdido y así nunca hay cuentas atrasadas. Un sabio ha dicho que el trabajo corrobora y ayuda á la digestion.

El magnífico proyecto del orador no fué acogido, al parecer, con el entusiasmo que él quizá se habria figurado; pero tampoco observó este señales de lo contrario. Llevóse, pues, á la boca, tal vez para fortalecer su elocuencia, un vaso de vino, cuyos bordes quedaron festoneados de grasa. No contento con esto, levantóse, tomó la pipa, la limpió, metió en ella un gran veguero, encendiólo y ahumó á don Zacarías y á su hija, como si fuesen jamones puestos á curar bajo una chimenea.

Lo mismo era servir un nuevo plato la doméstica, Salido acometia, tenedor en mano, las tajadas mas valientes, y luego rebañaba con maravillosa agilidad, amenizando la limpieza con chistes por el estilo de este: "mas vale dar una vuelta por aquí, que por la plaza;" chistes que él creia inocentemente que demostraban una familiaridad amable y admitida y una agudeza de buen género. Ciriaco estaba en sus glorias, el hidalgo en el limbo aun, y Cármen pasando las penas del purgatorio.

—Y hablando ahora de Carmencita—exclamó Salido, reanudando el hilo de su plan, al cabo de algunos minutos—prometo á V. que ha de darse la vida y el trato de una emperatriz de buena mañana, que será en invierno á las seis y en verano al rayar el dia, abandona la cama, porque la cama consume, ya se sabe; y con cuatro vueltas que ella dé por la casa, observando siempre á los criados para que no se estén brazo sobre brazo, lo deja todo arregladito. Almorzamos como unos príncipes, pues lo primero es lo primero, y luego se entretiene en planchar, coser, repasar la ropa, echar un vistazo á la cocina, y aun si quiere lavar algo ó dar una escobada, puede hacerlo, nadie se lo impedirá, en fin, quien dice esto, dice otra cosa; yo en esto no entro ni salgo. A las doce comemos; y en las horas que restan hasta la caida de la tarde, vuelve á coser ó borda, con lo cual, así, insensiblemente, en poco tiempo y trasnochando, si es caso, alguna que otra vez, se encuentra un trabajo concluido, con cuyo producto y el de los que emprenda mas adelante, se va formando un ahorro, para alfileres: yo, por mi parte, no pienso aprovecharme ni de un céntimo siquiera. Así he ido yo haciendo mi capital, y no me arrepiento de mi conducta. Si Dios nos da familia, quiere decir que con arrimar Carmencita un poco mas el hombro, todo se lo encontrará hecho naturalmente. Por supuesto, que antes de venir la noche salimos á tomar el fresco, en amor y compañía; nos sentamos á la orilla del mar á ver el movimiento de las olas, ó si es invierno jugamos en casa al solitario, al mus, á la brisca... ¡Yo soy así! Carmencita, antes que se me olvide, prepárese V. á recibir una cadena de oro y unos pendientes de diamantes: mi regalo de boda.

Esta salida de Ciriaco, digna corona de su discurso, hizo quedarse á su presunta novia casi lela de asombro, de un asombro que expresaba enojo y lástima al par.

Él lo interpretó favorablemente y dijo para sus adentros:

—Qué ojo abre!

IV.

Pasaron la tarde hablando de diferentes cosas, y siempre Ciriaco descubriendo la hilaza. Cuanto mas atento se proponia mostrarse, tanto mas lo echaba á perder. Su humilde procedencia, su falta completa de educacion, la sociedad ordinaria que habia frecuentado en la Habana y hasta su oficio de figonero, base y orígen de su fortuna en la perla de las Antillas, se revelaban en todas sus palabras y en todos sus actos, aunque se matase á disimularlo. Era generoso, pero á su manera; así es, que sus rasgos de desprendimiento, que á los ojos de cierta clase de personas indicaban un corazon excelente, á los ojos de otras parecian ofensas.

Al oscurecer salieron de casa, dirigiéndose á un cafetin que en el pueblo habia, donde el hidalgo convidó á refrescar á su huésped. Durante el camino, Salido habló á su novia de sus perros, de sus caballos, de la buena vida que se daba etc. ¡Qué ramillete de flores para ofrecido á una dama!

Como á la mitad del camino, atisbó Ciriaco á uno de sus criados, y mandándole por señas que se aproximase á ellos, cuando lo tuvo cerca de sí, le dijo en voz baja:

—Corre á casa, coge las dos butacas de gutta-percha y entrégaselas de mi parte á la criada de don Zacarías.

El criado partió como un rayo.

Entraron en el cafetin don Zacarías, Cármen y el indiano, y los sirvieron leche amerengada. Ciriaco, al mirar el vaso de Cármen hizo un malicioso guiño á la moza que se lo habia servido, y exclamó:

—Te veo, ciudadana!

La moza, no comprendiendo la indirecta, le preguntó:

—Se le ofrecia á V. alguna cosa?

—No! quiá! Digo no mas, que te veo, besugo. Díle de mi parte á tu amo, que otra vez mande poner copete á la leche; que el vaso de esta señorita está ras con ras, como la palma de la mano. ¡El que á mí me la pegue, tiene que nacer!

La moza se retiró de allí colorada como el carmin. El

indiano, siempre galante, fué quitando el copete de su vaso, y coronó con él el vaso de su futura, que no pudo contener la risa. Salido creyó que celebraba sus dichos y que le estaba agradecida por haberla aumentado la racion. La leche que habia caido en su plato, se la echó al coleto, y le supo á gloria.

Cuando se trató de pagar, ni por Dios ni por los santos pudo conseguir don Zacarías que le permitiese hacerlo, como estaba en el órden. Ciriaco le disputó á voces el derecho, fundándose en que puesto que el hidalgo le habia convidado á comer, á él le tocaba pagar el refresco; que aun así el hidalgo salia ganancioso, y que si aun le quedaban dudas á este, él llamaria á un tercero, para que dirimiese la contienda. Con la moza estaba muy quemado; así es, que despues de repetirla "te veo, besugo," le dió de propina... las buenas noches.

V.

Apesar de sus instancias, no pudo lograr el indiano que don Zacarías le diese una contestacion definitiva en lo de la boda; manifestándole solo que necesitaba conferenciar préviamente con su hija.

La respuesta de Cármen no era dudosa: la semilla que comenzó á germinar en su corazon durante la comida, habia echado tallos, hojas, y unas flores azafranadas cuyos pétalos cayeron marchitos, apuntando, en su lugar, unas calabazas que prometian ser mayúsculas.

—Con qué cara se lo digo yo? exclamó el débil hidalgo, viendo la resolucion de su hija.

—Escríbale V. Yo no me caso con un hombre que en cada fineza que cree decir y en cada favor que cree hacer nos agravia y nos avergüenza. ¿Le parece á V. que está fino aquello de que nadie echa la pata á su criado en cosas de cocina, y seguidamente de romper una silla mandarnos dos butacas, y referirlo despues á todo el mundo para satisfacer su ridícula vanidad? ¿Pues y lo del copete? Además, nunca podria yo acostumbrarme á sus palabrotas y á sus modales groseros, ni á la idea que su riqueza le ha hecho concebir de las personas que carecen de ella. El se imaginó sin duda que iba á comprarme con su oro, como quien compra un saco de café, y por eso entró en casa como en país conquistado.

—Tienes razon, hija. Mi amigo Pedro Nogales soñaba cuando me recomendó á Salido; es imposible que este hombre se haya tratado mas que con pelagatos.

—Y aun cuando hubiera vivido entre marqueses y duques, sería lo mismo, no lo dude V.

—Es cierto; eso está en la masa de la sangre. A Salido le sucede lo que á la hija de la ricacha doña Simplicia, que despues de vivir seis años en Madrid, volvió tan záfia y toscona como cuando fué allá: entró en la córte, pero la córte no entró en ella. Conque ¿te empeñas en que le escriba?

—Será lo mas acertado, ya que V. no se atreve á decírselo verbalmente.

—Pues, señor, manos á la obra!

Ya iba don Zacarías á realizar su intento, cuando entró la criada y le dió una carta de parte de Salido.

Abrióla y leyó:

"Señor don Zacarías.

Muy señor mio y apreciable amigo:—Extraño sobremanera que habiendo yo preferido á Carmencita para casarme, entre tantas y tantas como esperan solamente á que abra yo la boca para entregarme su mano, aun no haya merecido una contestacion categórica. No puedo presumir que este silencio signifique desaires á mi persona, que siempre ha sido considerada por otras bien altas. El capitan general de la Isla de Cuba me dijo un dia: "¡hola, amigo!" y un empleado en el gobierno civil de la Habana, que iba á comer á mi casa frecuentemente, y á quien nunca apuré para que me pagase lo què me adeudaba, era hombre que me ponia en las nubes, asegurando que no conocia en aquel territorio persona mas amable, ni mas cortés que yo. Creo que Vds. tampoco tendrán queja de mi comportamiento, pues por una silla que rompí, les regalé dos butacas de gutta-percha, y satisfice el gasto que hicimos en el cafetin. En cuanto al porvenir de Vds., he sido todo lo esplícito que puede ser un hombre desinteresado. Si Vds. necesitan dinero para muebles ó para comprarse ropa y poder alternar conmigo desde luego, y no se atreven á explicarse, á la menor indicacion lo tendrán: el dinero es un bálsamo que todos los males cura. En fin, hablen Vds. y sabrá á qué atenerse su amigo affmo. y s. s. q. s. m. y s. p. b.

CIRIACO SALIDO."

El bueno de don Zacarías se quedó turulato con lo que acababa de leer. A su hija no le cogió de sorpresa. El documento, no obstante, se supo andando el tiempo que lo habia redactado el maestro de escuela; que á no ser así, Dios sabe cuantos sapos y culebras mas se hubieran visto en él.

Repasada tres ó cuatro veces la carta, examinado punto por punto su contenido, y de acuerdo sobre la pena que merecia aquel delito de lesa sociedad, el hidalgo redactó la sentencia siguiente:

"Señor don Ciriaco Salido.

Muy señor mio y dueño:—Extraño, á mi vez, sobremanera, la prisa de V. para que le entregue mi hija, sin darle á uno tiempo ni para meditarlo, ni para respirar, como si mi hija fuese un costal de paja; y lo extraño tanto mas, cuanto que, segun V. manifiesta, no hay muchacha en la villa que no se esté muriendo por V. No necesitaba V. citar personas de alto rango, para probar lo mucho que ha figurado entre lo escogido de la Habana; se le conoce á V. á simple vista. Su esplendidez es tan notoria, que no hay en la villa vecino que ignore lo de las butacas y el cafetin: lo que V. quizá no sepa es, que las butacas las he regalado al hospital, para que los pobres convalecientes ó los enfermos tengan donde sentarse á gusto, y que el valor de la leche lo he dado al señor cura para que rece una misa por las benditas ánimas del purgatorio. Respecto del porvenir que V. nos reservaba, era tan lisongero que podria hacernos daño, por lo habituados que estamos á las privaciones: sin embargo, se agradece la intencion. Por lo que hace al dinero para ropa que nos permita alternar con V., andamos tan elegantes y satisfechos con la dignidad de nuestra pobreza, que no la cambiaríamos por los trages mas suntuosos. Finalmente, dice V. que el dinero es un bálsamo que todos los males cura: algo lo dudo, y la prueba es que no ha curado uno que V. padece desde la cuna y que le vende así que V. dice ó hace algo: su educacion. En vano trata V. de ocultarlo, amigo; *cada cuba huele al vino que tiene.*

De V. amigo affmo. y s. s. q. b. s. m.—*Zacarías Lopez Agudo.*

VENTURA RUIZ AGUILERA.

TU VENTANA.

Alegre es tu ventana, vida mia.

TEODORO LLORENTE.

Gallarda vid con hojas de esmeralda
Rico dosel á tu ventana ofrece,
Formando en el espacio aérea guirnalda
Que al beso de los céfiros se mece.

Su nido oculta allí la golondrina
Que alimenta tu mano cariñosa,
Desde el jardin su esencia peregrina
Te envia el lirio y la aromada rosa.

Al abrirse las puertas del oriente,
La primera sonrisa de la aurora
Vuela á besar tu nacarada frente
Que asoma á tu ventana encantadora.

Riza la luz su cabellera de oro,
Aumenta tu ventana sus hechizos.
Y las aves entonan dulce coro
Que el céfiro galan prende en tus rizos.

Me miras con amor, y te sonríes
Murmurando una frase cariñosa
Que suspira en tus labios de rubíes,
Y se esconde en mi pecho ruborosa.

Yo bebo delirante tu mirada,
La brisa ondula tus cabellos de oro,
Y al expresarse mi alma apasionada
Muero de dicha al pronunciar "¡Te adoro!"

. . . . . .

La primavera huyó. Pasó el estío;
Las hojas de la vid barren el suelo,
La brisa ahuyenta el aquilon impío,
Y las nubes se agrupan en el cielo.

La golondrina abandonó su nido,
La flor perdió su brillantez galana,
La aurora busca su color perdido...
¡Ay! es que tú no estás en la ventana!

Otra vez volverá la primavera,
Y á su nido otra vez la golondrina,
Y tornará la brisa lisongera
A la rosa su esencia peregrina.

Y la vid, mas hermosa, mas risueña,
Formará otra grirnalda mas lozana
Para velar la frente de su dueña,
Si su dueña se asoma á la ventana.

La aurora tornará con sus celages,
Y la luz de tus ojos seductores
Colorará de nácar los ropages
Del Angel del rocío y de las flores.

Todo renacerá: todo mas bello
Te ofrecerá ilusiones y ventura,
Y yo que de tu dicha fuí destello
Apuraré entre tanto mi amargura.

. . . . . .

Tú la muerte me das; el desencanto.
Si mi alma rompe la prision humana,
Del cielo verteré mi triste llanto
Que el rocío será de tu ventana.

ANTONINO CHOCOMELI CODINA.

UN CLAVO SACA OTRO CLAVO.

DOLORA.

A mi querido amigo Cárlos España.

Te amé, Julia, y tú me amaste;
mi dicha en tu amor cifré,
pero, ingrata, me olvidaste
y yo ¡es claro! te olvidé.
Julia bella,
de igual modo nos pagamos;
de hoy mas ya no habrá querella
pues ambos nos engañamos.
Tú procura
encontrar un nuevo amante,
que es locura
el estar un dia *vacante.*
Busca, niña, otro amador
de tus caprichos esclavo,
pues sabido es que en amor
un clavo saca otro clavo.

¿Te acuerdas, dí, de las horas
tan breves como tranquilas,
en que lágrimas traidoras
brotaban de tus mejillas.
Tú, amorosa,
no olvidarme me jurabas,
y una rosa y otra rosa
en prueba de amor me dabas.
Y yo, á tí
te comparaba á una ondina,
y á una hurí
de belleza peregrina...
Y hoy buscas nuevo amador
de tus caprichos esclavo,
y haces bien, porque en amor
un clavo saca otro clavo.

Adios, Julia, voy en busca
de otra niña á quien amar,
pues ya sabes que me ofusca
no tener con quien hablar.
Tú, tambien
sé que buscas otro hombre
á quien llamar *dulce bien;*
y no creas que esto me asombre,
porque á tí
te sucede, Julia hermosa,
como á mí,
piensas cada dia una cosa.
Vive en paz con tu amador,
tu gusto, niña, yo alabo,
pues sabido es que en amor
un clavo saca otro clavo.

CARLOS CANO Y NUÑEZ.

EL CANTO DE LOS HELENOS.

(CONTINUACION)

—¿Pero no sabeis, exclamé, que es mi felicidad lo que se juega en la lucha? ¿No comprendeis que si tengo miedo, no es de la noche, ni de la muerte, sino de perder todas las esperanzas que me ligan á la vida? Esa mujer habrá mentido quizás: ¿debo renunciar acaso al hombre que estimo, que amo, por ese único testimonio?

—No, seguramente, yo haré cuanto dependa de mí para averiguar la verdad en medio de este caos. Una mujer semejante no merece confianza, si no presenta pruebas irrecusables en apoyo de sus palabras. Mañana, con vuestra autorizacion, marcharé yo mismo á París, buscaré al príncipe, tomaré informes sobre él, que sean dignos de fe, y si llega á justificarse su conducta, podeis ser dichosa todavía.

Moví la cabeza con un ademan de incredulidad.

—Dejadme sola, Jorge! Nadie mejor que yo podrá convencer á esa mujer y confundirla como embustera y calumniadora!

—No! replicó mi primo con firmeza, eso es imposible; no puedo consentir en dejaros al lado de tal criatura. Os acompañaré ú os reemplazaré. Por esta noche solamente, miradme como á un hermano.

—Id, pues, le dije; pero acordaos de que pongo mas que mi vida en vuestras manos.

Me apoyé en su brazo. ¿Dónde estaba mi valor de algunos momentos antes? Mi cuerpo temblaba; ya no tenia voluntad, ni energía. Jorge quiso llevarme hasta la vista del castillo. Caminábamos despacio, sin pronunciar una sola palabra. Unicamente, al acercarnos al portal, me dijo con voz alterada:

—Gracias, Albina.

Entré en el castillo y me dirigí al salon para aguardar allí la vuelta de Jorge. Al cabo de dos horas mortales llegó grave, preocupado, afectando no reparar en mí; luego, habló de un asunto imprevisto que le obligaba á marchar á París el dia siguiente.

—Todo el mundo se va, por lo visto? exclamó mi abuela; es una enfermedad contagiosa. Ganas tengo yo tambien de hacer mi equipaje: no se sabe hasta donde puede llevarle á uno la envidia. Al menos, traednos con vos al príncipe. Decidle que á mi edad no se puede esperar, y que me tarda ya ver qué hermosa estará Albina con el trage de desposada.

¡Estas palabras penetraron en mi corazon como una flecha aguda! No se debe hablar de la vida y del sol á los moribundos.

Al dia siguiente, por la mañana, bajé al salon. Como lo habia presumido ya, Jorge me esperaba en él.

—Qué ha dicho esa mujer? pregunté imperiosamente. ¡Quiero saberlo todo! No me contempleis como á una niña enferma: tengo ánimo para soportarlo todo, menos la incertidumbre.

—Debo deciros toda la verdad, respondió Jorge, y es

carga bien pesada y cruel para mí! Esa mujer podrá haber mentido, pero ha dicho que el príncipe es un hombre indigno de vos; que, al abandonarla cobardemente, á pesar de una promesa de matrimonio, ha creido que ella no tendria valor suficiente para vengarse, por el temor de perderse con él. Ha dicho tambien que llevando un hermoso nombre, al cual ha añadido el título de príncipe, y no teniendo fortuna alguna, ha vivido como un disipador, lleno de vicios, jugando clandestinamente y cometiendo un fraude con falsificacion de ciertos documentos, del cual ella ha sido cómplice, y ofrece suministrar las pruebas partiendo para París tambien esta misma mañana.

Un grito de horror se escapó de mi pecho; despues permanecí muda, inmóvil, sin atreverme á levantar los ojos, como si aquella mancha vil me hubiera alcanzado á mí, como si yo fuera responsable de la deshonra de aquel á quien habia prometido mi vida.

—Lo repito otra vez, añadió Jorge, esa mujer puede haber mentido.

Al pronunciar estas palabras, su acento no estaba conforme con ellas. Una voz interior me gritaba muy alto ¡ay de mí! que un hombre de honor no debe dar lugar siquiera á la mas insignificante de semejantes sospechas.

—Una pregunta tengo que haceros aun, prima mia, dijo Jorge. Perdonádmela. ¿Teneis que reclamar alguna carta, algun recuerdo?

—Una carta, una sola, respondí; pero no os tomeis pena por ella; poco me importa el mundo ya, todo ha acabado para mí.

En este momento fuimos interrumpidos por la familia entera que queria despedirse de Jorge. Cuando se anunció el carruage, abrazó á su madre y á su abuela; Noemi saltó á su cuello sin cumplimientos; pero yo apenas tuve fuerzas para levantarme y alargarle la mano. Esta mano trémula, la llevó mi primo á sus labios con un movimiento involuntario de ternura y de respeto, que me conmovió profundamente. Despues de su partida, sentí un vacío, un abandono, que estaba lejos de preveer. Mi aislamiento volvia á empezar; porque se está á veces aislado moralmente sin hallarse en la soledad; y en los malos dias, este aislamiento es horrible.

Una semana se pasó sin que supiésemos nada de Jorge, ni del príncipe. Una tarde, al fin, se oyó un ruido de caballos; mi corazon latió con violencia: era una sentencia de vida ó muerte lo que yo iba á saber.

—Ahí está Jorge! Ahí está Jorge! gritaron alegremente corriendo á su encuentro.

Esta vez, ni aun fuerzas tuve para levantarme, temiendo apresurar un solo instante la fatal desgracia que tal vez me esperaba. Mi primo entró precipitadamente, buscándome con los ojos. Su extremada palidez, la turbacion de su rostro me digeron bastante. Me estrechó con fuerza la mano, dirigiéndome una mirada de dolor y compasion.

Entonces comprendí, por el violento choque que extremeció todo mi ser, que hasta aquel momento habia abrigado aun alguna esperanza. Sin embargo, permanecí tranquila; ya no tenia lágrimas. Esto no era, á pesar de todo, resignacion, sino el cansancio que sigue á esos terribles combates en que el alma, rebelándose, rehusa aceptar los sufrimientos.

Mi abuela tomó el brazo de Jorge para ir al terrado segun costumbre. Se apoyó sin duda demasiado en él, porque el jóven no pudo contener un ligero grito de dolor. Por la primera vez ví, en aquella ocasion, á mi tia olvidar su reserva habitual y exclamar:

—Jorge! Estais herido en el brazo! Os habeis batido? Ya lo habia adivinado en esa palidez!

—No es nada, absolutamente nada! dijo Jorge con tono imperioso. Un arañazo, una caida. Os suplico que no se hable mas de esta miseria.

Ya no podia dudarlo; habia arriesgado su vida por mi, y yo, en medio del mas profundo egoismo, no habia previsto semejante peligro!

Al dia siguiente, por la mañana, encontré á Jorge solo en el salon; era la hora en que todas las demás personas del castillo se hallaban en sus habitaciones.

—Primo mio, le dije, no vengo á daros las gracias; un reconocimiento como el mio, no se puede expresar con palabras. Habeis sido mi hermano, mi amigo, mi salvador!

Mi voz se alteraba; no pude acabar.

—Tengo que cumplir una mision bien cruel, Albina, me respondió Jorge, cuando me vió mas tranquila; porque durante algunos momentos no se oyó mas que el ruido de mis sollozos. Cuando podais escucharme, os daré las explicaciones que teneis derecho á exigirme. Ordenad, pues, disponed de mí...

—Decidlo todo, en este mismo instante! respondí. Mañana, quiero que un eterno silencio cubra ese infeliz pasado. Despues... tengo un favor que pediros todavía... el último. Dignaos servir de intermediario con mi abuela y mi tia; decidles lo que sabeis; pedidles que jamás dirijan alusion alguna á mis penas, que jamás intenten consolarme...

Con todas las consideraciones que una exquisita delicadeza puede dictar, Jorge me enteró de los detalles de la ruptura. ¡Ay de mí! cediendo á mis deseos, mi pobre abuela no habia atendido á otra cosa que á mi curacion. Se habia confiado, con sobrada ligereza, en los testimonios de algunas mugeres frívolas, como la señora de Larcy, que deslumbradas por las ventajas exteriores del príncipe, y encontrándole en todos los salones, no pensaron en que su carácter ó su posicion pudiesen hallarse muy lejos de ser lo que debian. Cuando se trata de un casamiento, pocos amigos tienen la abnegacion de mostrarse sinceros. Todo era cierto: Jorge habia visto la prueba de la infamia de Michaëlis, y la opinion pública confirmaba demasiado el vergonzoso misterio. Pero, lo repito otra vez, todos estos tristes detalles me fueron dados á conocer por Jorge con tales miramientos, que logró dulcificar en parte la amargura que contenian. Habló en voz baja, conteniendo su indignacion, sin exasperarse, sin recriminar sobre todo... Cuando hubo concluido, me entregó mi carta. La desgarré y luego dí algunos pasos para salir. Cuando llegué á la puerta, dirigí una mirada atrás, el sentimiento de mi egoismo me confundia. Jorge estaba apoyado en un mueble, grave, silencioso, y siempre pálido y debilitado por su herida. Me acerqué á él, sin que sintiese mis pasos, y colocando mi mano sobre su brazo, le dije con voz trémula:

—Perdonadme, Jorge! ¡Sufro tanto que merezco alguna compasion!

—Al precio de mi vida, me respondió, hubiera querido proporcionaros la felicidad! Os comprendo y os compadezco con toda mi alma.

Que Dios os preserve, Blanca, mi querida niña, de conocer jamás lo que yo he sufrido entonces! ¡Despreciar lo que se ha amado, ver por el polvo todas las alegrías y las esperanzas de la juventud, es muy terrible, sí, muy terrible! De esta lucha atroz, queda el corazon despedazado, el rostro marchito, pero la resignacion trae el remedio. Nada de tierno sobrevive al desprecio. Esperanza, confianza, recuerdos, todo se hunde á un tiempo. Es el incendio que consume el palacio de los sueños para no dejar mas que cenizas y ruinas...

Mi abuela y mi tia vinieron junto á mí aquella noche.

Mi abuela lloraba. ¡Oh! ¡cuántos remordimientos me causaron sus lágrimas! ¡Yo que no debiera causarle mas que satisfacciones y consuelos!

—¿Porqué no has tenido confianza en tu familia, Albina? me dijo mi tia. ¡Hubiera sido mas natural y hasta mas conveniente que te dirigieses á nosotros y no á Jorge!

—Ah! respondí, soy muy culpable, ya lo sé. Mi falta mas grave, la que jamás me perdonareis, es la de haber expuesto así la vida de vuestro hijo!

—Su herida es demasiado ligera para inspirar inquietud, replicó la señora de Braizieux con su tranquilidad acostumbrada. Además no ha hecho mas que su deber. No teneis un hermano y él es aquí el único representante de vuestra familia.

Mi abuela me prodigó mil cuidados; mi tia permaneció inalterable, sin demostrarme ni resentimiento ni despego. Esta indulgencia me conmovió profundamente, porque, haciendo por la primera vez un sincero exámen de mi conciencia sobre este particular, reconocí cuán imprudente habia sido en exponer el reposo de los demás al mismo tiempo que el mio. Consentí maquinalmente en volver á adoptar mis antiguos hábitos de vida. Fuí como antes al salon, y si bien es cierto que una desconsoladora tristeza me acompañaba siempre, no por eso demostré en el pequeño círculo de familia, malevolencia ni orgullo.

No me concedais mérito alguno, Blanca, por esta repentina humildad. Mi convalecencia moral fué objeto de tanta solicitud que, conmovida del mas vivo reconocimiento, creí un deber mio ocultar mis sufrimientos á aquellas personas que á porfía deseaban aliviarlos.

Mi pobre abuela, á pesar de su edad, hacia constantes esfuerzos para distraerme; no obstante, algunas veces una palabra pronunciada aturdidamente en su conversacion venia á desgarrar mis heridas recordándome algun suceso pasado. Mi tia, sin perder nada de su imperturbabilidad, me dispensaba las mayores consideraciones y me rodeaba de todas las precauciones posibles. Sin embargo, yo sentia á su lado un malestar imposible de vencer. Mi prima, buena y alegre, hacia inútiles esfuerzos tambien para divertirme... ¡Ay de mí! ¡mi juventud habia concluido ya!...

Pero, de Jorge es de quien deseo hablaros sobre todo, de Jorge á quien solo entonces llegué á conocer. Me trató con un respeto afectuoso, con una delicadeza de que pocos hombres son capaces. Si alguna alusion imprudente cubria de rubor mis megillas, él sabia alejarla en seguida y sin parecer que pretendiese distraerme de mis tristes pensamientos, casi siempre concluia por hacerlo así. En mi convalecencia moral, Jorge era uno de esos guardianes preferidos que velando á la cabecera de un enfermo, consiguen, sin llamar la atencion como los demás, hacer que los brevages parezcan menos amargos.

(*Se continuará.*)

REMIGIO CAULA.

MI ANILLO.

MADRIGAL.

Ayer, cuando Lucila suspiraba,
Creyendo en mis enojos,
Una lágrima dióme que brotaba
De las azules niñas de sus ojos.

Y esa lágrima pura,
Mas clara que las gotas del rocío,
Se endureció al calor de mi ternura,
Guardada en un rincon del seno mio.

Niña, ¿tú quieres verla?
¡Está en mi dedo, convertida en perla!

EUSEBIO MARTINEZ DE VELASCO.

LA HOJA SECA.

¿A dónde vas, pobre hoja,
Que entre el polvo te pierdes?
¿A dónde, presurosa, vas volando,
Que te quejas así con voz doliente?

Ayer, adorno fuiste
De bella rosa, alegre,
Que ya marchita inclina su corola
Al viento que las flores extremece.

Ayer tus puras tintas
Pintaba el sol naciente;
Mil perlas sobre tí vertió el rocío;
Aromas mil te dió la brisa leve.

Pétalo ayer brillante
Y hoy del viento juguete,
Seguirte triste quiero con mis ojos,
Y entre nubes de polvo despareces.

Así las esperanzas
Que mi corazon pierde,
Eran de rosa ayer ¡color de vida!
Pero hoy, ya negras, son ¡color de muerte!

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

Explicacion del figurin iluminado.

Reproducimos á continuacion la explicacion del figurin iluminado que no pudo salir en el número anterior por las causas que expresamos:

TRAGE DE PAÑO DE SEDA NEGRO, enteramente cortado á nesgas y hecho en forma de funda. El borde inferior va guarnecido con un volante plegado de 12 centímetros de ancho: sus mangas, muy anchas y abiertas, están forradas de tafetan blanco; por debajo, mangas estrechas de pano de seda negro. Un fleco de felpilla y cuentas negras figura una berta cuadrada sobre el corpiño montante, forma una punta sobre la enagua, y guarnece todo el contorno de ella. Sombrero de tul negro con claveles encarnados.

ZAGALEJO DE TARLATAN ESCOCES AZUL Y BLANCO, á puntas por su borde inferior. — Trage corto de popelina azul, recogido por ámbos lados con escarapelas azules de terciopelo. Paletot de cachemira negra, con greca hecha de cuentas negras.— Sombrero de tafetan y terciopelo azul.

PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 82.

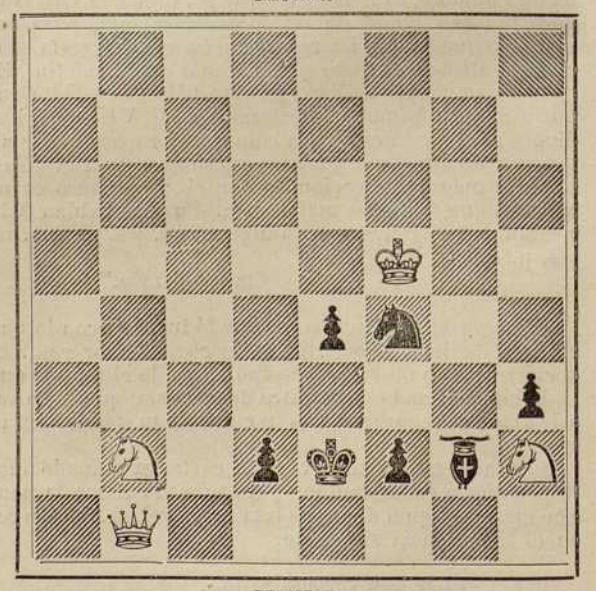
Blancas.	*Negras.*
1.ª T. 8.ª T.R.ª	R. 7.ª A.R.
2.ª R.ª 7.ª T.R.ª jaque-mate.	

Variantes.

1.ª	R. toma C.
2.ª R.ª mate.	
1.ª	P. pide R.ª
2.ª R.ª mate.	

PROBLEMA N.º 83, COMPUESTO POR D. JAVIER MÁRQUEZ.

NEGRAS.

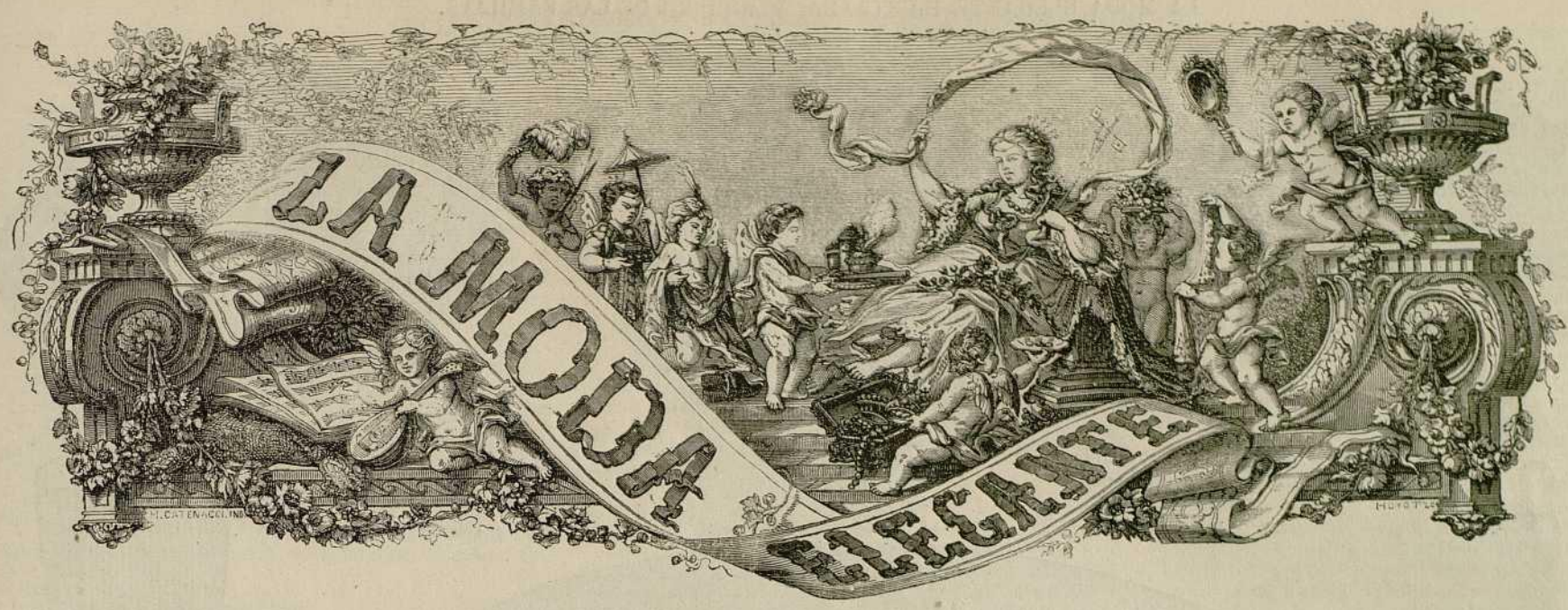


BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 2 jugadas.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ 1867. IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA á cargo de D. Federico Joly y Velasco, Bomba, n. 1.



AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 12.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs... Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs...Seis meses,65...Tres meses, 35... Un mes, 12.

Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs....Seis meses, 42... Tres meses, 22...Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

EDITOR PROPIETARIO: Don Abelardo de Cárlos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes.... Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Libreria de Don C. Bailly-Bailliere, plaza del Príncipe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tánago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux.
PARIS, Mr. Fermin Didot frères, rue Jacob, 56.

Sumario.—Explicacion de la hoja de patrones.—Corpiño escotado de tul bullonado y terciopelo.—Corpiño escotado de tul, terciopelo y encage.—Esclavina de cachemira blanca. — Esclavina de raso blanco. — Cinturon con roseta.—Tapetillo de lámpara. — Babadero pespunteado con cinturon.—Esclavina con cabos.—Rotonda (salida de baile ó capa para la calle).—Corsé para niño ó niña de 1 y medio á 3 años.—Talma con capuchon.—Chaleco para caballero.—Corpiño de guipur y cinta. — El canto de los Helenos. — Cuentas equivocadas. — Una aventura trágica.—A los señores suscritores de La Moda Elegante Ilustrada.— Explicacion del figurin iluminado. —Problemas de ajedrez.

EXPLICACION

DE LA

HOJA DE PATRONES.

Corpiño escotado de tul bullonado y terciopelo.

Figs. 48 á 51 (verso) del patron.

Se cortan en tul de algodon blanco 2 pedazos por la fig. 48, la espalda entera por la fig. 50, que representa solamente su mitad. Se cortan en terciopelo negro, ó de otro color cualquiera, 2 pedazos por la fig. 49, la espalda entera por la fig. 51, que representa su mitad. — Se cosen en ámbos delanteros (fig. 48) la nesga que va indicada en el patron, luego se reunen todos los pedazos del corpiño de tul juntando las cifras iguales,—otro tanto se hace respecto á los pedazos de terciopelo; se cubre el corpiño de tul con bullonados hechos de tul de seda blanco (véase el dibujo); por el bullonado superior se pasa una cinta de terciopelo del mismo color del coselete de terciopelo; se orla este con un vivo de tafetan blanco que lo rodea, excepto por su borde inferior, y allí se ponen almendras de cristal blanco ó cuentas blancas. Se fija este coselete sobre el corpiño de tul juntando las cifras iguales; en el borde inferior de los delanteros se pone una tira de tafetan blanco, cortada al sesgo, que tenga 3 cents. de ancho, y se orla la sisa con cinta de terciopelo negro de 2 cents. de ancho; se fija en esta sisa, desde el punto hasta la estrella, un encage de seda blanco, fruncido, recogido por medio de tres escarapelas (cada una de 7 cents. de diámetro) hechas de cinta de terciopelo negro, y adornadas con almendras de cristal, dispuestas segun las indicaciones del dibujo.

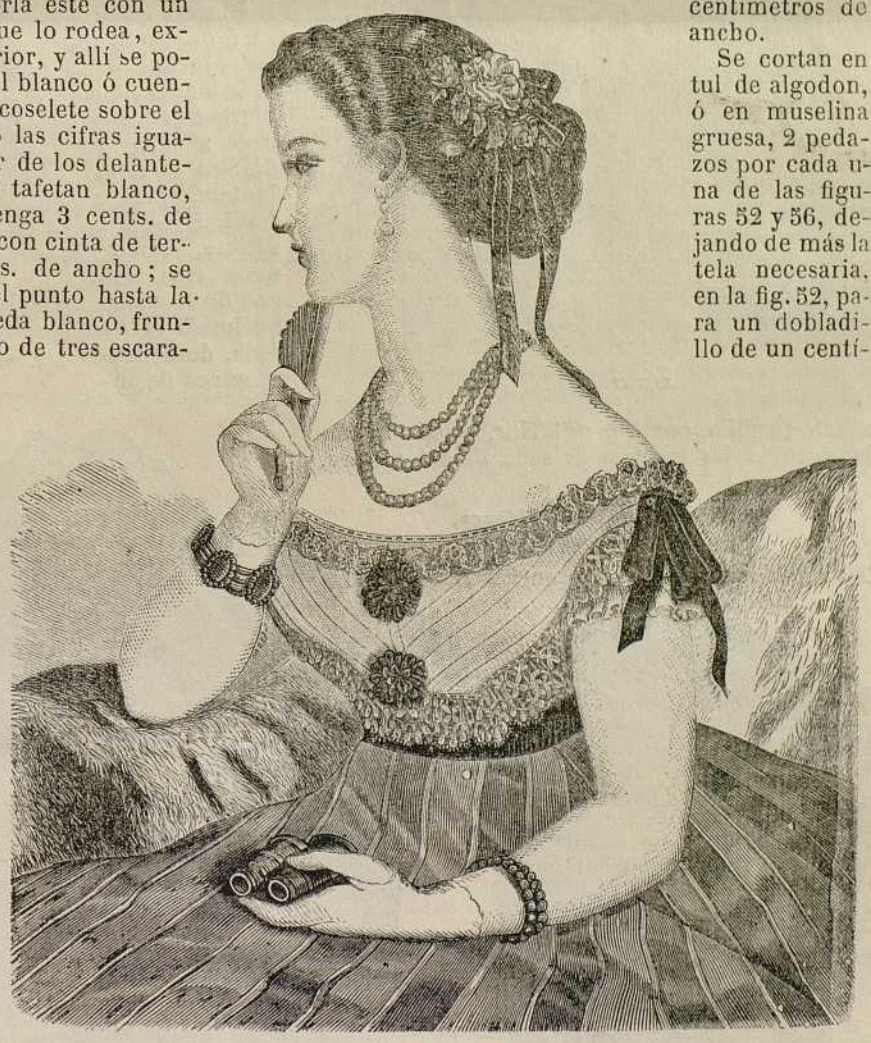
CORPIÑO ESCOTADO DE TUL BULLONADO Y TERCIOPELO.

Corpiño escotado de tul, terciopelo y encage.

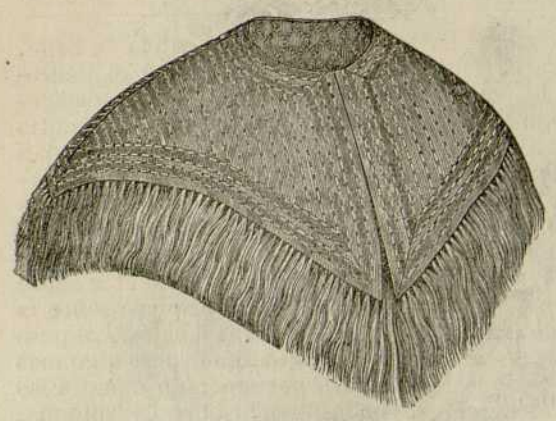
Figs. 52 á 56 (verso) del patron.

Este corpiño se compone de una drapería hecha de tul de seda, y de un coselete pequeño de terciopelo negro; la guarnicion es de encage de seda blanco, de 6 y 3 centímetros de ancho.

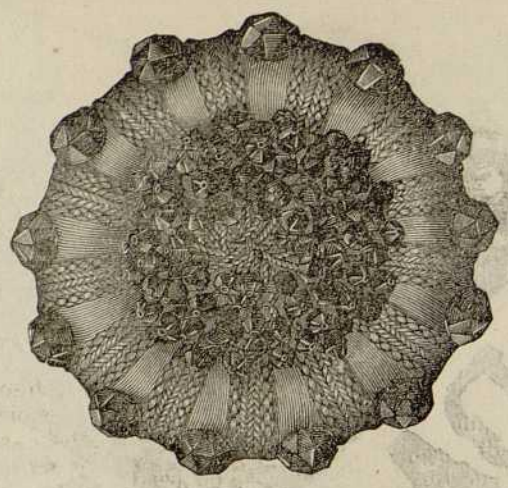
Se cortan en tul de algodon, ó en muselina gruesa, 2 pedazos por cada una de las figuras 52 y 56, dejando de más la tela necesaria, en la fig. 52, para un dobladillo de un centímetro por delante; luego, la espalda entera por la fig. 54, que representa solamente la mitad. Se cortan en terciopelo 2 pedazos por cada una de las figs. 53 y 56, la espalda entera por la fig. 55, que representa su mitad. Se cosen las nesgas del pecho en el corpiño de tul, se reunen todos los pedazos



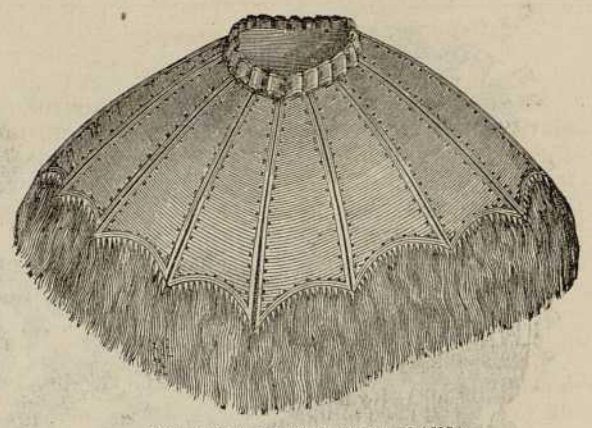
CORPIÑO ESCOTADO DE TUL, TERCIOPELO Y ENCAGE.



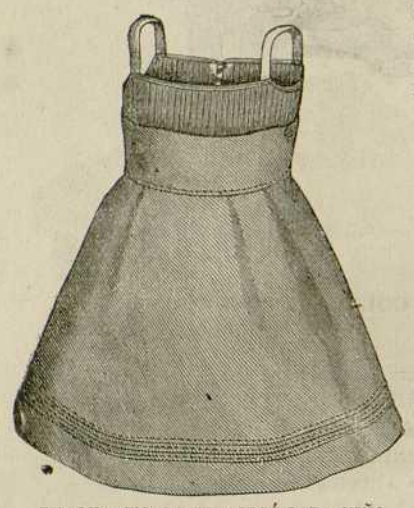
ESCLAVINA DE RASO BLANCO.



ROSETA DEL CINTURON.

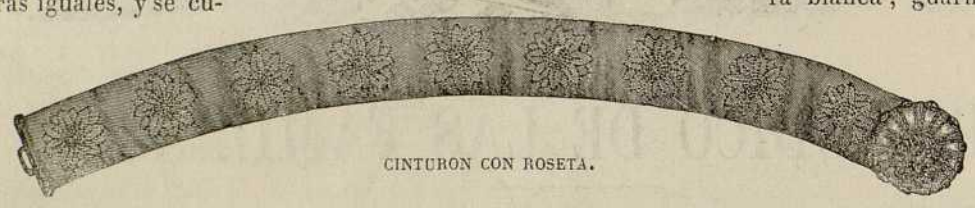


ESCLAVINA DE CACHEMIRA BLANCA.



ENAGUA FIJADA AL CORSÉ PARA NIÑO Ó NIÑA.

de este, todos los del coselete de terciopelo, juntando las cifras iguales, y se cubre el corpiño con tul de seda blanco, plegado. El coselete se orla con el encage ancho. En el borde superior del corpiño se pone como ribete una tira estrecha de muselina, el encage estrecho que se pliega, y luego se coloca un boton forrado de terciopelo en el hueco de cada pliegue. — La hombrera, hecha de terciopelo, forrada de seda blanca, cubierta con el encage ancho, se fija en la sisa, juntando las cifras iguales; por último, se guarnece esta sisa con dos rizados hechos de tul de seda, de 3 centímetros de ancho. Este corpiño, como el anterior, puede acompañar á todas las enaguas de seda de color claro.



CINTURON CON ROSETA.

ROTONDA.

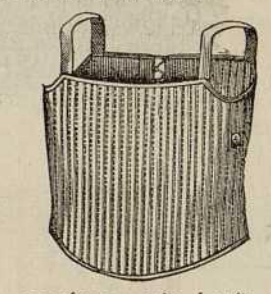
ESCLAVINA CON CABOS.

Esclavina de cachemira blanca.

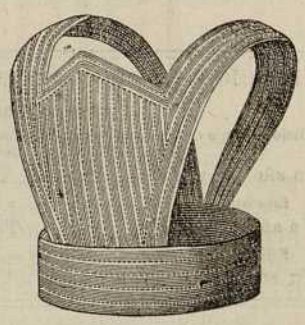
Figuras 18 y 19 (recto) del patron.

Esta esclavina, que se pone encima de todos los corpiños escotados para ir al teatro, se hace de cachemira blanca, guarnecida con fleco *angora* y rulós de raso blanco, y se borda con cuentas blancas.

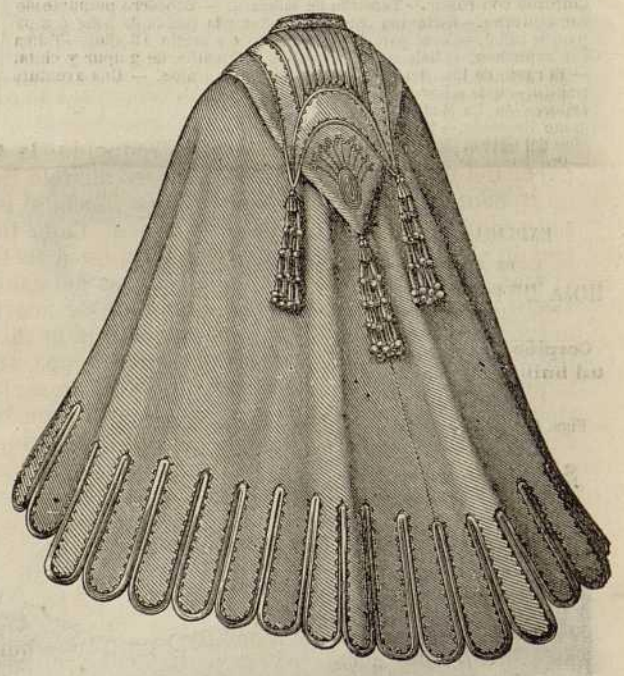
Se cortan en tela, algodon y tafetan, 2 pedazos por la fig. 18,—la espalda entera por la figura 19, que representa solamente su mitad. — Se pespuntea el algodon y el forro á cuadros, se reunen la espalda y los delanteros en el hombro, desde 30 hasta 31; se hacen en la tela las aberturas indicadas, se ribetean estas aberturas con raso, luego se las cose juntas hasta el borde inferior; estas aberturas pueden solamente *figurarse* por 2 vivos de raso. Se redoblan uno contra otro la tela y el forro, y se ponen en el borde cuentas blancas ó cañutillos. El escote se guarnece con una tira de tela forrada, orlada por vivos, adornada de cuentas, y dispuesta formando buclecillos (véase el dibujo); el largo de esta tira es de 95 cents., su ancho de 5. El borde inferior se guarnece con un fleco, cuyo largo es de 11 centímetros. El patron de esta esclavina es muy recomendable para la presente estacion.



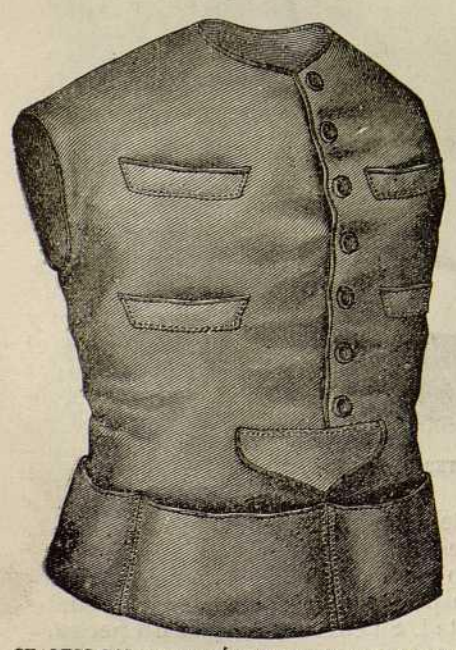
CORSÉ PARA NIÑO Ó NIÑA.



BABADERO PESPUNTEADO CON CINTURON.

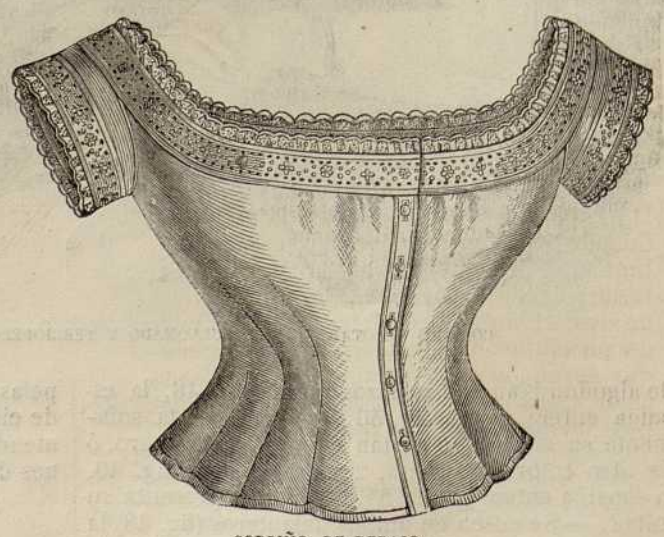


TALMA CON CAPUCHON.



CHALECO PARA CAZAR Ó PARA INTERIOR DE CASA.

ALBORNOZ (SALIDA DE BAILE).



CORPIÑO DE DEBAJO.

Esclavina de raso blanco.

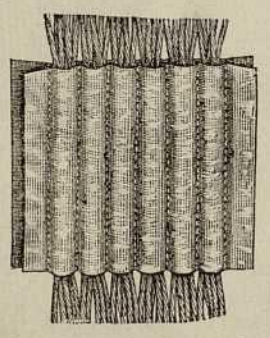
Figuras 20 y 21 (recto) del patron.

Su empleo es el mismo que el de la anterior esclavina. Los adornos se componen de las mismas cuentas, de dos tiras de raso blanco, cortadas al sesgo, y de flecos de *angora* de 12 cents. de largo. La explicacion dada para el anterior modelo servirá tambien para este.

Cinturon con roseta.

Fig. 32 (recto) del patron.

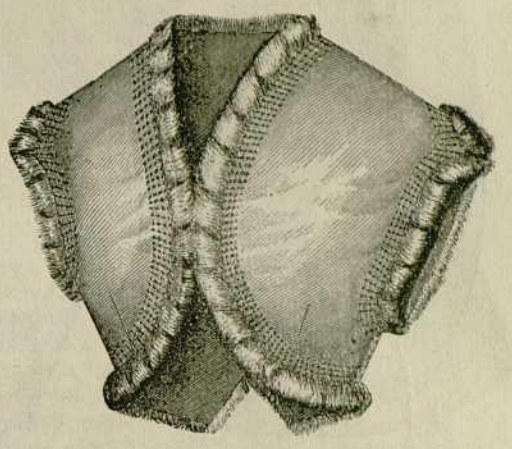
Este cinturon, hecho de paño de seda negro, se borda con cuentas negras, y se forra de carton y de tafetan negro. La fig. 32 representa su mitad, y el dibujo del bordado de cuentas. Publicamos además un dibujo que representa la roseta del cinturon en tamaño natural. La base de la roseta es un aro de madera de 7 cents. de diámetro, forrado de tafetan negro; luego adornado con galones y cuentas de diferentes gruesos; las mas gruesas se fijan sobre el contorno; las mas pequeñas se colocan en el extremo de unos cabos de cordon de 5 á 6 cents. de largo, doblados por su mitad, y colocados en el interior de la roseta (véase el dibujo).



PREPARACION DEL PERCAL DEL CORSÉ PARA NIÑO Ó NIÑA.

CORPIÑO ESCOTADO DE MUSELINA CON RIZADO DE CINTAS.

tela con que haya de hacerse. Para salida de baile, se emplearán telas de color claro;—por el contrario, de color oscuro para capa de calle; añadiremos que se ven algunas en este momento, forradas de una piel poco costosa. Las puntas, que quedan á voluntad de la persona, supuesto que puede hacerse la rotonda en línea recta, se encuentran indicadas en las figs. 3 y 4. Estas puntas ó *dientes*, se orlan con un vivo de tafetan; en las mas pequeñas (fig. 4) se forma un pliegue, poniendo la cruz sobre el punto, luego se cose la punta pequeña sobre la grande (fig. 3), juntando las cifras iguales. Las puntas del escote son iguales á la fig. 4, pero algo mas pequeñas; se las prepara por seperado como á las anteriores, luego se las pone sobre la rotonda, cubriendo su costura con una tira cortada al sego.



CHAQUETA GUARNECIDA DE PIELES.

Tapetillo de lámpara.

La figura 70 (verso) del patron representa una de las hojas de la guarnicion.

MATERIALES. — Canevas no dividido, lana céfiro gris claro y de tres tintas del color leonado; retazos de paño de cuatro tintas del color leonado.

El dibujo representa, en tamaño reducido, la 4.ª parte del tapetillo de lámpara; nuestro modelo tiene 26 cents. de diámetro; el fondo se borda al pasado sobre canevas, é imita un mosáico. Cada triángulo se compone de ocho puntos en linea recta, el mas largo de los cuales abraza 15 hilos del canevas, mientras que cada punto siguiente se acorta en un hilo por ámbos lados, de modo que el último y el mas corto de todos los puntos ocupa solamente un hilo. Los triángulos de la tinta mas clara están hechos con lana gris, los demás con las tres tintas del leonado, copiando su disposicion; para la guarnicion, se cortan por la fig. 70, hojas en número suficiente en los diversos puntos de color del leonado, y se forma un pliegue en cada hoja poniendo la estrella sobre el punto; el canevas se cose sobre un fondo de carton, que se forra, y que luego se guarnece con las hojas recortadas por la fig. 70.

Babadero pespunteado, con cinturon.

Fig. 69 (verso) del patron.

Se hace este babadero de percal blanco, puesto doble; entre los dos pedazos de percal se pone una hoja lijera de algodon, luego todo ello se pespuntea siguiendo las indicaciones del dibujo.

Se cortan dos pedazos en percal, un pedazo en algodon, *enteros*, para el babadero, del cual la fig. 69 representa solamente la mitad. — Cuando estos pedazos se han pespunteado juntos, se orla el contorno (por la parte exterior, excepto por el borde inferior) con un vivo; el borde se coge entre las dos telas de un cinturon, que tenga 4 cents. y medio de ancho, algodonado y pespunteado como el babadero. Para mas exactitud consúltese el dibujo que se halla en la página anterior.

Esclavina con cabos.

Figuras 41 y 42 (verso) del patron.

Esta esclavina es de cachemira blanca, ligeramente algodonada, y forrada de marcelina blanca; su guarnicion se compone de tiras de raso blanco, cortadas al sesgo, de 1 cent. de ancho, bordadas por ámbos lados con cuentas blancas. Los cabos ó tiras estrechas colocadas en el medio del escote, por detrás, son de raso blanco puesto doble; su largo es de 35 cents., su ancho de 3 y medio.

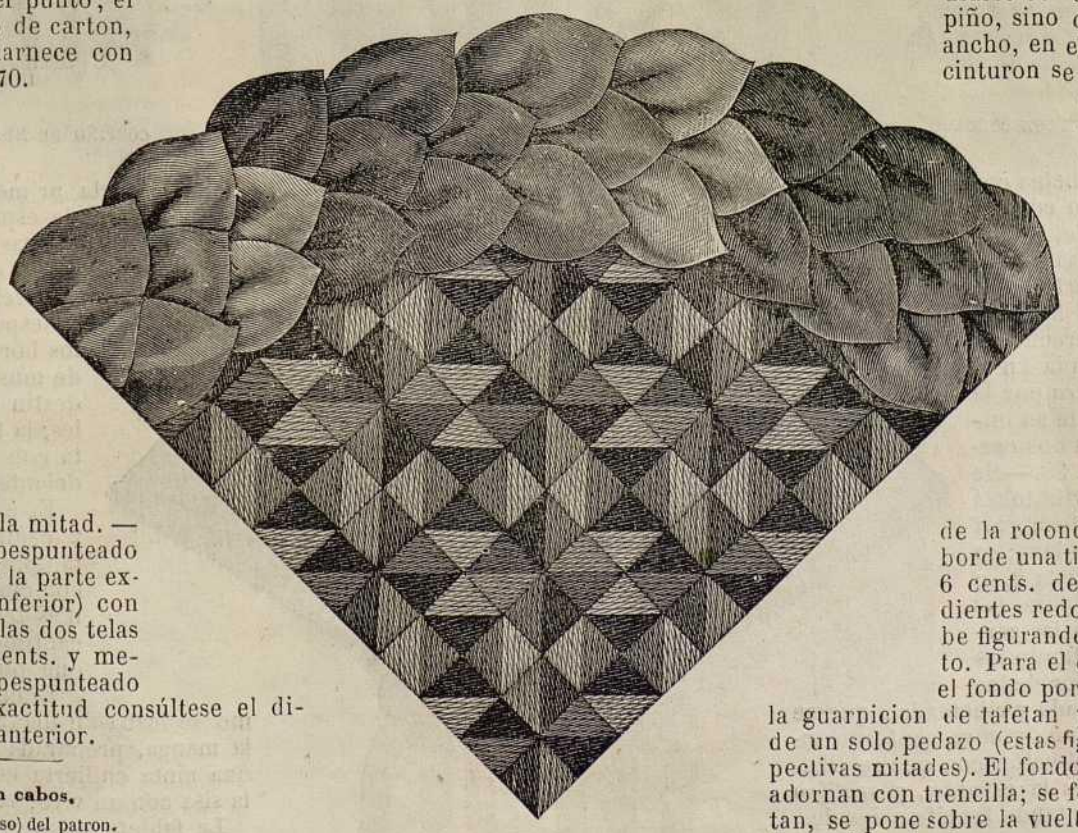
Entre las dos telas de raso de estas tiras se pone muselina rígida; luego se las borda con cuentas blancas. El extremo puntiagudo termina en un cascabelillo.

Para hacer esta esclavina, se cortan dos pedazos por la fig. 41, la espalda entera por la fig. 42, que representa su mitad. En la tela de encima es donde solamente se hacen las aberturas indicadas en el patron. Se reunen los pedazos y su forro en el hombro, á *punto atrás*, luego se los orla con una tira de raso de medio cent. de ancho; se cosen juntas las tiras que orlan las aberturas, luego se redobla uno contra otro la tela y el forro, y se los cose juntos por el contorno.

Rotonda (salida de baile ó capa para la calle).

Figs. 2 á 4 (verso) del patron.

El uso á que se destine esta rotonda indicará la



TAPETILLO DE LAMPARA.

Corsé para niño ó niña de 1 y medio á 3 años.

Figs. 29 (recto) del patron.

La preparacion de este corsé le da una flexibilidad tan grande que recomendamos su uso hasta la edad de 10 años para las niñas, toda vez que el patron puede fácilmente aumentarse, gracias á su sencillez.

Nuestro modelo es de percal, puesto doble, pespunteado de arriba abajo á intervalos de medio cent.; entre cada costura pespunteada se pone un cordon cartulina redondo de algodon, algo fuerte, lo cual es suficiente para sostener el corsé, dejándole, sin embargo: una gran flexibilidad.

Se cortan dos pedazos *enteros* por la fig. 29, que representa solamente la mitad del corsé; estos dos pedazos se colocan con mucha exactitud uno sobre otro, y se ejecutan las costuras pespunteadas, poniendo en ellas sucesivamente el cordon arriba dicho, á menos que no se prefiera pasarlos cuando estén terminadas todas las costuras.

Se ribetean los contornos del corsé con una cinta de hilo de 2 cents. de ancho, y se ponen dos tirantes de cinta, cada uno de 16 cents. de largo. Para fijar la enagua al corsé se cosen á este dos botones (véase el patron). Las enaguas que hayan de usarse con este corsé, deben hacerse sin corpiño, sino con un cinturon de 8 cents. de ancho, en el cual se abren los ojales; á este cinturon se le ponen cordones por detrás, y se reunen el corsé y la enagua como lo indica el dibujo que se consagra á este objeto.

Talma con capuchon.

Figuras 22 á 24 (recto) del patron.

Esta talma, *dentada* por su borde inferior, es de reps de lana blanco, aunque puede hacerse de cualquier tela y de cualquier color; su forro es de tafetan blanco; sus adornos se componen de trencilla blanca, rulos de raso y borlas de seda. El patron es el de la rotonda (fig. 2). Se pone por debajo del borde una tira de tafetan cortada al sesgo, de 6 cents. de ancho; se recorta la talma en dientes redondos, orlados con un vivo que sube figurando una abertura de 20 cents. de alto. Para el capuchon, se corta de igual tela el fondo por la fig. 22, la vuelta por la fig. 23, la guarnicion de tafetan por la fig. 24, todo ello entero y de un solo pedazo (estas figs. representan solamente las respectivas mitades). El fondo y la vuelta, forrados de gasa, se adornan con trencilla; se forra en seguida el fondo con tafetan, se pone sobre la vuelta la guarnicion preparada en tafetan, forrada de gasa, y adornada con rulós de raso, luego

se reune todo ello juntando las cifras de modo que el *revés* de la vuelta caiga sobre el *derecho* del fondo, y cubra las costuras. En el escote se pone una tira de tafetan blanco adornada con rulós de raso; en los delanteros se ponen botones y presillas. El capuchon se adorna con las borlas indicadas en el dibujo.

Chaleco para caballero.

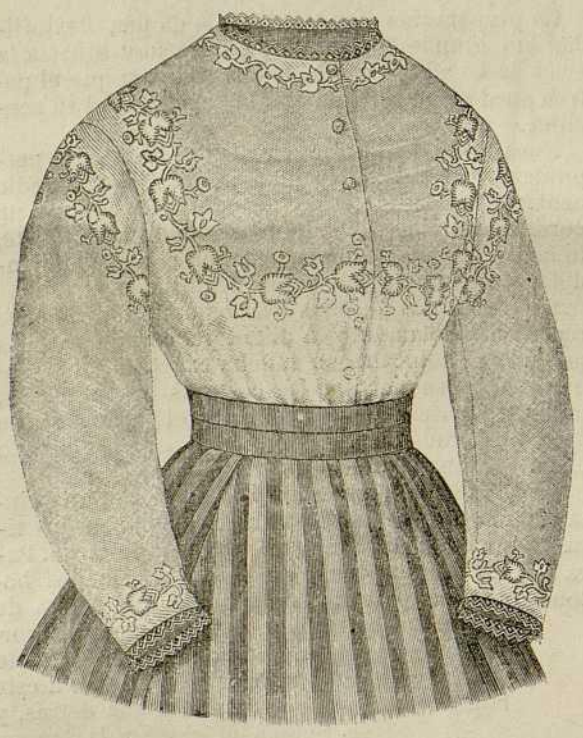
Figura 33 á 38 (verso) del patron.

VESTIDO PARA CAZAR Ó PARA DENTRO DE CASA.—Este chaleco es de paño gris, y se ribetea con un galon de lana verde. Los delanteros se cosen juntos desde su borde inferior hasta el talle, de modo que para ponerse este chaleco es necesario hacerlo pasar por encima de la cabeza. Se cortan en tela y forro 2 pedazos por cada una de las figs. 33, 34, 35 y 36 (pero el delantero derecho solo debe tener la carterilla indicada en el patron). Se corta la espalda *entera* por la fig. 34 (que representa solamente su mitad) en forro puesto doble,—las dos orejillas para las hebillas por la fig. 38.—Se hacen los ojales y se ponen los botones en los delanteros, que se ribetean, así como el escote, con un galon de lana; se reunen los delanteros desde 1 hasta 2, se hacen las aberturas indicadas para las faltriqueras, y en ellas se cosen las carterillas ribeteadas de galon, juntando las cifras iguales. En el borde inferior de los delanteros se cose una tira forrada y ribeteada, que se destina para las demás faltriqueras, y cuyo contorno superior se reune al chaleco por el galon con que se ribetea. Se cosen los delanteros con la espalda, y se fijan en esta costura las oregillas, juntando las cifras iguales.

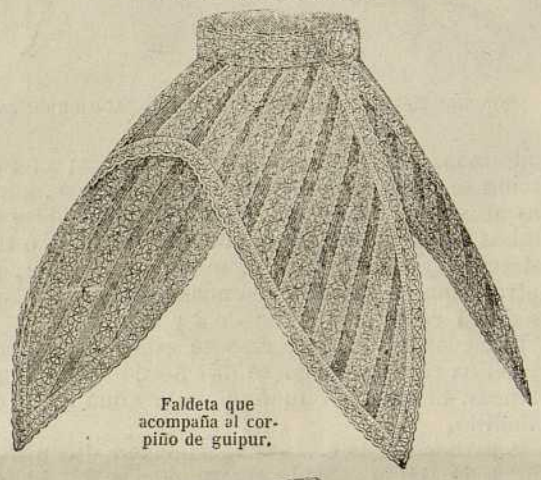
CORPIÑO MONTANTE CON TIRAS (VISTO POR DELANTE).

TOCADO DE TUL NEGRO.

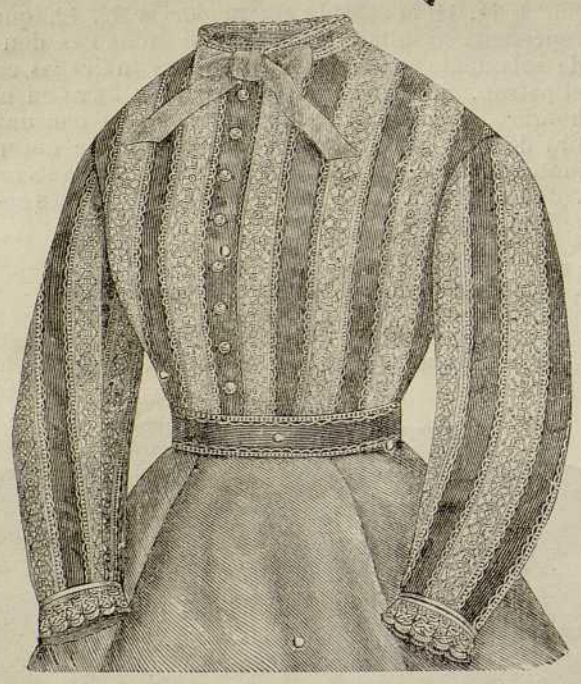
CORPIÑO MONTANTE CON TIRAS (VISTO POR DETRAS).



CORPIÑO DE MUSELINA Y NANSOUK CON BORDADO.



Faldeta que acompaña al corpiño de guipur.



CORPIÑO DE GUIPUR Y CINTA.

CORPIÑO DE MUSELINA Y NANSOUK CON BORDADO.

Corpiño de guipur y cinta

Este corpiño está hecho de muselina, entredoses de guipur de 3 centímetros de ancho, orlados por ámbos lados con un guipur estrecho, de guipur que tenga 4 centímetros de ancho, de cinta de terciopelo, ó de tafetan, ó de raso de 2 centímetros y medio de ancho. Tambien puede hacerse el corpiño de encage negro y cintas. Su patron es el del corpiño de nansouk y muselina con bordados.

Se le corta primeramente en muselina; se disponen, sobre la espalda y los delanteros, los entredoses y las cintas; siguiendo las indicaciones del dibujo, de modo que el guipur estrecho que orla los entredoses descanse siempre sobre la cinta, en un espacio de medio centímetro.—En los bordes de delante se pone una tira de muselina de 2 centímetros de ancho, destinada para los botones y los ojales; la tira del lado derecho va cubierta con una cinta; se reunen espalda y delanteros juntando las cifras iguales.

El escote se ribetea con la tirilla, de 2 centímetros y medio de ancho, puesta doble, hecha de muselina y cubierta con cinta y guipur (la cinta debe además tener de largo por ámbos lados 35 centímetros poco mas ó menos, á fin de que pueda anudarse).

El cinturon, guarnecido tambien como se acaba de decir, tiene 4 centímetros de ancho; la manga, preparada como el corpiño, lleva por puño una cinta cubierta con el encage ancho; se la fija en la sisa con un vivo, reuniendo las cifras iguales.

La faldeta, cuyo patron publicamos (fig. 39) cae sobre la enagua que se lleva con este corpiño.

BERTA EN TUL NEGRO.

EL CANTO DE LOS HELENOS.

(CONCLUSION.)

Un mes se pasó de esta manera, un mes en que me juzgaba digna de compasion y durante el cual todos tuvieron piedad de mi dolor; un mes, que, mas tarde, hubiera yo comprado al precio de muchos años de mi vida y hácia el que vuela hoy todavía mi pensamiento lleno de profunda emocion!

Por la vez primera, comprendia las santas dulzuras de la vida de familia. La calma, la uniformidad que reinaban al rededor de mí, y que tan monotonas me hubieran parecido en otro tiempo, llevaban el apetecido reposo á mi espíritu y á mi corazon. Poco á poco, tuve vergüenza de mi ociosidad, volví á tomar la aguja, los pinceles. Un dia, Noemi me obligó á abrir el piano: toqué algunas notas... reminicencias de cantos... bailes... cualquiera cosa... y luego me levanté bruscamente. Desde este momento, abandoné la música para siempre. El Canto de los Helenes resonaba todavía en mi corazon como una amarga irrision...

Jorge, naturalmente modesto, reservado, desconfiado de sí mismo, á causa tal vez de esa carrera que le tenia alejado del mundo, ó por efecto de la sujecion que su madre le habia impuesto desde niño, Jorge, digo, no me hubiera dejado conocer jamás los recursos de su talento y de su corazon en otras circunstancias mas felices. Para distraerme y consolarme supo mostrarse amable, instruido, afectuoso, bien diferente de los hombres que solo se presentan agradables por vanidad y ante un escogido auditorio. Muchas veces, para alejar mi pensamiento de Braizieux me referia de un modo delicioso algunos episodios de sus largos viages; y conservaba siempre en sus narraciones una sencillez tan perfecta, que nadie podria llegar á suponer que hiciese un esfuerzo para complacerme.

Una mañana, mi tia recibió una carta que pareció causarle una viva satisfaccion. Se la enseñó en seguida á mi abuela. Ambas hablaron un instante en voz baja. Hice un movimiento para alejarme, por discrecion, pero me llamaron.

—Mi querida Albina, me dijo mi tia, no debemos dejaros ignorar un suceso de familia, en el cual tomareis, estoy segura de ello, una parte sincera: ¡Jorge se casa!

—Ah! exclamé llena de estupor.

—Os sorprende acaso la noticia? En efecto, ningun motivo tuvísteis hasta ahora para preveerlo. No es, sin embargo, ninguna persona extraña la que le destinamos... es Noemi.

—Noemi, añadió mi abuela, es todavía una niña. Y, sea dicho entre nosotros, Jorge hizo de pronto muchas objeciones á esta boda. Le parecia su prima demasiado jóven para él y además creia que un marino debe permanecer libre para desafiar mejor los peligros consiguientes á su carrera. Hasta llegó á hacerse mas viejo de lo que es!... Pero mi hija lo ha querido y tiene un hijo modelo que la obedece ciegamente en todo.

—Sí, replicó la señora de Braizieux con firmeza, he juzgado que Jorge ha llegado al tiempo conveniente para casarse. Por mas que él piense de otra manera, es muy dulce para un marino saber que á la vuelta de sus viages le espera una familia cariñosa. Durante su ausencia Noemi quedará con su madre, aquí, ó conmigo; y en cuanto á la felicidad de la mujer de Jorge, creo que no debo abrigar recelo alguno por ella.

—Oh! seguramente, exclamé yo conmovida. Ojalá que Noemi pueda darle á él en cambio toda la dicha que se merece.

Jorge entraba en este momento.

—Venid, le dijo alegremente mi abuela; venid á recibir la enhorabuena de Albina, que ya está enterada de todo.

Fuí á su encuentro, cogí con efusion sus manos entre las mias, y le dije con voz recogida y trémula:

—Que Dios bendiga vuestra eleccion! ¡Que os preserve de todos los dolores y os conceda las mayores alegrías de la vida!

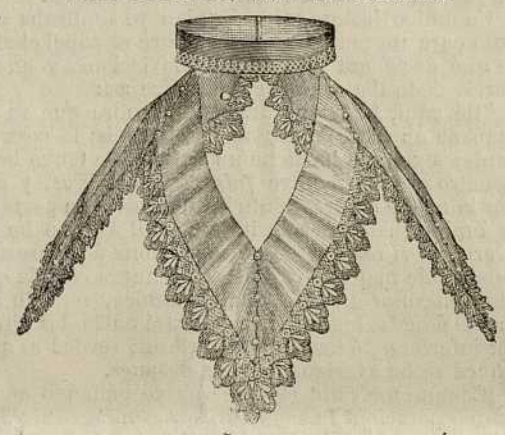
Jorge se apartó de mí, triste, turbado. Sospeché que, tal vez, por un movimiento de noble compasion, no queria presentarse feliz delante de mí. La carta recibida por la mañana anunciaba la próxima llegada de los padres de Noemi que no podian permanecer en Braizieux sino pocos dias y deseaban volverse á su casa acompañados de los novios. Era preciso por otra parte darse prisa porque la licencia de Jorge iba á concluir muy pronto. Se apresuraron, pues, los preparativos todo lo posible.

A contar desde este dia, nuestra vida tan pacífica sufrió una completa transformacion. Por mi parte, comprendí que debia desaparecer de aquellas escenas de movimiento y de alegría, todas las veces posibles. ¡Demasiado tiempo habia ocupado á los demás de mí!

Noemi demostraba la satisfaccion loca é indolente de un niño, no hablaba mas que de sus trages y de sus alhajas de boda, consultándome sin cesar sobre las menores bagatelas: su único pensamiento, su delicioso sueño era presentarse en los bailes de Besanzon con sus mejores adornos y hacer frecuentes viages á París. Jorge desplegaba el tacto mas exquisito respecto de su jóven prometida, se sonreia con indulgencia de todas sus locuras; pero dejaba ver con frecuencia cierta preocupacion, cierta tristeza, que se atribuia á su próxima partida.

Como sucede siempre en el campo, una boda causa cierta especie de revolucion doméstica, por muy sencillamente que aquella quiera celebrarse. Se consideró indispensable convidar á varios parientes del Franco-Condado, á los amigos de París y á los vecinos de Braizieux. Fué preciso organizar comidas, diversiones. Yo permanecí como extraña á este movimiento extraordinario. Se me dispensaba todo creyendo que el espectáculo de la dicha de los demás me causaba envidia. ¡Ah! Blanca, ese vergonzoso sentimiento estaba bien lejos de mi corazon, no vacilo en declararlo!

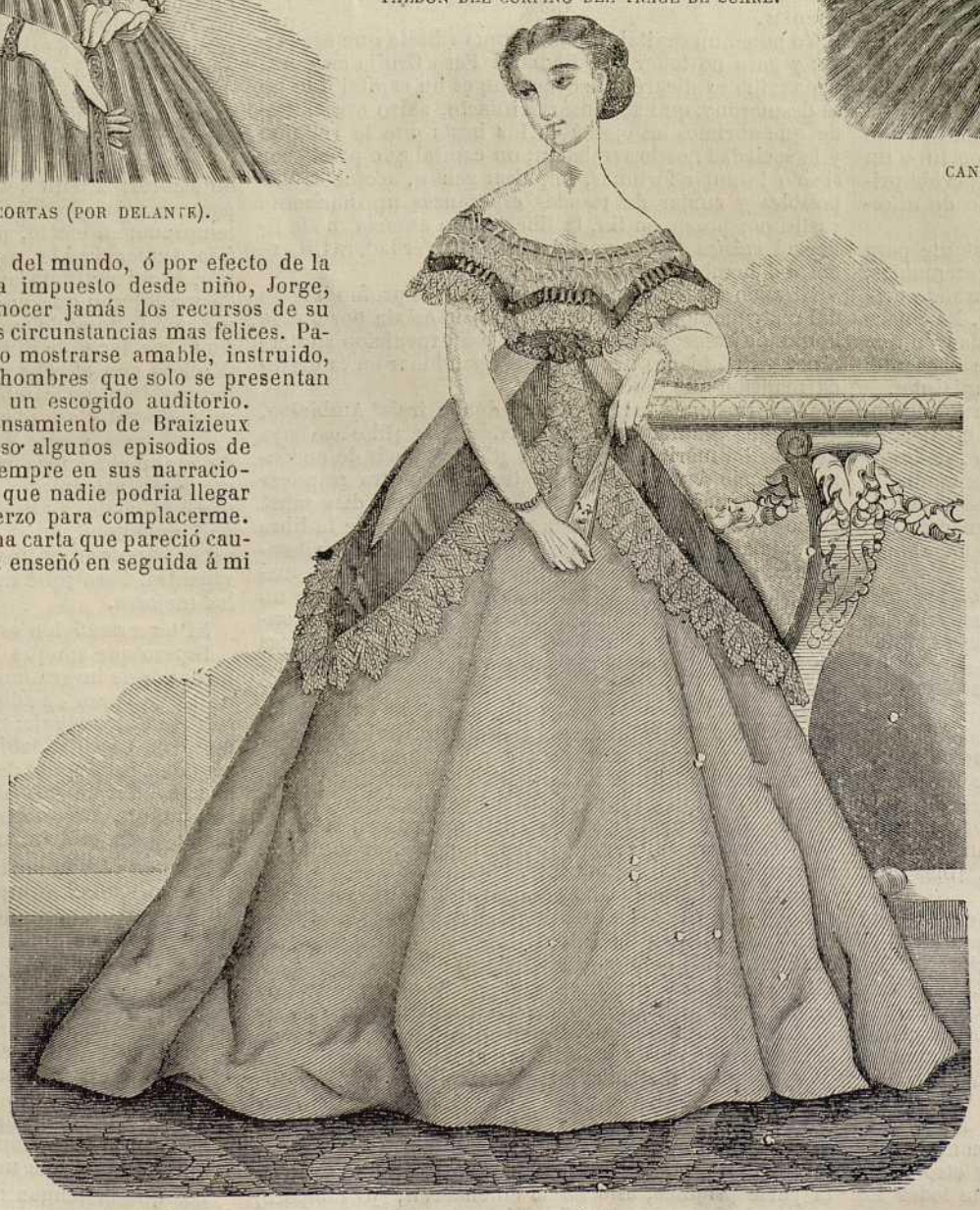
BERTA DE TUL CON CINTA DE TERCIOPELO.



FALDON DEL CORPIÑO DEL TRAGE DE SUARÉ.

CANESÚ DE MANGAS CORTAS (POR DELANTE).

CANESÚ DE MANGAS CORTAS (POR DETRAS).



TRAGE PARA SUARÉ.

Y á pesar de todo, yo no podia menos de conocer demasiado que Jorge casado, no era ya el Jorge de antes... mi confidente... mi hermano... el compañero de mis dias de dolor. La intimidad que circunstancias excepcionales habian establecido entre nosotros, iba á ser destruida para siempre. Otra mujer tendria derecho en lo sucesivo á toda su ternura, á su confianza, á su tiempo mismo... ¡Ah! Jorge dejaba de existir para mí!

La víspera del matrimonio, mi tia me llamó á su habitacion. La encontré rodeada de cajitas de joyas. Su fisonomía me pareció menos impasible que de ordinario.

—Decidme vuestro parecer, Albina, exclamó saliendo á mi encuentro. Hé aquí los diamantes que siempre tuve destinados á la mujer de Jorge. El engaste es antiguo: sin embargo, ¿no debo dárselos así? Noemi volverá á hacerlos montar á su gusto. Yo no entiendo nada de esto y, además, lo confieso, me sería penoso transformar esas alhajas.

Entonces colocó en mi cuello un collar y en mis cabellos algunas agujas de diamantes.

—Son muy bellos, dije, mirándome al espejo, y al verme tan triste y tan adornada, las lágrimas acudieron á mis ojos.

—Pobre niña! murmuró mi tia suspirando.

Luego añadió mas bajo, como hablando consigo misma.

—Yo no pensaba que estas joyas fuesen para Noemi.

Y tomando una sortija de un estuche y poniéndola en mi dedo:

—Tomad este recuerdo, dijo, y guardadle tal como está en memoria mia!

Mi mano temblaba al recibir este testimonio inesperado de afeccion en un momento en que me hallaba tan miserablemente abandonada. No sabiendo cómo darle las gracias á mi tia, me arrojé en sus brazos deshecha en llanto. Ella me estrechó contra su pecho.

—Sereis, á lo menos, siempre mi hija por el corazon! exclamó, y cuando todos hallan partido, os quedareis conmigo.

Llamaron á la puerta del cuarto. Era Noemi; luego vinieron mi abuela y Jorge. Yo me escapé de allí para ocultar mis lágrimas. Cuando me ví sola, caí de rodillas y rogué á Dios apaciguase mi pobre corazon: me acusé de debilidad, de egoismo, de cobardía. Al cabo de algunos minutos me levanté mas tranquila, reflexionando en que cada uno de nosotros debe llevar aquí abajo el peso de su cruz.

Abrí tambien los cofrecillos de joyas que me habia dejado mi desgraciada madre. Escojí lo que me pareció mas bello y corrí á llevárselo á Noemi.

—Querida prima, le dije, este es mi regalo de boda. Cuando pongais estas alhajas, pensareis alguna vez en mí.

Me manifestó su agradecimiento con efusion y me retuvo á su lado para hablarme de todos esos castillos en el aire que edifican las novias.

—Yo bien desearía que vinieses á vivir conmigo, ó lo menos una parte del año, me dijo; pero, te diré en confianza que Jorge, no sé porqué, parece que desaprueba este proyecto. Trata, pues, de ser amable con él. Debe tener alguna prevencion contra tí.

—Jorge tiene razon, respondí. Entre un matrimonio de dos jóvenes como vosotros, siempre es importuno un tercero. Tú no necesitas de mí para nada, querida prima, y además mis deberes me llaman al lado de nuestra abuela.

Al fin me hallé provista de resolucion bastante para asistir de un modo conveniente á todas las ceremonias, aunque poniéndome siempre detrás y procurando evitar todas las ocasiones de llamar la atencion. Mi enlace malogrado me colocaba respecto de la sociedad en una situacion delicada. Sin embargo, no era ese el secreto de mi humildad. El mundo no existia ya á mis ojos.

Noemi se presentó encantadora con los atavíos de boda: el brillo de la felicidad hacia resaltar aun mas su belleza. Al salir de la iglesia, cambió de trage, se despidió de todos apresuradamente y se fué con su madre al carruage donde las estaba esperando ya su padre. Jorge, que se quedara algo atrás, abrazó á sus dos madres con una emocion profunda é intentó huir; pero mi abuela le detuvo.

—Qué es esto? le apostrofó, ¿y Albina? ¿Acaso no quieres abrazarla tambien? Mira, Jorge, ten presente lo que voy á decirte, si á tu vuelta no me encontrases ya, quiero que Albina sea para tí una hermana.

Jorge oprimió mi mano entre las suyas y me dijo muy despacio:

—Una hermana... jamás!

El silencio que sucedió á la animacion anterior me hizo volver en mí. La señora de Braizieux se retiró. Yo permanecí algun tiempo sin atreverme siquiera á pensar en cuanto habia pasado. Pero cuando me encontré en aquella habitacion solitaria, testigo ya de tantas decepciones y de tantos dolores... ¡oh! Entonces, ¡Dios mio! lloré... y lloré mucho!

—Qué es, pues, lo que me aflige así? me pregunté alarmada con esta nueva debilidad. He amado al príncipe y hoy solo pienso en él con indiferencia. No hay para él en mi pecho ni odio, ni indignacion. Una familia querida me resta... Jorge es dichoso... lo será... Entonces reconocí que hacia esfuerzos vanos para engañarme... que lloraba por mí misma... por Jorge á quien en otro tiempo tuviera el derecho de amar y á quien rechazara y perdiera para siempre...

Cerca de veinte años han pasado desde esa época, Blanca, y si me he atrevido á haceros esta confesion es porque Jorge no existe ya y Noemi lleva hoy otro nombre. Sí, Jorge ha muerto en el mar, lejos de todos los suyos.

Permitidme, querida niña, daros este último consejo. Si vuestra imaginacion os arrastra hácia algun tierno sentimiento... tened cuidado. No comprometais vuestra vida tras de quiméricas esperanzas. Frecuentemente lo que se prefiere en el principio de la vida es la poesía, la novela. Todo eso desaparece como las hojas de las flores de primavera. Conservad vuestro corazon para un sentimiento formal, y si encontrais un guia seguro, un amigo grave y tierno á la vez, que una madre experimentada y cariñosa os señala, no le rechaceis. Podríais amarle demasiado tarde y entonces no os perdonaríais nunca de haber tenido la felicidad entre vuestras manos... para dejarla huir!

REMIGIO CAULA.

RECTIFICACION.—Durante la impresion de la precedente novela se han deslizado las dos erratas siguientes:

En la página 55, columna 2.ª, línea 55, dice: *para hacer su entrada triunfal en Solon;* debe decir: *para hacer su entrada triunfal en la patria de Solon.*

En la misma página, 3.ª columna, línea 76, dice: *corremos el riesgo de este fatal casino;* debe decir: *corremos el riesgo de perecer á las puertas de este fatal casino.*

CUENTAS EQUIVOCADAS.

Hé aquí un artículo que pudiera ser novela.

No lo digo por la verdad de su fondo, que desde ahora os aseguro que no es invencion ni fábula, sino realidad histórica; lo digo porque el hecho, tal como ha sucedido, es novelesco, y ya sabeis que ha dicho sériamente Edgard Poe que muchas veces la fábula no alcanza en rarezas á donde alcanza la verdad misma.

Un amigo íntimo mio, á quien yo suplicaba un artículo para un periódico, trazó sobre el papel el siguiente que decia era hijo de sus convicciones y que como vereis dedicaba á las lectoras. Dice así:

"Hé aquí, bellas lectoras, un hombre que va á tener mañana un hueso mas; no os alarmeis; la cosa es inocente; segun me ha dicho un naturalista tengo hoy veinticuatro costillas, entre *falsas* y *verdaderas*, y mañana por la noche tendré veinticinco; añaden esa parte alicuota á mi esqueleto; es decir ¡me caso! Aun no he podido averiguar si esa parte que se adiciona á mi presupuesto general de materias calizas, si esa nueva costilla que viene á engrosar mi coleccion anatómica, será de las primeras ó de las segundas, se colocará entre los cinco pares inferiores, ó los siete superiores; verdad es que esto nunca se ha averiguado hasta despues.

¡Conque me caso! ¿Y qué voy yo ganando en semejante operacion? La época de hoy es mercantil y todo debe sujetarse á cálculos aritméticos; así pues, vamos á cuentas.

Yo poseo un capital que se conserva hasta que se pierde; y para no tener que llamar á Pero Grullo en nuestro auxilio explicaré este concepto; es un capital que no se desmorona, que se conserva intacto, salvo error, desde que abrimos los ojos á la luz hasta que la religion y la sociedad nos lo arrebatan; un capital que puede por sí solo levantar fortunas, impulsar genios, acometer imposibles y cuajar de rosadas esperanzas un horizonte vastísimo; poseo, en fin, la libertad en esencia, no la libertad *música* de los partidos, sino la verdadera libertad del hombre; esto es, yo soy soltero.

Mirando desde esta elevada cúspide á las profundidades del matrimonio, veamos qué tal es la escala por donde hemos de bajar; qué ganamos en esa expedicion subterránea y qué bienes habremos de abandonar en la elevada mansion que poseíamos.

¡Ay! ¡Ilusiones caras mias! ¿A dónde ireis? Ambicion, gloria, esperanza, amor al arte, poesía ¡Dios os haya perdonado! moris sin remedio. ¿Cómo habeis de encontrar espacio á vuestras alas y trono á vuestra grandeza en un pequeño hombre que dentro de ocho dias sabrá cómo se condimenta el puchero, y á cómo vale la libra de patatas, y que antes de un año, pensando piadosamente, se hallará en trage ligero, á las dos de la madrugada, paseo arriba, paseo abajo en el fondo de un dormitorio, tratando de acallar á una criaturita que condensa allí en un momento para su papá toda la música de Verdi que tanto ha odiado en sus pasiones filarmónicas?

¡Oh! si por desventura acertais á cruzar en aquellos momentos por donde pueda escucharos, huid silenciosas, ilusiones caras mias, no me mortifiqueis con el recuerdo de vuestras dulzuras y dejadme tranquilo y sosegado en el seno de las delicias conyugales.

Pero detallemos la operacion; entremos en la suma y en la resta; ea, vamos á ver, lectoras, si me tiene cuenta el negocio de mañana.

La vida se ofrece al hombre en dos manifestaciones: necesidades y caprichos; que muchas veces vienen tambien á constituir necesidades. Respecto de las primeras comprendereis bien que se pueden realizar todas, absolutamente todas, siendo soltero; si hay alguna que solo se pueda realizar siendo casado protexto desde ahora que no es una necesidad. Respecto de los segundos ¡qué pocos entran como admisibles en el reglamento interior de la vida del matrimonio!

Pues bien, figuraos que yo soy un hombre tal como os lo va á describir mi pluma; me parece que el pintor tiene motivos para sacar bien la copia. Mi parte física no os interesa, si quereis conocerla pedidme mi retrato; voy á la parte psíquica, esto no lo entendereis, (yo tampoco) quiero decir lo que se refiere á la naturaleza de mi alma y aun añadiré á las costumbres de mi cuerpo, que como dicen, son otra segunda naturaleza.

Tengo la desventura de ser aficionado á tres cosas: el arte, la libertad y las mujeres. Id atando cabos.

Por el arte me paso todas las mañanas en el Museo de pinturas admirando sin cesar á Rafael, á Murillo, á Velazquez, á Rubens, al Ticiano y á tantos otros ante cuyas obras inmortales pasan los siglos depositando cada uno su laurel; pero esto me obliga á estar toda la mañana fuera de mi casa y mi esposa no me consentirá ¡no me consentirá! que empiece el dia robándole horas á su cariño y gastando en mirar un triste lienzo todo el entusiasmo que deberia reservar para su amor. Primera quiebra.

Por el arte me paso todas las tardes conversando con Espronceda ó con Quintana, con Shakspeare ó con Biron, con Lamartine ó con Víctor Hugo, y claro es, ¿cómo he de recibir con buena cara á mi señora cuando venga en esos momentos á decirme que hay que sustituir el carbon de leña con el cok y que la criada ha roto la jícara en que yo me tomaba el chocolate? ¡Por Dios, señora!

Por el arte me paso todas las noches en el Teatro Real escuchando, sobre poco mas ó menos, las melodías de Bellini ó las gigantescas concepciones de Meyerbeer, y cuando Dios queria, en los teatros *de verso* contemplando tal cual brillo fugaz de la musa cotizable del siglo diez y nueve; mas esto me obliga á permanecer fuera de casa hasta las tantas de la noche y mi pobre esposa, si no es diletantti ¿se ha de estar *sola* esperando la retrasada hora de mi regreso? Y si es aficionada, ó la aficiono, ¿he de llevarla conmigo todas las noches á los teatros? ¿Y he de entrarla despues á que se reuna á última hora con mis amigos de *La Iberia?* Esto á primera vista salta erizado de inconvenientes.

Decididamente, ó dejo el arte ó no me caso.

Pero soy tambien *aficionado* á la libertad. Poco á poco; repito que no me refiero á la libertad política; ¿quién se acuerda hoy de semejante cosa? Eso de libertades políticas fué una aberracion de nuestros abuelos de Cádiz, plagio ya de nuestros casi paisanos del otro lado del Pirineo, que se proponian seguir las malas costumbres de sus enemigos de mas allá del Canal, los que á su vez eran una especie de copistas de Washington, quien se empeñó en imitar la ferocidad de los Scévolas y Gracos, que habian aprendido su leccion de memoria en Atenas y en Esparta. Por lo demás ¿quién se ha ocupado nunca en el mundo de ser libre?

Así pues, hablo de la libertad doméstica.

¡Qué gran cosa es la libertad doméstica! En primer lugar yo no siento el dolor de ver morir el tiempo, porque apenas uso reloj; y entre las varias razones porque no le uso es una de ellas porque no le necesito; me levanto cuando me despierto, ó cuando me parece; salgo, ó no salgo; cómo, cuando tengo apetito, en mi casa ó en otra parte; y vuélvome á dormir... cuando tengo sueño, ó cuando me da el capricho de venir á reposar sosegado al calor de mi propio individuo. Es mas; no me cito con nadie á una hora fija; sería inútil; yo no entiendo de horas, esas escamas del tiempo; no veo en mi camino mas que dos divisiones: luz y sombra; y me dan lo mismo. Una vez tuvieron la desatencion de citarme para un asunto judicial á las dos de la tarde en la Audiencia de Madrid; era un negocio que me importaba mucho y para no dejar de asistir me fuí con intencion de llegar temprano; en efecto, por lo que me dijeron debí llegar á la Audiencia á las nueve de la mañana; llevaba un libro; es mi costumbre; púseme á leer en una sala donde me dijeron que podia esperar, y leyendo leyendo se me pasó la hora; de modo que cuando me echaron de allí, sin haber hecho la diligencia, eran las cuatro de la tarde. Confieso que el reloj me hubiese ahorrado este contratiempo. Pero en cambio hubiera puesto una cortapisa á mi voluntad y esa idea me horripila.

Pues bien, cásese V. Desde el primer instante habré de renunciar á toda mi libérrima autonomía y sujetarme á este mecanismo humano en que á toque de campana se come, se duerme y se pasea. Siempre lo mismo, monotono, igual, acompasado, insoportable. A los pocos seres que protestan se les tiene por locos ó extravagantes. Pero ¿qué importa? Siempre los pocos fueron los mejores.

Mi tercera aficion es á las mujeres.

Espero que aunque la haya puesto la tercera no me tachareis de inverosímil. ¡Las mujeres! ¡Pues tengo buena aficion para casado! Y sin embargo, tal es la verdad; sois mi dulce manía; no comprendo el vivir sin vuestros ojos, sin vuestros labios, sin vuestra hermosura; todo reunido, para poder decir: sin vosotras. He perdido muchas noches de mis aficiones artísticas solo por ir á veros, á oiros, á aspiraros. Si pienso en el amor, sois mi ídolo; si en el arte, mi ideal.

Formad en vuestra imaginacion, ya que en la realidad no es posible, el siguiente cuadro: lo mas sublime de la naturaleza: el relámpago, el sol, el iris; lo mas sublime del universo: el mar, el volcan, la catarata, el desierto; lo mas sublime de la humanidad: lo que han ejecutado estas figuras: Moisés, Sócrates, Colon, Homero, Virgilio, Dante, Shakspeare, Víctor Hugo, Miguel Angel, Rafael, Murillo, Meyerbeer y Rossini; reunid todas las sublimidades; haced ese cuadro, y despues de hecho os lo regalo si me dais una mujer hermosa.

—Pues entonces!... me direis.

Ya; es que aun os la regalo tambien... si me dais dos.

Solamente las renuncio todas si me dais lo mas sublime de la vida: una madre.

Los que la tengan no apreciarán esta verdad, que solo se siente cuando nuestros ojos, preñados de lágrimas,

buscan en vano una existencia inolvidable tras la losa de un sepulcro.

Ahora bien, volviendo á nuestro tema: ¿cómo ha de consentir mi cara mitad que yo, siguiendo mis aficiones, me consagre á vuestro culto? Mi pobre cara mitad habria de ser ó víctima ó verdugo; ó habria de ofrecerme una resignacion y un sufrimiento sin límites, ó habia de obligarme á penetrar en mi casa con mas miedo que el que huye de un acreedor por temor de encontrarme un othello femenino. No; esta aficion es antimatrimonial.

¿Conque es decir, lectoras, que de las cuentas sacamos en claro que para obrar como buen marido no puedo ser ni artista, ni libre, ni galante? ¡voto á!...

Y así es; el hombre que se casa no debe ser mas que marido. Si vive absorbido por las artes, si está preocupado por la política, si se agita en el revuelto oleage de la fantasía ó de los placeres, corre el peligro de hacer una esposa mártir, y aun corre otros peligros mayores.

Visto, pues, el resultado de las cuentas, bellísimas lectoras, me arrepiento, no verifico el negocio de mañana, estoy resuelto, no me caso.

Ahora, jóvenes amables, ¿os parece mal el retrato de mi persona? Pues advertid que aunque está algo recargado de tintas, el autor despues de hacerle ha reconocido en él el retrato de muchos hombres."

Así terminaba mi amigo el relato de sus convicciones. Pues bien, ¿quereis saber lo que ocurrió? No al dia siguiente, pero á los dos meses escasos entraba mi amigo en la Vicaría, entraba despues en el Templo y salia luego de él orgulloso, henchido de felicidad, extasiado, ante la mirada casta de una esposa bellísima y modelo de virtudes que un ministro de Dios acababa de concederle al pié del altar y mediante la santidad de un juramento.

Toda su autonomía, su altivez y sus ánsias de libertad no le habian bastado para su defensa; evidentemente la mariposa se habia quemado en la llama.

Hace de esto mas de un año cuando en uno de los dias anteriores me ha sorprendido la siguiente carta escrita de su mismo puño y letra:

"Hoy te escribo, mi caro Rafael, para hacerte partícipe de mi felicidad, ya que lo fuiste en otro tiempo de mis horas de amargura. Mi esposa está segunda vez en cinta; hemos tenido un hijo segun eran nuestros deseos; si ahora el cielo nos concediese una niña!... Ya sabes que este es el sueño de oro de todos los recien casados.

¿Recuerdas, chico, los propósitos que yo te describia en un artículo que me pediste y que pensé titular "mis convicciones"? ¡Cuán equivocado estaba! Todos los obstáculos, todas las dificultades que yo encontraba en el matrimonio eran creacion de mi propia fantasía; eran consecuencia de mi vida un poco desordenada; porque la verdad, yo nunca fuí libertino, pero sí un hombre dado enteramente á los goces de la imaginacion, que suelen estar al borde del libertinage.

El matrimonio no me estorba para ninguno de mis quehaceres, ni me quita mis aficiones, salvo la última, que sustituye con gran ventaja; al contrario, me anima y me estimula. Nunca he leido los poetas, ni he estudiado las artes, ni he cogido la pluma con tanto gusto y resultado como ahora que tengo el alma bien templada por sanos y puros sentimientos. Y por lo demás cree firmemente que no hay poesía de mas encanto que la de las escenas de la familia, ni mas hermosa libertad que la de ser esclavo de la mujer á quien se adora.

Acaso me digas que soy parcial y que discuro preocupado; pero te haré para prevenirme una sola observacion: en el tiempo aquel en que yo vivia libre, dueño de mí, sin mas guia que mi capricho, con tan variadas distracciones y creyéndome poseedor por todo ello de la suma felicidad, vivia casi siempre triste, melancólico, de mal humor, fastidiado. ¿Lo recuerdas? Observa á casi todos los que se entregan á los goces de la imaginacion, los que viven de la fantasía y los verás lo mismo; la indisplicencia y el disgusto son su carácter. ¿No es esto raro? Parece que al sublimarse el espíritu, dedicándose á estudiar las obras de los hombres, ó á producir otras nuevas, le aqueja contínuamente el dolor y el desaliento por no ver realizado en la práctica su ideal. Pues bien, mírame ahora; me he puesto gordo; me tienes siempre de buen humor y mas dispuesto al elogio que á la censura; soy mas tolerante y mas justo; he desechado mi tendencia pesimista, tan comun entre las gentes que cito, que me hacia tener por malas obras buenas y despreciar en las segundas detalles maravillosos; en fin, chico, creo que sin hacerme cándido he adquirido parte de esa *bonnhomie* que es de un valor inmenso para los goces del alma.

Conque, amigo Rafael, cásate y cásate pronto."

Y ahora pregunto yo: lectoras ¿qué os parece? Ya veis cómo un jóven extraviado vuelve al redil en empeñándoos vosotras. Para conseguirlo, no hay mas que un medio: ser virtuosas y amantes. Ante una mujer de estas prendas no hay hombre que se resista; el bueno no se extravía, y el extraviado vuelve; no lo dudeis. De mí puedo modestamente aseguraros que soy de los de la primera especie y que estoy dispuesto á cumplir en la primera ocasion el precepto de mi amigo.

RAFAEL SERRANO ALCÁZAR.

UNA AVENTURA TRAGICA.

Un jóven aleman, para manifestar las fatales consecuencias de los viajes de noche en su tierra, contó á sus compañeros de viaje la siguiente aventura:

»Estábamos en Bohemia, y apenas habíamos pasado la mitad del tiempo que nuestros padres nos habian franqueado para una visita al palacio de madama V***, recibimos la triste nueva de que mi padre habia enfermado gravemente.

»Este viaje tenia además el objeto de llevar á madama V***, su hijo único, que habia sido condiscípulo mio y de mi hermano.

»El sentimiento que cabia á esta señora por alejarnos tan presto, y sobre todo por tener que separarse de mi hermana, de aquella apacible Aninia, á quien miraba ya como á su nuera, no fué bastante para detenernos. Acordamos partir sin demora, y hasta seguir nuestro viaje de noche, con tanta mas razon por cuanto habia dejado de nevar, hacia luna, y teniamos un conductor seguro en el anciano cazador de mi padre.

»Subimos al trineo embozados con pieles y abastecidos de provisiones, y Leon se viniera con nosotros, si el amor materno no le embargara.

»Antes de la noche llegamos á la grande selva que nos separaba de la casa paterna, y que se extiende á una gran distancia hácia la Lituania para entroncarse con los bosques interminables de aquel país.

»El camino que seguíamos era bastante ancho para que los árboles no estorbaran la claridad de la luna llena; pero los muchos ventisqueros dificultaban el camino y contrastaban nuestra priesa, cansando en extremo á nuestros caballos.

»Reinaba un gran silencio entre nosotros, que solo interrumpia el trote de los caballos y el ronquido de la doncella dormida. Mi cavilacion se vinculaba en mi padre enfermo, y no podia ocultarme que á su avanzada edad podia estar en peligro, el cual seguia ciertamente, pues que sin él no nos hubiera llamado antes del tiempo señalado para nuestra vuelta á casa de la madre de Leon.

»Aninia no se sentia inclinada por su parte á romper el silencio. Embargaban su alma dos afectos, pues nos acercábamos siempre mas al objeto de su amor filial, al paso que nos alejábamos mas y mas de quien la tenia prendada.

»Era ya cerca de media noche, y nada de particular nos habia sobrevenido, cuando de repente manifestaron nuestros caballos un sobresalto desusado; resollaban con trabajo, y empezaban á avivar mas y mas el paso, sin que las palabras ni el látigo se lo indicasen. Eran aquellos animales veteranos en casa, y solo alguna novedad extraña podia atropellarlos; menudeaban sus recelos y cabezadas, y un impulso nuevo los estaba al parecer aguijando.

»Muy pronto sus saltos fueron mas disparatados; y Rosko, nuestro conductor, tuvo que acudir al escarmiento, á que obedecieron con indecible repugnancia.

»Estaba Aninia embargada en su cavilacion, mas conociendo yo de tantos años á mis caballos, me sentí en extremo conmovido y como enterado de algun acaecimiento extraordinario.

»Entonces fué cuando el anciano Rosko se mostró poseido de un cuidado sumo; miró repetidas veces detrás de sí, escuchando con gran atencion, y de repente soltó las riendas á los caballos, que pudieron entonces seguir su instinto, y al punto corrieron á galope.

»Estaba yo sentado hácia la delantera del trineo, y volviéndome un poco, acerqué los labios al oido de nuestro cochero.

»—¿Qué teneis Rosko? le dije en voz baja para que Aninia no lo oyese; parece estais asustado y que os alcanza el sobresalto de los caballos, novedad para mí incomprensible.

»Recapacitó un rato el abuelo, y luego me apuntó al oido:

»—Temo que los lobos sigan nuestras huellas; por cuanto la crudeza los ha desemboscado, el hambre nos los acarrea, y estamos perdidos, si no nos salva la diligencia de nuestros caballos.

»He presenciado muertes horrorosísimas; pero ni el estruendo de las batallas ni las barredoras baterías me extremecieron como estas palabras. Mi primer pensamiento se clavó en Aninia; ya me figuraba estar viendo despedazados sus primorosos miembros por aquellos mónstruos. Muchas veces habia oido hablar de la tenacidad y rapidez con que los lobos persiguen su presa. Si nuestros caballos no desfallecian, estábamos en salvo; pero mi imaginacion se representaba con mas certeza que la perseverancia de los lobos postraria sus fuerzas, y que nosotros seríamos sus víctimas.

»Tenia un cuchillo de monte, una carabina y dos pistolas: pero mi provision de pólvora y de perdigones era escasa, y solo podia servir para derribar á algunos de nuestros perseguidores, cuya costumbre es redoblar á cientos sus embestidas nocturnas.

»Entre tanto el anciano seguia aguijando mas y mas á los caballos; pero no habia necesidad de esto, porque el instinto natural de estos animales les dió alas sin el aviso nuestro.

»Yo estaba clavando de contínuo la vista hácia atrás, y escuchando en el silencio de la noche el mas leve rumor que me anunciase nuestro paradero. Rosko tenia el oido y la vista mas finos que yo, y me dijo de repente:

»—Ya vienen! ya vienen! ¿No oís el estrépito y los aullidos? Aquel punto oscuro que se adelanta allí es un rebaño de mas de ciento.

»En aquel momento reconocí lo que la penetrante vista de Rosko habia descubierto primero. Una mole descomunal se movia disparadamente cual sombra y se iba acercando mas y mas; me parecia ir volando por encima de la llanura de nieve, y no podíamos dar razon de su camino, y sin embargo se adelantaba de tal modo que amenazaba alcanzar y aun adelantar á nuestros caballos, cuyas fuerzas empezaban á flaquear.

»Horrendos y montaraces alaridos atronaban las tinieblas, y unas veces se parecian á un gruñido, otras á los sordos y dolorosos ayes de un hombre en peligro.

»Aninia aun no sabia nada; y todo lo sucedido no pudo despertarla de los sueños que hacia acerca de los próximos sucesos en la casa paterna, y acerca de los mas remotos, en los que sobresalia la estampa de su querido Leon. Mas tarde me ha referido muchas veces lo que pasaba entonces en su corazon. Yo no podia dejarla por mas tiempo en esta venturosa ignorancia del peligro que nos amenazaba. Ya se deslindaban las manadas diversas de los mónstruos devoradores; muchos se adelantaban ya á la muchedumbre y se acercaban hasta el alcance de mi carabina. Tomé el arma y la apunté al primero.

»—Bájate, exclamé, y Aninia se despertó como de un profundo sueño.

»Me miró en ademan de preguntarme; pero descifró en mi semblante que no era trance de explicaciones, y bajó maquinalmente la cabeza y el pecho, é hiriendo al mayor y capataz de los demás, cayó al golpe. La explosion habia despertado á la doncella, que daba agudísimos alaridos, creyendo que éramos acometidos de ladrones.

»—No son mas que lobos, dijo el viejo Rosko con una frescura horrorosa, que se comen al que acaba de caer. Ya estamos desembarazados de un enemigo: pero hay mas de un centenar que serán nuestros compañeros de viaje hasta que...

»No continuó, no queriendo dar á conocer á las mujeres lo horroroso de nuestra situacion.

»Alentados los caballos por el carabinazo, se abalanzaron con nuevo esfuerzo, mientras que los lobos se pararon al rededor del cadáver.

»—Esto no los detendrá mucho tiempo, murmuró Rosko: pues los conozco, en breve nos vendrán detrás, y nuestros caballos desfallecerán.

»Entonces tuve ocasion de admirar la fuerza de alma de Aninia, pues tomó á su cargo la doncella, y consolándola consiguió que se resignase, y sobre todo que confiase en aquel cuya sola voluntad puede amansar á las fieras. Se postró de rodillas en el fondo del trineo, lo mismo que la doncella; mas esta no tuvo serenidad para rezar, y la infeliz volvia á exhalar sus alaridos y sus lamentos maldiciendo el desdichado viaje. Los rayos de la luna alumbraban como un reflejo el hermoso rostro de Aninia. Con las manos juntas rezaba á media voz con la mas cabal resignacion, sin que su espíritu pareciese estar turbado. Este cuadro me alentó y me dió alguna esperanza, y volví á cargar la carabina que tenia á mi lado, mientras que los caballos hicieron cuanto pudieron para escapar á sus sanguinarios perseguidores. En el mismo momento volvimos á oir el ruido de su marcha, y luego columbré algunos de los mónstruos que llevaban la delantera á la tropa, encarando contra nosotros sus quijadas chorreando sangre.

»El segundo tiro volcó al mas arrojado, y esperaba volver á ganar tiempo; esperaba que favorecidos con el alto repetido de aquellas fieras cerca de los cadáveres, podríamos alcanzar los linderos de la selva ó alguna habitacion.

»Mas ¡ay! ¡cuán infundados eran mis cálculos! Esta vez en pocos instantes devoraron á su camarada, y apenas habia tenido tiempo para volver á cargar, cuando ya estaban detrás de nosotros.

»—De nada sirve todo esto, me dijo Rosko; porque pronto se tumbarán los caballos y estaremos perdidos.

»En efecto, ya se notaba un decaimiento en los conatos de los pobres animales. Empezaron á jadear y á correr con desigualdad; hicieron todo cuanto estaba en sus alcances, porque sabian que solo la gran priesa podia salvarles; mas sus fuerzas se iban mas y mas apurando. Varias veces se habian ya echado el uno tras el otro, y entonces solo se levantaban por un esfuerzo desesperado. Nos encontramos en un horroroso conflicto. Yo temblaba, no por mi vida sino por la de Aninia; derribé algunos mas de aquellos mónstruos; pero ya nada podia detenerlos en su carrera; ya estaban sobre nosotros; sus aullidos se oyeron mejor; yo pude divisar sus bocas sangrientas, sus colmillazos, sus quijadas colgantes y manchadas de sangre y sus ojos centellantes.

»Y ¡qué innumerable tropel!... Ya se me habia acabado la pólvora; no tenia mas armas para defenderme contra las fieras que mis dos pistolas, que aun estaban cargadas, mi cuchillo de monte y mi carabina. Todo esto lo habia notado Rosko.

»—Aun nos queda una esperanza, dijo: me acuerdo haber visto al venir una choza de cazadores abandonada, y si pudiésemos lograr alcanzarla, estamos salvos momentáneamente; sin esto, los lobos nos hacen pedazos y sacian con nuestros cadáveres su hambre devoradora.

»—Señor, continuó con voz trémula, si llega este caso, entonces, porque aun teneis vuestras pistolas cargadas, entonces sed caritativo, y dad á nuestra querida señorita una pronta muerte, para que no tenga que sufrir otra pausada y cruel bajo los dientes de los lobos.

»Miré atónito al criado veterano; una lágrima corria por sus arrugadas megillas, y aun me hizo una seña con la cabeza para afirmar el terrible sentido de sus palabras. Nunca olvidaré aquel trance. Un frio helador se apoderó de mí; miré el suave y encantador semblante de mi hermana, y levanté los ojos al cielo con desesperacion, pues me parecia que la salvacion habia de bajar del em-

píreo sobre aquel ente angelical y religioso, qué, en su resignacion á la voluntad del Eterno, olvidaba cuantos peligros le rodeaban.

»De golpe vimos aparecer por los lados á nuestros encarnizados enemigos; observé cómo olfateaban el contenido del trineo, cómo procuraban reconocerlo antes de atreverse á acometerlo. En este punto me conceptué desahuciado de Dios y de su presencia. Cogí la pistola con la mano izquierda, y con una mirada incierta busqué en la cabeza de mi hermana el parage en que la muerte la alcanzase con mas seguridad y prontitud, pues me figuré que era yo un mónstruo del desierto destinado á quitar aquella presa á otros animales de mi especie.

»Mi diestra habia maquinalmente sacado el cuchillo de monte; un baño de sangre cuajabá mi vista, mientras estaba mirando á Aninia que rezaba, y los lobos hambrientos y las inmensas llanuras de nieve.

»Entonces fué cuando uno de los mónstruos se arrimó al trineo dando un salto terrible como para entrar en él; mas alcanzólo mi cuchillo y cayó moribundo al otro lado.

»Desmayóse Aninia al lado de la doncella que estaba, rato hacia, sin sentido.

»—Bien hecho, exclamó el tio Rosko con voz animosa; ahorrad la pólvora, ¡valeos del cuchillo y de la culata del fusil! Ya veo la choza! Sostened la pelea algunos momentos mas, y nos salvamos.

»Rosko zurriagó sin misericordia á los caballos, y los pobres animales dieron un nuevo empuje al trineo; parecia que estaban haciendo el postrer servicio á sus dueños con pleno conocimiento, y asi echaban el resto de todos sus brios. Entre tanto puse la pistola en el bolsillo de delante de mi vestido, y estaba en pié con la culata levantada.

»¿Fué esta posicion amenazadora la que produjo una inesperada impresion en nuestros perseguidores, ó la disparada carrera de nuestros caballos? El hecho es que se quedaron á una corta distancia detrás de nosotros, y ganamos una delantera que, si bien cortísima, era inestimable en nuestra situacion. Miré al rededor de mí, y muy cerca de nosotros vi la choza cuya puerta estaba abierta. Rosko dió gritos de alegria, parando con fuerza los caballos, y bajando del pescante, dijo:

»—¡Ya estamos, ya estamos! Ahora pronto, pronto, no perdamos un instante.

»Ya Aninia habia dejado el trineo con mucha serenidad y se habia refugiado en la choza. Rosko la siguió con la doncella en los brazos, siempre desmayada; yo fuí el último. Al entrar, el veterano me arrebató á viva fuerza y atropelladamente la carabina, y volvió á salir prontamente. Yo me quedé embobado, y siguiéndole con la vista, ví que volvian á aparecer los lobos en número infinito, y que en un momento estarian á nuestro lado. Llamé á Rosko rogándole que no se expusiera; pero su obra estaba ya hecha. Con dos latigazos habia hecho marchar á los caballos á galope, y volvia en el mismo momento en que dos sanguinarios mónstruos se abalanzaban hácia la cabaña. Dió muerte á ámbos con la culata, y entrando, cerró sobre nosotros con cerrojos la fuerte puerta de roble de la choza. En vano intentaria yo rasguear los impulsos que latian en mi pecho; muchos años han mediado ya; muchos sucesos lo han embargado lastimosa y duraderamente; pero nada se parece á lo que experimenté en aquel momento. Rebosaba de alborozo purísimo al ver á mi hermana fuera de peligro, y al mismo tiempo me conceptué reo de haber dudado del poder y de la grandeza de Dios; me sentia agradecido, y con todo era indigno de su gracia. Me sentia enternecido del mas profundo arrepentimiento, y no me atrevia á hablar á Aninia, que nunca habia desconfiado de Dios, y que ahora le estaba encaminando con voz entera su accion de gracias. El estruendo de los lobos contra la puerta bien cerrada me apeó por fin de estas reflexiones. Procuré despejarme y juntar mis oraciones con las de mi hermana, lo que me surtió tanto efecto, que luego me serené hasta el punto de esperanzar que Dios me perdonaria la desconfianza que aquel terrible peligro habia producido en mí.

»Cuando Rosko habia hecho partir los caballos, único medio de salvarlos quizá, habia tenido la prevision de quitar el farol encendido del trineo y de traerlo á la choza hospitalaria. Mientras qué los aullidos de los lobos se dejaban oir, mientras que saltaban contra la puerta y procuraban encaramarse contra las ventanas, que estaban provistas de fuertes postigos, examinábamos nosotros el interior de la choza y los objetos que nos rodeaban.

»Solo vimos paredes desnudas de tierra gredosa: un banco de tierra se extendia á lo largo de una de estas paredes, y en un rincon se encontraba un poco de paja medio podrida; pero á su lado habia un tesoro inestimable, que era una porcion de leña bastante para preservarnos durante veinte y cuatro horas de un frio helador. El criado viejo no perdió un momento para servirse de ella, y muy pronto un fuego halagüeño ardia en medio de la choza. El humo subia hácia el cielo raso y se perdia por una de aquellas aberturas del techo que regularmente se hacen en las chozas de los cazadores. Ahora respiraba mas libremente, y miraba ya con sosiego á mi idolatrada hermana, que estaba sentada en el banco, dedicada á reanimar á la doncella, que Rosko habia tendido allí. Algunas gotas de una bebida espirituosa la hicieron al fin volver en sí, y nos reunimos al rededor de la lumbre, cuyo calor vivificante surtió sumo efecto sobre todos nosotros.

»Mientras oíamos á nuestros enemigos, nos congratulábamos de estar en salvo. Libre la doncella del parasixmo de pavor, empezó á contarnos con una volubilidad indecible cuánto habia estado padeciendo, y cómo á cada instante habia temido ver saltar en el trineo á uno de los furiosos animales para engullirnos á todos; esta era su expresion.

»Yo estrechaba la mano de Aninia; encontráronse nuestras miradas, y leimos en ellas el gozo por nuestra conversacion.

»Solo el anciano Rosko aparecia empedernido con la fineza que el cielo nos habia concedido. Volvia tristísimas miradas á las llamas vacilantes; su frente estaba ceñuda, y de cuando en cuando sacudia la cabeza. No hice alto en esto, porque me hallaba dichoso. De repente oimos exhalar un alarido penetrante en la parte de afuera, y nos miramos todos con ansia; la pujanza del grito manifestó que no era voz humana la que lo habia dado; yo no conocia ningun animal á quien fuese propia. Luego cesó, mas el horroroso alarido que encerraba retumbó aun por mucho tiempo en nuestros corazones. Rosko dijo entonces:

»—Ese terrible grito nos participa, señor, la muerte de vuestro caballo predilecto; muchas veces oí aquel grito en el campo de batalla, y solo es propio de caballos jóvenes y fuertes que pelean hasta los últimos momentos con esfuerzos inauditos contra la muerte; apuesto que la yegua ha padecido menos; pero lo cierto es que las pobres bestias han sido pasto de los lobos, que aun están cebados en ellas, y nos dejan así un instante de reposo; pero luego volverán mas hambrientos y mas sanguinarios que antes.

»El antiguo criado decia la verdad; volvieron á empezar sus ataques contra la choza, y aun pudimos reconocer que se habia aumentado su furor, pues probaron de encaramarse por lo largo de las paredes para llegar al techo.

(*Se concluirá.*)

A LOS SRES. SUSCRITORES
DE
LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

Con el número anterior hemos distribuido á nuestros abonados el prospecto de la interesante publicacion que desde el próximo mes de Abril va á dar á luz el conocido escritor Don José de Castro y Serrano, bajo el título de

ESPAÑA EN PARIS.

Innecesario creemos hacer excitacion alguna á nuestros lectores para que adquieran una obra que podemos calificar hasta de indispensable, no solo para los que no lleguen á visitar la próxima Exposicion de Paris, sino tambien para los que á ella concurran.

Por eso recomendamos de nuevo la lectura de dicho prospecto, seguros de que no habrá persona alguna á quien no interese la publicacion de

ESPAÑA EN PARIS.

La Empresa de LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA, comprendiendo los altos y desinteresados fines del autor, y anticipándose al deseo de sus abonados, ha convenido con el expresado Señor de Castro y Serrano, las bases necesarias para que por medio de nuestra Administracion puedan recibir la obra.

Al efecto, todo suscritor á LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA, lo mismo en España que en Portugal ó América, que quiera recibir desde 1.º de Abril la obra ilustrada de

ESPAÑA EN PARIS,

debe dirigirse á nuestro Administrador ó á los comisionados, por medio de los cuales tengan hecho su abono á LA MODA, con arreglo á los precios siguientes:

En España, Canarias y Portugal, remitiendo á nuestra Administracion libranzas del Giro Mútuo ó sellos de correo. . . . . Rvn.	50
Suscribiéndose en casa de nuestros comisionados.	60
En la Isla de Cuba y Puerto-Rico, dirigiéndose á nuestros Agentes. . . . . Pfs.	5
En las demás Américas y Filipinas, dirigiéndose á los mismos . . . . . Pfs.	6

El pago en España puede hacerse, por los que así les convenga, en tres plazos, á razon de 20 rs. cada uno, si el pedido es hecho á nuestra Administracion, y de 22 rs. si ha sido por medio de comisionados. Las fechas de los pagos serán los dias 1.os de Abril, Junio y Agosto.

En América, el pago será de una vez al hacer el pedido al Agente.

La correspondencia se dirigirá precisamente al Administrador de LA MODA—CADIZ.

PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 83.

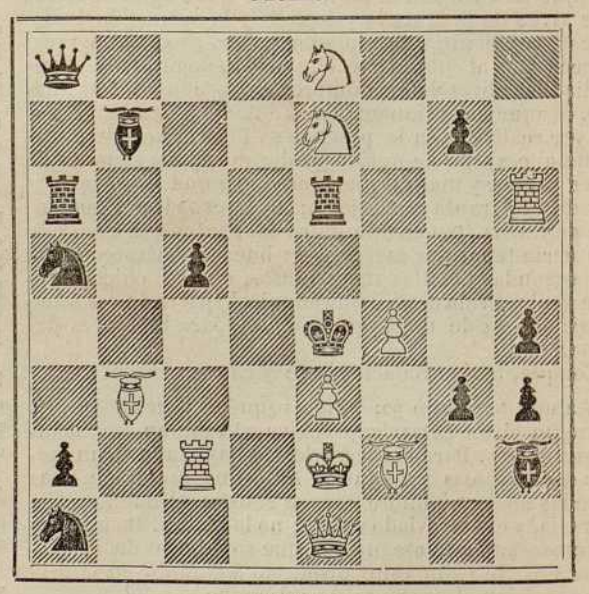
Blancas.	*Negras.*
1.ª C. c.ª A.R.	A. toma C.
2.ª R.ª toma P. mate.	

Variantes.

1.ª	P. pide R.ª
2.ª R.ª toma R.ª mate.	
1.ª	R. juega.
2.ª R.ª toma P. mate.	

PROBLEMA N.º 84, COMPUESTO POR D. JAVIER MÁRQUEZ.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 3 jugadas

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE DEBAJO DE RASO PAJA.—El borde inferior va guarnecido con un rizado plegado de dos cabezas, hecho de gasa de seda blanca lisa, y se orla por ámbos lados con una blonda blanca muy estrecha. Trage de encima de gasa de seda blanca, con listas mates, cortada al sesgo. Este trage se orla con un galon de cascabelillos blancos, recogido en ámbos lados por una ancha presilla; el corpiño escotado, de raso paja, se adorna por delante con un peto, y por detrás con una sobre-espalda, compuestos de bullonados de gasa blanca; mangas muy cortas, y mangas en extremo largas, correspondientes al trage de encima, y que se enlazan detrás; estas mangas tienen una guarnicion igual á la del trage de encima; los cabellos se sujetan por medio de una peineta ancha de coral; collar y brazaletes de coral.

TRAGE DE GRÓ NEGRO, sin otra guarnicion que un calabrote de seda puesto en el borde inferior; corpiño montante, guarnecido en las sisas de las mangas y en el escote con un fleco de medallas de azabache.

DIRECTOR: D. FRANCISCO FLORES ARENA.

CADIZ 1867. IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA á cargo de D. Federico Joly y Velasco, Bomba, n. 1.

Gilquin fils. imp. Paris

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

56, Rue Jacob, Paris

AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 13.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs... Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs...Seis meses,65...Tres meses, 35... Un mes, 12.

Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs....Seis meses, 42... Tres meses, 22...Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

EDITOR PROPIETARIO: Don Abelardo de Cárlos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes.... Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Libreria de Don C. Bailly-Bailliere, plaza del Príncipe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tánago, calle Hahana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux.
PARIS, Mr. Fermin Didot frères, rue Jacob, 56.

Sumario.—Corpiño-péplum.— Peinado para casa. — Dos dibujos para lambrequines chinos.— Registro de libros. — Cabeza de ciervo (tapicería).—Bota para señora.—Punto de aguja calado.—Velo á punto de aguja.—Crochet jaspeado. — Ruló ó vivo grueso. — Zagalejo al crochet.— Nueve modelos de trages diversos.—Mesilla de tijera.— Medallon para álbum ó cartera.—Velillo para globo de lámpara.—Pantalla de plumas. —Una aventura trágica.—La música entre los árabes españoles.—Locos deseos.—Los vecinos de Darlingen.— Problemas de ajedrez.

Corpiño-péplum.

Figs. 65 á 68 (verso) de la hoja de patrones adjunta al número anterior.

Este vestido, muy sencillo en extremo, puede hacerse de muselina blanca ó fulard blanco. — El trage, el *péplum* y el corpiño se orlan con una cinta azul ó de cualquier otro color, la cual tenga 4 centímetros de ancho. Las señoras sustituirán esta cinta lisa con una lamada de oro ó plata. El cinturon es siempre igual á la cinta de la orla.

Se cortan 2 pedazos por cada una de las figs. 65 y 67, dejando 2 cents. de tela de mas en el borde del delantero (figura 65),—la espalda entera por la figura 66, que representa solamente su mitad, y cada faldeta de delante entera, por la fig. 68, que representa su mitad. —Se hacen los pliegues de la espalda y de los delanteros poniendo cada cruz sobre cada punto; se reunen los pedazos desde 59 hasta 60, desde 61 hasta 62, haciendo una costura doble, y se coge el borde inferior entre los dos lados de una tira de tela de 2 cents. de ancho, que forma el cinturon, el cual se cierra con corchetes. Se hace un dobladillo en el borde superior, se pone en él la cinta ó el galon, y por delante, un ojal en que entra un boton puesto en el otro lado. En la manga, guarnecida como el corpiño, y que se cose desde 63 hasta 64, se forma un pliegue poniendo cada cruz sobre el punto, luego se la cose con un vivo en la sisa, 63 sobre 63. Se fija este corpiño sobre otro de debajo plano, cosiéndolos juntos por todas las costuras y por los bordes superiores é inferiores. Este corpiño no debe exceder del corpiño griego, y se le completa con una tira plegada de muselina representando una camiseta. Las dos *faldetas-péplum* se orlan como el corpiño, luego se cosen juntas desde 65 hasta 66. Se hace la abertura indicada en la faldeta de delante, se pliega el borde superior de las faldetas siguiendo el contorno del corpiño, se las orla (por arriba) con una tira estrecha, y en ella se ponen corchetes.

CORPIÑO-PÉPLUM.

Peinado para dentro de casa.

El cabello de delante, dividido por el medio, se peina hácia atrás sobre crepés, luego se une al cabello de detrás; se ata todo junto por primera vez en la direccion del borde superior de la oreja, luego por segunda vez á 24 centímetros de distancia; el excedente de los cabellos (desde la última atadura) se divide en dos mitades con cada una de las cuales se hace una trenza de tres cabos. Si los cabellos no son suficientemente largos, se añaden postizos atados á la última ligadura; se toma un crepé, se le fija sobre la cabeza, se le cubre con el cabello y se le rodea con las dos trenzas (véase el dibujo en la página 100 de este número).

Dos dibujos para lambrequines chinos.

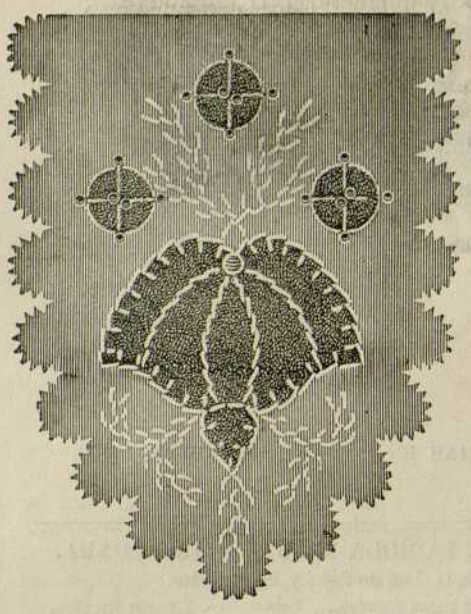
Estos dibujos están destinados á alternar con otro del mismo género, que hemos publicado en nuestro número 8 del presente año. En él podrán ver nuestras lectoras la explicacion correspondiente á esta labor, y la cual recomendamos por su originalidad y sencillez.

Acompaña á este número el patron n.º 3 ilustrado del presente año.

Registro de libro.

MATERIALES.—Cinta azul de moer; cinta blanca de tafetan; torzal blanco de seda; el mismo torzal azul; papel-canevas; cuentas de acero.

Este registro, hecho de cinta de moer azul, forrado de cinta blanca de tafetan, se adorna con dibujos recortados en papel-canevas blanco, pegados por medio de una disolucion de goma arábiga en el sitio que han de ocupar, luego fijados con torzal blanco de seda y cuentas de acero; la misma seda se emplea para el feston flojo de los lados transversales. En cada extremo del registro se ejecuta un fleco compuesto de cuentas de acero, ensartadas en seda azul.



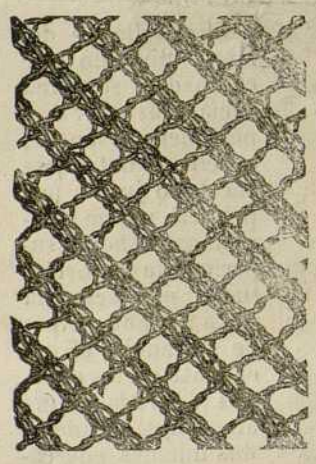
LAMBREQUIN (APLICACION DE PAÑO SOBRE PAÑO).

Dos lambrequines para cestas, etc.

Estos lambrequines (aplicacion de paño sobre paño) se emplean para adornar cestas de labor, escabeles, sillas de tigera, y á otros objetos.

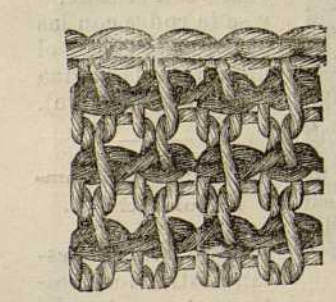
Se pueden variar en cada lambrequin las tintas del fondo, y sobre todo las de las aplicaciones; así es que se hará una de las puntas de paño negro con aplicaciones encarnadas y amarillas, y bordado de seda verde, color castaño, azul, etc.; la punta siguiente podrá ser blanca con aplicaciones azules y color castaño, ó habana, ó grises, con aplicaciones de cualquier color. El paño se recorta todo al rededor, como lo indican los dibujos de estas dos puntas.

Cabeza de ciervo (tapicería).



PUNTO DE AGUJA CALADO, PARA VELOS Y CORTINAS.

Este dibujo servirá para tira de tapicería, cuadros, etc. Al pié de él se hallan los colores de que se compone.



CROCHET JASPEADO.

RULÓ Ó VIVO GRUESO PARA CONFECCIONES.

Bota para señora (labor al crochet).

MATERIALES.— Para el par: 115 gramos de lana castor gris; — 16 gramos de la misma lana negra; un poco de la misma lana blanca; dos suelas de fieltro de 20 á 24 cents. de largo.

Esta bota se hace al crochet trenzado, variedad del crochet tunecino; una guarnicion imitando piel, compuesta de algunas filas de fleco, hecho con lana negra á puntos sencillos sobre un molde de dos cents. de ancho, va colocada en la parte anterior de la bota; entre estas filas de fleco se encuentran mezcladas algunas borlitas de lana blanca; por delante, la bota se cierra con cordones. Cada vuelta del crochet trenzado se compone como el crochet tunecino, de dos filas.

1.ª *fila.*—Se pica el crochet en la cadeneta por la cual se ha principiado la labor, ó mas adelante, en la vuelta anterior, y por allí se pasa la hebra que se conserva sobre el crochet.

2.ª *fila.*— Cada punto se desmonta con un punto en el aire que se hace.

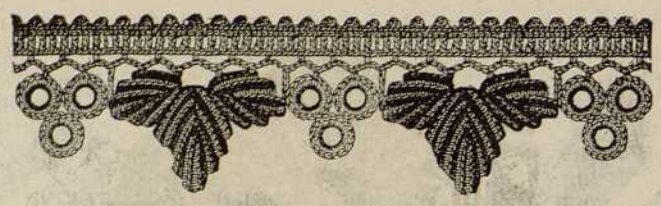
Se principia la bota haciendo una cadeneta de 57 puntos (largo del pié desde la punta hasta el talon inclusive); sobre esta cadeneta se hacen 60 vueltas, (cada una de dos filas, como se ha dicho), que representan la mitad de la bota. La 1.ª vuelta se hace al crochet tunecino comun. Con la 2.ª vuelta se principia el crochet trenzado, cuya explicacion acabamos de dar; los menguados y crecidos hechos en parte al al principio de la vuelta (para la primera mitad de la punta de la bota), y en parte al fin de la vuelta, es decir, al talon, dan á la bota la forma conveniente. En todas las vueltas donde no se mencionan crecidos ni menguados, el número de los puntos permanece el mismo.

2.ª y 3.ª *vueltas.*—Al principio de cada una se crece 1 punto (vueltas de crecidos y menguados).

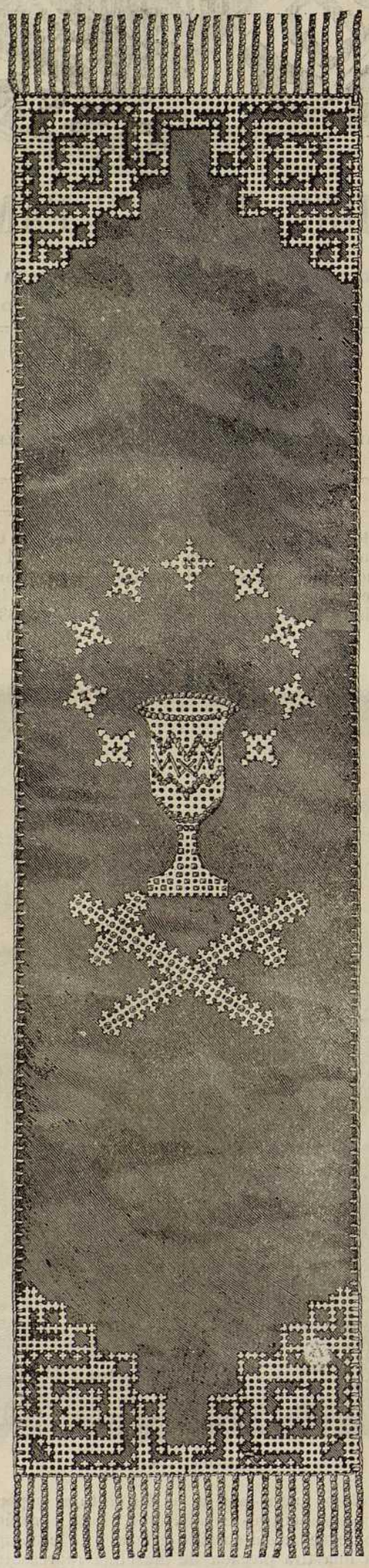
8.ª á 11.ª *vuelta.*—Al principio se menguan 2 puntos y otro al fin de la 11.ª vuelta.

12.ª á 20.ª *vueltas.*—Al principio de cada una se mengua 1 punto, — además, al fin de la 15.ª y de la 20.ª se mengua tambien otro.

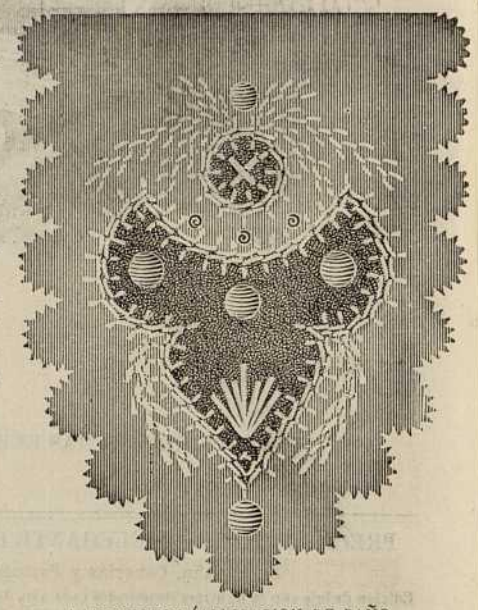
Al principio de la 21.ª y de la 22.ª se menguan dos puntos— desde la 23.ª hasta la 27.ª un punto,—en la 28.ª dos puntos, —de la 29.ª á la 32 un punto. Además, se crece un punto al fin de la 29.ª y de la 32.ª En las 38.ª, 44.ª y 50.ª vueltas, crécese un punto al principio y al fin de cada una. — Cuando la 60.ª está terminada, se orla el contorno, á excepcion del lado inferior, con una fila de puntos sencillos. Se ha terminado la primera mitad de la bota; la segunda se hace en todo semejante á esta, pero principiando las vueltas en sentido inverso, es decir, desde el talon; se reunen las dos mitades haciendo puntos sencillos por el derecho, primeramente en el medio por detrás, luego en un espacio de 11 cents. principiando por la punta de la bota; en cada mitad se hacen abrir ojetes, y luego se cose la bota á la suela. Se ponen dos filas de flecos á cada lado de la abertura, y tres en el borde superior.



ENCAGE AL CROCHET,



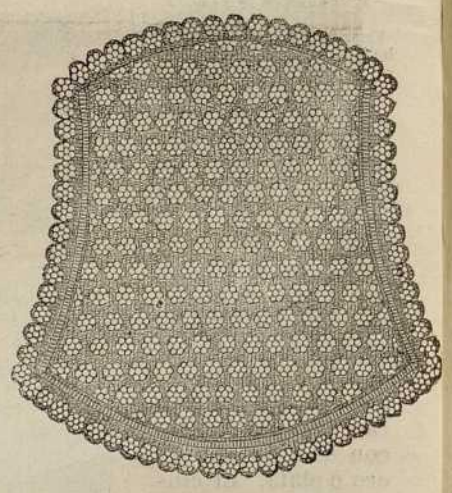
REGISTRO DE LIBRO.



LAMBREQUIN (APLICACION DE PAÑO SOBRE PAÑO).

Encage al crochet.

Al ejecutar este encage con algodon del n.º 100, se le dará el tamaño representado en nuestro dibujo y la labor podrá emplearse en la ornamentacion de objetos de ropa blanca. Para otros usos, se empleará algodon mas ó menos grueso, segun el destino del encage; se le hace á pedazos separados.

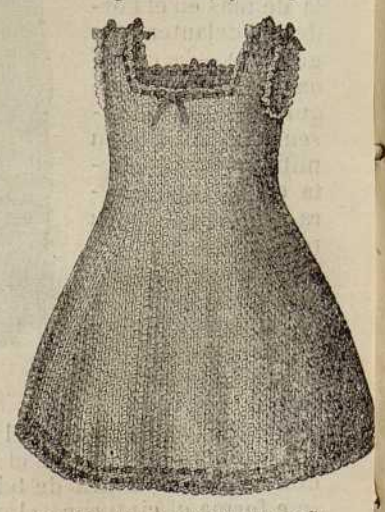


VELO A PUNTO DE AGUJA.

Para la hoja del medio del trébol se hace una cadeneta de 7 puntos; se pasa el último, y volviendo sobre los demás, se hace un punto sencillo en cada uno de los 6, uno en el aire para volver la labor.

2.ª *vuelta.* —2 puntos sencillos en el primer punto,— uno sencillo en cada uno de los 4 siguientes, y se pica siempre, así como para lo demás de la labor, en el lado de detrás del punto de la vuelta anterior; se pasa el último perteneciente á la 1.ª vuelta (este punto forma despues la punta de la hoja), se hace un punto en el aire, y se vuelve la labor.

3.ª *vuelta.* —Un punto sencillo en cada uno de los 6 puntos mas próximos, — 3 sencillos en el punto en el aire hecho antes de principiar la 2.ª vuelta, —uno sencillo en cada uno de los 5 puntos mas próximos, los cuales son el lado de debajo de la cadeneta por la que se



ENAGUA AL CROCHET PARA NIÑA DE 1 Á 2 AÑOS.

ha principiado la hoja, y cuyo primer punto se deja intacto; al hacer los 5 puntos que se acaban de mencionar, se fija el cabo de la hebra que ha servido para principiar la labor. Se hacen otras 5 vueltas del mismo modo, es decir, compuestas de puntos sencillos de ida y vuelta, y haciendo siempre 3 puntos en el del medio de cada vuelta, dejando siempre intacto el último de cada una. La hebra se fija, se corta, luego se ejecutan otras 2 hojas iguales á la anterior, pero cada una sobre una cadeneta de 6 puntos, y cada hoja de 9 vueltas. Cuando la última vuelta está terminada, se reunen al crochet las hojitas con la hoja grande.

Los tres círculos pequeños se hacen por separado. Para cada uno de ellos se ejecuta una cadeneta de 11 puntos, el último de los cuales se reune con el primero.

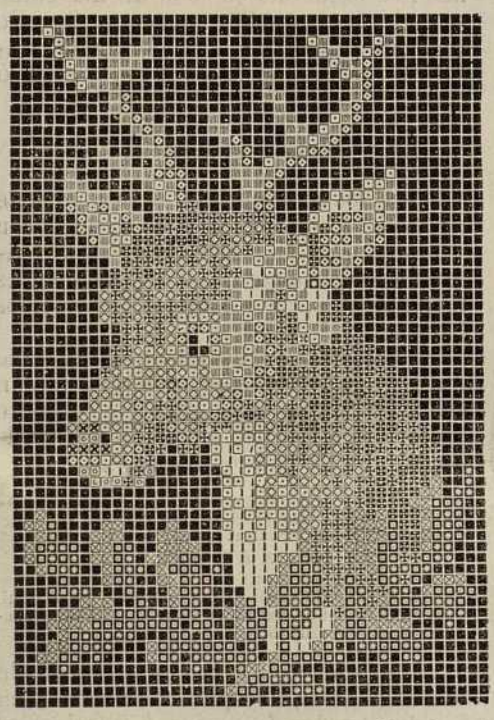
1.ª *vuelta.*—Un punto sencillo en cada punto.

2.ª *vuelta.* —15 puntos sencillos *á caballo* sobre el círculo, inclusa la 1.ª vuelta, y se fija al mismo tiempo la hebra. Despues de fijada y cortada la hebra, se hacen otros 2 círculos iguales á este, se los reune sucesivamente al primero haciendo un punto sencillo en uno de sus puntos de orilla, y copiando la disposicion indicada en el dibujo para estos tres círculos.—Cuando se tiene un número suficiente de hojas de trébol y de circulitos, se los reune haciendo la primera vuelta del borde, que se compone de festones (véase la disposicion del dibujo); cada feston se compone de 5 puntos en el aire y de uno sencillo, que se transforma en brida cuando se reunen un círculo y una hoja, y que se pica á través de 2 puntos de orilla.

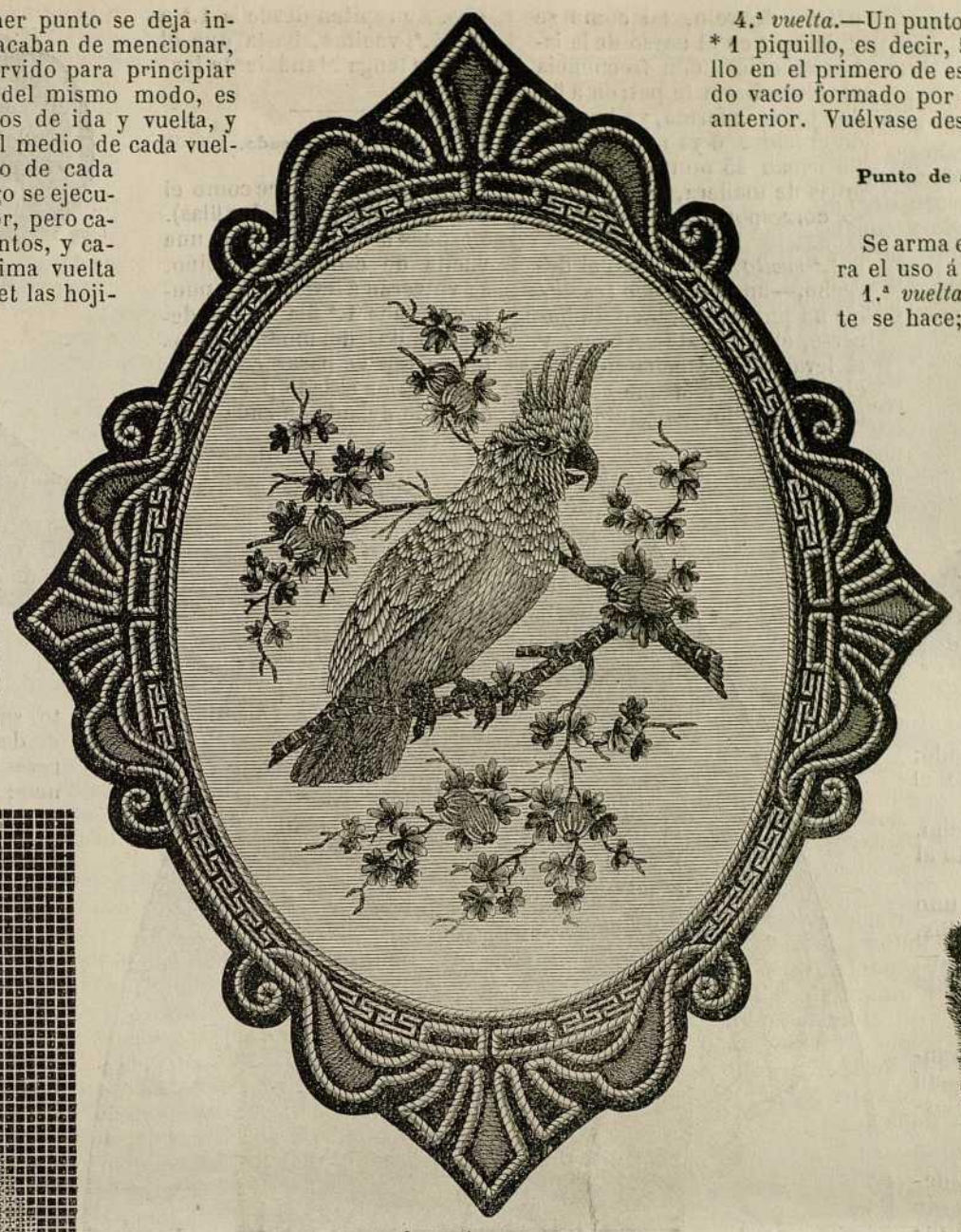
2.ª *vuelta* del borde. — * Un punto sencillo en el medio de los 5 en el aire mas próximos de la vuelta anterior, —5 en el aire. Vuélvase desde *.

3.ª *vuelta.* —Alternativamente una brida y un punto en el aire, por debajo del cual se pasa un punto de la vuelta anterior.

4.ª *vuelta.*—Un punto sencillo en el primero sencillo— * 1 piquillo, es decir, 5 puntos en el aire y uno sencillo en el primero de estos 5,—uno sencillo en el segundo vacío formado por los puntos en el aire de la vuelta anterior. Vuélvase desde *.



CABEZA DE CIERVO (TAPICERIA). — Explicacion de los signos: ■ Castaño muy oscuro. ⁂ Castaño menos oscuro. ⁂ Castaño media tinta. ◘ Castaño mas claro (amarillo). ▤ Castaño claro. ⊡ Castaño muy claro. ' Castaño muy claro, casi crudo. ⊠ Gris oscuro. ▣ Gris mas claro. ◘ Verde oscuro. ◘ Id. medio color. ⊠ Id. claro.



MEDALLON PARA ÁLBUM, CARTERA, ETC.

Punto de aguja calado, para velos ó cortinas pequeñas, etc.

Se arma el número de puntos necesarios para el uso á que se destina este punto.

1.ª *vuelta.*—Un punto *levantado*, el siguiente se hace; el *levantado* se echa por encima del que se acaba de hacer, luego alternativamente 1 echado y dos puntos hechos juntos al derecho.

2.ª *vuelta.*—Enteramente al derecho; sobre cada echado se hace un punto.

Cuando la labor se ha terminado, se la humedece, se la estira (si es un velo el que se hace, se estira la labor sobre el patron de este velo) y se la deja secar.

Velo á punto de aguja.

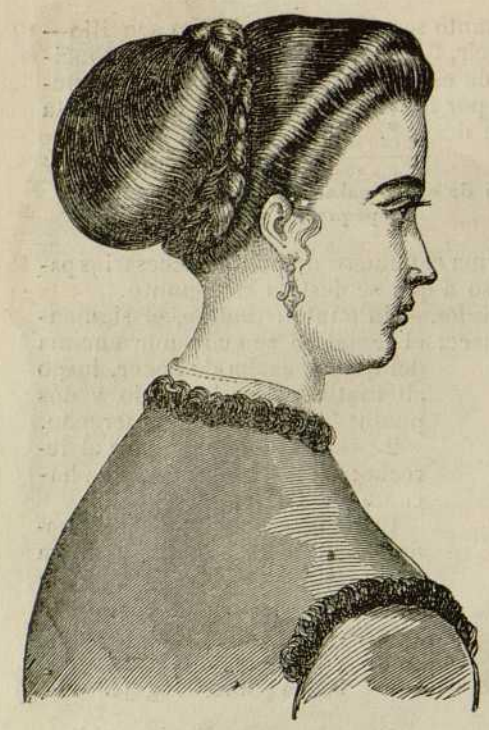
El velo cuyo dibujo publicamos es de lana negra de un hilo, y va rodeado con un encage labrado tambien á punto de aguja. Su largo es de 60 cents., su ancho de 45. Se corta en papel un

BOTA AL CROCHET PARA SEÑORA.

LAMBREQUIN CHINO.

MESA DE TIJERA.

LAMBREQUIN CHINO.



PEINADO DE CASA.

chos juntos,—1 echado,—1 levantado; así sucesivamente repitiendo desde el principio.

2.ª *vuelta.* — Enteramente al derecho. Sobre cada echado se hace un punto al derecho y uno al revés.

3.ª *vuelta.*—Uno al derecho,—* uno levantado,—1 echado,—3 hechos juntos, —1 echado,—1 echado,—1 levantado,—1 echado,—1 levantado. Vuélvase desde * hasta el fin de la vuelta.

4.ª *vuelta.*—Como la 2.ª

5.ª *vuelta.* —* 2 al derecho,—1 levantado;—1 echado,—3 hechos juntos,—un echado,—3 hechos juntos. Vuélvase desde * hasta el fin.

6.ª *vuelta.*—Como la 2.ª

Se hacen 4 vueltas enteramente al derecho, luego se vuelve á empezar desde la 1.ª, pero haciendo contrapuesto el dibujo.

Encage del velo.—Se arman 13 puntos.

1.ª *vuelta del encage.* — Uno levantado,—menguado,—1 echado,—menguado,—2 al derecho,—menguado,—1 echado,—4 al derecho.

2.ª *vuelta.* —Enteramente al derecho, pero sobre cada echado se hacen siempre dos puntos, uno al derecho y otro al revés.

3.ª *vuelta.*—Uno levantado,—menguado,—un echado—menguado,—otro menguado,—1 echado, — menguado, — otro menguado,—1 echado,—3 al derecho.

4.ª *vuelta.*—Como la 2.ª

5.ª *vuelta.* —1 levantado,—menguado,—1 echado—menguado,—dos al derecho,—menguado —1 echado,—menguado —1 echado,—4 al derecho.

6.ª *vuelta.*—Como la segunda.

7.ª *vuelta.* —1 levantado, — menguado,—1 echado,—menguado,—otro menguado,— 1 echado,— menguado,—otro menguado,—1 echado,—5 al derecho.

8.ª *vuelta.* —Como la 2.ª

9.ª *vuelta.*—Uno levantado,—menhuado,—1 echado,—menguado,—2 al derecho,—menguado,—1 echado,—6 al derecho.

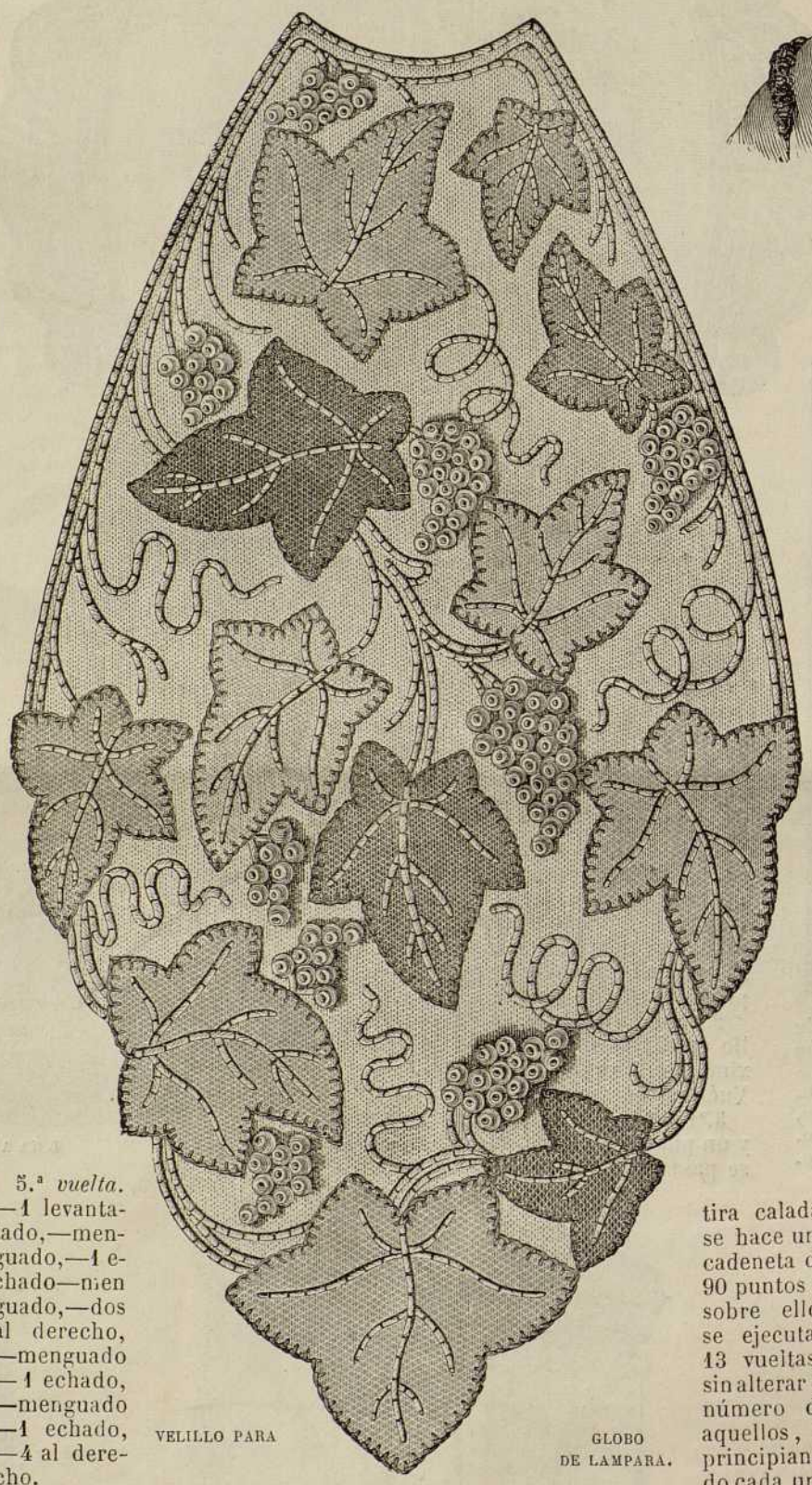
10.ª *vuelta.* —Como la 2.ª

11.ª *vuelta.*—Uno levantado,— menguado,—1 echado,—menguado,—lo demás enteramente al derecho.

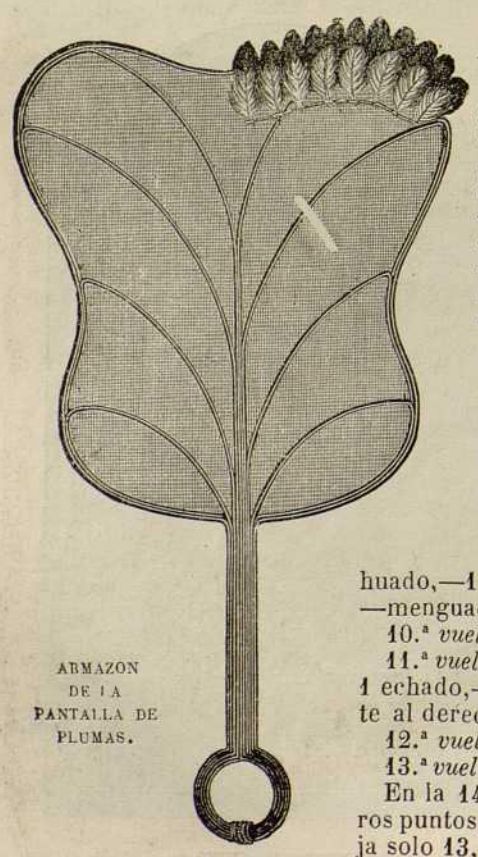
12.ª *vuelta.*—Como la 2.ª

13.ª *vuelta.*—Como la 11.ª

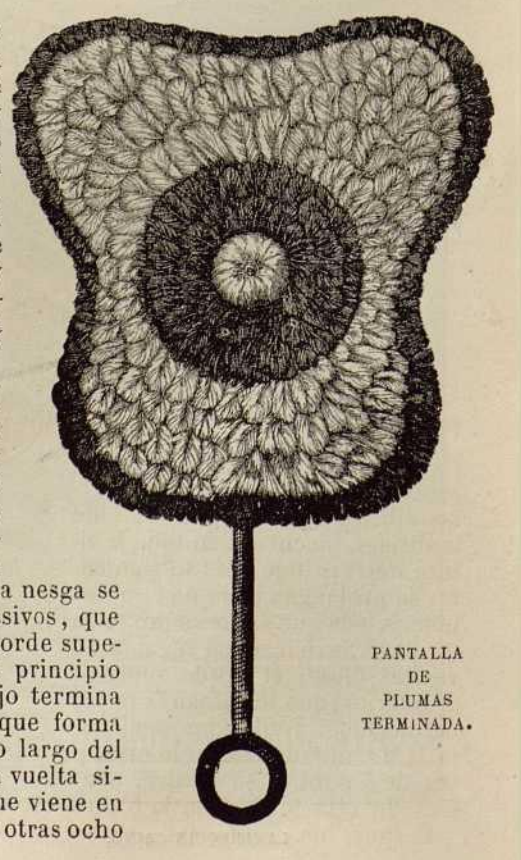
En la 14.ª vuelta se desmontan los 4 primeros puntos, de modo que queden sobre la aguja solo 13, que se hacen enteramente al derecho. Se repiten desde la 1.ª á la 14.ª vueltas, hasta que el encage tenga el suficiente largo.



VELILLO PARA GLOBO DE LAMPARA.



ARMAZON DE LA PANTALLA DE PLUMAS.



PANTALLA DE PLUMAS TERMINADA.

Crochet jaspeado.

Este punto se hace como el crochet tunecino (en dos filas). Despues de haber hecho una vuelta de crochet tunecino, se volverán á levantar los puntos en cada 1.ª fila de las demás vueltas, del modo siguiente: en vez de pasar cada buclecillo por el lado perpendicular de delante de cada punto, se picará el crochet una vez en el lado de delante, y la vez siguiente por el revés de la labor, por debajo de la cadeneta; se desmonta en cada 2.ª fila como si se hiciese crochet tunecino. Cuando cada fila se hace con un color ó con punto de él diferente, la labor es *jaspeado* ó *chiné*.

PEINADO DE CASA.

Rulo ó vivo grueso.

Los rulós se emplea en la mayor parte de los vestidos actuales; ellos guarnecen y adornan los trages de calle, los de baile, las *confecciones* de toda especie; es fácil hacerlos, pero es menester saberlos hacer.

Se cortan tiras de tela al sesgo, que tengan 2 á 3 cents. de ancho, se doblan sus bordes por ámbos lados, luego se reunen uno con otro haciendo puntos de dobladillo muy largos.

Zagalejo al crochet para niño ó niña de 1 á 2 años.

MATERIALES.—115 gramos de lana gruesa blanca (10 hilos); un crochet de madera de cent. y medio de circunferencia; cinta azul estrecha de tafetan.

El corpiño y el zagalejo se hacen de una sola pieza, con puntos sencillos; en los dos bordes (superior é inferior) se encuentra una tira calada á través de la cual se pasa una cinta de 1 cent. de ancho. El corpiño se cierra por detrás con botones gruesos de porcelana.

Se trabaja á lo largo del zagalejo, que es de 41 cents. por detrás, fuera de la tira calada: se hace una cadeneta de 90 puntos y sobre ellos se ejecutan 13 vueltas, sin alterar el número de aquellos, y principiando cada una sobre el borde superior. Con la 14.ª vuelta se principia la primera nesga, á 25 puntos de distancia del borde superior; la 15.ª vuelta se acorta en un punto solamente. Cada una de las 15 vueltas siguientes es 2 puntos mas corta que la que le precede; cada vuelta de las 8 siguientes es 3 puntos mas corta, de modo que la última de estas solo tiene 10 puntos.—La nesga se forma por estos acortamientos sucesivos, que deben producirse siempre sobre el borde superior del zagalejo, por consiguiente al principio de cada vuelta; por abajo, el zagalejo termina en línea recta. En el lado de detrás que forma el sesgo, se hacen otras 5 vueltas á lo largo del zagalejo (cada una de 90 puntos). La vuelta siguiente se acorta en 9 puntos,—la que viene en seguida en un punto, luego se hacen otras ocho

vueltas sin alterar el número de puntos. Al pricipio de la que va á hacerse se crece un punto;—al principio de la siguiente se añade una cadeneta de 33 puntos (hombrera). Sobre esta cadeneta y hasta el borde inferior del zagalejo se hacen 3 vueltas; se acorta la vuelta siguiente en 24 puntos, luego se hacen 2 vueltas sobre el mismo número de puntos. Aquí principia la nesga de delante, y se hace su primera vuelta, que se compone de 10 puntos sobre los 10 últimos (borde inferior del zagalejo) de la vuelta anterior. Cada vuelta siguiente se prolonga en 3 puntos, y se debe por lo tanto hacer los 3 primeros puntos de cada vuelta de estas sobre los 3 mas próximos de la última, ejecutada en toda la altura del zagalejo. Las 15 siguientes se prolongan cada una en dos puntos,—la que sigue se prolonga en uno. Se hacen en seguida 12 vueltas (desde el borde superior al inferior) que terminan la mitad del zagalejo; desde aquí se ejecuta la 2.ª mitad, igual á la otra, pero en sentido inverso. En la penúltima vuelta se forman los ojales, compuestos de 6 puntos en el aire, por debajo de los cuales se pasa un número igual de puntos de la vuelta anterior. Cuando está terminada la última vuelta, se cose el zagalejo desde su borde inferior hasta la mitad de su largo.

Despues de cosidas las hombreras, se orla esta sisa, así como el escote y la parte inferior del zagalejo con

una vuelta de puntos sencillos, sobre la cual se hace la 1.ª vuelta de la tira calada; para el borde inferior *solamente* se hacen las 3 vueltas de esta tira.

1.ª *vuelta de la tira calada.*—* Una brida, —1 piquillo (es decir, 5 puntos en el aire y uno sencillo en el primero de estos 5), por debajo del cual se pasa un punto de la vuelta anterior. Vuélvase desde * hasta el fin de la vuelta.

2.ª y 3.ª *vuelta.*—*Un punto sencillo sobre la punta del mas próximo piquillo de la vuelta anterior, —1 piquillo. Vuélvase desde * hasta el fin.

Se pasa la cinta á través de los calados de esta tira, siguiendo las indicaciones del dibujo.

Trages diversos (conciertos, comidas, etc.)

1°.—Trage de crespon blanco rayado, guarnecido por abajo con cuatro tiras sesgadas de raso verde manzaná, fijadas cada una por una roseta hecha de fleco blanco musgado, con una cuenta gruesa en el centro. Túnica de raso verde manzana, adornada con flecos blancos musgados y borlas blancas. Corpiño interior de crespon plegado.

2.—Trage de paño de seda azul, con delantal de raso blanco adornado de encages, y sobre ellos tiras al sesgo de paño de seda azul; iguales tiras rodeadas de encage estrecho sobre el trage azul; cuentas blancas entre estas tiras. Un cordon de rosas pequeñas se fija sobre el hombro derecho, y cae hasta mas abajo del cinturon, que está guarnecido por un encage ancho formando faldetas.

3.—Trage de debajo de tafetan amarillo, con tres volantes rizados. Trage de encima de tul blanco, con centellas de oro, enteramente bullonado. Lazos de cinta amarilla de raso.

4,—Trage de tafetan malva, con rizados y cintas del mismo color; en el hombro izquierdo un broche de cuentas sujeta un lazo de cinta de cabos largos. Cinturon de dos largas hojas, sin cabos. Camiseta de muselina plegada.

5.—Trage de debajo de paño de seda gris, adornado con cintas de terciopelo negra, y botones gruesos de filigrana de plata. Túnica de raso color de naranja guarnecida de encage negro, cintas de terciopelo negro, y botones de filigrana.

6.—Para señora de edad.—Trage de raso malva con delantal de raso blanco adornado con rosetas de cinta malva. El trage va orlado con una tira de terciopelo malva, rodeada de encage negro estrecho, y orlada con un bullonado de tul blanco. Lazos y cinturon de terciopelo malva. Camiseta montante de muselina blanca plegada.

7.—Trage de tafetan violeta, bordado con torzal negro de seda.

8.—Trage de debajo de tafetan rosa, con un volante estrecho. Trage de encima de crespon rosa, recortado como indica el dibujo. Este borde de enágua se adorna con tiras de raso rosa cortadas al sesgo, y fleco rosa con musgo. Las demás guarniciones de recortes son solamente figuradas. Banda de tul rosa sujeta en el hombro derecho con una rosa, y atada debajo del brazo izquierdo.

9.—Trage de terciopelo azul vivo, con copos de cisne, tiras y rosetas de cisne, estas adornadas en su centro con una cuenta gruesa.

Mesilla de tigera.

Los piés son de bambú, y forman una tigera que puede arrimarse á un lado despues de doblada sin ocupar mucho sitio, puesto que puede separarse de la tabla superior ó platillo. Este se cubre por dentro con un pedazo de paño, que lleva aplicaciones tambien de paño; por fuera va adornado con lambrequines y medallones. Los piés se adornan con un cordon y borlas encarnadas.

Medallon para álbum ó cartera.

MATERIALES. — Moer gris plata; terciopelo negro; cordoncillo de oro grueso y fino; torzal de seda blanco, gris, amaritlo, color castaño, naranjado, grosella, castaño oscuro, verde de muchas tintas.

Se bordará este medallon sobre muer, tafilete ó paño de seda; el bordado se ejecutará al pasado, á punto de *minuta* y de cordoncillo. El cuerpo del ave se hace con seda blanca y seda gris, la cresta con seda amarilla, el pico y las patas con seda negra. Las ramas son color castaño, las bayas color grosella; las hojas son verdes. El marco de este medallon es una aplicacion de terciopelo nogro, adornado con cordoncillo de oro de dos gruesos. Los demás adornos de este marco se bordan al pasado con seda color castaño.

Velillo para globo de lámpara.

MATERIALES. — Crespon de muchos puntos del verde; crespon negro, encarnado, castaño claro y castaño oscuro; cordoncillo de oro fino, y el mismo cordoncillo muy grueso; cuentas pequeñas de oro; cuentas blancas.

El fondo y las hojas son de crespon; los racimos de cuentas blancas y cuentas de oro; el cordoncillo mas grueso se emplea para los tallos y los zarcillos, el mas fino para las venas de las hojas.

El velillo se compone en todo de seis grandes hojas semejantes á la del dibujo que publicamos. Cada hoja grande se corta en crespon verde *triple,* dejando un centímetro de mas por fuera del contorno; cada hoja de parra es *sestuple,* se aplica sobre el fondo y se festonea con seda del mismo color de la hoja. Para evitar la monotonía, las cuatro primeras capas de la hoja serán de crespon verde claro, las dos siguientes de crespon negro,—encarnado,—castaño claro,—castaño mas oscuro. Los racimos se hacen de cuentas blancas, fijada cada una por una cuenta de oro pequeña. El cordoncillo de oro se cose con seda negra, formando los puntos transversales que indica el dibujo.

Cuando están terminadas las seis hojas grandes, se forra cada una con crespon verde, puesto doble, festoneado por todos sus contornos; se cosen unas con otras estas hojas grandes, desde el borde superior hasta el principio del feston.

Pantalla de plumas.

MATERIALES. — Plumas pequeñas de pichon blancas y negras; hilo de laton blanco de mediano grueso; tul rígido blanco; un poco de tafetan rosa; cuentas pequeñas blancas de cristal; cuentas de azabache.

Se corta en tul rígido un pedazo que tenga la forma de la pantalla (17 centímetros y medio de alto, 15 de ancho medido en su parte media), ó cualquiera otra forma ovalada ó redonda: se orla el contorno de tul pasando por él un pedazo de alambre de laton, que debe esceder de la pantalla por abajo en 12 centímetros poco mas ó menos; se cosen sobre el tul (véase el dibujo de la armazon) 8 pedazos de alambre de laton que hagan las veces de *venas,* y que escedan 12 centímetros cada uno del borde inferior. Estos pedazos representan el cabo ó mango de la pantalla, y, divididos en dos partes, cada una de 5 pedazos, sirven para formar el anillo inferior; se los forra con algodon blanco, sobre el que se cosen en filas apretadas cuentas blancas para el mango; negras para el anillo.

Por el lado revestido de los alambres, y principiando por el borde superior, se cosen plumas tan próximas como se pueda, sin dejar ningun vacío, debiendo cubrir cada pluma el cabo de la que pertenece á la fila anterior. La primera fila se compone de plumas negras que esceden de la pantalla en la mitad de su altura; en cada fila siguiente las plumas van *contrapuestas.* Se rellena la pantalla con plumas blancas, dejando en el centro una circunferencia de unos 5 centímetros, que se cubre con plumas negras, y en cuyo medio se coloca una flor de plumas. Para hacer esta flor, se cortan 8 plumas blancas en forma de hojas, se las reune, se las fija sobre un tallo de laton por medio de una hebra de seda, se adorna su centro con una cuenta negra, se pasa el tallo por el tul, y se cubre el otro lado de la pantalla con tafetan rosa.

UNA AVENTURA TRAGICA.

(Conclusion.)

»Estábamos padeciendo una espantosa zozobra, con los ojos fijos en la abertura del techo. En aquel instante cayó la doncella sin conocimiento, señalándonos con el dedo aquella abertura.

»Nuestras miradas encontraron en él una terrible aparicion; cuatro cabezas de lobo, con sus bocas aun espumantes de sangre. Al través del humo parecian aquellas espantosas cabezas demonios del infierno, mónstruos fabulosos. Solo Rosko conservó su presencia de ánimo, echó un fogote en la llama; y dijo:

»—Nada hay que temer de estos, pues tienen miedo al fuego, que cegándolos les estorba el vernos.

»Pero de repente se dejó oir un estruendo espantoso, y tres de los mónstruos desaparecieron en el momento en que parte del techo, que era de madera, se habia roto debajo del cuarto, que cayó en medio del fuego.

»—Retiraos, exclamó el viejo Rosko. Tirad, me dijo á mí, pero que el golpe sea certero.

»El tomó el fusil. El animal daba gritos horrorosos; yo tiré, y en el mismo momento lo acabó de matar Rosko de un culatazo. Lo retiramos del fuego en que su sangre habia producido un humo espeso y hediondo, y lo llevamos á un rincon. Rosko me dijo:

»—Este es probablemente el único ensayo de este género que tendremos que temer en el discurso de esta noche; pero el dia, añadió, el dia nos conducirá mas de estos huéspedes de los que podremos matar.

»Solo yo oí estas palabras. Le pregunté en voz baja qué temor podia haber de dia, teniendo la esperanza de que con el alba los lobos abandonarian nuestra guarida para reemboscarse.

»Aun cuando así fuese, respondió desconsoladamente ¿de qué nos serviria? Habiendo muerto los caballos, ¿cómo podrá alcanzar á pié el confin de la selva una criatura tan débil como la señorita Aninia? La noche nos volverá á sorprender, y los lobos sabrán muy bien volvernos á encontrar; mas aun esta esperanza es enteramente vana. Donde quiera que los lobos se juntan en tan gran número, ya no temen la claridad del dia.

»Mientras nos dure la provision de leña, el fuego nos preservará de un ataque por arriba; con todo, de dia la llama no les causa tanto pavor. Es preciso que reunamos todo nuestro valor, todas nuestras fuerzas para los próximos sucesos, para defender á las mujeres y nuestras vidas hasta el último momento. Pero de nada servirá todo esto, añadió con voz apagada.

»Mi única esperanza, fundada en el amanecer, quedaba pues desvanecida, y ahora me parecia cierto nuestro exterminio, y así es que la amargura de la desesperacion se apoderó de mi alma.

»Temeroso de que Aninia viese mi turbacion, y deseoso de que conservase cuanto pudiese la poca tranquilidad que le quedaba, me acerqué á ella. Las horas pasaban con lentitud y con ánsia. Aninia se habia dormido, y descansaba como un ángel de paz, como un niño que no conoce los peligros que le rodean; se sonreia dormida, lo que me traspasaba el corazon.

»Siguió el viejo Rosko conservando el fuego calladamente; y habia tenido razon, ninguno de aquellos animales se dejó ver en la abertura del techo; pero sus arañazos contra la puerta, sus estruendos, sus aullidos continuaron toda la noche.

»Antes que Rosko me hubiese comunicado sus observaciones, todos mis votos llamaban al dia; ahora deseaba que la noche fuese eterna. ¡Insensatos anhelos del hombre! qué íbamos á lograr con esto, sino la pausada muerte del hambre, en vez de la que nos estaba reservada por la boca de los lobos.

»Las estrellas empezaban á enmarañarse, y rayó el temido dia.

»Ya se acercaba el momento en que habian de cumplirse las predicciones de Rosko. Alentados los mónstruos por el dia, se encaramaron hasta veinte sobre el techo, que estaba á pique de aplastarse bajo su peso.

»Aninia dormia siempre; por lo que daba gracias á Dios. En este apuro, cuando ya parecia perdida toda esperanza de salvacion, oimos partir mas de cincuenta fusilazos, y gritos de caza y ladridos de perros hirieron nuestros oidos. Al oir esto, se levantaron las mujeres, y nuestros perseguidores se descolgaron del techo y se alejaron dando espantosos aullidos.

»Rosko abrió la puerta con precaucion y exclamó al punto:

»—Los lobos ya están lejos de aquí, y ved ahí los cazadores que salen de la selva.

»Nos disparamos hácia la puerta. ¡Se nos restituia la libertad, y con ella el goce de la tierra y la magnificencia de aquel sitio! La fuente de la vida se renovaba en nosotros al respirar aquel ambiente delicioso.

»Entonces vimos comparecer á nuestro libertador al frente de muchos cazadores: era Leon de V***. ¿Quién podria describir aquel momento? Yo estaba fuera de mí, embriagado de gozo, pues veia sana y salva y á mi lado á mi adorada hermana, dotada con todos los embelezos de la mocedad y de la virtud. Tendió ella con dulce sonrisa la mano á Leon, que la apretó contra sus labios. Mientras que sus compañeros perseguian á los lobos, le participamos todo cuanto habíamos padecido, y él nos contó cómo habia venido de intento á socorrernos.

»Habia cundido la noticia en el palacio de su madre de que un rebaño de lobos, bajados de las inmensas selvas de la Lituania, ocupaba la que nosotros habíamos de atravesar; que ya habian sucedido muchas desgracias y que los habitantes de los alrededores se habian reunido para darles caza. Sobresaltóse sobremanera; juntó al punto todos los hombres en estado de llevar armas, y partió en el momento en que otros hacendados llegaban con sus aldeanos. Es cierto que estos no contaban salir para esta caza hasta el dia siguiente; pero nada pudo detener á Leon; su elocuencia, al describir nuestros peligros presumibles, los venció á ellos y desvaneció la zozobra de su madre.

»Así es, queridos amigos mios, continuó, cómo he tenido la dicha de contribuir á vuestra salvacion.»

M. de F.

LA MUSICA ENTRE LOS ARABES ESPAÑOLES.

La música y el canto alcanzaron gran boga y estima entre los árabes de España. Los alcázares de príncipes y magnates estaban llenos de cantores, y sobre todo de cantoras, que los inundaban de armonía en las contínuas zambras y fiestas. Cuéntase que Ibn Abbas, visir del rey de Almería Zohaiv, hombre muy opulento y sibarita, tenia en su alcázar quinientas jóvenes cantoras, todas ellas de notable hermosura. Tales artistas obtenian de la munificencia de nuestros árabes gran consideracion y crecidos sueldos, y muchas de ellas sobresalian, no solo en el canto y la música sino tambien en la poesía. Durante las fiestas y saraos de sus señores ellas cantaban y tañian ocultas detrás de cortinas ó mamparas (en árabe *asitáras*) que las esquivaban á los ojos de los concurrentes, los cuales encantados con sus tonos y melodías, creian escuchar las voces y notas de invisibles genios.

La aficion de los árabes por la música data desde los tiempos mas antiguos. Abulfarag el Ispahanense, en el siglo X, recogió en su *Gran Libro de las Canciones* las sentidas y armoniosas coplas que cantaban los beduinos anteriores á Mahoma al son de sus laudes y guzlas, y trae anécdotas muy curiosas relativas á las muchachas cantoras y citaristas que tenian en sus aduares y alcázares los xeques y emires. Posteriormente el pueblo árabe enriqueció sus conocimientos en esta maravillosa arte con el estudio de la música griega, como se ve por el importantísimo libro que escribió en la primera mitad del siglo X, Abu Nasar Alfarabi.

Pero los árabes no fueron serviles imitadores del arte griego, sino que lo perfeccionaron y le imprimieron un carácteres pecial con su propio genio y aficion. Los ára-

bes españoles conocieron é inventaron gran número de instrumentos musicales. Cuenta un autor árabe que en Sevilla se usaba el *jayal*, el *carich*, el *laud*, la *rota*, el *rabab* ó rabel, el *canun*, el *munis*, la *canira*, la *gandra*, el *zalamí*, la *axxocra*, la *anraura*, dos especies de *cítaras*, la una áspera de sonido y la otra suave, y finalmente el *boe* ó albogue. Conocianse además otros muchos, entre ellos el *adufe*, la *guzla*, el *acual*, la lira, el *garabi*, el *abucanun*, el *añafil*, el *atabal*, el *tambur*, la *dabdaba* del Sudan y el *hamaquí* berberisco. La lengua castellana encierra muchos nombres de instrumentos pertenecientes á la lengua árabe, pregonando así la influencia que tuvo un pueblo tan culto en este ramo de las bellas artes.

Los árabes españoles cultivaron sobremanera el estudio de la música, ilustrándole y perfeccionándole con muchos tratados y obras de mérito. En el siglo XII escribió un excelente libro sobre la música española el célebre granadino Abu Beer Ibn Bacha, que segun dice un escritor árabe, alcanzó en el Occidente la misma reputacion que el famoso Alfarabi en el Oriente. Un siglo despues, Yahya Aljuduch, de Murcia, compuso un *Libro de las canciones andaluzas* en competencia con el celebrado *Gran Libro de las Canciones* que habia escrito en Asia el referido Abulfarag el Ispahanense.

Pero los progresos de este arte en la España Sarracena datan desde la época del famoso maestro Ziryab. Creemos que nuestras lectoras oirán con gusto algunas curiosas noticias de este ilustre compositor que hemos hallado en los autores árabes.

Llamóse *Abulharan Alí ben Nafi*, y por sobrenombre *Ziriab* que quiere decir en árabe un ave negra de canto melodioso: apellidáronle así por el color moreno de su tez y su habilidad en el canto. Nació en Bagdad hácia fines del siglo VIII de nuestra era y allí aprendió la música bajo la direccion del célebre maestro Ishac el Maussili. Reinaba á la sazon el califa abbasida Harun Arraxid tan conocido por los cuentos de las Mil y una noches: príncipe ilustrado y protector de las ciencias y las artes.

Sucedió un dia que el califa preguntó al maestro Ishac si no conocia algun nuevo cantor de mérito que poderle presentar.

"Yo tengo un discípulo, (respondió Ishac), que canta bastante bien, gracias á mis lecciones, y tengo motivos para creer que algun dia me dará honor.

"Dile, pues, que se me presente," añadió el sultan.

Introducido en presencia del monarca, Ziryab, supo agradarle desde luego por sus modales distinguidos y por la gracia de su conversacion. Despues, como le dirigiese Harun algunas preguntas sobre el arte que ejercia, Ziryab le respondió:

"Yo sé cantar como otros lo saben hacer; pero además yo sé lo que otros no saben. Mi manera de cantar no se ha inventado sino para un inteligente tan práctico como vuestra alteza. Si lo tiene á bien, voy á cantarle lo que oido alguno no ha escuchado todavía."

Harun Arraxid le mandó cantar; pero habiéndole presentado al afecto el laud de su maestro, Ziryab rehusó servirse de él, y pidió uno de su propia invencion.

"Pues ¿cómo, le preguntó Harun, rehusas el laud de Ishac?

"Si vuestra alteza, respondió Ziryab, desea que yo le cante alguna cosa segun el método de mi maestro, yo me acompañaré de su laud; pero si quiere conocer el método inventado por mí, necesito absolutamente del mio."—A estas palabras añadió Ziryab una descripcion de su instrumento que dejó maravillado al califa. Díjole que sus cuerdas estaban forradas de una seda que no se habia hilado con agua caliente y que dos de ellas, la grave y la triple, procedian de las tripas de un leoncillo. Ziryab templó luego su laud y acompañándose de él cantó una oda que habia compuesto en loor del sultan, el cual quedó tan prendado que reprendió duramente á Ishac por no haberle presentado antes á tan maravilloso artista.

Ishac se excusó diciendo, como así era verdad, que Ziryab le habia ocultado cuidadosamente á dónde rayaban su invencion y su genio; mas luego que se halló á solas con su discípulo, le habló así:

"Ziryab, tú me has engañado villanamente, haciéndome un misterio del alcance de tu talento. Voy á hablarte con franqueza, diciéndote que ya te miro con envidia y rivalidad, como es inevitable entre artistas que cultivan la misma arte y que son iguales en mérito. Además, tú has conseguido agradar al califa, y sé que dentro de poco vas á suplantarme en su favor, lo cual no perdonaria ni á un hijo mio. A no profesarte un resto de cariño, porque eres mi discípulo, yo no vacilaria en matarte, y tal podria suceder que nada me contuviese... Tú, por consiguiente, puedes escoger entre dos partidos: ve á establecerte lejos de aquí, júrame que jamás oiré hablar de tí, y entonces yo te daré cuanto oro quieras; ó bien permanere aqui á pesar mio, mas yo te prevengo que en tal caso arriesgaré vida y hacienda para perderte. Elige pues."

Ziryab se decidió prontamente, aceptando el dinero que le ofrecia su maestro y partiendo de Bagdad con sus mujeres é hijos. Algun tiempo despues, Harun Arraxid ordenó á Ishac que volviera á presentársele con su discípulo. Ishac le respondió:

"Mucho siento no poder satisfacer al deseo de vuestra alteza: ese mancebo está poseido; cuenta que los genios le hablan y le inspiran los aires que compone, y está tan enorgullecido con su talento que cree ser sin par en el mundo. No habiendo sido recompensado ni vuelto á llamar hasta ahora por vuestra alteza, ha partido furioso. Ignoro dónde se encuentre á la sazon, mas, señor, dad gracias á Allah de que tal hombre se haya ausentado, porqué tenia accesos de delirio, y en estos momentos se ponia horrible."

Aunque pesaroso por la partida de un compositor de tantas esperanzas, el califa se satisfizo con las razones que le dió Ishac. Y en verdad que el antiguo maestro no mentia del todo en lo que dijo. Durante su sueño, Ziryab creia realmente oir cantar los genios. Entonces se desvelaba de repente, saltaba de su lecho, llamaba á Gazlan y Honaida, dos muchachas de su serrallo, las mandaba coger sus laudes, las enseñaba el aire que habia creido oir durante el sueño y él mismo escribia la letra.

Obligado á dejar su patria, Ziryab fué á buscar fortuna en el Occidente. Llegado al Africa, escribió una carta á Alhacam I sultan da la España Arabe, anunciándole sus deseos de ir á establecerse en su córte. La carta agradó tanto al sultan que al punto contestó al músico, instándole á venir luego á Córdoba, donde recibiria de su mano un crecido sueldo. Ziryab, pues, se embarcó para España con su familia, mas apenas arribó á Algeciras cuando supo que acababa de morir Alhacam. Muy contrariado por esta nueva, trataba ya de volverse al Africa, cuando un músico judío llamado Mansur, que Alhacam habia enviado á su encuentro, le advirtió que su hijo sucesor Abderrahman II no era menos aficionado á la música que su padre y que sin duda recompensaria á los artistas con semejante generosidad.

En efecto, así aconteció. Abderrahman II que sucedió en 822 á su padre Alhacam, fué un príncipe débil, afeminado, falto de talento y carácter para llevar las riendas del Estado, enemigo y perseguidor de la gente cristiana, pero muy dado á las pompas y delicias del mundo, á las letras y á las artes. Deseoso de rivalizar en ostentacion y fausto con los califas de Bagdad, se rodeó de una servidumbre muy numerosa y lucida, embelleció á Córdoba con puentes, mezquitas, alcázares, fuentes y jardines, y recompensó generosamente á los literatos y poetas que hacian versos en su alabanza. El músico Ziryab fué una gran adquisicion para el nuevo monarca. Enterado Abderrahman de su arribo, le invitó á venir á su córte, le envió regalos y mandó que fuese recibido con gran pompa y agasajo. Llegado á Córdoba, Ziryab fué instalado por órden del sultan en una casa magnífica, y al cabo de tres dias que se le dieron para descansar de las fatigas del viage, se le invitó á pasar al regio alcázar. Admitido á la presencia del soberano, este antes de todo le hizo las proposiciones mas seductoras, ofreciéndole si queria establecerse en su córte, una pension y varias gratificaciones, que en todo vendrian á representar un capital de cuarenta mil dinares; es decir la enorme suma de ochenta mil duros. Aceptadas por Ziryab condiciones tan ventajosas, Abderrahman le invitó á cantar, y Ziryab lo hizo tan bien que el sultan quedó encantado y desde entonces no quiso escuchar otro cantante.

Pero Ziryab no era solamente un artista de genio. Era además un excelente poeta, sabia de memoria las palabras y aires de diez mil canciones; era muy entendido en astronomía y en geografía; referia con tanta instruccion como gracejo los usos y costumbres de los diferentes pueblos y regiones, y mostraba, en fin, extensos conocimientos en todas las ciencias y artes. Abderraman gustaba mucho de conversar con él sobre historia, poesía, y demás ramos de las letras, y por tal manera Ziryab llegó á adquirir gran intimidad é influencia con el sultan.

Pero lo que cautivaba mas en aquel ilustre artista era su ingenio, su agudeza, su gusto y la soberana distincion de sus modales. Ninguno le igualaba en lo chistoso y picante de la conversacion, ninguno como él mostraba en todas las cosas el instinto de la belleza y el sentimiento del arte, ningun otro sabia vestirse con tanto gusto y elegancia, nadie le conocia ventaja en disponer una fiesta ó un banquete. Mirábasele como un hombre superior, como un modelo en todo lo relativo al buen tono y bajo este concepto, llegó á ser el legislador y árbitro de la España Arabe. Ziryab introdujo grandes innovaciones en el tocado, en los vestidos, en los manjares, en los muebles y bajilla, y en fin, en todos los pormenores de la vida cómoda y elegante, conciliando siempre la sencillez y la economía con el gusto y la gentileza.

Ziryab dió gran impulso al arte de la música con muchas invenciones y mejoras. Inventó una quinta cuerda para el laud que antiguamente no tenia mas que cuatro, correspondientes, segun opinan los árabes, á los cuatro temperamentos del hombre. La primera cuerda llamada *azzir*, teñida de amarillo, corresponde, segun ellos, á la bilis; la segunda llamada *matzná* ó doble, teñida de rojo, corresponde á la sangre en el cuerpo humano; la tercera *mitzla* ó triple, que es blanca, á la pituita; la cuarta *albamm* ó grave, á la atrabilis. Pues como faltase en el laud un elemento para representar al alma que vivifica el cuerpo, Ziryab le añadió una quinta cuerda teñida de rojo que, puesta en medio de las demás, dió al instrumento el sentido mas delicado y la expresion mas perfecta.

Ziryab tuvo ocho hijos varones y dos hembras; todos ellos heredaron la habilidad de su padre para el canto, principalmente el segundo llamado Obaidallah. La enseñanza de tan insigne maestro promovió notablemente en la España Arabe los progresos del arte de la música y el nombre de Ziryab gozó de perpétua celebridad entre los moros andaluces hasta los últimos tiempos de su dominacion, siendo mencionado por sus historiadores al par de los grandes sabios, poetas, capitanes, ministros y príncipes.

Aunque sucintas y escasas, creemos que estas noticias ofrecen algun interés para la historia de la música entre los árabes españoles y aun para la historia general de los progresos y vicisitudes de este inspirado arte que ha formado siempre las delicias de la humanidad (1).

F. J. SIMONET.

LOCOS DESEOS.

ANACREÓNTICA.

Bajo las verdes ramas
De un arbol corpulento
Quejábame, y subian
Mis quejas hasta el cielo.
"Mi amor siempre es lo mismo,
(Decia con despecho)
Pacífico, monótono,
Sin nubes y sin trueno.
Estela me acaricia,
Yo juro amor eterno,
—Me quieres?—Te idolatro!
—Me creés?—Sin recelo.
Y á cada sol que nace
Me aburro y exaspero
Porque es mi amor monótono
Sin nubes y sin truenos!"
Mas ay! tal no dijera!
Que el niño ceguezuelo
Oculto oyó en el cáliz
De un tulipan enhiestro,
Y agitando sus alas
Me dijo con desprecio:
—Amor te di tranquilo,
Quieres amor inquieto;
¡Ay, loco, que deseas
Las furias del averno!
Si aun con ser tan dulce
Conmigo acíbar llevo,
¿Qué esperas, insensato,
De mi terrible ceño?...
Insistes?... Si?... Pues sea!
Corred, volad mis genios,
Que apure hasta las heces
El cáliz del tormento!"
Y envuelto en una nube
De nácares y fuego,
Perdióse en el espacio
El niño tiranuelo.
Entonces un murmullo
Vago escuché á lo lejos,
Que rápido venia
Creciendo por momentos.
Mi mente oscurecióse
Mil penas presintiendo,
Turbáronse mis ojos,
Heláronse mis miembros.
Y el corazon y sienes
Con frenesí latieron.
Veloces en mi alma
Posáronse los celos;
Y el corazon me matan
Con su fatal veneno.
De entonces mi alegría
Trocóse en sufrimiento,
Mis dulces ilusiones
Marchitas van cayendo,
En languidez inmensa
Yace mi triste pecho.
Ay! porqué apuré tanto
El cáliz del tormento,
Que ya no sé si vivo,
Que ya no sé si muero!

ANTONINO CHOCOMELI CODINA.

LOS VECINOS DE DARLINGEN.

NOVELA DE ENRIQUE CONSCIENCE,

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR LA SEÑORA DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

PRIMERA PARTE.

I.

A pocas leguas de Bruselas y cerca del ferro-carril, hay una pequeña villa que designaremos con el nombre de Darlingen para evitar toda suposicion. Cuenta mas de catorce mil almas y tiene muchas y bellas iglesias, conventos y un hospital, cuya antigua fachada de estilo gótico puro llama la atencion de los inteligentes.

Hace una quincena de años, que al dejar la estacion de Darlingen para dirigirse á la villa se veian las chimeneas de algunas fábricas que se elevaban por encima de vastos talleres, haciendo tomar á Darlingen por una villa industriosa y comercial. El ruido, el movimiento y la multitud de gente que se encontraba en las fábricas, confirmaban esta opinion favorable; pero apenas se habian atravesado una ó dos largas calles, se veia insensiblemente disminuir el movimiento, reemplazándole una

(1) Hemos tamado y aun traducido gran parte de este relato de la excelente *Historia de los musulmanes de España*, escrita por Mr. Reinhart Dory, tomo II p. 89 á 95 y de la Introduccion de Mr. Dugat á la grande obra arábiga de Almaccari titulada *Analectas sobre la historia y literatura de los Arabes de España*, tomo I, p. LXIX á LXXII.

tranquilidad tanto mas sorprendente, cuanto se estaba casi en el centro de la villa.

Tenia hermosas y largas calles, con muchas y grandes casas habitadas evidentemente por gentes muy ricas. Las fachadas de estas casas que no habian sido revocadas hacia muchos años, estaban sucias y ennegrecidas. La mayor parte de sus ventanas estaban cerradas con puertas de madera y las aceras tapizadas de un césped verde y abundante que se extendia hasta el medio de la calle como en un espeso prado. Apenas se percibia de tiempo en tiempo un transeunte, estando la villa tranquila y solitaria como si todo el mundo durmiese durante el dia, sintiéndose solo el retintin de las campanas que sonaban á ciertas horas en todas las iglesias. Excepto en el barrio de las fábricas que se tenia costumbre de llamar Barrio de los pobres, los demás estaban igualmente tranquilos y solitarios. Darlingen era conocida como una villa muy rica y excesivamente desagradable.

Las razones son bastante singulares para explicarlas. En Darlingen las personas acomodadas estaban divididas en dos clases, animada la una contra la otra de una gran envidia, odiándose y despreciándose recíprocamente. La primera parte se componia de los habitantes de las grandes casas cerradas que aunque nacidos de gentes que habian comenzado su fortuna en el comercio de granos, en las cortas de leñas, en los abonos, en los aceites, en las cervezas y en la tenería, se creia mas altos que los otros, por la sola razon de que habian adquirido su fortuna por herencia. No habiendo nobleza en Darlingen querian ser considerados como la aristocracia legítima: por lo tanto ellos no habian hecho ningun esfuerzo para adquirir las cualidades de la nobleza, aunque habian aceptado los deberes. Se figuraban que era suficiente haber heredado una gran fortuna sin tener el menor valor moral, para creerse de una naturaleza superior y de una clase privilegiada, teniendo el derecho de mirar á todo el mundo por encima de su orgullo. Pasaban su vida en acrecentar sus riquezas, aunque osaban pocas veces comprometer una parte en el comercio. Sus bienes consistian en granjas y en tierras, buscando sin cesar los medios de aumentar los productos disminuyendo los gastos: tal era su única ocupacion. Tenian generalmente pocos hijos haciendo esfuerzos por separarse del matrimonio, á fin de que el patrimonio de la familia no se dividiese demasiado. Si alguno de sus hijos se casaba por casualidad, rara vez se fundaba esta union en la inclinacion recíproca de los novios, siempre era proyectada y convenida entre los parientes, despues de un minucioso exámen de su fortuna respectiva, y sin cuidarse de preguntar si los novios se conocian, se amaban ó se detestaban. Ya se puede suponer la vida que solia resultar de estas uniones tan desacordes; pero el orgullo de las familias cubria con un velo impenetrable la mala inteligencia y las guerras intestinas que eran un secreto para todo el mundo.

Estos falsos nobles poseedores de una fortuna hereditaria, estaban divididos entre ellos mismos, por el desprecio y el odio, y en razon de su fortuna relativa, se nombraban los *ricos viejos* por oposicion á la otra categoría designada irónicamente los *ricos nuevos*.

Estos últimos se llamaban así porque empezaban entonces como habian empezado los parientes de los *ricos viejos;* buscando en el comercio y la industria el medio de hacer fortuna. Las fábricas inmediatas á la estacion del ferro-carril pertenecian á vecinos industriosos, muchos de los cuales poseian capitales mas considerables que los de los *ricos viejos;* pero era suficiente que hubiesen adquirido sus riquezas por la actividad y por su propio trabajo para que fuesen considerados como gentes de una clase inferior por los ricos hereditarios. La incertidumbre misma de estos capitales que estaban empleados en el comercio y la industria hacia que despreciasen mas á sus poseedores los propietarios de Darlingen para quienes la inmovilidad moral y material parecia ser un título de superioridad.

Los ricos nuevos que trabajaban sin descanso de la mañana á la noche hubieran querido al fin de la jornada hallar algunas distracciones y al efecto, los jóvenes habian pretendido organizar soirés, bailes y conciertos, siendo ayudados por los hijos de varios arrendatarios, que formando sociedad habian comprado un bello jardin, construyendo en él habitaciones y organizando un teatro completo. Pero el rencor que les tenian las familias antiguas hizo inútiles todos sus esfuerzos y como ellos no tenian por sí solos bastantes elementos para sostener la sociedad, se disolvió y el hermoso jardin se vió pronto invadido por las zarzas y malas yerbas.

Los ricos viejos, rehusaban tomar parte en toda sociedad, absteniéndose de parecer en las reuniones con sus familias, por el temor de que se formase alguna alianza entre sus hijos y los de los ricos nuevos, originándose matrimonios que serian humillantes para su casa. Por otra parte, como los viejos ricos sea por economía, sea porque no estaban unidos entre sí, recibian muy rara vez, los nuevos ricos se veian obligados á ir á Bruselas buscando las diversiones que no hallaban en Darlingen, quedando esta villa sin sociedad ninguna y sin el menor desenvolvimiento intelectual.

Por el año 1845 habia en la calle de S. Juan una gran casa que ha sido incorporada despues en una fabricacion de azúcar nuevamente establecida. Estaba habitada en aquella época por un viejo rico, llamado Bonifacio Romys. La inmensa fachada de esta casa, que no habia sido pintada ni blanqueada hacia diez años, las cerradas ventanas y la yerba que crecia en la puerta le daban uu aspecto húmedo y triste.

Al principio del verano de este mismo año 1845 una anciana señora, silenciosa y solitaria, estaba sentada en un vasto salon del primer piso. Se ocupaba en una labor de aguja y su trage enteramente negro era tan sencillo y tan ageno de todo lujo, que demostraba si no la negligencia, una gran economía. El dolor mudo y prolongado habia dejado su huella sobre aquel rostro, donde se leia una gran bondad de corazon y un profundo abatimiento. Aunque sus megillas estaban cubiertas de arrugas y su cabellera empezaba á blanquear, demostraba esta señora una gran belleza en decadencia ya, pero que debió ser espléndida y poderosa en su juventud, segun los rasgos todavía finos y delicados que la adornaban.

El salon donde se hallaba estaba tapizado de un papel verde oscuro, con grandes flores, descoloridas ya por el tiempo y por la humedad de las paredes. Las sillas ricas en otro tiempo y apolilladas á la sazon descubrian algun resto del dorado, siendo el terciopelo de Utrech que las cubria de un color indefinible. Sobre la chimenea, entre dos vasos de porcelana pintada, se veia un reloj de cobre macizo, de forma fea, pero muy antiguo; dos ó tres cuadros sin ningun valor artístico, estaban suspendidos de las paredes, completando el mueblage una mesa y una cómoda de encina.

Notábase á primera vista que el buen gusto no habia presidido en el adorno de esta sala y que sus habitantes no tenian mas objeto que el de rodearse del mejor modo posible de objetos que tuviesen un aire de antigüedad.

Las persianas de las ventanas, casi enteramente corridas, dejaban apenas penetrar la luz en esta pieza que era triste y sombría.

La señora continuó largo tiempo en su labor sin otro movimiento que el de sus dedos al mover las agujas. Una sola vez habia pasado su mirada al rededor de la sala como el prisionero que mide su calabozo con la certidumbre de que no saldrá nunca de allí. Pero este exámen maquinal pareció no haber despertado en ella ninguna idea, porque no alteró su rostro la menor emocion. La sala estaba muda y la casa y la calle tan tranquilas que se podia oir correr á un raton.

Por fin, la escalera crugió bajo los piés de una persona que subia: al cabo de un instante la puerta se abrió y entró una jóven dirigiéndose hácia la ventana y sentándose cerca de una mesa cargada en parte de objetos y prendas de vestir destinadas á los niños, y seguramente á niños pobres, pues todas eran pequeñas y de tela ordinaria. La jóven tomó una chaqueta de paño y se puso á coser en ella. Sonreia con aire singular y movia la cabeza con señales de desaprobacion, como si respondiera á uno de sus pensamientos.

Podria tener unos veintiocho años; era alta y mas bien delgada que gruesa. Si sus megillas no hubieran estado completamente descoloridas, aun hubiera podido pasar por bella á los ojos de ciertos hombres; pero una tez morena y verdosa habia reemplazado sobre su rostro á la frescura de la juventud, y la sonrisa irónica que levantaba los extremos de su boca daban á su fisonomía un sello áspero que demostraba dureza. Llevaba, como la otra señora, trage de color oscuro, pero la sencillez que parecia natural en la anciana, era en la jóven una prueba evidente de descuido ó de mal gusto.

—Cómo sigue Juan, el pequeño cordonero, Teresa? preguntó la anciana señora.

—Pobrecillo! todavía está bien enfermo, respondió la jóven con una voz llena de compasion. Y él se anima, sin embargo; yo he prometido hacerle buenos vestidos para que se abrigue el invierno.

—Y estará contento sin duda?

—La esperanza y la alegría le curarán, madre mia. Yo siento ya haber elegido estas telas tan ordinarias, hubiera querido hacerle vestidos un poco mas lindos, para que fuera dichoso; pero papá se ha opuesto. Él tiene razon en economizar su dinero; pero al menos podria mostrarse un poco mas generoso para con estos pobres inocentes.

Hubo un largo silencio, la jóven volvió á caer en sus reflexiones, y una sonrisa irónica vagaba por sus labios pareciendo burlarse interiormente de alguna persona ó de alguna cosa.

La anciana la contempló un instante y luego la preguntó:

—Tú ries, Teresa, ¿de qué, pues, te ries así?

—Donde va la gente hoy, solo Dios lo sabe; respondió la jóven; ¿conoceis á la hija de *El Elefante Coronado*, madre mia, la mas jóven la que tiene un hombro mas alto que otro?

—Sí; yo conozco á Filomena; pero es una jóven bien formada y tiene los hombros iguales.

—Ciertamente, madre mia; porque rellena los vestidos de algodon para disimular.

—Y le ha pasado algo?

—Es cosa larga. Me puse á la puerta de la calle un instante, mientras la criada hacia la compra, y he visto pasar á Filomena con un chal elegante que no habrá costado menos de trescientos francos, sombrero con plumas y lazos y cintas en el trage, como las muñecas que ponen de muestra en el escaparate de una tienda de modas. ¡Ah! yo no he podido menos de reirme; ¿no es esto vergonzoso? ¡La hija de un tabernero!

(*Se continuará.*)

ADVERTENCIA.

Aunque, con arreglo á las condiciones de nuestro prospecto, no damos figurin con el presente número, sin embargo, en obsequio á nuestras suscritoras, les distribuimos un patron ilustrado, que les compensará con exceso la supresion de aquel.

Administraciones de La Moda Elegante.

La suscricion á este periódico puede hacerse dirigiéndose á las Administraciones siguientes;

MADRID, Don Cárlos Bailly Bailliere, librero de Cámara de SS. MM., plaza del Príncipe Alfonso (antes de Santa Ana) n. 8.

Sra. doña Carolina Gonzalez, viuda de D. Manuel Torrijos, calle Rubio, n. 4, principal.

BARCELONA, Don Ramon Casals, calle de S. Honorato, tienda.
Y en la Administracion del Yoid Español.

CADIZ, Don Federico Joly, calle de la Bomba, n. 1.

SEVILLA, Don Manuel G. Zarzuela, Redaccion de la Andalucía.

ISLA DE CUBA, Don Benito G. Tánago, Agente general en la Habana, calle Habana, número 126.

El precio del abono se halla fijado á la cabeza del periódico.

A los pedidos deben acompañarse libranzas de Tesorería ó de la Tutelar ó bien sellos de correos ó de telégramas en caso de no haber de aquellos. Las cartas que contengan sellos deben ser certificadas.

En las principales librerías del reino tambien se admiten suscriciones.

PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 84.

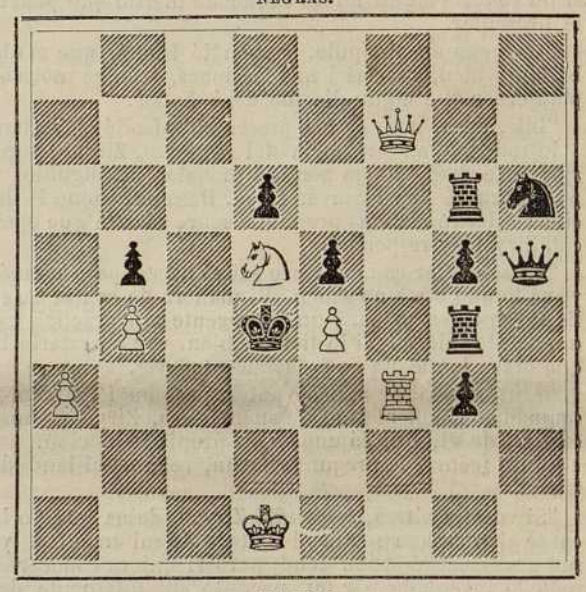
Blancas.	*Negras.*
1.ª R.ª 4.ª C.R.ª jaque	P. toma R.ª
2.ª T. 6.ª A.R.ª	A. toma T.
3.ª T. mate.	

Variantes.

1.ª	La mejor.
2.ª	T. toma T.
3.ª A. mate.	
1.ª	2.ª C. toma A.
3.ª T. mate.	
3.ª T. toma C. mate.	2.ª C. 5.ª A.R.
3.ª C. mate.	2.ª T. toma C.

PROBLEMA N.º 85, POR UN INDIO.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 5 jugadas

A LOS SRES. EDITORES DE ESPAÑA.

Deseando precaver á nuestros compañeros de los perjuicios que ocasionan á esta Empresa los comisionados que, faltando á sus deberes, reciben suscriciones quedándose con su importe, nos proponemos publicar sus nombres y domicilios, á ver si por este medio logramos cortar un mal, que por lo frecuente, tiende á destruir el porvenir de las Empresas literarias.

Lo propio haremos con los que, sin ser comisionados, abusen de la buena fe de nuestra Empresa, valiéndose de falsos pretestos para no abonar lo que nos adeudan, publicando en caso necesario hasta la correspondencia que medie sobre este particular.

A. DE CÁRLOS.

CORRESPONDENCIA.

Desde esta fecha queda dado de baja en la suscricion de este periódico D. Enrique Lemming, que vive en Madrid, calle de la Paz, número 9, cuarto 3.

Dicho señor no volverá á ser dado de alta si antes no satisface lo que adeuda á esta Empresa.

EL ADMINISTRADOR.

DIRECTOR: D. FRANCISCO FLORES ARENA.

CADIZ 1867. IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA á cargo de D. Federico Joly y Velasco, Bomba, n. 1.

AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 14.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs... Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs...Seis meses,65...Tres meses, 35... Un mes, 12.

Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs....Seis meses, 42... Tres meses, 22...Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

EDITOR PROPIETARIO: Don Abelardo de Cárlos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes.... Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

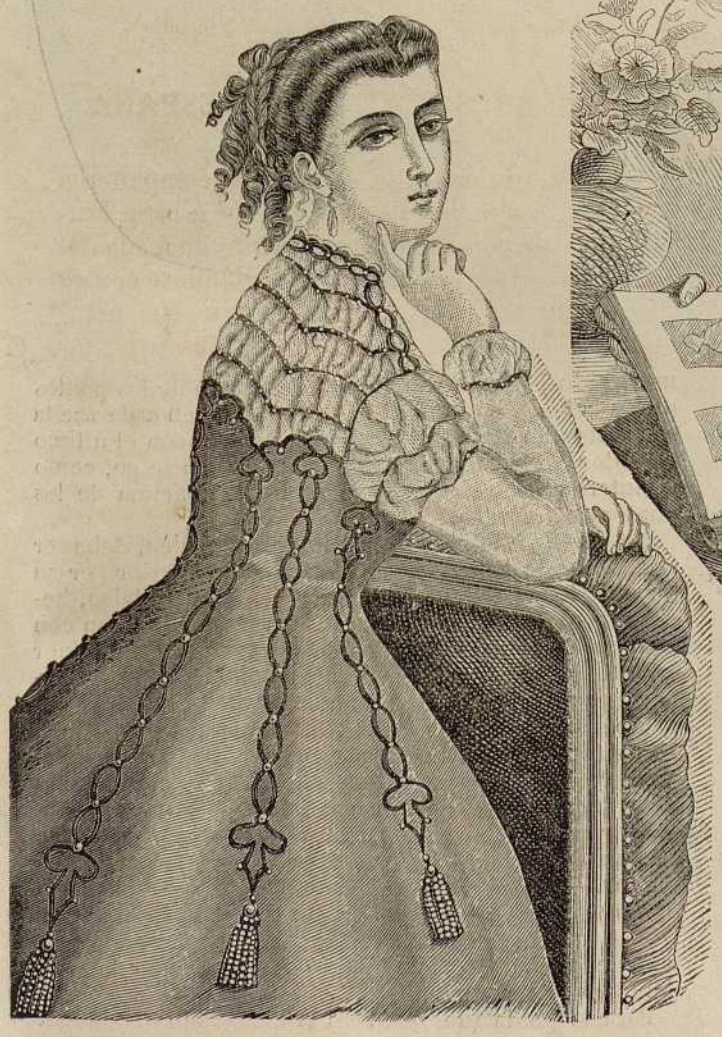
MADRID, Libreria de Don C. Bailly-Bailliere, plaza del Principe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Táuago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux.
PARIS, Mr. Fermin Didot frères, rue Jacob, 56.

Sumario.—Chaqueta con cinturon. — Trage-funda con coselete. — El arte de hacer medias.—Cófia Lamballe (punto de aguja).—Puño para caballero (punto de aguja y crochet). —Puño para señora.—Corpiño con cuentas. —Marcas para la ropa. — Tapetillo sobre canevas Java.—Sombrero de M. Aubert.—Paletot Rodolfo.—Paletot Prímula.—Peinador Emperatriz.—Enagua interior de cachemira violeta. -- Zagalejo, trage y paletot de popelina color castaño.—Zagalejo, trage y paletot de seda violeta.—Escenas de la vida marítima.—Los vecinos de Darlingen.—Vuelta á la patria. — Una lágrima. — Explicacion del figurin iluminado.—Problema de ajedrez.

Chaqueta con cinturon.

Este modelo, hecho de cachemira violeta, y cuyo patron hemos publicado muchas veces, se diferencia de las variedades anteriores por el cinturon, que es siempre de la misma tela que la chaqueta; esta se adorna con dos galones estrechos, negros y blancos, se borda con cuentas blancas cretosas, y se orla de guipur negro y blanco, de 2 centímetros de ancho.

CHAQUETA CON CINTURON.



TRAGE-FUNDA CON COSELETE.

Trage-funda con coselete.

Corpiño montante, bullonado, de mangas largas, hecho de tul blanco. Los bullones van separados por una cinta estrecha de terciopelo azul, *claveteada* de algunas cuentas blancas; este mismo terciopelo forma los eslabones de la cadena que guarnece el escote, el delantero y la costura de los hombros.

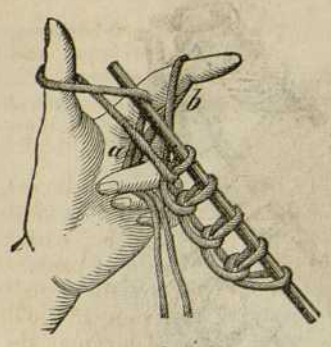
El trage con coselete, es de tafetan gris ceniciento muy claro, con adornos de eslabones de terciopelo azul, cuentas y borlas de cuentas. Los dos dibujos que ofrecemos en esta página, nos evitan dar mas pormenores para la confeccion de este trage y coselete.

El arte de hacer medias.

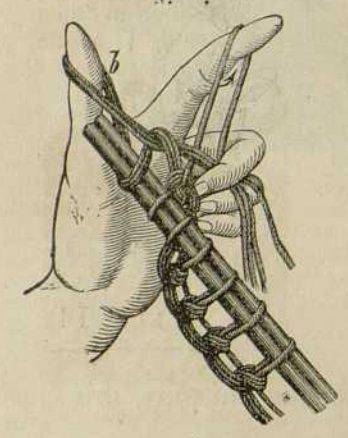
No pocas de nuestras lectoras, esto es, la parte activa y laboriosa de las familias, nos agradecerán el que reservemos algun lugar á este *arte humilde*, que consiste en hacer media con arreglo á métodos racionales.

Hay cinco modos diferentes de armar los puntos para trabajar con hilo, ó con algodon, ó con lana.—Para cada procedimiento se reserva un cabo bastante largo de la hebra que se encuentra en el ovillo; se coloca este cabo (cuya direccion y lar-

TRAGE-FUNDA CON COSELETE (POR DELANTE).



N.° 2.

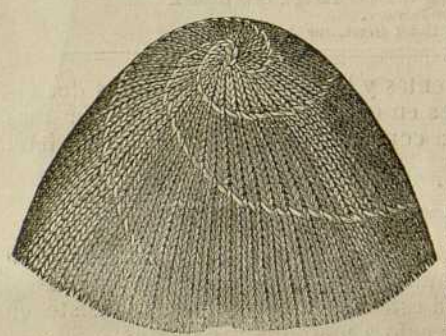


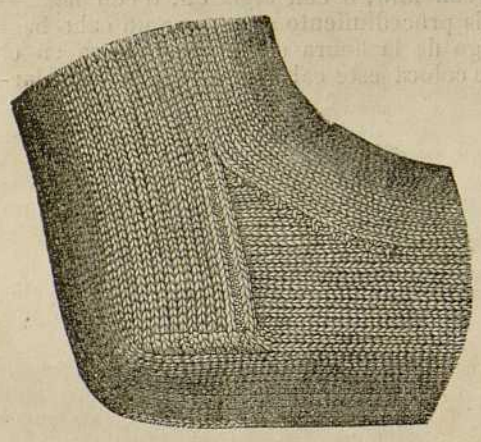
N.° 3.

go se indican en el dibujo n.° 1) sobre el pulgar y el índice de la mano izquierda, del modo que el cabo venga por encima del pulgar, y caiga sobre la palma de la mano, en donde se sujeta, como lo restante de la hebra, con los demás dedos de la misma mano. Para principiar la tarea de armar los puntos, se hacen los dos primeros puntos tomando la aguja con la mano derecha, colocándola sobre la hebra entre el pulgar y el índice, llevando la punta de la aguja en la direccion que indica la punta de la flecha, picando de abajo arriba, luego trayéndola de arriba abajo sobre el hilo *b*, y de nuevo á través del buclecillo marcado por la flecha; entonces se saca el pulgar del buclecillo, se levanta el cabo de la hebra con el pulgar, y se tira de esta hebra para apretar el buclecillo.

N.° 2.—Para este procedimiento sencillo, se forman 2 puntos segun las explicaciones anteriores; se toma sobre la aguja el buclecillo que se encuentra sobre el pulgar (véase el dibujo), se dirige la aguja de arriba abajo sobre la hebra *b*, luego por el buclecillo *a*, y se aprieta el punto.

N.° 3.—Este se hace con una hebra puesta triple, y se forma, despues de la primera vuelta de la labor, una especie de galon estrecho. A fin de que los puntos puedan labrarse fácilmente se arman sobre dos agujas á la vez. Para armar los puntos se toma sobre las agujas (consultando el dibujo) la parte de detrás del buclecillo que se encuentra sobre el pulgar, se pican las agujas en la direccion de la flecha, por debajo de la hebra que se encuentra sobre el índice, luego al través del primer buclecillo formado sobre la aguja, y se aprieta el buclecillo del pulgar tirando la hebra triple. El dibujo representa los puntos un poco vueltos, para que pueda discernir bien la hebra triple.


N.° 10.

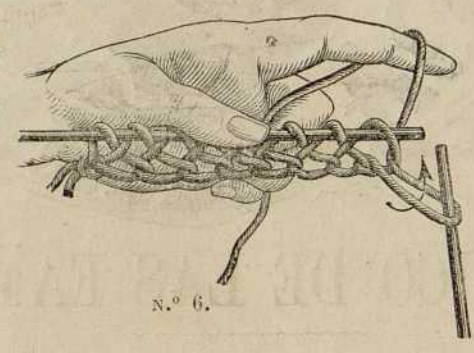

N.° 7.

N.° 4.—Este procedimiento difiere del anterior en que se forman 2 puntos á la vez, los cuales se hacen en seguida separadamente. Se principia como se ha dicho para el n.° 3. Para formar los 2 puntos, se debe, antes de apretarlos, pasar otra vez la aguja á través del buclecillo *a* del pulgar, en la direccion de la flecha, luego se la desliza sobre la hebra *b* de arriba abajo, á través del buclecillo del pulgar.

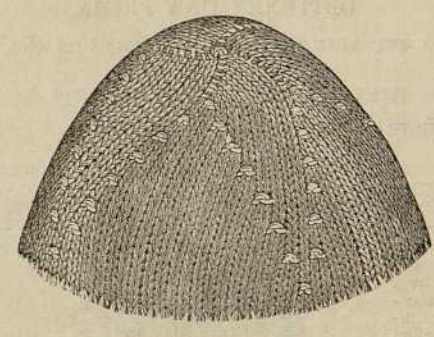
N.° 5. — Se emplea con frecuencia este procedimiento, muy sencillo, para *armar* las labores de lana; se lleva la aguja por debajo de la hebra *a* de abajo arriba (véase el dibujo), se deja deslizar la hebra fuera del dedo, se pasa el pulgar por debajo de la hebra, en el sitio marcado por un punto; se tira de la hebra para apretar el punto, y se forma un nuevo buclecillo, tomando la hebra sobre el índice en el sitio marcado *b*.

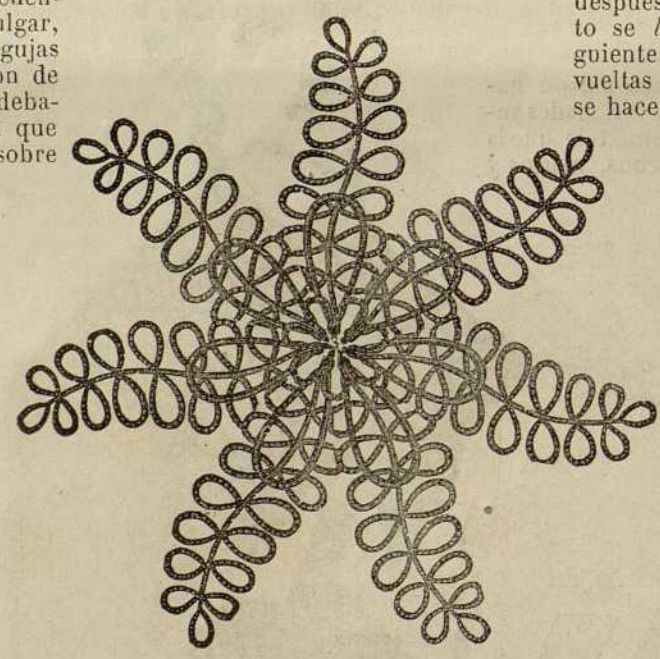
N.° 6.—Para este procedimiento, se arman los puntos con dos agujas; se principia como en los anteriores, luego se toma la aguja que sostiene el primer punto con la mano izquierda, se pone la hebra dicha sobre el índice de la mano izquierda, se toma una segunda aguja, y se hace el punto de la aguja izquierda, sin dejarlo sin embargo deslizar fuera de la aguja; se toma sobre la aguja izquierda, en la direccion de la flecha, el buclecillo formado sobre la aguja derecha, luego se le hace como el punto anterior, y así sucesivamente.

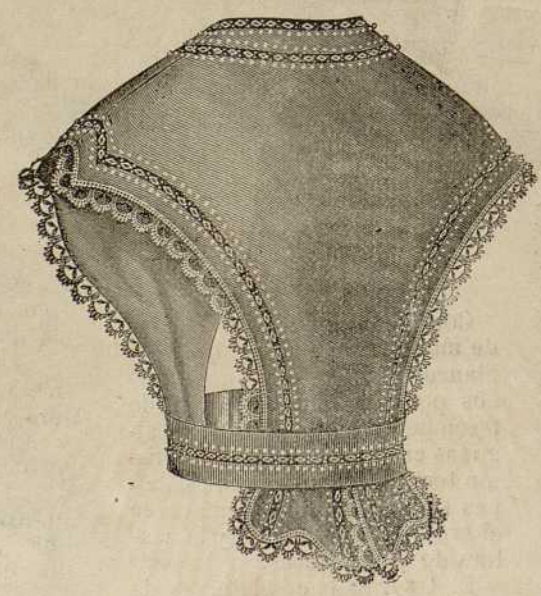
N.° 1.

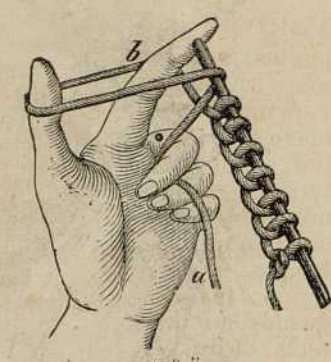

N.° 6.

EL ARTE DE HACER MEDIAS.

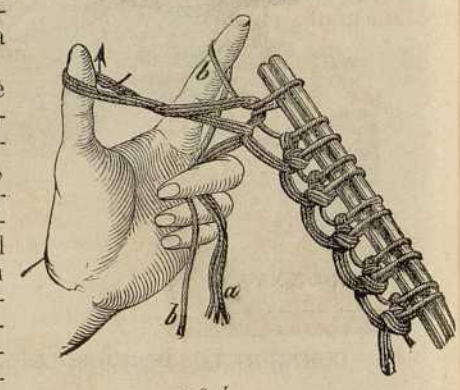

N.° 11.


ROSETA DE CUENTAS.


CHAQUETA CON CINTURON VISTA POR DETAAS.

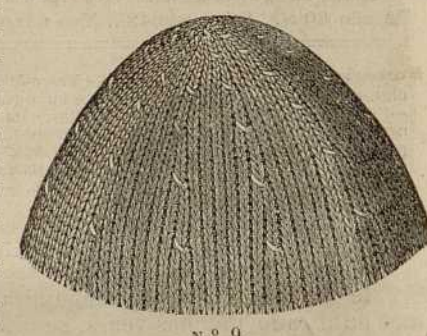


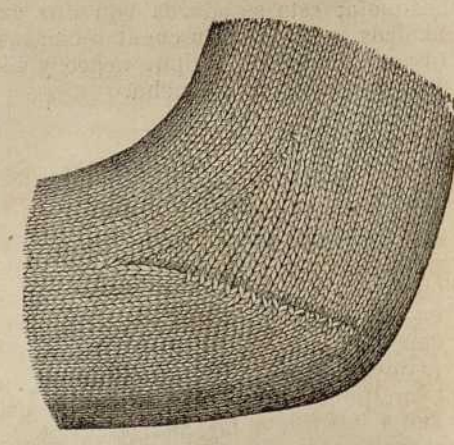
N.° 5.



N.° 4.

N.° 7. — El talon se hace en parte en redondo, es decir, como continuacion del empeine, y en parte por separado, de ida y vuelta.— Antes de principiar el talon, los puntos deben dividirse en número igual sobre cuatro agujas. Se labra primeramente el talon en redondo con las 4 agujas, creciendo un punto al principio de la última aguja y al fin de la primera de cada vuelta (compuesta de 4 agujas). Este crecido se verifica otras 13 veces, con intervalos de 2 vueltas cada vez. En seguida se toman en una aguja suplementaria los 12 puntos del medio (por cada lado de la costura), y se labra el talon de ida y vuelta (una vuelta al derecho y otra al revés) sobre estos puntos, menguando uno al fin de cada una de las 16 primeras vueltas; este menguado se produce haciendo juntos el punto del talon y el primero de los que se han dejado en las agujas de los lados, y despues de este punto se *levanta* el siguiente. — En las 16 vueltas que siguen, se hace la labor sin menguados, pero añadiendo al talon uno de los puntos de los lados. Se cierra el talon haciendo en cada vuelta siguiente uno de los puntos de los lados con el último del talon. Este menguado debe ser, no en sesgo, como la anterior, sino siempre en línea recta encima de los puntos de los lados.


N.° 9.

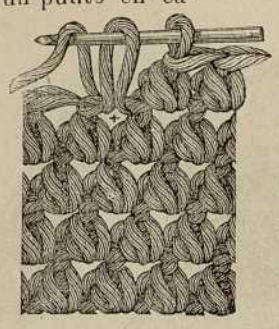

N.° 8.

N.° 8.—Este talon que, para que calce bien, debe ser regularmente largo, se diferencia del anterior por su terminacion. Despues de la última vuelta del talon, hecha, como las anteriores, de ida y vuelta, se toman con una aguja suplementaria los 22 puntos del medio (por cada lado de la costura); se hace la labor de ida y vuelta sobre estos 22 puntos, y en cada vuelta hecha al derecho se hacen juntos el 4.° y 5.° puntos,—así como el 19.° y el 20.° Al fin de cada vuelta, se hace el mas próximo de los puntos abandonados, hasta emplear todos ellos, luego vuelven á tomarse todos los puntos de orilla por cada lado, como para los talones comunes, y se continúa la labor del mismo modo.

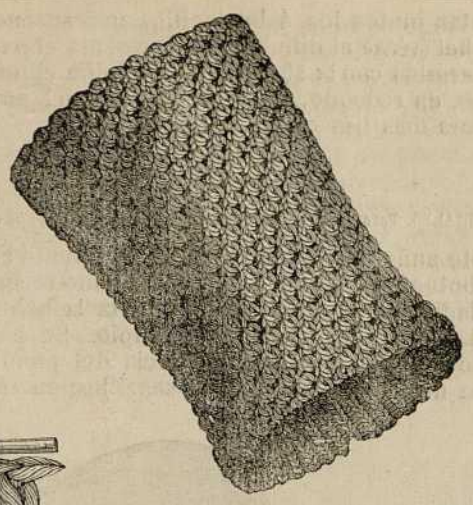
N.° 9.—*Punta.* El menguado en la punta de la media se verifica siempre con un punto levantado, es decir, que se levanta un punto sin hacerlo, que se hace el siguiente, y que se echa el punto levantado por encima del que se ha hecho.

Para la punta (dibujo n.° 8) el menguado tiene lugar

á intervalos de 7 puntos. Se hacen sobre esta vuelta 7 sin menguados, luego otra con ellos, como la anterior; se continúa de este modo; solo que, debiendo hacerse siempre los menguados en línea recta, el intervalo se aminora en un punto en cada nueva vuelta con menguados. Las vueltas de intervalo, que separan siempre las vueltas con menguados, decrecen tambien en una vuelta cada vez; así no hay mas que 6 vueltas de intervalo entre la 2.ª y la 3.ª con menguados, y así sucesivamente hasta cerrar la punta con una vuelta con menguados.

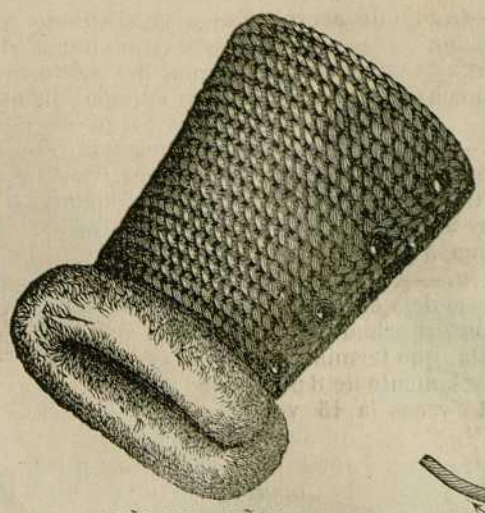


PUNTO RIZADO.



PUÑO PARA CABALLERO (PUNTO DE AGUJA Y CROCHET).

CÓFIA LAMBALLE (PUNTO DE AGUJA).



PUÑO PARA SEÑORA (CROCHET).

Roseta de cuentas, adornos para tocados.

MATERIALES.—Alambre muy fino: cuentas de azabache ó de cristal.

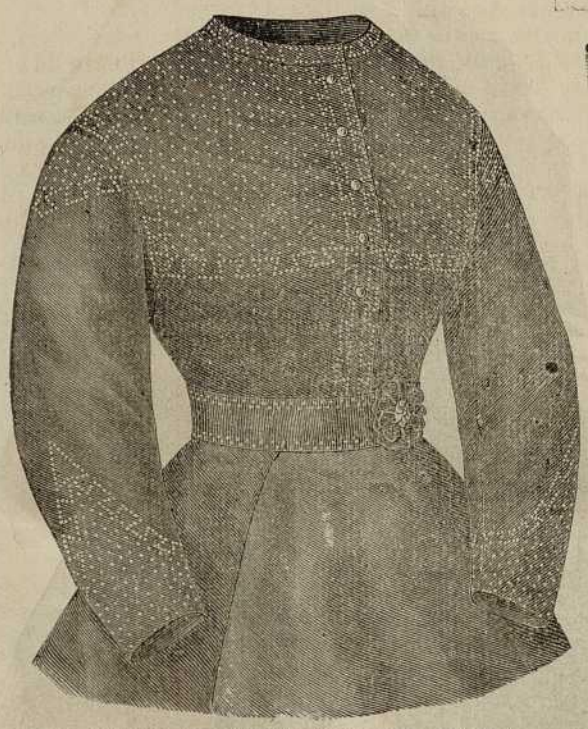
Esta roseta se compone de siete ramas, cada una de 11 centímetros de largo, y tienen 15 hojas; las ramas se reunen en el centro de la roseta, y su union se cubre con siete buclecillos, cada uno de cuatro cents. de largo, y otros tantos buclecillos de 1 centímetro.

Para cada rama, se empleará un pedazo de alambre de 70 centímetros de largo; en el cual se ensartan 12 cuentas, que se deslizan hasta el medio del alambre; este se dobla, y así se forma la hoja que está en la punta de la rama. Se forma el tallo pasando los dos cabos del alambre á la vez por 4 cuentas, luego, separando estos dos cabos, se ensartan en cada uno 13 cuentas, se desliza cada cabo por el tallo de la hoja anterior, y se continúa así, aumentando una cuenta para las 2 hojas siguiente. Se sigue formando el tallo pasando los dos cabos del alambre juntos por 4 ó 5 cuentas.

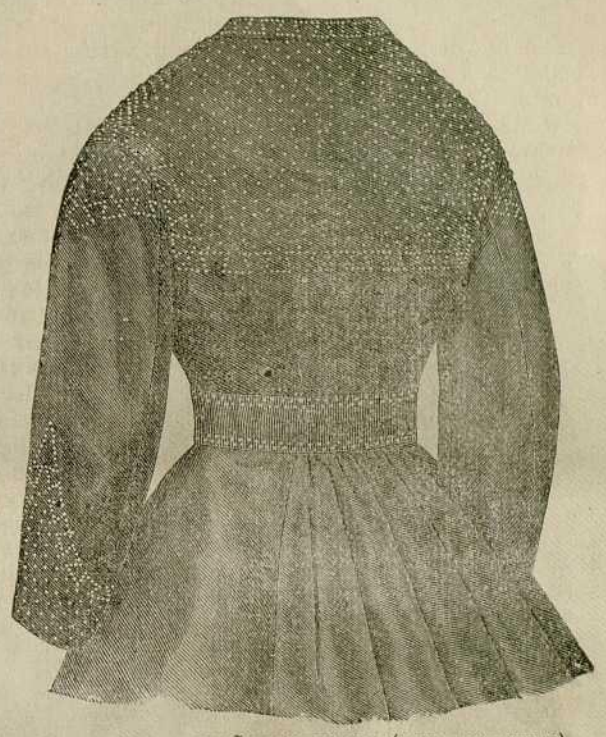
Cuando la roseta está terminada, se rodean todos los cabos de alambre con seda ó lana.

Estas rosetas sirven tambien como adorno en los trages de baile.

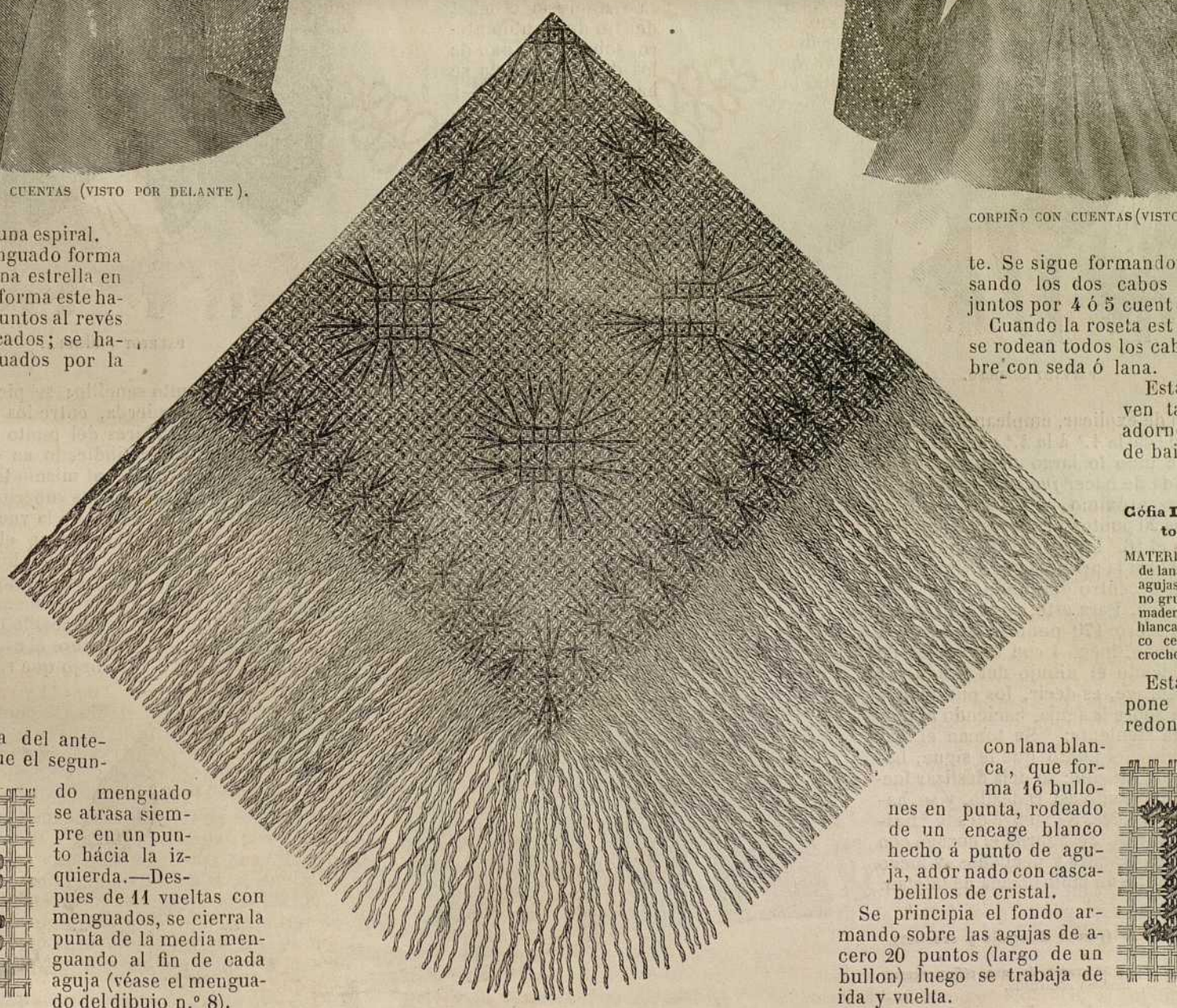
PUNTO CRUZADO.



CORPIÑO CON CUENTAS (VISTO POR DELANTE).



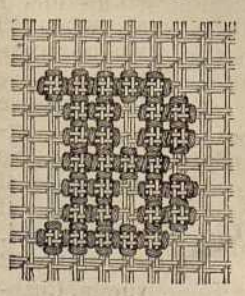
CORPIÑO CON CUENTAS (VISTO POR DETRAS).



TAPETILLO SOBRE CANEVAS JAVA.

modo que forme una espiral.

N.° 11.—El menguado forma en este modelo una estrella en cuatro partes; se forma este haciendo 2 puntos juntos al revés en los sitios marcados; se hacen estos menguados por la primera vez al principio de cada aguja, luego se repiten á intervalos de 4 vueltas. En cada vuelta de los menguados que suceden á la 1.ª, se mengua 2 veces, es decir, sobre cada lado del menguado primitivo; el primero de estos 2 menguados debe siempre verificarse (en las vueltas subsiguientes) encima del anterior, mientras que el segundo menguado se atrasa siempre en un punto hácia la izquierda.—Despues de 11 vueltas con menguados, se cierra la punta de la media menguando al fin de cada aguja (véase el menguado del dibujo n.° 8).



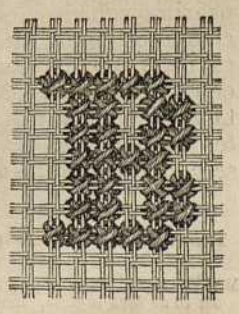
MARCA PARA LA ROPA.

Cófia Lamballe, (punto de aguja).

MATERIALES.—20 gramos de lana plumazon blanca; agujas de acero de mediano grueso; agujas finas de madera; 1 metro de cinta blanca de tafetan, de cinco cents. de ancho; un crochet de madera.

Esta cófia se compone de un fondo redondo, labrado con lana blanca, que forma 16 bullones en punta, rodeado de un encage blanco hecho á punto de aguja, adornado con cascabelillos de cristal.

Se principia el fondo armando sobre las agujas de acero 20 puntos (largo de un bullon) luego se trabaja de ida y vuelta.



MARCA PARA LA ROPA.

1.ª á 4.ª *vuelta.*—(Aguja de acero). Enteramente al derecho.

5.ª *vuelta.* — (Agujas de madera). Alternativamente un echado y un punto al derecho.

6.ª á 15.ª *vuelta.*—Alternativamente un echado,—el punto mas próximo hecho al revés, al mismo tiempo que el echado mas próximo; pero al fin de la 8.ª vuelta se dejan en la aguja 3 puntos y 3 echados que no se hacen. — Al fin de la 10.ª, 12.ª y 14.ª vueltas, se deja el mismo número de puntos con sus echados, de modo que la 15.ª vuelta, que termina un bullon, se compone solamente de 8 puntos. Se repiten otras 15 veces la 15 vueltas

PALETOT RODOLFO.

que se acaban de explicar, empleando las agujas de acero desde la 1.ª á la 4.ª vueltas y trabajando sobre todo lo largo primitivo de la labor. Se cuida de hacer *juntos* un punto con el echado mas próximo, á fin de volver al número de los 20 puntos primeros. Cuando se ha terminado el 16.° bullon, se desmonta, se cosen una con otra la primera y la última vueltas, se frunce el centro del fondo, y se le rodea con el encage. Para este, se arman sobre las agujas de acero 170 puntos, se hacen 4 vueltas al derecho, luego 4 con las agujas de madera, repitiendo el dibujo del fondo. Se desmonta el encage, es decir, los puntos que se encuentran sobre la aguja, haciendo al crochet la vuelta siguiente: * Se toman el mas próximo echado y el punto que le sigue, haciendo un punto sencillo; se deja deslizar fuera de la aguja el punto así rodeado, y se hacen 3 puntos en el aire. Se vuelve desde * hasta el fin de la vuelta. Se adorna el encage con los cascabelillos grandes y pequeños, y luego se ponen las bridas de cinta blanca de tafetan.

Puño para caballero (punto de aguja y crochet).

MATERIALES. Para el par; 32 gramos de lana céfiro encarnada; 16 de lana inglesa, tambien encarnada.

Este puño se hace al crochet con lana céfiro. El forro, á punto de aguja, se ejecuta con lana inglesa.

Se principia por el borde inferior, haciendo una cadeneta de 36 puntos; se reune el último punto con el primero, y sobre este círculo se hacen 19 vueltas, sin alterar el número de puntos; se pica siempre el crochet debajo del punto entero, sobre cada uno de los de la cadeneta se hace un buclecillo,—1 echado;—luego se desmontan juntos los 4 buclecillos que se encuentran sobre el crochet (véase el dibujo que representa el *punto rizado*). El puño termina con la 19.ª vuelta. Se labra el forro siempre al derecho, en redondo, luego se le cose en el puño de modo que su cara mas lisa quede hácia afuera.

SOMBRERO DE M. AUBERT.

PALETOT P RÍMULA.

Puño para señora.

MATERIALES. Para el par: 20 gramos de lana céfiro blanca; 40 cents. de tira de cisne.

Este puño, hecho de lana blanca á punto cruzado; se cierra por botones y ojales. El punto cruzado se hace hácia un mismo lado; por consiguiente se corta la hebra al fin de cada vuelta para reanudarla al principio. Se hace una cadeneta proporcionada á la circunferencia del puño, y sobre esta se forma una vuelta de puntos sencillos; en seguida se hace la siguiente: * un punto sencillo; se pica el crochet á la izquierda, entre los dos lados perpendiculares del punto que se acaba de hacer (indicado en el dibujo por una flecha), y al mismo tiempo, á través de los dos lados superiores del mas próximo punto de la vuelta anterior (en el sitio marcado en el dibujo por una cruz), se pasa un buclecillo por el último punto, y se le desmonta al mismo tiempo que el buclecillo que se encuentra sobre el crochet (véase el dibujo que representa el *punto cruzado*). Se principia el puño por una cadeneta de 40 puntos, y se hacen 19 vueltas á punto cruzado, y tal como se acaba de explicar. — Se mengua 1 al principio y al fin de la 3.ª, 8.ª, 10.ª y 12 vuelta. Cuando la 19.ª es-

PEINADOR EMPERATRIZ, DE NANSOUK CLARO.

tá terminada, se rodea el puño (excepto su borde superior) con 3 vueltas hechas igualmente á punto cruzado; en uno de los lados transversales, se forman en la 2.ª vuelta 3 ojales con intervalos de seis puntos; cada ojal se compone de 3 puntos en el aire, por debajo de los cuales se pasan 3 puntos de la vuelta anterior. En la 3.ª y última vuelta se hace un punto sencillo sobre cada punto, 3 puntos sencillos puestos á caballo sobre los puntos en el aire que forman el ojal. Se cosen los botones, y luego se pone la tira de cisne.

Corpiño con cuentas.

Las cuentas no han llegado aun á su término: se preparan para los trages de primavera corpiños iguales á este cuyo dibujo publicamos. Este corpiño de un trage de paño de seda gris, se borda con cuentas blancas. Su guarnicion es una greca, y el fondo es un salpicado. El cinturon, igual al trage, se borda con cuentas, y se cierra con una escarapela que lleva en su centro una gruesa cuenta blanca.

Marcas para la ropa.

Siguiendo este procedimiento, las marcas no tienen revés, porque este punto cruzado por el derecho, forma cuadros por el revés. Se hace primeramente una cruz comun sobre dos hilos en alto y ancho; pero en la segunda mitad de la cruz, en vez de dirigir la aguja en sentido perpendicular por debajo de los hilos horizontales, se la lleva horizontalmente por cima de la mitad de la cruz que se acaba de hacer; en seguida se extiende por el derecho, por cima de la cruz que se acaba de hacer, una mitad de cruz para la cual la aguja, dirigida siempre en sentido horizontal, se pasa por debajo de la cruz. Lo que importa observar en el curso de esta labor, es el no hacer jamás un punto al sesgo por el revés de la tela; los puntos, tanto horizontales como perpendiculares, abrazan cada uno dos hilos solamente.

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Enagua interior de cachemira violeta.— Trage y paletot de tegido de lana gris chiné. El trage, tan largo como la dicha enagua, es mas corto solamente por los lados; su borde inferior con un volante con cabeza, por el que corre un calabrote de seda violeta. Paletot igual. Sombrero de terciopelo negro; plumas blanca y negra.

Zagalejo, trage y paletot de popelina color castaño.— Todos los bordes son á puntas, y guarnecidos con tiras de tafetan negro, cortadas al sesgo. El trage está abierto por ámbos lados para dejar pasar el extremo de los paños.

Zagalejo, trage y paletot de seda violeta, con aplicaciones de terciopelo negro, cosidas con cuentas blancas cretosas. El trage, corto, va recogido en ámbos lados por una presilla rodeada de terciopelo negro.

Tapetillo sobre canevas Java.

Se bordarán con este dibujo, bien sea platillo de lámpara, bien tapetillos para mesas de labor, de juego, etc. Se ejecutará el dibujo con seda encarnada, ó azul, ó verde; se forma el fleco desfilachando los contornos del canevas. El dibujo puede repetirse indefinidamente. El cuadro debe colocarse en el centro.

Sombrero de M. Aubert.

Esta forma, de media calota, es una de las que se han adoptado mas generalmente; este modelo es de terciopelo blanco, con bandó interior de terciopelo color de pensamiento, y orla de cascabelillos de cristal. Anchas bridas de tafetan blanco, y sobre el sombrero una flor de terciopelo violeta, rodeada de hebras de garzota blanca.

Dos poletots.

N.° 1.—Paletot rodolfo, de tafetan negro, con galones de cuentas, y guarnicion de fleco de seda negra.

N.° 2.—Prímula (vestido de viage y de calle). Paletot de cachemira azul, bordado con seda negra, y galones estrechos negros y blancos; fleco de seda negra y cascabelillos de cuentas. Sombrero de castor gris, con gran velo de gasa lisa azul. Trage de popelina azul con listas negras.

Peinador Emperarriz.

Está hecho de nansouk y guarnecido con guipur Cluny puesto sobre una cinta de tafetan malva. La guarnicion muy sencilla y muy elegante, podrá copiarse por aquellas de nuestras suscritoras que quieran ejecutar el peinador con arreglo al patron publicado en uno de los últimos números del año anterior.

ESCENAS DE LA VIDA MARITIMA.

EL MAELSTROM (1).

Presenta una circunstancia mi vida de marino que tan solo puede explicarse por un milagro. Porque ¿cómo volvió á arrojarme con vida el sumidero que me habia tragado? ¿Por qué prodigio logré salir del abismo que no abandona su presa jamás? Despues que he experimentado todas las angustias de la muerte, ¿qué predestinacion me ha forzado á vivir para revelar á los hombres los misterios de una situacion á la que no hay hombre que sobreviva? Bien presentes he conservado en mi entendimiento todas las particularidades de aquella jornada; su terror me domina aun, su impresion no se ha borrado todavía. Estoy viendo el navío, impelido por la fatalidad, correr á una destruccion inevitable; oigo todavía las palabras de hombres que están agonizando, sus fisonomías están grabadas en mi memoria, y me figuro presenciar aun cuanto pasó en torno mio. Tienen estos sucesos alguna importancia en los anales de la humanidad, y voy á escribirlos; porque nadie posee los datos que yo, nadie como yo puede decir lo que es una tripulacion atraida por el Maelstrom, qué sensaciones experimenta, las tristes escenas que ocurren sobre el puente del buque, el modo cómo se verifica aquella absorcion, aquel naufragio en medio de la calma, aquella ruina en el mas cabal silencio, sin tinieblas y sin tormentas.

—Hoy es viernes; el capitan quiere partir, y hace muy mal.

Asi hablaba á bordo de *la Jóven Susana*, goleta escocesa, el contramaestre Braerigg, que, con los brazos cruzados, y apoyado sobre la carronada, levantaba los ojos al cielo. Un sol de otoño derramaba sobre el mar de Noruega aquellos rayos pálidos que, si bien alumbran la naturaleza, ni la penetran ni vivifican.

Una jóven escocesa, mas pálida y blanca que el sol de Noruega, apoyaba el brazo en el de su padre, anciano cuyo traje anunciaba pobreza, cuya fisonomía inspiraba respeto, y cuya cabellera habia encanecido en el ejercicio de todas las virtudes. Mac-Read era ministro de la iglesia presbiteriana; á poca distancia de aquel grupo se veia su hija mayor, Helena, de cabellos negros y dotada de una fisonomía llena de nobleza y entusiasmo. Estaba sentada sobre un lio de cuerdas, y escuchaba con atencion al criado Donald, natural de Stirling en Escocia, adherente á la familia por una de aquellas asimilaciones que no se encuentran sino en el país de que hablamos, y persuadido de que era padre de las dos jóvenes, Helena y Sprightly, tanto al menos como M. Mac-Read.

La conversacion continuaba entre el contramaestre y Mac-Read.

—Sí, decia el contramaestre, hoy es viernes, y por lo mismo mirad con qué gusto trabaja nuestra gente; tiene verdaderamente toda la actividad de las tortugas: nada sacaremos de ellos.

—¡Cómo! interrumpió la hija mayor que se levantó, ¿es V. supersticioso, señor contramaestre?

—Oh! no digo eso, señorita. El viernes, en tierra, poco me importaria; pero cuando es preciso bailar sobre estas aguas azules, y maniobrar con la tempestad ó con la bonanza, á fe que no desprecio el viernes, además de que es imposible hacer carrera con estos hombres sino cuando están alegres. Entonces trepan airosamente por las cuerdas, alternan las canciones con el silbido, todos los pechos laten de esperanza; desprecian la tierra y desafian la mar. Pero con una tripulacion tan mal dispuesta, ¿qué diablos quiere V. hacer?

—Contramaestre, gritó una voz bronca, ¿en dónde está el perro montañés Campbell?

Era el capitan que hablaba.

—Duerme, contestó el contramaestre; Campbell está malo.

—Malo! Yo no quiero enfermos!

—Segun ha dicho el cirujano, tiene mucha calentura. ¿Creerá V., capitan, que ha tenido esta noche en su hamaca una de sus visiones infernales?

—Vaya con mil diablos Campbell y su *segunda vista*, exclamó el capitan, jurando bastante recio para que toda la tripulacion supiese que el capitan habia jurado. ¿Quién me ha metido á mí con un marinero montañés, un marinero de matorral que desorganiza mi tripulacion con sus visiones?

—Capitan, me atreveré á pedirle á V. respetuosamente un favor de parte de toda la gente, y que confian alcanzar.

—Cuál?

—Esperan que no zarparemos hasta mañana. ¡Nunca *la Jóven Susana*, créame V., ha zarpado en viernes!...

El capitan no aguardó el fin de la frase, volvió las espaldas al contramaestre, llenó de imprecaciones á toda la tripulacion, y se airó en términos que nadie se atrevió á chistar. La maniobra no se ejecutó mas aprisa, los marineros se miraban con un aire de desconfianza sombría. El mal humor reinaba por toda la embarcacion, el capitan se paseaba con las manos detrás, buscando una ocasion para regañar. El escocés de la *segunda vista*, Campbell, á quien habia hecho levantar, habia salido del entrepuente y hacia su servicio refunfuñando. De repente entonó aquella lamentacion inarticulada, el *wail*, canto de muerte de les escoceses salvajes, aullido modulado, lloroso, interminable, prolongado, que se parece al zumbido que hace el viento en las catedrales. El viejo criado escocés levantó la cabeza y reconoció el canto fúnebre del clan de los Campbells. Helena hizo un movimiento de sorpresa, y la pequeña Sprightly se puso á llorar, porque habia despertado á la vez en su alma la idea de la muerte y de la patria.

Tan tristes presagios no tardaron en realizarse.

Arreció el viento, la mar bramaba, y estalló luego una tempestad. La maniodra se ejecutaba lentamente. El buque se extremecia y temblaba al choque de las olas; resistia sin embargo, gracias á la solidez de su armazon; pero el rumbo que seguia era opuesto al que debiera llevar. Por debajo de *la Jóven Susana*, al derredor de ella y á lo largo de las escotillas, chispeaba la espuma, bramando la ola que la precipitaba, y azotando al buque como el ariete las murallas. Pasóse toda la noche haciendo trabajar las bombas: el agua entraba en la sentina; y cuanto pudo hacer la tripulacion fué arrojar esta agua y poner el buque en estado de bogar.

Habia desaparecido uno de los mástiles, y era preciso cortar el otro; la armazon ó el esqueleto de *la Jóven Susana* continuó su marcha sobre el abismo que hacia saltar bramando los restos del buque, tan listo, tan nuevo, tan fuerte y tan veloz poco antes. En aquel ataud arrastrado por la tempestad, se hallaban una multitud de hombres que el desaliento habia postrado y que no cumplian sus deberes mas que por hábito. Tienen el heroismo los marinos de obedecer y trabajar, aunque no aguarden mas que la muerte en premio de tanto afan.

—Padre mio, ¿hay todavía alguna esperanza? preguntaba una voz dulce.

—Roguemos juntos, queridas hijas, respondió el ministro presbiteriano, cuyos ojos estaban humedecidos de lágrimas.

Las plegarias de aquella voz venerable, el ruido de las hojas de la Biblia, al volverlas los dedos del anciano, las respuestas de las dos hijas, pálidas y tendidas en sus hamacas, la luz vacilante de una lámpara, no saldrán jamás de mi imaginacion. La muerte amenazaba en el cielo y en el abismo, la muerte sitiaba nuestro buque, el capitan bebia ron para reanimar no su valor, sino su esperanza; los hombres extenuados luchaban aun; y la nave, que habia sido reparada con bastante habilidad por medio de una vela, proseguia su curso vacilante é incierto. . . . . .

—Y bien, Donald, exclamó el capitan, se acaba de pasar la noche y ya tocamos casi al puerto. El viento ha mudado. ¡Mirad, qué dia mas hermoso! Vuestro Campbell de la *segunda vista* es un mentecato, y nosotros no moriremos por habernos hecho á la vela un viernes.

—Estamos muy mal parados, contestó Donald.

Campbell que pasaba muy cerca silbaba lentamente su *fúnebre* melodía.

—A desayunarse, muchachos, dijo el capitan, un vaso de grog (1) á cada uno por su trabajo.

Nadie contestó á los gritos de alegría del jefe, todos estaban inquietos y conservaban en la fisonomía la impresion del espanto.

—*La jóven Susana* necesita mas su arboladura que nosotros el desayuno, contestó uno de los marineros.

La niebla de la mañana iba entre tanto desapareciendo por grados, y descubria en el horizonte unos grupos de islotes muy pintorescos. El furor del Océano habia calmado; ni una sola arruga se veia en el mar, todo estaba tranquilo. En medio de aquel silencio, ¿qué murmullo se dejaba percibir? ¿Qué es aquel ruido que viene de tan lejos, indistinto, confuso, y que acercándose por grados, se parece al zumbido de un enjambre de abejas? Toda la tripulacion se puso en el combés, reteniendo hasta el aliento. El capitan permaneció inmóvil cerca de la escalera del entrepuente; el contramaestre, inclinado sobre la proa, tendido el cuello, el cuerpo recogido, los ojos fijos, escucha con ansiedad; su ayudante, que habia levantado la mano para dar disposiciones, permaneció inmóvil con la mano levantada y suspensa. Despues de dos minutos de aquel silencio, de aquella atencion, de aquel estupor, todas las miradas se cruzaron, lo habian conocido, lo habian adivinado. El contramaestre se dirigió al capitan.

—Ah! le dijo, esto se acabó, ¡es el Maelstrom!

—El Maelstrom!

Fué un eco de muerte, veinte y treinta veces repetido, que recorrió el buque: despues callaron todos.

—Qué es el Maelstrom? preguntó candorosamente la tierna Sprightly.

Campbell volvió á empezar el canto de los muertos.

Un marino con el pecho desnudo, y que acababa de beber un vaso de grog, respondió:

—*¡Es la muerte!*

—¡Vamos, muchachos, exclamó el capitan con voz penetrante, manos á la obra, con mil rayos! ¡Un nuevo mástil! Otro! Trabajad! Trabajad!

El ruido nada dejaba oir. El sol brillaba en el horizonte, y el buque seguia tranquilo su curso sobre aquel plano líquido. Entre tanto la tripulacion, poseida de una fiebre de actividad inaudita, hacia los preparativos necesarios para plantar el nuevo mástil, preparaba la vela y se movia en todas direcciones. El hombre de la *segunda vista* era el único que no queria trabajar. Donald, al contrario, procuraba ser útil en algo, se ofrecia para todo, se multiplicaba, arrancaba el martillo de las manos del carpintero, dirigia correcciones paternales á los perezosos, y estorbaba la maniobra con su extremada solicitud. ¡Pobre viejo! que no habia visto otras tormentas que las del Loch-Nevis, y que no conocia otro peligro ni otro abismo que los pequeños remolinos de las aguas del Tweed y del Clyde. Donald no podia comprender la calma del visionario Campbell, á quien dirigia amargas represiones. En una hora todo quedó acabado; levantaron el mástil recien construido, é izaron la vela. Mas ¡ah! era en vano. El fluctuante lienzo volvia á caer con pesadez y envolvia, sin levantarse, el mástil fabricado con tanto afan. ¡Qué desesperacion! la chalupa habia desaparecido en la borrasca. Ya se veian los picos de las rocas de Lofoden, ya el Maelstrom, el inevitable sumidero, se dejaba oir de mas cerca. *La Jóven Susana* se iba acercando al mónstruo que la habia de devorar. Todos los ojos se fijaban en el mástil y en la vela. ¿Quién pintará la expresion de aquellas fisonomías, el silencio de todos aquellos hombres, el abatimiento de los mas valientes, la resignacion de las muchachas, el dolor del padre, dolor que no le afectaba por sí, sino por sus hijas? Durante aquel silencio general, se veia al perro del capitan, un perro leal de Terranova, correr en todas direcciones por el buque como para huir de aquella fatal escena, echar aullidos horribles y prolongados que rasgaban el corazon de todos los circunstantes. Mac-Read rogaba en voz alta; las dos jóvenes estaban de rodillas.

—Ya lo sabia yo, exclamó el visionario, que fué el primero que rompió el silencio.

—Qué sabias?

—Mirad las rocas del Lofoden! Las he visto, las reconozco. Estaban á la derecha, como las veis. Mi sueño no me ha engañado. ¡Oh! viernes, dia fatal! ¡Oh capitan maldito!

—Maldito capitan!

El grito de guerra de los Mohawkes, los ruidos de coraje de los Palikares, el lanzarse al combate, no son mas terribles que el grito de rabia de los marineros que, dirigiéndose á la popa, cogieron al desgraciado capitan, y, á pesar de sus gritos, de sus súplicas, de su resistencia, de su furor, fué arrojado de bordo. Su perro le vió caer; y este último amigo se echó al instante al agua, se fué nadando hácia él, le cogió por el cuello de la casaca, le atrajo hácia el barco, y resistió por largo tiempo á la corriente que le arrastraba. En fin, los dos brazos del capitan salieron del agua, cogieron al perro, como para aferrarse á su última esperanza de salvacion, y el amo y su fiel compañero se hundieron para no reaparecer. El crímen cometido, la muerte cercana, todos los conatos inútiles, ninguna esperanza de salvacion; ¡el buque marchaba lentamente á su ruina! Qué situacion! Toda la maniobra quedó abandonada. Los hombres se dispersaron; el contramaestre se sentó sobre los restos del mástil, y permaneció inmóvil contemplando el suicidio del buque. Unos se pusieron á rezar, otros á bailar, y la mayor parte se disputaban el grog y el aguardiente. Hubo tambien algunos, y eran los mas valientes, que se arrojaron al agua dando unos espantosos gritos. Ví á muchos que bailaban en corros como frenéticos. Estos reian á carcajadas, y las interrumpian de repente dando largos y terribles sollozos. Aquellos, dominados de un profundo estupor y tendidos sobre el puente, se levantaban, se abandonaban á un parasismo de rematada alegría, rompian las escotillas y lanzaban las cuerdas al mar. No obstante, la naturaleza entera brillaba bajo un sol que parecia acariciar con su sonrisa las apacibles aguas de la verde isla de Mosken, *La jóven Susana* se deslizaba como una saeta, sin poder detener ni cambiar el rumbo que la conducia á una muerte inevitable, en las entrañas del anchuroso boqueron.

—Contramaestre, le dijo su ayuda, apelo á vuestro testimonio de que yo no he hecho daño al capitan.

El contramaestre se sonrió sin contestar. El ayuda se habia formado de la justicia divina la misma idea que tenia de un tribunal de la tierra. ¡Pobre hombre! creia necesitar un testigo ante el soberano Juez.

—Y bien! pobre Will! Vos no me respondeis. ¿Cuánto tiempo nos resta aun de vida? decidme!...

El contramaestre se volvió á Tom.

—Muchacho, si es preciso dar cuenta de nuestra conducta, contad conmigo. Teneis mas valor que los que allí están bailando. Mas, á fe mia, recojamos las velas y no hablemos mas. Vamos á echar el áncora; el otro mundo está á nuestra vista, atemos tranquilamente el último nudo. ¡Tom! un hombre de valor muere sin chistar. ¡Adios Tom! Tal vez ya no nos quedan mas que cinco minutos para gozar de la vida; ¡nada mas!

—Contramaestre, vos vereis si yo sé resistir al huracan. ¡Adios, camarada! ¡Y aquellas dos pobres niñas!... ¡Ah! esto me rasga el corazon.

—Silencio, pues! mal haya! ¡Que Dios me perdone si juro! Nada mas diré. ¡Vete!

La atraccion del Maelstrom se hacia mas perceptible. Los suicidios de los hombres que se echaban al mar, los unos cantando, los otros llorando, despoblaban la embarcacion. En las alturas del Vellsen se veian grupos de hombres y mujeres que estaban mirando al desgraciado buque arrastrado á su perdicion, y le compadecian sin poder salvarle. El padre tenia á sus dos hijas abrazadas, y miraba al cielo murmurando algunas palabras apenas inteligibles. Un pájaro blanco como la nieve, de plumaje brillante y lustroso, descendió de las alturas de Ambareem, se cernió sobre la embarcacion, batió sus alas á poca distancia del puente, y siguió largo tiempo el curso del buque. El venturoso pájaro podia vivir; el buque debia perecer.

Sin embargo, un espantoso acontecimiento vino á llamar nuestra atencion, y parecia verificarse en la misma direccion del Maelstrom; oíamos unos horrorosos bramidos y aullidos de agonía, como si un mónstruo gi-

(1) El *Maelstrom* ó *Malstrom* es un inmenso remolino que los navegantes dicen que existe entre las islas Weroen y Mosken, situadas en el Océano ártico, á los 67° 40' latitud N., y á los 11° 44' longitud E. El mugido de aquel abismo se deja oir á muchas leguas de distancia, y es tan poderosa su fuerza de atraccion, que las embarcaciones que pasan allí cerca son arrastradas al sumidero. Ese remolino, dice Malte-Brun, aumenta su pujanza á veces por el choque de dos altas mareas contrarias ó por la accion de los vientos. Atrae los buques, y los estrella contra las rocas, ó los engulle, no volviendo á aparecer sus restos sino algun tiempo despues.

(1) Licor compuesto de ron, azúcar y agua.

gante estuviese luchando con la muerte. En efecto, una ballena, cediendo al impulso de la corriente, habia llegado al centro del sumidero, y luchaba en vano contra la irresistible fuerza que la absorbia. En vano la cola de aquel coloso batia las olas que se remolinaban. En vano sus narices echaban en el aire dos columnas de agua, el enorme mónstruo fué absorbido y desapareció.

Era aquella la suerte hácia la que una marcha, cada vez mas rápida, nos arrastraba contra nuestra voluntad. La hermosura del dia, la trasparencia del sol, el brillo de las aguas, nos hacian increibles la proximidad de la muerte, la certeza del naufragio. Un jóven que habia pasado muchas horas llorando, levantó la cabeza y se dirigió al contramaestre:

—¡No, le dijo, no puedo creerlo, esto no es posible! ¡El mar está en calma! Dónde está el escollo? Dónde la muerte? Dónde la tempestad? ¡Cuentos de niños que todos habeis tenido la locura de creer!

El contramaestre levantó la cabeza sonriendo amargamente.

—¡A la maniobra! prosiguió el jóven. ¡Vamos! ¡Vamos!

—Maniobra como quieras, replicó el viejo marinero mirando al jóven con el mayor desden; dentro de tres minutos *la Jóven Susana* no tendrá ni siquiera tres tablas unidas. Jóven, prepárate, enjuga tus ojos: uno ó dos azumbres de agua que es preciso tragar, á esto se reduce todo. El buque empieza á zozobrar, el agua se revuelve. Jóven, si quieres ver á un hombre morir, quédate á mi lado. Pero calla y déjame en paz.

¡Ah! él decia la verdad. La impetuosa atraccion del Maelstrom aumentaba la celeridad de nuestra marcha. Las olas hervian al rededor de nosotros. *La Jóven Susana* daba vueltas á derecha é izquierda, traqueaba por las olas que se combatian. ¿Cómo cabe explicar la intensa agonía, la atroz demencia de aquellos moribundos llenos de vida? El mismo barco, saltando hácia el abismo, parecia un ser viviente poseido de la demencia. Bien pronto, impelido como la bala por la fuerza de la pólvora, resbala, huye, se abalanza, cae, rueda, rebota y vuelve á caer... Los marineros se aferran á las cuerdas; Donald se precipita en el abismo; el contramaestre echa su sombrero en el aire, mientras que *la Jóven Susana* vuelve sobre sí misma como el juguete en la mano de un niño; yo no sé nada mas. Aquí se acaba el recuerdo de aquel terrible naufragio; todavía estoy viendo el terrible instante en que la popa aparecia sola por debajo de las olas, y en que el abismo tragando, si así se puede decir, su presa, la atraia por la proa en sus profundidades y la tenia un momento suspendida en aquella posicion vertical.

Yo, que tendido sobre el puente, mudo, sin esperanza, casi estúpido, observaba el fin de aquella escena con una resignacion desesperada, me encontré ensangrentado y desnudo sobre las rocas de la costa de Ueggesen; apenas tuve fuerza para arrastrarme hasta un grupo de chozas habitadas por mineros. Sin duda el sumidero, con la violencia misma de las contra-corrientes, habia rechazado algunos de los destrozos que debia tragar. Ví esparcidos en la arena un fragmento de tabla rota y un pedazo de cable.

No habia memoria, segun me dijeron los mineros que me recogieron, de que el Maelstrom hubiese perdonado jamás una sola de sus víctimas.

M. DE F.

LOS VECINOS DE DARLINGEN.

NOVELA DE ENRIQUE CONSCIENCE,

(Continuacion.)

—La hija de un hostelero, Teresa. Los dueños de *El Elefante Coronado* poseen una fortuna muy bonita y tienen lo bastante para vestir bien á sus hijas.

—¿Pero un trage semejante conviene á tales gentes, que al fin y al cabo son los criados de las personas que van y vienen?

—Ese es su negocio, Teresa; ¿porqué mezclarnos en esto?

—Sí, vos mamá; exclamó la señorita con una impaciencia mezclada de despecho, permaneceríais indiferente aun cuando el mundo entero corriese á su pérdida. ¿No es un deber de las gentes virtuosas el contener y combatir el mal? ¿Y si las personas ricas cierran los ojos y lo aprueban todo, el pueblo y la gente baja serán abandonados, sin guia y sin consejo, á la inmoralidad, al lujo y al orgullo?

La madre se encogió ligéramente de hombros y replicó:

—Tú podrás tener razon en apariencia, hija mia, pero no creo yo que por eso, merezca una crítica tan severa esa inocente Filomena.

—Creereis, pues, que va á casarse con un viajante?

—Nuestra criada á oido ayer que era comerciante.

—Comerciante!... Sí; los de *El Elefante Coronado* hacen creer que está interesado en una casa de comercio de Anvers; pero es un pobre diablo hijo de un barbero. Cierto; los padres de Filomena no permitirian que su hija se casase con un hombre tan comun si ellos no tuvieran para esto razones mejores. Estas son cosas abominables en las que no se puede pensar sin indignacion.

—Yo te ruego, Teresa, que no digas eso; replicó la anciana con acento de súplica. ¡Si tus sospechas no tuvieran fundamento!...

—Sí le tienen y muy fundado!... exclamó la jóven. Madame Kwas, que pasa su vida sorprendiendo los secretos de las familias á fin de poderlos divulgar á su vez, se lo ha dicho á Josefina la modista y esta se lo cuenta á todo el mundo, y no puede menos de ser verdad, porque trabaja para las gentes de *El Elefante Coronado* y lo ha comprendido bastante claramente; la modista tiene por lo tanto razon para no callar cosas semejantes.

—Vamos, Teresa; dejemos á cada uno cumplir su destino y expiar sus faltas, y hablemos de otra cosa, hija mia.

—Os hallo cada vez mas incomprensible, madre mia; dijo la jóven con aire de descontento. ¿De qué podremos ocuparnos aquí? ¿De qué hablaremos sino de lo que pasa en la villa? ¡No se puede decir la verdad, no se debe vituperar el mal! no hay medio entonces de conversar con vos, madre mia, pues criticais mis menores palabras. Querreis, sin duda, que no abra mi boca; callemos, pues, y continuad vos quejándoos de lo triste y enojoso que es esto, desde que mi hermana Herminia, vuestra niña mimada, está fuera de casa.

La anciana señora, sin decir nada, continuó su trabajo, y la jóven inclinó la cabeza sobre su labor con una expresion mal reprimida de impaciencia y de cólera.

Un largo silencio reinó de nuevo en el salon; despues de un rato preguntó la madre:

—¿Tiene ya la criada arreglado el cuarto de Herminia, segun mis órdenes? Porque debé venir mañana de Schaerbeek.

—Yo creo que sí, respondió Teresa: esto no es de mi cuidado, Herminia traerá una carga de botes de pomadas y frascos de esencias, nuevos sombreros y las maletas llenas de vestidos, de cintas, de libros, papeles de música y otras mil fruslerías; ¿de qué serviria arreglar su cuarto, si ella le transformará inmediatamente en un almacen desordenado?

El tio Juan que, dicho sea entre nosotras, no sabe lo que conviene á una jóven, habrá vuelto á mi hermana mas vana de lo que ella era. Dios sabe cuánto dinero habrá malgastado por cargar á Herminia de regalos inútiles. Su fortuna me pertenece tanto como á mi hermana, pues lo mismo debemos heredar la una que la otra y los dispendios que hace por Herminia me son injustamente arrebatados.

—Teresa, hija mia; ¡cómo puedes tú ser tan envidiosa! dijo la anciana con un acento de reproche. Despues de seis semanas que no has visto á tu hermana, ¿no deberias estar alegre por su vuelta?

—Alegre! Oh! sí; ¡cuando ella va á trastornar la casa de arriba á abajo, á aturdir á la vecindad con sus gritos y sus cantos, á hacer ruido de la mañana á la noche! ¡Cuando para vergüenza de la familia irá á la iglesia y á pasearse por las calles vestida como una de esas locas bruselesas!... Oh! será muy agradable para nosotros que hacemos todo lo posible por evitar la maledicenccia, andar en lenguas de la villa á causa de la ligera conducta de mi hermana. Vos no podeis oir, madre mia, todo lo que se dice de ella y lo vituperadas que son por todo el mundo sus maneras y sus costumbres frívolas.

—Oh! qué horror!... ¡Cómo es creible que hables así de tu hermana!... dijo la anciana señora con dolorosa sorpresa. ¡Herminia, la buena, la alegre Herminia!... ¡Ella que es amada de todos cuantos la conocen, y los que la ven una sola vez desean su amistad, porque donde se halla está el placer y el júbilo!... ¿Quién será bastante malo para criticarla si es inocente y pura como una paloma?

—Si viérais la indignacion con que hablan algunos de nuestros conocimientos de su extravagante trage! entre ellos madame Kwas.

Un extremecimiento súbito agitó el cuerpo de la anciana y un relámpago fugitivo brilló en sus lánguidos ojos; contuvo, sin embargo, su emocion y dijo con un tono tranquilo y grave:

—Madame Kwas!... ah! Es posible que en Darlingen un ángel del Señor no escapara de la maledicencia de tales gentes; pero Teresa, ¿crees tú que aun cuando la víbora escupa toda su ponzoña sobre la azucena puede empañar el brillo de esa flor sin mancha?

—Bah!... esas comparaciones ambíguas no son razones, madre mia, respondió Teresa con una sonrisa de burla. La cuestion se reduce á saber si mi hermana hace mal; y esto es lo que debe evitarse; quitar al mundo todo pretexto de crítica y de vituperio; pues bajo este punto de vista la conducta de mi hermana no puede ser mas vituperable.

—Pero Teresa; ten al menos un poco de indulgencia para con esta pobre Herminia!... es una niña!...

—Una niña de diez y siete años!... una niña!... Hace tiempo que ha debido inspirársele con rigor los sentimientos de conveniencia, haciéndole comprender lo que se debe al buen nombre de nuestra familia. Mi tio Juan tiene la culpa de que se halla hecho tan loca y tan extravagante; así yo obligaré á mi padre para que no la deje ir á pasar tanto tiempo en Schaerbeek el año que viene. Schaerbeek está demasiado cerca de Bruselas, y allí solo pueden hallarse malos ejemplos. Si vos, madre mia, estais ciega y olvidais vuestro deber, yo velaré por la reputacion de mi hermana y por el buen nombre de nuestra familia.

La buena señora exhaló un suspiro; pareciendo asustarse y despues de un momento exclamó:

—Pues qué!... ¿Herminia no podrá ir á casa de mi buen hermano? Es su padrino, Teresa, y ha sido educada en su casa hasta la edad de catorce años. Y además nosotros hemos convenido en que Herminia iria todos los años á pasar seis semanas en su casa de Schaerbeek. El la ama como si fuera su hija, y durante diez meses aguarda con impaciencia el dia de su llegada. ¡Y serías tú quien quisieras privarle de una cosa que considera como su mayor dicha!... ¿Y su tia, mi pobre hermana María, querrias tú darle ese pesar! Ah! yo te ruego que no seas tan cruel para tu hermana.

Y al acabar estas palabras tendia las manos hácia su hija con expresion suplicante.

—Vuestro excesivo amor por Herminia os ciega; respondió Teresa. Si se tratara de hacer una cosa que á mí me desagradase, no os asustaríais tanto. Mi padre que sabe mas que nosotras ha dicho igualmente que Herminia no volverá mas á Schaerbeek.

—Ha dicho eso?... exclamó la madre. ¡Oh! Teresa, tú que consigues de tu padre todo lo que quieres, quítale esa idea de la cabeza.

Un doble repiqueteo de campanilla resonó en la casa.

—Ved aquí á mi padre; dijo la jóven.

—Hablarás en favor de Herminia? yo te quedaré reconocida; suplicó la anciana.

—Ya veremos, respondió Teresa. Eso dependerá de la conducta de mi hermana y de vuestra indulgencia para sus ligerezas.

A la entrada de la casa se oia una voz gruesa regañar con acento de cólera. Esta voz debia hacer sobre la anciana una fuerte impresion, porque palideció y se puso á temblar. La puerta del salon se abrió con violencia: un hombre apareció en el dintel y se detuvo un instante, fijando sobre las dos mujeres una mirada acusadora.

Bonifacio Romys, el dueño de la casa, era un hombre de alta talla, todavía fuerte para su edad, aunque sus cabellos blancos como la nieve, indicaban que habia trabajado mucho durante su vida. Su rostro pálido no ofrecia nada de notable en sus rasgos, fuera de sus labios delgados y de sus pequeños ojos grises que parecian lanzar chispas. Llevaba una camisa muy fina y muy blanca, y un grueso alfiler de diamantes en la pechera, como asímismo un anillo con un grueso diamante en la mano izquierda. El resto de su trage estaba bastante estropeado; su sombrero se habia vuelto rojo de puro viejo y los bordes estaban grasientos.

Despues de haber arrojado sobre las dos mujeres una mirada iracunda, se dirigió hácia ellas con un gesto furioso.

—Y qué haceis vosotras?... exclamó él; ¡todo el dia aquí metidas charlando y haciendo trages para los chiquillos de esas gentes que se pasan el tiempo en las tabernas!...

—Ah! pobres niños! ¿y qué culpa tienen ellos?... respondió Teresa con disgusto.

—Cállate tú!... mejor harias en vigilar á la cocinera que está despilfarrando nuestro dinero de una manera abominable. Llego cansado, molido de correr y de trabajar y encuentro á la muchacha con media libra de pan en la mano sobre la que habia extendido un cuarteron de manteca, y monda las patatas dejando en las mondaduras un dedo de espesor.

La anciana quiso dar una explicacion; pero su marido golpeando el suelo con el pié, exclamó lleno de impaciencia:

—¡Callad vos, cuando yo hablo!... ¡Pues qué, de la mañana á la noche, yo me romperé los cascos y me fatigaré en buscar los medios de aumentar nuestros productos, esforzándome por dejar una buena herencia y por elevar la fortuna de mis hijos por encima de otras, para que vosotras por holgazanería y por pereza lo dejeis todo disipar y despilfarrar en la casa? Esa haragana de criada saldrá bien pronto de aquí. Lo tengo resuelto hace tiempo y hoy mismo la despediré.

—Pero Bonifacio, objetó su mujer; la pobre Sofía hace veinte años que nos sirve fielmente; va siendo vieja la infeliz y no hallará otra colocacion.

—Y qué nos importa? refunfuñó su marido irritado. Yo la tomé para servirme como lo ha hecho hasta aquí, si ya no puede hacerlo que se gane la vida como pueda.

—No, Bonifacio, no la despedireis; dijo madame Romys con timidez.

—Que no la despediré?... ¿Os opondríais vos por casualidad? Esto es lo que yo quisiera ver.

—Mi padre tiene razon; observó Teresa. Sofía no está ya para nada; todo lo hace al revés. Por otra parte ella echa á perder á mi hermana y es tiempo ya de que nos deje.

—Bien; si es preciso haced vuestra voluntad, Bonifacio, suspiró la anciana, y dejó caer la cabeza sobre el pecho con desaliento.

Esta sumision pareció calmar un poco á su marido y volviéndose hácia su hija la dijo:

—Ve á la cocina, Teresa, y permanece por ella algun tiempo, pues tengo que hablar á tu madre de cosas graves, las que sabrás en su dia.

Teresa salió de la habitacion.

Bonifacio tomó una silla y dijo á su mujer:

—Sentaos Julia; quiero comunicaros una cosa importante, no para conocer vuestras ideas ni para pediros consejo, pues sé que como siempre no tendreis otro parecer que el mio; sino solamente porque semejantes asuntos no pueden tratarse sin que los conozcais y deis vuestro asentimiento. Vos no sabeis lo que es necesario para elevar nuestra familia en el mundo y por eso mi voluntad ha sido una ley.

Su mujer sin decir palabra le miró con ademan de profundo sufrimiento.

—Ved aquí el negocio; replicó él. Nuestra fortuna asciende á unos quinientos mil francos, y el aumento que insensiblemente van adquiriendo las propiedades. Añadid á esto que cuando tus hermanos Juan y María mueran nuestra fortuna se aumentará con mas de doscientos cincuenta mil francos por este lado; yo habia pensado que nuestras hijas no se casarian y en este caso no se dividirian los bienes; y si tuviéramos la dicha de so-

brevivir á tus hermanos, nos hubiéramos hallado á la vejez con unos ochocientos mil francos, siendo entonces muy pocas las personas que en Darlingen nos hubieran sobrepujado en riquezas. Tal fué por largo tiempo mi esperanza y mi objeto. Yo estaba seguro de que nuestra Teresa es una muchacha de talento y comprende perfectamente mis ideas, por lo cual no se casará; ella odia el matrimonio y le agrada la soledad.

—Así parece á primera vista; pero en el fondo ¿quién sabe lo que será? murmuró la anciana.

—Bah! no sabeis lo que os decís, Julia. ¿Ha manifestado Teresa alguna vez su deseo de casarse? Y en cuanto á Herminia es otra cosa; hace tiempo que he adquirido la conviccion de que no le desagradará el matrimonio, sobre todo habiéndosele puesto en la cabeza á su tio Juan la idea de que no se ha de quedar soltera, y nosotros no lo deseamos, no; Herminia se casará tarde ó temprano. Ya he tomado mi partido sobre este particular y para impedir que Juan se mezcle en este negocio la he buscado hoy mismo un buen partido.

Su mujer le miró con ansiedad.

—Qué niñada! dijo él riendo; ¡ya estais temblando como si yo fuera capaz de casar mal á mi hija!... No temais nada, el marido que le destino es casi tan rico como nosotros y aunque él comercia todavía es de una antigua familia muy apreciable: Les Pottewal.

—Pottewal, el mercader de granos!... exclamó la señora palideciendo. ¡Oh! Cielos eso no es posible!...

—¿No es posible? porqué? Desde el fallecimiento de Pottewal, su hijo único Francisco está á la cabeza de una fortuna considerable.

—Pero es ya viejo y no conoce á nuestra hija Herminia, murmuró la pobre mujer temblando de emocion.

—Treinta años. La mejor edad del hombre. Cuando se tiene experiencia y no se corre el peligro de una derrota ó de dirigir mal los negocios.

—Por Dios, Bonifacio; ¡no obligueis á mi Herminia á casarse sin amor!... no la hagais desgraciada por toda su vida.

—Desgraciada! repitió Mr. Romys. Nosotros tambien nos hemos casado casi sin conocernos, y ¿somos desgraciados? Esto no nos ha impedido el guardar y aumentar nuestros bienes. ¡Amor! ¡id al mercado con esto para comprar manteca! ¿qué es el matrimonio para las gentes acomodadas, sino la asociacion de dos fortunas y un medio de acrecentar la consideracion de las familias? Mr. Pottewal lo comprende tambien así, y quiere casarse para tener una mujer hacendosa que cuide y economice en su casa mientras él viaja para su comercio. El tenia un antiguo criado de quien se fiaba como de sí mismo y ha muerto hace tres meses, por lo tanto Pottewal está ahora solo. El se lamentaba de su soledad y yo le hice comprender que una union entre nuestras dos familias no sería un mal negocio tanto para él como para nosotros.

—Ay de mí!... ¡Mr. Pottewal necesitaba una criada y le habeis dado á nuestra hija! dijo la madre aterrada con una voz débil y ocultando el rostro entre sus manos.

—Cómo una criada! preguntó Bonifacio: ¿sois vos mi criada? Yo sé muy bien lo que teneis metido en la cabeza, como tambien vuestros hermanos Juan y María que deseais casar á Herminia con el primero que se presente de esos calaveras de Bruselas. Y os digo con franqueza que mi empeño es demasiado fuerte. Ernesto Decock que cree haber aprendido bastante para venir á buscar ocupacion en Bruselas, en su carrera de ingeniero, va á volver de Inglaterra; este jóven me ha inspirado siempre aversion; él ha visto muchas veces á Herminia en Schaerbeek y ella le recuerda á menudo, haciéndome sospechar esto otra cosa que una amistad inocente. Por otra parte yo temo que tus hermanos inspiren á nuestra hija peligrosos proyectos. Ernesto es pobre; su padre hizo malos negocios y no le ha dejado treinta mil francos. Ya comprendereis, pues, que no debo vacilar. Mr. Pottewal está pretendiendo casarse y si no es con Herminia será con la hija de Mr. Cortbeen que la ha hecho ya hablar con este objeto por madame Kwas. Tales ocasiones son demasiado raras en Darlingen para dejarlas escapar.

Madame Romys con la cabeza baja y los ojos cerrados quedó un instante sin movimientro. Quizá la egoista dureza de su marido bajo la cual gemia hacia mas de treinta y cinco años, habia enervado toda su fuerza moral haciéndola caer en un anonadamiento doloroso. Comprendia que ni sus ruegos ni sus lágrimas tendrian ningun poder contra la fatal resolucion de Romys y aunque en ello iba la dicha de su Herminia querida, no hallaba en su alma fuerza bastante para oponerse á la despótica voluntad de su marido.

—Vuestra resistencia no me sorprende; replicó Romys; yo la esperaba; porque hubiera sido rara que una vez siquiera en vuestra vida aprobáseis lo que yo creo útil. Podeis llorar lo que os plazca; pero tened cuidado con lo que voy á decir. En cuanto Herminia llegue se lo advertiré á Mr. Pottewal y vendrá á tomar café con nosotros, y si sois tan imprudente ó tan loca que no le recibais como conviene os haré arrepentir, y si decís á Herminia una sola palabra en contra de mi proyecto os haré ver que soy el dueño de mi casa. ¡Ah! vos creeis que su tio Juan podria...

En esto llamaron á la puerta de la habitacion.

—Padre mio; ¿se puede entrar? dijo una voz desde fuera.

—Bah! tú siempre Teresa!... exclamó Romys.

—Calla! porqué llora mamá? preguntó la jóven entrando en la sala.

—Siempre lo mismo; ya lo sabes; respondió el padre. Teresa, tú atiendes mejor á la razon. Ella llora porque la he anunciado que Herminia se va á casar.

—A casarse!... Herminia casarse!... interrumpió Teresa; ¿pero es esto verdad? ¿Os chanceais sin duda, padre mio?

—No me chanceo; lo he dicho y será. Francisco Pottewal, el rico mercader de granos, será tu cuñado.

—¡Se me ha, pues, engañado indignamente desde mi infancia!... exclamó Teresa cuyos labios temblaban mientras que miraba á su padre frente á frente con una expresion que no tenia nada de respetuosa. ¿Pues qué, se me hace quedar soltera para que la fortuna de la familia no se divida, y ahora que es tarde para mí se busca para mi hermana un brillante matrimonio?

—Pero déjame hacerte comprender...

—Comprender!... yo lo comprendo demasiado bien, prosiguió Teresa con irritacion creciente. Si yo muero, Herminia poseerá toda la fortuna de la familia, y si ella muere yo nada heredaré de su parte. ¿Es así como se despoja á la pobre Teresa? Todo para Herminia, para mí nada.

—Callarás al fin? exclamó Romys. Tú hablas sin ton ni son, sin saber lo que te dices. Escucha y sabrás lo que tiene para tí de ventajoso este matrimonio. Cada cual puede morir. Y si sucediese que Mr. Pottewal y tu hermana no tuvieran hijos y dejasen este mundo antes que tú, ¿sabes, aturdida locuela, lo rica que serías entonces? Poseerias tú sola nuestra fortuna, la de tu tio Juan, la de Pottewal, que todo junto asciende á mas de un millon!... algo mas de un millon.

La idea de ser un dia tan inmensamente rica hizo una profucda impresion en M.lle Romys, suspendió su juicio sonriendo interiormente con tan halagüeña esperanza. Empero de repente un rayo de luz iluminó su espíritu.

—Padre mio!... padre mio!... vos quereis cegarme, dijo ella con acento de reproche. Yo bien veo lo que pasa. Herminia se casará, será rica, tendrá hijos, ¡dichosa criatura!... mientras que yo pasaré aquí mi vida solitaria y triste. Moriré antes que Herminia y ella lo poseerá todo. ¡Vos haceis de mí la víctima de mi hermana!... me sacrificais.

—Qué locas sois!... tú eres tan poco razonable como tu madre y me asombra verte igualmente anegada en llanto: pero esto no me importa. El matrimonio que he resuelto es muy ventajoso para nuestra familia; y el bienestar, la elevacion y el honor de mi nombre son antes que todo. Por lo tanto, que te plazca ó no, antes de dos meses Herminia será madame de Pottewal ó yo perderé mi nombre de Bonifacio Romys. Y no hay que decir á Herminia una palabra de este proyecto hasta que la haya hablado yo mismo.

Madame Romys se levantó y extendiendo las manos hácia su marido le dijo con acento suplicante:

—Oh! Bonifacio!... revocad vuestra resolucion!... ¡Dad siquiera algun tiempo á nuestra Herminia!... Veamos antes si ella tiene alguna inclinacion por Mr. Pottewal. Esperad, para decidir tan irrevocablemente de su suerte, á que ella conozca al menos al hombre que le destinais. ¡Ah! por piedad, sed bueno y escuchad mis consejos; no vendais á mi hija por un puñado de oro.

Su marido sonriendo con aire burlon iba á responder con palabras amargas al humilde y triste ruego de su mujer cuando la casa se extremeció con el estrepitoso ruido de la loza que se hace pedazos cayendo con estrépito por el suelo, los cascos de una pila de platos rotos.

(*Se continuará.*)

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

VUELTA A LA PATRIA.

Vuelven á verte mis amantes ojos
Oh! dulce patria mia!
Vuelve á gozar el corazon dichoso
De mi cielo, mis campos, mi alegría.
Torna mi frente á iluminar radiosa
Tu seductora luna,
Esa blanca deidad, que cariñosa
A mi apacible cuna
Bajó á pedirme la primer sonrisa.
Esta es mi Cuba, sí, no ya infelice
Mi enagenada mente
Tras dulce sueño en realidad penosa
Tornará á despertar, que me lo dice
De Almendares la plácida corriente,
Lo murmuran los plátanos y palmas
Con lánguido sonido,
Y aun mas elocuente
Con férvido latido
Me lo asegura el corazon ardiente.
Esta es mi Cuba, sí, si solo fuera
Un soñado placer, el alma mia,
No con tanta espansion respiraria,
No de la vida en plenitud sintiera
El vigoroso brio
Que solo puede el maternal rocío
Recibir esta planta.
Solo en mi Cuba! De extrangeros lares
Qué me importa la pompa y lozanía
Si nada mueve el corazon, ni inspira
Mi helada fantasía.
Yo los admiro, sí, mas cual se admira
De ricas tumbas la belleza fria.
Muda, insensible, en silencioso pasmo
Vieron mis ojos la sin par grandeza
De americanos bosques, sin que el alma
Un destello de férvido entusiasmo
Pudieran arrancar, sin que el dejarlos,
En lánguida tristeza
A dirigirles la postrer mirada
Volviera mi cabeza.
Mas cuán distinto aquí, Cuba á donde
En tí todo lo ama
Mi corazon, y todo responde,
Desde la cumbre que tu sol derrama
Hasta el reptil que la maleza esconde.
Todo en tí me habla misterioso idioma
De amor y poesía
Que enagena y conmueve el alma mia.
¡Oh! Cuba, Cuba hermosa,
Dos vidas hallé en tí, si una me diste
Como madre amorosa
En la márgen del Táyaba espaciosa,
Otra me brindas hoy, que yerta el alma
En urna helada sin sentir yacia,
Hasta que ciega, palpitante y loca
De placer y alegria,
Han vuelto á verte mis amantes ojos,
¡Oh! dulce patria mia!

CARLOTA ROBRENO.

UNA LAGRIMA.

Ella me mira. De sus labios rojos
Se apaga la sonrisa.
Fija sus ojos en mis tristes ojos
Donde el pesar divisa:
Une á mis labios su serena frente...
El llanto presuroso
Como preñada nube
A mis ojos se agolpa silencioso,
Y resbala una lágrima candente
A confundirse entre sus blondos rizos.
Alza su frente pura y seductora,
Y al mirar su semblante
Do el placer siempre brilla,
Una lágrima dulce y tembladora
Rodaba en su megilla!...

ANTONINO CHOCOMELI CODINA.

Peinados para comidas y reuniones.

N.° 1.—Bandó con punta de terciopelo azul, sosteniendo almendras de cuentas que caen sobre la frente: al lado, rama de azaleas; collar igual al bandó.

N.° 2.—Bullonado de tul verde-luz, con cascabelillos de cristal verde.

N.° 3.—Tocado-redecilla de terciopelo negro, cuentas blancas y rama de rosas.

N.° 4. — Tocado enrejado de terciopelo encarnado, cuentas blancas y camelia blanca.

N.° 5.—Puf de espigas de oro, rosas, y cadenetas formando collar.

PROBLEMAS DE AJEDREZ.

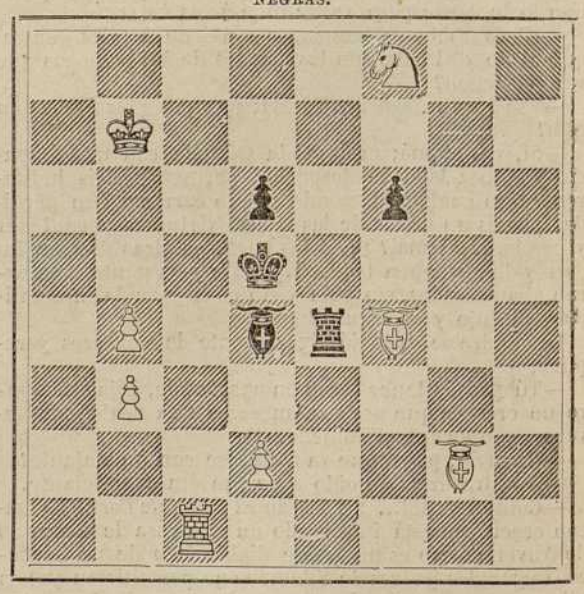
SOLUCION AL PROBLEMA N.° 85.

Blancas.	*Negras.*
1.ª T. 3.ª R.ª jaque	R. 5.ª A.R.ª
2.ª R.ª c. A.R.	T. toma P. jaque.
3.ª R. 2.ª A.R.ª	R.ª ó T. 7.ª R. jaque.
4.ª T. 2.ª R.ª	Cualquiera.

5.ª C. 6.ª C R.ª ó R.ª jaque-mate.

PROBLEMA N.° 86, COMPUESTO POR D. JAVIER MÁRQUEZ.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 3 jugadas

DIRECTOR: D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ 1867. IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA á cargo de D. Federico Joly y Velasco, Bomba, n. 1.

Leroy imp. Paris

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

56, Rue Jacob, Paris.

AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 15.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs... Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs...Seis meses,65...Tres meses, 35... Un mes, 12.

Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs....Seis meses, 42... Tres meses, 22...Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

EDITOR PROPIETARIO: Don Abelardo de Cárlos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes.... Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Libreria de Don C. Bailly-Bailliere, plaza del Príncipe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tánago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux.
PARIS, Mr. Fermin Didot frères, rue Jacob, 56.

Sumario.—Dos modelos para peinados.—Zapatilla de tapicería.—Tapa-peine de cinta.—Adornos para confecciones.— El arte de la costura.—Dos trages.—Diez modelos para peinados. — Trage de terciopelo inglés color de pensamiento. — Trage para convite.— Al pié de la cruz. —El eco de las olas. — ¡Salve! A María. — Madrid de mañano y Madrid de hogaño.—Los vecinos de Darlingen.— A la Virgen.— La Semana Santa. —Explicacion del figurin iluminado.

Dos peinados.

N.° 1.—Este peinado, que es casi una cófia, está

PEINADO N.° 1.

hecho de cinta de terciopelo malva y encage blanco de seda; un fondo ovalado, hecho de tul blanco rígido, orlado con alambre, guarnecido de tafetan negro, está cubierto de buclecillos de terciopelo superpuestos, los primeros de los cuales (los que caen mas cerca del cabello) terminan cada uno en un cascabelillo de cuentas; estos triángulos dejan vacío en el medio del óvalo un espacio de 3 centímetros. Cada buclecillo se hace de un cabo de cinta de 8 cents. de largo y uno y medio de ancho; para su disposicion véase el dibujo especial que los representa. Se los cose por filas sobre el fondo ovalado, principiando por el borde de delante, y cubriendo primeramente la mitad del fondo. Los cascabelillos que caen por detrás sobre la castaña tienen 6 cents. de largo. Se toma en seguida un pedazo de cinta de 80 cents. de largo; se la rodea con el encage de seda, se la cose sobre el espacio vacío de modo que caiga por ámbos lados en dos cabos iguales, que son casi unas bridas; en el sitio que descansa sobre el fondo se frunce el encage, y la cinta se borda de cuentas; se cruzan estas bridas por debajo de la castaña, y se las fija con una escarapela de encage de seda.

N.° 2.—Peinado de cinta de terciopelo verde y lirios. Para ejecutarlo se prepara en tul negro rígido un fondo redondo de 6 cents. de diámetro; se le rodea con alambre forrado de cinta de tafetan negro, que tenga 1 cent. de ancho. Se toma cinta de 2 cents. y medio de ancho; de ella se cortan 18 pedazos, cada uno de 5 cents. de largo. uno de cuyos extremos se dobla de modo que forme un triángulo; en el otro extremo se forma un pliegue; se cosen estas 18 hojas en dos filas al rededor del fondo, excediendo de él la primera de ellas. La punta de cada triángulo perteneciente á la 2.ª fila se adorna con un cascabelillo de cristal verde. Se toman 9 ramas de lirio, cada una de 10 cents. de largo; se las dispone de modo que el fondo quede enteramente cubierto; al extremo de cada rama se ata un cascabelillo de cristal verde que cae sobre el cabello. Cada brida tiene 70 cents. de largo; se cruzan por debajo de la castaña, y se fijan por medip de algunas ramas de lirio.

Zapatilla de tapicería.

Se ejecuta este dibujo, esencialmente masculino, sobre canevas n.° 24, á punto de cruz, con lanas céfiro: representa la piel de una zorra.

Tapa-peine de cinta.

Se compone enteramente de buclecillos hechos con cinta de moer encarnado de 1 cent. de ancho. Se corta en tul rígido un pedazo que se cubre con los buclecillos, dispuestos como lo indica el dibujo especial que sirve para el primer peinado y para este. El pedazo de tul tiene 15 cents. de largo y 5 de ancho en su parte media; está en línea recta por un lado, mientras por el otro forma sesgo, de modo que su ancho es solo de un centímetro en cada extremo, que es redondeado.

El pedazo de tul va rodeado por un lijero alambre, luego orlado con cinta negra de tafetan. Cada buclecillo se hace con una cinta de 6 cents. de largo. El peinado ó tocado se guarnece con dos cabos de cinta de 96 cents. de largo cada uno, que se atan debajo de la castaña. Se cose todo esto sobre una peineta sencilla, ó bien se fija sobre la castaña con algunos alfileres.

Adornos para confecciones, etc.

N.° 1. — Esta guarnicion se compone de cintas

PEINADO N.° 2.

estrechas dispuestas á cuadros, y fijadas por algunas cuentas en sus puntos de union; se la puede emplear en los zagalejos ó trages, ó copiarlas en corpiños de muselina con tiras de nansouk pespunteadas por ámbos lados. En este caso se reemplazan las cuentas con cruces ó estrellas hechas á punto ruso con lana fina ó seda negra.

N.° 2.—Este dibujo representa parte de una esclavina de raso blanco, algodonada y forrada de tafetan blanco, pespunteada por el derecho á cuadros, cuyas líneas se marcan con cuentas blancas de cristal de dos gruesos diferentes.

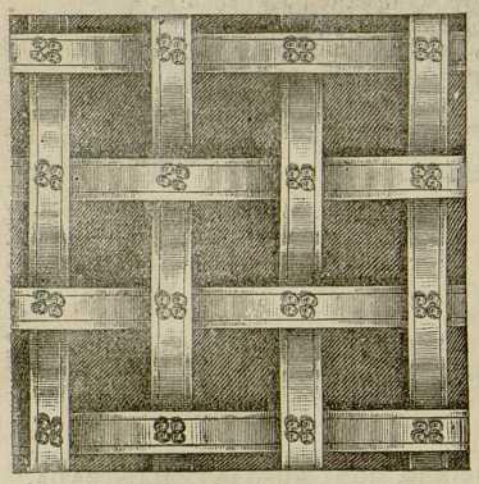
EL ARTE DE LA COSTURA.

(Véanse las páginas 179, 193, 237, 313 del año pasado, y la primera del presente.)

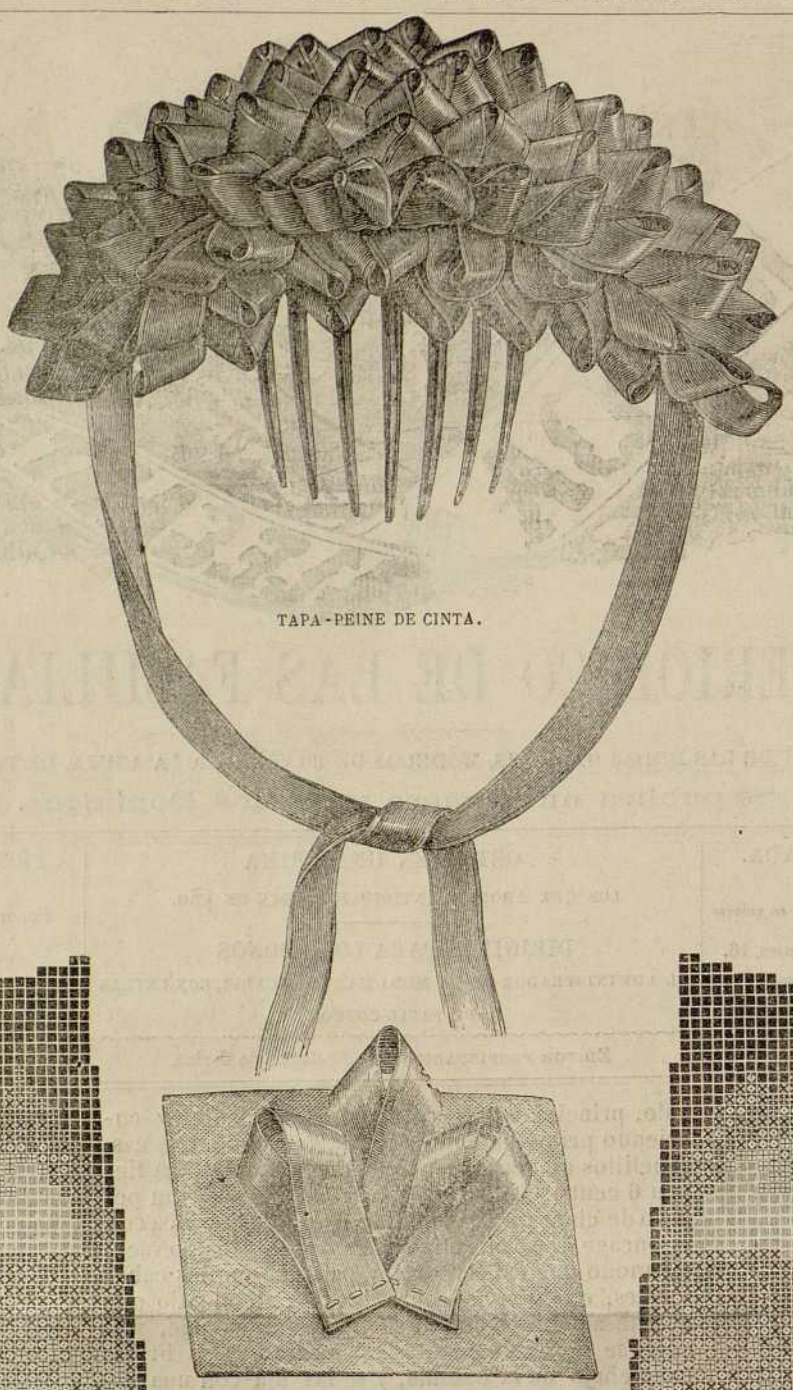
VII.

Preparacion del corpiño de un trage.—Se cortan primeramente en percalina que debe servir de forro todos los pedazos que componen el patron del corpiño; se dobla la percalina por su mitad, y se la fija, lo mas estirada que se pueda con alfileres, sobre cada mitad del patron que represente solamente la mitad de la espalda, ó de la manga, etc.; el pedazo se encuentra cortado *entero*, puesto que la percalina está doble. —Para todo corpiño que se abra por delante, la espalda se corta entera, sin costura, y la tela se pone doble y al hilo sobre la línea que indica el medio de la espalda. Al cortar cada pedazo, se dejan de mas sobre todos los contornos 2 centímetros de tela; esto es indispensable para asegurar la solidez de las costuras; en el escote y el borde inferior este excedente puede ser de 1 centímetro no mas. Se cosen primero las nesgas del pecho, siempre marcadas en el patron; luego se hacen en la espalda los pliegues pequeños ó nesgas que pueden encontrarse hácia la sisa. En el medio de la espalda se pone, desde el borde inferior, un pedazo de cinta de hilo que tenga 1 centímetro de ancho por 10 de largo, cosida á bastilla, luego se reunen todos los pedazos del corpiño juntando las letras ó cifras iguales. Esta primera reunion no se compone de costuras definitivas; tiene por objeto principal permitir el que se pueda probar el corpiño; lo mismo sucede con las nesgas (si no siempre, frecuentemente), y en particular cuando se emplea un patron por la primera vez, y que no hay seguridad en la posicion de las nesgas, que constituyen la principal condicion que ha de observarse para la gracia del corpiño. Digamos de paso que las personas muy gruesas están en un error perjudicial para ellas cuando creen que aparecen delgadas llevando los corpiños muy estrechos, y haciendo venir muy arriba las nesgas: mientras mas holgado esté el corpiño, menos grueso parecerá el talle.

Al probar el corpiño, se señalará con un alfiler, picando horizontalmente, la altura de las nesgas, ya se hayan de subir ó de bajar; se aprieta ó se ensancha el corpiño sobre la costura de debajo del brazo, luego se separan enteramente los diversos pedazos, y se los vuelve á coser definitivamente con arreglo á las modificaciones que se han hecho. Se cose debajo del borde de cada delantero una tira de tela igual á la del trage, que tenga 4 cents. de ancho; se hacen los ojales en el delantero derecho, se cosen los botones en el opuesto, luego se cosen las nesgas, y se hacen todas las costuras á punto atrás. Despues de reunidos todos los pedazos, se sientan las costuras por dentro, cuidando de no picar la aguja en la tela, sino solo en el forro. Entre la costura á punto atrás que reune los diversos pedazos, y la bastilla que sienta la parte excedente de estas mismas costuras, se pasa una ballena agujereada por ámbos extremos, que se fija sólidamente; otro tanto se hace para cada nesga. El dibujo que representa un corpiño vuelto del revés, no cosido aun por el hombro, indica la altura á que han de llegar las ballenas. El escote y el borde inferior van guarnecidos con un *vivo*, el cual se hace, ya sea con una tira de la misma tela del traje, cortada al sesgo, y de 2 cents. de ancho, ya con tafetan de un color que corte bien; en ella se encierra un cordon redondo de algodon, procediendo con arreglo á las indicaciones del dibujo especial que representa al vivo en ejecucion. Se corta al sesgo una cierta cantidad de tiras de dos cents. de ancho; se las reune por sus lados transversales ó cortos haciendo bastillas; estas costuras caen hácia adentro. El vivo así preparado se cose por el derecho del corpiño ó de la confeccion, junto al cordon y á punto atrás, de modo que el excedente de tela de la costura del vivo exceda un poco del objeto que guarnece (véase el dibujo); este excedente se *rebate* sobre el revés del corpiño (véase el dibujo correspondiente), y así el vivo propiamente dicho, es decir, el cordon contenido en la tira, termine el objeto que orla. Sobre las sisas se cose un vivo, siguiendo la línea de puntos del dibujo que representa el corpiño visto por el revés. Cuando la manga se cose, se pasa un hilo á *punto por cima* algo espaciado sobre todos los excedentes de las costuras, es decir, una *doble* costura, la prime-



N.º 1.—ADORNO PARA CONFECCIONES.

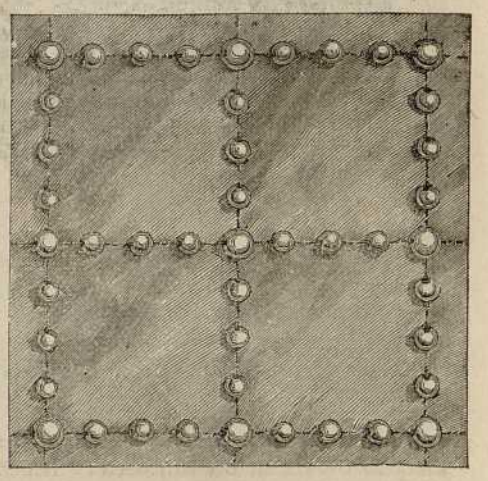


TAPA-PEINE DE CINTA.

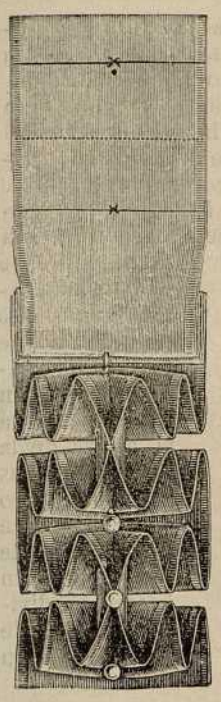
DISPOSICION DE LOS BUCLECILLOS DE CUENTAS.

ZAPATILLA DE TAPICERIA.

Signos: ▪ Castaño encarnado muy oscuro. ▩ El mismo menos. ▨ Idem media tinta. ▤ Idem mas claro. ▥ Id. claro. ▮ Id, muy claro (este en seda). □ Blanco. ▦ Punzó. El fondo propiamente dicho es de lana negra. Puede aumentarse ó disminuirse segun el tamaño de la zapatilla.



N.º 2.—ADORNO PARA CONFECCIONES.



N. 1.

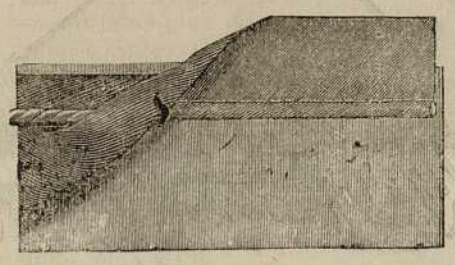
ra á punto atrás, y la segunda á bastilla, segun se ha explicado.

Pliegues de detrás de un trage.—Todas las personas que no quieren llevar trages enteramente planos, transigen con la actual moda; sus trages son planos por delante y por las caderas, pero conservan algunos pliegues detrás; nuestro dibujo indica la ejecucion de estos pliegues, que se cosen por segunda vez á centímetro y medio de distancia de la primera costura.

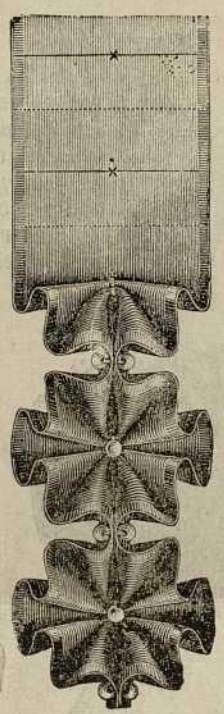
CORPIÑO VISTO POR EL REVES.

Rizados diversos.—Los rizados se emplearán siempre como guarniciones y adornos; ponemos aquí cinco dibujos de ellos, diciendo una vez por todas que las líneas de puntos indican el pliegue *interior*, y las continuadas el pliegue *exterior*.

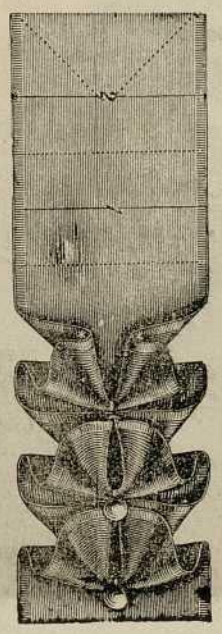
N.° 1. — Se dispone la cinta ó la tira en pliegues á grupos de cuatro, para formar las *rosetas* que componen el rizado; el dibujo representa dos de estas terminadas, y una tercera hecha solo en su mitad; para terminar esta, se debe fijar la cruz sobre el punto de cada línea continua. Por último, la *capa* superior de la roseta se reune por algunos puntos, luego se adorna con una cuenta; otra cuenta se pone en el centro de cada roseta.



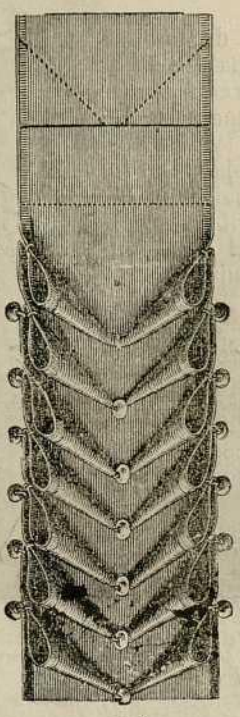
VIVO EN EJECUCION.



N.° 2.



N.° 3.

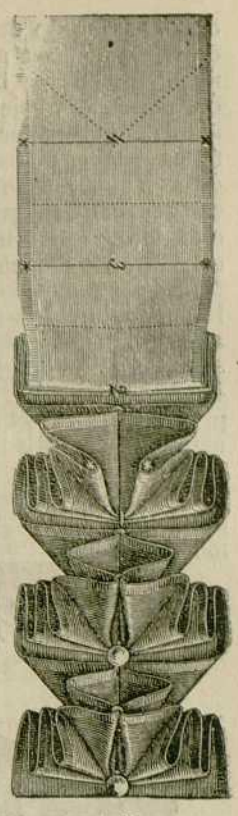


N.° 4.

RIZADOS DIVERSOS.

N.° 3. — Se hace este rizado poniendo las cifras 1 y 2 sobre el punto, lo cual forma dos pliegues dirigidos en el mismo sentido; el pliegue superior se repliega de modo que los dos sitios marcados cada uno por una estrella se tocan, y se cosen juntos, luego se fijan con una cuenta sobre el punto.

N.° 4.—Se dispone la cinta en pliegues sencillos, poniendo cada cruz sobre un punto; se dirigen estos pliegues en el sentido de las líneas al sesgo de puntos, y se fija cada pliegue por su borde y en el medio por algunos puntos y una cuenta. Se levantan las puntas de los pliegues con la ayuda de una aguja de madera, de las de hacer punto, ó de un mango de crochet.

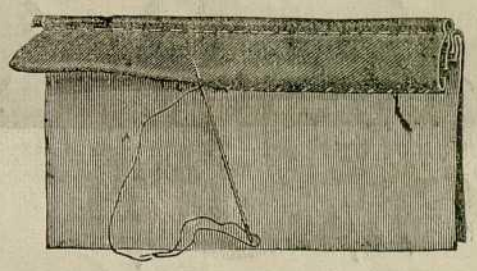


N.° 5.

N.° 5.—Se prepara este rizado como el del n.° 3; pero ahora se dispone la cinta en cuatro pliegues superpuestos (véase el dibujo); se fija el pliegue superior, cruz con cruz sobre el punto, pero se dirige el pliegue de modo que los dos sitios marcados por estrellas se toquen y se cosan juntos, lo que da al rizado el aspecto que representa el dibujo.

Dos trages.

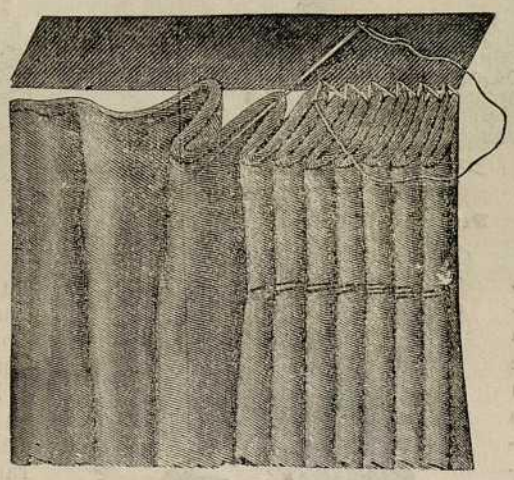
TRAGE DE DEBAJO DE RASO MALVA; trage de encima de tul blanco á bullones perpendiculares, separados por cuentas blancas. Cinturon de raso malva; mangas de la edad media de raso igual al del trage de debajo. Camiseta escotada, bullonada, de muselina, con sesgos de raso malva y cascabelillos de las cuentas blancas.



VIVO SENTADO.

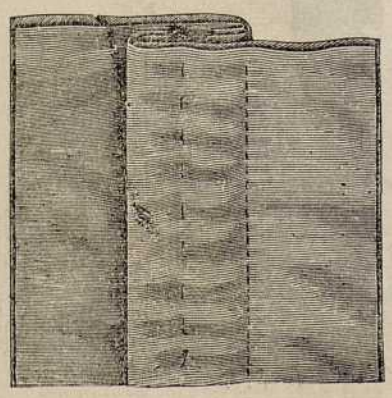
N.° 2—TRAGE DE COMIDA. Trage de debajo de paño de seda gris claro, trage de

N.° 2. — Esta es una variedad del rizado de *rosetas*. Cuatro pliegues se disponen en sentido inverso, como se acaba de indicar; para terminar la tercera roseta, se fija cada línea fina, cruz con cruz sobre el punto. Se da al rizado su fisonomía particular cosiendo juntos los bordes de las cintas pertenecientes á 2 rosetas inmediatas y poniendo en este sitio dos cuentas; se fija tambien otra de las cuentas en el centro de cada roseta.



PLIEGUES DE DETRAS DE UN TRAGE.

N.° 1.—VESTIDO.



COSTURA DEL CORPIÑO.

N.° 2.—VESTIDO DE CONVITE.

encima de paño de seda verde manzana guar, necido de encage blanco, recogido y sujeto al lado izquierdo por botones blancos cuadrados; encima del encage se encuentra un galoncito blanco claveteado con cuentas blancas.—Mangas muy largas y muy anchas, iguales al trage de encima, atadas por detrás; —mangas casi ajustadas de encage blanco, y tul blanco y galones verdes.

Peinados.

N.os 1 y 2.—

N.º 1.

nes que se emplean para esto deben estar fuertemente rizados, ó forrados con crepé ligero. — Del mismo modo se dispone el cabello de delante, y se le añaden algunos bucles al lado derecho.

N.os 3 y 4.—La castaña de este peinado se prepara con tres rulós de cabellos; los cabellos de delante se ondulan, se peinan hácia atrás

N.º 2.

y hácia adelante sobre una trenza-diadema; —un manojo de rosas se coloca al lado derecho. Para hacer la castaña se ata el cabello y se le arrolla sobre un *boa* (crepé largo).

N.os 5 y 6. — Este peinado se adorna con ramas de sahuco.—Se peinan hácia atrás los cabellos de delante que se han ondulado se los ata con los de detrás á la altura de la oreja poco mas ó menos, pero de modo que los cabellos de delante queden *huecos*; se divide la masa de los cabellos en

N.º 8.

Los adornos de los peinados actuales se componen frecuentemente de una sola flor grande, y aun de una sola hoja grande.—Así el peinado que representa las cabezas 1 y 2 se adorna con una ho-

N.º 3.

N.º 5.

N.º 6.

dos partes, que se arrollan cada una sobre un *boa* de crepé de 70 centímetros de largo; el extremo del cabello se fija al extremo del crepé. Si el cabello

N.º 4.

no es bastante largo se añaden postizos, que se atan con los naturales. Se arrollan estos dos rulós segun las indicaciones del dibujo; se fija detrás de la oreja un hacecillo de bucles pequeños, y luego se ponen las ramas de flores.

N.os 7 y 8.—Peinado romano. Si los cabellos no son bastantes para su ejecucion, se empleará una castaña riza-

ja de plátano de terciopelo verde, guarnecida de cascabelillos de cuentas; una rama, con algunas hojas mas pequeñas, nace de allí enrollándose al rededor de la castaña. Para ejecutar este peinado se divide el cabello de detrás en dos masas superpuestas, se ata la inferior, que sirve para cubrir un crepé

N.º 9.

que tenga la forma de una castaña redonda; el cabello se fija encima de este crepé por un peinecillo que no se vé. Con el extremo de este cabello, y con el de la masa superior, se disponen gruesos bucles redondos, llamados *cañones*; los mecho-

N.º 7.

da y una corona de bucles adornada con una rama de campanillas.

N.os 9 y 10.—Para ejecutarse este peinado se emplearán tres hacecillos ó manojos de rizos; el mas corto se fija encima de la frente; los otros mas largos debajo de la castaña y sobre el lado dere-

N.º 10.

Peinados ejecutados por M. Croisat.

cho. Se principia por atar la mayor parte del cabello natural por detrás, poco mas ó menos á la altura de la oreja; se fija uno de los manojos de rizos por debajo del atado, se pone un grueso crepé y se cubre con los cabellos naturales. El cabello de delante se divide en tres partes, la del medio fuertemente ondulada; cada una de estas tres *masas* de cabellos se peina sobre un crepé, y se riza el extremo de todos los cabellos disponiéndolos como indica el dibujo. Dos bandeletas de cinta de moer se pasan por los cabellos, y sujetan además un ramo de flores y un lazo de cinta.

á guisa de torrente que se desborda, me arrastra con indeclinable fuerza hasta la resbaladiza senda donde principian los placeres del mundo.

Y el mundo corona mis sienes de purpurinas flores, y ofrece á mis labios su embriagadora cicuta, y me hace aspirar el blando aroma de sus delicias, y me lleva de la mano, al través de un camino sembrado de rosas, á las mansiones encantadas de sus festines...

Allí respiro el perfumado ambiente de los placeres; allí bebo el suavísimo néctar que centellea en doradas copas; allí languidezco de amor entre los dulces halagos de hechiceras hermosuras...

Ah!... Mi corazon queda vacío, anhelante, triste!

plandor de lo verdadero, y las artes, decia Leibnizt, la encarnacion de la ciencia.

Y me pierdo luego entre las psicológicas abstracciones de Kant, que ansía sorprender al alma el arcano imposible de la elaboracion del pensamiento;

Y enmudezco de asombro al examinar la exactitud analítica, sublimada á método, por Newton y Lagrange, en la admirable ciencia de Arquímedes;

Y observo los maravillosos cálculos de Kepler y Herschell que pasearon sus miradas por encima de los astros y sorprendieron sus movimientos y fijaron sus órbitas y descubrieron á los hombres de la tierra los misterios del mundo de las estrellas;

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Trage de pe'o de cabra co or de paja, guarnecido con tres tiras de tafetan encarnado cortado al sesgo. Túnica del mismo color, adornada de franjas encarnadas y de borlas del mismo color. Esta túnica está cruzada por un largo y ancho cinturon igual al trage, y el cual forma nudo por detrás.

Trage de tafetan negro.—La guarnicion figura un redingot abotonado por delante, y por un solo costado: la guarnicion se compone de tiras de tafetan negro cortadas al sesgo, gruesos botones y blonda negra.

Trage de poult de seda color de malva Bismark.—La guarnicion de delante se compone de tres rizados de cinta con rosetas, y bellotas de pasamanería. Dos rulós de tafetán del mismo color, pero de tinta mas fuerte, forman la guarnicion, que figura un segundo trage, cuyos dientes se guarnecen con una franja: para la colocacion de ella obsérvese el dibujo.

AL PIE DE UNA CRUZ.

MEDITACIONES FILOSÓFICAS.

Mi corazon se encuentra fuertemente conmovido.

¡Tregua á los pensamientos profanos!

Ahí está la Cruz de Jesucristo, la palma de los mártires, la esperanza de los santos, el áncora de los pecadores arrepentidos, el lábaro glorioso de Constantino y de Pelayo, la espada vengadora de Maxencio y de Juliano Apóstata, la enseña sacrosanta del bravo Sobieski, del profundo Colon, de la incomparable Isabel la Católica...

Yo la veo, y siento que resuena en mi espíritu un eco de armonía que me dice, con dulzura infinita, palabras de consuelo y esperanza.

Pero el fuego que se anida en mi pecho de jóven,

—Más!—grita una voz misteriosa.

Me arrollo, me sepulto, me anego en mí mismo; penetro con mi osado pensamiento hasta los mas oscuros rincones de mi *ser*; escudriño uno por uno los pliegues mas recónditos de mi *esencia*, para averiguar el *porqué* de esa voz que acibara mis delicias...

Y al desatar el invisible nudo, *comprendo* que bulle en mi frente *algo* que se aletarga y debilita y muere de marasmo en medio de los placeres de los sentidos.

Olvidé por un momento la nobleza de ese *algo* y pude envilecerlo revolcándome en el inmundo cieno del sensualismo.

Me levanto erguido.

El *espíritu* se alimenta de la *verdad* y de lo *bello*: la verdad es la ciencia, lo bello es las artes. Verdad, al fin, porque lo bello, decia Platon, es el res-

Y leo tambien en las páginas de Linneo y Werner los secretos que parecian mas ocultos de los tres reinos de la naturaleza física.

Hé aquí la verdad, la ciencia.

Me extasío delante de los diáfanos paisages de Claudio de Lorena, de las *Vírgenes* de Murillo, de las púdicas *Madonnas* de Rafael y Vinci;

Arrebatan mi alma á ideales moradas las encantadoras melodías de Mozart y Cherubini, Haydn y Palestrina;

Derramo lágrimas de ternura al escuchar las dulcísimas endechas del cantor de Clorinda ó del amante de Laura...

Hé aquí lo bello, las artes.

Y mi corazon anhela todavía.

Anhela, sí, á pesar de las profundas verdades de las ciencias y las deslumbradoras bellezas de las artes.

Porque el alma del hombre contiene acaso una chispa del espíritu de Dios.

¡Dios!

Esta palabra se ha escapado de mis labios...

Corro al templo, á la casa de Dios.

¿Porqué no, si yo tengo —y me enorgullezco de publicarlo—fe religiosa?

El pueblo que ora ferviente, arrodillado ante el ara santa, eleva un murmullo suave que se mezcla á las tiernas armonías del órgano; la luz de la tarde penetra en el ámbito sagrado, al través de los vidrios de colores que engalanan los ajimeces góticos; las altas ojivas, apoyadas en aéreas columnatas de granito, recogen las sombras del crepúsculo; nubes de oloroso incienso, quemado en pebeteros de plata por ungidas manos, se elevan por el aire; óyense las fúnebres salmodias del lejano coro que recuerda á los cristianos la pasion y muerte del Justo de los justos...

Oh! ¡Aquí se llena mi espíritu! ¡Aquí se apaga mi sed de placeres! ¡Aquí está Dios!

Mi alma se hunde en el piélago de la inmensidad divina; descubro horizontes de inmarcesible verdura, entreveo las inefables delicias del empíreo.

¿Qué me importan las míseras declamaciones de los innovadores religiosos de todos los siglos, las sátiras impías de los filósofos racionalistas de todas las épocas, las groseras y absurdas afirmaciones de los sectarios de Gall y Spurzeim, que llaman á la religiosidad "movimiento del órgano de la *teosofia*... ayudada del órgano de lo maravilloso:" ó de Broussais, que considera á la iglesia de Jesucristo como "un código formulado por hombres injustos y ávidos que explotan en su provecho el *sentimiento* de la veneracion?.."

Desdeño estas frases que honraria demasiado refutándolas y me postro ante Dios, al pié de una Cruz.

¡Yo te saludo, Ser Eterno! Yo te saludo, Cruz bendita! ¡Yo te saludo, religion católica!

Oh! Dios mio! Diez y nueve siglos hace que enclavaste ese madero sagrado, maldecido hasta entonces, en la cima memorable del Gólgotha, regado con la sangre preciosísima de tu Augusto Hijo; y levantóse en breve, radiante de gloria, sobre los cadáveres de los mártires y las cenizas de los ídolos, y vió sepultarse en la nada el imperio de los Césares, miró la ruina de los bárbaros del norte, contempla la disolucion de los reinos de Mahoma y asistirá triunfante al desquiciamiento de las sociedades modernas, como asiste ahora á las desgracias ¡ay! de mi hidalga patria, de la noble y poderosa patria de Isabel I y Felipe II.

Tú, Dios mio, solo puedes llenar el ávido corazon humano.

Tú y tus templos, cuya "*vastedad sombría*" causaba respeto al incrédulo Montaigne y hacia temblar al impudente Hegesipo Moreau, hasta verse obligado á humillarse delante de tus aras;

Tú y tu culto, que conmovia á Rousseau y llenaba de lágrimas los ojos del filósofo Diderot;

Tú y tus juicios, en fin, cuya idea atormentaba á Volney, al grosero Volney que cantaba blasfemias sobre las ruinas venerandas de Jerusalen, cuando se creia víctima de un naufragio en las aguas ensoberbecidas de Baltímore.

Tú solo, Dios mio, puedes satisfacer el ávido corazon del hombre!

—La festividad de la *Semana Santa* me ha inspirado las ideas que dejo apuntadas.

¡Tregua á los pensamientos profanos!

EUSEBIO MARTINEZ DE VELASCO.

EL ECO DE LAS OLAS.

(INÉDITA.)

Duda cruel el pecho me devora,
mi corazon se abrasa, arde mi frente
y vuela la ilusion encantadora
que bella, há poco, iluminó mi mente.
Veloz el llanto asómase á mis ojos,
mil suspiros y mil mi pecho lanza,
en todo encuentro hastío, en todo enojos,
la luz me abandonó de la esperanza;
Y hallo sombras dó quiera, en cuanto veo,
sombras solo circundan mi cabeza,
y un ténue resplandor no más deseo
que haga la nube huir de mi tristeza.

El sol que al caer la tarde
su triste luz dió á los montes,
en los anchos horizontes
del océano se hundió;
y al dar á las altas cumbres
su postrer fulgor el dia,
profunda melancolía
en mi corazon dejó.
Las rojas nubes que ardientes
se alejan por el espacio
formando el bello palacio
donde el sol se va á dormir,
derramaron su tristeza
en mi mente que admiraba
cómo el tiempo se pasaba,
cómo el dia iba á morir.

Pero la noche en tanto,
breve cuanto callada,
por el cielo estendió su negro manto;
y pura, plateada,
apareció la luna
con su córte de astros refulgentes.....
Cuál tranquila laguna
se muestra el mar en calma,
y temblorosas, bellas,
se ven en él de nítidas estrellas
las luces que reflejan en el alma.
¡Ah! Bajaré á la arena
que besa el mar en plácida armonía,
que allí la voz del mundo no resuena:
iré á buscar en la ribera amena
la dulce paz que el corazon ansía.

Ya en mi frente resbalar
siento apacible y suave
la fresca brisa del mar,
y es dulce su suspirar
como el suspiro del ave.
En ánsia febril y loca
se estará el mundo agitando,
mientras yo sobre esta roca
donde casi el mar me toca
la orilla estoy contemplando...
Las olas veo llegar,
las siento á mis piés bullir,
llegan la arena á tocar,
y las veo luego huir
por la llanura del mar...
¡Así llegando y huyendo
los siglos fueron pasando,
los hombres fueron naciendo,
luego al sepulcro bajando,
y otros sobre ellos creciendo!
Y en tanto tambien venian
las olas; breves llegaban,
al centro del mar huian,
y otras la playa besaban
que tambien despues morian...
¿Qué me decís puras olas
que, en apacibles rumores,
de la luna á los fulgores,
besais estas playas solas
con ecos murmuradores?
¿Qué decís cuando luciente
tiende el sol sus rayos de oro
en vuestra espuma riente
que la tierra dulcemente
halaga en rumor sonoro?
¿Qué decís cuando apenada
llega un alma aquí á llorar,
y huye la borrasca airada
del mundo, y viene á buscar
aquí la paz anhelada?...
Con la claridad del dia,
con las tintas de la aurora
y con la noche sombría...
siempre alzais con alegría
vuestra música sonora...
¡Con alegría!... ¿quién sabe
el misterio que encerrais?..
¿Quién oye si es dulce y suave,
ó triste, doliente y grave,
el cántico que entonais?
Yo amo aquese rumor lento
que percibo en blanda calma,
porque acalla mi lamento,
porque en el alma lo siento...
mas ¿qué le dice á mi alma?...
. . . . . .
Las olas me entristecian,
y, ¿qué con su voz decian?
preguntó mi alma apenada...
y ellas bullian, bullian...
y no contestaban nada...

Y cual leves plumas
que van revolando,
las blancas espumas
se van alejando.
Se alejan y tornan
la playa á besar,
y bellas adornan
la orilla del mar.
La luna á sus solas
espléndida brilla,
é inquietas las olas
que lamen la orilla,
ya hermosas reflejan
su puro fulgor;
ya breves se alejan
con sordo rumor.
Y en música suave
que á Dios le pidieran,
el canto del ave
con su voz superan;
al cielo bendicen
con dulce cancion...
¡y nada le dicen
á mi corazon!...

Un tiempo, ¡tiempo feliz!
Vos arrullábais mi cuna...
¡Ay! ¡En el tiempo que el alma
aun los dolores no anublan!
Entonces veia alegre
de ese mar en la llanura
el reflejo de mi dicha,
y libre el alma de angustias,
todo reia á mis ojos,
solo soñaba ventura...
¡Tú que mi sonrisa viste
oye mi voz importuna!

Hoy veo qué es el mundo negro oceano
que agita la furiosa tempestad,
donde perdido el corazon humano
cual pobre barco sin piloto va.
Esperanzas falaces nuestra mente
finge un dia con mágica ilusion,
hermosas playas donde el sol luciente
derrama esplenderoso su fulgor.
Imágenes de blanca vestidura
y de encendidos labios de coral,
do quier brindando plácida ventura,
y mostrando sonrisa angelical.
Y al mirarlas ¡oh Dios! se desvanecen
cual humo que la tierra abandonó
y cuyas vanas ondas desparecen
al céfiro que leve las tocó.
Hoy recuerdo los dias placenteros
en que junto á estas rocas me adormí:
¡cuántos goces mentidos, lisongeros,
de placer y de gloria me fingí!
¡Ay! y corrí tras mi ilusion ardiente
como corren las olas de la mar
á la playa que halagan dulcemente
con son alegre, y blando suspirar.
Y al andar presuroso mi camino
miré la gloria ante mi vista huir...
La ví volar, y maldecí al destino
que tras su falsa luz me hiciera ir.
¡Ay! Y la ví volar ante mis ojos...
y en mi dulce ilusion tanto la amé!....
Si es la gloria ilusion ¿qué queda? abrojos!..
¿Qué hay en el mundo que la iguale, qué?
¡Nada la iguala!... Correré tras ella;
veo otra vez su resplandor divino:
yo seguiré anhelante tras su huella...
tendré la palma, y venceré al destino!
Y aunque caiga rodando de la cumbre,
otra vez y otras ciento subiré;
mi frente ostentará del sol la lumbre,
y la soñada gloria alcanzaré.
¡Adios, hermosa mar! De tí me aparto;
al mundo voy para alcanzar la gloria;
á otro mar proceloso tambien parto...
¡Quizás mañana, cual gloriosa historia,
repetirás mi nombre y mi memoria!

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

¡SALVE!

A MARIA.

¡Dios te salve, Vírgen pura!
Fuente abundante de eterno amor.
Sol un ocaso que de la altura
del cielo, irradia su resplandor.
¡Eres la Reina de la hermosura!
¡Eres la Madre del Redentor!

¡Dios te salve, Inmaculada!
El afligido te halla do quier.
De tus pupilas en la mirada
la aurora toma su rosicler.
¡Eres amante y al par amada:
la más amada del alto Ser.

¡Dios te salve! Peregrina!
Faro luciente de salvacion,
que el borrascoso mar ilumina.
Fúlgida estrella de la creacion.
¡Eres del hombre, la luz, divina!
¡Eres del Mundo, la perfeccion!

¡Dios te salve, mi Esperanza!
En el desierto palma gentil.
En la tormenta paz y bonanza.
Inmarchitable flor del pensil.
¡A lo infinito tu gloria alcanza,
Pues escogida fuiste entre mil!

¡Dios te salve, Madre mia!
Amparo y guia del pecador.
A lo creado das armonía,
Consuelo al triste, tregua al dolor.
Tu nombre al cielo causa alegría.
Tu nombre al mundo llena de amor.

AURELIANO RUIZ.

MADRID DE ANTAÑO Y MADRID DE HOGAÑO.

LA PLAZA MAYOR.

Cuando Felipe II tuvo el feliz ó desdichado acuerdo de asentar en Madrid la córte de las Españas, la poblacion no ocupaba la mitad del terreno que ahora; sin embargo, ya existia la Plaza Mayor, si bien con el nombre de Plaza del Arrabal, y es tan noble y tan antigua, aunque tan humildes principios tuvo, que desde antes del reinado de D. Juan II ya se la encuentra figurando, si bien con la modestia propia de un barrio que habia entonces extramuros de la Puerta de Guadalajara; pero el aliciente natural de una córte y las necesidades que lleva consigo, los elementos de vida que ofrece y las risueñas esperanzas con que seduce, no tardaron en doblar y aun triplicar el vecindario de Madrid, y la Plaza del Arrabal vino á ser como lo es ahora, uno de los puntos mas céntricos de la villa.

Pudo haberse dejado á la accion del tiempo y á la codicia de especuladores particulares el cuidado de irla mejorando paulatinamente hasta que pudiese desempeñar con el debido decoro el importante papel que le habia destinado la suerte; pero como entonces el gobierno en todo se entrometia, Felipe III se levantó una mañana con la idea de dotar á Madrid de una plaza que correspondiese á la importancia de la primera córte del mundo, y mandó que se demoliese la del Arrabal y se edificase otra que fuese digna de su objeto. Un discípulo de Juan de Herrera, Juan Gomez de Mora, levantó los planos, y ayudó con tanta eficacia los propósitos del rey, que dos años despues de haberse puesto la primera piedra dejó la plaza concluida. Desde entonces se viene llamando *Plaza Mayor* sin que los distintos nombres con que la han bautizado diferentes acontecimientos políticos hayan podido triunfar de la tenacidad del vulgo, que Plaza Mayor la ha llamado constantemente y Plaza Mayor la seguirá llamando mientras Madrid sea Madrid.

Gomez de Mora dió á su obra una gran simetría; las casas tenian cinco pisos sin contar los portales ni los sótanos, dábanle salida seis calles y tres arcos y en las casas que componian sus cuatro frentes, que eran por cierto mas vistosas que desahogadas, podian alojarse 3,700 vecinos. Para comprender el buen aspecto que por entonces ofrecian, basta decir que segun una descripcion del Sr. Mesonero Romanos, á cuya erudicion debemos casi todas las noticias históricas de estos artículos, "las fachadas de las casas eran de ladrillo colorado, y estaban coronadas por terrados y azoteas cubiertas de plomo y defendidas por una balaustrada de hierro. Esta y las cuatro hileras de los distintos pisos estaban tocadas de negro y oro, todo lo cual y su rigorosa uniformidad, le daba un aspecto magnífico." (1) Parte del ancho frente que mira al Mediodía lo ocupó un magnífico edificio destinado á panadería en la planta baja y en la alta que la formaban magníficos salones con lujosísimo decorado, se celebraban diferentes actos públicos y se recibia á las personas reales en los dias en que la Plaza Mayor era teatro de algun grande acontecimiento. En la opuesta fachada se elevó otro edificio no menos suntuoso con destino á carnicería de la villa.

Aunque en la Plaza Mayor se han celebrado multitud de bulliciosas fiestas, de esas que las crónicas registran con placer en sus anales, ese anchuroso espacio que rivaliza con la Puerta del Sol en vida y actividad, aunque figurando en esfera mas humilde, tiene una historia pavorosa y terrible. En vano durante el dia la inunda con sus alegres rayos el sol mas esplendente, en vano el comercio le presta su animacion; en vano abre su recinto á la bulliciosa alegría de ferias y verbenas; en vano el municipio la ha adornado con jardines ingleses de eterna verdura: nada basta para darle un aspecto risueño á los ojos de quien la conoce. La Plaza Mayor, como vulgarmente se dice, *tiene mala sombra,* y en tiempos de mas preocupacion que los presentes, sus vecinos no podrian dispensarse de dormir soñando con desgracias y de ver flotar entre las tinieblas de la noche las sombras de las mil y mil víctimas que han encontrado su sepulcro en aquel siniestro cuadrilongo.

El fuego parece ser uno de los mayores enemigos de esta plaza. Celebrábase en 15 de Mayo de 1620 una fiesta con motivo de la beatificacion de Isidro Labrador; cuarenta y siete villas y lugares habian enviado á Madrid sus cruces, sus pendones, sus clerecías, sus alcaldes y sus alguaciles; el rey vino tambien desde Aranjuez con su familia; púsose el cuerpo del santo en un arca de plata que habian regalado los plateros de la villa; en el centro de la plaza, á modo de coronamiento de la fiesta y para despues de los juegos, máscaras y danzas que se habian prevenido, alzábase un vistoso castillo de fuegos artificiales que se prendió por descuido y que pudo servir de fatal pronóstico del género de desgracia que muy en breve habian de afligir á aquella plaza suntuosa de quien se pudo decir con el poeta:

"¡Y tan jóven y ya tan desgraciada!"

Pero esta contrariedad no fué tan grande que bastase á deslucir la fiesta solemne y solo la mencionamos como una prueba de que el destino no es tan inclemente que deje de advertir á las personas y á las cosas del género de armas con que se propone herirlas. Nosotros tenemos la culpa de no apercibirnos á la defensa.

Con motivo de esta fiesta los propietarios ó los vecinos de la Plaza Mayor, debieron abusar mucho de la situacion envidiable de sus casas, pues vemos que en el mes de Junio del mismo año se tasó el alquiler de los balcones para asistir á las fiestas reales en doce ducados los principales, ocho los segundos, seis los terceros y cuatro los cuartos. Laudable prevision que quedó justificada muy en breve, pues en 2 de Mayo de 1621 Madrid levantó pendones en la Plaza Mayor por su nuevo monarca Felipe IV.

En 31 de Octubre del mismo año la historia de la Plaza empezó á tomar ese tinte siniestro que no ha abandonado hasta nuestros dias. Aquel extenso recinto que tantas veces cruzó con su natural apostura D. Rodrigo Calderon al frente de la guardia tudesca, se cubrió con los paños fúnebres que sirven de última alfombra á los ajusticiados; en el centro de la plaza se levantó un cadalso y en él rodó, derribada por el hacha del verdugo, la cabeza de ese mismo D. Rodrigo Calderon, antes ministro y privado, para cuya ambicion parecia el mundo esfera reducida, y que supo ser altivo y orgulloso hasta el momento de ejecutarse la fatal sentencia.

Un año despues el cadalso se convertia en teatro y la tragedia que hicieron la envidia y la venganza en comedia del Fénix de los ingenios españoles. Lo profano de este espectáculo público dado expresamente á los concejos y ayuntamiento, no impidió que en su vecindad se alzasen altares, así como las solemnidades religiosas al aire libre no impidieron tampoco que en la misma Plaza Mayor hubiese máscaras y luminarias. El pueblo de Madrid estaba loco de alegría y no hay que pedir congruencia á la alegría del pueblo; no menos que ese abigarrado conjunto de funciones profanas y religiosas en un mismo sitio y casi á una misma hora, necesitó para solemnizar dignamente en 19 de Junio de 1622 la canonizacion de los santos Isidro, Ignacio de Loyola, Francisco Javier, Teresa de Jesus y Felipe Neri.

Sucedíanse por años las alegrías en la plaza. Vino á Madrid el príncipe de Gales con objeto de pedir la mano de la infanta D.ª María, que por aquella vez quedó, como suele decirse, aderezada y sin novio. Madrid obsequió al príncipe durante nueve meses con festejos que nunca se interrumpian, y entre los cuales fué el mas digno de pasar á la historia la fiesta de toros celebrada en la Plaza Mayor el 1.º de Junio de 1623. El Sr. Mesonero Romanos la describe en estós términos:

"Para ello, dice, se puso otro balcon dorado junto al de SS. MM.; y habiendo venido la reina en silla por hallarse preñada, acompañándola á pié el conde-duque de Olivares y el de Benavente, el marqués de Almazan y dos alcaldes de córte, ocupó su balcon con los infantes é infanta D.ª María; en el otro balcon nuevo, *dividido con un cancel ó biombo*, se colocó el rey con el príncipe inglés. En esta fiesta dicen los historiadores madrileños que fué la primera en que se introdujo sacar de la plaza los toros muertos por medio de mulas, peregrina invencion que atribuyeron al corregidor D. Juan de Castro y Castilla. Ultimamente, para celebrar el ajuste del próximo casamiento del príncipe con la infanta (que al fin no llegó á verificarse) dispuso el rey una solemne *fiesta real de cañas* para el lunes 21 de Agosto, arreglándose dos cuadrillas que regian el corregidor de Madrid, el duque de Oropesa, el marqués de Villafranca, el almirante de Castilla, el conde de Monterey, el marqués de Castel-Rodrigo, el conde de Cea, el duque de Sesa, el marqués del Carpio y el rey en persona..." "La reina y la infanta (á quien ya llamaban princesa) asistieron al balcon de la panadería y *se permitió á dicha infanta usar los colores del príncipe, que era el blanco.* Luego entró en el balcon el rey con el príncipe é infantes, y por órden de S. M. *se quitó el cancel que estaba puesto entre ámbos balcones, quedando el príncipe de Gales al lado de la infanta, su prometida, con solo la reja de hierro en el medio.* Corriéronse primero algunos toros, y luego pasó el rey á vestirse á casa de la condesa de Miranda, desde donde vino á la plaza con su cuadrilla, empezando S. M. la primera carrera con el conde-duque de Olivares; y así que se avistó la real persona, se levantaron la reina, el príncipe, la infanta, el infante, los concejos, tribunales, y la demás concurrencia que llenaba la plaza, y estuvieron descubiertos hasta que S. M. terminó la carrera; siguiendo luego las demás escaramuzas y juego todas las otras cuadrillas, señalándose en todas ellas la del rey, cuya gallardía y juventud (tenia á la sazon diez y ocho años) dió mucho que admirar al concurso todo."

Pero todas las dichas humanas tienen en el mundo una triste compensacion. Seis meses despues, el 21 de Enero de 1624, la Plaza Mayor volvió á vestirse de luto, con motivo del *auto de fe* verificado en ella para juzgar á Benito Ferrer, cuyo delito consistia en haberse fingido sacerdote. Esta triste ceremonia se revistió con todo el solemne aparato de costumbre, y el desdichado reo fué *quemado vivo* en un brasero encendido al efecto fuera de la puerta de Alcalá. Mas afortunado Reinaldos de Peralta en el mes siguiente fué muerto en garrote, suplicio infinitamente menos bárbaro, si bien su cadáver fué devorado por las llamas.

Corramos un velo sobre tan tristes sucesos, aunque no tardaremos en presenciar otros que los escedan en horror, y volvamos á las fiestas reales de toros y cañas. De estas se celebraron unas muy ostentosas el 12 de Octubre de 1629 para solemnizar el casamiento de la referida infanta con el rey de Hungría. De esta fiesta hace Calderon de la Barca una minuciosa y altisonante descripcion en su comedia intitulada *Guárdate del agua mansa,* cuyo magnífico romance reproduciríamos gustosos si tuviéramos mas espacio de qué disponer.

Aquel triste pronóstico que pudo verse encerrado en la voladura del castillo de fuegos artificiales que habia de coronar las fiestas por la beatificacion de S. Isidro, se realizó al fin el 7 de Julio de 1631. Habiéndose prendido fuego á unos sótanos de la carnicería no tardó en propagarse á todo aquel lienzo de la plaza que redujo á cenizas hasta el arco donde desembocaba la calle de Toledo. Tres dias duró la catástrofe y en ella perecieron doce ó trece personas. No por esto dejaron de correrse otros toros con motivo de la festividad de Sta. Ana y con asistencia de los reyes; pero habiéndose extendido la voz de que habia fuego en la plaza, la idea del peligro renovó el horror del pasado desastre hasta el punto de que los cincuenta mil espectadores, creyendo escapar de una muerte segura, se arrojaban atolondradamente de los balcones y tablados. Tal era la prisa que los menos atrevidos se daban por salir á la calle, que en las casas llamadas de la Zapatería reventaron las escaleras, lo cual produjo no pocas muertes y fracturas de miembros; desgracias que no pasaron adelante porque el rey, que no habia perdido la serenidad, permaneció en su balcon mandando que continuase la corrida.

Algunos otros espectáculos tan variados como autos de fe y corridas de toros, ejecuciones y fiestas reales, presenció el pueblo de Madrid en el vasto teatro de la Plaza Mayor durante el reinado de Felipe IV, pero como narrarlos todos sería emprender el cuento del nunca acabar, citaremos solamente el auto de fe de 1632 en que fueron juzgados 33 reos, la muerte en cadalso el marqués de la Vega y el general D. Cárlos de Padilla, complicados en la causa que se formó al duque de Hijar por conspiracion contra el Estado, y las fiestas con que se recibió á D.ª Mariana de Austria, segunda esposa de Felipe.

La prolongada minoría de Cárlos II y la postracion en que cayó el reino bajo el poder de este enfermizo y desdichado príncipe, despojaron á la córte de España de aquellas costumbres espléndidas, caballerescas y galantes llenas de encanto y de poesía que dan á la primera mitad del siglo XVII un sello deslumbrador. Espiraba en España la dominacion austriaca y con ella sus magníficas tradiciones. La Plaza Mayor se cubrió por largo tiempo con el mismo velo de tristeza que envolvia á toda la Península; apenas conservaba el recuerdo de sus inmediatas alegrías, cuando un nuevo acontecimiento desgraciado, hizo desaparecer casi por completo el lugar de sucesos tan notables. Otro violento incendio que estalló en la noche del 20 de Agosto de 1672 devoró muchas casas, entre ellas la Real de la Panadería. Hubo, sin embargo, un paréntesis á tanta tristeza y volvieron á celebrarse toros en la Plaza Mayor con motivo del casamiento de Cárlos II con María Muisa de Orleans.

(*Se concluirá.*)

LUIS GARCIA DE LUNA.

(1) Mesonero Romanos.—*El antiguo Madrid.*

LOS VECINOS DE DARLINGEN.

NOVELA DE ENRIQUE CONSCIENCE.

(Continuacion.)

Mr. Romys palideció y enrogeció sucesivamente: rechinó los dientes; golpeó con el pié y exclamó con furor:

—Maldicion! ved lo que sucede!... toda la vajilla hecha pedazos. Yo arrojaré á Sofía á la calle y la haré llevar presa por ladrona.

Su mujer llorosa corrió hácia él para detenerle; pero ya habia bajado la escalera seguido de Teresa.

Madame Romys quedó temblando en el salon, escuchando con ansiedad las palabras groseras que se oian en el primer piso; levantó tristemente los ojos al cielo y dijo suspirando:

—Oh! Señor!... piedad para mi pobre hija!... vos habeis permitido que yo me case sin amor y hé aquí mi suerte!...

II.

Sofía estaba sentada en la cocina ocupada en pelar las zanahorias sobre una mesa. De vez en cuando una lágrima humedecia sus párpados y su mirada fija en el suelo estaba llena de amargas reflexiones. Tan tranquila estaba la casa que los suspiros de la pobre mujer, aunque ligeros, se oian como si zollozos violentos se escaparan de su oprimido pecho.

La puerta se abrió y entró la señora; pero antes de cerrar alargó todavía una vez la cabeza en el corredor para ver si la seguian; luego dijo á la criada en voz baja:

—Vamos, Sofía, ¡á qué llorar!... la cólera de Mr. Romys se calmará y podreis ciertamente quedaros.

—Sí, señora; yo puedo quedarme, respondió la criada, pero el señor me ha hecho pagar veinticinco francos por haber roto una sopera vieja que habia servido ya muchos años. De manera que en dos meses yo no tendré salario.

—El revocará su resolucion, no temais.

—No lo espero, suspiró la criada y continuó llorando; el señor me ha dicho esta mañana que nadie en el mundo podria convencerle á que me rebajase un solo franco. Yo no sentiria tanto la pérdida de mi salario; pero señora, vos lo sabeis bien, ¿cómo voy á pagar yo durante este tiempo los alimentos de mi pobre hermana ciega?

La señora movió la cabeza con aire de compasion y solo respondió con un suspiro.

—¡Pobre Sofía! soy bien desgraciada; exclamó al fin.

—Yo no podré quedar aquí mas tiempo, señora, repuso la criada; desde mi última enfermedad mis fuer-

zas han disminuido mucho; me voy volviendo inútil y vieja; el señor lo conoce... que la voluntad de Dios sea cumplida!... El será misericordioso y me dará salud para que yo pueda trabajar en los campos y ganar durante algunos años todavía mi pan y el de mi pobre hermana ciega. Me están dando ideas de marcharme ahora mismo.

—Y tendríais valor para dejarnos, Sofía? dijo madame Romys suspirando. Yo os ruego que no penseis en esto. Herminia y yo lo sentiríamos mucho.

—Bien lo sé, señora; Herminia es muy buena para mí y si no dependiese mas que de vos, yo no haria sino bendecir al cielo por haberme dado tan buenos amos. Y si yo tengo que dejar esta casa, pensaré á menudo, con lágrimas en los ojos, en esta querida niña que he llevado en mis brazos y en vos señora, y en vuestra suerte cruel.

—Os engañais, Sofía; yo estoy contenta con mi suerte, interrumpió madame Romys. Ciertamente que no estoy siempre alegre; pero el proverbio dice "cada casa tiene su cruz" y quién sabe si en otra parte estarán peor que nosotros. Tened, pues, esperanza.

— Oh! no, señora; yo no puedo tener esperanza; dijo la criada zollozando, mientras que ocultaba el rostro entre sus manos; la señorita Teresa no me puede ver ni pintada, y esto es incomprensible; ella tan buena y tan caritativa para con los niños y tan dura de corazon para con una pobre anciana desolada.

Una estraña expresion de piedad se pintó en el rostro de la señora; vaciló un instante, despues abrió la puerta de la cocina y asegurándose de que no habia nadie en el corredor, la volvió á cerrar y preguntó:

—Sofía; ¿si vos pudiérais dar alguna cosa á las personas que cuidan de vuestra hermana á cuenta de sus alimentos, consentiriais en esperar el resto algunos dias?

—Pudiera ser, señora; aunque los pobres lo necesitan.

Madame Romys puso entonces algunas monedas de oro en la mano de la criada diciéndola:

—Tomad, pues, algun dinero sobre vuestro salario de este mes; así os consolareis, pero no digais nada á Teresa, porque al momento lo sabria Mr. Romys. Ahora alegraos, Herminia vendrá esta tarde, yo la contaré vuestro apuro y ella tendrá dinero y os dará. Y no temais que vuestra pobre hermana sufra á causa de lo sucedido ayer. Continuad tranquilamente vuestros quehaceres; ya oigo á Teresa que baja; vendrá quizá á saber qué hago aquí tanto tiempo. Valor, pues, valor.

Iba á salir de la cocina cuando de repente se oyó en la calle ruido de ruedas, que se detenian delante de la puerta de la casa. Madame Romys, toda conmovida, escuchó y la pobre criada se levantó con una sonrisa de júbilo que brilló á través de sus lagrimas.

Un campanillazo resonó en el vestíbulo.

—Ah! ella es!... ella es! Herminia, exclamó la criada lanzándose á la puerta.

Un instante despues, saltaba al cuello de la anciana señora una encantadora jóven de diez y siete años, abrazándola fuertemente con las mayores demostraciones de ternura y con toda clase de alegres exclamaciones.

—¡Teneis lágrimas en los ojos, mi querida madre!... exclamó ella; ¿son lágrimas de amor por mí? ¿estais llorando de alegría porque ha vuelto vuestra Herminia?... Ah! bendito sea Dios que me concede todavía la dicha de estrechar contra mi corazon á mi querida madre... Mil recuerdos afectuosos de mi tio Juan y de mi tia María. Ya vendrán á veros; y traigo un regalo para vos y para mi hermana Teresa una porcion de cosas muy bellas. ¿Pero dónde está papá? No está en casa? Oh! mamá por Dios, enjugad esas lágrimas!... nosotros vamos á ser muy dichosos. Mi tio Juan me ha comprado lindísimas piezas de música, cuando ha ido á Bruselas. Y la buena Sofía que solo piensa en cuidar de mi equipaje! ya la habia olvidado.

Y diciendo estas palabras corrió al encuentro de la anciana criada abrazándola con verdaderas demostraciones de cariño.

En este momento Teresa que bajaba del primer piso puso el pié en el vestíbulo; se aproximó vivamente á su hermana y con rostro iracundo la tomó por el brazo y quiso separarla de la criada, diciéndola con tono colérico:

—Qué maneras son estas?... Vaya una dignidad!... acabas de llegar y ya comienzas con tus extravagancias; se lo diré á papá.

—Ah! Teresa, Teresa!... ¡Vaya un modo de darme la bienvenida!... y abrió sin embargo los brazos para dar un beso á su hermana: pero Teresa se prestó de mala gana á esta demostracion de cariño y retirándose algun tanto empezó á refunfuñar entre dientes.

—Siempre de mal humor!... dijo Herminia; ahora estarás mas contenta cuando te enseñe el regalo que te envia el tio Juan ; no hay nada mas rico, mas maravilloso, ni de mejor gusto. Pero ¿cómo están mis flores, mis pececillos encarnados y mis pájaros? Estoy impaciente por verlos. ¿Me los has cuidado tú, hermana? Viven todavía?

—Y yo qué sé!... gruñó Teresa. ¡Ahora iria yo á ocuparme de semejantes niñerías!....

—No te incomodes, Herminia; respondió su madre; Sofía te los ha cuidado como una madre á sus hijos.

—Gracias! gracias Sofía! exclamó lajóven. Yo he traido tambien alguna cosa para vos, que sois tan buena para mi. Vamos, pues, al jardin, mamá; quiero ver mis tortolillas que se habrán hecho muy grandes.

Diciendo esto, abrió la puerta del vestíbulo, y antes de que hubieran podido seguirla se lanzó por las enarenadas calles del jardin corriendo como una garza, y exhalando gritos de júbilo y de admiracion para saludar las flores y los pájaros que amaba.

Herminia era una bella y alegre jóven con magníficos cabellos rubios y sedosos y grandes ojos azules. Su estatura era mas pequeña que la de su hermana Teresa; pero su talle fino y esbelto era muy elegante.

El hermoso color de la salud y de la juventud brillaba en sus megillas, y en su dulce mirada se veia el júbilo, la confianza, la esperanza y el valor, esas perlas de la vida, que son el tesoro de la criatura. Su trage en armonía con su edad juvenil era sencillo y encantador. Componíase de una tela ligera de colores vivos entre los cuales armonizaban el rosa y el blanco. Un chal de encage cubria sus hombros y flotaba por decrás á merced del viento, mientras ella corria alborozada por las calles del jardin con bulliciosa alegría. Si un artista hubiera querido personificar la primavera bajo una forma humana, le hubiera sido difícil encontrar una imágen mas fiel que esta fresca y risueña jóven.

Cuando hubo visto todas sus flores y todos sus pájaros tomó el brazo de la anciana suñora y la dijo regocijada:

—Mamá; yo he paseado á menudo con mi tio Juan y con mi tia María por el jardin zoológico de Bruselas, donde hay toda clase de animales salvages. Si viérais los visages y los saltos de los monos os reiríais por fuerza; hay tambien allí pájaros muy lindos y de colores tan brillantes que á veces parecen pintados.

Pero los mas bellos son unas pequeñas cotorras de un verde encantador, igual como el fresco césped de mayo; Mi tio Juan me va á comprar dos de estas cotorras y un papagayo blanco con una cresta en la cabeza, que saben hablar; así yo les enseñaré á decir: "mamá, querida mamá" para que os figureis que soy yo quien os llama!... ¡ah!... ah!... esto sería divertido... pero vos estais triste y Sofía tambien, ¿qué os aflige, mi querida mamá?

Madame Romys ensayó una sonrisa y murmuró algunas palabras para hacer creer á su hija que no la inquietaba nada.

—Quiera Dios que yo me engañe!... exclamó Herminia. Venid, mamá, que os fatigareis; subamos, que traiga Sofía las cajas cuadradas y os daré á vos y á mi hermana los regalos de mi tio.

Instantes despues entraban en una sala del primer piso, y la criada llevó las cajas que la pedian.

Herminia abrió una y sacando dos objetos dijo:

—Tomad, mamá; esto para vos; una preciosa gorra de encages del mejor almacen de la calle de la Magdalena; y un sombrero encantador de terciopelo negro y rojo, la gorra regalo de mi tia María para cuando recibais gente en casa y el sombrero os lo manda mi tio para cuando salgais por la villa. Me manifestaron su deseo de que fuera de vuestro agrado y me dieron para vos mil expresiones; pero estad mas alegre, madre mia, pues me hareis al fin creer que os aflige algun pesar.

—Oh! mi querida niña; yo soy bien dichosa solo con verte y oirte, y estoy encantada con los bellos regalos de mi hermano y de mi hermana.

—Ahora te toca á tí, Teresa; dijo la jóven sacando de la caja otro objeto que desplegó; ¿qué dices tú de esto? Una mantilla de seda, fondo verde con reflejos de oro y guarnicion de encage verdaderos, todo de última moda. Espera, voy á ponérmela, verás que buen efecto hace.

—Esa comedia es inútil; murmuró Teresa arrojando la mantilla sobre la mesa. ¿Para qué quiero yo esto? ¿Crees tú que iria por las calles con esos colorines que me asemejarian á un jilguero? El tio Juan haria mejor en guardar su dinero que no en malgastar la herencia de la familia en semejantes trapos.

—Sí, hermana mia; yo le dije que te agradaba lo negro; pero ya sabes tú que él está por los colores fuertes. Pensó hacer bien y en efecto tu mantilla es verdaderamente linda.

—Para una necia como tú no lo dudo!... murmuró Teresa con mal humor.

—Agradezco, hermana, tus amables palabras, dijo Herminia riendo, sin darse por ofendida.

(*Se continuará.*)

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

A LA VIRGEN.

(PARÁFRASIS).

Dios te salve, Reina hermosa,
Fuente de santa pureza,
Tesoro de la belleza,
Madre misericordiosa.

Dios te salve, á tí llamamos
En nuestra triste querella;
Pues en tí, Fúlgida Estrella,
Toda esperanza ciframos.

Desterrados de tu amor,
Suspíramos de quebranto,
Gemimos con duro llanto
En el valle del dolor.

¡Oh Señora celestial!
¡Abogada incomparable!
Del pecador miserable
Sé el purísimo Fanal

Que, en medio de tanto duelo,
Nos guie en la humana vida
Por esa senda florida
Que es el camino del cielo!

Vuelve á nosotros tus ojos
De misericordia llenos,
Que límpidos y serenos
Nunca demuestran enojos.

Y despues de la amargura
De este destierro, veamos
Al Dios á quien adoramos
Con fe inalterable y pura.

A Jesus, fruto bendito
Que abrigó tu casto seno,
Y que el mundo admira lleno
De un amor tierno é infinito.

Clementísima María,
Vírgen piadosa, por nos,
Oh Santa Madre de Dios,
Ruega y pide en este dia

Logremos por sumo bien,
Perdonados nuestros males,
Las promesas celestiales
De Nuestro Señor. Amen.

REMIGIO CAULA.

LA SEMANA SANTA.

Aunque no nos ha sido posible consagrar exclusivamente el número de hoy á la insercion de lecturas religiosas, segun hemos acostumbrado hacerlo en varios años anteriores, no queremos dejar de consignar aquí un piadoso recuerdo al objeto sublime que la Iglesia ofrece á la contemplacion de los fieles en los dias de la Semana que hoy comienza.

Nacidos por dicha y educados en un país que se gloría de sus creencias, que ni acepta ni sufre principios contrarios á su fe, debemos mostrarnos ante nuestros lectores tales como somos, tales como ellos son tambien, esto es, cristianos y cristianos católicos.

La Redencion del mundo, esta maravillosa obra de la Omnipotencia divina; este misterio de amor, operado por el sacrificio de un Dios-Hombre, da ocasion á profundas reflexiones, que la Iglesia, con místicas preces y sagradas ceremonias, presenta á sus hijos en sus ritos y en la voz de su sacerdocio.

Acudamos, pues, á los templos del Señor con todo el fervor del verdadero creyente, con el corazon purificado, y con el alma dispuesta á aprovechar la santa doctrina, y prosternados ante los altares, cumplamos con los sagrados deberes que nos impone el nombre de cristianos, admirando al Eterno en sus maravillas, y loándole por sus misericordias.

LA REDACCION.

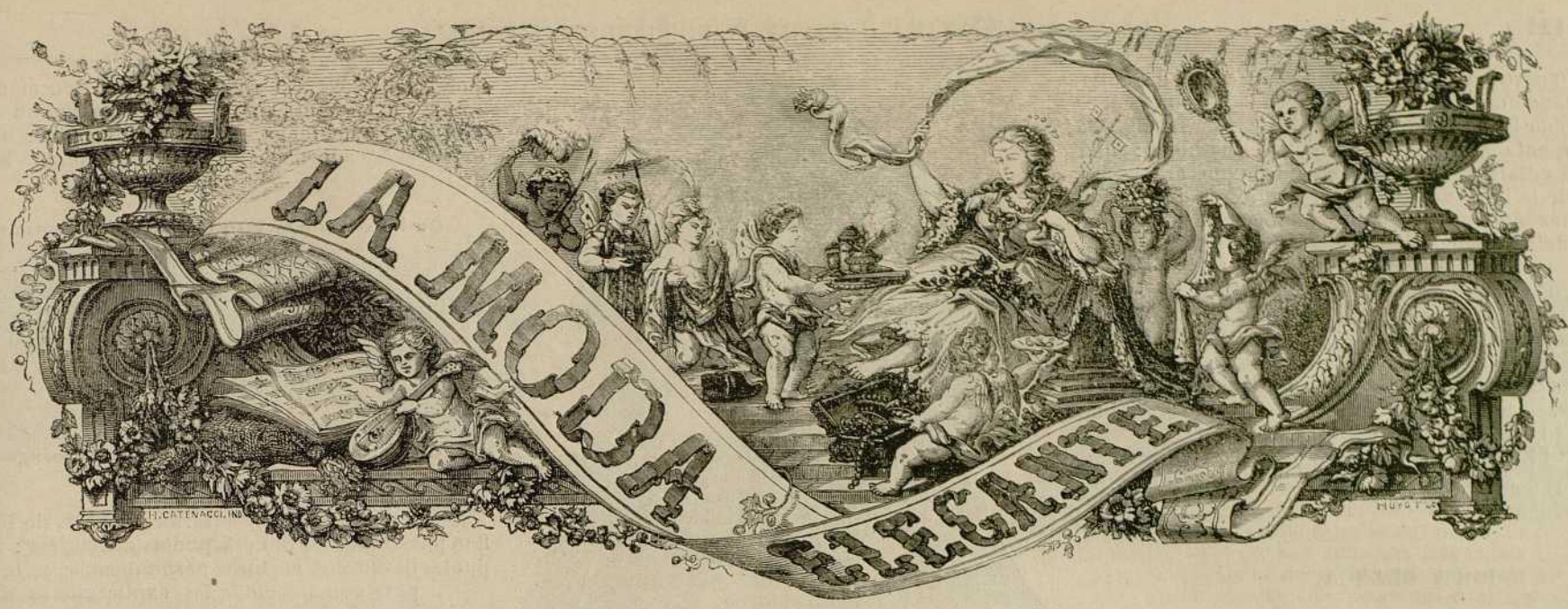
Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE DEBAJO DE RASO ENCARNADO; trage de encima de tul liso encarnado vivo, guarnecido, en una altura de 30 centímetros, con 7 bullones, separados por un galon estrecho de oro. Túnica del mismo tul, salpicada de estrellitas de oro, y orlada con dos galones de oro. Esta túnica cubre por detrás el trage de debajo hasta el cuarto bullonado; un pájaro del paraiso, con las alas desplegadas, colocado sobre el hombro derecho, sostiene con su pico una cadena de oro, que atraviesa al sesgo el corpiño y la túnica; el otro extremo de la cadena está sujeto por otro pájaro algo mayor, que levanta un poco la túnica; una segunda cadena pasa por debajo de la túnica; una tercera levanta la túnica por el lado derecho. Estas cadenas tienen la forma misma que las que sirven de cable en los buques. Mangas en extremo largas y anchas, sueltas, iguales á la túnica.

TRAGE DE TERCIOPECO INGLES VERDE-GUIA, cortado en *funda*. El trage va adornado desde el cuello hasta los piés con escarapelas pequeñas hechas de cinta verde; en el centro de cada una va puesto un boton de plata oxidada; del cinturon pende una limosnera bordada con cuentas oxidadas.

DIRECTOR: D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ 1867. IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA
á cargo de D. Federico Joly y Velasco,
Bomba, n. 1.



AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 16.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs... Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs...Seis meses,65...Tres meses, 35... Un mes, 12.

Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs....Seis meses, 42... Tres meses, 22...Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

EDITOR PROPIETARIO: Don Abelardo de Cárlos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes.... Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Libreria de Don C. Bailly-Bailliere, plaza del Príncipe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Táuago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux.
PARIS, Mr. Fermin Didot frères, rue Jacob, 56.

Sumario.—Trage de primavera, para señorita.—Diversos lazos de cintas.—Ropa blanca.—Cuello y manga á puntas.—Cuello y manga moliére.—Cuello y manga con alamares.—Cuello y manga con discos.—Cuello y manga Luis XV.—Cuello y manga con rombos.—Cuello y manga adornado de guipur al crochet.—Cuello y manga con bordado ruso.—Chaqueta de gró negra.—Corpiño montante de seda negra y de seda violeta.—Chaqueta para niño.—Tres cófias.—Madrid de antaño y Madrid de hogaño.—A orillas del Jabacoa.—El prisionero.—Los vecinos de Darlingen.—Vestidos para primera comunion.—Figurin iluminado.

EXPLICACION DE LA HOJA DE PATRONES.

Trage de primavera, para señorita de 14 á 16 años.

Figs. 1 á 5 (verso) del patron.

Este vestido se compone de un *trage-funda* corto, de tegido de capricho gris chiné, con borde á puntas, guarnecido con un galon bordado de cuentas, y un fleco de seda negra, del que cada hilo termina en una cuenta.

El zagalejo está figurado por una tira plegada, de cachemira azul aciano. El trage se cierra desde el cuello hasta el borde inferior con gruesos botones planos de azabache.

Se cortan dos pedazos por cada una de las figs. 1, 2, 3; la espalda entera por la fig. 4, que representa su mitad; cada uno de estos pedazos debe prolongarse (segun el largo que quiera darse al trage) sobre las costuras de los paños, y continuándolas. El forro del corpiño se corta por estos diferentes pedazos, y debe exceder de la cintura en 5 cents. poco mas ó menos. Se cosen las nesgas del pecho, se hace en cada delantero la abertura indicada sobre la fig. 1, y allí se coloca una pequeña nesga preparada en tela y forro. En el delantero de la derecha se repliega el borde y se cose; en el de la izquierda, este borde no se repliega y sirve de carterilla para los botones. Se hacen los ojales en el lado opuesto, luego se reunen todos los pedazos, juntando las cifras iguales. Se pone á cada lado una faltriquera en la abertura que hay entre la estrella y el doble punto, y esta faltriquera se orla con una tira de la misma tela que el trage. Debajo del borde inferior de este se pone una tira de 8 cents. de ancho; se coloca un vivo sobre el escote; se sitúa la manga en la sisa, juntando las cifras iguales, luego se guarnece el trage con un galon bordado de cuentas, cuyo ancho es de 2 cents., y que tambien se emplea para adornar la faltriquera y el corpiño; se cosen las borlas y el fleco. La tira que figura el zagalejo tiene 15 cents. de ancho; se la pliega á pliegues que caigan todos hácia un mismo lado. El largo total del vestido (trage y zagalejo figurado) debe exceder un poco del tobillo, como se vé claramente en nuestro dibujo.

TRAGE DE PRIMAVERA, PARA SEÑORITA DE 14 A 16 AÑOS.

Diversos lazos de cintas.

La Fig. 35 (verso) pertenece al lazo n. 9.

No es tan fácil como se cree hacer un lazo gracioso, y nuestras lectoras nos agradecerán el que les demos algunas indicaciones para ejercer este arte.

Los lazos en cuestion se hecen con cinta de terciopelo,—de moer,—de raso,—de tafetan; sirven para adornar los corpiños blancos, las chaquetas, las piezas de ropa blanca, los trages, etc.

N.° 1. — *Lazo de cinta de terciopelo azul*, compuesto de 3 filas de buclecillos de diferentes largo, y de 3 cabos.

N.° 2.—*Cuatro buclecillos de cinta de tafetan rosa*, con dos cabos y una *traviesa* que sujeta todo esto.

N.° 3.—*Lazo de cinta de raso amarillo*, compuesto de tres largos buclecillos, de dos cabos, y de un pedazo de cinta abrazando todo esto.

N.° 4,—*Lazo de cinta de terciopelo encarnado*. Se compone de tres buclecillos; el extremo de dos de ellos se termina en un cabo;—el extremo del tercer buclecillo se pasa por una hebilla de azabache.

N.° 5.—*Lazo compuesto de 4 buclecillos* de cinta de terciopelo encarnado, cuya *traviesa* se reemplaza con una hebilla de azabache.

N.° 6.—*Roseta de cinta de tafetan malva*. Se la dispone sobre un disco de tul rígido, de 4 cents. de diámetro, se compone de 19 buclecillos, cada uno de 3 cents. de ancho, se hacen 2 pliegues en el borde inferior de cada uno; se principian á coser por el contorno exterior del disco, de modo que cada fila cubra la costura de la anterior; 3 cabos se disponen por debajo de la roseta, como indica el dibujo.

N.° 7.—*Lazo muy sencillo*, de cinta de terciopelo violeta.

N.° 8.—*Lazo de cinta de raso rosa*, estrecha, cuyos buclecillos van sujetos por una doble traviesa, con cabos rizados; se riza la cinta haciéndola pasar muy estiradas por el lomo de un cuchillo.

N.° 9.—*Cinta de tafetan verde*. Lazo

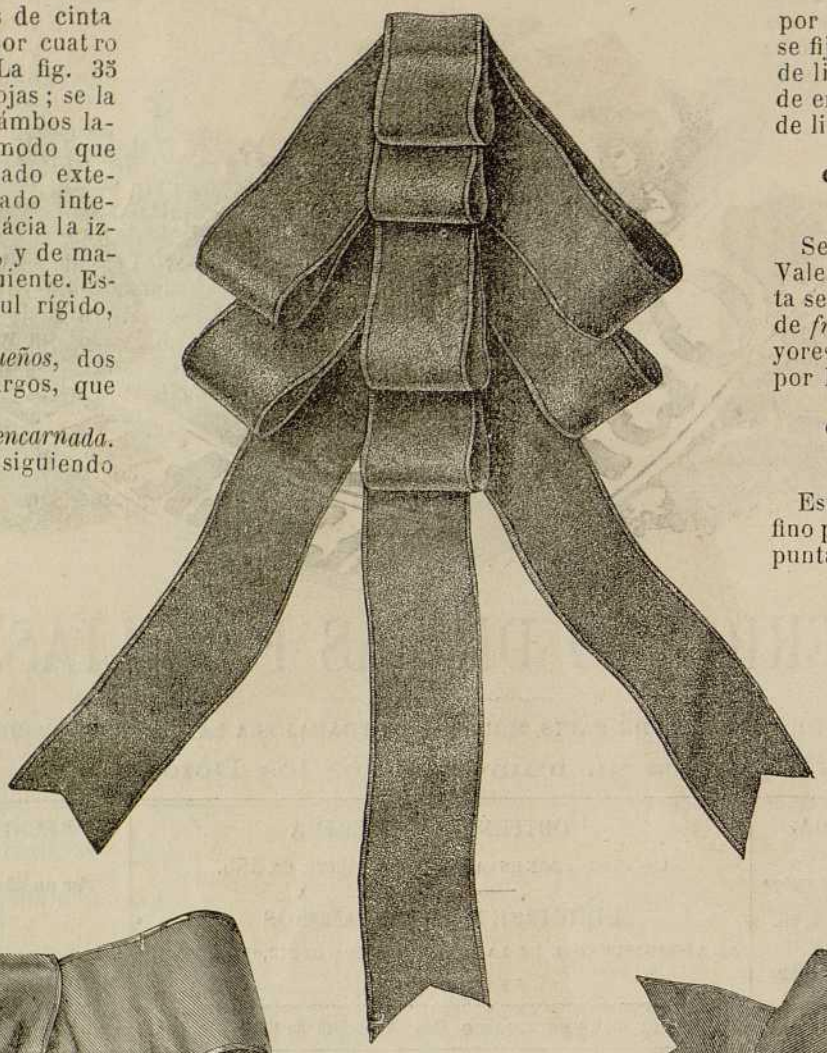
muy nuevo, que se compone de 8 cabos de cinta formando otras tantas hojas, agrupadas por cuatro en cada lado, sujetas por una traviesa. La fig. 35 representa la mitad de una de estas hojas; se la corta entera de cinta, que se pliega por ámbos lados de la línea que indica el medio, de modo que la línea de puntos de la fig. 35 forme el lado exterior del pliegue, y la línea contínua el lado interior. pero se debe dirigir un pliegue hácia la izquierda, y el siguiente en sentido inverso, y de manera que cada pliegue caiga sobre el siguiente. Estas hojas se cosen sobre un pedazo de tul rígido, disponiéndolas como indica el dibujo.

N.° 10.—*Se compone de 4 buclecillos pequeños*, dos cabos, una traviesa, y de 3 buclecillos largos, que forman la parte inferior del lazo.

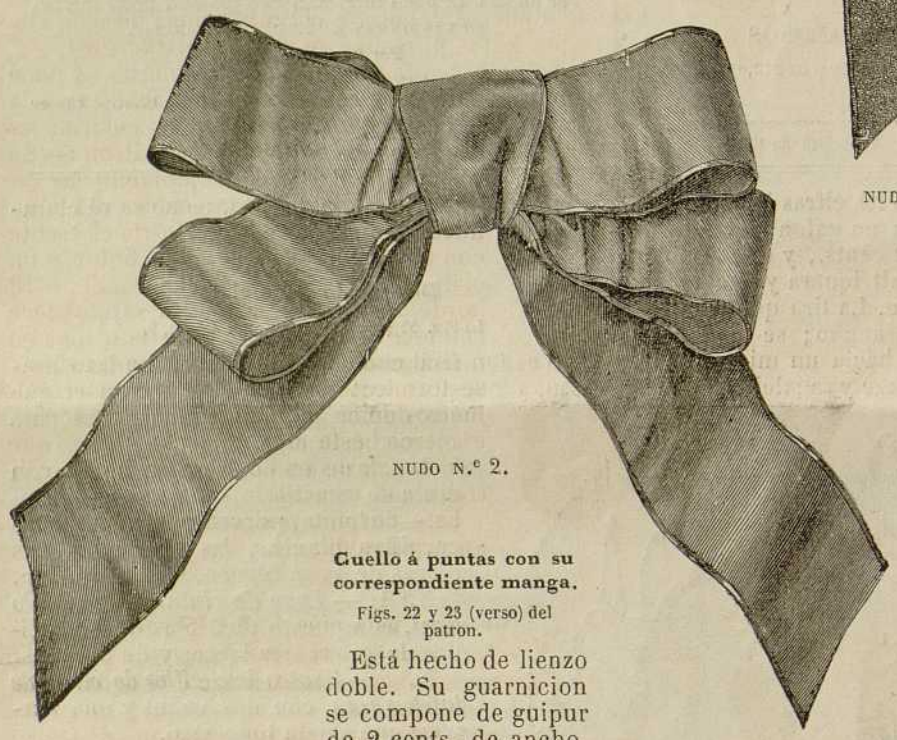
N.° 11.—*Media roseta de cinta de moer encarnada.* Se disponen los buclecillos y los cabos siguiendo las indicaciones del dibujo.

ROPA BLANCA.

Todos los cuellos cuyos patrones publicamos, se arman sobre una tirilla de muselina ó nansouk de 1 centímetro de ancho; esta se pega á una camiseta, cuyo patron representan las figs. 17 y 18. Todos las puños van tambien pegados á una sub-manga, cuyo patron representa la fig. 20.



NUDO N.° 1.



NUDO N.° 2.

Cuello á puntas con su correspondiente manga.

Figs. 22 y 23 (verso) del patron.

Está hecho de lienzo doble. Su guarnicion se compone de guipur de 2 cents. de ancho, y de un entredos de guipur de cent. y medio, que sigue las sinuosidades del cuello, y se interrumpe en cada punta por un *dibujito* de guipur; otros semejantes van puestos por delante, encima del entredos; pueden sustituirse con rosetas hechas á la aguja, de las que hemos publicado muchos modelos. Tambien se pueden ejecutar el entredos y el encage al crochet, con hilo muy fino, y á este efecto publicaremos varios dibujos en uno de los números próximos. El cuello se corta por la fig. 22, el puño por la fig. 23.

Cuello Moliere con su correspondiente manga.

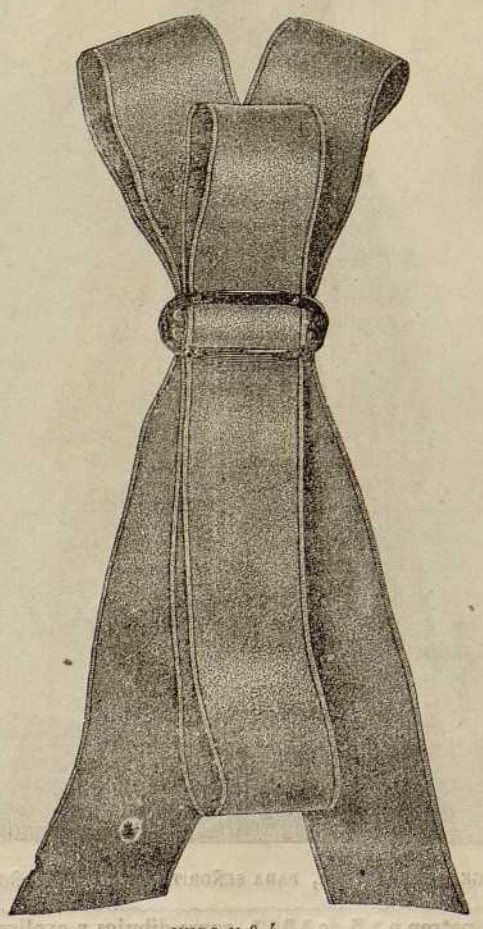
Figuras 19 y 21 (verso) del patron.

Este cuello, destinado para trage sencillo, se hace de lienzo doble, y el borde, que forma 5 puntas, se adorna con 3 cordones pespunteados de seda negra, y colocados á iguales distancias. Se corta el cuello en lienzo doble por la fig. 19, que representa su mitad; se reunen los dos pedazos por su contorno (excepto el escote) por una bastilla, luego se vuelve el cuello lo de dentro afuera; se colocan los cordones con arreglo á las indicaciones de la fig. 19, entre la tela y el forro, y se hacen las costuras pespunteadas. El puño, preparado como el cuello, tiene 3 puntas; se corta por la fig. 21.

Cuello con alamares y su correspondiente manga.

Figs. 24 á 26 (verso) del patron.

El cuello y el puño son de lienzo doble, —los alamares ó presillas de lienzo sencillo. El contorno se orla con encage de Valenciennes de cent. y medio de ancho; lo restante de la guarnicion se compone de un entredos que apenas tenga 1 cent. de ancho, *ondulado* por ámbos lados. Se corta el cuello, las presillas y el puño por las figs. 24, 25 y 26; las presillas ó alamares se fijan delante por una roseta hecha con un disco de lienzo, que tenga 2 cents. de diámetro, orlada de encage y adornada en su centro con un boton de lienzo.



NUDO N.° 4.

Cuello con discos y su correspondiente manga.

Figura 31 (verso) del patron.

Se hace de lienzo fino, se orla con un encage de Valenciennes de 3 cents. de ancho, y en cada punta se adorna con rosetas hechas á la aguja, ó bien de *frivolité*. Las rosetas inferiores, que son las mayores, van rodeadas de encage. El cuello se corta por la fig. 31.

Cuello Luis XV y su correspondiente manga.

Figuras 4 y 5 (verso) del patron.

Este cuello, como el anterior, se hace de lienzo fino puesto doble; tiene 5 puntas al rededor; estas puntas llevan dos costuras pespunteadas; se le prepara con arreglo á las explicaciones dadas para el cuello *Moliere*. En caso de que se le quisiera adornar con bordado, se recurriria al dibujo n.° 4 (recto) que está preparado de modo que sus contornos son semejantes á los del cuello; la manga tiene solamente dos puntas. El dibujo n.° 5 (recto) serviria para este objeto, en caso de haberse adoptado para el cuello el dibujo n.° 4.

Cuello con rombos y su manga.

Figuras 27 y 28 (verso) del patron.

Este cuello se compone de entredoses bordados y de entredoses de encage, cada uno de un centímetro y medio de ancho; las puntas de delante van formadas con cuadros de encage, rodeados de entredoses bordados, luego de encage de Valenciennes fruncido, de cent. y medio de ancho; el mismo encage se emplea para guarnecer el cuello. El puño se adorna en el medio con tres cuadros dispuestos de modo que formen puntas sobre el borde superior del manguito. Se hace este cuello por la fig. 27, que representa su mitad,—el manguito por la fig. 28; se le cose por sus lados transversales desde el punto hasta la estrella, luego se orla con el encage de Valenciennes arriba indicado.

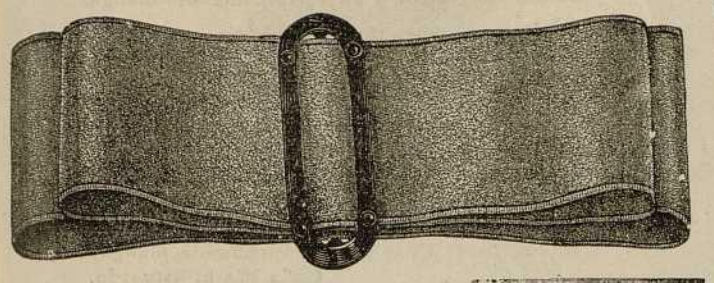
NUDO N.° 3.

Cuello adornado de guipur hecho al crochet, con su correspondiente manga.

Figs. 29 y 30 (verso) del patron.

Este cuello es de lienzo fino; las puntas de delante se adornan con cuadros de guipur, hechos al crochet, rodeados de un guipur de la misma naturaleza, de 1 centímetro de ancho; este guipur va pegado al cuadro por una tira de nansouk muy fino, muy estrecha, pespunteada. Otro guipur igual orla el cuello, adornado además con un entredos de un centímetro de largo, cuya direccion está en parte indicada en el patron (véase la fig. 29). El entredos y el guipur se ponen entre las dos telas del cuello y se pespuntean. El manguito se adorna con cuadros dispuestos de modo que formen puntas sobre el borde superior; además, el manguito está guar-

necido por ámbos lados con guípur y entredos (véase la fig. 30). Los lados transversales del puño se orlan con una tira de nansouk cortada al sesgo, y luego se cosen desde la cruz hasta el punto.



NUDO N.º 5.

Cuello y manga con bordado ruso.

Fig. 2 (recto) del patron.

El contorno de este cuello, hecho de lienzo fino, y formando una punta sobre cada hombro, se adorna con bordado ruso, ejecutado con seda negra ó con algodon blanco; estas puntas se adornan además con un dibujo suelto ejecutado de realce, bordado inglés, rodeado de puntos de escala, formando entredos, cuya orla se rodea con un bordado á punto ruso.

El dibujo suelto del bordado puede escogerse entre los últimos números 52, 59, 62, 70 ó 74 (recto de la hoja de patrones). El dibujo n.º 2 puede servir tambien para ejecutar este cuello, cuyos contornos reproduce. El manguito se preparará con arreglo al dibujo n.º 5.

Chaqueta de gró negra.

Figuras 6 á 9 (verso) del patron.

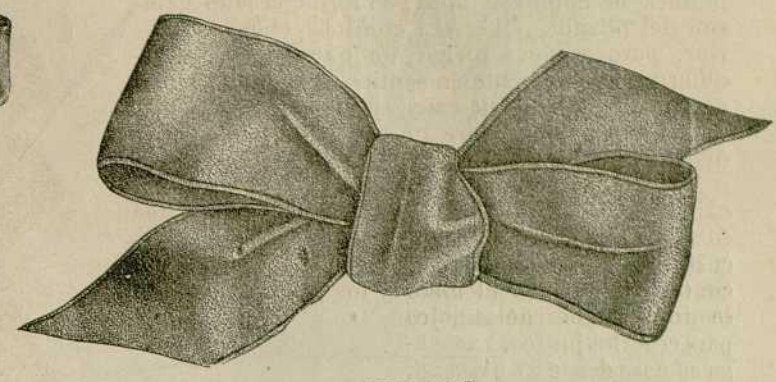
Está forrada de gasa rígida, luego de lustrina negra; su guarnicion se compone de trencilla negra, de galon con cascabelillos y de cuentas negras talladas. Se cortan en gró, en gasa y lustrina dos pedazos por cada una de las figs. 6 y 7,—la espalda entera por la fig. 8, que representa su mitad; la manga por la fig. 9, teniendo en cuenta la diferencia de los contornos para la mitad de debajo. Se reunen todos estos pedazos juntando las cifras iguales; se ejecuta el salpicado de cuentas y el dibujo de trencilla indicado en el patron, luego se pone el forro y el galon de cascabelillos. Otro tanto se hace en el borde inferior de la manga, que se cose en la sisa, 22 sobre 22.

Corpiño montante de seda negra y seda violeta.

Figuras 13 á 16 (verso) del patron.

Este corpiño, destinado á acompañar á todas las enaguas, puede hacerse con retazos de tela, puesto que es de dos colores diferentes. Diremos no obstante que el principal color debe ser nego ó gris, y el otro violeta, ó azul,—ó verde,—ó encarnado.

El fondo del corpiño es de raso *á la reina* negro,—las mangas de la misma tela violeta, que



NUDO N.º 7.

compone tambien las tiras que adornan el corpiño por delante. Supongamos un trage corto de alpaca negro, un zagalejo de cachemira violeta, y se tendrá, con poco dispendio, un lindo vestido de interior de casa ó de mañana para la calle. Las tiras que adornan el corpiño tienen cada una 3 centímetros y medio de ancho.

Se cortan en seda negra dos pedazos por la figura 13; la espalda y el cuello *enteros* por las figuras 14 y 16, que representan su mitad; la fig. 15 se corta entera tambien en seda negra;—la fig. 16 es de seda violeta puesta doble. Se corta la manga de seda violeta por la fig. 9 (manga de la chaqueta de gro).

Debajo del borde del delantero izquierdo se pone una tira de seda de 3 centímetros de ancho, en ella se ponen botones pequeños, luego se colocan las tiras violeta indicadas en el patron. —Se cosen todos los pedazos juntando las cifras iguales; se cubre la costura del hombro con una tira violeta; se orla el escote con una tirilla que lleva un boton y un ojal; á esta tirilla se pega el cuello. —El borde inferior de la manga se guarnece con una tira negra; se pone la manga en la sisa guarnecida con una hombrera, que se forma con una tira negra de 23 centímetros de largo por 2 y medio de ancho, escotada hácia sus extremos de modo que solo tenga de ancho 3 cents., luego se la rodea con trencilla.

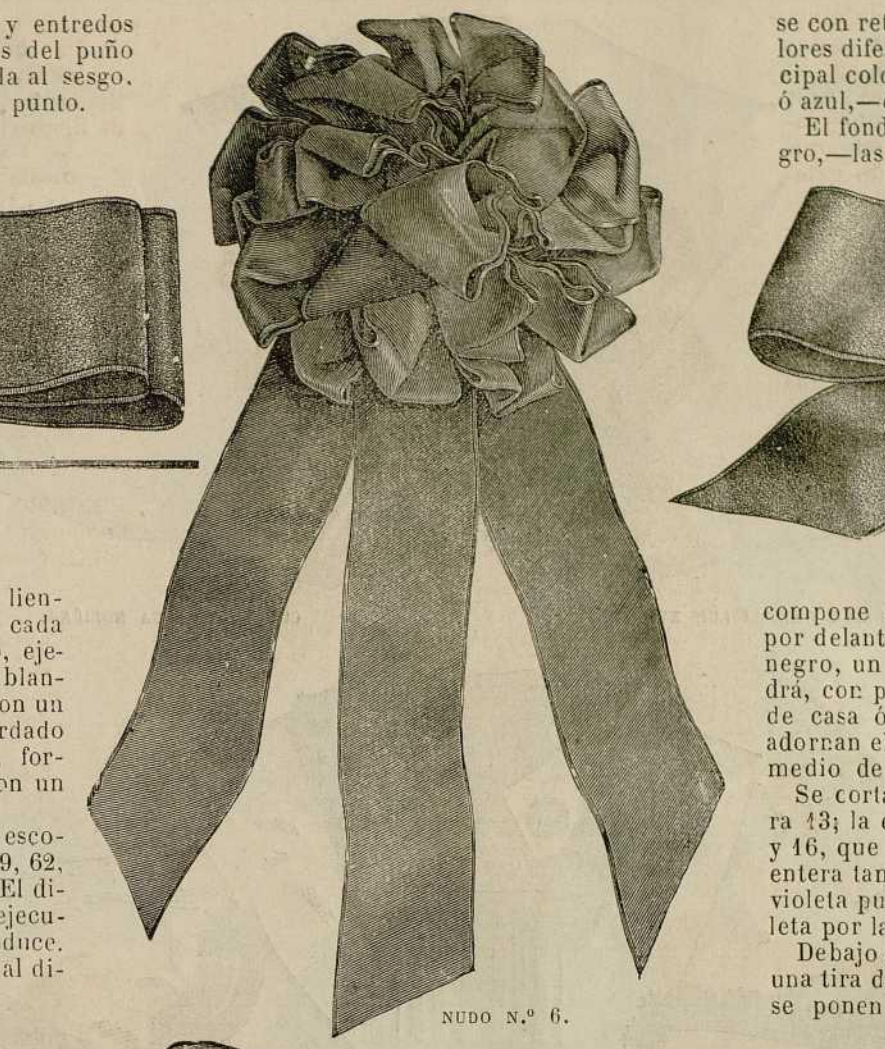
Este corpiño puede hacerse de cachemira, nansouk, etc.

Chaqueta para niño de 8 á 10 años.

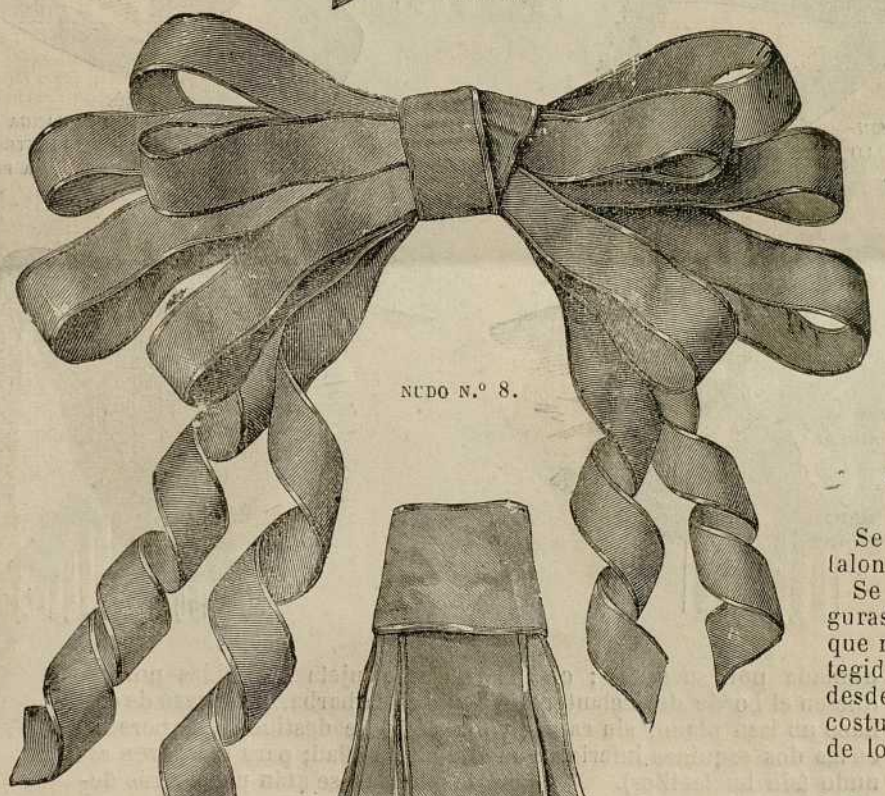
Figuras 10 á 12 (verso) del patron.

Se hace de cualquier tela igual á la del pantalon y del chaleco.

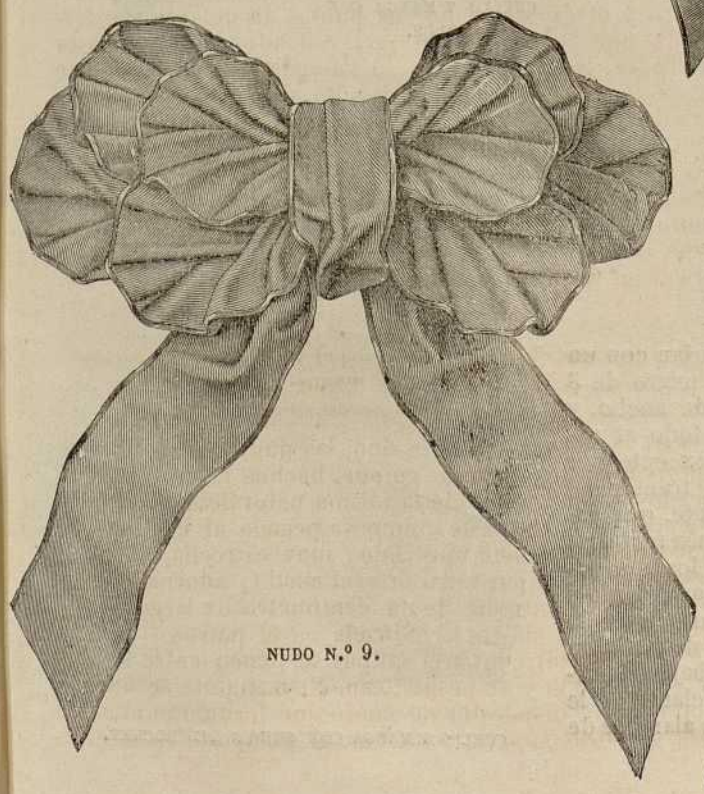
Se cortan dos pedazos por cada una de las figuras 10 y 12, la espalda entera por la fig. 11, que representa su mitad. El forro es de un lijero tegido de lana. Se juntan espalda y delanteros desde 23 hasta 24, desde 25 hasta 26, haciendo costuras á punto atrás, pero dejando libre uno de los lados del forro, que se vuelve sobre la



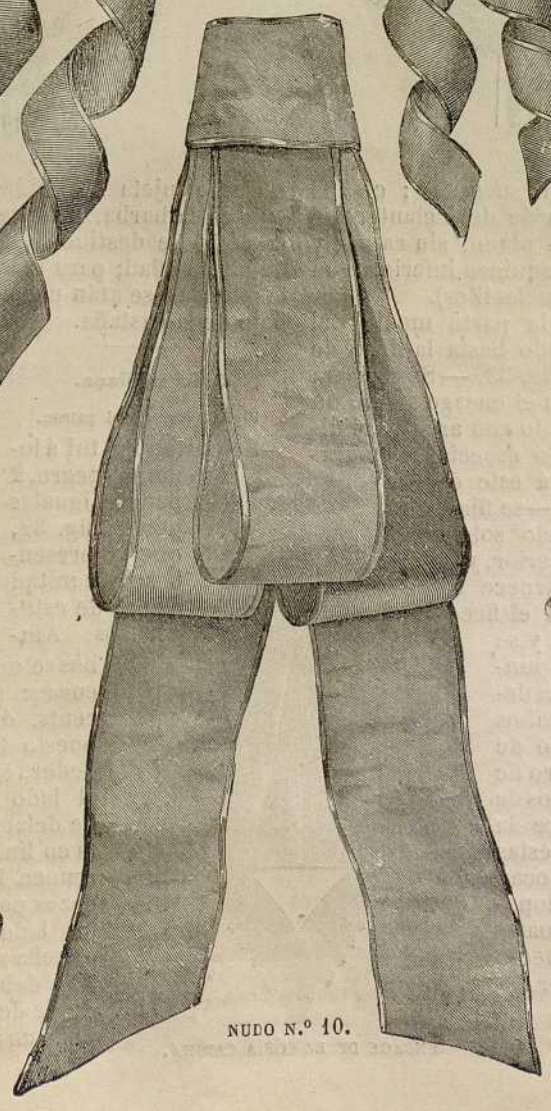
NUDO N.º 6.



NUDO N.º 8.

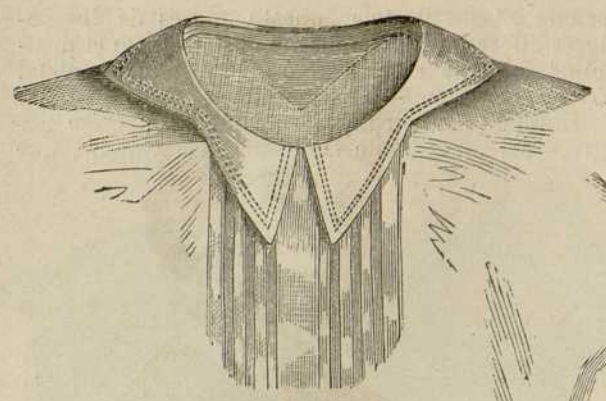


NUDO N.º 9.

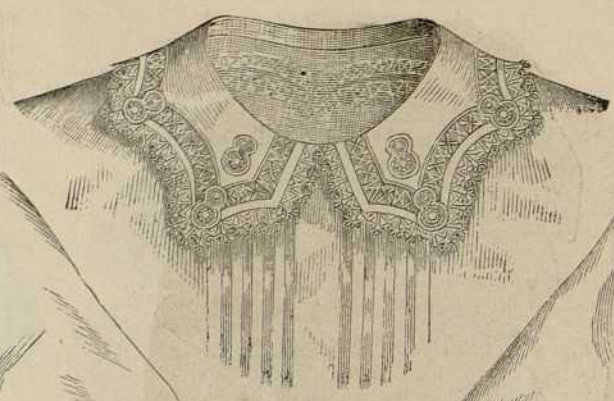


NUDO N.º 10.

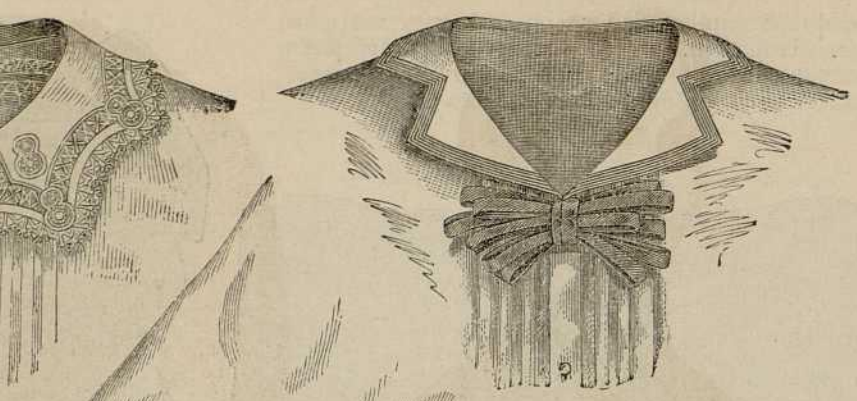
NUDO N.º 11.



CUELLO Y MANGA LUIS XV.



CUELLO A PUNTAS.



CUELLO Y MANGA MOLIÉRE.

costura y allí se cose. En los contornos, la tela y el forro se doblan uno contra otro para coserlos juntos. La manga se cose desde 27 hasta 28, luego se coloca en la sisa 29 sobre 29. Se hace un pliegue en el borde superior de la manga, fijando las dos cruces sobre el punto.

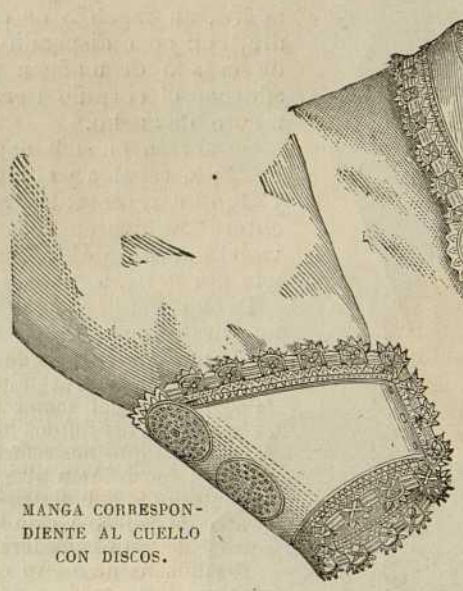
Tres cófias.

CÓFIA CARINA.

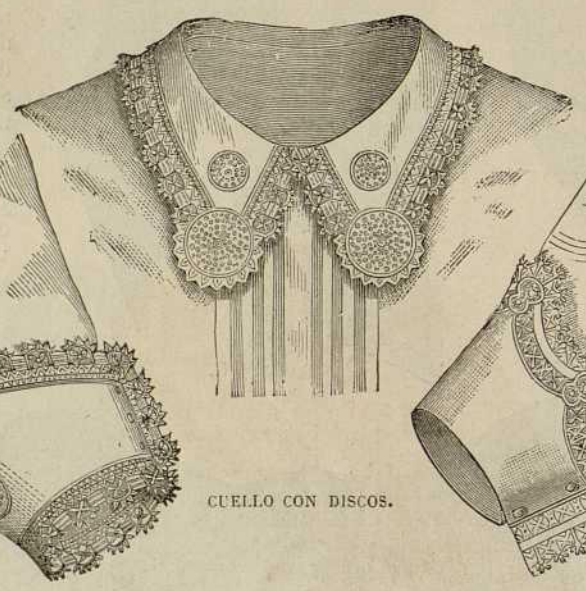
Fig. 33 (verso) del patron.

Los elementos de esta cófia se componen de cinta azul de 4 cents. y 1/2 de ancho, de encage negro de 3 de ancho,—de flores de terciopelo negro;—de fleco de cascabelillos, hechos con cuentas negras de dos gruesos diferentes. La fig. 33 representa el molde de la cófia; se le corta de tul negro rígido, se le rodea con alambre de laton forrado con una tira estrecha de tafetan negro; se pone sobre el borde exterior del fondo hasta la línea fina de la fig. 33 la cinta azul doblada por su mitad; con la que en el borde del delantero se hace un lazo plano, sin cabos, y en las dos esquinas inferiores un nudo (sin buclecillos).

Se corta la parte media del fondo hasta la linea de la fig. 33. — Se prepara con el encage negro un fondo con arreglo al dibujo especial consagrado á este objeto; —se fija este fondo sobre el anterior, y se le guarnece este con el fleco de cascabelillos, y se ponen, en la punta inferior de la derecha, dos cabos de cinta (uno de 45 cents. y otro de 70) guarnecidos de encage. Sobre la costura de estas cintas se colocan flores de terciopelo negro; iguales flores en el medio de la cófia por delante.

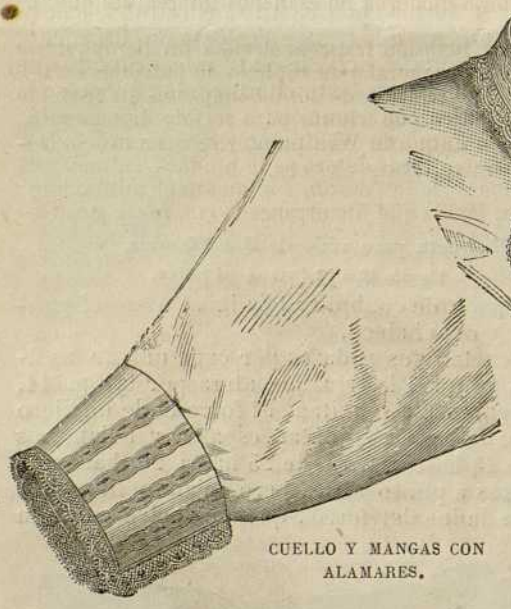


MANGA CORRESPONDIENTE AL CUELLO CON DISCOS.

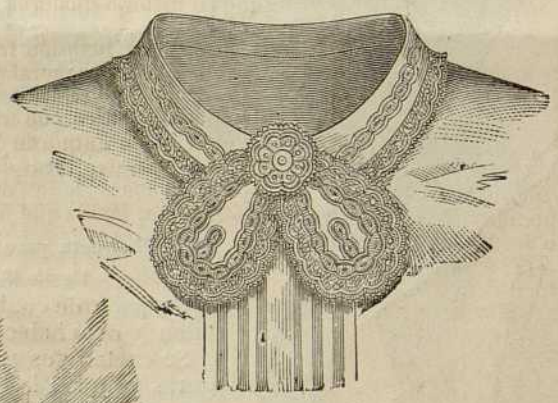


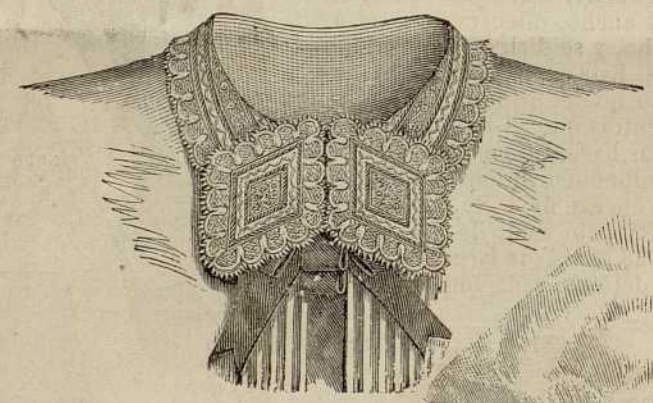
CUELLO CON DISCOS.

MANGA CORRESPONDIENTE AL CUELLO A PUNTAS.

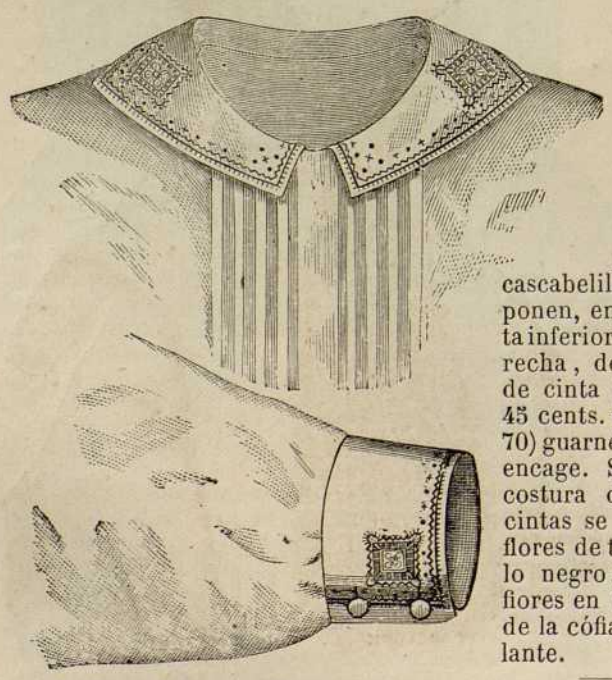


CUELLO Y MANGAS CON ALAMARES.





CUELLO Y MANGA CON ROMBOS.

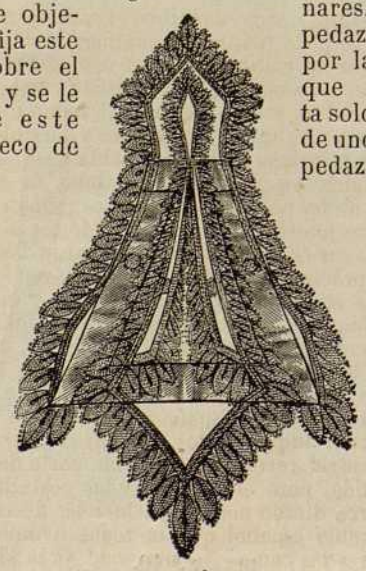


CUELLO Y MANGA CON BORDADO RUSO.

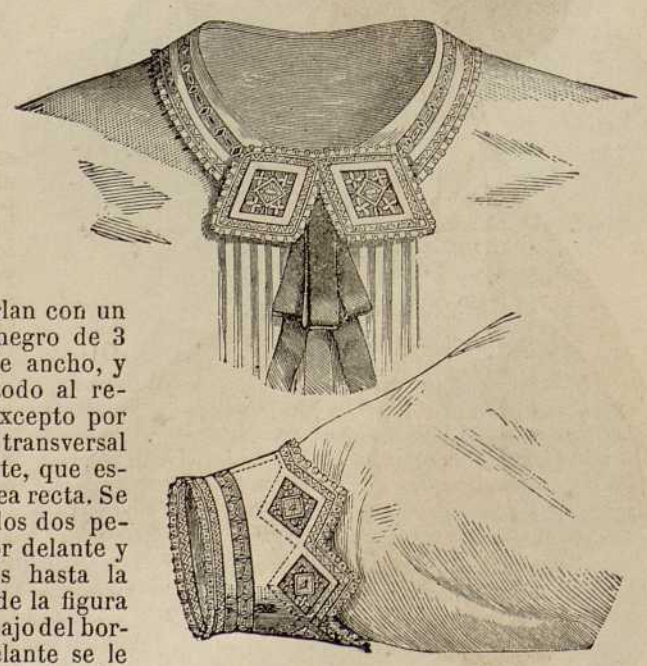
Cófia siciliana.

Fig. 32 (verso) del patron.

Se cortan en tul á lunares, negro, 2 pedazos iguales por la fig. 32, que representa solo la mitad de uno de estos pedazos. Ambos se orlan con un encage negro de 3 cents. de ancho, y puesto todo al rededor, excepto por el lado transversal de delante, que está en línea recta. Se reunen los dos pedazos por delante y los lados hasta la estrella de la figura 32 y debajo del borde de delante se le pone un alambre de mejante sujeta las bridas por debajo de la barba, en el caso de que la cófia se destine para persona de cierta edad; para una jóven estas bridas se atan por detrás debajo de la castaña.



ENCAGE DE LA CÓFIA CARINA.



CUELLO Y MANGA CON GUIPUR DE CROCHET.

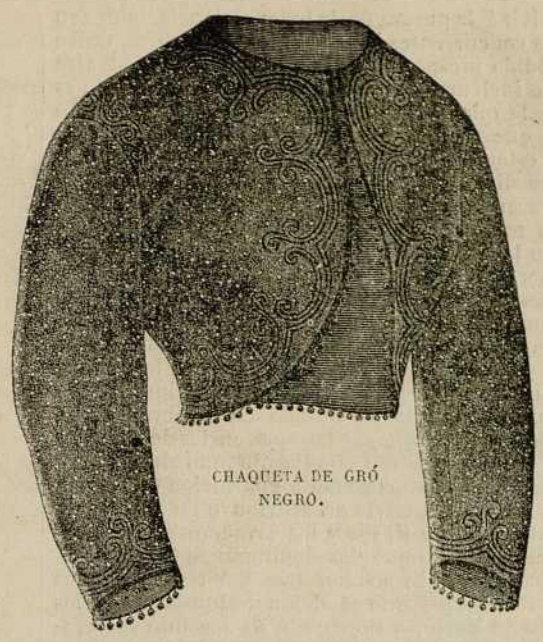
Cófia Maria Estuardo.

Fig. 34 (verso) del patron.

Se hace de tul negro, encage, entredos de encage, se adorna con cuentas huecas negras y rosas con musgo. Se corta el fondo entero por la figura 34, que representa su mitad; se le rodea con alambre de laton, se le cubre con tul de seda negro, bordado de antemano con un salpicado de cuentas negras. Se rodea el fondo con un encage negro fruncido, de cuatro cents. de ancho, y se cubre su costura con un fleco de cascabelillos. — Las barbas se hacen con entredos negro de 60 cents. de largo y 2 de ancho, bordado de cuentas, y encage negro de 4 cents. de ancho puesta plano, por sus lados largos, ligeramente fruncido por su borde inferior. Un ramo de rosas se coloca á la derecha, debajo del encage. Un ramito se-

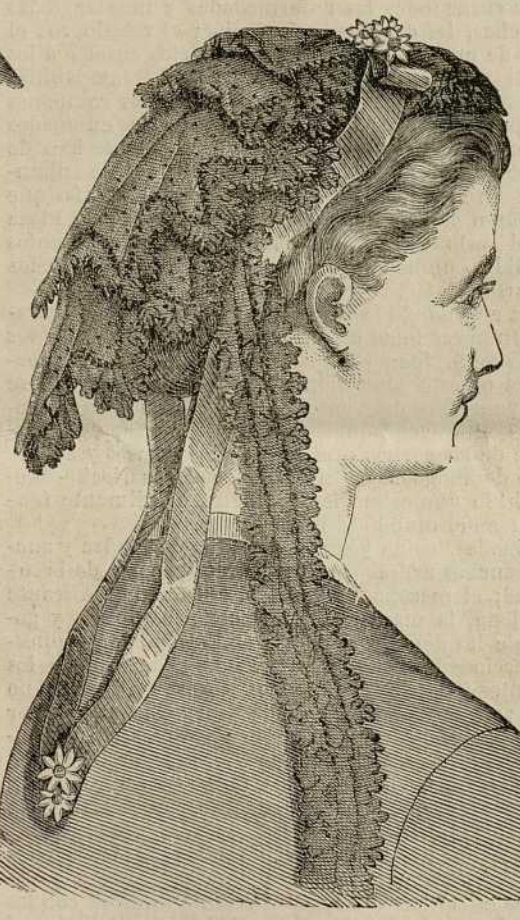
CORPIÑO DE SEDA NEGRA Y SEDA VIOLETA.

laton forrado de tafetan negro. El pedazo de encima se coloca en el medio, atravesado, dispuesto en una especie de bullonado, de modo que el pedazo de debajo le exceda en 6 cents. poco mas ó menos. Se corta una tira de tul de seda, de 46 centímetros de largo y 16 de ancho: se pone el horde sobre los lados largos con encage y fleco de cuentas; luego se le dispone en 4 bullones, tres de los cuales (de 4 cents. de ancho) descansan uno sobre otro en la mitad de su ancho, mientras que el 4.° tiene 10 cents. de ancho, y se dirige en sentido inverso de los anteriores. Esta guarnicion se fija sobre el fondo, de modo que el primer bullon le exceda por delante, mientras que el bullon mas ancho cae hácia atrás. Las barbas tienen 60 cents. de largo cada una, y se componen de entredoses de 2 cents, de ancho, y de encage de 3. Se toma un pedazo de cinta de terciopelo azul, de 3 cents. de ancho, por 1 metro y 35 cents. de largo; en su mitad se hace un lazo; del cual cada buclecillo tenga 6 cents. de largo; este lazo se fija sobre el fondo entre el 3.° y 4.° bullon, y allí se ponen algunas margaritas pequeñas; tambien se colocan algunas en los extremos de la cinta, que se han cosido uno con otro.



CHAQUETA DE GRÓ NEGRO.

CHAQUETA PARA NIÑO DE 8 A 10 AÑOS.



CÓFIA SICILIANA.

CÓFIA CARINA.

MADRID DE ANTAÑO Y MADRID DE HOGAÑO.

(CONCLUSION.)

¿Pero qué importaron aquellos breves momentos de espansion, si al poco tiempo el fanatismo de la época le ofrecian horroroso contraste con el auto de fe mas imponente de cuantos en Madrid se habian celebrado hasta entonces? La Suprema Inquisicion habia desplegado todo su aparato magnífico, imponente y terrible; los reyes ocupaban el balcon que se les habia destinado; consejos, tribunales, corporaciones, grandes de España y embajadores de las potencias amigas, ocupaban tambien sus respectivos puestos de honor. Desde las siete de la mañana hasta las ocho de la noche duraron las ceremonias que la práctica prescribia para tales actos. A mas de ochenta ascendia el número de los reos y entre ellos *veinte y uno* fueron condenados al bárbaro suplicio de la hoguera y conducidos al efecto al *Quemadero*, que venia á ser el sitio que hoy ocupa el Hospital de la Princesa.

En la Plaza Mayor se alzaron sucesivamente tablados para aclamar por rey de España á Felipe V y á su competidor el archi-duque Cárlos. Asegurado ya el trono de Felipe, Madrid recobró una buena parte de su animacion perdida, pero el carácter y las costumbres del nuevo monarca dieron poco espacio á las fiestas predilectas del pueblo español que en todos tiempos lo han sido los toros y las cañas. No sirviendo ya la plaza para teatro de estas escenas, fué destinada á mercado público, y aun hoy despues de siglo y medio y de haber sufrido por tercera vez la prueba del fuego, continúa en la baja esfera del comercio sin poder levantar la cabeza apesar de sus humos históricos y aristocráticos. Esta catástrofe á que nos referimos ocurrió el 16 de Agosto de 1790; consistió en otro incendio aun mas terrible que los anteriores que destruyó toda la parte oriental hasta el arco de Toledo y causó desgracias y pérdidas numerosas y de gran consideracion.

Reedificada de nuevo con la forma que ahora tiene, vino en cierto modo á nacer con el siglo, y por cierto que su historia moderna no es menos interesante que la antigua.

Durante la invasion francesa sirvió á un tiempo mismo de mercado general y de suplicio de patriotas sacrificados por el gobierno de José Bonaparte. En 1812 se engalanó con arcos de triunfo para recibir dignamente al ejército del duque de Wellington y se descubrió la lápida en que con letras de oro se le mudaba su nombre por el de *Plaza de la Constitucion*, que es el mismo que ahora tiene; lápida que fue arrancada con furor y estre-

CÓFIA MARIA ESTUARDO.

pito en 1814, mientras los vendedores alzaban tres arcos de verdura para recibir á Fernando VII cuando de su cautiverio volvia; lápida que se volvió á colocar en 1820 para volver á arrancarla en 1823 y poner en su lugar otra con esta leyenda: *"Plaza Real,"* y lápida en fin que puesta por tercera vez, volverá á ser arrancada cuando lo exija la inconstancia de los sucesos políticos.

El memorable choque ocurrido en 7 de Julio de 1822 y en que los milicianos nacionales quedaron triunfantes de la Guardia Real, desplegó todos sus horrores en la Plaza Mayor y en las callejas adyacentes llamadas entonces de la Amargura, de Boteros y del Infierno y despues del Siete de Julio, del Triunfo y de la Milicia Nacional. Desde entonces, todas las conmociones populares han encontrado en la Plaza Mayor un baluarte terrible, cien veces ganado y otras tantas perdido á costa de la vida de los combatientes.

Llegamos al término de la historia de esta famosa plaza, que apesar de tantas vicisitudes ha vuelto en estos últimos años á recobrar el esplendor de sus tiempos mejores con las fiestas reales que en ella se celebraron al jurarse á D.ª Isabel II princesa de Asturias y con motivo de los casamientos de esta augusta señora y de su hermana la duquesa de Montpensier.

Nada mas deslumbrador que la animacion y el aparato de la plaza en aquellos memorables dias. Vistosas colgaduras de grana y oro engalanaban los balcones que apenas podian contener la muchedumbre que en ellos se agrupaba, gradas y tablados para un número inmenso de espectadores; por todas partes alegría y satisfaccion; en todas un recuerdo vivísimo de la grandeza y poder de los mejores tiempos de esta córte.

No volverán ya á reproducirse semejantes escenas; los jardines plantados en su centro al par que la embellecen la imposibilitan para tan grandes hazañas; esa es la línea divisoria que el ayuntamiento ha trazado entre los tiempos antiguos y los tiempos modernos; sin embargo, todavía no basta para hacerla cambiar de aspecto y para obligarla á que se olvide de sus mas preciadas tradiciones. Las tiendas que se refugian en sus portales como temerosas de salir tan rezagadas á la esplendorosa luz de este siglo del gas y de la ostentacion, dan á la plaza un aspecto que contrasta dolorosamente con la magnificencia de la fábrica. No es que falten la animacion y la vida, es que aquella vida y aquella animacion tienen algo de los tiempos pasados y forman por sí mismas una poblacion aparte y como independiente del Madrid que todos conocemos.

El mundo que se agita incesantemente por las calles de Toledo y de Segovia y del cual hablaremos en un artículo especial, no pasa nunca al otro lado de la malísima estátua de Felipe III. Detiénese en la parte norte de la Plaza Mayor como ante una muralla formidable, y si alguna vez avanza á la calle Mayor hasta el sitio que ocupan las prenderías, retrocede al punto espantado de su propia audacia y va á proveerse de lo que necesita en las tiendas de la Plaza y de los soportales de la calle de Toledo.

Ese lujo deslumbrador que es hoy á un tiempo mismo el alma y la ruina del comercio, no ha extendido su influencia á aquel recinto: algunas carnicerías, multitud de tiendas de gorras, otras de juguetes, de paño burdo y de bayetas de color pronunciado, forman el mundo mercantil de la Plaza Mayor. Parece que aquellos comerciantes madrileños venden para todos menos para sus conciudadanos, ó solamente para una parte de sus conciudadanos. Allí no hay ostentacion, ni allí se reconoce el imperio de la moda, ni allí se recibe con galantería á los compradores, ni hay mas monstruarios que la via pública y las fachadas de las casas, ni aquellos horteras dando vueltas constantemente por delantes de sus tiendas como una fiera en su jaula, se parecen á esa juventud de elegancia *sui generis* y de modales afectados que tras de un mostrador en la calle de Espoz y Mina ó en la Carrera de San Gerónimo satisface los mas costosos caprichos del lujo y de la disipacion. Diríase que aquel comercio es víctima de la idea que tuvo el arquitecto de cerrar la plaza, y que por aquellos arcos, aunque elevados y espaciosos, no ha podido penetrar todavía el espíritu reformador del siglo.

Y sin embargo, una fuerza tan sutil como incontrastable, la fuerza de la prensa periódica, ha logrado penetrar en aquel encastillado recinto. Sirviéndonos de un moderno galicismo, podemos decir que tambien allí *se hace política* ni mas ni menos que en las redacciones de los periódicos, en el Congreso de los diputados ó en el café de la Iberia. ¡Pero qué política, santo Dios! Delante de la casa que fué de Panadería, hacinados en un cesto, ni mas ni menos que si fueran sardinas, encuentran los aficionados á este género de emociones todos los periódicos que se publican en Madrid, desde el inofensivo *Diario de Avisos* y la respetabilísima *Gaceta* hasta la salpimentada *Regeneracion;* allí calados los espejuelos ó con el lente de aumento en la mano, torciendo el gesto, dilatando los párpados y arqueando las cejas, segun es dulce ó amarga la impresion que se recibe, un respetable concurso intenta satisfacer por cuatro cuartos la necesidad ardiente de saber qué giro está dando el gobierno á la administracion de la cosa pública. Y digo que intenta, porque trabajo le mando á quien vaya buscando la verdad en las columnas de un diario político.

Militares que despues de veinte ó treinta años de servicio se han retirado ó los han retirado de tenientes; hombres que hacen un viage desde el otro extremo de la Península para pretender una plaza de portero; electores de aldea que aguardan la hora oportuna para hacer á su diputado la visita de ordenanza; sacristanes que nada tienen que hacer en sus iglesias ni en ninguna otra parte; respetables residuos de una sociedad que ha logrado sobrevivir á la guerra de la Independencia, tales son los asíduos concurrentes á ese gabinete de lectura, único que ha podido prosperar en Madrid, triunfando al aire libre de las inclemencias de las estaciones. Esa gente es la que presta una fe ciega á la autoridad de las letras de molde; la que pone á un lado el sentido comun para que no le estorbe mientras lee su periódico favorito; la que no lee disparate, ni calumnia, ni insolencia que no le parezcan otras tantas verdades escapadas del evangelio. ¡Oh muestras vivientes de lo que es, de lo que puede y de lo que vale esa opinion pública que ha sido mi ídolo por tanto tiempo y que encuentro donde quiera no menos respetable en sí misma, no menos ilustrada en sus demás manifestaciones!

Cuando quedan cubiertas las infinitas guardias de la poblacion y ya han calentado al sol sus ocios los granujas que asistieron á la parada, si por dicha algun agente de la autoridad no los ha llevado á la sombra, la Plaza Mayor se reviste con todas las apariencias de un campamento, si bien no se ven en ella ninguno de los horrores de la guerra. La parte de la guarnicion de Madrid que queda libre de servicio se distribuye en los dias de trabajo entre la Plaza Mayor y los lavaderos del Manzanares, pues es sabido que los domingos se traslada íntegra á Chamberí. Allí acuden tras del cebo todas las divinidades de cocina que se dejan deslumbrar por los esplendores de Marte, y no carece de encanto la agradable y vistosa confusion de lucidos uniformes, cascos resplandecientes, sayas de percal y redecillas de acero. Los *chulitos,* esa raza degenerada que tan desventajosamente ha sustituido á los manolos, aguardan impávidos el momento de dar en el Saladero con toda su gracia, y tienen una animada sesion con la moza de navaja en liga á cuya costa viven y cuyas pequeñas infidelidades corrigen, bien seguros de que nunca las verán corregidas.

El charlatan que extrae muelas á caballo ó vende polvos para curar todas las enfermedades y limpiar todas las manchas, las del honor inclusive; el volatinero; el jugador de manos; el que por dos cuartos enseña á los chicos el mundo nuevo; el que agitando campanillas que en cualquiera torre pudieran pasar por campanas logra fijar la atencion del vulgo en los mirlos enseñados á sacar con la pata números que infaliblemente han de salir premiados en la lotería próxima, todo ese enjambre que vive del engaño y de la farsa, de estafas que nunca pasan de seis ú ocho cuartos, tienen en la Plaza Mayor el vasto teatro de su habilidad y de sus triunfos y un público numeroso siempre dispuesto á admirarlos y á dejarse estafar.

De vez en cuando la Plaza Mayor, rompiendo sus diarias costumbres toma un carácter especialísimo. En las verbenas de S. Juan y S. Pedro, no hay arco en los portales que no esté obstruido por los puestos en que se venden panecillos del santo y otras golosinas; en Semana Santa ensordece aquel espacio el ruido áspero y desapacible de las carracas, asesino de los nervios y singularísimo desahogo de la pública piedad. En Noche-Buena... ¡Oh! lo que es en Noche-Buena, difícilmente tendrá rival en el mundo la Plaza Mayor.

Las tiendas, como los ríos, se salen de madre y anegan las anchas aceras con los surtidos propios de la solemnidad; el mazapan de Toledo, el turron de Alicante y de Gijona, la mantequilla de Soria, los dulces y golosinas de las demás provincias de España, por supuesto confeccionados en Madrid, excitan el apetito de los transeuntes á la pálida luz de un reverbero cuando no de una vela de sebo con medio pliego de papel por pantalla; los traficantes en tambores y panderetas cantando desaforadamente y dando sobre el parche golpes terribles parecen como que á un tiempo mismo quieren vender al parroquiano el instrumento y el secreto de la alegría. Por el centro de la plaza discurre grave y pausadamente una inmensa poblacion de pavos bien agenos del triste y próximo fin que les aguarda; Aragon y Valencia se encargan de cubrir el recinto interior con los mejores frutos de sus famosas arboledas, y la infernal gritería de los vendedores, el imponente murmullo de los que compran, el ruido atronador de tantos tambores y de tantas panderetas, publican con voces demasiado elocuentes que Madrid entero se desangra y que al desangrarse se abandona á una frenética alegría.

Tal es y tal ha sido la Plaza Mayor: sus floridos jardines la embellecen mucho, pero no logran llamar escogida concurrencia ni aun en las sofocantes noches del Estío; el pueblo tiene en ella un lugar de desahogo cuya falta se dejaba sentir: la buena sociedad, el comercio ostentoso no pasarán nunca mas allá de la acera derecha de la calle Mayor; la Plaza es un segundo centro de Madrid, pero que no se confundirá nunca con el otro centro que está tan inmediato.

LUIS GARCIA DE LUNA.

A ORILLAS DEL JABACOA.

En las floridas riberas
Que baña fiel Jabacoa,
En dulce y plácida calma
He Pasado algunas horas,
Pensando, Jagua querida,
En las fases de tu historia,
Y afanosa demandando
A las cristalinas ondas
Algun episodio hermoso,
De indiano amor una trova.
Y las aguas murmurando
Entre las piedras que estorban
Su libre curso, y pequeñas
Cascadas á trechos forman,
Cien y cien trovas cantaron
Para bosquejar la gloria
De los antiguos caciques,
Y de las hijas preciosas
Del suelo privilegiado,
Que cual escojida joya
El ínclito genovés
Añadió á la real corona.
Aquellas aguas tan puras
Que, ya en calma ó bullidoras,
Retratan en clara linfa
La verdura primorosa
De los bosques de esmeralda
Y las elegantes hojas
De los lirios, que en la orilla
Jardin encantado forman:
¡Cuántos recuerdos despiertan!
¡Cuántas acciones gloriosas!
Ya el ruido de una batalla
Su corriente atronadora
Me recordaba, al saltar
Por entre guijas y rocas;
Ya apacible, mansa y leda
Resbalaba silenciosa,
Cual si contara en secreto
De tierno amor linda historia.
¡Cuántas veces correrian
Del tranquilo Jabacoa
Las aguas, horas tan claras,
Teñidas en sangre roja!
Y ¡cuántas habrán sentido
Cruzar en ráuda canoa,
De la luna al tibio rayo,
Sus ondas murmuradoras,
Un indio con su adorada
Como dos blancas palomas!
Muchas veces he dormido
A la fresquisima sombra
De los júcaros, los robles,
Y las antiguas caobas
Que miraron retratarse
En las trasparentes ondas,
A los arrogantes indios
Y á las indias donairosas.
Y en mi sueño, Jagua bella,
Vi volver la edad hermosa
En que aun no se mecian
Ni la caña cimbradora,
Ni el perfumado cafeto
En las márgenes preciosas
Del Damují, Lagunillas,
Arimao y Jabacoa,
Y ví llegar á tus playas
En las naves Españolas
De la sacrosanta cruz
La imágen consoladora.
Vi cambiar conchas y perlas,
Frutas y plumas vistosas,
Por collares de abalorio
Y juguetes de mil formas,
Entre el indiano sencillo
Y la hueste vencedora;
Y ví elevarse hasta el cielo
Bajo una ceiba frondosa,
Ante un pueblo prosternado,
La sacratísima hostia,
Y escuché al Padre Las Casas
Que con voz grave y sonora
A los indios explicaba
Nuestra religion católica.
"Hermanos, decia, Dios
"No es el sol que brilla ahora,
"Ni los ídolos de barro
"De figura informe y tosca
"Que adorais ciegos é ilusos.
"Dios no nace con la aurora
"Ni al llegar la tarde muere,
"El jamás os abandona.
"Dios es un ser infinito,
"Artífice de la obra
"Del universo, creado
"A una frase de su boca.
"Dios es la bondad Suprema,
"Fin y principio de toda
"Ciencia divina y humana.
"Dios es, en fin, la creadora
"Llama que dá vida al mundo
"Y á quien siempre el alma invoca".
Esto escuché que Las Casas
Enseñaba con bondosa
Persuasion, al ignorante
Pueblo que de oir se asombra
Que haya un Dios que no es el sol,
Ni la imágen ruda y tosca
Que hasta allí su ciega fé
O su fanatismo adora.
Y he despertado al estruendo
Que al monte y al valle asordan
De las máquinas de ingenio
Y de las locomotoras;
De los vapores que surcan
Tus aguas, hora por hora,
Y con su lengua de fuego
Por todo el mundo pregonan
El progreso, el adelanto,
La luz civilizadora,
Y he pensado con tristeza

Evocando añeja historia,
Que á aquella raza sencilla
De aspiraciones tan cortas,
Ha sucedido otra raza
Sábia, fuerte, emprendedora,
Mas gigantesca, mas culta,
Pero..... ¿será mas dichosa?

(Isla de Cuba.) La Hija del DAMUJÍ.

EL PRISIONERO.

(del francés.)

Peregrino del Eter, flor que al prado
Roba amoroso el céfiro sutil,
Mariposa fugaz ¿qué vuelo insano,
Qué aura funesta te condujo aquí?

¿Quién te mostró de mi prision la reja
Que hallar no sabe el astro liberal,
A donde llega tímido y se aleja
Sin atreverse el aura á penetrar?

Qué vienes á buscar? de mis dolores
La noticia cruel llegó hasta tí
Y abandonaste céfiros y flores
Por consolar piadosa á un infeliz?

Ay! á tu vista en plácida delicia
Siente calma su duelo el corazon,
La esperanza, fugaz una caricia
En tus ligeras alas me envió.

Ven de los prados, lirio fugitivo,
Alada flor que por el Eter vas,
Trae un recuerdo al infeliz cautivo
De sus campos, su sol, su libertad.

Háblame del torrente que impetuoso
En libre curso hácia los mares vá,
De los gemidos que en el bosque umbroso
Alza impotente el hórrido huracan.

De si á tu paso en selva silenciosa
El ruiseñor su voz dejaba oir:
Si acaso viste á la cerrada rosa
El perfumado pétalo entreabrir.

Dime cual llora el alba refulgente
Al de la noche moribundo adios,
Cómo á secar su llanto dulcemente
Viene mas tarde generoso el sol.

Mas ¡ay! de mi prision el astro oscuro
Te miro en ráudo giro recorrer.
Buscas flores insanas? No en el muro
De lóbrega prision las quieras ver.

Aquí ni sol, ni ráfagas serenas,
Ni perfumado lecho encontrarás,
Si quieres descansar, sobre cadenas
Tus levísimas alas plegarás.

Hija del aire, libre mariposa,
Abandona mi tétrica prision,
Corta es tu vida, vuela presurosa,
Bienes, dichas, natura te marcó.

Lejos de aquí; tu vagoroso vuelo
Ningun muro opresor limitará,
Ni otra prision que el anchuroso cielo
Sobre tí sus espacios tenderá.

Lejos de aquí con caprichoso instinto
Tu perfumado asilo elejirás,
Y cada nuevo sol, nuevo recinto
A la luz de sus rayos buscarás.

Oh! si al cruzar por la pradera un dia
Dos ángeles vagar en ella ves,
Y una muger que llora ¡suerte impía!
Los perdidos encantos del placer;

Dile á la pobre madre que aun suspira
Su fiel esposo que cautivo está,
Y que por ella y por su amor respira,
Aunque jamás á verla tornará.

En cautelosos giros seductora,
De mis hijos te agita en derredor,
Muéstrales tu beldad, é incitadora
Leda te posa en remecida flor.

Presto, muy presto con vehemente anhelo
Perseguida serás, ráuda y sutil
Bien en dolosa espera ó manso vuelo
De flor en flor condúcelos aquí.

De un desdichado y triste prisionero
Ellos tan solo la esperanza son,
Tal vez podrán del duro carcelero
Ablandar con su ruego el corazon.

Tal vez, si en llanto de infantiles ojos
Siente sus rudas manos empapar,
A los fuertes, durísimos cerrojos,
Con piadosa emocion las tenderá.

Mas ¡ay cielo!—mi última esperanza
Al rumor de mis hierros se marchó;—
Ya perderse la miro en lontananza...
Mariposa fugaz, adios; adios!

Carlota ROBREÑO.

LOS VECINOS DE DARLINGEN.

NOVELA DE ENRIQUE CONSCIENCE.

(continuacion)

Y como si hubiera olvidado en el momento la picante réplica de su hermana abrió otra caja y dijo á Sofía:

—Vos sereis la mas contenta, Sofía; sabiendo que cu daríais mis flores y mis pájaros, rogué á mi tio que no os olvidase, y os traigo unas cuantas varas de merino francés para que os hagais un vestido para los dias de fiesta, y si supiéseis lo que traigo todavía en esta caja, aunque no es para vos, sé que derramaríais lágrimas de ternura. Tomad, es una pieza de cotonía que hay para vestir á una mujer de piés á cabeza; esto, Sofía, es un regalo para vuestra hermana ciega...

Como Herminia habia predicho las lágrimas de ternura y de reconocimiento corrieron por las megillas de la antigua sirviente y apenas pudo balbucear algunas palabras.

—Tomad, mi buena Sofía, tomad la caja; aun tiene alguna cosa en el fondo; mi tio Juan, que no hace nunca las cosas á medias, quiso sorprenderos y ha puesto en esta caja otra mas pequeña, en la cual hallareis el dinero necesario para pagar la hechura de los vestidos.

Profundamente conmovida, sobre todo, por este último agasajo con el que podria pagar la pension de su pobre hermana, Sofía besó las manos de Herminia y salió de la sala toda trémula y llevando la caja debajo del brazo.

—Oh! ¡cuando mi padre sepa esta espantosa disipacion!... refunfuñó Teresa entre dientes. ¡Es una vergüenza!... ¡malgastar tan locamente el patrimonio de la familia!...

Madame Romys contagiada con el júbilo de la criada, estrechó á Herminia contra su corazon.

—Ahora, hija mia, dínos si te has divertido... Durante estas seis largas semanas de ausencia, he estado inquieta, ¿y porqué has anticipado tu regreso para cuatro dias mas pronto del tiempo fijado? ¿Ha sucedido alguna cosa?

—Y yo qué sé mamá?... Mi tio me dijo que vos me rogábais volviese á casa.

—Yo!... exclamó madame Romys con sorpresa. No, Herminia, no; yo no abreviaria nunca los dichosos momentos que tú pasas en casa de mis hermanos.

—Toma!... toma!... y porqué mi tio me habrá engañado!... murmuró la jóven quedándose pensativa. Quizá mi padre le haya dicho que volviese á casa. Esto es igual, por eso soy menos dichosa de haberos visto, mamá; aun cuando me hubiera sido grato quedarme algunos dias mas; Ernesto Decock vuelve de Inglaterra, y me hubiera alegrado verle. ¡Habrá cambiado tanto!... Acaso no le conoceré! Va á vivir en Bruselas, es ingeniero de caminos y el tio asegura que es instruidísimo en su carrera, y nada tiene de particular despues de tantos años estudiando con el célebre Stephenson, con el que ha llevado á cabo trabajos jigantescos. En sus cartas á mi tio habla como si estuviera seguro de hacerse muy rico. Yo le quiero bien; en mis rezos he pensado en ese bueno de Ernesto y he pedido á Dios le diera la suerte que merece.

La anciana señora pareció temblar al oir estas palabras, asomaron las lágrimas á sus ojos y levantó al cielo sus miradas con un profundo suspiro.

—Sí; ruega á Dios; mi pobre Herminia; pues hoy quizá...

Teresa dirigió á su madre una mirada llena de reproches que hizo espirar la frase en sus labios.

—Qué es esto, mi querida madre?... qué quereis decirme? pareceis asustada? exclamó Herminia.

—Nada, hija mia; no es nada; dijo ella en voz baja.

Un doble campanillazo se dejó sentir.

—Hé aquí á papá!... exclamó Teresa con una sonrisa de triunfo. Tengo ganas de saber qué dirá de las escandalosas prodigalidades del tio Juan.

—Ah! ved aquí á papá!... repitió Herminia abalanzándose á la escalera. Su voz resonó en toda la casa y se la oyó gritar:

—Papá... ¡mi querido papá!... hé aquí á vuestra Herminia... ¿cómo estais?

Cuando entraron en la sala Herminia tenia todavía el brazo al rededor del cuello de su padre, que la decia en tono cariñoso y con cierta impaciencia:

—Basta!... basta!... está bien, cesa por amor de Dios tantos abrazos. ¡No parece sino que vienes de América! y vas engalanada como un figurin de Bruselas!... Vamos, vamos!... no hablemos ahora de esto, yo no debo hacerlo porque tú eres ya una mujer de bastante juicio para saber lo que has de hacer.

Herminia abrió la caja que habia quedado sobre la mesa y ofreció á su padre una cartera de piel de Rusia regalo de su tio Juan. Bonifacio Romys pareció encantado de este obsequio porque la cartera que usaba estaba ya cayéndose á pedazos de puro vieja, y esto le dispensaba de comprar una nueva. Se mostró muy contento y cuando oyó á Teresa criticar con amargas palabras lo que llamaba despilfarros de su tio, por los gastos inútiles que habia hecho hasta para la criada y para su hermana ciega, censuró su crítica y la hizo callar diciéndola que no era aquella ocasion de hablar asi.

Luego escuchó largo tiempo con un placer aparente lo que Herminia le decia de sus tios, de Bruselas y todas las diversiones que la habian proporcionado. Pero estaba visiblemente distraido y pareció quedar absorto en sus pensamientos.

Cuando la conversacion comenzó á perder su animacion porque Herminia habia contado todo lo que sabia, M. Romys se levantó de su silla, miró á su mujer frente á frente con cierta severidad y con aire de inteligencia dirigió tambien á Teresa una mirada imperiosa y dijo con aire importante:

—Hablemos ahora de una cosa séria, hija mia; es justo que teniendo una buena noticia que comunicarte no tarde en hacértela saber, para que te regocijes con nosotros. Tú has llegado á la edad de la razon y como tus gustos no permiten creer que desees quedarte soltera, es el deber de tus padres buscarte un partido ventajoso.

—Pero papá!... balbuceó asustada la pobre niña, yo soy...

—Déjame hablar y no me interrumpas; replicó Romys con tono áspero; nada de juicios precipitados; ya quedarás contenta cuando sepas lo que he hecho por tí. Las gentes de importancia deben procurar por todos los medios aumentar la consideracion y la fortuna de la familia y el que no se somete de buen grado á esta ley es un aturdido imprevisor; pero tú, Herminia, no tienes ciertamente de qué quejarte pues el hombre con quien te vas á casar...

—Casarme!... ¡casarme yo!... exclamó la jóven toda temblorosa. ¡Oh! papá!... si soy demasiado jóven!

—Tienes ya bastante edad; hija mia.

—Pero yo no quiero dejaros; yo quiero quedar cerca de mi buena mamá!...

Bonifacio Romys estrechó las temblorosas manos de su hija y dijo con cierta gozosa exaltacion;

—Niña inconsiderada!... escucha y juzga de la dicha que te espera: tu futuro esposo es un hombre cuya fortuna pasa de cuatrocientos mil francos, y lleva uno de los nombres mas estimados en Darlingen. Es Francisco Pottewal, el mercader de granos del boulevard.

—Oh! cielo!... pero si no le conozco, suspiró Herminia.

—Tiene mas de treinta años; dijo Teresa con una oculta ironía.

—Si no le conoces, mucho mejor; observó el padre, así aunque no le ames tampoco puedes tenerle aversion.

—No, no, papá; yo no quiero casarme; no me casaré; deseo quedar con vosotros.

—Herminia!... dijo el padre con voz agria, cuyo tono hizo extremecer á la jóven; Herminia, tú sabes que yo no vacilo nunca sobre una resolucion formada por razones de conveniencia. La dignidad y la elevacion de la familia toman parte en esta, ¿á qué, pues, mostrarte desobediente y rebelante contra una medida que conoces ser irrevocable?

La jóven anegada en llanto se arrojó sollozando al cuello de su madre, mientras que la decia:

—Mamá!... mamá!... ayudadme!... ayudadme!... Yo no me quiero casar con un hombre que no conozco!... Yo os suplico que trateis de evitar esa determinacion cruel, soy todavía muy jóven y la idea del matrimonio me llena de un espanto mortal.

Madame Romys estaba pálida, y en sus ojos brillaban lágrimas contenidas; pareciendo todavía mas espantada que su hija, ante la amenazadora mirada de su marido. Al fin murmuró con una voz apenas inteligible:

—Herminia!... mi buena Herminia!... ten valor y no llores tan amargamente. Dios te protegerá y te hará dichosa en tu nuevo estado.

—Qué significa esto, Julia!... exclamó su marido con violenta cólera creyendo que apoyaba á Herminia en su resistencia. Hablad en voz alta y espero que os guardareis muy bien de dar malos consejos á vuestra hija.

—Pero por piedad, Bonifacio!... Dejadla tiempo de calmarse!... no seais tan inflexible con esta pobre inocente, y ved algun medio de diferir este matrimonio.

—Qué diferir!... exclamó su marido con temible risa; ¿vos quereis hacerme montar en cólera? Y bien, yo quiero que Herminia se someta y se someterá de buen grado, si no, vos vereis como nadie puede resistírseme en mi casa, ó doblegarse ó romperse, y cuidado, Julia, que al menor signo de oposicion que vea en mi hija, en vos castigaré su falta y estad segura que os arrepentireis.

Espantada de la amenaza hecha á su madre la jóven se levantó, saltó al cuello de su padre y exclamó vertiendo en su pecho amargo llanto:

—Oh! papá, no os enfadeis con mi mamá; yo me someteré; estoy segura de que solo quereis el bien de vuestra hija, perdonadme si hice mal, no volveré á llorar ni á quejarme. Disponed de mí, segun vuestra voluntad.

—Así me gusta; siéntate; respondió Mr. Romys.

Herminia se dejó caer en una silla y poniendo la mano delante de los ojos suspiró dolorosamente comprimiendo sus tímidos sollozos. Su madre lloraba en voz baja. Teresa miró á su hermana con expresion de mofa y se encogió de hombros murmurando entre sí:

—Qué niñada!... un matrimonio tan brillante! ¡una fortuna de cuatrocientos mil francos!... ¡qué querrá pues!...

El padre se puso á pasear con impaciencia á lo largo de la sala. Al cabo de algunos instantes se detuvo delante de su afligida hija y la dijo:

—Bah!... esto ha durado ya bastante tiempo; cesa de

lorar, yo lo quiero!... y vos tambien Julia!... No estoy de humor para soportar mas largo tiempo esta inútil comedia.

—Pero papá, ¿qué dirán el tio Juan y la tia María de vuestra resolucion? preguntó Herminia suspirando. Os suplico que espereis siquiera á que ellos lo sepan.

—¿Conservas acaso la esperanza de que mi decision pueda revocarse? Segura puedes estar de que todo Schaerbeek que viniera no podria contrariarme en mi propósito. Yo sé que ellos querrian mejor ver rebajado el orgullo de nuestra familia por una union desproporcionada, por eso ellos no tendrán conocimiento de nada hasta que las cosas hayan avanzado de manera que no puedan impedirlas. Sepamos, Herminia, ¿debo yo todavía enfadarme? Debo emplear la violencia, ¿ó estás dispuesta á obedecer?

—Dios tendrá piedad de mí y me dará valor para someterme, padre mio; respondió la jóven con voz sorda y desolada como si su corazon se rompiera en el pecho. Os obedeceré.

—Sin volverte atrás? De buen grado?

—Con sumision, con buena voluntad, padre mio.

—Y bien, abreviemos esta penosa conferencia, dijo Bonifacio Romys con tono menos duro, lo que probaba que estaba satisfecho por la humildad de su hija. Escuchadme todos con atencion porque no quiero verme obligado á repetirlo, y tened presente que no perdonaré á la que obre contra mis deseos. Mr. Pottewal vendrá pasado mañana á medio dia á tomar café con nosotros, y ved aquí cómo he arreglado esta visita de acuerdo con él. Vendrá preguntando por mí como si quisiera hablarme de algun negocio, mientras tanto os poneis vosotras á la mesa y preparais el café, aparentando ser sorprendidas por una visita inesperada. Hago pasar á Mr. Pottewal y le obligo á tomar una taza de café con nosotros; él aceptará y todas le recibireis cordialmente mostrándole el mayor agrado. Conversaremos desde luego de cosas insignificantes y finalmente yo me iré al jardin con vuestra madre quedando solas Teresa y Herminia con Mr. Pottewal. Entonces él hará su declaracion y Herminia contestará que no tiene otra voluntad que la de su padre, y que de todos modos se considera dichosa con una alianza que honra igualmente á las dos familias. Esto será segun las palabras de Pottewal... ¡Pero vas á volver á llorar?... pues esas lágrimas no cambiarian la faz del negocio, que tú terminarás convenientemente pasado mañana, y cuidado, Herminia, y vos tambien, Julia, yo lo quiero y lo quiero, ¿entendeis? que Mr. Pottewal no se aperciba del menor desacuerdo; que haya familiaridad, conversacion y esmero en la toilette. Sobre todo fuera las lágrimas, ni una sola, ó yo sabré haceros entrar en razon. Conviene para haceros fuertes que adquirais la conviccion de que este matrimonio es irrevocable, tan irrevocable como si Herminia estuviera ya casada en la puerta de la iglesia. Basta; pensad en evitaros á vosotras inútiles pesares y á mí una legítima cólera.

A estas palabras salió de la sala y cerró la puerta con violencia.

Herminia ocultó su rostro y sus lágrimas en el seno de su madre y balbuceó con voz conmovida:

—Mamá!... mamá!... yo tiemblo, yo tengo miedo. Casarme con un hombre que no he visto jamás!... sin inclinacion!... sin amor!... Oh! Dios mio! misericordia!

—¡Continúa, y haz morir á nuestro pobre padre de pesar!... refunfuñó Teresa.

III.

En el arrabal de Schaerbeek en Bruselas y á la extremidad de una de las calles situadas entre el jardin botánico y la iglesia de Sta. María, se elevaba una bonita casa de construccion moderna; pero notable por su grandor, por su elegante arquitectura y por su risueño aspecto. A cada lado de la fachada se abria una puerta de entrada y al lado de esta fachada se extendia una tapia muy baja coronada por una reja de hierro, encima de la cual algunas acacias dejaban caer su follage de un verde subido. Los balcones encima de las dos puertas tenian la misma apariencia; eran de hierro pintado de verde y dorado en parte. Habia dos habitaciones bajo un mismo techo, separadas solamente por un jardin que las hacia independientes.

En un salon, á la entrada de la casa, de la derecha, se hallaba una señora de edad madura, sentada cerca de la ventana con un libro sobre las rodillas, pareciendo completamente absorta en su lectura. Sus labios se movian y ella sacudia de vez en cuando la cabeza con aire de aprobacion á las palabras del libro en cuya primera hoja se leia:—*Obras de Jacobo Kats.*

(*Se continuará.*) FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE DEBAJO DE TAFETAN MALVA, con corpiño montante y mangas planas; el borde inferior va guarnecido con un rizado doble *á la vieja*, en cuyo medio se encuentra un galon estrecho negro, cubierto de cuentas gruesas negras; la misma guarnicion se repite en el escote, continuándose por delante hasta el talle, y formando

VESTIDOS PARA PRIMERA COMUNION.

N.° 1.— Pantalon blanco, chaleco de piqué blanco, chaqueta con solapas, hecha de paño negro.

N.° 2.—Trage con coselete, sin mangas, hecho de nansouk blanco, adornado con dos entredoses de guipur, ó bordados al crochet. Corpiño montante, plegado, con mangas largas, hecho de nansouk. Cófia de tul blanco con cintas blancas y gran velo de muselina blanca.

N.° 3.—Enagua larga con volante plegado, hecha de nansouk blanco. Trage corto recortado á puntas redondas, de muselina blanca; estas puntas redondas se orlan con un encage estrecho. Cinturon con roseta, de cinta de moer blanca. Cófia de tul blanco. Velo de muselina blanca.

y con bordados de oro. Segundo trage, mas corto que el anterior, cortado en puntas muy profundas; este trage es de tul blanco, bordado de oro y con un fleco de oro. En vez de berta, una banda de tul blanco, fijada en ámbos hombros por camafeos, cruzada por delante, y atada por debajo del brazo izquierdo. En el cabello, bandoletes de oro y camafeos; collar, pendientes y brazaletes de camafeos.

TRAGE DE RASO VERDE-LUZ.—Trage de encima de tul blanco, con volante plegado, y con bordados de oro. Segundo trage, mas corto que el anterior, cortado en puntas muy profundas; este trage es de tul blanco, bordado de oro y con un fleco de oro. En vez de berta, una banda de tul blanco, fijada en ámbos hombros por camafeos, cruzada por delante, y atada por debajo del brazo izquierdo. En el cabello, bandoletes de oro y camafeos; collar, pendientes y brazaletes de camafeos.

DIRECTOR: D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ 1867. IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA
á cargo de D. Federico Joly y Velasco,
Bomba, n. 1.

AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 17.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs... Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs...Seis meses,65...Tres meses, 35... Un mes, 12.

Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs....Seis meses, 42... Tres meses, 22...Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

EDITOR PROPIETARIO: Don Abelardo de Cárlos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes.... Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Libreria de Don C. Bailly-Bailliere, plaza del Príncipe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tánago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux.
PARIS, Mr. Fermin Didot frères, rue Jacob, 56.

Sumario.—Corpiño escotado de muselina blanca y encage.— Arte de hacer medias.—Diez dibujos de calados, para adornos de ropa blanca. —Exágono al crochet para cubre-piés.—Dos trages para niñas. — Cogin redondo, ó taburete.—Tradiciones religiosas de España. — Vestido de baile.—Trage de tafetan rosa. —Vestido de señorita jóven. — Trage de tafetan boton de oro. — Enagua de tafetan cereza. — Trage de raso verde-negro..—Los vecinos de Darlingen.—La Encarnacion del Hijo de Dios.—En el álbum de una bella alemana.—Elegía.—Los amores de un rey.—Problemas de ajedrez.—Explicacion del figurin iluminado.

Corpiño escotado de muselina blanca y encages.

La muselina se pliega para formar un peto por delante y por detrás; se la conserva lisa por los costados y en las mangas; los lados figuran una especie de chaqueta, y se guarnecen con entredoses de encage, por debajo de los cuales se recorta la muselina. La guarnicion de este corpiño se compone además de cinta de terciopelo encarnado de 1 centímetro de ancho, y de una tira de muselina plegada y orlada con un encage muy estrecho. El ancho del entredos es de centímetro y medio. Tres rosetas de cinta de terciopelo, una sobre cada hombro y otra por delante, adornan el corpiño.

CORPIÑO ESCOTADO DE MUSELINA BLANCA Y ENCAGES.

ARTE DE HACER MEDIAS.

(Véase el n. 14 del presente año.)

II.

N.° 1.—Este talon, de un largo doble del de un talon comun, excede del tobillo; se recomienda por su estremada solidez; hecho con algodon de 6 hebras, la media tiene 32 centímetros de largo desde su borde superior, que se arma sobre 190 puntos, hasta el principio del talon; los puntos se distribuyen en número igual sobre 4 agujas, y para hacer el talon de que nos ocupamos, se hacen, con la mitad del número de estos puntos, 100 vueltas de ida y vuelta (una al derecho y otra al revés). El menguado que principia con el talon se continúa y se repite en cada 6.ª vuelta por ámbos lados de la costura, hasta la 49.ª inclusive. En las 72.ª, 78.ª y 85.ª vueltas se crece un punto por ámbos lados de la costura. En la 101.ª vuelta se hacen, despues de la costura, 7 puntos, se levanta el 8.° sin hacerlo, se hace un echado, se vuelve la labor, se levanta el primer punto sin hacerlo, se repite todo al otro lado de la costura, luego se vuelve á principiar del mismo modo otras 12 veces, retrasando de cada vez en un punto el punto que se levanta sin hacerse; el echado debe rodear siempre el punto levantado. Los demás puntos del talon se emplean sucesivamente, porque se hace uno al fin de cada una de las vueltas siguientes. Se levantan los puntos de orilla del talon, segun la regla camun, y luego se hacen 2 vueltas al derecho sobre todos los puntos.

En la 1.ª de estas los puntos deben hacerse al sesgo, y se crece uno debajo de cada 4.° punto de orilla. Se hacen 11 vueltas solamente sobre los puntos del empeine, y el último punto de cada vuelta se hace con el mas próximo de los de orilla del talon, luego se hace una vuelta al derecho en redondo, es decir, sobre todos los puntos reunidos. Se repiten otras 3 veces estas 12 vueltas, pero en la 1.ª de ellas se deben hacer, con el último punto 2 de orilla del talon.

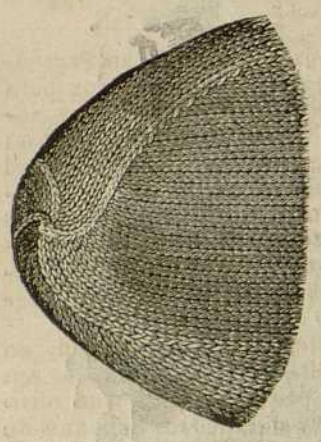
Despues de cada 11.ª vueltas, en el curso de estas 48, se hace un menguado á unos 3 puntos de distancia del primero y del último. Este menguado se repite otras dos ó tres veces. En adelante se hace la labor en redondo sobre todos los puntos y en cada vuelta sin menguado. Se hacen el primero y el último del empeine con uno de los puntos de orilla, hasta que el ancho total quede suficientemente reducido.

N.° 2.—*Talon.*—Se le hace de ida y vuelta, una al revés y otra al derecho: no se diferencia de los talones comunes sino por la forma de la punta del talon. Se le ejecuta del modo siguiente: suponiendo que el talon entero comprenda 61 puntos, se principia la punta de este con la 40.ª vuelta al derecho, haciendo 14 puntos,—los 15.° y 16.° juntos,—se hacen *juntos* además los 2 puntos *anteriores* y *posteriores* á la costura, luego los 15.° y 16.° posteriores á la costura.

La vuelta siguiente se hace al revés sin menguados. En cada una de las vueltas que siguen, al derecho, se repiten los menguados siempre en los mismos sitios, de modo que por cada lado del talon queden 14 puntos *antes* y *despues* del menguado, mientras que las esquinas formadas por los menguados se hacen cada vez mas puntiagudas. Los 14 puntos que han quedado á cada lado se desmontan juntos del modo siguiente: se los reune *derecho* sobre *derecho*, se toma una nueva aguja, se hacen juntos dos puntos pertenecientes á los dos lados, se echa por encima el punto de la costura, se hacen 2 puntos juntos como arriba, se echa por cima el penúltimo punto, y así sucesivamente.

Se levantan los puntos de orilla segun el procedimiento usual para todos los talones (véase el dibujo en la siguiente página).

N.° 3.—*Talon* hecho á punto *picado*. Los puntos se dividen en número igual entre 4 agujas; con la mitad de este número se hace la labor del modo siguiente: 1.ª vuelta (revés de la labor). Se levanta



N.° 4.—PUNTA DE MEDIA.

el primer punto sin hacerlo; * uno al revés,—1 echado,—se levanta el punto siguiente como si se le quisiera hacer al revés.—Vuélvase desde *.

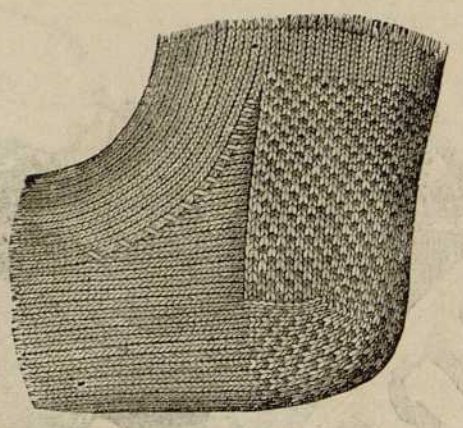
2.ª *vuelta.* — Al derecho. Se hace cada echado con el punto mas próximo.

Se repiten estas 2 vueltas hasta que el talon tenga el largo necesario, pero *contraponiendo* el dibujo, es decir, que al repetir la 1.ª vuelta, se hace el punto que se ha hecho con el echado en la 2.ª vuelta, por consiguiente el que se ha levantado en la 1.ª, mientras que se levanta el punto siguiente, que se ha hecho en la 1.ª vuelta.

La punta del talon se forma como en el anterior.

N.° 4.—*Punta de media*—Los menguados forman una estrella de cuatro puntas; estos se verifican al principio de cada aguja, levantando (sin hacerlo) el primer punto; se hace el siguiente, se echa por encima de este el primer punto levantado sin haberlo hecho. Para esta punta de media los menguados se repiten 7 veces con intervalos de 4 vueltas,—6 veces con intervalos de 3 vueltas,—4 veces con intervalos de 2 vueltas, y en fin sin intervalos hasta que el último punto haya sido absorbido.

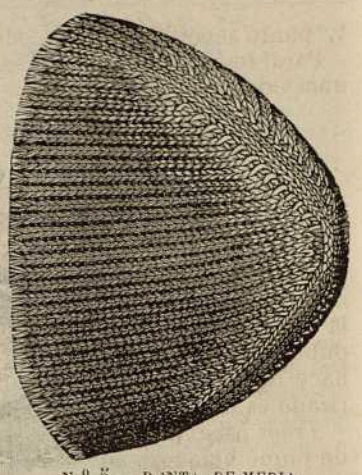
N.° 5.—*Punta de media*—Los menguados forman una especie de cinta por cada lado. En la 1.ª vuelta de menguados se hacen juntos el 1.° y el 4.° puntos de la 1.ª aguja. En la 2.ª aguja, cuando solo quedan 4 puntos, le levanta el primero de estos, se hace el siguiente; por encima del cual se echa el punto levantado, luego se hacen los 2 últimos puntos; se repite este menguado del mismo modo en las otras dos agujas. Se continúa este en la misma direccion otras 19 veces, es decir, 6 veces con intervalos de 3 vueltas,—8 veces con intervalos de 2 vueltas,—5 veces con intervalo de una vuelta. En seguida se hacen todos los puntos dos á dos *juntos*.



N.° 1.—TALON.

cada uno de los 2 puntos siguientes (para cada punto sencillo se pica siempre el crochet debajo del punto entero de la vuelta anterior). Vuélvase desde *.

3.ª *vuelta.* —* 3 puntos en el aire, — una brida (todas las bridas que marcan las 6 divisiones del exágono se hacen sobre los festones de puntos en el aire de las dos últimas vueltas),—un punto sobre cada uno de los 2 sencillos siguientes, — una brida sobre los 2 festones de puntos en el aire de las 2 vueltas anteriores. Vuélvase cinco veces desde *.



N.° 5. PUNTA DE MEDIA.

4.ª *vuelta.* —* 3 puntos en el aire, —1 sencillo sobre cada uno de los 4 puntos siguientes. Vuélvase cinco veces desde *.

5.ª *vuelta.*—* 3 puntos en el aire, —una brida,—un punto sencillo en el punto mas próximo, —2 dobles bridas. Para hacer estas dobles bridas, se pica el crochet, no en un punto de la vuelta anterior, segun se acostumbra, sino que pasando por encima de 2 vueltas, se pica el crochet en uno de los lados perpendiculares del punto de la 2.ª vuelta (contando desde el principio), colocado en línea recta encima de aquella en que se colocaria la brida si se siguiese el método comun, —un punto sencillo,—una brida. Vuélvase 5 veces desde *.

6.ª *vuelta.* —* 3 puntos en el aire, —uno sencillo sobre cada uno de los 6 primeros puntos. Vuélvase 5 veces desde *.

7.ª *vuelta.*—* 3 puntos en el aire,— una brida,—un punto sencillo sobre cada uno de los 6 siguientes,—una brida. Vuélvase desde *.

8.ª *vuelta.*—* 3 puntos en el aire, — uno sencillo sobre el punto mas próximo,—2 dobles bridas en los puntos de la 5.ª vuelta, colocados en línea recta encima de los puntos de la 7.ª vuelta, en los cuales se hubiesen colocado estas dobles bridas,—un punto sencillo sobre cada uno de los 2 puntos siguientes,—2 dobles bridas picadas como las anteriores en la 5.ª vuelta, — un punto sencillo en el punto mas próximo. Vuélvase desde *.

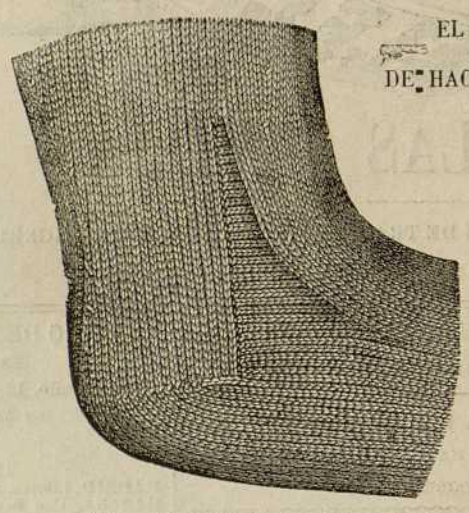
9.ª *vuelta.*—* 3 puntos en el aire,—una brida,—un punto sencillo en cada uno de los 3 puntos siguientes,—2 dobles bridas en la 6.ª vuelta,—3 puntos sencillos,—una brida. Vuélvase 5 veces desde *. Es fácil continuar el dibujo, con arreglo á las indicaciones que se acaban de dar.

Las 6 puntas se van ensanchando siempre en 2 bridas en cada 2.ª vuelta; con la 14.ª principia la repeticion del dibujo; pero en esta vuelta, en la 16.ª y en la 18.ª, con la que termina el dibujo, se hacen 2 puntos sencillos en el primero y en el último punto de cada una de las 6 divisiones del exágono, de modo que cada punta tenga 25 puntos en la 19.ª y última vuelta del fondo.

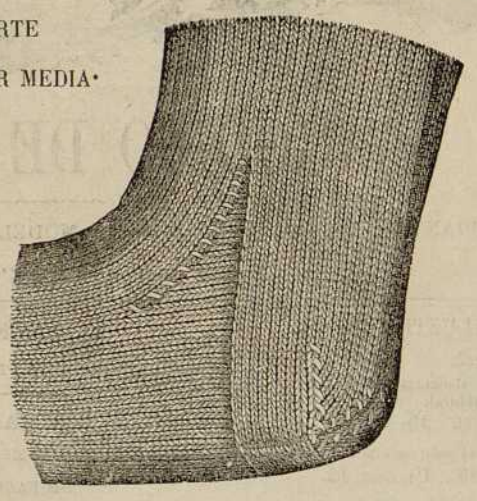
20.ª *vuelta.*—En cada uno de los festones de puntos en el aire de la vuelta 19.ª, se hacen 2 bridas separadas por 4 puntos en el aire; despues de las 2 bridas se pasan tres puntos; — en el punto sencillo siguiente se hacen 2 bridas, separadas por 3 puntos en el aire.

21.ª *vuelta*—Se compone de puntos sencillos.

22.ª *vuelta.*—Alternativamente 4 puntos en el aire y un piquillo; este se compone de 3 puntos en el aire y de un punto-cadeneta en el



N.° 3.—TALON HECHO A PUNTO PICADO.



N.° 2.—TALON.

EL ARTE DE HACER MEDIA.

y luego los círculos siguientes se harian cada vez mas oscuros.

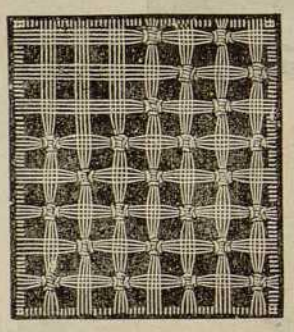
Se principia el exágono por su centro, haciendo una cadeneta de 6 puntos, el último de los cuales se reune con el primero; sobre este círculo se hace la:

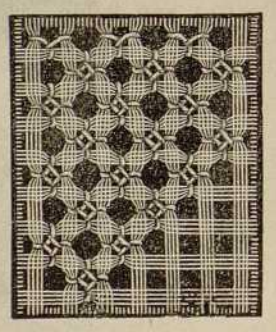
1.ª *vuelta.*—* 2 puntos en el aire,—2 sencillos en el primer punto. Vuélvase 5 veces desde *, colocando siempre 2 puntos en uno solo.

2.ª *vuelta.*—* 3 puntos en el aire,—1 sencillo en

Diez dibujos de calados, para adornos de ropa blanca.

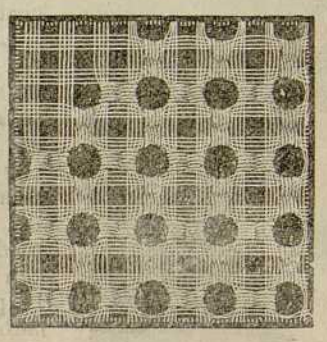
Se emplean los calados hechos en el tegido mismo para adornar fundas de almohadas, — enaguas interiores, corpiños blancos, etc. Para ejecutar estos calados, se determina el número de hilos que deben ocupar, se los *saca* siguiendo las indicaciones del dibujo, luego se ejecuta, bien con hilo ó bien con algodon, el bordado que se ha escogido entre los diez dibujos que publicamos, los cuales servirán de entredoses, de orla y de rellenos. Este bordado tiene mucha analogía con el *guipur sobre red*, siendo además de ejecucion mas fácil.

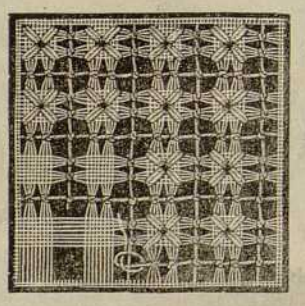




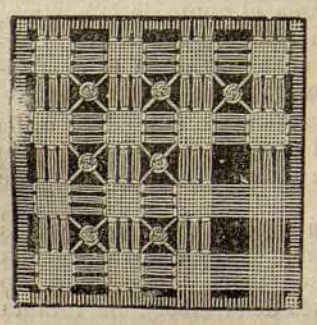
Exágono al crochet para cubre-piés.

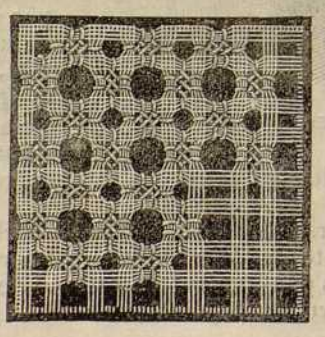
Se ejecuta un número suficiente de exágonos, luego se cosen unos con otros, para formar un cubre-piés, ó bien una colcha de cuna, empleando lana de dos ó tres tintas, ó algodon blanco. En el primer caso, una de las mejores combinaciones consistiria en buscar tintas del mismo color, desde la mas clara hasta la negra. Los exágonos mas claros se colocarian en el centro

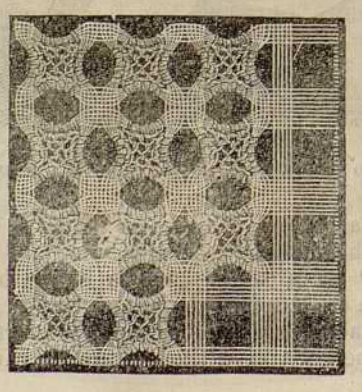


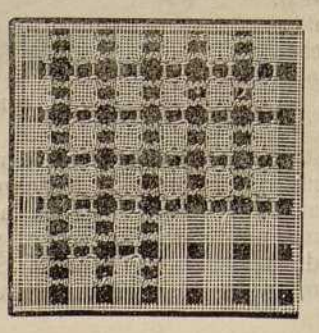


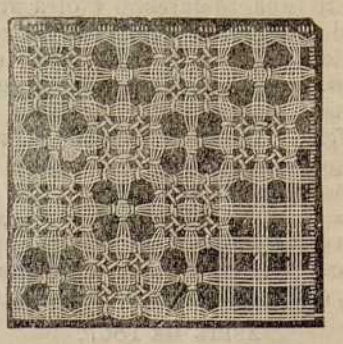
DIEZ DIBUJOS DE CALADOS.











4.° punto sencillo (que precede á los 3 en el aire).

Para reunir los exágonos, se cosen los piquillos unos con otros.

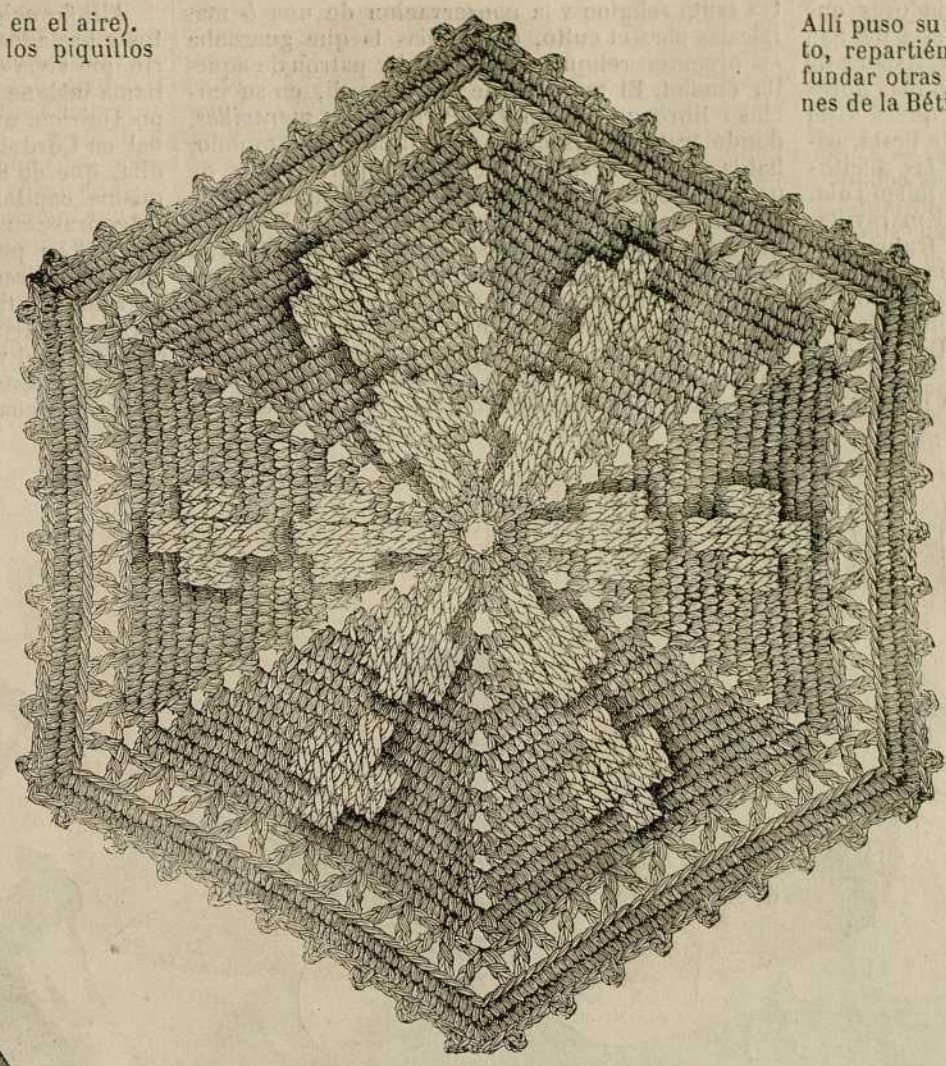
Dos trages para niñas.

Trage para niña de 3 á 5 años. — Enagua de cachemira rosa de China, túnica y cinturon con peto, de cachemira blanca; corpiño liso y mangas cortas de cachemira igual á la enagua. El bordado, cuyo dibujo publicamos en tamaño natural, se hace con galon rosa de China. El rizado es de cinta blanca.

Trage para niña de 2 á 4 años.—Es de piqué blanco, con presillas cuadradas; muceta y cinturon de piqué maiz. — Publicamos en tamaño natural el dibujo ejecutado con la trencilla blanca sobre estas presillas.

Cogin redondo ó taburete.

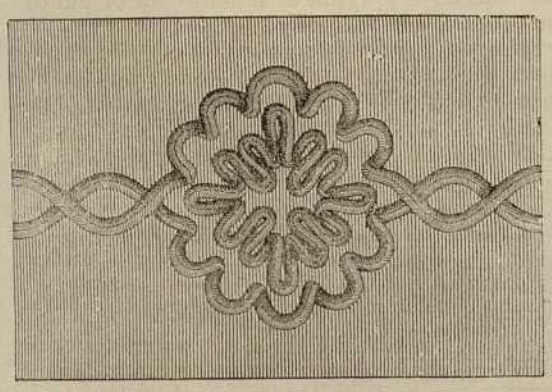
Nuestro modelo es de paño blanco. La flor de lis, bordada con cuentas de plata, colocada en la orla, va rodeada por un medallon recortado en terciopelo negro, adornado con cuentas de cristal y cordoncillo de plata. La orla, interrumpida por estos medallones, se hace de trencilla de seda azul y cordoncillo de plata. — El bordado del centro y el del contorno exterior, se ejecutan con seda negra á feston, á punto ruso (muy sencillo y ya varias veces explicado) y á punto de cordoncillo. En el medio del arabesco del centro se encuentra una especie de cruz bordada con cuentas de plata.



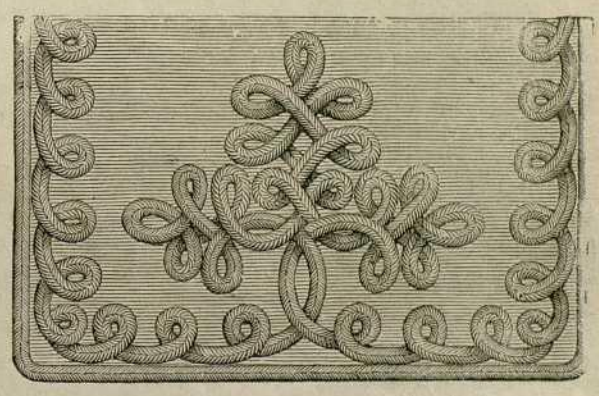
EXÁGONO PARA CUBRE-PIES.

TRAGE PARA NIÑA DE 2 A 4 AÑOS.

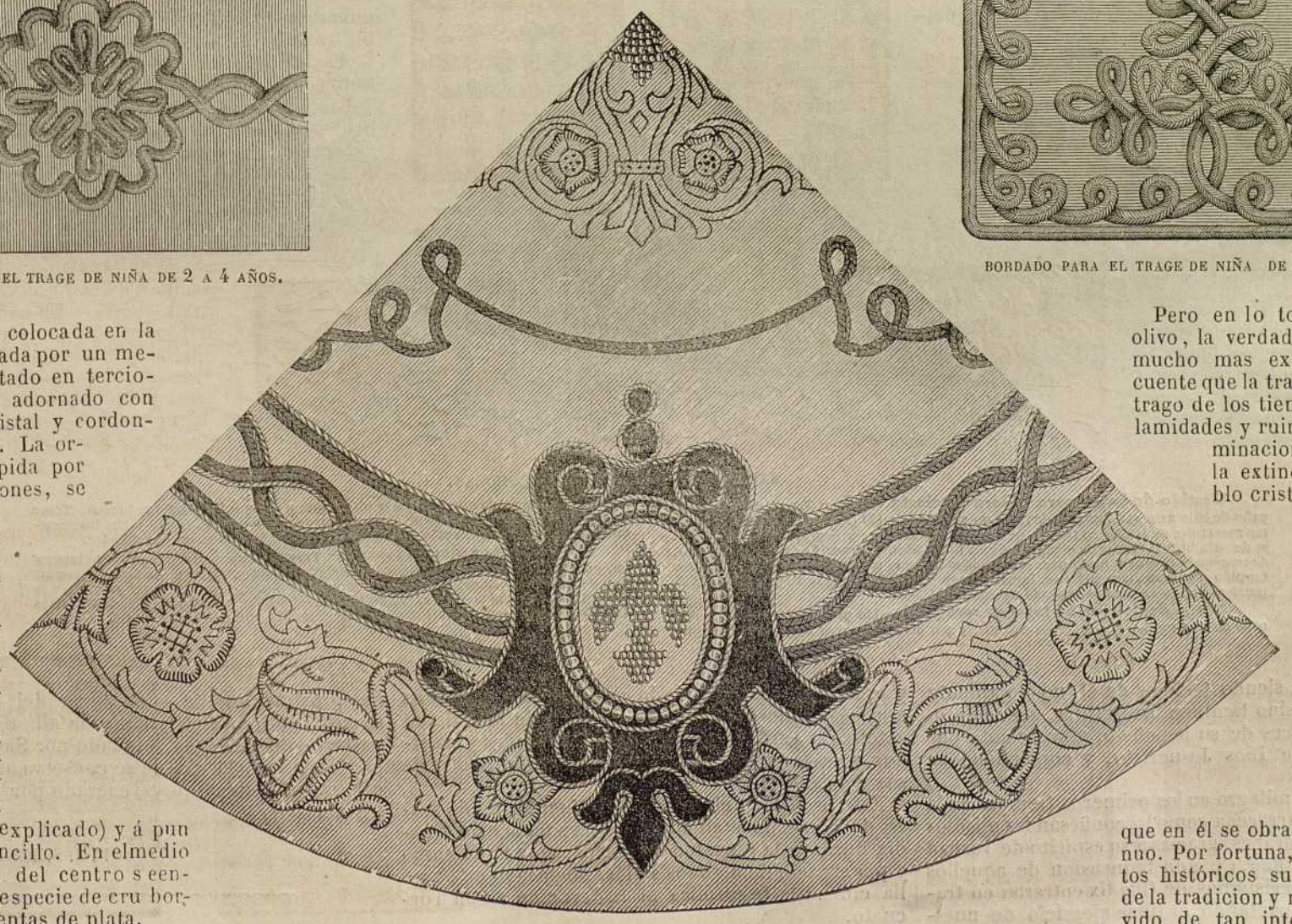
TRAGE PARA NIÑA DE 3 A 5 AÑOS.



BORDADO PARA EL TRAGE DE NIÑA DE 2 A 4 AÑOS.



BORDADO PARA EL TRAGE DE NIÑA DE 3 A 5 AÑOS.



COGIN Ó TABURETE REDONDO.

TRADICIONES RELIGIOSAS DE ESPAÑA.

EL OLIVO DE SAN TORCUATO.

La ciudad de Guadix, antigua Acci, alcanza un nombre ilustre en los fastos de la iglesia española. Allí predicaron el Evangelio en el primer siglo de nuestra era los Siete Varones Apostólicos, consagrados en Roma por los Apóstoles San Pedro y San Pablo. Allí, despues de un señalado prodigio, que aterró á los infieles, se estableció solemnemente laprimera pila bautismal en que se bautizó todo el pueblo. Allí puso su sede episcopal el glorioso San Torcuato, repartiéndose desde allí sus compañeros para fundar otras sedes y diócesis por las vecinas regiones de la Bética. Allí, finalmente, fué compuesto en los primeros siglos de la Iglesia el ilustre oficio de los Siete Apostólicos, adoptado despues por todas las iglesias de la península y uno de los monumentos mas insignes de la piedad y religion de la cristiandad española.

A dos leguas de esta ciudad, en lugar solitario y pintoresco, se ven hoy una pequeña ermita y un olivo de remota antigüedad. Si hemos de creer á la tradicion, esta ermita ocupa el lugar de una antigua y famosa iglesia edificada sobre el sepulcro del mismo San Torcuato, cuyo polvo aun se señala y se venera. Allí afirman que sufrió su martirio el Santo Apostólico, y allí le sepultó la piedad de los fieles, erigiéndole un suntuoso templo, y plantando en su atrio el mismo olivo, que al cabo de diez y ocho siglos, subsiste hoy providencialmente.

Pero en lo tocante á este olivo, la verdad histórica es mucho mas explícita y elocuente que la tradicion. El extrago de los tiempos, las calamidades y ruinas de la dominacion sarracena y la extincion del pueblo cristiano de Guadix en los últimos tiempos de aquel cautiverio fueron parte para borrar las santas é insignes memorias de este lugar venerable y para poner fin á un admirable prodigio que en él se obraba de contínuo. Por fortuna, algunos datos históricos suplen el vacío de la tradicion y reparan el olvido de tan interesantes re-

cuerdo.—Sabemos por antiguos historiadores que el olivo plantado en el atrio de la iglesia de San Torcuato, florecia todos los años en la víspera de su festividad, presentando de improviso mas flores que hojas. Pero era lo mas admirable que á vista del numeroso pueblo que concurria á la fiesta, cayendo al punto la flor, se presentaban las aceitunas, engordando y ennegreciendo en el mismo dia. Asombrado el pueblo cristiano con tal maravilla, acudia al olivo, cogiendo á porfía sus frutos, del que sacaban un aceite que se empleaba, no solo en sustentar las lámparas que ardian continuamente ante el altar y sepulcro del Santo, sino además para remedio de muchas dolencias que Dios se dignaba curar por aquel bálsamo piadoso.

Este prodigio empezó desde la misma muerte de tra santa religion y la conservacion de una ó mas iglesias para el culto, entre ellas la que guardaba las preciosas reliquias del apóstol y patron de aquella ciudad. El autor árabe Ibn Alnardi, en su curioso libro que tituló *La Perla de las maravillas*, donde trata de las cosas memorables del mundo, habla con admiracion de este olivo portentoso y de una fuente, tambien prodigiosa que manaba cerca del olivo en el recinto de aquella Iglesia. Dice que todos los años, en un dia señalado, acudia allí gran concurso de gente, sucediendo que al nacer el sol, la fuente empezaba á correr copiosamente, y al punto aparecia en el árbol la flor, y en seguida se presentaba la aceituna que en el mismo dia engordaba y ennegrecia. Añade que los concurrentes cogian entonces cuanto podian de aquellas aceitunas

Allí florecieron, en época tan calamitosa, santos y prelados tan insignes como el obispo Frodoario que vivia en 720, á quien un cronista coetáneo llama insigne en religion y santidad; como el obispo Quirico, que en 839 asistió á un concilio nacional en Córdoba; y en fin, como el mártir San Fandila, que en 853 murió por nuestra fe en aquella misma capital de la España sarracena.

Ignórase cuando el Señor dejó de obrar aquellas maravillas; pero es de suponer que así sucediese cuando la tiranía y persecucion de los infieles obligó á los cristianos Mozárabes de Guadix á desamparar su patria, huyendo con el cuerpo de su glorioso apóstol y patrono. Ignórase asimismo la época de esta traslacion; solo sabemos que el cuerpo de San Torcuato fué trasladado en los siglos me-

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Vestido de baile para señora de cierta edad.— Trage de debajo de paño de seda azul vivo, guarnecido con un volante igual al trage y un rizado de tafetan recortado; de trecho en trecho, una presilla de terciopelo negro, rodeada de encaje de seda blanco. Trage de encima de gasa lisa blanca, guarnecida de encage blanco, de terciopelo negro, y fijada por ambos lados con una presilla de terciopelo negro. Corpiño montante, con faldones, igual al trage de debajo. Mangas largas, bullonadas, iguales al trage de encima. Tocado de encage blanco.

Trage de debajo de tafetan rosa, guarnecido por delante con un bullonado de gasa rosa.— por los lados con dos, y por detrás con tres bullonados, recogido por delante, de modo que deje pasar un volante encañonado de tafetan blanco. Trage de encima de tul con lunares de plata, adornado con encages blancos y rizados recortados de tafetan rosa. Corpiño escotado, tambien de tafetan rosa, con faldetas.

Vestido de señorita jóven.— Trage de debajo de tafetan verde manzana, guarnecido con tres bullonados gasa del mismo color. Trage de encima, de dos faldas, de tarlatana blanca, adornada de terciopelo negro, y recogida por ramilletes de margaritas. Coselete de tafetan igual al trage de debajo, adornado con tiras de tafetan blanco bordadas con cuentas verdes, y guarnecido con almendras verdes.

San Torcuato, siendo testigos de él, no solamente los cristianos sino tambien los gentiles, que se aprovechaban á veces de su beneficio, glorificando por ello al hijo de Dios Jesucristo, y convirtiéndose muchos.

Continuó el milagro en los primeros tiempos de la dominacion sarracena como lo confiesan los mismos historiadores árabes, gracias á su espíritu de verdad y de imparcialidad. Cuando la invasion de aquellos bárbaros, los cristianos de Guadix entraron en tratos con ellos, pactando el libre ejercicio de nues-

y aquel agua, guardando lo uno y lo otro para usos muy provechosos. Carácter singular de la religion católica y verdadera, que hasta los infieles y paganos, á pesar suyo, den testimonio de su verdad y de sus glorias.

Este prodigio del olivo y de la fuente, debió servir de consuelo y aliento á los cristianos de Guadix durante la opresion sarracena, en cuyo tiempo y por espacio de algunos siglos, no decayó en aquella ciudad la fe católica ni la devocion á San Torcuato.

dios, primeramente á un lugar del obispado de Orense, junto al rio Limia, y de allí al célebre monasterio de Celanova, fundado por San Ruderindo por los años 935, donde se conserva desde entonces, muy frecuentado y venerado por los habitantes del país.

F. J. SIMONET.

LOS VECINOS DE DARLINGEN.

NOVELA DE ENRIQUE CONSCIENCE.

(Continuacion.)

El rostro de esta señora aunque surcado por las arrugas, tenia todavía la frescura de la salud del cuerpo y brillaba con la luminosa sonrisa de la salud del corazon. Sus ojos eran dulces y todos los rasgos de su semblante parecian haber tomado por una antigua costumbre la expresion de la benevolencia y del contento.

Aunque su trage sencillo estaba en armonía con su edad un exámen minucioso hubiera hecho conocer seguramente que esta sencillez era mas bien una prueba de buen gusto que de insuficiencia.

El salon donde se hallaba tenia un aire notable de elegancia. Ricamente tapizado le guarnecian hermosas sillas y preciosas mesas, viéndose en un extremo un piano de cola y un magnífico secreter de un gran valor. Numerosos objetos estaban esparcidos sobre las mesas y las sillas ó pendian de la pared en aparente desórden.

El piano estaba cargado de cuadernos de música, encima del cual pendia un violoncelo. Otro instrumento semejante estaba de pié sobre el secreter; libros de diferentes formas y de diversos tamaños estaban colocados en hileras sobre la chimenea y sobre las ventanas. Las paredes estaban cubiertas de cuadros y de grabados de todas dimensiones y de marcos llenos de mariposa raras, de escarabajos relucientes, de medallas y de otras curiosidades entre las que era de notar un mosáico, que mostraba una prueba de todos los mármoles de Italia. Se veia todavía sobre los muebles que podian contener alguna cosa figuritas de yeso, vasos de Florencia, pájaros disecados, frutas de cera, grupos de bronce y multitud de objetos artísticos, tales como espejos cóncavos, microscopios y esferas.

Una persona extraña hubiera desde luego tomado este salon, por el gabinete de estudio de un hombre que fuera á la vez un sabio y un artista, otros mas conocedores se hubieran dicho á la primera ojeada que se hallaban en la habitacion de una de esas personas á quien se llama aficionados ó amantes de las bellas artes.

Despues de haber continuado algun tiempo su lectura la señora se levantó y tendió su mirada en el espacio como si pensara en lo que acababa de leer.

—Es bien cierto lo que dice el sabio poeta, murmuró; "hallareis el paraiso en la tierra si os casais por amor" y la máxima de estos versos seria sin duda mas incontestable si dijera: "Es un infierno el mundo para los que se casan sin amor." ¡Ah! mi pobre hermana Julia es un ejemplo bien palpable; esclava, mártir, viviendo como una sombra y suspirando siempre hasta despues de la tumba... Y en apariencia contenta, sufriendo sin poderse quejar, agobiada por el inexorable sentimiento del deber... ¡Pobre Julia! si nuestros padres hubieran sabido lo que se hacian, no te hubieran obligado á casarte sin amor, y no te hubieran dado por marido á un hombre sin corazon que por egoismo te rehusa los derechos de esposa, considerándote como una criada, destinada por el matrimonio á ser el legítimo objeto de sus duras exigencias!... Ah! no pensemos mas en estas tristes cosas, es un mal irremediable, que solo termina con la muerte de la víctima ó con la del tirano. ¡Cruel fatalidad!

Se levantó de su silla, sacudió la cabeza con fuerza como para alejar de sí tan tristes pensamientos y salió del salon á pasos lentos. Se detuvo delante de la puerta de la cocina y dijo á la criada:

—Catalina ¿habeis subido agua fresca? Ernesto debe llegar antes de una hora, vendrá fatigado y deseará probablemente lavarse.

—Sí, señorita; Mr. Ernesto lo hallará todo dispuesto allá arriba; ¿pero vivirá él aquí?

—No; mas se quedará en casa algunos dias, hasta que halle en Bruselas una casa conveniente.

—Ahora comprendo porqué Mr. Blondeel insistió en la partida de Herminia, dijo Catalina, y en efecto, señorita, Ernesto es un buen mozo y Herminia bella como un ángel, y se puede decir de ámbos con justicia que harian buena pareja...

—Es verdad!... respondió la señora sonriendo; y no se puede saber, Catalina, lo que Dios decidirá sobre este punto, ya lo veremos dentro de tres ó cuatro años.

—Tan larga fecha!... exclamó la criada con asombro. Bah!... bah!... cuánta agua habrá corrido en el Sena dentro de tres años; si se tratase de mí no me resolveria á tan larga incertidumbre. ¿Y si en tanto le da el

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Trage de debajo de tafetan boton de oro, guarnecido con volantes encañonados, y con un rizado de crespon boton de oro rayado. Trage de encima de tul blanco, con lunares de oro. Corpiño con faldones, de tafetan, igual al trage de debajo; dos anchas bandas de tul blanco liso; con flecos de oro, se cosen al corpiño, y se atan detrás recogiendo el trage de encima.

Enágua inferior de tafetan cereza.—De dos faldas gasa de seda blanca; la primera, algo mas corta que la enágua interior, es dentada; la segunda se orla con un encage blanco, y un bullon atravesado por una cinta cereza. Por detrás, cuatro semicírculos de encage blanco, separados por grandes hojas de cinta cereza. Corpiño adornado del mismo modo, hecho de gasa de seda.

Trage de debajo de raso verde-agua, guarnecido con un volante de encage y un entredos. Trage de encima de crespon de espuma blanco, guarnecido como el trage de debajo. Corpiño de raso igual al trage de debajo. Dos anchas cintas de raso verde, fijadas debajo del faldon, recogen el trage de encima, y se atan atrás, por debajo de este mismo trage.

capricho á Mr. Romys de casar á su hija con alguno de los ricachos de Darlingen?

Su interlocutora se extremeció ante la idea de un matrimonio semejante; pero recobrando su calma respondió:

—Creo que teneis razon, Catalina, pienso del mismo modo, ya lo sabeis; pero mi hermano tiene sus designios, esperemos, confiando en que Dios preservará á nuestra Herminia de tan inmenso pesar. Yo no sé Catalina... no sé qué siento; debia regocijarme por el regreso de Ernesto y estoy triste como si me amenazara alguna desgracia. Voy á pasearme un poco por el jardin.

La señora se dirigió al jardin plantado de grandes árboles, rodeado de largas tapias y lleno de pequeños parterres de flores; cuando se hubo paseado por los senderos, se dirigió hácia un pabellon de verdura que se elevaba en el centro haciéndola volver la cabeza un fuerte repiqueteo de campanilla que sonó en la puerta de la calle. La criada fué hácia ella y la dijo con cierto embarazo:

—Señorita, madame Kwas de Darlingen está aquí y quiere hablaros.

—Madame Kwas? qué quiere de mí esa habladora? refunfuñó la anciana señora visiblemente contrariada. Pronto, Catalina, id á decirle que no estoy en casa.

—Os ha visto á través del enverjado y ya la he hecho pasar al salon.

—Sea pues; ya que no hay medio de escaparse procuraremos despacharla cuanto antes. Y entró en la casa abriendo la puerta del salon.

Madame Kwas de Darlingen era una mujer de mediana talla y de unos sesenta años de edad, con formas y rasgos que tenian algo de masculino. Su exterior era duro y áspero: sobre su labio superior se veia una sombra transparente con honores de vigote y sobre sus arrugadas megllas aparecian esparcidos acá y allá alguno que otro pelo largo y rizado.

Al ver presentarse á M.lle Blondeel se levantó y dijo:

—Ah! buenos dias, señorita Blondeel. He venido á Schaerbeek cerca del jardin botánico para cobrar un dinero en casa de Mr. Stoffelaer, que debe estar algo tronado y me hace volver despues de medio dia, y ya comprendereis que hallándome tan cerca de vuestra casa no podia ser tan impolítica que dejase á Schaerbeek sin haceros una visita.

—Os lo agradezco; desgraciadamente estoy mal de la cabeza, tengo hoy un fuerte dolor; balbuceó M.lle Blondeel con cierta impaciencia.

—Dolor de cabeza! como yo! exclamó la otra. Solamente tengo dolor de cabeza una vez al año pero me dura desde pascuas hasta el Domingo de Ramos... y dolor de estómago y dolor de corazon!... Yo no sé verdaderamente cómo puedo vivir. ¡Ah!... si yo no tuviera mi tabaquera!...

Y sacando una caja de oro de su bolsillo, aspiró un buen polvo y despues exclamó como si repentinamente se hubiera acordado de alguna cosa:

—Ah! M.lle María!... qué me decís de vuestra sobrina Teresa? Hubiérais podido creer de ella semejante cosa?

—Explicaos; ignoro lo que quereis decir.

—Vamos, vamos, tanto misterio, María; yo conozco todos los secretos de Darlingen aunque se quiera ocultármelos. ¿A qué, pues, fingir?... Ese inocente bobalicon querrá reparar los pecados de su juventud y á este fin elige una mujer divertida, como la noche oscura y dulce como un puerco-espin; pero esto es igual; es preciso reconocer que Mr. Romys es un viejo maligno como el diablo y ha sabido preparar un matrimonio ventajoso.

—Habladme claramente; os lo ruego; dijo M.lle Blondeel cuya curiosidad estaba escitada en el mas alto grado.

—Y qué dote dará á su hija Mr. Romys? cuándo se casarán?

—Pero si no sé nada de esto; ya os lo he dicho.

—Oh alli se trama una cosa que yo descubriré hoy mismo. Los Romys la tienen oculta, mas pronto sabré hasta sus menores detalles.

—Segun comprendo será cuestion de un matrimonio entre mi sobrina Teresa y Francisco Pottewal el mercader de granos? interrumpió M.lle Blondeel.

—Justamente, María; y me asombra que Romys haya podido consentir tal alianza con una de sus hijas; pero es uno de esos hombres ciegos en este punto, que por el deseo de reunir una gran fortuna serían capaces de dejar extinguirse toda su familia antes que sus bienes divididos. Hay en Darlingen lo menos veinte casas ricas compuestas únicamente de hermanos y hermanas que viven solteros para conservar entera la fortuna de la familia, y los insensatos no conocen que despues de su muerte desaparecerá hasta su nombre. ¡Ah! entonces los primos y las primas se regocijarán con el dinero que han reunido á costa de su propia dicha. Como dice el proverbio, María :—"Cuando el asno ha muerto se hacen flautas con sus huesos."

—Pottewal es un buen partido para Teresa; posee una gran fortuna, ¿no es verdad? preguntó la anciana.

—Que él sea tan rico como dicen, quisiera yo verlo para creerlo; dijo madame Kwas. Vos sabeis muy bien que Francisco Pottewal ha gastado y gasta mucho dinero en Bruselas. No hace mucho que estaba sentado en *Los Hermanos Provenzales* con uno de tantos libertinos llenos de champagne hasta los ojos, y era cerca de la media noche cuando dejaron tambaleándose esa mesa de Baltasar; ¿y dónde fueron entonces, María, lo sabeis vos? Ni yo ni nadie.

—¿Y estais cierta, madame Kwas, que va á casarse mi sobrina? Esto me parece imposible.

—Imposible!... Hace un mes que Romys va dos ó tres veces cada dia á casa de Pottewal y cuando él sale se frota las manos como un usurero que ha engañado á alguno.

—Pero eso no significa nada!... puede ser que ellos tengan negocios juntos.

—No, no; Mr. Romys no tiene negocios, y si no, ¿para qué habria ido á casa del notario de Pottewal? ¿para qué le habria pedido datos exactos sobre la fortuna de Mr. Francisco?

—Todo esto solo es una sospecha que puede no tener fundamento y nada prueba que sea verdaderamente una cuestion de matrimonio entre mi sobrina y Mr. Pottewal.

—¿Y si el notario mismo me lo hubiera dicho?

—En ese caso sería preciso creeros.

—Y bien, porqué dudais de lo que yo digo?

M.lle Blondeel se encogió de hombros.

—Bien considerado, dijo, poco importa que Teresa se case; lo que yo deseo es que sea feliz.

—Deseádselo mas bien á su futuro esposo, él va á hallar su purgatorio en la tierra, así correrá menos peligro de expiar sus pecados en el otro mundo, si los expia de antemano en este.

M.lle Blondeel no contestó y ámbas permanecieron calladas hasta que esta se levantó y dijo:

—Perdonadme si os dejo, madame Kwas; tengo ocupaciones precisas y además sufro horriblemente de la cabeza.

—Bah! todavía un instante, exclamó la vieja estrechándole las manos; estoy fatigada, dejadme reposar un poco y no me despidais así por el amor de Dios; sentaos algunos minutos, yo os lo ruego y decidme ¿porqué no habeis ido á Darlingen hace tanto tiempo? ¿No estais bien con vuestro cuñado? Esto no me asombraria, él muerde y ladra á diestro y siniestro como un verdadero mastin.

—No; no es esto; me agrada poco Darlingen, es triste.

—Es esta la razon?... preguntó madame Kwas, tomando un nuevo polvo, como si se preparase para una revelacion importante; y verdaderamente Darlingen está hoy como una tumba, ó mas bien como un verdadero infierno. Las gentes solo se profesan odio y desprecio, quieren quitarse el pan de la boca los unos á los otros, y si alguno tiene buena suerte y gana dinero, sus vecinos y conocidos procuran emponzoñar su dicha; no hay mas que maledicencia, envidia, hipocresía y egoismo; cada cual cierra su casa y huye del vecino por ocultar su manera de vivir, y lleno de avaricia por no verse en el compromiso de gastar algunos francos. Se diria que Darlingen está habitado por una horda de ladrones y de facinerosos que temen se lea sobre su rostro lo que son, unos avaros, tramposos, estúpidos y...

—Perdonadme, madame Kwas, pero yo no puedo prolongar mas tiempo esta conversacion; interrumpió M.lle María con un tono de mal comprimida impaciencia. Yo me cuido poco de la manera de vivir de la gente de Darlingen, y no me importa lo que ellos hagan; eso es de su incumbencia; yo os deseo muy buenos dias.

La vieja habladora se levantó: tomó á M.lle Blondeel por el brazo y dijo medio enfadada:

—Partiré ya que teneis dolor de cabeza y no quiero entreteneros á vuestro pesar, pero antes escucharеis las pruebas de lo que acabo de decir, si no me juzgaríais una mala lengua; un momento, nada mas que un momento y no os molesto mas.

—Os suplico concluyais ó me escapo por fuerza.

—Ah! vos no quereis creerme? Vos direis quizá que al menos los ricos viejos son personas respetables? Y ciertamente tienen su escepcion; yo soy una vieja rica y sin embargo de esto no puedo decir mucho bien. La única preocupacion de ellos es esgrimir la última gota de sudor de sus desgraciados arrendatarios, y llega en ellos la avaricia hasta la mas innoble bajeza, hasta el engaño; ¿pero sacudís la cabeza? Ved aquí un ejemplo. Hace dos meses que se organizó en Darlingen un concierto á beneficio de los pobres, donde solo eran admitidos los ricos viejos á quienes se invitó particularmente, no debiendo pagar nada á la entrada sino depositar su limosna en una bandeja que se colocó en la puerta; cada uno fué dejando una moneda de plata, y cuando se fué á contar lo recogido se hallaron en la bandeja cuatro piezas de cobre blanqueadas con mercurio; ¿no es esto horrible? Es decir que los ricos habitantes de Darlingen no se avergüenzan de engañar así á los infelices que no tienen mas amparo que la beneficencia?

—Sí; esto es verdad; no puedo aprobarlo ciertamente; vamos, adios...

Pero madame Kwas se colocó delacte de la puerta para cortarle la retirada y continuó con viveza:

—Todavía un ejemplo: ¿vos conoceis bien á Mr. Pikol el avaro millonario? pues bien, ha rehusado toda su vida tomar parte en las fiestas y en los banquetes, aun cuando el rey haya venido á Darlingen; pretesta que su estómago no puede soportar ni los vinos, ni la variedad de los manjares, y se escusa tambien de contribuir con algunos francos. ¿Sabeis como este estúpido saco de escudos se engaña él mismo? Fué invitado á la boda del jóven conde de Zwartsteen en un castillo á los alrededores de Ninive donde él posee muchas fincas, allí el roñoso, como no debia pagar, ha bebido y comido tan espantosamente, que tuvieron que llevarle como un cerdo medio muerto... Pero todos los habitantes de Darlingen no os diré que sean igualmente avaros, los hay tambien que viven y protejen á los demás. Los fabricantes entre otros, bah!... estos sí que son todavía peores, ellos tienen francachelas, beben y disipan su dinero en el libertinage y se portan como si no conocieran á Dios ni al prójimo. Engolfados en la vanidad, ciegos por el orgullo de ganar dinero á costa del sudor de sus pobres obreros, llevan la cabeza muy alta y quieren con su extravagante lujo hacer olvidar que han salido de la nada ó de menos todavía. Un instante, María, y concluyo. Una sola palabra. Hay un acontecimiento que conmueve en este momento á todos los habitantes de la villa. ¿Vos conocereis á Guillermo Bollinx el rentero que vive detrás de Beguinage? Pues hace un año que está asediando las oficinas del ministerio y se ha hecho valer de tal modo en Bruselas que ha conseguido la cruz de honor bajo el pretesto que se ha sacrificado durante el cólera por socorrer y ayudar á los pobres de su barrio. Y los otros que pretenden tambien esta distincion afirman que Guillermo Bollinx es el único que huyó de Darlingen durante el cólera. Parece que Mr. Crulhast habia merecido la cruz; pero su hermano ha hecho una bancarrota fraudulenta. Mr. Philippe Mossels era tambien de los designados, pero la conducta de su mujer...

(*Se continuará.*)

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

LA ENCARNACION DEL HIJO DE DIOS.

La Vírgen santa dormia
y el mundo entero callaba,
la fuente no murmuraba
ni el manso arroyo corria.
La casta y brillante aurora
tampoco quiere alumbrar,
por temor de despertar
á su virginal Señora.
Sueños de dulce consuelo
cruzan por su mente pura,
sueños de santa ventura
que hacen sonreir al cielo.
Dulce calma en torno habia,
su aroma daban las flores,
y en sus tallos tembladores
blandamente se mecian.
Cuando celestial querube
abriendo su paso al sol,
se vió en carro de arrebol
descender en densa nube.
Ante la hermosa doncella
que Dios por madre ha elegido,
prosternado y confundido
detiene su santa huella.
Y turbado de alegría,
bajando ante ella la frente,
la saludó en voz potente
diciéndola "Ave María."
"Dios te salve, reina hermosa,
flor entre flores nacida,
la buscada, la elegida
para madre venturosa:
Dios te salve, pues tú eres
reina del celeste amor,
bendita por el Señor
entre todas las mujeres.
Y bendito el sin igual
que á nacer predestinado,
queda desde hoy encerrado
en tu vientre virginal.
Soplo de Espíritu Santo
y emanacion del Eterno,
será terror del infierno
y de los cielos encanto.
Jesus llevará por nombre,
y tú, bendita Señora,
serás su co-redentora
para redimir al hombre."
Y besando el casto pié
de la mujer sin mancilla,
dobló otra vez la rodilla
y por los aires se fué.
Y María despertando
buscó la voz con anhelo,
mas la voz era del cielo
y ella se quedó llorando.
Ante santo altar de hinojos
postrado su hermoso ser,
le quiso á Dios ofrecer
aquel llanto de sus ojos.
Y en su doliente ansiedad
dijo con ferviente amor:
"soy vuestra esclava, Señor,
haced vuestra voluntad."
Y el verbo quedó encarnado
en el vientre de María,
del que despues naceria
para ser crucificado.
. . . . . .
Vírgen y Madre amorosa,
amparo del desvalido,
por el gozo que has sentido
con nueva tan venturosa;
Dá tu amparo maternal
á los tristes pecadores,
para cantar tus loores
en el reino celestial.

AGUSTIN SARTORIO.

En el álbum de una bella alemana.

Me pides que un acorde
te dé mi lira;

tú, que del mundo vienes
de la poesía:
tú, que aun recuerdas
los melodiosos cantos
de tus praderas.

Como tú, peregrino
soy de este valle,
donde vivo cantando
como las aves.
Triste cual ellas,
sin nido y sin amores,
solo en la tierra!

Ya de los sueños mios
huyó el encanto,
y á par con él huyeron
mis verdes años.
Flores de un dia
que hoy en ciprés trocadas
cubren mi lira!

Ya solo una ternura
guarda mi pecho,
la que amistad me ofrece
con lazo tierno.
Si tú la aceptas,
darás ventura al hombre,
gloria al poeta!

M. DEL PALACIO.

En la sensible y temprana muerte de la excelente y virtuosa señorita D.ª María del Pilar Sepúlveda.

Sunt lacrymae rerum...
Virgilio.

Tan cerca, tan unida
Está al morir tu vida.
Rioja.

ELEGÍA.

¿Qué fué del *Astro* cuya dulce llama
De alteza y de virtud era trofeo?
¿Porqué ¡oh dolor! no veo
Su cara faz, que el hispalense aclama?
¡Ay! que eclipsado su esplendor divino,
Ya no es envidia de la fresca aurora,
Ni amparo del que llora,
Ni oirá del ave el melodioso trino.
Vivido *sol* que en el Oriente puro
Radiante vieron con amor mis ojos;
Y en pálidos despojos
Míranlo ahora en el Ocaso oscuro.
En negra tumba, pavorosa y fria
Tanta belleza marchitada yace,
Y solo el tierno *in pace,*
Se oirá al nacer y al espirar el dia.
Tal es del hombre la vital jornada:
Sombra fugace de ilusiones llena;
Brilla un instante amena,
Y al punto muestra su terrible nada.
Pena el mortal, y con afan suspira
Por dulce calma á su dolor insano;
Y nunca el pecho humano
Goza la calma sino en triste pira.
¡Pilar murió! su angelical carrera
Finó en el valle de pesar oscuro,
Y al *inmortal seguro*
Voló, cruzando la tendida esfera.
Voló, cual ave que regresa al nido
Llevando limpia su nevada pluma,
Y, clara cual la espuma,
Busca al esposo sin cesar querido.
Que el apenado y proceloso mundo
Un ángel puro de sin par valía,
Abrigar no podia:
Era pequeño á su anhelar profundo...
Mas ¡ay! que el alma á su recuerdo llora!
Fué mi delicia en el amargo suelo,
Y con amante anhelo
Lloro, cual niño, al recordarlo ahora...
¡Ven, lira del dolor, ven á mis manos,
Y, eco infelice del pesar que siento;
Con lastimero acento
Despierta compasion en los humanos!
Hiende atrevida la sublime altura;
Llega al confin de claridad tesoro,
Y al querube que lloro
Díle que siempre en mi memoria dura.
¡Pilar querida! en tu sepulcro helado,
Ardiendo en llama de dolor ferviente,
Permite que doliente
Llore anhelante, de vivir cansado...
¿Jamás tus ojos se abrirán al dia?
¿Nunca tu labio sin igual ventura,
Con célica ternura,
Podrá llevar á la existencia mia?
¿Y no he de verte? ¿Y en el hondo suelo,
Por siempre lejos de tu faz divina,
El alma peregrina
No podrá hallar un punto de consuelo?...
¡Oh muerte impía! Tu segur traidora
De hieles llena, con feroz espanto,
En sempiterno llanto
Aleve trueca mi luciente aurora...
¡Huéspeda horrible del Averno, impura!
¿Porqué al segar la refulgente vida
De mi flor mas querida
No me tornastes á la nada oscura?
Y, ¿no resta siquiera una esperanza?
Sí; que aun anima mi cristiano pecho
Volar del valle estrecho
A la eterna region de bienandanza...
Tú, que disfrutas de perenne gloria,
Ruega al Eterno que jamás le ofenda;
Y nunca ciegue de maldad la venda
Al que solloza á tu inmortal memoria.

ANTONIO SANCHEZ S. DE MOGUEL.

LOS AMORES DE UN REY.

El rey D. Enrique IV habia jurado solemnemente las libertades de Vizcaya so el árbol de Guernica el 10 de marzo de 1457 y sin embargo en 1470 trató de enagenar y segregar de la corona algunas villas y pueblos de este Señorío lo cual era una infraccion evidente de los Fueros que habia jurado guardar y hacer guardar. Con esta noticia los vizcainos se inquietaron vivísimamente y elevaron enérgicas aunque respetuosas protestas á su señor, que en vista de ellas, desistió de las enagenaciones y expidió una real cédula tranquilizándolos con promesas y palabras amorosas, tales como las de que el Señorío de Vizcaya era uno de sus títulos reales y una de las provincias mas nobles de la monarquía, y tanto por la lealtad y esfuerzo de sus moradores como por estar situado en la costa de los mares y en la frontera de reinos extraños, habia sido y era honor de la corona.

Desvanecióse por entonces el recelo de los vizcainos, pero tres años despues la duda se convirtió en evidencia, pues supieron que se habian hecho diferentes donaciones y enagenaciones de villas y de gran parte del señorío, cuya perdicion era segura si aquellas enagenaciones no se anulaban porque con ellas perderia su innata libertad. Congregáronse en junta general so el árbol de Guernica y en vista de que su señor habia infringido los fueros jurados por él, en aquel mismo sitio determinaron ofrecer el Señorio de la tierra á D.ª Isabel que estaba recibida y jurada princesa de Asturias y heredera del trono de Castilla. Al efecto enviaron comisionados á Aranda de Duero donde se hallaba la princesa y esta aceptó el Señorío prometiendo venir á jurar los fueros en Guernica.

Enterado de este hecho el rey D. Enrique, hizo á los vizcainos grandes ofertas de mayores libertades por medio del Maestre de Santiago y el condestable de Castilla y últimamente por el rey de Francia, á quien acudió al efecto D. Enrique; pero los vizcainos se mantuvieron firmes en su resolucion y contestaron siempre, que habiendo prestado obediencia á la princesa D.ª Isabel, antes que faltar á ella perecerian todos y desampararian la tierra que les era tan amada.

A consecuencia de esto, los ejércitos reales acaudillados por el condestable de Castilla y el conde de Haro, su hijo, penetraron en Vizcaya; pero los vizcainos resistieron valerosamente, derrotando en mas de una ocasion á los invasores por lo cual solia cantar el pueblo:

Esta es Vizcaya,
buen conde de Haro,
esta es Vizcaya,
que no Belorado.

En 1474 murió el rey D. Enrique IV y con este motivo fueron recibidos y jurados por reyes de Castilla y Leon los príncipes D. Fernando y D.ª Isabel y dos años despues apesar de la guerra con los moros y de otras gravísimas urgencias que se ofrecian á los reyes para la defensa de los reinos, D. Fernando determinó venir personalmente á jurar los fueros y libertades de Vizcaya.

A fines del mes de julio del citado año de 1476 estaba alborozado el Señorío con las nuevas de que su señor el rey D. Fernando venia á jurar sus libertades. Es ley foral que si el señor fuese menor de catorce años, confirme y jure por sí ó sus administradores los fueros, buenos usos y costumbre de este Señorío en el lugar donde tuviere su córte y despues que llegue á la mayor edad, venga á Vizcaya y ratifique los mismos juramentos. Primero se verifica esto en los puertos de la villa de Bilbao en mano del regimiento de esta villa y luego en la iglesia de S. Emeterio y S. Celedonio de Larrabezúa, ante clérigo sacerdote que tenga el cuerpo de Dios consagrado en las manos. Hecho aquí el juramento, se ha de dirigir á Guernica y en el pináculo de Arechabalaga le han de recibir los vizcainos, besándole la mano como á su rey y señor y le han de acompañar hasta el árbol de Guernica, donde desde tiempo inmemorial se celebran las juntas generales del Señorío. Allí ha de prestar el juramento en la iglesia de Sta. María la Antigua que está junto al roble foral, puesta corporalmente la mano sobre los Evangelios, recibiendo luego la obediencia sentado en una piedra que está so el árbol; y finalmente ha de pasar á la iglesia de Sta. Eufemia de Bermeo y allí, estando el sacerdote revestido y teniendo en las manos el cuerpo de Dios consagrado, el señor ha de poner la suya en el altar y repetir el juramento que hizo en Bilbao, en Larrabezúa y en Guernica.

El 29 de julio de 1476 repicaban alegremente las campanas de Bilbao, la villa estaba engalanada con arcos y guirnaldas de ramas y flores y con ricos y vistosos paños. Infinitas aclamaciones atronaban valles y montañas desde la villa hasta la península de Echevarri y muchos millones de gentes venidas hasta de las merindades de Castilla, poblaban el hermoso valle del Ibaizábal. Era que el rey D. Fernando se acercaba á la villa cuyo regimiento le esperaba á las puertas de la misma, para exigirle el juramento foral y besarle la mano.

El rey llegó á la plaza á donde daba el portal de Artecalle, que era uno de los que principalmente daban entrada á la villa. Callaron aclamaciones y campanas é invitado el rey por los nobles regidores á prestar el juramento, manifestó que estaba dispuesto á ello. Ignoramos á punto fijo cuál era la fórmula del juramento que la villa de Bilbao exigia al señor, pero un privilegio antiguo que conserva la de Bermeo nos da una enérgica idea de este juramento:

"Cualquier home del mundo (dice el privilegio bermeano) que estos fueros vos quiera menguar ó quebrantar, haya la ira de aquel Señor que fizo el cielo é la tierra é murió en Cruz por nos salvar, é de Santa María su madre é de los otros santos é santas, é sea vedado é excomulgado de Dios, é cuando finase, los diablos le lieven el alma é métanla con Judas el traidor en el infierno é yagahy por los siglos de los siglos."

Cuando el rey hubo prestado el juramento, tornaron mas ardientes que nunca las aclamaciones del pueblo y los repiques de las campanas, y penetrando D. Fernando en la villa fué conducido por el regimiento á la torre de Echevarría que estaba junto al mismo portal y donde la villa le habia dispuesto digno hospedage.

¡Cuán diferentes eran los sentimientos que en el corazon del pueblo vizcaino despertaba el rey, por excelencia católico, de los que poco mas de un siglo antes habia despertado el rey llamado por excelencia el Cruel, al hospedarse en aquella misma torre! Porque es de saber que la torre de Echevarría, único monumento histórico que conservaba la rica y noble villa de Bilbao y derribada en nuestros dias no por el tiempo que todo lo destruye sino por la codicia que todo lo profana y empequeñece, habia sido teatro de sangrientas tragedias, tales como la del infante de Aragon á quien en presencia del rey D. Pedro y por órden de este sanguinario monarca, destrozaron allí el cráneo con sus mazas los verdugos reales, Juan Diente y Gonzalo Recio, arrojando luego por una ventana á la plaza su ensangrentado cadáver.

Junto al portal de la Carnicería Vieja, que como el de Artecalle daba á la plaza, y en el solar donde dos siglos despues construyó Diego de Echevarría una casa que ha llegado hasta nuestros tiempos, existia entonces la torre solariega de Larrea. Esta noble familia estaba á la sazon representada solo por una hermosa doncella llamada D.ª Toda, que vivia en la casa paterna y que habia quedado huérfana de padre y madre hacia algun tiempo.

Como el rey D. Fernando debia continuar al dia siguiente de madrugada su viaje á Larrabezúa, Guernica y Bermeo, Bilbao queria aprovechar aquella tarde para festejarle. Entre las fiestas que con este objeto se idearon, contóse un baile que se dió en la plaza y que el rey presenció desde aquella funesta ventana por donde el señor D. Tello habia hecho arrojar el cadáver de Juan de Avendaño, y D. Pedro el del infante de Aragon.

Hasta nuestros tiempos ha llegado en esta tierra la costumbre de mezclarse con las gentes mas humildes las damas y caballeros mas principales en los bailes que, al son del tamboril, se celebran en las plazas de los pueblos y en los campos que rodean los santuarios.

D.ª Toda de Larrea fué una de las muchas y hermosas damas que bailaron en la plaza de Bilbao en presencia del rey D. Fernando, en la tarde del 29 de julio de 1476. Su gracia, su hermosura y su modestia llamaron singularmente la atencion del rey, tanto que este pidió noticias del nombre y la familia de aquella hermosísima doncella.

El dia siguiente continuó el rey su viaje á Guernica, en cuya iglesia juradera prestó con gran solemnidad, en su nombre y el de la reina, el juramento que esta habia prometido tres años antes en Aranda de Duero por medio de instrumento público, al aceptar el Señorío que le ofrecian los vizcainos. Y por cierto que la memoria de este juramento foral se conserva en un cuadro que merece darse á conocer en un periódico dedicado esencialmente á las modas, como lo es aquel para cuyas columnas escribo estos apuntes históricos. El cuadro de *La Jura* con cuyo nombre se conoce el de la de D. Fernando el Católico, se halla sobre la puerta del salon de Juntas de Guernica, entre la serie de los retratos de los señores de Vizcaya, y debió pintarse muy poco despues de ocurrir el suceso que representa. El rey D. Fernando aparece sentado en la "silla de piedra" bajo el árbol, recibiendo la obediencia de los vizcainos, y le rodea muchedumbre de damas y caballeros así del país como de Castilla y tambien gente del pueblo. Es notabilísimo este cuadro por los trages que son singularísimos, particularmente los de las damas. En este concepto será curiosa su reproduccion en un periódico de modas, y daños poco que pensar y aun que reir á las damas del dia. (1)

Prestado por el rey Católico el juramento en los puntos designados por el fuero, volvió á Bilbao y permaneció aquí algunos dias. ¿Cuál era la causa de esta vuelta y esta permanencia? El pueblo, de suyo murmurador, decia que esta causa no eran los negocios de Estado sino la hermosura de D.ª Toda de Larrea.

Por el mes de setiembre de 1483, tornó á alborozarse Vizcaya con la noticia de que sus señores los reyes D. Fernando y D.ª Isabel tornaban á ella con objeto de prestar juramento la reina, como le habia prestado su marido. Y en efecto, D.ª Isabel le prestó no solo en Bilbao, Larrabezúa, Guernica y Bermeo, sino tambien en Durango y Portugalete, vistiendo en estos actos y durante su viage por Vizcaya el trage especial de las damas y aun

(1) El fotógrafo de cámara bilbaino D. Alfonso Guiard ha sacado una excelente copia fotográfica de este cuadro (véase en la pág. siguiente).

labradoras vizcainas, lo cual excitó en sumo grado la gratitud y el amor de las gentes de estas montañas.

Era aquella gran reina prudentísima, así en la vida privada como en la pública; pero amaba entrañablemente á su marido y esta circunstancia, unida á la de ser D. Fernando excesivamente apasionado al bello sexo, despertaba con frecuencia los celos en su alma.

Durante su estancia en Bilbao debieron mortificarla tristes sospechas, al ver mas de una vez á su marido dirigir la palabra con excesiva benevolencia á una hermosa dama que llevando de la mano una preciosa niña como de seis años, aparecia con frecuencia al paso de los reyes; pero ocultó en el fondo de su corazon estas sospechas y solo debió confiarlas á una de las damas de su servidumbre que al tornar los reyes á Castilla, quedó en Bilbao de donde era natural, como retirada ya definitivamente del servicio de su señora.

Las fiestas de calle que aun se conservan en Bilbao han perdido ya gran parte de su antigua fisonomía. Cada calle está colocada por el vecindario bajo la proteccion de un santo cuya efigie ocupa un nicho abierto en la fachada de una casa y el dia en que la iglesia celebra la festividad de este santo, la imágen se adorna con guirnaldas y ramos de flores y se la ilumina profusamente, los balcones y ventanas se adornan, cubren la calle infinitas banderas y festones y el pueblo baila y se regocija durante todo el dia y las primeras horas de la noche al son del tamboril y del silbo que alegran sin cesar la calle con sus armonías. Hoy solo bailan en estas fiestas las gentes pobres que hemos convenido en llamar gentes del pueblo; pero hasta principios de este siglo tomaban parte en estos bailes callejeros, como aun le toman en los de las romerías, las damas y caballeros principales de la calle.

Hácia el año de 1484 se celebraba en Bilbao una hermosa fiesta de calle y entre las damas que bailaban y cantaban en esta fiesta con mas ardor y delirio, contábase la hermosa D.ª Toda de Larrea.

Sabido es cuanto turba el entendimiento y particularmente el de las mujeres por lo mismo que el alma de estas se deja dominar de las pasiones mas fácilmente que la del hombre, el demonio de la vanidad. Así se comprenderá fácilmente el vituperable sentimiento que movió á D.ª Toda de Larrea á cantar públicamente esta imprudente copla:

Por mi gran ventura,
háme un gran señor;
rey es de Castilla
y éslo de Aragon.

Este cantar corrió muy pronto por la villa y no hubo quien no vituperase el criminal alarde que D.ª Toda hacia de su fragilidad hasta entonces, ya que no aprobada, compadecida de todos.

Algunas semanas despues llegaron á Bilbao unos caballeros de la córte que decian venir á embarcarse para Flandes. Apenas llegaron fueron á visitar á D.ª Toda de Larrea á quien dijeron que tenian aquel encargo del rey en cuyo nombre le traian ricas joyas que recibirian aquella noche con los equipajes que venian retrasados y le entregarian á la madrugada siguiente en que les era indispensable embarcarse y volverian á despedirse de ella.

D.ª Toda, llena de gozo y orgullo, dióles licencia para volver á visitarla la mañana siguiente por muy temprano que fuese.

En efecto, al amanecer del dia siguiente llamaron los caballeros á las puertas de la torre de Larrea y se les facilitó inmediatamente la entrada de órden de D.ª Toda que ya se habia levantado impaciente por recibir aquella visita.

A la puerta de la torre dejaron varias acémilas.

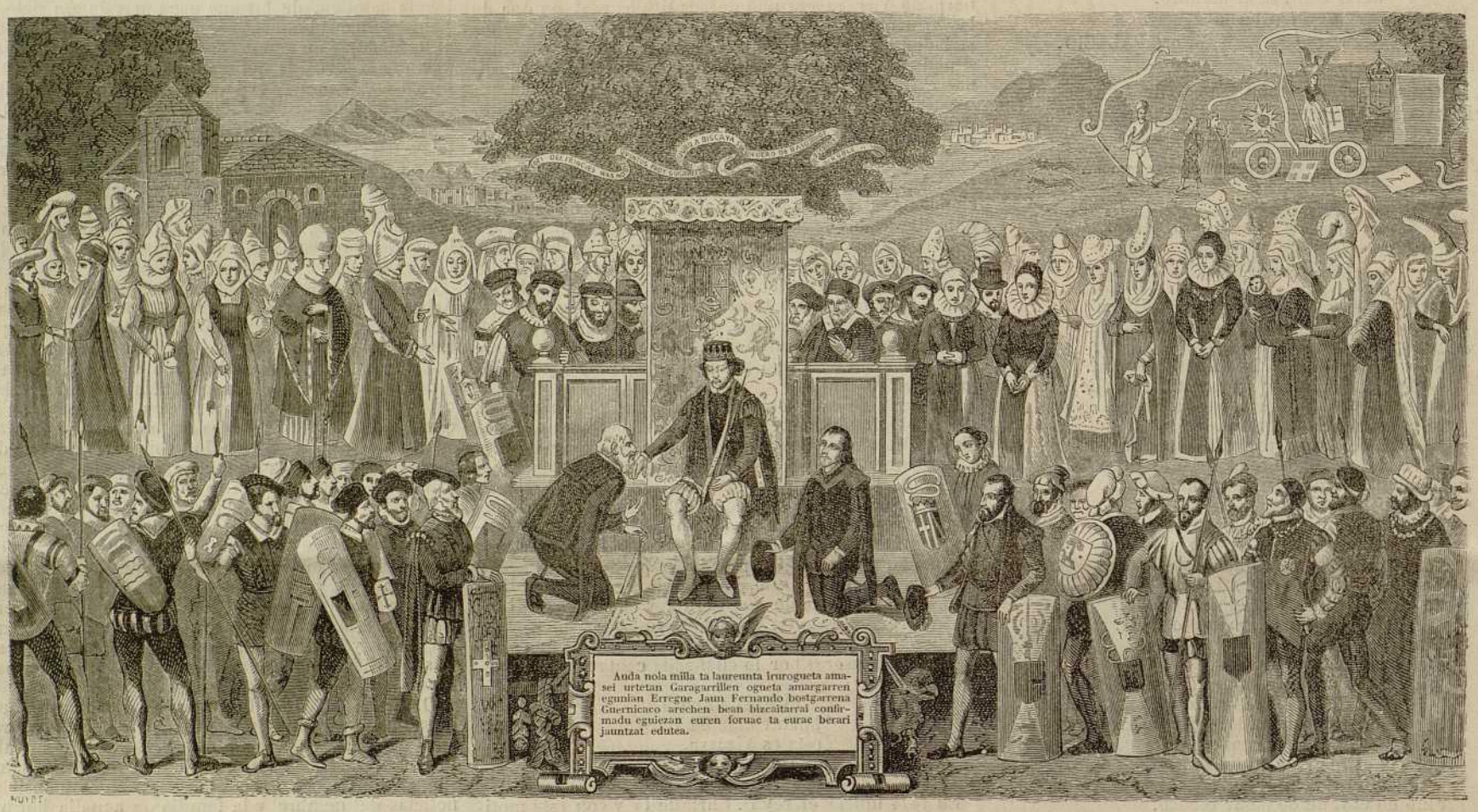
Los caballeros se apoderaron de D.ª Toda y de la niña tapando la boca y amenazando á la primera para que no gritase y haciéndolas cabalgar en las acémilas, desaparecieron con ellas de la villa sin que nadie notase este singular rapto.

Como es de suponer, aquellos caballeros eran enviados por la reina que habia querido sustraer de la vista del mundo á D.ª Toda y su hija para evitar escándalos, ocultar el desliz de su esposo y acaso, apesar de su generosidad y grandeza de alma, para vengarse, como mujer, de una rival, porque repetimos que la gran Isabel la Católica no estaba exenta de la pasion de los celos. "Am[illegible] Lucio Marineo, capellan del rey D. Fernando, amaba en tanta manera al rey su marido, que andaba sobre aviso á ver si él amaba á otras." ¿Y cómo no le habia de amar y por consiguiente ser celosa de su amor, si se gloriaba de que su marido no habia gastado nunca camisa que ella no le hubiese hecho?

D.ª Toda y su hija que se llamaba María y fué conocida con el sobrenombre de la *Excelenta*, fueron conducidas al monasterio de Madrigal. Allí se educó y tomó el velo esta última. Luego fué abadesa de la misma comunidad y habiendo pasado posteriormente de órden del emperador Cárlos V á las Huelgas de Burgos con objeto de componer ciertas desavenencias, murió de abadesa de este célebre monasterio y sus restos se trasladaron á Madrigal donde yacen.

En cuanto á su madre D.ª Toda, ignórase absolutamente qué fué de ella, aunque se supone que pasaria el resto de su vida y moriria en el monasterio de Madrigal.

ANTONIO DE TRUEBA.



CUADRO DE LA JURA.

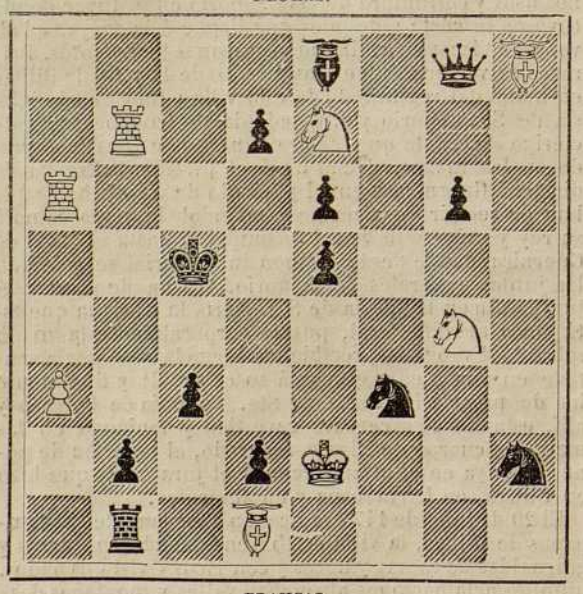
Traduccion literal del texto vascongado que precede, y que se ha copiado tal como está en el cuadro de la Jura:

"Esto represeuta como en mil cuatrocientos setenta y seis, dia treinta de Julio, el Señor Rey Fernando quinto, bajo el roble de Guernica, confirmó sus fueros á los vizcainos y estos le recibieron por su señor.

PROBLEMAS DE AJEDREZ.

PROBLEMA N.º 87, COMPUESTO POR D. JAVIER MÁRQUEZ.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 4 jugadas

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE DEBAJO DE FULARD NEGRO LISO, orlado por un volante á rulós (pliegues iguales formando rulós) guarnecido por ambos lados con dos vivos paja. Trage de encima de fulard negro, con salpicado de florecillas. Este trage por su bordo inferior y su lado derecho, subiendo hasta el talle, va recortado á puntas redondeadas, orladas con un vivo paja; debajo de estas puntas, pero solamente hasta la mitad de su altura, se encuentra una tira de fulard paja; mangas ajustadas de fulard negro liso grandes, iguales al trage de encima, forradas de fulard, paja.

TRAGE DE DEBAJO DE TUL BLANCO BULLONADO. Trage de encima de raso verde guarnecido con un fleco de plumas blancas, sobre el que corre una fila de cuentas blancas: los paños, separados por detrás, se atan y se sujetan por un ramillete de plumas blancas con un pájaro del paraiso. El trage va recogido en ambos lados por un ramillete igual; grandes mangas de raso verde; corpiño con escote muy bajo, completado por una camiseta blanca escotada de muselina plegada.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 86.

Blancas.	*Negras.*
1.ª P. R.ª á 3.ª R.ª	P. 3.ª A.R. 4.ª idem.
2.ª T c.ª R.ª	A. juega.
3.ª P. toma T. jaque-mate.	

Variantes.

1.ª	A. juega.
2.ª P. toma T. jaque.	R. juega.
3.ª T. 4.ª A.R.ª jaque-mate.	

DIRECTOR: D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ 1867. IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA á cargo de D. Federico Joly y Velasco, Bomba, n. 1.

LA MODA ELEGANTE

AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 18

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs... Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs...Seis meses,65...Tres meses, 35... Un mes, 12.

Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs....Seis meses, 42... Tres meses, 22...Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

EDITOR PROPIETARIO: **Don Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes.... Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Libreria de Don C. Bailly-Bailliere, plaza del Príncipe Alfonso
HABANA, Don Benito Gonzalez Tánago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux.
PARIS, Mr. Fermin Didot frères, rue Jacob, 56.

Sumario.—Tres vestidos de primavera. — El arte de la costura: seccion del bordado en blanco, con 65 dibujos, y sus explicaciones.—Canesú de tul.—Cófia Miñon.—Cinturon castellano.—Tres tocados.—Dos ramas hechas de cuentas para guarnecer peinados, sombreros, etc.—Hoja de patron ilustrado. —Seraphia, por don José Muñoz y Gaviria, vizconde de san Javier. — Los vecinos de Darlingen, novela de Enrique Conscience, traducida por la señora doña Faustina Saez de Melgar.—Figurin iluminado.

Tres vestidos de Primavera.

1.º *La Parisiense.*—Trage de tafetan negro; su guarnicion se compone de presillas de terciopelo negro, terminadas cada una en una borla, y bordadas de cuentas de topacio.

N.º 2. *La Marquesa.*—Trage de trafetan gris, guarnecido por detrás con tres volantes pequeños graduados; los botones colocados á ámbos

Acompaña á este número el patron ilustrado n.º 4 del presente año.

lados figuran la túnica de delante, formada por rulós de terciopelo gris y un fleco gris.

N.° 3. *Francisca.*—Trage de tafetan violeta, con tiras y presillas de terciopelo negro, bordadas de cuentas y estrellas de nácar; borlas de seda negra; sobre el corpiño, arabescos de trencilla negra mezclada con cuentas. La guarnicion no está interrumpida por detrás, y se repite en el otro lado; por consiguiente, la tira de terciopelo negro, paralela al borde del trage, se continúa hasta la tira que sube hácia el talle.

EL ARTE DE LA COSTURA.

VIII.

SECCION DEL BORDADO EN BLANCO.

Los adornos de bordados ocupan un lugar considerable en el arte de la costura; los dobladillos calados, los puntos de escala en línea recta ó diagonal, los festones, las iniciales bordadas, todo esto es el complemento de la costura; pero la mas escrupulosa limpieza, la mas minuciosa igualdad son indispensables en el bordado. Vamos á demostrar, por medio del dibujo y las explicaciones, los procedimientos mas sencillos y mas prácticos para ejecutar los diversos bordados en blanco.

El mejor y mas comun de todos los métodos consiste en hilvanar sobre un pedazo de hule el género que se quiere bordar. Es muy esencial el que se ponga el tegido al hilo; el sitio que se borda se sostiene con el índice de la mano izquierda, los otros tres dedos sujetan la labor; el pulgar queda libre para dar á cada punto su verdadero lugar, y para igualar el bordado á medida que se ejecuta. La uña del pulgar se coloca siempre por debajo y próxima al contorno, á fin de que la aguja, al picar en el tejido que se borda, no exceda de este límite.—La primera operacion consiste en trazar los contornos con puntos lo mas cercanos que puedan exigir las curvas del dibujo, las cuales deben representarse con exactitud. Esto es importante. Véase el dibujo número 1.

Viene en seguida la labor que se llama *emborrar*, en términos de bordado. Para *emborrar* se emplea, en general, algodon mas grueso que el que se emplea para el bordado. Al emborrar no se hacen nunca nudos, como ni tampoco al *trazar* y bordar, y la aguja debe tener, á lo mas, cuarenta á cuarenta y cinco centímetros de largo. El dibujo n.° 1 indica estas dos primeras operaciones, esto es, *trazar* y *emborrar*.

N.° 2.—*Feston en línea recta.*—Despues de trazado el feston se pasa la hebra por la línea trazada, y se principia el feston de izquierda á derecha; se sujeta con el pulgar de la mano izquierda, por debajo de la línea trazada, la hebra con la que se borda el feston; se pica la aguja encima de la línea trazada, se la conduce de modo que salga por debajo de esta línea, por cima de la hebra sujeta por el pulgar, y se saca esta hebra con igualdad, conservándola todo lo posible hacia la izquierda.

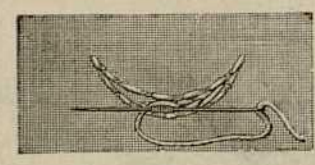
Todos los puntos subsiguientes se hacen del mismo modo; deben estar muy juntos sin que *monten* unos sobre otros y sin dejar que se vea el *trazado*.

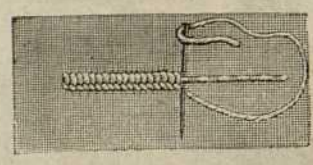
N.° 3.—*Punto de cordoncillo en línea recta.*—Mientras que el feston va de izquierda á derecha, el punto de cordoncillo se efectua de derecha á izquierda. Lo mismo sucede en el *punto de armas*, el *punto de nudillos* y el *pasado*. Los puntos se hacen como en el feston, pero la aguja se pica perpendicularmente y para abajo.

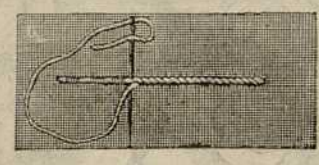
N.° 4.—*Punto de cordoncillo al sesgo.*—Se le hace sin *trazado* y siempre en la misma direccion, de abajo arriba.—Despues de fijada la hebra de algodon, se pica la aguja á una distancia de cinco hilos del tegido, se la saca entre el primer hilo del tegido y el último punto; se continúa siempre lo mismo, y el punto de cordoncillo forma por el revés, cuando está bien hecho, una especie de pespunte igual. El punto de cordoncillo se llama tambien *punto de tallo*, porque sirve principalmente para ejecutar los tallos en un dibujo que represente flores y hojas.

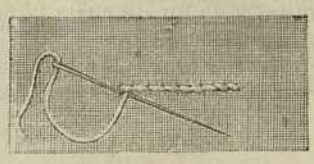
N.° 5.—*Punto de armas.*—No es otro que el *punto atrás* todo lo mas aproximado posible; sirve para rellenar ciertas partes de hojas y de flores.

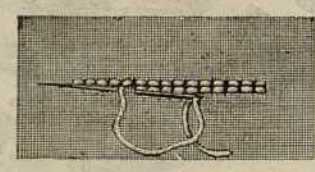
N.os 6 y 7.—*Punto cruzado.*—Se le emplea con especialidad para los dibujos trasparentes, porque forma por el revés un entrelazamiento que sirve como de forro á este dibujo y le da una tinta mate. Para ejecutar este punto se pica la aguja como para hacer un punto *atrás*, pero dirigiéndola al sesgo y sacándola por la línea opuesta

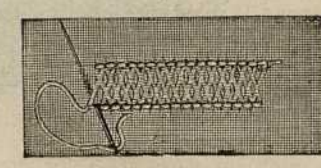

N.° 1.

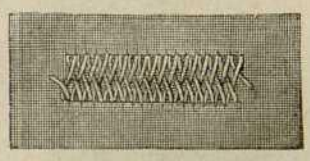

N, 2.

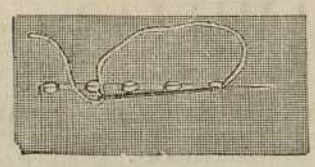

N. 3.


N. 4.

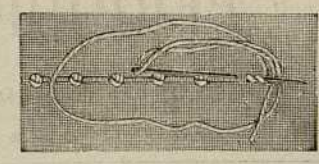

N. 5.

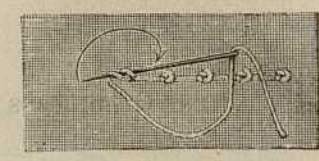

N. 6.

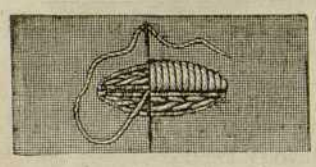

N. 7.

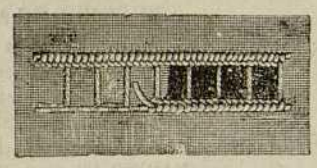

N. 8.

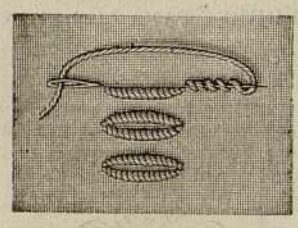
N.11.

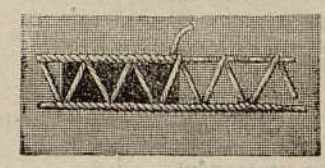

N. 9.

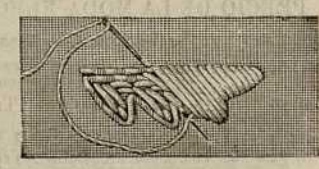

N.10.

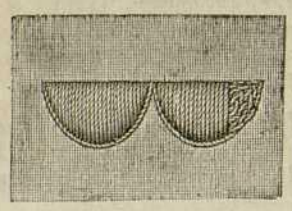

N. 12.

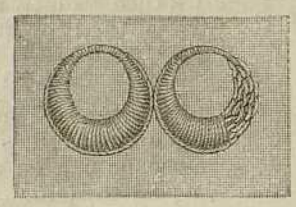

N. 15.

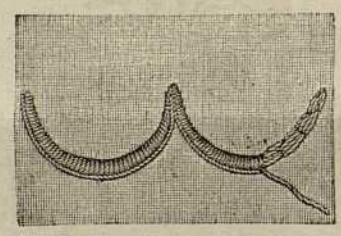

N. 14.

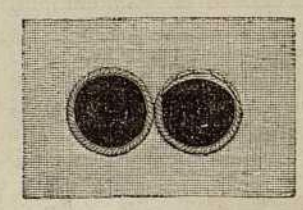

N. 10.

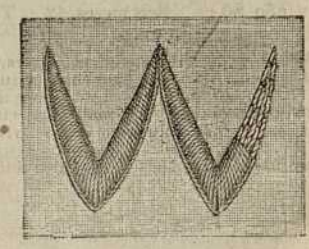

N. 13.

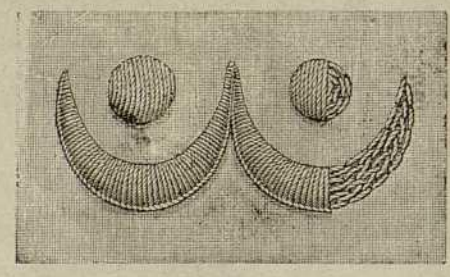

N. 18.


N. 21.

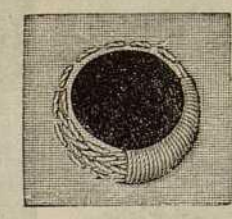

N. 17.


N. 22.

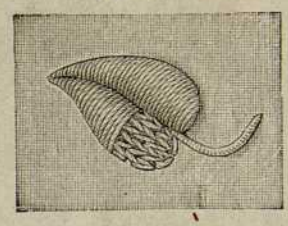

N. 19.

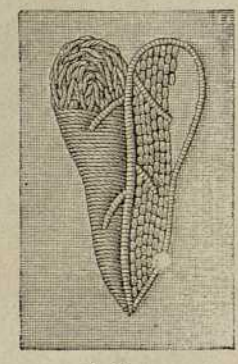

N. 20.

N. 23.


N. 24.

N. 28.


N. 26.


N. 25.

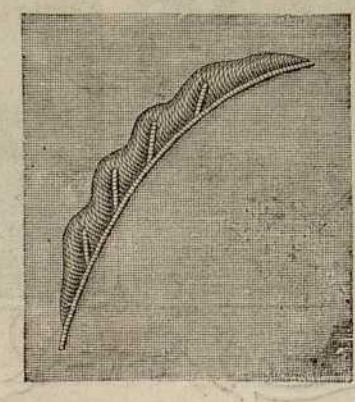
N. 27.

N. 29.

N. 30.

N. 32.

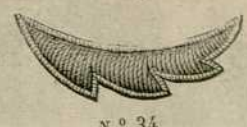
N, 33.


N, 31.

(superior) del dibujo. Aquí se hace un punto *atrás*, y se dirije la aguja siempre al sesgo, pero para sacarla ahora por la línea inferior (véanse los dibujos 6 y 7).

N.os 8, 9 y 10.—*Punto de nudillos*, que sirve como el de armas, para rellenar una parte de las hojas ó flores del dibujo de bordado. El n.° 8 representa el nudo sencillo, y se compone de dos puntos atrás colocados uno encima de otro. Para el dibujo n.° 9, se toman sobre la aguja cuatro hilos poco mas ó menos del tegido sobre la que se trabaja; se introduce la aguja hasta la tercera parte de su longitud, se arrolla dos veces sobre la punta la hebra ensartada en la aguja, se sujeta la parte enrollada con el pulgar mientras que se sacan la aguja y la hebra; en seguida se vuelve á traer la aguja al mismo sitio en que principiaba el punto, se pica en este sitio, y se la hace salir por donde ha de hacerse el punto siguiente.

N.° 36.



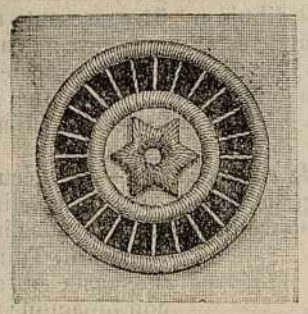
N.° 34.

N.° 37.

N.° 38.

N.° 35.

N.° 40.



N.° 41.

Para los nudos representados por el dibujo n.° 10, se procede poco mas ó menos como para el n.° 9; se tiene con el pulgar de la mano izquierda la hebra á poca distancia de su punto de partida, se enrolla la hebra al rededor de la aguja, se dirije esta en el sentido indicado por la punta de la flecha, de izquierda á derecha, de modo que la punta de la aguja se traiga á su punto de partida (marcado en el dibujo por una cruz), luego se saca por el sitio en que debe hacerse el nudo siguiente.

N.os 11 y 12.—*Pasado en línea recta.*—Despues de trazados los contornos siguiendo las indicaciones del dibujo número 11, se emborra haciendo un punto de cadeneta en sentido inverso del que ha de llevar el bordado; se principia por el lado mas puntiagudo, y se hacen puntos cortos perpendiculares yendo de izquierda á derecha. Cuando se borda una hoja *partida* (dibujo n.° 12), se debe trazar la vena antes de emborrar una de las mitades de la hoja; se principia siempre po la punta y se hace primero una mitad y luego la otra.

N.° 13.—*Pasado en diagonales.*—Se le ejecuta como el anterior, con la sola diferencia de que la aguja se dirige al sesgo.

N.° 14.—*Punto de minuta.*—Conviene para los dibujos que han de tener relieve, y en general para los adornos que se quieren ejecutar con rapidez. El dibujo lleva entre dos ojetes largos terminados la ejecucion de uno de los lados de uno de estos ojetes.—Se enrolla la hebra al rededor de la punta de la aguja, que debe fijarse á la mitad de su largo fuera de la tela; la hebra se enrolla muchas veces segun el tamaño del *punto*, y se sujeta con el pulgar de la mano izquierda la hebra así enrollada; se saca la aguja al través, sujetando con el pulgar contra la tela la hebra enrollada; se pica de nuevo la aguja por donde entró antes, y se la saca por el sitio en que ha de hacerse el punto siguiente.

N.os 15 y 16.—*Punto de escala en línea recta y al sesgo.*—Se trazan primero los contornos, luego se estiende la hebra entre estas dos líneas, sea perpendicularmente (dibujo n.° 15), sea al sesgo (dibujo n.° 16), de modo que estos puntos queden fijados en el trazado de las dos líneas; estas se festonean ó bien se cubren á punto de cordoncillo, y en fin, se corta la tela entre estas dos líneas.

Las explicaciones que se acaban de dar comprenden los diversos puntos usados en el bordado; solo quedan que explicar las variedades de estos puntos.

N.° 39.

N.° 43.

N.os 17, 18, 19 y 20.—*Festones.*—Hay que marcar bien las curvas, las puntas y los huecos.

N.os 21 y 22.—*Ojetes.*—Se traza el contorno redondo ú oblongo, se quita en el centro una parte pequeña de tela, ó si el ojete es pequeño, se corta solamente la tela en cruz, y doblando la tela hácia abajo con la aguja, se rodea este vacío á punto de cordoncillo ó de feston; se pica siempre la aguja en el vacío para hacerla salir junto al contorno. La tela doblada hácia abajo se encuentra cogida en el bordado. Cuando se hace una fila de ojetes, se ejecuta la mitad de uno de ellos, la mitad opuesta del siguiente, y luego se vuelve en sentido contrario cuando se ha llegado al extremo de la fila.

N.os 23 y 24.—*Ojetes sombreados.*—Se hacen como los anteriores, pero *emborrándolos* como indica el dibujo n.° 24, á fin de que uno de los lados sea mas grueso que el otro.

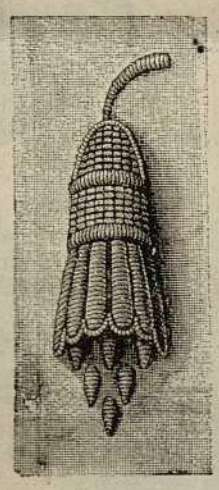
N.os 25 y 26.—*Dos hojas al pasado.*—Para el dibujo n.° 25, se trazan los contornos, se los borda á punto de cordoncillo así como la vena, se borda una de las mitades al pasado, la otra á punto de armas; el tallo se hace despues.

N.os 27 y 28.—*Dos hojas al pasado en línea recta y al pasado al sesgo.*—Para ejecutar los dibujos del mismo género que el n.° 28, se principia por la vena, se borda primero el interior, luego los contornos esteriores, y en fin los lunares.

N.° 29.—*Hoja.*—

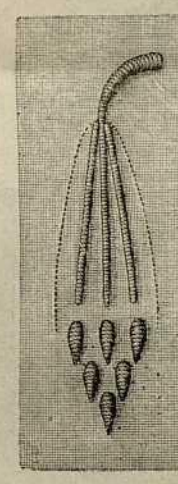
N.° 42.

N.° 45.

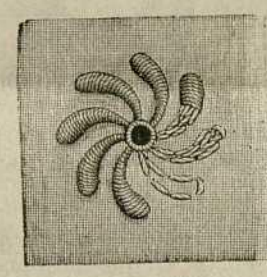


N.° 49.

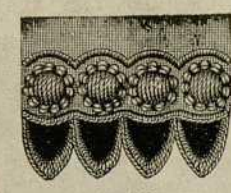
N.° 47.



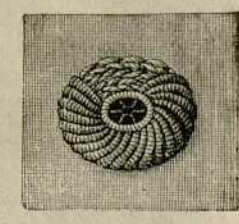
N.° 50.



N.° 46

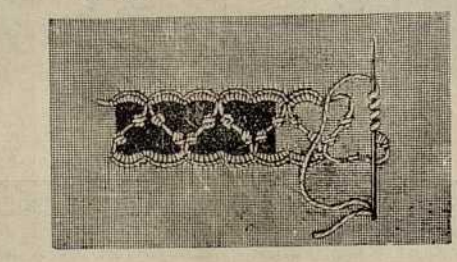


N.° 54.

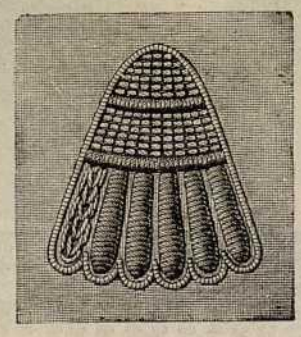


N.° 48.

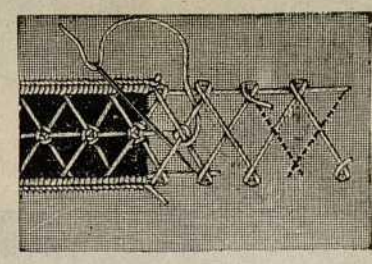
N.° 44.



N.° 55.



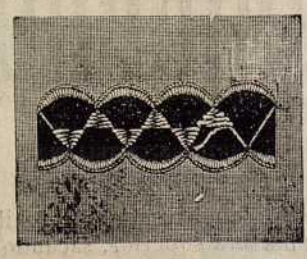
N.° 51.



N.° 57.

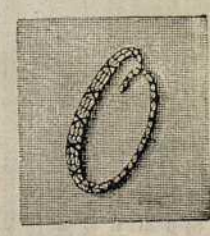
N.° 58.

N.° 59.

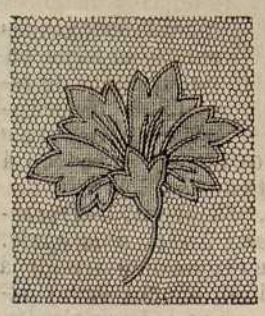


N.° 56.

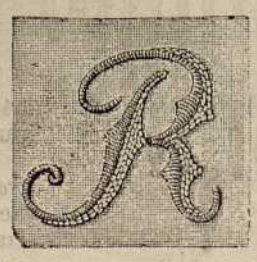
N.° 60.



N.° 61.



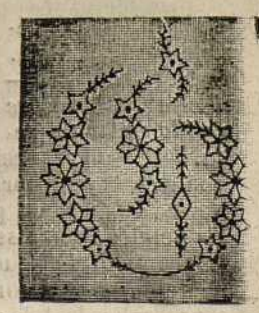
N.° 52.



N.° 62.

N.° 65.

N.° 63.



N.° 64.

Los contornos se bordan á punto de cordoncillo, la vena se compone de ojetes pequeños; una de las mitades se hace á punto de armas, la otra á una variedad del pasado, en la que, como indica el dibujo, los puntos están dispuestos por filas irregulares en la apariencia. Para este pasado no se emborra; se hacen los puntos separándolos por un intervalo que debe llenarse con los puntos que pertenecen á la fila siguiente.

N.os 30, 31 y 32.—*Bordado de relieve.*—Se le ejecuta por separado, luego, rodeando la hoja á punto de cordoncillo ejecutado con hilo muy fino, se la cose en el sitio que ha de ocupar (véanse, además del n.º 30, los dibujos n.os 33 y 50). Se borda una de las mitades al pasado y punto de cordoncillo sobre la tela misma; la otra mitad se hace por separado, como se acaba de decir (véase el dibujo n.º 32); se la recorta junto al contorno hecho á punto de cordoncillo, y se la cose sobre este contorno en el sitio que ha de ocupar.

N.º 33.—*Hoja* del mismo género que la anterior, de la que cada mitad se hace por separado, con arreglo al dibujo n.º 34, luego fijada sobre el tegido por ámbos lados de los calados de encage. Estos se hacen en la tela misma copiando la disposicion del dibujo n.º 35; por consiguiente, hay que trazar los contornos de una escala, luego esta escala misma al sesgo; se orlan los contornos á punto de cordoncillo, se corta y quita la tela por debajo de la escala; se hacen con hilo muy fino puntos de zurcido en el sitio en que se encuentran 2 hilos de la escala. El dibujo n.º 37 representa la ejecucion de estos calados de encage.

N.º 36.—*Flor al pasado.*—Se ejecuta primero el ojete del centro, luego cada pétalo desde la punta, y cada mitad del pétalo desde la vena.

N.os 37 y 38.—*Flor al pasado sobre tegido de lana ó seda.*—El centro se rellena de una cuenta para formar relieve; se bordan primero los pétalos, luego se coloca en el medio una cuenta, una de cuyas aberturas descansa sobre la tela; se cubre esta cuenta pasando el hilo por la abertura superior, sacando la aguja junto á la cuenta, picándola de nuevo por la abertura superior, y así sucesivamente.

N.º 39.—*Estrella al pasado.*—El centro se rellena con una *rueda*, para la cual se estienden los hilos en el círculo (el cual se orla á punto de cor- el centro de esta rueda. Cuando se han termina- el centro de esta rueda. Cuando se han terminado todos los pétalos y está hecha la rueda, se corta y se quita la tela para formar el vacío de la rueda.

N.os 40 y 41.—*Ruedas á punto de zurcido, punto de armas, escala y pasado.*—La estrellita del centro del n.º 40, se hace á punto de zurcido.

N.º 42.—Las venas se hacen á punto ruso con seda negra, despues de terminados los pétalos.

N.os 43 y 44.—*Rosa al pasado.*—El dibujo 44 representa una de las hojas (mayor que el natural) en ejecucion; la primera curva sola se emborra para formar el relieve; el centro se adorna con puntos de encage.

N.º 45.—*Pensamiento* hecho á punto de nudillos y á punto cruzado (véanse los dibujos y explicaciones 6 á 10).

N.º 46.—*Flor al pasado.*

N.º 47.—*Espiga á punto de minuta.*

N.º 48.—*Flor á punto de minuta muy emborrada.*

N.os 49, 50 y 51.—*Campanilla de relieve* (véanse los dibujos y explicaciones n.os 30 y 33). Se hace en parte por separado. El dibujo n.º 51 representa estendida la parte que ha de estar en relieve; cuando se borda se la corta, luego se la aplica cosiéndola sobre la línea de puntos del n.º 50, que representa el interior de la campanilla; esta terminada presenta el aspecto del n.º 49.

N.º 52.—*Flor bordada en aplicacion.*—Se ejecuta esta labor con dos tegidos iguales ó no, muselina sobre muselina, ó tul sobre muselina, ó muselina sobre tul. Tomemos esta última combinacion; se pone la muselina sobre el tul, se trazan á puntos muy pequeños los contornos del dibujo, sin *estirar* ni *fruncir* los dos tegidos; — se le bordan los contornos y las venas á punto de cordoncillo, — se recorta la tela del fondo.

N.os 53 y 54.—*Dos orlas.* La primera se festonea: las ruedas se hacen como el punto de esprit del guipur sobre red. Para el n.º 54 los lunares se rodean á punto de nudillos.

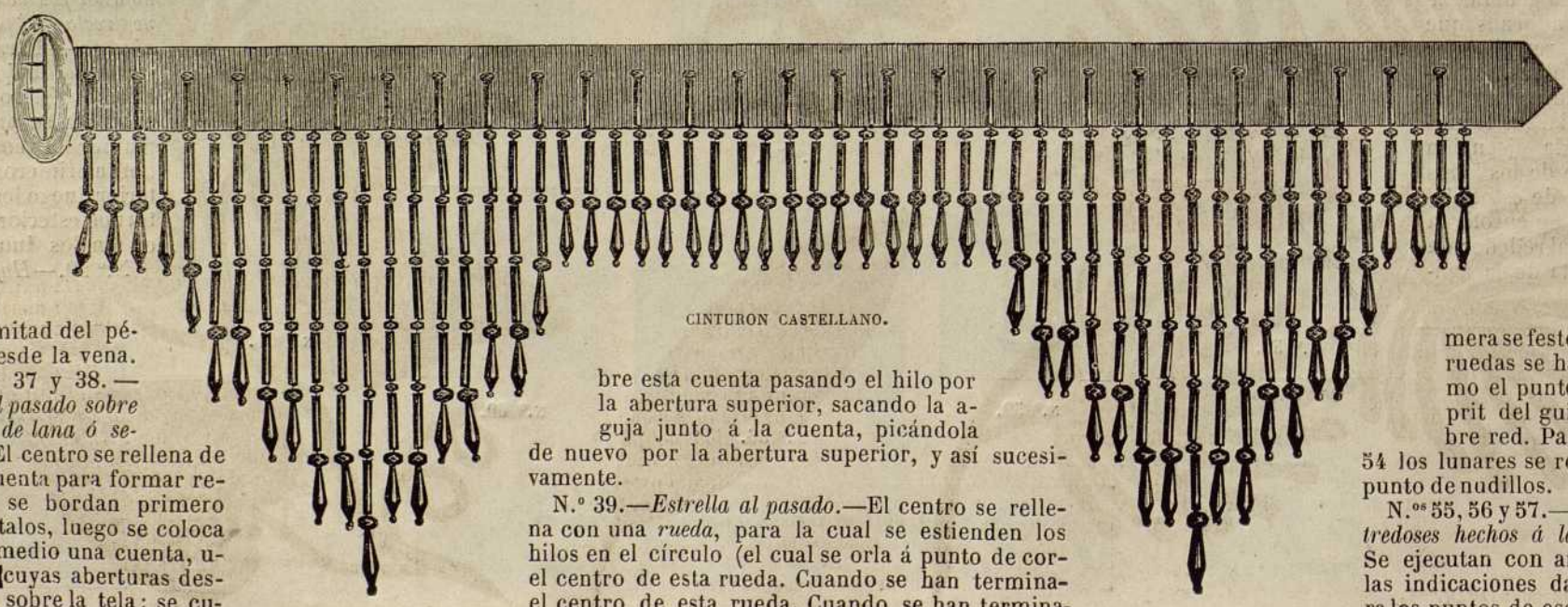
N.os 55, 56 y 57.—*Tres entredoses hechos á la aguja.* Se ejecutan con arreglo á las indicaciones dadas para los puntos de escala. Pa-

TOCADO REDECILLA.

COLLAR DE CUENTAS.

(La misma figura que la del peinado redecilla.)

CORPIÑO DE TUL.



CINTURON CASTELLANO.

ra el dibujo n.° 55 se hacen dos nudos á distancias iguales en cada hilo que se estiende, este hilo se enrolla al rededor de la punta de la aguja (como para el punto de minuta) y se le sujeta con el pulgar de la mano izquierda; el feston se hace solamente cuando el interior se ha rellenado con los hilos y los nudos. El n.° 56 es una variedad de el punto de escala al sesgo; se le ejecuta por el n.° 33. El n.° 57 se compone de dos órdenes de hilos cruzados; los contornos se festonean; se hacen por último las pequeñas ruedas por el dibujo n.° 39.

N.os 58 á 64. — *Letras bordadas.* — Digamos algo de las marcas. Trácense con cuidado los contornos. Los rasgos muy finos no se emborran, sino se bordan solo á punto de cordoncillo. En estos rasgos, la direccion de los puntos debe ser de izquierda á derecha, un poco al sesgo, y el bordado en general ha de representar una letra de relieve.

El n.° 58 es la letra U (estilo latino). Cuando está bordada, se la atraviesa de trecho en trecho con seda negra fina que forma puntitos. Para los rasgos mas gruesos de la letra, se procede con la seda como si se hiciese un zurcido.

Para ropa de mesa la seda se reemplaza con algodon encarnado ó azul.

N.° 59.—*Letra C* (estilo gótico). Los rasgos se rodean á punto de cordoncillo con seda ó algodon de color vivo.

N.° 60. — *Letra B* hecha al pasado.

N.° 61. — *Letra O* (estilo inglés), á punto de armas, atravesado por cruces hechas con seda ó algodon de color vivo.

N.° 62. — *Letra R* al pasado y punto de armas.

N.° 63. — *Letra B.* Punto de cordoncillo y ojetes.

N.° 64.— *Letra G* á punto ruso; con seda negra.

N.° 65.—Cifras ejecutadas al pasado y punto de cordoncillo; los puntos son á *punto de nudillo.*

CÓFIA MIÑON.

Canesú de tul.

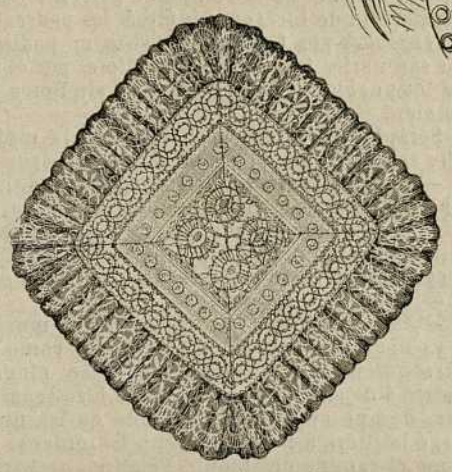
Este y todos sus derivados se llevan sobre el corpiño escotado de un trage de color claro, es de tul de Malinas, guarnecido con cinta de terciopelo azul bordada de cuentas negras, y encages blancos de seda de 5 y 2 cents. de ancho; el que se emplea para las rosetas y los hombros tiene solo un cent. de ancho. Un cinturon, preparado con cinta de terciopelo, sujeta por abajo el canesú, que es cerrado, y se pasa por encima de la cabeza.

TOCADO CON COLLAR.

Cófia Miñon.

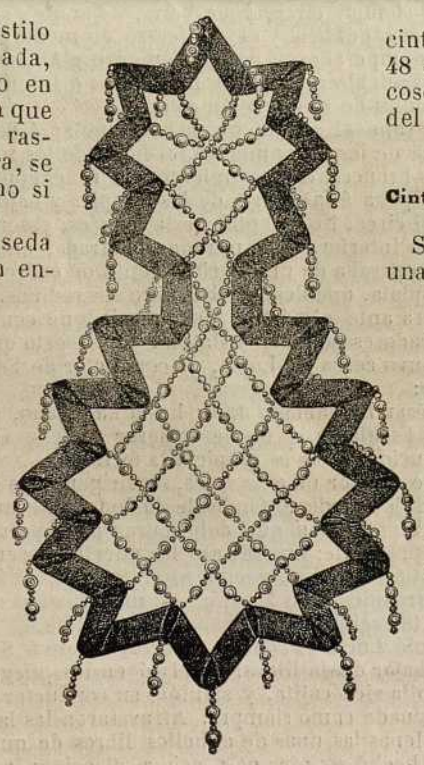
Se compone de un cuadro de 10 centímetros de lado, hecho de entredoses bordados reunidos y que se rodea de rizados de cinta de tafetan rosa y de un guipur. Publicamos un dibujo que representa este cuadro estendido. El rizado se hace con una cinta de 3 cents. de ancho, y va cubierto con un guipur igual, lijeramente fruncido. Encima del rizado, al lado izquierdo, se pone una escarapela de cinta con dos cabos largos. Por bridas, se fijan en las puntas del cuadro que caen encima de las orejas, dos rizados de cinta, plegados por el medio, cada uno de 48 cents. de largo; en el medio de estos se cose un guipur estrecho; una de las puntas del cuadro se pone encima de la frente.

TOCADO DE CINTA DE TERCIOPELO NEGRO.



FONDO DE LA CÓFIA MIÑON.

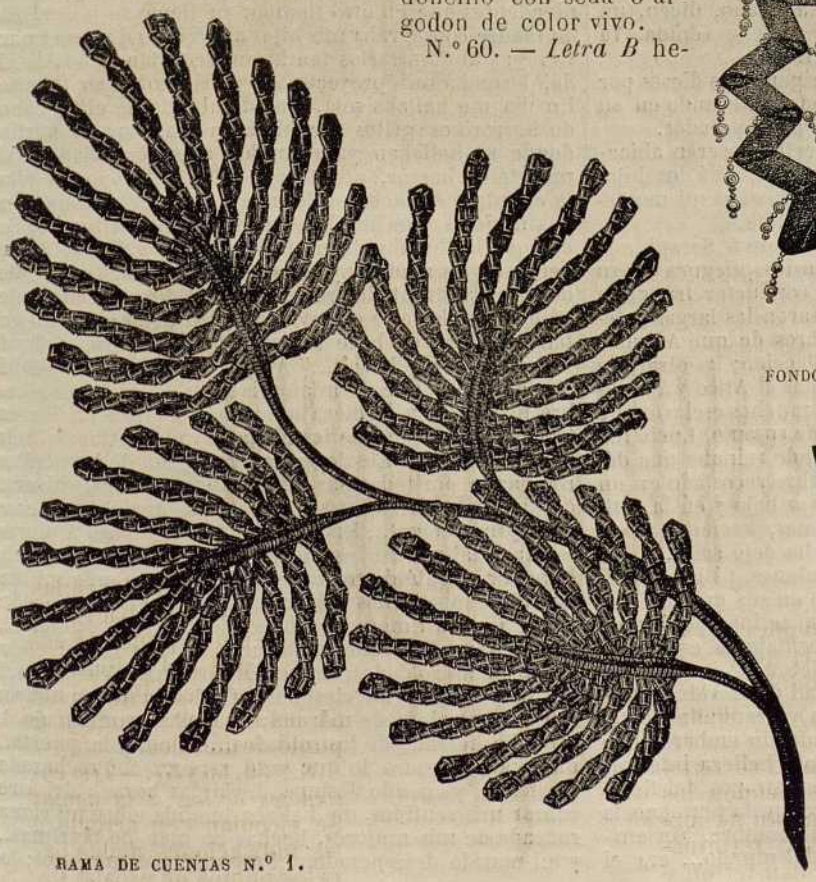
TOCADO DE HOJAS DE TERCIOPELO NEGRO.



FONDO DEL TOCADO REDECILLA.

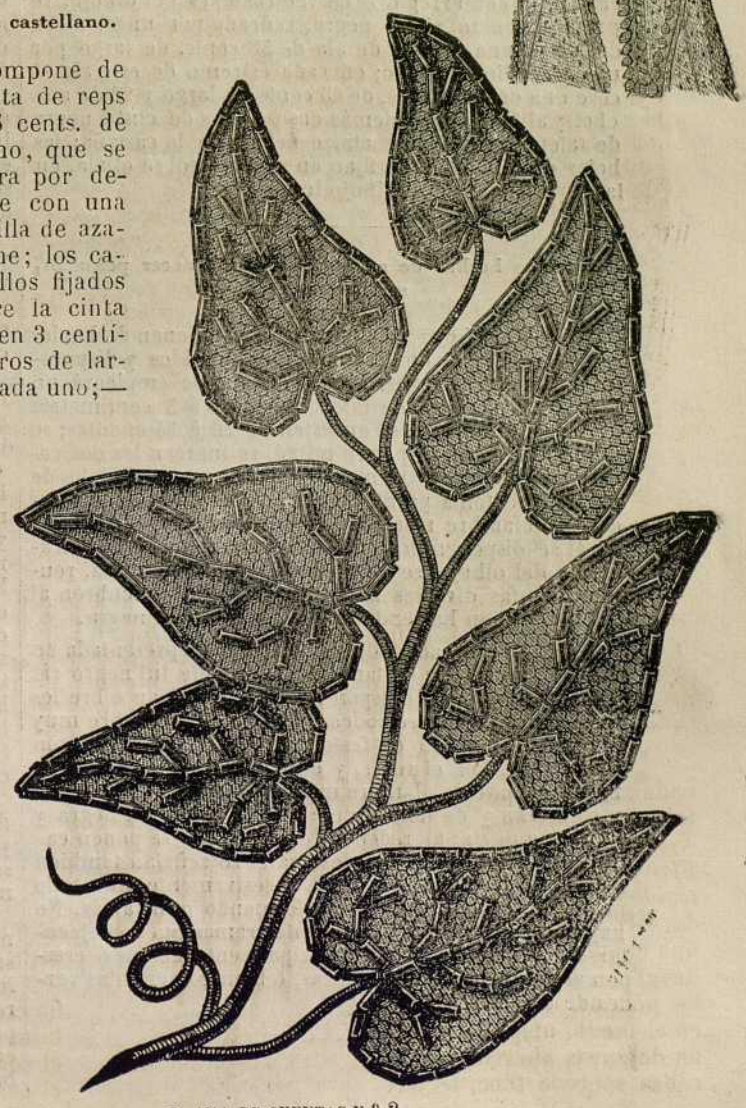
Cinturon castellano.

Se compone de una cinta de reps de 5 cents. de ancho, que se cierra por delante con una hebilla de azabache; los cañutillos fijados sobre la cinta tienen 3 centímetros de largo cada uno;—



RAMA DE CUENTAS N.° 1.

HOJA DE TERCIOPELO NEGRO EN TAMAÑO NATURAL.



RAMA DE CUENTAS N.° 2.

los festones se hacen con cañutillos, cuentas talladas grandes y pequeñas, y pendientes en forma de peras. En el medio del cinturon por delante y por detrás, el largo principal del feston (que se acorta por ámbos lados) es de 24 cents.; el estremo de él no tiene mas que 8 cents. de largo. Con este cinturon se lleva por lo comun un collar adecuado.

Tocados.

Tocado con collar.— Se compone de una cinta de terciopelo azul, de 4 centímetros de ancho, doblada por su mitad y cosida por delante de modo que forme una punta encima de la frente. Al lado izquierdo se cose una rama de rosas; pendientes blancos adornan el tocado y el collar de cuentas que vá unido á él.

Tocado-redecilla.— El fondo es un enrejado de cuentas blancas, rodeado con una cinta de terciopelo negro formando puntas, y guarnecido de cascabelillos adecuados al enrejado; rama de rosas al lado izquierdo. Un dibujo especial reproduce el fondo de la redecilla en tamaño reducido: la parte mas estrecha es la que cae encima de la frente. Para hacer este tocado, se corta el fondo en carton delgado, se dispone sobre sus contornos la cinta de terciopelo, luego se coloca en su interior el enrejado, cosiéndolo á las puntas formadas por la cinta de terciopelo.

El collar se hace de cuentas redondas negras de azabache y en cada intervalo de 11 cents. se coloca una cuenta ovalada. De este collar pende una crucecita de azabache. Publicamos un dibujo destinado á facilitar su egecucion. Se toma un pedazo largo de seda negra gruesa, se le ensarta por ambos estremos en una aguja, se ensartan 4 cuentas, se cruzan los dos cabos de seda por la última cuenta;—* se ensartan 2 cuentas en uno de los cabos,— una en el otro, y se pasa á través de las 2 cuentas antes ensartadas.— Se vuelve á empezar siempre desde*, hasta que la cadena tenga el suficiente largo; se cuelga la cruz, y se reunen los dos cabos del collar, á menos que no se le quiera cerrar con broche.

Tocado de cinta de terciopelo negro, con filetes blancos.— No es mas que una trenza hecha con cinta de 3 cents. y medio de ancho, terminada por ambos estremos en cabos de cinta de 80 cents. de largo. Estos dos cabos se atan por debajo de la castaña. Al lado izquierdo se encuentra un copete de igual cinta que la anterior, pero solo de 1 cent. de ancho. El copete tiene 7 cents. de diámetro; los buclecillos que lo componen tienen 3 cents. y medio de largo cada uno.

Tocado de hojas de terciopelo negro, con barbas de tul.— Se compone de hojas de terciopelo negro, bordadas con cañutillos; se cortan las hojas con arreglo al dibujo que reproduce una de ellas en tamaño natural; el terciopelo destinado á formar estas hojas se ha pegado antes sobre gasa rígida negra, por medio de una disolucion de goma arábiga. Por detrás de cada hoja recortada se pone un alambre asegurado con algunos puntos; se colocan los cañutillos con arreglo á las indicaciones del dibujo: se prepara con tul rígido negro, rodeado por un alambre de laton, una especie de ala de 38 cents. de largo por uno y medio de ancho; en cada estremo de este ala se cose una de las barbas, de 65 cents. de largo y 22 de ancho, y allí se ponen además dos pedazos de cinta negra de tafetan, que deben atarse debajo de la castaña; las hojas de terciopelo se fijan en seguida sobre el ala, en la disposicion que el dibujo indica.

Dos ramas hechas de cuentas para guarnecer peinados, sombreros, etc.

N.° 1.—Las hojas de esta rama se componen de buclecillos de cuentas de desigual largo, torcidos y dispuestos en forma de rayos. Para cada uno se empleará un pedazo de alambre de laton fino de 6 á 8 centímetros de largo, en el cual se ensartan de 26 á 34 cuentas; se dobla este alambre por su mitad, se tuercen los dos cabos, así como los extremos del alambre no cubiertos de cuentas; se toma para hacer las veces de tallo, un pedazo de alambre mas grueso, suficientemente largo, y en él se disponen los buclecillos siguiendo las indicaciones del dibujo; se forma en seguida una rama, reuniendo estas diversas hojas, cuyos tallos se cubren al crochet, ó bien haciendo un feston con seda negra.

N.° 2.—Para cada hoja de la rama (representada en tamaño natural) se cortan dos pedazos de tul negro rígido, y otros dos de crespon negro que se fijan sobre los dos pedazos de tul; se rodea todo ello con alambre muy fino, cosido á punto de feston muy separado, hecho con seda negra. Por el revés, y en el medio de la hoja, se fija un pedazo de alambre mas grueso, destinado á servir de vena y de tallo, que se rodea con seda negra y lana fina negra; al rededor de cada hoja se ponen cañutillos de azabache, con los cuales se señalan tambien las venas; las hojas se reunen sucesivamente á un tallo principal, ó bien se disponen formando guirnaldas. No hay necesidad de añadir que estas ramas pueden ejecutarse de cualquier color, principalmente de tul ó crespon verde, con cuentas blancas, ó bien con cuentas verdes de cristal.

SERAPHIA.

—Hénos en Roma!

El hombre que acaba de pronunciar estas palabras se aproximó á una litera, que parecia escoltar, y entreabrió las cortinas. Asomóse una mujer, y con una mirada pensativa, interrogó el paisage chispeante bajo los rayos del sol de mediodía. Era un espectáculo deslumbrador: hallábase entonces Roma en todo el esplendor de aquella belleza que habia hecho decir á Augusto:

"He encontrado á Roma de ladrillo y la dejo de mármol."

Ni Neron, el incendiario, ni los bárbaros lanzados desde el Norte, ni el tiempo, en fin, mas inexorable que las tribus armadas, habian ejercido sus destrozos sobre la ciudad eterna: sus templos, sus palacios, sus arenas, sus arcos de triunfo, sus millares de estátuas, pueblo de mármol y de bronce, se hallaban en pié: y el ojo del viajero veia dibujarse la ciudad blanca y magnífica sobre el brillante azul del cielo.

—¿Ves esa cúpula suspendida en los aires? replicó el conductor de la litera, que por sus vestidos dejaba conocer era un liberto: es el Panteon que Agripa queria decretar á César Augusto, el padre de la patria. Ahí, sobre el monte Palatino, estaba su morada, mas sencilla que los palacios de sus libertos; mas lejos está el pórtico de Livia, que hace olvidar á los extrangeros á Atenas y á Corinto. El sol caia en este momento sobre el monte Capitolino, y sobre el templo del mas grande de los dioses... ¿Distingues, tú, desde aquí sus blancas columnatas? Cerca de allí, al lado, está el templo levantado por Augusto á Júpiter-Tonante, aquel que consagró á Apolo, despues de la batalla de Alicum; y el de la Concordia, donde Ciceron reunió á los padres conscriptos amenazados por Catilina. La vista no podia contar tantos santuarios levantados á los dioses por el mas piadoso de los pueblos... Mira, ¿ves? ¿No vale Roma mas que Jerusalen?

Seraphia, este era el nombre de la mujer, alzó los ojos sobre el liberto, y le dijo con reposada voz:

—Roma es hermosa, hermosa sobre todo, por sus destinos, y no por sus monumentos de un dia... Yo la miro, y veo brillar encima de sus palacios destruidos, de los templos reducidos á polvo el signo libertador que le asegura el imperio eterno sobre las naciones...

—¿Qué signo, mujer?

—¡El signo de la Cruz, sobre el que murió el Señor!

El liberto se encogió de hombros, como un hombre para quien estas palabras no tenian ningun sentido. Volvió á dejar caer las cortinas, é hizo señal á los esclavos de que apresurasen el trote de las mulas. Pronto llegó la litera á Roma; y segun las órdenes del liberto, tomó el camino del monte Palatino, recorriendo la Via Sacra, llena de columnas triunfales, pasando por delante del templo circular de Vesta, dejando á su derecha el Tesoro público y el Anfiteatro en medio de la casa de los emperadores, donde Pompeyo y Augusto ofrecieron al pueblo romano los magníficos é interesantes espectáculos de que era tan celoso.

En vano el liberto quiso hacer notar á Seraphia la belleza de los monumentos, el brillo de los mármoles y de los bronces; el movimiento y la muchedumbre que se agolpaba á la puerta de los templos y bajo las bóvedas del circo. No levantaba esta los ojos, absorta en una oracion interior, y su mirada penetrada, eternizadora, no se separaba de una curiosa cajita de cedro, incrustada de plata, que descansaba sobre sus rodillas. Detúvose la litera ante el pórtico del palacio que ocupaban los emperadores sobre el Palatino. Un liberto que pasaba se detuvo cerca de Lucio, el conductor de Seraphia, y le dijo:

—César ha hablado de tí: hasta ha hecho, dicen, un voto á Esculapio, á fin de acelerar tu feliz venida. Ya ves, Lucio, que te es propicia la fortuna.

—No son por mí esos votos, se dirigen á los dioses por esta mujer desde el fondo de la Judea, llevando en su cajita un talisman que debe curar al emperador.

—Apresúrate; en ese caso las puertas te serán abiertas, y César que no recibe ni al Senado, ni á los hijos de Germánico, ni á Agripina su madre, ni al mismo Sejano, te recibirá á tí y á tu matrona judía.

Siguió Lucio el consejo, y acercándose á Seraphia la hizo bajar de la litera: envolvió en los pliegues de su manto la rica cajita, y siguió á su conductor tranquila y resignada como siempre. Atravesaron las largas galerías, llenas las unas de aquellos libros de que Augusto habia hecho reunir una preciosa coleccion; las otras, de estátuas las mas célebres, arrebatadas al Alico y á la Sicilia; y despues de haber hablado á muchos esclavos que sin duda iban á tomar las órdenes de su amo, Lucio introdujo á Seraphia en un cuarto donde reinaba una débil claridad, se aproximó á un hombre recostado en un lecho, le dijo algunas palabras en voz baja y en la actitud del mas profundo respeto; despues, haciendo acercarse á su compañera, se retiró y los dejó solos.

Apoyado el enfermo sobre almohadones, pálido, abatido, y pareciendo no tener vida sino en sus grandes ojos y mirada clara, penetrante, temible, se incorporó y fijó sobre la judía una mirada donde brillaba la esperanza mezclada á una vaga y feroz inquietud.

Seraphia habia ya pasado la mitad de la vida: encanecidos cabellos rodeaban su pálida y tranquila frente; su rostro encubierto de tristeza, tenia sin embargo una inefable expresion de paz y serenidad: belleza interior, reflejo del alma que hacia olvidar los estragos del tiempo y del infortunio. Magestuosa y tranquila permanecia en pié sin turbarse delante de aquel hombre. Sin embargo, aquel hombre era el señor del mundo... era el sucesor de Augusto; en fin, era Tiberio.

—¿Cuál es vuestro nombre? dijo mirándola siempre con aire receloso.

—Seraphia, hija de Sophar, y mujer de Sirach.

—Sois judía?

—Pertenezco á la Tribu de Leví.

—Judía de religion?

—He practicado la ley de Moisés hasta el dia en que conocí á Cristo, mi Señor, y que encontré en él el cumplimiento de las promesas hechas á Abraham, nuestro padre: desde aquel dia, señor, observo sus mandamientos, y he puesto en él toda mi esperanza.

—Vuestro Cristo ¿es enemigo de los príncipes y de los emperadores?

—¡El Señor! Él, que tantas veces ha repetido que su reino no era de este mundo; él, que se ha huido y se ha ocultado del pueblo que queria hacerle rey; él, que ha escitade el celoso odio de los fariseos, al decir á sus discípulos: "Dad al César lo que es del César."

—¿Conque no son rebeldes sus discípulos? ¿obedecen al emperador?

—Reverencian á César como un señor dado por Dios mismo... Le quieren como un hombre, es decir, como un hermano.

—Sí, respondió el emperador despues de un momento de silencio y reflexion. Sí, lo sé: Cristo era verdaderamente un enviado de los dioses, y hubiera querido colocar su busto al lado de las estátuas de los inmortales en el panteon que Agripa ha consagrado á todas las divinidades del Olimpo; pero el Cristo, mujer, es un Dios celoso, y no sufre mas culto que el suyo... Tú sabes, que instruido de su muerte y de su inocencia, he quitado á Poncio el gobierno de la Judea: las fasces romanas no debian ir delante de un juez débil é inícuo.

—¡El Señor ha juzgado á Poncio! dijo Seraphia en voz baja.

—¿Sabes, dijo Tiberio, con qué objeto te he hecho llamar á mi lado? Deseo saber lo que tiene relacion con Cristo: habla sin temor... y si la cajita que veo bajo tu velo encierra el tesoro que yo quiero contemplar, depositala sobre ese altar, bajo la custodia de mis dioses domésticos...

—Eso no puede ser, dijo Seraphia; no hay alianza entre Cristo y Belial. Colocó la cajita sobre una mesa de madera de sándalo; despues se recogió un instante, y orando con el espíritu y el corazon, habló así:

—Fuí casada jóven con Sirach, miembro del consejo del templo, y nuestra union fué bendecida por el nacimiento de dos niños. Vivíamos muy felices, llenos de confianza en Dios, y deseando con ardiente deseo la redencion de Israel. Como todos los fieles hebreos, aguardábamos en un tiempo poco remoto la venida del Mesías libertador: las setenta semanas de Daniel se habian cumplido: el cetro no se hallaba en la casa de Judá: las profecías dadas á nuestros padres se habian verificado; y á la ley dictada sobre el Sinaí, sucedia una ley de gracia, de misericordia y de amor: iban á abrirse los cielos; iba á bajar el Justo sobre la tierra, cual un rocío largo tiempo esperado.

Un dia se difundió el rumor de que se habian oido nuestros votos; los fieles israelitas se decian los unos á los otros:

"Nos ha nacido un niño... María, la esposa de José, es bendita entre todas las mujeres, porque ha dado á luz el deseado de las naciones... Reyes venidos del extremo del Asia han acudido á adorarle, y le han ofrecido el incienso, el oro y la mirra..."

Ya nos regocijábamos, y celebraban nuestros corazones las conquistas de aquel rey que debia someter todas las naciones á su imperio... alzábamos nuestras humilladas frentes, y pensábamos todos que los dias de David y Salomon iban á renacer mas brillantes y mas esplendentes que en otro tiempo; ya llena de un orgullo de madre consagraba mis hijos al servicio de aquel nuevo rey; y al admirarlos tan hermosos y tan llenos de vida, formaba mil proyectos de gloria sobre su muerte. Un dia me hallaba sola, sentada al lado de ellos, cuando horrorosos gritos me hicieron marchar al pórtico donde se hallaban ya reunidos nuestros criados. Ví, muerta de horror, una tropa de soldados con la pica, la espada y el hacha en la mano, que perseguian algunas mujeres que llevaban sus hijos en sus brazos. Dos de aquellos hombres herian á los niños sobre el mismo pecho de las madres, y ví aquellos cuerpecitos mutilados y ensangrentados rodar sobre la tierra. Una mujer pálida, con los ojos extraviados, pasó delante de mí gritando: "Herodes hace matar todos los niños, á fin de hacer perecer al Mesías..." A aquellas palabras, volé hácia la cuna donde dormian mis hijos... los estreché sobre mi pecho, y hubiera querido ocultarlos en las entrañas mismas en que los habia llevado... Queria huir, pero ¿á dónde?... Los desgarradores gritos de las madres, resonando por todas partes, denunciaban una universal carnicería... ¡Oh! voces lamentables! cual largos ecos, ¡siempre os oigo!... Uno de mis hijos se puso á llorar, asustado tal vez de los movimientos que me inspiraba el terror... traté de sofocar sus gritos, apoyando mi mano sobre sus tiernos labios: queria hacerle retroceder aquella voz lastimera que iba á deunciarle á la muerte... fué en vano... se trabó una lucha en el pórtico; oí los gritos de los soldados; los gemidos de mis criados heridos por defenderlos; despues pesados pasos resonaron sobre la escalera de mármol; la piedra gemia bajo la sandalia herrada de los soldados... se abrió la puerta... me lancé... ignoro lo que pasó, señor... fuí rechazada, pisoteada; y cuando despues de largas horas volví á recobrar mis sentidos, me hallaba tendida sobre mi cama, rodeada de mis mujeres, hechas un mar de lágrimas... y mi marido desesperado... Pregunté por mis hijos; los

pedí; y como no me obedecian, me levanté, y los busqué yo misma... los encontré tendidos en su cuna, cubiertos de flores con las que antes jugaban... ¡fuí á abrazarlos! estaban yertos... abrí sus vestidos... anchas heridas destrozaban su pecho... ¡los dos... los dos estaban muertos!...

—Me acuerdo que al saber aquella matanza, habia escrito César Augusto; "Mas vales ser puerco de Herodes que hijo suyo;" dijo el emperador con una sombría sonrisa.

La tradicion refiere que dos de los hijos de Herodes fueron comprendidos en la degellacion de los inocentes.

—Verdad es! Verdugo de todas las madres no perdonó ni su propia sangre... envió al cielo las primicias de los mártires: aquellos niños fueron inmolados á Cristo... ¡Felices y bienaventurados ellos que recibieron desde la cuna una palma inmortal, y fueron á jugar con sus inocentes manos con las coronas de los elegidos! Solo sus madres eran dignas de compasion: yo he vivido pero sin querer ser consolada; mi esposo y yo nos rodeamos de un profundo retiro, donde se alimentaba mejor el duelo de nuestros corazones... Pasáronse largos dias, y nuestros vacilantes pasos no se apoyaron sobre esos hijos respetuosos que son la corona de la ancianidad. Mi marido, mas agobiado de pesares que de dias, murió con el corazon lleno de alegría, como el viajero cansado que llega al término de su carrera... Yo sola quedé en la casa muda que el compañero de mi vida habia abandonado para siempre, y vivia en la oracion y en las lágrimas.

Por este tiempo, una de mis parientas, que habitaba el pais de Sidon, á las orillas del mar, vino á visitarme, y me sorprendí al verla, porque hacia largo tiempo que la tenia en cama una grave enfermedad.

Parecia fuerte, robusta, y llena de salud, como si la savia de la vida hubiese corrido á sus venas con mas abundancia que en otro tiempo.

"Un gran profeta ha venido entre nosotros, me dijo, respondiendo á mis solícitas preguntas: escucha lo que me ha sucedido:

Me hallaba enferma hace doce años, y no esperaba en mi curacion, cuando oí repetir en torno mio que Jesus de Nazaret hacia las obras de Dios, y curaba por su palabra, su tacto, su sola voluntad, todos los enfermos que llegaban á sus piés. Regocijóse mi alma á aquellas palabras, y sabiendo que Jesus estaba cerca de mi morada, traté de salir... Sin duda, uno de los espíritus que están delante del Señor, me prestó su apoyo. Penetré entre la multitud, y ví de lejos á Jesus con su magestuosa frente, y con su mano levantada para bendecir. Me aproximé, me postré detrás de él, y llena de deseo de ser curada, toqué la orla de su túnica... En el mismo instante, Seraphia, me encontré curada: habia recobrado mi primera fuerza; el manantial de sangre que perdia se habia secado; y el Maestro, volviéndose, dijo en alta voz:

"¿Quién ha tocado mis vestidos?"

Sus discípulos le respondieron: "Maestro, veis que la multitud os rodea por todas partes, ¿y preguntais que quién os ha tocado?"

Empero Jesus dijo: "Alguno me ha tocado, porque he conocido que una virtud ha salido de mí."

Viéndome entonces descubierta, me aproximé toda trémula; me arrojé de nuevo á sus piés, confesé el deseo que me habia llevado á tocarle, y Jesus me dijo con gran mansedumbre: "Vete en paz, hija mia: tu fe te ha curado."

Desde aquel dia no padezco mas; y para eternizar mi reconocimiento á mi divino bienhechor, he hecho levantar no lejos de mi casa un grupo de bronce que representa á Jesus de pié, lleno de gracia y de autoridad, y á mí, pobre enferma, arrodillada cerca de él, extendiendo mis manos hácia la orla de su túnica. Ya lo veo, Seraphia, el Señor es grande en su misericordia, y ha llegado el tiempo en que la paz y la justicia se den un ósculo de alianza."

Tal fué, señor, la relacion de mi amiga, confirmada por el vigor sobrenatural que acababa de reanimar su debilitado cuerpo. ¿Qué os diré? Yo tambien concebí el deseo de ver y de oir á Jesus; á Jesus, el hijo de María, á Jesus, por quien mis hijos, víctimas tiernas, habian sido inmolados en su misma cuna. Supe que se dirigia hácia la Ciudad Santa, hácia Jerusalen, y me mezclé á la innumerable muchedumbre que de dia y de noche le seguia, y que por recojer el maná de sus palabras, olvidaban el alimento de su cuerpo. Confundida con aquellos pobres que evangelizaba, oí sus enseñanzas; no os las repetiré yo, señor; las obras de mi Dios hablarán, yo lo espero, al emperador, y tal vez entonces querrá conocer las leyes de aquel divino doctor, de aquel verbo eterno, de aquella sabiduría encarnada, bajada de los cielos para iluminar á todas las criaturas. Yo me sentia cambiada: mi dolor se convirtió en alegría, mi abatimiento en esperanza, y un himno de gozo se alzó en mi corazon hácia mis hijos inocentes, gloriosos mártires de Cristo; hácia mi esposo, hombre justo que tanto habia deseado al Santo de Israel. Temores demasiado legítimos para Jesus, para mi Maestro, turbaron solo mi serenidad: el infierno entero se armaba contra él; y él mismo habia pronosticado su próximo fin...

Era hácia la época que los judíos celebraban la Pascua: la víspera del sábado... Desde por la mañana, Jerusalen no fué mas que un motin, una sedicion... Jesus, vendido por uno de los suyos, acababa de ser entrégado al príncipe de los sacerdotes... Con el corazon desgarrado de angustia, agobiada de terror, escuché la relacion de los ultrages de que habia sido objeto aquel Rey de los reyes en casa de Caifás, durante aquella terrible noche, cuyos infernales secretos solo serán conocidos en el dia grande de las justicias del Señor... De hora en hora nuevas noticias llegaban á mi oido: el gobernador de la Judea acababa de enviar á Jesus al Petrarca Herodes... Este, rodeado de una insolente córte, se habia burlado del hijo de Dios!... Arrastrado delante de Pilatos, sufrió el castigo de los esclavos, y una soldadesca cruel coronó de espinas al Dios que se habia hecho hombre por salvar á los hombres... Habiendo Pilatos cedido vergonzosamente á los frenéticos furores del pueblo, habia querido lavar sus manos de una sangre que le cubrirá para siempre, y habia llevado á Jesus á la muerte; y él, siempre pacientísimo, siempre sumiso, parecia sentir por sus infames verdugos un amor mas fuerte que la muerte!

Estaba pronunciada la sentencia: ya la comitiva se dirigia al Gólgota...

Iba á pasar por delante de mi casa... ya oia los clarines de la caballería romana... Inmediatamente tomé mi resolucion: me coloqué en el dintel de mi casa, y aguardé. Ví á los orgullosos y ricos fariseos, henchidos de una sanguinaria alegría, precediendo sobre sus rápidos caballos la marcha del Justo, agobiado bajo el peso de la cruz. Ví á Poncio Pilatos con el rostro pálido bajo el brillante casco: le miré cara á cara, á fin de reconocerle ante el trono del Juez adonde compareceremos todos... ví hombres, con aire salvaje, que llevaban riendo las escaleras, las cuerdas y los clavos... Un populacho sediento de sangre llenaba la calle, y ocultaba á Jesus á mis miradas... No oia mas que blasfemias, horribles sarcasmos; hasta los niños llevaban piedras en el regazo de sus vestiditos para arrojarlas bajo los piés ensangrentados del Salvador... ¡Por último le ví!... pálido, ensangrentado, cubierto su divino rostro de asquerosas escupiduras, conservando la vida por un divino esfuerzo, y vacilando bajo el enorme peso con que habian cargado sus heridos hombros.

No pude contenerme á aquella vista: ninguna fuerza humana hubiera sido bastante á detenerme... me adelanté en la calle, me dirigí hácia Jesus, y quitándome el velo, caí á sus piés diciendo:

"Permitidme enjugar el rostro de mi Señor."

Tomó Jesus el velo, le aplicó sobre su rostro, y me lo devolvió, dándome las gracias.

Estreché el velo contra mi pecho, y volví á mi casa perseguida por las imprecaciones de la muchedumbre, teniéndome por dichosa de tomar parte en el cáliz del Señor. Desplegué aquel velo: llena de alegría, de terror, de ternura, ví que Jesus, usando en favor de una pecadora de su supremo poder, habia impreso sobre aquel lienzo su rostro, tal cual yo acababa de verlo, desfigurado y sangriento. Permanecí en mi morada contemplando el precioso recuerdo que me habia legado el Salvador... Tres horas despues todo se habia consumado... Jesus habia muerto... y el mundo estaba rescatado.

Tal fué la relacion de Seraphia. Tiberio la habia escuchado con profunda atencion... la dijo bruscamente:

—Mujer, enséñame ese velo!

—Señor, vedlo aquí, respondió Seraphia, abriendo por medio de una llave de plata su cajita de cedro: sacó de ella un largo velo de lana blanca, y desplegándolo á los ojos del emperador, dijo interiormente:

—Dios mio, mostrad vuestro poder!

El milagroso velo, llevaba la huella de una ensangrentada faz rodeada de una corona de espinas, y cuya augusta y dolorosa expresion producia en el alma un enternecimiento mezclado de temor... Lo contempló Tiberio, alargando sus manos trémulas á fin de tocar aquella adorable imágen... empero retrocedió cual si un sentimiento de respeto, hasta entonces desconocido, hubiese, repentinamente, hablado en su corazon. En el mismo instante, incorporándose en su lecho, exclamó:

—¡Tu Dios, es un Dios poderoso, mujer! estoy curado.

Seraphia cayó de rodillas y adoró en silencio.

Tiberio respetó sus piadosas efusiones; y despues de un largo tiempo, la dijo con dulzura:

—Quédate á mi lado; te daré en Roma una casa y esclavos; servirás á tu Dios en paz, y ninguna mujer, lo juro por tu Dios, ni aun la misma emperatriz, ni aun la sacerdotisa de Vesta, estarán mas rodeadas de honores y riquezas que tú.

—Os doy las gracias, señor; pero no formo en este mundo mas que un deseo, el de vivir y morir al lado del sepulcro de mi maestro.

—¿Vas á volver á Jerusalen?

—Sí, señor.

—Te daré oro...

—No tengo necesidad de él.

—Llevareis, al menos, perfumes para quemarlos en el sepulcro de Jesus.

—Los ofreceré por vos, señor, al que no habita ya aquel sepulcro, sino que reina glorioso en el cielo.

—No quieres otra cosa?

—Señor, quisiera que pudiérais confesar la fe de mi Dios, que acaba de daros una prueba de su infinito poder.

—Eso sería abdicar el imperio... Las divinidades protectoras de Roma se vengarian.

—¿Pueden vengarse la nada?

—¡Adios, mujer, adios! Todo el tiempo que yo gobierne en el mundo, te prometo que nunca serán molestados los discípulos de Cristo. Ahora vete.

Seraphia le dejó, y se volvió á Jerusalen. Los judíos la persiguieron, y la encerraron en una prision, donde murió de hambre por amor á Jesucristo. La tradicion cristiana ha conservado el recuerdo de aquella piadosa mujer, pero se la da comunmente el nombre ne Verónica, de Vera-Icon, verdadero retrato, en memoria de lo que el Salvador hizo por ella.

José MUÑOZ y GABIRIA,
Vizconde de S. Javier.

LOS VECINOS DE DARLINGEN.

NOVELA DE ENRIQUE CONSCIENCE.

(CONTINUACION.)

—Estas habladurías han durado ya bastante tiempo, exclamó M.lle Blondeel levantándose con cólera. Dejad mi casa en el momento y olvidad para en adelante, madame Kwas, donde yo vivo. Os lo he dicho ya muchas veces, y quereis estar aquí apesar mio; pero os deseo buen dia y os dejo.

—Ya me voy; ya me voy: dijo la anciana señora. ¡Vaya! qué manera de recibir á una amiga!... Las gentes de Bruselas son bien desatentas. ¡Ea! adios M.lle Maria.

Cuando llegó á la puerta volvió todavía la cabeza y dijo á M.lle Blondeel que se alejaba:

—¿Y qué diríais de la hija de madame Holk que ha entrado en un convento porque el hijo de José Ringels se ha casado con Adela Marol? ¿Y de Virginia la del *Caballo de oro* que se ha dejado engañar?

—Dios del cielo! qué cotorra!... exclamó la criada que iba delante de su ama; yo creí que os tenia prisionera toda la mañana, señorita, y verdaderamente tuve lástima de vos. ¡Y qué bien trata á sus paisanos!... Si Darlingen tiene cuatro personas como ella desde luego la doy la razon.

—Es una calumnia, Catalina; cierto que los vecinos de Darlingen tienen mucho dinero la mayor parte y se halla entre ellos buenas y honradas gentes.

—Estos deben ser mas raros que un mirlo blanco, señorita, si hemos de creer á madame Kwas.

—Has oido, pues, lo que decia?

—Y cómo no oirlo si gritaba como una loca?

—Y es una noticia inesperada, ¿no es verdad? que mi sobrina Teresa va á casarse!...

—Sí, señorita; y esto quizá sea un bien. Si halla un marido que tenga bastante energía para hacerla doblegarse á su voluntad podrá mejorar su carácter; yo he dicho siempre que debia casarse.

—Desgraciadamente su futuro es hombre de buena pasta.

—Sí! pues Dios le favorezca!... ya le veo rascarse la cabeza y morderse las uñas.

—Estoy aturdida, Catalina. La cabeza me duele todavía de haber escuchado ese torrente de palabras. Si preguntan por mí dí que no estoy, quiero esplayar un poco mi espíritu en el jardin.

Se dirigió al jardin y fué á sentarse en el pabellon, donde se quedó muy pensativa. Cuando hubo descansado se levantó, dió tres ó cuatro paseos al rededor de los parterres de flores, y volvió á ocupar su banco en el pabellon.

Un caballero entró en el jardin por la verja que habia quedado abierta. El recien llegado era el hermano de la anciana solterona, y era fácil de adivinar porqué habia una semejanza notable en los rasgos característico de su fisonomía.

Las megillas del hermano estaban todavía mas frescas que las de la hermana, de mejor color, mas llenas y casi sin arrugas, aunque sus cabellos grises y naturalmente rizados indicaban que no podia ser mas jóven que ella. Su natural gruesura indicaba su buena salud; y la expresion alegre y franca de su rostro, dejaba conocer que no le agobiaba el peso de cuidados enojosos, reconociéndose en él á primera vista á un honrado bruselés lleno de bondad y de franqueza.

Vestia con esmero y al propio tiempo con cierto lujo una levita ligera de paño fino, un chaleco de casimir amarillo, botas de charol, guantes nuevos, y llevaba en la mano un lindo baston con puño de oro.

Aunque la expresion habitual de su fisonomía demostraba claramente su buen humor, á la sazon Mr. Blondeel se manifestaba preocupado por alguna cosa desagradable, pues se advertia un pliegue sobre su frente y estaba sofocado como si hubiera dado un paso precipitado.

Cuando estuvo cerca del pabellon, la señorita se volvió y le dijo no sin asombro:

—Cómo! venís solo? pues y Ernesto?

—No ha llegado, hermana mia, y me cansé de buscarle entre los viajeros. Sin duda el vapor de Inglaterra habrá llegado á Anvers mas tarde de lo regular.

—Pero entonces, Juan, porqué no esperásteis hasta el próximo tren? Es posible que se haya detenido dos ó tres horas en Anvers.

—Ya lo sé, hermana mia; pero acabo de saber una cosa que pesa sobre mi corazon como una barra de plomo; creo que van á suceder cosas bien tristes y mejor que estar paseando por las calles; he venido de prisa para deciros que es preciso que yo vaya inmediatamente á Darlingen.

—Y Ernesto?

—Bah! pronto hallará nuestra casa; ¿qué he de hacer? yo queria esperar al próximo tren y me paseaba á lo largo de la calle de Cologne cuando se me acercó el notario Cools tocándome en el hombro antes de que yo le hubiera visto, y me dijo que habia venido á informarse del estado de nuestra fortuna, porque se trataba de arreglar un matrimonio entre Francisco Pottewal y una de nuestras sobrinas. He pensado si por casualidad fuese

esta Herminia y parto para Darlingen á informarme de lo que hay.

—Pero Juan, os agitais sin motivo; si es Teresa la que se va á casar.

—Teresa! pues de qué lo sabeis.

—Madame Kwas ha estado aquí.

—Y dais crédito á los embustes de esa habladora? Teresa es enemiga acérrima del matrimonio.

—No lo creais. Yo he previsto lo contrario y ella concluirá por casarse; su aparente aversion por el matrimonio es una consecuencia de su orgullo y de su mal carácter; pero en el fondo de su corazon abriga un vivo deseo de llevar el nombre de madre; siempre ha manifestado su afan por los niños y no le agrada ninguna otra cosa.

—De todos modos, María, no puedo tener tranquilidad hasta que lo sepa.

—Creedme, hermano mio; es Teresa la que va á casarse. El mismo notario de Pottewal se lo ha dicho á madame Kwas.

—Ah! esto me tranquiliza un poco; respondió Mr. Blondeel mas alegre sentándose sobre el banco con una sonrisa de satisfaccion. No os podeis imaginar qué inquietud se apoderó de mí desde que ví al notario, y él no me supo decir cuál de las dos hijas de Romys iba á casarse: ya veia á nuestra pobre Herminia condenada á la misma suerte, á la misma insoportable vida de nuestra desgraciada hermana Julia. Creo que á no ser por el mal parecer hubiera vertido lágrimas en medio de la calle. Pero, María, si ese tirano de Romys se decidiera á casar su hija Herminia sin amor y sin la menor inclinacion con alguno de esos *sacos de escudos* de Darlingen, nosotros podríamos combatir enérgicamente su resolucion, aunque fuese difícil vencer la obstinacion de una cabeza tan dura.

—No me atreveria á esperarlo; respondió la anciana solterona con un suspiro. Y me parece, hermano, que haríamos muy bien en no olvidar la leccion que acaba de darnos llevando á cabo el matrimonio de Teresa, sin decirnos una palabra, y sin consultarnos; del mismo modo casara á su hija menor; pues naturalmente despues de Teresa le toca el turno á Herminia. Esto es un desprecio hácia nosotros y de poco os valdrá tener miras particulares en este asunto.

—Me haceis temblar, Maria!...

—Y con razon, Juan, con razon.

—Ah! si llegásemos á tal extremo, tendríamos sérios y graves disgustos.

—Tened presente mi consejo, hermano mio; dijo la señorita Blondeel con tono insinuante. Creo que el mejor medio de preservar á nuestra Herminia de semejante desgracia, es ir á Darlingen y pedir su mano para Ernesto Decock.

—Pero si son todavía muy jóvenes, María!...

—Cuanto mas jóvenes mejor, ¿á qué dejar pasar la primavera de la vida? ¿á qué dejar que se enfrie el ardor del corazon para concebir una ateccion profunda y durable?

—Sí; sí; hermana mia; todo eso es verdad; pero al casarse es preciso tener una posicion en el mundo; yo estoy lejos de creer que para ser felices se necesite una gran fortuna, sin embargo, el marido debe saber siempre con lo que cuenta y Ernesto Decock...

—Escucha lo que el padre Kats ha escrito sobre este asunto; interrumpió su hermana; "La union dá la fuerza y ¡es tan dulce ganar juntos!" En otro pasaje dice: "Las ganancias del marido llevan el bienestar" (1) y tiene razon, Juan; el dinero mas precioso es el que ganan el marido y la mujer trabajando juntos. Cuando dos esposos tienen bienes hereditarios, cada uno por su parte se acuerda toda su vida del orígen particular de su fortuna.

—Tengo una gran confianza en el porvenir de Ernesto, replicó Mr. Blondeel; ¿pero cómo conseguiríamos de Romys que diese su hija á un jóven sin fortuna, él que solo conoce el dinero? He hecho mi cuenta sobre la legítima de Ernesto y apenas le quedan unos veinte mil francos.

—Si es necesario se le dice á Bomys que nosotros somos responsables del bienestar de Herminia y desde luego adelantaremos á Ernesto las sumas necesarias para que pueda empezar sus negocios con buen éxito. Algo hemos de hacer para preservar á esta querida niña de una existencia llena de tristeza y de angustias; y Romys con el temor de que no le dejemos nuestra fortuna por rencor ó por venganza, no podrá menos de ceder si sabeis sosteneros y hacerle frente.

Mr. Blondeel apoyó la barba en el puño de su baston y reflexionó profundamente. Despues de un momento de silencio replicó:

—Vos avanzais demasiado, María; nosotros no sabemos aun si ellos se aman.

—Ah!... ah!... exclamó riendo la anciana solterona; hablais, Juan, contra vuestra propia conviccion; pues sabeis en esto tanto como yo.

—Hay muchas probabilidades, lo conozco, pero no hay una seguridad.

—No os inquieteis por esto, hermano mio; yo puedo deciros que se aman desde el primer dia que se vieron aquí en el jardin, las mujeres conocemos esto mejor que los hombres, y no te extrañe, los dos son jóvenes, guapos, sensibles y poéticos; no parece sino que Dios los ha formado el uno para el otro, para hacer un excelente y dichoso matrimonio. Lee las cartas de Ernesto y escucha el lengnaje de Herminia, tan largo tiempo ausentes y guardan el recuerdo el uno del otro tan vivo y tan fresco como el primer dia de su separacion.

—Hay alguna cosa de verdad en lo que decís, María.

—En fin, hermano mio; ¿no ha sido siempre el mas bello sueño de nuestra vida, ver casada á nuestra Herminia con el hijo de vuestro mejor amigo?

—Cierto; cierto; pero no es aun tiempo de realizar este sueño.

—Hareis dichosos á tres, Juan; Herminia y Ernesto aquí abajo y en lo alto vuestro amigo que se regocijará en el cielo del bello porvenir que habeis reservado á su hijo único.

Mr. Blondeel pareció conmovido y se puso la mano en los ojos; despues de un instante de silencio dijo:

—Hay una cosa que me hace dudar de sus sentimientos, María. Desde que Ernesto se marchó á Lóndres para perfeccionarse en su carrera, sus cartas respiran un vivo deseo de ganar dinero, y habla con tanto entusiasmo de hacer fortuna, que yo empiezo á creer si la codicia será una pasion que estuviese oculta en él y que se ha desenvuelto de repente con una fuerza excesiva.

—Qué quereis decir, hermano mio?

—¿Y quién sabe si la fortuna de los padres de Herminia no será un obstáculo á la afeccion que siente por ella?

—Vamos, Juan, dijo la señora riendo; qué extrañas ideas se os ponen en la cabeza!... ¿No adivinais que lo que inspira á Ernesto esa codicia aparente no es sino la esperanza de obtener por su trabajo y su actividad el medio de acercarse á ella salvando los inconvenientes que pudieran oponerse por su falta de fortuna?

—Quiero creer que no os engañeis en vuestra creencia; pero quiero ante todo desvanecer mis escrúpulos y á propósito del casamiento de Teresa voy á hacer una prueba con Ernesto y si sale á mi satisfaccion veré de arreglar su casamiento con Herminia,

—Entonces, ¿ireis á pedir su mano?

—No tan pronto, hermana; mañana por la tarde iremos á Darlingen á saber lo que pasa: Teresa no es muy amable en verdad; pero es tambien hija de nuestra pobre hermana, y de su mal carácter tiene la culpa su padre. La pobre muchacha es lo que la han hecho ser y quizá pueda yo harcer allí alguna cosa en su obsequio.

(*Se continuará.*) FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

(1) Estas citas en verso ámbas, son dos proverbios flamencos, imposibles de traducir fielmente.

UN SUEÑO.

I.

Amanecia una bellísima y poética mañana de Mayo; yo me hallaba sentada á la puerta de una pintoresca gruta, situada al pié de una elevada montaña.

Las diáfanas gotas del rocío, posadas sobre las corolas de las flores, parecian diademas de brillantes, descendidas del cielo para adornar las maravillas de la naturaleza.

Las aves batian gozosas sus alas, y abandonando sus lechos de mullidas plumas, se remontaban al espacio lanzando al viento sus dulces y melifluosos gorjeos. Un precioso ruiseñor, orgulloso rey de la música, ensayaba desde las ramas de un rosal sus melodiosos y variantes trinos de amor, para saludar la venida del naciente dia, que principiaba ya á asomar por entre los rosados cortinages del Oriente.

Todo estaba en calma.

Las fuentes murmuraban sus amores.

Las áuras susurraban entre las hojas de las flores diciéndoles al oido, palabras que las hacian extremecer de contento.

Todo suspiraba alegría en la naturaleza.

Pero aquella alegria, que hubiera acrecentado el gozo de una alma feliz, contrastaba con la tristeza que embriagaba mi corazon, angustiado por los horribles lazos del pesar.

En medio del general contento, una tórtola solitaria, posada sobre las ramas de un elevado sáuce, lanzaba al cielo sus plañideros ayes.

El triste canto del ave, no era sino un suspiro de amor, suspiro conmovedor, profundo, triste, ocasionado por el recuerdo de una felicidad, tal vez no muy lejana: pero perdida para siempre.

Aquellos ayes me consolaban.

Yo tambien suspiraba de amor.

Yo tambien anhelaba la posesion de una felicidad desconocida, sí, pero existente en el mundo, y de consiguiente posible de hallar en el mundo que ante mi vista se extendia.

II.

De pronto se iluminó con esplendente claridad el fondo de la gruta en cuya puerta me hallaba.

Levanté los ojos é hirió mi vista una figura misteriosa, fantástica, indescriptible, blanca como la nieve, vaporosa como un espíritu, pura como la sonrisa de un ángel.

—Qnién eres? la pregunté.

—Soy la *amistad*—me dijo con una voz pura y armoniosa.—Mi aliento purifica las almas, y mi mirada alienta los corazones; doy consuelo al que padece, felicidad al desgraciado. Pero en vano buscarás hoy en mí un bálsamo á tus penas, que ha mucho tiempo que me arrojó el mundo de su seno: he muerto para el mundo.

Diciendo esto, desapareció entre las nubes.

Quedé triste, pensativa.

Ignoro lo que pasaba por mi alma.

Transcurrieron algunos instantes.

Aun conservaba en mi imaginacion el recuerdo de la hermosísima figura.

Sentia mi corazon oprimido.

Mi alma ansiaba la posesion de un algo, que yo misma no sabria darme cuenta.

III.

De pronto alcé los ojos é hirió mi vista la presencia de otra figura.

Aun mas hermosa que la primera, y envuelta en una nube de rosa y oro, que avanzó hasta colocarse junto á mí.

Yo la miré, y arrastrada por un poder secreto sentí que mi fuerza de voluntad, se rendia ante los atractivos de aquel ser sublime, sobrenatural, divino.

—Quién eres? exclamé conmovida.

—Soy el *Amor*—contestó.

Miré al *Amor* entusiasmada.

—Yo, continuó la vision, sentimiento puro como la mirada de Dios, destruyo los imposibles, uno las almas y estrecho los corazones. Para mi, están abiertas las cabañas del pobre, como los palacios del magnate, reyes y esclavos, princesas y plebellas se rinden ante mis plantas. Pero en vano buscarás hoy en mí la felicidad que anhelas.

En otras edades el guerrero entraba en batalla luchando con fe, por su Dios y su dama: el *amor* era su guia. El *trovador*, al pié del gótico castillo, pulsaba su laud ante el encantador recuerdo de su amada; yo impulsaba aquellas mentes, yo enloquecia aquellos corazones y los hacia felices. Aquellas edades pasaron ya, extinguióse la fe, cual la luz del sol al soplo de la noche, el mundo me arrojó de su seno. El amor de tu alma, la luz de tu espíritu, la embriaguez de tu corazon, solo existe en la region de tus ideas; hoy el rey del mundo no se llama *amor*, como en otros dias, se llama *¡Materialismo!*

Y diciendo esto la figura desapareció.

IV.

El sol iluminaba el horizonte.

Era un dia primaveral, delicioso.

Apesar de esto, ni los rayos del sol, ni los acentos de las aves, ni los embriagantes perfumes de las flores, podian prestar á mi alma la dicha que deseaba.

¡Qué me importaban las bellezas de la naturaleza, sin las del corazon!

Buscaba *Amistad*, y la *Amistad* era una mentira.

Anhelaba *Amor*, y el *Amor* era una farsa.

De pronto alcé de nuevo los ojos é hirió mi vista la presencia de otra nueva y fantástica vision.

Aun era mas hermosa que las anteriores, deslumbraba.

—Quién eres? la pregunté sobrecogida.

—Soy la *Felicidad*—me contestó.

¿Buscas *Amor? Amistad?*... Ven, sígueme, y el amor y la amistad serán contigo.

Llena de alegría me dispuse á seguir á aquel ser deslumbrante, divino.

El sol brilló con una luz esplendorosa, el áura susurró dulcemente.

Las lánguidas flores desprendieron la dulce esencia de sus perfumes.

Al cabo de una hora, llegamos á la cúspide de una montaña elevadísima.

Allí nos detuvimos.

El mundo oscilaba á mis piés, cual un vasto hormiguero.

El aire zumbaba en las alturas, con una impetuosidad indescriptible.

—Ven,—me dijo la figura misteriosa, tomándome de la mano.

Yo obedecí.

—¿Es cierto que buscas la *Amistad* en la tierra?

—Sí.

—El *Amor?*

—Es cierto.

—En vano te esfuerzas tras esos dos objetos; son dos fantasmas.

—Es posible! exclamé.—¿Pues no me has prometido tú ese amor, esa amistad que busco? ¿A qué me has mandado seguirte?

—Para desengañarte.

Y la figura exhaló un grito, y desapareció entre las nubes.

En aquel instante sola, desengañada, triste, elevé mis pensamientos hácia la mansion del Dios de la verdad.

Y ví cruzar por el espacio un angel de blancas alas que con la mano tendida al cielo:

—¡Pobres locos que buscais la felicidad en la tierra —exclamó—en vano os esforzais; allí, allí, en el cielo, está la felicidad única y verdadera.

El ángel desapareció de mi vista.

En aquel instante desperté.

Habia sido un sueño. X***

A LOS SRES. SUSCRITORES.

El figurin que acompaña á este número, es el perteneciente al anterior segun puede verse por la explicacion inserta en el mismo, el cual no pudo repartirse por no haber llegado á tiempo y por cuya causa dimos en su lugar el dibujo de tapicería que debia repartirse con el de hoy. El administrador.

DIRECTOR: D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ 1867. IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA
á cargo de D. Federico Joly y Velasco,
Bomba, n. 1.

LA MODA ELEGANTE

AÑO XXVI. PERIODICO DE LAS FAMILIAS. NUM. 19.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs... Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs...Seis meses,65...Tres meses, 35... Un mes, 12.

Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs....Seis meses, 42... Tres meses, 22...Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

EDITOR PROPIETARIO: Don Abelardo de Cárlos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes.... Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Libreria de Don C. Bailly-Bailliere, plaza del Príncipe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tánago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux.
PARIS, Mr. Fermin Didot frères, rue Jacob, 56.

Sumario.—Explicacion de la hoja de patrones.— Fichú de tul négro. — Tocado de cinta de terciopelo encarnado. — Tocado de cinta de terciopelo violeta.—Enagua interior cortada á nesga.— Guarniciones para enaguas interiores.— Cesta para ropa blanca.—Casita de mimbre.—Cófia catalana.—Fichú con faldones. - Corpiño de tul negro. — Paletot para señorita.— Rotonda de viage (capa de verano).— Seis modelos de corbatas. — Dos collares de cinta de terciopelo y cuentas. — Grabado de modas.—Una cancion por un almuerzo.— El epitafio de la doncella.— Suspiros de la selva.—Los vecinos de Darlingen.— La flor de nuestra esperanza.—Figurin iluminado.—Problemas de ajedrez.

EXPLICACION DE LA HOJA DE PATRONES.

Fichú de tul negro.

Figuras 17 y 18 (verso) del patron.

Este fichú, hecho de tul de seda negro á lunares puede hacerse, para el verano, de muselina blanca, ó bien de chaconá estampado, igual á un trage de la misma tela, hecho con un corpiño escotado, ó solamente con un cinturon-coselete. En este caso, se llevará el fichú con una camiseta alta, de mangas largas, mientras que si el corpiño es solamente escotado, se le pondrán mangas largas de la misma tela. Se puede tambien hacer el fichú de tul liso, y bordarlo con un salpicado de cuentas negras. El encage negro que lo guarnece tiene 7 cents. de ancho; encima de este, y sobre la costura de los hombros, se encuentra una tira de terciopelo negro á festones. En nuestro modelo, se cosen formando rayos en los huecos de los festones cañutillos largos. Estos festones se forman haciendo en la cinta de terciopelo un corte de un cent. con intervalos de 3; se doblan hácia abajo las esquinas formadas por estos cortes. Los delanteros se reunen por medio de un lazo de cinta de terciopelo negro de 2 centímetros de ancho; iguales lazos sirven para reunir por detrás los cabos del fichú.

Para hacer este, se cortan en tul dos pedazos por la fig. 17, la espalda entera por la fig. 18, que representa su mitad; todos los pedazos se reunen juntando las letras iguales, luego se pone la guarnicion que se acaba de describir.

Tocado de cinta de terciopelo encarnado.

Figura 38 (verso) del patron.

Se hace de cinta de terciopelo encarnado de dos cents. y medio de ancho, dispuesta en hojas, cuyo dibujo publicamos en tamaño natural. Se hace un cierto número de hojas (mas ó menos segun el tamaño que se quiera dar al tocado); cuando estas hojas están plegadas, se las cose sobre un ala estrecha, cortada por la fig. 38, en tul rígido y alambre; disponiéndolas con arreglo á las indicaciones del dibujo. Dos cintas de terciopelo cada una de 75 cents. de largo, se fijan á los extremos del tocado, y se atan debajo de la castaña.

FICHÚ DE TUL NEGRO.

Tocado de cinta de terciopelo violeta, adornado con pensamientos de terciopelo.

Fig. 39 (verso) del patron.

Se hace de cinta de 2 cents. de ancho, dispuesta en buclecillos de 4 cents. y medio, adornados en su punta con cascabelillos de cuentas. La fig. 39 representa el fondo, que es de tul rígido y alambre. Dos cabos de cinta, uno de 50 centímetros y otro de 70, terminados en una punta con su cascabelillo, se atan debajo de la castaña; en el lado izquierdo se pone un ramito de pensamientos.

Enagua interior cortada á nesgas.

Figuras 27 á 32 (verso) del patron.

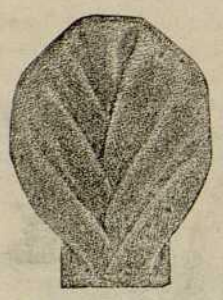
Es enteramente lisa por delante y por las caderas, pero un poco fruncida por detrás, gracias á la jareta colocada en la parte de detrás de la pretina. El efecto de la jareta se ve mejor examinando el dibujo de la enagua de percal blanca, cuyo patron es exactamente igual al de esta de que nos venimos ocupando, la cual es de cachemira azul. La guarnicion de la enagua blanca se compone de dos volantes pequeños plegados, cada uno de 8 cents. de ancho, fijados por una tira de percal pespunteada de 1 cent. de ancho.

Para guarnecer la enagua de cachemira puede adoptarse la disposicioñ del dibujo repetida en la mitad de su tamaño natural, y que consiste en una tira de la misma cachemira plegada, adornada con cinta de terciopelo (véase la explicacion especial consagrada á esta guarnicion), si bien se puede igualmente adoptar una de las otras dos guarniciones cuyos dibujos publicamos.

Para hacer esta enagua, se cortará el delantero por la fig. 27, que representa su mitad,—2 pedazos por cada una de las figs. 28, 29 y 30, dejando la tela necesaria para un dobladillo de 4 cents. en el borde inferior.—Se corta la pretina de delante entera por la fig. 31, que representa su mitad,—luego las dos mitades de la pretina de detrás, ámbas dobles. Se cosen juntos todos los pedazos, se hace el dobladillo inferior, y otro en la abertura (véase la figura 30) desde 19 hasta 24, y se asegura su extremo con algunos puntos de feston. Se orla el borde superior de la pretina de delante con un vivo, lue-

TOCADO DE CINTA DE TERCIOPELO ENCARNADO.

go se la reune á las 2 mitades de la pretina de detrás, juntando las cifras iguales; en esta última costura se fija una cinta de hilo. La enagua se arma entre las dos telas de la pretina.



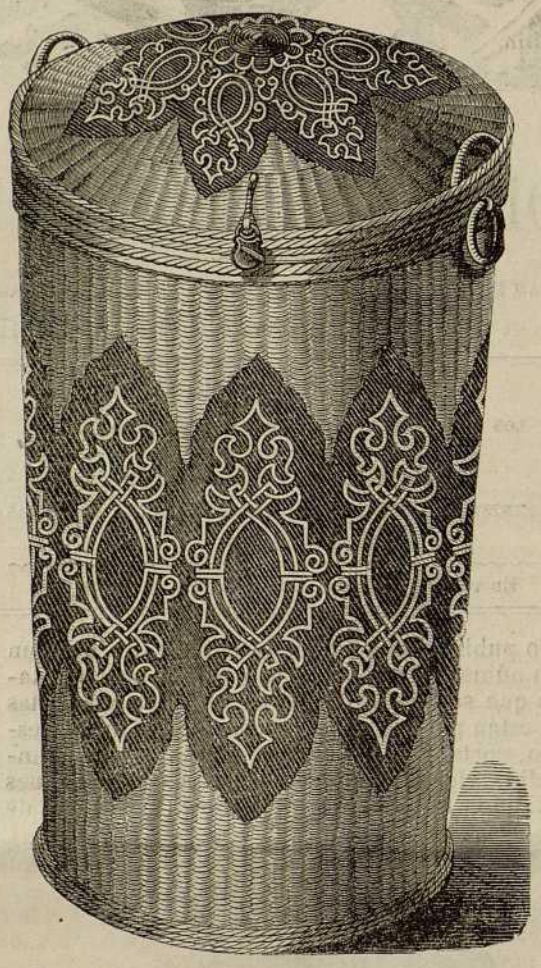
HOJA DEL TOCADO DE CINTA DE TERCIOPELO ENCARNADO.

TOCADO DE CINTA DE TERCIOPELO VIOLETA CON PENSAMIENTOS.

Cesta para ropa blanca.

Las figs. 40 y 41 representan la guarnicion de la cesta.

Esta cesta, bastante elegante para colocarse en una habitacion, está destinada á contener la ropa blanca de uso en la noche y en el dia. Su alto es de 70 cents., su circunferencia, por el borde inferior, es de un metro y 70 cents. Se puede colocar un candado para cerrarla. Los adornos se componen de una orla y de una especie de estrella, esta puesta sobre la tapa. Todo ello es de paño azul, recortado, y bordado de galon negro. La fig. 41 representa una de las divisiones de la orla; la fig. 40 es la cuarta parte de la estrella con su dibujo. Orla y estrella deben cortarse de un solo pedazo. Se forra el paño con percalina del mismo color, luego se fijan los dichos adornos.



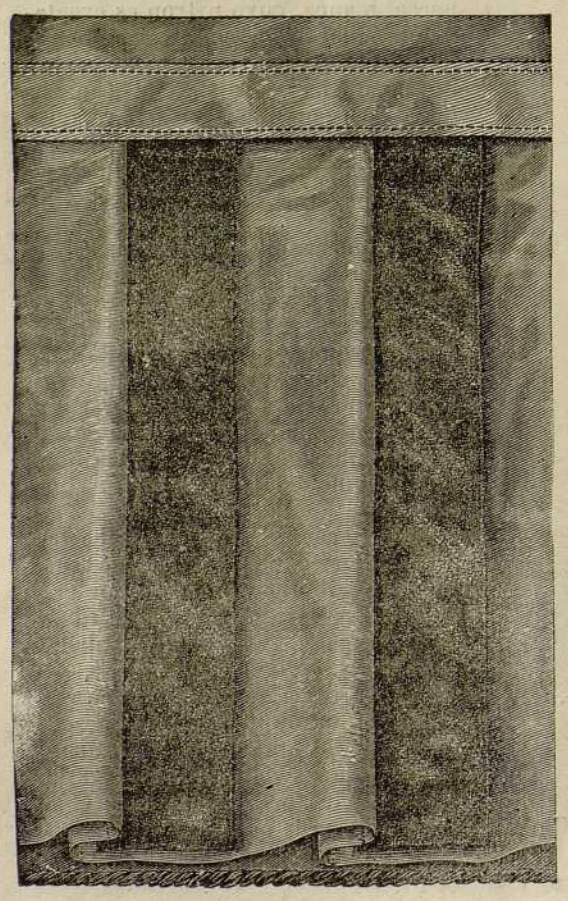
CESTA PARA ROPA BLANCA.

Guarniciones para enaguas interiores de cachemira.

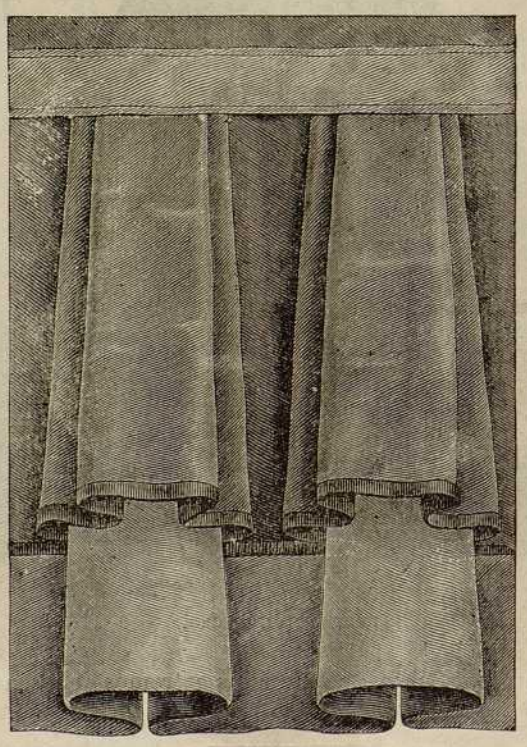
Fig. 42 (verso) del patron.

N.° 1. — Este dibujo representa la guarnicion de la enagua de cachemira, cuyo patron está representado por las figs. 27 á 32, en la mitad de su tamaño natural. La guarnicion se compone de una tira igual á la enagua, cuyos pliegues perpendiculares, de 1 cent. de ancho, están separados por un intervalo de 5 centímetros. Una cinta de terciopelo de 2 cents. de ancho se fija en el intervalo de los pliegues; una tira estrecha de cachemira se pespuntea sobre el borde superior de los pliegues; el ancho de esta tira, cortada al sesgo, es de dos centímetros.

ENAGUA DE PERCAL,
(El mismo patron que la enagua de cachemira.)



N.° 1.—GUARNICION DE ENAGUA INTERIOR.

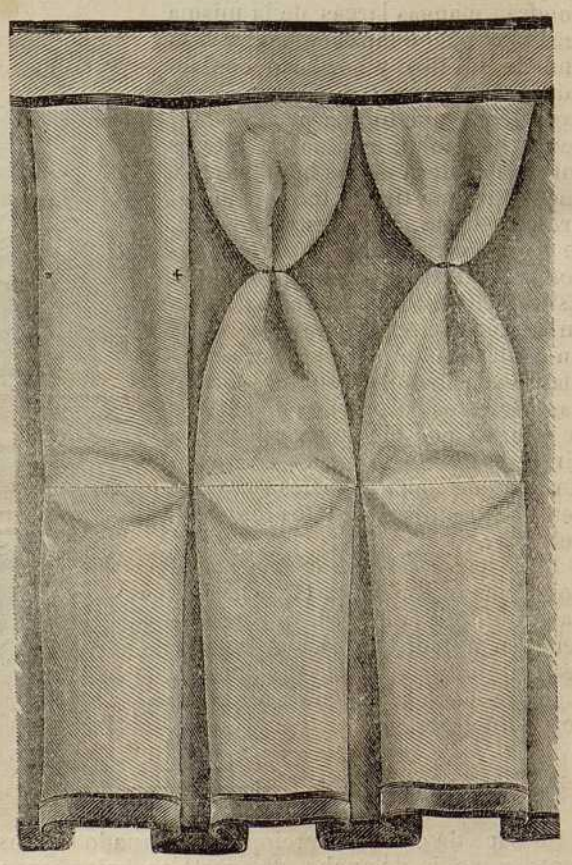


N.° 3.—GUARNICION DE ENAGUA INTERIOR.

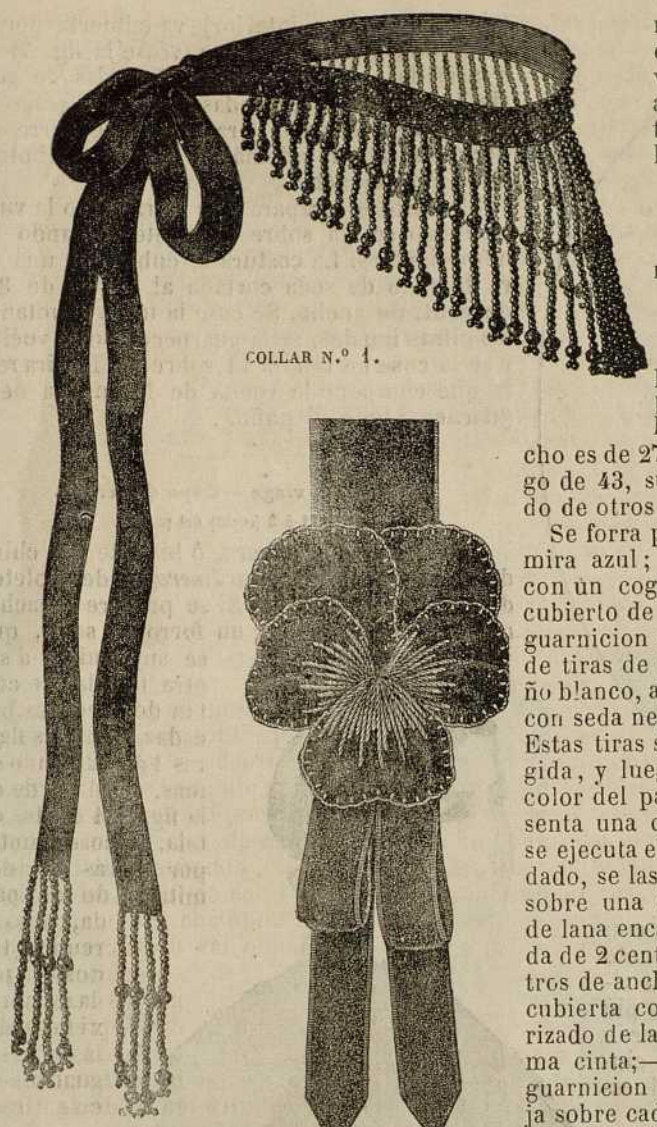
N.° 2.—La guarnicion se forma con una tira de tela de 11 cents. de ancho, orlada por una tira al sesgo de color que corte bien, de centímetro y medio de ancho, y plegada con arreglo á las indicaciones del dibujo. En el medio de la tira, los pliegues, de dos centímetros se cosen á bastilla, y así se fijan á la enagua; además, cada pliegue se cose por arriba, punto sobre cruz (véase el dibujo).

N.° 3.—Para ejecutar esta guarnicion se emplea una tira igual á la enagua, de 8 cents. de ancho, y una segunda tira de color diferente, que tenga 6 cents. de ancho. En la primera se hace un dobladillo en uno de sus lados largos, la otra se orla con un vivo sin cordon. La mas ancha se dispone en pliegues sencillos de 2 cents. de ancho, separados por un intervalo igual á su ancho,—la mas estrecha se pliega á pliegues dobles. Para ejecutar estos pliegues se ponen las dos tiras (la mas estrecha encima) borde con borde, y se hacen los pliegues con arreglo á las indicaciones del dibujo y del patron. En este, el borde de la tira de debajo está indicado por una línea contínua, el de la tira de encima por una línea ondulada. Se pone (véase la fig. 42) *a* sobre *a*, cogiendo las dos tiras, luego se forma un pliegue en la de encima, poniendo *b* sobre *b* y *c* sobre *c*. La primera *d* de la tira de encima debe caer sobre la *d* de la tira de debajo, y se po-

ENAGUA DE CACHEMIRA.

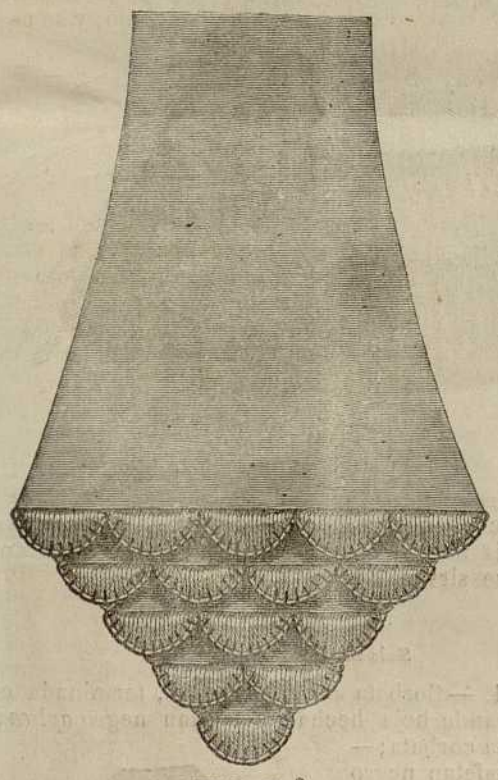


N.° 2.—GUARNICION DE ENAGUA INTERIOR.



COLLAR N.º 1.

CORBATA N. 6.



CORBATA N. 2.

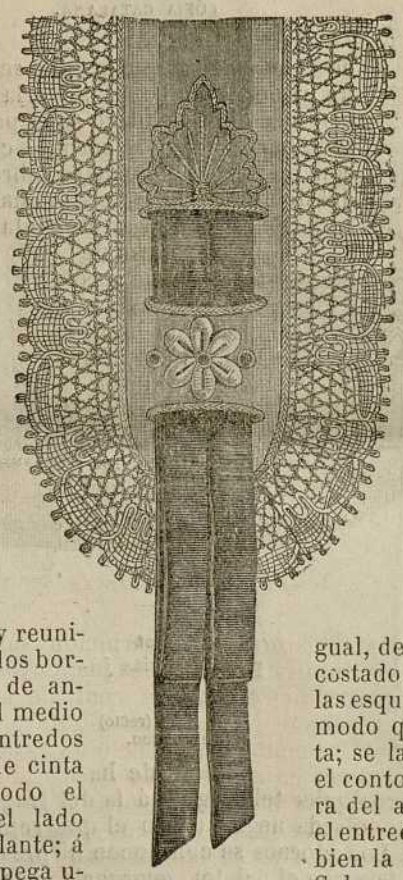
ne *d* sobre *d*, cogiendo las dos tiras á la vez. Una tira cortada al sesgo de 1 centímetro de ancho corre sobre estos pliegues.

Casita de mimbre.

Las figs. 36 (verso) representa el patron y el dibujo de una de las tiras bordadas.

La armazon de este pequeño edificio, se prepara con mimbre blanco y pardo; su ancho es de 27 centímetros, su largo de 43, su altura hasta el tejado de otros 43.

Se forra por dentro de cachemira azul; el suelo se guarnece con un cogin relleno de crin y cubierto de cachemira azul. — La guarnicion exterior se compone de tiras de paño encarnado y paño blanco, alternando, y bordadas con seda negra á punto de feston. Estas tiras se forran con gasa rígida, y luego con percalina del color del paño. La fig. 36 representa una de estas tiras. Cuando se ejecuta el bordado, se las cose sobre una cinta de lana encarnada de 2 centímetros de ancho, y cubierta con un rizado de la misma cinta; — esta guarnicion se fija sobre cada lado del tejado. — En el extremo de las tiras se pone una borla.

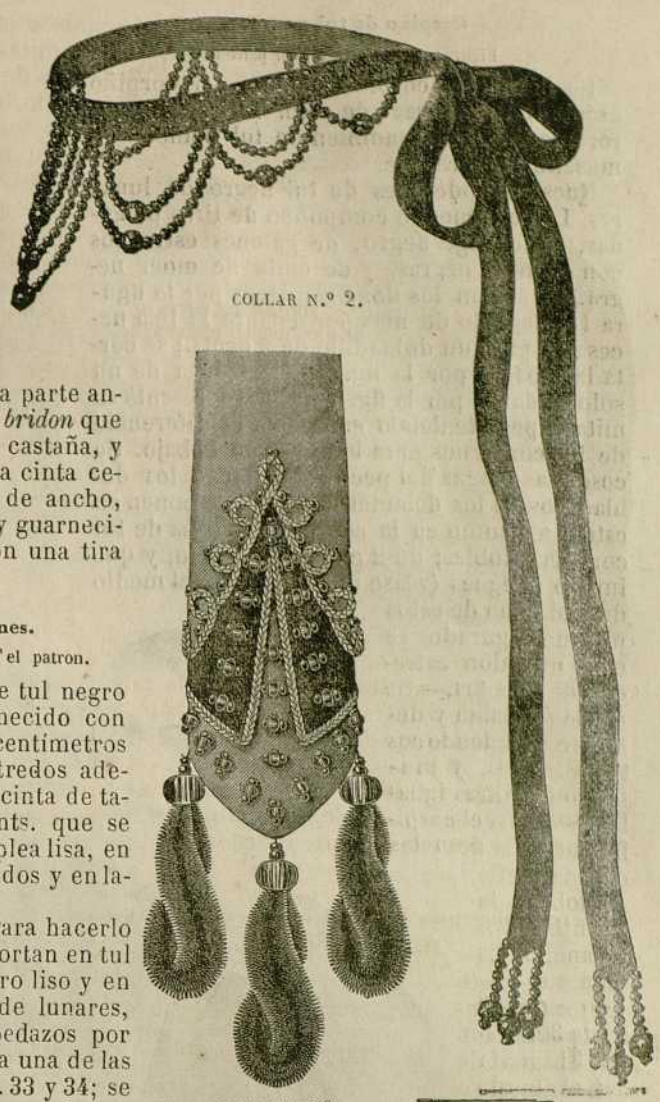


CORBATA N.º 3.

Cófia catalana.

Figura 37 (verso) del patron.

El fondo se hace de dos pedazos de muselina cortados al sesgo por la fig. 37 y reunidos por un entredos bordado de 1 cent. de ancho, que forma el medio de la cófia; un entredos igual, forrado de cinta cereza, rodea todo el fondo, excepto el lado transversal de delante; á este entredos se pega una tira de muselina festoneada, de 2 cents. de ancho. Debajo del lado transversal de delante se pone una tira de muselina doble, de un centímetro de ancho, se la guarnece con una tira festoneada, y luego plegada, de 3 cents. de ancho, puesta de modo que termine en línea recta el fondo, adornado en este sitio con un lazo de cinta cereza; dos buclecillos de la misma cinta van colocados á ámbos lados de este lazo. Haciendo las veces de bridas, se fija en ámbos lados del fondo, á 4 centímetros de distancia poco mas ó menos de la parte anterior; una especie de *bridon* que pasa por debajo de la castaña, y que se compone de una cinta cereza de un centímetro de ancho, cubierta de muselina y guarnecida por ámbos lados con una tira festoneada.



COLLAR N.º 2.

CORBATA N.º

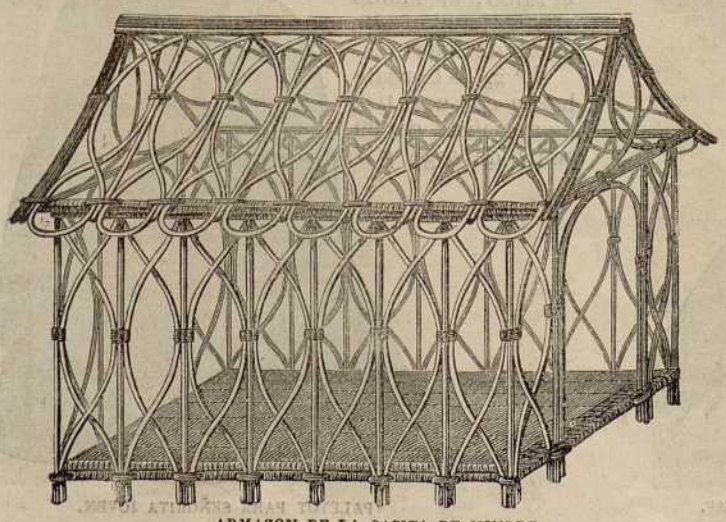
Fichú con faldones.

Figuras 33 á 35 (verso) del patron.

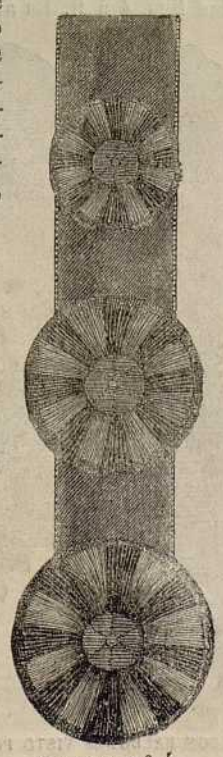
Este fichú, hecho de tul negro de lunares, está guarnecido con un encage negro de 8 centímetros de ancho, con un entredos adecuado, á ondas y con cinta de tafetan negro de 3 cents. que se emplea lisa, en rizados y en lazos.

Para hacerlo se cortan en tul negro liso y en tul de lunares, 2 pedazos por cada una de las figs. 33 y 34; se cortan solamente en tul liso, pero puesto doble, 2 pedazos por la figura 35 *entera*. Se fija primero el tul de lunares sobre su forro, representado por el tul liso, y se reunen las figuras 33 y 34 juntando las cifras iguales. Se rodea el fichú con el encage (que puede bordarse de cuentas negras) y con el rizado de cinta. Un pedazo de cinta de 19 cents. de largo, bordado de cuentas, cubre la costura del hombro; una cinta igual, de 22 cents., cubre la costura del costado. En el borde trasversal inferior, las esquinas de estas cintas se doblan de modo que por debajo formen una punta; se la adorna con un cascabelillo; por el contorno esterior del fichú, la costura del ancage y del rizado se cubre con el entredos ondulado, que guarnece tambien la costura cubierta con la cinta. — Sobre cada uno de los dos pedazos de tul cortados por la fig. 35, se prepara un lazo de cinta, el de delante tiene dos cabos, de 20 cents. de largo cada uno, bordados con cuentas, y terminados por un cascabelillo. Se reunen las figs. 33 y 34 en el medio, por delante y por detrás, añadiendo la fig. 35, con arreglo á las indicaciones de las cifras.

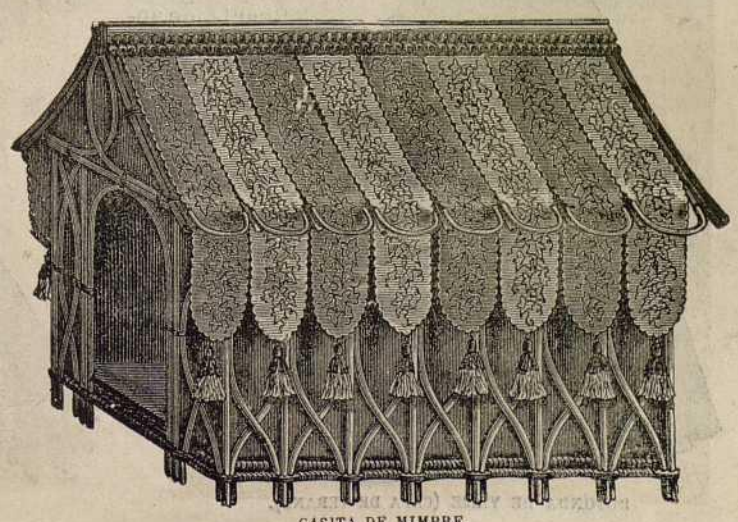
CORBATA N.º 1.



ARMAZON DE LA CASITA DE MIMBRE.



CORBATA N.º 4.



CASITA DE MIMBRE.

Corpiño de tul negro.

Figuras 14 á 16 (recto) del patron.

Se lleva este corpiño encima del corpiño escotado de un trage de color blanco ú oscuro; puede hacerse tambien de tul blanco, de muselina blanca, etc.

Nuestro modelo es de tul negro de lunares. Los adornos se componen de tiras plegadas, de encage negro, de galones estrechos con cuentas negras, y de cinta de moer negra. Se cortan los dos delanteros por la figura 14, dejando de mas por delante la tela necesaria para un dobladillo de 2 cents.; se corta la espalda por la fig. 15, la manga de un solo pedazo, por la fig. 16, que representa su mitad, pero teniendo en cuenta la diferencia de los contornos para la mitad de debajo. Se cosen las nesgas del pecho, se hacen los dobladillos de los delanteros, luego se ponen en estos, así como en la espalda, las tiras de tul cortadas dobles; de 2 cents. de ancho, y que imitan pliegues (véase el patron). En el medio de cada uno de estos pliegues figurados se cose un galon estrecho de cuentas.—Se reunen espalda y delanteros haciendo costuras dobles, y juntando las cifras iguales. Se arma el corpiño entre las dos telas de una pretina doble, de 4 centímetros de ancho. La manga se cose desde 29 hasta 30, desde 31 hasta 32; el borde inferior se le guarnece con un ribete de cinta, cubierto con dos órdenes de encage negro, cosido *pié con pié*; cada encage tiene 2 cents. de ancho, y se pone sobre las líneas contínuas del patron; la costura se cubre con un galon estrecho de cuentas. A la segunda fila se pega un encage de 7 centímetros de ancho, que cae hácia atrás. — Al coser la manga en la sisa se juntan las cifras iguales. Se figura una berta cuadrada, colocando sobre la línea contínua, en el extremo de los pliegues, un encage de 2 cents. de ancho, puesto *en pié*, y un encage de 7 centímetros de ancho. La costura que los une se cubre con un galon de cuentas. Se orla el escote con una cinta, y luego se le pone un rizado hecho con dos encages cosídos pié con pié; este rizado baja sobre el borde del delantero de la derecha hasta la cintura. Se pone un lazo de cinta en el escote, y otro de tres hojas largas y dos cabos sobre cada hombro. El corpiño se cierra con botones negros y ojales festoneados, que se hacen debajo del dobladillo del delantero de la derecha.

CÓFIA CATALANA.

FICHÚ CON FALDONES.

Paletot para señorita jóven.

Figs. 4 á 9 (recto) del patron.

Se puede hacer de cualquier tela, igual á la del trage, ó bien de paño de seda negra, como el que representa el dibujo. Los adornos se componen de presillas de la misma tela que el paletot, guarnecidas con tiras al sesgo de raso negro, de medio cent. de ancho. Se corta este por las figs. 4 á 9. La abertura de la faltriquera (esta es interior) va cubierta por la carterilla, que se compone (véase la fig. 7) de 4 presillas de paño de seda, forradas de gasa rígida, de lustrina, orladas de tiras al sesgo de raso, y reunidas á la tira recta que corre sobre ellas, la que además se adorna con botoncitos de azabache.

El cuello se prepara y se forra como la vuelta, luego se fija sobre el escote juntando las cifras iguales. La costura se cubre con una tira de paño de seda cortada al sesgo, de 3/4 de cent. de ancho. Se cose la manga juntando las cifras iguales, se la guarnece con la vuelta, y se la cose en la sisa 14 sobre 14. La tira recta que compone la vuelta de la manga debe guarnecer todo el puño.

Rotonda de viage.—Capa de verano.

Figs. 1 á 3 (recto) del patron.

Se hace de paño ligero, ó bien de tela chiné de capricho, de paño *jardinera*, ó de moleton de verano con lunares. Si se prefiere la cachemira se deberá tomar un forro de seda, que se suprimiria á ser otra la tela. Se cortan dos pedazos por cada una de las figuras 1 á 3, dejando de mas, en el borde de la fig. 1, 4 cents. de tela. Se cosen juntas por detrás las dos mitades de la espalda, luego se reunen todos los pedazos aproximando las cifras iguales. El cuello se cose en el escote con un vivo de tafetan. Por delante se ponen seis botones anchos y planos, y presillas dobles que sirven de ojales.

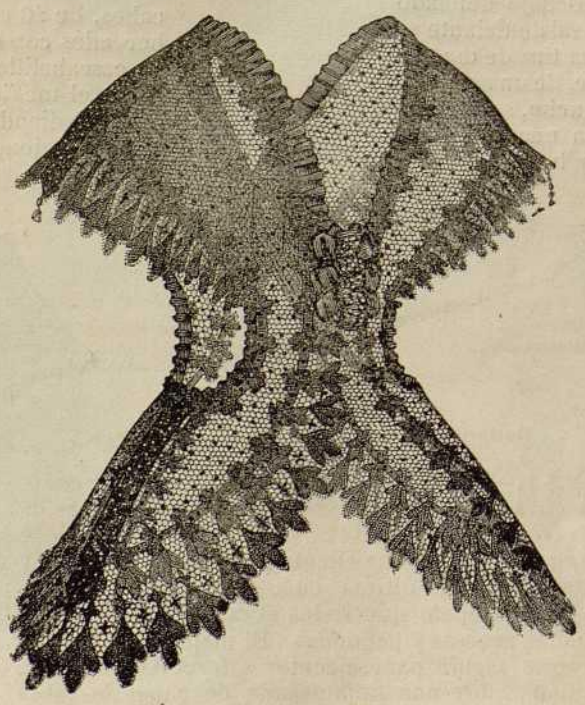
CORPIÑO DE TUL NEGRO.

Seis modelos de corbatas.

N.° 1. —Corbata de tafetan azul, terminada en uda grande hoja hecha de tafetan negro *aplicado* sobre la corbata;—en el tafetan negro se borda al pasado el ramo, ejecutado con seda blanca y torzal de seda gris.

N.° 2. — Corbata hecha con una tira de muselina de 90 cents. de largo y 4

ROTONDA DE VIAJE (CAPA DE VERANO).



FICHÚ CON FALDONES VISTO POR DETRAS.

PALETOT PARA SEÑORITA JÓVEN.

de ancho, terminado en un triángulo en cada cabo. Los adornos se componen de 5 pliegues cada uno de medio cent. de ancho, cosidos antes de que la corbata haya recibido su forma definitiva. La ejecucion de estos pliegues se forman haciendo tres ó cuatro puntos de bastilla, luego un punto perpendicular que abraza el diente ó feston, y así sucesivamente. Se cubren estos dientes con un feston lleno hecho con algodon blanco; luego se adornan los contornos con un feston ejecutado con seda fina negra. El contorno del triángulo que termina el cabo de la corbata se festonea con algodon blanco. Sobre las líneas rectas de la corbata se hace un simple dobladillo.

N.° 3.—Esta corbata se hace con una tira de muselina blanca de 90 cents. de largo y 2 y medio de ancho, redondeada por ámbos cabos, orlada con un encage de Valenciennes de 1 cent. de ancho, y atravesada por dos cintas de terciopelo encarnado, cada una de 1 cent. de ancho. Estas cintas se pasan en ámbos extremos de la corbata por tres ojales adornados de bordados como lo indica el dibujo; el encage se fija con un punto de feston.

N.° 4.—Esta corbata se hace con un pedazo de cinta violeta de 2 cents. de ancho; cada cabo se adorna con tres rosetas hechas con seda *crepé* negra y blanca; el centro se borda al pasado con seda amarilla de oro. Si no se tiene fleco, se le podrá preparar siguiendo las indicaciones del dibujo.

N.° 5.—Corbata de cinta de tafetan cereza, bordada de cuentas y aplicaciones; las cuentas son blancas, de cristal, la trencilla tambien blanca, las aplicaciones de terciopelo negro, las borlas se hacen con un cabo de felpilla cereza de 5 cents. de largo, un poco torcido, doblado por su mitad, cosido uno con otro, y adornado de cuentas blancas de cristal.

N.° 6.— Corbata hecha de cinta de terciopelo violeta de 2 cents. de ancho; cada cabo se adorna con un pensamiento, cuyas hojas se recortan de terciopelo violeta, se festonean, y se bordan con lana amarilla. De esta flor penden dos buclecillos de cinta de terciopelo violeta de un centímetro de ancho. Para mas exactitud en su ejecucion, consúltense los dibujos de estas seis corbatas, que se hallan insertos en la página 147 de este número.

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Trage de tafetan verde claro, con bandas y enrejados de tafetan verde, mas oscuro que el del trage, y encage negro estrecho.

Trage de fulard malva, liso, con corpiño escotado, cubierto por un corpiño de tul negro á lunares, con largos cabos pendientes.

Trage de tafetan negro, con paños dentados; orlados por un rizado plegado de tafetan negro. Botones de azabache con pendientes.

Collares de cinta de terciopelo y cuentas.

N.° 1.—La cinta se adorna con un fleco de cuentas cuya altura disminuye gradualmente por los lados (véase en la pág. 147); cada hebra de este fleco se guarnece con una cuenta gruesa en el medio, y antes de las tres últimas cuentas pequeñas. La cinta de terciopelo que rodea el cuello se borda con cuentas gruesas y pequeñas. El mejor método que hay que seguir para ejecutar este collar, consiste en fijar sobre una hoja grande de papel la cinta destinada á rodear el cuello, luego en trazar por ámbos una linea al sesgo, partiendo de los dos extremos de la cinta; estas dos líneas formarán un triángulo al encontrarse; la altura de este triángulo será de 14 cents. en su parte media por delante; se fija esta cinta, y á un medio centímetro de distancia, el fleco debe cubrir el espacio que forma el triángulo. El extremo de los cabos que han de atarse detrás se guarnece con 4 hebras de cuentas, cada una de 10 cents. de largo.

N.° 2.—Se hace con cinta de terciopelo negro de 2 cents. de ancho, y cuentas talladas, grandes y pequeñas, de azabache. Se toma una cinta de terciopelo de 2 metros y 16 centímetros de largo; la parte media, poco mas ó menos de 32 cents. de largo, rodea el cuello y en este espacio la cinta se borda con tres órdenes de cuentas gruesas formando un salpicado; esta parte de la cinta se orla con con festones de cuentas, siguiendo la disposicion indicada por el dibujo. El mas largo de estos festones (el de delante) tiene 8 cents. de alto, el mas corto 2 cents. y medio; la cinta se ata detrás, y se adorna con cuentas en sus extremos.

UNA CANCION POR UN ALMUERZO.

I.

No recuerdo á punto fijo la fecha, pero sé que hace ya bastantes años, se encontraron en un café de los mas

humildes y solitarios de París, tres jóvenes estudiantes, amigos antiguos, y en quienes parecian vinculadas desde mucho tiempo, dos cosas que la vejez cree incompatibles: la alegría y la miseria.

De aquellos tres jóvenes, uno aspiraba á alcanzar algun dia el lauro de poeta; los otros eran modestos alumnos del Conservatorio de música.

—Qué haces aquí? preguntaron los últimos al primero, que casi tendido en un divan se recreaba contemplando las espirales azules del humo de su pipa.

—Qué hago? es muy sencillo; trato de olvidar que esta es la hora en que la mayoría de la humanidad almuerza.

—Hombre, eso de la mayoría es muy vago; aquí, por ejemplo, somos tres, y no almorzamos por unanimidad.

—Dí mas bien por necesidad, repuso el ordenador de consonantes.

—Es decir, exclamó con brio el tercero de los interlocutores, que nosotros, jóvenes, llenos de porvenir y de vida; destinados quizá á fatigar la historia con el peso de nuestros nombres, nos declaramos impotentes ante el obstáculo, sin mas ni menos que esos miserables que fian su existencia á la casualidad, y mueren sin combatir siquiera ese terrible enemigo que se llama el hambre.

—*Triste cosa será, pero posible,* murmuró el poeta recordando un antiguo verso español.

—Pues yo digo que no debe ser, y por mi parte estoy dispuesto á evitarlo por todos los medios.

—En ese caso, empieza por convidarnos á almorzar.

—Lo haré, amigos mios, pero antes me ayudareis á buscar dinero.

—Si hemos de comenzar por ahí, de seguro no almorzamos en dos meses.

—No tal; almorzaremos aquí mismo, dentro de dos horas.

—A ver, á ver, gritaron poniéndose de pié los indolentes.

—Voy á comunicaros mi plan; pero antes es preciso sumar la cantidad con que contamos en este momento.

Todos echaron mano á los bolsillos; entre todos reunian una suma de seis sueldos.

—Ya comprendereis, siguió diciendo el atrevido, que con seis sueldos podríamos apenas tomar un vaso de agua, pero con seis sueldos hay lo suficiente para comprar dos cuadernillos de papel.

—Sí, pero ¿de qué se llena ese papel? interrumpió uno.

—A menos que se llene de solicitudes pidiendo limosna, añadió otro.

—¿Qué es eso de limosna, infelices? La limosna vamos á darla nosotros ofreciendo por una suma insignificante lo que mañana puede ser un tesoro. Ese papel se llenará con lo que improvisemos aquí mismo.

—Sí, pero ¿qué diablos vamos á improvisar?

—Esperad; dijo de repente el poeta; tengo ya la idea, y estoy casi seguro del buen éxito. ¿Qué es lo que cuesta un pliego de papel de música?

—Cinco sueldos, contestaron á la par los alumnos del Conservatorio.

—Pues bien: es preciso que uno de vosotros vaya inmediatamente por él; mientras tanto, yo iré preparando los materiales.

—Pero, ¿de qué se trata?

—Imbécil! ¿de qué ha de ser? de componer á toda prisa una cancion.

II.

Diez minutos despues, los tres jóvenes se hallaban sentados á la misma mesa, y uno de ellos leia á los demás la letra ya concluida de la cancion.

Apenas terminada la lectura, uno de los oyentes murmuró:

—Un momento de silencio, camaradas; ahora me toca á mí.

Y como por encanto, empezó á cubrirse de notas el papel de música, y empezaron á galopar por el pentágrama patrullas de corcheas, y destacamentos ligeros de semifusas.

No habria pasado media hora, y ya el músico escribia el correspondiente *da capo* en la tercera plana del papel.

—*Tutto è finito,* gritó con alegría apretando la mano de sus compañeros.

—Todo no; falta ahora mi parte que es la principal, dijo el que nada habia hecho hasta entonces.

Y despues de repasar un instante el papel, con una voz imperceptible para la gente de fuera, pero dulce y sonora para los que estaban á su lado, hizo oir su obra á los autores, que la escucharon con deleite, y la aplaudieron con frenesí.

Cuando el rumor de los aplausos se hubo extinguido con gran satisfaccion del dueño del café, el poeta enrolló tranquilamente el manuscrito, y se lanzó á la calle seguido de sus dos camaradas.

—A dónde vamos? preguntaron estos con interés.

—A dónde? A casa de Brandus, calle de Richelieu, esquina al Boulevart de Italianos.

Conviene advertir á los que no lo sepan, pue Brandus ha sido el mas famoso editor de música de París.

Una vez á la puerta del editor, el poeta la abrió resueltamente, despues de decir á sus amigos:

—Dejadme entrar solo, y esperad aquí que yo os avise.

El Sr. Brandus se hallaba en aquel momento en su despacho, elegante como el de un banquero, pero donde casi todos los muebles eran pianos.

—Qué quieres? dijo al ver adelantarse al jóven.

—Quiero proponeros un brillante negocio.

—Dispensad, caballero, pero yo no me ocupo de mas negocios que de los de mi casa.

—Es que mi negocio es de ese género, y sin duda alguna os conviene. Se trata de que compreis esta cancion.

El editor tomó el papel, y lo examinó un breve rato con curiosidad, pero sin cariño, como todos los editores.

—Está bien, murmuró en seguida; es en efecto una cancion, con letra y música, segun costumbre, pero sería preciso oirla para poderla apreciar.

—Si no es mas que eso, vais á quedar complacido en el acto.

El poeta se acercó á la puerta, izo una señal, y entraron el músico y el cantante en embrion.

—Perdonad si os distraemos de vuestras ocupaciones, pero estos amigos están interesados como yo en el negocio.

Y diciendo y haciendo, sentó á uno de ellos delante de un magnífico piano; colocó el otro á su derecha, y poniendo el papel en el atril, dió la órden de que principiara la cancion.

El editor la oyó como quien oye llover; los autores fueron los únicos que se entusiasmaron. Cuando el piano lanzó el último acorde, preguntó el poeta:

—Y bien, Sr. Brandus, ¿qué os parece?

—Lo de siempre; una cancioncilla agradable y nada mas.

—Pero ¿cuánto os atreveríais á dar por ella?

—Yo! daria por la propiedad absoluta quince francos.

Los tres jóvenes se miraron con ansiedad.

—Poco son quince francos, balbuceó el mas tímido de los tres.

—Si lo creeis así, podeis llevaros vuestra cancion.

—Nada de eso, replicó el poeta; tomadla, y añadid al precio un ejemplar que nos dareis cuando se imprima.

—Me conformo; contad con un ejemplar para cada uno.

Algunos minutos mas tarde el café que habia sido teatro de la improvisacion, lo fué tambien de un almuerzo tan espléndido como puede serlo un almuerzo de quince francos.

Si alguna vez vas á París, querido lector, dí al oido de la primera loreta que te encuentres, estos dos versos:

As tu connu dans Barcelonne
une andalouse au teint brun?...

y ella te cantará entonces, toda entera, la cancion que compró Brandus por quince francos, y que ha producido ya mas de treinta mil.

En cuanto á los autores, puedo nombrártelos en la seguridad de que no te son desconocidos.

El de la letra se llamaba Alfredo de Musset.

El de la música, Mehul.

Y el que la cantó al piano, se llamó mas tarde el tenor Duprés.

MANUEL DEL PALACIO.

EL EPITAFIO DE LA DONCELLA.

TRADICION ESCANDINAVA.

Zagaleja idolatrada
que saliste con la aurora
de la rústica morada:
¿porqué tu mano nevada
rojiza la miro ahora?
¡Ay madre!... ¡torpes antojos!
cuando el alba lloró perlas
dos rosas vieron mis ojos...
¡qué hermosas! quise cogerlas,
y me clavé sus abrojos.
Otra vez por la mañana
corriste niña á los prados
que el aura fresca engalana.
Mas... ¿porqué tan encarnados
vuelven tus labios de grana?
Madre mia! no adivinas?
si ocultarlo no les plugo!
fuí al bosque á cojer nebrinas
y al comérlas—muy ladinas—
los tiñeron con su jugo.
Creciendo su dulce anhelo,
nuevamente la doncella
buscó al corazon consuelo,
cuando todavía el cielo
no apaga su última estrella.
El alba pasó gozosa...
mas la pobre zagaleja
volvió á su hogar silenciosa,
pálida, triste y llorosa
suspirando amarga queja.
Su madre la recibió
con cariño puro y santo
é inquieta la preguntó:
querida ¿dime si yo
puedo enjugar ese llanto?
En vano: la desventura
desgarra mi corazon;
ábreme una sepultura
y sobre la losa dura
haz grabar esta inscripcion.
"Un dia—dia menguado—
sus manos rojizas ví;
un zagal apasionado
se las habia estrechado
con amante frenesí.
Otra vez sus labios rojos
ví subidos de color...
fué porque el zagal de hinojos
con cariciosos antojos
les imprimiera su amor.
De nuevo volvió otro dia
llevando el sello en su faz
de triste melancolía...
su amante... no la queria...
fué traidor... Descanse en paz."

FILIBERTO ABELARDO DIAZ.

SUSPIROS DE LA SELVA.

Las del otoño triste
lánguidas brisas,
cruzarán gemidoras
por las campiñas;
y sin colores,
sin perfumes y mústias
yarán las flores.

Pájaro que volando
de rama en rama
saludaba contento
la luz del alba,
verá perdido
con los soplos del viento
su pobre nido.

Anunciando el invierno
con sus furores,
llevarán hojas secas
los aquilones:
furioso el viento,
remedará del triste
débil lamento.

Llenan del breve otoño
los cortos dias,
una dulce y suave
melancolía:
su triste encanto
del corazon que sufre,
desprende el llanto.

Tienen los bellos campos
tristeza suma,
cuando el viento de otoño
volando zumba,
y este en su acento,
todas las vibraciones
del sentimiento.

De la selva parece
salen quejidos,
ayes del desconsuelo,
tiernos suspiros;
y el murmurante
rio tener parece
queja de amante.

Yo en el tranquilo otoño
con pecho tierno,
canto á las pobres flores
que están muriendo:
canto llorando
á las yá secas hojas
que estoy pisando.

En el otoño triste
tengo el recuerdo
del amor que en mi alma
tuvo su templo.
¡Ay! amor mio!
hace mucho há llegado
tu invierno frio!

¡Pobre amor que gimiendo
desconsolado,
en los brazos se ha visto
del desengaño!
¡ay! pobres flores,
las del arbusto tierno
de mis amores!

¿Dónde vá tu esperanza;
dónde se fueron
tus quimeras de rosas;
tantos ensueños?....
¡Todo su encanto,
desvanecí en raudales
de amargo llanto!

Al cruzar tus dinteles
falaz mentira,
en tinieblas dejaste
mi triste vida.
¡Ay! quién pudiera,
disfrutar la inocencia
de edad primera.

¡Triste recuerdo amargo,
débil quejido:

sueño de amores falsos,
yó te maldigo!....
séco mi llanto;
rompo mi débil lira:
ceso en mi canto!....

A. de San Martin.

LOS VECINOS DE DARLINGEN.

NOVELA DE ENRIQUE CONSCIENCE.

(Continuacion.)

Llevaré á Ernesto á Darlingen, lo presentaré á Romys y con algunas visitas frecuentes procuraré disponer favorablemente á nuestro cuñado, declarándole al cabo de cierto tiempo nuestro designio. ¿Me comprendeis? Romys al fin y al cabo es padre de Herminia y vale mas convencerle por la dulzura que por medios violentos. Todo irá perfectamente si Ernesto sale bien de la prueba.

—Pero qué prueba es esa? exclamó la anciana con inquietud.

—Muy sencilla, María; le haré creer por un instante que Romys, por consecuencia de malos negocios, ha perdido toda su fortuna, y pronto leeré en su rostro la impresion que le causa esta noticia.

—Le hareis desgraciado.

—No lo creas; así sabré perfectamente hasta qué punto la fortuna de Romys entra en la afeccion de Ernesto por Herminia. Esto es necesario y os suplico, hermana mia, que no me contrarieis; si Ernesto pregunta por Herminia, habladle poco de ella, aparentad tristeza y dejadme hacer que á su tiempo le haré saber la falsa nueva.

Cambiaron todavía algunas palabras sobre este objeto y mostrándose Mr. Blondeel firme en su resolucion, prometió su hermana no contrariarle.

En tanto que ellos hablaban, un jóven subia lentamente la escarpada calle que desembocaba cerca de su morada. Era, sin duda, un viagero, pues apesar del tiempo de calor, llevaba un abrigo en el brazo y un paraguas cubierto con una funda de piel. Su trage, apesar de la frescura y elegancia de su corte, tenia alguna cosa de extrangero en su forma y en su corte, como igualmente sus rizadas y negras patillas demostraban que venia del otro lado de los mares. No era, pues, extraño, que los transeuntes le tomasen por un *gentleman* inglés de buena casa, porque verdaderamente, su bello rostro tenia un aire distinguido de nobleza y seriedad, haciendo creer que la inteligencia de este encantador jóven estaba mas desenvuelta de lo que permitia su edad. Quizá sus grandes ojos negros, sus cabellos oscuros y sus grandes patillas contribuian á darle este aspecto, aunque su estatura elevada y su delicado y elegante talle anunciaban estar en la primera y florida juventud.

Llegó á casa de Mr. Blondeel y se detuvo delante de la verja extendiendo su larga mirada en el jardin, mientras que una dulce y franca sonrisa iluminaba su rostro, como si aquellos sitios tuviesen algun secreto encanto para su corazon.

De repente se le escapó un grito de júbilo y se lanzó con los brazos abiertos hácia las personas que corrian alegres á su encuentro.

—Mr. Blondeel!... M.lle María!...

—Sed bien venido!...

—Loado sea Dios, que nos permite volveros á ver tan bueno!...

Tales fueron las primeras palabras que se oyeron á través de los reiterados abrazos.

Pero apenas se vió un poco libre, Ernesto investigó con la mirada, llena de un inquieto deseo, todo el jardin y hácia el lado de la casa, despues la fijó con aire interrogador en los dos hermanos.

—Ah! dijo Mr. Blondeel, voy á buscar una botella de vino, es preciso que bebamos un vaso á vuestra salud.

Y como si quisiera evitarse el contestar á la muda interrogacion del jóven, corrió hácia la casa, despues de haber cambiado un signo de inteligencia con su hermana.

A poco volvió seguido de la criada que colocó una bandeja sobre la mesa rústica del cenador; esta miraba al jóven con asombro, reconociéndole apenas porque estaba hecho un verdadero inglés, con su aire no de baron sino de un príncipe.

Juan Blondeel llenó los vasos y dijo:

—Vamos! ¡por vuestro feliz regreso, y porque entreis con buen pié en la tierra natal!... Pero, ¿qué es esto Ernesto, qué teneis? os veo pensativo, ¿ha sucedido algo en el mar?

—Ah! estaba claro como un espejo; respondió el jóven. Perdonadme, Mr. Blondeel, mi distraccion; yo esperaba tener la dicha de encontrar aquí á M.lle Herminia. ¡Hace tanto tiempo que la ví la última vez!...

—No está aquí; sus padres la han llamado inopinadamente á su casa.

—Mi disgusto es escusable, Mr. Juan; pues vos, en la última carta, me hicísteis comprender que la hallaria aquí á mi llegada.

—Yo!... os engañais; yo no he dicho semejante cosa.

El jóven sacó su cartera y dijo sacando una carta:

—No; no; yo no puedo engañarme en semejante asunto; desde hace ocho dias lo he leido cien veces; "La noticia de vuestro regreso nos ha colmado de alegría, Herminia y mi hermana lloran de júbilo." Ella estaba, pues, aquí, cuando vuestra mano estampaba esas palabras en el papel.

—Sí que lo he escrito, no lo niego; exclamó Blondeel encogiéndose de hombros.

—Es verdad, Ernesto; nosotros hemos derramado lágrimas de alegría; dijo la anciana. Ya sabeis que Herminia os profesa un afecto sincero; consolaos, pues, de su ausencia, porque la vereis antes de que la semana toque á su fin.

—Mr. Juan; dijo entonces el jóven tomando su vaso, disimuladme este momento de pesar; ya pasó y bebo á vuestra salud y la de la buena M.lle María. Quiera Dios escuchar mi ardiente ruego, concediendo al pobre huérfano una larga y dichosa vida.

Ernesto habia pronunciado su brindis con un sentimiento tan verdadero, que M.lle Blondeel le tomó la mano y se la estrechó tiernamente. Mr. Juan llevó la mano á los ojos, pues tenia la debilidad de ser muy sensible y se enternecia al momento.

Se hizo fuerte contra su emocion, y recostándose en el banco, extendió los piés y dijo:

—Vamos!... vamos!... por amor de Dios; no váyamos á entristecernos en el feliz instante de vuestra llegada; si tenemos que hablar de cosas sérias, lo dejaremos para mas tarde; ahora, Ernesto, decidnos alguna cosa de vuestro viage, ó mas bien, de vuestra estancia en Inglaterra; ¿os ha ido bien por allá?

—Tan bien como le puede á uno ir lejos de las personas queridas; sí, Mr. Juan; he sido muy dichoso, respondió el jóven. Yo tenia mis razones para creer que mi estancia en el pueblo mas industrioso del mundo, me daria los conocimientos y la experiencia necesarios, no solamente para ser útil á mi patria, sino tambien para recobrar largamente la fortuna que la suerte quitó á mi desgraciado padre. Durante tres años, he sido el discípulo favorito y el mas querido del célebre Stephenson; la carta de M. Morris le dispuso tan favorablemente, que me ha tratado como á su propio hijo, poniendo á mi disposicion todos sus planos, todos sus dibujos y comunicándome todas sus ideas. Me ha enviado á todas las grandes obras que podian ayudarme á perfeccionar mis estudios, y le he acompañado á una infinidad de fábricas y de establecimientos industriales. Y no solamente me ha explicado los secretos de su organizacion, sino que se ha tomado el trabajo de enseñarme prácticamente y con los mas pequeños detalles, los recursos necesarios para la ejecucion de tan importantes obras. Y todo esto por un extrangero sin mas títulos de proteccion que las simpatías que hubiera podido inspirarle.

—Oh! debeis estarle muy reconocido, Ernesto, dijo Blondeel con la voz temblorosa, cuya alteracion demostraba que se habia conmovido nuevamente.

—Estarle reconocido!... repitió Ernesto; hay tres nombres grabados en mi corazon, los que pronunciaré todavía, con mi último rezo, en mi lecho de muerte. El uno es el de ese generoso inglés; los otros son los nombres de los que me han servido de padres, desde que tan prematuramente perdí los mios.

La noble anciana volvió la cabeza para ocultar las lágrimas que asomaban á sus ojos. Mr. Blondeel sacó el pañuelo de su bolsillo y fingió limpiarse los ojos y la frente, como para enjugar el sudor; despues dijo con una voz á la que se esforzaba en dar un tono seguro:

—Qué calor hace hoy!... He andado precipitadamente por espacio de una hora, y creo que he cogido un constipado... De modo, Ernesto, que tendreis esperanza de un buen éxito.

—Sí, Mr. Blondeel; estoy casi seguro; pero el valor, al menos, no me faltará. Pensad que yo conozco muchos secretos de fabricacion, que esán aquí haciéndose en máquinas muy incompletas y con sistemas viejísimos y procuraré mejorar los establecimientos, construyendo nuevas maquinarias, y crearé sociedades financieras para subvencionar mis trabajos. ¡Ah! si solamente consiguiera hacer aceptar un plan de camino de hierro, sería rico de un golpe.

—Sí; pero vuestra esperanza podria engañaros, y esto puede ir con mas lentitud de la que creeis.

—En efecto, Mr. Juan; se necesita tiempo para adquirir la confianza de las gentes; puedo tener la desgracia de encontrar oposicion, lo sé; ¡mas qué importa si concluyo por salir bien y hago fortuna que es el objeto de todos mis esfuerzos!..

Una expresion de descontento se reflejó en el rostro de Mr. Juan.

—Teneis mucho afan de ganar dinero, dijo; y el dinero, sin embargo, no es el único orígen de la dicha.

—Yo no sé cómo pensarán otros, dijo el jóven con cierta vivacidad; quizá yo hago mal; pero á mis ojos, el dinero y la fortuna tienen una fuerza poderosa para vencer los obstáculos que obstruyen la carrera de un hombre. Este es un manantial de alegría, de elevacion y de dicha en este mundo; y si yo puedo hacerme rico bendeciré á Dios, por este favor inmenso.

Juan Blondeel se mordió los labios y se manifestó afligido por el apasionado lenguage del jóven. Sacudió la cabeza sin decir nada y de repente se levantó de su banco.

—Ernesto, exclamó; tengo una cosa que deciros y probablemente os entristecerá; pero no os asusteis, seguidme y os la diré á vos solo; porque no puedo tenerla mas tiempo sobre mi corazon.

M.lle María, dirigió á Juan una mirada suplicante, rogándole no hiciera sufrir demasiado á Ernesto.

El jóven se levantó y siguió en silencio á su protector hasta la casa.

—Sentaos, Ernesto; dijo Mr. Blondeel, voy á anunciaros una cosa desagradable; pero no os aflijais porque no os concierne de ninguna manera. Os sorprenderá, quizá porque la desgracia á que me refiero, concierne á una persona por la cual sentís la misma afeccion que ella siente por vos.

—Oh! cielo!... qué quereis decirme? exclamó el jóven con angustia.

—Tened calma y estad tranquilo, amigo mio; ved aquí la triste historia: Mr. Romys, mi cuñado, ha hecho malos negocios en los fondos públicos y ha perdido casi toda su fortuna, de manera que Herminia, se ha quedado pobre, por decirlo así.

Y al decir estas palabras, fijó los ojos sobre el jóven con una firmeza penetrante. Este quedó un momento inmóvil; pero sobre su rostro se dibujó bien pronto una expresiva sonrisa de felicidad: esta sonrisa fugitiva como un relámpago desapareció luego para dar lugar á un sentimiento de tristeza.

—¡Pobre Herminia! murmuró Ernesto: ¡cuánto debe sufrir!

—Pero habeis sonreido; murmuró Juan Blondeel con severidad, y esto ¿qué significa? Ernesto ¿seriais insensible á la desgracia de los padres de Herminia?

El jóven palideció y murmuró con embarazo algunas excusas ininteligibles.

—Y bien, ¿porqué os reís de una desgracia tan cruel?

El jóven quedó silencioso y pareció buscar una respuesta.

—Oh! yo no hubiera jamás creido esto!... murmuró Blondeel con tono de amargo reproche.

Ernesto permaneció en silencio todavía algunas instantes, despues levantó de pronto la cabeza y dijo con voz tranquila y con mirada clara y firme:

—Y qué le he de hacer!... yo no soy ya un niño; vos sois mi bienhechor y debo seros franco, voy pues á abriros mi corazon. Vos sabreis cual es la razon de este deseo de ganar dinero que os asombra tanto, y sabreis al propio tiempo porqué apareció en mis labios una sonrisa al saber tan fatal nueva.

Yo estaba destinado á ser abogado y tenia hechos muchos estudios para esta carrera, cuando, vos recordareis tuve por entonces la dicha ó la desgracia de pasar aquí un dia entero con Herminia, soy sensible y pronto conocí lo que pasaba en mi corazon... Tenia valor y confianza en mi porvenir y osé soñar que podria tener un medio de ser el esposo de la que con sus gracias y su belleza habia hecho en mi alma una impresion inexplicable. Creí y he creido locamente que vos y vuestra hermana aprobaríais mis deseos; ¿podeis censurarme? Quise merecer á Herminia y elevarme hasta ella, adquiriendo una fortuna para que ella no se arrepintiera jamás de su afeccion por un pobre huérfano, y tener con ella el derecho de pedir su mano á Mr. Romys. Por esto me hice ingeniero; por esto fuí á Inglaterra, y por esto deseo hoy ganar dinero, cuando el dinero no ha tenido nunca valor para mí. ¿Comprendeis ahora, señor, porqué una sonrisa se ha escapado de mi corazon? Todos los obstáculos caen ante mis ojos; yo podré trabajar, sudar gotas de sangre por ella, y su dicha en la tierra será mi obra, mi sola obra.

Sí; esa sonrisa en mis labios ha sido impremeditada, culpable quizá; pero, perdonadme ese movimiento egoista, que me ha inspirado el fuego de mi amor por Herminia.

Por toda respuesta Juan Blondeel saltó al cuello del jóven y le dijo mientras las lágrimas llenaban sus ojos:

—Mi bueno!... mi noble Ernesto!... Es falso lo que os he dicho; he querido probar la sinceridad de vuestro amor. Mr. Romys no ha perdido nada; pero es igual, Herminia llegará á ser vuestra mujer, esto será, esto debe ser.

La puerta de la sala se abrió y M.lle María dijo desde lejos:

—Señores; señores; á la mesa!...

Pero cuando vió á Ernesto en los brazos de su hermano, se le escapó un grito de júbilo y corrió hácia ellos batiendo palmas.

—Y bien, y bien?... preguntó.

—Oh! Maria! ha sufrido victoriosamente la prueba; respondió Juan Blondeel, preparad vuestro regalo de boda, pues antes de seis meses Ernesto será esposo de nuestra Herminia.

La anciana echó sus brazos al cuello de Ernesto con gritos de júbilo: y hubiera, sin duda, continuado largo tiempo sus demostraciones; pero Juan Blondeel dijo riendo:

—Venid; venid; no es esto una razon para dejar enfriar la comida: tambien se puede hablar en la mesa. A los postres vaciaremos una botella de nuestro *ermitage*. Este es el mas bello dia de mi vida!...

Y diciendo esto empujó con gozosa violencia á su hermana y á Ernesto, desde la sala al comedor.

IV.

El temido dia habia llegado, y el momento fatal se aproximaba.

Herminia estaba en su cuarto, con la mano apoyada sobre la mesa de tocador, y la mirada distraida, fija en el espacio. De vez en cuando, sacudia imperceptiblemente la cabeza y exhalaba un suspiro; sus megillas estaban pálidas y sus grandes ojos azules, vagos y sin brillo. Sin duda, las amenazas de su padre y la certidumbre de su inflexibilidad, le habian prestado las fuerzas necesarias para detener sus lágrimas, pues no se conocia que hubiese llorado; sin embargo, en su rostro se leia su pesar, y el abatimiento de sus facciones atestiguaba una desesperacion inmensa y un profundo terror. Era una penosa tarea la que acababa de terminar; segun las órdenes de su padre, se habia puesto su mejor trage, procurando parecer bella y elegante, para agra-

dar al hombre que en aquel momento iria á solicitar su mano.

Durante los momentos que se quedó inmóvil, pensaba con extremecimiento en su tio Juan, en su tia, y en Ernesto. Sus labios temblaron, y un extremecimiento nervioso contrajo su rostro, pareciéndole que dirigia en aquel instante el último y solemne adios, á estos amigos de su juventud, al propio tiempo que se despedia de la felicidad en la tierra. Si las lágrimas no corrian ante tan crueles pensamientos, era porque la jóven lloraba amarga y hondamente en el abismo de su alma. Al someterse á la voluntad de su padre, sacrificaba su existencia para ser la compañera de un hombre insensible, que miraba el matrimonio como un negocio de comercio. Eran, en efecto, las fortunas de las dos familias las que contraian alianza, y ella, la alegre, la dulce y tierna Herminia, era simplemente el pretexto de esta alianza. ¡Qué vida le esperaba!... á ella, que habia nacido para amar!... Su suerte estaba decidida, no habia remedio, la víctima debia tender dócilmente el cuello renunciando á toda esperanza.

En tanto que la jóven se abandonaba así á sus sombríos pensamientos, entró su madre en el cuarto. En el rostro de la anciana señora, se podia leer igualmente una completa, pero dolorosa resignacion. Ella dijo á Herminia con un profundo desaliento que se esforzaba en ocultar bajo una confianza aparente:

—No tengas miedo, hija mia; esto saldrá mejor de lo que nosotros pensamos.

—¡Ser tan jóven y ver ya el último dia bello de mi vida!... suspiró la jóven.

—Tú ves las cosas demasiado negras, mi pobre Herminia; y yo, al contrario, tengo la firme esperanza de que serás dichosa.

—Dichosa! repitió Herminia con amarga ironía; ¿dichosa con un hombre que no conozco, con un hombre que no busca mi cariño y se decide á que sea su mujer sin saber si yo podré amarle? ¡Oh! ¡Dios mio!... ¡esto equivale á vivir en una eterna esclavitud!...

Una lágrima brilló en sus ojos, y la anciana señora tomó su mano con espanto, y dijo:

—Herminia!... hija mia!... Hazte superior al dolor. Si tu padre conoce que has llorado se enfadará y nos humillará en presencia de Mr. Pottewal.

—Estad tranquila, mamá; yo no lloraré; respondió la jóven con un tono tristemente resignado. Esta es la última lágrima y papá quedará satisfecho de nosotras. Yo sé que no tengo mas remedio que obedecer y estoy pronta como un pobre y débil cordero á quien llevan á degollar.

—Oh! no hables así!... exclamó la anciana poniéndole la mano en la boca. Yo tampoco puedo llorar, ¿á qué me desgarras cruelmente el corazon?...

Y dulcificando el tono de su voz, prosiguió:

—Herminia, tú haces mal, créeme. Esta mañana, al venir de la iglesia, estuve en casa de madame Kandels; es prima de Pottewal, y le trata desde que nació, y ella me ha dicho que Francisco es un jóven sencillo y bueno; no es avaro, ni enemigo del placer, y tiene muchos amigos. El es rico y generoso, y se esforzará por hacerte dulce la vida; no dudes, pues, que le amarás por su bondad.

La jóven se calló; sin duda sus pensamientos estaban lejos, y ella escuchaba apenas las consoladoras palabras de su madre.

—Vamos, Herminia, replicó la señora; ya es tiempo que bajemos. El café está dispuesto y Mr. Pottewal llegará de un momento á otro. Cuida de reportarte, porque tu padre está de mal humor y parece temer que le has de dar motivos de enfadarse. ¿Pero, hija mia, porqué no has arreglado tus cabellos con mas esmero? Y el fichú le llevas torcido!... Debieras ponerte aquel hermoso alfiler que te regaló tu tio el año pasado.

Y al decir esto, arreglaba el peinado y el vestido de su hija, poniendo la brillante alhaja sobre su pecho. Herminia la dejaba hacer, contestando solamente con tímidos suspiros.

Un campanillazo que sonó en la puerta de la calle hizo palidecer á las dos mujeres.

—Oh! ya está ahí!... exclamó la jóven, saliendo como espantada de su distraccion.

—Despáchate, Herminia; exclamó madame Romys tomando la mano de su hija para sacarla fuera de su habitacion.

—Todavía un instante!... dejadme tomar fuerzas, estoy temblando, vacilo sobre mis piernas!... dijo la tímida Herminia.

(*Se continuará.*) FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

LA FLOR DE NUESTRA ESPERANZA.

Hay en el mundo una flor
llena de aroma y fragancia,
flor que tiene por abrigo
los pechos donde se alza;
flor que en su brillante cáliz
ostenta pura y lozana,
en vez del grato rocío
las melancólicas lágrimas
que es el riego que los ojos
hasta su colora mandan;
flor que guarda en sus colores
las ilusiones del alma,
que es unas veces purpúrea
y otras veces mustia y pálida;
flor que entre sus hojas mece
todo el cariño que guarda,
todo el amor que atesora
el pecho en que se levanta;
flor que cuenta los latidos
de un corazon que se inflama,
ó del que yace olvidado
perdida su dulce calma;
flor que en las horas felices
nuestro placer acompaña
y son sus hojas brillantes
y su perfume embriaga;
flor que en las horas de penas
comprende nuestras desgracias
y están sin brillo sus hojas,
y está su corola lácia;
flor que vive con nosotros,
que si amamos tambien ama,
y flor que llama el poeta
la flor de nuestra esperanza.
Yo la he sentido crecer
y mi pecho que la guarda,
la vé entreabriendo sus pétalos
al comenzar la mañana,
y si el corazon suspira,
suspira inquieta, agitada,
y plega sus verdes hojas
y guarda en ellas mis lágrimas;
y si alegre respirando
mi pecho su dicha exhala
en amantísimas quejas,
que son las quejas del alma,
entonces abre las hojas,
su perfume al aire lanza,
y al verme alegre, revive
su corola mustia y pálida
y esa flor, que llama el vate
la flor de nuestra esperanza,
las abriga lisongeras
al calor de una mirada,
y si los ojos no miran,
van á su seno mis lágrimas.
Y entonces plega las hojas
y en sus pétalos las guarda.
Mi llanto le dá la vida
que es el riego que le mandan
los ojos que la ven triste,
los ojos que la ven pálida;
y si otros ojos la miran
calor la dan que la falta,
y entonces vive felíz
porque son sus esperanzas,
como los sueños del niño,
risueñas y sonrosadas;
por eso al cielo su súplica
ferviente eleva mi alma,
que si es verdad que la dan
riego mis ardientes lágrimas,
busca para florecer
el calor de una mirada,
y si esos ojos no miran
á la flor que el pecho guarda,
se agostará su corola,
morirá triste, olvidada,
y con ella morirán
las ilusiones del alma,
porque á esa flor, llama el vate,
la flor de nuestra esperanza.

M. SECO y SHELLY.

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE PAÑO DE SEDA VERDE GRIS.—El borde inferior va guarnecido, por delante solamente, con tres bullonados iguales al trage. Tiras de la misma tela, recortadas en dientes redondeados y sobre los que corre una estrecha tira de tafetan negro, están puestas de modo que figuren por delante una túnica. La disposicion del corpiño, por delante y en el hombro, reproduce la combinacion de la enagua.

TRAGE DE TAFETAN COLOR BISMARK (CASTAÑO TOSTADO).—La guarnicion se compone de tiras muy anchas de tafetan de color mas oscuro, guarnecidas por ámbos lados con un encage estrecho negro; estas tiras figuran un cinturon-coselete, guarnecen las sisas, los puños de las mangas, adornan el trage por ámbos lados del paño delantero, y el borde superior por detrás, donde su disposicion figura tiras que vuelven sobre sí mismas. El extremo de estas tiras *vueltas* se recorta en dientes, y se orla con un encage mas ancho.

PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 87.

Blancas.	*Negras.*
1.ª T. 6.ª A.R.ª jaque.	P. toma T.
2.ª C. 2.ª A.R.	C. 5.ª R.ª ú 8.ª C.R. jaq.
3.ª R. 3.ª R.ª	P. á 5.ª R. jaque
4.ª C. toma P. jaque-mate.	

Variantes.

2.ª	C. 4.ª C.R.
3.ª C. 3.ª R.ª jaque.	R. 3.ª R.ª ó 5.ª R.ª
4.ª A. 5.ª R. mate ó	T. 4.ª C.R. mate.
2.ª	P. 6.ª A.R.ª á 7.ª
3.ª C. 4.ª R. jaque.	R. juega.
4.ª T. 4.ª C.R.ª jaque-mate.	

Hay otras mas fáciles.

A LOS SRES. SUSCRITORES.

En el próximo número daremos una gran lámina en negro de las confecciones que han empezado á usarse en París para verano, la cual consta de 16 diferentes dibujos.

Al mismo tiempo aparecerá otra para vestidos de niños de seis diferentes clases.

Los 22 modelos serán acompañados de su respectivo patron, el cual como todos los que publicamos, proporciona el modo de cortarlos con la misma exactitud y perfeccion con que suelen hacerlo las mejores modistas.

ESPAÑA EN PARIS,

REVISTA Y CRONICA

DE LA EXPOSICION UNIVERSAL DE 1867.

Por D. José de Castro y Serrano,

AUTOR DE ESPAÑA EN LONDRES.

El objeto de la obra y el nombre del autor, nos escusan de recomendar esta interesante publicacion, la cual reune además la circunstancia de darse á luz por un precio tan reducido, que la pone al alcance de todas las fortunas.

Las primera y segunda entregas acaban de repartirse, y se hallan de manifiesto en las oficinas del periódico LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

La edicion es de un lujo y mérito estremados, ilustrada con infinidad de magníficos grabados, ejecutados por los mejores artistas de París.

El precio á la REVISTA y CRÓNICA unidas, es en España, Canarias y Portugal, remitiendo á nuestra Administracion libranzas del Giro Mútuo ó sellos de correo, Rvn. 50 y suscribiéndose en casa de nuestros comisionados, 60.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico, dirigiéndose á nuestros Agentes. Pfs. 5.

En las demás Américas y Filipinas, dirigiéndose á los mismos. Pfs. 6.

El pago en España puede hacerse, por los que así les convenga, en tres plazos, á razon de 20 rs. cada uno, si el pedido es hecho á nuestra Administracion, y de 22 rs. si ha sido por medio de comisionados. Las fechas de los pagos serán los dias 1.ºs de Abril, Junio y Agosto.—En América, el pago será de una vez al hacer el pedido al Agente.

DIRECTOR: D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ 1867. IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA á cargo de D. Federico Joly y Velasco, Bomba, n. 1.

LA MODA ELEGANTE

AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 20.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs... Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs...Seis meses,65...Tres meses, 35... Un mes, 12.

Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs....Seis meses, 42... Tres meses, 22...Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

EDITOR PROPIETARIO: Don Abelardo de Cárlos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes.... Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Libreria de Don C. Bailly-Bailliere, plaza del Príncipe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tánago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux.
PARIS, Mr. Fermin Didot frères, rue Jacob, 56.

Sumario.—Explicacion del patron.—Paletot para niña de 8 á 10 años.—Paletot para niño de 6 á 8 años.—Paletot para niña de 6 á 8 años.—Paletot para jovencita de 13 á 15 años.—Paletot para niña ó niño de 3 á 5 años.—Paletot para niña de 10 á 12 años.—Bandó de cinta de moer.—Dos sombreros de primavera ó verano.—Adornos de cuentas.—Paletot aurelia.—Paletot Profeta.—Paletot Griego.—Paletot Amazona.—Paletot Cardenal.—Paletot Lucía.—Paletot Diana.—Paletot Clotilde.—Episodio marítimo.—Los vecinos de Darlingen.—En el álbum del actor italiano Ernesto Rossi.—Problemas de ajedrez.—Advertencia.

EXPLICACION DE LA HOJA DE PATRONES.

PALETOTS DE VERANO PARA NIÑOS.

Paletot para niña de 8 á 10 años.

Figs. 64 y 65 (verso) del patron.

N.° 1.—Este paletot es de tegido de lana chiné, blanco y color castaño; por debajo de todos los contornos se encuentra una tira de paño castaño, recortada á puntas muy pequeñas, que exceden del paletot solamente en un tercio de centímetro; estas tiras se pespuntean por el derecho con seda del mismo color que ellas. Las hombreras, las carterillas, las vueltas y el cuello se guarnecen del mismo modo; las carterillas se adornan con botoncitos, y el paletot se cierra con botones mas gruesos. El patron es igual al de la fig. 3. El cuello, las hombreras y la guarnicion se señalan en la hoja de patrones con los números 64, 65 y 66, porque se diferencia en esto del patron n.° 3. La fig. 64 está tomada en la sisa desde la estrella hasta el doble punto. Los pedazos superiores (casi cintas) de esta guarnicion se recortan desde las líneas arriba indicadas, sobre cada lado largo y los transversales puntiagudos, y cubren la costura de la sisa. Estos dos pedazos se fijan en el hombro por medio de un boton de marfil.

1. 2. 3. 4. 5. 6.

CONFECCIONES DE VERANO PARA NIÑOS.

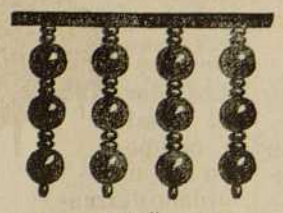
Paletot para niño de 6 á 8 años.

Figs. 48 á 56 (verso) del patron.

N.° 2.—Es de tegido de verano chiné, gris, color castaño, y se orla con una treneilla fina de este último color, que tambien se pone en el cuello, las carterillas, etc. Todo ello se pespuntea con seda color castaño. Botones de este mismo color, de hueco, cierran el paletot, adornan las carterillas de las mangas, las de la espalda y las de las faltriqueras.

Para estos paletots se emplearán 92 cents. de tela que tenga 133 cents. de ancho. La carterilla de la faltriquera (véase la fig. 54) se corta por separado. La que lleva los ojales (fig. 51) y el cuello se cortan dobles. Se reunen todos los pedazos juntando las cifras iguales. Digamos solo que los excedentes de las costuras se pespuntean por el dere-

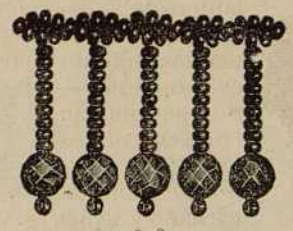
cho, á medio cent. de distancia de las costuras. Debajo de cada delantero, se pone una tira de tela de 7 centímetros de ancho, cuyo borde inferior se pespuntea por el derecho. La carterilla y la faltriquera se reunen y luego se pespuntean. — Las demás carterillas se cogen en las costuras juntando las cifras iguales, pero se pespuntean sobre el paletot. (Véase el dibujo en la página anterior.)


N.° 5.

N.° 20.

N.° 1.

N.° 17.


N.° 6.

Paletot para niña de 6 á 8 años.

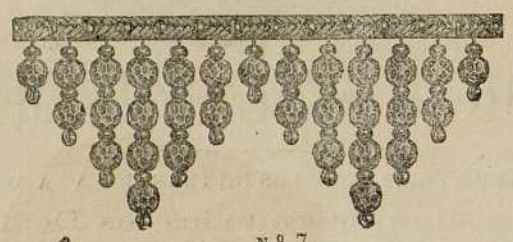
Figs. 25 á 30 (recto) del patron.

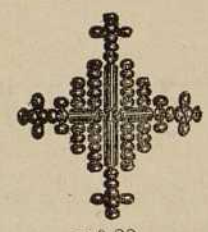
N.° 3.—Es de paño de verano gris. Los contornos se recortan á puntas muy pequeñas, por debajo de las cuales se colocan otras de la misma tela, orladas con una tira de paño encarnado de 1 centímetro de ancho, que excede de aquella en un tercio de centímetro. Para hacer este paletot se emplean 83 cents. de tela de 1 metro y 33 cents. de ancho. Se reunen todos los pedazos juntando las líneas paralelas. La fig. 29 da la forma de las puntas ó dientes para el borde inferior del paletot; las de las mangas deben ser mas pequeñas, y estas tiras dentadas se pespuntean dos veces con torzal de seda encarnada.

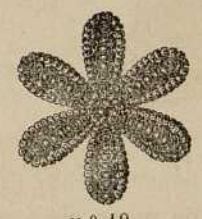
N.° 8.

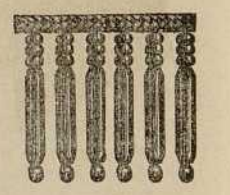
N.° 21.

N.° 18.


N.° 7.


N.° 22.


N.° 19.

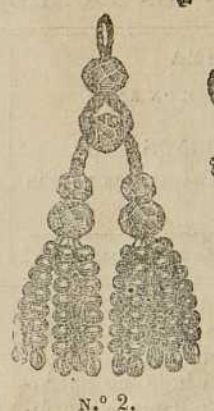

N.° 9.

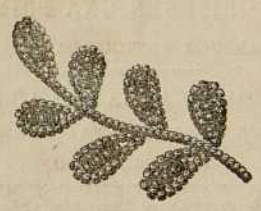
Paletot para jovencita de 13 á 15 años.

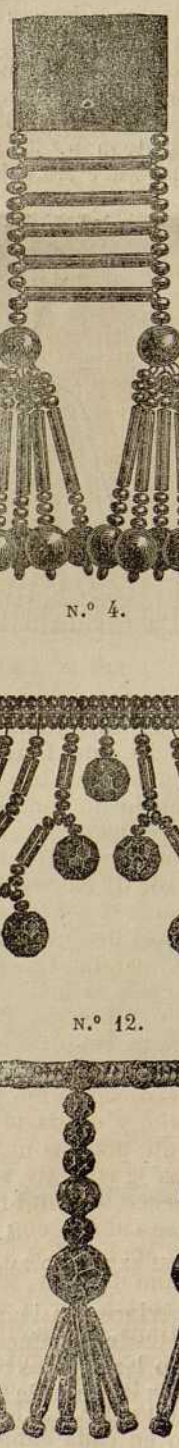
Figuras 41 y 43 (verso) del patron.

N.° 4.—Se hará igual al trage, ó bien en tegido de capricho gris. Se guarnece con tiras cortadas al sesgo, presillas y rosáceas pequeñas de la misma tela, orladas con vivos de tafetan color castaño oscuro ó negro.

Para hacer este paletot se empleará 1 metro y 30 centímetros de tela de 1 metro y 35 cents. de ancho. Se corta la espalda entera, sin costura, por la fig. 42, que representa su mitad. Se la reune á los delanteros, luego se orla todo ello con tiras de telas cortadas al sesgo, rodeadas de vivos de tafetan, que fijan al mismo tiempo el excedente de los contornos. El cuello recto se hace con una tira de tela de 3 cents. de ancho, puesta doble, recortada á puntas orladas con un vivo. La manga, cortada por la fig. 43, y guarnecida con arreglo á las indicaciones del dibujo; se cose en la sisa, juntando las cifras iguales. En la fig. 44 se encuentra una rosácea del tamaño natural. Estas se ponen siguiendo las indicaciones del dibujo.

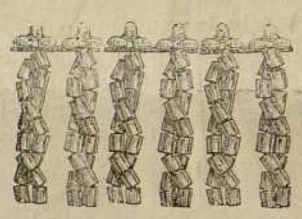

N.° 2.

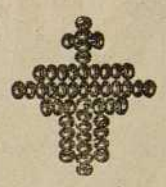

N.° 23.


N.° 4.

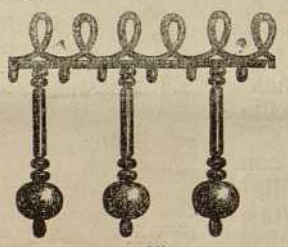
N.° 3.

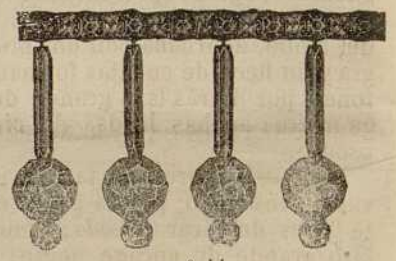
N.° 10.

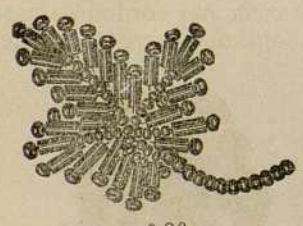

N.° 13.

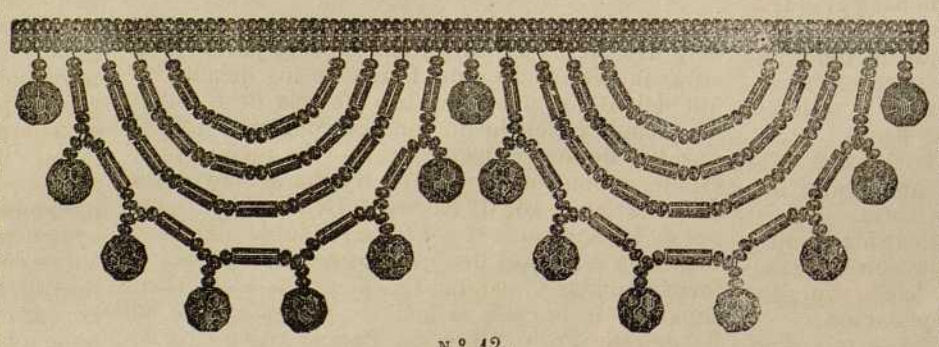

N.° 24.

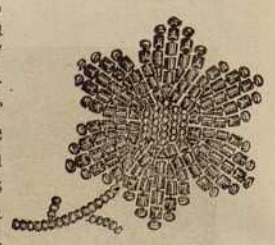
N.° 25.

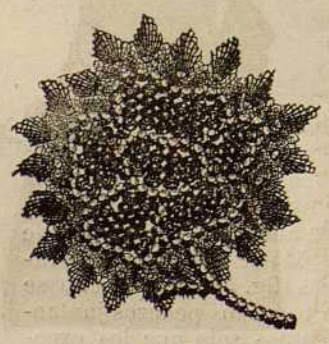

N.° 15.


N.° 11.


N.° 26.


N.° 12.

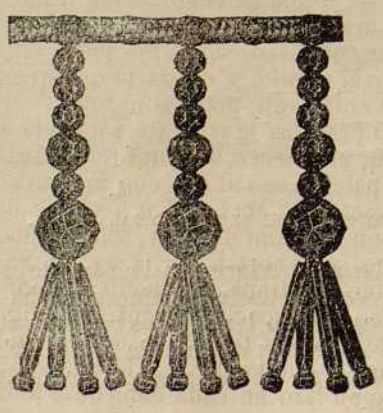

N.° 27.


N.° 28.

Paletot para niña ó niño de 3 á 5 años.

Figs. 19 á 24 (recto) del patron.

N.° 5—Se hace de paño de verano chiné, castaño y blanco. Los bordes dentados se guarnecen con una tira de tafetan castaño de medio cent. de ancho. Un boton de cristal de este color está colocado entre cada diente. El paletot se cierra con botones


N.° 15.

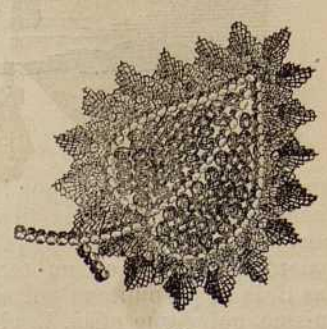
grandes forrados de tafetan castaño.

Se emplearán para este modelo 82 cents. de tela de un metro y 33 cents. de ancho.— Se cortan dos pedazos por cada una de las figs. 19 y 22,— la espalda y el cuello, enteros (sin costura) por las figs. 20 y 21, que representan sus mitades,—la manga por las figuras 23 y 24. Debajo de cada delantero se pone una tira de tafetan castaño, forrada de gasa rigida, de 6 cents. de ancho. Se hace la abertura de la faltriquera en cada delantero, se pone la faltriquera, y luego la carterilla guarnecida con botones y ribeteada de tafetan. La espalda se guarnece con tiras de la misma tela que el paletot, cortadas al sesgo, dispuestas de modo que figuren una pequeña capucha, y con las bandas que caen hácia atrás. Se juntan todos los pedazos aproximando los signos iguales. En el hombro, el delantero cruza sobre la espalda y estos dos pedazos (espalda y delantero) se cosen uno con otro sobre la línea de puntos de la fig. 20. Se cose la manga desde 53 hasta 54, desde 55 hasta 56. —El borde de la manga se cose 51 sobre 51, —52 sobre 52. La manga se orla con un vivo, y por debajo de su borde inferior se pone una tira de tafetan. Se la fija en la sisa juntando las cifras iguales.

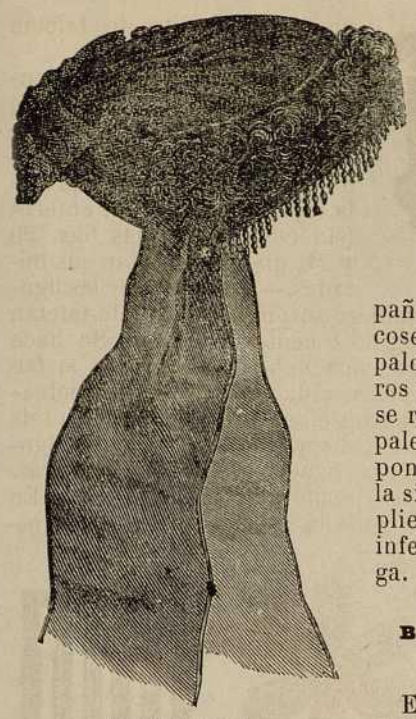
Paletot para niña de 10 á 12 años

Figuras 57 á 63 (verso) del patron.

N.° 6.—Se hace de tegido chiné gris y se adorna con paño ó cachemira encarnada, que se emplea para el cuello-chal, para las vueltas de las mangas, para el borde inferior de los costadillos, y además para tiras que se emplean haciendo las veces de vivos sobre las costuras y el contorno. Completan la guarnicion del paletot botones redondos de madera, forrados de paño encarnado, y borlas encarnadas. Para hacer aquel, se emplearán 90 cents. de tela que tenga 1 metro y 33 cents. de ancho. Se cortan dos pedazos, por cada una de las figs. 57 y 58, la espalda entera por la fig. 60; que representa su mitad, — dos pedazos para cada manga por la fig. 62. Se cortan dos pedazos de paño encarnado por cada una de las figs. 59, 61 y 63, y se recorta su contorno á puntas pequeñas. Se los pespuntea sobre el paletot á poca distancia de estas. — Se guarnecen la espalda y delanteros por sus lados largos y borde inferior, poniendo por debajo una tira encarnada de medio centímetro de ancho, recortada por un lado, y pespunteada de modo que exceda un poco del paletot, luego, por debajo, se pone una tira mas ancha, cortada doble, de la misma tela que el paletot, y puesta de modo que exceda de la tira encarnada y que figure una especie de vivo.


N.° 29.

Se hacen los ojales en el de-



SOMBRERO N.º 1.

lantero de la derecha, y se ponen los botones en el opuesto.—Se pespuntean los costadillos (fig. 59) revestidos de paño encarnado y se fija al mismo tiempo una tira de paño recortado.—Se cosen juntos la espalda, los delanteros y los costadillos, se reune el cuello al paletot, y luego se ponen las mangas en la sisa. Se hacen dos pliegues en el lado inferior de cada manga.

Bandó de cinta de moer.

Este tocado, muy sencillo y muy gracioso, se compone de una cinta azul, de moer, de 4 cents. de ancho; la parte de la cinta que se apoya sobre el cabello se dobla por su mitad á lo ancho, y se adorna con un salpicado de cuentas y de cascabelillos. A este pedazo de cinta se pegan dos cabos, cada uno de 80 cents. de largo, bordados de cuentas por sus lados largos, y luego adornados en sus extremos con cascabellllos y hojas ejecutadas con cuentas y cañutillos. Publicamos los dibujos en tamaño natural: 1.º de la cinta que forma *bandó*; 2.º del extremo de uno de los cabos de cinta.

Dos sombreros de primavera ó verano.

N.º 1.—Sombrero de tafetan lila bordado con cuentas negras representando espigas; ala de tafetan lila mas oscuro que el del fondo, adornada con una pluma negra y un fleco de cuentas formando festones; por detrás lazo grande de encage negro; anchas bridas de cinta lila oscuro.

N.º 2.—Sombrero de tafetan gris con vueltas rosa bajo; pluma gris y ramillete flores de nácar *irisado*; pendientes; lazo grande de encage negro; anchas bridas rosa.

Adornos de cuentas.

Estos adornos sirven para guarnecer los sombreros,—los tocados y peinados,—los corpiños de los trages,— los bordes de estos,—los cinturones,—las corbatas,—los velos,—los collares de terciopelo, etc.

Los materiales se componen de cuentas pequeñas y grandes, talladas y no talladas, cañutillos de todos tamaños; se necesita además galon y trencilla para los flecos.

EXTREMO DEL BANDÓ.

Las borlas 1 á 3 se hacen con cordon fino y las diversas cuentas que indican los dibujos, los cuales son tan exactos que hacen supérflua toda explicacion.

El n.º 4 es una especie de fleco para cabo de corbata, extremo de collar de cinta de terciopelo, etc. Los dibujos 1 á 15 representan diferentes flecos: números 16 á 29 deben ejecutarse sobre la tela misma que han de adornar; los dibujos n.os 28 y 29 van rodeados de un encage muy estrecho, apenas fruncido.

Es tal la preferencia que dá la moda actual á los adornos de cuentas para todas las confecciones, que recomendamos estos y los muchos que llevamos publicados y seguiremos publicando en adelante.

PALETOTS DE PRIMAVERA Y VERANO.

Estos paletots pueden hacerse indiferentemente de telas iguales á los trages, ó de paño de seda negro, ó de cachemira negra.

Peletot Aurelia.

Figs. 9 á 13 (recto) del patron.

La guarnicion se compone de presillas y rosáceas con cabos, de la misma tela del paletot. Todo se orla con vivos de raso negro, si el paletot es de paño de seda negro,—de tafetan color sobre color, ó de color que corte, si es igual al trage. El fleco de los adornos tiene 3 centímetros de ancho. Para hacer este paletot se emplearán 4 metros y 55 centímetros de tela que tenga 60 cents. de ancho. Se cortan dos pedazos por la fig. 9, sin contar las puntas del borde,—la espalda, sin costura, por la figura 10, que representa su mitad; la manga por la figura 13, teniendo en cuenta la diferencia de contornos para la mitad de debajo. Se reunen espalda y delanteros por una doble costura juntando las cifras iguales. Debajo del borde de los delanteros, por delante, se pone una tira de tela de 8 cents. de ancho, y debajo de todo el contorno inferior una tira de marcelina de 3 cents. de ancho. En el escote se pone un vivo. Cada manga se cose desde 29 hasta 30, desde 31 hasta 32. La mitad de encima de la manga cruza sobre la mitad de debajo, y forma en este sitio una especie de presilla que se forra con marcelina; una tira de esta tela, de 8 centímetros de ancho, va además puesta debajo del borde inferior de la manga. Para la guarnicion del paletot se preparan las presillas triangulares de tamaños graduados, se las orla con raso, se las guarnece con un fleco, se las fija sobre el paletot consultando el dibujo, y de modo que queden libres y se unan solamente por sus puntas.

Cinco presillas iguales (tres delante y dos detrás) sin fleco, guarnecen la bombrera. Sus costuras, y las del paletot, se cubren con una tira de raso de 1 centímetro de ancho. Las presillas del borde inferior son de paño de seda, guarnecidas con raso, con fleco, y se cortan por la fig. 12. Se las fija sobre la linea contínua, de modo que por los lados se cruzan en un espacio de cent. y medio. La costura se cubre con una tira de raso, que tambien se emplea para el cuello (fig. 11) formado por presillas. Se pone un lazo en cada cabo de la manga.

BANDÓ DE MOER.

Paletot Profeta.

Figs. 1 á 4 (recto) del patron.

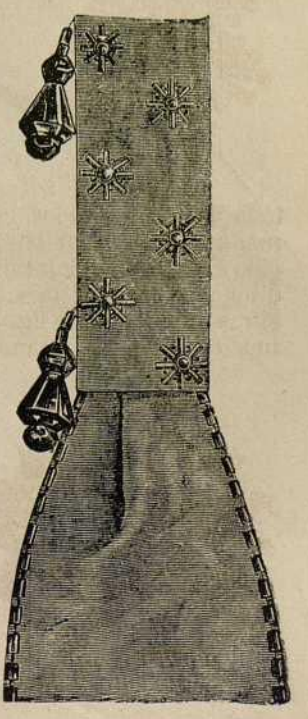
SOMBRERO N.º 2.

Los adornos de este se componen de un bordado de trencilla, y de tiras de la misma tela del paletot, cortadas al sesgo, y adornadas en su parte media con una tira de raso negro de un cent. cortada al sesgo y pespunteada; en sus extremos, estas tiras se orlan con un vivo sin cordon. En el borde inferior del costadillo va un fleco de cuentas negras. Para hacer este paletot se emplearán 3 metros y 80 cents. de tela que tenga 60 cents. de ancho. Se reunen todos los pedazos juntando las cifras iguales. Debajo del contorno se pone una tira de marcelina forrada de gasa rígida, y fijada por un vivo de raso negro. Cada tira de la guarnicion, que se continúa desde las costuras de los lados hasta la sisa, se pone despues que la manga se haya cosido en la sisa. El escote se orla con un vivo, luego se guarnece con un cuellecito dentado, puesto en pié, hecho de la misma tela que el paletot, y forrado de marcelina y de gasa rigida.

Paletot Griego.

Figs. 35 á 38 (verso) del patron.

Para hacer este paletot de mangus anchas, llamadas *griegas*, se emplearán 4 metros de tela de 60 cents. de ancho. La guarnicion se compone de un vivo de la misma tela, y de otro de raso, sin cordon dentro, de tiras estrechas de raso cortadas al sesgo, de cordon negro de seda, y de fleco de cuentas de 5 cents. de ancho. Se cortan dos pedazos por cada una de las figuras 35, 36 y 38, el cuello, entero, por la fig. 37, que representa su mitad. Se hacen las aberturas destinadas para formar las puntas, se reunen espalda y delanteros por costuras dobles, y se pone la guarnicion. Se orla todo el contorno (excepto el escote) con un vivo de raso, y el de la misma tela que el paletot, excediendo este último un poco del primero, luego á poca distancia, se cose el cordon negro. A medio centímetro de distancia del cordon se cose una tira de raso, que se continúa sobre el escote. El cuellecito en pié se compone de una tira igual al paletot, atravesada perpendicularmente por tiras de raso. Se le fija sobre el escote juntando las cifras iguales, y esta costura se cubre con una tira de raso. Debajo del borde de cada delantero se pone una tira de marcelina de 6 cents. de ancho; se forra del mismo modo el borde inferior de la manga, se la guarnece, y se continúa la guarnicion y el vivo siguiendo las indicaciones de la fig. 38. Se cose la manga desde 15 hasta 16, de modo que el lado largo exceda al otro en un centímetro. Se forma un pliegue en la manga poniendo la cruz sobre el punto; se fija la manga en la sisa, 15 sobre 11



MITAD DEL BANDÓ.

PALETOT AURELIA.

PALETOT PROFETA.

PALETOT GRIEGO.

PALETOT AMAZONA.

PALETOT CARDENAL.

PALETOTS PARA VERANO.

CONFECCIONES PARA SEÑORAS Y SEÑORITAS.

PALETOT LUCIA.

PALETOT DIANA.

PALETOT CLOTILDE.

del delantero. Esta costura se cubre con una tira de raso,—una segunda tira igual imita la hombrera. El paletot se cierra con corchetes y se pone el fleco.

Paletot Amazona.

Figs. 14 á 18 (recto) del patron.

Este paletot, de gro negro, se guarnece de guipur de 7 cents. y medio y 2 cents, y medio de ancho, con galon de cuentas de un cent. de ancho y fleco de cuentas de 2 cents.

El contorno se orla con dos vivos, sin cordon, uno de raso negro, y el otro (el exterior) de gro, y trencilla negra cuadrada de un cent. de ancho.

Para hacer este paletot se emplearán 4 metros y 50 cents. de tela de 60 cents. de ancho. Se reunen todos los pedazos juntando las cifras iguales, se ponen los dos vivos, y por encima la trencilla. Debajo de cada delantero se pone una tira de marcelina de 10 cents. de ancho. Se reunen las figs. 14, 15 y 16, cosiendo juntos por el revés sus vivos respectivos. En el hombro, desde 37 hasta 38, se hace una costura doble. El cuello, forrado de marcelina, se cose en el escote juntando las cifras iguales. Se pone la guarnicion con arreglo á las indicaciones del patron y del dibujo. La manga se fija en la sisa, 44 sobre 44; esta costura se cubre con el guipur ancho y fruncido que forma la hombrera.

Paletot Cardenal.

Figs. 31 á 34 (verso) del patron.

Este paletot se guarnece con un fleco de cuentas de 4 cents. de ancho. Se emplearán para hacerlo 4 metros y 80 cents. de tela que tenga 60 cents. de ancho. La manga es igual á la del *paletot profeta*. La guarnicion se compone de tiras de raso ó galones estrechos. Se cosen juntas á *punto atras* las dos mitades de la espalda, luego se reune esta con los delanteros en el hombro (costura doble) desde 5 hasta 6. Se orlan los contornos (excepto el escote y las sisas) con dos vivos sin cordon, y se cose un cordou redondo á corta distancia de estos vivos, uno de los cuales es de raso, y el otro (el exterior) de la misma tela que el paletot. Se rennen todos los pedazos juntando las cifras iguales, se arma el escote entre las dos telas del cuello, cortado doble, y orlado con un vivo de raso; otro vivo igual se pone para cubrir la costura del cuello.

Paletot Lucia.

Figs. 44 á 47 (verso) del patron.

Para hacer este paletot se emplearán 3 metros y 35 cents. de tela que tenga 60 cents. de ancho. Si se le hace igual al trage, se sustituirán el encage y el fleco de la guarnicion con un rizado de tafetan ó cinta de dos tintas diferentes, adecuadas al dibujo del trage, ó á su guarnicion, si este es liso.

La guarnicion de este paletot de gro, se compone de dos vivos, uno de raso y otro de gro, —de encage de Chantilly de 1 y 3 cents. de ancho,—de galon de cuentas de 2 cents. y medio,—de fleco de cuentas de 3 cents.,—y en fin, de rosáceas de trencilla y cuentas, algunas de ellas terminadas por un fleco. El borde inferior termina en puntas, prolongadas por aberturas hechas en la tela; esta prolongacion puede figurarse por la guarnicion.

Se cortan dos pdazos por cada una de las figs. 44, 45 y 46;—la presilla de detrás entera por la fig. 47, que representa su mitad. Se reunen todos los pedazos juntando las cifras iguales, y se practican las aberturas indicadas en el patron para las puntas. Se ponen los dos vivos principiando por el escote; se pone primero el vivo de raso *con cordon*, luego el de gró *sin cordon*. Las puntas (escepto las de delante y la de detrás) se orlan con estos vivos solamente por su lado largo de encima; el otro se ribetea con una tira cortada al sesgo, de 1 centímetro de ancho. Se guarnecen alternativamente las puntas con encage y con fleco; el encage, que está un poco fruncido, continúa sobre el delantero del paletot, luego se fijan las rosáceas (que pueden suprimirse). La presilla (fig. 47) se fija en el medio del paletot por detrás, juntando las cifras iguales. El cuello en pié tiene 3 centímetros de alto; se orla con dos vivos, y debajo de las puntas se pone un encage. La manga se adorna con una hombrera, hecha de galon, fleco y encage. El paletot se cierra con corchetes.

Paletot Diana.

Figs. 39 y 40 del patron.

Se guarnece con galones negros, lisos ó de cuentas; un fleco de cuentas, de 8 centímetros de alto, va puesto por los lados; un fleco de 6 centímetros guarnece lo demás del paletot; por delante se adorna este con botones gruesos. Se reunen todos los pedazos juntando los signos iguales. En el escote se pone una tira doble, igual al paletot, de centímetro y un tercio de ancho, cortada al sesgo, fijada por el derecho por medio de un vivo.

Paletot Clotilde.

Figs. 5 á 8 del patron.

Está hecho de paño de seda negro; su guarnicion se compone de tiras estrechas de raso negro, de galon de cuentas que tenga 2 centímetros y medio de ancho, de fleco de 3 centímetros, y de botones de pasamanería con cuentas. Se divide en dos partes en su altura, y la superior termina por presillas si se quiere simplificar, se imitarán las presillas con la guarnicion, y se cortará el paletot entero.

Se emplearán 4 metros de tela de 60 centímetros de ancho; se cortarán dos pedazos por cada una de las figs. 5 y 6, primeramente los delanteros desde el escote hasta el extremo de las presillas, luego las partes inferiores de los mismos, hasta la línea que atraviesa el patron, dejando de mas 2 ó 3 centímetros para la costura que ha de reunir las dos mitades del delantero. El cuello en pié se corta entero y doble por la fig. 7, que representa su mitad; se cortan para cada manga dos pedazos por la fig. 8, teniendo en cuenta la diferencia de contornos para la mitad de debajo. Se forran las presillas con gasa rígida, se las orla con un vivo de raso, con un fleco, y luego se las reune cosiendo juntos los vivos por el revés. El vivo que orla la presilla de delante se continúa, y tambien guarnece el escote. La mitad inferior del paletot se cose debajo de su mitad superior. Cosidas las dos mitades de la espalda, se reune esta con los delanteros juntando las cifras iguales; se guarnecen las mangas segun indican el patron y el dibujo, luego se las fija en la sisa. Debajo del borde inferior del paletot se pone una tira de marcelina de 30 centímetros de ancho, que se cose por arriba solamente debajo de las aberturas de las presillas; los contornos se orlan con un vivo de raso y con un fleco. Debajo de los tres botones superiores, se fijan presillas de cordon que, cruzándose, cierran el paletot.

EPISODIO MARITIMO.

UNA HISTORIA DE PESCADORES.

> Mal haya el insensato que lanzó la primera tabla en el Océano y se colocó en ella.
>
> TRUEBA.

Extiéndese entre las desembocaduras del Guadalquivir y Tinto una extensa playa, conocida con el nombre de Arenasgordas, cuya monotona soledad solo es interrumpida por pequeños grupos de chozas, pertenecientes á pescadores que ejercen su profesion en aquel trozo de costa.

El mar cubre y abandona alternativamente aquella playa, unas veces callada y sosegadamente, otras mugiendo y lanzando espumas y despojos.

Paralelamente á la orilla, y á poca distancia de ella, corre una cadena de elevados y blancos médanos, cuyos piés se hallan cubiertos de trecho en trecho por una vejetacion raquítica y parduzca.

Como á dos leguas de la desembocadura del Guadalquivir ábrese paso hácia el mar un pequeño arroyo formado por las aguas que contínuamente filtran las arenas de las demás, y que siendo de alguna profundidad presenta un abrigo seguro á las barcas de los pescadores.

Habitan estos una docena de negras chozas construidas en la orilla del arroyo, entre las que se distingue una por sus mayores dimensiones, y por tener una cruz sobre su puerta.

Hácia la caida de una hermosa tarde me dirigia al sitio que os acabo de describir, y al hallarme próximo á él, llamó mi atencion un pequeño monumento, blanco como la espuma que las olas arrojaban á su pié, y construido en el extremo de una lengua de arena que adelantando hácia el mar, cierra hasta su mitad la boca del arroyo.

Un pedestal como de dos varas de altura perfectamente encalado, sostenia una especie de nicho cubierto de cristal por la parte que miraba al mar y que contenia una imágen de la Vírgen del Cármen y un cuadro manuscrito que supuse ser una oracion piadosa.

Exteriormente se hallaban colocados dos grandes faroles, que en el momento de llegar yo, se disponia á encender un hombre de edad muy avanzada y vestido con el trage general de los marineros.

Me saludó con una cortesía poco comun entre los de su clase, y me habló en términos que me hizo comprender, que aunque pobre y marinero, debia haber tenido roce con personas distinguidas.

Preguntéle con qué objeto se habia construido aquel monumento y señalándome la choza que tenia la cruz me dijo:

—Aquella choza y este sepulcro (porque aquí yacen cuatro personas) forman una historia triste y larga; pero de poca importancia para las personas que como vos viven en el bullicio de las poblaciones, y solo saben que existe el mar cuando buscan distraccion en un paseo por su orilla.

—Os equivocais, buen hombre, le contesté, soy oficial de marina, y por desgracia ni vivo en el bullicio de las poblaciones, ni ignoro lo que es el mar.

—Si es así, tendré mucho gusto en recitaros esta historia; no extrañeis en mi lenguage una cultura poco en armonía con mi trage; ya os descifraré este enigma.

Al terminar estas palabras se hallaban encendidos los dos faroles, me invitó el anciano con un gesto á que tomase asiento al pié del sepulcro, lo hizo él colocándose á mi lado y con voz pausada empezó del siguiente modo:

—Hace algunos años vivia en esa choza un matrimonio tan honrado como feliz. Verdad que Jorge veia todos los dias expuesta su vida, y que Marta rezaba muchas noches con los ojos llenos de lágrimas para que su esposo arribase con felicidad á la playa.

Los peligros, el mar y la muerte aterrorizan á todos los hombres; para los pescadores los peligros son su vida, el mar su elemento, la muerte su compañera. Por eso os digo que Marta y Jorge eran felices.

Bajo aquel pobre y benéfico techo se albergaban otros dos seres, Juan y Angela hijos ámbos de Marta y Jorge. Contaba 13 años el primero, y aun no habia cumplido uno la segunda.

La venida al mundo de esta última ocasionó á su madre una enfermedad mortal, de la que salvó milagrosamente, pero dejando en aquella infeliz el gérmen de un padecimiento tan mortal como el primero. A poco tiempo se presentaron los síntomas de la tísis, y de dia en dia el estado de Marta era mas deplorable.

Ni ella ni Jorge habian llegado aun á esa edad en que los años gozando de su triste privilegio, infunden veneracion y cariño: y sin embargo, eran respetados y queridos de todos. Y es porque no habia uno solo que no le debiese algun beneficio. Ambos eran el apoyo y consuelo de los pobres pescadores de estas chozas.

Si los temporales impedian salir á estos á ejercer su profesion, y la necesidad como consecuencia de ello venia á llamar á sus puertas; los ahorros de Jorge y Marta se ponian á disposicion de aquellos, y mas de una vez al apagar su hambre estos pobres con aquel salvador auxilio, bendecian las almas bondadosas que tan espontánea y caritativamente se lo proporcionaba.

Si algun pescador se encontraba enfermo, Marta no se separaba de su cabecera, y Jorge facilitaba las medicinas que eran necesarias.

Hace dos años, se experimentó en estas costas un invierno terrible; los temporales se sucedian unos á otros, el mar siempre furioso hacia imposible la pesca y la miseria mas desconsoladora reinaba en este pobre aduar.

Jorge, aunque con mas recursos que todos los demás, veia tambien aproximarse el hambre.

Los auxilios que habia prestado á los otros, la paralizacion forzosa en que se encontraba, y mas que nada los enormes desembolsos que la enfermedad de su esposa le causaba, habian agotado por completo su reducido capital.

La tísis hacia rápidos progresos en Marta, su mortal cuchilla gastaba por dias aquella naturaleza ya delicada, la vida se consumia lentamente, y en vano procuraba alimentar á aquella criatura pedazo de sus entrañas, que hambrienta y extenuada procuraba inútilmente encontrar jugo y vida en sus maternales pechos.

Mal podia dar vida la que por momentos perdia la suya.

La tierna Angela se consumia, y tomaba por dias el aspecto de un cadáver.

Llegó un dia en que Jorge no tenia ni aun para adquirir los medicamentos mas indispensables.

Los alimentos eran escasos y malos.

Los temporales no acallaban su furia y Marta y su hija caminaban al sepulcro.

Jorge lo veia, y ante la idea de que un poco de dinero salvaria la vida de ámbas, su imaginacion se extraviaba.

Pasaba horas enteras contemplando la furia de las olas, estudiando los nubarrones, preguntando al horizonte.

Y las olas, las nubes y el horizonte parecian mofarse de su agonía haciéndole ver lo imposible de toda tentativa.

A la desesperacion del esposo, al dolor del padre contestaban los elementos con la fatídica palabra: "Imposible."

Una mortal congoja se apoderaba de él, y desesperado, lloroso, entraba en la choza para aumentar su padecer con los tristes quejidos de su mujer y de su hija.

Una mañana pareció querer abonanzar el tiempo: el viento acalló su furia, y los pescadores vieron despues de muchos dias la hermosa luz del sol.

Pero harto conocieron todos, que aquello no era sino un ligero descanso que tomaban los elementos, para emprender con mas furia su interrumpida y feroz lucha.

Ninguno intentó poner á flote su barca y lanzarse al mar.

La fiebre entretanto devoraba á Marta, la vida de su hija se apagaba por momentos: Jorge y Juan desfallecian de hambre.

Para los unos no habia sustento: para las otras no habia medicinas.

Y á aquella misma hora habria millares de poderosos que derrochaban en superfluidades y quizá en vicios, cien veces mas de lo que habria bastado á aquellos infelices.

¡Qué triste y desconsoladora es la pobreza, caballéro, y qué dignos de alabanza son las que la soportan con resignacion, y sin lanzarse al crímen!

Jorge vino á la playa, miró al cielo, y en el diáfano azul que el firmamento dejaba lucir entre espesos nubarrones, creyó entrever el dedo de la Providencia que le indicaba el camino de una esperanza bendita.

Llamó á su hijo y mostrándole alternativamente el

mar, el cielo y la choza, le dijo con voz entrecortada por los sollozos:

—Juan, la mar abonanza, el cielo se despeja, tu madre y tu hermana se mueren, pronto quizá le seguiremos nosotros: el dinero puede salvarnos, la mar es lo único que nos lo da, necesito una persona que me ayude á manejar la barca, ¿tienes valor para buscar con tu padre la salvacion de los cuatro?

Juan enjugándose con una de sus manos el torrente de lágrimas que caia por sus megillas, apretando convulsivamente con la otra la de su padre y arrastrándolo hácia la barca:

—A la mar, padre, á la mar, gritaba, si la mar ha de salvarnos.

Y padre é hijo corrieron á poner á flote la barca que estaba barada.

En vano trataron los demás pescadores convencer á Jorge de la temeridad de su designio; reflexiones, consejos, súplicas, todo fué inútil.

Jorge habia concebido una esperanza, y era preciso realizarla.

Esperanza! hermosa palabra á cuyo dulce sonido enjuga sus lágrimas el desgraciado.

Esperanza! última tabla de salvacion del que naufraga en esta vida.

Bendita sea la esperanza que consuela y salva. Vos, caballero, lo sabeis mejor que yo: si para todos es un bien la esperanza, si el mundo entero y la religion la erigen en virtud, los que como la gente de mar exponen todos los dias su vida, la erigen en divinidad.

Y sin embargo, esperanza, tú tambien sueles trocar en crueles desengaños la felicidad que los hombres sueñan.

La barca se puso á flote, la vela se dió al viento, y este que arreciaba por instantes, arrastró rápidamente hácia el mar á Jorge y á su hijo.

Todos contemplaban desde la playa con ávidos ojos la frágil embarcacion que, levantada sobre las olas, parecia una gaviota posándose en el mar.

La distancia aumentaba, la vela parecia disminuir de tamaño, despues se vió muy confusa, despues... nada.

Solo señalaban los pescadores el sitio del horizonte por donde habia desaparecido.

Aunque Jorge nada dijo á Marta de su resolucion, no tardó esta en apercibirlo. Su juicio pareció extraviarse, y sus gritos conmovian los corazones.

No se equivocaron los pescadores en su pronóstico.

La bonanza que reinaba desde por la mañana era solo ficticia. La tregua que habian dado los elementos habia concluido.

Semejantes á fieras, el descanso les dió nuevas fuerzas; y mugientes, rabiosos, emprendieron de nuevo su pavorosa lucha.

La noche se presentó con todos los horrores de que puede valerse la naturaleza para anonadar á los mortales.

El viento bramaba con una furia terrible, el mar elevándose en montañas venia á estrellarse contra la playa y rugiendo con imponente extruendo al hallar esta valla, retrocedia arrojando torrentes de espumas.

El cielo estaba como cubierto con una placa de plomo que parecia tocarse con las manos.

La lluvia caia por intervalos arrastrada por el huracan y siguiendo la direccion oblicia que este le marcaba.

De vez en cuando una claridad momentánea y deslumbradora parecia inflamar la atmósfera, el rayo desgarraba el espacio con su siniestro zic-zac, la ronca voz del fragoroso trueno dominaba el feroz mugir del viento, y el terrible bramar del mar, y una oscuridad absoluta, mortal, reinaba despues.

Marta, apenas vestida, mojada y flotando sus ropas, sueltos los cabellos, desencajada por la fiebre y el dolor, corria de un lado á otro de la playa dando alaridos.

—Jorge, Juan, gritaba Marta.

Y el viento contestaba, arrojándola al suelo, con una ráfaga mas violenta que las anteriores.

—Jorge, Juan; volvia á decir Marta.

Y una ola inmensa la contestaba con un rugido cubriéndola de espuma.

—Jorge, Juan, repetia Marta.

Y el relámpago le hacia ver la negra tumba de su marido y de su hijo; y el trueno ahogaba su voz.

Derribada por el viento, arrollada por el mar, tendida y extenuada en la arena era acometida por una tos ronca y seca que le hacia lanzar por la boca torrrentes de sangre.

Todos los pescadores y sus familias la seguian, se interponian á su marcha, la detenian y le rogaban. Todo era en vano, Marta ni veia ni escuchaba.

De pronto parecia acometida de una idea súbita; corria desolada á su choza, besaba frenética á su hija moribunda, se mesaba con furia los cabellos, y volvia á la playa como una fiera acosada dando nuevos gritos cada vez mas lastimeros y desgarradores.

Y así transcurrieron las horas mortales y lentas de aquella horrible noche.

Mas de una hora debia hacer se hallaba el sol sobre el horizonte cuando empezó á distinguirse la dudosa luz del dia.

Las negras nubes que pasaban huian en torbellinos dejando ver por intervalos el hermoso azul del cielo.

El viento empezó á calmar su furia; pero el mar continuaba mugiente y embravecido.

Apesar de la escasa luz que reinaba, creyeron distinguir los pescadores sobre el punto en que ahora nos hallamos una barca naufragada.

El mar se estrellaba furioso contra ella y cubriéndola con su espuma la arrastraba hácia el interior de la costa.

Aquella debia ser la barca de Jorge.

Luchando entre la esperanza y el temor corrieron hácia este punto.

Marta, apesar de su estado, les habia adelantado á todos.

De pronto se la vió detenerse, vacilar y arrojarse al suelo.

Las desigualdades del terreno impedian distinguirla bien.

Aceleraron su carrera y á poco se presentó á sus ojos un cuadro horroroso.

Bañado por la espuma y abrazado fuertemente á su hijo se hallaba Jorge.

Ambos eran cadáveres.

En el semblante descompuesto y desencajado del padre, se leian bien claras las atroces agonías, la muerte horrenda del ahogado.

En la del hijo nada se veia.

Rota, destrozada por algun choque violento su infantil cabeza, solo presentaba una masa informe de huesos, sangre, cabellos y arena.

A pocos pasos estaba Marta perdido el conocimiento y tendida en la playa.

La levantaron, le prodigaron cuantos auxilios estaban al alcance de estas pobres gentes y á viva fuerza la condujeron á su cabaña.

A la vista de esta, corrió despavorida y como si una idea fatal hubiera cruzado su mente, abalanzóse dentro y se arrodilló ante la cuna.

Angela seguia á su padre y su hermano, espiraba con la dulce calma de la consuncion y extendia sus pequeñas manos á su madre.

La antes feliz Marta, la buena madre, la amante esposa, enferma de cuerpo y alma, herida de muerte, impotente contra su sino fatal, solo sobrevivió tres dias á su esposo y á sus hijos.

Aquí, bajo nuestros piés, yacen estos cuatro desgraciados.

Todos los pescadores de seis leguas á la redonda contribuyeron para elevar este modesto monumento, recuerdo eterno de la gratitud de estas gentes, memoria imperecedera de la virtud de los que á su pié reposan y faro salvador de los que lo han erigido.

Veis estas dos luces; pues bien, la direccion que marca la línea que las une es tambien la del canal que debe seguirse para entrar en este arroyo.

Cuando la noche sorprende en el mar á los pescadores, y el temporal los amenaza y combate, ponen sus proas hácia ellas, siguen la direccion que les marca, y se libertan de un naufragio que sin ellas sería casi inevitable.

Tal es la historia de este monumento, tal es la historia de Jorge, Marta, Juan y Angela.

Historia triste y tierna y que tan comun es entre los desgraciados que para vivir necesitan batallar con esa fiera maldecida.

Y el anciano extendia su mano hácia el mar, negro ya con las sombras de la noche.

Os explicaré ahora quién soy.

Soy sacerdote.

Me hallaba en Sevilla cuando llegó casualmente á mis oidos la historia que acabais de oir. Viejo, sin ambicion, admirador compasivo de los hijos del mar y explorando el abandono religioso en que por necesidad se encuentran, formé un proyecto que quiso Dios viera cumplido.

Vine á este sitio, la choza de Marta se convirtió en capilla y todos los domingos los habitantes de estas extensas playas vienen á oir la palabra del Redentor.

Entre todos me alimentan y me visten, soy tan pobre como ellos, pero soy tan rico como el mas poderoso de la tierra pues he conseguido hacer un beneficio.

Acababa de hablar así mi interlocutor, cuando la aguda voz de una campana pequeña llegó á mis oidos.

—Es el toque de Angelus que da la campana situada en la choza de Marta y que recuerda á sus compañeras la oracion de la tarde.

El anciano se descubrió y yo le acompañé en su rezo.

Un ruido confuso y lejano empezó á oirse. Despues se hizo mas claro.

Eran los caracoles que tocados por los pescadores desde sus barcas, anunciaban su llegada.

Qué triste y lúgubre es ese sonido, cuando en medio de la noche llega mezclado á nuestros oidos con el sordo rumor de la playa.

El que una vez lo ha oido jamás lo olvida.

Yo creo percibir en sus discordantes sones la narracion sombría de la vida desgraciada de los que los tocan, los terribles juramentos de los que mueren ahogados, los tristes ayes de las que quedan viudas.

Al ruido de los caracoles sucedió el que producian las barcas separando las aguas con su quilla.

Al mismo tiempo un tropel de niños y mujeres se adelantaba hácia el sitio en que nos encontrábamos.

Las mujeres avanzaron en la playa hasta sumergir sus piés en el agua; los niños se arrodillaron al rededor del sepulcro.

Las barcas entraban en el arroyo, pasaban tocando casi al grupo de mujeres y la luz de los faroles alumbraba sus cubiertas.

Sobre estas se veian claramente los pescadores de piê, fija la vista en el nicho y descubierta la cabeza.

Las mujeres saludaban desde la playa á sus maridos; y los niños arrodillados ante la imágen de la Vírgen, alumbrada por las luces salvadoras de sus padres, entonaron con voces claras y sencilla melodía las siguientes estrofas:

Vírgen santa, Vírgen pura,
Dulce y templado lucero
Del infeliz marinero
Que tus piés llega á besar;
Nuestra fe tosca y sencilla
Con tus piedades se escuda,
La oracion acoge ruda
De tus hijos de la mar.

Qué fuera sin tí, María,
Sin tu mirada amorosa,
Del atrevido que osa
El mar terrible cruzar.
Qué fuera del infelice,
Del cuitado marinero,
Si el rostro tornas severo
A tus hijos de la mar.

Nosotros, cual gaviotas,
Que en el ancho mar vivimos,
Casi apenas conocimos
Lo que es un templo, un altar;
Pero tienes grande, inmenso,
Un altar aunque sin brillo,
En el corazon sencillo
De tus hijos de la mar.

Orilla al mar nuestras cunas
Nuestras madres arrullaron,
Y orilla al mar nos cantaron
Tu amor de madre y penar.
En memoria de aquel llanto,
De aquella fiera agonía,
El amparo sé, ¡oh María!
De tus hijos de la mar.

Y cuando en noches cerradas,
Al recio empuje del viento
El rayo rudo y violento
Miremos tristes cruzar;
Cuando la fuerte melena
El mar sacuda bramando,
La existencia amenazando
De tus hijos de la mar;

Te rogamos, oh Señora!
Que en tan mísero quebranto,
Nos cobiges con tu manto
Como prenda de pesar.
No apartes, Vírgen, tus ojos
De luz divino lucero,
De los tristes marineros
Pobres hijos de la mar.

Vírgen santa, Vírgen pura,
Faro de luz y consuelo
A quien dosel presta el cielo
Y alfombra presta la mar,
Nuestra fe tosca y sencilla
Humilde á tus piés se lanza;
Tú eres la sola esperanza
De tus hijos de la mar.

Y el anciano sacerdote enjugándose una lágrima y extendiendo sus manos á aquellos tres grupos me dijo:

—Hé aquí mi obra, hé aquí mi dicha, hé aquí mis riquezas.

C.

Sanlúcar de Barrameda.—Mayo 1867.

LOS VECINOS DE DARLINGEN.

NOVELA DE ENRIQUE CONSCIENCE.

(CONTINUACION.)

Al pié de la escalera, resonaban los acentos amenazadores de una voz ágria y dura. Era Teresa que gritaba:

—Herminia!... quieres bajar bien pronto?... papá te llama.

—Oh! cielos!... tu padre te llama; repitió la madre con inquietud. Y se enfadará; yo te suplico, hija mia, si amas á tu madre, que seas fuerte y domines tu dolor.

—Sea pues!... suspiró la jóven; mi suerte está decidida; adios, sueños de mi vida!... Vamos, mamá, ya quedareis contenta de mí.

Bajaron la escalera y entraron en el salon, donde segun estaba convenido, tomaron asiento en una mesa, haciendo como si empezaran á tomar el café. Teresa estaba ya sentada. Ella, que habitualmente se vestia con descuido, esta vez se atavió con un lujo excesivo, sacando de la caja todos los regalos de su tio Juan y de su tia María. Estaba muy alegre y sus megillas no estaban tan descoloridas como de costumbre. La expresion de su rostro, sobre el cual vagaba una imperceptible sonrisa, contrastaba singularmente con la fisonomia resignada y abatida de Herminia. Murmuró algunas chanzas picantes, mofándose de lo que llamaba niñerías de su hermana; pero esta no la oia; se hallaba completamente absorta, esperando la aparicion solemne de Mr. Pottewal que estaba con su padre en el gabinete inmediato, cuyas voces se oian detrás de la puerta del salon.

Por fin la puerta se abrió, y el mercader de granos, conducido por Romys, se presentó en el salon.

Las tres mujeres se levantaron como sorprendidas por la llegada de una persona no esperada, y se prepararon á recibirle convenientemente.

Mr. Pottewal, tenia el exterior de un hombre que pasa de los cuarenta años, aunque él no llegaba todavía á esta edad. Su rostro no era hermoso ni feo, tenia las megillas redondas y encarnadas, boca grande y ojos sin

brillo. Una sonrisa ingénua, casi inocente, vagaba por sus labios.

A primera vista, se podia juzgar del carácter y del talento de este hombre. Los rasgos de su fisonomía no anunciaban pasiones fuertes ni un espíritu cultivado; pero alejando toda sospecha de astucia, hacian presumir que debia ser al menos de un buen natural.

Su trage podia añadir poca cosa á esta apreciacion, pues se advertia que se habia vestido para el caso de una manera que no le era habitual. Su vestido negro, de ceremonia, se despegaba de su cuerpo; su corbata blanca, parecia querer extrangularle, y sus guantes color de paja, demasiado largos, hacian arrugas sobre sus gruesos dedos.

—Señoritas; ved aquí á Mr. de Pottewal, uno de mis amigos, que nos hace el honor de acompañarnos á tomar una taza de café.

Las señoras se inclinaron profundamente.

Tomando á Herminia de la mano, Romys replicó:

—Mr. Pottewal; tengo el honor de presentaros á mi hija menor Herminia; es una discreta y buena niña, pero desde hace pocos dias está padeciendo dolores de cabeza.

—Hay muchos males de cabeza, en la villa, señorita; balbuceó Pottewal, no sin algun embarazo. Y deseo que vuestra indisposicion pase pronto.

—Os lo agradezco, señor; balbuceó la jóven trémula y con una voz casi ininteligible.

—Ved aquí, á mi hija Teresa; prosiguió Romys. Una jóven de quien yo me puedo fiar para los negocios sérios; cuidadosa y exacta como la mejor ama de casa.

—Servíos tomar asiento, señor Pottewal; dijo Teresa aproximando una silla á la mesa; y creed caballero, que nos es muy grata vuestra visita.

Pottewal, sin tener en cuenta esta invitacion, se acercó á madame Romys y cambió con ella algunas frases de cumplimiento. Romys le interrumpió:

—En efecto, á qué quedarnos de pié?... vamos, sentémonos todos; hagamos mas íntimo conocimiento tomando café.

Habian ya llevado, dos ó tres veces, el caliente café a los labios, sin que nadie hubiese vuelto á tomar la palabra. Pottewal, volvia sin cesar los ojos hácia Herminia, y esta, al sentir sobre sí la impertinente mirada, bajaba la cabeza. Teresa, al contrario, miraba de frente al convidado. Este extraño silencio, comenzó á inquietar sériamente á Romys.

—Ah!... qué es esto!... se ha perdido aquí la lengua? exclamó; ¿Herminia, piensas tú hacer desaparecer tu dolor de cabeza, contando los hilos del mantel? Y bien, amigo Pottewal, ¿qué decís vos del tiempo?

—Que hace mucho calor; respondió el interpelado; y esto nos traerá enfermedades contagiosas. Antes de ayer se aseguraba, en la Bolsa de Bruselas, que el cólera esta en Anvers.

—Oh! Dios mio!... el cólera!... murmuró Teresa asustada.

—Vamos, hoy no es dia para hablar de tan tristes cosas, replicó Romys. ¿Cómo va el comercio de granos?

—Regularmente; se nota una baja persistente en los precios.

—Y vos, comprais mucho?... Este es el momento favorable.

—Mucho no; un poco nada mas; para ir sosteniendo el comercio. Yo no soy aficionado á los negocios en grande, porque se aventura demasiado y se tienen inquietudes.

—Si yo estuviera en vuestro lugar, amigo Pottewal, llenaria mis graneros hasta el techo. La cosecha de patata se ha perdido, á causa de la enfermedad, y es de esperar que las provisiones del año pasado se consuman; y vereis elevarse el precio del pan de una manera excesiva. Es negocio de ganar muchos millones.

—Quizá tengais razon; pero yo prefiero hacer tranquilamente mis negocios de costumbre.

Bonifacio Romys se encogió de hombros y se mordió los labios, como si la timidez de Pottewal le asombrase.

Reinó de nuevo el silencio.

Madame Romys tenia contínuamente los ojos fijos en Herminia; adivinaba los sufrimientos de su pobre hija, y procuraba consolarla con la dulzura de sus miradas, dándola las fuerzas necesarias para no sucumbir en tan crítica situacion.

Por no irritar á su padre, la pobre niña habia procurado, durante esta conversacion, tener los ojos levantados; pero la figura vulgar é insignificante de su futuro esposo, le inspiraba una repugnancia instintiva; y cuando reflexionaba en su interior que estaba destinada á pasar la vida con este hombre, su corazon se oprimia viéndose obligada á violentarse para no demostrar el temblor que experimentaba. No era que sintiese odio, sino al contrario, los rasgos de su rostro, aunque toscos y sin expresion, manifestaban dulzura y bondad, confirmando su lenguage este presagio. ¡Pero eran tan gordas sus megillas!... y su boca tan grande!... y no la era posible cambiar los sentimientos de su corazon que le presentaban al lado de esta figura torpe y oscura, otra en que brillaba la nobleza, la hermosura y la inteligencia.

Esta comparacion la llenaba de espanto, y prolongaba sus penosas reflexiones.

—Herminia; dijo su padre con un tono cuya sospechosa bondad, encerraba una cólera creciente, me darias un placer, si quisieras olvidar un momento tu dolor de cabeza. Así harás creer á Mr. Pottewal que eras taciturna y de mal carácter. Vamos, dí alguna palabra amable á nuestro querido convidado.

A esta brusca interpelacion, la jóven obligada á obedecer á su padre, no supo qué decir y balbuceó una escusa casi ininteligible.

Teresa se agitaba indignada sobre su silla y refunfuñó con acento de reproche:

—¿Es ese el modo de recibir á los amigos de nuestro padre, cuando nos honran con su visita? No la hagais caso, señor; ella tiene á menudo esos caprichos intempestivos.

Una mirada furibunda de su padre la cerró la boca, haciéndola comprender, que la estaba prohibido dar á Pottewal una idea desfavorable de su hermana.

—Vamos, Herminia; anímate, hija mia, dijo Bonifacio: ya te escuchamos, habla.

La jóven hizo un esfuerzo supremo sobre sí misma.

—Suplico á Mr. Pottewal, dijo, tenga la bondad de dispensarme; confieso que estoy muy abatida apesar de mi deseo de estar alegre; no tengo ni aun fuerzas para hablar; perdonadme, señor; esto pasará pronto.

El acento doloroso de la jóven y la dulzura de su humilde ruego, parecieron conmover á Pottewal que se esforzó en tranquilizarla, asegurándola que era incapaz de interpretar mal su silencio; Mr. Romys le interrumpió preguntando:

—Sois aficionado á la música, amigo mio?

—Un poco; respondió Pottewal.

Una mirada significativa, hizo comprender á Herminia que se hablaba de la música, por hacerla tomar parte en la conversacion, ella procuró recobrar su valor y dijo:

—Pues si este caballero es aficionado á la música, habrá ido á ver *El Barbero de Sevilla* para escuchar á la cantante italiana que lleva cada noche á todo Bruselas al Teatro Real; ¿qué voz tan encantadora, no es verdad?

—Yo no voy nunca al teatro, señorita; respondió Pottewal. Cuando yo era jóven mis padres me lo impedian, y ahora, si he de hablar francamente, no me gustan las óperas; ese ruido confuso de que no entiendo una palabra me desgarra los oidos, y no puedo estar dos horas en el teatro sin dormirme.

Esta respuesta embarazó extremadamente á Herminia y con la mejor voluntad del mundo no sabia qué decir. Su padre estaba de pié delante de ella y la dirigia una mirada de reproche.

—Será V. quizá aficionado á la pintura? ¿La exposicion es bella, no es cierto?

El se encogió de hombros y dijo:

—No he visto jamás la exposicion ni conozco la pintura.

—Entonces leereis mucho!...

Francisco Pottewal comprendió su insuficiencia, sus megillas se tornaron todavía mas encarnadas y con un embarazo visible respondió:

—Leer!... el precio de los granos en la hoja de anuncios de Darlingen. Yo sé muy bien que todo esto dice muy poco en mi favor, y me avergüenzo de confesarlo; pero la falta es de mis padres, pues me han hecho creer que el hombre que posee una fortuna suficiente, no necesita conocer todas esas cosas; ellos solo me hicieron aprender el comercio de los granos y el medio de guardar su fortuna sin aminorarla.

—Y vuestros padres tenian mucha razon, caballero, dijo Teresa. ¿Qué significan desde luego esas ocupaciones fútiles en las que se pierde un tiempo precioso? Todo esto es bueno para cuando uno es muy jóven; pero una vez entrados sériamente en la vida, cuando se debe vigilar y dirigir la casa con acierto, entonces tales conocimientos y tales gustos son mas perjudiciales que ventajosos. Estad reconocido, señor de Pottewal, á vuestros padres, que os enseñaron la sola ciencia que no descansa en apariencias; el hombre que sabe convenientemente administrar su fortuna merece ser tenido por hombre de talento.

Pottewal miró á Teresa con singular expresion: ella, encantada por esta mirada, le sonrió agradablemente.

—Comprendo, dijo Romys, que no os agrade la música de la ópera: á mí me sucede lo propio y hace veinte años que no voy al teatro; ¿pero os gustará la música ligera?

—Sí; alguna cosa así como una polka, algun baile, me agrada bastante todo esto; respondió Pottewal.

—Y bien, mientras concluimos de tomar café, mi hija tocará un vals en el piano. Tú sabes bien, Herminia, aquel lindo aire aleman...

—Sí; el último vals de Straus, dijo Teresa. ¿A qué vacilas, hermana mia; podrias tú rehusar, cuando sabes que esto causará placer á Mr. Pottewal?

—Oh! yo te suplico!... dispensadme!... suplicó la pobre jóven; ¡yo no sabria tocar ahora!...

—En efecto, Romys; replicó la madre levantando las manos hácia su marido; tened en cuenta su dolor de cabeza... pero una mirada llena de amenazas detuvo la palabra en sus labios.

—Tú tocarás; ordenó el padre con tono colérico, ¡Hola! ¡Todos los dias del año, nos desgarras los oidos aporreando eternamente el piano, y hoy que recibimos un amigo no quieres tocar!...

Herminia espantada por tener que tocar delante de Pottewal el mas bello de sus valses, sintió oprimírsele el corazon dentro del pecho y dejó caer lánguidamente la cabeza sobre la mesa...

—Quereis hacerme un favor, Mr. Romys? dijo Francisco. Tened, pues, la bondad de no oprimir á esta señorita, dejémoslo para cuando háyamos hecho mas ámplio conocimiento, y os declaro francamente que en este momento tengo pocas ganas de oir música.

—Está bien; borbotó Romys; ved entonces cómo quereis pasar el rato; yo tengo algunas palabras que decir á mi mujer relativas á un negocio del que uno de mis colonos vendrá dentro una hora á buscar la respuesta. Perdonadme esta corta ausencia, Mr. Potlewal, os dejo en buena compañía, y si por acaso me necesitáseis, lo que no creo, nos hallareis en el jardin bajo los tilos.

A estas palabras hizo una seña á su mujer y los dos salieron del salon.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

(*Se continuará.*)

En el álbum del actor italiano Ernesto Rossi.

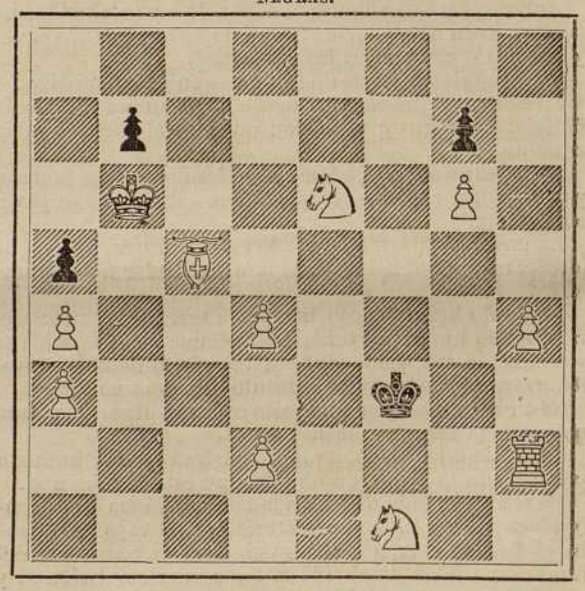
Para dar vida inmortal
á los genios que murieron
te hizo Dios de ellos igual,
y las gentes aplaudieron
de su hechura lo cabal.
Tu voz que el espacio llena
de Italia vibró en la escena,
y esclavos tuvo á millares
desde el magnífico Sena
hasta el pobre Manzanares.
Risa y llanto por dó quier
arrancan tus creaciones,
todo cede á tu poder,
y luchan los corazones
entre el dolor y el placer.
El arte te dá su aliento
y en tus ensueños le nombras,
el pasado es tu elemento,
y reviven á tu acento
generaciones de sombras.
Hoy que de Madrid te alejas,
van, dando al aire sus quejas,
de tí las sombras detrás,
pero la sombra que dejas
no ha de borrarse jamás.

M. DEL PALACIO.

PROBLEMAS DE AJEDREZ.

PROBLEMA N.° 88, COMPUESTO POR D. JAVIER MÁRQUEZ.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 4 jugadas

ADVERTENCIA.

Segun consta á nuestros suscritores, les hemos distribuido en el último mes de Marzo cuatro patrones, y en el corriente van ya tres; por tanto, y en atencion al considerable número de los dichos patrones que tienen recibidos, omitimos en justa compensacion el figurin iluminado que hoy debiera acompañar á nuestro periódico.

AÑO CRISTIANO EN VERSO.

VIDAS DE LOS SANTOS QUE VENERA LA IGLESIA

por D. Ciriaco Camargo.

Esta interesante obrita, en la que se relatan en armoniosos versos y con variada metrificacion, las vidas de los Santos, está llena de bellas oraciones, consejos y meditaciones de suma utilidad y muy necesarios para todo buen fiel. Tiene concedidas muchas indulgencias y se destina por la editora parte de su producto á favor del Santo Padre.

Forma un elegante volúmen en 8.° de cerca de 400 páginas y cuesta DIEZ REALES en Madrid y DOCE en provincias, franco y certificado. Administracion: calle del Rubio, número 4, Madrid.

DIRECTOR: D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ 1867. IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA á cargo de D. Federico Joly y Velasco, Bomba, n. 1.

AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 21.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs... Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs...Seis meses,65...Tres meses, 35... Un mes, 12.

Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs....Seis meses, 42... Tres meses, 22...Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

EDITOR PROPIETARIO: **Don Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes.... Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Libreria de Don C. Bailly-Bailliere, plaza del Principe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tánago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux.
PARIS, Mr. Fermin Didot frères, rue Jacob, 56.

Sumario.—Chaqueta con hombreras bullonadas.—Zapatilla bordada.—Tira para zagalejo.—Guarnicion para tapete de mesa.—Orla de trencilla.—Taburete redondo.—Diveras borlas de lana.—Tapicería al pasado.—Sombreros de primavera y verano.—Cófia de mañana.—Trage de paseo.—Cabo de corbata (bordado en relieve). — Revista de modas.—Magnetismo musical.—Las madres.—Siempre contento.—Mi cumpleaños.—Lontananza.—Los vecinos de Darlingen.—A mi pensamiento.—Explicabion del figurin iluminado.—Problemas de ajedrej.

Chaqueta con hombreras bullonadas.

Basta á veces un pormenor insignificante en la apariencia para *modernizar* un vestido ya antiguo. La chaqueta cuyo dibujo publicamos, tiene, en el contorno de las sisas, una especie de *bullonado*, que cambia algo el aspecto habitual de esta pieza del vestido; esta se hace de paño blanco ligero, y se adorna con galones verdes de seda cosidos con cuentas de cristal verde y fleco de las mismas cuentas.

Zapatilla bordada.

Esta zapatilla, segun el grado de elegancia que se la quiera dar, se ejecutará con seda sobre paño, ó bien con cordoncillo de oro ó plata sobre terciopelo; el interior del bordado se rellena con cuentas de diferentes gruesos, ó con puntos de *nudillos*. Vamos á indicar algunas combinaciones de colores.

Paño grosella,—bordado de seda granate; mucho mas oscuro por consiguiente que el paño,—puntos de nudillos hechos con seda negra.

Paño blanco,— bordado de seda rosa de China ó azul de China, — puntos de nudillos con seda negra.

Terciopelo castaño ó azul, — bordado de seda amarilla,—cuentas doradas.

Terciopelo encarnado,—bordado gris, y cuentas de acero.

Tira para zagalejo.

La labor se ejecuta de aplicacion de percal sobre nansuk, ó de cachemira de color sobre tegido de lana. Si la aplicacion se hace sobre un tegido trasparente para trages de muselina, ó hasta para cortinas, se pone la tela en la que se ha de recortar el dibujo debajo del tegido que sirve de fondo á la labor, se ejecuta el feston, y luego se recortan por debajo todos los contornos del dibujo.

CHAQUETA CON HOMBRERAS BOLLONADAS.

Guarnicion para tapete de mesa.

Para ejecutar esta guarnicion, se trazan en el borde de un tapete de paño negro ó castaño, los contornos de tinta oscura del dibujo. Se pone por debajo una tira de paño encarnado con recortes por uno de sus bordes; se pespuntean los contornos con seda blanca, y se corta el tapete por fuera del dibujo, de modo que deje ver el paño encarnado: con la simple inspeccion del bibujo, basta para comprender cuan fácil es su ejecucion.

Orla de trencilla.

Se ejecuta con trencilla ó galon estrecho, para zagalejo, trage ó confecciones.

Taburete redondo.

Se borda este dibujo sobre canevas algo grueso, si se le destina á un taburete que haya de servir de asiento; sobre canevas mas fino para taburete de piano; sobre canevas fino para alzapié.

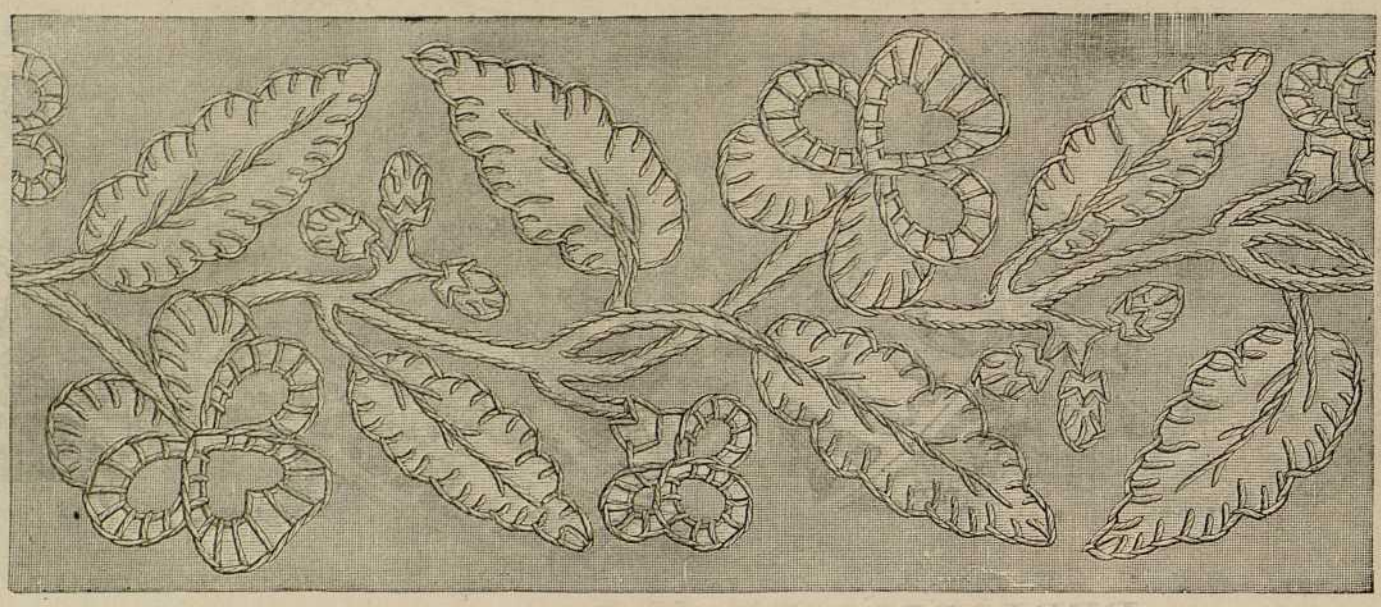
Diversas borlas de lana.

Estas borlas se emplean para adornar cogines, escabeles, abrazaderas de cortinas, etc.

N.° 1.—Se compone de cuatro partes cada una hecha de fleco de lana; este se ejecuta con lana puesta triple y una hebra de seda que sirve para reunir y fijar las hebras de lana (véase el dibujo especial que reproduce la ejecucion de este fleco). Cuando se ha hecho un cabo de fleco suficientemente largo, se toman 5 hebras de lana, que tengan un centímetro mas que el largo que ha de darse á la borla; se las fija á una bola de madera forrada de lana; luego se las cubre con el fleco dispuesto en espiral (véase el dibujo que reproduce el 2.° detalle de esta borla), teniéndolas fuertemente tirantes; las otras tres partes de la borla se atan al escedente de largo de las cinco hebras que es de un centímetro, como ya se lleva dicho. Los extremos del fleco se reunen, y allí se fija la cabeza de la borla, que se compone de dos pedazos de fleco dispuestos en círculos, y dos hormillas de madera forradas de lana, á través de las cuales se pasan tres hebras de lana, sobre las que se ejecuta un feston para formar con ellas un buclecillo sólido.

N.° 2.—Se compone de cinco partes; se las forma con una hebra de seda pasada por pedacitos de lana de diferentes colores, todas de igual largo, y dirigidas en sentido inverso (véase el dibujo que reproduce la ejecucion de la borla n.° 2). En nuestro modelo, cada una de las cinco partes de la borla se hace con 4 colores de lana. Los extremos de las hebras de seda se reunen, y luego se pasan por hormillas de madera forradas de lana, cuya disposicion se indica en el dibujo.

N.° 3.—Esta borla se labra á punto de aguja con dos tintas de lana; las agujas serán de mediano grueso. Se arman 16 puntos, y se trabaja de ida y vuelta; —lana oscura: *una vuelta al revés,—una al derecho,—una al revés; lana mas clara: 2 vueltas al derecho,—1 al revés,—1 al derecho—1 al revés,—2 al derecho (la última con la lana mas oscura). Vuélvase otras 6 veces desde * y hágase otra vuelta al revés, cogiendo tambien los puntos por los que se ha principiado. Este círculo presenta 7 listas oscuras en hueco y claras en relieve; las primeras aparecen por el derecho y las segundas por el revés. Para la cabeza de la borla se toma la lana oscura, se arman 16 puntos bastante apretados, se los reune en redondo y se labran 6 vueltas al derecho con la lana mas oscura; pero en la primera de estas 6 se hacen siempre 2 puntos juntos. Se hace una 7.ª en la que se toman siempre 2 puntos juntos, la cual cierra la borla; se frunce un poco uno de los lados de esta, y se ata á la cabeza cuya parte inferior se enrolla hácia afuera, de modo que el revés de la labor de aguja sea el derecho de la cabeza de la borla.



TIRA PARA ZAGALEJO.

Tapicería al pasado.

Se ejecuta esta tapicería con arreglo á las indicaciones del dibujo; en él se ve la direccion y casi el número de puntos, para los cuales se emplean diversas tintas de lana, y para las tintas claras seda de Argel. El fondo puede ejecutarse á pnnto de cruz con las medias cruces y cuartas partes de ellas que exijan los contornos del dibujo que insertamos en la siguiente página, y el cual recomendamos se consulte con detencion para su mejor exactitud.

Sombreros de primavera y verano.

N.° 1.—Sombrero de paja amarilla, con vuelta formando bavolet; por delante, festoncito de terciopelo castaño con cascabelillo de ámbar;—al lado, rosa amarilla y una pluma que va cambiando de color desde el amarillo hasta el blanco; bridas amarillas moteadas de color castaño.

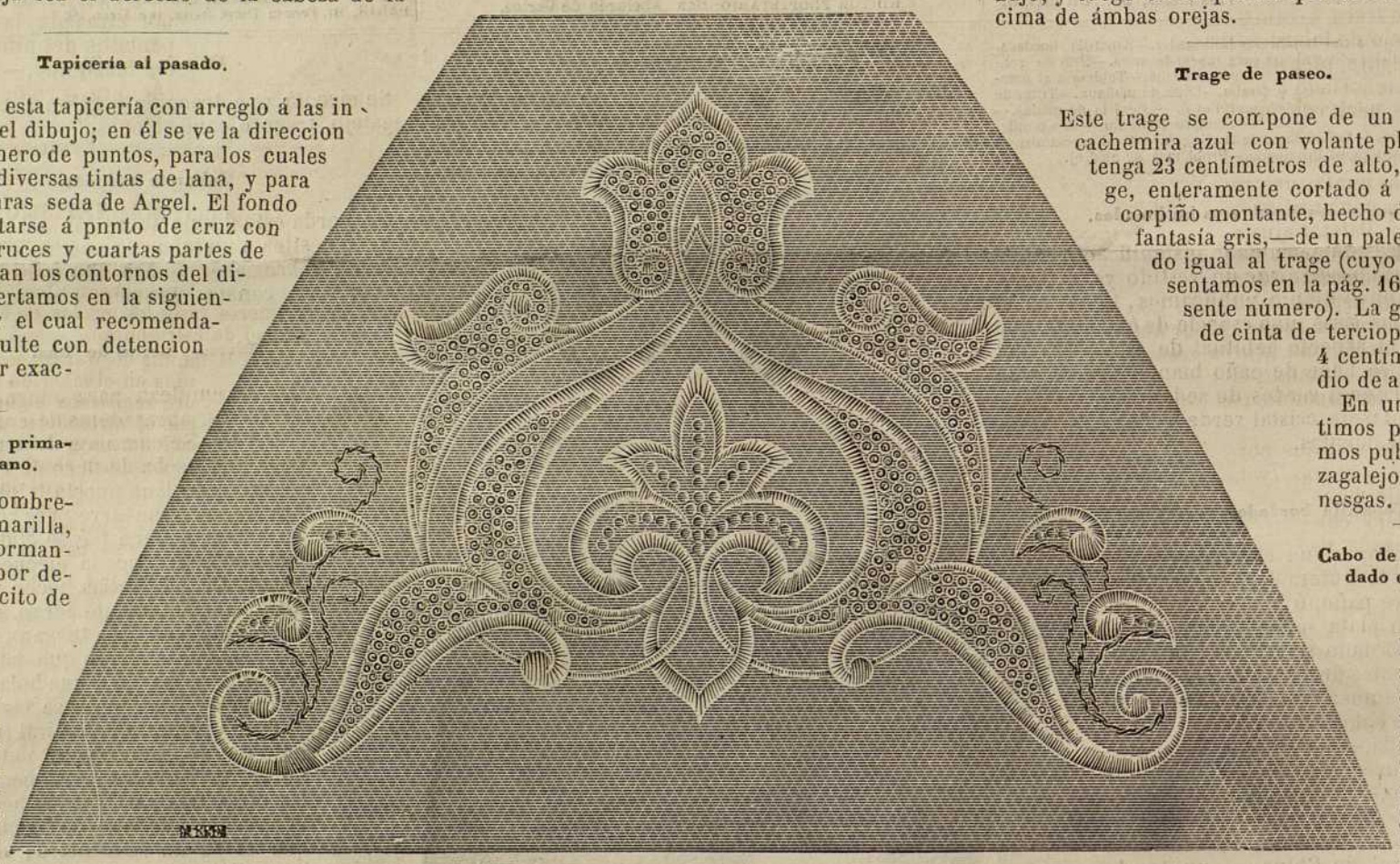
N.° 2.—Sombrero de paja amarilla, con bordes que forman vueltas, adornado con una rosa verde de follage verde; bridas de cinta de tafetan verde.

N.° 3.—Sombrero para señora de edad. Es de paja blanca, y la guarnicion se la compone de follages bronceados y de una pluma adecuada por sus varias tintas á estos follages; cintas correspondientes al follage, con bordes blancos satinados.

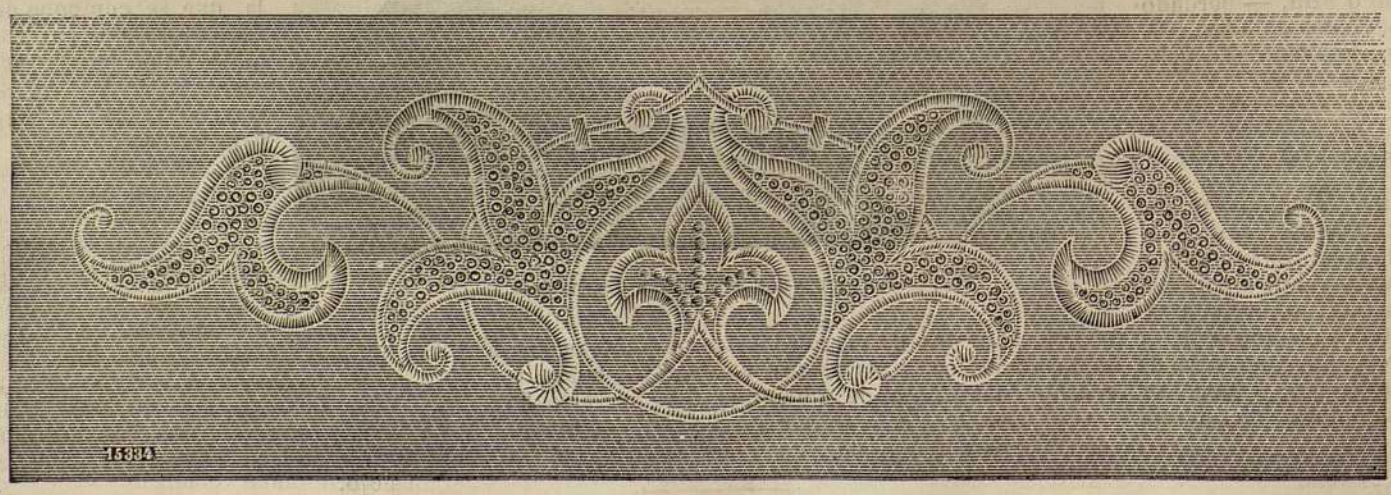
N.° 4.—Sombrero bullonado de tul blanco; con vueltas formadas de lirios de los valles; bridas de cinta de tafetan blanco.

N.° 5.—Sombrero redondo, casi plano, de paja blanca, con vueltas guarnecidas de encage negro; en cada extremo una rosa encarnada.

N.° 6.—Sombrero de tul blanco, guarnecido de tiras de terciopelo escocés; plumas de avestruz, con un pompon de los colores del terciepelo.



ZAPATILLA BORDADA.



DIBUJO PARA LA ZAPATILLA.

Cófia de mañana.

Esta cófia, tan graciosa y tan fácil de ejecutar, se compone de un cuadro de muselina de 15 centímetros en todos sentidos; se hace un dobladillo al rededor de ella, y se la orla con una tira de 2 centímetros de ancho, hecha de muselina bordada, realzada por un encage estrecho. Esta tira se pliega, y en cada intervalo que separa dos pliegues se ponen dos buclecillos de cinta de terciopelo ó de tafetan, que tenga centímetro y medio de ancho; una cinta igual cubre la costura de la tira; esta cinta se adorna con rosáceas pequeñas hechas al crochet, ó bien de frivolité. Las bridas se hacen con una tira de muselina de 1 metro y 50 centímetros de largo por 16 centímetros de ancho. La parte media de esta tira, en un espacio de 40 centímetros se pliega de modo que su ancho quede reducido á 4 centímetros. Se rodea esta tira con una guarnicion igual á la de la cófia, excepto en un espacio de 20 centímetros en su parte media, que queda sin guarnecer. Se fija la tira en medio del cuadro por debajo, y luego en las puntas que se encuentran encima de ámbas orejas.

Trage de paseo.

Este trage se compone de un zagalejo de cachemira azul con volante plegado, que tenga 23 centímetros de alto,—de un enge, enteramente cortado á nesgas, con corpiño montante, hecho de tegido de fantasía gris,—de un paletot-saco todo igual al trage (cuyo dibujo presentamos en la pág. 165 del presente número). La guarnicion es de cinta de terciopelo negro de 4 centímetros y medio de ancho.

En uno de los últimos patrones hemos publicado el del zagalejo cortado á nesgas.

Cabo de corbata (bordado en relieve).

La corbata hecha de muselina, tiene 80 centímetros de largo; su ancho está indicado en nuestro dibujo (véase en la página 165 de este número). En uno de los artículos publicados recientemente referentes al *Arte de la costura* (seccion de bordados) se encontrarán todas las indicaciones y los infinitos dibujos relativos á la ejecucion del bordado en relieve y otras labores, que recomendamos á nuestras suscritoras tengan presente, pues es de suma utilidad para casi todas las confecciones.

REVISTA

DE MODAS.

Hay en verdad pocas alteraciones en la actualidad que notar en la moda; todo lo que se ve, lo que se prepara, no es ni mas ni menos que lo que conocemos por haberse llevado ya.

Siempre los paletot iguales á los trages, ó bien de tafetan negro.

Siempre los corpiños de percal estampado (principio por el primer grado de la escala), los de fulard, de cachemira, de nansuk, de muselina, de encage, llevados bien sea con coselete, bien con un ancho cinturon. Algunos cinturones por encima de los paletots ajuus tados.—Algunos péplum sobre los corpiños montantes.

Mas azabache y cañutillos que nunca... Tal es en pocos rasgos la fisonomía de la moda actual, ya conocida de nuestras lectoras, porque se semeja punto por punto á la moda del último año.

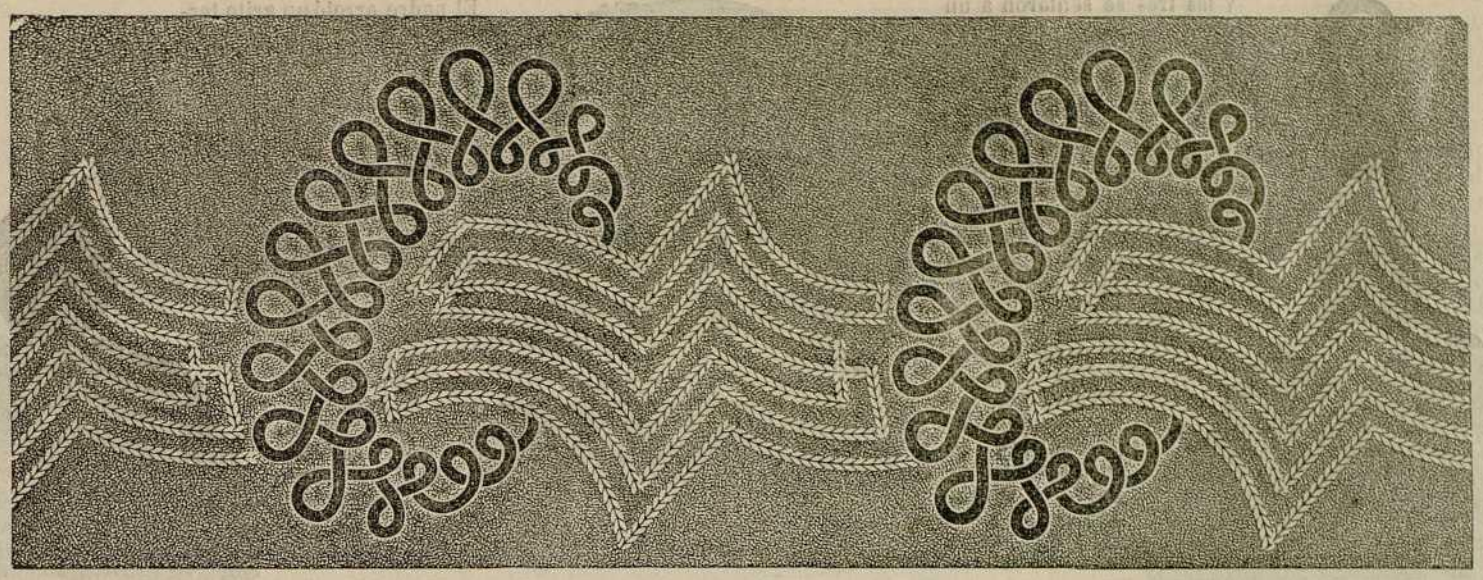
Se ven algunos trages cortos de fulard de dos tintas, ó de fulard liso, y fulard con dibujos. Mi dictámen es en estremo favorable á esta linda combinacion. He visto el vestido siguiente, que llevaba una jovencita de trece á catorce años: Zagalejo de fulard azul liso, con volante plegado;—trage corto recortado á puntas redondas, hecho de fulard á listas azules y negras, —el azul de la misma tinta que el zagalejo;—las puntas del trage ribeteadas con una tira de fulard negro. Paletot ajustado, con ancho cinturon negro atado por detrás. Gorra de terciopelo negro, adornado con un manojo de plumitas azules, y por ámbos lados de la oreja una gruesa trenza de cabellos rubios, flotando libremente, y terminando en un lazo azul.

La moda de vestidos cortos, cortados á nesgas, y la posibilidad de figurar un zagalejo con una tira plegada unida á una enagua de gruesa percalina, ó de otra tela tomada de un trage que no esté en uso, reducen considerablemente los gastos de estos vestidos, propios para jóvenes solteras; ningun inconveniente hay en que se adopten por una casada jóven... Sin embargo, conviene advertir que nada hay mas difícil de llevar que el vestido corto; porque parece hecho para exagerar, ó por lo menos para hacer notar todos los defectos de la estatura. Una muger, aun siendo jóven, si es algo gruesa ó demasiado alta, deberá evitar los vestidos cortos; así como por otro concepto, sentarán mal á las muy pequeñas ó muy delgadas, á las cuales comunican una tristísima semejanza con una de las plagas de Egipto... con la langosta, para llamarla por su nombre. Así pues, para llevar el vestido corto, es preciso no ser ni alta ni baja, ni gruesa ni delgada, ni sobre todo vieja. Por todas estas razones ya se comprende que el vestido corto ha de encontrar algunas dificultades para generalizarse.—Los tegidos nuevos, en el presente año, son mas bien chinés y jaspeados que listados. Aunque este último género ha durado ya demasiado tiempo, yo esclamaria de buena gana al ver los *chinés*: ¡que me vuelvan á las listas! Pero en fin, tal es la moda!

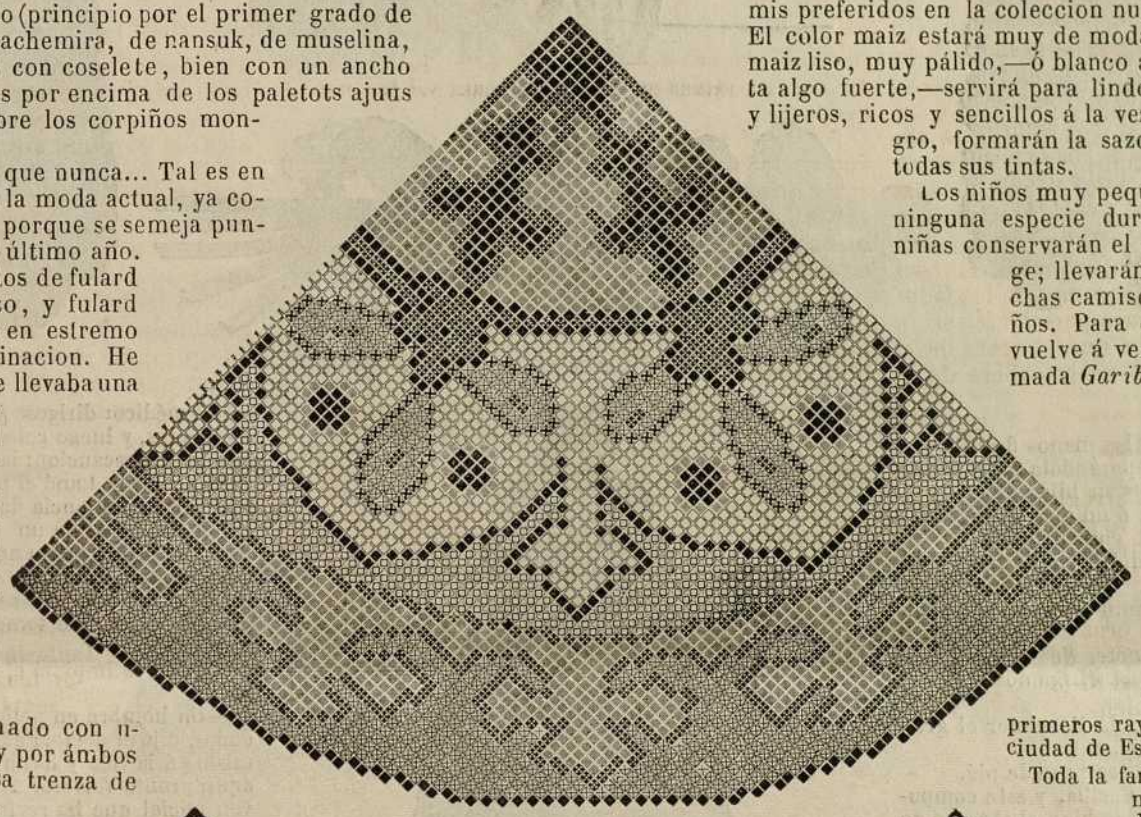
Los pelos de cabra á listas satinadas son mis preferidos en la coleccion nueva de muestras que he visto. El color maiz estará muy de moda este año. El pelo de cabra maiz liso, muy pálido,—ó blanco á listas satinadas maiz, de tinta algo fuerte,—servirá para lindos trages de verano, sedosos y lijeros, ricos y sencillos á la vez. El albornoz de encage negro, formarán la sazon natural del color maiz en todas sus tintas.

Los niños muy pequeños no llevarán pardesús de ninguna especie durante los fuertes calores. Las niñas conservarán el cinturon-péplum igual al trage; llevarán, como sus hermanitos, muchas camisetas haciendo veces de corpiños. Para estos, pero solo para estos se vuelve á ver la camiseta fofa, antes llamada *Garibaldi*, y hoy *Luis XIII*. Esta cae por cima de la pretina del pantalon del niño. Se la hace de lienzo fino,—fulard, —cachemira, y en fin de percal estampado.

EMMELINE RAYMOND.

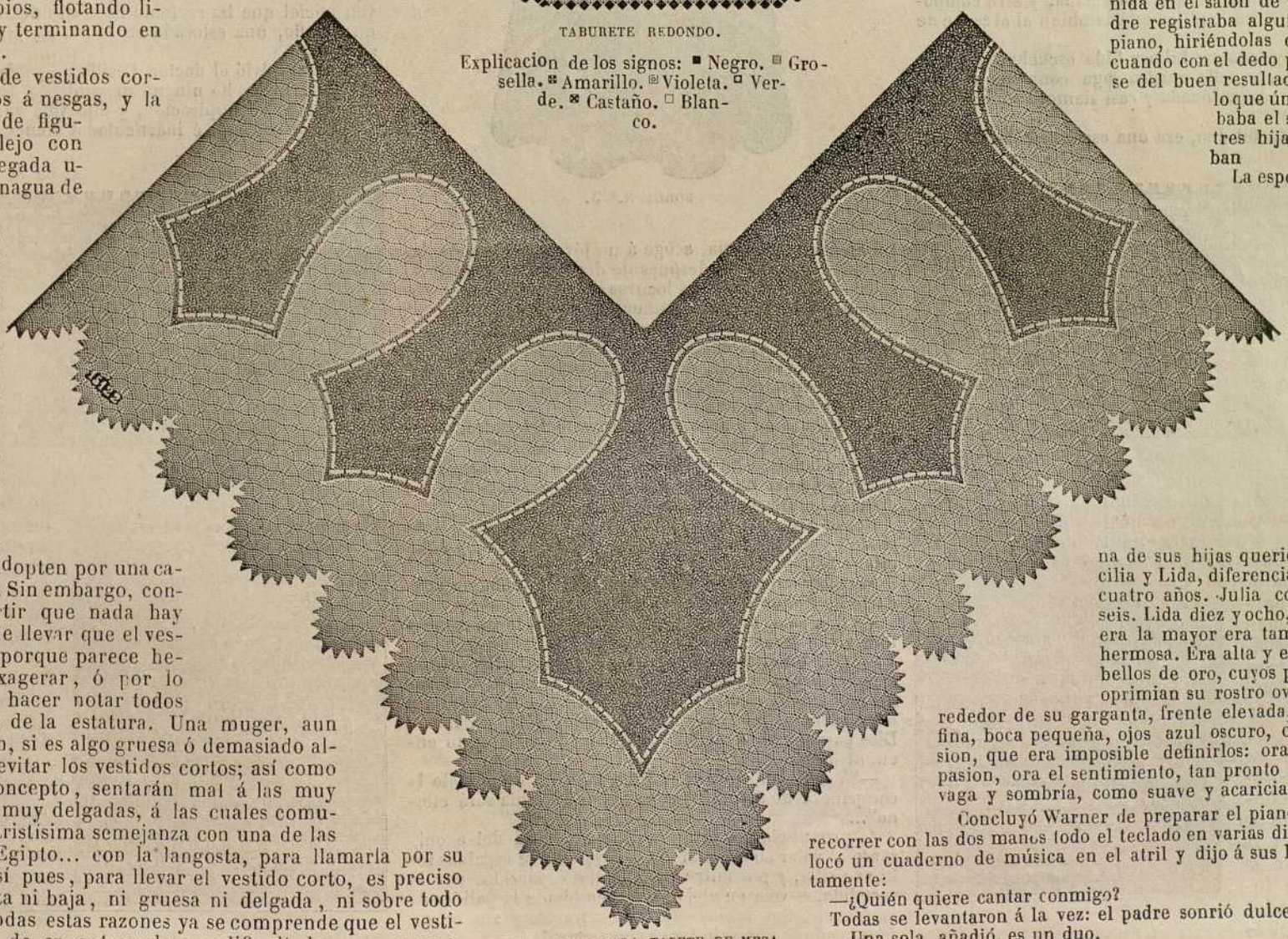


ORLA DE TRENCILLA.



TABURETE REDONDO.

Explicacion de los signos: ■ Negro. ▤ Grosella. ⁜ Amarillo. ▨ Violeta. □ Verde. ⁘ Castaño. □ Blanco.



GUARNICION PARA TAPETE DE MESA.

MAGNETISMO MUSICAL.

Era una deliciosa mañana de prímavera; el sol doraba con sus primeros rayos los tejados de las casas de la ciudad de Estrasburgo.

Toda la familia de Warner se hallaba reunida en el salon de verano: el padre registraba algunas teclas del piano, hiriéndolas de cuando en cuando con el dedo para asegurarse del buen resultado de su obra, lo que únicamente turbaba el silencio de sus tres hijas que bordaban

La esposa de Warner habia muerto hacia ya poco tiempo, las hijas vestian de luto y el sombrero de paja del padre estaba rodeado de un negro crespon.

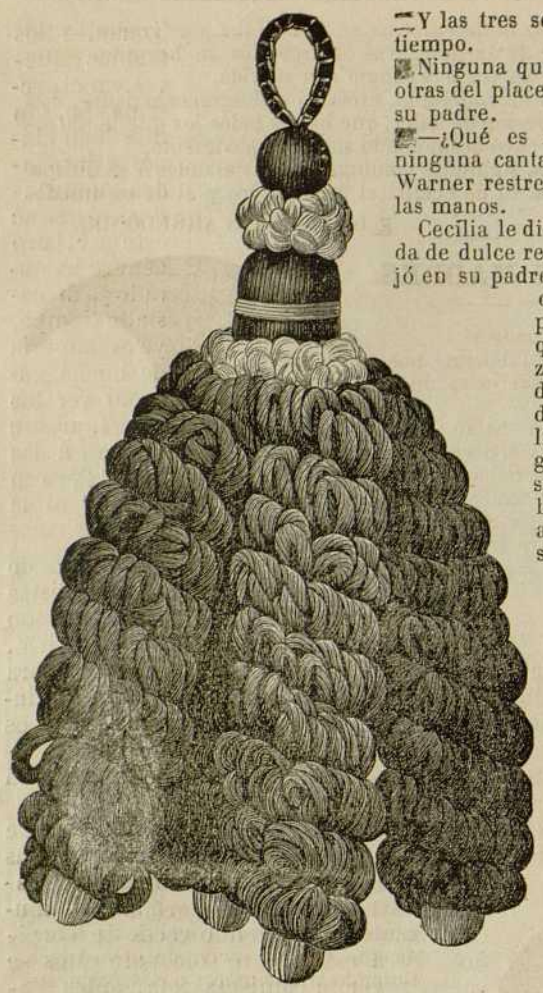
De vez en cuando, Warner fijaba sus miradas con ternura y alternativamente en cada una de sus hijas queridas. Julia, Cecilia y Lida, diferenciaban entre sí cuatro años. Julia contaba diez y seis. Lida diez y ocho, y Cecilia que era la mayor era tambien la mas hermosa. Era alta y esbelta, con cabellos de oro, cuyos pesados bucles oprimian su rostro oval, rodando al rededor de su garganta, frente elevada, nariz recta y fina, boca pequeña, ojos azul oscuro, con tal expresion, que era imposible definirlos: ora revelaban la pasion, ora el sentimiento, tan pronto era su mirada vaga y sombría, como suave y acariciadora.

Concluyó Warner de preparar el piano y despues de recorrer con las dos manos todo el teclado en varias direcciones, colocó un cuaderno de música en el atril y dijo á sus hijas indistintamente:

—¿Quién quiere cantar conmigo?

Todas se levantaron á la vez: el padre sonrió dulcemente.

—Una sola, añadió, es un duo.



BORLA N.° 1.

—Y las tres se sentaron á un tiempo.

Ninguna queria privar á las otras del placer de cantar con su padre.

—¿Qué es esto, no quereis ninguna cantar conmigo? dijo Warner restregándose gozoso las manos.

Cecília le dirigió una mirada de dulce reproche, Lida fijó en su padre sus expresivos ojos, como sorprendida, aun que se tranquilizó al ver la bondadosa sonrisa del anciano, y Julia sacudiendo graciosamente su inteligente cabeza, se acercó al piano para ver si el duo estaba en su cuerda.

El padre la atrajo á sí, reunió las manos de la jóven que escondió entre las suyas, y separándola suavemente del piano se interpuso entre este y su hija.

—¿Es alguna romanza italiana, ó un aire de los cazadores del Tirol? preguntó la jóven con curiosidad.

—Ni una cosa, ni otra; respondió el padre dando á su hija un beso en la frente.

—Es acaso, repuso Lida, un canto guerrero de Spolzors?

—Bah! dijo Warner, no lo acertais. Veamos si tú lo aciertas, Cecilia, prosiguió el padre dirigiéndose á esta que guardaba silencio.

—¿Es quizás algun duo sagrado de Marchuer el gran compositor religioso de la Alemania?

Y al decir Cecilia estas palabras se puso de pié.

—Lo has acertado, mi querida Cecilia, y esta composicion de tan ilustre maestro está tambien al alcance de tu voz.

Comenzaron á cantar: Julia y Lida escuchaban silenciosas y atentas, aquella música vaga como un suspiro unas veces, otras apasionada y casi siempre severa, magestuosa.

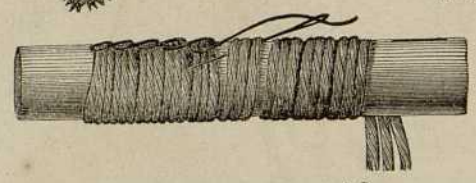
El argumento del duo, era una escena en la Tebaida.

N.° 5.

SOMBREROS

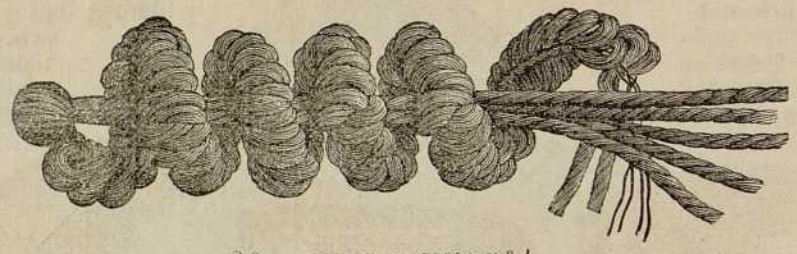
DE

Mme. Aubert.



DETALLE DE LA BORLA N.° 2.

PRIMER DETALLE DE LA BORLA N.° 1.



2.° DETALLE DE LA BORLA N.° 1.

El padre arrojó un grito terrible, levantó en sus brazos á su hija, y comenzó á recorrer el salon en todas direcciones, presa del mas vivo dolor. Sus otras hijas, se retorcian los brazos y lloraban.

El anciano se sentó en medio del salon con su carga querida, formándole un lecho con sus rodillas, y en su locura mecia á su hija como pudiera hacerlo una madre con el hijo que abriga en su regazo, murmurando en su oido las frases mas tiernas y cariñosas.

De repente se abre la puerta y un hombre vestido de negro penetra en la estancia,

BORLA N.° 2.

es el médico: dirigese á Warner y le interroga algunos momentos, y luego colocaron á la enferma en su lecho con toda precaucion; la jóven no volvió en sí.

El doctor le tomó el pulso, la observó un rato y dijo, que por la influencia de la música que acababa de ejecutar, era presa de un furioso ataque de catalepsia.

El médico, á quien aquel caso extraño llamó la atencion, y que permanecia sumido en la mas profunda meditacion, salió de ella repentinamente, y como acusándose de un olvido tomó su sombrero y se dirigió á la puerta.

Warner le impidió el paso con ademan casi amenazador.

—Un hombre en peligro de muerte reclama mis cuidados, dijo el doctor: además vuestra hija volverá por sí misma á la vida y hasta ese momento nada puedo hacer aquí; pronto volveré. Al lado de vuestra casa hay un jóven oficial que ha recibido hace algunos momentos en un desafio, una estocada en el pecho, y vuelvo en su socorro.

Cuando volvió el doctor, Cecília no habia vuelto de su desmayo, ni hecho ningun movimiento. Tomóle el pulso, escuchó su respiracion, y dijo vá á hablar.

Sonidos confusos é inarticulados comenzaron á salir

BORLA N.° 3.

Un anciano anacoreta, acoge á un jóven víctima de las pasiones humanas, y despues de decidirlo á preferir la soledad del desierto á las locuras del mundo, le vé espirar en sus brazos completamente convertido á Dios.

La voz de Warner grave y solemne reproducian admirablemente la voz del habitante del desierto; y la hermosa voz de contralto de Cecilia, pura, extensa y dulcísima, interpretaba fielmente la agonia de una juventud que todo lo ha agotado

—"Nuestra esperanza, decia el canto del padre, no es de aquí abajo, y mucho menos nuestro amor."

—"Yo tambien he llorado y sufrido mucho, respondia el canto de Cecilia, y en mi dolor he rogado á Dios me enviase la muerte como término de tanto pesar."

Era la expresion de la jóven al pronunciar estas frases tan sentida, que su hermana Lida lloraba, y Julia estaba pálida y convulsa.

Warner, entusiasmado con su arte continuaba sin cuidarse de lo que sucedia á su alrededor.

—"Hijo mio, proseguia, no habrás rogado en vano y Dios viene á consolarte".

—"Oh! Dios mio! no os hagais esperar. He sufrido mucho; soy extrangero en el mundo: he buscado en vano por mucho tiempo, un alma hermana de la mia, y mi horfandad ha sido completa. Estoy solo, y llamo á Dios para hallar á su lado la felicidad que aquí no encuentro."

—"Y el Señor será conmigo y me dará en el cielo la compañera de mi alma, cuya union á la mia será eterna"...

Al pronunciar la jóven la última palabra del agonizante al volar su alma al cielo, cayó esta de espaldas sobre su silla, y por entre sus cabellos esparcidos por la sacudida, se veia en el hermoso semblante la palidez de la muerte. Sus labios estaban contraidos y sus brazos inanimados caian á lo largo de su cuerpo.

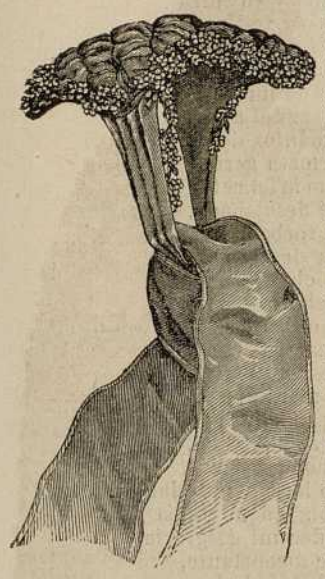
TAPICERIA AL PASADO.

TAPICERIA AL PASADO.

de sus labios, despues fueron mas inteligibles, y por último empezó un canto lleno de dulzura y suavidad: parecia venir de lejos, ó mas bien de arriba, como un murmullo divino que partiera del cielo.

En este momento abrió Cecilia los ojos, sonrió á todos de una manera dulcísima; y dijo que solo sufria una fatiga que la abrumaba.

El doctor se acercó á tomarle el pulso: en aquel momento fijó la jóven sus ojos en una mancha de sangre que aquel tenia en el puño de su camisa, se estremeció, y dijo con acento desgarrador "es su sangre, vá á morir, pero yo le seguire." Luego volvió de nuevo á su primer estado.



SOMBRERO N.° 4.

A la mañana siguiente corria en toda la ciudad de Estrasburgo el rumor de que la hija mayor de M. Warner estaba peligrosamente enferma.

Tambien se decia que el jóven y valiente oficial herido, no pasaria del noveno dia.

Mas he aquí donde empieza el prodigio.

Cuando el doctor entraba en casa de Cecilia, esta le referia con todos sus detalles y sin equivocarse nunca el estado del enfermo vecino, haciendo al mismo tiempo su retrato con entera exactitud. No se habian visto jamás; solo los melodiosos acentos de la voz de Cecília habian llegado á oidos del jóven oficial, el que al repetir siempre despues, aquellas notas que quedaban grabadas en su alma, trasmitian al alma de Cecilia por medio de la repeticion todo el fuego que encerraba dentro de la suya.

CÓFIA DE MAÑANA.

El herido á su vez, cayó al tercer dia en un fuerte delirio, durante el cual solo hablaba de su hermosa vecina: decia que veia la dulce expresion de sus ojos, el color de sus cabellos, y repetia con la misma inflexion de voz que la jóven las palabras del duo de Marchuer: — "Pronto serás con el Señor allá arriba donde te espera el alma hermana de la tuya."

El doctor que observaba á los dos enfermos, se confundia al ver los puntos de contacto que existia entre ambos.

El padre de la jóven habia caido en un estado de estupor que rayaba en la locura: permanecia al lado del lecho de su hija, abrazando á las otras dos, que se marchitaban con la vigilia y las lágrimas.

Al noveno dia, entró el doctor á las ocho de la mañana en el cuarto de Cecilia: hasta allí llegaba el lúgubre sonido de la campana de la iglesia inmediata que tocaba á muerto.

La jóven no reconoció al doctor, y solo murmuraba aquel canto, ó mas bien aquel armonioso murmullo que dejaba oir durante sus accesos.

Cantaba:— "El Señor será contigo, y te dará en el cielo el alma compañera de la tuya, y la union de ellas será feliz por toda una eternidad: tu lecho nupcial será una de las nubes de oro y púrpura que forman el trono del Altísimo"

La voz de la enferma se debilitaba por grados, y la palidez de la muerte se esparció por su hermoso semblante: su voz se extingió con su vida.

Todo ha concluido, exclamó el desgraciado padre, con tal expresion de dolor, que heló á todos los que le rodeaban, y cayó desplomado sobre el pavimento.

Al dia siguiente condugeron tres ataudes á su última morada. El de Cecilia el de su padre y el de su amado.

Isabel CAMPS ARREDONDO.

LAS MADRES.

Las madres!

Que dulcísima poesía encierran estas dos palabras!

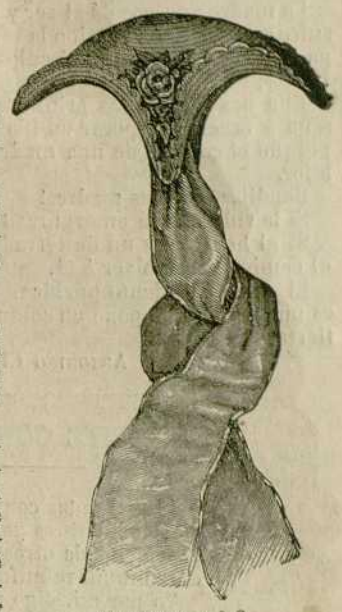
Cómo bajan los recuerdos á despertar en el corazon los mas nobles sentimientos, la mas suave ternura!

Las madres!

Qué poema se agita en el alma al vibrar en ella las mágicas cuerdas del mas puro de los amores!

Una madre!

Vedla con qué cariñoso afan prepara los primeros pañales que han de envolver al hijo de su corazon; con qué delirante amor, con qué sublime orgullo le contempla y le dá el primer beso!



SOMBRERO N.° 2.

Al pie de la cuna, velando su inocente sueño, es el Angel de la Guarda que vela el sueño de otro Angel. Guiando sus primeros pasos, aspirando sus primeras sonrisas, riendo con sus gracias infantiles, es la mas bella imágen del cariño, la mas pura expresion del amor.

Ella es la confidenta de nuestras primeras impresiones, la que enjuga nuestras lágrimas, la que alienta nuestros primeros pasos en el áspero sendero de la vida.

Ella rie con nuestras alegrías y llora con nuestro llanto.

Ella consuela nuestras aflicciones y mitiga nuestras penas con el manantial de su cariño.

Ella es siempre el puerto salvador del naufragio de la vida.

Las madres!

Quien tiene madre no puede ser desgraciado aunque sobre él caigan todas las penas, todos los sufrimientos.

La sonrisa de una madre es un íris que serena el mas borrascoso cielo.—Quien no ha tenido madre no debió nacer.

La ternura de su alma es solo comparable con la inmensidad de Dios.

Un niño sin madre es un ave sin nido.

Las madres son una isla de bienaventuranza en medio el mar de la existencia, un oasis protector en el desierto de la vida.

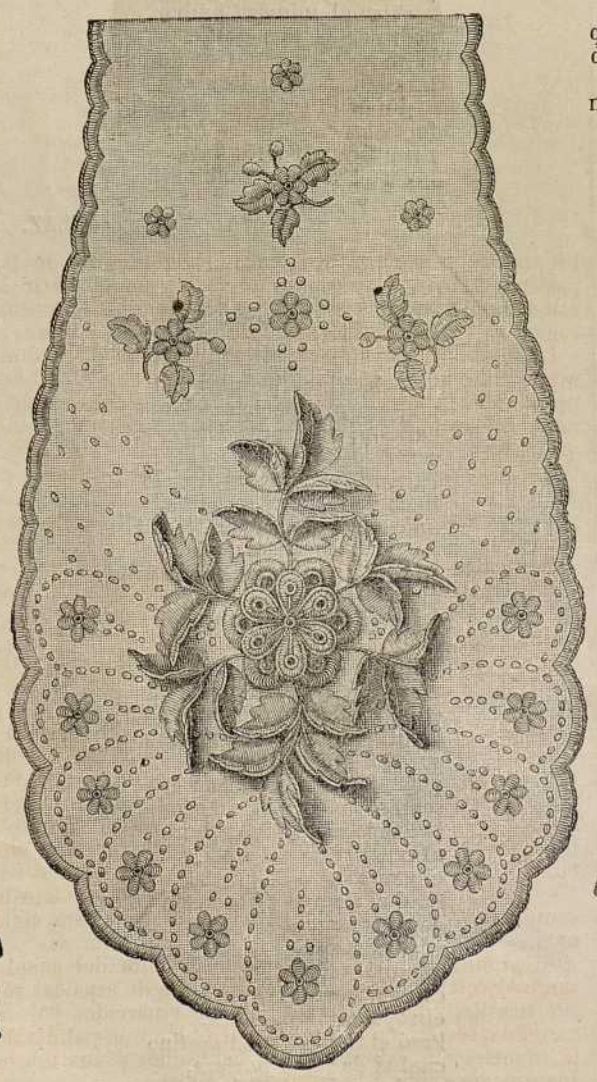
El huérfano, el que nunca recibió sus caricias, es el ciego que no vió nunca la luz del sol.

SOMBRERO N.° 6.

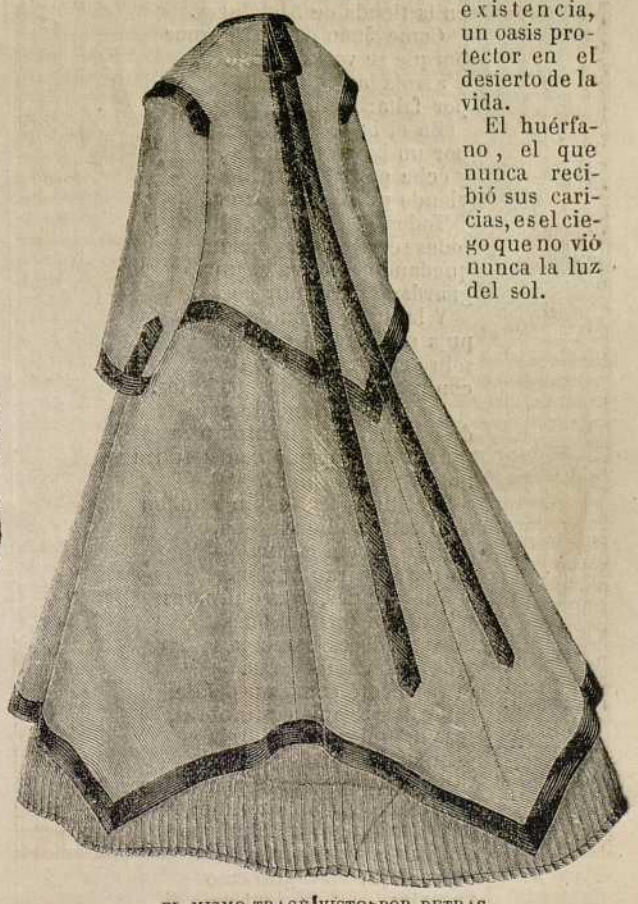
SOMBRERO N.° 1.

SOMBRERO N.° 3.

TRAGE DE PASEO.



CABO DE CORBATA BORDADO EN RELIEVE.



EL MISMO TRAGE VISTO POR DETRAS.

El cariño de una madre es inagotable.

Su amor es el amor de los amores.

El hijo que hace derramar una sola lágrima á su madre, no tiene perdon de Dios y es inferior á las fieras de los bosques.

Oh! Yo adoro á mi madre con toda mi alma!

Su vida es mi vida, su aliento mi aliento, su ser mi ser!

Quien no ama á su madre no ama á nadie, porque su corazon es de escoria.

La madre que nos dá el ser y vela el sueño de la cuna, sufre con santa resignacion la ingratitud de un hijo, ahoga su pena en el alma, disculpa sus faltas y le abre sus brazos.

Ella nos enseña las primeras oraciones, ella nos enseña á creer, á esperar en Dios y á ejercer la caridad, porque el corazon de una madre es todo amor para sus hijos.

Benditas sean las madres!

Si la vida nos dá amarguras tambien nos dá goces.

Si el hombre es un desterrado del cielo, abierto tiene el camino para volver á él.

El arrepentimiento purifica. El cariño de las madres es una escala que pone en comunicacion el cielo con la tierra.

ANTONINO CHOCOMELI CODINA.

SIEMPRE CONTENTO.

Lloren gotas como puños
ciertos lúgubres galopos,
pasen su vida otros topos
en cotínuos refunfuños.
Yo por mí, digo y sustento
con mis cándidas franquezas
que á seguir esas torpezas
inclinado no me siento.
Lejos estará quizás
de ser el mundo un banquete;
mas si así nació el pobrete
¿porqué entristecerle más?
Cuide una vieja su gala
y aun parecerá florida,
demos galas á la vida
para hacerla menos mala.
Pues ¿no merecen chacota
los que á cualquier desazon
abultan como un melon
la que es como una bellota?
De sus bobadas me asusto
y aun suelto ternos á pares
cuando á falta de pesares
se los forjan á su gusto.
Galan hay que rabia y grita
pues tanta pena le aprieta
por un punto en la calceta
ó un doblez en la levita.
Mas allá gime otro tal
porque el sastre se retrasa,
y esotro en ira se abrasa
por salirle un nudo mal.
Hombre hay que pasa sudores
por no lograr la chiripa
de que se tueste su pipa
cual las de otros fumadores.
Ni es raro ver avestruces
próximos á reventar
por no conseguir brindar
en la tienda de Andaluces.
Come Juan de mal humor
porque se vertió el salero,
y arroja la cena fiero
por faltarle algun primor.
En el baile Luisa brama
por un boton descosido,
y echa peste su marido
viendo gruñir á la dama.
Todos en suma andan locos,
todos se salen de quicio,
quedando si acaso el juicio
guardado para muy pocos.
Y la nube de indigestos
puja establece á compás
sobre cual rabiará más
con mas menguados pretestos.
Ahora bien: ante lo ruin
de ese infierno en miniatura
¿quién que juzgue con cordura
no evitará su confin?
Si el llorar no es un bombon
ni el rabiar una castaña,
regalos de esa calaña
no me inspiran aficion.
Fuera, pues, esas quimeras
y llénense mis bolsones
de verdaderos bombones
y de castañas de veras.
Yo obraré como un petate,
serán toscas mis costumbres,
mas no quiero pesadumbres
y huyo diciéndoles ¡tate!
¿Pensais que eso es poco honroso?
bien: confieso mi egoismo;
pero me quiero á mí mismo
con cariño portentoso.
¡Yo dejar en algun caso
que atenten á mi ventura
lo flojo de una costura
ó el equilibrio de un vaso!
¡Yo dar sobre mi alegría
derecho de vida ó muerte
á un salero que se vierte
ó á una sopa sosa ó fria!
¡Yo conceder el poder
de lanzarme en mal humor
al pliegue de un cobertor
ó á un servicio sin hacer!
Tácheseme de locura,
pero en mas me considero
que el cobertor y el salero
y la sopa y la costura.
¿Yo esclavo de sus deslices?
¿Yo á sus átomos sujeto?
Si tales yerros cometo
que me monden las narices.
Rueda un niño y llora y clama
no la herida sino el susto,
pues su pena sufre á gusto
si á la risa se le llama.
Tal ejemplo es mi divisa,
niño en eso quiero ser,
y así siempre, al padecer,
echaré mi angustia á risa.
¿Qué decis? ¿os dá estrañeza
tan singular paradoja?
pues á errar, por Dios, se arroja
quien me tache de simpleza.
Males hay que se resisten
al disfraz del buen humor
y hay que aceptar su rigor
si de crespones se viste.
Pero en lances á montones
¿no veis mas de un genio enjuto
sacar de sí mismo el luto
para inventar aflicciones?
Yo de esos usos me alejo,
yo prefiero, en conclusion,
llamar faisan á un pichon
que juzgar gato á un conejo.
Comer bueno y saber malo
lo hallo desgracia sin freno,
comer malo y saber bueno
me parece mas regalo.
Cífrense, pues, los amaños
con que hago dulces mis dias
en gozar mis alegrais
y en disimular mis daños.
Llega un bien y le abro el pecho,
llega un mal á hablarme gordo
y le digo, hijo, soy sordo,
vaya y búsquese otro techo.
¿Quereis mas? no, ya me callo;
pues que lo que quise hallé,
quien dé á mis palabras fé
levántese y alce el gallo.
Levántese y ambos juntos
nos burlaremos al par
de ciertos locos de atar
y ciertos cuerdos.... presuntos.
¡Viva el animoso humor,
padre de la vida grata!
¡Viva el humor que desata
las cadenas del dolor!
¡Fuera el ruin apocamiento;
fuera los cuidados ruines:
para alcanzar altos fines
bulla el corazon contento!

JUAN ALONSO Y EGUILAZ.

MI CUMPLEAÑOS.

¡Veinticinco primaveras!
¡oh, qué existencia tan larga
para mí, que entre dolores
conté sus horas amargas!
Para mí, que me dió el cielo
llena de ternura un alma,
un corazon jeneroso,
y una suerte desdichada.
Para mí, que cuando al mundo
dirijí la vista vaga,
en el lejano horizonte
fatal estrella brillaba.
Entre la vida y la muerte
vine yo á la tierra infáusta,
entró el aire en mis pulmones,
dí un jemido, y una lágrima
surcó mi mejilla tierna;
y dando atroz carcajada
sembró de espinas mi senda,
batiendo alegre las palmas
al rededor de mi cuna,
el genio de la desgracia.
Pasó el tiempo y yo crecia
de su trascurso en las alas,
cual crece en su tallo el lirio
que más tarde despedaza
con su fuerza poderosa
el soplo de la borrasca.
Pasó el tiempo, y el destino
cual si de mí se burlara,
ornó con flores mi frente,
de espinas sembrando el alma.
Trovas, músicas y fiestas
juventud me regalaba.
Mas ay! que habia en mi pecho
sin comprender yo la causa,
profunda melancolía.
Siempre viví atormentada
por crueles presentimientos
ajentes de la desgracia.
Pasó el tiempo y yo sufria,
pasó el tiempo y yo lloraba:
pasó, y en su raudo vuelo
arrancó con mano airada,
con las flores de mi frente
la inocente paz del alma.
Y despues ¡cuántos dolores
clavaron su torva garra
sobre mi seno infelice!
¡Cómo apuré desdichada,
gota á gota, sorbo á sorbo
el cáliz de la desgracia!
Lágrimas en claro dia
y en alta noche callada;
lágrimas en el invierno,
y en la primavera lágrimas.
Mundo, si ves en mi frente,
por el dolor marchitada,
una arruga prematura
y en mi cabeza una cana,
respeta mis hondas penas,
que han sido largas, muy largas.
No acuses con lengua impía
sin comprender mi desgracia,
al corazon de inconstante,
de mezquindades al alma.
Harto he llorado en la tierra;
harto luché resignada
con tormentos insufribles.
Y tú, ¡oh Dios! a quien no engaña
con sofismas mentirosos
quien tus decretos acata,
te aclamo mi Juez severo,
y te ruego prosternada,
hoy que años cumplo en el mundo,
que cuando la muerte aciaga
me despoje de la vida,
llegue volando á tu alcázar
á recibir tu sentencia,
pura como está, mi alma.

Isla de Cuba: Matanzas.

CATALINA RODRIGUEZ.

LONTANANZA.

EN EL ALBUM DE LA SRA. D.ª PILAR LEON DE HERRERA.

I.

Era una noche del Octubre, fria,
Y en torrental furor
La lluvia de las nubes descendia....
Dormime á su rumor!

Soñé con una dicha en lontananza,
Soñé que iba á viajar
Realizando por fin una esperanza,
Y me puse á cantar:

II

Las ilusiones que he concebido
Lejos me llevan, léjos de aquí:
Ah! pero nunca daré al olvido
El pueblecito del Damují.

Este de flores lindo palacio
Donde he pasado mi juventud,
Dejo buscando mayor espacio
Al eco libre de mi laud.

Mas..., si la trégua de mis pesares
Hallo en los pliegues del porvenir,
Y al cabo cruzo los anchos mares
Y en otro clima voy á vivir,

Cuando gozoso la planta siente
En el hidalgo suelo español,
Y cuando brille sobre mi frente
El tibio rayo de un nuevo sol:

Cuando en los valles de Andalucía
O en la opulenta ciudad Condal,
El canto salga del arpa mia
Con todo el fuego meridional:

Viendo las galas que Iberia encierra
Y de sus artes el esplendor,
Tendré un suspiro para mi tierra,
Tendré un suspiro de dulce nmor!

III

Y me desperté llorando,
¡Porque era un sueño tan blando
El sueño que yo tenia!....
Me parece todavia,
Señora, que estoy soñando.

Y es que, á la verdad, no acierto

Si aquel anhelo tan vivo
Ya en mi corazon ha muerto;
Y me parece que escribo
Entre dormido y despierto.

IV

Dama donosa y gentil,
Por la música arrullada
Que forman, suave y sutil,
Auras de Sierra-Nevada
Y murmullos del Genil:

A suplicaros me atrevo
Que si esta tierra de luz,
Donde mis trovas elevo,
Dejais para ver de nuevo
El lindo suelo andaluz,

Hagais de mi simpatía
Hácia sus hijas, alarde,
Que así mi pecho lo ansía,
Por si visito mas tarde
La gallarda Andalucía.

Isla de Cuba.

El Hijo del Damují.

LOS VECINOS DE DARLINGEN.

NOVELA DE ENRIQUE CONSCIENCE.

(Continuacion.)

Este fué para Pottewal y para Herminia un momento solemne, cuando vieron alejarse á sus padres. El mercader de granos no sabia cómo abordar su declaracion; sentia su frente inundada de sudor y Herminia la esperaba extremecida de pavor.

Despues de algunos instantes de un silencio embarazoso, preguntó Teresa:

—Vos tendreis seguramente un bello jardin en vuestra casa.

—Un gran jardin!.., sí; murmuró Pottewal, buscando en su imaginacion un medio de entablar la delicada cuestion. La ansiedad visible de Herminia le turbaba, y no estaba lejos de sentir la enojosa posicion en que se hallaba colocado.

—Parece que quereis decir alguna cosa á mi hermana; replicó Teresa. Hablad libremente, caballero, y no hagais caso de la agitacion de esta niña caprichosa.

Pottewal reconocido á este socorro murmuró:

—Cuán buena sois!... señorita; en efecto, yo queria decir alguna cosa á vuestra hermana; pero no sé verdaderamente cómo empezar. Es bien bien difícil por cierto, y yo soy tan poco elocuente!...

—Vamos; vamos; dijo riendo Teresa; esto es bien sencillo. Declarad buenamente á qué habeis venido y si es necesario ayudaros, yo os diré que nosotras sabemos ya la causa de vuestra visita.

—Teneis razon, señorita; es necesario quedar dentro ó fuera; y si vuestra hermana me concede un momento su indulgente atencion, saldremos bien pronto de esta posicion embarazosa.

Y se aproximó á Herminia que le miraba con inquietud, mostrando un rostro tranquilo en apariencia; pero que por su palidez mortal atestiguaba un espanto inexplicable.

—Señorita; dijo él; yo no hubiera tenido jamás el atrevimiento de presentarme aquí con semejante designio, si vuestro padre no me hubiera asegurado que como yo os regocijaríais con la union de las dos familias. Vos sois jóven y bella; no puedo decir otro tanto de mí; pero francamente debo confesar que no habria pensado jamás en el matrimonio, si no hubiese tenido necesidad de una persona fiel, con la cual yo pueda contar para guardar mi casa cuando mis negocios me obligan á ir á Anvers, á Bruselas ó á Louvain. No es, pues, el amor el que me trae cerca de vos, y por lo tanto nada os exijo. Soy un buen muchacho y haré todo lo posible por haceros la vida agradable. Os estimaré y honraré, estad segura de ello, y aunque preveo que vuestros gustos no son los mismos que los mios, lo cual siento, os dejaré en entera libertad, sin contrariaros en nada, para que no os apercibais de la diversidad de nuestras inclinaciones. Yo no tengo otro deseo que vivir en paz y por la noche, despues de mi trabajo, pasar algunas horas en el café con mis amigos; y en cuanto á lo que os concierne, vos tendreis un bello jardin, un carruage, música y libros; en una palabra, todo cuanto deseeis. ¿Qué decís á esto?

—Vos sois demasiado bueno, señor; balbuceó Herminia en tono bajo y tan tristemente, que el tono de su voz hubiera sido bastante para desgarrar un corazon sensible.

Pottewal quedó un instante silencioso, despues replicó con desaliento;

—Señorita; yo no he venido con la intencion de afligiros, y mucho menos todavía para obligaros á hacer una cosa que os fuese desagradable. Creo advertir que mi proposicion no os agrada; perdonad, pues, mi atrevimiento; pero vuestro padre me ha engañado...

Estas palabras parecieron recordar á Herminia la idea de su situacion.

—Creed, yo os lo ruego, señor, suspiró ella, mi padre no os ha engañado: él os ha dicho la verdad.

—Me parece incomprensible; murmuró Pottewal. Consentiríais entonces, señorita, en ser mi mujer?

—Sí, sí; la voluntad de mi padre es una ley que yo respeto; y obedeceré. Sed vos bastante generoso para no hacer caso de mi emocion: ella pasará y seré vuestra mujer. Teneis buen corazon y yo rogaré á Dios que me permita haceros dichoso.

—¿Pero vuestro consentimiento es voluntario, señorita? preguntó Pottewal con una expresion de piedad y de duda. Me parece que hablais como si obedeciéseis á una penosa violencia, estoy desolado de veros así; ¡ah! Dios me libre de exigir que una inocente y bella niña como vos llegase contra su voluntad á ser la mujer de un hombre sin mérito como yo. Y bien, quedaremos como si nada hubiera pasado.

Herminia, mortalmente espantada por estas palabras, elevó sus manos suplicantes hácia Pottewal y exclamó:

—Ah! señor; por compasion; por piedad!... no me rehuseis; perdonadme!... yo viviré reconocida á vuestra generosidad!...

—Verdaderamente, señorita; respondió Pottewal embarazado; yo no sé qué hacer. Solo deseo complaceros.

—Yo os lo ruego, señor; tened piedad de mí!...

—Renunciad vos, señorita; dijo el mercader de granos con voz tranquila y dulce. Yo soy un buen muchacho y no me ofenderia si me digéseis que este matrimonio no era de vuestro gusto. No exijo muchas palabras; hacedme solamente conocer vuestra voluntad por un signo de cabeza; esto me bastará. Hablad, consentís de buen grado y sin pesar en ser la mujer de Francisco Pottewal? Decid sí ó no; en ámbos casos terminaremos esta penosa cuestion. Y bien?

—De mi libre voluntad, sin pesar, sí; sí; tartamudeó Herminia.

Y como si este consentimiento engañoso y arrancado por el temor hubiese puesto fin á las fuerzas de la pobre niña, ella se anegó en lágrimas y se puso á sollozar en alta voz ocultando su rostro entre las manos.

Durante toda la conversacion Teresa habia tenido los ojos fijos en Herminia con una expresion despreciativa y de satisfaccion interior: se hubiera dicho que se regocijaba del pesar y de la repugnancia de su hermana. Pottewal, por el contrario, estaba consternado, y lleno de compasion se esforzaba en consolar con dulces palabras á la desolada jóven.

Al cabo de un instante Herminia se levantó.

—Señor; dijo sollozando, mientras que torrentes de lágrimas inundaban sus megillas; ¡ah! señor, perdonadme!... estoy enferma, me siento muy mal y no puedo permanecer aquí porque mi cabeza se aturde y mis sentidos se desvanecen. Dejadme partir; sois un hombre generoso y yo os suplico vayais á decir á mi padre que he consentido y que estais satisfecho; que nuestro matrimonio está decidido. ¡Adios!... señor, adios!...

Marchó vacilante hácia la puerta viéndose obligada á sostenerse en la pared para no caer. Cuando hubo desaparecido, Pottewal dijo tristemente á Teresa:

—Mr. Romys, vuestro padre, me aseguró, señorita, que vuestra hermana me esperaba con impaciente júbilo y que sería recibido con los brazos abiertos. Si yo hubiera podido preveer este recibimiento, no hubiera, por cierto, osado arriesgar una demanda de matrimonio á tan jóven y tan bella señorita. Esto está decidido, y empiezo á temer que no seré dichoso.

—Yo lo temo igualmente, señor; replicó Teresa.

—De veras?... ¿y puedo yo conocer los motivos de este sentimiento?

—Son muy sencillos, señor. Vos quereis casaros porque teneis necesidad de una mujer que guarde vuestra casa y que atienda á los negocios mientras estais ausente, y mi hermana es una niña ignorante, sin ninguna experiencia del mundo. Ha recibido una falsa educacion y solo piensa en trages, en conciertos, en paseos y en otras mil cosas fútiles. La mujer que os haria dichoso y que os ayudaria á conservar y aumentar vuestra fortuna, no debe ser tan extremadamente jóven. Veintisiete ó veintiocho años sería desde luego la mejor edad, pues se tiene la frescura de la vida con la experiencia de todas las cosas del mundo y no hay inclinacion á esos mil placeres frívolos que solo son ocasiones de perder tiempo y dinero. Si tuviéseis una mujer así, estad seguro que podríais ir á un viaje meses enteros sin tener jamás la menor inquietud con respecto á vuestra casa, porque á vuestro regreso hallaríais todo en el órden mas perfecto. Sabríais que en vuestra ausencia una madre tierna y vigilante velaba por vuestros hijos. Comprendo que el hombre deseará tambien alguna elegancia en su mujer; pero las cualidades de una buena ama de casa no excluyen cierta belleza moderada.

Durante este discurso cuyo tono singular sorprendió á Pottewal, habia tenido contínuamente los ojos fijos sobre ella y pareció por momentos sumergido en profundas meditaciones. Al fin se levantó y dijo:

—Teneis mucho talento, señorita; y lo que decís quizá sea verdad; pero no es fácil hallar todo lo que se quiere. Vuestra hermana aparenta tener un carácter dulce y un buen corazon, y esto es bastante. Vamos á ver á vuestro padre que esperará, sin duda, con impaciencia, el resultado de nuestra entrevista.

—Y qué vais á decirle, señor? le preguntó con una voz inquieta.

—Le diré que vuestra hermana ha consentido.

Un suspiro se escapó del pecho de Teresa mientras que ella seguia al mercader de granos por el vestíbulo de la casa. En el jardin los padres de Herminia salieron á su encuentro. Romys preguntó riendo:

—Y bien, amigo Pottewal, se arregló el negocio? estais contento?

—La señorita Herminia ha consentido, contestó él.

La madre palideció, como si ella hubiera conservado la esperanza de que Mr. Pottewal encontrara una razon para rehusar el matrimonio.

—Ah! entonces; yo os felicito!... exclamó Romys frotándose las manos. Venid, vamos allá adentro para arreglarlo todo sin tardanza.

—No, yo os ruego, señor, que lo dejemos para mañana ó pasado; dijo el mercader de granos sacudiendo la cabeza. Yo comprendo ahora que el matrimonio es una cosa importante, y merece la pena de meditarlo algunas horas. No os inquieteis por esto; pues mañana volveré para fijar definitivamente con vos esta union de las dos familias. Ahora permitidme dejaros; adios hasta mañana.

Romys quiso hacer quedarse al mercader de granos; pero este se resistió y se volvió hácia la casa. El padre de Herminia que le acompañó hasta la puerta se esforzaba por hacerle declarar la causa de su vacilacion.

—Quién sabe si rehusará!... exclamó con creciente cólera volviendo al jardin. ¿Adónde está Herminia?... adónde está?...

—Está en su cuarto hartándose de llorar; dijo Teresa.

—Ah! ya me lo pensé!... refunfuñó Romys. Pero lo veremos. Ella se casará con Pottewal, ó han de pasar aquí cosas terribles!...

Y seguido de su mujer que gemia, corrió furioso hácia la casa para subir al cuarto de Herminia.

V.

Mr. Blondeel y su jóven amigo Ernesto Decock habian tomado el camino de hierro y acababan de llegar á la estacion de Darlingen.

Conversando tranquilamente se dirigieron despacio hácia la villa, refugiándose bajo la sombra de los árboles, pues aunque la tarde estaba muy avanzada quemaba el sol todavía con demasiada fuerza resplandeciendo en un cielo de azul oscuro.

Cuando estuvieron cerca de la villa, Ernesto contempló un instante las altas chimeneas de las cuales se escapaban espesas columnas de humo y dijo á su compañero con cierto gozoso asombro:

—Cuatro ó cinco fábricas nuevas!... Ah! Darlingen empieza á tener una nueva vida: alguna vez he pensado en esto en Inglaterra. ¿Creeis, Mr. Juan, que no hay ninguna villa en Bélgica que reuna mejores condiciones que esta para ser el centro de una industria poderosa? Un agua pura y abundante, un gran número de calzadas hácia todos los puntos del país, un rio que puede ser navegable á poca costa, abundantes materiales en la plaza y los jornales moderados. Creedme, yo hallaria en Darlingen capitales dispuestos á asociarse para empresas útiles y lucrativas.

Blondeel movió la cabeza con aire de duda.

—No es aquí, Mr. Ernesto, donde hallareis la fortuna soñada; dijo él.

—Pero Mr. Juan; permitidme deciros, replicó el jóven, que la industria es del porvenir y pertenece á la civilizacion moderna. Ninguna nacion, á menos que ella no consienta voluntariamente en su ruina, puede resistir á la necesidad de seguir en la industria y el comercio el movimiento general de los pueblos, y seguramente no será la última nuestra patria. Los ejemplos están patentes. La pequeña Bélgica asombra ya hoy á los pueblos mas poderosos por la multitud de sus establecimientos y por el desarrollo gigantesco de su trabajo nacional.

—Estais muy elocuente en ese sentido; ya lo veo; respondió Mr. Blondeel con una sonrisa de aprobacion, y mientras considereis nuestro pais en general os doy la razon; pero en lo que concierne á Darlingen os prevengo que nunca adelantareis nada; no hay aquí dinero para la industria.

—Que no hay dinero!... Darlingen es una villa excesivamente rica.

—Muy rica; extraordinariamente rica, hijo mio.

—Y debe tener, por consecuencia, muchos capitales disponibles; añadió Ernesto.

—Capitales muertos.

—Yo los haré vivir, Mr. Blondeel, por la seguridad de los beneficios.

—Imposible, amigo mio; las fábricas que hemos visto allá abajo son construidas por extrangeros. Tres ó cuatro solamente han sido construidas por Darlingeses que han empezado casi sin recursos. Toda la riqueza de la villa está en manos de los propietarios, y su fortuna consiste únicamente en fincas y en tierras. Ellos viven mezquinamente rehusando toda expansion y esforzándose por aumentar su fortuna con una economía excesiva, sin querer arriesgar nada con este objeto; su único deseo es comprar cada dia nuevas fincas con sus economías. Ved, ya hemos pasado las fábricas, mirad delante de nosotros, en esa larga y solitaria calle, las casas cerradas y silenciosas en cuyas aceras crece la yerba, y decidme si esos signos de inmovilidad no dicen claramente que Darlingen quiere dormir mientras que todo el mundo vela y trabaja?

—Pero yo no puedo adivinar cuál sea la causa de esto; se juzga á los habitantes de Darlingen con una severidad excesiva; ellos eran ya así antes de mi partida á Inglaterra y deben, por lo tanto, haber aquí tambien gentes de buen sentido y de talento.

—Ciertamente, Ernesto. Hay personas de talento, de inteligencia, nobles corazones y caractéres emprendedores, pero las nulidades están en mayoría y obligan á aquellos á seguir su ejemplo bajo pena de desprecio y aun de persecucion. Si oís hablar mal de Darlingen proviene de la contínua maledicencia que tienen los unos de los otros y por consecuencia de sí mismos.

En este momento se sintió un ruido súbito. Mr. Blondeel apenas tuvo tiempo de separarse á un lado: un ri-

co carruage descubierto, en el cual un jóven iba sentado junto á una señora, pasó cerca de él con la rapidez del rayo.

—Insolente! murmuró Ernesto rojo de indignacion; por poco os atropella sin gritar siquiera "allá voy" ¿y este jóven es de Darlingen?

—Ah! ah!... exclamó Blondeel riendo; de este modo castiga Dios la avaricia!... Ese jóven es darlingés en efecto. ¿Veis á dos pasos de nosotros esa gran casa con las paredes ennegrecidas? pues ahí habitaba un viejo millonario que solo se le conocia bajo el nombre de *fundidor de metal*. Vivia solo y era tan avaro que ni aun en su lecho de muerte quiso aceptar los socorros de nadie, por temor de que se le ocasionasen algunos gastos. La autoridad se vió obligada á abrir la casa y quiso obligarle á tomar algunos medicamentos, lo rehusó todo por avaricia y murió como un perro. ¿Y sabeis lo que ha sido de una fortuna tan penosamente reunida? La heredó su primo, único pariente que tenia y es el jóven que has visto en ese carruage: se fué á habitar en Bruselas; y se dá una vida de príncipe: y como si el mundo entero le perteneciera gasta de tal modo que ha consumido ya la mitad de la herencia.

—Y está casado? es su mujer la que iba con él en el carruage?

—No; no; es una señora que le ayuda á destruir la fortuna del *fundidor de metal*. ¡Ah! Ernesto, vos no conoceis todavía á Darlingen; hay aquí muchas gentes que los franceses designan bajo el nombre de *originales*. Veis á vuestra izquierda esa casa con su alta fachada? en ella viven dos hermanos y dos hermanas que se han quedado solteros por no dividir su fortuna y ya son hoy los cuatro muy viejos; y ¿creeis que hace veinte años no se han reunido á comer en familia y que no se hablan casi nunca el uno al otro? Entre ellos no existe nada de comun sino su fortuna, y lo que dicen los criados es verdad, se odian mútuamente y viven juntos como cuatro lobos en la misma guarida.

Despues de un momento de silencio Blondeel prosiguió:

—Habeis visto esa niña que ha pasado delante de nosotros? Es bien desgraciada por cierto; sus padres se casaron sin amor, uniéndose por razon de fortuna: y en semejantes casos la armonia es imposible á menos que uno de los esposos no sea esclavo del otro. Aquí sucedió que el marido halló una mujer de un carácter inflexible, y la mujer un marido cuya voluntad no era menos enérgica, por lo cual han sucedido escenas violentas, y aunque eran personas de buena familia han perdido la vergüenza y se golpean todos los dias con escándalo de los vecinos. Su animadversion les quitó el sentimiento de la conveniencia, faltando el valor al marido que buscó en la bebida el olvido de su triste existencia, y una noche cuando volvió á casa tuvo su mujer tan violento acceso de cólera que murió de repeute, y él sucumbió poco á poco por los excesos de la bebida. Dejaron una niña de cuatro años, la infeliz casi no ha conocido á sus padres y solo vive para presentar el doloroso recuerdo de un fatal matrimonio... ¿Pero no decís nada, Ernesto? Estais pensativo?

—En efecto, Mr. Blondeel; esa triste historia me ha conmovido.

—Oh! yo podria contaros otras muchas, y si tuviérais ocasion de estar un solo dia en Darlingen, en sociedad sobre todo de mujeres, oiríais la historia de todos sus habitantes. Como no se ocupan en cosa de importancia pasan el tiempo en hablar de la vida y hechos de sus paisanos, y siempre mordiendo, porqué esta es la sal de su conversacion...Pero ¿no escuchais, Ernesto? Comprendo que nos aproximamos á la casa de Romys y vuestro corazon palpita extremeciéndose ante el pensamiento de que dentro de unos instantes vereis á Herminia.

—Es verdad, Mr. Juan; este pensamiento me conmueve, respondió el jóven con la frente ligeramente enrojecida. ¡Cuánto debe haber crecido!...

—Mucho; hijo mio; es ya una mujer hecha y derecha; es preciso por lo tanto conteneros, al principio sobre todo; y debes tratar de ganarle poco á poco. Hoy todavía es pronto; despues de algunas visitas, dejaremos conocer nuestro proyecto. Sed reservado; hablad de ganar mucho dinero y mostrad muchos deseos de tener una gran fortuna; esto os será fácil porque son vuestras ideas. Vamos, sed dueño de vos, ya hemos llegado.

Tiró del cordon de la campanilla; pero la criada que le habia visto desde una ventana abrió la puerta y entraron en el vestíbulo.

—Buenos dias, Mr. Blondeel; dijo ella; mi hermana ciega y yo os estamos muy reconocidas, y hemos bendecido sinceramente en nuestros rezos vuestro nombre.

—Oh! No hablemos de esto, Sofía. ¿Están los señores en casa?

—Los hallareis en el jardin, señor.

La criada miró al jóven con una atencion particular pareciendo querer buscar alguna semejanza en aquel sostro.

—Vos no me conoceis, Sofía? preguntó él, pues me habeis visto á menudo en el jardin de Mr. Blondeel y dos ó tres veces en esta casa.

—Es posible!,.. exclamó la criada. Esa voz?... Sois Ernesto?... Mr. Decock?... Ah! es preciso que yo haya envejecido mucho, os conocí cuando apenas teniais siete años, mi hermana ciega estaba de cocinera en casa de vuestros padres. Y qué guapo estais, Dios os bendiga!...

Ernesto dijo algunas frases de agradecimiento á la pobre mujer por su afeccion; pero estaban en lo último del vestibulo y Blondeel abrió la puerta del jardin, volviéndose la criada á la cocina.

Romys se paseaba con aire agitado por las calles del jardin, y su mujer sentada delante de una mesa trabajaba en una labor de aguja. Teresa todavía con su trage de ceremonia estaba sentada no lejos de su madre y parecia absorta en sus pensamientos.

Cuando los visitadores inesperados fueron vistos, Romys se acercó á la mesa y su rostro tomó una expresion de amabilidad. Madame Romys se levantó precipitadamente con un grito de alegre sorpresa; pero la mirada severa de su marido detuvo súbitamente este movimiento.

Teresa se levantó despacio de su sillon y levantó la cabeza con una especie de severa gravedad; se mordió los labios y su fisonomía tomó una expresion de fria reserva, como si ella se preparase de antemano contra la familiaridad posible de una persona de condicion inferior á ella. Habia reconocido á Ernesto.

Juan Blondeel dijo aproximándose á la mesa:

—Cómo va por aquí? Perfectamente segun veo; y mi sobrina Teresa qué bella está hoy!... Tengo el honor de presentaros á nuestro jóven amigo Ernesto Decock, que acaba de llegar de Inglaterra y que no queria dejar de haceros una visita.

El jóven se inclinó profundamente y dijo á los tres:

—Señor, señora, señorita; cumplo un agradable deber al presentaros mis respetos y gracias á Dios que me permite volveros á ver á todos con tan perfecta salud.

Teresa respondió con un signo de cabeza casi imperceptible y madame Romys pareció querer alcanzar una silla para ofrecer al jóven un sitio á su lado; pero su movimiento fué tan tímido que apenas se notó la intencion.

—Es lástima, Blondeel, que no hayais venido un poco antes, murmuró Romys. Hemos tomado café hace una hora y hubiérais tomado una taza con nosotros.

—Bah! y eso qué importa!... murmuró Blondeel; esto no es un gran trabajo y confieso que una taza de café caliente me será muy agradable. Sentémonos, Ernesto; mi hermana os ofrece una silla á su lado.

Esta familiaridad atrajo sobre el rostro de Teresa una expresion de cólera. Romys tampoco pareció muy satisfecho; sin embargo se fué refunfuñando hácia la casa sin duda á decir á la criada que hiciese café para los importunos huéspedes.

—Y dónde está tu hermana Herminia? preguntó Blondeel á Teresa.

—En su cuarto; tiene dolor de cabeza; respondió Teresa con tono breve.

—Lo comprendo; un matrimonio en la familia es siempre cosa que trastorna, sobre todo á las jóvenes sensibles como esa buena Herminia.

—Sabeis, pues, este matrimonio, hermano mio? exclamó madame Romys con asombro. ¡Cielos! y vos pareceis contento?...

—Porqué no?... si es un buen partido.

—Un buen partido!... murmuró la madre asombrada. Ah! mi pobre Herminia!...

—Herminia se consolará, hermana mia. Mr. Pottewal es un buen mozo y su fortuna bastante considerable; yo deseo de todo mi corazon á mi sobrina Teresa mucha felicidad en su matrimonio.

—Pero si no es Teresa la que se casa!... exclamó madame Romys; si es Herminia!...

—Herminia! repitió Mr. Juan palideciendo y arrojando una mirada inquieta sobre Ernesto que pareció temblar y cuyos ojos manifestaron un terror súbito. Herminia!... ¿es Herminia la que se casa con el grueso Pottewal?

—Esa es la voluntad de su padre!... respondió madame Romys.

—Y ella!... qué dice ella?...

—Ella está desolada, vertiendo lágrimas hace dos dias; dermano mio.

Blondeel bajó la cabeza como para reflexionar sobre esta noticia inesperada. Durante este tiempo Teresa marchó lentamente hácia la casa y desapareció en el vestíbulo.

—Oh! esto es demasiado!... exclamó Blondeel hinchándose de cólera. ¡Sacrificar así, sin misericordia, á esta buena y sensible niña, á yo no sé qué calculo egoista de fortuna!... Y Herminia será condenada á ser desgraciada toda su vida?... oh! eso lo veremos. ¿Dónde está Romys? A ver si es capaz de semejante crueldad.

Se disponia á correr hácia la casa cuando su hermana cogiéndole por el brazo le dijo:

—Por el amor de Dios calmaos!... Si vais así contra mi marido, se volverá todavía mas cruel y lo pagará la pobre Herminia!...

—No; esto no puede ser; siento hervir la sangre en mis venas!... gritó Blondeel temblando de indignacion.

—Ah! yo os lo ruego, tranquilizaos; Mr. Blondeel, suspiró Ernesto levantando hácia él las manos suplicantes.

(*Se continuará.*) FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

A MI PENSAMIENTO.

Pensamiento mio, vuela,
vé á buscar otros lugares
donde no repitan quejas
siempre los ecos del valle.

Donde no suenen tan tristes
los céfiros de la tarde,
ni exhalen flébiles trinos
al recogerse las aves.

Donde no tenga la noche
tantos insectos que canten,
bajo la yerba marchita
sus elegías salvages.

Donde no doblen las flores
sus corolas virginales,
como frentes pensativas
bajo profundos pesares.

Donde no se vea la luna
medio revuelta en celages,
por entre las ramas secas
y ennegrecidas del sauce.

Pensamiento mio, vuela,
atraviesa raudo el aire,
y vé á bañarte en las ondas
azules, de ignotos mares.

Vé donde encienda tus alas
el fuego de los volcanes,
en donde rujan las fieras
y bramen las tempestades.

Huye, pensamiento mio
de estos campos siempre iguales,
donde es el sol que se pone
tan triste como el que nace.

Vé y aspira con delirio
el humo de otros hogares,
y mezcla tu débil ruido
al ruido de otras ciudades.

(Bayamo—Isla de Cuba.)
URSULA CÉSPEDES DE ESCANAVERINO.

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE DEBAJO DE FULARD VERDE LISO, guarnecido con cinco galones estrechos negros y blancos. Trage de encima con coselete, de punto de color mas claro que el de debajo, pero con salpicado del mismo color que este último. El trage de encima, mas corto, se orla con un fleco negro y blanco, sobre el cual corre un enrejado; este mismo trage lleva por delante botones blancos y negros. Corpiño montante de fulard blanco, con puños muy altos de la misma tela que el trage de encima; este corpiño se borda con seda verde, negra y blanca; el bordado figura entredoses perpendiculares y hombreras.

TRAGE DE DEBAJO DE TUL LILA, guarnecido con seis bullones. Trage de encima de tul lila liso, recogido en el lado izquierdo con un gran ramo de azaleas blancas; una guirnalda de las mismas flores parte del lado izquierdo del talle, y viene á recoger el trage por su lado derecho; la misma guirnalda se dispone en forma de berta. Peinado correspondiente á los adornos.

PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 88.

Blancas.	*Negras.*
1.ª C. 3.ª R.	R. 5.ª R.
2.ª A. 8.ª A.R.	R. 6.ª R.ª
3.ª C. 5.ª A.R.ª jaque.	R. toma P.
4.ª A. mate.	

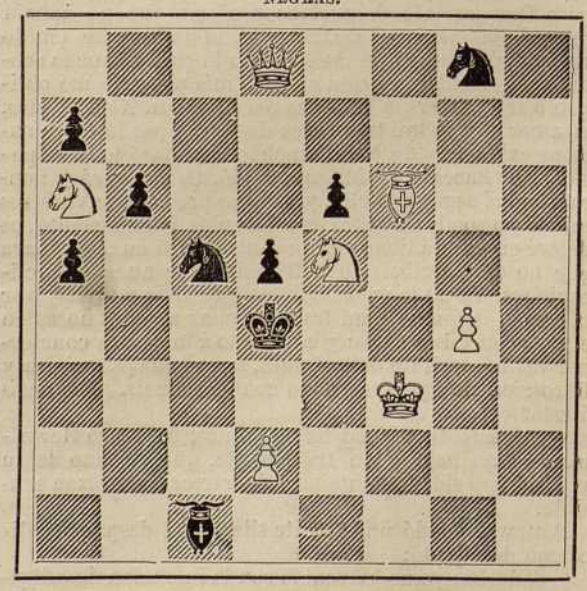
Variantes.

2.ª	R. 5.ª A.R.
3.ª C. 5.ª C.R.	R. juega.
4.ª A. mate.	

Las demás son fáciles.

PROBLEMA N.º 89, COMPUESTO POR M. ROBERTO BRAUNE.

NEGRAS.

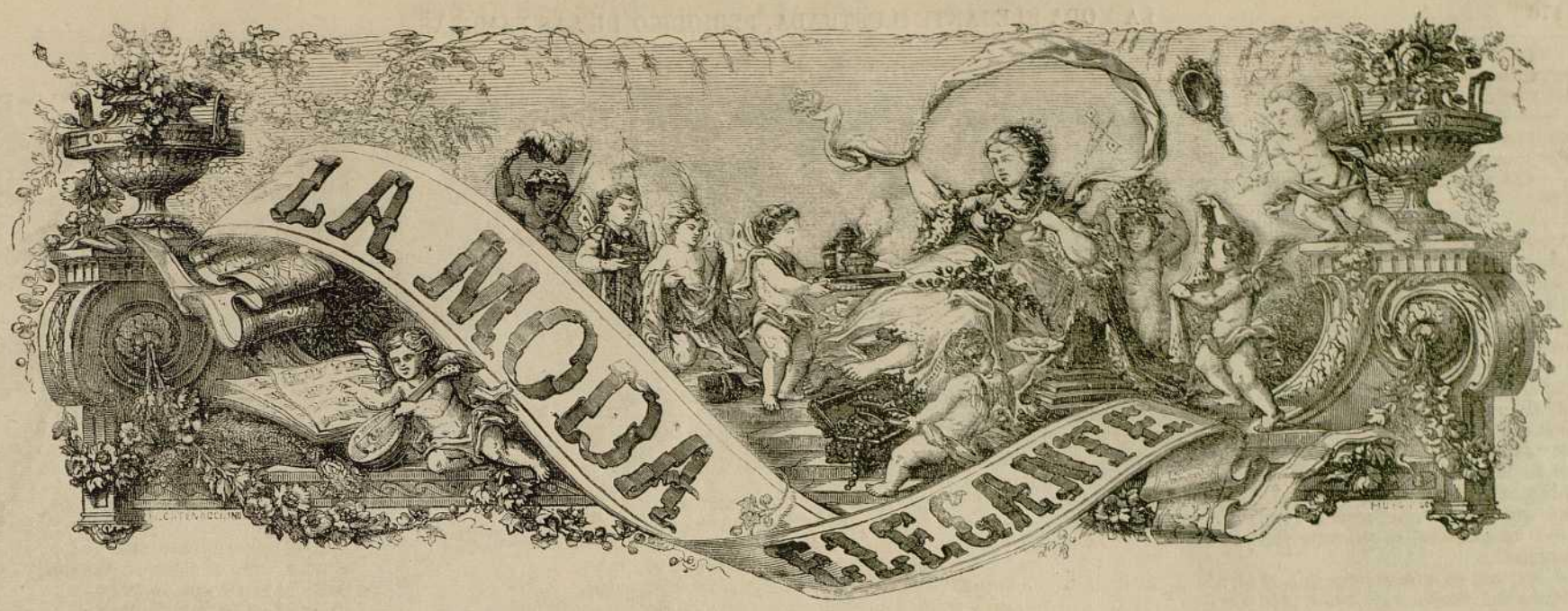


BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 4 jugadas

DIRECTOR: D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ 1867. IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA á cargo de D. Federico Joly y Velasco, Bomba, n. 1.



AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 22.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs... Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs...Seis meses,65...Tres meses, 35... Un mes, 12.

Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs....Seis meses, 42... Tres meses, 22...Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

EDITOR PROPIETARIO: Don Abelardo de Cárlos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes.... Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Libreria de Don C. Bailly-Bailliere, plaza del Príncipe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tánago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux.
PARIS, Mr. Fermin Didot frères, rue Jacob, 56.

Sumario.—Trenza de terciopelo (peinado) y collar de cuentas.—Cortina (aplicacion de muselina sobre tul).—Dos dibujos para cartera, petaca, etc.—Pasamanería y adornos para trages y confecciones.—Revista de modas.—Un drama en Sierra Morena.—Trage de coselete.—Trage de sultana blanca.—Trage de fulard blanco.—Vestido para niño de 6 á 8 años.—Trage de moer gris.—Trage de pelo de cabra gris-Suecia.—Trage de alpaca blanco. Un colegio de señoritas en provincia.—Los vecinos de Darlingen.—Figurin iluminado.

Trenza de terciopelo (peinado) y collar de cuentas.

Se hace esta trenza, muy graciosa y muy elegante, con tres tiras de terciopelo negro ó de color, cortadas al sesgo, cada una de un metro y 55 cents. de largo, cada una de un metro y 55 centímetros de largo, 5 cents. de ancho en su parte media, y 2 en cada extremo, el cual se trenza con cinta de tafetan negro de 3 cents. de ancho y que termina en un lazo. La parte media de esta trenza (que es lo mas ancho de ella) cae encima de la frente; aquí se encuentra una gran rosácea de cuentas, luego cuatro rosáceas mas pequeñas; debajo de la del centro se fija una tira de tafetan negro de 1 cent. de ancho y 28 de largo rodeada de alambre de laton. Esta tira se apoya directamente sobre la cabeza.

COLLAR. — Un dibujo especial reproduce una parte de él en tamaño natural; se compone de cuentas grandes y pequeñas de azabache ó de cristal, talladas y ensartadas en la disposicion siguiente: Se toma una hebra de seda sumamente fuerte y se ensartan cuentas suficientes para formar un hilo de ellas que rodee el cuello; se le fija sobre un pedazo de carton.

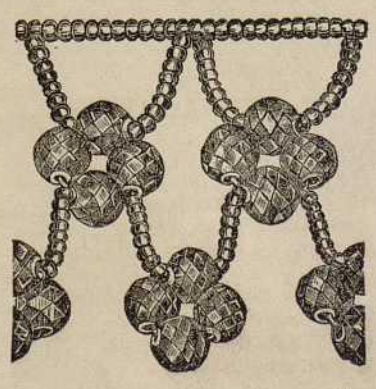
2.ª *vuelta*.—* 8 cuentas pequeñas y 4 gruesas; se lleva la aguja de izquierda á derecha á través de la primera de las 4 cuentas gruesas, se ensartan otras 8 cuentas pequeñas, se lleva la aguja á través de la 13.ª cuenta de la 1.ª vuelta, pasando así 12 cuentas de esta.—Se vuelve siempre desde *.

3.ª *vuelta*.—Se hace como la anterior; pero despues de haber terminado un feston de cuentas, se lleva siempre la aguja á través de la cuenta gruesa inferior que hace parte del grupo de las 4 cuentas gruesas; despues de là 3.ª vuelta, se separa el collar del carton, y se le cose en cada extremo una cinta de terciopelo ó moer, con las que se ata por detrás.

TRENZA DE TERCIOPELO (PEINADO) Y COLLAR DE CUENTAS.

Cortina (aplicacion de muselina sobre tul).

Aunque esta cortina sea muy rica, su ejecucion es rápida, proporcionalmente á su mérito. Se ejecuta el dibujo sobre el borde de la cortina á lo largo, ó solamente sobre su borde inferior. El salpicado debe hacerse en toda la cortina; las aplicaciones se circuyen á punto de cadeneta ó de feston. Las partes mas *mates* del dibujo se obtienen por medio de una doble aplicacion (dos pedazos de muselina sobrepuestos).



TRENZA DE TERCIOPELO (PEINADO) Y COLLAR DE CUENTAS.

Dos dibujos para cartera, petaca, etc.

Se ejecutan estos, parte en aplicacion de terciopelo y tafetan, parte al pasado, con sedas de diferentes colores.

Cesta.

El patron y el dibujo de uno de los adornos de la cesta se encuentran en la hoja de patrones últimamente publicada.

Esta cesta, destinada á estar colgada de la pared, se compone de un armazon hecho de bambú, mayor ó menor segun se quiera. — Una hoja muy delgada de tabla forma la parte posterior y el fondo; por delante y por los lados es de carton fino, cubierto de tafetan azul plegado. En el sitio en que se encuentran dos bambues se pone un lazo de cinta azul. La tapa, hecha igualmente de carton forrado de tafetan, lleva un adorno cortado doble de tafetan por la fig. 67 (*verso*) del dicho patron. Las dos partes cuadradas del adorno se forran de carton; el tafetan se borda con cuentas blancas de cristal.

Las cuentas mas gruesas de cristal (las del centro) se forran de paño encarnado. El fleco es de cuentas de cristal. La tapa va reunida á la cesta por lazos de cinta de 2 cents. y medio de ancho.

Pasamanería y adornos para trages y confecciones.

N.º 1.—Rosácea de gró. — Cada hoja de las siete que la componen se forra de gasa rígida y se rodea con un vivo de raso; en el borde inferior de cada una se forman dos pliegues contrapuestos. El centro de la rosácea está ocupado por un boton grueso y plano, forrado de gró y bordado todo de cuentas.

N.º 2.—Rosácea de trencilla de lana ó seda bordada con cuentas negras; se la guarnece con un fleco de las mismas cuentas. Se cose la trencilla en cada hoja, la cual se hace por separado, principiando por el medio y trabajando sobre un pedazo de tafetan negro del tamaño y de la forma de la hoja.

N.º 3.—Rosácea con cabos, hecha de gró negro. Se la empleará, bien sea como hombrera para paletot, corpiño ó trage, bien para adornar el delantero de un trage desde el cuello hasta los piés. Para ejecutar esta rosácea, se empleará una tira de 3 cents. y medio de ancho y 38 de largo, forrada de gasa rígida, negra, ribeteada por un lado con una tira de raso negro de medio cent. de ancho, y plegada por el otro en 8 pliegues, cada uno de 1 cent. de ancho; la rosácea debe tener 8 cents. y medio de diámetro. Los dos cabos sesgados que se fijan en el centro de la rosácea, tienen cada uno 13 cents. de largo y 6 y medio de ancho en su parte mas ancha; estos cabos se orlan como la rosácea,

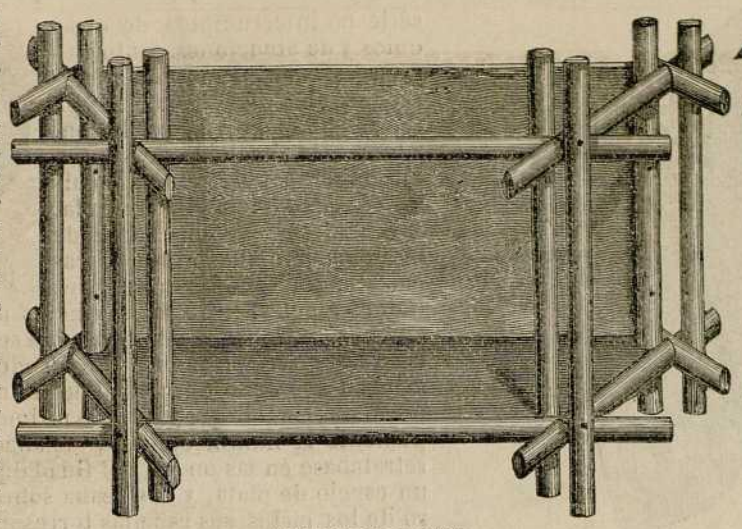
CORTINA (APLICACION DE MUSELINA SOBRE TUL).

luego cada uno de ellos se adorna con cinco borlas de 7 centímetros de largo. Una tira de raso negro de 1 centímetro de ancho cubre la costura de los cabos en el centro de la rosácea.

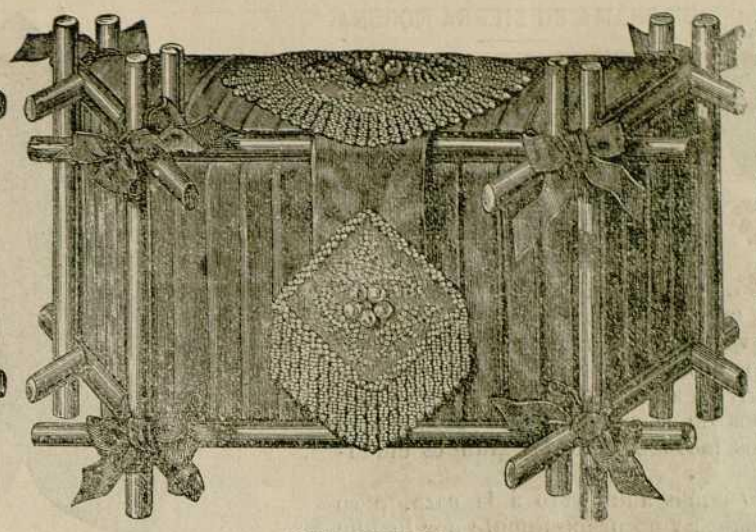
N.° 4.—Esta rosácea se hace de tafetan negro, se cubre con cañutillos pequeños, luego se rodea con una trencilla y está además cosida en espiral en el centro de la rosácea.

N.° 5.—Presilla ó alamar.—Se hace de cordon redondo adornado con cuentas cosidas; el cordon se dispone en forma de lazo, que termina en unas bolillas de madera cubiertas de seda, y de las que pende una gruesa cuenta tallada.

N.os 6 y 8.—Son unas guarniciones que la moda ha adoptado generalmente para paletots, trages, etc. Se prepara la guarnicion, ruló n.° 6, con una



ARMAZON DE LA CESTA.



CESTA CONCLUIDA.

REVISTA DE MODAS.

Es fácil reasumir las guarniciones actuales á pesar de sus aparentes complicaciones: dientes ó puntas y rulós, tales son los únicos elementos que entran en todas las combinaciones. Los rulós ó *vivos* se hacen dobles, ó triples, ó sencillos, y son, segun se quiere, mas ó menos gruesos (en este último caso rellenos con un poco de algodon); pero en todas partes se ponen: sobre los paletots, los trages, los zagalejos. Frecuentemente cuando los rulós son dobles, se los hace de dos telas, ó de dos tintas diferentes.

Estas guarniciones, se emplean muchas veces para figurar ciertas disposiciones; figuran vueltas, delantares, cinturones largos, etc. Se hacen muchos rulós sin agregar á ellos puntas ó dientes, pero estos últimos llevan siempre rulós sobre ellos. La menor tela compone un vestido elegante, gracias al agregado de estos rulós de color vivo que trazan los contornos de una disposicion ó forma cualquiera.—Con frecuencia los rulós son *planos*, es decir que en tal caso el adorno designado imperturbablemente por las costureras con la palabra *ruló*, no es sino una tira cortada al sesgo, puesta como ribete, si orla contornos, ó bien doblada por su mitad á lo ancho, si se la destina á trazar sobre un trage una guarnicion cualquiera; el lado del doblez no se fija sobre la tela que se va á guarnecer; la tira doblada se cose por su lado abierto, y generalmente esta costura se cubre con una trencilla, cuando no se hace con un vivo estrecho ó con otra tira al sesgo mas estrecha, de tela ó de color diferentes de la primera. Así, pues, sobre un trage gris, se podrán emplear tiras de tafetan color castaño, que tengan,

DIBUJO PARA CARTERA, PETACA, ETC.

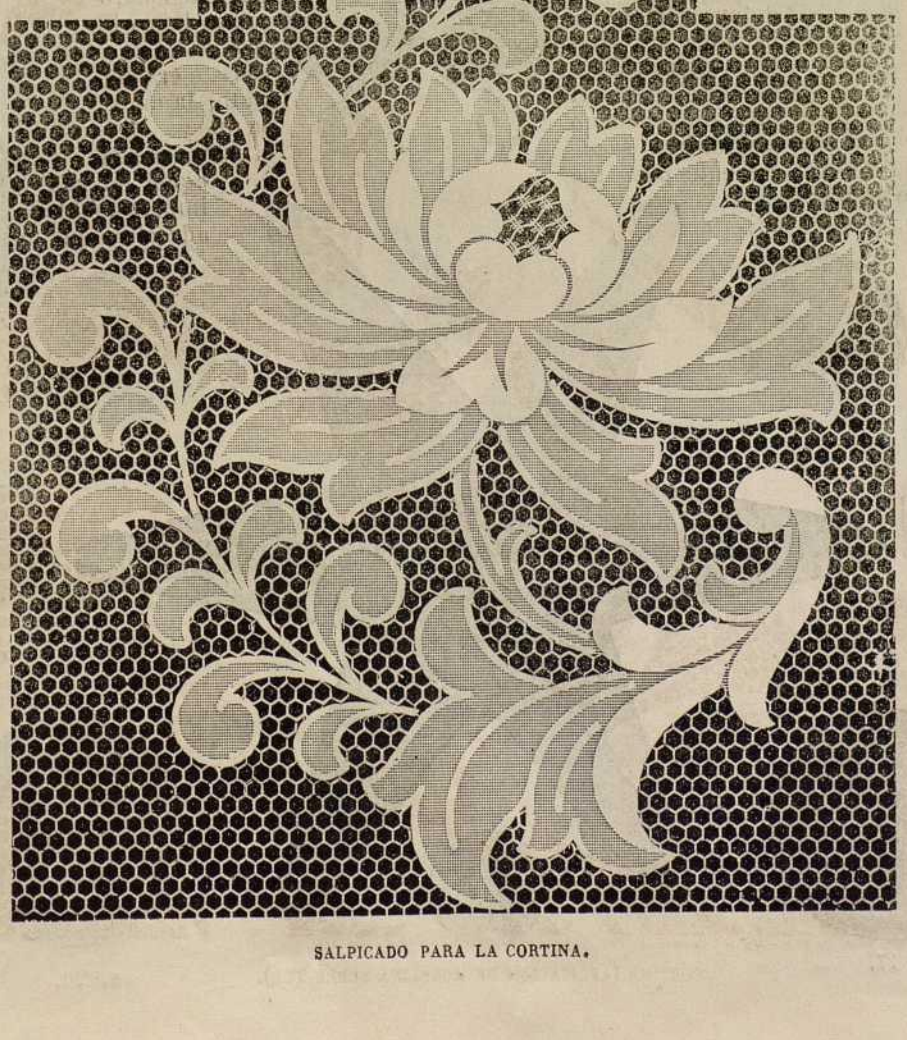
DIBUJO PARA CARTERA, PETACA, ETC.

tira de seda de 4 cents. de ancho, forrada de tafetan; se le adorna por su borde superior con el ruló preparado con arreglo á la fig. 8; este se hace con una tira de tela de 3 centímetros de ancho, cortada al sesgo, doblada por la mitad de su ancho, y adornada en su parte media con una tira de raso de 2 cents. de ancho, doblada tambien por su mitad; en el medio de esta última tira se cose un cordon redondo.—Con las mismas tiras se preparan los buclecillos rectos, de 3 cents. y medio de alto, que van puestas á caballo. Su costura se cubre con una guarnicion igual á la que se acaba de describir.

N.° 7.—Se hace esta guarnicion con tiras de 5 cents. de largo, cosidas unas con otras por sus lados trasversales; estas especies de hojas se cosen detrás de una guarnicion preparada del mismo modo.

N.° 8.—Se toma una tira cortada al sesgo, de 4 á 5 cents. de ancho, se reunen sus lados trasversales poniendo un vivo de raso; así se forma el ruló para todas las guarniciones.

Botones bordados de seda ó cuenta.—El dibujo núm. 10 es una hormilla de madera forrada al crochet; los 11 y 12 van forrados de seda, y bordados con cuentas y trencilla; el 13 se borda al pasado y se adorna con cuentas; los n.os 14 á 20 se bordan con torzal de seda; algunos se adornan con cuentas.



SALPICADO PARA LA CORTINA.

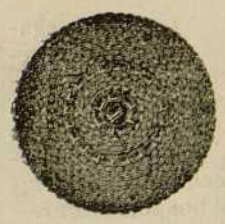
despues de cosidas, menos de 1 centímetro de ancho, y sobre ellas un vivo blanco; las jóvenes adoptarán el azul y el blanco, el negro y el encarnado, etc., debiendo siempre servir el color que mas destaque como accesorio de la guarnicion, es decir, para el vivo ó tira mas estrechos. Cuando se juntan una tira y un vivo propiamente dicho (con cordon dentro), se coloca este encima del ruló principal; cuando se ponen dos tiras al sesgo, la *accesoria* se pone debajo de la otra.

La ropa blanca se encuentra singularmente modificada en la moda actual: un cuello recto para los trages sencillos, y para los de mas adorno un rizado de encage, puesto en el escote y en el extremo de las mangas, esto es todo lo que permite la moda de los collares y de las vueltas, ó bien si las mangas son estrechas, otra guarnicion cualquiera.

El ahuecador reducido se ha reconocido como indispensable; ya no se trata de abandonarlo del todo: él durará tanto por lo menos como los trages cortos, imposibles de llevarse sin su asistencia.

Se hacen con las puntas de encage de lana paletots pequeños muy elegantes. Pero encuentro que esto es llevar demasiado lejos el fanatismo del paletot.

EMMELINE RAYMOND.



N.° 10.

UN DRAMA EN SIERRA MORENA.

EPISODIO.

I.

La parte más pintoresca y accidentada de la Sierra Morena, es seguramente la que, principiando en la ermitas de Córdoba, va á concluir en los confines de Extremadura. La naturaleza se presenta allí rodeada de sus mas bellos atractivos: bosques cubiertos de una vejetacion agreste y casi primitiva; praderas deliciosas bordadas por caprichosos arroyuelos; todo convida al viajero y al cazador con esos goces misteriosos de la soledad, que desconocen por completo los moradores de las grandes ciudades.

Yo no he sido jamás aficionado á la caza, pero deliro por los viajes; y no precisamente por lo que en ellos se aprende, segun vulgarmente se dice, sino por lo que en ellos se olvida. Yo cambiaria todos los placeres que proporcionan la riqueza y el bienestar, por las fatigas y los peligros de una caravana á través del desierto; prefiero el silencio de las montañas al bullicio de los salones, y no hay música que me agrade más que la que produce sobre los carriles el galope de una locomotora.

Por eso aproveché gozoso, hace algunos años, una ocasion que se me presentaba, y acompañado de dos amigos me dirigí á Córdoba, en cuyo término debíamos practicar el reconocimiento de unas minas de nuestra propiedad.

Inútil es decir cúal sería mi satisfacion al divisar por vez primera las cúpulas y los muros de la ciudad de Abderraman, que solo me era conocida de nombre; la curiosidad casi infantil con que me detuve delante de la torre de Mal-Muerta, curiosidad de que el mayoral de la diligencia no participaba seguramente pues me dejó á pié y siguió su camino sin cuidarse de mis meditaciones; inútil es tambien añadir que pocas horas despues de haber depositado mi equipaje en la fonda de Ricci, ya habia yo visitado la mezquita y la columna del Triunfo, disputado con varios sacristanes sobre la antigüedad de algunas iglesias góticas, y admirado desde los terrados del presidio los bellos jardines árabes de la posesion del señor Rios Rosas.

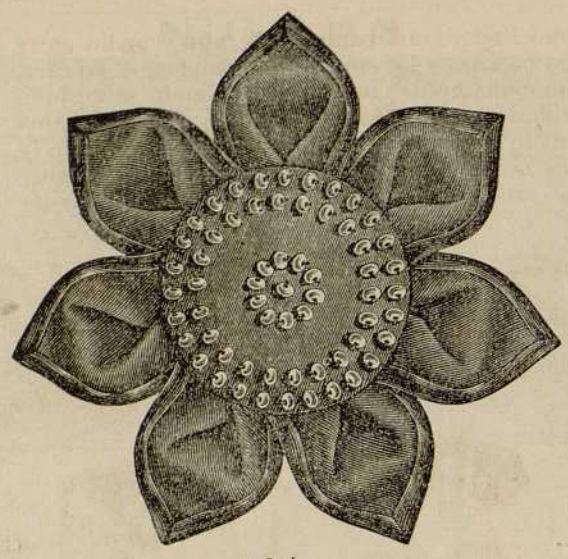
Dos dias despues de nuestra llegada, dias que yo no olvidaré nunca, pues fueron para mi una série no interrumpida de obsequios y de atenciones, tanto mas grandes cuanto eran mas inmerecidos; dos dias despues, repito, abandonamos la poblacion, y tomamos el camino de la sierra, donde nos llamaba la comision que nos habia sido confiada.

Era al caer de una tarde de otoño cuando nuestra alegre cabalgata, que se componia de diez ó doce ginetes, llegó á las afueras de la ciudad, y comenzó á trepar por la escabrosa senda que dá acceso á la sierra por aquel lado. Todos hicimos alto al llegar á la cumbre, y dirijimos la misma cariñosa mirada á la vecina capital. Los últimos rayos del sol poniente la iluminaban con melancólicos reflejos; retratábase en las ondas del Guadalquivir como en un espejo de plata, y destacaba sobre el azul oscuro de los cielos sus esbeltas torres que todavía parecian desde léjos minaretes, y los corpulentos árboles de las cercanas lomas, que acaso prestaran sombra en otro tiempo á los califas.

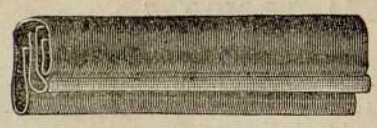
No he sabido nunca explicarme el por qué, pero me entristecen todos los crepúsculos; lo mismo el de la aurora que nace que el de la existencia que huye; lo mismo el crepúsculo de las pasiones que el de las alegrías; ese paso inflexible de la luz á la sombra ó de la animacion al cansancio, me hace recordar el tiempo que media entre el suspiro del niño y el sollozo del anciano; esos dos crepúsculos de la vida que principian por el amor y concluyen por el olvido, despues de eclipsar ese magnífico astro que se llama la juventud.

Triste era por tanto, la mirada que yo dirigí á Córdoba en aquel momento, y acaso hubiera sido tambien tenaz é impertinente, si el trote de los caballos no me hubiera advertido que nos poníamos en marcha, y que no estaba bien que yo formara con los últimos del escuadron. Piqué, pues, espuelas al mio, y no tardé mucho en adelantarles á todos, más que por diligencia de mi parte, por excesiva tolerancia de la suya. Un solo ginete tenia á mi lado; era Juan, uno de los mozos que nos servian de guias, y que conocia la sierra palmo á palmo, razon por la cual trabamos muy pronto amistosa conversacion.

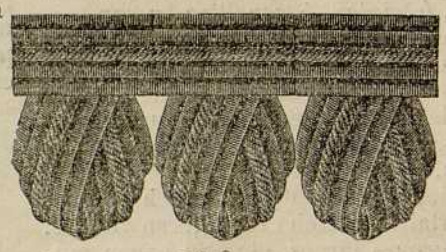
—Díme, Juan, pregunté yo, ¿están muy léjos esas



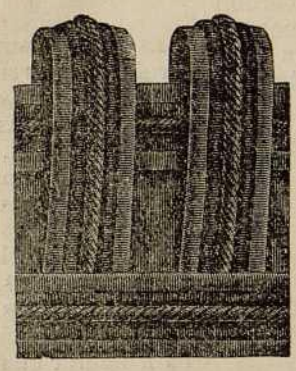
N.° 1.



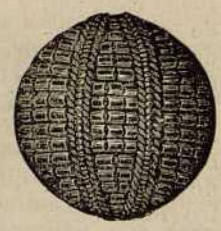
N.° 7.



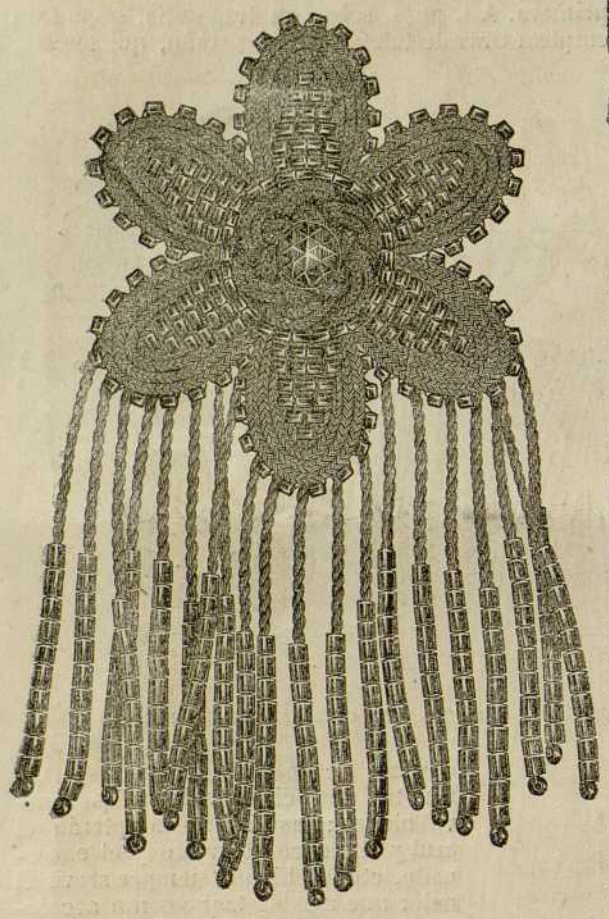
N.° 8.



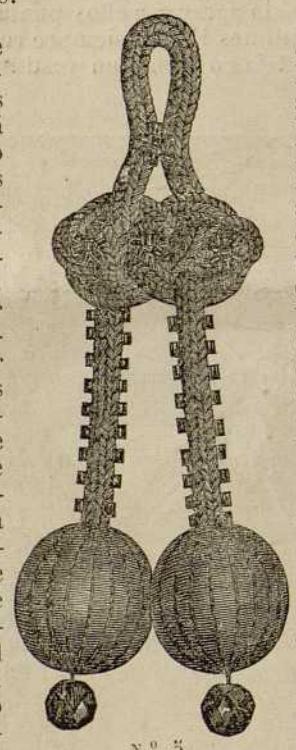
N.° 6.



N.° 12.

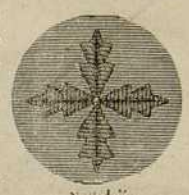


N.° 2.



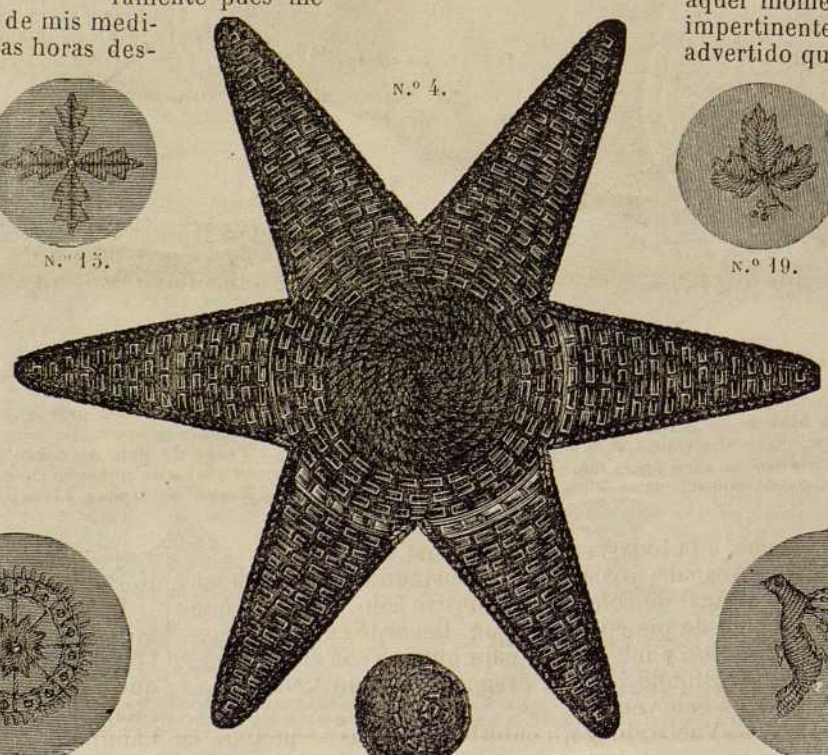
N.° 5.

N.° 3.



N.° 15.

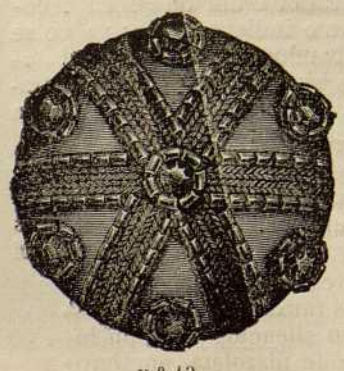
N.° 16.



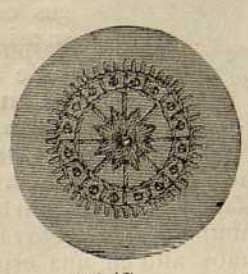
N.° 4.

N.° 19.

N.° 18.



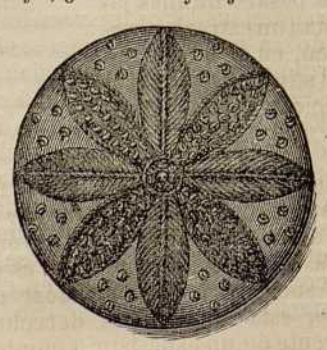
N.° 13.



N.° 17.

N.° 11.

N.° 20.



N.° 14.

minas que vamos á visitar?

—¡Qué! no, señor, me respondió tranquilamente; yendo como iremos por los atajos, apenas distarán ocho ó diez leguas.

—¿Y por la carretera?

—Eso es otra cosa; por la carretera de Belmez y Espiel, que es la que está mas cerca, tendriamos que doblar el camino.

—¿Y son peligrosas las sendas por donde vamos?

—¿Quiere usted callar, señorito? En esta sierra verá usted qué sitios encontramos por ahí abajo, y qué aguas vamos, es decir, va usted á beber tan exquisitas.

—¿Pues qué, Juan, tú no bebes agua?

—No, señor, no la bebo, porque así lo juré hace cinco años, y Dios me castigue si falto alguna vez á mi juramento.

—Pero, hombre, y ¿qué diablo te pasó con el agua, para tomar respecto á ella tan extraña determinacion.

—No me lo pregunte usted, señorito; es una historia que me ha costado muchas lágrimas, y que hoy casi me avergüenzo de referir.

—Y sin embargo, Juan, yo necesito que me la cuentes; te lo suplico; mira tú si puedo yo hacerte un favor que valga tanto como ese, y te prometo que lo haré.

—Entónces, si es empeño, la contaré á usted, pero á usted solo, donde nadie pueda vernos ni oirnos, y prometiéndome antes no hablar de ello á mis compañeros.

—Será cómo y dónde tú quieras.

—Pues bien, esta noche en la Venta Blanca, en la que pararemos para descansar un rato; con eso podré enseñar á usted tambien el sitio donde bebí agua por última vez de mi vida.

—Corriente; y cuando yo conozca el sitio y la historia, milagro será que no la bebamos juntos, ¡qué diablo!

—Eso no, señorito; usted beberá agua y yo vino.

—Lo mismo da: beberemos vino los dos.

La luna asomó entónces detrás de un pliegue de la sierra; saludámosla todos entonando los primeros compases del ária de Norma, y encendiendo un exquisito habano, nos colocamos de uno en uno para pasar con mas facilidad un estrecho barranco, en el fondo del cual se descubria el mas delicioso de los valles.

II.

Habia refrescado bastante la noche, y nos sentiamos ya un si es no es molidos y traqueados, cuando nos detuvimos delante de la Venta Blanca.

La Venta Blanca, que lo es en efecto contra lo que suele suceder tratándose de edificios de esta clase, está situada á la derecha de la carretera, y enfrente de un espesísimo monte que avanza hasta el mismo lindero del camino. Término medio entre la granja suiza y los corralones manchegos, no carece sin embargo de comodidades, siendo sobre todo notable la cocina, donde al entrar nosotros habia instalado ya más de veinte carreteros y feriantes, y donde nos instalamos tambien, despues de haber hecho añadir, no ya dos astillas, sino algunos troncos, á la todavía brillante llama del hogar.

Acababa yo de sentarme cuando advertí que Juan, en lugar de colocarse á nuestro lado, se habia quedado de pié en el portalon. Recordé entónces nuestra cita, y me levanté para unirme con él.

—¿Dónde vas? me preguntaron á un tiempo cuatro ó seis voces.

—Vuelvo luego, contesté; mientras se prepara la cena, voy á darme dos paseos por el monte.

—Cuidado, señorito, añadió el posadero viéndome descorrer el cerrojo de la puerta.

—¡No hay cuidado, señores, viene conmigo! exclamó Juan con acento en que crei yo notar algo de burlon.

—Corriente, dijeron todos; pero no olvideis que muy pronto se dará principio á la cena.

—Avisen ustedes con un silbido si nos retrasamos y cinco minutos despues estaremos aquí el señorito y yo, replicó Juan.

Ya nos habiamos internado en el monte, y áun escuchábamos el ruido de nuestros compañeros de la Venta Blanca. La noche estaba despejada, aunque algo fria; eran muy cerca de las once, y ni una ráfaga de viento movia las ramas de los árboles. Caminamos un corto rato en silencio, y por fin hicimos alto en una especie de plazoleta, por cuyo centro se deslizaba suavemente un cristalino arroyo.

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Trage de coselete, hecho de *musgo marino* lila, chiné de negro y blanco; dos rulós de raso lila guarnecen la enagua. Corpiño de muselina blanca plegada, con camiseta de muselina lisa.

Trage de sultana blanca con listas azules. Corpiño y mangas cortas con rizados de tafetan azul. Camiseta montante; mangas largas en ella de muselina.

Trage de fulard blanco con listas maiz. Coselete tafetan azul con enrejado de terciopelo negro. Camiseta montante de muselina.

Niño de 6 á 8 años.—Vestido compuesto de pantalon corto y chaqueta larga, de popelina color castaño.

Trage de moer gris chiné, con galones y cascabelillos de seda negra. (Primera figura de la derecha del segundo término.)

Trage de pelo de cabra gris-Suecia, orlado con vivos alternativamente grises y blancos, cubriendo un espacio de 8 centímetros.

Trage de alpaca blanco, adornado con tiras y presillas de tafetan azul.

Sentóse mi compañero en un ribazo, invitándome á hacer lo mismo, y despues de dirigir una mirada sombría á su alrededor, exclamó:

—Oigame usted ahora, señorito; y sobretodo, no tenga usted miedo.

—¡Miedo! ¿de qué? murmuré llevando maquinalmente la mano á mi cuchillo de caza.

Apénas hube pronunciado estas palabras, se agitaron ligeramente las hojas de los matorrales próximos, y me pareció ver cruzar por en medio de ellos una sombra. Yo me puse en pié como movido por un resorte.

—¿Qué es eso, Juan? pregunté con una curiosidad no exenta de terror.

—No es nada, qué diablo! siéntese usted; por algo hacia yo bien en prevenirle.

—Pues yo he visto menearse apuel matorral, y juraria que no era un perro lo que allí habia.

—Y acertaria usted, señorito, porque lo que ha visto usted pasar es un lobo.

—¡Hola! ¿y lo dices con esa calma?

—¿Por qué no? Precisamente el sitio en que estamos puede decirse que es su cuartel general; en las noches de invierno rondan la Venta Blanca como si fueran reclutas, y hay que encerrar dentro hasta las caballerías, pues no sería la primera que han devorado, por haberla atado el dueño á una reja mientras entraba á tomar un vaso de vino.

—Pero ¿y ahora?

—Ahora los lobos no se meten con nadie; el que ha pasado vendrá perseguido por algunos pastores, que andan siempre á caza de ellos para que les den los amos una buena propina: ¿no lo dije? oiga usted cómo se dan la voz de alarma.

—Efectivamente, se oia á lo léjos una especie de grito prolongado como si saliese de una bocina, y dominando al grito el lento y amenazador ladrido de los mastines.

—Entónces fuí yo quien poniendo una mano en el hombro de Juan, y suplicándole me dispensase si le habia interrumpido, le dije:

—Puedes empezar cuando guste; te escucho con el mas vivo y cariñoso interés.

Juan se apresuró á corresponder al cumplido con una triste pero afable sonrisa, y comenzó de este modo sunarracion.

III.

«Era yo todavía muy niño cuando mi padre, natural de Lucena y dueño de una de las mejores posadas de esta villa, á consecuencia de algunos quebrantos de salud y fortuna, determinó abandonarla, y seestableció con su familia en un pueblo de estas inmediaciones, edificando además un buen parador, cuyas ruinas puede usted ver si quiere, no lejos de la Venta Blanca.

»Este parador corria á cargo de mi madre, que habitaba en él en compañia de mi hermano mayor, y de una pobre niña recogida á poco de nacer en mi casa, y criada en ella con una ternura y un regalo solo comparables á su bondad y su hermosura.

»Araceli, que así se llamaba, era como suele decirse, el ángel de la casa: áun no tenia diez años y ya dividia con mi madre todo el peso de las faenas domésticas; ajustaba la cuenta á los viajeros, encantábales con su conversacion, y acudia á todas partes, siempre solícita, siempre alegre, y cada dia mas interesante.

» Yo no sé á punto fijo la causa, pero á los pocos años de esta vida, mi padre abandonó los trabajos agrícolas á que se habia dedicado en el pueblo, vendió las tierras que poseíamos en él, y vino á habitar con nosotros en el parador.

»Reunida ya la familia, y cansada la mala suerte de intervenir en nuestros negocios, vimos pasar mucho tiempo en medio de la dicha, y casi llegamos á olvidar todas las amarguras sufridas. Casóse por entonces mi hermano, separándose de nosotros, y hasta se resolvió en nuestro favor un pleito que seguíamos en Lucena sobre unos suministros hechos por mi padre durante la guerra civil.

»A todo esto, yo habia llegado á ser un moceton de diez y ocho ó veinte años, ágil y robusto, tan dispuesto á bailar con las mozas como á perseguir á los jabalíes, pero incapaz de ofender á nadie ni de abrigar un mal pensamiento. Solo tenia una antipatía, lo confieso: el objeto de ella era un guarda de monte, que se pasaba casi todo el dia en el parador, siempre contando proezas de que nadie habia sido testigo, y en las que, ya que no otra cosa, se adivinaba un carácter astuto, vengativo y feroz. Esta antipatía, que yo trataba inútilmente de destruir, era sin embargo, fundada; aquel miserable habia puesto los ojos en Araceli, y la perseguia á todas horas con las declaraciones de su amor, cuando no con las exigencias de su deseo. Y yo, señorito, amaba á Araceli; amaba á la dulce compañera de mi infancia, que hubiera sido un dia la compañera de mi vejez; la amaba con el doble cariño del amante y del hermano; y aunque no se lo habia dicho por temor de disgustar á mi familia, y perder quizá la tierna intimidad en que vivíamos, ella no lo ignoraba, y su desden para con todo el mundo era la recompensa que ofrecia de contínuo á mi amor.

»Esta situacion tan peligrosa para ámbos, y que hacia más insoportable aún la tenacidad del guarda debia tener un término y le tuvo. Una mañana en que Araceli y yo nos habíamos levantado mas temprano que de costumbre, salimos á dar un paseo por el camino, y á la luz del sol que despuntaba, nos hicimos el juramento de amarnos siempre y de vivir el uno para el otro. Entonces ella me refirió con todos sus pormenores la persecucion de que era víctima, las asechanzas que en varias ocasiones habia tendido contra su honor el infame Estéban, y las que debia temer aún, á creer lo que le anunciaban en un anónimo que me enseñó. En vista de estos temores, y dueño yo por completo del alma de Araceli, no vacilé en tomar una séria determinacion. Busqué al guarda, le referí lo que sabía, y no recuerdo siquiera lo que pasó entre nosotros; lo único que puedo asegurar á usted es que Estéban no volvió á poner los piés en nuestra posada.

»Desgraciadamente la necesidad de buscar un sustituto que me librara del servicio de las armas, me obligó á marchar á Córdoba por algunos dias. Las primeras cartas de Araceli me hicieron ménos amarga la ausencia; la última me obligó á volver á su lado inmediatamente. El párrafo final de esta carta, decia; — «Juan; si es verdad que me quieres tanto como creo, no me dejes sola más tiempo: ven en mi socorro.»

»Serian las cuatro de la tarde cuando yo leí estas líneas, que sin saber por qué me llenaron de terror; una hora despues habia dejado la capital. A medida que avanzaba por la sierra, parecia que un velo sombrío se extendia delante de mis ojos; me era preciso algunas veces contener el galope de mi caballo para respirar, y creo que sin el aire de la noche hubiera caido sofocado de calor en medio del camino, á pesar de que nos hallábamos á mediados de Enero.

»Por fin, tras cinco ó seis horas de una carrera desatentada y loca, logré divisar á la clara luz de la luna las altas paredes de mi casa, macizas como las de un monasterio, y sus dos cuadradas chimeneas, cada una de las cuales hubiera podido servir de choza á un pastor. Entónces me detuve, y apeándome del caballo, pensé un instante en lo que debia hacer. Llegar á aquella hora á mi casa sin aviso de ninguna especie, solo, y con la agitacion que me poseia, era cuando ménos una ligereza, que no habria dejado de estrañar á mi familia; tomé, pues, el partido de esperar que pasaran algunos arrieros, para unirme á ellos y dar á mi presentacion el carácter de una broma. Esta espera me serviria además para tranquilizarme, y observar si mi rival, creyéndome léjos rondaba como en otro tiempo, ó cantaba coplas debajo de las ventanas de Araceli.

»Para conseguir mi intento, até mi caballo á bastante distancia de la casa, descolgué de él mi retaco, y oculto entre los árboles me adelanté hasta llegar frente del parador. La calma y la oscuridad más completa reinaban en él. Era indudable que la gente se habia recogido temprano, apagándose á la misma hora la lumbre de las cocinas y los murmullos del portal. Este silencio, que en otras ocasiones me habria sido indiferente, y acaso agradable, me hizo en aquella estremecerme á mi pesar, y sentí que un sudor frio bañaba mi frente; secóse mi garganta, mis ojos se desvanecieron, dobláronse mis piernas, y me ví precisado á sentarme en el suelo durante un corto rato. Pero me repuse en seguida, y atribuyendo á la rapidez del viaje ó á la debilidad del estómago, aquel extraño mareo me levanté, y vine á buscar en ese arroyo la frescura que mi paladar y mi frente necesitaban.»

. . . . . .

Juan hizo un pequeño alto al llegar á este punto de su historia, y enjugó con el revés de su mano dos lágrimas que rodaban sobre su tez morena. Yo estaba casi tan conmovido como él: ambos permanecimos mudos, y abismados quizá en el mismo pensamiento. Ibamos los dos á hablar al mismo tiempo, cuando un silbido penetrante, dado desde el camino que alarmó á todos los perros del contorno, nos dió á entender la impaciencia de nuestros compañeros.

—¡Maldita interrupcion! exclamé en voz baja.

—Al contrario, señorito, replicó Juan; no sabe usted el bien que me han hecho.

—¡Pues qué! ¿te sientes mal?

—No, señor; pero conozco que me faltan las fuerzas.

—Eso no es nada; apóyate en mí, y á cenar, ¡qué diantre! no hay que afligirse por lo que ya no tiene remedio.

Cinco minutos despues estábamos cenando en la Venta Blanca.

IV.

Si algunos de vosotros, amados lectores, y mas amados todavía si sois lectoras, ha sido, como yo, aficionado á viajar, y conoce bajo sus fases la vida íntima de las posadas, decidme: ¿hay algo más delicioso que una noche pasada al rededor de una mesa en compañía de diez ó doce personas alegres, que viajando juntas no pueden ménos de ser amigas, y libres por consiguiente de todo lazo de etiqueta y de discrecion? Allí hay alimento para todos los gustos, y enseñanza para todas las edades; el oportuno chiste sucede á la dramática historieta; el peligro de ayer hace reflexionar friamente en el azar de mañana; y todo se comenta, y todo se refiere, como si aquellos individuos, de los que á veces no conocemos ni áun el nombre, constituyeran una sola familia, de la cual fueran todos jefes al mismo tiempo. ¡Oh dulce y encantadora poesía de los caminos reales, que nuestros hijos buscarán en vano en las vias férreas! ¡Oh inolvidables horas de la Venta Blanca, tan risueñas y breves como mis ilusiones de minero.

No era la cena preparada por nuestros compañeros muy abundante; pero estaba, en cambio, bien sazonada, y á la altura en que nos encontrábamos podia considerarse como un verdadero festin. Cuando nos levantamos de la mesa, era tan difícil averiguar quién habia comido más, como descubrir quién habia bebido ménos. Lo único que no tenia duda, es que el odio que profesaba Juan al agua, existia tambien, sin saberlo, en nuestros corazones. Poco á poco fueron desapareciendo los comensales, repartiéndose por secciones en los cuartos que tenian dispuestos para descansar. Solo quedaron dos juntos al hogar, arropados en sus mantas y medio tendidos sobre la piedra. Eramos Juan y yo. Apenas hubo cesado todo ruido, los dos nos incorporamos simultáneamente, y atizando con un leño la ya espirante llama, proseguimos nuestra conversacion interrumpida de la sierra.

—Desea usted, señorito, exclamó Juan, saber por completo mis aventuras en aquella noche terrible; escúcheme usted, y sabrá hasta qué punto puede ser un hombre desdichado.

«Dejé, pues, como he dicho, mi caballo atado á un árbol á bastante distancia del parador, y para reponerme de la especie de desfallecimiento que sentia, me dirigí con ánimo de beber agua al cercano arroyo. Pero figúrese usted mi sorpresa y mi dolor, cuando al lado mismo del manantial, y á la claridad de la luna llena, descubrí una forma humana, y acercándome mas y mas, reconocí el cuerpo inerte de mi amada.

—¡De Araceli!

—Si, señor; de Araceli, á quien un infame acababa de asesinar. Confieso á usted que no sé lo que en aquel instante pasó por mí. Primero estreché entre mis brazos aquel cadáver todavía caliente; despues quise huir, y caí desmayado; cuando volví en mí, me lancé corriendo como un loco por medio del monte, buscando un sitio donde morir ó un hombre á quien matar. Era ya muy de dia cuando la gente del parador, alarmada por la desapariicon de Araceli, por la presencia de mi caballo encontrado por el peon caminero, y por las noticias que de mí llevaron algunos pastores, me recogió en la sierra, rendido de fatiga y casi exánime, y supo de mis labios el horrendo y misterioso crímen que debia sumir en la desgracia á una honrada familia. Una sola cosa callé, que era el nombre del que yo suponia con fundamento el asesino; esto solo sirvió para agravar más nuestra situacion. Algunas personas del pueblo sabian mi reyerta con Estéban el guarda, y todos la achacaban á una cuestion de celos; esto debió llegar á noticias de la autoridad, y al dia siguiente fuí preso; ¡preso yo, señorito, por sospechas de haber asesinado á mi hermana! Buscóse tambien á Estéban, pero inútilmente; habia desaparecido aquella misma noche. Tal circunstancia, unida á mis antecedentes y á las declaraciones y pruebas que garantizaban mi inocencia, hicieron que esta se demostrase al fin, y que fuera puesto en libertad despues de seis meses de cárcel.

Desde entónces, enfermo, triste, sombrío, me dediqué á la vida de cazador, única que podia halagar mi alma y robustecer mi cuerpo, dándome de este modo fuerzas para realizar un dia mi constante propósito: la venganza.

—¿Y ese dia?...

—Ese dia llegó, señorito; porque, como dice muy bien el refran, no hay plazo que no se cumpla.

—Prosigue: tu narracion me interesa cada vez más.

—No habrian pasado dos años del asesinato de Araceli, cuando á instancias de mi familia y de algunos amigos de Córdoba que se interesaban por mí, tuve que marchar á las minas de carbon de Belmez y Espiel, acompañando á unos señores ingleses que, segun creo, iban á hacer no sé qué estudios para la construccion de un ferro-carril. Servíles hasta allí de guia; pero viendo que se detenian demasiado, determiné volverme, y con mi escopeta al hombro, cazando de dia y durmiendo en donde me pillaba por la noche, tomé otra vez el camino de mi casa. Una tarde me habia internado mucho en el monte persiguiendo una pieza, y por más que hacía no podia encontrar el sendero que llevaba á la carretera; en esto distingo á lo léjos una miserable choza, y me dirijo á ella, porque, á la verdad, me sentia sofocado de cansancio y de sed. Llamo á la puerta y no me responden; empujo, y veo al abrirla sentado delante de un mezquino brasero de barro un hombre entre ermitaño y pastor, pobremente vestido, y cubierto hasta los ojos con una sucia gorra de pellejo.

—Buen hombre, le dije con humildad; ¿quereis darme por favor un jarro de agua?

El habitante de la choza se levantó y vino hácia mí; pero al verme retrocedió dando un grito como si le hubiera mordido una víbora. Era él, señor, era Estéban!....

—Y bien... interrumpí yo con ansiedad.

—Sucedió lo que habia de suceder; lo que el mundo entero no hubiese impedido que sucediera. Le arrastré fuera de la choza, y cuando me hubo confesado su crímen, que yo no conocia en toda su extencion, le maté, señor; no como vosotros los caballeros creeis que debe matarse á los hombres, sino como nosotros los cazadores acostumbramos matar á las fieras.

—Pero, ¿y despues?

—Aquella noche no me fué posible dormir en poblado; al amanecer, y guiado por ese instinto feroz de la venganza, que quiere gozar á la luz del sol de las justicias que ejecuta en la sombra, volví otra vez á la choza de Estéban, en la cual hallé reunidos varios pastores de las cercanías, y que eran sin duda alguna sus compañeros. Pero Dios no quiso darme más castigo que mis remordimientos. Yo me habia vengado de una fiera, y las fieras me habian ayudado en mi venganza. Solo la cabeza de Estéban se veia allí; el cuerpo habia sido devorado por los lobos.»

Ha pasado ya algun tiempo de todo esto; mis padres han muerto, y con los escombros de nuestro parador se ha edificado la Venta Blanca; y sin embargo, señorito, siempre que se me ha ocurrido beber agua, he recordado esos dos terribles episodios de mi vida, y el vaso se me ha caido de las manos. Vea usted porqué he jurado no beberla nunca. Ahora, para fortificarme mas y mas en mi juramento, déme usted un tragaito de su bota.

Yo la tomé de la mesa donde estaba, hice con ella la salva á mi compañero, que la llevó casi con amor á sus labios, y ámbos nos quedamos profundamente dormidos,

MANUEL DEL PALACIO.

UN COLEGIO DE SEÑORITAS EN PROVINCIA.

TRADUCCION.

I.

LA DISTRIBUCION DE LOS PREMIOS.

Son las doce del dia: en una vasta sala alumbrada por tres grandes ventanas que dan á un jardin, se halla reunida una multitud elegante; viéndose representado en esta el bello sexo por inmensa mayoria. Se habla, se rie y se espera. Es el dia solemne de la distribucion de los premios en el colegio dirijido por la señorita Derby.

—En verdad, querida, decia una jóven á su amiga, todo lo que aquí veo me decide, y como la señorita Derby corresponda, aunque no sea mas que aproximadamente, á los buenos informes que me dais de ella, procuraré tener el valor suficiente para el fin de las vacaciones y le confiaré mi hija.

—Es lo mejor que podeis hacer, contestó la amiga, que era la esposa del señor Courtel, recaudador de contribuciones del distrito. La Providencia nos ha enviado aquí esa jóven encantadora, permitiéndonos de este modo conservar á nuestros hijos cerca y procurarles una educacion enteramente parisiense; porque Blanca es una parisiense en la mas bella acepcion de la palabra. Y, añadió bajando la voz, ya sabeis que no todas las parisienses son...parisienses.

—Por ejemplo, la señora Bontemps, añadió la otra dama en el mismo tono.

—Silencio! Ahí está su marido, se apresuró á exclamar la señora de Courtel; y ámbas amigas cambiaron una sonrisa impregnada de maledicencia.

—Buenos dias, señor Bontemps, dijo la señora de Courtel dirigiéndose á un hombre de poca estatura, de aspecto bonachon, que se acercaba para saludarla, ¿cómo estais? ¿Qué tal se encuentra vuestra querida mitad?

—Tiene su jaqueca acostumbrada, respondió el señor Bontemps, inclinándose profundamente ante las dos amigas.

—Oh! repuso la señora de Courtel, qué sensible debe serle á esa pobre madre no poder asistir al triunfo de su hija!

—Perdonad, señora, replicó el señor Bontemps, me ha dicho, por el contrario, que, aunque debiese morir, colocaria ella misma la corona sobre la cabeza de su hija; y mi autoridad de marido ha tenido que ceder.

—Jesus! dijo la señora de Courtel con cierto aire de hipocresía, pobre señora Bontemps!

—Ya tendremos un ataque de nervios por lo menos, añadió por lo bajo, su amiga.

—Querido señor Bontemps, continuó la de Courtel, vos que sois como de la casa; decidnos francamente si participais del entusiasmo que inspira la jóven directora del colegio á todas las personas que se aproximan á ella.

—Sí y no, señora. Para responderos, *todavía es temprano;* como dice mi esposa, contestó el prudente profesor de música, (pues tal era el cargo que desempeñaba el señor Bontemps en la casa de educacion establecida hacia seis meses en la ciudad de *** por la jóven y bella parisiense que era objeto de aquella cuestion en este instante).

Una hermosa niña morena, de siete á ocho años de edad, apareció en este mismo momento, y se suspendió, de un salto, del cuello de la señora de Courtel.

—Buenos dias, Enriqueta, buenos dias, hija mia; ¿piensas darme hoy un dia de satisfaccion? ¿Vas á ofrecerme muchas coronas?

—Oh! mamá, dijo la niña con cierto tono serio que contrastaba con su fisonomía llena de travesura, ¡oh! mamá, todavía es temprano!

—Por lo visto, exclamó la amiga de la señora de Courtel, esa frase está aquí de moda.

—Es decir, preguntó esta á su hija, que no obtendrás ningun premio?

—Oh! No digo eso. ¡La pequeña mamá es tan buena!

—Hé ahí un elogio que no es sospechoso, añadió la señora de Courtel dirigiéndose á su amiga. No sé verdaderamente cómo sé gobierna esa jóven, pero es el caso que posee el raro talento de hacerse adorar de sus discípulas, sin que su autoridad se resienta en lo mas mínimo.

—Qué edad tiene?

—Veinte y dos años escasos.

—Y es hermosa!

—Adorable! Pero ahí llega una persona por la cual podremos saber algo mas.

—El señor Dupont?

—Ese mismo, el antiguo preceptor del hermano de Enriqueta, que hoy es profesor de historia, de geografía, de aritmética etc. en el establecimiento de la señorita Blanca Derby.

El señor Dupont era un viejo de alta estatura, vestido de negro de los piés á la cabeza, á excepcion de la clásica corbata blanca, que ninguna moda habia podido hacerle desterrar. El buen anciano hubiera mirado como una inconveniencia muy grave el presentarse en cualquiera reunion sin aquella insignia de la profesion universitaria.

—Buenos dias, señor Dupont, cómo está V.? dijo la madre de Enriqueta tendiendo al profesor una mano, que él besó con respeto.

—Perfectamente, señora. ¿Y el señor de Courtel? ¿Y mi querido Gaston?

—Muy bien, muchas gracias, señor Dupont.

—Si no he empezado por informarme de vuestra salud, señora, continuó el viejo, es porque he pensado que con una tez tan fresca, no podíais estar enferma.

—Siempre galante! interrumpió la señora de Courtel riendo.

—Siempre exacto; replicó el señor Dupont inclinándose.

—Todavía? exclamó aquella amenazándole con el dedo. Yo creia que reservábais todos vuestros finos cumplimientos para la señorita Blanca.

—Para la señorita Blanca? dijo vivamente el señor Dupont, animándose al oir este nombre; ni uno siquiera le he dirigido.

—Y cómo ha sido eso? preguntó á su vez la amiga de la de Courtel.

—Cómo ha sido? contestó el viejo, algo sorprendido por la pregunta, ¿qué cumplimientos podria dirigirle á una jóven tan perfecta?

—Cuando yo os lo decia! exclamó la señora de Courtel dirigiéndose á su compañera, el señor y la señora Bontemps, representan la indiferencia y la envidia: el señor Dupont, el entusiasmo. Delante de vos, amiga mia, teneis al *caballero sirviente* de la linda *señorita*, nombre con que se designa aquí á la jóven directora del colegio; y tiene por ella la misma afeccion que un salvaje por sus ídolos.

—Decid mas bien el respeto que un hombre debe tener á un ángel, y habreis acertado, señora, replicó el profesor.

—Lo confiesa él mismo, dijo riendo la mas jóven de las dos damas.

—Y porqué no he de confesarlo? Qué puede haber de ofensivo para ella en la respetuosa admiracion de un hombre de mi edad, que no desea otra cosa mas que verla todos los dias, y que daria con todo su corazon lo que le resta de vida por ahorrarle una sola lágrima!

Hay en el sentimiento verdadero un poder tan irresistible, que las dos señoras se sintieron profundamente conmovidas al oir esta ardiente profesion de fe.

En este instante se observó mucho movimiento entre la concurrencia que ocupaba la sala. El subprefecto y otras personas notables de la ciudad entraron: al mismo tiempo pareció correrse por sí sola una cortina que cubria el fondo de la habitacion y dejó ver un estrado en el cual se hallaba la jóven directora, rodeada de sus discípulas. Vestida con un trage de muselina blanca, con un cinturon de seda azul de puntas flotantes, se la hubiera tomado por una colegiala un poco mas crecida que sus compañeras.

Los sonidos de un piano invisible se dejaron oir, y varias voces sencillas y puras entonaron un coro de circunstancias, especie de himno al trabajo, letra del señor Dupont y música del señor Bontemps. El canto habia cesado ya y todavía escuchaba el auditorio; fué preciso un movimiento de la señorita Blanca, que se adelantó sola hácia el extremo del estrado, para romper el mágico encanto que subyugaba á todos los que oyeran aquel coro de ángeles.

La jóven directora, con voz conmovida, dió gracias á las autoridades por el apoyo que le habian prestado generosamente, y á los padres y madres de familia por las pruebas de estimacion que le concedieran confiándole á ella, una desconocida, sus tesoros mas preciosos, esto es, sus hijas.

Dirigiéndose luego á sus discípulas, les dió gracias tambien por la afeccion espontánea que todas, sin excepcion alguna, le habian demostrado.

Acercándose en seguida á una mesa cubierta de libros, procedió á la distribucion de los premios.

—Este año, dijo á las colegialas, os concedo á todas un premio que os servirá de estímulo, sin dejar por eso de hacer una distincion particular en favor de las que han sobresalido por su buen comportamiento y aplicacion. Los seis meses que acaban de transcurrir no han sido mas que el preludio de los estudios serios que vamos á emprender. Las mas jóvenes de entre vosotras, las que tengan pocas disposiciones para aprender, que no se desanimen por eso. Aplicándose particularmente á un género de estudio especial, conseguirán no introducir la confusion en su tierno cerebro. Mi programa os asustará un poco, tal vez; sin embargo, hijas mias, abrigo la esperanza de veros venir á mí, dentro de un mes, contentas y satisfechas. Con este motivo os convido á un banquete mónstruo para el dia primero de Octubre, fecha nefasta que quiero rehabilitar á vuestros ojos. La abuela os hará ponche y el señor Bontemps os tocará contradanzas. Si quereis caballeros *de veras*, traed á vuestros hermanos y á vuestros primos. Así probaré que ese pobre primero de Octubre vale algo mas que su triste reputacion.

A estas palabras, la asamblea prorumpió en gritos de alegría, á los cuales se mezclaron numerosos aplausos. Luego, tan pronto como se restableció el silencio, las discípulas de la señorita Blanca desfilaron en órden por delante de su jóven maestra para recibir el libro y la corona que se les habia prometido. Vinieron en seguida las privilegiadas, que eran seis, en cuyo número se encontraba la pequeña Enriqueta Courtel, que recibió un premio de memoria entre las aclamaciones de sus compañeras.

La ceremonia terminó en medio de la satisfaccion general, si se exceptúa á la señora Bontemps que, no teniendo corona que colocar sobre la cabeza de su hija, no pudo representar la escena que meditara de antemano. La señora Bontemps no debia perdonar á la señorita Blanca el haberla privado de una buena ocasion en que demostrar su exquisita sensibilidad.

En el momento en que la jóven directora bajaba del estrado, el subprefecto se adelantó hácia ella con una corona de rosas blancas en la mano.

—Señorita, le dijo, permitidme reparar una injusticia que vuestra modestia os ha hecho cometer, injusticia contra la cual protestan todos los presentes; dignaos aceptar esta corona que os ofrezco en su nombre como testimonio de la afeccion de vuestras alumnas, del reconocimiento de sus padres y de la estimacion de todos.

Al pronunciar estas palabras, el magistrado colocó la corona sobre la frente de la señorita Blanca, que se habia inclinado, y, saludándola profundamente, volvió á atravesar la concurrencia, que aplaudia con entusiasmo, sin haber abrazado á la jóven, segun las circunstancias parecian permitírselo; pero tal era el respeto que la hermosa directora del colegio inspiraba á todo el mundo, que el subprefecto no tuvo siquiera el pensamiento de aprovecharse de su posicion en aquel instante.

Usando del raro privilegio del historiador conduciremos á nuestros lectores al salon del colegio de señoritas, la noche del primero de Octubre, de ese dia impacientemente esperado, aun mas que por las colegialas, por sus hermanos y primos, grandes y pequeños, que consideraban como una buena fortuna esta ocasion, única, tal vez, que les abria las puertas de una casa herméticamente cerrada para ellos, hasta entonces, á pesar de todas sus tentativas.

REMIGIO CAULA.

(*Se continuará*).

LOS VECINOS DE DARLINGEN.

NOVELA DE ENRIQUE CONSCIENCE.

(CONTINUACION.)

—Mirad, hermano mio, repitió madame Romys; en todos mis rezos he pedido á Dios os enviara un ángel que os hiciera venir á Darlingen. Vuestra llegada era mi única esperanza, la única esperanza de mi pobre y desolada Herminia. Quizá podais todavía hacer alguna cosa para impedir el funesto sacrificio de mi hija; pero es preciso hablar á su padre con dulzura y no con amenazas, porque entonces todo se ha perdido. Vos le conoceis, la sola sospecha de que se pretende contrariarle le vuelve inflexible como el hierro. Por la felicidad de Herminia, de vuestra querida ahijada, reprimid vuestra indignacion: tened calma.

Mr. Juan se calló un instante y meneó la cabeza con aire pensativo:

—Teneis razon, hermana mia; dijo; me dejé arrastrar por una indignacion legítima, y debo quedar dueño de mí mismo. La dulzura es el único medio. Voy á buscar á mi cuñado para tener una conferencia con él. Estad tranquila y dad un poco de ánimo á este pobre Ernesto que está pálido como un muerto, y tiembla como un azogado. El tambien será infeliz toda su vida, si Herminia debe ser desgraciada.

—Ya lo sé y se lo agradezco; murmuró la madre apretando con un profundo suspiro la mano del jóven.

—Esperad, pues, los dos; ahora pienso en algunos medios que pueden ser empleados para convencerle. Hasta luego. Tened valor.

Atravesó lentamente la calle que se hallaba al frente y abrió la puerta de la casa. En el vestíbulo encontró á Bonifacio Romys que iba al jardin, pero Blondeel le detuvo y le dijo con calma y amabilidad.

—Hermano mio, quisiera hablaros á solas; ¿tendreis la bondad de concederme algunos instantes?

Romys abrió la puerta del salon y ofreció una silla á Mr. Juan.

—¿Querreis hablarme sobre el próximo matrimonio de mi hija Herminia?... sentaos, pues, estoy pronto á escucharos.

—Comprendereis fácilmente, Romys, que el anuncio de esta nueva inesperada me llenó de asombro, empezó diciendo Mr. Juan con tímido acento. Herminia es mi ahijada, y yo creí tener el derecho, al menos, de que se me informase de antemano de un proyecto que si se realiza debe decidir de la suerte de toda su vida.

El padre de Herminia fijó sobre Blondeel una mirada fija y tranquila; esperaba ciertamente una escena violenta y se armaba desde luego de una calma aparente.

—Sin duda, hermano mio, respondió él, que teneis el derecho de ser informado de este proyecto; pero convenid en que no deben decirse cosas semejantes hasta tener seguridad del éxito. El honor de la familia está aquí en juego, y desde luego yo hubiera ido mañana á Bruselas para llevaros la noticia de este brillante matrimonio, con la certidumbre de que os regocijaríais conmigo. Pensad que Mr. Pottewal tiene mas de cuatro cientos mil francos; yo doy cien mil francos á Herminia y reunen medio millon. Pottewal sigue en su comercio, y su dinero le ha de producir por poco un cinco por ciento, por lo cual tendrán, veinticinco mil francos de renta anuales; ya veis qué dichosa será nuestra Herminia!... y qué honor para la familia, no es cierto?

—Pero este matrimonio está decidido? preguntó Blondeel con emocion contenida.

—Cierto; y ellos han cambiado su promesa.

—¿Pero Herminia ha aceptado de su libre voluntad la mano de Pottewal?

—Debo creer que sí; en todo caso no es ella, sino yo quien debe mirar por la conveniencia de la familia.

—Pero Romys; ella llora sin cesar hace dos dias!

Un relámpago de cólera brilló en los ojos del padre de Herminia; sin embargo quedó dueño de si.

—De veras?... ya os lo han dicho?... ¿Y las muchachas no lloran siempre antes de casarse? Y aunque esas lágrimas fuesen sinceras el negocio está convenido, la palabra dada por ámbos lados, y escrito irrevocablemente en lo alto que la consideracion de nuestra familia será aumentada en cuatro cientos mil francos.

Juan Blondeel tomó la mano de su cuñado.

—Romys, dijo; yo os suplico que me escucheis un instante con benevolencia. Vos sois paure y este título os da, en efecto, el derecho de decidir la suerte de vuestras hijas; ¿pero no teneis al propio tiempo el deber de preservar su vida del pesar y de los sufrimientos?

—Sufrimientos! ¿Con un capital de veinticinco mil francos?... ¿Tener pesar cuando se puede comprar cada dos años una nueva finca? interrumpió Bonifacio Romys.

—Os suplico me dejeis continuar; dijo Blondeel con agitacion creciente. Herminia es todavía muy jóven; su corazon tiene sed de amistad, de afecciones y de amor; las mas dulces ilusiones la rodean como una aureola virginal. Es bella, alegre, aficionada á las artes y tiene necesidad de comunicar sus sensaciones en conversaciones espirituales. ¡Oh! Romys, á este ángel tan puro, á esta tierna y noble niña ireis vos á unirla indisolublemente, por toda la vida, á quién?... á un Pottewal!...

—Un Pottewal!... pertenece á una antigua familia y posee casi medio millon.

—Sea, Romys; es al propio tiempo un buen mozo, yo lo conozco muy bien; pero tiene cerca de cuarenta años y no ha recibido la menor educacion; es tosco de corazon y de espíritu y no sabe hablar sino de sus granos. Su solo placer es ir al café ó al billar y atracarse de cerveza tomando parte en conversaciones groseras que desvanecerian en él toda delicadeza si la hubiera tenido alguna vez... ¿Y á semejante hombre quereis dar vuestra Herminia?

—Continuad, continuad, murmuró rechinando Romys que comenzaba á perder la paciencia.

—¿No comprendeis, hermano mio, cuál será la suerte de vuestra hija?... Yo me la figuro ya sentada, pobre mujer, esposa abandonada, en su cuarto, sola con sus tristes pensamientos, languideciendo y deplorando la pérdida de sus ilusiones, ¿pues á quién amará? ¿Con quién hablará que la comprenda? ¿A qué seno confiará las sensaciones de su alma poética? Su marido no sabe nada, todo lo que ella siente, todo lo que ella piensa le parece extraño, comprende su inferiorida á su lado y Pottewal, ese alcornoque, no puede alejarse y caerá dormido al lado de una mujer que por su gracia y por su talento sería la admiracion de una sociedad elevada. Sí, sí; mientras Pottewal esté de viaje ó en el billar la pobre Herminia buscará en vano alguno que pueda comprenderla ó al menos apreciar algun tanto los tesoros de su corazon. ¿Comprendeis, hermano mio, cuán terrible es esta soledad del alma?... Sola; siempre sola!... hasta el fin de su vida!...

—Bah! bah!... murmuró Romys; ella tendrá un bello carruage, buenos caballos y podrá pasearse y hacer lo que quiera.

—Pasearse!... pero con quién? Ah! yo no puedo reprimir mi inquietud, hermano mio; he dicho la verdad toda entera. Esto no es una cosa natural, y de esa desigualdad entre los esposos resulta un gran mal; los dos son desgraciados; sienten que son la causa del pesar uno del otro, y entonces viene la aversion, la amargura, el odio. Las víctimas de una union fatal se dirigen la una contra la otra y la lucha dura hasta que uno de los dos se abandona á la voluntad del mas fuerte como un esclavo desesperado. Dios mio; yo tiemblo al pensamiento de esta esclavitud, esta alma desolada que podria ser vuestra dulce, vuestra buena Herminia!...

Las lágrimas llenaron los ojos de Juan Blondeel y su voz se alteró de tal modo que le fué preciso interrumpir su discurso.

Bonifacio se calló un instante y despues repuso con una tranquilidad glacial:

—Yo conozco, hace tiempo, vuestros sentimientos sobre el matrimonio, hermano mio. Lo que me decís no es nuevo para mí; esas son las ideas de un hombre que no tiene familia y que ha atravesado el mundo sin cuidados. Si hubiéseis tenido hijos pensaríais de otra manera y no desperdiciaríais la ocasion de poner la mano sobre medio millon que se presenta muy pocas veces en la vida.

Blondeel no habia probablememente escuchado, pues tomó las manos de su cuñado y dijo con tono suplicante:

—Vamos; mi querido Bonifacio!... vos teneis corazon; Herminia es vuestra hija; dejaos convencer y no la obligueis á casarse con el gordo Pottewal. Ella será desgraciada, creedme. Tened compasion de ella!...

—Ya lo veis, Blondeel; os he escuchado con benevolencia, respondió Bomys con imperturbable frialdad. Es inútil discutir entre nosotros semejantes negocios: el honor de la familia es para mí una ley suprema; pero vos, que no conoceis el precio del dinero, teneis una mala opinion de Pottewal; pero creed á un hombre de experiencia, medio millon compensa con mucho los defectos de una bella figura ó de la falta de inteligencia y finura.

Juan Blondeel se tornó rojo de impaciencia y de despecho; se hizo sin embargo violencia para sobreponerse á su cólera que le dominaba y preguntó:

—¿Conque está irrevocablemente decidido? ¿No hay nada que pueda haceros cambiar?

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

(*Se continuará.*)

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE TAFETAN GRIS (forma Princesa, con corpiño escotado). El borde inferior se guarnece con bullonados de tul blanco, que ocupan, por detrás solamente, una altura de 10 centímetros para elevarse gradualmente por los lados hácia adelante; estos bullonados van cortados de trecho en trecho por ramas de coral encarnado vivo, los cuales se emplean tambien para orlar el corpiño escotado y las mangas cortas. Por dentro de este corpiño se encuentra una camiseta bullonada de tul blanco; las mangas largas de tul blanco van echadas hácia atrás y fijadas al trage por una rama de coral. En el cabello, peineta de coral; collar y brazaletes correspondientes.

ENAGUA INTERIOR DE CACHEMIRA AZUL, PLEGADA.—Trage corto de tafetan castaño oscuro, recortado á puntas muy agudas, orladas con un galon negro con cuentas negras; este mismo galon figura otro trage mas corto, con puntas iguales á las anteriores. El paletot recto, igual al trage, está recortado del mismo modo, y esta forma se reproduce en las hombreras. Gorra de terciopelo negro, guarnecido con plumas de pavo real.

DIRECTOR: D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ 1867. IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA á cargo de D. Federico Joly y Velasco, Bomba, n. 1.

A LOS NUEVOS SUSCRITORES DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

Habiendo reimpreso esta Empresa los números que faltaban para completar algunas colecciones de años anteriores, las ofrece á los mismos en los precios siguientes:

La respectiva	á 1862.	por 140	reales vellon.
„	á 1863.	por 140	„
„	á 1864.	por 160	„
„	á 1865.	por 160	„
„	á 1866.	por 160	„

Tomando todas las colecciones se darán en 500 rvn.

En America fijan el precio los Sres. Corresponsales.

En atencion á ser muy pocos los ejemplares que hay disponibles, la venta se hará exclusivamente á los que sean suscritores á La Moda Elegante en la actualidad.

Los pedidos se dirigirán, acompañados de su importe en letras de fácil cobro, á la Administracion de Madrid, plaza del Príncipe D. Alfonso, núm. 8, ó á la de Cádiz, calle de Ahumada, núm. 5.

El Administrador: CELSO MERLO.

LA MODA ELEGANTE

AÑO XXVI. **PERIODICO DE LAS FAMILIAS.** NUM. 23.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs... Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs...Seis meses,65...Tres meses, 35... Un mes, 12.

Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs....Seis meses, 42... Tres meses, 22...Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

EDITOR PROPIETARIO: **Don Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes.... Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Libreria de Don C. Bailly-Bailliere, plaza del Príncipe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tánago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux.
PARIS, Mr. Fermin Didot frères, rue Jacob, 56.

Sumario.— Corpiño-chaqueta.— Cuadro de guipur.—Entredos al crochet.—Cuatro dibujos á punto ruso.—Encage de frivolité.—Encages y entredoses al crochet.—Cesta de paja y seda, labor al crochet.— Cifra de la Virgen.—Espiral de cordon de seda ó de lana, para trages y confecciones.—Forro de pelota de goma elástica.—Encage á punto de aguja.—Orlas y entredoses.—Dos rosáceas para ropa blanca.—Zagalejo de fulard crudo.—Zagalejo y trage de moer, para señorita.—Trage de alpaca blanco.—Trage de fulard blanco.—Revista de Florencia.—Un colegio de señoritas en provincia.—Los vecinos de Darlingen.—Baños y aguas minerales de Chiclana. Figurin iluminado.

Corpiño-chaqueta.

Se hace de muselina blanca y se cruza por delante á la manera de un fichú; la espalda es cuadrada y dos tiras la ligan con el delantero por debajo de los brazos, para cruzarse por detrás haciendo las veces de cinturon, formando así una *sisa* de manga, pero solo por delante. Para los trages de chaconas y de muselina, se podrá ejecutar este corpiño igual al trage, y llevarse sobre el corpiño escotado del trage. Nuestro modelo está guarnecido de encages estrechos, blancos y negros, sobre los que corre un ligero galon *calado*, de cuentas negras.

CORPIÑO-CHAQUETA (VISTO DE ESPALDA).

Cuadro de guipur.

El fondo, de red; se hace sobre un molde de centímetro y medio de circunferencia (medida con hilo). Se empléa para el fondo y para el bordado el mismo hilo, que es de mediano grueso.

Se principia la red por dos mallas, y se trabaja de ida y vuelta, aumentando una malla al fin de cada vuelta; de este modo se continúa hasta tener 26 mallas; se hace una vuelta con este mismo número, luego se disminuye una malla al fin de cada vuelta; cuando quedan solo dos mallas, se las reune de modo que formen solamante una. Este cuadro se estira sobre un marco pequeño de hierro; se rellenan las dos primeras filas de mallas á *punto de tela* y á *punto de esprit* (véase el detalle n.° 7).—La estrella de 8 puntas, colocada en el centro del cuadro, se hace con arreglo á las indicaciones de los detalles n.os 5 y 6. Para esta estrella, se fija el hilo al nudo de la red marcado *a*, se le conduce al sesgo haciendo buclecillos de feston (dos sobre la barreta perpendicular, uno sobre la tira horizontal) hasta llegar á la letra *b* del detalle n.° 6; de aquí, se fija el hilo al nudo *c*; se ejecuta en sentido opuesto una segunda punta de la estrella, hasta volver á *b*, y para continuar haciendo las puntas, se lleva el hilo por los mas próximos vacíos marcados por una cruz;—luego se vuelve al nudo *c*. El centro de la estrella se rellena con una especie de rueda (hilo cruzado) cuyo medio está formado por el hilo vuelto en espiral sobre sí mismo. Para cada una de las 4 rosetas que rodean la estrella, hay que guiarse por las indicaciones de los detalles n.os 3 y 4. Se hacen en seguida las cuatro hojas que se ligan con la estrella, rellenando, con arreglo á las indicaciones del n.° 4, las cuatro vueltas de la red con buclecillos de festones muy apretados y cogidos unos en otros, los pequeños pétalos sueltos. El detalle n.° 2 representa uno de los cuatro agujeros rellenos con los buclecillos de feston y con el pétalo suelto,—el 2.° agujero sin el pétalo,— el 3.° con los buclecillos. El hilo superior forma la segunda fila de los primeros buclecillos que rellenan todo el fondo de la red; el hilo de debajo forma la 1.ª fila de buclecillos del pétalo que está atado entre los buclecillos del hilo superior sobre la red misma. Las demás filas de buclecillos se ligan entre sí, no á los buclecillos inferiores, y se disminuye su número sucesivamente (uno menos en cada fila) á fin de hacer puntiaguda la hoja. El cuarto agujero, destinado para la hoja, está marcado con un punto. Se rellenan los agujeros todavía vacíos del cuadro á *punto de esprit* (véase el detalle n.° 2); y se trabaja á punto de zurcido para hacer lo demás del dibujo, y los pétalos largos, agrupados de cinco en cinco (véase el detalle n.° 1), se ligan con las rosetas del centro, inmediatas á la estrella.

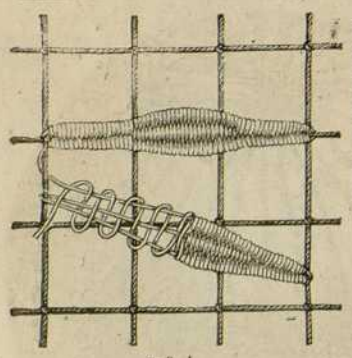
CORPIÑO-CHAQUETA (VISTO DE FRENTE).

Entredos al crochet.

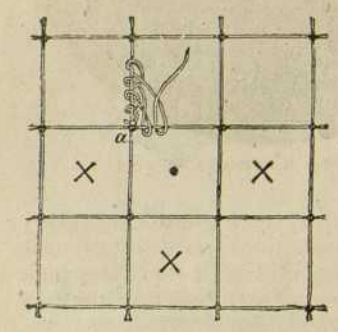
MATERIALES.—Hilo corazon de lino número 80, ó algodon mas ó menos grueso, segun el destino que haya de darse al entredos.

Se principia por el medio, haciendo una cadeneta del largo necesario.—1.ª *vuelta*.—Una brida en el primer punto,—* una doble brida en el 2.°, pero esta doble brida no se termina enteramente, de modo que queden sobre el crochet dos buclecillos, separados por un echado; se hacen tambien en el mismo 2.° punto 2 dobles bridas como la anterior; se

Acompaña á este número el patron ilustrado n.° 5 del presente año.

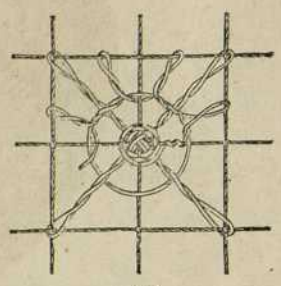


N.º 1.



N.º 5.

reunen los buclecillos todos de las tres, pasando la hebra por los tres primeros buclecillos, luego se desmontan el echado y el último punto juntos haciendo cada vez 1 punto,—3 en el aire, por debajo de los cuales se pasan 7 de la cadeneta.—

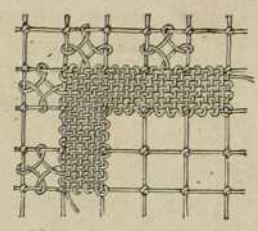


N.º 4.

Vuélvase desde * hasta el fin de la vuelta.

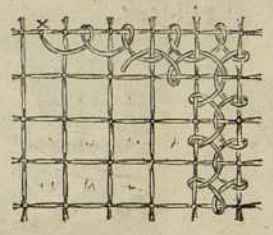
2.ª *vuelta*.—Alternativamente un punto sencillo en cada uno de los 3 primeros puntos de la vuelta anterior,—un piquillo, es decir, seis puntos en el aire y un punto-cadeneta en el primero de los 6.

Las vueltas 3.ª y 4.ª son como las 1.ª y 2.ª, pero se hacen del otro lado de la cadeneta, y se contraponen los grupos de bridas, con arreglo á las indicaciones del dibujo.

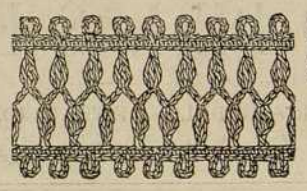


N.º 7.

EJECUCION DEL CUADRO DE GUIPUR.

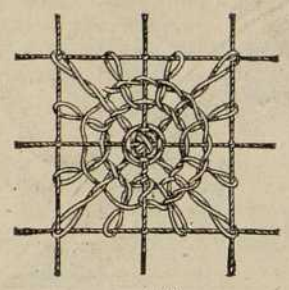


N.º 8.



ENTREDOS AL CROCHET.

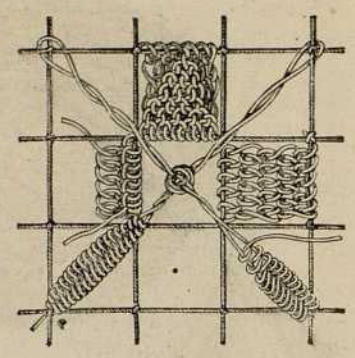
al crochet, sino á punto de feston claro. Se fija el asa sobre la cinta que reune las dos mitades de la tapa; esta se adorna con un rizado á pliegues dobles; los lazos cubren los extremos del asa.



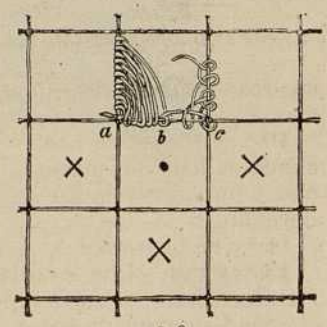
N.º 3.

Cifra de la Virgen.

Se borda con este dibujo el paño que se coloca sobre el cáliz. Se le puede tambien ejecutar con tintas grises y blancas sobre fondo azul.



N.º 2.



N.º 6.

Espiral de cordon de seda ó de lana, para trages y confecciones.

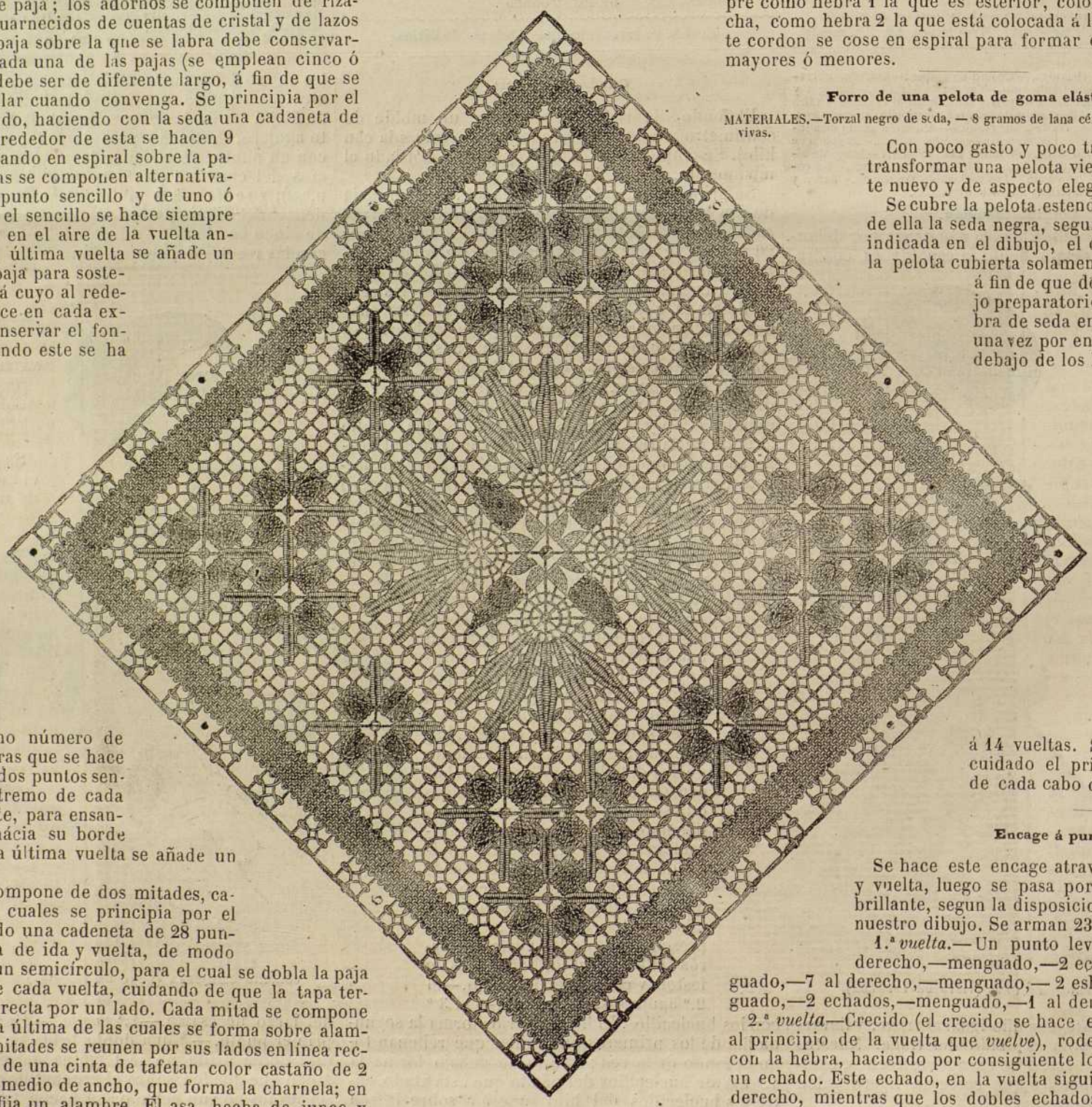
Se toman 5 cabos de cordon muy fino (á menos que no se prefiera comprar trencilla) y con ellos se forma una trenza, llamada trenza rusa, asegurando estos 5 cabos sobre un plomo ó un cogin cualquiera; para formar la trenza se dirige la hebra 1, en el sentido indicado por la línea de puntos, á través de las dos hebras que se encuentran á cada lado, y por cima de estas hebras; del mismo modo se procede con la hebra 2, que la cruza; se continúa de igual manera, considerando siempre como hebra 1 la que es esterior, colocada á la derecha, como hebra 2 la que está colocada á la izquierda; este cordon se cose en espiral para formar con él adornos mayores ó menores.

Cesta de paja y seda, labor al crochet.

MATERIALES. Paja; seda de Argel color castaño; cinta de tafetan del mismo color, de 2 cents. y medio de ancho; cuentas pequeñas de cristal; un pedazo de junco.

Esta cesta, provista de una tapadera en dos mitades, se hace de seda, al crochet, sobre paja; los adornos se componen de rizados de cinta guarnecidos de cuentas de cristal y de lazos de cinta. La paja sobre la que se labra debe conservarse húmeda, Cada una de las pajas (se emplean cinco ó seis á la vez) debe ser de diferente largo, á fin de que se las pueda igualar cuando convenga. Se principia por el medio del fondo, haciendo con la seda una cadeneta de 46 puntos; al rededor de esta se hacen 9 vueltas, trabajando en espiral sobre la paja; estas vueltas se componen alternativamente de un punto sencillo y de uno ó dos en el aire; el sencillo se hace siempre sobre el punto en el aire de la vuelta anterior, y en la última vuelta se añade un alambre á la paja para sostener el fondo, á cuyo al rededor va; se crece en cada extremo para conservar el fondo plano; cuando este se ha terminado, se principia el borde, y se compone de 11 vueltas, sin cortar la seda, que ha servido hasta entonces.—Este borde se hace siguiendo las indicaciones dadas para el fondo, y sus dos primeras vueltas se labran sobre el mismo número de puntos, mientras que se hace un crecido de dos puntos sencillos en el extremo de cada vuelta siguiente, para ensanchar la cesta hácia su borde superior; en la última vuelta se añade un alambre.

La tapa se compone de dos mitades, cada una de las cuales se principia por el medio haciendo una cadeneta de 28 puntos. Se trabaja de ida y vuelta, de modo que se forme un semicírculo, para el cual se dobla la paja al principio de cada vuelta, cuidando de que la tapa termine en línea recta por un lado. Cada mitad se compone de 9 vueltas, la última de las cuales se forma sobre alambre. Las dos mitades se reunen por sus lados en línea recta, por medio de una cinta de tafetan color castaño de 2 centimetros y medio de ancho, que forma la charnela; en esta cinta se fija un alambre. El asa, hecha de junco y seda (como la cesta) tiene 40 cents. de largo; se cubre, no



CUADRO DE GUIPUR SOBRE RED.

Forro de una pelota de goma elástica.

MATERIALES.—Torzal negro de seda, — 8 gramos de lana céfiro de diversas tintas vivas.

Con poco gasto y poco trabajo se puede transformar una pelota vieja en un juguete nuevo y de aspecto elegante.

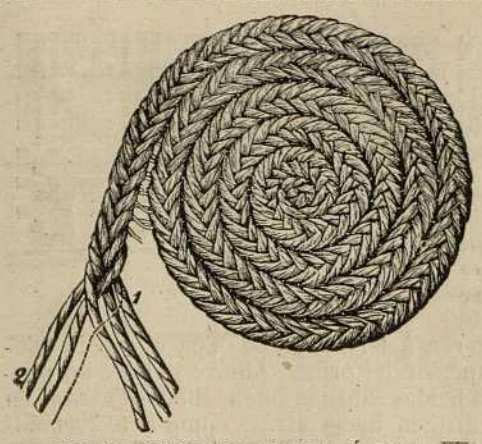
Se cubre la pelota estendiendo por cima de ella la seda negra, segun la disposicion indicada en el dibujo, el cual representa la pelota cubierta solamente en su mitad, á fin de que deje ver el trabajo preparatorio. Se pasa la hebra de seda en cada extremo, una vez por encima y otra por debajo de los hilos que se han estendido, y se emplea una aguja de tapicería. Se cubre en seguida la pelota del mismo modo, (por consiguiente todo á punto de zurcido) con retazos de lana céfiro de varios colores vivos disponiendo estos por fajas ó listas de 12 á 14 vueltas. Se apunta con cuidado el principio y el fin de cada cabo de lana.

Encage á punto de aguja.

Se hace este encage atravesado, de ida y vuelta, luego se pasa por el hilo plano, brillante, segun la disposicion indicada en nuestro dibujo. Se arman 23 puntos.

1.ª *vuelta*.—Un punto levantado,—2 al derecho,—menguado,—2 echados,—menguado,—7 al derecho,—menguado,—2 eshados,—menguado,—2 echados,—menguado,—1 al derecho.

2.ª *vuelta*—Crecido (el crecido se hace en este encage al principio de la vuelta que *vuelve*), rodeando la aguja con la hebra, haciendo por consiguiente lo que se llama un echado. Este echado, en la vuelta siguiente se hace al derecho, mientras que los dobles echados se hacen uno al derecho y otro al revés; los demás puntos se hacen al derecho.



ESPIRAL DE CORDON DE SEDA Ó LANA.

chados,—menguado,—5 al derecho.

10.ª *vuelta.*—Con cada doble echado se hace un punto al derecho y uno al revés. Lo demás al derecho.

11.ª y 12.ª *vueltas*—Al derecho.

13.ª *vuelta.*—Uno levantado,—2 al derecho,—menguado,—2 echados,—menguado,—los demás al derecho.

14.ª *vuelta.*— El primer punto se desmonta,— sobre el doble echado, un punto al derecho, —1 al revés; lo demás al derecho.

15.ª y 16.ª *vueltas*—Al derecho.

17.ª *vuelta.*—Como la 13.ª

18.ª, 19.ª y 20.ª *vueltas.*— Como las 14.ª, 15.ª y 16.ª

Se repite siempre desde la 1.ª vuelta, hasta que el encage tenga el largo necesario, luego se le pasa el hilo brillante, y se consigue una labor de un mérito sobresaliente.

Cuatro dibujos de puntos rusos.

Se ejecutan estos con torzal de seda negro, blanco ó de color, para adornar corpiños, confecciones, enaguas interiores, etc.

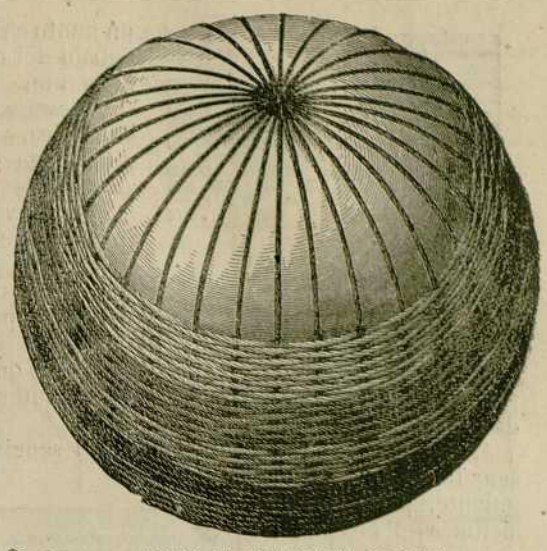
Encage de frivolité.

Se hace con hilo en extremo fino; se compone de hojitas de trébol, formada cada una por tres buclecillos, y cada uno de 5 dobles nudos, —3 piquillos seguidos cada uno de dos dobles nudos,—5 dobles nudos. Se repiten estos tréboles á distancia de centímetro y medio uniendo unos á otros por el último piquillo del tercer buclecillo. — Cuando el encage tiene el largo que ha menester, se hacen 13 dobles nudos sobre cada hilo que separa dos tréboles, — para este uso se emplea una lanzadera, sobre la cual se devana el hilo, y se la dirige alternativamente de abajo arriba y de arriba abajo; en lo demás, se procede como si se hiciera un feston.

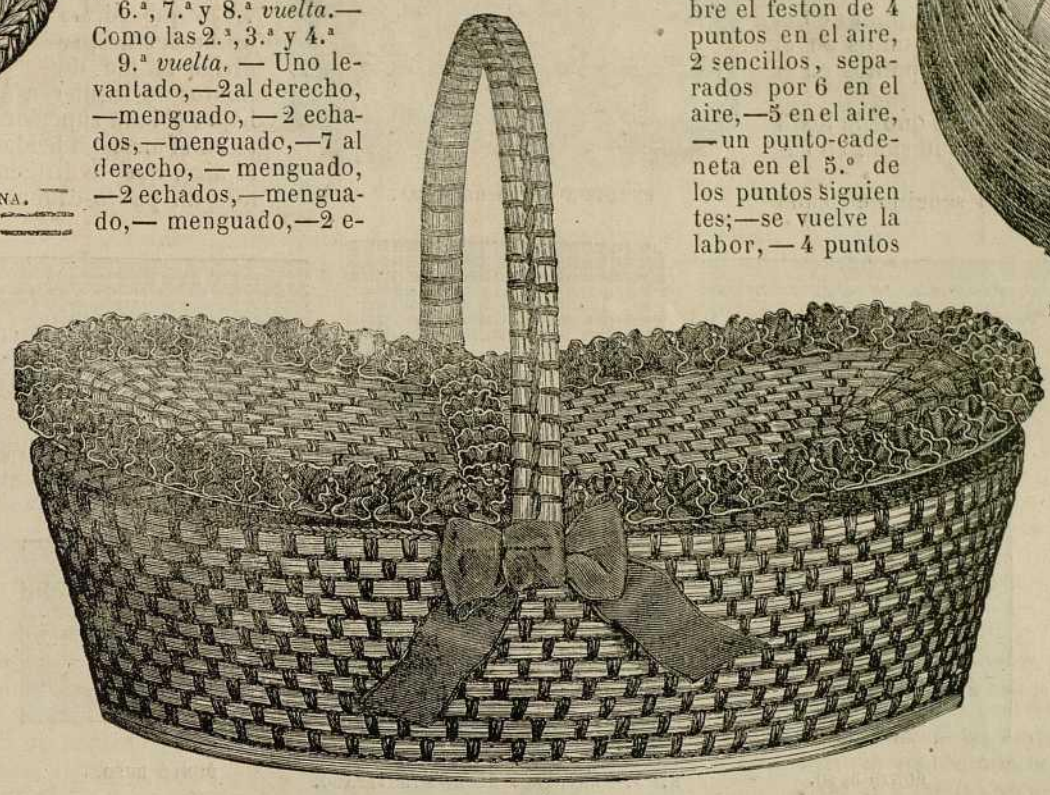
Encages y entredoses al crochet.

Estos sirven para adornar la ropa blanca, y pueden hacerse con algodon ó con hilo, mas ó menos gruesos, segun el uso á que se destinan.

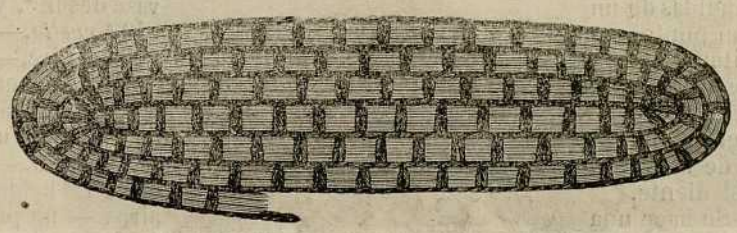
N.° 1.—Se hacen de una sola vuelta, á lo largo; se forma una cadeneta del largo que se necesite, luego * un punto sencillo sobre cada uno de los 8 primeros, —4 en el aire,—1 sencillo sobre cada uno de los 5 siguientes,—5 en el aire. Se vuelve atrás volviendo la labor, y se hacen, sobre el feston de 4 puntos en el aire, 2 sencillos, separados por 6 en el aire,—5 en el aire, —un punto-cadeneta en el 5.° de los puntos siguientes;—se vuelve la labor, — 4 puntos



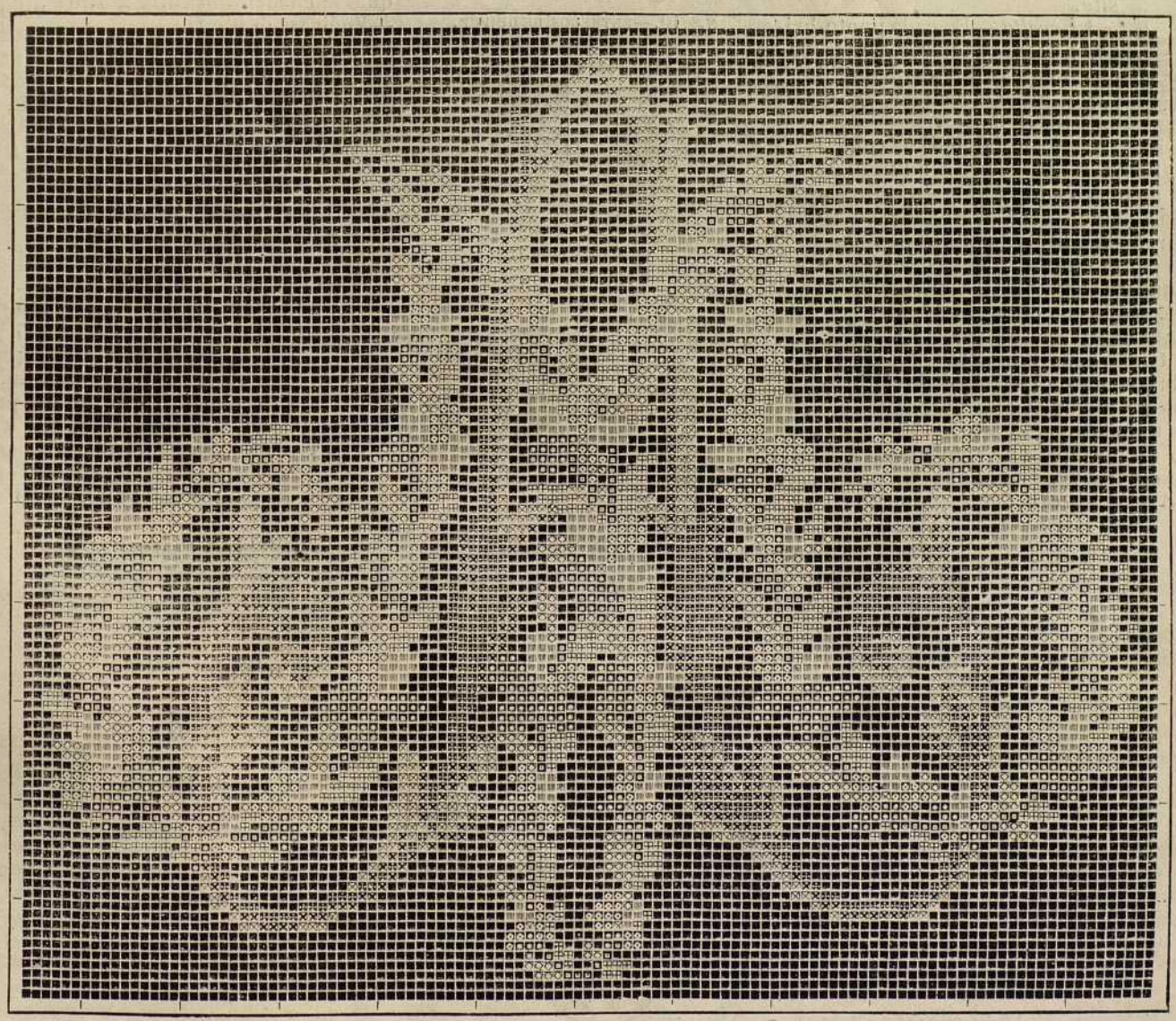
FORRO DE UNA PELOTA DE GOMA.



CESTA DE PAJA Y SEDA (LABOR AL CROCHET).



FONDO DE LA CESTA DE PAJA Y SEDA.



CIFRA DE LA VÍRGEN.—Explicacion de los signos: ⊠ Castaño. ⊠ Castaño mas claro. ⊠ Castaño naranjado mas claro que el anterior. □ Rosa oscuro. ⊡ Rosa mas claro. ▣ Rosa claro. ⁞ Verde oscuro. ⊡ Verde mas claro. ⊞ Verde claro. ■ Fondo blanco en seda.

sencillos, — 1 piquillo (es decir, 4 puntos en el aire y 1 sencillo en el primero), 2 sencillos sobre el mas próximo feston de puntos en el aire,— 2 sencillos, — 3 piquillos separados entre sí por 2 puntos sencillos, — 2 sencillos sobre el feston de 6 puntos en el aire,—2 sencillos,— un piquillo, —4 puntos sencillos sobre el mas próximo feston de puntos en el aire.—Vuélvase siempre desde *.

N.° 2. — *Encage.* Se hace una cadeneta del largo que se quiera.

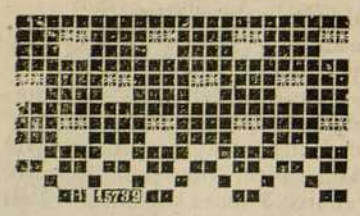
1.ª *vuelta.* — Una brida en el primer punto, — * 1 piquillo (es decir, 3 puntos en el aire y un punto-cadeneta en el primero), —una brida en el 2.° punto. —Vuélvase siempre desde *.

2.ª *vuelta.*—Un punto sencillo sobre el mas próximo piquillo,—* 1 en el aire,—1 piquillo, — 3 puntos en el aire, — 3 piquillos separados entre sí por un punto en el aire,—3 puntos en el aire,—1 piquillo,— un punto en el aire,—1 sencillo en el 6.° piquillo de la vuelta anterior. Vuélvase desde *.

3.ª *vuelta*—Un punto-cadeneta en el medio de los primeros 3 puntos en el aire del feston mas próximo de la vuelta anterior (se trabaja por la parte interior de los festones formados de los puntos en el aire y de piquillos de la vuelta anterior), — un punto en el aire, —1 piquillo, — un punto en el aire, — 1 sencillo en el medio de los 5 piquillos que se han pasado en la vuelta anterior, — un punto en el aire,—1 piquillo,—un punto en el aire,—un punto-cadeneta en el medio de los últimos tres puntos en el aire de la vuelta anterior (la hebra con que se trabaja debe estar ahora hácia afuera de los festones), — un punto en el aire. —3 piquillos separados entre sí por un punto en el aire, — un punto en el aire.

N.° 3.—*Encage.*— Se hace atravesado, de ida y vuelta; se forma una cadeneta de 11 puntos.

1.ª *vuelta.* — Una brida en el 5.° punto,— un punto en el aire, — 3 bridas separadas entre sí por



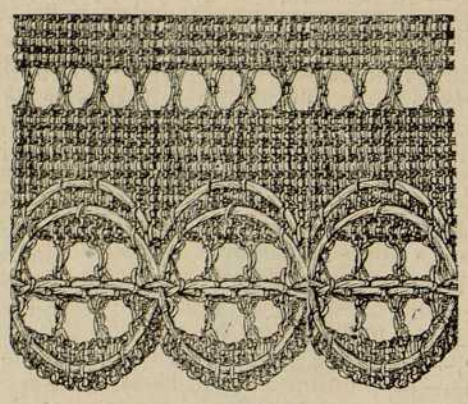
RED BORDADA.

un punto en el aire, por debajo del cual se pasa un punto.

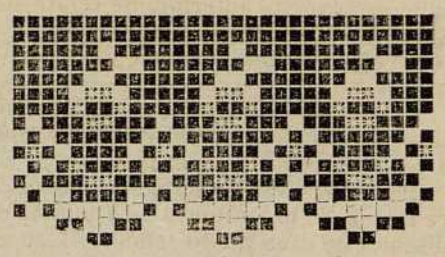
2.ª *vuelta.*—4 puntos en el aire, — una brida sobre cada punto en el aire que separa las bridas en la vuelta anterior, y entre cada brida se hace un punto en el aire, — 3 puntos en el aire,—1 sencillo sobre el primer feston de puntos en el aire de la vuelta anterior.

3.ª *vuelta.*—Un punto-cadeneta en cada uno de los 3 primeros puntos en el aire de la vuelta anterior; en cada punto siguiente uno sencillo.

4.ª *vuelta.*—Un punto en el aire,—1 sencillo en cada sencillo de la vuelta siguiente, pero picando siempre el crochet en el lado de detrás de cada punto,—2 en el aire, —sobre el último feston de la 2.ª vuelta, 3 bridas separadas entre sí por 2 puntos en el aire; — 3 puntos en el aire, — un punto-cadeneta en el 8.º punto de la cadeneta primitiva, contando desde el principio.

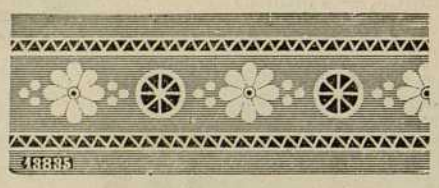


ENCAGE A PUNTO DE AGUJA.

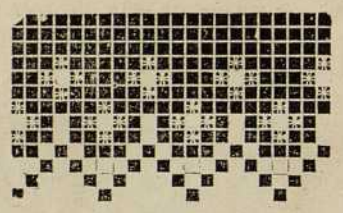


RED BORDADA.

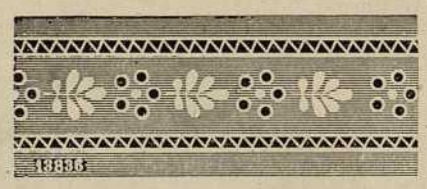
hace atravesado, de una sola vuelta; 5 puntos en el aire, y 4 bridas en el 2.º de estos 5 puntos.—* 7 puntos en el aire y un punto - cadeneta en el 1.º de estos 7, lo que forma un buclecillo; se dirige la fila de puntos de izquierda á derecha, y se pica el crochet debajo del lado superior del primer punto; se hace un punto en el aire,—5 bridas sobre el buclecillo,—7 puntos en el aire, que se dirigen hácia atrás, como anteriormente,—un punto-cadeneta en el último de los 5 puntos en el aire por los que se ha principiado el encage, —un punto en el aire, —uno sencillo,—10 bridas,—un punto sencillo sobre este buclecillo,—uno en el aire, —5 bridas sobre el primer buclecillo. Vuélvase desde *, y el buclecillo de siete puntos en el aire se liga, en cada repeticion, con el punto en el aire que se encuentra entre 5 bridas.



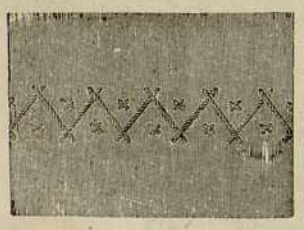
ENTREDOS AL REALCE.



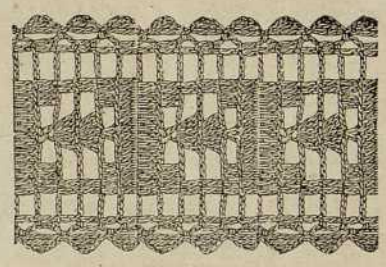
RED BORDADA.



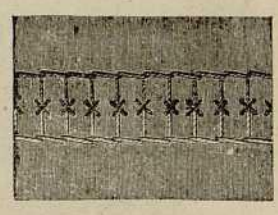
ENTREDOS AL REALCE Y BORDADO INGLÉS.



PUNTO RUSO.



N.º 9.—ENTREDOS HECHO ATRAVESADO.



PUNTO RUSO.

N.º 6.—*Encage.*—Se hace una cadeneta del largo necesario.

1.ª *vuelta.*—Un punto sencillo en cada uno de los 2 primeros puntos;—* 6 en el aire, por debajo de los cuales se pasan 4 puntos,—uno sencillo,—3 en el aire, por debajo de los cuales se pasa un punto,—uno sencillo.—Vuélvase desde *, y á continuacion se hace la siguiente:

2.ª *vuelta.*—Una brida sobre el primer punto;—* un punto en el aire,—uno sencillo en cada 1 de los 4 puntos del medio de los 6 en el aire,—1 en el aire,—sobre los 3 en el aire, 2 bridas, separadas por 3 puntos en el aire. Vuélvase desde *.

3.ª *vuelta.* — Un punto-cadeneta en la 1.ª brida; — * 9 puntos en el aire, — un punto-cadeneta en el medio de los 3 punsos en el aire que se encuentran entre 2 bridas. —Vuélvase desde *.

4.ª *vuelta.*—Un punto sencillo en el primer punto;—3 sencillos, —4 en el aire, —3 sencillos, —4 en el aire,—3 en el aire sobre el feston de puntos en el aire,—uno sencillo sobre los 3 en el aire mas próximos que separan 2 bridas en la vuelta anterior. Vuélvase desde *.

N.º 7.—*Encage.*—Se hace atravesado. Se forma una cadeneta de 8 puntos.

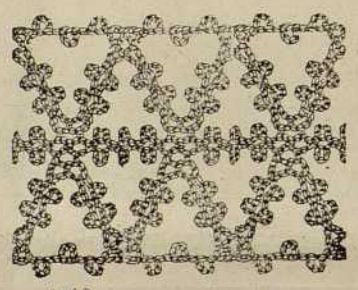
1.ª *vuelta.*—Un punto en el aire,—uno sencillo en cada uno de los 8 de la cadeneta.

2.ª *vuelta.*—Un punto en el aire,—uno sencillo en cada uno de los 7 primeros de la vuelta anterior, picando siempre el crochet en el lado de detrás de cada punto,—5 en el aire, —uno cadeneta en el primer punto en el aire de esta vuelta.

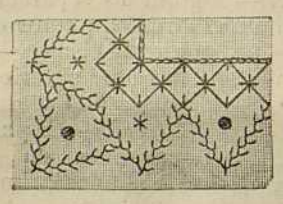
3.ª *vuelta.*—3 puntos en el aire, —uno sencillo,—una media brida en el medio de los tres puntos en el aire,—uno en el aire,—uno sencillo en el medio de los tres en el aire de la vuelta anterior.—2 en el aire,—uno sencillo en el penúltimo sencillo de la vuelta anterior,—uno en el aire,— 3 sencillos separados entre sí por uno en el aire, por debajo del cual se pasa un punto.

4.ª *vuelta.*—1 punto en el aire,—1 sencillo en cada uno de los 8 siguientes.

5.ª *vuelta.*—3 puntos en el aire,— uno sencillo en cada sen-



N.º 10.—ENTREDOS DE GUIPUR.



PUNTO RUSO.

5.ª *vuelta.* — Un punto en el aire,—3 sencillos sobre cada uno de los festones colocados entre las bridas,—uno sencillo en cada punto de la vuelta anterior; esto forma una punta ó diente.

6.ª *vuelta.* — Un punto en el aire,—1 sencillo en cada uno de los 8 puntos siguientes.

7.ª *vuelta*—3 puntos en el aire,—4 bridas seguidas de un punto en el aire, por debajo del cual se pasa un punto, sobre los sencillos de la vuelta anterior. Se repiten siempre desde la 2.ª hasta la 7.ª vuelta, pero en cada repeticion de la 4.ª, se liga el último punto-cadeneta de esta con el punto sencillo mas próximo de la 5.ª, el cual ha terminado el diente.

N.º 4.—*Encage.*—Se hace una cadeneta del largo que se necesite.

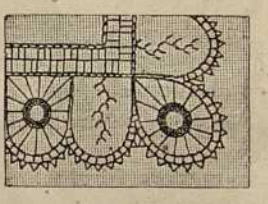
1.ª *vuelta.*—En cada punto-brida, y despues de cada tercer brida, un piquillo, es decir, 3 puntos en el aire y un punto-cadeneta en el primero de estos 3 puntos.

2.ª *vuelta.* — Una brida triple (para la cual se echa 3 veces la hebra sobre el crochet) en el primer punto de la vuelta anterior, — * un punto en el aire, — una brida triple en el 2.º piquillo,—2 puntos en el aire,—1 piquillo,—2 puntos en el aire,—una brida triple en el piquillo mas próximo,—un punto en el aire,—una brida triple en el 2.º de los piquillos siguientes,—2 puntos en el aire, — 1 piquillo, — 2 puntos en el aire, — una brida triple en el piquillo sobre el cual se ha hecho la última brida triple.—Vuélvase desde *.

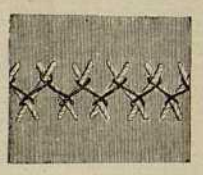
3.ª *vuelta.*—* Una brida sobre cada una de las 2 mas próximas bridas de la vuelta anterior, y entre estas dos bridas un punto en el aire,— 12 en el aire, y un punto-cadeneta en el 2.º de estos 12,—13 puntos en el aire y un punto-cadeneta en el primero,—11 puntos-cadenetas, y un punto-cadeneta en el primero; —esto forma 3 buclecillos, — una brida en el punto en el aire en el que se ha hecho el primer punto-cadeneta, — 1 punto en el aire,—una brida en cada una de las dos bridas siguientes de la vuelta anterior, y entre las 2 bridas un punto en el aire,—2 en el aire,—un piquillo; —2 puntos en el aire.

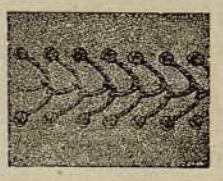
N.º 5.—*Encage.*—Se

PUNTO RUSO.

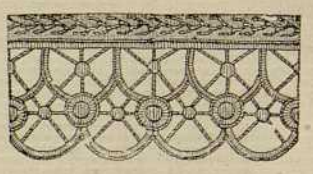


PUNTO RUSO.

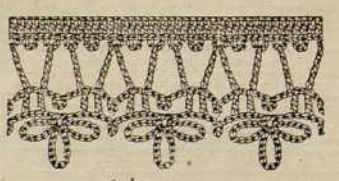




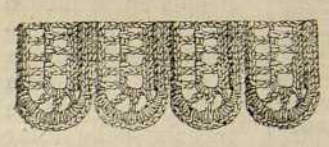
PUNTOS RUSOS.



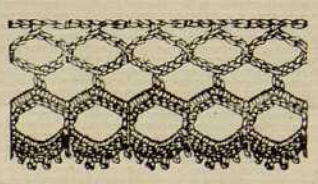
ORLA FESTONEADA.



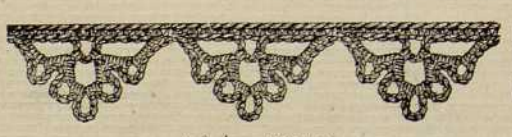
N.º 4.—ENCAGE.



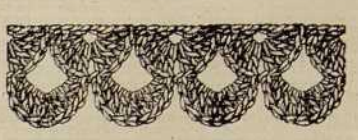
N.º 5.—ENCAGE.



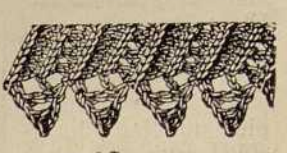
N.º 8.—ENCAGE.



N.º 1.—ENCAGE.

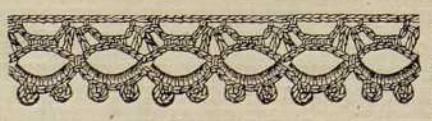


N.º 3.—ENCAGE.



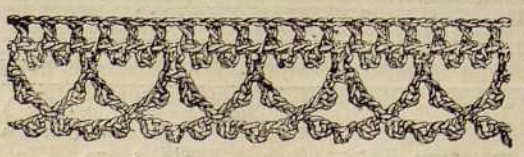
N.º 7.—ENCAGE.

ENCAGE DE FRIVOLITÉ.



N.º 6.—ENCAGE.

ROSÁCEA PARA ROPA BLANCA.



N.º 2.—ENCAGE.

ROSÁCEA PARA ROPA BLANCA.

cillo de la vuelta anterior. Se repite siempre desde la 2.ª hasta la 5.ª vuelta inclusive.

N.º 8.—*Encage.*—Se hace una cadeneta del largo necesario.

1.ª *vuelta.*—* Un punto sencillo en el primer punto,—7 en el aire por debajo de los cuales se pasan 5 puntos.—Vuélvase desde *.

2.ª *vuelta.*—* Un punto sencillo en el medio de cada uno de los festones de 7 puntos en el aire, y despues de cada punto sencillo, 7 en el aire. Vuélvase desde *.

3.ª *vuelta.*—Como la 2.ª

4.ª *vuelta.*—Sobre cada feston 9 puntos sencillos.

5.ª *vuelta.*—Un punto sencillo en el medio de cada feston, y despues de cada punto sencilio, 7 en el aire.

6.ª *vuelta.*—Sobre cada feston, 10 puntos sencillos.

7.ª *vuelta.*—Sobre cada feston, 5 veces seguidas 2 puntos en el aire y un piquillo (cada piquillo de 3 puntos en el aire y de un punto-cadeneta en el primero de estos 3 puntos).

N.º 9.— *Entredos hecho atravesado.* —Se hace una cadeneta de 27 puntos.

1.ª *vuelta.*—Se pasan los 3 últimos puntos, que forman la 1.ª brida, — una brida en el 4.º punto de la cadeneta,—3 puntos en el aire, por debajo de los cuales se pasan 3 puntos,—una brida en cada una de las 15 siguientes,—3 puntos en el aire, por debajo de los cuales se pasan 3 puntos,—una brida sobre cada uno de los 2 últimos puntos.

2.ª *vuelta.*—3 puntos en el aire formando la primera brida,—una brida sobre la mas próxima de la vuelta anterior,—3 puntos en el aire,—una brida sobre cada una de las 4 siguientes, —3 puntos en el aire,—uno sencillo en el medio de las 15 bridas,—3 en el aire,—4 bridas sobre las 4 últimas de las 15 bridas,—3 puntos en el aire,—una brida sobre cada una de las dos últimas de la vuelta anterior.

3.ª *vuelta* — 3 puntos en el aire. — una brida sobre la mas próxima de la vuelta anterior;— 3 puntos en el aire, — una brida sobre cada una de las 2 mas próximas, — 3 puntos en el aire, — 5 bridas en el punto sencillo de la vuelta anterior, — 3 puntos en el aire, por debajo de los cuales se ponen 5 puntos, — 2 bridas, — 3 puntos en el aire, — una brida en cada una de las 2 última de la vuelta anterior. Se repiten estas 3 vueltas en sentido inverso, luego se vuelven á principiar las 6 vueltas (véase el dibujo). Los dientecitos se hacen en ambos lados á lo largo, — un punto sencillo sobre la brida mas próxima esterior;—* 5 puntos en el aire.— uno sencillo,—una media brida,—una brida, todo ello en el medio de los 5 puntos en el aire que se acaban de hacer,—un punto sencillo,—un punto sencillo sobre la 2ª. brida esterior.—Vuélvase desde *.

N°. 10. *Entredos guipur.* Se trabaja siempre en el sentido del largo;—* 5 puntos en el aire y una brien el 1°. de ellos,—1 piquillo dirigido hácia abajo (es decir 6 puntos en el aire). Se saca el crochet, se le pica en el primero de estos 6 puntos, se toma la hebra, que se hace pasar por este punto, luego se juntan los 2 puntos, para reunirlos en uno solo,—6 puntos en el aire y una brida en el 1.º de estos 6 puntos,—un piquillo dirigido hácia abajo,—5 puntos en el aire y una brida en el 1°. de estos.—Vuélvase desde *.

2.ª *vuelta.* —* Un punto sencillo sobre los 5 en el áire mas próximos,—3 en el aire,—un piquillo dirigido hácia abajo (los piquillos de esta vuelta se hacen con 4 puntos en el aire),—3 puntos en el aire, —1 piquillo como arriba,—7 puntos en el aire.—2 piquillos como arriba,—3 puntos en el aire,—1 piquillo como arriba,—3 puntos en el aire. —uno sencillo sobre los 5 en el aire mas próximos de la vuelta anterior,—4 en el aire.

3ª. *vuelta.*—* Un punto sencillo sobre cada uno de los 2 primeros en el aire de la vuelta anterior;—* un piquillo dirigido hácia arriba (es decir 4 puntos en el aire y un punto-cadeneta en el primero de aquellos),—un punto sencillo en cada uno de los 2 en el aire siguientes de la vuelta anterior,—un piquillo dirigido hácia arriba,—un punto sencillo en cada uno de los 3 en el aire, detrás del más próximo piquillo dirigido hácia abajo,—4 en el aire,—uno sencillo en el medio de los 7 en el aire de la vuelta anterior.—4 en el aire,—uno sencillo en cada uno de los 3 en el aire siguientes,—un piquillo dirigido hácia arriba;—se pasa un punto en el aire, —uno sencillo en cada uno de los 2 mas próximos en el aire,—un piquillo,—se pasa un punto en el aire,—uno sencillo en cada uno de los 2 mas próximos sencillos,—4 en el aire.—uno sencillo en el 2.º de los 4 en el aire de la vuelta anterior,—4 en el aire, por debajo de los cuales se pasan 4 puntos,—uno sencillo sobre cada uno de los 2 en el aire mas próximos.—Vuélvase desde *.

4.ª *vuelta.*—Un punto en el aire,—un piquillo dirigido hácia abajo,—2 puntos en el aire,—un piquillo dirigido hácia abajo,—2 puntos en el aire,—* uno sencillo sobre los 4 en el aire mas próximos de la vuelta anterior,—4 en el aire,—uno sencillo sobre los siguientes 4 en el aire 3 veces seguidas,—2 en el aire,—un piquillo dirigido hácia abajo y 2 puntos en el aire.—Vuélvase desde *.

5.ª *vuelta.*—Un punto sencillo sobre el 1.º en el aire de la vuelta anterior.—un piquillo dirigido hácia arriba;—un punto sencillo en cada uno de los 2 en el aire mas próximos,—un piquillo dirigido hácia arriba,—2 puntos sencillos;—* 3 en el aire,—uno sencillo en el 2.º de los 4 en el aire mas próximos de la vuelta anterior,—3 en el aire;—3 veces seguidas 2 puntos sencillos.—un piquillo dirigido hácia arriba,—2 puntos sencillos; se repiten, para la otra mitad del entredos, las 3.ª 2.ª y 1.ª vuelta.

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Zagalejo de fulard crudo, con rulós de tafetan negro; trage igual á aquel, recortado á puntas altas, guarnecidas de rulós negro y de un encage estrecho negro: el trage va abierto por detrás; paletot igual al trage.

Señorita jóven.—Zagalejo y trage de moer gris claro, con rulós de tafetan verde vivo.

Trage de alpaca blanco, con tiras de tafetan azul, formando por abajo una vuelta; túnica y tirantes.

Trage de fulard blanco, con tiras de tafetan negro, encage y bordados negros; zagalejo de fulard blanco; corpiño-paletot igual al trage.

Orlas y entredoses.

Orla festoneada. — Se trazan los contornos del feston, luego se estienden por dentro hilos torcidos para ejecutar las ruedas; se ejecuta el punto de escapina sobre la orla (con algodon de bordar todo ello) se recorta la tela entre los contornos festoneados.

Orla de esquinas.— Punto ruso, punto de cadeneta y pasado. Dos entredoses al realce y bordado inglés, con puntos de escala al rededor.

Orla de red.— Los cuadros mates se hacen al *zurzido* con algodon de zurcir; los cuadros *calados* se ejecutan á punto de *esprit*, con hilos; estas orlas se festonean por abajo, y luego se recortan.

Dos rosáceas para ropa blanca.

Se emplean para adornar corpiños blancos, cabos de corbata, etc. Estos dibujos se ejecutan al realce.

REVISTA DE FLORENCIA.

SUMARIO.—Le chemin du Paradis, de la señora de Rattazzi.— Acusacion y defensa.—Una agradabilísima soirée.—El Politeama.—El Dominó negro, (ópera).— El Marco Viscont, (baile).— Teatros de invierno.—Despedida de la Pérgola.—La Africana.—Conclusion.

¿Quién dirá que un libro ocupa la atencion de Florencia? Entiéndese bien que no hablo de la Florencia

política: esta no separa los ojos del Sr. Ferrara, Ministro de Hacienda.

La *social* por el contrario, no los levanta del libro que nos ocupa.

¿Cuál es el título de esta obra que tanto preocupa la atencion pública?

LE CHEMIN DU PARADIS.

—Gracias á Dios! dirán muchos de los que creen á la Italia un infierno.—Gracias á Dios que en Italia se escribe y se habla de la verdadera senda que conduce al Paraiso.

Pero en esto como en casi todas sus preocupaciones, los fanáticos han hecho fiasco.

Y precisamente en el CHEMIN DU PARADIS es en lo que la mayor parte de Florencia ha visto *le chemin de l'Enfer.*

—¿Quién lo ha escrito, me preguntarán los que no lo saben—un ángel ó un demonio?

Ni un demonio ni un ángel, lo ha escrito una señora, y todos sabemos que hasta ahora los filósofos no han decidido si la mujer es una creacion celestial ó no.

La autora (no tenemos inconveniente en decirlo cuando ella misma ha autorizado la obra) es la señora del Presidente del Consejo de Ministros, la señora de Rattazzi.

La sociedad florentina se ha dividido en dos bandos: uno que nada encuentra en el libro que ofender pueda á las familias que se creen aludidas; otro que lo reprueba como una sátira á la vida privada de muchas familias.

La verdad es que este libro vino á luz y gozó dos ó tres meses de una existencia pacífica, ni envidioso ni envidiado; y reconocido tan solo como un nuevo escrito literario de la ilustre señora María de Solms.

Pasado este tiempo una acusacion formidable cubre con sus negras alas LE CHEMIN DU PARADIS.

Esta acusacion se difunde y del fondo del misterio que le habia dado el ser penetra hasta el sagrado asilo de las familias.

El libro se devora, los libreros se apresuran á pedir nuevas remesas para alimentar el estómago de la curiosidad pública y esta obra viene á ocupar las mesas de muchos salones y lo que es peor, la mente de muchas familias que en vez de una obra literaria encuentran en este libro un álbum de retratos fotográficos.

Pero lo mejor es que los retratos no se parecen á los originales y los originales se creen retratados.

Nosotros no elogiamos el libro ni á quien lo detracta.

Pero desaprobamos por completo los desafíos que han tenido lugar.

En efecto, el silogismo siguiente no admite réplica.

O las personas que se pronuncian en contra de *Bichéville* han hallado el propio retrato en los tipos presentados por la señora María de Solms y en este caso la señora de Solms ha escrito la verdad, ó no lo han hallado y entonces la acusacion es infundada.

Mañana se publica, por ejemplo, *La vida del hombre vicioso;* y yo grito *que el hombre vicioso es mi propio retrato.*

Una de dos, ó yo soy vicioso, y en este caso la culpa es mia, ó no lo soy, y en cuyo caso el retrato no es mio.

Suponed mas aun; yo soy casado (Dios no lo permite por ahora) y se publica una obra en que se dice:

"Y la esposa de Enrique Abcdef hermosa jóven de cabellos negros y negros ojos pidió licencia á su marido "para bajar al jardin. Ya comprenderán nuestros lectores, que la bella condesa esposa del señor Abcdef no "bajó al jardin para coger flores sino porque á la pálida "luz de la luna un pálido mancebo espiraba de amor si "una palabra de la encantadora María no reanimaba "aquel corazon... etc. etc."

Mi esposa que ha leido este párrafo viene hácia mí furiosa y me dice:

—Mira, como en este mundo nada se respeta; aquí tienes á tu esposa puesta en ridículo; porque no cabe la menor duda de que esta María soy yo!

La descripcion del libro no me habia impresionado lo mas mínimo, pero la confesion de mi esposa me hiela la sangre.

Si mi esposa no me hubiera dicho nada yo que tenia la conciencia tranquila no hubiera visto en la señora de Abcdef mas que uno de esos tipos que desgraciadamente tanto abundan en la sociedad; mi esposa confiesa, yo pierdo la razon y corro en busca del autor del libro.

A la mitad del camino pienso lo que voy á hacer; pienso que pedirle una satisfaccion es aumentar la publicidad, y me vuelvo á casa un poco mas tranquilo.

Consulto á mi esposa sobre su inicuo proceder y ella me responde que es inocente. Entonces le pregunto el porqué ha encontrado su retrato en el de la señora de Abcdef y ella me dice con la mayor ingenuidad:

—No puede ser mas que yo, teniendo *bellos ojos negros, hermosa figura y un jardin en casa.* Es verdad que tú no te llamas Enrique ni yo María, pero esto lo han hecho para desfigurar; es cierto que yo no soy condesa, pero eso lo han escrito para encubrir.

Despues de esta declaracion yo me echo á reir y aconsejo á mi esposa de no apropiarse retratos agenos, pues acabará por sucederle como á los aprensivos que se creen siempre atacados del mal que sufren los otros y que se dejan arrastrar por las opiniones de todos.

Don Basilio se hubiera creido verdaderamente enfermo y hubiera ido á meterse en cama si la bolsa del conde de *Almaviva* no le hubiera aclarado la situacion.

. . . . . .

Lo que acabamos de referir es lo que ha sucedido con el *Camino del Paraiso* y no hubiera tenido consecuencias funestas si muchos maridos se hubieran comportado como yo con mi esposa.

¿Es la amistad con la señora de Rattazzi la que me hace hablar así? ¿Es una simpatía hácia esta señora la que me inclina en su favor? Nada de eso. Es que yo no puedo hallar alusiones en el libro de la señora princesa de Solms contra personas que ella misma aprecia, contra personas que la opinion pública respeta y que la buena sociedad señala como modelo de señoras. Es que yo creeria ofender á estas dignísimas familias viéndolas aludidas en dicho libro. Es que me acuerdo de aquella famosa sentencia: *Honni soit qui mal y pense.*

Mucho nos hemos extendido, mucho hemos caminado por la senda del Paraiso, pero es la cuestion del dia y yo he dicho poco en razon á lo mucho que se habla.

No terminaré sin embargo este artículo antes de haber dicho dos palabras sobre una *soirée* que en una de estas pasadas noches ha tenido lugar en los elegantes salones de la amable señora condesa Dzieduszycka de Cappelli.

Se trataba de un teatro en miniatura con figuras de movimiento. La representacion se componia de dos piezas en un acto perfectamente interpretadas por todos y especialmente por los hijos de la señora marquesa Uguccioni.

Y ya que hablamos de esta señora, tipo en la buena sociedad florentina, le pedimos la vénia para decir á nuestros lectores que su estudiosa cuanto bella hija puede llamarse con razon una de las mas lindas flores de Florencia.

Hace tiempo que un periódico me acusó de ser poco pródigo en elogios á las señoras. En este momento, hablando de la señorita Uguccioni merezco la acusacion.

Despues de la comedia tuvimos el gusto de ver un gracioso baile de figuras mecánicas y diversos cuadros de fantasmagoria.

Terminado el entretenimiento de los niños empezó el de los jóvenes.

El baile duró hasta una hora avanzada y en él se veia reunido, lleno de vida y de belleza, uno de los mas hermosos *buquets* de la nobleza, compuesto de flores nacionales y extrangeras.

Nombres tan conocidos y apreciados como los de las marquesas Bartolomei, Franzoni y Antinori, condesas Mozzi, Giuntini y Baldini figuraban en este elegante ramillete.

Las palabras que acabamos de escribir no son una prueba de gratitud, es una deuda de justicia que pagamos á la amabilísima familia que recibia y á las dignísimas personas que concurrieron.

El Sr. Director de LA MODA ELEGANTE es demasiado amable para no concederme dos líneas mas y yo aprovecho de su amabilidad para escribirlas.

El *Politeama*, magnífico teatro diurno que por su rara forma es único en Florencia y tal vez en Italia, ha abierto sus puertas al público presentando la ópera *Il dominó nero* (no muy bien ejecutada por cierto) el grandioso baile *Marco Visconti* que llena el local, y es de advertir que este teatro no se llena con cuatro ni con cinco mil personas.

Los primeros bailarines son muy notables y en el cuerpo de baile se hallan cuarenta sílfides ligeras como mariposas y encantadoras como sirenas.

El *Marco Visconti* es de gran aparato y tanto en las decoraciones como en la presentacion escénica nada deja que desear. Algunos bailables iluminados por luz eléctrica son de bellísimo efecto, y el acto del torneo en el que toman parte doce ó trece caballos es de muy buen gusto.

Los teatros de invierno están todos cerrados.

La *Pérgola* se ha *despedido* del público con la *Africana* de Mayerbeer; donde la célebre Carolina Ferni ha hecho furor, y con un agradable baile donde la graciosa señorita Bezetta se ha hecho, como siempre, admirar.

Y aprovechando de esta *despedida*, yo saludo á mis amables lectoras, terminando mi revista, que si está muy lejos de ser en mérito como *La Africana*, puede competir con ella en cuanto á extension.

José C. BRUNA.

UN COLEGIO DE SEÑORITAS EN PROVINCIA.

(CONTINUACION.)

II.

LA COMIDA.

Un baile de niños debe empezar temprano, si no se quiere correr el riesgo de ver á los convidados dormirse debajo de las banquetas, despues de una hora de diversion. Así, desde las siete de la tarde, la señorita Blanca Derby, rodeada del personal del establecimiento que dirigia, esperaba á los invitados grandes y pequeños. Su trage era exactamente el mismo que llevaba el dia de la distribucion de los premios; nada faltaba, ni aun la corona de rosas blancas, que por una delicada coquetería, la jóven habia renovado para demostrar á sus huéspedes de aquella noche en cuánta estima tenia sus sufragios.

Hemos hablado del personal del colegio, pero todavía tenemos que hacer dos presentaciones al lector: primeramente, la de una buena anciana, de aire noble y distinguido, abuela de la jóven directora; y luego, de una inglesa de edad problemática, muy tiesa y presumida, excelente mujer por lo demás, y antigua profesora de inglés de Blanca. Esta, al dejar á París, habia propuesto á la inglesa la subdireccion del colegio que iba á establecer en provincia, y su proposicion fué aceptada en seguida. Las funciones de la señorita Miss, como le llamaban las discípulas, que no podian pronunciar su nombre erizado de consonantes, consistian principalmente en enseñar el inglés á las niñas y varios pequeños trabajos de calceta, tapicería, etc., en los cuales sobresalia como la mayor parte de sus compatriotas.

Las del señor Dupont, á quien llamaban comunmente el señor maestro, eran mucho mas importantes, como hemos dicho antes de ahora. Antiguo profesor en uno de los principales colegios de París, este excelente hombre habia tenido el raro talento de llegar á poner su ciencia al alcance de las niñas de siete á catorce años; y hubiera hecho mas todavía por complacer á la que él designaba únicamente con el nombre de señorita; denominacion que adquiria en su boca toda la importancia de una distincion suprema, cuando hablaba de Blanca.

Tal era el personal científico del establecimiento. Respecto al servicio doméstico, lo componia una gruesa criada llamada Juana, que participaba de la especie de culto que el viejo profesor tributaba á su bella directora. Otra mujer ayudaba á Juana en sus trabajos, pero no dormia en el colegio, como tampoco el señor Dupont, quien habitaba una pequeña casa en el mismo barrio.

La jóven parisiense se reservara exclusivamente la instruccion religiosa de sus discípulas, y no hubiera permitido que persona alguna la reemplazase en su edificante tarea.

La abuela, en cuanto no lo estorbaban sus achaques, la secundaba en todas las faenas propias de la dueña de una casa.

Dadas ya estas explicaciones para la mejor inteligencia de lo que va á seguir, volvamos á nuestra comida.

Como hemos dicho ya, todo se hallaba preparado á las siete de la tarde: las colegialas llegaron muy pronto ataviadas con sus mejores adornos, conducidas por sus padres, y seguidas de los dichosos hermanos y primos. Todos los árboles genealógicos de la provincia se habian consultado con objeto de ver de encontrar un parentesco cualquiera con las pensionistas de la señorita Blanca; de modo que casi todos los jóvenes mas notables de la ciudad y de sus cercanías figuraban en el número de los bailarines.

Así que se halló reunida una concurrencia regular, se puso el señor Bontemps al piano y las felices niñas bailaron con caballeros reales y efectivos; cosa que tiene muchos encantos para ellas. Tambien asistieron unas dos docenas de hermanas creciditas, que no habian ido allí seguramente para hacer tapices. El baile se organizó del todo. Blanca bailaba con Gaston de Courtel, hermano de la pequeña Enriqueta; pero despues de esta primera contradanza, rehusó todas las invitaciones que se le hicieron, á fin de consagrarse enteramente á sus deberes de señora de casa.

A las nueve fueron llamadas las colegialas para la famosa comida, que las aguardaba servida ya en las mesas de las clases, unidas unas á otras y cubiertas con manteles como la nieve. Cada plato contenia frutas, pasteles y bombones, figurando á su lado el indispensable vaso para el ponche. Muchos asientos habia además de los ocupados por el número previsto de alumnas, y estaban destinados á los jóvenes hermanos y primos, que seguramente no temerian comprometer su dignidad de hombres, sentándose á una mesa de niñas. Las mamás agradecieron infinito á la linda directora esta amable atencion.

—Nada olvida! decia el señor Dupont, ó mas bien el señor maestro, frotándose las manos con satisfaccion al oir hacer á todo el mundo mil elogios de su ídolo.

—Nada olvida! repetia la señorita Miss con voz gutural, sentándose en la esquina de una mesa ante una bandeja provista de todo el aparato de un té inglés, que ni el ponche, ni la comida, podrian reemplazar para una verdadera hija de Albion.

Mientras que la sociedd se divertia con este espectáculo, la señorita Blanca se eclipsó y se dirigió al salon para disponer el ponche que se ofrecia tambien á los padres y parientes de las niñas.

Sobre un espacioso velador colocado en medio de la vasta sala, se elevaba una pirámide de dulces de todas clases, rodeada de un batallon compacto de vasos de ponche. Luego que estuvieron arregladas todas las sillas al rededor de la mesa, operacion de que se encargó el señor maestro, que seguia á Blanca como su sombra, la jóven volvió á entrar en la sala de la comida precisamente en el instante en que la abuela, escoltada por Juana, vestida de fiesta, llevaba el ponche prometido á las colegialas. Toda la concurrencia infantil prorumpió en gritos de entusiasmo, y la vieja señora aturdida con tanto ruido, hubiera dejado caer la vasija que contenia el ponche, si Juana no supiera apoderarse de ella á tiempo.

—Juana! á mí! á mí! exclamaron todas las niñas levantando sus vasos.

—Un momento, señoritas, dijo la gruesa muchacha sin pestañear: ó se sienta todo el mundo, ó me bebo yo sola el ponche.

A esta amenaza, cesaron todos los gritos y las insurrectas permanecieron inmóviles en sus puestos.

Juana, orgullosa de su triunfo, dió la vuelta en torno de la mesa con paso magistral, llenando los vasos sin derramar siquiera una gota en el mantel.

—Bravo, Juana, dijo su ama cuando aquella volvió á su punto de partida, sois digna de desempeñar el cargo de escanciador de un rey.

—Muchas gracias, señorita, dijo Juana; prefiero ser vuestra criada.

Y la mofletuda Juana salió colorada de confusion y de alegría.

—Señores, dijo entonces la señorita Blanca, todos los

que vinieron aquí tienen que disfrutar de la famosa comida. Ahora nos toca á nosotros.

Y cogiendo del brazo á una señora anciana su vecina, cuyo marido, antiguo notario, era uno de los hombres mas influyentes de la ciudad, precedió á los convidados entrando en el salon.

—Estais haciendo locuras, queridita mia, le dijo la vieja señora, que profesaba á Blanca una afeccion casi maternal.

—No lo creais, contestó la jóven sonriendo.

Y auxiliada por su abuela y por el viejo profesor, hizo con mucha gracia los honores de la pequeña colacion. Luego, cuando todos los convidados estuvieron servidos:

—¿Qué os ofreceré ahora á vos, mi buen señor Dupont? le dijo á su anciano caballero.

—Nada, mientras vos misma no hayais tomado alguna cosa, señorita.

—Ya lo creo. Yo voy á tomar un pastelillo y un vaso de ponche.

—Entonces, yo aceptaré un vaso de ponche y un pastelillo, dijo el viejo inclinándose.

La jóven se sonrió y colocando sobre un plato los objetos designados, con la adiccion de un enorme pedazo de pastel, se lo presentó todo al profesor.

—¡Corazon mio, exclamó entonces la mujer del notario, dónde os habeis procurado estas excelentes genovesas? ¿Son de casa del pastelero Leroy, sin duda?

—No, señora, contestó Blanca, esas genovesas han sido hechas en el colegio.

—De veras? ¿Dónde aprendió Juana á hacer unos pasteles tan finos y tan sabrosos?

—No ha sido Juana quien los hizo, añadió Blanca con una sonrisa.

—Y quién entonces? insistió la vieja señora.

La jóven se sonrió otra vez.

—Cómo! seríais vos acaso?

Blanca se ruborizó.

—Cuando os digo que posee todos los talentos! dijo en voz baja el viejo maestro al señor de Courtel.

En un momento el plato de las genovesas recorrió toda la mesa, de modo que cuando la anciana señora alargó su mano para coger otro de sus pasteles favoritos, no encontró mas que las migas.

—Tranquilizaos, se apresuró á decirle Blanca, mañana las volveré á hacer expresamente para vos.

—Si yo fuera ministro de instruccion pública, exclamó gravemente el viejo notario, publicaria un decreto concebido en estos términos: desde primero de Enero, las genovesas formarán parte de la enseñanza.

Esta ocurrencia hizo reir á todo el mundo, pero un estrépito infernal promovido en la sala de baile, dominó muy pronto las risas. Se oia cantar, gritar, patear, todo á un tiempo.

—Qué es eso, señor Bontemps? preguntaron de todas partes al profesor de música, que entraba tapándose los oidos.

—Misericordia! exclamó este, serían capaces de derribar las murallas de Jericó! Figuraos, señoras, que en el momento en que la inglesa dió órden de acostarse á esos diablillos, se pusieron todas á bailar formando rueda, cogiéndola á ella en medio, y cantando cada una lo primero que se le ocurrió. Esa es la algarabía infernal que se oye desde aquí. La pobre Miss, fascinada por la ronda diabólica que gira en torno suyo, se ha visto obligada á sentarse en el centro del círculo para no caerse.

—Corred en su auxilio, mi buen señor Dupont, dijo la jóven al profesor.

—Al instante, señorita.

Y el señor maestro atravesó el salon apresuradamente y desapareció en el corredor que separaba las dos habitaciones. Al cabo de un momento, el tumulto redoblaba y el alcalde de la ciudad, que habia seguido al señor Dupont con algunas personas mas, volvia á entrar en el salon riéndose á carcajadas.

—Han encerrado tambien al profesor en su círculo mágico, dijo el alcalde tomando aliento, y por mas esfuerzos que hace para explicarse, no puede el pobre hombre conseguir que se le escuche. Se halla prisionero con la inglesa de ese batallon de diablos.

—Oh! exclamó Blanca, vuestros calaveras de muchachos han pervertido mis pobres niñas.

—Son ellas mil veces peores que ellos, repuso el alcalde, que tenia allí cuatro hijos; y como están en mayoría, dictan la ley.

—Vamos, veo que al fin tendré que tomar parte en el asunto, dijo Blanca levantándose.

Y desapareció á su vez por la puerta de comunicacion, despues de disculparse con las señoras por esta ausencia momentánea.

—Vamos tambien nosotras; dijeron las hermanas crediditas, y siguieron á Blanca.

Un minuto habria transcurrido apenas y el mas profundo silencio sucedió al anterior desórden, sintiéndose en seguida, encima del salon, los pasos de las niñas que se dirigian al dormitorio.

—Ya está todo apaciguado, dijo Blanca volviendo á entrar con su escolta y seguida de los chicuelos cubiertos de sudor y de polvo.

—Tan pronto! Cómo habeis hecho? prorumpieron de todas partes.

—Les dije que se fueran á acostar, respondió sencillamente la jóven.

—Pero cómo lograis que os tengan tanto respeto? insistió uno.

—No me temen lo mas mínimo.

—Y entonces, cómo os obedecen?

—Verdaderamente, no lo sé.

—Yo lo sé muy bien, exclamó el señor maestro, que acababa de llegar limpiándose la frente; la señorita se hace amar.

—Qué dulce debe ser obedeceros! dijo una voz conmovida muy cerca de Blanca.

Esta volvió la cabeza y se ruborizó al tropezar con la mirada de Gaston de Courtel. Pero, reponiéndose luego, exclamó dirigiéndose á las hermanas de sus discípulas.

—Señoritas, no quereis bailar un poco tambien?

—Oh! con mucho gusto, contestaron todas las muchachas y aun algunas madres jóvenes.

—Pero antes, señorita, añadió una de aquellas, ¿seriais tan amable que quisiéseis cantar alguno de esos hermosos romances que habeis traido de París, y de los que tanto me ha hablado mi hermanita?

Toda la sociedad apoyó la súplica, y la señorita Blanca, sin hacerse rogar mas, se sentó al piano, al rededor del cual se agruparon las jóvenes.

Blanca eligió un romance titulado: *La corona de flores azules*, que era una pequeña composicion rebosando sentimiento y poesía.

—Os pido indulgencia en gracia de la cancion, dijo, y preludiando con mano ligera, cantó con mucha expresion al mismo tiempo que con suma sencillez.

—Dios mio! ¡Qué hermosa cancion! exclamaron las jóvenes.

—Y qué bien cantada! añadieron los individuos del sexo feo aplaudiendo.

Y como Blanca se preparase para dejar el piano, toda la asamblea protestó gritando:

—Otra! Otra!

—Esta, dijo una de las señoritas, poniendo sobre el atril una cancion de Massini, cuyo título era: *Dejadme amarle*, la cual, nueva entonces, hacia justamente furor en los salones de París.

—Es muy apasionada esta cancion, objetó Blanca.

—Tanto mejor, contestaron.

Y Blanca cedió.

El romance apasionado obtuvo todavía mas éxito, que el romance sentimental. Es verdad que fué cantado con una voz vibrante y simpática que electrizó á los oyentes. El señor maestro, por su parte, lloraba detrás de una cortina.

—Otra! otra! gritaron todavía los concurrentes.

Pero esta vez, la señorita, juzgando que la sociedad se habia ocupado ya bastante de ella, respondió tocando una contradanza.

El llamamiento era irresistible y en seguida se organizó el baile.

—Direis todo lo que os acomode, señor Bontemps, decia al profesor de música una mujer pequeña, peinada á lo sáuce-lloron; pero vuestra señorita Blanca es una linda coqueta.

—Cómo os atreveis á decir eso, esposa mia? dijo el señor Bontemps.

—Cómo? Cómo? prosiguió la esposa, pues no estais viendo que trastorna á todos la cabeza?

—Es muy posible; pero no tiene la culpa de ello.

—No tiene la culpa? Medid bien vuestras palabras, señor Bontemps, que me voy irritando. ¡No tiene la culpa y ha colocado una corona de rosas sobre sus cabellos! ¡No tiene la culpa y ha preparado de antemano, sin duda alguna, toda esa comedia de las canciones, tocando luego la contradanza para distraer la concurrencia con el objeto de que nadie cantase aquí mas que ella!

—Tú has dicho al llegar, querida, que estabas constipada.

—No se trata ahora de mí, dijo con impaciencia la diminuta señora.

—Y de quién entonces? Me parece que, á excepcion de la señorita Blanca, no hay persona alguna en el salon que cante, mas que tú.

—Vamos, vamos, señor Bontemps, dejadme en paz. Sabeis demasiado que padezco de los nervios y no parece sino que os proponeis llevarme la contraria para agravar mi mal.

Y la mujercilla se puso á aspirar un frasquito de sales.

Segun se ha visto, la esposa del buen profesor de música, estaba muy lejos de participar del entusiasmo general y forzoso es convenir que tenia sus razones para ello; porque la aparicion de Blanca habia despojado á la pobre señora de la especie de prestigio que le daba tambien su título de parisiense, título que pretendia hacer valer á todos momentos, llena de afectacion. Los provincianos son gente sensata en su mayor parte, de manera que tan pronto como vieron á la señorita Blanca, reconocieron en ella el original y desdeñaron la copia.

—Abuela, dijo la mujer del notario á la anciana señora que se quedaba dormida, os estais cayendo de sueño, id á descansar.

—Imposible, contestó la abuela; no puedo dejar á mi pobre niña sin su guardian. Sabe Dios que ella no lo necesita, pero el qué dirán! ya veis...

—Confiadme vuestros poderes y dormid en paz. Os prometo salir de aquí despues de todos. Ea! no insistais! marchad!

—En ese caso, muchas gracias, mi buena vecina. Aprovecho de linda gana vuestro ofrecimiento porque estoy haciendo una figura ridícula.

Diciendo estas palabras, la vieja abuela de Blanca dió un apreton de mano á la señora notaria y se eclipsó, como suele decirse, á la francesa.

—A dónde va mi abuela, señora? preguntó Blanca que acababa de levantarse del piano.

—A acostarse, querida. Me ha dejado sus poderes y ya podeis mirar cómo os conducís, porque soy muy severa.

—Oh! no os temo, dijo la jóven abrazando á la amable señora, no temo nunca á las personas que amo.

—Y á las que os aman? exclamó la mujer del notario señalando con sus miradas á todos los jóvenes que estaban en el salon.

—Tal vez, contestó Blanca ruborizándose.

—Teneis razon, querido ángel, desconfiad siempre.

En este momento, se acercó un jóven á Blanca. Se hallaba vestido con bastante exageracion y disimulaba bajo las apariencias de un hombre bien educado, cierta fatuidad que llegaba algunas veces hasta la impertinencia. Ese jóven era el sustituto del procurador del rey.

—Señorita, le dijo á Blanca presentándole la mano, no revocareis una determinacion que nos desespera á todos, dignándoos otorgarme la gracia de bailar una contradanza?

—Mil gracias, caballero, contestó la jóven; me encuentro sola para hacer los honores y únicamente figuraria en la cuadrilla en el caso de que hiciese falta alguna señorita.

—Oh! si yo pudiese despedirlas á todas! exclamó el sustituto con fuego.

—Haceis bastante favor á esas jóvenes! dijo Blanca con ironía.

—Y qué me importan todas esas provincianas? añadió en voz baja el jóven.

—Pero me importan mucho á mí, pues no quiero cometer una falta que he criticado mil veces en otras señoras de casa que bailan continuamente sin cuidarse de que sus convidadas hagan mientras tanto calendarios.

—Sois acaso enemiga de Gaston de Courtel? dijo el jóven con malicia.

—Yo! exclamó Blanca con cierta vivacidad que equivalia á una protesta.

—Sin duda alguna, señorita; porque la única contradanza que os habeis dignado concederle, va á crearle tantos enemigos como admiradores teneis.

—En ese caso, prosiguió la jóven con una especie de ironía y dando su mano al sustituto del procurador del rey, acepto vuestra invitacion; así, á lo menos, sereis dos á defenderme.

El elegante se mordió los labios y condujo su bella pareja á la cuadrilla sin añadir una palabra mas.

REMIGIO CAULA.

(Se continuará.)

LOS VECINOS DE DARLINGEN.

NOVELA DE ENRIQUE CONSCIENCE.

(Continuacion.)

—Cambiar!... y con qué razon? Cuando creo asegurada la suerte de una de mis hijas ¿iria yo como un imbécil á vacilar? Vos sabeis, hermano mio, por experiencia, que no acostumbro á revocar mis decisiones.

—Es esa, pues, vuestra última palabra? ¿Herminia está condenada á ser madame Pottewal?

—Sin apelacion; la palabra está dada.

—Y bien, sea!... exclamó Blondeel furioso y blanco como un papel. Sed el verdugo de vuestra hija, como sois el verdugo de vuestra mujer. Ya dareis cuenta á Dios de vuestro afrentoso egoismo!...

—Qué quereis decir?... Vos me insultais?

—Osais responderme?... hombre sin corazon!... repitió Blondeel. ¿Qué habeis hecho de mi pobre hermana? Ella era bella, amable, alegre y os casástes con ella sin amor; sus padres creian igualmente que sería dichosa, y la habeis hecho infeliz, habeis emponzoñado su vida y la habeis convertido en mártir de vuestro egoismo. ¿Qué queda de esta mujer encantadora, modelo de amabilidad y de talento? ¡Nada; sino una criatura desesperada, medio idiota, que se ha vuelto casi una niña!... ¡Sí, sí; no solamente habeis comprimido su dulce natural con vuestra dureza, sino que habeis apagado su talento, y podeis ahora contemplar con satisfaccion, con fiereza, una esclava que tiembla cuando encuentra los ojos de su tirano... una madre anonadada hasta el punto de que ella misma no se atreve á defender á su hija contra el verdugo que la va á sacrificar en el altar del becerro de oro!...

—Quereis callar!... estais en mi casa y os prohibo...

—Hablaré, hablaré, hasta que haya desahogado mi corazon; continuó Blondeel con una volubilidad febril. Es esta la última vez que me veis. Está decidido, Herminia será condenada á la misma suerte que mi hermana; y bien, sois el amo, lo conozco; pero yo, Juan Blondeel, y mi hermana María, somos igualmente dueños de lo que nos pertenece; y vos contais con que os dejaremos nuestros bienes y formarán parte de los de la familia; pero os advierto que si Herminia se casa con Pottewal, vuestras hijas no heredarán ni un céntimo de los nuestros; estad seguro de esto, y no tengais de ello la menor duda. Lo gastaremos todo, aunque sepamos morir en la miseria.

Esta amenaza pareció inspirar algun temor á Romys, pues se calmó de repente y tomando las manos de su agitado cuñado dijo con afable sonrisa:

—Vamos, amigo mio, calmaos. No os cegueis sin fundamento.

—Cómo, no me creeis?

—Vos no sois hombre para gastar doscientos ó trescientos mil francos.

—Entonces los dejaremos á los pobres!...

—No, no; vos amais demasiado á vuestra familia.

—Hombre testarudo!... exclamó Blondeel fuera de sí. Te doy mi palabra de honor de que así será... ¿Y bien, ya que tanto apreciais el dinero, la pérdida de doscientos cincuenta mil francos no podrá haceros reflexionar?

—Pottewal trae á la familia cuatrocientos mil francos.

Vos sois demasiado bueno y demasiado justo, murmuró Romys.

—Oh! esto es espantoso!... exclamó Blondeel con voz ronca; si no me voy me va á dar un ataque cerebral. Cúmplase lo que está decidido. Seguid martirizando á mi hermana hasta que una casa de locos ó la tumba la reciba; vended vuestra hija á un hombre grosero falto de educacion y de talento; pero no espereis volver á verme en vuestra vida. Adios, adios para siempre.

Diciendo estas palabras se dirigió hácia la puerta, Romys quiso impedir su partida.

—No, no; añadió Blondeel esforzándose por escapar de sus brazos; no me volvais á hablar; mi resolucion es igualmente irrevocable. Mañana haremos nuestro testamento legando nuestros bienes á una casa de beneficencia de Bruselas. No hay ya nada de comun entre nosotros, adios.

Se lanzó hácia el vestíbulo; allí Romys pretendió todavía detenerle diciéndole con tono suplicante:

—Vamos, amigo Juan; sed razonable y volved al salon; yo os demostraré que haceis mal en enfadaros conmigo.

—Dejadme; yo no os conozco!... barbotó Blondeel corriendo al jardin.

—Julia, dijo con las lágrimas en los ojos, estrechando á la anciana señora contra su corazon; es la última vez que me veis. La fatalidad lo quiere. Herminia está condenada; que Dios la proteja y á vos tambien, pobre hermana mia!...

Entonces, fortaleciéndose contra su pena, con espantosa violencia tomó la mano de Ernesto y obligándole á levantarse, exclamó con una impaciencia febril:

—Venid, amigo mio; esta casa es una casa de desgracia, partamos.

Madame Romys quiso detener á su hermano; Bonifacio hizo todavía esfuerzos para calmarle, pero él arrastró casi por fuerza á Ernesto fuera del jardin.

En el momento en que iban á dejar la casa, Herminia apareció en el dintel de una puerta en la esquina del jardin.

Ernesto dirigió una larga y dolorosa mirada á la trémula jóven que tendia los brazos hácia él, sucumbiendo á su emocion. El hizo un movimiento para dirigirse hácia ella pero Blondeel le tiró del brazo y sacándole fuera del vestíbulo cerró la puerta.

—Ernesto!.... Ernesto!.... exclamó la pobre jóven con tal desesperacion que su voz resonó en el jardin como un grito de agonía; ¡Ernesto!... Oh! Dios mio!... y él tambien me abandona!...

Vacilante trató de apoyar sus manos en el borde de la ventana; pero antes que hubiera podido conseguirlo sus escasas fuerzas la abandonaron y cayó en tierra sordamente.

Madame Romys corrió hácia ella lanzando un grito de espanto, se agarró á su hija y levantando su cabeza inundó su rostro de dolorosas lágrimas.

Durante este tiempo Bonifacio golpeaba el suelo con impaciencia y con despecho, y murmuraba que no le impediria nadie hacer lo que irrevocablemente estaba decidido en interés de la familia, ni lloros ni aspavientos y menos todavía equella ridícula comedia. Llamó á su hija mayor y á la criada que se presentaron inmediatamente en el jardin.

Teresa se encogió de hombros y juzgó una farsa el desvanecimiento de su hermana.

—Vamos, pronto; tended las manos, Sofía, y la llevaremos á su cuarto en nuestros brazos. Allí la frotaremos las sienes con vinagre: dijo Romys á la criada.

A estas palabras levantaron á la pobre Herminia y la llevaron á la casa. Su hermana y su madre la siguieron quedando el jardin tranquilo y solitario como si nada hubiera pasado.

VI.

Era por la mañana temprano y ya la señorita Blondeel estaba sentada en un pequeño salon delante de una mesa sobre la cual estaban preparadas las tazas y platos para él desayuno. Su mirada vaga y distraida se perdia en el espacio y movia la cabeza con penosa preocupacion.

Su hermano tan triste como ella pasaba en este momento del jardin al salon y se dejaba caer en una silla cerca de la mesa.

—Y bien, hermana mia; es preciso consolarnos: dijo él.

—¡Consolarnos!... repitió la anciana con un suspiro; jamás, hermano mio; yo tendré este pesar hasta mi última hora.

—Y cuando nada se puede hacer se debe sufrir con resignacion los decretos del destino.

—Si volviéseis otra vez á Darlingen!...

—Y qué adelantaríamos, hermana mia; no puedo decirle mas de lo que le he dicho; Romys es inflexible; los cuatrocientos mil francos de Pottewal le fascinan y le ciegan. Yo no vuelvo á Darlingen porque sería inútil y no quiero exponerme á un ataque cerebral á fuerza de cólera. ¿A dónde está Ernesto? duerme todavía?

—Dormir, Juan!... os chanceais? quizá no haya el pobre jóven cerrado los ojos en toda la noche!... Se está paseando á lo largo de su cuarto hace dos horas.

—Su desesperacion debe ser grande, María.

—Inmensa, hermano mio; ¡pobre Ernesto! Ver desvanecerse tan cruelmente el sueño de toda su vida!... saber que la amada de su corazon está condenada á una vida de sufrimientos!

—Oh! ese avaro de Romys!... ¡que no tenga el atrevimiento de presentarse jamás delante de mis ojos, pues me parece que sería capaz de olvidarme de mí mismo!...

—Ireis hoy á casa del notario, hermano mio?

—Yo no sé qué resolver; respondió Blondeel vacilando. Herminia no tiene la culpa de la tenacidad de su padre, y ¿sería justo castigarla desheredándola?

—Ved aquí todavía vuestra bondad exagerada; Romys os conoce bien y está seguro de que no cumplireis vuestras amenazas. Por eso desprecia vuestros consejos y vuestros ruegos. Herminia será rica, tendrá medio millon, y ¿creeis que cien mil francos mas ó menos influirán para nada en su felicidad?...

—Sí; pero no obstante, es hija de nuestra hermana.

—En efecto, Juan; y si vuestra herencia pudiera consolarla un dia yo sería de vuestro parecer, pero entonces asegurábamos el triunfo de Romys, y recompensábamos con nuestra fortuna su cruel avaricia. Reflexiónalo, Juan, ¿á qué consentir, por bondad de alma, en ser siempre engañados por esa pícara gente?

—Pero, hermana mia, á quién dejaremos nuestra fortuna? ¿A personas que nos sean enteramente extrañas?

—Escuchadme. Yo he reflexionado sériamente sobre este negocio y me asombro de que no hayamos tenido antes la idea que ahora se levanta á cada momento en mi espíritu. Una vez Herminia casada, nos quedaremos enteramente solos, y aunque continuemos amándola, su recuerdo nos será siempre doloroso. Yo creo haber hallado un medio de hacer una cosa que pueda consolarnos en nuestra vejez. ¡Si nosotros adoptásemos á Ernesto como hijo; como hijo y único heredero!...

—Qué idea!... exclamó Blondeel.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

(*Se continuará.*)

A LOS SRES. SUSCRITORES
DE
LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En números anteriores hemos distribuido á nuestros abonados el prospecto de la interesante publicacion que desde el pasado mes de Abril ha dado á luz el conocido escritor Don José de Castro y Serrano, bajo el título de

ESPAÑA EN PARIS.

Innecesario creemos hacer excitacion alguna á nuestros lectores para que adquieran una obra que podemos calificar hasta de indispensable, no solo para los que no lleguen á visitar la próxima Exposicion de Paris, sino tambien para los que á ella concurran.

Por eso recomendamos de nuevo la lectura de dicho prospecto, seguros de que no habrá persona alguna á quien no interese la publicacion de

ESPAÑA EN PARIS.

La Empresa de LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA, comprendiendo los altos y desinteresados fines del autor, y anticipándose al deseo de sus abonados, ha convenido con el expresado Señor de Castro y Serrano, las bases necesarias para que por medio de nuestra Administracion puedan recibir la obra.

Al efecto, todo suscritor á LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA, lo mismo en España que en Portugal ó América, que quiera recibir desde hoy la obra ilustrada de

ESPAÑA EN PARIS,

debe dirigirse á nuestro Administradôr ó á los comisionados, por medio de los cuales tengan hecho su abono á LA MODA, con arreglo á los precios siguientes:

En España, Canarias y Portugal, remitiendo á nuestra Administracion libranzas del Giro Mútuo ó sellos de correo.	Rvn.	50
Suscribiéndose en casa de nuestros comisionados.		60
En la Isla de Cuba y Puerto-Rico, dirigiéndose á nuestros Agentes.	Pfs.	5
En las demás Américas y Filipinas, dirigiéndose á los mismos	Pfs.	6

El pago en España puede hacerse, por los que así les convenga, en tres plazos, á razon de 20 rs. cada uno, si el pedido es hecho á nuestra Administracion, y de 22 rs. si ha sido por medio de comisionados. Las fechas de los pagos serán los dias 1.os de Abril, Junio y Agosto.

En América, el pago será de una vez al hacer el pedido al Agente.

Se han publícado ya las tres primeras entregas.

BAÑOS Y AGUAS MINERALES DE CHICLANA.

El dia primero del próximo Junio se abrió oficialmente la temporada de estos baños. Excusado nos parece encomiar las virtudes y excelencia de sus exquisitos manantiales minero-medicinales, mas que nuestras palabras, las proclaman y garantizan suficientemente sus hechos curativos, repetidos con tanta frecuencia anualmente hasta haberlas llegado á crear un nombre y crédito proverbiales, no solamente en nuestras provincias, sino en todas las demás de España, en no pocas del extrangero y muy particularmente en las Antillas y Canarias, de donde todos los años, acuden gran número de bañistas en busca de alivio á sus padecimientos.

La concurrencia á estos establecimientos aumenta notablemente de año en año y si como es de esperar se realizan las reformas propuestas, llegarán antes de poco á figurar entre los primeros de la Península, puesto á que están llamados justamente atendidas las propiedades medicinales de sus aguas, *su especialidad* indisputable en el tratamiento de ciertas dolencias y su bellísima situacion topográfica, con fáciles medios de comunicacion en un país hermoso por excelencia y cuyas condiciones de clima y temperatura son por extremo agradables.

La pintoresca villa de Chiclana, presta tambien á los numerosos concurrentes á sus baños, comodidades y distracciones de todo género: además de las muchas fondas y casas amuebladas que existen en la misma para alojar á los bañistas, sin que de nada carezcan, se dan durante la temporada *reuniones* casi diarias, donde en medio de la mas cordial franqueza y la mas sincera confianza transcurren agradablemente las horas de la noche al compás de tiernas melodías de Meber ó Rosini, ejecutadas en el piano y no pocas veces dulcemente emitidas por voces mas dulces todavía. El teatro se halla tambien abierto durante el verano y si á esto se añaden los paseos campestres los concurridos y diarios de la poblacion ya á los alrededores, no puede menos de mirarse á Chiclana durante su estacion balnearia como uno de los sitios mas encantadores y *confortables* de la poética Andalucía. Testigos presenciales de tan buenos ratos en el pasado año, nos prometemos suscribirnos en el presente tambien, como socios bañistas, fundadores de las reuniones que tan ligeramente hemos enunciado.

Segun la memoria clínico-estadística, presentada por el Médico-Director de estos baños, Dr. Taboada, al Gobierno de S. M. las enfermedades en que están mas especialmente indicadas son las siguientes: *Enfermedades de la piel por arraigadas y rebeldes que sean: enfermedades escrofulosas: afecciones nerviosas y reumáticas: raquítis, úlceras cutáneas, afecciones del estómago y garganta y muy particularmente las enfermedades de la matriz y demás particulares del sexo femenino.*

Recomendamos, pues, á nuestros lectores estos establecimientos y procuraremos tenerles al corriente de su animacion, concurrencia y resultados, cuanto es permitido á la índole de nuestra publicacion.

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE BODA, hecho de paño de seda blanco. Por abajo y sobre cada costura de los paños y del corpiño, un ruló de raso blanco; corpiño montante con cinturon, cuyos cabos muy anchos y muy largos, guarnecidos de fleco de cuentas, se cruzan y se atan por detrás; dobles mangas, la una estrecha, la otra bien larga y ancha, guarnecida de cuentas; hombrera plegada, guarnecida de azahar, y ramillete al lado izquierdo del cinturon; guirnalda de las mismas flores, y gran velo de tul echado á la cara.

TRAGE CORTO, zagalejo y paletot tafetan Bismark, todo recortado á puntas orladas de terciopelo y adornadas con galones negros muy estrechos y cuentas doradas. El paletot tiene dobles mangas, las primeras estrechas y casi ajustadas, las segundas largas y anchas. Sombrero de tul blanco, bordado con cuentas de ámbar.

DIRECTOR: D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ 1867. IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA á cargo de D. Federico Joly y Velasco, Bomba, n. 1.

AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 24.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs... Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs...Seis meses,65...Tres meses, 35... Un mes, 12.

Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs....Seis meses, 42... Tres meses, 22...Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

EDITOR PROPIETARIO: **Don Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes.... Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Libreria de Don C. Bailly-Bailliere, plaza del Príncipe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tánago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux.
PARIS, Mr. Fermin Didot frères, rue Jacob, 56.

Sumario.—Vestido para niña de 7 y 11 años.—Velo de butaca (guipur sobre red).—Encage al crochet.—Trage de dormir para niño.—Canastilla con bola de agua caliente.—Dos collares.—Diversos adornos para confecciones, sombrillas, etc.—Dos velos de tul de seda blanco ó negro.—Revista de modas.—Un colegio de señoritas en provincia.—Albornoz para baños de mar.—Chal de cachemira.—Capa de viage.—La córte y el campo.—Canto á Cuba.—Los vecinos de Darlingen.—El báculo y la fuente.—Explicacion del figurin iluminado.—Problemas de ajedrez.

Vestido para niña de 9 á 11 años.

Trage de alpaca gris con rulós de tafetan azul aciano, que guarnecen el borde de la enagua, las costuras de los paños y los contornos del corpiño, prolongándose hasta formar faldetas recortadas á puntas, por cima de las cuales se pone un cinturon igual al trage, ó bien de tafetan azul aciano, atado por detrás. Gorra de paja bronceada, con orla de plumas de pavo real.

Velo de butaca (guipur sobre red).

Este dibujo es uno de los mas bellos de su género; representa un poco mas de la cuarta parte de un velo de butaca, que se coloca en forma de pañoleta; de modo que una de sus esquinas caiga sobre el respaldo de la butaca por delante, y la otra sobre el lado de la misma butaca por detrás.

Se prepara primeramente el fondo en red comun principiándola por dos mallas, y aumentando una al fin de la vuelta, hasta que se tenga un número de mallas suficiente para el alto y el ancho del dibujo.

Será fácil asegurarse de ello contando los cuadros de nuestro dibujo, cada uno de los cuales representa una malla; se hace en seguida una vuelta sin aumento, luego, en cada una de las vueltas siguientes se disminuye en la misma proporcion que se ha seguido para aumentar. El tamaño del velo depende del grueso del hilo que se emplee para preparar la red; mientras mas fina sea la labor, mas bella será. La estrella marca el centro del velo, que en nuestro modelo tiene 41 centímetros de ancho y de alto. Los cuadros enteramente blancos se hacen á punto de zurcido comun, con algodon de zurcir, por consiguiente no *torcido*; los demás cuadros se rellenan con los diferentes *puntos* que constituyen el guipur sobre red, y para hacerlos se emplea hilo *igual al que ha servido para la red*. La orla que sirve como de marco tiene en el centro de cada anilio una *rueda* (cuyo dibujo publicamos) rodeada de *puntos de tela* (estos puntos se encuentran tambien en el dibujo central); y además, el *punto de esprit*. Este velo se guarnece con un fleco, ó con encage hecho de guipur sobre red.

VESTIDO PARA NIÑA DE 9 A 11 AÑOS.

Encage al crochet.

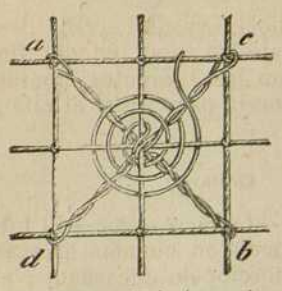
Se principia por el centro de una de las rosáceas inferiores con hilo mas ó menos grueso, segun el uso á que se destina el encage; se hace una cadeneta de 14 puntos, el último de los cuales se reune con el primero.—1.ª *vuelta*.—21 puntos sencillos puestos *á caballo* sobre el círculo.

2.ª *vuelta*.—* Un punto sencillo,—una media brida en el punto mas próximo de la vuelta anterior,—3 bridas en el punto siguiente,—una media brida,—un punto sencillo en el punto siguiente. Vuélvase 6 veces desde *, lo que forma los 7 dientecitos que rodean el círculo.

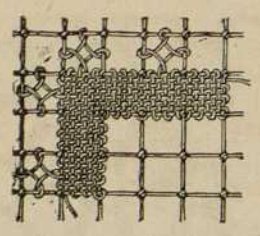
3.ª *vuelta*.—28 puntos sencillos sobre los 21 de la 1.ª vnelta, es decir, 2 sencillos en cada tercer punto de esta vuelta, y entre estos 2 puntos hechos en uno solo, se hace 1 sencillo en cada punto. — Para todos los puntos se pica siempre el crochet en el lado detrás de los de la 1.ª vuelta; esta vuelta forma el relieve del centro. Al fin de ella se hace un punto-cadeneta en el 1.º de los 28 puntos sencillos; uno sencillo en cada uno de los 3 primeros puntos del diente mas próximo. Para la 1.ª de las siete hojas que rodean el centro, se hacen 25 puntos en el aire, —un punto-cadeneta en el 4.º de ellos,— luego 30 puntos sencillos *á caballo* sobre los puntos en el aire.

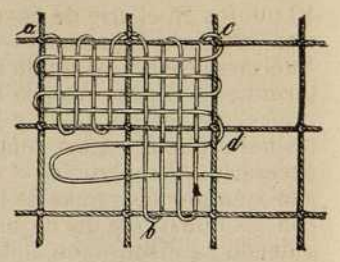
4.ª *vuelta*. — Un punto sencillo en el primer punto de la vuelta anterior,—1 sencillo en el punto mas próximo,—2 medias bridas en el siguiente,—un punto sencillo,— un punto-cadeneta sobre los dos puntos mas próximos,—* un punto-cadeneta en el punto siguiente,—1 sencillo,—una media brida en el punto mas próximo, 3 bridas en el siguiente,—una media brida,—un punto sencillo en el punto mas próximo.—Vuélvase 4 veces desde *; en seguida un punto-cadeneta,—uno sencillo sobre los 2 puntos siguientes,—2 medias bridas en el punto mas próximo,—uno sencillo.—un punto-cadeneta en los dos últimos puntos.

5.ª *vuelta*.—36 medias bridas sobre los 30 puntos sencillos de la 1.ª vuelta, picando siempre en el lado de delante de cada punto, y haciendo dos medias bridas en cada 6.º punto. Entre cada media brida se hace un punto sencillo,—luego 2 puntos-cadenetas sobre los 2 primeros de los 23 puntos en el aire. Una de las hojas está terminada; se hacen puntos-cadenetas hasta el medio del mas próximo diente del centro; luego se principia la 2.ª hoja y así sucesivamente, cuidando



DETAMLE N.° 1. (RUEDA).


DETALLE N.° 3. (PUNTO DE ESPRIT).

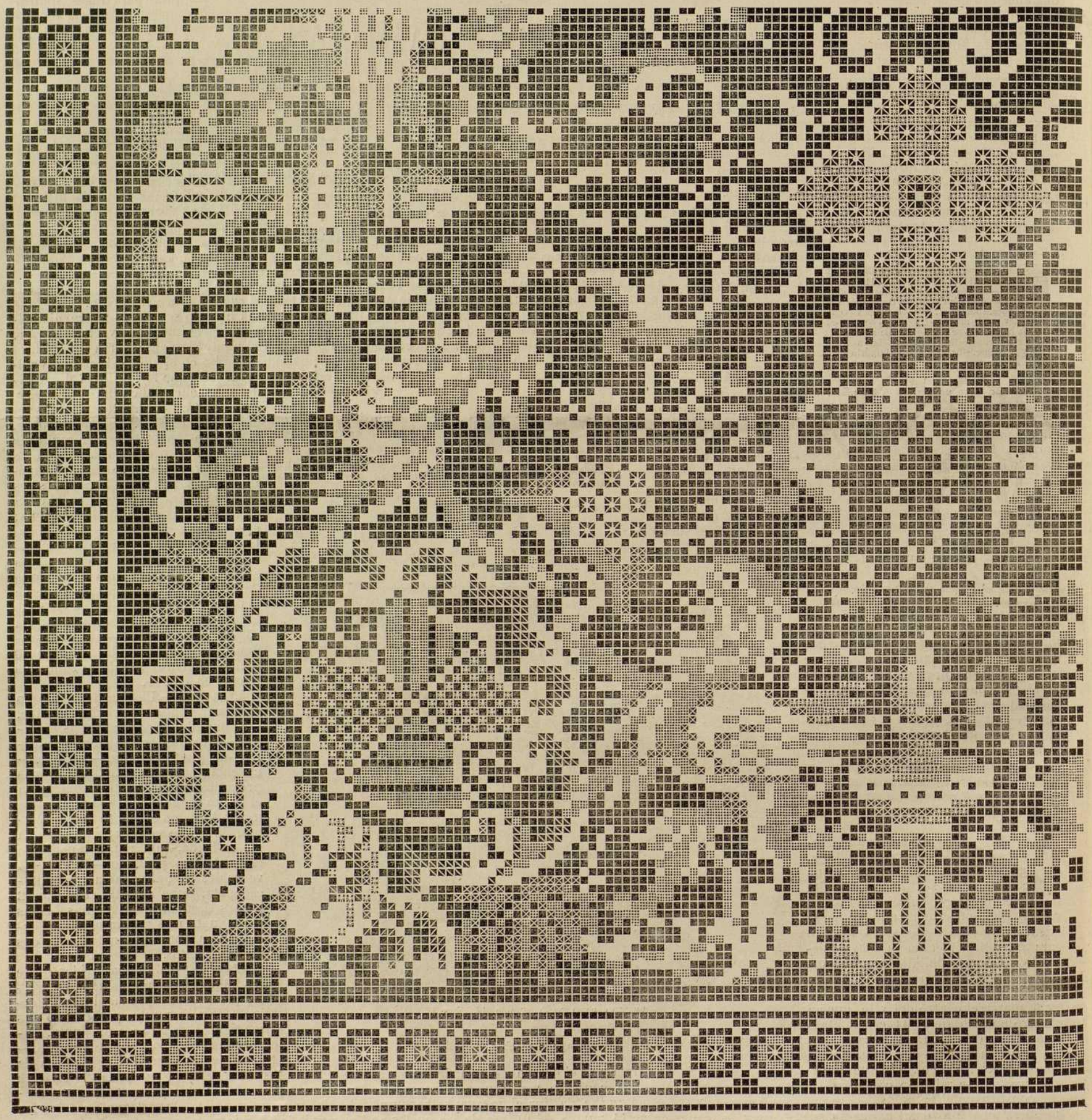


DETALLE N.° 2 (PUNTO DE TELA).

de ligar cada hoja á la anterior (véase el dibujo). Despues de la 7.ª hoja se hacen algunos puntos-cadenetas sobre los puntos todavía libres del último diente del centro, se fija la hebra y se la corta. Se hace de este modo el número de rosáceas necesarias para el largo del encage, reuniendo cada una de ellas á la anterior (véase el dibujo). Antes de empezar el *relleno* que está sobre las rosáceas, se ejecuta una estrella por separado para llenar el vacío entre dos rosáceas;—6 puntos en el aire;—se deja caer el último buclecillo fuera del crochet, se pica este en el punto del medio de uno de los dientes de la rosácea (véase el dibujo), por él se pasa el buclecillo abandonado, y que ahora se ha vuelto á tomar; se pasa el crochet de los 6 puntos, se vuelve sobre los otros 5 haciendo una sencillo, una media brida,—3 bridas, lo que forma una de las ramas de la estrella; se hace una segunda rama igual que se liga con el 5.° diente de la hoja mas próxima (la derecha), perteneciente á la misma rosácea (véase el dibujo), luego se ejecuta la 3.ª y la 4.ª rama ligadas con la rosácea siguiente; y en fin, las dos últimas ramas, que provisionalmente quedan libres.

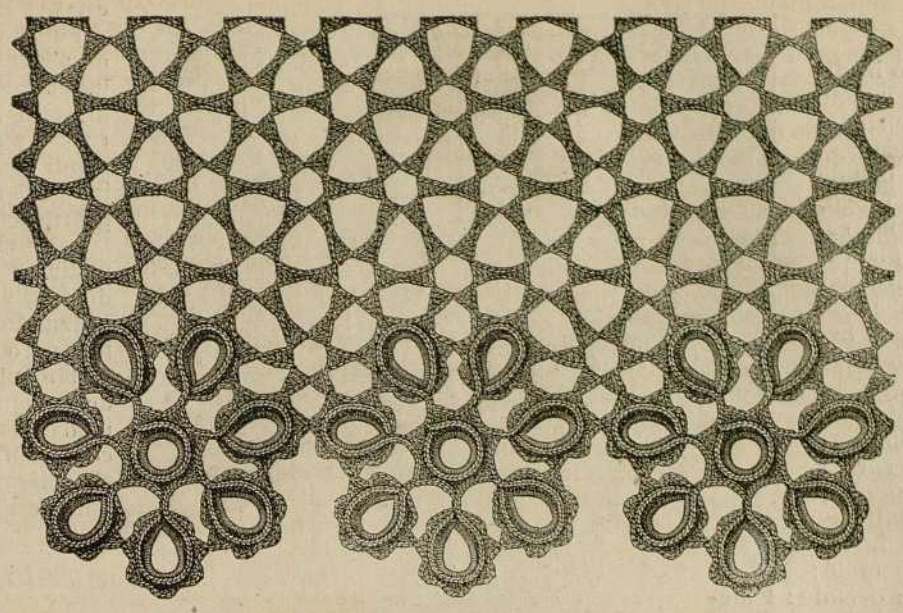
El *relleno* ó fondo se hace de ida y vuelta.

1.ª *vuelta, de izquierda á derecha.* * Una rama (como en la estrella anterior) en la punta de la rama de la derecha que quedó libre en la estrella hecha entre dos rosáceas,—una rama en el diente del medio de la mas próxima hoja de la rosácea siguiente,—10 puntos en el aire,—una rama sobre el diente siguiente de la misma hoja,—una rama sobre la rama libre de la izquierda de la mas próxima estrella colocada entre dos rosáceas,—10 puntos en el aire,—Vuélvase desde *. Al fin de la vuelta, la 2.ª rama de la última estrella se liga con la mas próxima rama libre de la estrella colocada entre dos rosáceas, luego se hace la 2.ª *vuel a* de derecha á izquierda; 3 ramas que provisionalmente permanecen libres, —* 2 bridas,— una media brida,—un punto sencillo,—2 puntos-cadenetas, —un punto sencillo,—una media brida,—2 bridas, todo ello *á caballo* sobre los



VELO DE BUTACA (GUIPUR SOBRE RED).

10 puntos en el aire de la vuelta anterior (esto forma 2 ramas);—2 ramas.—Vuélvase desde *. Al fin de la vuelta se termina la última estrella haciendo 3 ramas. Se repiten la 1.ª y la 2.ª vueltas hasta que el encage tenga el ancho necesario. Al repetir la 1.ª vuelta se ligan siempre las ramas de las estrellas con las ramas que quedaron libres, siguiendo la disposicion indicada en el dibujo.

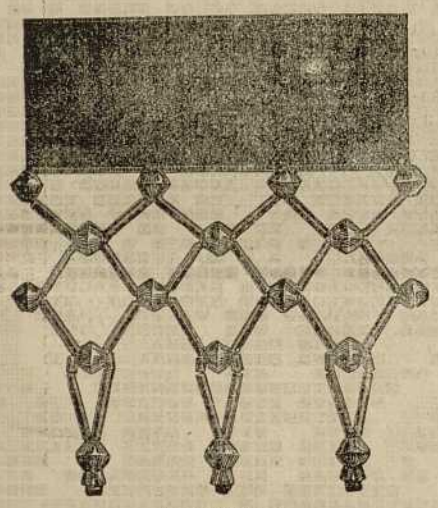


ENCAGE AL CROCHET.

Trage de dormir para niño.

Dos dibujos están consagrados á este equipo, el cual se compone de dos *sacos*, uno de lienzo ó percal, otro, que cubre al anterior, de franela; el primero tiene 1 metro y 4 cents. de largo y un ancho total de 82 cents.; se cose la tela con tela por su lado largo, de modo que se deje en su borde superior una abertura de 25 cents. En cada extremo del saco se hace un dobladillo. En el superior se cose un buclecillo de cinta de hilo á 10 cents. de distancia de la abertura y otro buclecillo á la misma distancia por el otro lado; estos buclecillos tienen cada uno 5 cents. de largo. Se coloca al niño en este saco, de modo que los buclecillos caigan sobre los hombros; se dobla el borde inferior del saco, y luego se pone encima el segundo saco, hecho de franela, cuyo largo es de 92 cents. y el ancho de 66. Este se ribetea por ámbos lados con una cinta; al coserlo, se deja por arriba una abertura de 34 cents., la cual cae hácia la derecha del niño. A 15 cents. de distancia de la abertura, en la mitad de encima, se pone una cinta de hilo de 30 cents. de largo, y otra igual en la mitad de debajo, á 10 cents. de distancia del borde exterior. Otras dos cintas se cosen sobre el borde superior de la abertura para atarlas por debajo del brazo derecho. A 6 cents. de distancia de cada una de estas últimas cintas, y á la misma distancia por el otro lado, se cose una cinta de 20 centímetros de largo; cada una de estas 4 cintas se pasa por los buclecillos del otro saco; las cintas marcadas con letras iguales se atan entre sí sobre el hombro.

Este método tiene la ventaja de cubrir completamente al niño, y de garantizar su cuerpo en cualquier movimiento que pueda ejecutar durante el sueño.



COLLAR N.º 1.

SACO QUE COMPONE EL TRAGE DE DORMIR PARA NIÑOS.

Canastilla con bola de agua caliente, para contener la ropa de niño recien nacido.

Esta canastilla es de tal utilidad, que todas las madres debieran adoptarla; en ella se colocan todos los objetos que sirven para vestir al niño. La canastilla tiene 22 cents. de altura; se la hace de seis lados; su contorno exterior es de un metro y 35 centímetros; el contorno del fondo es de 80 cents. Se la forra de percalina rosa ó azul, y se la guarnece con rizados de la misma percalina. La tapa (indispensable) es igual á la canastilla; se la guarnece con un volante de percalina de 15 cents. de alto. En el fondo se pone una bola ó vasija cerrada llena de agua caliente, y al rededor de ella se colocan los diferentes objetos que han de servir para vestir al niño.

Collares.

N.ºs 1 y 2.—*Collares rectos.*—El número 2 se hace con cuentas blancas de cristal y terciopelo encarnado; el núm. 1 con cuentas y cañutillos blancos y terciopelo azul.

Diversos adornos para confecciones, sombrillas, velos, etc.

Los materiales que sirven para ejecutar estos adornos se componen de torzal de seda, guipur, cintas estrechas de terciopelo, felpilla, pero sobre todo de cuentas de todas especies.

N.º 1.—Puntas para trages, sombrillas, paletots, etc.; se las orla con una tira de raso ó tafetan; se las borda con cuentas.

N.º 2.—Para cada punto se ensarta un número de cuentas mas que suficiente, á fin de que el punto forme relieve.

N.º 3.—Orla ejecutada como el dibujo anterior.

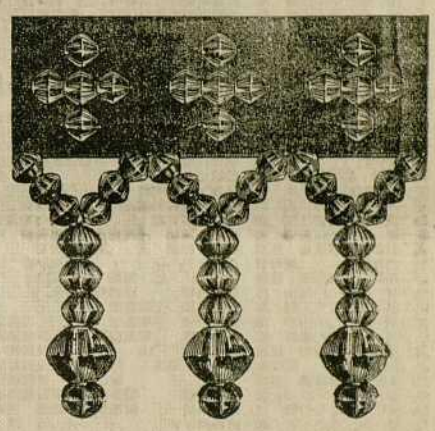
N.º 4.—Relleno hecho con cuentas pequeñas y bordado *ruso* con torzal de seda; cada punto termina en un nudo.

N.º 5.—Orla enrejada de torzal de seda y felpilla.

N.º 6.—Relleno ejecutado con cuentas gruesas, rodeadas de cuentas pequeñas.

N.º 7.—Rosa que sirve, entre otras cosas, para sombrilla; se la borda á punto de nudillos con torzal de seda blanco y cuentas negras; la misma seda para las ramas; el tallo principal se hace con cañutillos negros pequeños.

N.º 8.—Una cinta muy estrecha de terciopelo, y otra un poco mas ancha; la primera sirve para los buclecillos, la segunda cae sobre esta y cubre la costura de aquellos; encima punto ruso hecho con felpilla, y en el extremo de cada punto una cuenta.



COLLAR N.º 2.

Dos velos de tul de seda negro ó blanco.

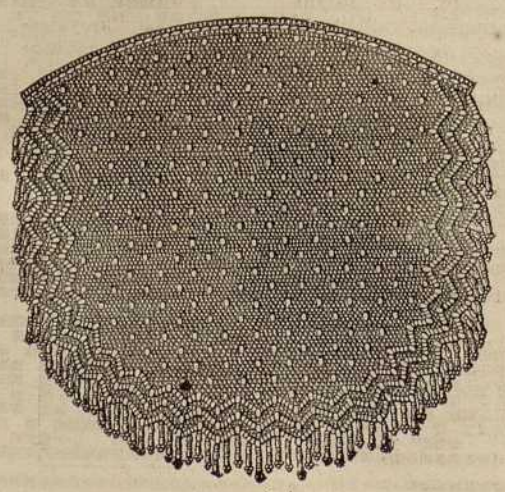
Ambos van guarnecidos por su borde superior con un entredos de encage, al través del cual se pasa ó bien una cinta ó bien un muelle de metal.

N.º 1.—Este velo tiene 42 cents. de ancho y 34 de alto desde el borde superior hasta el extremo de una de las puntitas en que termina por abajo; el fondo se borda de felpilla negra ó blanca; la orla, de la cual publicamos una parte en tamaño natural, se ejecuta con cañutillos pequeños negros ó blancos (blancos sobre velo blanco); esta orla se borda sobre tiras de tul, aisladas, que se cosen á los contornos del velo.

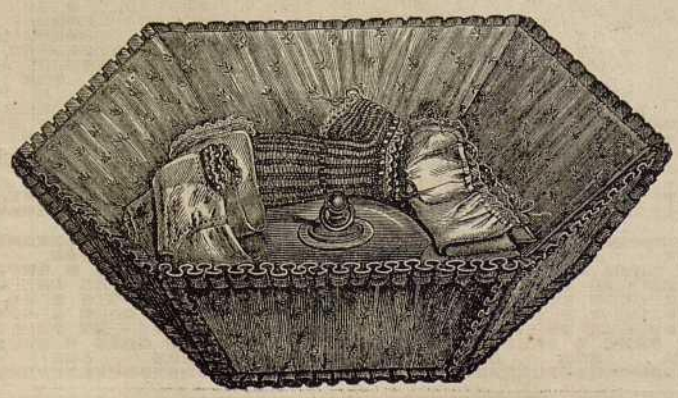
N.º 2.—Las mismas proporciones que el anterior.

El fondo se borda con cuentas; un dibujo especial reproduce la orla en tamaño natural, que insertamos en la siguiente página.

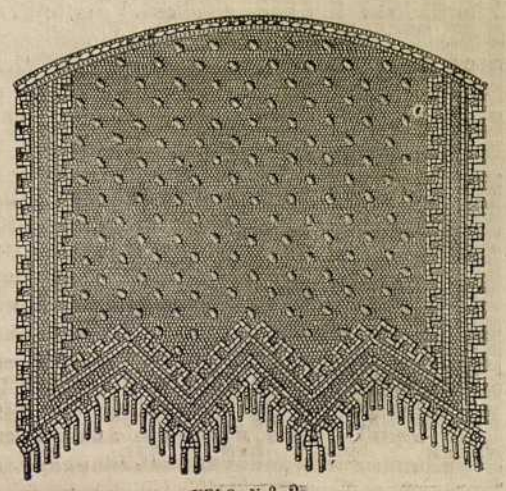
TRAGE DE DORMIR PARA NIÑOS.



VELO N.º 1.



CANASTILLA CON BOLA DE AGUA CALIENTE.

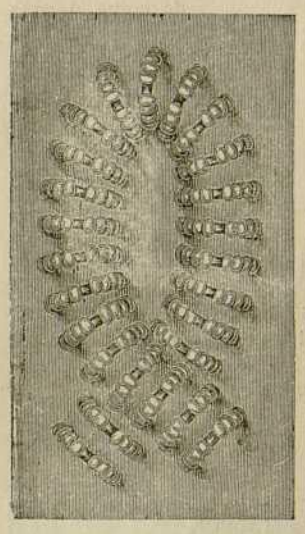


VELO N.º 2.

REVISTA DE MODAS.

Me es imposible, como muchas veces lo he dicho, dar aquí indicaciones absolutas en cuanto al sistema mas admitido de cortar las enaguas de los trages; este varía no solo segun cada costurera, sino tambien con arreglo á cada una de las personas que las costureras visten. Tengo, pues, que repetir lo que ya he manifestado, esto es, en principio, se llevan los trages planos, pero que se suele transigir frecuentemente con estos principios, y además, que conviene publicar el resultado de algunas consultas que he hecho á buenas costureras. Véase aquí uno de ellos:

Trage largo. —El delantal (paño de delante) tiene 20 cents. de ancho por su borde superior, y 70 por el inferior. Los demás paños se cortan como para todos los trages cortados á nesgas, yendo aumentando su largo de 5 en 5 centímetros; el 4.° paño es mucho mas largo, el 5.° todavía mas. Ejemplo:



N.° 2.

El paño de delante: 1 metro y 5 cents. de largo,

2.° paño: 1 metro y 10 centímetros de idem.

3.er paño: 1 metro y 15 centímetros de idem.

4.° paño: 1 metro y 50 centímetros de idem.

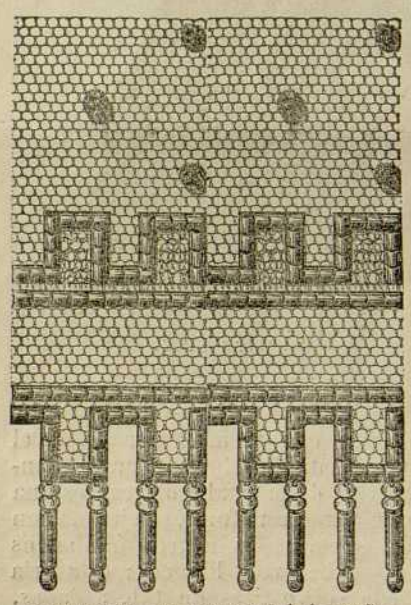
5.° paño: 1 metro y 55 centímetros de idem.

Se cose la enagua de modo que se dejen todos los paños al hilo en la cintura.

Segun se hace en todos los tranes cortados á nesgas, se reune un paño al hilo con un paño al sesgo, excepto detrás, donde se cosen uno con otro dos paños al sesgo. Los dos paños de detrás se fruncen; los siguientes se disponen á pliegues pequeños y planos, de 2 cents. de ancho y de profundidad, sujetos por una costura pespunteada á una altura de 2 centímetros.

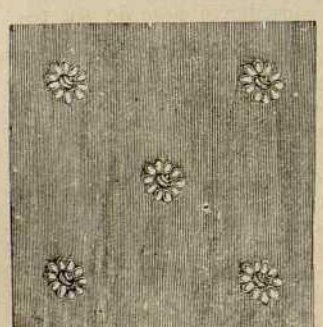
Para un talle que tenga 65 cents. de circunferencia, todo el paño delantero tiene 18 cents. de ancho por su borde superior; los que por ámbos lados se unen con este paño tienen 6 cents. de ancho por su borde superior; estos tres paños son planos; los otros tres, cada uno de 25 cents. por su borde superior, son los que se pliegan y se fruncen.

Estas indicaciones están dadas para una tela de 70 cents. de ancho; es supérfluo añadir que para telas mas anchas ó mas estrechas se debe calcular la proporcion en mas ó menos.



GUARNICION DEL VELO N.° 1 (TAMAÑO NATURAL).

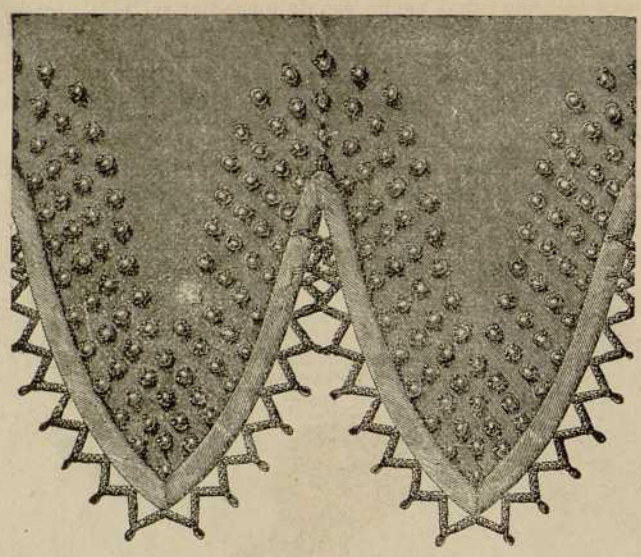
Al tomar estas notas, he examinado ciertos preparativos para la estacion de baños. Para los de mar se elaboran trages muy elegantes. El bordado breton hace en ellos el gasto; el zagalejo, el trage, el paletot, de tegidos blancos, grises, á veces negros, se guarnecen con tiras, ó más bien presillas, bordadas de lanas de colores vivos; su largo es tal, que ocupa una de las *divisiones* del objeto (paño ó pedazo del paletot); se las redondea por ámbos extremos, y se las orla con una tira de cachemira ó seda de color vivo, dentada, puesta por debajo del contorno de cada bordado, de modo que exceda de él un poco: el ancho de estas es de 2 á 3 centímetros.



N.°. 6.

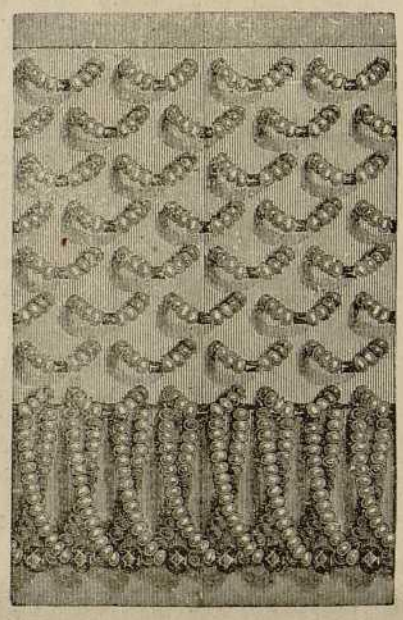
Por lo demás, todas las guarniciones son planas; todo es plano, hasta los votantes; los de las enaguas interiores blancas de nansouk ó de muselina, destinadas á acompañar en los carruages y las casas de campo á los trages de organdí blancos ó estampados, se aplanan y se fijan por arriba y por abajo sobre la enagua que guarnecen. Así todo.

Las niñas signen la regla adoptada para el vestir de las señoras; su ahuecador es muy reducido, y aun frecuentemente reemplazado por enaguas muy almidonadas; el efecto es el mismo, pero cuesta mas caro. Los niños están completamente exceptuados del ahuecador, y hasta de su representante la enagua almidonada. La moda esta vez, contra su costumbre, ha obrado con buen acuerdo; hasta los mas fanáticos por el ahuécador tendrán que convenir en que los niños estaban con él muy ridículos.

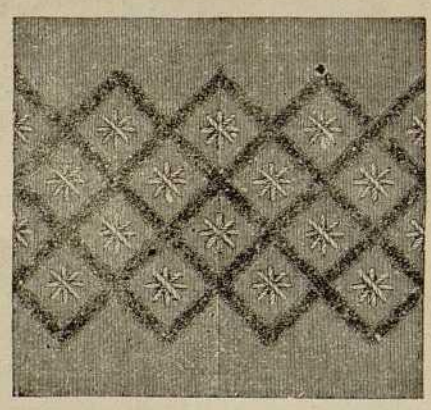


N.° 1.

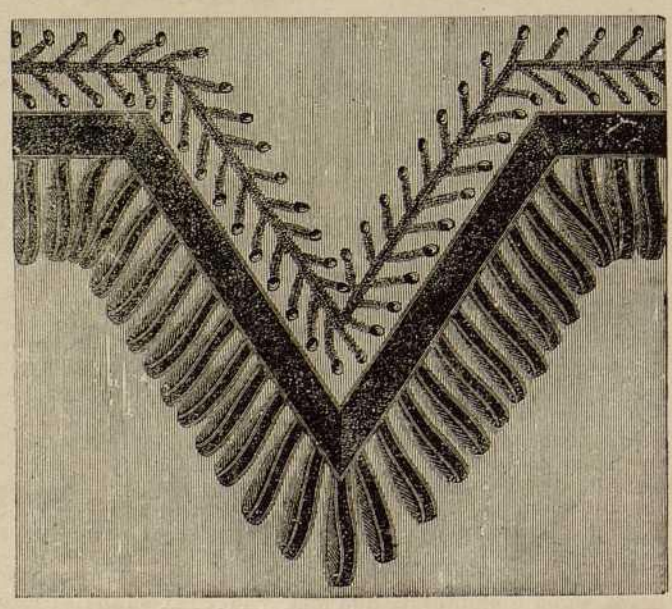
DIVERSOS ADORNOS PARA CONFECCIONES, SOMBRILLAS, ETC.



N.° 3.



N.° 5.



N.° 8.

UN COLEGIO

DE SEÑORITAS EN PROVINCIA.

(CONTINUACION.)

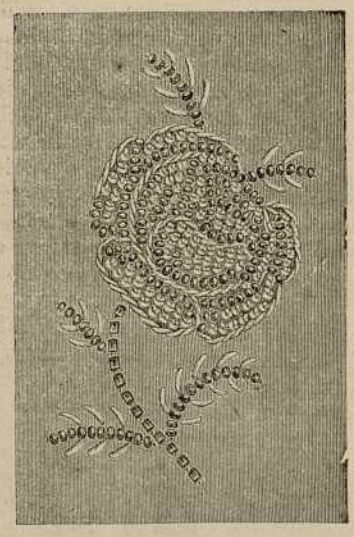
—Vaya si tiene talento esa muchacha! dijo la vieja señora al ex-notario, que apoyado en el sillon de su mujer habia sido tambien testigo presencial del debate de los dos jóvenes.

—Apesar de todo, contestó aquel moviendo la cabeza, no estoy satisfecho de esta reunion, porque la señorita Blanca se ha presentado muy superior á todas esas medianías que la rodean, y no le perdonarán nunca semejante superioridad.

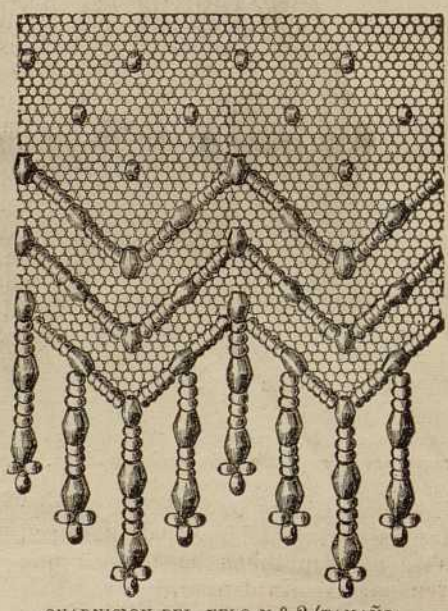
—Es verdad; pero nosotros la defenderemos, y además, no faltan aquí personas de talento que seguirán nuestro ejemplo.

—Los necios están en mayoría en todas partes, dijo el notario, y la mayoría es la que dicta la ley, como dice nuestro alcalde.

Entre tanto, la jóven directora, prevenida por la ruin insinuacion del sustituto, habia concedido algunas contradanzas á los jóvenes de la ciudad. En el momento en que uno de estos acababa de volverla á conducir á su asiento, Blanca vió á Gaston apoyado en la pared, mirándola con tristeza.



N.° 7.



GUARNICION DEL VELO N.° 2 (TAMAÑO NATURAL).

—Me habíais prometido no bailar mas! murmuró Gaston á media voz acercándose á Blanca y como reconviniéndola.

—Cómo! No bailar mas! respondió la jóven fijando en él sus ojos límpidos y puros.

—Perdonad, señorita, añadió Gaston muy turbado, me he explicado mal, habria creido...

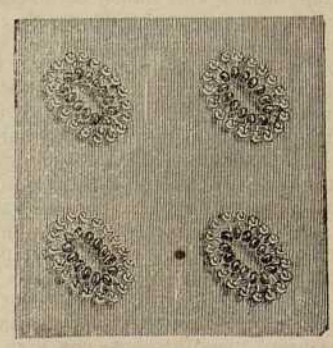
—En efecto, interrumpió Blanca, á quien el jóven daba compasion, mi intencion era de no bailar ya esta noche, pero tuve que ceder á una especie de amenaza.

—A una amenaza, señorita? Y quién fué el impertinente que se atrevió á?... su nombre, señorita, su nombre!...

—Pero qué significa semejante inquisicion? exclamó Blanca poniéndose séria.

—Oh! perdon, señorita, perdon, soy un miserable loco!

Y saludando precipitadamente á la jóven desapareció Gaston en medio de un grupo que for-



N.° 4.

maban varias personas cerca de una ventana del salon.

La noche avanzaba y las mamás dieron ya la señal de partida, pero las muchachas, animadas por Blanca que desempeñaba el papel de señora de casa á las mil maravillas, se hacian siempre las sordas. La mujer del registrador de hipotecas, cuyas dos hijas prometidas á dos jóvenes de la ciudad, profesaban á Blanca una amistad sincera, dijo á aquellas:

—Verdaderamente, hijas mias, esto pasa ya de indiscrecion y ahora os llevaré de aquí de grado ó por fuerza.

—Pero porqué, señora? objetó Blanca, conteniendo un bostezo. Aun no son mas que las tres.

—Las tres! Qué atrocidad! repuso la mamá: no bailareis ni media contradanza siquiera.

—Pues bien, bailemos á lo menos la *Boulangère,* dijo la mayor de las dos hermanas.

— La *Boulangère!* gritaron de todas partes, la *Boulangère,* señor Bontemps.

El pobre hombre que empezaba á dormirse por sesta vez con la nariz sobre el piano, despertó sobresaltado y se puso á tocar una contradanza.

—Es la *Boulangère* lo que se pide, señor Bontemps, se apresuraron á indicar algunas personas.

— Dejadle tocar, replicaron otras, tras de lo uno vendrá lo otro.

Y se bailó la contradanza.

Blanca no quiso tomar parte en ella; pero cuando se tocó por fin la *Boulangère,* sus instintos juveniles se revelaron y levantándose de su asiento, se colocó en la rueda entre las dos hijas del registrador, en medio de las aclamaciones del alegre círculo de jóvenes. Cuando le correspondió á ella hacer las evoluciones de este baile, esencialmente francés, encontró en el sitio que antes ocupaba entre las dos hermanas, al bello sustituto que le presentaba la mano; la jóven, le alargó la suya sin afectacion, procurando no dar á este incidente mas importancia de la que merecia; y el fátuo se alabó al dia siguiente por toda la ciudad de haber bailado dos veces con la hermosa directora del colegio.

Un cuarto de hora despues, Blanca se habia quedado únicamente con el viejo notario y su esposa, la cual, segun se lo habia prometido á la abuela, desempeñara concienzudamente hasta el fin su papel de guardian interino.

—Cuántas conquistas hemos hecho! dijo la vieja estrechando entre sus manos la de la jóven.

—Quién? preguntó esta con aire de hipocresía.

—Esas tenemos, señorita? exclamó el notario. ¿Sabeis que está muy mal hecho eso de incendiar así toda una ciudad? Todos, jóvenes y viejos, ninguno se escapará!

—Vamos, repuso Blanca, quereis que me quede dormida de pié con vuestras bromas?

—A propósito de dormir, esposo mio, dijo la vieja señora, me parece que ya es tiempo de ir á hacerlo, y si no hé ahí esos dos hermosos ojos que lo están pidiendo con mucha necesidad.

—Lo que es por mi parte, replicó el notario, veo en ellos mas malicia que sueño.

—Qué calumnia! prorumpió Blanca, ¡como si pudiese encontrarse el mas pequeño átomo de malicia en unos pobres ojos azules!

—Veamos, dijo el notario, señalando el lindo rostro de la jóven, que reflejaba el espejo entre dos jarrones de flores, ¿qué es lo que hay entonces en esos?

—Hay... azul, contestó la muchachha mirándose detenidamente en el espejo.

—Y además?

—Además... blanco.

—Y además? insistió el notario, á quien este juego divertia.

—Un punto pequeñito en el medio, respondió Blanca con una carcajada.

—Vámonos, dijo la vieja á su esposo, nada conseguirás con ella. Buenas noches, mi querido diablillo, añadió, dejadme á lo menos á mi marido y no olvideis las genovesas.

—Buenas noches, mi buena vecina, contestó Blanca, contad conmigo.

Y acompañó al matrimonio para despedirlo.

Al entrar en el vestíbulo llegaron á sus oidos unos ronquidos sonoros. Era la pobre Juana, que fatigada de aquella noche laboriosa, se habia dormido sobre una silla y tomaba aquel sueño á cuenta del poco que podia ya disfrutar, gracias á la larga velada de su ama y de sus huéspedes.

—Eh! Juana, Juana, gritó el notario, sacudiéndola el brazo, venid á alumbrar, hija mia, y luego concluireis pacíficamente vuestro sueño.

—Dejadla; dijo la bondadosa Blanca, la pobre muchacha está muy cansada, y por otra parte, se halla aun medio dormida; de modo que no quedaré tranquila si cierra ella las puertas.

Y tocando ligeramete la espalda de la criada añadió:

—Juana, despertad y acostaos, amiga mia.

Juana que no se habia movido apesar de las sacudidas que le diera el notario, se puso en pié al instante, así que oyó la voz de su jóven señora.

—Aquí estoy, aquí estoy, señorita, exclamó procurando abrir los ojos, que se obstinaban en permanecer cerrados.

—Idos á acostar, Juana, repitió Blanca. Yo voy á acompañar y despedir á nuestros vecinos.

—Eso no puede ser, insistió la muchacha, no, no, señorita; no consentiré nunca que vos os tomeis semejante trabajo.

Y cogiendo la luz de las manos de su ama, echó á andar y tomó la puerta de la cocina por la de la calle.

—Ya estais viendo como dormís todavía, — dijo Blanca. Vamos las dos, porque yo tampoco veo muy claro.

— Como gusteis, señorita, pero yo no tengo ni pizca de sueño...

Cuando Blanca volvió á entrar en el salon con objeto de apagar las bugías, lanzó un grito de sorpresa y de espanto.

Habia percibido á Gaston de pié delante de la chimenea.

—Vos aquí, caballero, á esta hora! Cuando todo el mundo creia que os habiais marchado! Pero, Dios mio! Qué es lo que pretendeis? Quereis acaso perderme? exclamó Blanca llena de indignacion.

—Os amo! dijo el jóven cayendo de rodillas.

—Y yo.., yo ahora os odio! respondió Blanca demasiado conmovida para poder apreciar el peso de sus palabras.

—Oh! Entonces antes me amábais! repuso el jóven apoderándose de la frase con esa horrible sangre fria que nunca abandona á los enamorados, cuando se trata de sacar partido de las tonterías de las mujeres.

—No lo sé, dijo la jóven con una dignidad que detuvo á Gaston dispuesto á precipitarse hácia ella, no lo sé, ni sé lo que digo, pero os repito que os detesto si permaneceis aquí un solo instante mas.

En este momento, Juana, atraida por las voces que daba su señorita, apareció en la puerta del salon.

—Aconpañad á este caballero, le dijo Blanca señalándole al jóven. Se habia quedado dormido en un sillon y acabo de encontrarle.

Luego, dirigiéndose á Gaston:

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Albornoz para baños de mar, de paño blanco con tiras de cachemira color de naranja, fleco y bordado del mismo color.

Chal de cachemira, puesto cuadrado. Se dobla el chal por su mitad, y luego se vuelve á doblar hácia afuera por arriba. De este modo se llevan los chales largos y los cuadrados; estos son los mas graciosos para llevarlos en la forma dicha.

Capa de viage, de paño muselina gris, con banda de muer gris, trencilla y flecos tambien grises.

—Buenas noches, caballero, añadió, podeis vanagloriaros seguramente de haberme causado un miedo muy regular.

Y sin permitirle siquiera tocar la punta de sus dedos, le despidió con un gesto y le volvió en seguida la espalda. Este incidente privó del sueño á la pobre jóven, de modo que, contra su costumbre, fué la primera á levantarse el dia siguiente, despues de haber buscado en vano en su lecho virginal un reposo que no pudo encontrar. En cuanto á Juana, aprovechó perfectamente el resto de la noche y estaba en su puesto á la hora ordinaria.

—Mirad, señorita, dijo esta á su ama, qué moneda tan extraña me ha dado el señorito Gaston por el trabajo de acompañarle á la puerta. Cualquiera pensaria que es una moneda de cobre!

—Es una moneda de oro! exclamó Blanca extremeciéndose. Sin duda alguna, ese caballero, medio dormido todavía, habrá creido daros una de plata.

—Es preciso entonces devolvérsela! dijo la buena muchacha, encontrando muy natural la interpretacion de su señorita; porque no comprendia que un servicio tan pequeño hubiese de pagarse tan caro.

—Yo me encargaré de entregársela, mi buena Juana, y tomad estas dos monedas de plata, pues no es justo que lo perdais todo.

—Pero, insistió la criada, el señorito no tendria intencion de darme mas que una.

—Y bien, replicó Blanca, siempre hay otra de ganancia para vos.

—Gracias, señorita, dijo Juana contentísima; con esto me compraré un pañuelo de que tengo deseos hace mas de ocho dias. Y le llamaré el pañuelo de la señorita ta Blanca y del señorito Gaston.

Es inútil, amiga mia; comprad el pañuelo y no le deis nombre alguno.

—Teneis razon, señorita. ¿Dónde tenia la cabeza para pensar en ponerle á un pañuelo nombres de cristianos? De todos modos, es igual, yo sabré siempre que os lo debo á vosotros dos y será mi pañuelo favorito.

Durante el dia, varias personas se presentaron en el colegio con el fin de saber como habian pasado la noche las niñas despues de tanta agitacion. Con tan plausible motivo concurrió tambien Gaston, pero quedó sorprendido al ver salir á su encuentro á la jóven directora, dando la mano á la pequeña Enriqueta.

—Caballero, le dijo aquella presentándole la moneda de oro, estábais tan poseido ayer del sueño, que, sin apercibiros de ello, habeis dado á mi criada el importe de un mes de su salario, en cambio de un servicio insignificante. La pobre y leal muchacha ha comprendido vuestra equivocacion y me ha encargado de devolveros esta moneda de oro, que confundiríais probablemente, al dársela, con otra de plata.

—Perdonad, señorita, respondió el jóven confuso; esa muchacha ha cuidado siempre con el mayor esmero de mi hermana, y he querido recompensar su celo.

—Esa muchacha tiene ya los salarios que yo le pago, caballero, y no hace en favor de Enriqueta ninguna cosa que no haga tambien con las demás. Si la familia de cada una de mis discípulas la recompensase de esa manera, muy pronto llegaria Juana á vivir de sus rentas y yo me veria privada de una criada obediente y fiel.

Blanca pronunció estas palabras de un modo tan significativo, que el jóven no pudo dudar un solo instante de la intencion que llevaban, y no encontrando nada que responder, recibió la moneda de manos de la bella señorita y la saludó sin atreverse siquiera á desplegar los labios.

—Bueno! Bueno! Gaston, dijo Enriqueta, te vas sin abrazarme! Qué malo eres!

—Perdona, queridita mia, dijo Gaston abrazando tiernamente á su hermana, soy un ingrato, porque ya sé que tú me amas de veras!

Y huyó sintiendo que las lágrimas se asomaban á sus ojos.

—Mala! exclamó la niña dirigiéndose á su jóven maestra, con la cual tenia ciertas libertades que ninguna otra colegiala se hubiera tomado, ¿porqué le has reñido á mi pobre Gaston? Le has hecho llorar!

—Calla, loquilla, dijo Blanca turbada, tu hermano ha dormido mal y tiene los ojos encarnados porque se ha acostado muy tarde.

—Y tú tambien, pequeña mamá, tienes los ojos encarnados, replicó la niña. Parece que has llorado.

—Eres una loquilla, te vuelvo á decir. Vamos, anda á jugar y déjame en paz. Tengo mucho que hacer.

La pequeña Enriqueta se fué corriendo al jardin y la jóven entró con paso lento en la casa.

III.

COMENTARIOS, DUELO, CALUMNIA.

Por espacio de ocho dias no se habló de otra cosa en la ciudad que de la comida del colegio, y al encontrarse dos personas se preguntaban: ¿habeis estado el primero de Octubre en casa de la señorita Blanca? lo mismo que en tiempo de Luis XIV se decia: ¿habeis estado el... enVaux, en casa del superintendente de Hacienda? La jóven directora era citada por los hombres en todas las ocasiones como un modelo de gracia y de belleza; tambien le hacian esta justicia algunas mujeres, sobre todo las mas hermosas y las mas amables. En cuanto á las feas y á las tontas, se mostraban implacables, y la pobre Blanca pasaba noche y dia por la criba de su maledicencia.

—Es un ángel! decian los hombres.

—Es una hada! decian las mujeres bellas y de talento.

—Es una hechicera! concluian las feas y las tontas, al frente de las cuales sobresalia la señora Bontemps.

En medio de tales juicios contradictorios, una persona se abstenia siempre de emitir su parecer. Esta persona era Gaston.

—Amigo mio, le dijo un dia un jóven teniente de gendarmes, que, por su doble cualidad de forastero y de militar habia sido excluido del salon de la señorita Blanca, amigo mio, observo que vos nunca decís nada.

—Porque temo decir demasiado, contestó el interpelado. ¡Ah! Querido amigo, añadió con fuego, soy muy desgraciado!

Y poniendo bajo su brazo el del teniente, se alejaron ámbos hablando de Blanca.

Desde este dia los dos jóvenes fueron inseparables.

Qué hacia entretanto la pobre Blanca?

La impresion que de aquella memorable noche conservaran los habitantes de la ciudad, iba desvaneciéndose dia por dia, para dejar lugar á los acontecimientos cuotidianos que constituyen la vida de provincia; pero la pobre jóven, apesar de sus esfuerzos para alejar la que le habia causado el amor de Gaston, y tal vez á causa de estos mismos esfuerzos, pensaba cada vez mas en ello. Bien conocia el corazon humano el viejo poeta que escribió estos versos:

Por alejar del alma
Un objeto querido,
Luchamos tristemente
Sin poder conseguirlo.
Su imágen hechicera
Nos sigue de contínuo,
Y al querer olvidarle...
Su recuerdo es mas vivo.

Hé ahí porqué la infeliz Blanca, que queria olvidar, no podia lograrlo y pensaba sin cesar en lo mismo que pretendia alejar de su imaginacion.

No habia vuelto á ver á Gaston desde el dia siguiente al de la comida, y recordaba que el jóven al separarse de ella iba llorando.

—He sido implacable con él, se decia, hasta la misma Enriqueta ha notado mi dureza. Pero, ¿porqué me ha dicho que me amaba? La menor palabra, el menor ademan; podian ser interpretados por él de una manera poco conveniente para mí, y era preciso disimular.

La jóven, ocupada exclusivamente de los cuidados de su casa, no hacia visita alguna; no salia nunca á excepcion de los domingos, dias en que, acompañada de su abuela, iba á oir la misa mayor. Apenas habia notado que desde la reunion del primero de Octubre una multitud de jóvenes se situaban al rededor de la pila del agua bendita, con objeto de verla salir de la iglesia. Nada tiene, en verdad, de particular que no se hubiese fijado en esta circunstancia, especialmente no hallándose Gaston entre aquellos jóvenes.

La vida de Blanca, tan tranquila en la apariencia, tan agitada en el fondo de su corazon, era, en realidad, muy triste. Su abuela padecia de la gota y guardaba cama con frecuencia. El notario y su mujer se vieron obligados á emprender un viaje á París por ciertos motivos de interés particular y ese viaje debia prolongarse bastante. Todas estas circunstancias reunidas venian á aumentar las preocupaciones de Blanca. Un ser únicamente tenia todavía el poder de conseguir distraerla y de hacerla sonreir algunas veces: este ser era Enriqueta. La niña adoraba á su hermano y el nombre de Gaston se asomaba á cada momento á sus labios en todas las conversaciones. Este nombre, que Blanca no se atrevia á pronunciar jamás, resonaba á sus oidos como una música deliciosa. Esa era la satisfaccion que se permitia en medio de las angustias de un amor sin esperanza. Por otra parte, ¿podia ella acaso impedir que una hermana hablase á todas horas de su hermano?

Frecuentemente se ha dicho: "una desgracia nunca viene sola;" y tal vez esto mismo es un beneficio de la Providencia, que trata de impedir, de esa manera, que se perpetúen ciertos dolores, para los cuales ninguna especie de felicidad produciria efecto. Viene á ser cierta cosa como el tratamiento homeopático para las enfermadades del alma. Blanca tuvo que sufrir bien pronto esta terrible prueba, porque habiéndosele retirado la gota al pecho á la abuela, la pobre vieja sucumbió al cabo de veinte y cuatro horas. Entonces fué cuando la desdichada jóven pudo decir que era verdaderamente huérfana. Blanca no conociera jamás á su madre á quien su nacimiento le habia costado la vida. Respecto á su padre, solo recordaba confusamente haber tirado del bigote á un hombre que la hacia saltar sobre sus rodillas; pero estos recuerdos eran muy vagos, pues el capitan Derby, obligado á partir para Africa en una época en que su hija no tenia mas que seis años, encontró la muerte del soldado en el campo de batalla de Constantina. Ya se sabe cuán grande es la afeccion de las abuelas por sus nietos; es, como si digéramos, una segunda edicion de la maternidad. ¡Ah! ¡Los nietos! ¡Los nietos son las rosas del otoño, las violetas del invierno!

Blanca, tan cuidada, tan mimada por su abuela, nunca se hallara en ocasion de deplorar la prematura muerte de sus padres. La pobre señora era á la vez su padre y su madre; de modo que Blanca lloró su pérdida como lloraria la de aquellos, pagando así á la memoria de unos seres tan queridos el tributo de lágrimas que su infantil edad no le permitiera dedicarles á la hora de su muerte.

Cuando el domingo siguiente se presentó en la iglesia apoyada en el brazo del señor Dupont, que este dia por la primera vez de su vida, demostrara fuerza de voluntad con la señorita, exigiéndole que le permitiese acompañarla (exigencia bien natural, por cierto, pues la pobre niña apenas podia sostenerse), un murmullo de tierna compasion se dejó oir á su paso, y á la conclusion de la misa, al dejar la silla en que estuviera arrodillada, ensimismada en su dolor, todas las frentes se inclinaron como ante la imágen de un santo en una procesion. Los jóvenes de la ciudad, con cierta delicadeza que les hacia mucho honor, se abstuvieron aquel dia de situarse, como de costumbre, al rededor de la pila; uno solo, el único quizás que no formaba parte del grupo ordinario, estaba en aquel momento allí, en una actitud supersticiosa y triste. Cuando la jóven adelantó la mano, Gaston, pues era él, sacó el guante de la suya con presteza, y humedeciendo las extremidades de sus dedos en el agua bendita, se los presentó á la huérfana. Esta los tocó tambien con las puntas de los suyos, sin saber á quien pertenecia aquella mano. Pero apenas sintió su contacto, por un movimiento mas poderoso que su voluntad, levantó los ojos y percibió á Gaston que la contemplaba con una inefable expresion de simpática tristeza. Entonces sus lágrimas, contenidas un instante, corrieron con nueva amargura, y conducida mas bien que sostenida por el viejo profesor, que lloraba tambien, volvió á su casa, donde se vió obligada á meterse en el lecho; tanto habian desgarrado su tierno corazon las emociones del dia.

Esta huérfana, vestida de luto, á quien prestaba adornos el dolor lo mismo que la belleza, habia conmovido profundamente á todas las personas que concurrieran á la iglesia, y las numerosas simpatías que llegara á inspirar con motivo de la fiesta de la apertura de las clases en el colegio, se renovaron con mayor intensidad que nunca.

—Qué bella é interesante es esa jóven! decia la noche de aquel mismo dia, en casa de la señora de Courtel, una encantadora viuda recien llegada de París para asistir al casamiento de un hermano suyo con una de las hijas del registrador de hipotecas.

—Oh! Es una buena alhaja! dijo á media voz el bello sustituto, que se declarara adorador de la jóven viuda; la cual, hacia una semana, era considerada como la *lionа* de la sociedad de aquella poblacion, donde se presentaba por la primera vez.

Ella, que poseia precisamente la dósis de coquetería necesaria para hacer la virtud amable, y que, por otra parte, no habia formado voto de permanecer viuda á los veinte y cuatro años, acogia estos homenages con ese tono de chanza que tan perfectamente saben manejar las mujeres de mundo para ocultar sus verdaderos sentimientos, y que con tanta frecuencia deja indecisos á los hombres sobre los adelantos que puedan figurarse haber hecho en el camino de los corazones, aunque esos hombres tengan toda la fatuidad suficiente para creerse irresistibles y peligrosos.

(*Se continuará.*) REMIGIO CAULA.

LA CORTE Y EL CAMPO.

EN EL ALBUM DE LA SEÑORA CONDESA DE B.

Cumpliéndote mi promesa,
los versos estampo aquí
que en San Lorenzo escribí
de tu órden, linda Condesa.

"Adios, corte seductora,
adios, brillantes salones,
con vuestras mil ilusiones
de que el alma se enamora.
Niñas como serafines,
que allí os juntábais hermosas,
mas galanas que las rosas
que esmaltan estos jardines.
¿Qué son los amantes trinos
de estos dulces ruiseñores
ante el acento de amores
de vuestros labios divinos?
Allí el alma se engrandece:
todo la inspira y halaga,
y de gloria se embriaga,
y de placer enloquece.
Mas el pecho traigo herido
de esa alegre sociedad
donde mi felicidad
nunca hallar hé conseguido.
Y al par que mi corazon,
mi cuerpo enfermo tambien,
con ese eterno vaiven
y contínua agitacion.
Allí, sin norte y sin centro,
gira en vértigo mi alma:
aquí en venturosa calma
conmigo mismo me encuentro.
Allí de mi juventud
voy agostando el verdor,
con esperanza ó temor
puesto siempre en inquietud.
Aquí, gozoso y tranquilo,
nada temo ni ambiciono,
y no diera por un trono
la paz de mi pobre asilo.
Allí apenas gozo el sueño
en pos de largo quebranto:
aquí al alba me levanto,

descansado, ágil, risueño.
Allí estrecha y triste calle
desde mi balcon se alcanza:
aquí miro en lontananza
un amenísimo valle.
Allí todo lo desea
mi alma sin conseguir nada,
mas con poco está saciada
en esta vida de aldea.
Allí, de gloria y ventura
anhelando un porvenir,
sacrifico mi vivir,
y aquí advierto mi locura.
Y mi largo parangon
con un pensamieuto acabo,
allí soy del mundo esclavo,
y aquí rey de la creacion.
De tanto ensueño falaz
mi pensamiento apartando,
voy al cabo recobrando
reposo, salud y paz.
Ya mi mente no deslumbra
esa gloria fementida
que en sombras deja la vida
y solo el sepulcro alumbra.
Aquí de la religion
logro mejor los consuelos
y leo en los puros cielos
del Señor la inspiracion.
La oigo de las avecillas
en las sentidas querellas
y de noche en las estrellas
que cantan sus maravillas.
Sosegarse mis pasiones
en este retiro siento,
y abro á Dios mi pensamiento
mas puro en mis oraciones.
Y, cual su grato perfume
eleva al cielo la flor,
á él sube el fuego de amor
que mi existencia consume.
Tú, Condesa encantadora,
en quien genio y hermosura
con un alma tierna y pura
unidos la corte adora.
Entre la pompa y el fausto
de que disfrutando estás,
de dicha y calma quizás
sentirás el pecho exhausto.
No ajes ahí tu belleza,
que en este hermoso lugar
te convidan á gozar
Dios y la naturaleza."

F. J. SIMONET.

CANTO A CUBA.

A CARLOTA RUIZ DE GIBERT.

A la agradable armonia
de tu tiplecillo blando
quiero acompañar, pulsando
la pobre bandurria mia.
Cual dos vates que á porfía
rinden amantes loores
al blanco de sus amores,
nuestro acento al éter suba
hoy, que cantamos de Cuba
los naturales primores.

Envuelta en púrpura y grana,
ceñida de oro la frente,
por las puertas del oriente
aparece la mañana,
tan espléndida y galana,
luciendo tales primores,
que le rinden mil loores
en honor de su grandeza
á la gran Naturaleza,
fuentes, pájaros y flores.

Oigo en la noche callada
dulcemente embebecida,
de las hojas la caida
y el rumor de la cascada;
junto á la palma elevada
se abisma mi pensamiento,
y en santo recojimiento
siento mi ánima empaparse,
cuando la miro burlarse
del Sol, del agua y del viento.

De Febo los resplandores
cubren de verdura el monte,
de luces el horizonte,
y de matices las flores,
el iris de tornasoles;
y hasta el Mar, inseguro
se hace el color, que procuro
pintar por hermoso y raro;
á veces es verde-claro,
y á veces es verde-oscuro.

Todo es belleza en tu seno,
Cuba, á quien el alma adora;
bella la fuente sonora,
bellísimo el prado ameno;
es bello el éter sereno,
bella la lluvia al caer,
es bello el amanecer,
y colorando las flores
lanza Febo sus fulgores,
y es bello el anochecer.

Allá en la esfera azulada
asemejan los celajes
los riquísimos encajes
do una vírjen desposada;
ó ya concha nacarada,
ó de luces un tesoro;
ó ya se forman en coro
grupos, que el espacio hendiendo,
se van súbito tiñendo
de ópalo, púrpura y oro.

Me encanta la poesía
de que se cubre el espacio,
de nubes, de oro y topacio,
cuando rompe el claro dia;
dulcísima es la armonía
con que entona el ruiseñor
himnos de paz y de amor,
cuyo lenguaje sonoro
envia su pico de oro
hasta el trono del Señor.

Mi corazon se dilata
si Diana tiende gallarda
sobre campos de esmeralda
su tibia lumbre de plata.
Si el arroyo la retrata
en su linfa cristalina,
si los mares ilumina,
ó si va con lento paso
escondiendo en el ocaso
su carroza diamantina.

Misteriosas y sin cuento
se esparcen las luces bellas
de rutilantes estrellas
por el alto firmamento.
¡Cual se abisma el pensamiento
al ver tanta luz brillante,
ya tranquila, ya temblante!
¿será hechura tan lucida
globos de plata bruñida,
ó planetas de diamante?

En tu suelo bendecido,
se levanta, Cuba hermosa,
la esbelta palma alterosa
y el caoba enrojecido:
allá en el bosque escondido,
del solibio la armonía
himnos alza de alegría.
Oh! tú eres, patria querida,
linda perla desprendida
de la falda de María.

Bien sé que tantos primores
no solo tu seno encierra;
bien sé que á toda la tierra
prodiga Dios su favores;
del rojo Sol los fulgores,
la Luna y sus luces bellas,
cielo azul, claras centellas;
pero en tí, con más belleza
ostenta Naturaleza
cielo, sol luna y estrellas.

Aquí arbustos, allí flores,
acá frutas apiñadas,
allá las linfas plateadas
de arroyos murmuradores:
el poeta mil loores
te ofrece en su ardiente anhelo.
No hay suelo como tu suelo;
cual tu luz solar, ninguna,
ni luna como tu luna,
ni cielo como tu cielo.

Isla de Cuba.

CATALINA RODRIGUEZ.

LOS VECINOS DE DARLINGEN.

NOVELA DE ENRIQUE CONSCIENCE.

(CONTINUACION.)

—El pobre se halla sumido en una sombría desesperacion, no tiene padres ni familia; damos al huérfano de vuestro difunto amigo un padre, una madre y una fortuna. Y quién sabe si esta prueba de cariño le devolverá el valor perdido!...

—Silencio, hermana mia! Ernesto baja la escalera... vuestro proyecto me agrada, pero es un partido extremo: ya hablaremos.

El jóven entró en el salon y se aproximó á la mesa balbuceando en voz baja un saludo. Estaba muy pálido y los rasgos de su fisonomía, aunque tranquilos en apariencia, tenian el sello de un dolor inmenso.

—Vamos, hijo mio, un poco de valor; dijo Blondeel. Sentaos; os esperamos hace tiempo para desayunarnos.

—Yo no tengo apetito, Mr. Juan; murmuró Decock.

—Es preciso comer!...

—Yo quisiera preguntaros una cosa, señor; quizá hallareis extraño que os hable en esta ocasion de negocios sérios; pero tengo confianza en vuestra benevolencia. ¡Ah! considerad que soy muy desgraciado...

—Y bien, qué es ello? Me asustais!... dijo Juan Blondeel mirándole con asombro.

—Vos habeis, en memoria de mi padre, aceptado generosamente la tutela de un huérfano; replicó Ernesto. El huérfano ha disfrutado los beneficios de su bienhechor, sin inquietarse jamás por las cuentas de la tutela; el tutor tampoco habló nunca de esto; yo os estoy sinceramente reconocido, Mr. Juan, y ha sido largo tiempo mi orgullo el pensar que no dudaríais de mi corazon. Ahora os ruego me perdoneis, porque estoy obligado á pediros mi cuenta; no puede quedar gran cosa de lo que mis padres me dejaron, pero por poco que sea, yo hallaré un medio de aumentarlo.

—Ernesto, Ernesto; ¿qué extrañas ideas os asaltan? exclamó M.lle Blondeel con inquietud.

—Vuestra cuenta!... repitió Blondeel. No es este el momento de hablar de semejante cosa.

—Mi deseo no es conocer mi cuenta en detalle, dijo el jóven con un tono triste; yo os suplico tengais la bondad de decirme únicamente si me queda todavía alguna cosa.

—Que si os queda alguna cosa? repitió Blondeel; vuestra cuenta es fácil de hacer; es mas, está hecha: os quedan todavía veinte mil francos.

Ernesto sacudió la cabeza y dijo con una sonrisa dolorosa:

—No: sed franco conmigo. Yo apenas heredé treinta mil francos de mis padres. Mi carrera, mis alimentos desde la infancia, mi estancia en Inglaterra no deben haber costado mucho menos. Todo lo que yo me atrevo á esperar es si me quedan cinco ó seis mil francos; os agradezco, Mr. Blondeel, vuestras generosas intenciones; pero no puedo aceptar semejante cuenta.

—Y yo no os daré otra, amigo mio.

María Blondeel dijo con dulce interés:

—Pobre Ernesto!... sois bien desgraciado; pero consolaos; este amargo pesar se desvanecerá con el tiempo. ¿Vos deseais dinero y para qué?

—Quiero marcharme. Irme lejos de aquí; á América; murmuró Decock.

—Cómo! atravesar los mares!... qué idea!... ¿Y yo os daria el dinero para un acto tan desesperado? exclamó Blondeel asustado.

Ernesto acercó su silla á la mesa y dijo con una calma suprema:

—Yo os ruego, mis queridos bienhechores, no dudeis de la gravedad de mis palabras. El proyecto de ir á América es una decision madurada y friamente pensada. Sed razonables; ¿qué podria yo hacer aquí? Herminia era el orígen, la causa de mi valor; sin ella, el ardor y la voluntad me faltan para crearme un porvenir con mis propias fuerzas. Será preciso que vengais conmigo á Bruselas á casa de algun gran asentista, que me den alguna comision para allá.

—Jamás, jamás!... Ernesto; replicó la anciana conmovida; nosotros estamos aquí para daros valor y para ayudaros.

—Sea; yo sé, M.lle, que vuestra bondad es infinita; pero reflexionad; si me quedo en Bruselas estaré quizá expuesto á encontrarla algun dia del brazo de...

Sus ojos brillaron; el fuego de la cólera subió á su rostro y continuó con una voz temblorosa:

—Oh Dios mio!... si la hace desgraciada!... si yo llego á leer la desesperacion en sus ojos, no azotaré en la calle el rostro del tirano que va á emponzoñar por egoismo la vida de un ángel, pero le seguiré hasta obiigarle á aceptar el combate y correrá la sangre del verdugo de la inocente víctima.

Diciendo estas palabras Ernesto se habia levantado y temblaban todos sus miembros como si le amenazase algun enemigo invisible. Mr. Blondeel cogió al jóven por el talle, M.lle María le puso la mano en el hombro y los dos se esforzaron en calmarle.

—Yo soy hombre; balbuceó; y un corazon como el mio no se deja aniquilar así. ¡Ah! si yo no dudase de su valor!... quién sabe. ¿Consentirá quizá? él ó yo. Ella será libre, ó al menos yo no quedaré sobre la tierra para ser testigo de su desgracia!...

—Pobre jóven!... está loco; dijo la señorita María con los ojos llenos de lágrimas. ¡Ah! Juan, detenle; me hace morir de espanto.

Conmovido por el grito de angustia de la anciana, se dejó caer sobre una silla y quedó silencioso aunque temblando todavía visiblemente.

—Vamos, Ernesto, mi pobre amigo, volved en vos; dijo Juan Blondeel. Haceis mal en afligiros así, no está perdida la esperanza; quién sabe todavía, seis semanas, dos meses, son un largo plazo, y pueden aparecer dificultades que impidan el matrimonio de Herminia.

—No, no; murmuró el jóven con una sonrisa desesperada; es por generosidad, por compasion, por lo que me inspirais esa confianza. Todo está perdido.

—Pero caereis enfermo, Ernesto; tranquilizaos; yo os lo suplico.

—Esto ha concluido, señor; murmuró el jóven con acento de amarga ironía. Es una locura pensarlo: ¿qué títulos tengo yo para unirme á esta familia? ¿Con qué derecho quiero obtener lo que pertenece á otro? Perdonad este arrebato á un pobre jóven cuya alma se subleva contra su suerte cruel. Abandonar mi patria es el único medio de salud; en América quizá logre olvidar

este sueño insensato. ¡Oh! verla yo del brazo de Mr. de Pottewal?... jamás! jamás!... Dadme, yo os ruego, lo que me queda de mi herencia, poco ó mucho; yo no quiero discutir el reconocimiento que pueden impedirme vuestros beneficios; pero ayudadme y dejadme partir.

M.lle María tomó la mano del jóven y dijo con emocion:

—Quereis partir, Ernesto? ¿Iros á vivir lejos de esta patria querida, en la otra parte del mundo, viviendo desesperado sin que un amigo se acerque á consolaros?... Quedaos; nosotros no tenemos hijos, y nuestra familia solo nos da pesares; sed vos nuestro hijo, os amaremos y cura remos la llaga de vuestro corazon.

—Imposible, mi buena María; suspiró el jóven; tened compasion de mí y dejadme partir.

La anciana replicó con tono insinuante y con los ojos húmedos:

—Ernesto, sed complaciente para con estos pobres viejos que tienen necesidad de amar á alguno. Herminia está perdida para nosotros, vos solo podeis ser el objeto de nuestra afeccion. Recordad que os hemos cuidado desde vuestra infancia, que hemos soñado con vuestro porvenir y pensado en vuestra dicha como un padre y una madre por su hijo. Y ahora que Herminia está vedada á nuestro amor, vos nos abandonareis igualmente!... Dejarnos solos!... qué nos quedará!... ¿llorar la suerte de la pobre Herminia y alarmarnos con la incertidumbre de la vuestra? ¡Oh! vos teneis un corazon agradecido, y no sereis bastante insensible para hacer desgraciados á los que os han cuidado con tanto amor.

—Hacer vuestra desgracia!... murmuró el jóven. ¡Mi partida os haria desgraciados á vosotros que sois mis bienhechores!...

—Cierto; cierto; replicó Blondeel con voz sorda.

Y hubo un momento de silencio.

—Y bien, me quedaré; dijo Ernesto con tono firme. Que el cielo me conceda fuerza bastante para soportar mi dolor. Vosotros habeis amado á Herminia, la amais todavía; daré, pues, un nuevo objeto á mi vida pagando su deuda y la mia.

Se levantó, dió un paso para salir del salon; pero viendo que este movimiento asustaba á sus bienhechores, les dijo muy tranquilamente:

—No; no os inquieteis; la tempestad ha pasado. Todos estos pensamientos, todas estas determinaciones sucesivas me aturden la cabeza y deseo estar solo algunos instantes para tranquilizarme. Dejadme ir al jardin; el aire puro me refrescará.

Mr. Blondeel y su hermana le miraron sin decir palabra y bien pronto, cuando hubo desaparecido, dijo ella:

—Y bien, Juan; vacilareis todavía? Luego será tarde, es preciso que hoy mismo adoptemos á Ernesto por nuestro hijo. Esta muestra incontestable de nuestro afecto le dará fuerzas y le consolará. Ya lo veis; es tan agradecido y tan generoso que el solo temor de que nos aflija su partida le hace renunciar á su proyecto. Debeis ir en seguida á casa del notario y hacerle preparar un acta de adopcion. Así estaremos libres de este penoso cuidado.

—Sí; pero... objetó su hermano; ese proyecto debe, si no me engaño, someterse á muchas formalidades. El juez y el tribunal deben intervenir; yo consultaré el código civil.

Y diciendo esto se levantó y tomó un libro de la biblioteca. Le abrió sobre la mesa y comenzó á ojearle; cuando hubo hallado los artículos que buscaba los leyó en voz baja y dijo:

—Qué veo!... "Artículo 344. Ninguno puede ser adoptado por mas de una persona á no ser dos esposos." Segun esto, María, no podemos adoptarle juntos, solamente uno de los dos.

—Es bien extraño!... suspiró la anciana; ¿para qué habrán hecho esa ley,

—Yo no lo sé, hermana mia. ¿Y le adoptareis vos?

—Desde luego tendria gusto en ello, ¡pero una mujer!... ¿no sería mas conveniente que lo hiciéseis vos, Blondeel? Esto no impedirá el mirarle como á un hijo.

—Sea; puesto que no hay otro medio. Yo veo aquí, segun os decia, que nuestra declaracion debe ser hecha primeramente ante el juez de paz y en seguida el tribunal confirma la adopcion bajo juramento.

—Y durará esto mucho tiempo, hermano mio?

—Quién sabe, María; la justicia tiene piés de plomo...

Catalina entró en la sala y dijo con cierto asombro:

—Señor, señorita; yo estaba en la puerta de la calle limpiando el puño del tirador y he visto á Mr. Romys, vuestro cuñado, que viene por allá abajo.

—Mr. Romys?... qué significa esto!... dijeron á un tiempo los dos hermanos interrogándose el uno al otro con una mirada de asombro.

—Habrá sucedido alguna cosa?...

—Tendrá todavía esperanza?

—Dejadme solo con él; dijo Blondeel.

—No, hermano mio; esta vez no satisfaré vuestro deseo; dijo la señora con tono resuelto. Sin duda tiene miedo, teme que cumplais vuestra amenaza y viene á ver si con engaños y con palabras artificiosas os hace renunciar á vuestro proyecto. Sois demasiado bueno y os dejareis fácilmente dominar, por eso quiero quedar aquí para acudir en vuestra ayuda. Con un poco de firmeza acaso salvemos todavía á nuestra pobre Herminia. ¡Oh! si esto sucediera cuánto se alegraria Ernesto!...

Resonó la campanilla y poco despues apareció Romys en el salon. Parecia muy afligido y su voz demostraba un profundo abatimiento.

—Amigos mios: no os enfadeis conmigo, que Herminia no se casa ya con Pottewal, dijo él.

Esta nueva produjo en Blondeel una viva emocion. María levantó las manos al cielo y dejó escapar un grito de júbilo; sin embargo una sospecha acerca de la sinceridad de Romys se deslizó súbitamente en su corazon. Reprimió su alegría y preguntó:

—De veras? podemos creerlo firmemente? ¿que no se casará Herminia con Pottewal? es cierto lo que decís?

—Sí, María; no se casará, y esto hará cesar entre nosotros la desavenencia ¿no es verdad?

Blondeel tomó la mano de su cuñado y estrechándosela con ardor exclamó;

—Todo está olvidado; volveremos á ser amigos y buenos amigos.

—Tan pronto, Juan?... Ya veremos despues. Las cosas han ido demasiado lejos para olvidarlas tan ligeramente y no quiero exponerme á sufrir otro disgusto semejante. Y decidnos Romys ¿qué ha sucedido? Pareceis consternado como si os hubiera acontecido una gran desgracia.

—Ah! hermana mia; gimió Romys, yo soy el hombre mas desgraciado de la tierra. No he dormido en toda la noche y me he arrancado los cabellos de desesperacion. Ahora pasó un poco; pero ayer tarde hubiera sido capaz de ahogarme.

—Y todo esto porque Herminia no se casa ya?

—Justamente; ¡no es bastante desgracia para mí!... Oh! esa Teresa con su reserva hipócrita, con su sagacidad, pues tiene mas picardias que un abogado, no sé qué complot ha fraguado con ese estúpido de Pottewal, que han hecho cambiar todos mis proyectos. ¿Creereis que es ella la que se casa con Pottewal?

—Ah!... ah!... es Teresa!... dijo riendo Blondeel y golpeando á su cuñado en el hombro; entonces, os felicito, Bonifacio, porque la familia tiene igualmente los cuatrocientos mil francos que os seducian.

—Ah! vosotros no comprendeis mi desgracia; replicó Romys, esto abreviará mi vida, estad seguros de ello.

—Pero si el matrimonio de Teresa os desagrada, ¿porqué no lo impedís? objetó María.

—¿Impedirlo?... ¡Prohibir yo alguna cosa á Teresa, amigos mios! es como si os rompiérais la cabeza contra la pared; creeis que yo soy testarudo y lo es ella mas. Ha sido un infierno la casa desde ayer á medio dia; Herminia que se desmaya, su madre que gime y se lamenta, y en medio de todo esto Pottewal que viene á decirme que ha cambiado de idea y que prefiere casarse con Teresa; ella estaba presente cuando dijo esto, yo creí que recibiria la demanda con indignacion, pero al contrario la picarona se habia entendido con Pottewal, y hubiera sido inútil toda lucha. Esto ha sido una infamia; la hipócrita, que mostraba tanta aversion por el matrimonio, tanta repugnancia; bien lo sabeis; y ella misma ha fijado el dote de ciento veinte mil francos, en presencia de Pottewal para que no pudiera rehusarlo, y esto es mi ruina, la ruina de la familia!...

Sus hermanos habian escuchado con asombro esta explicacion y comprendieron porqué sentia tanto el matrimonio de Teresa.

—Pero Romys, exclamó María; me parece que debiérais regocijaros por este cambio. Teresa se casa á su gusto, y no os veis en el caso de obligar á una de vuestras hijas á contraer una alianza que pudiera hacerla desgraciada, y además que la ocasion que os sonreia tanto no se pierde, queda en vuestra familia.

—Y ella se atreve á decir, que quiere tener muchos hijos... refunfuñó Romys, ¡la picarona!... ¡dividir la fortuna de la familia hasta lo infinito!... ¡Hacerme temer que mis descendientes sean unos pobres diablos, que decaigan en igual de elevarse!... Oh! Hermana mia!... ¡haced muchos cálculos durante vuestra vida y quitaos el pan de la boca para vuestros hijos!...

—Todo eso no esplica suficientemente la causa de que ese matrimonio os entristezca tanto.

—No lo comprendeis, hermana mia? Siendo Teresa la mujer de Pottewal tengo que darle ciento veinte mil francos; Herminia no se quedará soltera, pues si su hermana tan fria en apariencia acepta un esposo engañando á su padre qué no deberá esperarse de ella? por el amor de Dios; se casará tambien y en lugar de un dote tendré que dar dos. Ah! esta idea me hiela la sangre; soy hombre perdido.

Blondeel y su hermana arriesgaron algunas observaciones por hacerle concebir una idea mas razonable del estado de sus negocios; pere Romys que no parecia hacer caso dijo de repente:

—Todo este pesar me ha hecho olvidarme de la causa que me trae aquí. Mi mujer está en la cama; Herminia tambien está enferma, y la idea de que no volverán á veros las espanta y las hace llorar de tal manera que no es posible estar un momento á su lado. En vano he querido persuadirlas de que sois demasiado generoso y demasiado bueno para cumplir las amenazas que hicisteis en un instante de cólera; ellas quieren veros. En fin, cediendo á sus lamentos, he venido para rogaros de su parte que vengais conmigo á Darlingen. Están enfermas, suspiran por veros, y no creo yo que rehuseis ciertamente sus ruegos.

—Estoy pronto á seguiros; dijo Blondeel; tanto mas cuanto deseo hablaros en el camino de un cierto negocio que me pesa en el alma.

—Pero todo está olvidado, no es cierto?... Somos amigos como antes? preguntó Romys.

—Es claro, aseguró Juan, puesto que Herminia...

—No es tan claro, como vos creeis, Juan; interrumpió María. Sentaos todavía uu poco, Bonifacio, pues no es con mi hermano únicamente con quien teneis que entenderos. Desde luego nuestros sentimientos son los mismos, con la única diferencia de que yo no me dejo convencer tan fácilmente por palabras artificiosas. El os dice que todo está olvidado y se engaña; hasta el presente está irrevocablemente decidido que vuestra familia no heredará nuestra fortuna.

—Vamos, hermana mia, os chanceais? murmuró Romys.

—Chancearme!... por supuesto; partid y vereis!...

—Blondeel; venid vos á decirme que todo está olvidado y perdonado.

—Sí; Bonifacio; mi hermana tiene razon; hay una condicion de que queria hablaros en el camino.

—Una condicion!... y cuál me direis? preguntó Romys visiblemente alarmado como si adivinase lo que se queria exigir de él.

(*Se continuará.*) FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

EL BACULO Y LA FUENTE.

EN EL ALBUM DE MI AMIGO GENARO GENOVES.

Rendido de fatiga el peregrino,
Casi muerto de sed, falto de aliento,
Apóyase en el báculo un momento,
Mira al cielo, y prosigue su camino.
Brota á lo lejos manantial divino
Bajo las palmas que columpia el viento,
Hace un esfuerzo más, llega sediento,
Bebe, y bendice su feliz destino.
. . . . . .
En el desierto de la paz perdida
Camina el corazon triste y doliente.
En vano busca la ilusion querida,
El dulce sueño que forjó en su mente!
Peregrino tambien, cruza la vida,
La amistad es el báculo y la fuente.

ANTONINO CHOCOMELI CODINA.

Explicacion del figurin iluminado.

ENAGUA INTERIOR DE TAFETAN VIOLETA CLARO, guarnecida de tiras al sesgo de tafetan violeta, dispuestas en líneas rectas y en rombos. Trage corto de pelo de cabra, recogido sobre la enagua por bandas cubiertas de tiras al sesgo de raso, terminadas en rombos; paletot igual al trage, guarnecido del mismo modo. Sombrero de crespon violeta claro, guarnecido de pendientes de cuentas blancas y de plumas pequeñas violeta, formando orla.

TRAGE DE PAÑO DE SEDA COLOR TÓRTOLA.—El borde de la enagua está guarnecido con un volante plegado, recortado por ámbos lados; un galon de cuentas blancas con pendientes separa este volante, de modo que le forme una cabeza; sobre cada costura corre una sarta de cuentas blancas; el trage va cerrado desde el cuello hasta los piés con botones gruesos: sobre el corpiño del trage, que es de forma de funda, un galon con fleco de cuentas blancas figura una berta cuadrada; la parte superior del corpiño (hasta la berta) y las mangas se bordan con un salpicado de cuentas blancas. Sombrero de paja amarilla, con plumas y cintas azules.

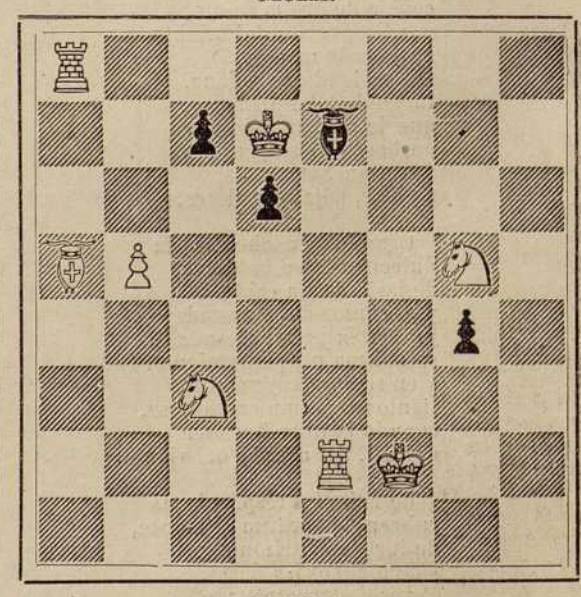
PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.° 89.

Blancas.	*Negras.*
1.ª R.ª 6.ª C.R.ª	P. toma R.ª ó A. 6.ª T.R.ª
2.ª C. 7.ª A.R.ª	C. toma A.
3.ª C. 5.ª C.R.ª jaque.	R. toma C.
4.ª P. 4.ª R.ª jaque-mate.	

PROBLEMA N.° 90, COMPUESTO POR M. DE LUDEMANN.

NEGRAS.

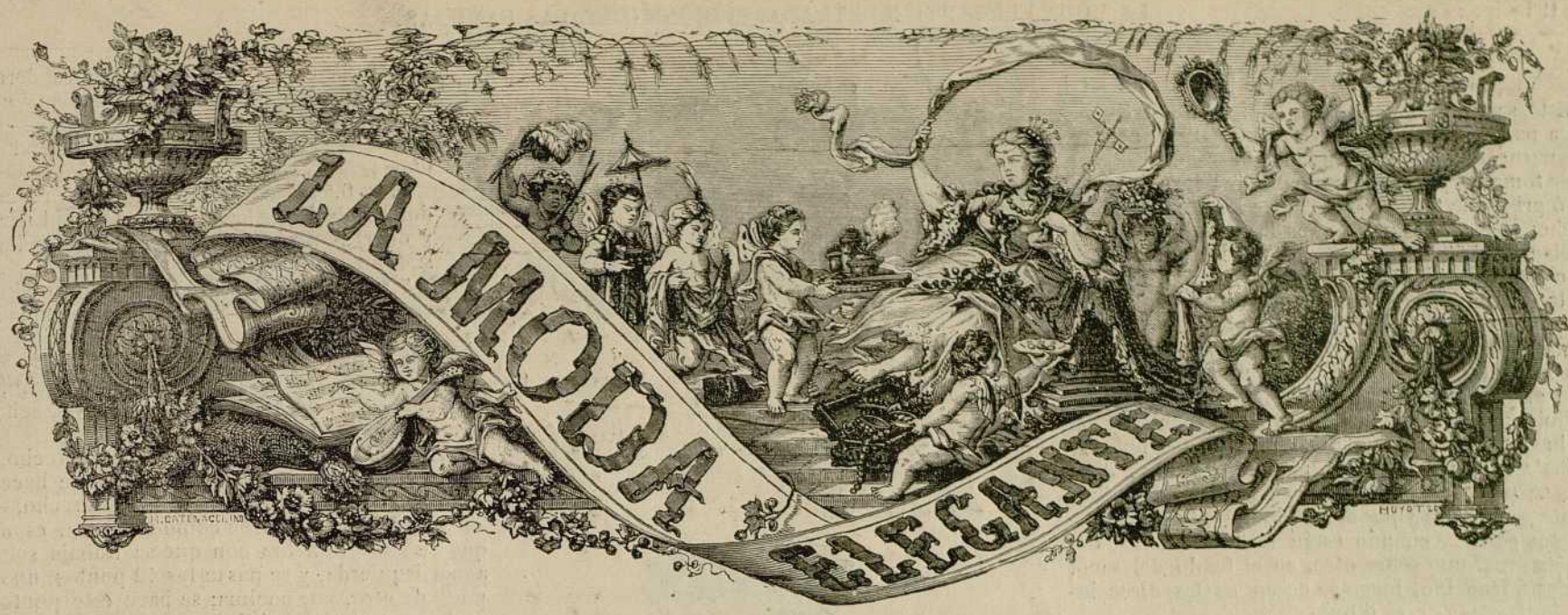


BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 4 jugadas

DIRECTOR: D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ. 1867.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA, á cargo de D. Federico Joly y Velasco.
Bomba, n. 1.



AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 25.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs... Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs...Seis meses,65...Tres meses, 35... Un mes, 12.

Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs....Seis meses, 42... Tres meses, 22...Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

EDITOR PROPIETARIO: Don Abelardo de Cárlos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes.... Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Libreria de Don C. Bailly-Bailliere, plaza del Príncipe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tánago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux.
PARIS, Mr. Fermin Didot frères, rue Jacob, 56.

Sumario.— Siete modelos de sombreros para verano.—Rollo para labores de punto de aguja.—Saco para ropa blanca fina.— Empuñadura para sombrilla.—Caja en forma de álbum.— Encage atravesado á punto de aguja.—Cinturon cubierto al crochet.—Encage de frivolité.—Entredoses al crochet.—Peto á punto de aguja.—Colcha de viage.—Trage de fulard. Trage de pelo de cabra matz.—Trage de linó gris para niña de 10 años.—Un colegio de señoritas en provincia.—Alboradas.—A Granada.—Los vecinos de Darlingen.— La estrella del Norte.

Tres sombreros de verano.

N.° 1. — *Sombrero de tul lila*, con bordado de cuentas blancas de cristal y cascabelillos de cristal, adornado con trenzas de cinta de tafetan lila y azaleas blancas.

N.° 2.—*Sombrero de paja amarilla*, bordado con cañutillos negros; bridas de tul negro, cintas de tafetan negro; á la derecha anémona amarilla con follage de cuentas de ámbar.

N.° 3.—*Sombrero de tul blanco*, adornado con flores de Giberville y largos cascabelillos blancos; las mismas flores en el extremo de cada una de las dos bandas de tul blanco que forman las bridas.

Otros cuatro sombreros de verano.

N.° 1.—*Sombrero de crespon verde-agua*, bordado de cuentas del mismo color, con cascabelillos correspondientes; la parte anterior del sombrero se orla con una trenza hecha de cinta de tafetan verde; rosa con rocío.

N.° 1.—SOMBRERO DE TUL LILA.

N.° 2. — *Sombrero de ala-diadema de paja blanca*, bordado de cuentas negras; flores con rocío; bridas trenzadas de cinta de tafetan rosa.

N.° 3.— *Sombrero de tul blanco*, bordado con un salpicado de felpilla lila, y guarnecido todo al rededor con trenzas hechas de cinta lila, adornadas con cascabelillos de cuentas blancas; sobre el ala racimos de uvas de crespon lila, con follage de lo mismo.

N.° 4.—*Sombrero de paja blanca.* Las puntas del fondo se ribetean con tafetan maiz claro; bordado de cañutillo blanco, cascabelillos correspondientes; las puntas caen sobre una cinta de terciopelo color castaño; bridas de cinta de tafetan maiz. (Véanse estos cuatro sombreros en la página 196 del presente número).

N.° 2.—SOMBRERO DE PAJA AMARILLA.

Rollo para labores de punto de aguja.

MATERIALES.—Carton; percal glaseado blanco; torzal blanco de seda; cinta de tafetan azul de 2 cents. de ancho.

Este rollo se compone de dos partes de carton, cada una de 15 cents. de largo, una de ellas de 24 cents. de ancho, y la otra de 23, forradas de percalina glaseada blanca, ó para mayor elegancia, de tafetan ó de raso blancos. Cada una de estas partes se arrolla, y luego se cose ó se pega de modo que se forme con ella un cilindro. La mas estrecha de las dos mitades, destinada á conservar la labor, se introduce en el otro cilindro, y este es, por tanto, el que solamente se ha de cubrir con una red hecha de seda. Para esta red se arman 57 mallas sobre un molde de tres cuartos de centímetro de circunferencia; se hacen en redondo sobre el mismo número de mallas 71 vueltas; se pone esta red sobre el cilindro de modo que exceda de él por uno de sus lados un espacio de 9 vueltas de red; por la última de estas 9 vueltas se pasa una cinta estrecha de tafetan, la cual se aprieta de modo que la abertura de la red no tenga mas que 2 cents. de diámetro. El otro lado del cilindro interior se guarnece del mismo modo, y para esta parte de la red se arman 55 mallas, y se hacen 9 vueltas en redondo. El cilindro exterior se guarnece con rizados, lazos de cinta, y un asa, tambien de cinta, que tenga 41 centímetros de largo.

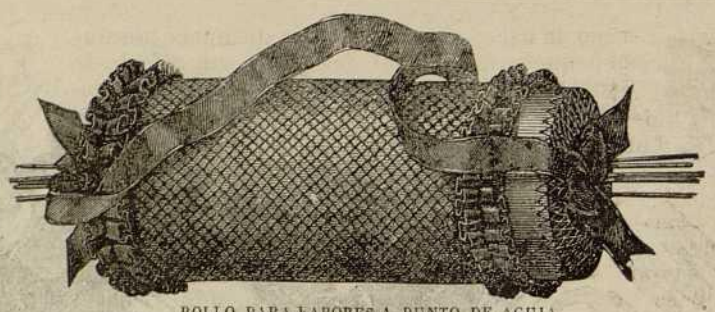
N.° 3.—SOMBRERO DE TUL BLANCO.

Saco para ropa blanca fina.

Este saco contiene la ropa blanca fina destinada para el lavado; se hace de percal blanco; se guarnece con trenza de lana encarnada.

Se toma un pedazo de percal ó de lienzo crudo ó gris, que tenga 85 cents. de largo y 58 de ancho; se hace en uno de sus lados largos un dobladillo de 3 cents., luego, á 1 cent. de distancia de este dobladillo, una jareta á través de la cual se pasará despues una cinta; el otro lado largo se frunce. Para la guarnicion, se toman 8 pedazos de trenza de lana, cada uno de 54 cents. de largo; en cada extremo de estas trenzas se forma un buclecillo doblando el cabo y pasándolo por una aberturita que se hace en la trenza, luego se le fija por el revés con algunos puntos.

Cuatro trenzas se ponen una junto á otra, despues se pasan las otras cuatro trenzas alternativamente *por encima* y *por debajo* de las anteriores. Estos dos *galones*, cuando están terminados se colocan en cruz, uno sobre otro, en el fondo del saco, que está fruncido, luego se cosen en las direcciones indicadas por el dibujo.



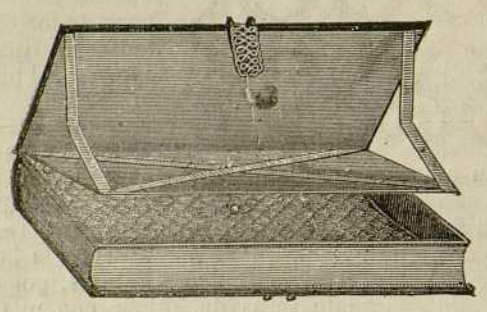
ROLLO PARA LABORES A PUNTO DE AGUJA.

Empuñadura para sombrilla, crochet.

MATERIALES.—Una madeja de torzal negro de seda y un poco de la misma seda azul; 1 metro y 60 cents. de cordon fino azul de seda; dos borlas azules de seda.

Esta empuñadura tiene un centímetro y 3/4 de ancho por 28 de largo. Se pasa por ella el brazo para llevar mas fácilmente una sombrilla ó un paraguas.

Se hace al crochet con seda negra una cadeneta



INTERIOR DE LA CAJA PARA GUANTES.

algo apretada, de unos 30 cents. de largo, que se reune *en redondo*; se toma el cordon de seda y se hace por encima * un punto sencillo en uno de la cadeneta,—2 en el aire, por debajo de los cuales se pasan 2 puntos de la cadeneta. Vuélvase siempre desde *. De este modo se hacen 5 vueltas, pero colocando siempre los puntos sencillos encima de los en el aire de la vuelta anterior.

El contorno de este círculo se orla con una especie de galoncito hecho con seda azul del modo siguiente: * un punto sencillo sobre 2 en el aire,—un piquillo, es decir, 4 puntos en el aire y uno sencillo en el primero de estos 4. Vuélvase desde *.

Este círculo se adorna con dos borlas.

Caja para guantes y otros objetos en forma de álbum.

MATERIALES.—Carton, tafetan blanco; reps azul de seda; cinta de tafetan blanco de 1 cent. de ancho; cordon blanco de seda; cordoncillo de plata fino y grueso; trencilla de plata; botones de metal blanco.

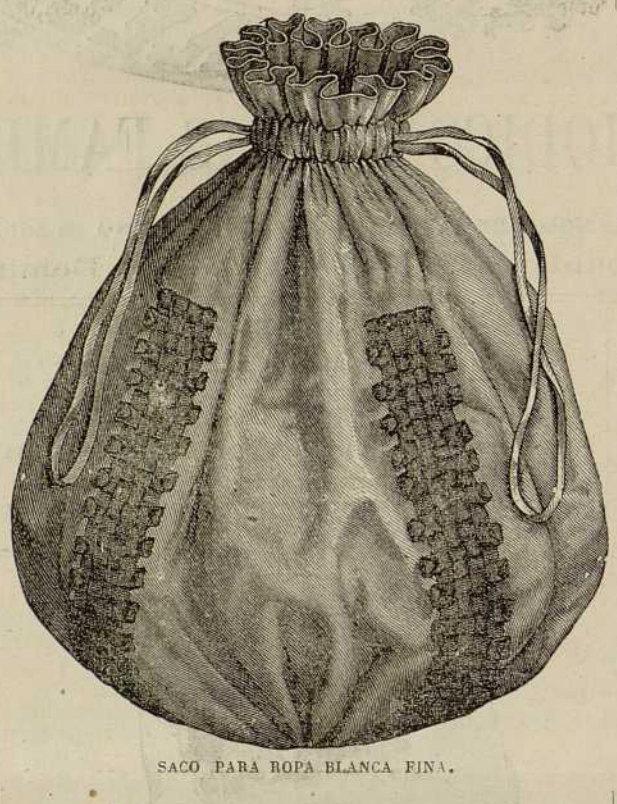
Se forma con carton una caja de 25 centímetros de largo, 17 de ancho, y 4 y medio de profundidad; se la cubre con reps de seda, y se adorna con aplicaciones de terciopelo negro, rodeadas de cordoncillo de plata. En el interior, que se forra de tafetan blanco, se encuentra una segunda tapa sobre la cual se cruzan unas cintas, y que se une por otra cinta á la tapa principal; esta segunda tapa lleva todo al rededor cordon blanco de seda. Por un lado las dos tapas se reunen por medio de dos cintas de 14 cents. de largo cada una, por el otro la reunion se verifica mediante algunos puntos. Entre las dos tapas se colocan los guantes, y en el hueco inferior se colocan los pañuelos; en la caja se pone un saquillo perfumado.

El dibujo, tal como lo publicamos, puede servir para álbum.

Encage atravesado, á punto de aguja.

Segun el uso á que se destine este encage, se empleará hilo ó algodon mas ó menos fino; puede tambien hacerse de lana. Se arman 13 puntos.

1.ª *vuelta.* —Un punto levantado (sin hacerse),—1 al derecho,—menguado (es decir, 2 puntos hechos juntos al derecho),—2 echados, —menguado, —7 al derecho.



SACO PARA ROPA BLANCA FINA.

2.ª *vuelta.*—Uno levantado, los demás se hacen al derecho con cada doble echado; en esta vuelta, como en las siguientes, se hace un punto al derecho y uno al revés.

3.ª *vuelta.*—Uno levantado; los demás al derecho.

CAJA PARA GUANTES Y OTROS OBJETOS EN FORMA DE ALBUM.

4.ª *vuelta.*—Uno levantado,—uno al derecho, —4 veces alternativamente 2 echados y uno al derecho;—en seguida uno al derecho,—menguado,—2 echados,—menguado, —2 al derecho,

5.ª y 6.ª *vueltas.*—Al derecho; pero con el doble echado se hace siempre uno al derecho y otro al revés; el primer punto se levanta siempre sin hacerlo.

7.ª *vuelta.* —Uno levantado, —uno al derecho,—menguado,—2 echados,—menguado,—15 al derecho.

8.ª y 9.ª *vueltas.*—Como las 5.ª y 6.ª

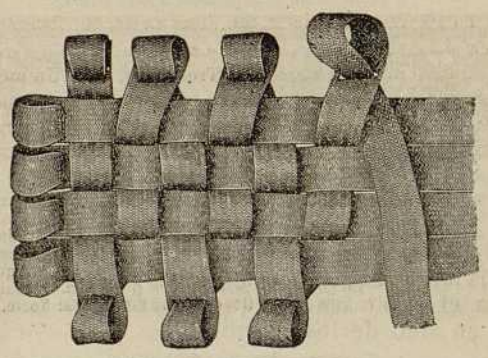
10.ª *vuelta.*—Uno levantado,—11 al derecho, —3 echados,—3 al derecho,—menguado, —2 echados, —menguado,—2 al derecho.

11.ª *vuelta.*—Uno levantado, —11 al derecho, contando los 3 echados sobre los cuales se hace uno al derecho,—uno al revés,— uno al derecho, — los otros 12 puntos se hacen como uno solo, es decir, que se pone la hebra con que se trabaja sobre la aguja izquierda, y se pasan los 12 puntos, uno despues de otro, por encima; se hace este punto que se ha convertido en único.

12 *vuelta.*—Uno levantado, lo demás al derecho. Una de las puntas está terminada; se repiten desde la 1.ª á la 12.ª vueltas hasta que el encage tenga el largo necesario.

Cinturon cubierto al crochet y miñardís.

Este cinturon tiene 5 cents. de ancho; las hojas de la roseta que sujeta los cabos tienen cada una 2 cents. de alto, y van redondeadas por uno de sus



GUARNICION DE CINTA DEL SACO PARA ROPA BLANCA.

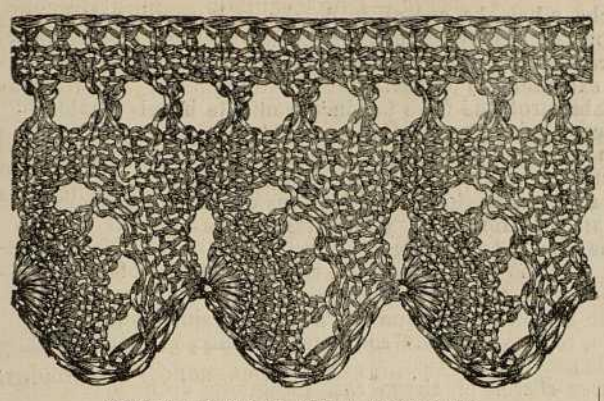
extremos. —Los dos cabos pueden hacerse mas ó menos largos, mas ó menos anchos. En el centro de la roseta se encuentra un boton grueso de azabache; los cabos terminan en borlas.

La labor con que se cubre todo ello imita el guipur; se adorna además con cuentas de azabache.—Las hojas de la roseta están enteramente cubiertas al crochet; este se hace de ida y vuelta, todo á puntos sencillos, creciendo ó menguando segun la forma de una hoja que se habrá cortado de papel. Cada hoja se rodea con 2 vueltas de puntos sencillos muy apretados.

CINTURON.—1.ª *vuelta* (miñardís negra y torzal negro de seda). * En cada uno de los 4 primeros piquillos de la miñardís un punto sencillo seguido de 5 en el aire; despues del último de estos 4 sencillos, se hacen 7 en el aire,—se pasa el piquillo siguiente,—un punto sencillo en cada uno de los 7 piquillos siguientes,—3 en el aire,—un punto-cadeneta en el 4.º de los 7 puntos en el aire,—3 en el aire por debajo de los cuales se pasa un piquillo.—Vuélvase desde * hasta qne el cinturon tenga el largo necesario.

2.ª *vuelta.*—* Un punto sencillo en el medio del feston formado por 5 en el aire,—7 en el aire,—una brida cruzada, es decir: se echa dos veces la hebra sobre el crochet, como para hacer una doble brida, y para principiar esta doble brida se pasa un buclecillo á través del 2.º de los puntos sencillos de la vuelta anterior que se encuentran á la izquierda del crochet,—se pasa otro buclecillo al través del que se acaba de formar, y del primer echado que se encuentra sobre el crochet,—una brida sencilla en el punto siguiente de la vuelta anterior. Se vuelve á tomar otras dos veces la hebra para terminar la doble brida,—3 puntos en el aire, —una brida en el punto del medio de la brida cruzada, de modo que forme una cruz; —7 puntos en el aire. Vuélvese desde * hasta el fin de la vuelta.

3.ª *vuelta.*—Una doble brida en cada 2.º punto de la vuelta anterior.

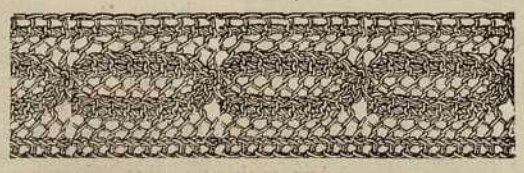


ENCAGE A PUNTO DE AGUJA ATRAVESADO.

4.ª *vuelta.*—Alternativamente una brida y 3 puntos en el aire, por debajo de los cuales se pasan 2 puntos de la vuelta anterior.

5.ª *vuelta.*—En cada 2.º punto de la vuelta anterior, una brida. La mitad de la labor está terminada. La segunda mitad se hace al otro lado de la miñardís; pero en la 1.ª vuelta, los 7 puntos sencillos que siguen deben hacerse en el hueco del feston.

El cinturon y los cabos se hacen de tafetan de color vivo ó adecuado al trage; la roseta se ejecuta solamente al crochet; se pone el guipur sobre el tafetan, luego se ponen las cuentas siguiendo la disposicion del dibujo. Para cubrir los cabos se hacen las dos primeras vueltas arriba indicadas. La 3.ª y 4.ª vueltas se componen de festones de puntos

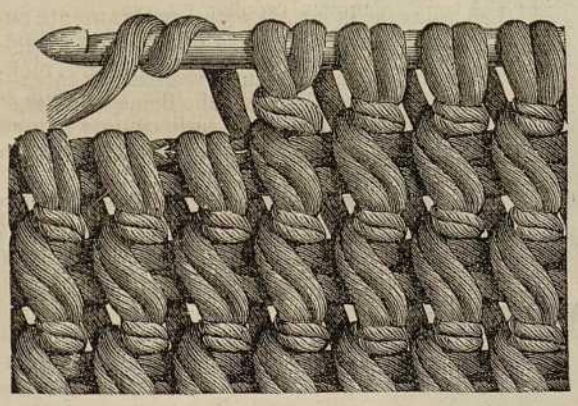


ENTREDOS A PUNTO DE AGUJA.

en el aire separados por uno sencillo; son mas ó menos largas segun la forma del cabo. En la cuarta vuelta el punto sencillo que separa cada feston se hace en uno de los piquillos.

Encage de frivolité y punto de encage.

Se principia la frivolité por una fila de circulitos, cada uno de 13 nudos al derecho, un espacio de 2 cents. separa cada círculo del siguiente; á esta fila se liga una segunda, luego una tercera, haciendo primero, á un centímetro de distancia, un círculo



DOBLE PUNTO (COLCHA DE VIAGE).

de 13 nudos al derecho. —* Se ata la hebra al círculo siguiente de la anterior fila, dejando el mismo intervalo (1 centímetro); se hace un segundo círculo. Se vuelve desde *.

Se vuelve á atar la hebra á los círculos siguientes, pasándola con un crochet pequeño ó un alfiler, por el círculo, luego se pasa la lanzadera por este buclecillo para apretarlo; el espacio entre dos círculos debe ser siempre igual. El borde inferior del encage se hace del modo siguiente: un nudo Josefina (es decir, 5 nudos al derecho, se lleva la hebra de arriba abajo por el buclecillo que aprieta los nudos, y se la aprieta); se ata la hebra al hilo que se encuentra entre dos círculos de la 3.ª fila; * se hace á corta distancia un gran nudo Josefina (de 8 nudos al derecho), junto á un círculo de 3 dobles nudos, 9 piquillos, cada uno seguido de 2 dobles nudos,—3 dobles nudos despues del último piquillo,—un gran nudo Josefino;—se cruzan estos dos grandes nudos de modo que se toquen por su lado redondeado; se ata la hebra á corta distancia al mismo hilo que arriba entre los dos mas próximos círculos de la 3.ª fila, luego se hace, siempre á corta distancia, un nudo pequeño (5 nudos al derecho),—un círculo de 3 dobles nudos,—1 piquillo,—2 dobles nudos atados al último piquillo del círculo anterior,—dos dobles nudos,—5 piquillos separados cada uno por 2 dobles nudos,—3 dobles nudos, —un pequeño nudo Josefina; —se ata la hebra de hilo que se encuentra entre los dos círculos siguientes de la 3.ª fila, y se vuelve desde *, atando cada círculo nuevo á un piquillo, segun la disposicion indicada en el dibujo. En el lado opuesto, el encage se orla con vueltas al crochet.

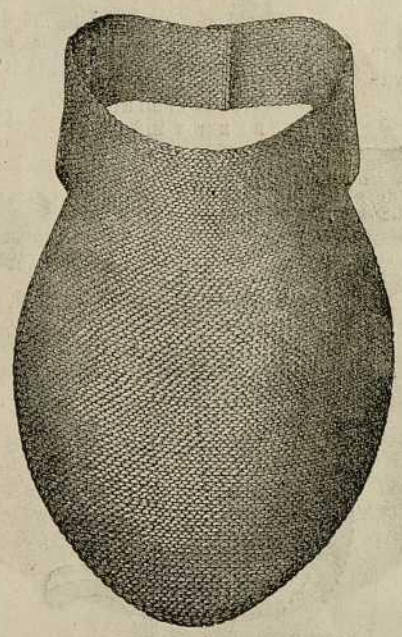
1.ª *vuelta.*—* Un punto sencillo sobre la hebra que separa dos círculos de la 1.ª fila,—5 en el aire.—Vuélvase desde *.

2.ª *vuelta.*—En cada 2.º punto una brida, y despues de cada brida un punto en el aire.

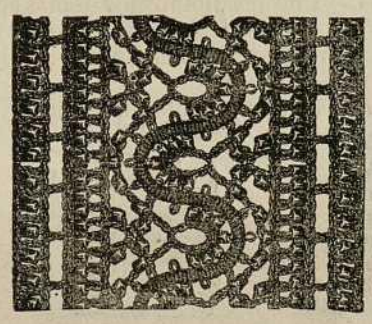
Se arma este sobre un pedazo de hule, y se ejecutan con hilo muy fino los puntos de encage.

Entredos al crochet.

Se hace este entredos, bien para guarnecer la



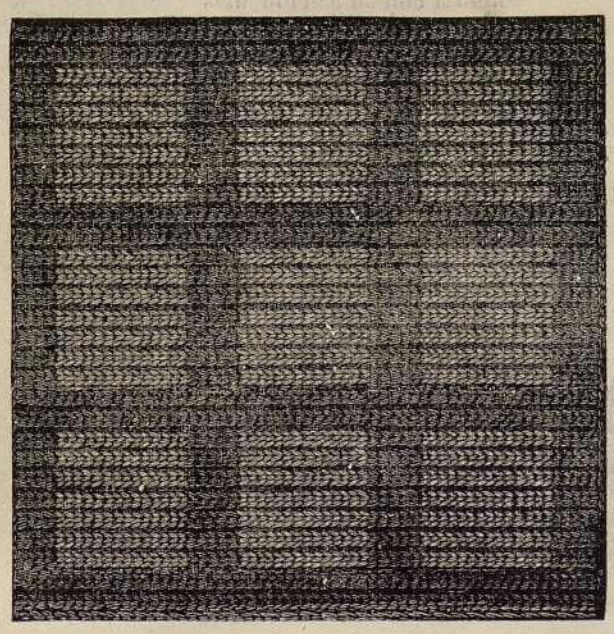
PETO A PUNTO DE AGUJA.



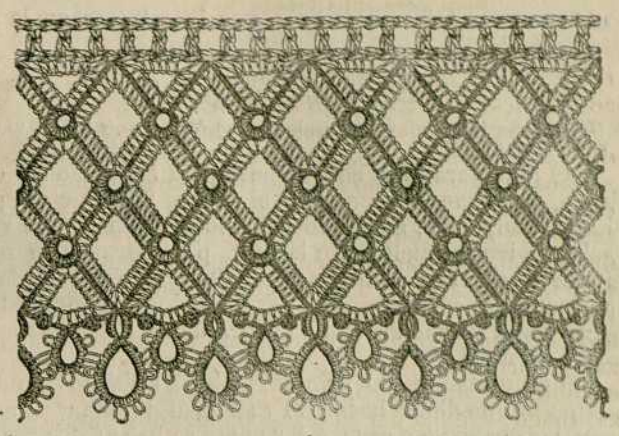
LABOR DE MIÑARDIS Y CROCHET PARA EL CINTURON.

ropa blanca, sea para reunir cuadros y formar un velo de butaca, etc.; tal es, entre otros, su empleo para un velo de butaca de guipur sobre red.

El entredos se hace en dos mitades; se ejecuta una cadeneta del largo necesario. En su primer



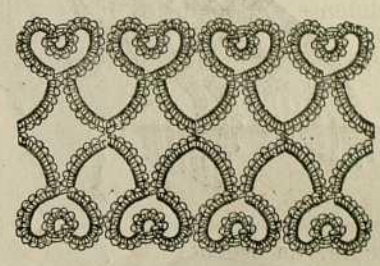
COLCHA DE VIAJE.



ENCAGE DE FRIVOLITÉ Y PUNTOS DE ENCAGE.

punto,—* uno sencillo,—3 piquillos (es decir, cinco puntos en el aire, y uno sencillo en el 1.º de estos 5); por debajo de estos piquillos se pasan 3 puntos de la cadeneta, y se hace en el siguiente 1 sencillo. Vuélvase desde *.

La segunda mitad es igual á esta, pero al hacer el 2.º de los 3 piquillos, se le liga con el correspondiente de la primera mitad, es decir, que para este 2.º piquillo, se hacen 2 puntos en el aire, se deja deslizar el buclecillo fuera del crochet, se pica este de abajo arriba á través del piquillo de la otra mitad, se vuelve á tomar el buclecillo abandonado que se reune al piquillo haciendo un punto en el aire, y en fin un punto sencillo en el primero de los cinco puntos destinados á formar el piquillo.

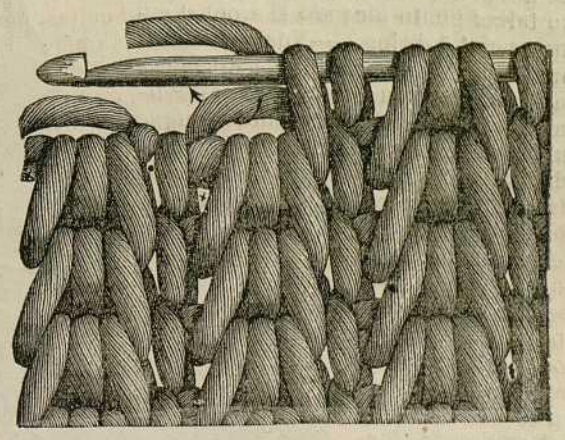


ENTREDOS DE FRIVOLITÉ.

Entredos de frivolité.

Se hace con dos hebras, una de las cuales queda en la mano derecha, mientras que la otra, conducida por la izquierda, se emplea para hacer el nudo sobre la hebra que se tiene en la mano derecha: ámbas se atan entre sí para principiar la labor.

De este modo se hace, á lo largo, primeramente una mitad del entredos,—1 nudo al revés, —1 piquillo (los piquillos deben hacerse cortos),—1 nudo al revés;—se vuelve el piquillo para que se dirija hácia abajo,—6 dobles nudos,—1 piquillo,—*



DOBLE PUNTO DE GOBELINO (COLCHA DE VIAGE).

6 dobles nudos,—1 piquillo. —1 nudo al revés (los piquillos dirigidos hácia arriba); se vuelve la fila de nudos de modo que el borde superior se convierta en borde inferior,—se hacen 6 dobles nudos, se ata la hebra al último piquillo dirigido hácia abajo (empleando la hebra de la mano derecha), y queda formado uno de los buclecillos dirigidos hácia arriba.

Se vuelve la labor lo de arriba abajo; se vuelve á hacer la atadura llevando la hebra de la mano derecha por debajo de la mano izquierda, se hacen 6 dobles nudos,—1 piquillo, —6 dobles nudos dirigidos hácia arriba,—se renueva la atadura al primer piquillo dirigido hácia arriba, perteneciente á esta fila. Se vuelve la labor lo de arriba abajo, se hacen 8 dobles nudos,—1 piquillo, —8 dobles nudos,—un nudo al revés.— Se vuelve la labor lo de arriba abajo; 6 dobles nudos ligados á la anterior fila y al último piquillo de ella. Vuélvase desde *.

Cuando se ha ejecutado el largo necesario, se hace la otra mitad del entredos; se ligan las dos mitades por los piqnillos colocados entre los 8

dobles nudos (véase el dibujo que insertamos en la página anterior).

Peto á punto de aguja.

MATERIALES.—12 gramos de lana inglesa encarnada, ó rosa (esta lana es muy fina); agujas de acero.

Este peto será muy conveniente para las personas delicadas, abrigando el cuello y el pecho. Se principia por el borde superior, armando 108 puntos; se hacen 15 vueltas al derecho de ida y vuelta. En la 16.ª, para formar un ojal, se desmonta desde el 94 punto hasta el 104 inclusives. En la vuelta 17.ª se reconstituyen los puntos desmontados armando 10 nuevos. Se hacen otras 19 vueltas como las primeras. Estas 36 forman el contorno del cuello.

Se desmontan los 30 primeros y los 30 últimos puntos; con los puntos del medio se hacen 50 vueltas al derecho;—luego 32, durante las cuales, en cada 4.ª vuelta, se hacen dos puntos juntos despues del primero y antes del último punto de cada aguja. Estos menguados se repiten otras 7 veces en cada 3.ª vuelta,—otras 5 veces en cada 2.ª vuelta; cuando solo quedan 8 puntos sobre la aguja, se desmonta. Se pone un boton correspondiente al ojal dicho arriba.

Colcha de viage.

MATERIALES.—Lana de 12 hilos de dos tintas del color Habana.

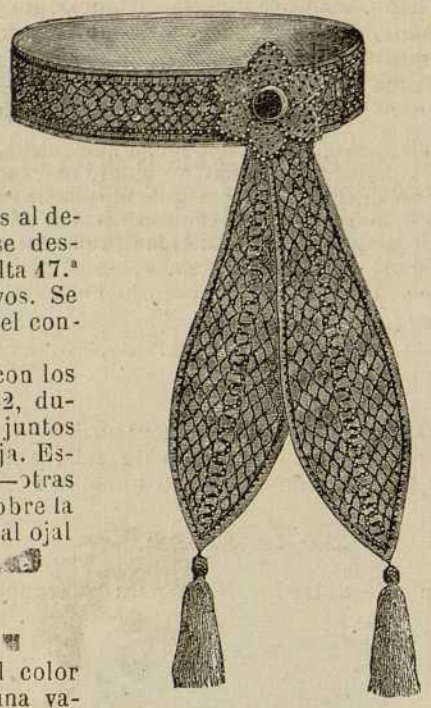
Se hace por tiras, cada una ejecutada con una tinta del color habana, al doble punto gobelino (véase el dibujo) que es una variedad del crochet tunecino. Las listas oscuras rodean los cuadros claros. Al hacer las tiras se cuidará de emplear la lana clara solamente en uno de los lados largos, excepto la última tira, la que va rodeada por ámbos lados con la lista oscura.

Se toma la lana oscura, un crochet adecuado al grueso, y se hace una cadeneta de 19 puntos, sobre la que se forma una vuelta (2 filas) al crochet tunecino comun; en la 2.ª vuelta se principia el doble punto gobelino. Se forma * un punto, como en el crochet tunecino comun, luego uno picando el crochet debajo de la cadeneta entre los dos mas próximos lados perpendiculares de los puntos de la vuelta anterior; —un segundo punto picando el crochet por detrás, en el lado horizontal del punto de la vuelta anterior,—un tercer punto picando el crochet como en el 1.º de los 3.—Vuélvase siempre desde *. En la 2.ª fila de esta vuelta (de izquierda á derecha) se desmontan de una sola vez los 3 puntos que se encuentran entre dos hechos al crochet tunecino; cada uno de estos se desmonta por separado. En la 1.ª fila de la vuelta siguiente se hace un punto en el lado perpendicular del punto tunecino, 1 punto en el lado del tunecino, un punto en el lado de detrás del que se ha formado al desmontar los tres puntos á la vez.

En el dibujo que representa el doble punto gobelino, (véase en la página anterior) los puntos en los que se debe en seguida picar el crochet van designados por una flecha y una cruz. Se hace luego el punto tunecino en el sitio marcado por un punto.

Del mismo modo se labran cuatro vueltas con lana oscura. Con el 5.º punto de la 5.ª vuelta se ha de principiar el cuadro, y por consiguiente se toma la lana clara; el borde (4 puntos) se hace siempre con lana oscura. El cuadro tiene 14 vueltas de altura. Se hacen en seguida 5 vueltas oscuras, y así sucesivamente.

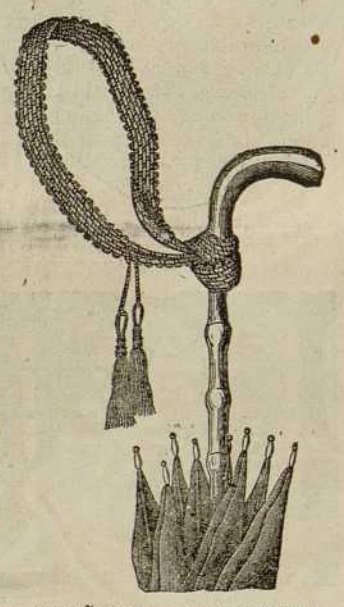
Doble punto.—Otra variedad del crochet tunecino. —Despues de hecha la cadeneta, se envuelve la hebra 2 veces al rededor del crochet (lo que forma 2 echados) antes de levantar un punto, y este se pasa por el último echado.—En la 2.ª fila (de izquierda á derecha) cada punto se desmonta con su echado mas próximo, á la vez. —En la 1.ª fila de la vuelta siguiente, se forma un solo punto con el doble punto, picando el crochet en la direccion indicada por la flecha.



CINTURON CUBIERTO AL CROCHET Y MIÑARDIS.

Cuatro sombreros de verano. de Mme. AUBERT.

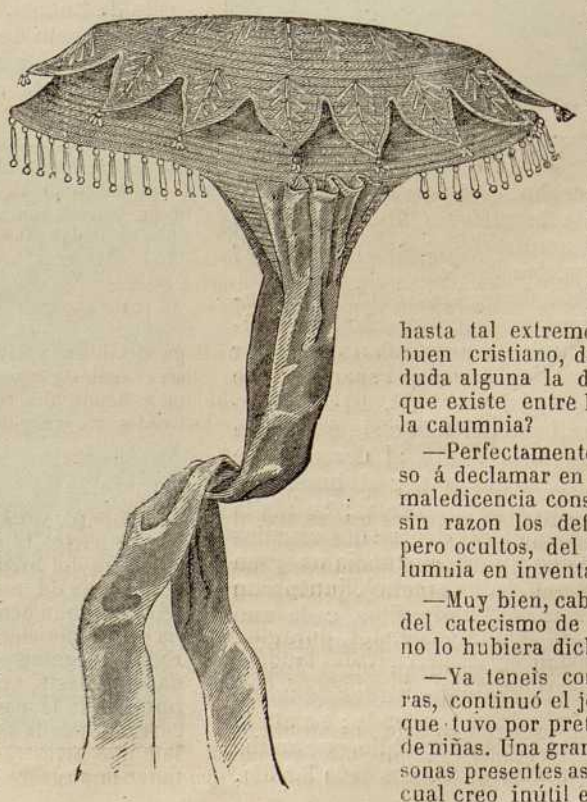
SOMBRERO N.º 1.



EMPUÑADURA PARA SOMBRILLA.

SOMBRERO N.º 2.

SOMBRERO N.º 3.



SOMBRERO N.º 4.

UN COLEGIO

DE SEÑORITAS EN PROVINCIA.

(Continuacion.)

Colocada por la mañana en la iglesia, en frente del sitio que ocupaba Blanca, Estela de Bois-Robert, este era el nombre de la viuda, se habia sentido profundamente conmovida por el mudo dolor de la triste huérfana, de quien su futura cuñada le hablara ya en sentido muy favorable. Viva y entusiasta como todo lo que es jóven y bueno, se apasionara tiernamente por aquella interesante muchacha y hablaba con gusto de ella en la reunion de la señora de Courtel, despues de haber hablado todo el dia de lo mismo con su hermano. De modo que al oir la ruin insinuacion de su adorador, exclamó con vivéza:

—Oh! Caballero! Qué frase tan inconveniente habeis empleado, para calificar á una persona tan perfecta!

—Siento amargamente, señora, verme en la precision de emitir un pareecr contrario al vuestro, pero, por mi posicion estoy acostumbrado á descubrir siempre el lado malo de las cosas y eso hace que sean para mí reales y efectivas muchas que pasan desapercibidas para la generalidad.

—Señor mio, no os caseis nunca, continuó la jóven. Sabeis que haríais un marido temible en alto grado?

—Lo que sé, señora, es que no me casaré sino con una mujer perfecta, replicó el galante sustituto, lanzando á la jóven viuda una mirada asesina.

—Entonces correis el riesgo casi inminente de quedaros soltero.

—Así lo creí mucho tiempo, señora; sin embargo, hoy al cambiar de opinion no he cambiado de divisa: *Todo ó nada.*

—Y no os parece, caballero, que esa divisa es bastante extraña para un magistrado? Acaso no admitís nunca circunstancias atenuantes?

—Os he dicho, señora, la divisa del hombre privado; la del magistrado es: *Justicia é imparcialidad para todos.*

—Eso ya es otra cosa; ahora puedo estar tranquila, pues si todos vuestros compañeros en la magistratura estuviesen dotados de la misma perspicacia que vos, pocas personas dejarian de verse expuestas á ocupar el banquillo de los culpables.

—Siempre he exceptuado, señora, las que son perfectas.

—Ah! ¿Y quién podrá encontrar indulgencia ante vos, caballero, una vez que habeis puesto en tela de juicio las mismas perfecciones de esa encantadora jóven de esta mañana? añadió la hermosa viuda, que viéndose en un terreno resbaladizo, procuraba encontrar una oportuna retirada.

—Dios mio! señora, el resultado de mis observaciones me ha probado hace ya largo tiempo la verdad del proverbio que dice: "No hay medalla por bella que sea que no tenga su reverso."

—Desearia mucho conocer el reverso de la de esta mañana.

—Y yo tambien! Y yo tambien! prorumpieron todas las personas que rodeaban la chimenea, delante de la cual se hallaba el sustituto.

—Parece que hay eco aquí, observó este, que sabia su Beaumarchais de memoria.

—Oh! señor sustituto, exclamó haciendo dengues la señora Bontemps, que figuraba en todas las reuniones, y la cual, apesar de su jaqueca crónica y de sus nervios, bailaba, cantaba y comia pastelillos con una laudable abnegacion; señor sustituto, veamos ese reverso; ya habeis dicho demasiado para no continuar y sería cosa de morir dejar de satisfacer una curiosidad excitada.

—Hé ahí lo que me decide, señoras, porque soy bastante buen cristiano para poder dudar un solo instante entre el pecado de maledicencia y el crimen de homicidio.

— Una palabra antes de comenzar, caballero, se apresuró á interrumpir la viuda, cuya alma leal adivinaba instintivamente una perfidia bajo aquella broma que sentia con todo su corazon haber llevado hasta tal extremo; ya que sois tan buen cristiano, debeis conocer sin duda alguna la diferencia notable que existe entre la maledicencia y la calumnia?

—Perfectamente, señora. Y se puso á declamar en tono gangoso: la maledicencia consiste en descubrir sin razon los defectos verdaderos, pero ocultos, del prójimo y la calumnia en inventarlos.

—Muy bien, caballero; un pasante del catecismo de la Perseverancia no lo hubiera dicho mejor.

—Ya teneis conocimiento, señoras, continuó el jóven de esa soirée que tuvo por pretexto una comida de niñas. Una gran parte de las personas presentes asistió á ella, por lo cual creo inútil entrar en mas detalles sobre el particular; me con-

tentaré, pues, con declarar que de todos los jóvenes y viejos que se encontraron allí, ni uno solo volvió á su casa con el corazon tan tranquilo como lo habia llevado: y aun añadiré que algunos lo dejaron, á manera de pensionista, en el colegio de la encantadora. Esta, celosa de su reputabion sin tacha, habia rogado á una respetable señora de la vecindad que se quedase á su lado hasta la conclusion de la fiesta para servirle de editor responsable, en atencion á que la abuelita, vencida por el sueño, se retirara á media noche. La dicha señora accedió á todo y salió, ó creyó salir la última á las cuatro de la mañana, acompañada de su marido. La puerta se cerró con estrépito detrás de la digna pareja y los cerrojos se corrieron por la doncella inmaculada con solícito esmero. Esto fué lo que se supo al dia siguiente en la ciudad; pero aquí justamente empiezan los comentarios. Es el caso que esa puerta con tanta ostentacion cerrada, se volvió á abrir mas tarde muy sigilosamente para dar paso á un jóven; entonces los cerrojos se corrieron con suma precaucion, y el mas profundo silencio reinó hasta el dia siguiente en casa de la misteriosa vírge.

Toda la reunion quedó estupefacta al oir esta revelacion inesperada; pero, de repente, detrás del círculo de mujeres que habia al rededor de la chimenea, exclamó una voz:

—Es eso todo, caballero?

Era la de Gaston, el cual se colocó, tranquilo y pálido, en frente del sustituto, desconcertado por aquel apóstrofe.

—Y no es lo bastante? respondió este, procurando sonreirse.

—No, caballero, dijo friamente el jóven; despues de la acusacion tiene lugar la defensa, y una vez que se os ha antojado transformar el salon de mi madre en sala de audiencia, la justicia seguirá su curso.

Y luego añadió, dirigiéndose á las damas:

—Señoras: acabais de oir el acta de acusacion: ahora vamos á pasar al exámen de los testigos. ¿No es así como se practican estas cosas, caballero? preguntó al sustituto con el mismo tono de glacial urbanidad.

—Sí, señor; contestó este esforzándose en aparecer despreocupado; pero, si no me engaño, vos os contais en el número de los testigos defensores y la costumbre requiere que se oiga primero á los testigos acusadores.

—Que hablen, pues, replicó Gaston fijando una mirada de supremo desprecio en la señora Bontemps, que bajó los ojos.

Reinó un silencio de algunos segundos, durante los cuales se hubieran podido oir los precipitados latidos del corazon de Gaston, que conservaba, sin embargo, el rostro impasible.

—Señor de Courtel, exclamó en este momento la joven viuda, por favor, terminad esa horrible parodia, si no quereis que deplore toda mi vida la fatal curiosidad que ha provocado esta escena.

—Nada teneis que echaros en cara, señora, y los amigos de la señorita Blanca os agradecerán siempre el generoso sentimiento que os ha guiado.

—Hijo mio, dijo tambien la señora de Courtel, interceciendo á su vez; acordaos de que estais en vuestra casa!

—Nada temais, madre mia; solo tengo que añadir algunas palabras á lo que he dicho. Yo quiero únicamente que se conozcan algunos hechos ignorados hasta aquí. Juro, continuó, levantando la mano con ademan solemne, juro decir la verdad, toda la verdad, nada mas que la verdad. Acepto el acta de acusacion tan hábilmente preparada por el ministerio público, sin exceptuar ni una sola palabra. El señor sustituto ha dicho tambien, por su parte, la verdad; pero no *toda* la verdad. ¿Contó el hecho del modo que lo sabia? Esto corresponde á su conciencia de magistrado y de hombre de honor y no tengo porqué ocuparme de ello. Es cierto que un jóven ha salido del colegio despues de los esposos Dufour; pero lo que ignora el acusador público, ó lo que se ha guardado de decir, es que aun no habia transcurrido un minuto desde la partida de aquellos cuando la puerta se cerraba, por la última vez, detrás del miserable insensato que arrastrado por la pasion y los celos, jurara obtener la postrera mirada de la mujer adorable á quien amaba con todas las fuerzas de su alma, no con el amor de un dia como los demás, sino desde el mismo momento en que tuviera la dicha de conocerla. Lo que ignora tambien es que el grito de espanto que lanzó al verle la inocente jóven, iluminó al instante la razon del imprudente sobre la locura que cometia; y que salió sin haber siquiera rozado con sus labios el borde del vestido de ese ángel que se atreven á acusar hoy aquí.

—Muy bien, caballero, perfectamente, dijo el sustituto con tono burlon. Hé ahí un magnífico modelo de oratoria; debo convenir en que estais mejor instruido que yo en el asunto, y aun iré mas lejos; vos mismo podreis, segun supongo, nombrar el imprudente, causa de este lastimoso debate.

—Haré mas todavía, replicó Gaston, cuyos ojos lanzaban el relámpago, nombraré tambien el infame, que no contento con descender al innoble papel de expía, se hace calumniador para satisfacer su amor propio herido!

— Nombradle, caballero, gritó el sustituto, poniéndose lívido.

— Basta, señor mio, exclamó la señora de Courtel, pálida de emocion; hace mucho tiempo que estais olvidando que os hallais en mi casa!

Y volviéndose hácia Gaston:

—Salid, caballero! le dijo señalándole la puerta de las habitaciones interiores, vuestra madre os lo ordena!

—Os obedezco, madre mia, respondió el jóven inclinándose, y dejó el salon sin dirigir siquiera una mirada á su enemigo, el cual salió por la puerta opuesta despues de haber saludado á la señora de Courtel, balbuceando algunas excusas.

Despues de una escena semejante, se hizo imposible coordinar ninguna conversacion, y apesar de los esfuerzos de la señora de la casa, que procuraba disimular su inquietud, la preocupacion que la dominaba estaba tan evidente á los ojos de todos que la sociedad se retiró antes de la hora acostumbrada.

—Qué es lo que ha sucedido aquí? preguntó el señor de Courtel, que ocupado en un partido de billar, no habia llegado á saber nada todavía de la discusion de su hijo con el sustituto del procurador del rey.

— Ah! amigo mio, le contestó su esposa, me estoy muriendo de inquietud.

Y contó todo lo ocurrido momentos antes.

—Diablo! Diablo! repetia el señor de Courtel, midiendo el salon á grandes pasos. ¡Mala peste cargue con esa bachillera! Ya vereis como nuestro hijo llevará á cabo alguna hazaña por causa de ella!

—Es preciso evitarlo á toda costa! interrumpió su mujer con vehemencia.

—Evitarlo! Evitarlo! Y cómo? volvió á decir el marido deteniéndose en su paseo.

—Es necesario impedir que se bata. Es preciso en-

TRAGES DE BAÑOS.

Capa larga de forma de albornoz, hecha de franela blanca, orlada, á distancia de 2 centímetros de su borde inferior, por una cinta de lana azul de otros 2 centímetros de ancho. Sobre esta orla corre una fila de anclas colocadas oblícuamente, las cuales se recortan de lanilla azul, y se aplican en sus correspondientes sitios á espacios iguales. Capuchon de franela blanca, llevando en su parte superior una borla azul.

Pantalon ancho, que no llega al tobillo, y levitin corto ajustado, ámbos de lanilla á listas azules y grosellas. Por la costura esterior del pantalon se estiende una serie de bullones azules, cada uno de los cuales va circuido por una tira grosella.

El levitin se cierra por delante con botones grosella, y una doble tira del mismo color, partiendo del borde superior de cada sisa, desciende formando un arco por ámbos lados hasta el extremo del levitin, y figura un faldon plegado por las caderas y por detrás. Las mangas son cortas, y están formadas de un solo bullon, terminado por una puntilla blanca de hilo. El mismo adorno se encuentra en el borde inferior del pantalon y en el escote cuadrado.

El tocado se compone de una redecilla que cubre todo el cabello, formada con tiras de los dos colores que componen el trage. Esta redecilla figura un turbante, terminado en su parte anterior por un espumillon de lana azul, adornado con una borla grosella.

cerrarlo, exclamó la pobre madre.

—Esas son razones de muger y nada mas. Es decir que quereis que vuestro hijo pase por un cobarde? porque, á no serlo ese animal de sustituto, no dejará de pedir á Gaston una completa satisfaccion por el insulto público que le ha inferido.

—Oh! Dios mio! Lo que yo quiero es que mi hijo viva! ¡No quiero que me lo maten! Lo entendeis? Y la pobre mujer prorumpió en sollozos.

—Vamos, Luisa, seamos razonables; no me aflijais con vuestro dolor. Necesito en este momento toda mi sangre fria para determinar lo que debo hacer sin comprometer el honor de nuestro hijo. Mañana, tan pronto amanezca, iré á casa del señor Presidente del Tribunal, le consultaré sobre este asunto y tal vez consentirá usando de su autoridad, impedir que la cuestion siga adelante por parte de su subordinado.

—Mañana! Tal vez! Y quién os asegura que no me habré muerto antes de incertidumbre y de pena? Id esta noche, amigo mio, en este mismo momento, ó permitid que vaya yo. Salvad á nuestro hijo si quereis que vuestra esposa viva.

—Bien, bien, iré ahora; quizás tengais razon.

—Sí tengo razon! Dios mio! No soy su madre?

El señor de Courtel, que participaba tambien de la inquietud de su mujer, se decidió á seguir los consejos de esta y despues de haber mandado enganchar su cabriolet, se hizo conducir rápidamente á la casa del Presidente del Tribunal.

IV.

LAS TRES CARTAS.

El señor Presidente, aunque sorprendido por aquella visita á semejante hora, tendió su mano al señor de Courtel con afabilidad y agrado.

—Señor Presidente, dijo este con acento grave, vengo á solicitar vuestros consejos y vuestro apoyo para proteger los dias de mi hijo preservando su honor; porque solo vos teneis ese poder.

En seguida le refirió con todos sus detalles la escena que tuviera lugar en su casa algunos momentos antes. El Presidente era un magistrado de los buenos tiempos que consideraba su profesion como un sacerdocio y exigia de todos los individuos de la magistratura una exquisita regularidad de conducta; de modo que sus subordinados soportaban este yugo con una mediana dósis de impaciencia. Pero como les constaba que era hombre muy á propósito para pedir la destitucion de un funcionario, si este, en su vida pública ó privada ofentaba en la mas mínima parte á la majestad de la justicia, tascaban el freno en silencio.

El Presidente sintió la mayor indignacion al oir el relato que le hizo el señor de Courtel. ¡El miserable! ¡El fátuo? exclamaba á cada instante.

—Podeis estar tranquilo, amigo mio, añadió así que se hubo concluido la narracion. Tomo este asunto á mi cuidado, y si el señor sustituto tiene el atrevimiento de batirse, muy caro le costará. ¡Os respondo de ello!

—Ay de mí! señor Presidente, ¿y si mata á mi hijo en el duelo? ¿Qué conseguiré entonces con su castigo?

—¡Cómo! ¿Sois tan poco celoso del honor y de la justicia?

—Ah! Soy celoso, antes de todo, de la vida y del honor de mi hijo!

—Lo encuentro muy natural, querido amigo; y, por otra parte, vos no sois magistrado. Veamos, ¿qué puedo hacer en vuestro servicio?

—Impedir ese duelo, usando de vuestra autoridad, llamar aquí al sustituto, amenazarle con el Guardasellos si no abandona enteramente el asunto en cuestion.

—Así lo haré al momento, dijo el Presidente tirando por el cordon de la campanilla de su alcoba.

Un criado se presentó en seguida.

—Andrés, encended la lámpara y dadme recado de escribir; despues, ireis á buscar á Juan, el alguacil de servicio y le conducireis aquí.

El criado hizo lo que le ordenaba su amo y luego salió para ejecutar lo que se le previniera además.

El Presidente se puso á escribir, dictándose en alta voz, para que el padre de Gaston se enterase del contenido de la carta, sin necesidad de leerla despues de escrita.

"Señor sustituto:

"He sabido con tanta sorpresa como indignacion la deplorable escena en que habeis figurado como protagonista, ó mas bien, como indigno actor, y que ha tenido lugar en la reunion del señor recaudador de contribuciones. Me abstendré de calificar segun se merece la conducta que observásteis en esa circunstancia, por respeto al cuerpo venerable á que teneis la honra de pertenecer; pero no olvideis lo que voy á preveniros y sírvaos de gobierno:

"Si dais el menor pábulo al asunto de que dejo hecho mérito, escribiré á Monseñor el Guardasellos para pedirle no solamente vuestra destitucion, sino tambien vuestra exclusion de la magistratura, á la cual, si persistís en esa línea de conducta, sereis indigno de pertenecer.

"Tenedlo entendido así.

El Presidente del Tribunal.

DAUCOURT."

—Juan, dijo el Presidente al alguacil, que se presentó en trage oficial, llevad al instante esta carta al señor sustituto del procurador del rey, y si se hallase ausente (lo que no es probable), id de mi parte á casa del señor comisario de policía y decidle es de todo punto necesario que dicha carta llegue á manos del señor sustituto antes de que amanezca.

Juan se inclinó, cogió la carta y se fué.

—Gracias mil veces, señor Presidente, exclamó el señor de Courtel, y mil veces perdon, sobre todo, por la mala noche que os he hecho pasar.

—Nada tengo que perdonaros, querído amigo; mi deber me aconsejaba obrar de ese modo, y el deber está antes que todo.

—Sois el modelo de los magistrados, añadió el recaudador estrechándole la mano.

—Soy el humilde servidor de Themis, repuso el Presidente conteniendo un bostezo, que probaba, á lo menos por aquel cuarto de hora, que era tambien el humilde servidor de Morfeo.

El señor de Courtel lo conoció fácilmente y se apresuró á despedirse para dejar al buen magistrado en los brazos del perezoso dios.

Además del señor Presidente del Tribunal, otra persona se habia ocupado tambien en escribir, á semejante hora, en la pequeña ciudad. La jóven viuda, causa inocente de todo este ruido, despues de haber dado mil vueltas en su lecho sin poder conciliar el sueño, se determinó á escribir una carta. Encendió una bugía, sacó de su escritorio lo necesario, se volvió á la cama, reflexionó un minuto y luego, tomando definitivamente su partido, escribió con rapidez lo siguiente:

"Caballero:

"Todo cuanto he presenciado en casa de la señora de Courtel me parece tan extraordinario, que supongo no os sorprenderá el paso que doy dirigiéndoos en semejante momento la presente carta. El temor mismo de la opinion que podais formar de mí no ha conseguido detenerme, os lo prevengo, porque mi conciencia habla demasiado alto á la hora que es, para prestar oidos á las protestas del interés personal.

"Esa fiel consejera me impele á reparar en cuanto sea posible, la falta bien involuntaria que he cometido, provocando por mi curiosidad la terrible escena que no quiero recordar; y á declinar de alguna manera la responsabilidad que pesaria sobre mí si, lo que Dios no permita, tuviese mayores consecuencias ese deplorable asunto.

"Os diré tambien lo que mi conciencia piensa de vos, si deseais saberlo. Mi conciencia, caballero, cuyos consejos seguiré suceda lo que quiera, os acusa, y no una sino mil veces; y si en algo apreciais mi estimacion, mi amistad misma, renunciareis formalmente á una reparacion, á que no teneis derecho alguno, porpue sois el ofensor; la una y la otra, caballero, se os prometen para siempre á ese precio. Ya veis que no se os exige para conseguirlas mas que un proceder leal y noble, del cual conservará eternamente mi corazon un inolvidable recuerdo.—ESTELA DE BOIS-ROBERT."

REMIGIO CAULA.

(Se continuará.)

ALBORADAS. (1)

X.

En estas nobles montañas
que el mar cantábrico bate,
la fe divina florece
y sus aromas esparce;
mas, como nace el argóma
entre las flores del valle,
así alguna vez la duda
entre la santa fé nace.
—Hijo, si en riesgo te vieres
en esos traidores mares,
á la Vírgen de Begoña
le pedirás que te salve!
—Madre, tales peticiones
son buenas para cobardes.
—Hijo, á rezar te enseñamos...
—Pero lo he olvidado, madre!

Descalzos los piés y al hombro
restos de náufraga nave,
caminito de Begoña
va un mancebo con su madre.
Dan las campanas del templo
su santa armonía al aire,
y ante la Vírgen, de hinojos
anciana y mancebo caen,
y rezan y lloran, mientras
en los cercanos fresales
una doncellita canta
en la lengua de estos valles:
—"El que no sepa rezar
que vaya por esos mares
y verá qué pronto aprende
sin enseñárselo nadie."

XI.

Cantando va sus amores,
al despuntar la alborada,
la caserita de Arróna
caminito de Zumáya,
y á sus cantares responden
las aves en la enramada,
y el Uróla en la llanura,
y el *mutillá* en la montaña.

Sus rubias trenzas de pelo
flotan al soplo del aura
y sus mejillas hermosas
que arquéa sonrisa plácida,
claveles de Donostía
parecen en lo encarnadas.

—¡Ay caserita de Arróna,
no tornes á la montaña,
que las ventiscas del Hirnio
morena pondrán tu cara!
—Tengo padres en la aldea.
—Tendrás en la villa galas.
—Allí hay quien me dá su mano.
—Y aquí quien te dá su alma.
—Señor, en los caseríos
suele cantarse esta *canta;*
"Acuérdate de la hormiga
si de volar tienes ansias,
que hasta el cuerpecito pierde
cuando le nacen las alas"

XII.

Nacieron dos doncellicas
en estas montañas altas
y fueron las dos creciendo
puras, lindas, perfumadas,
como en un tallo dos rosas
ó en un ramo dos manzanas,
envidia de la llanura
y encanto de la montaña.
A las fiestas de la villa
bajaron una mañana;
desde el dia que bajaron
una llora y otra canta.
—Hija mia, ¿porqué lloras?
—Madre, los montes me espantan.
—Pues si te espantan los montes
te casaré en tierra llana.

—Allá abajo, en la llanura,
tocan á muerto campanas,
y acaso tocan, Dios mio,
por la hija de mi alma!
Desde que casó, parece
rosa del rosal cortada,
que sus ojos están tristes
y su mejilla está pálida.
Qué tienes, hija? le digo,
y en vez de responder, calla
y llora y los tristes ojos
hácia los montes levanta.
Yo te casaré en los montes,
¡oh mi solterita amada!
que en los montes está el cielo
mas cerca que en tierra llana.

XIII.

"A la Vírgen de Begoña
diera mis trenzas de pelo
sino porque me hace falta
para atar á un marinero."
Así dijo la doncella
trenzando el rubio cabello
y la carita de rosa
contemplando en el espejo;
así dijo la doncella
y á lo lejos, á lo lejos,
en la llanura marina
cantaban los marineros:
—"Se peinan para nosotros
las doncellas de Bermeo,
y en todo puerto hay doncellas
y en la mar hay muchos puertos.

Tormentas tiene la vida
como el océano fiero,
y en un corazon amante
los hombres hallamos puerto.
Ay, no acertó con el suyo
aquel navegante ciego
por quien la hermosa doncella
trenzaba el rubio cabello!
Las monjas de santa Clara
campanas echan á vuelo,
porque es esposa de Cristo
la doncella de Bermeo
que á la Vírgen de Begoña
dió ayer las trenzas de pelo,
que fueron inútil lazo
para atar á un marinero.

XIV.

Se acerca el sol al ocaso,
y yo, con el alma inquieta,
las colinas de Mendieta
traspongo con lento paso.
Y subo y subo, y al fin
gano mas altas colinas,
y huello las santas ruinas
del templo de San Martin.
Y aquí me páro un momento
y, por natural instinto,
rezo y lloro, y canto y pinto
lo que veo y lo que siento.
Que la sublime belleza
del sol tocando á occidente

(1) Los versos qne van entre comillas, son traducciones mas ó menos libres, de cantares populares vascongados.

dice al alma del creyente:
"canta y pinta y llora y reza."

El sol se hundió tras los montes
que cual faja de verdura
circuyendo la llanura
limitan los horizontes.
Y todo, en tierra y en mar,
ejerce en mí dulce imperio
bañado por el misterio
de la luz crepuscular.
Mas ya con sus bibraciones
"¡reza!"—una campana dice,
y es en el templo en que hice
mis primeras oraciones.
¡Silencio y al mundo vano
olvida, alma mia inquieta,
que ante Dios, calla el poeta
y se arrodilla el cristiano!

XV.

Como funeraria tea
derrama el sol brillo incierto,
y tocan tristes á muerto
las campanas de la aldea.
En su féretro un anciano
que el pueblo triste acompaña,
de la vecina montaña
baja á descansar al llano.
Dánle, para bien eterno,
la Iglesia sus bendiciones,
la amistad sus oraciones,
los hijos su llanto tierno,
y para que mayor sea
en este mundo su gloria,
muerto, vive en la memoria
de las gentes de la aldea.

Anciano! ante los difuntos
siento insólita alegría
y es porque espero que un dia
descansaremos ahí juntos.
Siempre las penalidades
afronté con alma fuerte,
pero siempre ante la muerte
temblé en villas y ciudades;
que allí, como el aire atruenan
músicas y fiestas vanas,
pocos oyen las campanas
que por los difuntos suenau,
y aquí con santo sosiego
veré mi viage finado
y á dormir vendré á tu lado....
¡Adios, anciano!... ¡hasta luego!

XVI.

Entre el laberinto vario
de la sombría floresta,
levanta la frente enhiesta
el sonoro campanario,
y apenas con su sonrisa
la aurara el valle engalana,
el toque de la campana
llama á las gentes á misa,
y por cuestas y por llanos,
de fé y de modestia ejemplo,
diríjense al santo templo
niños y mozos y ancianos;
y si la pobreza veda
al templo órgano y sonoro,
le suplen cantando á coro
las aves en la arboleda.

Ya de oir la misa santa
sale el pueblo del santuario,
y gozoso el campanario
un himno al Señor levanta,
y llenos de dulce gozo,
por la vega y el collado
tornan al hogar amado
el niño, el anciano, el mozo,
y de las cumbres lejanas
vertiendo el sol luz á mares,
parece unir sus cantares
al himno de las campanas.
Tambien yo á estos infinitos
hosannas uno mi acento,
que abrasado en fé me siento
en estos campos benditos.

ANTONIO DE TRUEBA.

A GRANADA.

UN RECUERDO.

Granada, hermoso pensil
de perenne primavera,
do constantemente impera
la grata aroma de Abril.
Donde el aura juguetona,
al besar tus manantiales,
cambia en perlas sus cristales
para adornar su corona.
Yo te saludo, ciudad
por el gran Boabdil llorada,
yo te saludo, encantada
joya de la cristiandad.
Aun se ven en tus murallas
las huellas de tu grandeza,
aun se ve en tu fortaleza
los restos de cien batallas.
Aun nos está recordando
tu ciudad de Santa Fé,
que allí la morada fué
de Isabel y de Fernando.
Y puesto que fuiste so
en conseguir gloria tal,
bendice el nombre real
de aquella santa Española.
Ella haciéndote cristiana
te dió un don que no tenias,
pues si mucho merecias
eras al fin Musulmana.
Hoy radiante de hermosura
sobre tu alfombra de flores,
te alzas cual templo de amores,
grata mansion de ventura.
Ya cual madre tierna vés
Darro y Genil suspirando,
como tus muros besando
se entrelazan á tus piés.
Ya mil guirnaldas tegiendo,
primavera caprichosa,
la vés siempre cariñosa
en tus prados sonriendo.
Y esas aguas cristalinas,
y esa aroma sin igual,
dan un tinte celestial
á tus bellas Granadinas.
Salve á tí, ciudad amada,
la del cielo transparente,
la que circunda tu frente
regia corona nevada.
Salve á tí, precioso eden,
donde el alma se estasía,
donde Dios su luz envia
con mas fulgores tambien.
Donde canta el ruiseñor
con eco mas melodioso,
donde el gilguero amoroso
mejor expresa su amor.
Salve á tí, yo te bendigo,
desde este mi pobre hogar,
desde él te quiero mandar
á mi corazon contigo.

AGUSTIN SARTORIO.

LOS VECINOS DE DARLINGEN.

NOVELA DE ENRIQUE CONSCIENCE.

(Continuacion.)

—Os suplico que os senteis; replicó M.lle Blondeel con una frialdad dominadora; el negocio es mas serio de lo que vos creeis. Yo podria decir que mi proyecto debia regocijaros, pues la felicidad de vuestra mas querida niña estaria asegurada con su aceptacion; pero os conozco, hermano mio, y preveo que os enfurecereis, con solo la idea de tener que soltar algunos cientos de francos. Esta es la sola diferencia que puede alzarse entre nosotros; seamos, pues, razonables y francos, como personas que desean entenderse.

—Porqué tantos rodeos, María? interrumpió Romys con falsa tranquilidad. Decidme sencillamente lo que deseais de mí y os mostraré con placer que habeis hecho mal en dudar de mi buena voluntad.

—Y bien, vamos á verlo!... replicó la anciana. ¿Vos conoceis á Ernesto Decock, es un buen mozo y un jóven muy distinguido, no es verdad?

—Sí, no es feo; ya le conozco. ¿Distinguido?... eso sería posible si no tuviera el mas grande y el peor defecto del mundo.

—El ser pobre; no es eso? replicó Blondeel, si por pobre entendeis...

—Estad tranquilo y dejadme continuar, os lo suplico; dijo María con un tono medio imperioso medio suplicante; os anunciaré alguna cosa de nuevo, Romys, diciéndoos que Ernesto Decock y Herminia se profesan hace muchos años una afeccion profunda y sincera.

—Bah! afeccion de la niñez; esto no significa nada!...

—No os hagais el ignorante; vos lo sabeis mejor que nosotros; es mas que afeccion, se aman de veras.

—Primera ilusion de amor, hermana mia, eso no tiene nada de serio.

M.lle Biondeel perdió toda su paciencia al ver la sangre fria de Romys.

—Que no es sério!... replicó alzando la voz. Pues es tan sério que nosotros os pedimos formalmente la mano de Herminia para Ernesto Decock.

Romys, fingiendo un gran asombro, dejó asomar una risilla irónica y exclamó:

—Ah! ah! la mano de mi hija para Ernesto Decock? vos quereis divertiros, hermana mia. Un cualquiera, sin posicion y sin fortuna, un perillan!... no es cierto?

—Estad tranquilo, Juan; dijo María á su hermano que comenzaba á agitarse sobre su silla.

El desprecio de su cuñado por Ernesto le habia herido y sobre este punto era extremadamente susceptible. Su hermana volviéndose hácia Romys replicó:

—Escuchad; estas son las razones que nosotros podemos hacer valer en favor de este matrimonio. Ernesto y Herminia se aman, son jóvenes; la naturaleza los ha dotado de los mismos gustos, de las mismas inclinaciones, del mismo amor por todo lo que es noble y bello, como si Dios los hubiera criado el uno para el otro. Ernesto es pobre, decís, en efecto, solo posee cuatrocientos mil francos; pero es ingeniero civil, discípulo del célebre Stephenson y provisto de todos los conocimientos necesarios para adquirirse una fortuna que puede ser infinitamente mas considerable que la de los Romys. Además; nosotros estamos aquí para ayudarle, sin que lo necesite, porque posee bondad de corazon, nobleza de alma, bella figura, ciencia, talento, valor... todo cuanto puede elevar á un hombre. Nosotros estamos seguros de que Herminia será dichosa con él, dichosa como pocas criaturas lo serán sobre la tierra, y estamos seguros de que ella os bendecirá y nos bendecirá eternamente, si realizamos este matrimonio; el mas dulce, el único sueño de su vida.

—Muy bellas palabras; murmuró Romys; pero yo no puedo creer que hableis sériamente. No penseis en ese matrimonio, hermana mia, porque es una cosa imposible. Un jóven sin fortuna!...

—Pero él adquirirá una considerable!...

—Los huevos que no son puestos, hermana mia, son pollos inciertos; y aunque ganase mucho dinero no dejaria de ser un rico nuevo y los Romys son ricos viejos y no hacen alianza con gentes de ayer.

—Esto es insoportable; interrumpió Juan Blondeel: hareis salir de quicio al hombre mas frio .Decid, vos que os envaneceis de la antigüedad de vuestra familia, ¿habeis olvidado que vuestro abuelo estuvo de obrero en una tenería?

Romys se extremeció y palideció como si hubiera sentido la picadura de una serpiente. Se calló un instante haciendo esfuerzos por quedar dueño de sí; despues dijo con una sonrisa ágria y con mal contenida cólera:

—Yo no esperaba semejante insulto de vuestra parte, Mr. Blondeel. Hablais de cosas que pasaron hace muchos años; pero aun cuando yo fuera el nieto de un obrero, esta no sería una razon para dar mi hija á un hombre sin fortuna y sin nombre, y ya que me provocais, lo diré claramente, al hijo de un bancarrotista!...

—Bancarrotista!... exclamó Mr. Blondeel, pues esta palabra habia herido su corazon ¡bancarrotista!...

Y Blondeel furioso crispó los puños y los mostró á su hermano con aire de amenaza; María se puso entre los dos y trató de calmarlos mientras Blondeel colérico repetia la palabra "Bancarrotista" con un furor creciente.

—Ya veis cómo la verdad no es agradable; refunfuñó Romys con un tono tranquilo y triunfante.

—Si yo no me contuviera, sucederian cosas muy desagradables; dijo Blondeel. ¡Hablar así de mi difunto amigo Decock, de un noble corazon que valia mas que todos los Romys del mundo!... Cómo! un comerciante que ha tenido reveces en sus negocios, que viene á ser la víctima de un acontecimiento imprevisto, que puede salvar gran parte de su fortuna haciendo con sus acreedores convenios legales, y que por el contrario lo sacrifica todo hasta la herencia de su único hijo por quedar como hombre de honor no solo para con el mundo, entendeis Romys, si para con Dios, para con su conciencia!... Un padre que acepta la pobreza por dejar á su hijo un nombre sin tacha!... y vos llamais á semejante hombre un bancarrotista?...

—Se me habia contado el negocio de otro modo, respondió Romys asustado por el aspecto de Blondeel; no nos incomodemos por êsto, yo retiro la palabra.

—Escuchad; dijo M.lle María con intencion; esto no puede quedar así. Es preciso que tenga fin nuestra conversacion y voy á abreviarla, Romys. Nosotros os rogamos amigablemente que deis vuestro consentimiento para el matrimonio de Ernesto y de Herminia.

—Jamás, hermana mia; el honor de la familia es antes que todo.

—De modo que la amistad no puede doblegaros? pues haré valer otra razon. Si desechais nuestro ruego, si rehusais el medio de asegurar la dicha de Herminia, el medio de preservarla para el porvenir de otro Pottewal, todo está concluido entre nosotros, como si no nos conociéramos. Hoy mismo adoptaremos á Ernesto Docock por hijo, instituyéndole el único heredero de nuestros bienes; no vacileis mas tiempo, es una decision suprema que nada en el mundo puede cambiar.

Romys miraba á su cuñada con creciente estupor; se volvia hácia Blondeel esperando descubrir en su fisonomía alguna vacilacion, pero Mr. Juan meneó la cabeza con una resolucion inalterable y añadió por toda respuesta:

—Es cosa decidida; irrevocablemente decidida.

—Queridos amigos, suspiró Romys; ¿querríais hacerme creer que sois capaces de olvidar hasta ese punto vuestra propia sangre en beneficio de un extraño?... Ah! vosotros sois demasiado generosos y ese es solo un movimiento de despecho. No, vosotros no desheredareis tan cruelmente á vuestra hermana y á vuestras inocentes sobrinas; el proyecto de adoptar á Ernesto será solo una idea ¿no es esto?

—Una idea? repitió M.lle Blondeel. Echad una mirada sobre ese libro que está allí abierto delante de vos y ved en lo que nos ocupábamos cuando habeis venido.

Romys se inclinó sobre el libro designado y murmuró palideciendo:

—*De la adopcion y de sus efectos*. Es posible?... Oh! Dios mio! todo me abruma!... Un doble dote!... veinte hijos en perspectiva!... mi fortuna hecha pedazos!... En mi casa enfermedades, lamentaciones, médicos, boticarios! y aquí perder una herencia que pertenece legalmente á mi familia!... Oh! amigo Blondeel! Oh! buena María,

tened compasion de mi desgracia!...

—Nosotros no tenemos el derecho de imponeros este matrimonio, respondió María. Sois ciertamente dueño de vuestra hija, como nosotros de nuestra fortuna. Podeis elegir, ó consentir en la dicha de Herminia ó abandonar toda esperanza de vernos renunciar á nuestro proyecto; no os rogaremos mas.

Romys quedó un instante con los ojos fijos en el suelo, buscando sin duda el medio de dar una respuesta categórica; al fin, levantó tristemente los hombros y dijo:

—Yo haré por demostraros hasta qué punto aprecio vuestra amistad; no hablemos mas de este negocio y yo lo pensaré; esto no os importa por ahora, puesto que Herminia no se casa con Pottewal.

—No, hermano mio; debeis decidirlo en seguida.

—Inmediatamente, Bonifacio, sobre el terreno; afirmó Blondeel.

—Pero vosotros me violentais, me haceis víctima de una cruel tiranía!... murmuró Romys con angustia.

—Pues dejadlo, hermano mio, sois libre en la eleccion; si no quereis consentir, marchaos á vuestra casa, nosotros continuaremos en el estudio del código civil, capítulo de la adopcion; dijo friamente María.

—María!... María!... estais inexorable conmigo. Un doble dote, dos bodas!... yo estoy arruinado completamente.

—Herminia no tiene necesidad de dote; díjo Blondeel.

—Pues cómo!.., replicó Romys; si Mr. Decock no quiere dote, de qué vivirán?

—Nosotros estamos aquí para ayudarle en caso de necesidad.

—Ay de mí!... ay de mí!... pero vuestra fortuna no es igualmente de vuestra familia?

—Por eso queremos la boda y si nos lo permitís nosotros haremos los gastos.

Romys bajó la cabeza quedando, durante algun tiempo, absorto en sus penosos pensamientos; despues replicó suspirando:

—Rebajarse así nuestra familia!... Hacer á mi hija desgraciada!... Me exijis este sacrificio? y bien, sereis responsables de las consecuencias de tan fatal matrimonio.

—Consentís pues? dijo M.lle María con júbilo.

—Me habeis obligado, me tiranizais.

—Pero consentís?... Responded Romys.

—Sí; sí; me doblego á la fuerza.

—Esto basta; exclamó la anciana. Voy á buscar á Ernesto al jardin, y os estará muy reconocido: dejadle creer que le aceptais de buena voluntad por hijo.

Romys extendió las manos para detener á su cuñada; pero ella, sin hacer caso de sus súplicas, se lanzó fuera del salon y corrió á través del jardin hasta el pabellon donde se hallaba el jóven sentado con la cabeza entre las manos.

Esta actitud desolada detuvo de repente su impetuoso arranque. Se aproximó despacio y murmuró en voz baja: "¡pobre jóven! ¡sería una imprudencia: ¡despues de un pesar tan grande, podria matarle la alegría!"

—Ernesto!... dijo ella; Ernesto; os traigo una buena nueva, una dichosa nueva.

El levantó la cabeza y la miró con incredulidad.

—Herminia no se casa ya.

—Oh! Dios mio!... exclamó Ernesto levantándose de súbito. ¿He oido bien? no me engañais, buena María?

—Su padre está aquí, ha venido á decirnos que ahora es Teresa la que se casa con Pottewal.

El jóven hondamente conmovido levantó las manos al cielo.

—Vamos, Ernesto; dijo M.lle María; es preciso que modereis vuestro júbilo y vengais conmigo. Mr. Romys quiere veros y deciros una cosa que os será muy grata, estad seguro; pero si no os mostrais tranquilo dareis una idea desfavorable de vos.

El la siguió y conforme iba andando despacio iba diciendo:

—Veis, Ernesto; no teníais un buen presentimiento, y es posible que hoy mismo vuestros deseos se vean cumplidos. ¿Si Mr. Romys llegase á dar su consentimiento para vuestro enlace con Herminia?...

—Cómo!... qué decís!... podria Herminia ser mi mujer? dijo el jóven tomando la mano de la anciana, deteniéndola con fuerza y mirándola tembloroso.

—Bueno!... ved aquí que enrojeceis y palideceis de emocion; dijo María con fingida cólera, yo no he dicho eso, lo que si hay de cierto es que Mr. Romys está muy favorablemente dispuesto á consentir, porque desea la dicha de Herminia; sed hombre y mostraos fuerte.

Esta esperanza y la invocacion del nombre de su amada hicieron hacer á Ernesto un esfuerzo gigantesco para reprimir los movimientos impetuosos de su corazon.

María entró en la sala conduciendo al jóven delante de Romys; este se levantó y miró á su futuro yerno mordiéndose los labios y con el rostro irritado.

—Ved aquí á Mr. Decock que viene á daros gracias porque le concedeis tan generosamente la mano de Herminia: dijo la anciana.

—Será verdad, señor!... exclamó Ernesto con las lágrimas en los ojos. ¡Ah! que Dios os bendiga por beneficio tan supremo!...

—Escusad las muestras de reconocimiento, os lo suplico; refunfuñó Romys. No soy yo quien os concede la mano de mi hija, es M.lle María y vuestro tutor Blondeel.

—¿Y dudareis quizá, señor, de que yo sea digno de ser vuestro hijo? replicó Ernesto; pero Dios me dará fuerzas para merecer vuestra estimacion, vuestra amistad y vuestro afecto. ¡Oh! Creedme, yo haré dichosa á vuestra hija!...

—Hacedla rica; eso me agradará mucho mas; replicó Romys con amarga burla. Pero eso os será difícil, pobre jóven, y no sabreis todavía que yo no doy dote á mi hija.

—Herminia, Herminia sola!... exclamó el jóven con pasion. Su dicha debe ser mi obra; y al casarme con ella me siento con fuerza para hacer milagros.

—Ya lo veremos, respondió Romys. Esta cancion de júbilo cambiará bien pronto de tono; y estad seguro que no obtendreis nada de vuestro suegro; no doy ni un franco, ni un céntimo.

—Yo no deseo nada; solamente la mano de Herminia. Es para mí el mayor tesoro de la tierra.

Romys encogió los hombros con lástima y dijo:

—Dos palabras que no prometen gran cosa; y bien: casaos con Herminia y procurad que no tenga que sentir por haberlo consentido. Y volviéndose hácia Blondeel añadió:

—Venid ahora, Juan; vamos á Darlingen. Esta escena ha durado bastante tiempo y debemos partir antes del medio dia por el camino de hierro.

—Dejad que Ernesto nos acompañe, Romys; dijo M.lle María; es conveniente que él vaya, al menos, á saludar á su prometida; y vos vereis como su aparicion en vuestra casa hace desaparecer, como por encanto, la enfermedad y el dolor. ¿No os opondreis á que vaya con vos á Darlingen?

—Estando ya decidido, todo me es indiferente; suspiró Romys.

—Un instante; voy á ponerme otra levita; exclamó Blondeel; al momento vuelvo.

Romys le siguió, sin duda para poder hablarle solo. Así que hubieron desaparecido los dos en el corredor, Ernesto saltó al cuello de la anciana y dijo con lágrimas en los ojos:

—María!... mi buena María!... ¿es á vos y á vuestro hermano; pero sobre todo á vos á quien yo debo este inapreciable beneficio?... gracias!... gracias alma angelical!... vos me haceis olvidar que no tengo madre!... Oh! qué inmensa dicha! á cada instante de mi vida bendeciré vuestro nombre!...

—Vamos, vamos!... no perdais el juicio; estais estropeando mi papalina. Haced dichosa á Herminia y no pido otra recompensa.

(*Se continuará.*) FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Insertamos á continuacion una bella poesía titulada *La Estrella del Norte*, cuya composicion hace parte de un precioso librito que lleva por título: *Jardin de Virtudes, ó la doncella cristiana.*

Recomendamos á nuestras lectoras esta obra, importante por su doctrina, y agradable por su interés literario. (1)

LA ESTRELLA DEL NORTE.

Quiero, niña, al concluir
esta modesta lectura,
darte una norma segura
por la cual te has de regir.
Cuando en noche aterradora
marcha ciego el caminante,
solo anhela ver delante
una estrella protectora.
En la marcha, niña bella,
que en el mundo vas haciendo,
mostrarte clara pretendo
esa protectora estrella.
Quiera Dios que, al percibir
su celestial resplandor,
de un vivo fuego de amor
sientas tu pecho latir.
Y que, siguiendo en el suelo
la huella que va marcando,
vayas, niña, adelantando
hasta encontrarte en el cielo.
Una herencia de dolores
al venir al mundo hallamos,
y solo espinas tocamos
al ir á coger sus flores.
Entre suspiros nacemos,
con mil pesares vivimos,
y entre lágrimas morimos,
cuando á la tierra volvemos.
Y no hay que buscar aquí
la limosna del consuelo;
siempre sordo á ajeno duelo
este mundo ingrato ví.
Si hallar quieres, hija mia,
en este mar la bonanza,
deposita tu esperanza
en el seno de María.
Ella es la Estrella brillante
que, al mandar su luz al suelo,
muestra la entrada del cielo
al perdido caminante.
A los que el mar, hija mia,
de este mundo navegamos,
si es que con fe la invocamos,
Estrella y Norte es María.
Signo es de paz y ventura
este nombre á los mortales,
remedio en todos sus males,
y en sus trabajos, dulzura.
Si de inmundas tentaciones
ves alzarse el huracan;
si cruda guerra te dan
tus hoy nacientes pasiones,
No temas; llama á María,
y, ante ese nombre sagrado,
se disipará el nublado
que te asustaba, hija mia.
Si de dolor y amargura
lágrimas nublan tus ojos,
póstrate, niña, de hinojos,
y llama á esa Vírgen pura.
Que de divino consuelo
es manantial la Señora,
y suele dar al que llora
las bendiciones del cielo.
Si estás enferma, y sufrir
no puedes, niña, el dolor,
llama á esa Madre de amor,
y la verás acudir.
Siempre que alguna afliccion
á oprimir venga tu pecho,
busca refugio en el lecho
de su amante corazon.
De tus penas y alegría,
de tu dicha y tus dolores,
como á Madre que es de amores,
debes dar cuenta á María.
Que ese nombre virgínal
no se aparte de tu boca;
siempre al que con fe le invoca,
le libra de todo mal.
Pero no la devocion
de invocarle bastaria;
has de tenerle, hija mia,
grabado en el corazon.
¿Qué cosa hay, dime, mas bella,
que amar con ardiente anhelo
á la que es Reina del cielo,
y del mundo pura Estrella?
No hay nada que comparar
podamos á su hermosura;
todo en esa Vírgen pura
está convidando á amar.
Jesus, niña, es nuestro bien,
nuestro Padre y Redentor;
le amamos, mas con temor,
porque es nuestro Juez tambien.
Pero, ¿qué hay, dime, hija mia,
mirándolo con fe pura,
que no respire dulzura
en el amor de María?
Es nuestra Madre amorosa,
es nuestro amparo y consuelo,
y es en la mansion del cielo
Emperatriz poderosa.
Despues de Dios, hija mia,
que es el solo Eterno y Santo,
con su celestial encanto
lo puede todo María.
Si en tu favor quiere estar,
¿á quién, niña, has de temer?
y ¿quién te podrá ofender,
si Ella te quiere amparar?
Si á su amante corazon
te refugias, niña bella,
¿cómo ha de llegar hasta Ella
en tu busca la afliccion?
Si quieres dulce alegría,
si anhelas paz y ventura,
siendo tú inocente y pura,
lo hallarás todo en María.
Al nacer bella la aurora,
cuando el sol cubre la tierra,
cuando la noche se cierra,
llama siempre á la Señora.
Con puro y constante amor
ofrécela vida y alma,
y Ella te dará la palma
por tu inocencia y candor;
Y, cubriéndote en el suelo
con su manto soberano,
te llevará de la mano
á ver á Jesus al cielo.

G. GONZALEZ MORENO.

(1) Se halla de venta en las principales librerías de Madrid, al precio de SEIS REALES; pudiéndose hacer tambien los pedidos dirigiéndose á D. Gregorio Gonzalez, plaza de la Leña, n. 1, tercero izquierda, acompañando CATORCE SELLOS de franqueo de 4 cuartos por cada ejemplar. A los que tomen y paguen doce ejemplares, se les dará uno gratis.

AÑO CRISTIANO EN VERSO.

Esta interesante obrita, en la que se relatan en armoniosos versos y con variada metrificacion, las vidas de los Santos, está llena de bellas oraciones, consejos y meditaciones de suma utilidad y muy necesarios para todo buen fiel. Tiene concedidas muchas indulgencias y se destina por la editora parte de su producto á favor del Santo Padre.

Forma un elegante volúmen en 8.° de cerca de 400 páginas y cuesta DIEZ REALES en Madrid y DOCE en provincias, franco y certificado. Administracion: calle del Rubio, número 4, Madrid.

ADVERTENCIA.

Acompaña al presente número una lámina de tapicería en colores, en vez del figurin iluminado.

DIRECTOR: D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ 1867. IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA á cargo de D. Federico Joly y Velasco,

LA MODA ELEGANTE

AÑO XXVI. — PERIODICO DE LAS FAMILIAS. — NUM. 26.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs... Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs...Seis meses,65...Tres meses, 35... Un mes, 12.

Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs....Seis meses, 42... Tres meses, 22...Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

EDITOR PROPIETARIO: Don Abelardo de Carlos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes.... Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Libreria de Don C. Bailly-Bailliere, plaza del Principe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tánago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux.
PARIS, Mr. Fermin Didot frères, rue Jacob, 56.

Sumario.—Explicacion de la hoja de patrones que contiene: Bata para caballero.—Cuatro cófias para señora de edad.—Cogin de viage.—Chaqueta de cachemira blanca.—Trage de paseo y de viage para señoras y señoritas.—Espejo de faltriquera.—Vestido para niña de 8 á 10 años.—Ocho modelos para sombrillas.—Vestido para niño de 5 á 7 años.—Cinturon de cinta de reps negro.—Paletot de franela encarnada.—Paletot Breton.—Teatro indio.—Los vecinos de Darlingen, novela de Enrique Conscience.—Un colegio de señoritas en provincia.—Explicacion del figurin iluminado.

EXPLICACION DE LA HOJA DE PATRONES.

Bata para caballero.

Figs. 31 á 34 (verso) del patron.

Estas batas se hacen de cualquier tegido de verano ó de invierno, de paño chiné,—de moleton cachemira,—de franela,—de piqué, etc. Se ribetean con un galon de lana encarnada, ó azul, ó castaño, ó negro. Se corta la bata por la fig. 31, que representa su mitad,—dos pedazos por cada una de las figs. 32 y 33 (la 32 en tela puesta doble). Se prepara la manga por la fig. 34, teniendo en cuenta la diferencia de contornos para la mitad de debajo. — Detrás del borde de delante de cada delantero se pone una tira de la misma tela, que tenga 8 cents. de ancho, la cual se va ensanchando gradualmente, de modo que tenga en el escote 19 cents.; se hacen los ojales, se ponen los botones, los bolsillos y las carterillas. Se fija el cuello juntando las cifras iguales. Se cose la manga, y se la coloca en la sisa 8 sobre 8.

Cuatro cófias para señora de edad.

Las explicaciones de estas cófias se encuentran en la hoja de patrones.

Cogin de viage.

La fig. 28 (recto) representa el patron y el dibujo de una de las presillas.

Este cogin tiene 50 cents. en todos sentidos; se rellena de crin, pero de modo que su parte media quede casi plana, los lados, por el contrario, bien *rehenchidos*. Cuando se quiere enrollar este cogin (véase el dibujo especial), esta parte media sirve como de charnela. Para conservar el cogin enrollado se hace uso de botones y de presillas de cordon; un cordon adornado con borlas va puesto en uno de sus lados. El interior se cubre de cachemira verde oscuro, el esterior de paño gris, recortado, atravesado por presillas de paño encarnado, recortadas todo al rededor y orladas á punto ruso con seda negra. La fig. 28 representa una de estas presillas.

Chaqueta de cachemira blanca.

Figs. 16 á 18 (recto) del patron.

La guarnicion se compone de cintas de terciopelo negro que tengan 1 centímetro de ancho, con filetes ó trencilla amarilla y cuentas de ámbar, co-

BATA PARA CABALLERO.

sidas por fuera del terciopelo á intervalos iguales. Esta guarnicion se completa con guipur negro de 3 cents. de ancho.

Se cortan en cachemira y marcelina ó fulard (forro) dos pedazos por la fig. 16; la espalda entera por la fig. 17, que representa su mitad; la manga por la fig. 18; se cosen las nesgas del pecho (despues de haber hilvanado la tela con el forro); se reunen espalda y delanteros, á punto atrás, juntando las cifras iguales, y dejando intacto uno de los lados del forro, que se rebate despues sobre la costura. Se pone la guarnicion, indicada en parte en el patron; se cose la manga desde 36 hasta 37, desde 38 hasta 39; se guarnece la manga, y se la cose en la sisa 39 sobre 39.

Trage de paseo y de viage para señoras y señoritas.

Figs. 1 á 8 (recto) del patron.

Se hace de tegido de fantasía gris chiné; se compone el vestido de un zagalejo enteramente cortado á nesgas, de un trage cortado del mismo modo, pero 18 cents. mas corto que aquel; en fin, de un paletot recto. La guarnicion es de cinta de terciopelo negro que tenga 1 cent. de ancho con filetes blancos. El zagalejo es, como hemos dicho, de la misma tela que el trage; pero se puede reducir el gasto de este vestido haciendo el zagalejo de percalina gris, cubierta por abajo con una tira igual al trage, y que tenga 30 centímetros de ancho; esta tira se cortará sobre cada paño para que tenga una forma idéntica.

El zagalejo se cortará por el patron del trage, es decir, por las figs. 1 á 3; pero alargándolo por su borde inferior.

TRAGE.—Se cortan dos pedazos por cada una de las figs. 1 á 3, dejando de mas, en el borde de la fig. 1, la tela necesaria para un dobladillo de 3 centímetros, que debe hacerse en el delantero de la derecha y fijarse sobre el delantero opuesto con botones negros y blancos hasta la estrella de la fig. 1; desde aquí hasta el borde superior queda una abertura que se cierra con corchetes. Todos los demás pedazos se reunen juntando las cifras iguales. Debajo del borde inferior del trage se pone una tira de la misma tela, que tenga 8 cents. de aucho, cosida solamente por su borde superior. Para formar los dientes, se hacen en el borde inferior del trage las hendiduras indicadas en la fig. 3, luego se ribetean todos los contornos con una tira de tafetan negro de un cent. y medio de ancho. —Se pone en seguida la guarnicion tal como la indican el patron y el dibujo. Se arma el zagalejo entre las dos telas de una pretina doble, que se cierra por delante con corchetes.

Acompaña á este número el patron n.° 8 de 1867, cuyos dibujos y explicacion van insertos en el mismo.

PALETOT.—Se cortan dos pedazos por cada una de las figs. 4 y 8; la espalda y el cuello enteros por las figs. 5 y 6, que representan su mitad; las 2 mangas por la fig. 7, teniendo en cuenta la diferencia de contornos para la mitad de debajo. Se reunen espalda y delanteros juntando las cifras iguales; se orla el contorno del paletot por dentro (excepto el escote) con una tira de la misma tela que tenga 7 cents. de ancho; se hacen los ojales y se ponen los botones; todo ello se orla con una tira de tafetan negro, y luego se pone la guarnicion. El cuello se ha cortado doble y se ha guarnecido; luego se le coloca en el escote juntando los signos iguales, y cosiendo al mismo tiempo las dos tiras sueltas forradas de gasa rígida que de allí penden. Cada una de estas tiene 71 cents. de largo, por 5 y medio de ancho en su borde ó extremo superior, y 10 en el inferior, donde se cortan formando triángulo. Las dos mitades de la manga se cosen desde 13 hasta 14, desde 15 hasta 16. Se cose esta en la sisa 16 sobre 16. Esta costura va cubierta por la hombrera (fig. 8) preparada en tela y forro de gasa rígida, y que se coloca sobre la manga juntando las cifras iguales.

CÓFIA DE TUL PARA SEÑORA DE EDAD.

CÓFIA CON CINTAS PAJA PARA SEÑORA DE EDAD.

Espejo de faltriquera.

La fig. 27 (recto) representa el patron y el dibujo de bordado este espejo.

El espejo, que es redondo, lleva un marco cubierto de terciopelo de color castaño bordado, y lleva su correspondiente tapa. Se corta en carton y terciopelo la cara posterior entera del espejo por la fig. 27, que representa su mitad; luego se corta, siempre por la fig. 27, en carton y terciopelo el marco, es decir, la parte esterior, limitada por una línea fina; en fin, la parte central de este patron para la tapa, dejando de mas todo al rededor el terciopelo necesario para la costura. Se ejecuta el bordado con torzal de seda maiz ó negro: se pega el terciopelo sobre el carton en los sitios correspondientes, y todo ello se reune sobre el contorno esterior por medio de algunos puntos. En la cara interior de la tapa se pega papel glaseado negro ó blanco, y luego se ata esta al espejo con un cordon de seda.

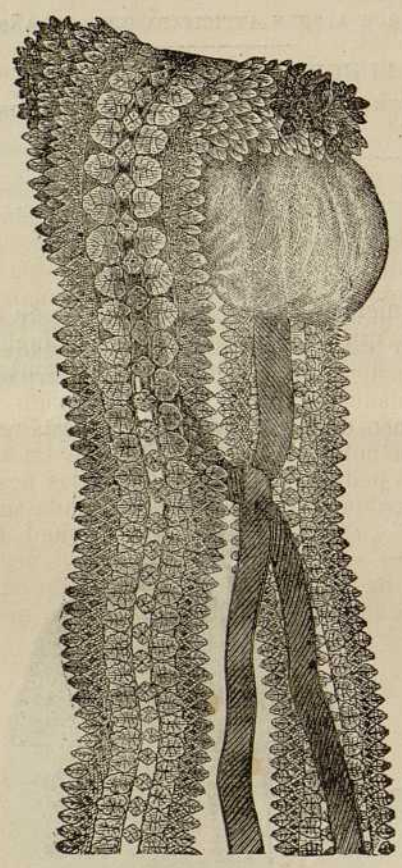
Vestido para niña de 8 á 10 años.

Figuras 9 á 15 (recto) del patron.

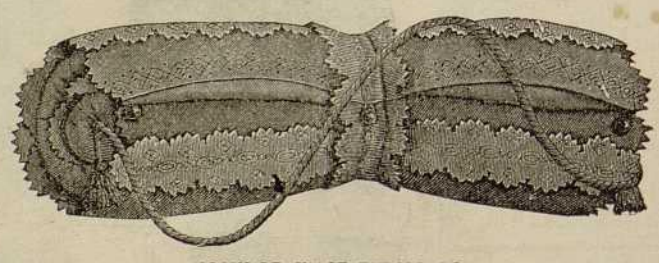
El zagalejo es de cachemira encarnada; el trage y el paletot de popelina gris, con guarnicion compuesta de una cinta de terciopelo negro de 2 cents. de ancho; en el medio del escote, por detrás, se encuentran dos cintas de terciopelo, cada una de 16 cents. de largo, y otras dos semejantes, cada una de 54 cents.; estas 4 cintas se fijan en el escote por un boton de azabache, y terminan en un fleco de lo mismo. El lado derecho del trage cruza por delante sobre el izquierdo en un espacio de 1 cent. y medio; lleva botones gruesos de azabache, separados por una distancia de 3 cents.

Trage cortado á nesgas.—Se cortan dos pedazos por cada una de las figs. 9 á 11; el paño de detrás entero por la fig. 12, que representa su mitad. Debajo del borde anterior de cada paño de delante se pone una tira de forro que tenga tres cents. de ancho; se reunen los dos paños cosiendo en ellos los botones; pero dejando en el borde superior una abertura de 3 cents. Se reunen todos los pedazos juntando los signos iguales; se redoblan hácia el derecho los contornos del trage; que se cubren con la cinta de terciopelo; se hacen algunos pliegues por detrás poniendo cada cruz sobre un punto; el zagalejo se corta como el trage, pero 15 cents. mas largo. Se arman el zagalejo y el trage entre las dos telas de una pretina doble.

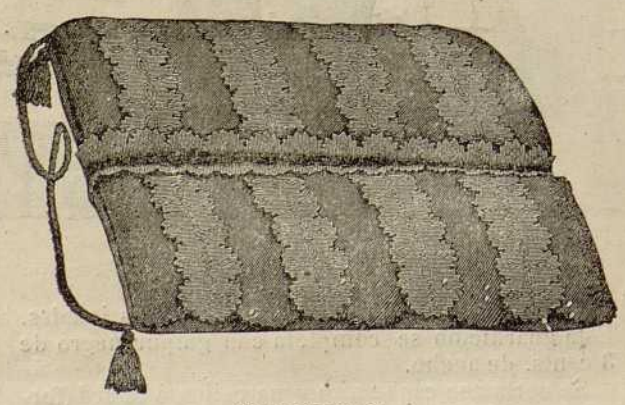
Paletot.—Es de popelina y se forra de fulard encarnado; puede tambien suprimirse el forro.—Se corta el paletot por las figs. 13 á 15; se reunen todos los pedazos juntando los signos iguales; los contornos se redoblan y se guarnecen, como los del trage, con cinta de terciopelo. La parte superior de la sisa se guarnece con la misma cinta cortada en punta por cada extremo. El escote se orla con una tira de la misma tela que el paletot, cortada al sesgo, de 1 centímetro de ancho.



CÓFIA ADORNADA CON PENSAMIENTOS PARA SEÑORA DE EDAD.



COGIN DE VIAGE ENROLLADO.



COGIN DE VIAGE.

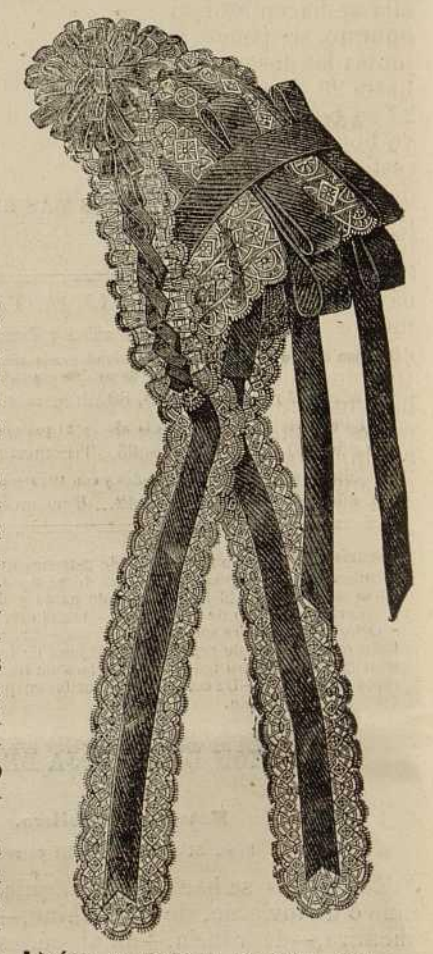
SOMBRILLAS.

Figs. 19 á 24 (recto) del patron.

Entre las nuevas sombrillas, señalaremos las que están hechas de telas de dos colores diferentes, las que se adornan con una sola escarapela de cabos largos, y en fin las bordadas de cuentas.

N.° 1.—Sombrilla de tafetan azul con los contornos á puntas, orlada de tafetan blanco y con bordados de cuentas blancas opacas. La fig. 19 representa 2 de estas puntas; la forma general es la de la fig. 22; forro de marcelina blanca; en el contorno un guipur blanco de medio centímetro de ancho; mango de marfil.

N.° 2.—Sombrilla de tafetan lila, bordada toda de cuentas. Uno de los cascos tiene por todo adorno un dibujo que se encontrará en la fig. 24; forro blanco de seda;—mango de nácar.



CÓFIA GUARNECIDA DE CINTA AZUL PARA SEÑORA DE EDAD.

N.os 3 y 4.—Sombrillas de tafetan negro. La número 4, bordada de cuentas de cristal y seda blanca, á punto ruso. La número 3 adornada con una escarapela hecha de cinta de moer negra de dos cents. de ancho. Esta escarapela cubre la costura de 2 buclecillos con cabos de la misma cinta que llevan cascabelillos de cuentas; forro blanco de seda; por debajo del contorno un rizado de cinta raso blanco, que excede de la sombrilla; mango tallado de madera negra.

N.° 5.—Sombrilla de tafetan blanco y tafetan azul. La parte superior (tafetan azul) está cortada por la fig. 19, luego bordada con cuentas blanças y orlada por un fleco de las mismas cuentas; forro blanco de seda; mango de marfil.

N.° 6,—Sombrilla *marquesa*, de tafetan gris; forro blanco de seda; cada casco va adornado con una orla de redecilla hecha de cuentas de azabache, y guarnecida de cascabelillos. En el vértice de la sombrilla se ven buclecillos y cabos de cinta de moer gris de 2 cents. de ancho, bordada con gruesas cuentas redondas; mango de marfil.

N.° 7.—Sombrilla de tafetan negro y tafetan violeta. La parte superior (tafetan violeta) se corta por la fig. 20, luego se borda con cuentas negras. Los contornos de esta parte superior llevan por orla cuentas pequeñas negras separadas por otras cuentas mayores; las puntas que se fijan sobre la tela negra que está debajo van guarnecidas con un fleco de cuentas que cubre la parte inferior de la sombrilla; forro de marcelina negra; mango de madera negra tallado.

N.° 8.—Sombrilla de tafetan gris, bordada de cordon negro y blanco (véase la fig. 23).—Forro blanco de seda; mango de marfil.

Vestido para niño de 5 á 7 años.

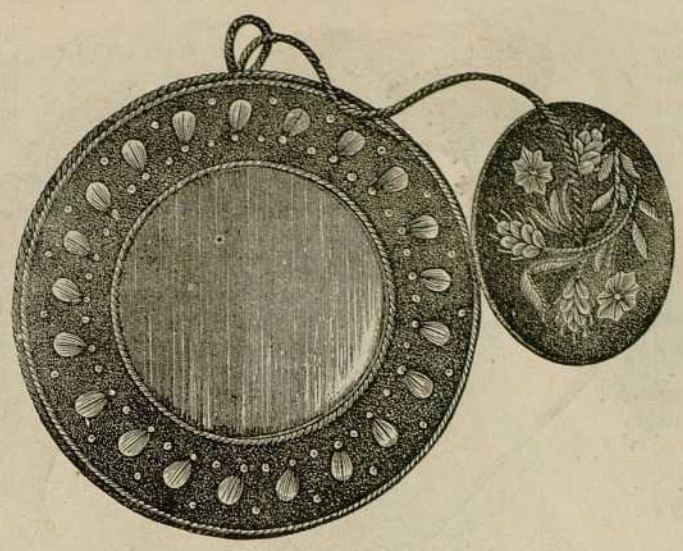
Figs. 40 á 48 (verso) del patron.

Este vestido, hecho de tela gris jaspeada de negro, se compone de pantalon y chaqueta; está orlado con galones negros de lana de dos anchos diferentes, los cuales figuran sobre la chaqueta un cuello y unas vueltas en las mangas.

Pantalon.—Se cortan dos pedazos por cada una de las figuras 40, 41, 43 y 44; en las figs. 40 y 41 se deja de mas, por abajo, la tela necesaria para un dobladillo de 3 cents. Las figs. 43 y 44 se cortan sin forro. Se cosen juntas la mitad de delante y la de detras, desde 19 hasta 20, desde 21 hasta 22, desde 23 hasta 24; en esta última costura las ensanchas se cruzan en un espacio de 1 centímetro y por consiguiente, el galon de la mitad de delante se cose antes de hacer esta costura. Se hace el dobladillo inferior; se pone en la pierna izquierda del pantalon (véase la fig. 40) la carterilla cortada por la fig. 42 en tela doble; en ella se hacen los ojales indicados, y en el lado opuesto se ponen los botones, luego se cosen juntas las dos piernas desde 19 hasta 26, y desde 19 hasta 25. En la abertura que queda desde 22 hasta 23 se pone una faltriquera hecha de percaliua, cuyo borde superior se cubre con tela igual á la del vestido. Debajo del borde superior del pantalon se pone una tira de percalina de 18 centímetros de ancho;—se fija la tira de la hebilla juntando las cifras iguales, en fin, se arma el pantalon sobre la pretina guarnecida de botones y en su parte derecha se hace un ojal para el que se pone un boton en la parte interior del pantalon.

TRAGE DE PASEO Y DE VIAGE PARA SEÑORAS Y SEÑORITAS.

Chaqueta.— Se cortan dos pedazos por cada una de las figs, 45, 46 y 47, —4 pedazos para las mangas por la fig. 48, teniendo en cuenta la diferencia de los contornos para la mitad de debajo. Por debajo del borde anterior de cada delantero se pone una tira de la misma tela que la chaqueta, que tenga 3 centímetros de ancho; se hacen los ojales, se cosen los botones, se ejecuta la abertura desde 35 hasta 36, y en ella se pone la faltriquera y su carterilla; esta, despues de orlada, se cose desde 35 hasta 36 sobre el borde inferior de la abertura; se la fija además encima, cruz y punto sobre las mismas líneas, de modo que se doble sobre la línea de puntos y cubra la abertura. —Se reunen las dos mitades de la espalda en el medio por detrás, y luego todos los pedazos juntando las cifras iguales; los dos delanteros se fijan desde 32, por ámbos lados, cruz sobre punto; del mismo modo se reunen el lado izquierdo de la espalda con el derecho. — Se cose la manga desde 37 hasta 38, desde 39 hasta 40; se forma un pliegue en cada lado de debajo poniendo la cruz sabre el punto; se cose la manga en la sisa, 40 sobre 40, quedando así concluido este elegante vestido.



ESPEJO DE FALTRIQUERA.

Cinturon de cinta de reps negro.

Figuras 25 y 26 (recto) del patron.

Se corta por las figs. 25 y 26; las putnas se orlan con una cinta estrecha de tafetan negro; el bordado se hace con cañutillos negros de azabache largos y cortos, y chapas de azabache; —en cada punta va un cascabelillo. La abertura del cinturon se cubre con una escarapela hecha de reps, adornado en su centro con un boton de pasamaneria; las hojas de esta escarapela se bordan con cañutillos de azabache, y en cada punto de ellas se coloca una cuenta.

Paletot de franela encarnada.

Figs. 35 á 39 (verso) del patron.

Este paletot, que puede tambien hacerse de tela igual á la del trage, constituye además una buena bata, cuando se lleva con un zagalejo igual.

Nuestro modelo, de franela encarnada, tiene por guarnicion una tira de tafetan negro cortada al sesgo, de 3 cents. y medio de ancho, adornada con trencilla blanca figurando ojales terminados por un boton blanco de nácar. Esta trencilla está redoblada y fijada por el revés de la tira de tafetan. Se cortan dos pedazos por cada una de las figs. 35 y 38,—la espalda y el cuello enteros, cada uno por las figs. 36 y 37, que representan su mitad. El cuello (fig. 37) se corta doble en tafetan negro; se prepara la manga por la fig. 39, teniendo en cuenta la diferencia de los contornos para su mitad de debajo. Se reunen los pedazos juntando las cifras iguales; se orla el paletot con la guarnicion arriba indicada; se fija el cuello en el escote, despues de haberlo adornado con la trencilla blanca y los botones. Las carterillas de las faltriqueras, adornadas del mismo modo, se fijan en ámbos delanteros juntando las cifras iguales. Se cose la manga desde 15 hasta 16, desde 17 hasta 18; se guarnece su borde inferior, se hace un pliegue en el borde superior, poniendo la cruz sobre el punto; se cose la manga en la sisa 18 sobre 18.

Paletot Breton.

Figs. 56 y 57 (verso) del patron.

Está hecho de paño blanco con arreglo al patron del paletot de franela encarnada; las figuras 56 y 57 representan el patron y el dibujo de las presillas del hombro y de la carterilla de la faltriquera; se las borda con sedas de diversos colores vivos, luego se las forra de franela fina encarnada. Los botones de metal representan medallas pequeñas, en el lado izquierdo se encuentra una faltriquera cuadrada, con una figurita bordada al pasado, ó bien con un dibujo análogo al de las presillas.

TRAGE DE PASEO Y DE VIAGE PARA SEÑORAS Y SEÑORITAS.

TRAGE PARA NIÑA DE 8 A 10 AÑOS.

TEATRO INDIO.

EL HÉROE Y LA NINFA, DRAMA DE KALIDASA.

Para dar á las lectoras de LA MODA una idea práctica del teatro indio, vamos hoy á hacer un análisis ligero pero exacto del drama titulado *Vickrama y Urvasi ó el héroe y la ninfa,* drama que figura en ese teatro en primera línea. Esta obra, debida al gran poeta Kalidasa, es de las mas antiguas *de su género* en la rica literatura indiana, pues se remonta hasta el siglo inmediatamente anterior al principio de nuestra era, y en ella brillan de un modo notable las distinguidas cualidades de su autor, haciéndose digna de mencion y de elogio por la bella simplicidad de su fábula, la naturalidad de su estilo y la delicadeza de los sentimientos de sus personajes.

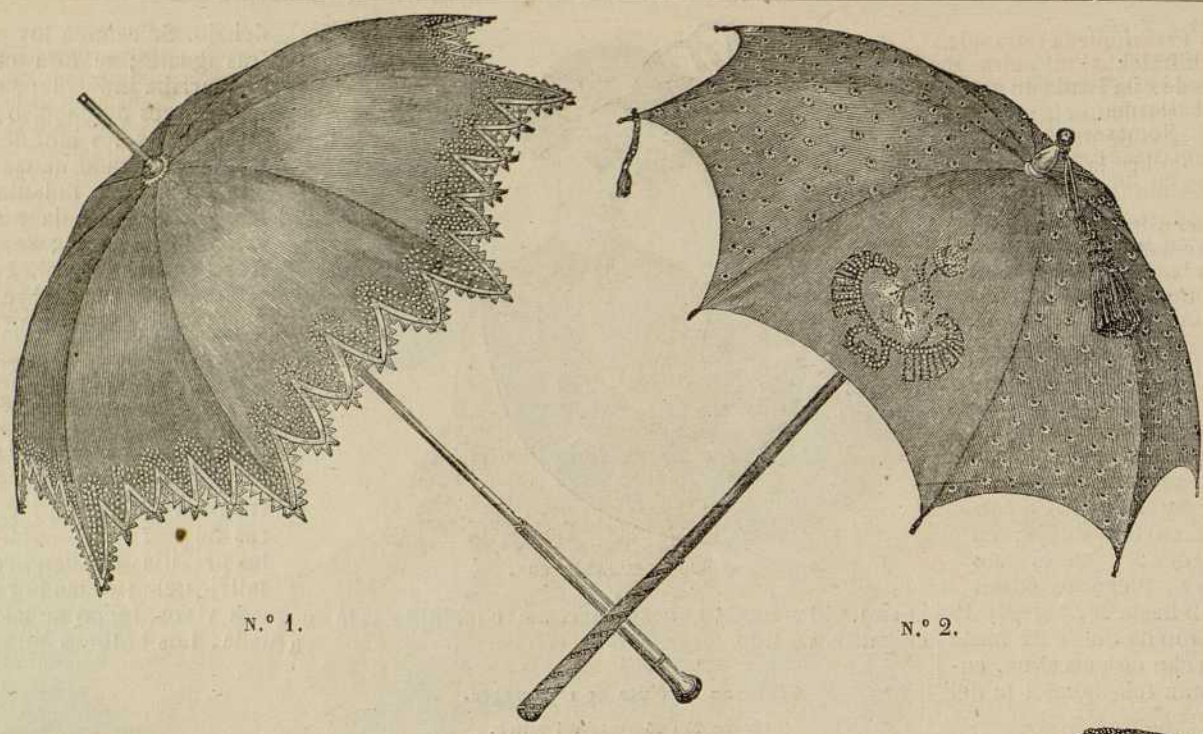
Kalidasa ofrece (en efecto) en todas sus producciones ese buen gusto, ese tacto y esa sobriedad propias de los escritores pertenecientes á períodos literarios en que el arte, la forma y el lenguaje llegan á su completa sazon y á una madurez todavía fresca y juvenil, tras de la cual comienzan en breve el rebuscamiento, el amaneramiento, los artificios y en una palabra, la pérdida de la pureza y de la sencillez.

Así vemos en el teatro griego despues del génio rudo y vigoroso de Esquilo aparecer á Sófocles que, exento de la aspereza de su antecesor, logra una perfecta naturalidad y una encantadora elegancia sin inclinarse aun hácia las retóricas declamaciones de Esquilo, es decir, deteniéndose en un punto medio y en un terreno dichoso, antes del cual la dura robustez primitiva no se pres-

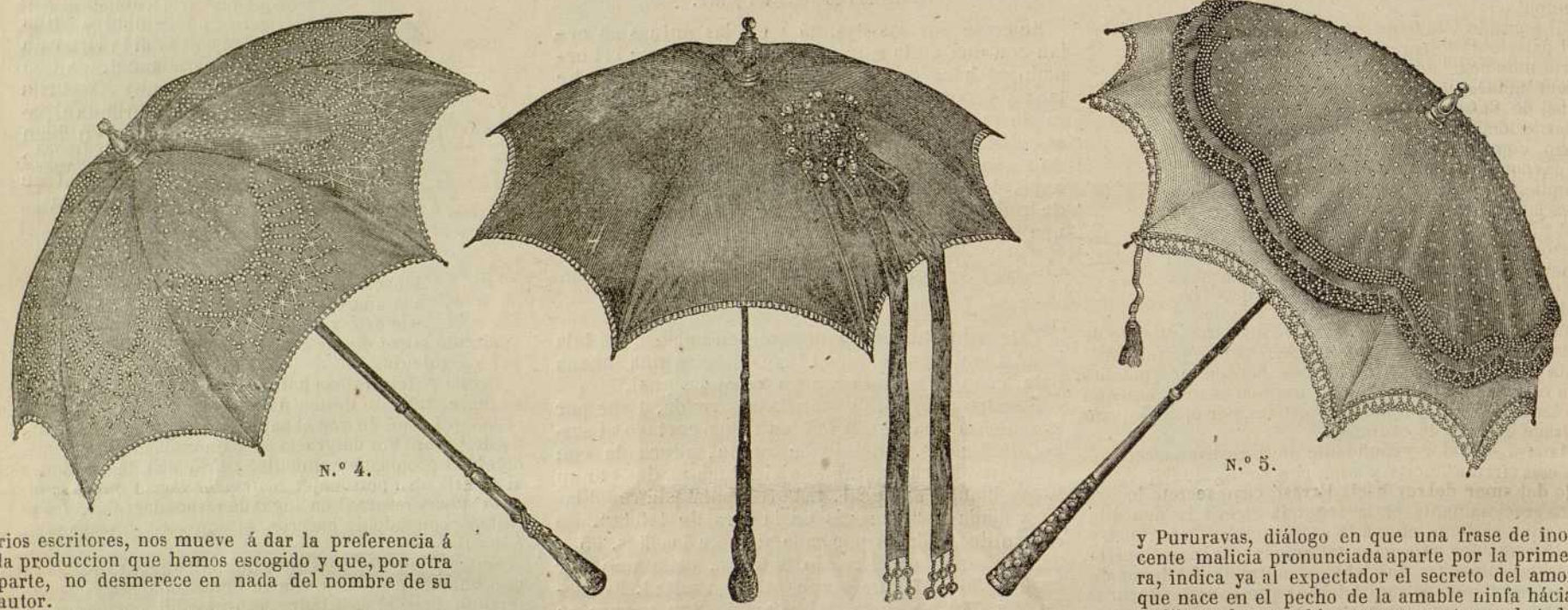
ta todavía á la gracia y á la flexibilidad y tras el cual se incurre ya en delicadezas demasiado minuciosas, en análisis áridos y en afectaciones ridículas.

Pues bien, Kalidasa reune á la par la fuerza de concepcion y la hermosa y espontánea frescura propias de un juvenil desenvolvimiento artístico, sin caer aun en el estilo declamatorio y sermoneador, en las incesantes y fatigosas descripciones, en la profusion de sentencias y en otros rasgos semejantes con que Bhavabuti, á pesar de su indudable génio, inició la decadencia de la literatura dramática de la India.

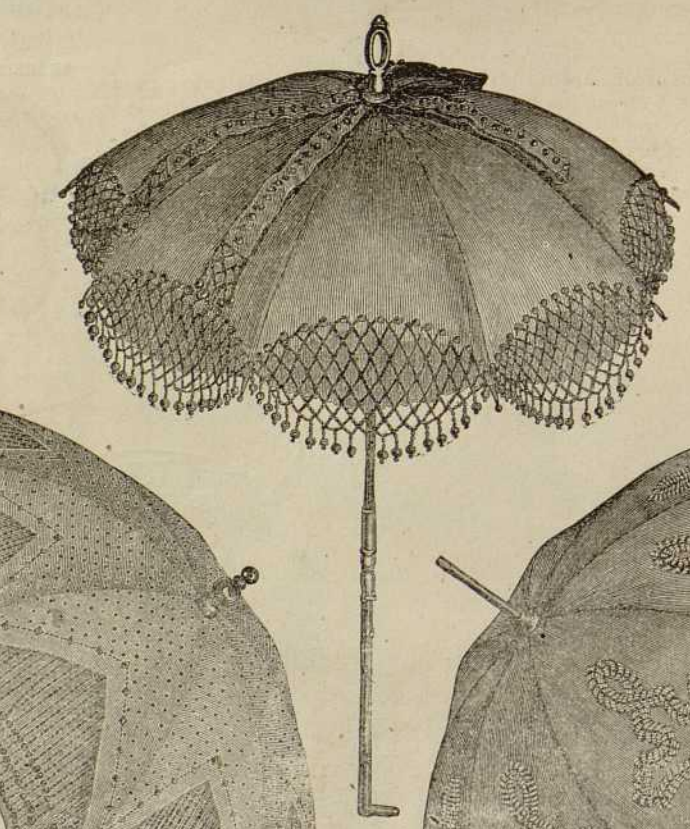
El drama *El héroe y la ninfa* que vamos á examinar no es, sin embargo, su mejor obra, pues tal título pertenece por incontestable derecho al Sakountala, pero el ser ya esta joya dramática bastante conocida en Europa, merced á los trabajos de varios escritores, nos mueve á dar la preferencia á la produccion que hemos escogido y que, por otra parte, no desmerece en nada del nombre de su autor.



N.° 1. N.° 2.



N.° 4. N.° 5.



N.° 3.

Vickrama y Urvasi ofrece, efectivamente, un argumento sencillo presentado, conducido y terminado con naturalidad, y en él se respira esa atmósfera de suavidad, de dulzura, de amor y de gracia que constituye el principal y mas irresistible atractivo de las obras del gran poeta.

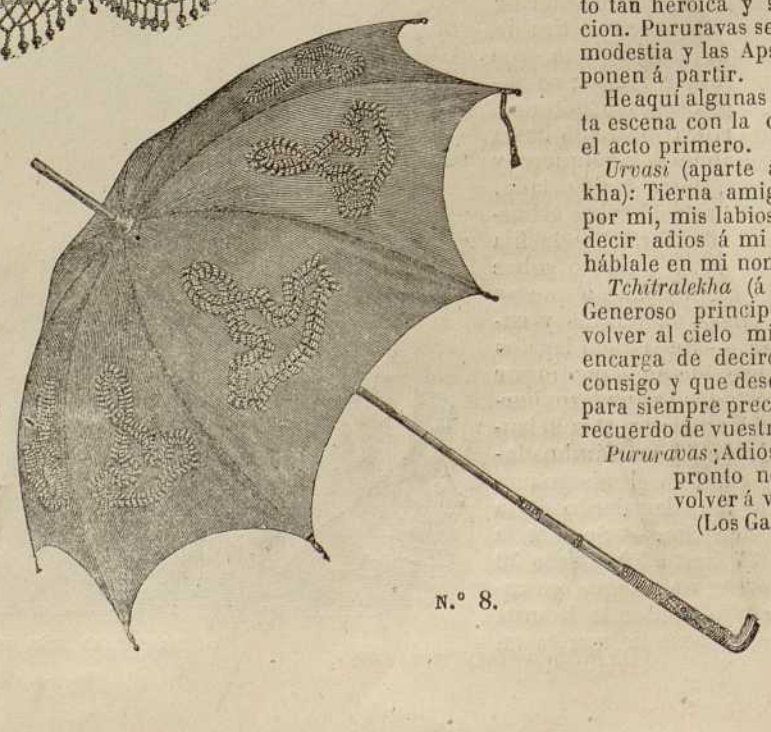
El drama comienza con un breve prólogo, y este á su vez empieza por una estrofa de bendicion, en que el autor pide al Dios Siva proteccion y benevolencia para la asamblea. Inmediatamente despues tiene lugar un corto diálogo entre el director de escena y una actriz, diálogo en que se anuncia la obra que se vá á representar y que es interrumpido por voces lejanas que resuenan detrás del teatro, pidiendo socorro. El director las oye y se sorprende de ellas, pero por fin las reconoce y concluye por anunciar al público que provienen de una turba de Apsaras ó ninfas del cielo, las cuales se lamentan de la pérdida de una de sus hermanas, la bellísima Urvasi, robada por el génio del mal, llamado Kesi, al volver todas juntas, alegres y contentas, de una reunion de dioses celebrada en el palacio de Kouvera.

Dicho esto retírase el director, concluye el prólogo y empieza verdaderamente el drama.

El teatro representa una parte de la cordillera del Himalaya, y aparece en los aires el grupo de las Apsaras, que siguen pidiendo auxilio y descienden sobre una de las rocas de las montañas. A sus lamentos acude entonces Pururavas, rey de Pratisthana, perteneciente á la dinastía lunar de la India, el cual viene conducido sobre un carro celeste por su escudero y pregunta á las afligidas doncellas la causa de su dolor. Refiérenselas ellas, ofrece él acto contínuo rescatar á la hermosa prisionera y corre en seguida con ímpetu á cumplir su promesa, mientras las Apsaras se quedan aguardando el resultado de la expedicion.

N.° 6.

N.° 7.



N.° 8.

Poco tarda, en efecto, en volver Pururavas, triunfante de su empresa, trayendo á Urvasi desmayada y sostenida por otra ninfa, compañera y amiga preferida suya, llamada Tchitralekha. El carro aéreo en que conduce el rey á las dos interesantes Apsaras, viene, sin embargo, con la suficiente lentitud para que antes de llegar al sitio donde aguardan las compañeras de ambas tenga lugar un breve diálogo entre Urvasi, que vuelve de su desmayo. Tchitralekha y Pururavas, diálogo en que una frase de inocente malicia pronunciada aparte por la primera, indica ya al expectador el secreto del amor que nace en el pecho de la amable ninfa hácia su libertador, tambien por su parte arrebatado de admiracion ante la gracia y los encantos de su protejida.

Apenas desciende el carro sobre el Himalaya corren Urvasi y Tchitralekha á precipitarse en los brazos de sus hermanas, que las reciben llenas de gozo, y Pururavas contempla conmovido aquel delicioso cuadro. Al mismo tiempo su escudero anuncia un gran ruido de nuevos carros que acuden del Oriente y en el gefe que conducen reconocen todas las ninfas á Tchitrasena, rey de los Gandharvas (músicos celestes) que aparece fastuosamente vestido y rodeado de su séquito.

Entra este en escena y manifiesta que viene á dar las gracias á Pururavas en nombre del dios Indra, por el inestimable servicio que le há prestado previniendo sus deseos, pues ya él estaba dando órdenes para la liberacion de las dos Apsaras, y añade que Indra le verá con gusto en el cielo, cuyas puertas le há abierto tan heróica y señalada accion. Pururavas se excusa con modestia y las Apsaras se disponen á partir.

He aquí algunas frases de esta escena con la cual termina el acto primero.

Urvasi (aparte á Tchitralekha): Tierna amiga, habla tú por mí, mis labios se niegan á decir adios á mi protector... háblale en mi nombre.

Tchitralekha (á Pururavas). Generoso príncipe, antes de volver al cielo mi amiga me encarga de deciros que lleva consigo y que desea conservar para siempre preciosamente el recuerdo de vuestra gloria.

Pururavas: ¡Adios! espero que pronto nos hemos de volver á ver.

(Los Gandarvas y las

Apsaras montan en sus carros. Urvasi queda retrasada).

Urvasi. ¡Un instante!... (á Tchitralekha) mi guirnalda se há enredado entre las ramas de esta liana: mi querida Tchítralekha, ayúdame á libertarme.

Tchitralekha (con intencion). Me parece que la tarea no há de ser muy fácil. Estás demasiado cautiva para esperar una libertad pronta; pero, en fin, cuenta con mi amistad.

Urvasi. Gracias, gracias, sé fiel á tu promesa.

(Tchitralekha procura desenredar la guirnalda).

Pururavas. ¡Gracias mil veces, amable planta que me permites contemplar todavía aunque imperfectamente y por breves instantes esos hechizos que en parte están ya ocultos para mí!

El escudero. Venid, príncipe, partamos. Vuestros enemigos los Detjias hán sido precipitados en los abismos del océano, como justo castigo de su rebelion contra el rey de los cielos. Ahora! que vuestra flecha cuyo contacto es mortal, repose en su carcax á semejanza de la serpiente escondida en su tenebroso retiro. (Montan en el carro).

Pururavas. Bien, partamos.

Urvasi (aparte) ¡Ah! ¡cuándo volveré á ver á mi generoso libertador!

Las breves frases que dejamos transcritas darán una idea de la sobriedad, del tacto, de la delicadeza y del buen gusto que se advierten en los dramas de Kalidasa. ¡Qué toques tan sencillos y tan expresivos al mismo tiempo!

El segundo acto tiene lugar en los jardines del palacio de Pururavas y se abre por un corto monólogo de un nuevo personaje llamado Manava, personaje que representa el papel de *Vidonchaka* ó bufon. El carácter de estos Vidonchakas, constante en el teatro indio, como el del gracioso en nuestras antiguas comedias de capa y espada, es el de la simplicidad burlona, pero sin gran finura mezclada con la aficion al bienestar material y á los goces del cuerpo, así es que los personajes de tal género, confidentes de sus señores y servidores fieles de estos parecen destinados á producir mediante esas cualidades agradable y risible contraste con los altos sentimientos y la idealidad de sus amos, siendo de notar que siempre se los pinta como pertenecientes á la casta sacerdotal de los brahmanes. Son en una palabra una especie de Sancho Panzas algo menos malicioso que el escudero de D. Quijoté y revestidos, por ejemplo, con el trage de legos de convento.

Manava, servidor y confidente de Pururavas, ofrece todas esas circunstancias y está, por consiguiente, enterado del amor del rey hácia Urvasi, cuyo secreto le arranca graciosamente en la segunda escena la doncella Nipumika perteneciente á la servidumbre de la reina y comisionada por esta para tal encargo á consecuencia de ciertas sospechas que abriga contra la fidelidad de Pururavas. Bueno es aquí advertir que aunque Pururavas está casado, sus amores con Urvasi no pueden chocar en el teatro indio por tolerarse en el pais la pluralidad de mujeres, así es que tales intrigas se desenlazan siempre ingresando la nueva favorita en la familia.

Apenas se retira de la escena Nipumika, dueña ya del secreto, sale el Vetalika ó bardo encargado de anunciar las horas, indicando el mediodía y acto contínuo aparece el rey que deja los negocios y viene á conversar con Manava. La escena que se verifica entre ambos es en estremo agradable, está escrita con talento y gracia y ofrece ese mencionado contraste entre el entusiasmo erótico del rey y los chistes y deseos de su confidente que piensa en dar una vuelta por la cocina mientras el enamorado se abandona á sus sueños y delirios.

En esto aparecen en los aires Urvasi y Tchitraleka las cuales están cubiertas con un vélo mágico que las hace invisibles al rey y á Manava, y la primera confiesa á la segunda, que viene movida por el amor á ver á Pururavas. Descienden ámbas, en efecto, al jardin continuando invisibles por medio del talisman, que pertenecia á Urvasi; y esta, escuchando la conversacion de Pururavas y Manavas conoce que su pasion es correspondida á la par que oye á su amante lamentarse de la indiferencia que supone en ella.

Entonces arranca una ancha hoja de una planta, escribe en su tersa superficie algunos conceptos amorosos alusivos á la situacion, y deja caer la hoja al lado de Manava que la recoje y se la dá al rey, preguntándole en broma si será aquella una contestacion de su adorada.

Pururavas lée, llénase de gozo al adivinar que así es efectivamente y se entrega con placer á sus esperanzas y alegrías, aunque expresando el anhelo de ver en persona á la que supone autora del misterioso billete.

Entretanto Urvasi ruega á Tchitraleka que se haga visible la primera al rey y le cuente la verdad de todo, ruego á que su amiga se rinde inmediatamente. Cumplido ya el encargo, descúbrese á su vez Urvasi, recíbela enagenado el rey, salúdala el fiel Manava y cuando el espectador aguarda el desenvolvimiento de una escena de amor el autor la evita con oportunidad haciendo acudir á un mensajero de los dioses que viene en busca de Urvasi y Tchitraleka y les anuncia que hacen falta en el palacio del rey de los aires para representar una pieza del maestro Bharata, á quien se venera en la India como inventor del arte dramático.

Las ninfas, obligadas á obedecer, se retiran al punto y mientras Pururavas se queja de su desgracia, advierte Manavas que há perdido la hoja donde estaban escritas las frases enamoradas de Urvasi y que el rey le dió á guardar, pronto se la pide este como consuelo, confiesa él que se le há extraviado y empiezan ámbos á buscarla saliéndose de la escena en esa operacion á tiempo que llega la reina Osinari acompañada de Nipumika y de otras damas de su servidumbre.

Como el lector puede sospechar, Nipumika tropieza al punto con la hoja perdida que entrega á la reina, la cual la lee confirmándose en sus temores. En esto vuelven Pururavas y su confidente siempre buscando el desaparecido tesoro y la reina se adelanta á entregársela á su marido, verificándose con tal motivo una escena de celos con que termina el acto segundo.

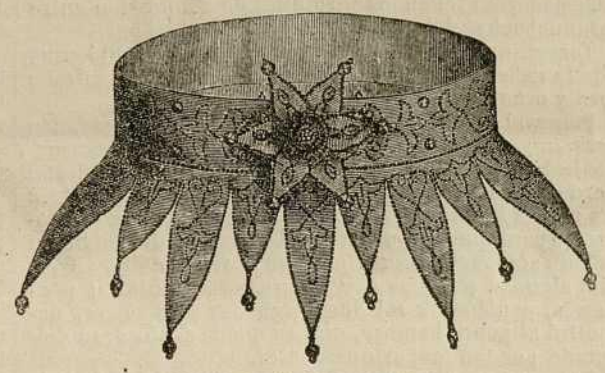
El teatro representa en la primera escena del acto tercero la ermita de Bharata, el celebre anacoreta autor dramático, inventor de este arte y favorito de los dioses, y una conversacion entre dos de sus discípulos enseña al espectador lo siguiente.

Urvasi y Tchitraleka habian sido llamadas al cielo para representar un drama de Bharata, titulado *el matrimonio de Lakmi*, en que el papel de esta se hallaba á cargo de Urvasi. Por desgracia la enamorada ninfa, abstraida en su propio pensamiento, sufrió una distraccion y al decirla otro personaje: *confesadlo ¿hácia quién se inclina vuestro corazon?* en lugar de responder: *hácia Puruchotama* como debia hacerlo, se equivocó y respondió: *hácia Pururavas*.

Semejante error constituía una falta gravísima, así es que Bharata pronunció contra Urvasi una imprecacion terrible, pero el dios Indra quiso modificar el rigor de la sentencia y llamó á la doncella á su lado. Mira, la dijo, el mortal que tú amas há sido mi amigo en el tiempo del peligro, me há secundado felizmente en mi lucha contra los enemigos de los dioses y le debo algun reconocimiento. Abandona, pues, mi corte, pero puedes pasar el tiempo de tu destierro junto al monarca que amas. El plazo de tu destierro cesará cuando él llegue á ver al hijo que tú le des.

Referido esto cambia la decoracion y el teatro representa una parte de los jardines del palacio de Pururavas. El Cantchuki ó chambelan de la Reina, anuncia que esta le envia á su esposo para de-

VESTIDO PARA NIÑO DE 5 A 7 AÑOS.



CINTURON DE CINTA DE REPS.

PALETOT DE FRANELA ENCARNADA.

PALETOT BRETON.

cirle que olvidando todo resentimiento desea presentarle sus homenajes y ser honrada con su presencia al cumplir un voto en el terrado del pabellon de las piedras preciosas en el momento de llegar la luna á la constelacion Rohini.

Al acabar su relacion entra Pururavas acompañado de su inseparable Manava y seguido de mujeres con antorchas, pues los reyes indios no eran servidos por hombres. Cumple entonces el Cantchuki su encargo y Pururavas y Manava suben las gradas del terrado (visible para el espectador) donde conversan un rato manifestando ámbos que en su opinion la reina aspira á una reconciliacion y desea borrar las duras palabras que se le escaparon anteriormente á impulsos de los celos. Despide despues el rey su acompañamiento y la conversacion continúa á la luz de la luna aunque girando ya sobre los amores con Urvasi. Esta aparece entretanto en los aires conducida en un carro celeste, vestida con un traje de púrpura y adornos de perlas y acompañada por su amiga Tchitralekha.

Ambas ninfas vienen hablando sobre el mismo asunto que Pururavas y Manava y en uno y otro grupo oye el público expresiones semejantes de amor y dudas. Pronto dejan, sin embargo, el carro y al ir ya Urvasi, (invisible con su talisman) á hablar y á presentarse á Pururavas, aparece la reina vestida de blanco, coronada de flores y seguida de sus servidoras que llevan las ofrendas. Urvasi y Tchitralekha se apartan á un lado y en seguida tiene lugar la ceremonia religiosa ú oblacion de frutos, perfumes y otros objetos, terminada la cual sin haberse interrumpido el diálogo y las observaciones de las diferentes personas allí reunidas, la reina presenta sus homenajes al rey y dirigiéndose á la luna: ¡monarca resplandeciente que reinas sobre la noche, señor que llevas tu bandera adornada de un antílope y tú su esposa favorita ¡oh Rohini! (1) escuchadme y sed testigos de la promesa sagrada que hago en este momento á mi esposo. ¡Cualquiera que sea la ninfa que atrae las miradas de mi señor y comparte con él la cadena de un mútuo cariño, yo juro no tener en adelante mas que pensamientos de dulzura y de complacencia!

JUAN ALONSO Y EGUILAZ.

(Se concluirá.)

LOS VECINOS DE DARLINGEN.

NOVELA DE ENRIQUE CONSCIENCE.

(CONTINUACION.)

—Bueno, bueno!... esto va bien, exclamó Blondeel que entraba con Romys en el salon. Venid, Ernesto; ya tendreis tiempo de manifestar á mi hermana vuestro reconocimiento; tomad vuestro sombrero, amigo mio, y pensad que Herminia no sabe nada y que está sufriendo. Pronto, vamos pronto.

Ernesto obedeció; y al salir iba diciendo todavía con profundo enternecimiento:

—Gracias!... buena María!... gracias; mil gracias.

Media hora despues Ernesto volaba sobre las alas del vapor hácia Darlingen para ir á llevar á su amada prometida la dichosa nueva.

VII.

Darlingen no estaba tan solitario ni tan tranquilo como de costumbre; sin duda habia sucedido alguna cosa de particular aquella mañana.

Delante del ayuntamiento se paseaba una multitud de gente y se veian afluir de las largas calles nuevos curiosos.

Habrian llevado el cadáver de un ahogado? ¿Se habia cogido algun ladron célebre, y le tenian en la oficina de policía?

Las mujeres y las muchachas, delante de la puerta del ayuntamiento, hablaban en alta voz y reian sin cesar; lo que demostraba que lo que sucedia ó lo que iba á suceder no podia ser muy triste. Mas lejos, en la plaza, se veian acá y allá, señoras y señoritas de mas alto rango, queriendo hacer creer que no se hallaban allí por curiosidad como la gente baja; sino como por casualidad y paseando.

Uno de estos pequeños grupos se componia de una anciana de rasgos masculinos y voz gruesa y retumbante y otra señora con dos hijas que, sin duda, por costumbre hablaban muy bajo, pues no habia nadie al rededor de ellas que pudieran oirlas.

—Sin duda es un rico nuevo; notó con desprecio profundo una de las señoritas.

La vieja, con un gesto anguloso, se llevó el pulgar á su único diente y respondió:

—Rico nuevo?... señorita Loots; no tiene nada de eso; y Romys no da dote á su hija; ¿de qué, pues, vivirán?

—Yo no le conozco; dijo la mas jóven de las señoras; pero si lo que se dice de su familia es verdad... ¿conoceis vos á su familia, madame Kwas?

—Vamos, vamos, madame Loots, no os hagais la ignorante; vos sabeis lo mismo que yo que no tiene familia ninguna, es un cualquiera.

—Pero se dice que su padre habia hecho malos negocios.

—Hoy es moda hacer bancarrota.

—Pobre Romys! murmuró madame Loots; ahora conozco su disgusto.

—Disgusto! yo le he felicitado ayer por el doble matrimonio de sus hijas, únicamente por oir lo que decia, y he tenido que ponerme fuera de su alcance porque queria morderme como un perro.

—Se dice que Teresa Romys está tambien muy enfadada.

—Y tiene razon; murmuró una de las señoritas. Si mi hermana deshonrase la familia con un matrimonio vergonzoso, me parece que me mataria el despecho.

—Se comprende fácilmente que á Teresa no le agrade, exclamó madame Kwas, ella que revienta de orgullo no queria casarse en el mismo dia que su hermana por no ver en su compañía á su nuevo cuñado, pero la han obligado su tio Blondeel y su padre.

—Entonces los veremos juntos entrar en el ayuntamiento?

—Eso no; Teresa y Pottewal se casan antes y una hora mas tarde Blondeel llegará de Schaerbeek con dos carruages y le tocará su turno á Herminia.

—¿Pero cómo os componeis para saberlo todo, madame Kwas?

—Y aun sé mas: despues del matrimonio Herminia se volverá con su tio á Schaerbeek donde se celebrará la boda á expensas suyas; así está decidido.

—Ella lo tiene merecido; dijo una de las señoritas; separarse así de la casa de sus padres...

—No es esa la razon; es por complacer á Teresa que sería capaz de insultar al esposo de su hermana, y tambien porque así le tiene mejor cuenta al avaro Romys.

—Pero los padres de Herminia no asistirán á su boda!... qué vergüenza para ella!...

—Eso está tambien arreglado; madame Romys va á Schaerbeek... ¿Oís el ruido de un carruage? Ya la gente se arremolina hácia el ayuntamiento, vedlos ahí, vamos de prisa... ¿qué, no quereis venir?... pues yo voy á ver qué tal cara pone Teresa.

Dos carruages se detuvieron en este momento delante del ayuntamiento. Las mujeres y las muchachas se agolpaban por ver el trage de la novia. Hacia dos mêses que solo se hablaba de estas bodas en la villa, y se elogiaba de antemano la riqueza del trage de Teresa.

Ella descendió del carruage; llevaba un vestido de moiré azul oscuro, y un sombrero de raso blanco con plumas: alfiler y pendientes de diamantes y brazaletes de oro; todo rico y pesado aunque de bastante mal gusto. Sin embargo los diamantes brillaban á los ojos de los espectadores excitando murmullos de admiracion entre las muchachas del pueblo.

Teresa, notando la aprobacion general, levantó muy alta la cabeza, y arrojó sobre los asistentes una mirada seca y orgullosa.

Pottewal, su futuro esposo, iba vestido de negro, con corbata y guantes blancos; su rostro redondo y encarnado le hacia asemejarse á un aldeano en dia de fiesta; pero tenia el aire satisfecho y sonreia afablemente á las gentes que le miraban. Mientras se detenian un momento para que los parientes y los testigos descendiesen de los carruages se aproximó á su novia y le dijo en voz alta algunas palabras que él juzgó discretísimas; pero Teresa, poniéndose roja de vergüenza y de cólera, demostró al pobre hombre, que se quedo confuso, su desagrado por tan inoportunas frases.

Entraron en el ayuntamiento seguidos de la familia y los testigos; la escalera estaba llena de curiosos; algunos dirigian á Pottewal sinceros plácemes por su felicidad, otros reian y aventuraban festivas y picantes chanzonetas. Pottewal, creyendo deber responder, dijo á uno de sus amigos particulares;

—Sí, Juan; la escala está tirada; este es un hecho de la juventud...

Pero su prometida volvió la cabeza y le dirigió una mirada tan llena de reproches, que le cortó la palabra en los labios. El reconoció interiormente que iba á decir una necedad y le agradeció la advertencia.

Llegaron á la sala de los matrimonios y se colocaron delante de una mesa, detrás de la cual estaba sentado el burgo-maestre que comenzó á leer los articulos de la ley relativos al matrimonio.

A medida que su voz nasal dejaba caer una á una en los oidos de los concurrentes las palabras solemnes, Pottewal se iba conmoviendo visiblemente. Una lágrima brilla en los ojos de madame Romys; únicamente Teresa parecia dueña de sí misma, fijando su fria mirada sobre el burgo-maestre, con tanta firmeza que el funcionario público turbado se puso á balbucear.

Pottewal se inclinó hácia Teresa y le dijo en voz baja:

—Teresa, querida mia; el momento solemne se aproxima; yo estoy profundamente conmovido y vos?

Ella le respondió con una sonrisa amarga y no dijo nada.

El burgo-maestre preguntó á cada uno de los desposados, si se tomaban por esposo y por esposa; la voz del novio al contestar estaba trémula y alterada; el *sí* que cayó de la boca de Teresa fué seco, breve y casi duro. En el momento de escribir su nombre en el acta matrimonial la mano de Pottewal tembló ligeramente; Teresa firma sin vacilar, con un solo rasgo de pluma.

Todo estaba concluido; se alejaban. El esposo dijo á su mujer con voz dulce y alegre:

—Teresa, mi querida esposa; ahora ya nos pertenecemos, el uno al otro, para toda la vida. ¿El corazon no ha palpitado en vuestro pecho al pronunciar la eterna promesa?

—Qué fastidioso estais!... dijo ella con aire de mal humor; tened prudencia que el público nos observa. Nosotros no somos ya ningunos niños, y no riais así, recordad la elevada clase á que pertenecemos.

El pobre Pottewal, queria despertar la alegría en su mujer por medio de palabras halagüeñas, pero la última severa censura le desconcertó.

Fué sin reir y sin decir palabra hasta el carruage.

Los caballos piafaban, chascaba el látigo y los recien casados desaparecian detrás del ángulo de la larga calle de la iglesia, cuando la multitud arremolinada delante del ayuntamiento, empezó á agitarse y á circular libremente; pero nadie dejó la plaza, hasta que media hora despues se notó que alguna cosa nueva llamaba la atencion general.

—Escuchad!... hélos aquí!... Los carruages en el camino de Bruselas. Van á buscar á la novia y estarán aquí al instante.

Poco despues se detenian delante del ayuntamiento. La multitud volvió á estrecharse, queriendo todo el mundo estar cerca, para ver á la novia que no conocian.

Del primer carruage salió una jóven cuya aparicion hizo cesar todos los murmullos; el pudoroso encarnado que coloraba sus megillas y sus grandes ojos azules radiantes de orgullo y de felicidad llamaron desde luego la atencion. Le parecia que el júbilo de su alma se comunicaba á los espectadores, pues sobre todos los rostros, sorprendió la misma sonrisa de admiracion y de simpatía. ¡Qué bella es!... y qué elegante!.. decian. Una corona de blancas flores de azahar sujeta sus rubios rizos, llevando la cabeza cubierta con un blanco velo de encage, que caia sobre sus hombros, pareciendo rodearla de una mística aureola. Su vestido era de raso blanco, cuyo brillo amenguaba una gasa de color de nieve.

Un largo murmullo se escapó de la multitud, la novia habia descendido del carruage, y se la podia examinar de cerca; el novio, que hacia dos meses se hablaba tan mal en Darlingen, es un jóven elegante, de bello y simpático rostro, elevada talla, y un sello de nobleza y de talento sobre su ancha frente.

Un murmullo aprobador significó que se le hallaba digno de ser el esposo de la bella Herminia Romys. En este momento muchos de los circunstantes se reprochaban el haber vertido tanto veneno por el hombre que les inspiraba tanto respeto como simpatía.

Ernesto cambió una sola mirada con su prometida y enrojecieron de emocion sus rostros: esta mirada conmovió á los asistentes, pues si dos almas se comprenden con una mirada, tambien es dado descubrir por ella el sentimiento que se abriga en los corazones.

Mr. Blondeeel miró á los circunstantes riéndose; estaba encarnado de alegría y se frotaba las manos como si hubiera querido decir: "yo he triunfado: ella será dichosa."

Los padres y los testigos llegaron, y se entró en la sala del ayuntamiento. Muchos conocidos dirigieron sus plácemes á Herminia, aumentando las rosas del pudor virginal que coloraba sus megillas; pero sonreia dulcemente dando gracias con una mirada brillante á los amigos que encontraba á su paso.

Mr. Romys tenia el aire de mal humor, estaba como pesaroso y avergonzado de este matrimonso; su mujer por el contrario, tenia el rostro resplandeciente de alegría.

Los novios debian escuchar á su vez la lectura de la ley, y mientras la voz del burgo-maestre resonaba en medio de un silencio general, el pecho de Herminia se levantaba con fuerza sofocándola la emocion. Cuando oyó caer el *sí* solemne de la boca de su amado las lágrimas asomaron á sus ojos y apenas pudo responder á la pregunta del burgo-maestre... Su madre se vió obligada á ayudarla para firmar el pacto de amor, pues temblaba de emocion. Cuando todo estuvo concluido se arrojó al cuello de su madre y lloró con sollozos que salian del corazon.

Ernesto se aproximó. Ya Herminia era su esposa legítima, ningun poder de la tierra podia arrebatársela; ya le pertenecia la querida compañera de su vida.

La ofreció el brazo; él tambien estaba conmovido por su dicha y apenas podia hablar. Todos dejaron la sala, silenciosos, conmovidos y con los ojos bajos como si hubieran tenido algun pesar.

En la escalera Ernesto murmuró:

—Mi querida Herminia, ¡cómo tiemblas, cómo lloras!... Tambien mi corazon quiere salirse del pecho.

—Cállate Ernesto, mi querido amigo; déjame tomar aliento. Ah! yo sucumbo de felicidad!... Cuán bueno es Dios que nos hace tan felices!...

No pudo decir mas y su esposo se vió obligado á sostenerla para subir al carruage. Los látigos chascaron de nuevo y los caballos dirigieron su veloz carrera hácia la iglesia, cuya torre se elevaba al extremo de la larga calle.

. . . . . .

En un salon grande cuyas paredes estaban cubiertas de un papel verde oscuro, sucio y de un aspecto triste, unas veinte personas estaban sentadas al rededor de una mesa. Solo se oia el triqui traque de los cuchillos y de los tenedores, pues apenas en un momento de reposo dado á los dientes de los convidados se podia servir un nuevo plato; como todo el mundo comia, la conversacion estaba interrumpida. Mr. Pottewal y su mujer estaban sentados en el centro de la mesa; Romys se hallaba en frente de ellos, dirigiendo el servicio, vigilándolo todo y dando órdenes á los varios mozos que iban y venian, quedando despues detrás de él como estátuas.

Los otros personages eran señores y señoras de edad, y sumamente sérios. Ellos se llaman segun el órden con que estaban colocados en la mesa: Romys-Doover-Doover-Romys, Bollinex-Pottewal-Doover-Crulhast, Bollinex-Romys, Pottewal-Cortbeen-Romys-Crulhast-Cortbeen-Doover, Cortbeen-Pottewal-Romys-Romys, Pottewal-Pottewal, y así sucesivamente. Son todos próximos parien-

(1) En la India, la luna es un dios á quien se mira como esposo de las veintisiete constelaciones que recorre sucesivamente.

tes enlazados unos con otros, contrariando casi á la naturaleza; segun demuestran sus nombres ellas aman la inmovilidad en las familias y en la sangre.

Romys vigila todo con cuidado; tan pronto como se apercibe de que el plato de uno de los convidados está vacío, grita en alta voz á los criados:

—Un poco de pavo para la señora: un poco de embutido para el señor. Vamos, vamos, es preciso comer, no me hagais creer que esto no os agrada. Todavía un poco, siquiera un pedacito por complacerme!...

Así, Romys, con sus incesantes instancias, obligaba á sus convidados á comer mas de lo que tenian ganas, aun cuando no les faltaba el apetito. Pero no era tan pródigo con el vino, apenas de vez en cuando y dejando pasar largos intervalos hacia pasar sobre los platos algunos vasos de licor excitante. Los convidados tenian que beber agua por sed y por necesidad.

Un señor dijo al oido de su vecina:

—El ha contratado con el dueño de *El Elefante Coronado* que dé la comida por un precio alzado; por eso quiere hacernos reventar á fuerza de obligarnos á comer; pero como el vino es de su bodega nos deja morir de sed el muy avaro.

La mayor parte de los convidados no tenian ya nada en sus platos, algunas ancianas solamente se quedaron las últimas; pero cuando hubieron concluido tambien, la conversacion se hizo general y empezó á animarse.

—A mí me gusta el pavo trufado; dijo un señor gordo cuyos ojos brillaban de glotonería.

—Si está bien preparado es un guiso suculento!... respondió una vieja apergaminada.

—Estos malditos dientes!... suspiró una segunda dama; yo no puedo masticar.

—Qué magnífico tiempo!... no es verdad? exclamó desde lejos uno que pretende pasar por ingenioso; no son los cuervos solos los que bostezan sobre los árboles, tambien yo casi no puedo respirar.

—Pronto tronará; pican mucho las moscas; dijo una señora.

—Las patatas volverán á tener la enfermedad; este calor no les hace provecho.

—Todas las legumbres son malas.

—La falta de agua es todavía lo peor; mi marido no quiere regar con el agua del pozo.

—Que las deje brotar antes de regarlas; esto llegará á hacerse costumbre.

—Pues mi marido no quiere afeitarse con agua del pozo; dijo otra.

—Si, que se deje crecer la barba; eso es ahora moda.

—No por Dios; estaria horrible.

—Ah! Ah! Mr. Cortbeen con barba: yo daria diez francos por verle.

Así los alegres convidados pasaban el rato saltando de un objeto á otro y en conversaciones dignas de ellos.

Teresa comia poco, tenia erguida la cabeza y mostraba un rostro impasible y sério. A cada instante la dirigian la palabra y sobre todo un viejo que estaba sentado junto á ella, y que se esforzaba con chanzonetas alusivas al nuevo estado en atraer una sonrisa sobre sus labios; pero ella se callaba y no quería reir como si hubiera estado disgustada.

Pottewal se volvió hácia su mujer y habló de la dicha que les esperaba, de su casa, y de los buenos caballos que habia comprado para ella; pero lejos de complacerla le reñia porque reia muy alto y á la menor cosa que decian. El pobre bonachon se imaginaba que su mujer estaba todavía conmovida por la solemnidad del dia y excusaba su distraccion.

En efecto, ella se habia mostrado tan amable, tan afectuosa con él durante los dos meses que habian durado sus relaciones, que no podia imaginarse que el matrimonio la hubiera cambiado tanto.

Los postres estaban servidos y los criados presentaban á los convidados una copa de espumoso champagne. El anciano que estaba sentado junto á la recien casada tomó una botella llena de mano de uno de los criados y la colocó delante de él en la mesa y dijo al oido de Pottewal que para estar alegre como él en semejante dia, era preciso beber algunos vasos de champagne.

Romys notó el asalto que daban á su bodega y nada dijo aunque se le vió gruñir en voz baja, porque aquel señor era un personaje importante de la familia.

Pottewal bebió en poco tiempo cuatro ó cinco copas de champagne, y comenzó á ponerse encarnado y con los ojos resplandecientes. Teresa le miró indignada poniéndose encarnada de cólera.

Romys, no pudiendo tolerar mas su descontento, dió en alta voz la órden para que preparasen los carruages. Teresa se levantó y se despidió de sus parientes con algunas palabras frias. Pottewal, al abrazar á sus tios sintió rodar una lágrima por su megilla.

Cada uno deseó á los esposos un dichoso viage y muchas felicidades; poco despues se retiraban del salon para cambiar de trage y prepararse para un corto viage de placer.

. . . . . .

Mr. Blondeel habia hecho desaparecer el tabique de madera que dividia sus dos salones, formando de ellos uno solo espacioso, y alumbrado por un gran número de ventanas adornadas con flores odoríferas.

Al rededor de una larga mesa habia como unos cuarenta convidados; todos eran conocimientos de Blondeel, de su hermana y amigos de Ernesto Decock, y algunas amigas que Herminia habia conocido cuando vivia en Schaerbeek y que no habia dejado de amar. Al lado de cada persona de edad se hallaba una jóven, y cada anciana tenia á su lado un jóven. ¡Dichosa mezcla de edades que atemperaba el fuego de la juventud, y que vertian en los corazones de la ancianidad una nueva juventud y una nueva vida! Se veian por do quiera juveniles cabezas coronadas de flores, ojos en los que brillaba la inteligencia y labios en los cuales la sonrisa dulce y alegre parecia estereotipada para siempre; tal era el encantador golpe de vista que ofrecia esta reunion de amigos.

La fiesta duró mucho tiempo; los postres estaban servidos y el salon empezaba á llenarse del confuso ruido de las animadas conversaciones, de las ingeniosas bromas y de los plácemes mas lisongeros, que se escuchaban en todos los puntos del salon. Se reia, se cantaba, y se hubiera creido que habia mas de cien personas. El vino no se escaseaba y á cada instante un jóven levantaba su vaso y brindaba en términos llenos de pasion en honor de los recien casados. Se batian palmas, se hacian chocar los vasos, y el salon retemblaba al ruido de los aplausos. Herminia, la bella desposada, estaba sentada en el centro de la mesa, al lado del hombre que era el objeto de su amor y de su orgullo. La expresion de su rostro era extraordinaria; se dejaba llevar de sus dulces pensamientos y no sabia ciertamente lo que pasaba al rededor de ella; pero sus ojos húmedos brillaban y su rostro estaba iluminado por una alegría inmensa. Cuando levantaba la mirada hácia su marido, temblaba visiblemente de respeto y de amor.

Dichosa niña!... su sueño estaba realizado, y apenas podia creerlo; la alegría y las sinceras felicitaciones de los amigos la conmovieron profundamente haciéndola casi perder el juicio. Ernesto no estaba menos conmovido; una dulce sonrisa brillaba sobre su rostro, y su corazon estaba tan oprimido que no podia casi hablar. "Herminia, mi encantadora, mi querida Herminia!" esto es todo lo que él murmuraba, mientras que ella le apretaba tiernamente la mano.

Madame Romys estaba sentada al lado de su hija.

La buena madre!... era quizá la mas dichosa de todos los convidados. ¡Cómo transforma la alegría! Madame Romys habia rejuvenecido veinte años; sus megillas, antes pálidas, estaban sonrosadas; sus ojos brillaban y su pecho se levantaba con una fuerza juvenil. Ella conversaba con placer y se habia vuelto la amable, la graciosa Julia Blondeel de otras veces.

Blondeel y su hermana María estaban en frente de los jóvenes esposos. Ellos celebraban su triunfo paseando su mirada con gozosa fiereza al rededor de la sala, excitando á cada uno á la alegría y al placer. Mr. Juan se frotaba las manos y se golpeaba en el vientre diciendo en voz baja á su hermana con profundo enternecimiento:

—Oh! mi querida María; qué bello dia este! no es verdad? Yo siento que me hace mucho bien y esta boda me da diez años mas de vida. ¿Habrán sido mas dichosos en el paraiso terrenal, que lo somos nosotros ahora? Ved: Herminia resplandece de dicha!... y ese pobre Ernesto, es mucho que no pierde el juicio!...

Un bello jóven, de cabellos negros y ojos expresivos, se levantó para cantar una cancion en honor de los recien casados. Es un abogado y poeta, amigo íntimo de Ernesto; el ruido cesó de repente y todos escucharon.

Con una voz trémula, llena de sentimiento y de expresion, él cantó unas coplillas sobre un aire conocido.

El estrivillo fué repetido por todos los convidados entusiasmados; los aplausos y los gritos hicieron retemblar la casa.

Mr. Decock, muy enternecido, se levantó apresuradamente; corrió hácia su amigo el abogado poeta, y abriendo los brazos le estrechó contra su corazon, reconocido por las bellas y nobles palabras que acababa de pronunciar.

Ernesto volvió á su lugar; pero quedó de pié y levantó lentamente su vaso; estaba trémulo, se conocia que queria hablar, todos escuchaban y algunos dejaron sus sillas.

Mr. Decock quedó un instante silencioso, viéndosele hacer esfuerzos para dominar su emocion; al fin dijo con una voz alterada y cuyo acento conmovió todos los corazones;

—Amigos mios; yo no tomaria la palabra, porque hay momentos en que el exceso de la dicha paraliza el espíritu, pero mi alma tiene necesidad de expansion porque el sentimiento se desborda de ella. Llenad los vasos, queridos amigos, y bebed conmigo en honor de mis bienhechores, de los dos nobles corazones que Dios ha dotado con un puro rayo de su bondad celeste. Yo era un huérfano sin familia, solo y abandonado sobre la tierra, condenado al pesar, á la miseria quizá; pero dos ángeles extendieron las alas de su amor sobre el pobre huérfano de su desgraciado amigo, y ellos le han amado, le han educado y mantenido, y le han dejado hacerse hombre á la sombra de sus tiernos cuidados; ellos me han dado una carrera y me han hecho olvidar que yo estaba sin padres sobre la tierra. ¡Almas admirables cuya ternura no conoce límites!... No era esto solo, ellos habian decidido que su hijo adoptivo debia ser dichoso sobre los dichosos de la tierra; y mientras se aplicaba en Inglaterra para ser un hombae útil, ellos, cuya imágen estaba grabada en mi alma, trabajaban con un valor inexplicable por hacer una verdad del atrevido sueño del pobre huérfano. Todo esto que veis aquí, amigos mios, todo este júbilo, toda esta dicha, toda una vida de felicidad es obra suya... ¡oh! Mr. Blondeel, oh! M.lle María!... ¡que no pueda yo hallar palabras para explicar mi reconocimiento infinito y sin límites como vuestra bondad!... ¿Mi mujer, mi dulce Herminia, no es un don de vuestro amor?... Ah! mis hijos, cuando ellos balbuceen su primer rezo, sabrán lo que habeis hecho por su padre, y la gratitud hácia los bienhachores del pobre huérfano será la herencia de mis hijos. Mas esto no basta para pagar mi deuda inmensa hácia vosotros ¿no es esto? Para pagaros yo debo hacer á vuestra buena Herminia dichosa; deber querido, mision fácil!... nobles bienhechores; que Dios os conceda una larga vida, y si veis un solo dia que yo no aparte hasta la sombra del menor pesar del ángel que me habeis confiado, llamadme indigno, ingrato y cobarde... pero no... no; Herminia será dichosa!...

Ernesto se olvidó de beber á la salud de Blondeel y de su hermana, dejándose caer sobre una silla desvanecido de emocion. Su mujer, ocultó su rostro contra su pecho y todos los convidados vertieron lágrimas. Un silencio expresivo reinaba en la sala, oyéndose apenas acá y allá el ruido de suspiros ó de sollozos.

Sin embargo, poco despues, las voces comenzaron de nuevo á elevarse; algunos jóvenes rompieron el silencio con alegres y delicadas chanzonetas, y con gozosas interpelaciones. El júbilo tomó cuerpo bien pronto y un murmullo confuso llenó de nuevo la sala del festin.

El dia comenzaba á declinar: los carruages se detenian delante de la puerta y el esposo y la esposa se levantaron. Habia llegado la hora de la separacion. Todas las amigas de Herminia fueron á abrazarla, y los amigos de Ernesto le estrecharon la mano; las gentes de la boda reian y lloraban á un mismo tiempo, mezclándose los gritos de alegría á los tiernos adioses y la casa se conmovió todavía una vez mientras que los jóvenes esposos dejaban el salon con su madre y sus bienhechores.

A poco se oyeron los chasquidos de los látigos y el trotar de los caballos. El bello, el dichoso viage de boda estaba comenzado.

Fin de la primera parte.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

(*Se continuará*).

UN COLEGIO DE SEÑORITAS EN PROVINCIA.

(CONTINUACION.)

La tercera carta fué escrita por Blanca aquella mañana: estaba dirigida á Gaston. Héla aquí:

"Caballero:

"Acabo de saber en este instante por Enriqueta, ó mas bien, lo adivino, cuanto ha pasado ayer noche en el salon de vuestra madre.

"¡No era ya bastante haberme comprometido y os habeis propuesto acabar de perderme para siempre, declarándoos defensor mio de un modo tan intempestivo! ¡De la mujer de César, se ha dicho, no se debe sospechar siquiera! ¡Sabed que la hija de mi padre no quiere, no necesita ser defendida! ¿Quién os ha otorgado el derecho de defenderme? Vuestro loco amor, que no he autorizado nunca y el cual es cien veces mas funesto para mí de lo que lo sería todo vuestro odio. Lo único que ahora os falta es exponer una vida tan preciosa para vuestra familia, ó matar á un semejante vuestro, haciendo recaer sobre mí la responsabilidad de la sangre vertida. Sabedlo de una vez, caballero, yo no podré sobrevivir á tal desgracia.

"Si alguna persona tiene derecho á una reparacion, esa persona soy yo, yo únicamente, y la espero de vuestro honor, de vuestra humanidad, de vuestro amor mismo! Se me ha causado bastante daño para que pueda creerme con derecho suficiente á exijirla; pero prefiero implorarla de rodillas, porque sé que sois bueno y generoso.

"No os batais; dejad esta ciudad hasta que me hayais olvidado, ó que yo misma haya partido, y, sobre todo, no pronunciéis jamás mi nombre. Esa es la reparacion que espera de vuestro honor la mujer á quien vuestro amor ha perdido.

Lunes, á las ocho de la mañana."

Aun bien no habia concluido Blanca de escribir esta carta, se le anunció que el señor de Courtel la esperaba en el salon. Bajó precipitadamente y se extremeció al ver el semblante alterado del padre de Gaston.

—Dónde está mi hijo, señorita? exclamó este corriendo á su encuentro.

—Es á mí á quien se dirige esa pregunta, caballero! respondió Blanca, herida en el corazon por las palabras del recaudador; ¿qué juicio habeis llegado á formar de Blanca Derby?

Y las lágrimas acudieron á los ojos de la pobre jóven.

—¡Perdonadme, señorita! ¡Estoy tan conmovido! Soy tan desgraciado!

—Ayer, en la iglesia, he vuelto á ver á vuestro hijo por la primera vez despues del fatal primero de Octubre, dijo Blanca con dignidad.

—Fatal, bien fatal seguramente, señorita, porque ese dia me cuesta, tal vez en este momento, la vida de mi hijo.

—Gaston! Pero, qué haceis aquí, caballero? Corred, corred pronto, interrumpió Blanca empujándole hácia la puerta.

Luego, como herida de una idea súbita:

—Esperadme dos segundos, añadió lanzándose á la escalera.

Casi en el mismo instante, volvió á aparecer con la carta que acababa de escribir.

—Llevadle esta carta, dijo, y ojalá que llegueis á tiempo. Quizás su contenido ejerza alguna influencia en su determinacion, porque ya sabreis que me ama.

Blanca pronunció estas últimas palabras con una noble franqueza, mientras que su pálido rostro se cubria del mas vivo rubor.

El padre de Gaston, sorprendido, intentó abrir la carta, pero Blanca, siguió empujándole hácia la puerta.

—No perdais un instante, exclamó; la leereis en vues-

tro carruage, corred, por Dios!

—Pero, adónde? preguntó el pobre padre lleno de angustia. No está en casa del teniente, ni en la del señor Dupont: ¡dónde he de buscarle, Dios mio!

Al decir estas palabras, una señora de la ciudad, que venia á visitar á su hija, se presentó en ta puerta del colegio.

—Parece que el destino ha decidido que vea hoy á toda la familia, dijo aquella señora, saludando al señor de Courtel. Acabo de encontrar á vuestro hijo en la muralla del Oeste, en compañía de su inseparable el teniente de gendarmes, y espero además visitar á vuestra esposa esta tarde.

Pero el padre de Gaston no la oia ya; se habia precipitado dentro del carruage gritando al cochero:

—Doscientos napoleones para tí, si llego á tiempo á la muralla del Oeste.

—Qué tiene ese caballero? preguntó la señora á Blanca, ¿á dónde va con ese aire tan agitado?

Y como Blanca parecia no haberla oido, se apresuró á salir para saber, á lo menos, la direccion que tomaba el carruage. Respecto á aquella pobre jóven, apenas se vió sola, abandonándola la fuerza ficticia que hasta entonces la habia sostenido, tuvo que arrastrarse, apoyándose en la pared, para volverse al salon. Allí, se arrojó sobre la primera silla que encontró y ocultando su cabeza entre las manos, permaneció así largo tiempo, con la inmovilidad de una estátua. Una voz dulce que la llamaba por su nombre, le hizo abrir los ojos al fin. Pero, ¡cuál fué su sorpresa al ver delante de ella una mujer desconocida que le ofrecia sus brazos!

—Blanca, dijo esta mujer, que era jóven y bella, yo he causado involuntariamente vuestra desgracia y vengo á llorar con vos.

—Pero, quién sois? preguntó Blanca sorprendida.

—Vuestra mejor amiga, contestó la jóven, cuyos ojos estaban húmedos.

La pobre niña no preguntó mas y se arrojó sollozando sobre aquel corazon amigo que tan apropósito le enviaba la Providencia en el momento en que el suyo no podia contener ya las lágrimas y los suspiros que le ahogaban.

V.

UN HOMBRE DE CORAZON.

—Doscientos napoleones para tí, si llego á tiempo á la muralla del Oeste! habia dicho el señor de Courtel á su cochero.

Nada estimula tanto el ardor de los caballos como una promesa semejante hecha al que los dirige. Existe, como es sabido, una notable simpatía entre el hombre y el caballo, y de esa simpatía parece ser el látigo una especie de conductor eléctrico. De todos modos, en esta circunstancia, hombre y caballo cumplieron tan bien con su deber, que, cuando el carruage llegó al ángulo que formaba la muralla del Oeste, el señor de Courtel vió á los testigos que cargaban las pistolas.

—Bendito sea Dios! exclamó, llego á tiempo!

Y mandando al cochero que parase, se lanzó fuera del carruage.

Dirigióse en seguida al sustituto, que se hallaba un poco separado, y:

—Caballero, le dijo, amo á Gaston mas que á mi vida, pero su honor me es todavia mas querido que la suya; no creais, pues, que yo vengo aquí con el objeto de poner obstáculos, por medio de una escena sentimental. Si matais á mi hijo, su madre morirá sin duda alguna y hasta yo mismo moriré quizás. Sin embargo, Dios me perdone, pero no quiero salvar su vida á costa de su honor. Vengo aquí como mensagero de otra persona; me abstendré de dar consejo alguno, y desde luego suscribo á todo lo que determinen vuestros testigos y los suyos.

—Así lo haré yo tambien, caballero, respondió el sustituto saludando friamente.

El señor de Courtel se dirigió entonces á Gaston, que estaba en el otro extremo de la muralla.

—Leed esta carta, hijo mio, le dijo entregándole la de Blanca, y si vuestro amor os ha dejado en el corazon algun lugar para un sentimiento sagrado, pensad en vuestra pobre madre.

Gaston cogió la carta trémulo y se puso á leerla mientras que su padre hablaba en voz baja con sus dos mejores amigos, el señor Maestro y el teniente, que le servian de testigos. Estos llamaron por señas á los del sustituto, y conferenciaron con ellos. Entretanto, el señor de Courtel guardaba el mas profundo silencio. Cuando Gaston concluyó su lectura vino á unirse al grupo y alargando la mano en que tenia la carta:

—Leed, amigos mios, exclamó, y aconsejadme, porque me veo entre dos deshonras y no tengo valor para elegir.

—Hijo mio, murmuró dulcemente el señor de Courtel, pensad en vuestra madre!

—¿Y vos, mi bueno y querido padre, añadió el jóven enternecido, qué me aconsejais?

—Respetar la decision de vuestros amigos; el asunto es demasiado grave para mí y no me atrevo á fiarme de mi propio corazon.

—Qué decidan, pues!

—Amigo, mio, dijo el teniente, sabeis que os quiero bien y que estimo vuestro honor como el mio propio; pues bien, os aseguro, bajo mi palabra de oficial, que, puesto en vuestro lugar, no me batiria.

—Y qué haríais entonces? prorumpió Gaston sorprendido.

—Darle una satisfaccion á ese animal, que Dios conda!

—Una satisfaccion... á él! Estais loco?

—No, querido amigo; consultad al señor Dupont, y creo que os dirá lo mismo.

—Mi bueno y amado hijo, exclamó el profesor, os consta muy bien que os miro realmente como á un hijo, que es cuanto se puede decir, y no os aconsejaria jamás una bajeza. Preferiria mataros con mi mano misma. Conoceis tambien las ideas que tengo respecto del duelo; pues, ¿qué quereis, amigo mio? os aconsejo que deis la satisfaccion.

Gaston se puso pálido, porque su antiguo maestro le habia dicho cien veces: "El duelo es un asesinato con premeditacion, en el cual los testigos son cómplices. Haced cuanto sea posible por evitarlo; pero una vez ya en el campo no retrocedais jamás; porque es tal la fuerza de la opinion, que, apesar de las mejores razones del mundo, siempre se creeria que habíais tenido miedo en el momento crítico."

Gaston estaba aterrado.

—Satisfaccion! repetia, disculpas á ese miserable! Una reparacion... á él!

—No es á él, interrumpió el viejo, sino á *ella!* A ella, que, como os lo dice en su carta, tiene derecho á exigirla!

—Dios mio! Dios mio! gritó el pobre jóven, no podré hacer eso nunca!

—Gaston, pensad en vuestra madre, dijo por la tercera vez el señor de Courtel; pensad en vuestro desdichado padre que os implora de rodillas!

Y quiso unir la accion á la palabra.

—Padre mio, qué haceis? exclamó el jóven estrechándole entre sus brazos.

Luego, volviéndose hácia sus testigos:

—Vamos señores, continuó tendiéndoles las manos; teniente, vos me dictareis la fórmula?

—Escuchad, voy á decírosla, respondió el teniente.

—No! aquí no. Si me dejais cinco segundos de reflexion, todo será perdido. Marchemos!

Así que llegaron al terreno, Gaston se adelantó hácia su adversario trémulo y desconcertado, y al encontrarse á tres pasos de distancia de él, se detuvo.

—Pronto, le dijo al teniente.

—Caballero, empezó el teniente á media voz, mientras que Gaston repetia sus palabras con tono firme, y hasta algo altivo, mirando frente á frente á su enemigo, declaro, siguiendo el consejo de mis testigos, que siento mucho haber intervenido ayer noche en una conversacion que me era indiferente, tomando además, sin hallarme autorizado para ello, la defensa de una persona que no tenia necesidad alguna de ser defendida. Temiendo ofender de nuevo á esa persona, llevando mas lejos las cosas, he tomado la resolucion de no batirme y os ruego admitais esta buena y leal satisfaccion.

El sustituto saludó con mucha cortesía, sin pronunciar una sola palabra. Gaston le devolvió el saludo, luego, se volvió vivamente hácia su padre; pero aun bien no habia dado dos pasos, cuando cayó al suelo de repente, sin que sus amigos pudieran impedirlo.

—Hijo mio! Pobre hijo mio! me le ha muerto! exclamó el señor de Courtel precipitándose sobre él.

—No, se apresuró á decir un médico que habia acompañado al teniente y que era justamente el de la familia Courtel, es una congestion cerebral, producida por la violencia que el infeliz jóven se ha hecho al dar ese paso.

—Cuando yo decia que ese miserable ha muerto á mi hijo! gritaba el señor de Courtel fuera de sí.

—El caso no es tan desesperado, replicó el médico, pero es necesario hacerle inmediatamente una sangría.

Y sacando de su bolsillo todo lo preciso, procedió sin tardanza á la operacion. El sustituto se adelantó hácia el grupo, en el momento en que el doctor colocaba el vendaje, para interrogar á sus testigos, los cuales se habian apresurado á ofrecer sus servicios, ocupándose uno de ellos, que era precisamente un hermano de Estela, en sostener entre sus brazos al señor de Courtel medio desmayado.

—Qué es lo que ha sucedido? preguntó el sustituto en voz baja.

—Idos al diablo! exclamó el doctor que le oyó, y procurad que el pobre jóven no os vea en frente, si es que alguna vez vuelve á abrir los ojos.

—Cómo! Corre peligro su vida? preguntó aun el sustituto.

—Una cosa bastante parecida, dijo el médico con mal humor. Preferiria que le hubiéseis alojado una bala en cualquiera parte de su cuerpo... exceptuando el corazon y el cerebro, añadió despues de reflexionar un instante. Ah! señor mio, poneis á un hombre de honor en la dura necesidad de tener que daros una satisfaccion en público y... creereis acaso que eso es una cosa tan sencilla como una requisitoria.

En este momento, el padre de Gaston que volvia en sí, percibió al sustituto y desasiéndose de los brazos que le sostenian:

—Asesino de mi hijo! gritó, apártate de mi vista! Oh! Aun te atreves á desafiar al padre de tu víctima! Si te detienes aquí un minuto mas, te levanto la tapa de los sesos!

E intentó recoger una de las pistolas que habia en el suelo; pero el señor Dupont le detuvo el brazo..

—Caballero, dijo entonces el teniente dirigiéndose al sustituto, la paciencia humana tiene sus límites. Retiraos, pues os prevengo tambien por mi parte, que apenas la tendré por veinte segundos

—Muy bien, señor mio; respondió el sustituto con altanería, me retiro porque respeto el dolor de un padre; por lo demás, me encontrareis siempre á vuestras órdenes.

—Y yo no estoy á las vuestras! exclamó el jóven teniente volviéndole las espaldas.

—Señor sustituto! señor sustituto! gritaron en este momento dos hombres que llegaban en opuestas direcciones, cada uno de ellos con una carta en la mano. Uno de estos hombres era el enviado del comisario de policía que le enseñaba la carta del presidente, y el otro su propio criado que le buscaba desde el amanecer para entregarle la de la bella viuda.

VI.

LAS ESPINAS DE LA CORONA MATERNAL.

Mientras que tenian lugar estos sucesos, la señora de Courtel esperaba en medio de mortales angustias la vuelta de su hijo y de su marido. La pobre mujer no se habia acostado; llevaba todavía el mismo trage que vestia el dia anterior y, de pié, delante de una ventana, permanecia con los ojos clavados en el extremo de la calle por donde debia llegar para ella la vida ó la muerte.

El señor de Courtel, al volver de su visita nocturna al presidente, encontrara á su desconsolada esposa en la habitacion que precedia á la de su hijo, y por la cual le era indispensable á este pasar para salir de casa. Despues de haberle dado cuenta del resultado de sus gestiones, le exigió que se retirase á descansar un momento.

—Podeis estar tranquila, la dijo, voy á traer un sillon y lo colocaré delante de esa puerta, de modo que si quiere salir, me encontrará atravesado en medio de su camino.

—Consiento en ello, habia respondido ella, pero no hagais ruido; creo que duerme, porque hace ya largo rato que no le oigo andar en su cuarto.

Y se dirigió muy despacio á su habitacion. Al entrar en esta, su primer cuidado fué el de abrir una ventana en frente de la cual se hallaba la de Gaston. Una luz brillaba en el dormitorio del jóven, y la pobre madre, absorta en sus pensamientos, estuvo mucho tiempo apoyada en el balcon con los ojos fijos sobre aquel resplandor, como el marino sobre el faro que le indica en los horrores de una noche tempestuosa, el rincon de tierra donde le espera la que ama.

—Vela, se decia, porque ordinariamente no tiene luz de noche.

Era una noche del mes de Febrero y amanecia muy tarde; pero, por larga que sea una noche de invierno, al fin llega á acabarse. Cuando los primeros albores de la mañana aparecieron en el cielo, dos gritos de angustia, lanzados por el padre y la madre de Gaston, resonaron en la casa. El uno, inquieto por el silencio que reinaba en la habitacion de su hijo, y no pudiendo dominar por mas tiempo su inquietud, habia hecho saltar la puerta, cerrada por dentro, despues de haber llamado á ella inútilmente; la otra, viera á la luz del crepúsculo un par de sábanas que se balanceaban en la ventana del gabinete de su hijo, que daba á un patio interior.

El señor de Courtel corrió, él mismo, á enterarse en la portería de la hora á que habia salido Gaston.

—Una hora despues de que el señor salió en el cabriolet, dijo el portero.

Entonces fué cuando el infeliz padre comenzó á practicar pesquisas por la ciudad. Primeramente se dirigió á casa del teniente de gendarmes. Pero este saliera hacia ya media hora y no se le pudo ó no se le quiso decir al señor de Courtel si le acompañaba Gaston. En seguida, fué á casa del señor maestro; alli supo que el viejo profesor, cuyos hábitos eran tan arreglados como los movimientos de un reloj, dejara su hogar dos horas antes que de costumbre; y, ya sabemos como, despues de su visita al colegio, concluyó por encontrar á su hijo en la muralla del Oeste.

Así que la madre de Gaston distinguió su coche, que venia al paso, un horrible presensimiento se apoderó de ella y se precipitó á la calle en el momento en que los caballos se detenian delante de la puerta.

(*Se continuará.*) REMIGIO CAULA.

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE DEBAJO DE FULARD BLANCO. Trage de encima de gasa de Chamberí blanca, guarnecida en su borde inferior con tres bullones, separados por una tira cortada al sesgo de tafetan rosa *claveteada* de cuentas blancas; tres tiras de tafetan rosa, cada una de 6 centímetros de ancho, figuran una túnica, y están dispuestas á ondas; sobre cada tira corre una fila de cuentas blancas y está cubierta á medias por un encage blanco de seda. En medio, por detrás, de cada tira va un gran lazo de cinta rosa. Coselete con tirantes de tafetan rosa, adornado con cuentas. Corpiño de muselina blanca plegada.

ZAGALEJO DE FULARD VIOLETA, con cinco rulós de tafetan gris, *claveteados* de cuentas blancas de cristal. Trage de sultana gris muy claro, á puntas redondas, orlada por un ruló de tafetan gris claveteado de cristal. En el lado izquierdo van separados los paños y se atan formando un nudo sencillo. Corpiño montante igual al trage, con mangas largas, figurando en todo su largo y en el borde superior de la sisa las mismas puntas redoudas, así como se ven de estas, mas pequeñas, en el escote.

DIRECTOR: D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ. 1867.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA, á cargo de D. Federico Joly y Velasco.
Bomba, n. 1.

AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 27.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin, y 24 patrones tamaño natural.
Un año 160 rs....Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.
Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.
Un año 120 rs....Seis meses, 65...Tres meses, 35...Un mes, 12.
Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.
Un año 80 rs.... Seis meses, 42... Tres meses, 22... Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA
LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS
AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

PROPIETARIO: **Don Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.
Por un año, 12 pesos fuertes...Seis meses, 7 pesos fuertes.
EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.
Por un año, 15 ps. fs.
ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.
MADRID, Libreria de Don C. Bally-Bailliere, plaza del Principe Alfonso
HABANA, Don Benito Gonzalez Tánago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Baux.
BUENOS AIRES, Don Federico Real y Prado.

Sumario. — Vestidos de paseo y de viage.—Peinados de M. Croisat. — Dos orlas de trencilla.— Corpiños de muselina.—Vestido de verano.—Trage de debajo de tafetan verde claro.—Trage-funda de sultana color de paja.—Trage de tafetan á listas grises y negras. — Trage de moer paja. — Trage corto de pelo de cabra gris. — Trage de tafetan gris. — Trage de fulard gris de Suecia. — La violeta silvestre.—Teatro indio. —Los recuerdos en el campo.— Los vecinos de Darlingen.—Un colegio de señoritas en provincia—Problemas de ajedrez. — Explicacion del figurin iluminado.

VESTIDO DE PASEO Y DE VIAGE.

VESTIDO DE PASEO Y DE VIAGE.

Vestidos de paseo y de viage.

Zagalejo plegado y corpiño montante, de cachemira ó fulard blanco; trage corto y paletot sin mangas de fulard ó moer gris, cortados á dientes orlados por un ruló de tafetan negro.

Vestido de popelina gris, adornado con rómbos de tafetan violeta, figurando un trage corto; los mayores de estos rómbos tienen 7 cents. y medio en cuadro: botones violetas de pasamanería. Paletot igual al trage.

Peinados de M. Croisat.

N.os 1 y 2.—*Peinado muy sencillo para señorita.* — Se divide el cabello de modo que la línea ó carrera transversal esté á 12 cents., poco mas ó menos, de distancia de la frente: se peina hácia adelante el cabello de detrás, debajo del cual se fija un crepé grueso, que se cubre con este mismo cabello, peinado ahora hácia atrás; se ata el cabello por debajo del crepé con la parte media de una cinta de 1 metro y 40 cents. de largo: se le enrolla (véase el dibujo número 2), y se ata la cinta en lo alto de la cabeza, despues de haber dividido el cabello de delante por ámbos lados en dos partes que se reunen formando torcete, y que se fijan debajo de la castaña: el cabello de delante puede ondularse ó dejarse liso, segun se quiera.

N.º 3.—*Peinado para señora de 50 á 60 años.* — Por ámbos lados el cabello de delante se divide en dos partes, que se rizan enrollándolas sobre dos dedos, y se fijan con un peinecillo; la castaña es postiza, ó tambien puede ejecutarse con arreglo á las indicaciones del dibujo n.º 2.

N.º 4.—*Peinado para señora de 40 á 50 años.*—Se divide el cabello de delante de modo que forme una punta (véase el dibujo); si este cabello no es suficientemente espeso para formar los siete bucles que se sujetan con horquillas, se le añaden otros bucles preparados; trenza natural por detrás, castaña trenzada postiza.

Dos orlas de trencilla.

N.º 1. — Orla de trencilla y punto de espina.

N.º 2.—Orla para trages, zagalejos y confecciones; los puntos negros representan cuentas pequeñas.

Corpiños de muselina.

Publicamos estos dibujos para indicar el empleo de diversos adornos, de los cuales hemos dado ó daremos las explicaciones y dibujos.

El corpiño número 1, está adornado con una guarnicion, la cual se hace al crochet y con cinta.

El corpiño número 2 (visto por delante y por detrás) se adorna con una hoja bordada. Se ejecuta á punto de feston; los lunares se hacen á punto ruso, luego se recorta la hoja, y cuando se tiene un número suficiente de ellas, se las aplica sobre la cinta que guarnece el corpiño. Este bordado, sobre nansouk ó muselina, puede ejecutarse con algodon azul ó seda negra, segun se quiera.

En vez de estas hojas se pueden poner rosáceas

Acompaña a este número el patron ilustrado n.º 6 del presente año.

ó rosetones. Sus contornos se festonean y luego se recortan; por la parte interior se hacen puntos de encage.

Vestido de verano.

Zagalejo de alpaca blanca. Trage corto, igual al zagalejo. La guarnicion del corpiño se compone de rizados de cinta maiz muy estrecha, puestos por ámbos lados de unas tiras cortadas al sesgo, iguales al trage; una trencilla negra cubre la costura de cada rizado; los dientes del borde inferior se orlan con cinta maiz sobre la que corre una trencilla negra; esta cinta se frunce un poco, segun lo exijan las ondulaciones.

LA VIOLETA SILVESTRE.

Hace muhísimos años que en el sombrío valle de San Daniel, inmediato á la ciudad de Gerona, existia una familia, que si no rica, no le faltaba tampoco

N.º 3.—PEINADO PARA SEÑORA DE 40 A 50 AÑOS

medios con que vivir modestamente y con algun desahogo.

Compuesta de un padre algo anciano y dos hijos, era tenida por un modelo de virtud y de honradez.

El mayor de aquellos, llamado Anselmo, llevaba sobre sí casi todas las cargas de la familia, trabajando todo el dia para dar ejemplo á los mozos y jornaleros que estaban bajo su direccion.

En tanto Anselmo y su padre se hallaban ocupados en las faenas del campo, Inés se entregaba tambien á los quehaceres domésticos, propios de su sexo.

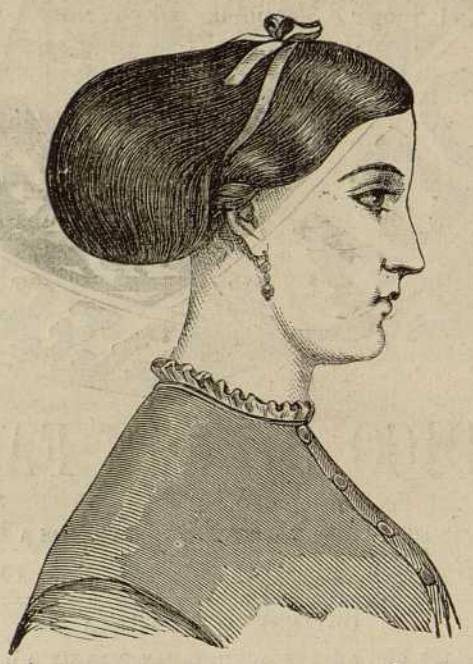
En la época á que nos referimos, frisaba Inés en los diez y ocho abriles.

Era de mediana estatura, cuerpo gentil y agraciado rostro.

Amable y bondadosa hasta el extremo; era adorada por todos los habitantes de aquellos contornos, que la llamaban siempre la *Violeta silvestre*.

Este nombre, asaz poético, era debido á la modestia y sencillez con que solia presentarse.

Sumamente arraigados en ella los sentimientos religiosos, todos los dias, menos en el rigor del cru-



N.º 1.—PEINADO MUY SENCILLO PARA SEÑORITAS.

N.º 2.—PEINADO MUY SENCILLO PARA SEÑORITAS.

do invierno, se levantaba con la aurora y se dirigia, acompañada de una mujer de algunos años que la servia de madre, al inmediato santuario de los Angeles para oir misa.

Semejante comportamiento no pudo menos de inspirar la admiracion y la simpatía de cuantos la conocian.

Con sus ahorros podia comprarse algunas prendas propias de la clase á que pertenecia, y se presentaba aseada y limpia, especialmente en los dias festivos, en que se adornaba con algunas flores que ella misma cultivaba.

Muy raras veces concurria á los *aplech*, ó reuniones en que se bailaba la danza del pais.

Sin embargo, una tarde que alegre y sonriente, cual solia, se fué á uno, volvió triste y pesarosa experimentando extrañas emociones.

La noche próxima la pasó en un completo insomnio.

Así que despuntó el dia siguiente, cogiendo las mas bellas flores de su jardin, se dirigio al santuario á ofrecerlas á la Vírgen de los Angeles.

Adornó con ellas su altar, y prosternándose fervorosa ante la imágen, la rogó que le devolviera su perdida calma.

De esta suerte pasó triste y pensativa toda la semana, esperando con ansia el domingo.

Llegó este al fin, é Inés, vistiéndose y adornándo-

N.º 4.—PEINADO PARA SEÑORA DE 40 A 50 AÑOS.

se con la sencillez que acostumbraba, se fué con sus compañeras al *aplech* á que habia estado el dia festivo anterior.

Al llegar allí, sus ojos se volvian á todas direcciones, como buscando un objeto deseado en que fijarse, y no sabian encontrarlo.

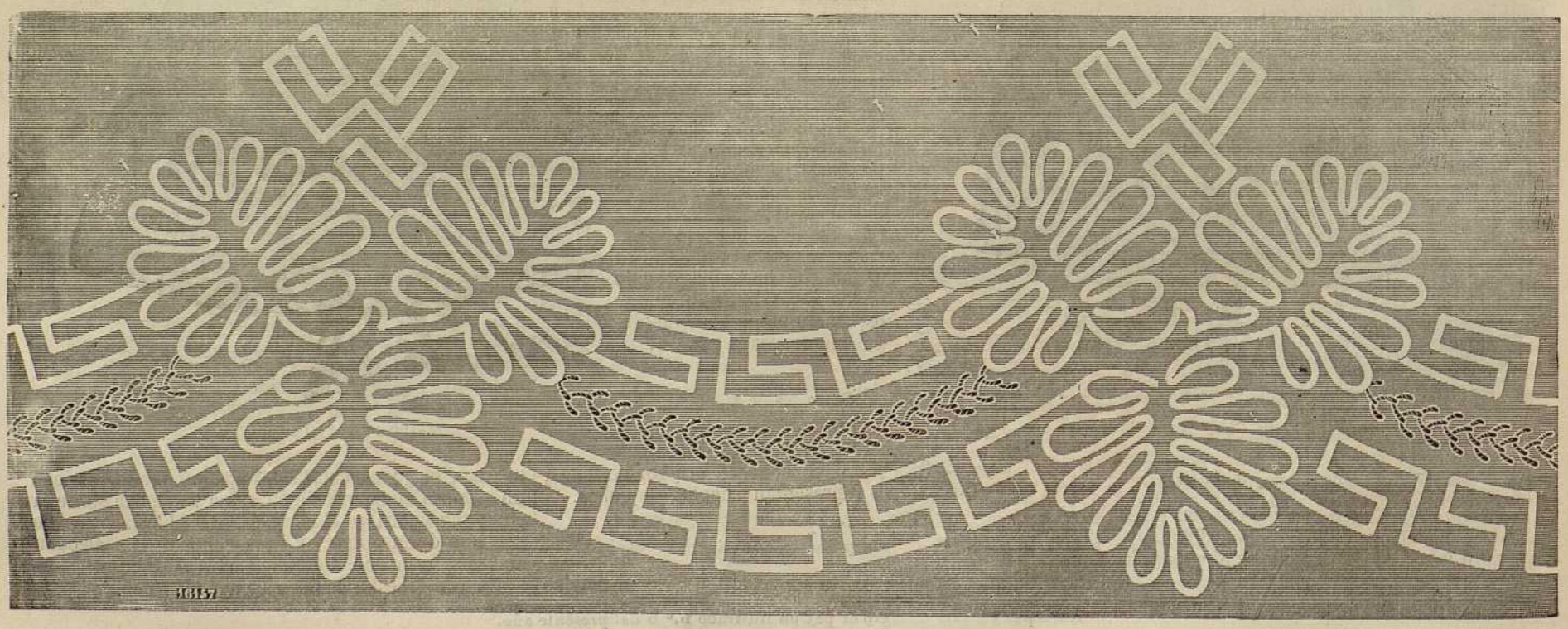
Inés suspiraba contínuamente, manifestándose poseida de un pesar interior, y en vano sus amigas le preguntaban la causa.

¿Como habia de contestar, si ella misma casi la ignoraba?

Por último, exhaló un grito, y su faz se cubrió con los bellos atractivos del rubor.

Inés amaba, y amaba sin saberlo.

Inocente y pura, cual el nombre que la daban, sentia brotar en su alma la flor de los primeros amores, aspirando la apacible melancolía y las inquietu-



N.º 1.—ORLA DE TRENCILLA Y PUNTO DE ESPINA.

des que le son inherentes como las espinas á la rosa.

Acababa de ver al gallardo mancebo que en el *aplech* anterior la habia inspirado el desconocido sentimiento que experimentaba, y oprimido su corazon latia con fuerza.

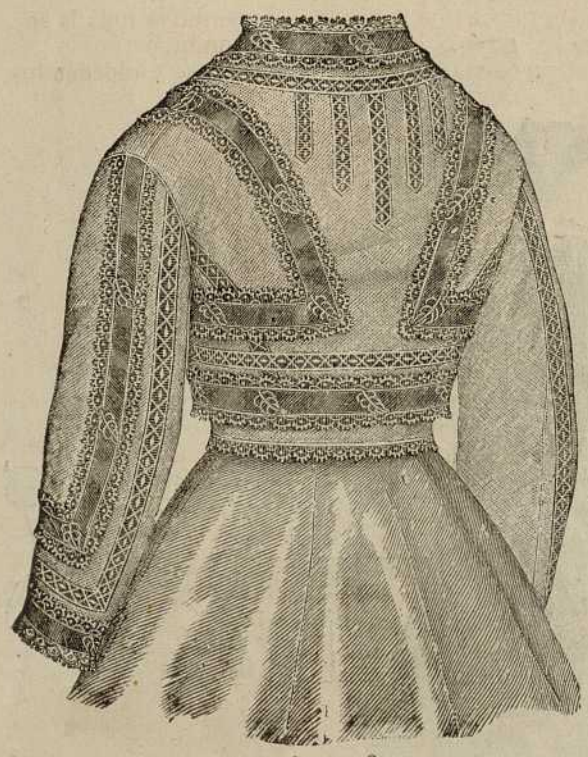
Acercóse á saludarla el jóven, é Inés se creyó dichosa.

El mancebo era alto, robusto, laborioso, hijo tambien de una honradísima familia y digno de alcanzar la mano de la inocente Inés.

En medio de esas delicias que los corazones puros sienten al comunicarse sus emociones de ternura, se declararon ambos su amor y ambos se amaron.

—¡Bendito el dia, dijo él, en que podré poseer tu corazon, hermosa mia!

Al oir estas palabras la pudorosa doncella, fijaba



CORPIÑO N.º 2.

al suelo sus ojos y se enrojecia su frente.

—Bella Inés, prosiguió el jóven, grabada está en mi pecho tu imágen; siempre pienso en tí, contigo sueño... ¿Te acuerdas tú alguna vez de mí?...

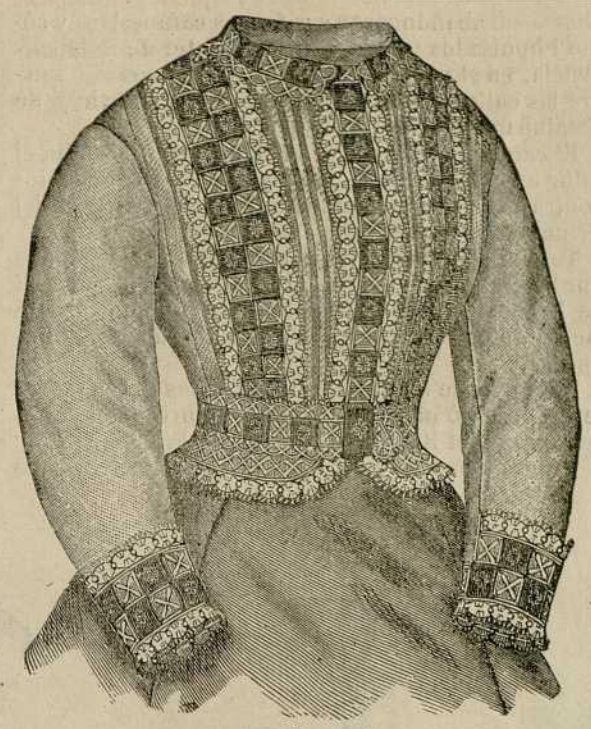
—No sé..., respondió la niña, si es pensar en tí pasar la vida sin reposo, sin la calma que huyó de mi pecho desde que me hablaste.

—¡Inés de mi corazon!

—Sí, continuó la doncella dejándose arrastrar por su emocion; siempre estoy creyendo que percibo tu voz en el murmullo del rio y en el susurro del aura que orea las hojas del roble que da sombra á mi ventana; y creyendo estoy muchas veces tambien que te veo flotar entre los vapores de plata de las estrellas cuando por la noche dirijo mis ojos al cielo para rogar á Dios y á la Vírgen Santa.

—Astro brillante de mi esperanza, herido de amor está tu corazon, y dulces lazos le unen el mio.

Desde aquel dia los dos jóvenes continuaron adorándose mas y mas.



CORPIÑO N.º 1.

Empero, en aquel cielo de doradas ilusiones hubieron de aparecer las tempestuosas nubes del dolor.

Era una tarde del mes de mayo.

El padre del dia, que brillante como un globo de fuego, rodeado de celajes de púrpura y de grana, iba lentamente deslizándose por el espacio, iba á ocultarse en el horizonte entre las montañas de *San Gráu y Rocacorba*.

Las nieblas, extendiendo sus velos de gasa, encerraban en sus pliegues las primeras sombras de la noche.

Bajo el ramaje de la encina donde todos los dias

VESTIDO DE VERANO PARA SEÑORAS Y SEÑORITAS.

se veian los dos amantes, Inés estaba aguardando con impaciencia suma.

Tenia embargada el alma por un solo pensamiento; por un solo deseo.

Era ya muy tarde, cuando divisó al mancebo que se dirigia hácia ella, cabizbajo como herido por el dolor.

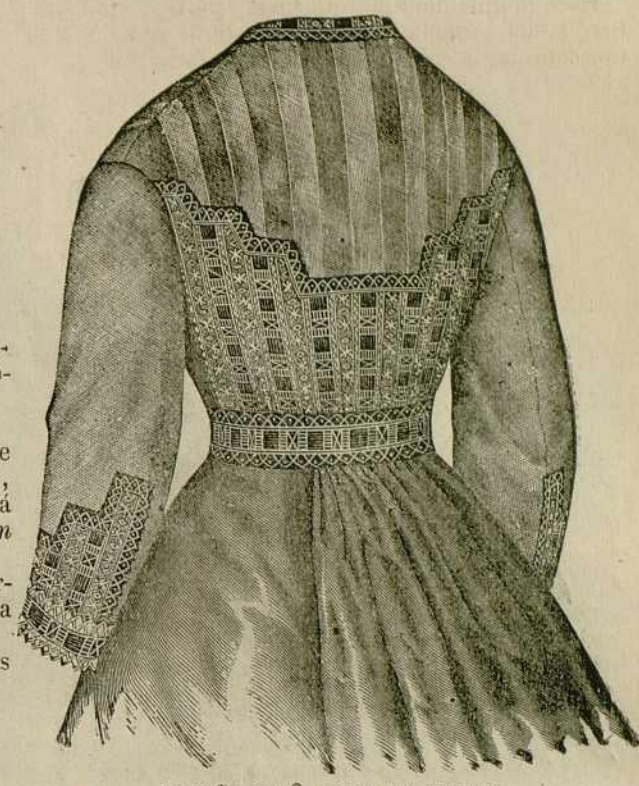
El alma de la jóven pareció cubrirse tambien de luto, pues que la tristeza que se retrataba en su amante fué para ella de triste presagio.

Un momento despues, ambos se abrazaban con ternura confundiéndose sus almas en una sola emocion, no acordándose mas que de la dicha presente.

Pasados aquellos primeros instantes de inefable dicha, Inés preguntó al mancebo.

—¿Por qué has venido tan tarde? ¿Qué te aflige?

—¡Ay, Inés mia! repuso él suspirando amargamente; vengo á darte una noticia harto triste.



CORPIÑO N.º 2, VISTO POR DETRAS.

—Dí. acaba pronto, por Dios.

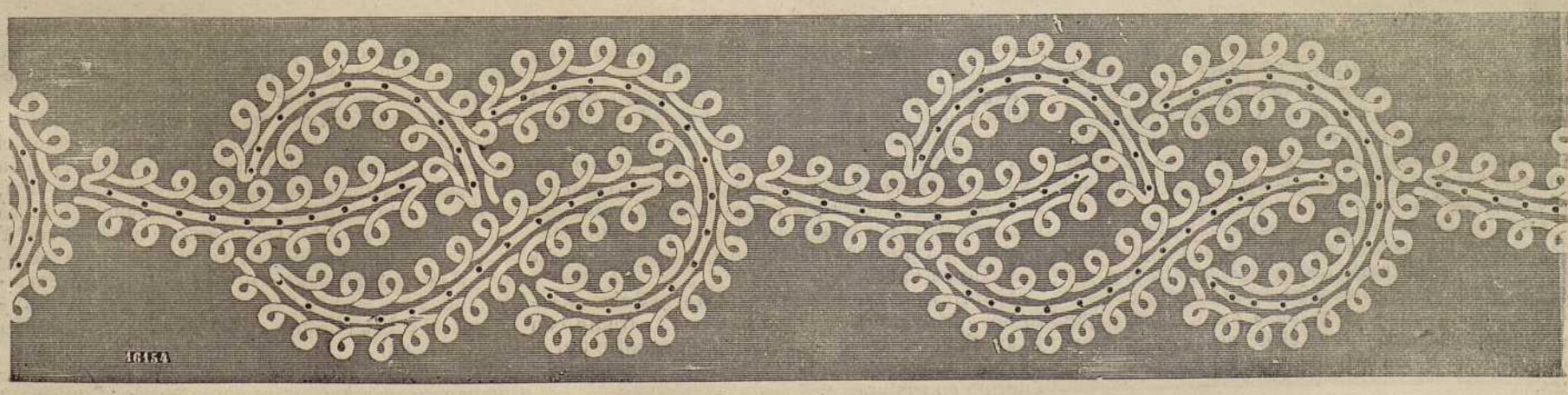
—Así que despunte el alba del nuevo dia tengo que partir á la guerra.

—¡Cielo santo!... exclamó la doncella juntando las manos sobre el pecho y alzando al cielo sus ojos, anegados en lágrimas.

—¡Confia en Dios!

—Eugenio mio, ¿no me engañas?

—¡No, hermosa Inés, no! Por todas partes se levantan somatenes contra los de Castilla, contra esos aventureros de Felipe IV, que tratan á Cataluña como un pueblo esclavo; y tambien contra los franceses que pretenden erigirse en señores de la patria de nuestros antiguos condes. El ¡*despierta, ferro*! ha resonado ya en las montañas catalanas, y todo jóven que sienta latir en su pecho el corazon de los bravos Almogávares, debe abandonar la esteva para



N.º 2.—ORLA DE TRENCILLA.

blandir la lanza y empuñar la espada.

Al oir esto, la hermosa doncella suspiró; dolientes y abrasadoras lágrimas, cual líquidas perlas, rodaron por sus mejillas.

—No llores, tierna amada mia, que si al cielo place, presto me verás á tus plantas para ofrecerte los laureles de la victoria.

—¿Y si adversa la suerte hace que mueras por tu patria?

—Entonces, adorada Inés, ruega por mí á la Vírgen de los Angeles, nuestra protectora, para que en el cielo puedan unirse nuestras almas.

Y dándole un tierno adios, se desprendió de los brazos del amor.

Inés, sin poder articular una palabra, siguió con la vista al tierno mancebo, que en breve desapareció en uno de los recodos del monte.

Entonces, haciendo ella un esfuerzo sobre sí, y venganza, abandonaron sus faenas campestres y cómo impulsados por su innato carácter de independencia, en el mismo dia del *Corpus* regaron con sangre las calles de Barcelona, asesinando al virey de Cataluña y á varios de sus partidarios.

El canónigo Claris, con su elocuencia, infundia el valor en el corazon de los catalanes, animándolos contra los enemigos de los antiguos privilegios del Principado.

Temiendo, empero, los catalanes ser vencidos por las huestes de Castilla, reconocieron á Luis XIII de Francia por conde soberano de Barcelona, prometiéndoles este ayudarles contra las armas de Felipe IV.

Entonces de la corona condal de los Berengueres se desprendió uno de sus mejores brillantes, apoderándose del Rossellon el reino de Francia.

Pronto, pues, conocieron los bravos catalanes que los Angeles, y sus puros labios murmuraron una plegaria.

La campana de la pequeña iglesia tocó á misa y la bella Inés fué á oirla, segun costumbre.

Poco despues corrió hácia el lugar en que se levantaba la encina, mudo testigo de la triste despedida de los dos amantes.

Pero ¡cuál fué su sorpresa al ver que al pié del árbol habia brotado durante la noche una violeta con dos flores!

Habiendo nacido ámbas en un mismo tallo rozábanse suavemente sus cárdenas corolas, cubiertas aun de rocio matutino, que herido por los rayos del sol brillaba cual puntas de diamante.

Llena de felicidad, Inés no pudo menos que besarlas y lo hubiera hecho quizás mil y mil veces á no ser por el temor de marchitarlas al soplo ardiente que brotaba de sus labios.

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Trage de debajo de tafetan verde claro, guarnecido con un volante rizado, recortado por ámbos bordes. Trage corto de linó blanco, recortado á puntas redondeadas, que se ribetean con tiras de tafetan verde; estas tiras se adornan con buclecillos de trencilla blanca. Paletot de tafetan verde claro, con dedillos ribeteados de tafetan verde oscuro,

Trage-funda de sultana color paja, con bandas de tafetan color castaño; botones gruesos forrados de tafetan castaño.

Trage de tafetan á listas grises y negras. Paletot de paño de seda negro, bordado, adornado con encages estrechos.

cayendo de rodillas, exclamó llorosa y con balbuciente labio:

—¡Dios de los ejércitos, protegedle!. . Y vos Vírgen de los Angeles, vos que tanto habeis hecho por mí, vos que sois el amparo de los desgraciados y el consuelo de los afligidos, dadle suerte; haced que vuelva sano y lleno de gloria, y os ofrezco bordar con mis propias manos un manto de seda azul para adornar vuestra imágen.

En tanto Eugenio fué á reunirse con los demás paisanos armados de aquellas montañas, que se levantaron para engrosar los somatenes alzados por varios de los principales señores de Cataluña.

Refiere la historia los grandes desórdenes á que en aquel tiempo dió lugar el despotismo con que los tercios del conde-duque trataban á los catalanes.

Sabido es tambien cómo los payeses, al grito de sus aliados iban de mala fe, y trataron de rechazar á las huestes de San Luis y á los castellanos, para combatir solo en favor del Principado.

Eugenio vióse obligado á tomar parte en aquella lucha y tuvo que abandonar á la tierna Inés, dejándola sumergida en el mayor desconsuelo.

Ya el alba con sus dedos de rosa iba descorriendo el velo de las sombras, bañando de oro y púrpura el mundo, y entre las ramas de los árboles entonaban las aves sus himnos de amor, cuando se levantó la hermosa jóven, sin haber podido conciliar el sueño en toda la noche.

Al abrir la ventana de su aposento, el dulce aliento del aura matinal vino á refrescar su frente con la suavidad de la respiracion de una madre tierna cuando imprime un beso en la mejilla del hijo que duerme en sus brazos.

Dirigió al instante la vista hácia el santuario de

Conmovida por gratas emociones, llevaba la mano al corazon como para contener los latidos que fuertes y violentos se sucedian en él, cual si quisiera saltársele del pecho.

—¿Quién no pensará en tí, amado Eugenio, exclamaba Inés, con la mayor dulzura y en medio del éxtasis profundo en que se hallaba sumergida; ¿quién no pensará en los dulces instantes que pasamos aquí, al pié de esta encina, hasta que la noche empezaba ya á estender su estrellado manto sobre la tierra? Y vosotras cándidas violetas, vosotras que me recordais á mi amor; vosotras que sois ahora toda mi felicidad, toda mi vida; vosotras que sin duda participais de mi inquietud... ¡ah! ¡cuán grande cariño me inspirais!

Y las dos violetas, al oir estas palabras se aproximaban y separaban suavemente, como si quisieran dar á entender que se besaban.

La enamorada jóven, que así lo comprendió, sonrióse con la mayor ternura, y arrastrada por su entusiasmo, selló con sus labios el puro beso de las flores.

De esta suerte, y entre temores y esperanza vió Inés trascurrir muchas y muchas mañanas.

Un dia en que se levantó mas afligida que de costumbre, despues de haber ido á misa al santuario al hacer la visita á la encina y á las dos violetas, hallólas enteramente separadas.

La candorosa niña acercóse á ellas, exclamando con triste acento.

—¡Oh!... ¿qué ha pasado?... ¿qué le sucede á Eugenio? ¿le han herido acaso los enemigos de mi patria?...

Y al irlas á besar, cayó de sus ojos una lágrima que quedó colgando, cual líquida perla, de uno de los pétalos de la flor; lágrima ardiente que encerraba toda una historia, todos los misterios del amor de Inés.

Y era que, inocente, no supo comprender que la separacion de las dos flores pudiese significar celos.

Eugenio temia que durante su ausencia Inés, iba á olvidarle, y se apoderaron, en efecto de su corazon los celos, ese martirio que nos devora en silencio agostando las ilusiones del alma.

La tierna Inés, dotada de una candidez inmensa, nada recelaba, pues al amar, lo hacia siguiendo los dulces sentimientos que se animaban en su pecho, y creia en el cariño, en la fé de un corazon que, como el suyo, era incapaz de faltar á sus juramentos de amor.

Sumergida en mil tétricas ideas, pasó llorando todo el dia y la noche en un completo insomnio.

Hácia la mañana, rendida por el sueño, se quedó como aletargada, bullendo en su exaltada imaginacion mil extraños pensamientos, hasta que en el delirio de su fantasía creyo oir una voz misteriosa que le decia:

«—Vé, corre al lugar donde se halla la encina que todos los dias visitas, y tirando piedras á su copa, vas á saber cuándo volverás á ver á tu amante. Si la primera que arrojes se queda entre las ramas del árbol, al cabo del año vendrá Eugenio; si no, hasta el fin de los que te indique el número de piedras que hayas tenido que lanzar, no le esperes.»

Despertóse azorada Inés, y teniendo confianza en lo que juzgó aviso del cielo, corrió en seguida hácia el punto donde se hallaba la encina. Cogió una piedra y la tiró al árbol, encomendando su suerte á la Reina de los Angeles.

Agitaróuse misteriosamente sus ramas heridas por el proyectil, y como accediente á los deseos de la preocupada jóven, se guardaron la primera piedra que les arrojó.

Llena de gozo Inés, postróse inmediatamente y dió gracias á la Vírgen.

Al levantarse, observó las dos violetas unidas y como si se besaran.

Corrió hácia ellas y las colmó de caricias, haciéndolas partícipes de la felicidad que sentia.

Con la mayor impaciencia esperaba la cándida doncella el fin del plazo en que debia volver á ver á su amado Eugenio.

Este plazo fatal era una eterna noche para el corazon de Inés.

Su postrer momento debia parecerle como la aurora de un sol mas bello que la primera ilusion de amor.

Hasta entonces, los dias fueron para ella años, los meses siglos.

Por fin, vino á cumplirse el término esperado.

Muy de mañana dirigióse Inés al lugar en que se levantaba la encina, bajo cuyo verde follaje, como en un nido de amor, se cobijaban las dos violetas que vivian por milagro.

Allí aguardó algun tiempo, pero en vano.

Eugenio no llegaba.

Cansada de esperar, retiróse á su casa con el corazon traspasado de dolor.

Mas tarde volvió otra vez, y ora creyendo divisarle á lo lejos, ora sufriendo un desengaño, vióse obligada de nuevo á abandonar aquel sitio que tanto la habia visto gozar un tiempo, como despues la vió padecer y sufrir.

De esta suerte, juguete de mil dudas y mil fallidas esperanzas, pasó Inés el dia.

Empezaba ya á anochecer, y Eugenio aun no llegaba. Triste y pesarosa, la jóven desconfiaba ya de volverlo á ver, cuando al dar la última mirada hácia el punto donde debia venir, creyó divisarle.

Corre en seguida á salirle al paso, dándole alas su impaciencia y aliento su amor.

Oh! imposible es describir la felicidad que en su encuentro experimentaron los dos amantes!

Ni uno ni otro hallaban palabras con qué explicarse sus deseos y sus inquietudes, sus incertidumbres y sus ánsias.

Las lágrimas y los suspiros sirvieron de fiel intérprete á los sentimientos que aquellas dos almas experimentaban.

Inés acompañó á Eugenio hasta el pié de la encina, y mostrándole las dos violetas, refirióle su historia, que no era mas que el relato de una série de tristes presentimientos, de halagüeñas esperanzas y

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Trage de moer paja, con guarnicion de tafetan color castaño. Manteleta de paño de seda negro.

Trage corto de pelo de cabra gris, con galon de cuentas. Manteleta de tafetan negro, con galon de cuentas.

Trage de tafetan gris, con manteleta de tafetan negro.

Trage de fulard gris de Suecia, con guarnicion de cinta negra de moer. Manteleta de tafetan negro.

de inexplicables dudas.

Con la mas religiosa gratitud postráronse los dos, y ambos oraron con fervor, uniéndose sus almas en una sola emocion de piedad, como se unen en el espacio las aromas de las flores.

A los pocos dias, el interior del santuario ofrecia un risueño aspecto.

El altar de la Vírgen estaba profusamente adornado de ramos, guirnaldas y encendidos cirios, y los amantes se juraban eterna fidelidad.

Eugenio é Inés se desposaban.

Al concluirse la augusta ceremonia, la doncella ofreció su casta corona nupcial á la Reina de los ángeles y de las vírgenes.

Cumpliendo al propio tiempo su promesa regaló á la imágen un rico manto de seda azul, bordado y recamado de oro.

Debemos recordar que entre las flores que en aquel dia adornaban el templo, se hallaban en primer término las dos misteriosas violetas.

Dice la tradicion que estas no se marchitaron hasta despues que hubieron fallecido los dos esposos.

. . . . . .

Desde entonces, las doncellas que van en romería al santuario de los Angeles, al pasar cabe aquella añosa encina, que aun eleva al cielo su ramaje llenas de esperanza, arrojan piedras á su inmensa copa para saber cuánto tardarán en encontrar marido.

N. B. DE ILLA.

TEATRO INDIO.

(CONCLUSION.)

Concluida esta escena despues de algunos otros pormenores y retirada la reina corre Urvasi, aproxímase por detrás á Pururavas y le tapa los ojos con las manos. Pururavas la reconoce, sin embargo, demuestran ambos amantes su regocijo y termina el acto quedando Urvasi al lado del rey y volviendo á los cielos su amiga Tchitralekha.

Al principio del cuarto acto el teatro representa la selva de Acalucha en las alturas de el monte Gandhamadana, y por una conversacion habida entre Tchitralekha y otra ninfa llamada Sabadjanya se entera el espectador de una desgracia ocurrida á Urvasi. Pururavas cediendo á los deseos de esta habia abandonado por algun tiempo los cuidados reales y retirádose con ella á los bosques de Gandhamadana, donde ambos amantes estaban contentos y dichosos, cuando un dia en que vagaban por las orillas del rio Mandakini una ninfa que jugueteaba entre sus cristalinas ondas llamó la atencion del rey.

Celosa entonces Urvasi se alejó, rechazó á este, oscurecióse en tales momentos su espíritu á consecuencia de la maldicion pronunciada por Bharata y sin recordar la ley establecida por el dios de la guerra prohibiendo á las mujeres la entrada en los bosques funestos de Cartikeya, traspasó el límite fatal y se encontró transformada de repente en una liana, causando la desesperacion de Pururavas que aflijido por su rápida fuga y sin saber su triste suerte, la buscaba por todas partes como un insensato.

Indicados estos antecedentes cambia la decoracion, y el teatro representa otra parte de la selva. Durante casi todo el resto del acto, todo se reduce á un estenso monólogo alternado con cantos interiores, músicas y preludios; monólogo en el cual el desconsolado Pururavas se lamenta de la pérdida de su adorada, y pregunta por ella á los cisnes, á las abejas, á los elefantes, á los pavos reales, al pájaro cokila y hasta á las rocas, árboles y plantas. El acto es, pues, en su mayor parte enteramente lírico; pero su falta de accion se suplia á los ojos de los indios por la delicadeza de sus pensamientos y expresiones y la belleza de sus versos, músicas y cantos.

Por fin luce de repente en el aire una llamarada y cae á los piés del desolado rey un precioso rubí cuya vista le sorprende. Dispónese, sin embargo, á dejarle abandonado cuando una voz que resuena desde lo alto le dice que aquel rubí tiene una virtud maravillosa, advirtiéndole que le recoja y que si así lo hace muy pronto cesará de gemir.

Recójele, en efecto, y apenas lo há hecho siente atraidas sus miradas por una lánguida y solitaria liana apoyada contra el tronco de un grueso árbol; dirígese hácia ella, abrázala movido por un impulso misterioso y la liana se transforma en su querida Urvasi. Los dos amantes, vueltos á la dicha, se estrechan cariñosamente y disponen tornar á la capital del reino, Pratisthana, descuidada desde algun tiempo antes por el monarca.

El quinto acto tiene lugar en Palacio. Manava aparece en escena y apenas ha pronunciado algunas palabras cuando oye un gran ruido de voces interiores, las cuales se lamentan de que un halcon ha robado el rubí milagroso que habia servido para el desencanto de Urvasi. Sale en esto Pururavas seguido de un cazador y de varios servidores. Distínguese aun al ave que se aleja por los aires y se vé relumbrar la cadena de oro de la joya que pende de su pico, pero cuando traen al rey el arco y las flechas ya el raptor há desaparecido á lo lejos. Dá entonces el monarca las órdenes mas apremiantes para que se persiga al halcon por todas partes y hácia donde quiera que se dirija y en efecto no tarda en volver un chambelan trayendo el rubí y la flecha con que se há dado muerte al halcon. Pero ¡cuál es la sorpresa del rey al leer en ella la siguiente inscripcion! *Flecha del triunfante Ayous hijo de Urvasi y de Pururavas.* Este que no tenía conocimiento de tal hijo recuerda, sin embargo, que mucho tiempo atrás (pues entre el acto cuarto y el quinto median bastantes años) hubo una ocasion en que Urvasi pareció atravesar una crisis especial y hallarse en circunstancias extraordinarias y penosas, pero á eso se limitan los datos de su memoria.

En esto se presenta una anciana penitenta de la ermita de Tchyavana trayendo un niño de la mano.

Este niño, dice, es hijo de Urvasi y por alguna razon desconocida fué confiado secretamente á mis cuidados desde su nacimiento, habiendo sido educado segun la ceremonia de la casta guerrera, pero hoy há disparado una flecha contra un halcon que estaba sobre un árbol, le há muerto, há derramado su sangre y por tanto desde este momento cesa mi tutela y no puede continuar viviendo en aquella santa morada. Tal es el motivo porque se le devuelve á Urvasi.

Mandada llamar esta inmediatamente le reconoce al instante y se le presenta á su padre, mas al punto se deshace en profundas y amargas lágrimas. Pregúntale Pururavas la causa de su repentino dolor y ella le responde lo siguiente: Cuando por vuestro amor abandoné con alegría los cielos, el dios Indra me permitió que viniera con vos, pero advirtiéndome que esta union cesaría cuando viérais al hijo que yo os daría. El temor de esta desgracia fué el que me hizo ocultar su nacimiento, pero hoy há llegado el término fatal y hé aquí que vuestro hijo viene á vuestro lado para consolaros de mi pérdida.

El dolor de tan imprevista separacion no dura mucho tiempo. Narada génio celeste, baja de los aires y anuncia á Pururavas que Urvasi y él permanecerán unidos por toda la vida pues los dioses así lo determinan, advirtiéndole á la vez que se prepare á auxiliarlos con su valor en una guerra que pronto tendrá lugar en el cielo.

Al punto que esto queda dicho desciende á la escena una multitud de ninfas que traen consigo un trono, ornamentos reales y un vaso de oro con agua del Ganjes celeste. Verifícase entonces la ceremonia de consagrar la coronacion del príncipe Ayous como asociado de su padre y el drama termina entre la alegria universal.

Tal es la obra de Kalidasa titulada *el héroe y la ninfa.* Su argumento queda expuesto, pero solo leyéndola puede formarse cabal idea del gusto delicado, de la elegancia literaria y del tacto exquisito con que está escrita. Urvasi es un tipo de inocencia, de sencillez y de cariño, con todo el amor de una mujer apasionada y toda la timidez y dulzura de un niño. El contraste entre los arrebatos eróticos de Pururavas y las aficiones humildes, golosas y regalonas de su fiel Manava presta indecible amenidad á la accion. Esta se desarrolla con uniformidad y con bella gradacion y de su conjunto queda una impresion grata y halagüeña en el ánimo. Los pormenores están cuidados y contribuyen perfectamente á la armonia general del cuadro.

El carácter de la obra es semi-mitológico, pero no se imagine por esto que tal es tambien el sello de todas las producciones dramáticas de la hermosa y espléndida literatura indiana. Dramas hay en ella que pertenecen á la vida íntima como *Lalatti y Madhava*, de Bhavabuti, que es esencialmente amoroso; otro como el *Viddha Salabandjika*, de Radjasekhara, que corresponde al género de intriga; otros como el *Mondra Rakchasa*, de Visakhadatta, de colorido esencialmente político é histórico, y otros como el *Mritchtchakati*, de Sadraka, que pudiéramos llamar de costumbre. Justamente la literatura dramática de la India aunque no presenta un repertorio muy considerable, ofrece todos los géneros imaginables, de obras desde las mas fúnebres y espeluznantes en que se llega al mismo canibalismo, hasta las mas chocarreras y asainetadas llenas de chistes y cuadros poco decorosos, pasando por los diversos matices y dibujando en ellos tipos preciosos de mujer y escenas de un encanto suave y tranquilo indescriptible.

Pero no queremos estendernos más y terminamos ya nuestra tarea.

Quizás en otros artículos daremos á las lectoras de LA MODA algunos nuevos pormenores sobre la misma ú otra rama de la inagotable literatura de la India.

JUAN ALONSO Y EGUILAZ.

RECUERDOS EN EL CAMPO.

Campos de Cuba, mansion
de la lírica armonía,
donde la excelsa poesía
tiene en cada corazon
raudales de inspiracion,
en vuestros bosques fecundos
que contienen de dos mundos
ejemplos que meditar,
viene mi alma á exhalar
sus recuerdos moribundos.

En tus rústicos palmares
cuántas veces silenciosas
sentí gemir la tojosa;
y de blancos azahares
cuántas otras en mis lares
tegí corona sencilla,
y de roja maravilla
la entrelacé diligente
para adornar la inocente
blanca sien de mi hermanilla!

Aquí en la noche callada
oía silbar el grillo,
y al son del canto sencillo
de africana esclavizada,
me dormia yo arrullada
por la dulce melodía
del viento, cuya armonía,
cual murmullo doloroso
de otro mundo misterioso,
á mis oidos venia.

Cuántas veces recorrí
estos escarpados montes,
y su nido á los sinsontes
le robé del *ponasí*,
y traveseando bebí,
ardiendo en delicias sumas,
al lado de las *jocumas*
el fresquísimo rocío,
que, como perlas del rio,
destilaban las *yagrumas*.

Tras este *roble* empinado
silenciosa me escondí
y contemplé el colibrí
en las flores del *granado*:
allí en aquel monte alzado
cubierto de *campanitas*,
iba yo las tardecitas
llena de inocente embullo
á escuchar el dulce arrullo
de las tiernas tortolitas.

Y las lindas mariposas
con astucia aprisioné,
y admirada contemplé
sus galas maravillosas;
y en las márgenes verdosas
de aquel arroyo luciente
recogí alegremente
el *camelote* nevado,
para tejer sin cuidado
adornos para mi frente.

Dejadme ahora piadosos
que apague mi sed impía
con la divina ambrosía
de vuestros frutos sabrosos:
volvedme los armoniosos
cantos de las avecillas,
y dadme las florecillas
de matizados colores
con que otros dias mejores
formé coronas sencillas.

Campo de Cuba bendito,
si feneció mi ventura,
y la amarga desventura
cual la herencia del proscrito
habeis en mi frente escrito,
recoged las doloridas
lágrimas mias queridas,
que brotan del corazon:
recojedlas, que ellas son
"flores del árbol caidas."

Isla de Cuba.

CATALINA RODRIGUEZ.

LOS VECINOS DE DARLINGEN.

(Continuacion.)

SEGUNDA PARTE.

I.

Una tarde del año 1847 salian dos señoras de la iglesia de S. Juan en Darlingen, donde acababa de terminar la oracion. Una de ellas llevaba la cabeza baja y parecia triste,

Al final de la larga calle de la iglesia se detuvieron como para despedirse y tomar cada una diferente camino. La mas anciana de las dos dijo en voz baja:

—Ea!... valor, Teresa: estoy segura que te engañas. Pottewal es un buen muchacho y solo pide un poco de afecto por tu parte.

—Ah! y yo soy, sin embargo, tan desgraciada!... suspiró la otra. Ni en mi propia madre hallo consuelo porque Pottewal no aparece á vuestros ojos tal cual es, y si le tratáseis de cerca, madre mia, veríais cuán holgazan es, cuán desidioso, y tan insensible como un pedazo de madera!... hace tanto caso de mí como de una criada.

—Esas son aprensiones tuyas!... replicó la anciana. El hombre siempre es hombre. Si Pottewal fuese mas vivo te quejarias de su rudeza, y porque es bueno le reprochas su frialdad. Tú no eres razonable, Teresa.

—Pero es posible que no pueda haceros comprender mi desgracia? exclamó la jóven con desaliento. ¿Creereis, mamá, que se pasa los dias enteros en Bruselas, en Anvers, ó en Louvain, mientras yo me aburro en mi cuarto, sola y desesperada? Si al menos fuera por aumentar nuestra fortuna, pero nada de eso; pierde un tiempo precioso, sin emprender negocios de utilidad, sin ganar nada. Cuando viene á casa apenas está una media hora conmigo, y en seguida se va al café ó se acuesta. ¡Ah! merezco yo una vida tan amarga?

—No puedo saber hasta qué punto sean fundadas tus quejas, respondió la madre; y por lo tanto, me limito á repetirte mi consejo: pon siempre á tu esposo buena cara cuando venga y si alguna cosa no te agrada háceselo comprender con dulzura; pero guárdate bien de hablarle con dureza, y de recibirle ásperamente cuando llegue de buen humor y te manifieste su afecto. De otro modo, no hay medio de ser dichosos. Conócelo, Teresa.

—Si yo tuviera por lo menos un niño podria olvidar mi

soledad!... dijo la jóven con tristeza; pero ¡ay! hasta este consuelo me es negado. Yo moriré sin hijos!... Todo!... Todo para mi hermana!... nada para esta infeliz!... Ah! mamá, qué pronto dejaré este mundo!...

La anciana señora tomó la mano de su hija y exclamó con tono compasivo y medio regañon:

—No digas esas cosas tan desagradables, hija mia. Pottewal vendrá en el tren de las seis, no es verdad? Ensaya, pues, á seguir mi consejo, recíbele con amabilidad, abrázale...

—Pero mamá... creeis que somos todavía niños?

—Bien, no le abraces, pero estréchale afablemente la mano; muéstrate alegre y afectuosa con él y verás como no habla mas de irse al café y permanece á tu lado.

—¿Acaso Pottewal se ha quejado de mí á vos? Si yo supiera semejante cosa!...

—Ante todo, Teresa, tú eres mi hija y conozco tu carácter; tienes buen fondo; pero te enfadas con frecuencia y eres áspera.

—Eso es!... concluiré por ser yo misma la causa de mi desgracia!...

—Qué arriesgas con ensayar mi consejo?

—Estaría bueno que fuese yo adulando y requebrando á Pottewal!...

—No, no es adularle; es manifestarle un poco de afecto... Ahora, Teresa, adios; no quiero que tu padre se impaciente por mi larga ausencia. Ten presente los consejos de tu madre.

Luego la anciana se encaminó hácia su casa y Teresa tomó una direccion opuesta.

Al cabo de la calle, se encontró con una señora anciana, de gruesas mejillas y cabellos canos, que la vió venir de lejos y parecia esperarla: al aproximarse salió á su encuentro y la dijo con tono compasivo:

—Pobre madame Pottewal!... tan pálida!... vos sufrís, no es cierto? Ah! yo tengo buena vista y conozco á cincuenta pasos que teneis algun pesar. Vamos, un poco de valor, querida mia, esto mejorará con el tiempo.

—Os engañais, madame Kwas; dijo Teresa: yo estoy contenta y no tengo ningun pesar.

—Ah! dijo riendo madame Kwas; eso se dice siempre, la mujer tiene que doblar toda su vida la cabeza bajo la tiranía de los hombres egoistas, y no es bastante todavía esto, sino que el mundo insensato nos obliga á sufrirlo todo y á ocultar nuestro pesar sin quejarnos. Ved á Mr. y madame Doower-Cortbeen, delante de gente se manifiestan muy satisfechos el uno del otro y se acarician como dos tórtolas; pero en hallándose solos empieza la guerra y se arrojan al rostro las mas horribles acusaciones. De eso pasa mucho en Darlingen, á la vista un paraiso terrestre, en el fondo un infierno.

—En efecto, madame Kwas; dijo Teresa; suele cuceder así. ¿Quién hubiera podido preveer lo que pasa en casa de Snek-Bollincky?

—Pues qué sucede? preguntó la anciana con los ojos encendidos por una viva curiosidad.

—Cosas graves.

—Cosas graves! pues no sé nada. Hablad pronto, madame Pottewal; me son antipáticos los Snek; esos ricos nuevos tan presuntuosos!...

—Madame Snek tiene un ojo azul y el rostro hinchado.

—Eso ya lo sé; se ha caido ayer en la cueva.

—Inocente!... ha sido su marido que le ha puesto la mano.

—Estais segura, madame Pottewal?

—Su criada lo ha contado en secreto á la nuestra; y semejantes escenas no son allí raras á lo que parece.

—Qué hombres!... qué hombres!... exclamó la señora levantando los ojos al cielo. No hay uno solo que no merezca la horca. Verdugos hipócritas!... El mejor es un tirano y verdaderamente, querída mia, que tengo lástima de vos.

Estas palabras parecieron desagradar á Teresa; un relámpago de ira brilló en sus ojos; pero se contuvo y respondió con una falsa indiferencia:

—Lástima de mí!... porqué? No teneis motivo.

—Pues qué ¿tan satisfecha estais de vuestro marido?

—Cierto; Pottewal es el hombre mejor del mundo; y me considero muy dichosa con él. Mi casa sería un paraiso terrestre, añadió suspirando, si Dios quisiera bendecir nuestro matrimonio dándonos un hijo; pero yo espero todavía en su misericordia.

Madame Kwas sacudió la cabeza con aire de duda.

—Pobre mujer!... dijo ella; bastante haceis en creer que son únicamente los negocios de su comercio los que ocupan á vuestro marido, mientras le esperais en el aislamiento. Así somos todas; esa ciega confianza es la causa de nuestra desgracia.

—Qué quereis decir? murmuró Teresa espantada.

—Hoy no es grave; pero como todo gran mal tiene un pequeño principio... yo no quisiera mezclarme ciertamente, si mi sincero afecto por vos, no me hiciera un deber el advertiros hoy que es tiempo todavía.

—Y bien, vamos á ver, ¿qué sabeis vos?

—Oh! Madame Pottewal, no es bueno hablar aquí de semejantes negocios.

—Venid á mi casa.

—No; porque debo estar antes de una hora en casa del fabricante Zavelman, se oyen allí una porcion de cosas que no se saben en ninguna parte. Paseémonos por los boulevards, bajo los árboles, allí no hay gente y hablaremos con entera libertad.

Tomaron una calle lateral y se dirigieron á largos pasos al paseo; allí la jóven repitió su pregunta:

—Y bien, decidme ahora lo que sabeis.

—Voy á decíroslo; pero antes decidme vos si sabeis lo que ha hecho el miércoles en Bruselas vuestro marido.

—Fué al mercado de granos segun su costumbre.

—El volvió muy tarde á casa, ¿no es esto?

—En efecto, con el último tren.

—Y no os habló de un banquete con sus amigos?

—No.

—Lo veis? Ellos son todos igualmente hipócritas. Aunque sepan que la mujer desolada se muere de hastío en la casa, fingen ignorarlo y solo piensan en sus placeres. Mr. Pottewal estaba sentado esa mañana delante de la puerta del café de las *Mil coronas*, cansado de beber, de comer, y de reir con sus amigos. Vuestro cuñado Ernesto Decock estaba sentado á su lado y se demostraban mucho afecto.

—Hola!... hola!... gruñó madame Pottewal, con una cólera concentrada. ¿Ernesto Decock estaba con él, y hablaban en plena calle?... en público?

—Le habeis prohibido ir á su casa?

—Sí, ciertamente; se lo he prohibido. Esas no son gentes de nuestra clase; por fin cuando no pueda evitarlo debe hablarle; pero en medio de la calle!... delante de la puerta de las *Mil coronas* ó en medio de la plaza de *La Moneda!*... oh! eso no.

—Teneis razon, madame Pottewal; no se debe tener mucha familiaridad con esa gentecilla; es preciso precaverse contra toda debilidad, evitando así la ocasion de que vengan á pediros dinero. Mas no era de eso de lo que yo venia á hablaros; vuestro marido ha comido con una docena de amigos en casa de Dubos, donde el vino no estuvo escaso, por lo cual estuvieron excesivamente alegres, lo que no os asombrará, y mientras los tapones del Champagne saltaban en torno de estos hombres egoistas, sus mujeres encerradas en sus casas se ocupaban en contar los puntos de su labor, y quizás, condoliéndose de sus esposos, que se esforzaban por ganar unos sacos de trigo.

M.me Pottewal guardó un instante silencio; luchaba interiormente contra los esfuerzos de M.me Kwas, por escapar á la humillacion de confesar que no era dichosa en su matrimonio.

—Ahora recuerdo, dijo ella, que mi marido me habló en efecto de una apuesta, que fué perdida por un mercader de Anvers. Habian apostado una comida.

—Un mercader de Anvers!... exclamó la vieja riendo: si la perdió vuestro marido; él solo la pagó y fué una cena espléndida.

Esta revelacion hizo sobre Teresa un efecto terrible, pudiendo apenas ocultar su violenta cólera. Sin embargo, al cabo de algunos instantes, respondió con aparente calma:

—Siento que Pottewal me haya ocultado la pérdida de esa apuesta, por lo demás no veo un gran mal en que se divierta un poco con sus amigos.

—Veo que no sois feliz, querida amiga; pero no quereis ser franca, y me ocultais vuestros sentimientos; por lo tanto, no os diré donde pasó vuestro marido la velada.

—Cielos! quizá en casa de mi hermana Herminia?

—No; en Wauxhall, detrás del parque. ¿Conoccis á M.me Dools de Darlingen que vive actualmente en Bruselas?

—Esa loca orgullosa?...

—Justamente; esa vanidosa que tiene llena de aire la cabeza.

—Y qué sabeis de ella?

—Que estuvo con vuestro marido mas de dos horas sentada en la misma mesa en el jardin.

—Imposible!

—Y él estaba muy parlanchin y aparentaba complacerle mucho la compañía de esta coqueta.

—Oh! qué horribles calumnias!... eso es increible! murmuró M.me Pottewal con voz ronca; ¿pero estaba sola con él?

—Tambien estaba el marido; pero entretenido en oir la música no hacia caso de su animada conversacion.

—Sois una mala lengua, M.me Kwas; replicó Teresa con cólera; ¿qué tiene de particular que mi marido hable con M.me Dools si ellos se encuentran por casualidad?

—Mala lengua!... repitió la vieja; pues hé dicho la verdad; y si esto fuera tan sencillo como vos decís, ¿porqué Pottewal os lo oculta?

—Pero por amor de Dios!... qué quereis decir? Sospechais acaso?...

—Yo no creo ni dejo de creer; ese es negocio vuestro; averiguadlo, yo cumplí mi deber advirtiéndoos el peligro... Ea!... adios; la venta va á comenzar y tengo prisa.

Diciendo esto se alejó dejando á su compañera en medio del paseo, pálida, con los ojos fijos en tierra, extremeciéndose interiormente y temblando de cólera al calcular las maliciosas palabras que acababa de oir.

Su buen sentido la decia que todo era una calumnia dicha de mala manera para hacerla sufrir; creia muy natural que su marido hablase con los conocidos cuando los encontraba y sobre este punto quedaba tranquila; pero su carácter intransigente y agrio, encontraba tambien motivos de enojo en las revelaciones de M.me Kwas. Su marido habia estado sentado en público con Ernesto Decock y conversó familiarmente con él. Y además habia hecho sin duda una apuesta estúpida, y perdido una cena para diez personas. Quizá Ernesto fué uno de los convidados, y quién sabe si hablarian de su suerte respectiva, de la felicidad que disfrutaban en sus casas! Acaso Pottewal se habria quejado á Ernesto. Luego pasó toda la noche en Wauxhall muy divertido... ¡y todo esto se lo habia ocultado!

Volvió sobre sus pasos y tomó tristemente el camino de su casa; sus ojos brillaban apareciendo en sus labios una sonrisa amarga, y murmurando entre dientes palabras duras.

Delante de la puerta de su casa estaba la criada ocupada en sacudir una alfombra.

M.me Pottewal se la arrancó con violencia de las manos y arrojándola en el vestíbulo exclamó:

—Entrad pronto!... y entró gruñendo en la casa. ¿Qué significa esto? porqué sacudís las alfombras en la calle?... no he visto torpeza igual!...

—Pero señora; me habeis prohibido sacudirlas en el jardin!... balbuceó la criada con asombro. ¿Dónde, pues, debo sacudir el polvo? creo que no he de hacerlo en las habitaciones.

—Callad, insolente; y obedeced sin replicar, de lo contrario saldreis de mi casa.

—Yo pregunto, señora, lo que debo hacer...

—Ea! á la cocina y dejadme en paz!... vuestras habladurías me atacan á los nervios!...

Abrió la puerta de una sala, arrojó sobre una mesa su chal y su sombrero y comenzó á pasearse de un lado á otro del aposento, poseida de una cólera febril. Ella refunfuñaba en voz baja, extendia los puños y parecia reñir con alguno.

En fin salió de la sala y atravesó un corredor. Allí tres perros de caza dormian cada uno en su cama: dió un violento puntapié al que estaba mas cerca y exclamó:

—Andad, perezosos!... tragones!... decídselo á vuestro amo; esto no durará mucho tiempo así!...

Entró en un almacen donde dos viejos obreros estaban ocupados en trasladar un monton de grano. Los lamentos del perro les hicieron volver la cabeza interrumpiendo su tarea.

(*Se continuará.*) FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

UN COLEGIO DE SEÑORITAS EN PROVINCIA.

(CONTINUACION.)

Cuando vió á su hijo inundado de sangre y sin dar ninguna señal de vida, prorumpió en gritos desgarradores:

—Muerto! exclamó, muerto, asesinado! Y vos, añadió en el colmo del dolor y dirigiéndose al teniente, vos le habeis dejado matar sin defenderle! Era esa la amistad de que tanto se hablaba!

—Señora, interrumpió el médico, nadie mas que yo ha derramado la sangre de vuestro hijo; él, no se ha batido siquiera. Sin embargo, no trataré de ocultaros la gravedad del caso, y necesito de toda mi experiencia para prevenir, en cuanto me sea posible, los accidentes que puedan sobrevenir. Permitid, pues, que se le conduzca á su habitacion y procurad que no se sienta el mas leve ruido. Su organismo se halla en las presentes circunstancias en un estado de sensibilidad tal, que son necesarios los cuidados mas exeesivos.

—Podeis estar tranquilo, doctor, dijo al momento la pobre madre, conteniendo por medio de supremos esfuerzos de voluntad la explosion de su pena, no seré yo quien os estorbe en lo mas mínimo, no seré yo seguramente quien agregue otro peligro á los que amenazan ya la vida de mi querido hijo.

Mientras que se transportaba al jóven á su cuarto, la señora de Courtel trató de informarse del paradero de su marido.

—Viene á pié con el señor Dupont, se apresuró á decir el teniente, porque el carruage no podia conducirnos á todos, y además era un terrible espectáculo para un padre; por esta razon, el doctor le ha propuesto que me dejase venir en su lugar con el objeto de sostener á mi pobre amigo, entre tanto que se le dispensaban los cuidados que requeria su estado.

La madre de Gaston no preguntó mas y siguió silenciosa el triste cortejo.

Cuando Gaston estuvo acostado en su lecho, el doctor pidió mostaza y lienzo para ponerle unos sinapismos. Los criados, llenos de consternacion, corrian de un lado á otro sin acertar con nada; pero la tierna madre estaba allí y ella lo encontraba todo. Abrió una cómoda, cogió una camisa, la puso en tiras, hizo vendas y se las presentó al médico. Así que trageron la mostaza, ella misma formó los sinapismos, ayudó al doctor á colocarlos, y luego se mantuvo inmóvil al pié de la cama, como la madre de Cristo al pié de la Cruz.

El doctor estaba sentado y tenia entre sus manos la del enfermo. El alma de la madre se habia trasladado á sus ojos, expiaba en la fisonomía del hombre de la ciencia las impresiones que reflejaba y desgraciadamente este exámen no era nada á propósito para tranquilizar su triste corazon, porque el doctor, con las cejas arrugadas y la boca entreabierta, parecia esperar algun síntoma que no acababa de manifestarse. De repente, sus facciones recobraron su estado normal.

—El pulso se arregla, dijo entre dientes.

Transcurrió un minuto en medio del mas religioso silencio, durante el cual, la señora de Courtel, que se pusiera de rodillas, oraba con fervor. El médico cogió al fin la mano de la pobre madre y exclamó sonriéndose y alentándola:

—Esperad!

Y ella, tan fuerte contra el dolor, no pudo soportar la alegría que le causó esta palabra, y llevando convulsivamente su pañuelo á los labios, salió de la habitacion ahogando sus sollozos.

Un cuarto de hora despues llegaba el señor de Courtel sostenido por el señor maestro y por el hermano de Estela, que no le habian abandonado un instante. Estaba pálido como un espectro y apenas podia andar.

—Se ha salvado! le gritó el teniente así que lo vió desde la ventana.

Estas palabras parecieron prestarle nueva vida, y arrancándose de los brazos que lo sostenian, subió corriendo la escalera que conducia al cuarto de su hijo.

VII.

ESTELA.

El señor maestro, despues de haberse asegurado de la mejoría de Gaston, no tuvo otro pensamiento mas que el de ir á participar á Blanca, con todos los detalles, los terribles sucesos de aquella mañana; detalles que sabemos ya con qué ansiedad esperaba la pobre jóven. El excelente hombre no ignoraba el interés que la muchacha tenia por su antiguo discípulo; y, ciego en medio de la sencilla admiracion que le inspiraba la jóven directora del colegio, no llegara á dudar ni un solo momento que la familia de Courtel se consideraria dichosa y honrada con semejante alianza.

Blanca se precipitó á su encuentro seguida de Estela, que no la habia dejado.

—Y bien? preguntó con voz alterada.

—Vive! Vive y vivirá, señorita! Oh! Es un gran corazon el de mi noble Gaston! Si le hubiéseis visto cuando recibió vuestra carta! Qué combate, Dios mio! Qué victoria consiguió sobre sí mismo! Qué hermoso estaba pronunciando las excusas, que le indicaba el teniente, y que habian hecho salir de sus labios únicamente las palabras contenidas en vuestra carta! Y luego, si estuviéseis presente cuando ha caido murmurando: "¡Blanca, una vez que no quieres mi vida, recibe el sacrificio de mi honor!"

—Ha caido! Decís que ha caido! Pero, entonces se batió! exclamó Blanca que no comprendia nada del discurso del viejo.

Este contó al fin cómo el duelo fuera interrumpido, y las consecuencias funestas que pudiera haber tenido para Gaston.

—Mas, estais bien seguro de que se ha salvado? preguntó la jóven.

—¿Me atreveria acaso á presentarme delante de vos, si temiese aun por su vida? ¿No sé por ventura que le amais? contestó el señor Dupont.

—Ah! es cierto. Sí, sí, le amo! exclamó Blanca arrojándose en los brazos del viejo, pero él no lo sabrá jamás!

—Y porqué? repuso el buen hombre, que no comprendia que los obstáculos pudiesen venir de parte de Gaston, si hay algun hombre digno de poseeros, es él.

—Pero yo no tengo nada, y Gaston es rico...

—Vos... no teneis nada! dijo el profesor tan estupefacto que hizo sonreir á las dos nuevas amigas.

En este momento sonaron las dos.

—Las dos! exclamó el señor maestro, y mi leccion de geografía!

Y se dirigió corriendo hácia la clase.

—Un instante, amigo mio, dijo Blanca deteniéndole: habeis almorzado?

—Creo que no, señorita, respondió él, llevando sus manos al estómago como para consultarlo.

—Es decir que estais en ayunas? añadió Blanca llamando á Juana que se presentó en seguida. Traed un caldo pronto al señor maestro, que no ha almorzado todavía, le dijo á esta.

—No ha almorzado! exclamó Juana que se marchó corriendo y volvió lo mismo, trayendo el caldo y una botella de vino sobre una bandeja.

Un cuarto de hora despues, el profesor, algo confortado ya, entraba en la clase para dar su leccion de geografía.

La noche de este mismo dia, se colocó una cama de colegiala en la habitacion de Blanca; para una nueva discípula. Esta colegiala tenia veinte y cinco años y se llamaba Estela de Bois-Robert.

Al cabo de algunos dias la jóven viuda llegara á ser el ídolo de las que nombraba, riéndose, sus compañeras; se mezclaba en sus juegos, tocaba contradanzas con las grandes á cuatro manos, vestia las muñecas de las pequeñas y bailaba en la rueda con todo el mundo. Enriqueta, solamente, la guardaba algun rencor por la afeccion que Blanca demostraba hácia ella; pues la inocente niña tomaba por lo sério la calificacion de colegiala que se le daba en el establecimiento á la interesante viuda. Sin embargo, Estela era tan amable, que la niña no pudo resistir á las caricias de su nueva y crecida compañera. Esta, que adoraba á los niños, concibió muy pronto un tierno cariño por aquella encantadora *miniatura*, como llamaba á Enriqueta, y declaró que habia tomado la determinacion de establecerse en provincia, al lado de su amiga Blanca y de su muñeca, otro nombre que daba á la hermanita de Gaston. Se decidió, pues, que despues del casamiento del hermano de Estela, iria esta á París con objeto de arreglar varios negocios, y volveria luego á instalarse definitivamente en el colegio.

—Pero, le decia su hermano, ¿has renunciado acaso á volverte á casar?

—No pensaba mas que en crearme nuevas afecciones; ahora, poseo una buena y leal amiga; tengo casi una hija y muy pronto me proporcionarás tú tambien una hermana; creo que eso es lo bastante para ocupar mi vida.

—Y si tu amiga se casa?

—Si se casa? Qué me importa! Seré muy dichosa, porque ella no se casará sino con un hombre á quien ame.

—Pero, que harás en ese caso?

—Haré.... lo mismo que ella tal vez.

—Ah! sea enhorabuena. Eso ya es responder algo.

—Entretanto permaneceré en el Colegio y no me vendrá nada mal, pues desde que conozco á Blanca, he comprendido que mi educacion está algo descuidada.

—Querida mia, tú eres quizá la única que piensa así.

—Esa es una galanteria nada estraña en un hermano.

—Es que conozco mas de un juez competente que es de mi mismo parecer.

—Y... quien?

—El señor sustituto, por de pronto.

—Ah! no pronuncies nunca delante de mí el nombre de ese infame!

—El Presidente del tribunal...

—Tiene cincuenta años!

—El teniente de gendarmes.

—Y... quién mas? dijo Estela ruborizándose.

—A fe mia, creo que el jóven teniente es un hombre digno de estimacion por muchos conceptos. Qué piensas tù de él, hermana mia?

—Gaston de Courtel le aprecia muchísimo.

—No se trata de Gaston, sino de tí.

—Dios mio! yo no tengo motivo alguno para pensar de otra manera.

—Pues bien, querida mia, si tu amiga Blanca se casa con Orestes, yo te recomiendo á Pílades.

Aquel á quien el hermano de Estela llamaba Orestes, se encontraba en este momento caminando hácia París. Apenas restablecido de la terrible crísis que hubiera de costarle la vida, se habia presentado una mañana en el gabinete de su padre con la carta de Blanca en la mano.

—Padre mio, habia exclamado enseñándole la carta y sin nombrar á la jóven, no he hecho hasta ahora mas que la mitad de lo que *ella* me prescribe, y vengo á solicitar de vos los medios necesarios para cumplir *su* voluntad en un todo. "Dejad este pueblo, me dijo, hasta que me hayais olvidado." Me ha impuesto la pena de destierro: la sufriré sin murnurar siquiera.

—Es decir que quieres abandonarnos, y tal vez sin pesar? se apresuró á decir el señor de Courtel con tono de reconvencion.

—Sin pesar, padre mio! Oh! No lo creais así seguramente. Pero, soy tan desgraciado en estos sitios donde todo me habla de ella y donde me está prohibido pronunciar su nombre!

—Efectivamente, puede ser que tengas razon. Te daré una carta para el ministro, y pasarás algunos años en las oficinas del ministerio.

—Algunos años! exclamó Gaston suspirando.

—Si quieres seguir la misma carrera que yo preciso es que empieces por desempeñar algun destino en el ministerio de Hacienda.

—Es muy justo, padre mio, pero... si vos quisiérais! Esa jóven aceptaria tal vez la única reparacion que puedo ofrecerle, y entonces... yo no tendria necesidad de desterrarme de aquí, ó bien ella partiria conmigo.

(*Se continuará.*) EMILIO CAULA.

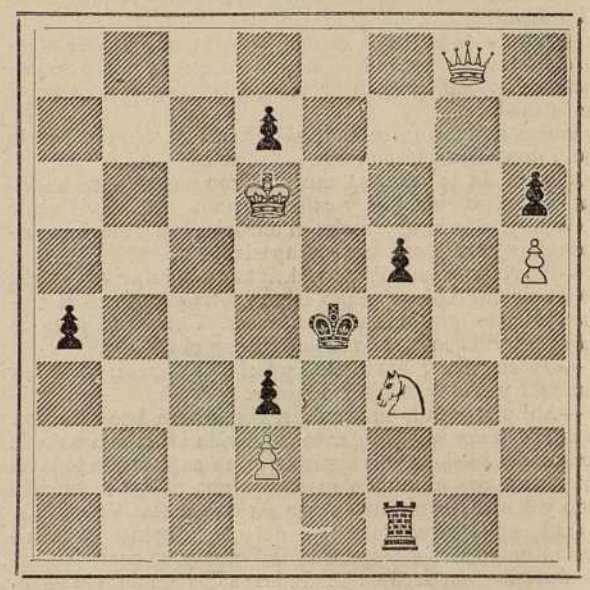
PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 90.

Blancas.	*Negras.*
1.ª T. toma A. jaque.	R. toma T.
2.ª C. 5.ª R.ª jaque.	R. 2.ª R.ª
3.ª R. 3.ª C.R.	P. 3.ª A.R.ª
4.ª T. 8.ª R.ª jaque-mate.	

PROBLENA N.º 91, COMPUESTO POR M. PH. KLETT.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 5 jugadas

Explicacion del figurin iluminado.

N.º 1.º SOMBRERO DE PAJA AMARILLA, orlado de terciopelo encarnado y cascabelillos largos de paja; follage gris; bridas de tafetan blanco.

N.º 2.º SOMBRERO DIADEMA, enteramente guarnecido de violetas de Parma, velillo echado atrás de tul de seda blanco.

N.º 3.º SOMBRERO REDONDO DE PAJA AMARILLA, guarnecido con un fleco de lirios de los valles y una gran rosa encarnada; velo de tul blanco.

N.º 4.º SOMBRERO DE PAJA AMARILLA, con doble diadema de terciopelo negro, guarnecido de bucles de paja: pájaro del paraiso color paja; bridas pequeñas de terciopelo negro cruzadas por debajo de la barba.

N.º 5.º SOMBRERO DE PAJA BLANCA, bordado de cuentas de azabache; rosas color rosa; bridas pequeñas estrechas de cinta blanca.

DIRECTOR, D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ, 1867. — IMPRENTA Y LIT. DE LA REVISTA MÉDICA,
á cargo de D. Federico Joly y Velasco,
Bomba n. 1.

A LOS NUEVOS SUSCRITORES DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

Habiendo reimpreso esta Empresa los números que faltaban para completar algunas colecciones de años anteriores, las ofrece á los mismos en los precios siguientes:

La respectiva	á 1862.	por 140	reales vellon.
,,	á 1863.	por 140	,,
,,	á 1864.	por 160	,,
,,	á 1865.	por 160	,,
,,	á 1866.	por 160	,,

Tomando todas las colecciones se darán en 500 rvn.

En America fijan el precio los Sres. Corresponsales.

En atencion á ser muy pocos los ejemplares que hay disponibles, la venta se hará exclusivamente á los que sean suscritores á La Moda Elegante en la actualidad.

Los pedidos se dirigirán, acompañados de su importe en letras de fácil cobro, á la Administracion de Madrid, plaza del Príncipe D. Alfonso, núm. 8, ó á la de Cádiz, calle de Ahumada, núm. 5.

El Administrador: CELSO MERLO.

AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 28.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin, y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs....Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs....Seis meses, 65...Tres meses, 35...Un mes, 12.

Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs.... Seis meses, 42... Tres meses, 22... Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

PROPIETARIO: **Don Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes...Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Libreria de Don C. Bally-Bailliere, plaza del Principe Alfonso
HABANA, Don Benito Gonzalez Tanago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux
BUENOS AIRES, Don Federico Real y Prado.

Sumario.—Sombreros.—Velo de tul negro con barbas.—Cuello y manguito de frivolité.—Lazo de corbata.— Cama Luis XVI. — Dibujo para cogin.—Dibujos para trencilla.—Cordon trenzado.—Presilla de trencilla.—Corbata de muselina y frivolité.—Medallon para porta-monedas.—Cubierta para silla de jardin.—Adornos de trencilla.—Trage de fulard á listas azules y blancas.—Trage de pelo de cabra maiz.—Trage para niña de 10 años.—Antigüedades gaditanas. -- Un colegio de señoritas en provincia.—El insomnio.— Las ilusiones. — Los vecinos de Darlingen, novela de Enrique Conscience.—El salto del caballo.—El polvo.— Problema de ajedrez.—Explicacion del figurin iluminado.

SOMBREROS.

N.º 1.—Sombrero de tul negro bordado con cuentas negras y orlado con cascabelillos; follage lila de varias tintas; bridas anchas sujetas debajo de la barba por un copete de hojas.

SOMBRERO N.º 1.

N.º 2.—Sombrero *enrejado* de paja amarilla con cascabelillos de paja, espigas y flores mezcladas; bridas pequeñas amarillas, atadas por detrás debajo de la castaña.

Velo de tul negro con barbas.

Este velo se compone de una toquilla ó fichú (véase en la página 220 del presente número), de 28 centímetros de alto en su parte media, es decir, en su mayor largo, y solamente de 8 centímetros de alto en cada extremo; su ancho es de 38 centímetros; cada una de las barbas tiene 55 centímetros de largo, 15 de ancho en su borde inferior, y 8 en su borde superior en el sitio en que ámbas se unen al velo.

Este se hace de tul á lunares ó bordado de cañutillo; se le rodea con un encage bordado del mismo modo, y se orla con cascabelillos; su ancho es de 3 centímetros y medio; el borde superior del velo se guarnece con un entredos de 1 centímetro de ancho, por el que se pasa un muelle de metal forrado de seda negra.

Se atan aquellas por debajo de la barba ó por debajo de la castaña, segun se quiera; puede este velo acomodarse á cualquier forma de sombrero, redondos ó cerrados.

Cuello y manguito de frivolité.

El cuello se compone de una fila de rosáceas de frivolité, forradas con una cinta de color vivo, y pegadas á la camiseta por una tirilla.

El manguito, hecho de lienzo fino puesto doble, se adorna con dos filas de rosáceas, y se pega á una sub-manga.

En nuestros números anteriores se encontrarán abundantes modelos de rosáceas de frivolite.

Lazo de corbata.

Este lazo reemplaza á los objetos de ropa blanca fina, que reducidos á su mas simple expresion, ya casi dejan de verse con los paletots actuales; este lazo (véase en la página 220 de este número) se hace de muselina y guipur de 5 centímetros de ancho. Se corta en muselina un pedazo ovalado, que tenga poco mas ó menos 5 centímetros de alto y 3 de ancho en su parte media; se le cubre con dos filas de guipur; un pedacito de muselina representa la traviesa del lazo. Se fija este sobre el paletot por medio de un alfiler de gancho, de los conocidos con el nombre de *imperdibles*.

MUEBLE.

CAMA LUIS XVI.—El modelo de esta cama, hecho de madera dorada, está guarnecido con una tapicería á dibujos *agrisados*, sobre un fondo de seda verde-manzana. Esta combinacion representa el grado mas elevado de la elegancia del modelo cuyo dibujo publicamos; pero este género admite otros grados, menos ricos sin duda, pero no menos bellos.

Se hacen tambien estas camas de madera pintada de blanco, barnizada, adornada con filetes dorados, ó del mismo color de la tapicería, que tambien puede hacerse de lana.

En fin puede sustituirse la tapicería con una bella persia á dibujos antiguos del estilo Luis XV ó Luis XVI.—No será acaso dificil encontrar en los almacenes de los chamarilleros ó en los desvanes camas muy lindas de la época á que pertenece nuestro modelo; se las puede restaurar y utilizar con mucho menor gasto del que ocasionaria la compra de una cama chapeada de caoba. — A fin de que se pueda ver la tapicería que guarnece el interior de la cama, este se ha dibujado sin todos los colchones que debe tener; por tanto, no hay que tomar este dibujo como modelo de una cama completa, sino considerarlo solamente como reproduccion de un mueble.

SOMBRERO N.º 2.

Los cutís listados de que nos ocuparemos en el próximo número tienen 80 centímetros de ancho; se encuentra en ellos suma variedad. Los hay grises, con listas azules, color de *herrumbre*, ó listas encarnadas; otros son adamascados.

Dibujo para cogin, taburete, etc

Se ejecuta este bordado á punto ruso, á punto de nudillos, al pasado, á punto de cordoncillo, y á punto de armas, sobre paño ó seda, con torzales de seda de un mismo color ó de muchos colores vivos.

Puede tambien servir para bordado sobre lienzo de fardos, y en este caso se ejecutará con lana.

Dibujo para trencilla.

Se ejecutará este dibujo para adornar los trages ó confecciones, ya formando presillas, ya sirviendo de orla, *duplicándolo*, poniéndolo en línea recta en el borde de un trage ó de un zagalejo, y separándolo del dibujo siguiente por un espacio de 2 cents. Al emplear el término de *duplicar* el dibujo, queremos decir que se repetirá en sentido inverso, de modo que se forme una presilla prolongada, y redondeada por ámbos extremos.

Cordon trenzado.

Esta labor puede tener muchas aplicaciones. Hecha de cordon fino de seda un solo color ó de varios, podrá emplearse para guarnecer el borde inferior de los trages, las costuras de los paños, etc., ejecutada con cordon grueso de lana, se harán con él abrazaderas para cortinas y portiers; estas abrazaderas son siempre *dobles*, es decir, que siendo su largo comunmente de 90 cents., se hará para cada abrazadera un metro y 80 cents. de cordon; conviene para las cortinas de persia de lana y para las bordadas sobre lienzo grueso.

Se emplean ocho cabos de cordon, cada uno de ellos, devanado en un ovillo. Para principiar el cordon trenzado se dejan treinta centímetros de largo á cada cabo de cada ovillo; pasado este largo se fija el cordon sobre el ovillo, empleando un alfiler grueso.—Se cosen unos con otros los extremos de las ocho hebras, se las toma entre el pulgar, el índice y el dedo medio de la mano izquierda, de modo que los cordones estén colocados en diferentes direcciones, y con la mano derecha se cruzan dos hebras opuestas. Para continuar esta operacion habrá que seguir un cierto órden, y el trabajo se simplificará sí se pone en cada hebra una targetilla con un número, como lo indica el dibujo. Estas targetillas deben ser movibles, á fin de poder seguir el largo del cordon.

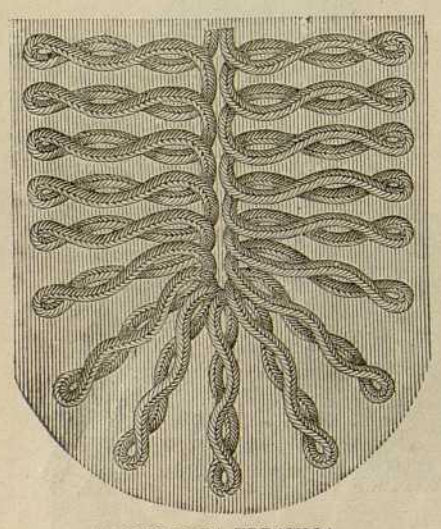
Se cruzan siempre las hebras 1 y 1,—2 y 2,—3 y 3,—4 y 4.—Hay que tener cuidado de que por cada lado de las hebras que se cruzan haya tres hebras.

DIBUJO PARA COGIN, TABURETE, ETC.

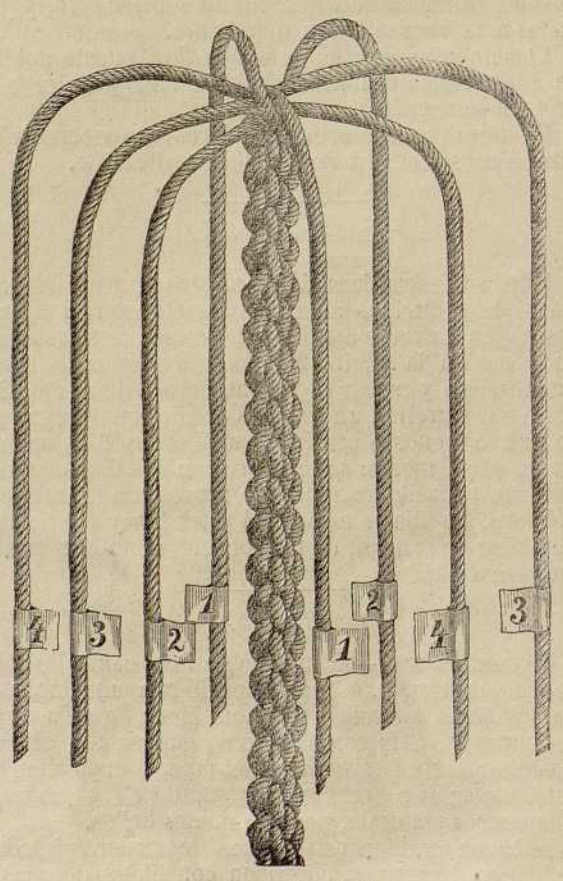
Será mas fácil ejecutar este cordon si se emplea una canastilla, en cuyo fondo se fije su cabo por un peso cualquiera (como por ejemplo una llave), mientras que los cabos que aun no se han cruzado caigan sobre el borde de la canastilla.

Presilla de trencilla.

Se emplea en los mismos casos que el dibujo anterior, y con las mismas combinaciones; se la puede bordar con cañutillos de azabache, como indica el dibujo.



DIBUJO PARA TRENCILLA.



CORDON TRENZADO.

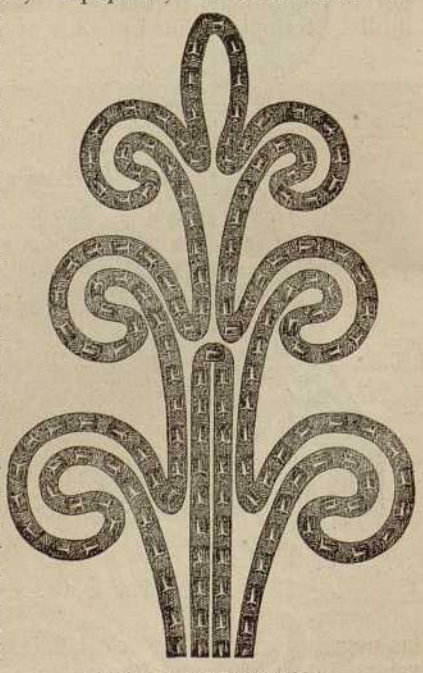
Corbatas de muselina y frivolité.

Cada una de estas corbatas se compone de una tira de muselina blanca, de 90 centímetros de largo por 8 de ancho; en cada uno de sus lados largos se hace un dobladillo.

Los extremos se adornan de *frivolité*, ejecutada con hilo del número 100.

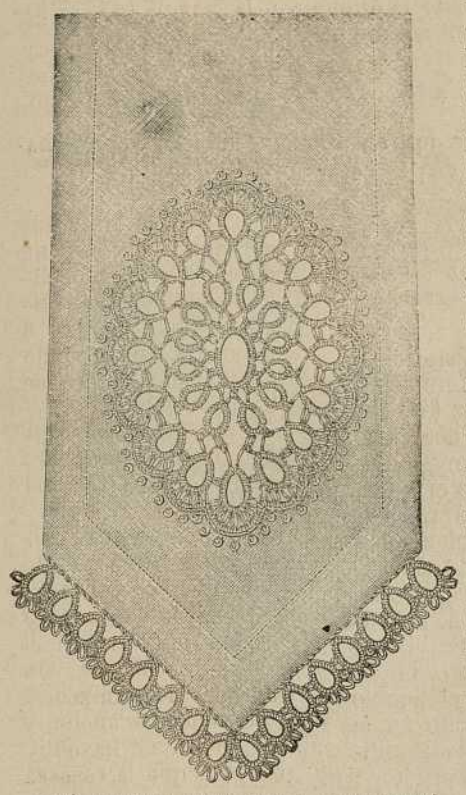
N.º 1.— CORBATA.—Rosácea ovalada, de frivolité, puesta en el extremo de la corbata cortado en triángulo, el cual se guarnece con un falso dobladillo de 1 centímetro de ancho, y un encage de frivolité. Se principia la rosácea por el centro, haciendo un círculo que se compone de un doble nudo,—1 píquillo,—† dos veces seguidas dos dobles nudos separados por un piquillo,—1 piquillo,—3 dobles nudos,—1 piquillo,—dos veces seguidas 4 dobles nudos separados por un piquillo,—1 piquillo †,—3 dobles nudos,—un piquillo. Vuélvase una vez desde † hasta †,—2 dobles nudos.

Se cierra el círculo, y para empezar la 2.ª vuelta se ata la hebra al primer piquillo de la primera vuelta;—* un círculo compuesto de 10 dobles nudos,—1 piquillo,—2 dobles nudos,—un piquillo,—10 dobles nudos. Se ata la hebra al mas próximo piquillo,—un círculo como el anterior, atado al piquillo siguiente,—1 círculo de 9 dobles nudos,—1 piquillo,—9 dobles nudos atados al piquillo siguiente,—2 círculos cada uno de 7 dobles nudos ligados á los piquillos correspondientes,—1 círculo de 8 dobles nudos,—1 piquillo,—8 dobles nudos ligados con el mas próximo piquillo. Vuélvase una vez desde *; fíjese y córtese la hebra.



PRESILLA DE TRENCILLA.

3.ª *vuelta*.—Se ata de nuevo la hebra y se hace: * 1 círculo de 6 dobles nudos,—1 piquillo,—5 dobles nudos,—1 piquillo,—6 veces seguidas 2 dobles nudos separados por un piquillo,—1 piquillo,—5 dobles nudos,—1 piquillo,—6 dobles nudos; se ata la hebra al primer piquillo del 2.º círculo de la 2.ª vuelta, y se hace el círculo siguiente: 5 dobles nudos ligados con el último piquillo del anterior círculo de esta vuelta,—4 dobles nudos,—1 piquillo,—4 veces seguidas 2 dobles nudos separados por un piquillo,—1 piquillo,—4 dobles nudos,—1 piquillo,—5 dobles nudos, todo ello ligado con el mas próximo piquillo del 2.º círculo de la 2.ª vuelta;—otros 6 círculos iguales, entre los cuales la hebra se ata siempre (véase el dibujo) al mas próximo piquillo de un círculo perteneciente á la



N.º 1. CORBATA DE MUSELINA Y FRIVOLITÉ.

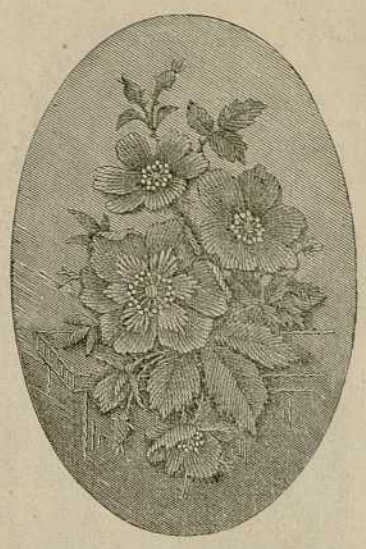
vuelta anterior. Vuélvase una vez desde *, y átese la hebra por la que concluye una vuelta con la hebra por la que principia la vuelta siguiente.—Se fija la roseta sobre la muselina festoneando su contorno, luego se recorta la muselina por debajo, y despues del feston se hace una fila de nudos.

ENCAGE.—Se forma, á una distancia de medio centímetro unos de otros, una fila de círculos compuestos cada uno del modo siguiente: —6 dobles nudos,—1 piquillo; —4 veces seguidas 2 dobles nudos separados por un piquillo,—1 piquillo,—2 dobles nudos,—1 piquillo,—6 dobles nudos; los círculos se ligan entre sí por los piquillos, y el hilo que pasa de unos á otros se cose sobre la corbata.

N.º 2. CORBATA.—Medallon ovalado; se le principia por el centro.—Se compone de 4 vueltas, las dos primeras semejantes á las dos primeras de la rosácea anterior, con la sola diferencia de que en la 2.ª vuelta cada círculo próximo á los grandes círculos de cada extremo se compone de 8 dobles nudos,—1 piquillo,—2 dobles nudos,—1 piquillo,—8 dobles nudos.

3.ª *vuelta*.—*Un círculo de 6 dobles nudos,—1 piquillo,—5 dobles nudos.—1 piquillo,—6 veces seguidas 2 dobles nudos separados por 1 piquillo;—1 piquillo,—5 dobles nudos,—1 piquillo,—6 dobles nudos ligados al mas próximo piquillo del 2.º círculo de la vuelta anterior,—1 círculo compuesto del modo siguiente: 5 dobles nudos ligados al último piquillo del círculo anterior,—4 dobles nudos,—1 piquillo,—2 veces seguidas 2 dobles nudos separados por un piquillo,—1 piquillo,—4 dobles nudos,—1 piquillo,—5 dobles nudos ligados al mas próximo piquillo de la vuelta anterior,—otros 8 círculos iguales, entre los cuales se ata siempre la hebra al piquillo de la vuelta anterior.—Vuélvase una vez desde *; átense juntos los cabos del hilo.

4.ª *vuelta*.—* Se principia de nuevo por un círculo de 9 dobles nudos,—1 piquillo,—4 dobles nudos,—1 piquillo,—6 veces seguidas 2 dobles nudos separados por un piquillo,—1 piquillo,—4 dobles nudos,—1 piquillo.—7 dobles nudos,—átese al mas próximo piquillo del primer círculo de la vuelta anterior; un segundo círculo igual, y en el sitio del primer piquillo, se ata al último del círculo anterior, luego al penúltimo piquillo del último círculo, para hacer otros 10 círculos iguales, entre los cuales se ata siempre al piquillo del medio de un círculo de la vuelta anterior, luego al 2.º piquillo del gran círculo inferior del medallon.—Vuélvase una vez desde *.—Se fija el medallon sobre la muselina con arreglo á las indicaciones dadas para la corbata anterior.



MEDALLON PARA CARTERA, ETC.

Medallon para porta-moneda, cartera, etc.

Se borda este dibujo sobre tafetan, moer ó tafilete, al pasado, á punto de nudillos ó de cordoncillo, con torzal de seda de un solo color, mas claro ó mas oscuro que el fondo.

Cubierta para silla de jardin ó silla de paja.

El asiento y el espaldar de esta silla se cubren con dos grandes discos redondos, sujetos con cordones de lana terminados en borlas. Si esta guarnicion pareciese demasiado costosa se la sustituiria con trenza de lana y se suprimirian las borlas.

Se principia cada disco por el centro, haciendo, con la tinta mas clara, una cadeneta de 16 puntos, en último de los cuales se reune con el primero.

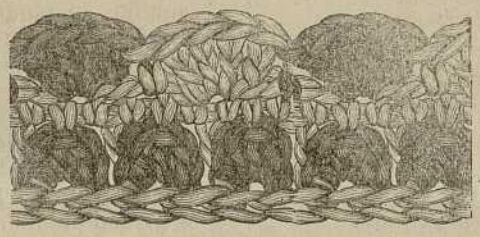
1.ª *vuelta*.—12 puntos sencillos á caballo sobre el círculo.

2.ª *vuelta*.—* 3 puntos en el aire,—1 sencillo en el mas próximo de la vuelta anterior, picando el crochet debajo del punto entero.—Vuélvase once veces desde *; al fin de la vuelta, un punto-cadeneta en el primer punto en el aire de esta vuelta. No repetiremos ya que hay que empezar desde el signo *, puesto que ha de entenderse para todas las vueltas.

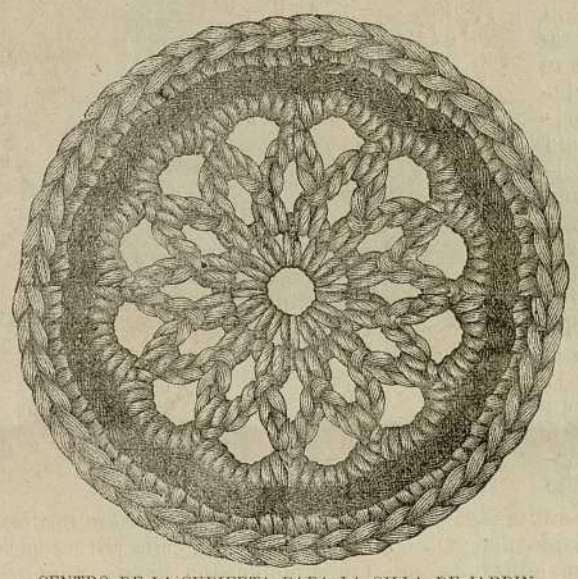
3.ª *vuelta*.—* 4 puntos en el aire,—1 sencillo sobre el mas próximo feston de puntos en el aire; al fin de la vuelta 4 puntos en el aire.

4.ª *vuelta*.—Sobre cada feston de puntos en el aire 4 puntos sencillos.

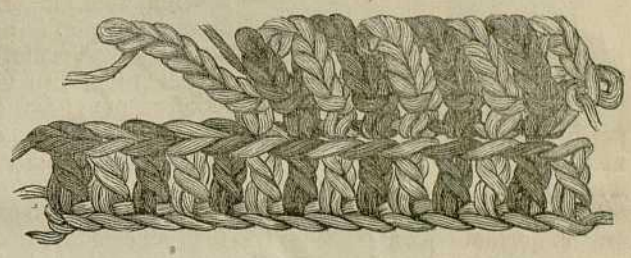
5.ª *vuelta*.—Se toma la lana oscura, y se hacen



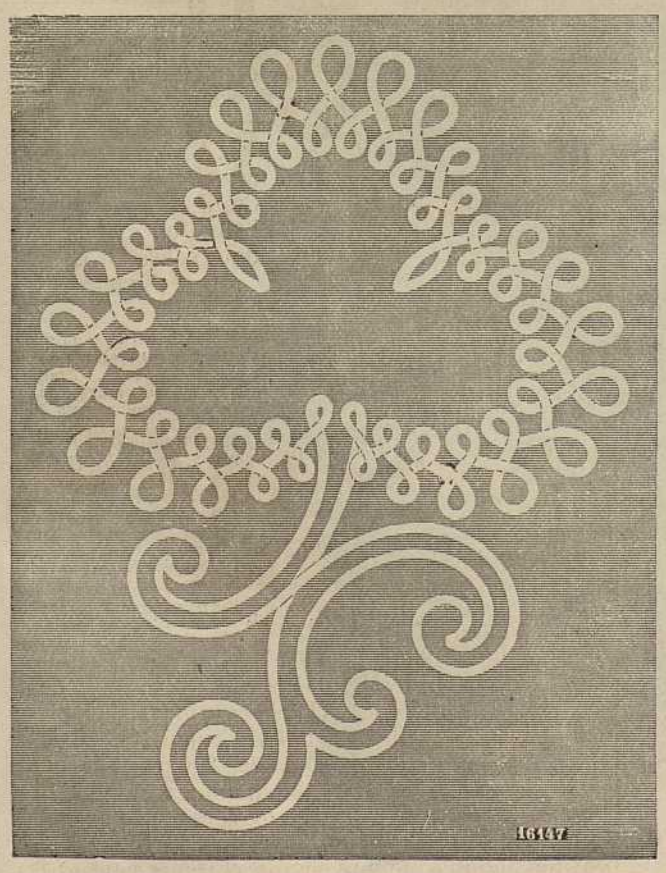
2.ª ORLA PARA CUBIERTA DE SILLA DE JARDIN.



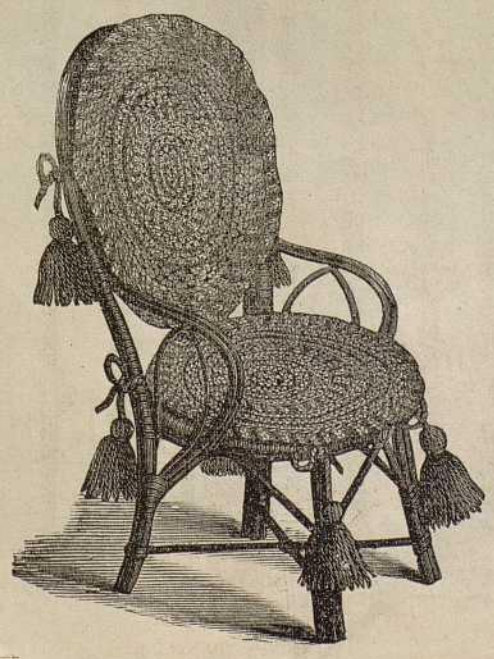
CENTRO DE LA CUBIERTA PARA LA SILLA DE JARDIN.



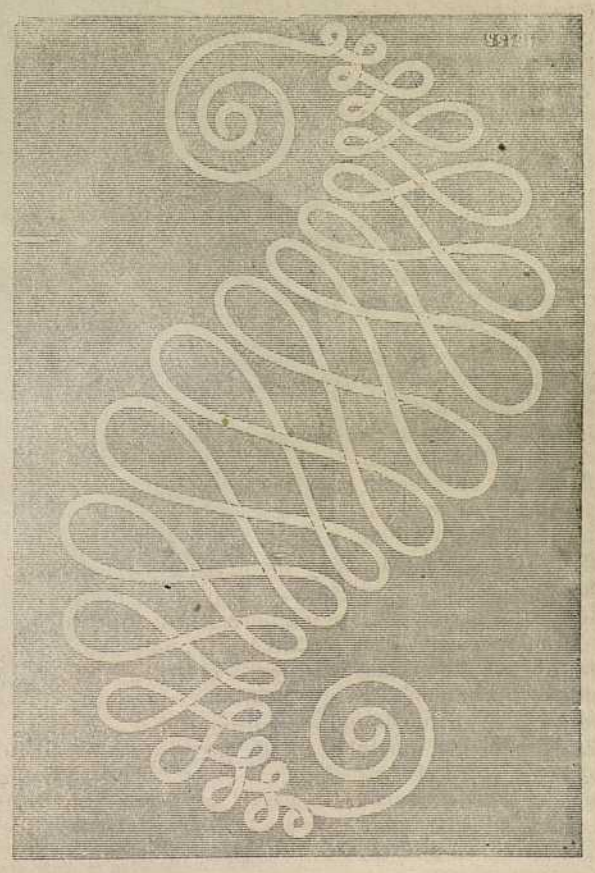
ORLA PARA CUBIERTA DE SILLA DE JARDIN.



DIBUJO DE TRENCILLA.



CUBIERTA PARA SILLA DE JARDIN.



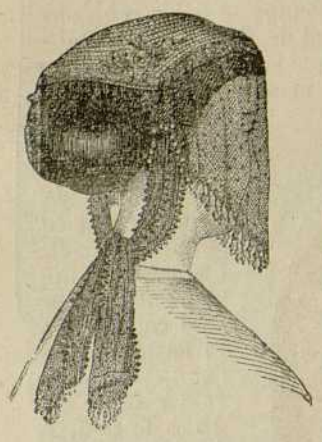
DIBUJO DE TRENCILLA.

puntos sencillos, picando siempre el crochet en el lado de delante de cada punto de la 4.ª vuelta.

La 6.ª *vuelta* se hace con la lana clara, y se compone de puntos sencillos, hecho cada uno en el lado de detrás de cada punto de la 4.ª vuelta. El centro está terminado.

7.ª *vuelta*.—* 2 puntos en el aire, por debajo de los cuales se pasa un punto de la vuelta anterior,—1 sencillo.

8.ª *vuelta*.—* 3 puntos en el aire,—1 sencillo sobre el mas próximo feston.



VELO PUESTO SOBRE EL SOMBRERO.

9.ª *vuelta*.—3 puntos sencillos sobre cada feston.

10.ª *vuelta*.—Como la 5.ª

11.ª *vuelta*.—Como la 6.ª

12.ª, 13.ª, 14.ª, 15.ª y 16.ª *vueltas*. — Como la 7.ª á la 11.ª vueltas.

17.ª á 19.ª *vueltas*.—Como la 7.ª á 9.ª vueltas.

20.ª *vuelta*. — Alternativamente una brida con la lana clara y otra con la lana oscura, cada brida debe terminarse con la lana que sirve para la brida siguiente; en diferentes puntos se hacen dos bridas en el mismo punto, para que la cubierta quede plana.

21.ª *vuelta*.—En cada punto uno sencillo.

Las 22.ª á 31.ª *vueltas* se componen de dos repeticiones de las 7.ª á 11.ª vueltas.

La 34.ª *vuelta* es igual á la 20.ª Se principia en seguida la orla; esta se compone de festones de puntos en el aire, que se entrecruzan y se hacen alternativamente con dos lanas. Un dibujo especial reproduce esta orla en tamaño natural; allí se ve que se hace, con la lana clara sobre una brida clara de la última vuelta, un punto sencillo,—5 en el aire,—uno sencillo, sobre la brida clara siguiente. Se deja deslizar el buclecillo fuera del crochet; se deja la hebra por el derecho de la labor; se toma la lana oscura, y sobre la brida oscura se hace un punto sencillo,—5 en el aire,—1 sencillo; se deja deslizar el buclecillo fuera del crochet, y se repite siempre lo que se acaba de hacer.

MANGUITO DE FRIVOLITÉ.

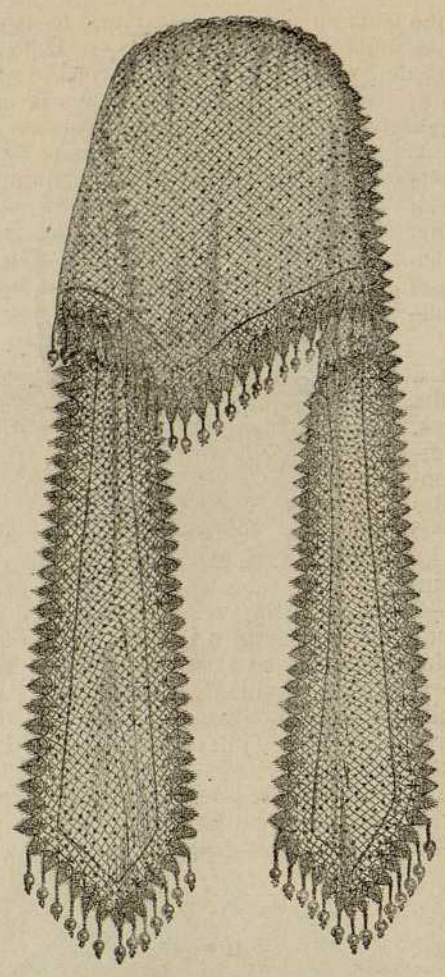
Esta orla puede sustituirse con otra cuyo dibujo tambien publicamos; se compone de 4 vueltas, haciendo la 1.ª sobre la 34 de la orla.

1.ª *vuelta de la 2.ª orla*.—Lana oscura; * un punto sencillo sobre una brida, luego en el siguiente 1 sencillo,—3 bridas,—un punto sencillo. Vuélvase desde *.

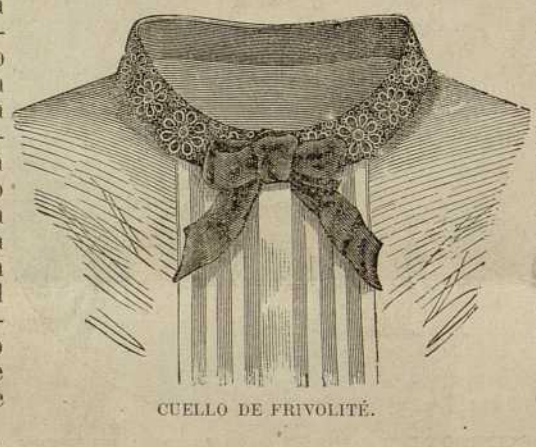
2.ª *vuelta*. — Lana clara; alternativamente una brida picando, por encima de la anterior vuelta, en la mas próxima brida de la última vuelta de la cubierta, y un punto en el aire.

3.ª *vuelta*.— * Tres puntos sencillos sobre cada punto en el aire de la vuelta anterior;— al hacer cada 2.º punto de estos 3, se pica el crochet al mismo tiempo en el lado de encima de la brida del medio de la 1.ª vuelta.

4.ª *vuelta*. — Lana oscura; * un punto sencillo sobre un punto de la vuelta anterior; — se pasa el siguiente y en un solo punto se hacen tres bridas, terminando la última con lana clara; se pasa un punto, y con la lana clara se hace uno sencillo; se pasa un punto; se hacen 3 bridas en el siguiente, terminando la última con la lana oscura; se pasa un punto. Vuélvase desde *.



VELO DE TUL NEGRO.



CUELLO DE FRIVOLITÉ.

Adornos de trencilla.

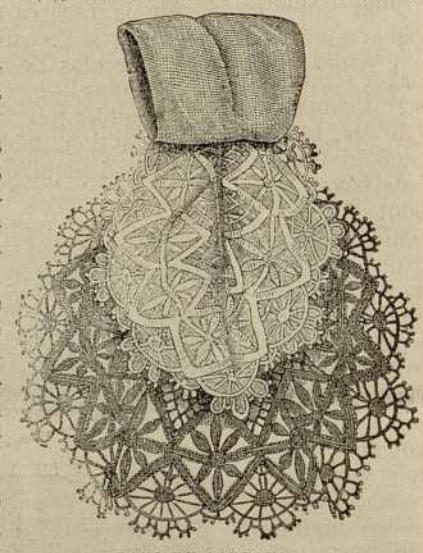
Dibujos aislados de trencilla, para adornar trages, chaquetas, paletots, etc.

ANTIGUEDADES GADITANAS

LAS COLUMNAS DE HÉRCULES.

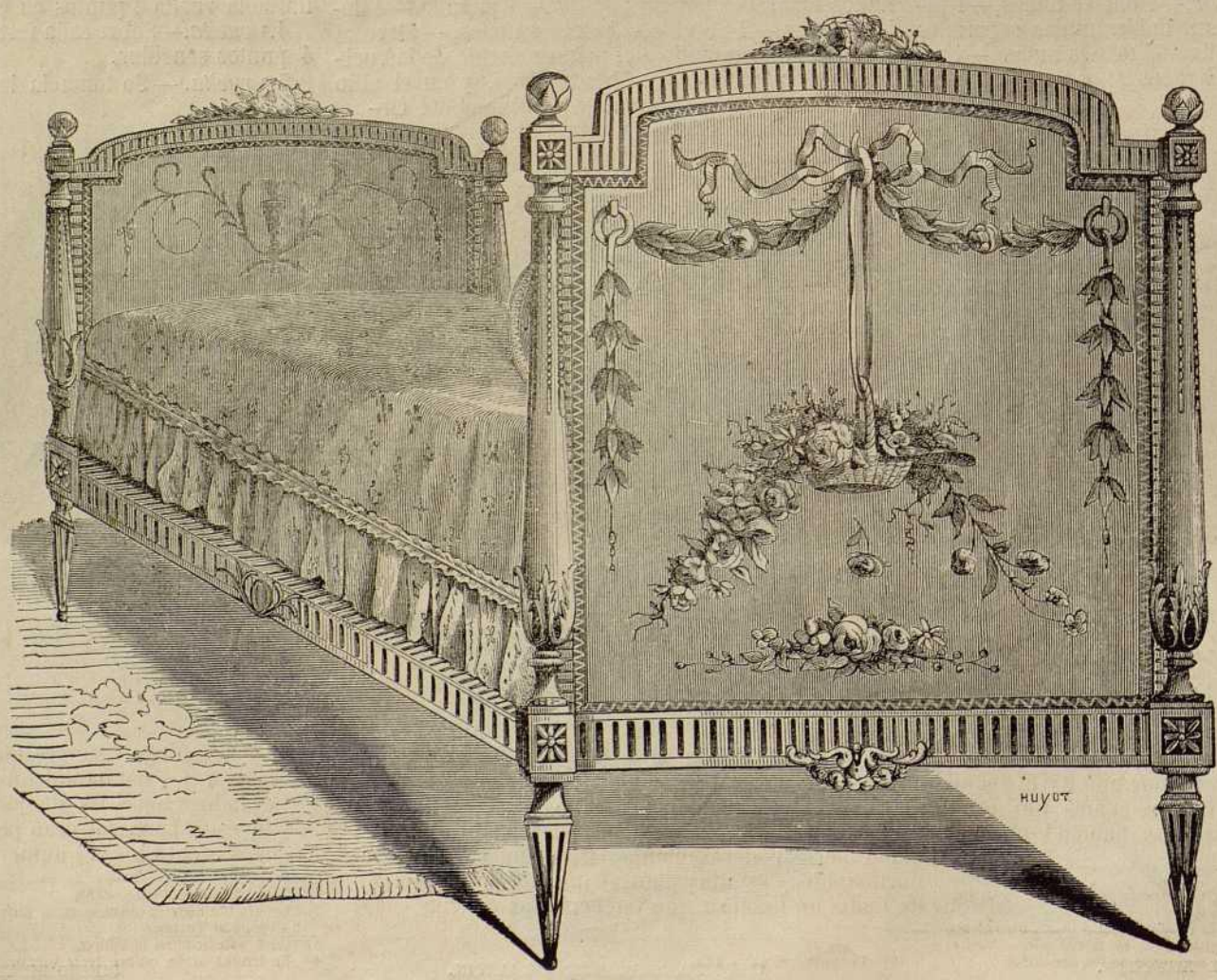
VELO PUESTO SOBRE EL SOMBRERO.

Célebres en la historia son las columnas de Hércules, el fundador de Cádiz (1). Mucho han escrito acerca de ellas los historiadores de esta ciudad y otros eruditos, pero sin acertar á resolver este curioso problema geográfico. La opinion mas general las ha colocado en los dos montes Calpe de España y Avila de Africa (2). Un orientalista moderno la ha confundido con el templo de Hércules, situado en la pequeña isla llamada antiguamente *Neradeum* y hoy Santi-Petri (3). Mas afortunadamente en nuestros dias el célebre anobista holandés Mr. Reinhart Dory, en un interesante estudio sobre *los normandos en España* (4), ha ilustrado suficientemente esta antigüedad gaditana con la consulta de los autores árabes y de algunos documentos latinos, no bien apreciados hasta entonces. A las investigaciones y estudios de este distinguido escritor debemos cuanto vamos á decir en este breve artículo, acerca de las columnas de Hércules, esperando merecerá la aprobacion de los eruditos gaditanos.



LAZO DE CORBATA.

»Todo el mundo (escribe Mr. Dory) ha oido hablar de las columnas de Hércules en Cádiz; mas aunque los autores clásicos las mencionan con frecuencia (5) solamente por los autores árabes (6) y por el pseudo Turpin (7) sabemos lo que significa aquella expresion. Los árabes conocian muy bien estas famosas columnas que existieron hasta el año 1145, y han dado acerca de ellas descripciones minuciosas. Eran muchos pilares redondos de piedra dura, que se hallaban en el mar (8) unos sobre otros, te-



CAMA LUIS XVI.

(1) No importa á mi propósito el discutir sobre la existancia de Hércules. Real ó crítico, Hércules representa la colonizacion, cultura y señorío de los Fenicios en las cortes de la Bética.

(2) V. Flores, *España Sagrada*, X, 40.

(3) V. Dory en sus *Recherches sur l'histoire et la litterature de l'Espagne pendant le moyen âge*, I. n. 35 de los apéndices; p. XCII.

(4) Inserto en su mencionada obra, p. 271 y siguiente del tomo II. Véase p. 327 y siguiente y apéndice n. 35.

(5) Véase á Suarez de Salazar en sus *Grandezas y antigüedades de Cádiz*, ps. 149 y 150.

(6) El Cazwini, el Dimixqui é Ybn Yyas citados por Dory en la nota 1 de la p. 329.

(7) Turpini, Historia de vitâ Caröli Magni, cap. 3.

(8) Segun el geógrafo árabe Ybn Yyas las columnas de Hércules estaban *sólidamente construidas en el agua*, y segun el pseudo Turpin, en la playa: *in maris margine*.

niendo cada uno de ellos quince codos de circunferencia y diez de altura, y estaban sujetos entre sí con hierro y plomo. La altura de todo el edificio era de sesenta codos y segun otros de ciento, porque los geógrafos no concuerdan en esto: mas careciendo de puerta, no era posible entrar en él. Encima habia una estátua de bronce de seis codos de altura, que representaba un hombre con larga barba, vestido con un ceñidor y un manto darado que le llegaba hasta media pierna. Con su mano derecha sujetaba contra su pecho la falda del vestido, y en la izquierda, que extendia hácia el Estrecho, tenia una llave. Segun los autores árabes, esta actitud de la mano derecha queria decir:—*vuélvete al punto de donde has venido.*

Con el auxilio de estos datos, suministrados por los autores árabes, explica y corrige el mismo Dory un pasage muy oscuro de Isidoro Pacense, en el capítulo 36 de su cronicon, donde refiere el arribo á España del conquistador Muza.

Corregido este pasage, segun la discreta conjetura de Mr. Dory, se deberá traducir del siguiente modo:

»Mientras que España era desolada por los mencionados invasores (Tharic y sus bereberes), siendo trabajada juntamente por el furor de los enemigos y la guerra civil, Muza en persona marchó contra esta nacion miserable. Pasó por *las columnas de Hércules* (1) cuya estátua tenia el brazo estendido, indicando con el dedo pulgar (2) la entrada del puerto (de Cádiz) y pronosticando con su *llave* la conquista de España ó franqueando sus puertas. Por tal manera penetró en la península para destruir del todo un país ya saqueado y bárbaramente acometido (3).»

Segun el cronista de Cárlos Magno (el pseudo Turpin) y cierto autor arábigo, la estátua no tenia en su mano una llave, sino una clava ó baston. Pero este testimonio no se opone en rigor al del Pacense y al de varios escritores arábigos que mencionan, no baston sino llave. Segun el célebre cosmógrafo Cazwini, en el año 400 de la hegira, 1009 ó 1010 de nuestra era, habiéndose caido la llave que tenia en su mano la estátua, fué llevada al señor de Ceuta, y como fué pesada, se halló que su peso era de tres libras. La llave no volvió ya á su antiguo sitio, siendo reemplazada por una pequeña clava ó baston. Esta fué la causa de la aparente contradiccion que se nota en los autores y que se desvanece teniendo en cuenta la distinta época en que escribieron (1).

Cuando los normandos cayeron sobre las costas de España, en el siglo IX, devastando el litoral andaluz, repararon con admiracion en el antiquísimo monumento de que hablamos, y por lo mismo dieron á la bahía de Cádiz el nombre de *Karlsar*, que quiere decir *las aguas delhombre grande.* »Este hombre de 9 piés (dice Mr. Dory) puesto encima de las columnas de Hércules, esta estátua verdaderamente colosal, debió herir poderosamente la imaginacion de los normandos, y es muy natural que diesen á la bahía de Cádiz un nombre que tan perfectamente la cuadraba entonces."

Las columnas de Hércules existian en 1133, siendo conocidas con el nombre de *la Torre de Cádiz*. En dicho año, segun cuenta un antiguo cronista, penetró hasta aquel apartado confin de la Península el Emperador D. Alfonso VII, despues de asolar gran parte del Andalucía (1). Pero doce años despues, en 1135 fueron destruidas por el almirante Ali ben Isa ben Maimun, que por este tiempo se habia rebelado en Cádiz. Teniendo necesidad de dinero y habiendo oido decir á los gaditanos que la estátua era de oro puro, (2) mandó derribarla; mas resultó que era de bronce y cubierta con una lámina de oro el cual, sin embargo, se estimó en doce mil dinares (3). Un geógrafo árabe cuenta este suceso con alguna variedad diciendo:

"La isla de Cádiz es de la jurisdiccion de Sevilla, y en ella habia una estátua que tenia en su mano una llave. Mas luego que se rebeló en Cádiz el almirante Ali ben Isa, sobrino del alcaide Abu Abdallah ben Maimun sospechó que debajo de la estátua habia dinero; pero habiéndola derribado, no halló cosa alguna."

La destruccion de este monumento, aunque sensible bajo el concepto arqueológico, fué útil, por otra parte, para acabar con los piratas normandos, que por espacio de tres siglos no habian cesado de infestar aquellas costas, guiándose para su arribo de la colosal estátua que avistaban desde lejos. Un geógrafo arábigo español que vivia á mediados del siglo XII, dice así:

»Veíanse antiguamente en el océano grandes navíos, á quienes los andaluces daban el nombre de *Corcur*, y que tenian una vela cuadrada á la proa y otra á la popa. Estos navíos llevaban hombres de una nacion conocida por *Magus* (4), hombre fuertes, atrevidos y muy diestros en la navegacion. Cuando desembarcaban en la costa, lo metian toda á fuego y sangre, por lo cual, apenas se aproximaban, los habitantes huian hácia las montañas, llevándose todas las alhajas de valor. Las invasiones de estos bárbaros eran periódicas, acaeciendo cada seis ó siete años. El número de sus naves nun-

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Trage de fulard á listas azules y blancas.—Corpiño montante de muselina con entredoses de encage. Coselete de tafetan azul, con faldetas recortadas, y presillas formando hombreras, todo ello con flecos de cuentas blancas.

Trage de pelo de cabra maiz.—Corpiño montante de muselina blanca; coselete de tafetan negro.

Niña de 10 años.—Trage de linó gris, adornado por abajo con rulós de tafetan cereza, formando greca. Coselete de tafetan cereza, con bandas atadas por detrás. Cascabelillos de pasamanería cereza.

(1) Aquí suprime Dory las palabras *Gaditanum fretum*, que en su juicio son una glosa.
(2) Por dedo pulgar traduce Dory la palabra *tomi* ó *tumi*, que ofrece una variante del texto de Isidoro Pacense. Esta es la voz gótica *thume*.
(3) Dory, obra citada, p. LXXXIX y siguiente de los apéndices.

(1) Dory, ib. p. XC y XCI.

(1) *Cron. Adefonsi Imper*, c. 88.
(2) Tal era tambien la opinion de la Europa cristiana, como se puede ver en el pseudo Turpin.
(3) Unos veinticuatro mil duros.
(4) En lengua árabe quiere decir paganos (Magos).

ca bajaba de cuarenta (1) y á veces llegaba hasta ciento. Estos piratas devoraban cuantas personas hallaban en el mar. Conocian la torre de que hemos hablado (la torre de Cádiz ó Columnas de Hércules), y navegando en la direccion señalada por la estátua, lograban entrar en todo tiempo por el Mediterráneo y asolar las costas del Andalucía, así como tambien las islas adyacentes, llegando algunas veces hasta las mismas playas de la Siria. Pero habiendo sido destruida la estátua por órden de Ali ben Maimun, como anteriormente digimos, no se volvió á oir cosa alguna de estos hombres, ni se volvieron á ver sus *Corcur* en los lugares de costumbre, excepto dos, de los cuales uno se fué á pique en *Marza Almagús* (el Puerto de los Magus) y el otro cerca del Cabo de Trafalgar.» (2)

F. J Simonet.

UN COLEGIO DE SEÑORITAS EN PROVINCIA.

(continuacion.)

—Casarte! Serás capaz de pensar en eso, hijo mio? Tú, apenas tienes veinte y dos años, y ella no posee otra cosa en el mundo mas que sus atractivos, los cuales sabe explotar bien hábilmente; forzoso es convenir en ello.

—Oh! Padre mio, no blasfemeis! interrumpió el jóven palideciendo. Me marcharé; pero que ni una sola palabra se pronuncie aquí que pueda ofender en lo mas mínimo á ese ángel, á quien debeis sin duda la vida de vuestro hijo!

—Tienes razon; he sido injusto; mas es una cosa bien triste para un padre el ver como un amor loco viene á destruir los brillantes proyectos que habia formado respecto del porvenir de su hijo!

—Y en su felicidad, padre mio, no habeis pensado tambien?

—En una edad como la tuya no se comprende en donde está la verdadera dicha; pero dejemos obrar al tiempo. Marcharás en la semana próxima y probablemente encontrarás en la vida parisiense sobrados motivos que te harán olvidar una pasion de niño.

—Dios lo quiera! exclamó el jóven con tristeza.

A la semana siguiente, en efecto, marchaba Gaston á París, encargado de una mision especial para el ministro de Hacienda.

VIII.

EL CRUP.

Hacia ya ocho dias que el hermano de Estela se habia casado. Una mañana, á las cinco, se detuvo á la puerta del colegio una silla de posta. Estela se iba á París. Salia furtivamente y con los ojos húmedos del cuarto de Blanca, cuando al atravesar el dormitorio, caminando en las puntas de los piés, sintió que le tiraban por el vestido. Se volvió y vió á Enriqueta.

—Malvada! dijo la niña reconviniéndola, te ibas sin abrazarme! Vas á París y allí te olvidarás de la pequeña Enriqueta, como ese pícaro Gaston que no me ha escrito una sola vez desde que se ha marchado.

—Yo te escribiré, contestó Estela abrazándola, pero déjame marchar, querido ángel, que el carruage está esperando.

—Espera un poco, insistió Enriqueta, sin soltar el vestido de su amiga; tú le verás sin duda, abrázalo en mi nombre y dile que siempre lo quiero mucho.

—Desempeñaré tu encargo, dijo la jóven sonriendo, y luego volveré á tu lado en seguida. ¿Qué quieres que te traiga de París?

—A Gaston! exclamó vivamente la niña.

—Eso sería un poco difícil; además, si vuelve, ya puede hacerlo muy bien sin necesidad de mi compañía.

—Pues entonces, tráeme una muñeca de Giroux, con sus vestidos en una caja, como la que tiene Eloisa.

—Bien, te lo prometo.

—Vuelve pronto.

—Ya quisiera estar de vuelta.

—De veras?

—Muy de veras.

—Ah! pues vete al instante para venir mas prestito.

Y se arrojó al cuello de la jóven.

—El postillon se impacienta, señora, dijo la doncella de Estela, que entraba en este momento en el dormitorio.

—Adios, adios, hasta la vuelta! exclamó Estela arrancándose de los brazos de la niña, que lloraba.

Y huyó precipitadamente.

Enriqueta se volvia á su cama con el corazon oprimido, cuando oyó un sollozo en la habitacion de Blanca; penetró en seguida en el cuarto y encontró á la jóven con el pañuelo en los ojos.

—Pequeña mamá, le dijo, apoyando su cabecita en la almohada de aquella, tengo mucha pena por la partida de Estela, ¿quieres consolarme un poco?

Blanca por toda respuesta cogió la niña en sus brazos y, subiéndola á la cama, la cubrió de besos y de lágrimas. Muy pronto Enriqueta cesó de llorar y se durmió sobre el seno de su amiga, mientras que esta permanecia con los ojos fijos en el rostro de aquel tierno ángel.

—Cómo se le parece! murmuró suavemente, y sus lágrimas corrieron de nuevo.

. . . . . .

Transcurrieron tres meses. La estancia de Estela en París se prolongaba y sus jóvenes amigas, sin haberla olvidado, habian tomado ya su partido respecto de esta ausencia. Enriqueta hablaba frecuentemente de ella, pero soportaba su falta con paciencia. Blanca únicamente se sentia aislada por completo. Queria á Enriqueta con la ternura de una madre y además, ¿no era aquella niña tan hermosa, tan amante, la hermana de Gaston? Desde la partida de Estela la pobre jóven vivia abstraida en sí misma y siempre asediada por un solo pensamiento. Muy pronto llegó á alterarse su sueño y no dormia mas que una ó dos horas, despues de pasar muchas en devorador insomnio.

Una noche en que el calor era extremado habia salido de su cuarto para buscar un poco de aire. Al pasar silenciosa por el dormitorio, vestida con una larga bata de noche, sintió que una voz extraña la llamaba por su nombre.

—Qué haces ahí, pequeña mamá? decia, te he tomado por un gran fantasma blanco!

—Quién me habla así? exclamó Blanca sorprendida, ¿eres tú, Enriqueta? No conocia tu voz.

—Es que me duele mucho la garganta, contestó Enriqueta.

—Ah! Dios mio! prorumpió Blanca espantada y corriendo junto á la niña, y desde cuándo te duele?

—He despertado ahora mismo, dijo Enriqueta cuya voz se alteraba cada vez mas, te he visto, he querido hablarte, y luego... y luego... socórreme, pequeña mamá, socórreme... yo me ahogo! me ahogo! me aho... y su voz se extinguió con una especie de estertor.

—Es el crup! pensó Blanca, oh! Dios mio! no me arrebateis esta querida niña!

En seguida, sin perder tiempo alguno, la cogió en sus brazos, la colocó sobre su propia cama, cerró la puerta del gabinete y llamó á Juana.

Al cabo de medio minuto, llegaba esta con los piés desnudos y su jubon en la mano.

—Qué es lo qué sucede, señorita? preguntó sin poder casi respirar, cómo me habeis asustado!

—Sanguijuelas! agua caliente! el doctor! gritó Blanca sin responder á la pregunta de Juana.

—Pero, quién ha enfermado? volvió á preguntar la buena muchacha poniéndose el jubon.

—Enriqueta tiene el crup!

—Vírgen santa! exclamó Juana, y desapareció como un relámpago.

Una hora despues; el doctor, que habitaba el otro extremo de la poblacion, llegó á toda prisa. Encontró á la pobre niña medio asfixiada. Su semblante estaba sembrado de manchas color de violeta.

—Doctor, dijo Blanca con las manos juntas; ¿he hecho bien en administrarle el emético, sin esperar por vos?

—Si habeis hecho bien, señorita! Ya lo creo. Si alguna cosa puede salvarla, es eso seguramente. ¿Le habeis dado agua caliente?

—Tres vasos; pero ahora la inocente no puede pasar mas.

—Diablo! exclamó el doctor; es preciso darle algunas fricciones en el epigastrio. Y se puso á frotar vigorosamente con un pedazo de franela el tierno pecho de la niña, que se tiñó de un encarnado subido, mientras que Blanca, con un abanico en la mano, trataba de introducir un poco de aire en sus pulmones. De repente la pobre niña lanzò un grito ronco echándose con violencia hácia adelante.

—El emético obra! gritó el doctor. La habeis salvado, señorita.

—Gracias Dios mio! exclamó Blanca fuera de sí, sabrá que me debe la vida de su hermana!

Enriqueta se habia salvado en efecto. Los esfuerzos producidos por los vómitos consiguieron romper la especie de membrana que la ahogaba, y muy pronto una respiracion regular sucedió al estertor.

—Sería muy conveniente cambiarla de cama, dijo el doctor, y aquí hay precisamente una muy á propósito para el caso, prosiguió señalando el lecho que ocupara Estela. Además, nos hace falta una camisa y si pudiera ser la que tuviera puesta otra persona, mejor.

—Voy á daros la mia, dijo Blanca al instante.

Y entró en su cuarto de *toilette*, de donde volvió á salir muy luego con la camisa en la mano y el semblante cubierto de rubor.

—Sois una jóven encantadora! exclamó el doctor contemplándola con enternecimiento, bella, decidida y dotada de un noble corazon! Oh! Si él fuese hijo mio!

Y compadecido del embarazo que esta conversacion causaba á Blanca no prosiguió y se puso á mudar él mismo á la niña con una destreza que anunciaba mucha práctica en una operacion que comunmente dejan los médicos al cuidado de los enfermeros. Blanca entre tanto preparaba la cama. Cuando estuvo todo arreglado, el doctor levantó á la enferma en sus brazos y la colocó con precaucion en el lecho de Estela.

—Esto ha sido muy bien pensado, dijo la traviesa niña, que volvia á recobrar con la vida su natural malicia. Voy á dormir tambien en el gabinete: el señor doctor lo manda así.

Estas eran las primeras palabras que pronunciaba despues de tres horas, y ellas la retrataban perfectamente.

En este momento sonaban las seis en el reloj del colegio. El primer golpe despertaba invariablemente á la inglesa y el último la hallaba ya en pié.

—*Up! up! up! Children!* (Arriba, niñas!) gritaba midiendo á largos pasos el corredor que separaba las dos hileras de camas que habia á lo largo del dormitorio.

Al llegar al lecho que ocupaba ordinariamente Enriqueta dió un grito de sobresalto viéndolo vacío.

—¡Enriqueta! ¿Dónde está Enriqueta? exclamó con estupor.

En el mismo instante se abrió la puerta del gabinete de Blanca y el doctor, vestido á la ligera como habia venido, apareció en el dintel. Blanca le seguia cubierta con su larga bata de noche y los piés desnudos metidos en unas pantuflas de terciopelo negro.

—Qué quiere decir esto? volvió á exclamar la inglesa en el colmo del espanto, ¡oh! *Schocking! Schocking!*

Y levantando la sobre-cama del lecho de Enriqueta, se metió dentro como una liebre asustada.

—Vieja doncella del diablo! murmuró el doctor entre dientes, no hubiera sido ella seguramente la que me hubiera dado la camisa!

Y haciendo un movimiento de hombros y saludando afectuosamente á Blanca, se fué.

"Enriqueta tiene el crup! Enriqueta tiene el crup!" Estas palabras circularon muy pronto por el dormitorio y sembraron una verdadera consternacion, porque la linda niña tenia el talento de hacerse amar de todo el mundo.

Blanca al volver á entrar en su cuarto, encontró á la enferma dormida. Se sentó á la cabecera de la cama, expiando el momento en que despertase, con objeto de hacerla beber la pocion prescrita por el doctor. Pero la niña estaba tan tranquila y el silencio que reinaba en toda la casa era tan profundo, que la jóven, llena de emociones y de fatiga, inclinó su cabeza sobre la almohada de Enriqueta y se durmió tambien.

Un ligero ruido la despertó al cabo de dos horas. Abrió los ojos y vió á la señora de Courtel y al doctor que la contemplaban con ternura.

—Ah! señorita! exclamó la señora de Courtel estrechándola en sus brazos, cuánto os debo! El doctor me lo ha contado todo. Recibid las gracias y las bendiciones de una madre.

—Nada me debeis, señora, replicó Blanca ruborizándose, si supiéseis cuánto quiero á Enriqueta!

—Y yo! repuso la señora de Courtel, sería necesario saber tambien el cariño que profeso á esa niña, para comprender como os amaré á vos que me la habeis conservado! Cuando pienso en que sin vuestra acertada prevision, sin vuestra animosa iniciativa mi hija estaria quizá muerta!

—Ah! señora, vos no teneis como yo, dijo Blanca con una dulce sonrisa, la responsabilidad de cuarenta pequeñas gargantas amenazadas constantemente por el crup. Pero creedme, si alguna cosa puede aumentar el placer que me ha proporcionado el haber contribuido de algun modo á la salvacion de esa querida niña, es seguramente el testimonio de vuestro reconocimiento.

—Oh! sois un ángel! exclamó la señora de Courtel, abrazándola de nuevo.

En este momento entró Juana en el cuarto con una taza de té en la mano.

—He aquí, dijo el doctor á la madre de Enriqueta, una buena y leal muchacha que tiene derecho á una mencion honorífica por haber venido á buscarme á las tres de la mañana, sin tomarse siquiera tiempo para ponerse los zapatos.

—Digna muchacha en efecto, exclamó la señora de Courtel estrechando la mano de Juana y dejando en ella una moneda de oro.

Aunque esta conversacion se sostenia á media voz, acabó por despertar á Enriqueta sin embargo.

—Ah! Eres tú, mama? dijo con sorpresa. Pero, donde estoy? En la cama de Estela! Oh! si, si, ya me acuerdo, añadió de repente llevando sus dos manos á la garganta, el fantasma! el fantasma blanco! Las sanguijuelas! el doctor! Ay querida mamá, cuanto ha sufrido tu pobre Enriqueta!

—No hables, ángel mio, interrumpió su madre con las lágrimas en los ojos, ya me lo contarás todo mas adelante. Bebe esta saludable tisana y permanece quietecita.

—Pero si ahora no me duele nada, repuso la pequeña, y luego, se está aquí tan bien, continuó mirando á Blanca.

—Si hablas, dijo ésta, te vuelvo á mandar al dormitorio.

—Vamos, ya voy á dormir, añadió la traviesa niña volviéndose hácia la pared y remedando la respiracion de una persona dormida; pero, muy pronto, cogida en su propia red, se durmió realmente.

—Dejémosla, propuso el doctor, esa es la mejor de las tisanas.

Y todos salieron de la habitacion caminando en las puntas de los piés.

Al llegar á la puerta, la señora de Courtel detuvo á Blanca que se disponia á acompañarla.

—Retiraos, querida mia, le dijo volviendo á abrazarla cordialmente, estais muy cansada. A la tarde vendré otra vez á veros con mi marido.

Y salió con el doctor.

—Decidme, señorita, preguntó Juana enseñándole á su ama la moneda de oro que acababa de recibir, esta puedo guardarla, no es verdad?

—Sin duda, amiga mia, respondió Blanca, esa la habeis ganado bien.

—Y vos, señorita, vos sí que vais á tener un gran regalo de los padres de Enriqueta! Toma! Ya lo creo! Os debian encender un cirio!

—Oh! Yo estoy pagada suficientemente, dijo Blanca.

—Eso es bueno! Porque? Porque esa señora os ha abrazado tres veces? Mirad, señorita, yo no soy rica, pero, á fé de muchacha honrada, daria con todo mi corazon esta *amarilla* por abrazaros una vez sola.

—Y bien, mi querida Juana, ese placer os lo quiero

(1) Mr. Dory encuentra exagerado este número.
(2) Dory, *Recherches*, II, 388 y 339.

dar gratis. Tambien os debo yo una recompensa por lo acertadamente que habeis secundado mis esfuerzos.

Y puso al alcance de la gruesa muchacha su pálido y dulce rostro.

Esta aplicó sus lábios sobre él con tanto fervor y respeto, como si besara los piés de Jesucristo el dia de Viernes Santo; y marchó luego conmovida hasta derramar lágrimas.

REMIGIO CAULA.

(Se continuará.)

EL INSOMNIO.

Le conoceis? es mústia su mirada,
De pálido semblante, triste ceño:
Una sierpe en su diestra va enroscada
Para ahuyentar con ella el dulce sueño.

Con cautelosa planta, sin reposo
Agitarse le veis al pié del lecho:
Nada hostil en su porte misterioso,
Y lo mirais no obstante con despecho.

Yo le observé sin cólera y sin miedo,
Osada interrogarle proyectaba,
Mas me impuso silencio con un dedo
Mientras con triste risa me miraba.

Pugnaba por hablarle, mas en vano,
Contemplando su enérgica figura,
Con su siniestra y afilada mano
Replegó su flotante vestidura.

Sacó de entre sus pliegues al momento
Con misterioso afan negra varita,
Tocó mis ojos, y con triste acento
Dijo con lentitud:—Cálla y medita.—

Forzada á obedecer cerré los ojos
Y entonces en confuso torbellino
De mi imaginacion en los antojos
Frente á frente me ví con mi destino.

Paso atrás, el sendero de mi vida
Ora cruzaba en rudo desvarío
Ó al espacio lanzándome atrevida
Buscaba errante el porvenir sombrío.

Paso á paso, vagaba por mi mente
El múltiple Coloso del pasado
Y una gota de hiel bañó mi frente
Al encontrar un *bien,* que fué soñado.

Dejadme! porque el pecho palpitante
Quiere lanzarse en pos de su tesoro!
Y el tiempo ineficaz en su calmante
No es capaz de enjugar mi triste lloro.

. . . . . .

Treguas doy al pesar; cierra su herida
Latente el corazon y se engrandece:
Aún me atrevo á esperar: mísera vida!
Quiero el goze alcanzar y desparece.

Luego de mi letargo salgo ansiosa:
Busco despavorida al visitante,
Allí estaba: su vista luminosa
Fascinó mi pupila delirante.

Rompo el lazo invisible que contiene
Mi firme voluntad, y me incorporo.
—Tirano! murmuré; no te detiene
Mi tácita tortura ni mi lloro?

Aléjate: que el sueño bendecido
Sin tu odiosa presencia me acudiera
Y en sus brazos el pecho dolorido,
Treguas á su penar luego tuviera.

Arrepentíme luego: su apostura
Hizo flotar su místico ropage,
Sonó su voz en nota mal segura,
Sin permitir que su palabra atage.

—"Mísera! tu ansiedad y tu congoja,
Tu estéril suspirar, tu desvarío:
La amarga gota que tus ojos moja
Quieres que calme con el sueño impío?

"Cuando cierra tu párpado el cuitado
En febril impresion tu mente loca,
Cual és tu despertar? qué habrás ganado,
Si el pesar con mas fuerza te sofoca?

Alza la frente, mírame, lamenta
Conmigo tu sufrir, pobre aflijida:
Yo el bálsamo daré con que sustenta
Su frágil existir el alma herida.

Dijo, y mi ser en lánguido desmayo
Busca el apoyo de su mano fria:
Mas de la aurora el nacarado rayo,
Vi consternada que anunciaba el dia.

—Adios! me dijo: que esa luz me aleja;
Queda en buen hora con tu sueño amigo;
Si el pensamiento alguna vez te aqueja,
Aquí me encontrarás, cuenta conmigo.

ANGELA MAZZINI.

LAS ILUSIONES.

Ay! son las ilusiones
lo mismo que las auras.
SELGAS.

A dónde vas tan lijera,
nubecilla nacarada,
cuando el sol apenas nace
tras las enhiestras montañas?
¿Porqué si cruzas del viento
las regiones azuladas
no te detienes un punto
entre los brazos del aura?
Cruzando el espacio sigues,
ya la vista no te alcanza...
¿A dónde vas, nubecilla,
nubecilla nacarada?

Arroyuelo cristalino,
que entre rosales y acacias
te deslizas murmurando
sobre los musgos que bañas,
las flores que en tí se miran
forman graciosas guirnaldas
por cautivar tu corriente
serena, apacible y clara;
pero en vano, que tú sigues
siempre rápido tu marcha...
Arroyuelo cristalino,
A dónde llevas tus aguas?

Brisa que en el broche cándido
de la dulce flor derramas
puras gotas de rocío
cuando apenas nace el alba.
¿Porqué en la arboleda umbría
incierta y trémula vagas,
cuando en las hojas te pierdes
y gimes entre las ramas?
Y cuando el sol en el zénit
sus rayos de fuego lanza,
dónde vas, brisa lijera,
que en vano la flor te llama?

Brisa, arroyo y nubecilla,
sois ilusiones del alma,
que en la aurora de la vida
pasais como nubes rápidas,
hermosas como el arroyo,
aéreas como las auras.
Flores que nacen risueñas
en el vergel de la infancia,
que el primer amor coronan...
y que el desengaño mata.
¿Dónde van las ilusiones,
que no vuelven cuando pasan?

ANTONINO CHOCOMELI CODINA.

LOS VECINOS DE DARLINGEN.

NOVELA DE ENRIQUE CONSCIENCE.

(CONTINUACION.)

—Ah! es de esta manera como vosotros trabajais? Bien se conoce que no teneis á nadie que os vijile, exclamó ella. Lástima de pan que se os da, y que no lo ganais; sino que nos lo robais como unos rateros!...

—Dispensadnos, señora!... dijo el mas viejo de los dos obreros; nosotros hemos trabajado activamente, y nos extraña oirnos llamar rateros...

—Osais replicar!... barbotó ella!.., holgazan, hipócrita... que solo sabeis engañar á mi marido!... á la calle y pronto... sin excusa; y no espereis que Mr. Pottewal os permita volver. Esto ha concluido... buscad otro amo que os dé trabajo. ¿Lo habeis entendido? Salid; ya os lo he dicho.

El viejo jornalero, con la cabeza baja y las lágrimas en los ojos, abrió silenciosamente la puerta del almacen y salió á la calle.

—Y vos, dijo al otro que habia tornado á su trabajo; tened cuidado que si os sorprendo ocioso seguireis el mismo camino.

Teresa volvió á la sala, repitió su impaciente paseo y se dejó caer al fin en una silla. Sus ojos lanzaban rayos y de sus apretados labios se escapaba una sonrisa llena de amarga ironía.

La criada pasó la cabeza por la entreabierta puerta y dijo:

—Señora, ya viene Mr. Pottewal; le he visto al fin de la calle.

—Está bien; quedaos en la cocina!... respondió la dama sin moverse; pero tan pronto como se vió sola se levantó y se dirigió hácia la puerta con mirada amenazadora.

Desde el vestíbulo su marido exclamó con un tono de inmenso júbilo:

—Teresa!... querida Teresa!... traigo buenas nuevas!... y en el momento de pisar el dintel abrió los brazos para abrazar á su mujer.

—Teresa!... añadió; estoy muy contento; y soy feliz con la idea de que vos lo estareis tambien. Hoy he ganado diez mil francos. El júbilo me a...

Interrumpió su frase al ver el rostro de su mujer que revelaba una cólera espantosa.

—Ay! Dios! dijo suspirando tristemente; siempre lo mismo! .. estaré yo condenado á ver siempre en torno de mí malas caras y gestos desagradables?

Cayeron sus brazos y su cabeza se inclinó sobre el pecho. Teresa, cuyos labios temblaban, le miró con una sonrisa llena de amenazas. No dijo palabra y sin embargo parecia contemplar con placer su abatimiento.

Pottewal levantó la cabeza y dijo con acento triste y plañidero:

—Pero, amiga mia, cómo podeis estar siempre tan disgustada? Tened siquiera piedad de mí, porque me causa un profundo pesar vuestro frio recibimiento. He hecho un buen negocio, he ganado diez mil francos y cuando lleno de alegría, con el corazon palpitante, no por el dinero, sino por la idea de agradaros, vengo á traeros tan grata nueva me acogeis así! Yo hubiera querido tener alas para volar á vuestro lado, pues abrigaba la esperanza de veros sonreir satisfecha y apenas pongo el pié en los umbrales de mi casa, cuando vuestro desagradable rostro mata todo el júbilo de mi corazon. Vamos, Teresa... sed un poco mas amable conmigo.

—Hipócrita!... refunfuñó su mujer temblando de cólera; hipócrita que se divierte en francachelas fuera de casa y viene luego haciendo el papel de tímido cordero, osando implorar piedad de la víctima de su bajo egoismo.

—Por respeto á nuestro nombre, Teresa, no hableis así; suplicó Pottewal; la criada podia oirnos.

—Nuestro nombre!... murmuró ella; ojalá no le hubiese conocido nunca y no estaria aquí desolada y aburrida mientras vos bebeís, reis y os divertís con malas compañías. ¿Se pasa muy bien en Bruselas, no es cierto? Se encuentran buenos amigos y mujeres alegres; y sobre todo hay un delicioso champagne!... Es preciso olvidar á la mujer que nos cansa y enoja buscando lejos de ella los placeres; ¿no es esto hombre sin alma?

Pottewal comprendió á estas palabras que su mujer queria reprocharle ciertas cosas que se figuró adivinar. Esto le tranquilizó un poco y se animó con la esperanza de que algunas explicaciones sinceras calmarian la tempestad.

—Vamos, Teresa, hablemos claro; vos teneis algo que os pesa, decídmelo francamente y si yo hice mal, me arrepentiré y os pediré perdon.

—Oh! esto es para tener un ataque de apoplegia! gritó M.me Pottewal que se extremecia realmente de impaciencia en vista de la sangre fria de su marido. Hubiera dado cualquier cosa por verle enfadadado; pero estaba tranquilo, dulce, sumiso.

—Hombre falso!... inícuo!... repuso ella; es bien fácil con esa hipocresía hacer creer toda clase de mentiras á una inocente mujer y reirse luego de su credulidad!...

—Yo quisiera saber, Teresa, de qué me acusais.

—Hace mucho tiempo que no habeis visto á Ernesto Decock?

—Antes de ayer le ví y le hablé.

—Y porqué me lo habeis ocultado?

—Por evitaros ese disgusto, Teresa.

—Embustero!... y es tambien por evitarme disgusto por lo que habeis estado mas de dos horas con él, sentados en la misma mesa, y muy en armonía en la plaza de la Moneda?

—Es bien sencillo; yo me hallaba delante de la puerta del café, cerca de la bolsa hablando con algunos mercaderes de granos, cuando pasó Ernesto por la plaza de la Moneda, me vió y vino á sentarse á mi lado para preguntarme por vuestra salud y la de vuestros padres.

—Y vos sin duda os quejaríais de vuestra mujer lamentando los pesares que os causa?...

—Qué ideas!... Ernesto estuvo apenas cuatro minutos conmigo, y solo me habló de su mujer y de su hijo...

—Y esas gentes tienen ya un hijo?... exclamó Teresa; por eso os hablan, por daros envidia, y vos no lo conoceis; pues bien: yo no quiero que cambieis en público con Ernesto ni una sola palabra, lo entendeis? os lo prohibo. Y guardaos de ir á Schaerbeek.

—Corriente; satisfaré vuestro deseo, Teresa, por mas que me cueste trabajo mostrarme descortés y ridículo: pero estad contenta y seamos amigos.

—Amigos!... repitió con áspero tono y con risa desdeñosa. Ah! Vos creeis que todo está concluido? No; aun teneis otras muchas cosas de que acusaros. ¿No volvereis á cenar en casa Dubos? A cantar á reir y á pasar la noche en francachelas con vuestros amigos de desórdenes, malgastando una centena de francos en una hora? Cruel!... cuando yo me desvelo aprovechando un tiempo precioso para doblar vuestra fortuna, vos no me ayudais y permaneceis ocioso, sin emprender ninguna cosa útil; pasando los dias en diversiones y gastando un dinero que debiérais conservar con mas cuidado; viniendo á decirme con rostro hipócrita que habeis cenado á expensas de un comerciante de Anvers, engañándome cobardemente!... Para esto no os falta valor!...

Pottewal parecia muy afligido. Sacudió penosamente la cabeza y dijo despues de una corta vacilacion:

—Yo hice mal, en efecto, al ocultaros esa cena; pero como os enfadais tan pronto, y tomais una fuerte incomodidad por la menor palabra... callé por temor de disgustaros; y ello en sí no significa nada; yo estaba en la bolsa conversando con un mercader sobre el contenido de un artículo del código de comercio, y dejé escapar estas palabras: "apuesto lo que querais"—"Una cena en casa Dubos, con diez amigos," me respondieron. El código me dejó mal, y perdí; podia yo retirar mi palabra y retroceder delante de todo el mundo? Estas cosas se miran mucho entre comerciantes.

—Ved aquí lo que sois!... apostar cosas que no se saben! os dejais engañar, y se burlan de vuestra inocencia... ¿Y cuánto os ha costado ese real festin y esa lluvia de champagne? No mintais; pues ya veis que lo sé todo.

—Francamente, Teresa; ciento sesenta francos.

—Ciento sesenta francos!... Dios mio!... exclamó ella; ¡comer en un solo dia lo que se gasta en casa durante un mes!...

—Pero yo acabo de ganar tambien en un dia diez mil francos, Teresa. Vamos, olvidad eso que ha pasado ya y no tiene importancia.

—Y qué íbais vos á hacer en Wauxhall, miserable!... preguntó ella con un nuevo acceso de cólera.

—Fuí allí, despues de cenar, á pasearme con mis amigos.

—Y vos llamais pasear á estar sentado dos horas enteras junto á una mujer de mala reputacion?

—Una mujer de mala reputacion!... repitió Pottewal con penoso asombro. ¿M.me Dools tiene mala reputacion? Las gentes mas honradas y mas respetables de todo el...

—Sí, sí; exclamó riendo Teresa; ahora pareceis confundido y os enfadareis, no es eso? Ya he hallado la cuerda sensible. ¡Esto es afrentoso!

—Porqué ha de ser afrentoso?... Yo encontré en Wauxhall á Mr. Dools y le estreché la mano como á un antiguo y buen amigo. ¿Y os sorprende que haya saludado igualmente á su mujer?

—Habeis estado dos horas enteras conversando muy familiarmente, demasiado familiarmente con ella.

—Algunos minutos.

—Dos horas enteras.

—Dos minutos!... M.me Pottewal, dos minutos, y era con su marido con quien yo hablaba. Vuestras indignas sospechas me hacen temblar de indignacion; exclamó el pobre hombre profundamente ofendido.

—Falso egoista!... continuó su mujer. Mientras que yo trabajo y me consumo en una eterna soledad, creyéndoos ocupado en vuestro comercio, vos buscais la alegría en el champagne, y os divertís, cantais, reís, y os olvidais indignamente de la que pasa su vida en la casa sin diversiones ni placeres. Pero esto tendrá su término; vos ireis á Wauxhall, á sentaros cerca de la primera mujer que os sonria, y os divertís con la frívola charla de una coqueta!... Ah! Pottewal!... Pottewal, no me dejes creer lo peor, pues tendreis memoria de mí!....

—Oh! esto no puede soportarse!... ¡esto ya pasa de raya!... Es preciso que tenga término esta vida angustiosa; exclamó Pottewal irritadísimo.

—Sí, estremeceos; dijo Teresa con sarcasmo; enrojeced de cólera porque he puesto el dedo en la llaga; vuestra cólera, señor, es un nuevo y sangriento insulto para mí.

Pottewal cruzó los brazos sobre el pecho y miró fijamente á su mujer con ojos espantados. Estaba propenso á una ira violenta y se preparaba á desahogar su corazon diciendo duras verdades. Con voz sombría exclamó al fin.

—Un ángel perderia su paciencia!... Y qué, señora, ¿será cierto que os hayais propuesto matarme á disgustos? Desde el primer dia de nuestro matrimonio hice todo lo que era posible para agradaros, expié la menor mirada de vuestros ojos para leer un deseo que yo pudiera satisfacer; me sometí á vuestra voluntad como un débil niño con la sola esperanza de ver nacer una sonrisa en el rostro de mi compañera... Pero nada: siempre ese gesto desagradable, siempre palabras amargas!.. Hablad, interrumpidme si quereis; la medida está colmada; yo seguiré así el tiempo que me plazca, ya os lo dige!... ¿No teneis nada de que acusar á mis antiguos amigos? ya los dejé por vuestro gusto; me hicísteis vender mis caballos, en el momento de comprender que empezaba á tomarles el gusto; el alejamiento de mis perros de caza me ha sido ya indicado; esos animales hediondos como los llamais, señora, ellos no pueden quedar en casa porque vuestro marido los ama y se divierte, ¿no es esto? Hay un viejo criado en el almacen, que ha servido á mi padre, á quien yo quiero y por ese solo motivo le colmais de injurias al infeliz!...

—Y acabo de despedirle hace una hora.

—Despedirle!... ¿vos le habeis arrojado de casa? repitió Pottewal con los labios contraidos. ¡Oh! esto lo veremos.

—Si él vuelve á poner el pié en la casa saldré yo para siempre.

—Oh! él no sucumbirá á la miseria mientras yo viva; él ayudó á ganar mi fortuna á mi padre y prometo que no les faltará el pan ni á él ni á sus hijos.

—Será cierto?... Vos le socorrereis? qué inícuo proceder!... rechinó Teresa.

Quizá por la primera vez de su vida Pottewal estaba realmente enfadado; la violenta emocion que sufrió le produjo un efecto espantoso, dando elocuencia á su palabra, y al conservarse dueño de sí mismo, presentaba mas digna y mas severa su autoridad.

—¿Os parece horrible, señora, dijo él, que yo no quiera olvidar los leales servicios de un antiguo criado y no encontrais inícua vuestra conducta para conmigo? ¿No os basta haberme condenado á una vida de perpétua intranquilidad, prohibiéndome todo lo que me agrada; sino que aun enviais expías tras de mí? No parece sino que temeis alguna accion bochornosa!... mas no; vuestro solo objeto es emponzoñar mi vida, no dejarme un instante de reposo en la tierra... Vuestro carácter es incomprensible; os repugnan el afecto, la paz, la amistad, la alegría, y solo estais satisfecha, cuando habeis disgustado á los demás y á vos misma. Esto no puede quedar así; siento enardecerse mi cerebro, y no quiero soportar mas tiempo esta insufrible tiranía. Mis amigos me dicen que adelgazo visiblemente y acabaria por enfermar, por volverme loco quizá!... ah!... no, no; eso no, señora.

M.me Pottewal, durante este expansivo desahogo de su marido, se habia mostrado colérica y violenta dirigiéndole toda clase de apóstrofes; pero él no se dejó interrumpir, hasta que ella para calmarle y reducirle al silencio, le dijo que la criada los podia oir; pero ya este temor no pareció inquietarle mucho y elevaba mas la voz cuando su mujer pretendia alzarla tambien.

Cuando se calló para tomar aliento, se apresuró ella á decir:

—Bárbaro!... hombre sin alma!... en lugar de arrepentiros de vuestra conducta, acusais á vuestra víctima!... Habeis concluido? ¿No teneis mas falsedades que echarme en cara?

—Todavía una palabra, señora; escuchadme, pero tenedlo presente, porque no quiero decirlo mas que una vez. Nosotros nos hemos casado sin amor y sin ninguna inclinacion el uno al otro; en lo que á mí concierne yo hubiera podido amaros y ser felices; pero vos rehusais todo afecto buscando solo discordias y querellas sin fin. Pues, bien: ¿sabeis cuál es el único medio de establecer la tranquilidad? Uno de los dos debe mandar en gefe; reinar completamente sobre su esclavo; el otro debe ceder, someterse, humillarse, pasar por todo. Hé aquí, señora, la fatal ley que impera en el matrimonio cuando se hace imposible el amor; vos la provocais, sea; yo soy el hombre y seré el amo; bueno, amable, indulgente si lo quereis; pero inexorable, y cuidado con que oseis desconocer mi legítima autoridad!

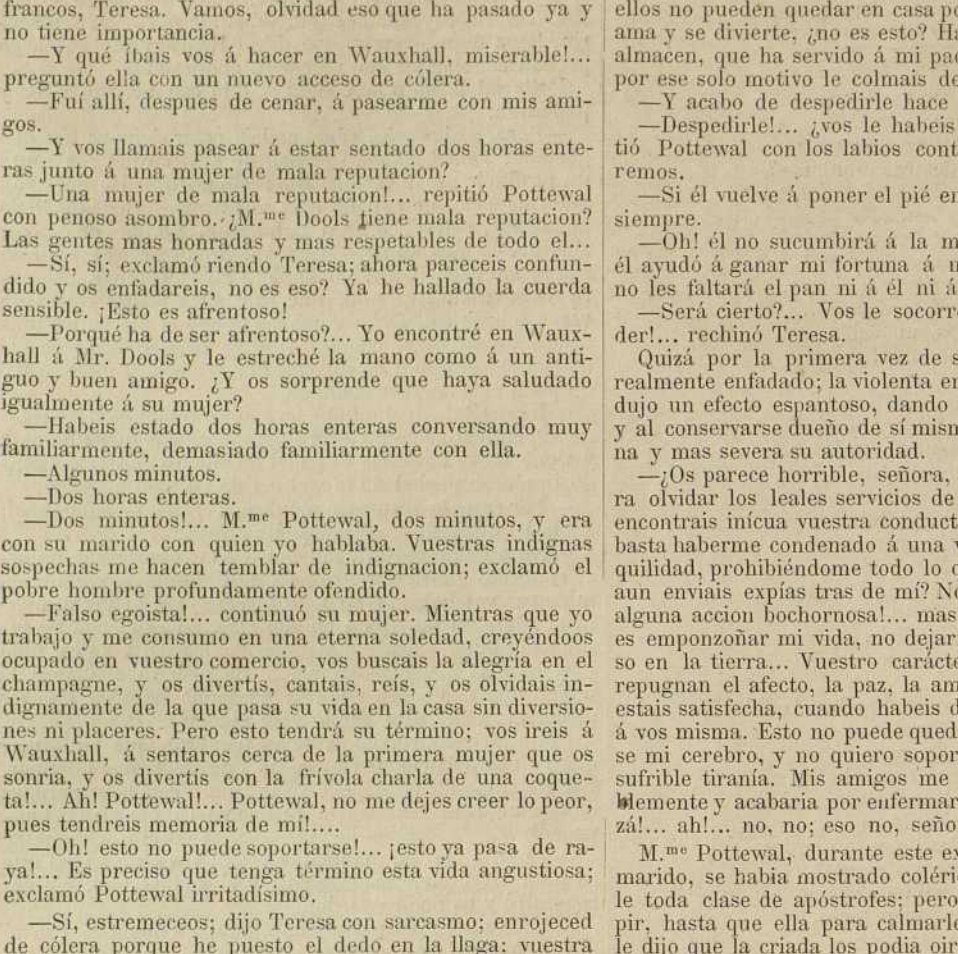
M.me Pottewal estaba pálida de estupor y de cólera; jamás habia visto á su marido expresarse con tan enérgica decision y el temor de encontrale con bastante valor para cumplir su propósito penetró en su corazon.

Las lágrimas contenidas comenzaron á brillar en los ojos de M.me Pottewal y dijo con una voz trémula por la inquietud y el terror:

—¡Ah! ¿vos seriais capaz de martirizarme hasta morir? ¿pondríais el pié sobre mi cabeza rompiéndomela como un frágil vaso? Ah! no, verdugo sin misericordia, no tendreis ese placer. Mañana me iré á casa de mis padres, como una infeliz repudiada, rechazada por su marido. Toda la villa sabrá que sois un infame asesino, y mi padre no dejará sin venganza á su desgraciada hija. Esto es preciso por escandaloso que sea para nuestra familia: pero la ley os quitará todo derecho sobre vuestra mujer... Ah! ya bajais la cabeza?... ¿os espanta la perspectiva de no tener á quien hacer vuestra víctima?

(Se continuará.) FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

EL SALTO DEL CABALLO.



Principia en la casilla que tiene la sílaba **Si** y concluye en la que contiene la sílaba **lo.**

EL POLVO.

APÓLOGO.

Una ráfaga de viento
En el aire levantó
Un leve átomo de polvo,
Que del suelo arrebató.
Al verse tan alto el polvo,
Lleno de orgullo exclamó:
"Ya del suelo sublimado
No me pisarán, ya, no.
A dominar voy la tierra
Desde la altura en que estoy,
Y á mis plantas veré al hombre,
Que orgulloso me pisó:
¡Viva el aire! viva el viento
Que á tanta altura me alzó!"
De repente negras nubes
La luz ocultan del sol:
Y rasgándose á la tierra
Lanzan un chubasco atroz,
Y envuelto en él torna el polvo
Al lodo de que salió.
Revuelta una sociedad,
Alza la revolucion
A un osado, á un ignorante
Y le da poder y honor;
En breve, para escarmiento
Del mundo, decreta Dios
Que en el lodo torne á hundirse
El que un momento brilló!!

EL CONDE DE FABRAQUER.

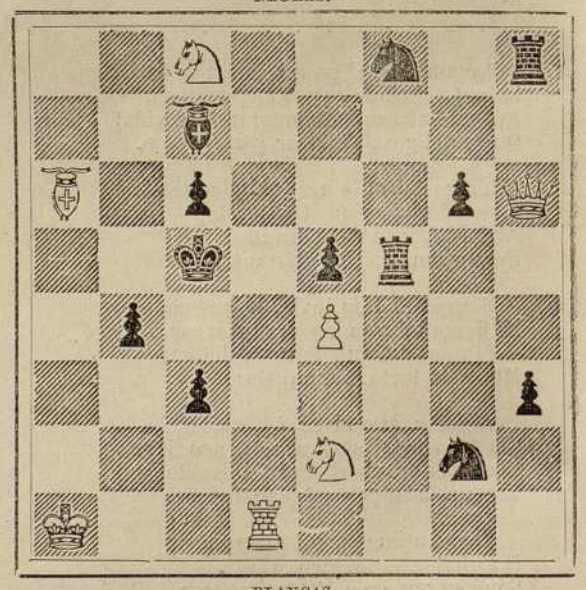
PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 91.

Blancas.	*Negras.*
1.ª C. 5.ª R.	R. 5.ª A.R.
2.ª R.ª 2.ª C.R.	T. 6.ª A.R.
3.ª C. toma T.	R. 5.ª R.
4.ª C. 5.ª R. jaque.	R. juega.
5.ª C. 6.ª C.R. ó R.ª 5.ª R.ª	jaque-mate.

PROBLEMA N.º 92, COMPUESTO POR M. F. HEALEY.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 5 jugadas.

Explicacion del figurin iluminado.

N.º 1. Sombrero de paja guarnecido de rosas y de trenzas de terciopelo negro, sugetas por detrás con una rosa.

N.º 2. Sombrero redondo enrejado, enteramente orlado de follages metálicos con frutos.

N.º 3. Sombrero de bordes redondeados, adornado con una larga rama de rosas cayendo por detrás.

N.º 4. Sombrero de paja orlado con ramas de lirio de los valles.

N.º 5. Sombrero de paja blanca con largo fleco de plumas blancas por detras; en lo alto de la cabeza una gran rosa blanca.

SOMBRERO PARA NIÑA. Este sombrero es de alas vueltas pequeñas adornadas con vellotillas.

SOMBRERO PARA NIÑO. Es de paja negra, guarnecido de cinta encarnada.

DIRECTOR, D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ, 1867. — IMPRENTA Y LIT. DE LA REVISTA MÉDICA, á cargo de D. Federico Joly y Velasco,

AÑO XXVI.

LA MODA ELEGANTE
PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 29.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin, y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs....Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs....Seis meses, 65...Tres meses, 35...Un mes, 12.

Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs.... Seis meses, 42... Tres meses, 22... Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

PROPIETARIO: **Don Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes...Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Libreria de Don C. Bally-Bailliere, plaza del Principe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tanago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux
BUENOS AIRES, Don Federico Real y Prado.

Sumario. — Trage de linós gris. — Trage para jovencita de 11 á 12 años.—Trage de fulard gris claro.— Colcha de cuna.—Tapete para mesa de juego.—Adornos de bordado y punto ruso. — Diversos adornos para cortina, etc.—Velo de butaca.—Economía doméstica. — Explicacion del grabado de modas.— Ecos de Madrid.—Los vecinos de Darlingen.—Un colegio de señoritas en provincia.— En el álbum de A. G.— Explicacion del figurin iluminado.—Problemas de ajedrez. —Solucion al Salto del Caballo.

Explicacion del grabado de modas.

Trage de linos gris, con corpiño montante y cinturon; de este corpiño salen dos bandas de la misma tela, atadas por detrás en un ancho lazo; la guarnicion se compone de galon formando tablero, blanco y negro si se destina á una señorita.

Jovencita de 11 á 12 años. — Trage corto de moer blanco, orlado de cachemira azul, y trencilla del mismo color que la cachemira. Escarapelas de cinta azul. Zagalejo plegado de moer blanco.

Niña de 3 años.—Trage de piqué blanco, con mangas y escotes orlados por una tira de nansouk blanco, festoneada y formando rizados. Cinturon grande de rosa.

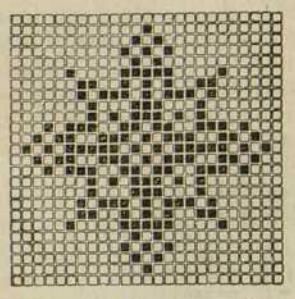
Trage de fulard gris claro. — Coselete y cinturon sultana, de tafetan azul vivo. Este cinturon se ata al lado izquierdo de la enagua.

TRAGE DE LINOS GRIS. JOVENCITA DE 11 Á 12 AÑOS. NIÑA DE 3 AÑOS. TRAGE DE FULARD GRIS CLARO.

Colcha de cuna (punto de aguja y crochet).

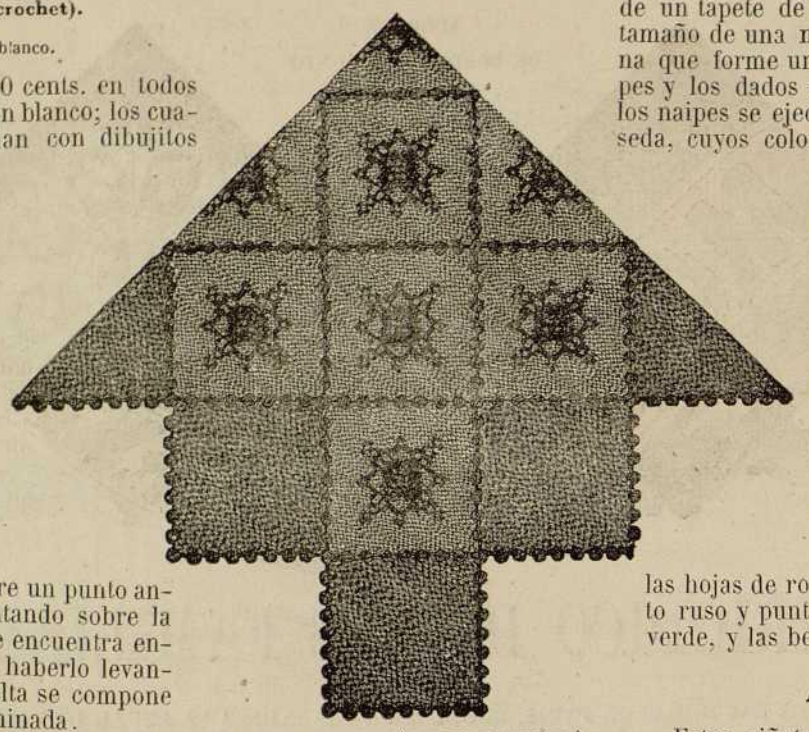
MATERIALES.—Lana encarnada y algodon blanco.

Se compone de cuadros, cada uno de 10 cents. en todos sentidos, hechos de lana encarnada y algodon blanco; los cuadros blancos forman el fondo, y se adornan con dibujitos sueltos, bordados á punto de cruz con lana encarnada; los cuadros encarnados componen la orla. Todos los cuadros se hacen á punto de aguja, y siempre al derecho, de ida y vuelta. Se principia un cuadro armando 3 puntos, sobre los cuales se labran 60 vueltas, creciendo siempre un punto antes del último: este crecido se verifica levantando sobre la aguja el lado horizontal de un punto que se encuentra entre el último y el penúltimo, y despues de haberlo levantado se le hace como un punto. La 60.ª vuelta se compone de 63 puntos; la mitad del cuadro está terminada.



DIBUJO SUELTO DEL BORDADO PARA LA COLCHA.

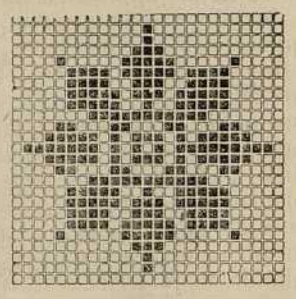
La otra mitad se compone igualmente de 60 vueltas, durante las cuales se mengua en la proporcion observada para crecer, es decir, que se hacen juntos al derecho los dos puntos que preceden al último. Cuando solo quedan 3 puntos, se desmonta. Se reunen los cuadros del modo siguiente: se toma un crochet, se ponen dos cuadros uno sobre otro, y con la lana encarnada, se hacen * dos puntos sencillos en dos puntos pertenecientes á ámbos cuadros. En el punto de orilla siguiente (de los 2 cuadros) se hace un punto sencillo, — 2 bridas, — un punto sencillo. — Se vuelve siempre desde *. El contorno de la colcha se orla del mismo modo.



COLCHA DE CUNA (PUNTO DE AGUJA.)

Tapete para mesa de juego.

Se borda este dibujo en el centro de un tapete de paño ó reps, cortado de modo que tenga el tamaño de una mesa de juego, y orlado por un cordon de lana que forme un pequeño trébol en cada esquina. Los naipes y los dados se recortan de paño blanco, los dibujos de los naipes se ejecutan á punto ruso y punto de nudillos, con seda, cuyos colores se buscan apropiados á los de los naipes comunes. —Una vez bordados estos, se fijan sobre el tapete á *punto atrás*, con seda negra. Los puntos de los dados se bordan al pasado con seda negra, luego se aplican y se rodean á punto de feston con seda blanca. Se bordan en seguida sobre el tapete las hojas de roble y las bellotas á punto de cordoncillo, punto ruso y punto de nudillos; las hojas se hacen con seda verde, y las bellotas con seda color castaño.



DIBUJO SUELTO DEL BORDADO PARA LA COLCHA.

Adornos de bordado y punto ruso.

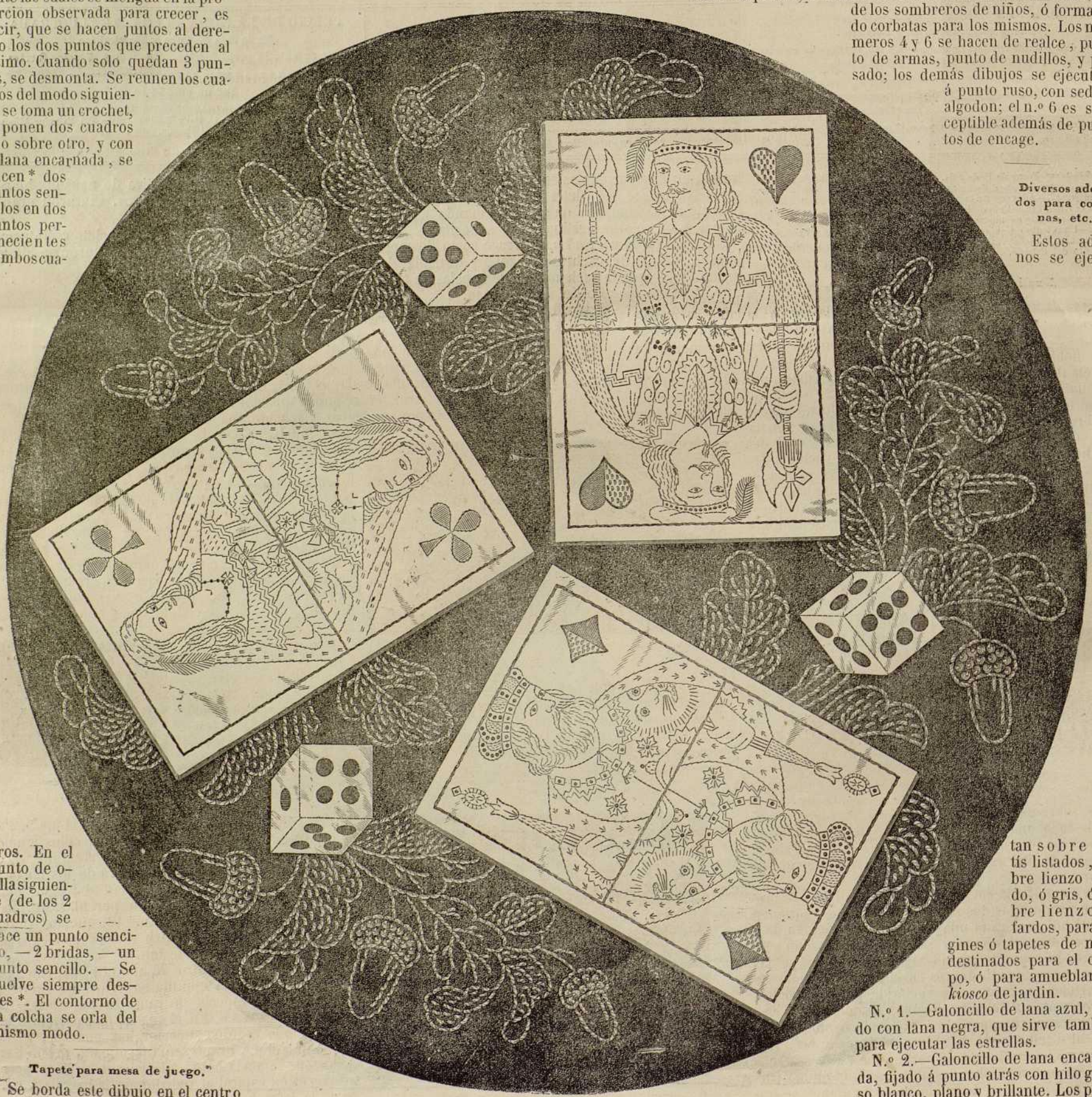
Estas viñetas servirán para varios usos; se las bordará como salpicado, ó bien en el extremo de las cintas flotantes de los sombreros de niños, ó formando corbatas para los mismos. Los números 4 y 6 se hacen de realce, punto de armas, punto de nudillos, y pasado; los demás dibujos se ejecutan á punto ruso, con seda ó algodon; el n.º 6 es susceptible además de puntos de encage.

Diversos adornos para cortinas, etc.

Estos adornos se ejecutan sobre cutís listados, sobre lienzo crudo, ó gris, ó sobre lienzo de fardos, para cogines ó tapetes de mesa destinados para el campo, ó para amueblar un *kiosco* de jardin.

N.º 1.—Galoncillo de lana azul, fijado con lana negra, que sirve tambien para ejecutar las estrellas.

N.º 2.—Galoncillo de lana encarnada, fijado á punto atrás con hilo grueso blanco, plano y brillante. Los pena-



TAPETE PARA MESA DE JUEGO.

chillos se hacen á punto ruso con lana encarnada; se emplea hilo brillante para la costura en cruz que atraviesa el galoncillo de lana; para esta costura se pica la aguja debajo de un penacho, y luego debajo del opuesto, sin coger nunca ni la tela ni el galoncillo.

N.os 3 y 4.—Se ejecutan, si se quiere, sobre cutí á listas, y en este caso las listas reemplazan los galoncillos de lana; se orlan por ámbos lados con dos filas de puntos de feston, una hecha con hilo negro y la otra con hilo blanco; el feston blanco se ejecuta del modo usual. — Para el feston negro, se debe pasar el hilo de abajo arriba á través del punto blanco, para rodearlo (véase el dibujo). Sobre un lienzo liso se sustituirán galoncillos de lana á las listas.

Las listas blancas del n.º 4 se adornan con costuras en cruz ejecutadas con hilo negro brillante. Estos dibujos deben inspeccionarse antes de proceder á su ejecucion.

N.º 1.

N.º 2.

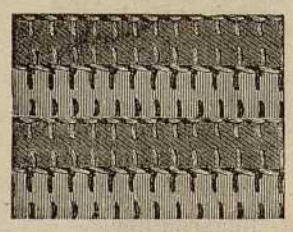
Correa para labores de costura.

CROCHET.

MATERIALES. — Hilo gris ó crudo; cordon color castaño; una hebilla de acero.

N.º 3.

Esta correa es destinada á reemplazar al plomo sobre el que sujetan las labores de costura, y permite por consiguiente trabajar sin el auxilio de una mesa. Su largo es de 70 á 80 cents. Su ancho de 6. Se la hace al crochet sobre cordon color castaño, con hilo gris ó crudo, enteramente de puntos sencillos. En su borde inferior se encuentran dos ojales de presilla, á través de los cuales se pasa el estribo destinado para el pié que ha de tener tensa la correa; la labor se asegura al otro extremo de esta. El estribo se gradúa segun se quiera por medio de una hebilla de acero. Se principia por el estribo, haciendo una cadeneta de 15 puntos, y se trabaja de ida y vuelta, picando siempre el crochet debajo del punto entero. En la 2.ª vuelta principia el salpicado, que se forma haciendo el 8.º punto *sin cordon*, de modo que el cordon se vea por el derecho de la labor; en la 3.ª vuelta se hacen 3 puntos sin cordon, y el del medio debe caer encima del 8.º de la vuelta anterior. La 4.ª vuelta es igual á la 2.ª La 5.ª es lisa, y se hace siempre una lo mismo despues de cada repeticion del salpicado. En la 6.ª vuelta se vuelve á empezar el salpicado *contraponiéndolo* (véase el dibujo); de la 10.ª á la 14.ª vuelta se mengua un punto al principio y al fin de cada una; quedan 3 puntos, sobre los cuales se hacen 38 vueltas *sin salpicado*; este se vuelve á principiar en la 53.ª vuelta, y en las 5 siguientes se crece en la proporcion observada para menguar, hasta que se tengan 15 puntos. Se hacen 36 vueltas, contraponiendo el dibujo, luego se disminuye el ancho del estribo en las 7 vueltas siguientes, que son las últimas. Se toma el hilo (ahora sin cordon), y se hace una cadeneta de 11 puntos para la lengüeta de la hebilla; sobre esta cadeneta se hacen 22 vueltas, y al fin de cada una de las 6 últimas se mengua un punto; se cose esta lengüeta sobre el estribo, próximamente á la altura de la 22.ª vuelta, contando desde el fin.

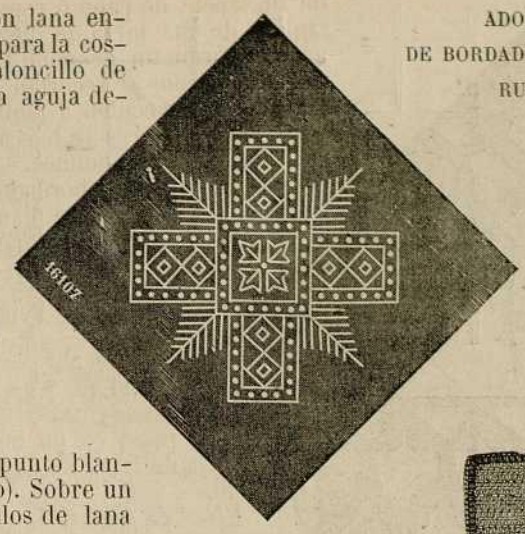


N.º 3.

En cuanto á la correa propiamente dicha, se preparan primero las dos presillas de ojal que contienen el estribo; para cada una se hace una cadeneta de 6 puntos, sobre los cuales se hacen (sin cordon) 20 vueltas; la segunda presilla lleva 21 vueltas; se las reune, haciendo 15 puntos en el aire, partiendo de la vuelta 21.ª, luego una vuelta de puntos sencillos sobre la última de la 1.ª presilla. En adelante se ejecuta la correa con arreglo á las explicaciones dadas para el estribo; se le da el largo necesario; las 14 últimas vueltas se hacen sin cordon para que sea mas fácil clavar en la labor los alfileres. Esta última parte se guarnece al rededor del modo siguiente: se trabaja sobre el cordon y se hace; * un punto sencillo, —1 en el aire, por debajo del cual se pasa un punto.—Vuélvase desde *.

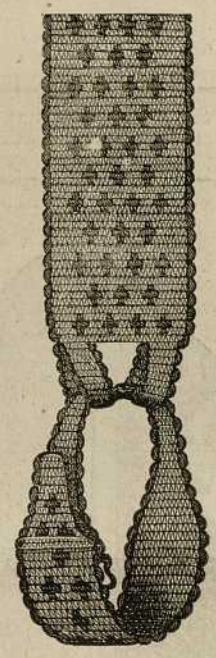
Cuando está terminada la correa, se le cosen los cabos, y por ellos se le pasa el estribo, al que se le pone la hebilla de acero.

ADORNOS DE BORDADOS Y PUNTO RUSO.

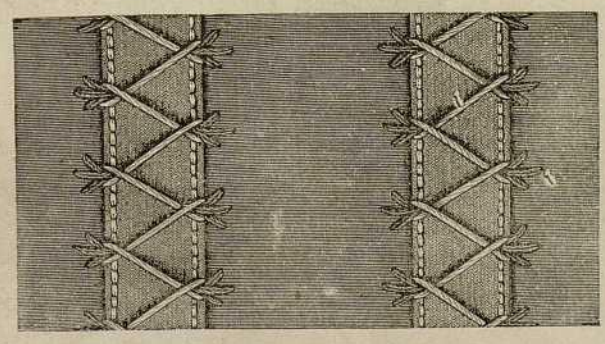


N.º 8.

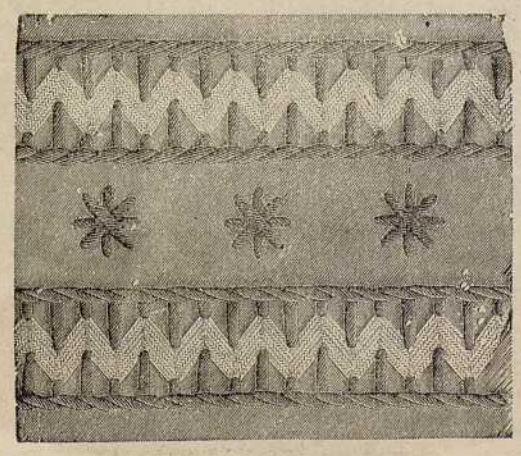
BORDE SUPERIOR DE LA CORREA PARA LA COSTURA.



CORREA PARA LABORES DE COSTURA.



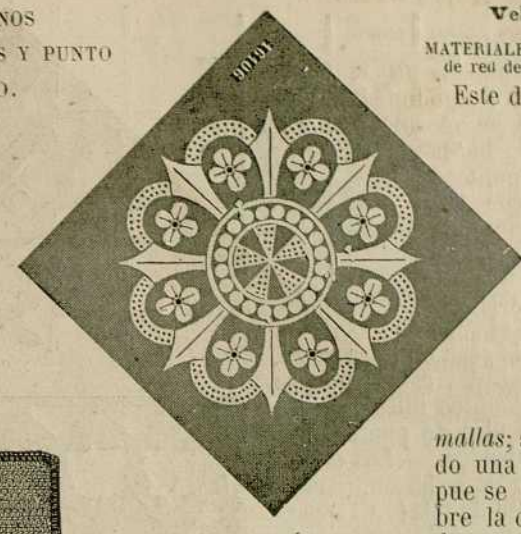
N.º 2.



N.º 1.—DIVERSOS ADORNOS PARA COGINES, TAPETES, ETC.

Velo de butaca (guipur sobre red).

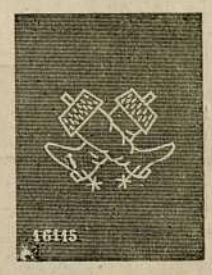
MATERIALES.— Hilo de lino de mediano grueso; un molde de red de un cent. de circunferencia.



N.º 4.

Este dibujo representa uno de los mas bellos velos de butaca que puedan hacerse; tiene 58 cents. en cuadro, y se compone de 9 cuadros de guipur sobre red, hechos aisladamente, reunidos por un entredos al crochet, cuyo dibujo publicamos en la página siguiente. Un encage de guipur sobre red rodea el velo de butaca.

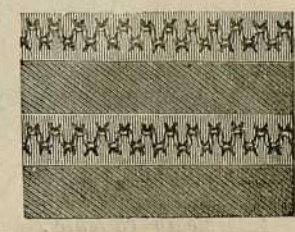
Cada cuadro tiene 16 mallas en todos sentidos; se le principia por una de sus esquinas, haciendo 2 *mallas*; se trabaja de ida y vuelta, creciendo una *malla* al fin de cada vuelta, hasta pue se tenga una vuelta de 17 *mallas*, sobre la cual se haga otra vuelta conservando este número de 17, luego, al fin de cada vuelta de las siguientes se mengua una *malla*; las dos últimas vueltas se toman de modo que no formen sino una *malla*. El encage se compone de una tira de red de 8 *mallas* de ancho; se la principia por 2 *mallas*; se trabaja de ida y vuelta creciendo una *malla* al fin de cada vuelta; cuando se tienen 8 *mallas*, se hace por encima una vuelta con este mismo número, luego se continúa menguando una *malla* al fin de una vuelta, y creciendo otra al fin de la vuelta signiente, y asi alternando, hasta que la tira tenga el largo necesario; entonces se mengua una *malla* al fin de cada vuelta, hasta que queden solamente dos *mallas*, con las que se termina la tira. Cuando está hecho el bordado, se festonea uno de sus lados como indica el dibujo, y se corta la red por fuera del feston. El bordado de cada cuadro, como el del encage, se ejecuta con arreglo al dibujo principal, y con arreglo á los diversos *detalles* que representan cada parte del bordado *terminado* y en ejecucion. Los *detalles* números 1 y 2 representan la ejecucion de una rueda pequeña, que se encuentra en muchos cuadros, y entre otros, en la punta superior del velo de butaca. Se principia esta rueda por su centro, haciendo una cruz al sesgo (véase el n.º 1), se lleva muchas veces la hebra en espiral al rededor del centro, se forma á corta distancia de él un círculo, y al mismo tiempo los buclecillos de feston, luego un nuevo círculo (véase el n.º 2), fijando las hebras debajo del centro. El n.º 3 es una estrella que figura tambien en el cuadro de la punta superior, y el n.º 4 indica su ejecucion. Se ata la hebra á la letra *a*, se la lleva al rdeedor de las dos barretas mas próximas para formar una punta de triángulo, pasando dos veces sobre la barreta perpendicular, y una sobre la barreta principal, hasta que se haya llegado á *b*; se dirige el hilo hácia *c*, luego se rellena la otra esquina del mismo modo. —Se han formado dos ramas ó puntas de la estrella; otro tanto se hace en cada *malla* de la red marcada por una cruz; en el centro se hace una cruz pequeña (véase el n.º 3). Otra estrella que figura en el primer cuadro á la derecha de la esquina superior del velo está representada por el n.º 5. Para esta, se rellenan 4 *mallas* con buclecillos iguales á los del n.º 3, pero se rodea cada barreta dos veces y se rodea muchas veces cada hebra de los buclecillos; las otras 4 *mallas* se rellenan al feston, pero ahora estos buclecillos se hacen por filas, de ida y vuelta, con arreglo al *detalle* n.º 12. que los indica en via de ejecucion. El centro está ocupado por un cuadro de buclecillos de feston.



N.º 6.

N.º 5.

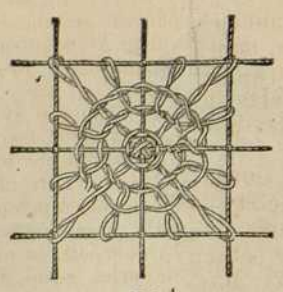
N.º 7.

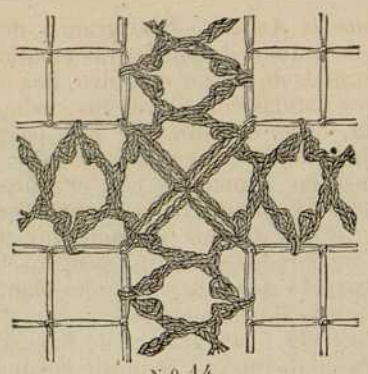


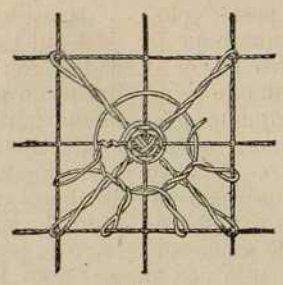
N.º 4.

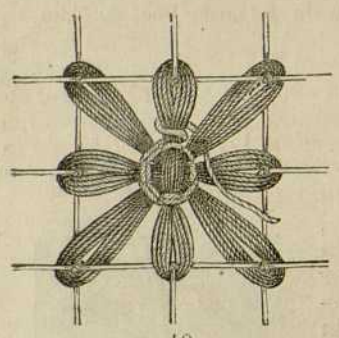
En el medio del cuadro de que nos ocupamos (el de la derecha de la esquina superior del velo), se encuentra una especie de rama hecha á punto de zurcido por el n.º 6. En el cuadro que está á la izquierda de la esquina superior hay una especie de rombo que el n.º 7 representa terminado y el n.º 8 en ejecucion; se ata la hebra á la letra *a*; se la envuelve tres veces en espiral al rededor de la barreta y luego de la letra *b*; se envuelve tambien la hebra que

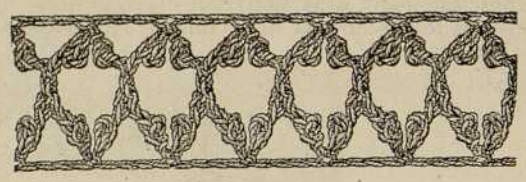
va de una barreta á otra (véase el n.º 8), y se la fija á la letra *a*; para formar una de las ruedas que no son enteras, se ata la hebra de nuevo y se trabaja á punto de zureido. Los números 9 y 10 representan el dibujo principal del encage, que se encuentran tambien en el cuadro del centro; se forma este dibujo con una cruz en línea recta y una cruz al sesgo; se copiará el n.º 9, cuidando de que el lado horizontal de la cruz en línea recta quede debajo. La cruz al sesgo, y el lado perpendicular de la cruz en línea recta, cubren este primer lado horizontal. En este centro se reunen los hilos por dos dos filas de puntos pespunteados. — Los demás detalles se hacen, parte á punto de tela (n.º 11) parte á punto de feston (número 12). Con arreglo á este n.º 12 se ejecutan los pequeños triángulos del cuadro colocado en la esquina inferior del velo. El n.º 13 representa el *punto de esprit* empleado en la mayor parte de los cuadros; se reunen estos por medio del entredos al crochet; en cada esquina de los cuadros se ejecuta, entre los cuatro pedazos de entredos, el dibujo n.º 14, compuesto de puntos en el aire y de puntos sencillos; el entredos se hace, no sobre una cadeneta, sino sobre los puntos sencillos que se ejecutan sobre la orilla de cada cuadro.

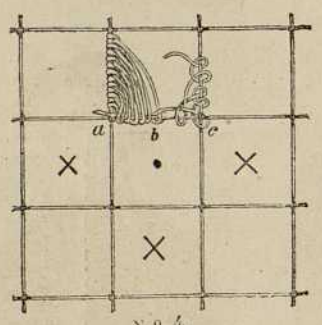

N.º 1.


N.º 14.

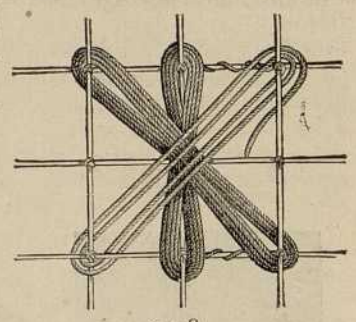

N.º 2.

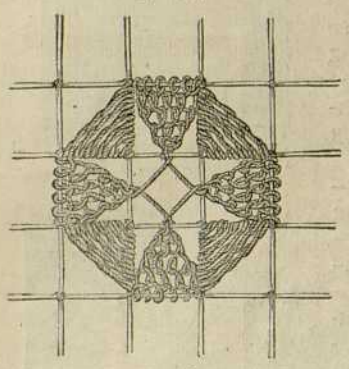

N.º 10.

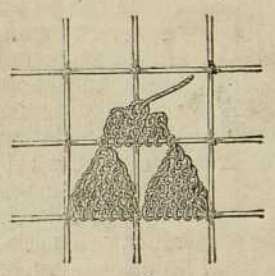

ENTREDOS AL CROCHET.

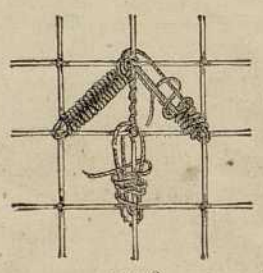


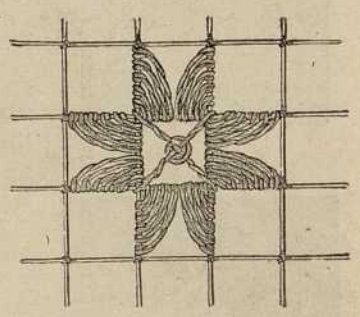
N.º 4.

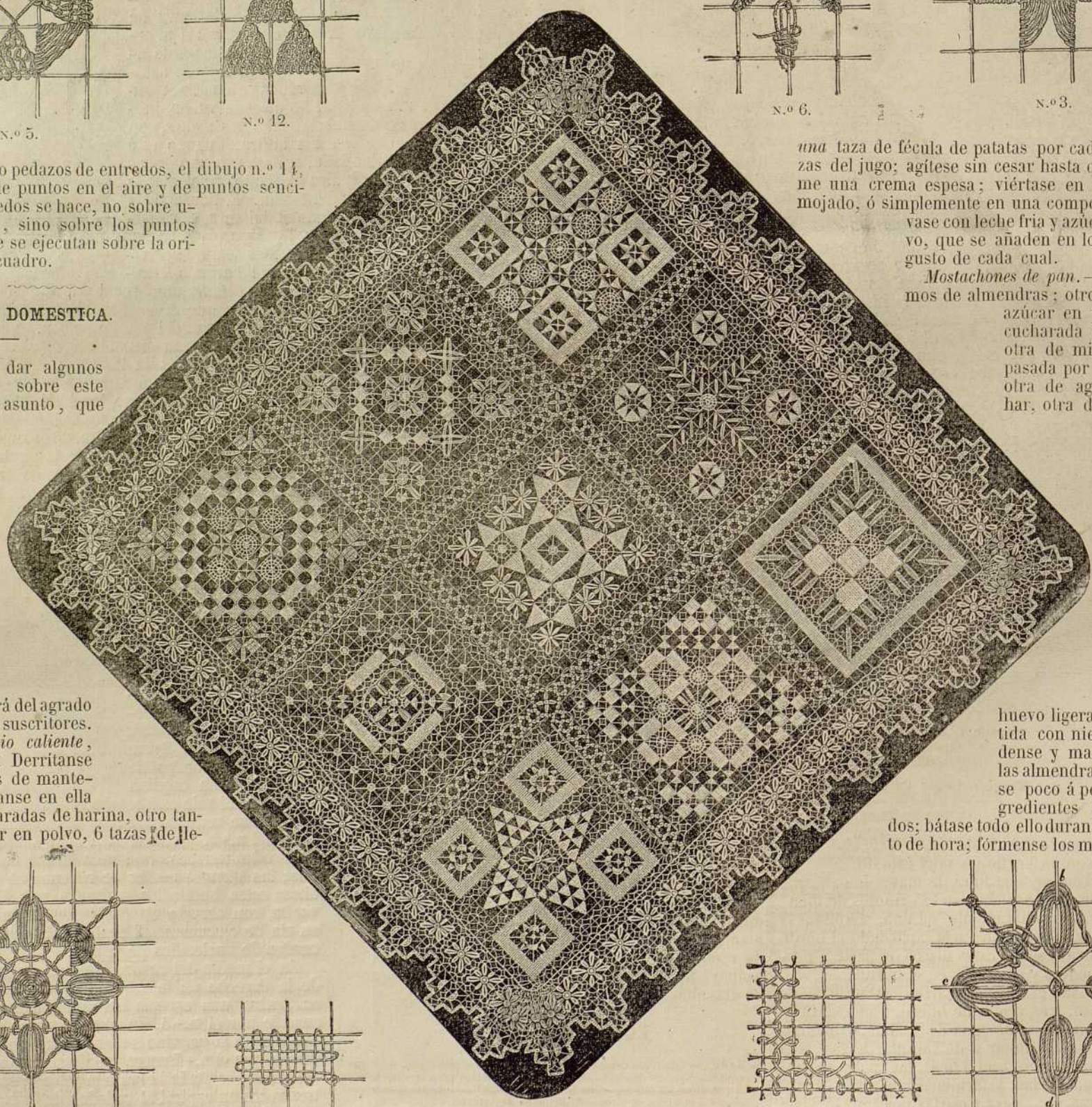

N.º 9,


N.º 5.


N.º 12.


N.º 6.


N.º 3.


VELO DE BUTACA (GUIPUR SOBRE REPS).

ECONOMIA DOMESTICA.

Vamos á dar algunos pormenores sobre este importante asunto, que creemos será del agrado de nuestros suscritores.

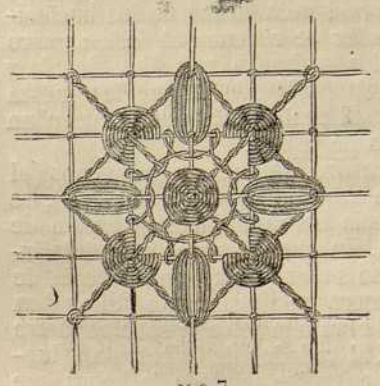
Intermedio caliente, (plato ruso). Derritanse 125 gramos de manteca, disuélvanse en ella cuatro cucharadas de harina, otro tanto de azúcar en polvo, 6 tazas de leche; vainilla; hágase esto cocer un cuarto de hora, y añádase 6 huevos, cuyas claras se baten con nieve, vertiendo todo ello en un molde untado con manteca y polvoreado con ralladura de pan.

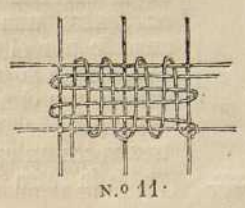
Se hace cocer en un baño de maría, y se sirve caliente con un jarabe de frutas, que se aclarará y calentará.

Pasta de almendras para las manos. Mézclense 125 gramos de fécula de patatas, 250 gramos de harina de trigo, otro tanto de harina de centeno, luego viértanse allí poco á poco 125 gramos de aceite de almendras dulces, y en fin un poco de esencia de almendras amargas; consérvese esta pasta en un bote de hoja de lata. Es excelente.

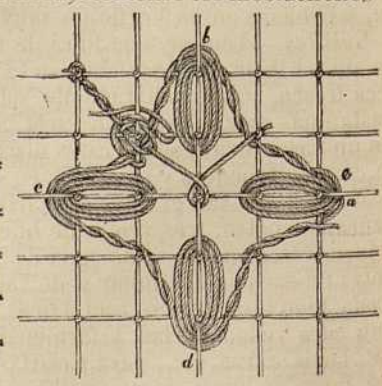
Kissel de frutas. Intermedio ruso. — Hay que romper en una cacerola de cobre cierta cantidad de grosellas encarnadas y un puñado de frambuesas; estas frutas se esprimen dentro de un lienzo, torciéndolo, ó bien se hacen pasar por un tamiz. Este jugo se pone al fuego, echándole un poco de azúcar, y se le va añadiendo, antes de que llegue á cocer, *una* taza de fécula de patatas por cada *ocho* tazas del jugo; agítese sin cesar hasta que se forme una crema espesa; viértase en un molde mojado, ó simplemente en una compotera. Sírvase con leche fria y azúcar en polvo, que se añaden en los platos á gusto de cada cual.

Mostachones de pan. — 125 gramos de almendras; otro tanto de azúcar en polvo, una cucharada de harina, otra de miga de pan pasada por un tamiz, otra de agua de azahar, otra de clara de huevo ligeramente batida con nieve; móndense y macháquense las almendras; añádanse poco á poco los ingredientes mencionados; bátase todo ello durante un cuarto de hora; fórmense los mostachones


N.º 7.


N.º 11.

N.º 13.



N.º 8.

tomando una cucharada de café de esta pasta; colóquense por porciones pequeñas sobre una hoja de papel puestas sobre una plancha: háganse cocer al horno á un calor muy dulce; basta media hora de cochura si el horno tiene un grado conveniente.

Marinetas.—Tómense 125 gramos de manteca derretida, otro tanto de azúcar en polvo, tres ó cuatro cucharadas de leche, una cucharada de agua de azahar, un huevo y la harina suficiente para hacer una pasta consistente, que se extenderá de modo que se le de el grueso de un peso duro; recórtese con el sacabocados. Despues de la cochura se las puede bañar con azúcar.

Pasta anisada.—125 gramos de azúcar, 60 gramos de harina, 125 gramos de manteca, dos gotas de esencia de anis; mézclese todo bien hasta formar una pasta; extiéndase en hoja bien delgada; recórtese, dórese, y póngase en un horno no muy caliente.

Galletas.—Tómese una libra de masa de pan, que se amasa ligeramente; añádanse 125 gramos de manteca fresca, una cucharada de sal fina; arróllese la pasta unas diez veces; recórtesela, aplicando el borde de un vaso; atraviésense estos discos de parte á parte con un tenedor, y pónganse en el horno.

Rosquetes.—125 gramos de harina, 60 gramos de azúcar en polvo, tres yemas de huevo, y una clara de huevo fresco, un poco de agua de azahar, y algunas gotas de esencia de ámbar y de vainilla; hágase una pasta bien fina, córtese esta á tiras, las cuales se ruedan para redondearlas, y fórmense con ella rosquetes, lazos, cifras, etc., para pasarlas por agua hirviendo, luego se hacen cocer en el horno.

Almendrados de Amiens.—250 gramos de almendras dulces, 30 gramos de almendras amargas, mondadas, 250 gramos de azúcar en polvo, dos claras de huevo un poco batidas con nieve, dos cucharadas de buena harina, otras dos miga de pan pasadas por tamiz, dos cucharadas de agua de azahar.

Macháquense las almendras con el azúcar, luego añádanse todos los demás ingredientes, y mézclese todo, fórmense con esto los almendrados, tomando la pasta por cucharadas de café, y pónganselas sobre una hoja de papel extendida sobre una plancha. Háganse cocer á un calor moderado.

Torta en cacerola.—500 gramos de harina, un poco de raedura de tocino que se deslie en una pequeña cantidad de agua tibia: derrítanse 125 gramos de manteca, échense en ella doce huevos enteros menos dos claras, póngase sal y azúcar á voluntad, luego bátase todo el mayor tiempo posible, úntese de manteca una cacerola, y hágase cocer al horno.

Marrasquino.—En dos litros de alcohol á 33 grados pónganse diez gotas de esencia de almendras amargas, cuatro gotas de esencia de rosa, dos gotas de esencia de canela, y cuatro gotas de esencia de azahar. Mézclese todo, déjese reposar durante quince dias, hágase filtrar, y póngase en botellas.

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Vestido de señorita jóven. Enagua interior de cachemira azul aciano. Trage corto de tela de lana gris, liso, bordado de trencilla negra. Los paños están separados hasta 25 centímetros de distancia de la cintura, y rodeados con un rizado de cinta gris.

Trage-redingot de tafetan negro con solapas, adornado con una cinta estrecha de terciopelo negro bordada de cañutillos.

Trage de cretona gris listado de negro; un galon negro de seda orla el trage, escepto el paño de delante, y sube por ambos lados hasta el talle, figurando así un trage abierto. El corpiño escotado, con tirantes, está orlado de galon; por detrás, corpiño montante de fulard blanco, bordado de seda negra.

ECOS DE MADRID.

SUMARIO.—Una mala comparacion.—Mis queridos enemigos.—Lo que serán los *Ecos de Madrid.*—Recursos que tenemos para divertirnos.—Lo que dirán los felices.—Una bruja y su historia.—Una visita extraordinaria á la plaza de toros.—El Príncipe de Asturias

El imortal Fray Luis de Leon, arrancado de su cátedra por sus enemigos para ser conducido á una prision; al volver á encontrarse en medio de sus discípulos despues de una larga ausencia, con voz tranquila, con ánimo sereno:

—Deciamos ayer... exclamó reanudando el hilo de su interrumpida leccion.

Preso yo por mis queridos enemigos los lectores de novelas por entregas, los cuales me han obligado durante medio año á inventar situaciones maravillosas, á ser cómplice de mis personages en los innumerables crímenes que han perpetrado en mas de 4000 páginas, y esto solo para darles gusto, al recobrar la libertad vuelvo á ocupar el puesto tan grato para mí de cronista de las lectoras de la *Moda;* y exclamo, parodiando al ilustre poeta religioso: "Deciamos ayer"... queridísimas lectoras, que en Madrid pasan muchas cosas dignas de ser contadas, capítulos interesantes arrancados de la gran novela de la vida, historias extraordinarias dignas de Edgardo Poe, anécdotas chistosas; y que esta mezcla de risa y llanto, de alegria y dolor constituye una lectura amena, una distraccion de las mas agradables para las bellas lectoras de este periódico.

Con que si ustedes quieren, reanudaré mis interrumpidas revistas llamándolas, para que tengan mas novedad, *Ecos de Madrid.*

———

¿Cómo pueden vivir en Madrid las personas aficionadas á pasar bien el rato?

He aquí la pregunta que se hacen asombrados los que se van á buscar distraccion en París, salud en los baños ó fresco en el Norte.

Parece mentira, pero es verdad.

Madrid está desierto ó poco menos; ningun verano se ha visto tan abandonado como se vé; no hay calle en la que no estén esperando moradores una docena ó dos de cuartos desalquilados; por otra parte la falta de trabajo,

el inmenso capital que representa la deuda diferida...por los deudores, y algunas otras calamidades, hacen andar á todo el mundo no ya á la cuarta sino á la quinta pregunta; y sin embargo hay este año en Madrid mas medios de divertirse que en los anteriores.

En los *Campos Elíseos,* á donde acude mucha gente, hay brillantes conciertos capitaneados por Barbieri; cuadros mímico-plásticos, ejercicios gimnasticos, fuegos artificiales, paseos por el lago, montaña rusa y otros excesos por el estilo.

En el *Circo Ecuestre del Príncipe Alfonso* hay como siempre caballitos que saltan y bailan, que saludan y se arrodillan, *clowns ó payasos* que hacen reir, amazonas que montan en pelo, perforan bastidores de papel y se deslizan por medio de los aros, pantomimas &c.

En el *Circo de Paul*, convertido en templo de Talía, se ha establecido nada menos que un *Teatro Chino*, en el que se representan zarzuelas y comedias en español.

El que parece verdaderamente *chino* en este teatro es el público.

Hay además diez ó doce cafés en los que por un vaso de limon ó una chica alemana-cerveza, se entiende tiene derecho el consumidor á oir una comedia en un acto, ó un acto de una comedia; en otros hay *cantaores* de ámbos sexos que interpretan las bellísimas *canciones, cañas, polos y soledades* de la tierra de María Santísima: y por último en la magnífica esplanada que hay delante del cuartel de la Montaña del Príncipe Pio, es decir, en el sitio mas fresco de Madrid, todas las noches de nueve á once las bandas de los regimientos allí alojados tienen la amabilidad de ejecutar brillantes piezas musicales, con lo cual, reunen en torno suyo á los mas calorosos filarmónicos que hallan en aquel sitio delicioso, música y fresco.

¿Que mas puede pedirse en una noche de Julio?

—Poca cosa es! exclamarán aquellas de mis lectoras que habiten los pintorescos caseríos de las provincias vascongadas ó las orillas del Océano en San Juan de Luz.

Y tendrán razon, pero nosotros tenemos paciencia y filosofia.

Para el observador hay sienpre distracciones; y yo que observo mucho para poder contarlo á mis lectoras, hallaré siempre asuntos con que distraer su ánimo.

Y si no... prueba al canto.

¿Creerán ustedes que hay brujas en Madrid? Yo apuesto cualquier cosa á que lo dudan, y sin embargo he oido no ha muchos dias asegurar á personas formales, que hay una bruja en uno de los barrios de la Corte.

¿Se rien ustedes?—Yo tambien me he reido, pero no por eso es menos auténtica la historia de la bruja que voy á tener el gusto de referir.

Pues señor... han de saber ustedes que en una casa de las mas habitadas en el barrio llamado de las Peñuelas, Africa ó poco menos, como si dijéramos, habitan entre otras personas ocho ó diez madres de familia muy bien avenidas entre sí, lo que á algunos causará mas sorpresa que la existencia de la bruja; y además una anciana, con todo el aspecto de esas pobres señoras que pintan los novelistas cuando quieren presentar en escena una de esas mugeres que echan cartas, averiguan el sino y zurcen voluntades cuando hay necesidad.

Todas estas personas vivian felices puesto que no reñian mas que dos ó tres veces al dia; cuando una de las madres vió enfermar á su hijo, niño de algunos meses.

Pocos dias despues se halló en el mismo doloroso trance otra de las vecinas, y en la misma semana sufrió igualmente otra de las dichosas madres.

—Pues señor, aquí hay algo, se dijeron las unas á las otras.

—Qué podrá ser? preguntaron á las demás vecinas las mas audaces.

—Por fuerza han hecho mal de ojo á las criaturas, dijo la mas leida de todas.

—Si, si, no hay duda, les han hecho mal de ojo, exclamaron todas creyéndolo á puño cerrado.

Una vez de acuerdo, solo faltaba averiguar si habia alguna bruja de por medio y quién era.

—A quién se lo preguntaremos?

—Yo, dijo una vecina, conozco á un viejo que ha sido mucho tiempo sacristan de unas monjas... acaso él sepa...

Comisionada una de las madres fué con la vecina á consultar al viejo.

—Que haré para saber quién es la bruja, que ha hecho mal de ojo á mi hijo? le preguntó.

—Una cosa muy facil, contestó el octogenario. Pone V. un poco de agua en una sarten, echa V. mucho fuego en la hornilla para que hierva pronto, y la que llame á su puerta de V. en el momento en que se evapore el agua, es la bruja.

—Ay! tantas gracias! Dios se lo pague á V., dijo la madre viendo el cielo abierto; voy en seguida á hacer la prueba.

Vuelven las dos vecinas á la casa, cuentan lo que ha pasado y se alborota la vecindad.

—Dejadme sola, dice la madre, encerraos en vuestros cuartos y á ver si viene la bruja.

Cinco minutos despues hervia el agua en la sarten y una vieja que habitaba en un cuarto inmediato llamó á la puerta en el momento en que se evaporaba el agua.

Todas las puertas que estaban entreabiertas se cerraron de pronto, las que estaban detrás se santiguaron y la pobre mujer que todavía tenia la sarten agarrada por el mango estuvo á punto de desmayarse al oir decir á la vieja:

—Deo gracias!

Despues de reponerse y reconociendo en la bruja á una de las vecinas:

—Qué quiere V.? le preguntó.

—Nada mujer, dijo la vieja, he sabido que tu chico está malo y vengo á verle.

—Cúrele V. por Dios y aunque soy pobre le daré cuanto me pida.

El octogenario le habia dicho que el mal de ojo solo podia curarlo quien lo habia hecho.

La vieja pidió agua.

Algunas de las vecinas mas valientes se atrevieron á presenciar la operacion.

La madre del niño obedeció la órden de la vieja, presentándole agua en una jarra.

—Ha de ser en una cazuela de barro, dijo la bruja.

Inmediatamente fué servida.

—Ahora trae aceite en una jícara... Bien!

Dió algunas unturas al angelito y se retiró.

Desde aquel momento comenzó el niño á ponerse bueno.

La vieja, que era una infeliz y que habia acudido á prestar á su vecina un socorro, porque creia en la infalibilidad de su receta, pasó por bruja para todos los vecinos de la casa.

El ex-sacristan supo lo que pasaba.

—Ahora es preciso que no se vaya de la casa hasta que cure á los otros niños, dijo.

—Y qué hacer para eso.

—Cocer vinagre, agua y pimenton, y mojar la puerta de la casa á menudo con este cocimiento.

Así lo hicieron y como por aquellos dias no tuvo gana de salir la vieja se convencieron todos de que si no salia era por el vinagre y el pimenton.

La pobre mujer al curar á los niños *criaba cuervos...*

Las madres que tenian en buen estado á sus hijos, al acercarse á ellas la vieja repetian la frase: *Jesus, María y José;* al pasar por delante de su puerta hacian la señal de la cruz y no dudaban un solo instante que era bruja.

—Pero quién le ha contado á V. todo eso? preguntarán las mas incrédulas de mis lectoras, eso es pura invencion.

—Doy á Vds. mi palabra formal, de que he oido todo lo que he contado á una vecina de la casa embrujada, pobre mujer que se gana la vida cosiendo en donde reclaman sus servicios y sus palabras han resonado al mismo tiempo en los oidos de unas señoras que leen La Moda y que asombradas como yo de la ignorancia y de la candidez de la costurera, me aseguraron que debia publicar el episodio.

—Pero V. cree en las brujas? pregunté yo á la pobre mujer.

—Y tanto como creo, me contestó; pero yo le aseguro á V. que la de casa no saldrá bien librada. Todas las vecinas nos hemos puesto ya de acuerdo y en cuanto acaben de curarse los chicos, vamos á darle una paliza que le hará chuparse los dedos de gusto.

Afortunadamente la guardia veterana vela en todas partes, pero sobre todo en aquellos barrios por la seguridad personal.

Mentira parece que en Madrid y en pleno siglo XIX haya mas mágia que la que tienen en sus ojos las mujeres bonitas.

Algunos dias antes de la salida de los reyes para el Real Sitio de la Granja ocurrió en la plaza de toros una escena, que pocos saben, pero que merece ser conocida.

Iban en una carretela, un niño como de diez años, y una señora y un caballero que le acompañaban.

El niño deseó ver la plaza de toros y apeándose todos los que iban en el carruage mandaron al lacayo que llamase á la puerta.

En la plaza no habia á la sazon mas que unos carpinteros, abrió la puerta un aprendíz y preguntó:

—Qué se le ofrece á Vds.?

—Desearíamos ver la plaza de toros si es posible, contestó el caballero.

—Aguarden Vds. un poco, se lo diré al maestro.

Acto contínuo llegó este.

—No es costumbre enseñar la plaza, pero pasen Vds., dijo.

Pasaron en efecto y el buen hombre que era en extremo amable enseñó á las tres personas todo cuanto merecia la pena de verse, dedicando de paso al niño algunas frases galantes tales como esta: "¡Qué guapo está, Dios le bendiga!"

—Y el palco de la Reina se puede ver? preguntó la señora.

—Todo lo andaremos, contestó el maestro.

Subieron á él en efecto y el cicerone les explicó dónde se sentaba S. M. añadiendo que era tan generosa, tan buena y otra porcion de elogios sinceros y entusiastas.

—Y diga V., le preguntó el caballero, ¿enseñan Vds. el palco á todo el mundo.

—Oh! no señor, pero me han parecido Vds. unas personas decentes y por eso...

Al despedirse puso el niño en manos del carpintero algunas monedas de oro.

—Oh! no señor, mil gracias, no los he acompañado á Vds. por interés.

—Así lo creo, dijo el caballero, pero S. A. el Serenísimo Príncipe de Asturias tiene el mayor gusto en ofrecer á V. esa remuneracion.

El maestro pidió entonces mil perdones por la llaneza con que habia tratado al niño, que no era otro que el hijo primogénito de nuestra soberana.

Julio NOMBELA.

LOS VECINOS DE DARLINGEN.

(Continuacion.)

Esta amenaza pareció realmente hacer un gran efecto sobre Pottewal. Quedó silencioso con los ojos bajos y sacudiendo la cabeza con una triste expresion de duda:

—Tiene miedo y tiembla!... murmuró su mujer que se creia cerca de ser la víctima.

Mas Pottewal se levantó de repente, mostró la puerta con el dedo y exclamó con soberana frialdad:

—Sí, lo acepto; la separacion con que me amenazais será, no hay duda, una desgracia y una afrenta para las dos familias; pero mi resolucion está tomada; no suplico mas: la humillacion pasada me ha hecho inexorable. ¿Quereis volver á casa de vuestros padres? Hé allí la puerta.

—Cielos!... y me pone á la puerta?... y me despide?...

Un grito doloroso se escapó del pecho de M.me Pottewal; dejóse caer sobre una silla con el rostro oculto entre las manos y se puso á llorar amargamente. Su esposo la miraba en silencio; la cólera desaparecia de su rostro poco á poco, para dar lugar á una expresion de tristeza y de compasion: pero permaneció tranquilo.

Bien pronto su mujer, anegada en llanto comenzó á hacer movimientos nerviosos, saliendo de su oprimido pecho sollozos convulsivos.

Pottewal fué á su lado y quiso tomarle una mano; ella la retiró con un gesto nervioso, mientras que estas palabras se escapaban de sus labios:

—¡Dejadme morir!... ¡verdugo!... mónstruo, asesino!...

—Vamos, mi pobre Teresa; dijo él; no os tomeis tanto pesar. Todo está olvidado; he sido un poco duro, es verdad; pero un hombre no es siempre dueño de sí mismo, y cuando se está acalorado se dice lo que no se quisiera decir. No lloreis mas, querida mia, yo os complaceré en todo y me someteré á vuestro deseo; mi único afan es que me ameis; yo os amo tanto que vuestras lágrimas me desgarran el corazon. ¡Ah! ved mi inquietud; calmaos por piedad, que os pondreis enferma... Vamos, Teresa... Perdon! dejadme estampar en vuestra frente el beso de reconciliacion.

Y rodeó con el brazo el cuello de su mujer; pero la perversa criatura, conociendo su intencion, se levantó de repente y lanzó un grito exclamando:

—Atrás!... descarado!... no me toqueis!... No quiero ni veros, me retiro á mi cuarto y guardaos de ir á incomodarme y á insultarme con vuestras hipócritas zalamerías; no vayais á interrumpir mi sueño, si es que dormir puedo con un pesar tan cruel!... Atrás!... dejadme!...

Corrió á una puerta lateral y salió de la sala, oyéndose distintamente dar dos vueltas á la llave en la cerradura.

Su marido consternado quedó un instante inmóvil y mudo delante de la puerta; luego levantó los ojos al cielo y murmuró con desesperacion:

—Dios mio!... he merecido yo esta horrible vida!... ¿Este matrimonio sin afeccion, sin amor, fué sin duda mal hecho á vuestros ojos?... Oh! misericordia!... pues estoy bien cruelmente castigado!...

Y despues de esta invocacion se dejó caer abatido sobre una silla.

II.

La señorita María Blondeel estaba sentada en una pieza del primer piso, cerca de la ventana que caia al jardin. Tenia un libro en la mano, pero su mirada alegre y dulce se dirigia al otro lado de la sala donde su hermano Juan estaba sentado delante de un pupitre, teniendo un violoncelo entre las rodillas y tocando un trozo del célelebre maestro belga Servais. Sea que el viejo aficionado fuese verdaderamente un músico de talento, ó que hubiese aprendido aquel trozo con perfeccion, lo ejecutaba con singular maestría, lleno de puro sentimiento, produciendo honda impresion en el alma tierna y melancólica de su hermana María, que olvidaba la lectura por escucharle. Ella seguia con visible placer las notas vibrantes del plañidero instrumento, manifestando su aprobacion con el ademan de su cabeza y llevando el compás con los dedos.

Una voz que sonó en el jardin, distrajo su atencion de la música y la hizo mirar á través de las persianas. Lo que vió fué sin duda muy grato para ella, porque apareció en sus labios una sonrisa de júbilo infinito; retuvo su aliento y quedó inmóvil mirando fuera con animados ojos sin hacer caso de su hermano ni de su deliciosa música.

Cuando Juan Blondeel hubo concluido la pieza, dljo con acento de triufo:

—Qué trozo mas difícil, María!... Me duelen los brazos y los dedos; y yo no me fatigaria tanto en un ardiente dia de estío, si no hallara placer en vencer las dificultades y en luchar todo lo que me sea posible con las contrariedades de la vida. ¿No habeis notado, María, la agilidad que tengo aun?

En lugar de responderle la anciana señora, le hizo un signo con la mano para que cayase.

—Qué os sucede? Dónde mirais con tanta admiracion? Se creeria que veis el cielo abierto; dijo él sorprendido.

Su hermana puso un dedo en la boca para recomendarle el silencio, y le indicó que se aproximase para mirar tambien por la ventana. Apenas su mirada se halló con el objeto designado, cuando se animó su rostro con la misma sonrisa de gozoso júbilo. Ambos quedaron inmóviles y silenciosos, como si hubieran temido que el movimiento ó el ruido de sus palabras hubiese podido turbar la dulce armonía del espectáculo que les encantaba. El cambio de la expresion de su sonrisa y el brillo creciente de su mirada fueron los únicos signos de la emocion que experimentaban.

—Cuán bello es esto!... dijo al fin Blondeel; ¡encantador!... Un pobre filósofo me preguntaba ayer, si existia la dicha. ¡Ah! si yo hubiera podido solamente hacerle arrojar una mirada por esa ventana? Es el cielo, en efecto, lo que estamos viendo, ¿no es verdad, María?

—¡El cielo con sus ángeles! bendito sea Dios por su infinita bondad; murmuró la señora sin volver la cabeza.

—Ahora comprendo las santas vírgenes de Rafael. ¡Oh!

si este artista viviera todavía y pudiese contemplar ese cuadro, ¿qué nueva maravilla me crearia?... Naturaleza!... Naturaleza!... tú eres el arte!...

—Callaos, Juan; dejadme disfrutar de este espectáculo; dijo su hermana. Ved, Ernesto da un paso... vacila... ah! no se atreve!... Un ensayo mas y todo irá bien.

En el jardin que estaba separado del de Blondeel por una pared poco elevada, se veia sentada en el verde césped á una jóven madre, bella y fresca como una muchacha que completamente olvidada del mundo se entretenia loca de gozo con un niño de ocho á nueve meses en ensayar sus primeros pasos. Ponia al niño de pié, y le sostenia rodeándole con sus brazos como formando un círculo protector, y le obligaba á sostenerse, dándole toda clase de nombres tiernos y cariñosos; apurando ese diccionario infantil que ha formado el corazon de las madres para comunicarle un poco de valor en las arriesgadas pruebas. Pero cada vez que el niño avanzaba un paso se tambaleaba y caia en tierra. Entonces ella le tomaba en sus brazos y le cubria de besos. El niño, complacido de este juego, reia cogiendo con sus pequeñas manos las aterciopeladas megillas de su madre; tirando á veces con un júbilo maligno de los rubios rizos que caian en ondulantes bucles sobre su cuello.

Mr. Blondeel se habia dejado encantar hasta quedarse estático de admiracion. La jóven madre que tenia delante de sus ojos jugando con su pequeño ángel á quien tenia sobre sus rodillas y le llenaba de caricias; era el mas bello cuadro de hermosura, bondad y amor que se puede imaginar. En la mirada que ella dirigia á su hijo; se veia un rayo tan vivo y tan penetrante, que no parecia sino que su alma habia pasado á sus ojos para estar mas cerca del rostro que amaba; su sonrisa era la ternura, la admiracion misma; su voz tenia una dulzura infinita y su rostro una expresion que hubiera encontrado hechicerameute simpática, el hombre mas duro y frio del mundo.

Una acacia echaba sobre ella su transparente sombra; el sol inclinado ya hácia el ocaso la envolvia con una aureola de rosada luz y ese crepúsculo encantador, esas medias tintas que extendian en el horizonte sus mas delicados matices, la daban un aspecto divino. ¡Ah! un artista enamorado ó un pintor de genio hubieran querido encontrar para su paleta tan bello grupo.

El niño habia descansado y debian empezar de nuevo sus difíciles pruebas.

—Basta, basta, bribonzuelo!... no te da miedo arrancar los cabellos á tu querida mamá? Ea! otro pinito; á ver si andas solo... Mira, Ernesto, ten cuidado; debes extender el pié y apoyarle bien antes de levantar el otro. ¡Ah! si tú quisieras dar dos ó tres pasos, qué contento se pondria papá. Ahora; así; ángel mio!... qué rico eres!...

El niño sonreia acariciando á su madre aunque no comprendia sus recomendaciones. Ella se sentó en el suelo, quitó la arena limpiando con su pañuelo el sitio donde debia poner á su hijo para que no le incomodase la tierrecilla. Entonces le colocó formándole una muralla con sus brazos y animándole con tiernas palabras.

El primer ensayo no salió bien, ni el segundo, ni el tercero; pero á la cuarta prueba la madre triunfante arrojó un grito de inexplicable júbilo, levantó los ojos al cielo dando gracias á Dios y estrechó con trasporte al niño contra su pecho, cubriéndole de besos.

—Ah! Ernesto!... exclamó; querido Ernesto, has dado dos pasos; ahora tú correrás bien pronto, crecerás, serás un hombre, un hombre hermoso y varonil como tu padre; ¿no es esto? Vamos, corazon mio, otra vez, otro ensayo aun.

No se engañó en su esperanza; el niño dió otros dos pasos y despues de repetidos ensayos hubo algunas veces que en su vacilante carrera hácia su madre dió cuatro pasos antes de caer contra su pecho.

Ella estaba hermosa, enagenada, casi loca de alegría; lágrimas de dicha corrieron de sus ojos, y no queriendo fatigar mas á su dulce ángel le tomó en sus brazos y se esforzaba en hacerle comprender lo encantado que quedaria su padre al saber tan dichosa nueva.

El niño la miraba algunos instantes con fijeza pareciendo escuchar su dulce voz con singular atencion, despues cerró los ojos y dejó caer la cabeza en el brazo de su madre.

—Ah! se ha dormido!... exclamó con una sonrisa; le he fatigado olvidando que esta era su hora. Duerme, duerme, hijo mio; durante tu sueño, yo pediré á Dios que te de la salud del cuerpo y la paz del alma.

Se dirigió al pabellon y se sentó en una silla sin separar los ojos del rostro de su niño.

La puerta que habia en la pared que separaba los jardines se abrió de repente y Mr. y M.lle Blondeel entraron gozosos en el jardin.

—Bravo, Herminia!.. yo te felicito; ¡dichosa madre! El pequeño Ernesto anda solo!.. bien, muy bien, gritaron desde lejos.

—Se ha dormido; no le desperteis; dijo ella radiante de orgullo maternal. ¿Le habeis visto? Lo menos anda solo cuatro pasos.

—Mi hermana cree haber contado cinco, y yo digo que he visto siete!...

—No, tio mio; cuatro solamente, y es por cierto bastante para la primera vez.

—Ah! qué hermoso niño!... dijo Juan Blondeel; ¡qué tez tan pura!... y qué megillas tan sonrosadas.

—Parece un fresco boton de rosa; dljo M.lle María.

—Es una criatura que ni soñada se pudiera imaginar mas hermosa.

—Parece un niño Jesus de cera, Juan.

—Es un ángel dormido, hermana mia; ¿puedo besarle en la frente, Herminia?

—Cierto, tio mio; pero si se despierta no podrá volver á dormir el podre corderillo.

—Es verdad, tú lo reparas todo; pero mira como sonrie entre sueños como si hubiera creido sentir el beso de su madre.

Hé aquí uno de los sentimientos de mi vida; yo hubiera querido tener hijos, es la dicha mas inefable que Dios ha concedido al hombre; ¿no crees tú, Herminia, que es una felicidad inmensa verse uno así reproducido en otra criatura?

—Una felicidad!... repitió Herminia radiante; esa palabra es demasiado débil; es una gloria inexplicable!... Unicamente al ser madre y al mirar á nuestro hijo, se comprende la bondad infinita de Dios. Sí, mi querido tio, vos debiérais tener hijos, y cuánto los amaríais?... Casi amais ya á mi pequeño Ernesto como si fuérais su padre!

—La culpa tienen mis padres, dijo Blondeel suspirando. Ellos soñaban para mi hermana y para mí un matrimonio ventajoso, y en esta esperanza dejamos pasar nuestros mejores años sin que se presentase la ocasion apetecida. Yo podria todavía casarme, pero ya soy viejo; tengo necesidad de amor, y no es posible que una muchacha me amase sinceramente; yo no querria una mujer de corazon gastado y me espanta la idea de casarme sin una afeccion verdadera. En fin, ya es tarde, debo quedarme soltero, así no correré el riesgo de prepararme una suerte tan triste como la del pobre Pottewal.

—Y qué sabeis de mi cuñado? preguntó Herminia.

—Yo te diré; hoy le he visto dos veces en Bruselas, la primera le distinguí á lo lejos en la calle Nueva, me dirigí hácia él pero como si rehusara encontrarme se entró en la calle de las Verduras; le seguí para hablarle y ya no le alcancé. Poco despues apareció en lo alto de la calle.

—Pues él no debe estar enfadado con nosotros; observó María.

—Tal creo; ¿y porqué habia de estarlo? no le hemos dado motivo.

—¡Pero como sabeis, Juan, que la maledicencia es tan grande en Darlingen!...

—La segunda vez nos encontramos frente á frente en la calle de la Manteca, y no pudo escapar; se vió obligado á detenerse. Le pregunté por su salud y por la de su mujer, y enrojeció hasta las orejas, viéndose tan cortado como un niño; balbuceó algunas palabras ininteligibles y se alejó con el pretexto de que le esperaba uno en la plaza de la Moneda; sin duda tenia miedo de que le vieran hablar conmigo.

Herminia escuchó con distraccion el relato de su tio; en su maternal solicitud no quitaba los ojos de su hijo; sin embargo, alzaba de vez en cuando la cabeza manifestando con algunas palabras balbucientes que tomaba parte en la conversacion.

—Quizá Pottewal estuviese preocupado; los granos suben, el comercio va mal...

—No, Herminia, él debe tener algun pesar mucho mayor; está pálido y delgado, lleva siempre la cabeza baja como abrumada por sus ideas; sin duda tiene disgustos domésticos; ¡ah! ¡es tan triste un matrimonio sin amor!...

—Quizá os engañeis, dijo su hermana; cuando estuve la última vez en Darlingen, Pottewal me dijo que era muy feliz, y Teresa encareció mucho la dicha que disfrutaba en su matrimonio.

—Es posible que esté enfermo; respondió Blondeel encogiéndose de hombros. Las gentes de Darlingen cuentan prodigios de este dichoso matrimonio; ¿pero quién se fia en rumores del vulgo?

—Mi pequeño ángel anda solo; exclamó Herminia absorta en sus alegres pensamientos; si entrase ahora su padre qué contento se pondria con la noticia!... ¿Y qué hora es, tio?

—Las siete.

—Las siete ya!... esto es un asombro; cuando estoy entretenida con mi corderillo, me olvido de la casa, del tiempo y del mundo entero. Necesito ir á disponer la comida. ¡Sofía! Sofía!...

Una anciana criada entró en el jardin. Era la misma que sirvió veinte años en casa de Romys y que Herminia se llevó consigo, sin duda, por asegurar á su fiel nodriza una vejez dichosa.

—Sofía, quereis preparar la cama? Ernesto se ha dormido: la dijo Herminia.

—Ya está preparada, señora.

—Pues tomad el niño y llevadle; pero con cuidado.

—Ah! no me encargueis nada! iré como si llevase mi propia alma en mis brazos.

—Ya lo sé; os lo digo en broma.

—Ahora, tios mios, entrad algunos minutos y os enseñaré el lindo brazalete de oro que me ha traido Ernesto esta mañana.

—Nos vamos á comer; dijo María.

—Esperad un instante, corro á buscarlo.

No tardó en volver mostrando con júbilo infantil la alhaja que brillaba en su brazo.

—Es bonita, no es verdad? dijo ella. Ha tenido tan buena eleccion...

—En efecto; y él te colma siempre de regalos; solo piensa en tenerte contenta.

—Así es, tiita mia; exclamó Herminia; y es singular, no parece sino que lee en mis ojos lo que quiero, porque apenas formula un deseo mi corazon, cuando le veo realizado.

—Y todos estos regalos cuestan mucho dinero, Herminia, observó Blondeel; ese bueno de Ernesto trabaja demasiado y es preciso economizar un poco.

—Ah! ya le he dicho repetidas veces que no me compre cosas tan buenas, pero me suplica no le quite la dulce satisfaccion de poder ofrecerme bellas joyas. Esa es su dicha, dice él.

—¿Pero todo esto de qué te puede servir? Ahora que eres madre no frecuentarás las reuniones ni los paseos, y la moda cambia.

—La moda!... decís? exclamó riendo Herminia; ¿creeis que por el afan de lucirlas estoy orgullosa con las hermosas alhajas que me compra? Ah! no; á mis ojos solo tienen valor porque provienen de él, porque son recuerdos suyos, preciosos recuerdos; y cuando está ausente, miro sus regalos y cada uno me recuerda su amor, su bondad.

—Sí, Herminia; debes estar satisfecha con los obsequios de tu esposo, dijo María; ese es un noble empeño que comprendo bien, porque la última vez que estuvimos en Darlingen, en casa de tu padre, parecia Teresa querer humillarte con sus joyas; Ernesto lo advirtió y se esfuerza en preservarte del sentimiento de celos que te pudiera causar su necia ostentacion. Y hace bien; vamos, Juan, vámonos. Adios, Herminia, buenas tardes.

Los dos hermanos desaparecieron por la puerta de comunicacion. M.me Decock corrió á la cuna de su hijo, depositó un beso en la frente angelical del niño, y con viva alegría, dijo á la criada que estaba sentada junto á la cuna:

—Ah! Sofía!... ¿no sabeis que Ernesto anda ya solo?

—De veras? señora, es posible? murmuró con tono alegre la criada.

—Cierto, Sofía; iba á llamaros para que le viérais pero el picaruelo se durmió de repente.

—Da un paso nada mas?

—Cuatro.

—Cuatro! es posible? cuánto me alegro! Ya creo verme paseando por Bruselas con mi pequeño Ernesto de la mano; ¡que orgullosa iré! Todavía me acuerdo cuando érais pequeñita y os llevaba á vos. ¡Qué años aquellos!... tan dichosa era entonces como hoy.

—Está dispuesta la comida, Sofía; Mr. Decock no tardará en venir.

—Ya está preparada; iba á poner la mesa cuando me habeis llamado, y voy á concluir.

—No; quedaos cerca de la cuna, Sofía. Yo lo arreglaré; creo que no debe haber nada mas agradable para una mujer de gobierno que preparar la comida para su marido.

Salió, fué al comedor, y colocó los platos y los vasos, todo yendo y viniendo cerca de la cuna y conversando con la criada, todo sobre el acontecimiento importante que se habia operado aquel dia en la vida de su niño.

(*Se continuará.*) FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

UN COLEGIO DE SEÑORITAS EN PROVINCIA.

(CONTINUACION.)

IX.

UNA DENUNCIA.

Al dia siguiente el señor de Courtel recibia una carta con el timbre de Paris, cuya letra le era desconocida. Su contenido era el siguiente.

"Caballero.

"Antes de tomar la pluma, he dudado algun tiempo si sería mas conveniente dirijiros este aviso bajo el velo del anónimo; pero, la pureza de mis intenciones me hizo rechazar en seguida esta idea como indigna de vos y de mí.

"Soy la mejor amiga de la señorita Blanca Derby y comprendereis sin trabajo los motivos de mi indecision; pero, al mismo tiempo soy caballero, amiga y buena compañera de vuestra encantadora Enriqueta y, justamente, mi afeccion por ella es la que ha hecho desaparecer todos los escrúpulos, pues me consta cuanto ama la hermosa niña á su hermano.

"Porque con referencia á su hermano os escribo, y voy sin mas preámbulos á deciros el penoso objeto de esta carta.

"Pasaba ayer la noche en casa de uno de mis parientes y se anunció al caballero Gaston de Courtel. Este nombre me hizo levantar los ojos. Sin embargo, el jóven que lo llevaba me pareció enteramente desconocido. Su rostro tenia una palidez enfermiza, su marcha era vacilante; en fin, caballero, perdonadme la pena que voy á causaros, el pobre jóven presentaba todos los síntomas de la consuncion.

—"Le conoceis acaso? me preguntó la señora de la casa notando en mí cierto movimiento de sorpresa.

—"No, respondí, pero sí á uno de sus parientes, cuya familia vive en la ciudad de ***

—"De esa ciudad, en efecto, ha llegado ese jóven hace algunos meses, me volvió á decir la señora; pero el aire de Paris no le es saludable y le ha puesto desconocido desde algun tiempo á esta parte.

"En este momento, el mismo de quien hablábamos vino á saludarnos. Era vuestro hijo! Tan pronto como me vió, sus ojos se animaron; me pidió con interés noticias de sus padres, de sus amigos, de sus hermanos, de su hermana particularmente, sobre la cual hacia recaer siempre la conversacion.

—"Pero, le dije á mi vez, ¿sabeis que me veria muy comprometida para responder á los que me preguntasen por vos, pues no puedo menos de deciros que os hallo fatalmente cambiado?

—"Es el aire de Paris, me contestó con una triste sonrisa.

—"Si es así, apresuraos á volver al lado de vuestra familia.

—"No puedo. Estoy desterrado!

—"Desterrado! vos! Cuando todo el mundo os ama!

—"Todo el mundo! estais segura de lo que decis! preguntó devorándome con los ojos.

—"Sin duda alguna, le contesté, si supieşen el estado en que os encontrais, no dudo un solo instante de que vuestro mismo padre vendria á buscaros.

—"Entonces, no le digais nada; porque su permiso no me bastaria para volver á mi pais.

—"Pero, insistí todavia, ¿qué haceis en Paris para transformaros de esa manera? Qué habeis venido á buscar aquí?

—"A olvidar! dijo con acento doloroso.

—"A olvidar qué..?

"Suspiró y cambiando de conversacion, buscó modo de ocuparse otra vez de Enriqueta.

"Yo habia llevado mi insistencia hasta el extremo, y no podia decir una palabra mas sin pecar de indiscreta; pero, al volver á casa, antes de acostarme, me he decidido á escribiros.

"Nada sé sobre el estado de vuestro hijo mas que lo que su fisonomia me anuncia; sin embargo, me parece que ya es tiempo de acudir con algun remedio en su auxilio. Con este pensamiento, *con este solo pensamiento*, me he determinado á representar una vez en vida el papel de denunciadora.

"Recibid, caballero, &.ª

ESTELA DE BOIS-ROBERT."

. . . . . .

La madre de Enriqueta volvió al dia siguiente á ver á su hija, fuera ya de todo peligro; la acompañaba su marido, el cual, bajo el pretesto de una órden del ministro, debia partir aquella misma tarde á Paris.

—Adios, querida, dijo el señor de Courtel besando á su hija, cúidate bien para que á mi vuelta te encuentre ya fuera de la cama. Probablemente verás tambien entonces á tu hermano.

—Qué gusto! exclamó la niña saltando en su lecho, hace ya tanto tiempo que no le he abrazado!

Blanca habia bajado la cabeza, pero su rubor, al oir hablar de Gaston, no pasara desapercibido para los padres de Enriqueta.

El señor de Courtel corrió la posta toda la noche y llegó á Paris á la mañana siguiente. Encontró á Gaston en cama todavia á las diez, y á pesar de lo que le habia escrito Estela, no pudo contener un grito de dolorosa sorpresa al ver á su hijo. Despues de los primeros momentos consagrados á la alegría, porque Gaston parecia experimentar sumo placer en abrazar á su padre, este le hizo algunas preguntas sobre su salud.

—No tengo nada absolutamente, padre mio, contestó el jóven; me parece que os alarmais sin motivo.

—Sin embargo, ¿consentirás que venga á verte un médico?

—No tengo inconveniente, si así lo deseais; mas, os prevengo que mi mal no puede curarlo toda la ciencia del mundo.

El señor de Courtel no habló mas y al otro dia se presentó con Recamier.

El doctor examinó al jóven sin pronunciar una palabra, le tomó el pulso, auscultó su pecho y su estómago, y luego, fijando sobre él una mirada investigadora:

—Dormís? le dijo al fin.

—Me acuesto temprano y me levanto tarde, respondió el jóven.

—Dormís? replicó el doctor impasible.

—Los jóvenes duermen poco, doctor.

—Dormís? volvió á decir el doctor alzando la voz.

—Poco, contestó al fin Gaston.

—Teneis apetito? continuó el médico.

—No soy gastrónomo, caballero.

—Volvemos á enpezar? exclamó Recamier impaciente, ¿qué comeis?

—Tomo chocolate todas las mañanas y despues...cómo alguna cosa.

—Qué cosa es esa?

—Ordinariamente una sopa.

Y el jóven se detuvo como fatigado por aquel interrogatorio.

—Y nada mas que la sopa? insistió el implacable preguntador.

—Ya os he dicho que no era gastrónomo.

—En efecto, si no comeis mas que lo que decis....

—Eso me basta, dijo el jóven.

El doctor se levantó.

—No es mal régimen ese, exclamó, para un jóven...de?

—Veinte y tres años, añadió el señor de Courtel respondiendo á la muda interrupcion del médico.

Este levantó los hombros, contempló un momento al jóven y salió.

—Alguna còsa hay aquí, díjo señalando sucesivamente el corazon y la cabeza.

—Así lo temo, contestó suspirando el señor de Courtel, que habia seguido al doctor.

—¿Sabeis acaso lo que es?

—Una pasion contrariada.

—¿Y no puede complacérsele?

—Tal vez, respondió el padre de Gaston vacilando.

—Entonces, á vos os corresponde este asunto, exclamó el doctor bruscamente: y recordad estas palabras: la enfermedad de vuestro hijo es un mal que mata y la medicina nada puede hacer con él.

En seguida, se despidió sin querer oir mas.

—Gaston, dijo el señor de Courtel volviendo á entrar en el cuarto de su hijo, marcharemos mañana.

X

ENRIQUETA.

Gaston llegó á su casa, al hogar paterno, postrado por la fatiga y el insomnio. Se negara obstinadamente á detenerse y dormir en el camino, de modo que habia pasado diez y seis horas en el carruage. Apenas se bajó de este, la fiebre se apoderó de él y hubo que conducirle al lecho. La noche que siguió fué en extremo agitada: Gaston preguntaba sin cesar por Enriqueta, y tal insistencia y empeño puso en verla que el señor de Courtel subió de madrugada á su coche y se dirigió al colegio.

—Señorita, dijo á Blanca, os debo ya la vida de uno de mis hijos; el otro está en peligro de muerte, salvadle tambien. Corred en nuestro auxilio porque Recamier ha dicho: *Es un mal que mata y la medicina nada puede con él.*

Blanca se habia puesto pálida.

—¿Y qué puedo hacer yo, caballero? preguntó con voz conmovida.

—Venid, venid, señorita, él mismo os lo dirá tal vez, porque su madre y yo hace algun tiempo que estamos excluidos de su confianza.

Blanca guardó silencio, se apresuró á vestir á Enriqueta y los tres salieron del colegio.

Así que llegó á su casa el señor de Courtel, instaló en el salon á Blanca que temblaba, y subió con Enriqueta á la habitacion del enfermo.

REMIGIO CAULA.

(Se continuará.)

EN EL ALBUM DE A. G.

ACUÉRDOME DE TI.

Cuando en la noche plácida
Llevado por el viento
Llega hasta mí el acento
Del triste colibrí,
Y en las frondosas ramas
El ruiseñor canoro
Entona dulce coro,
Acuérdome de ti.

Si miro de la luna
El pálido reflejo,
Y en el luciente espejo
De un cielo azul turquí,
Y entre la nube espesa
De nítida blancura
Contemplo tu hermosura,
Acuérdome de ti.

Si veo al manso arroyo
Correr tranquilamente
Bajo el florido puente
De rosas y alelí;
Y miro á la azucena
Tan blanca y olorosa,
Tan bella y candorosa,
Acuérdome de ti.

Si el alba nacarada
Esparce sus colores
Y de las gayas flores
Llega el perfume á mí,
Paréceme el aliento
De un hada bendecida;
Entonces A... querida,
Acuérdome de ti.

Mas si la adversa suerte
Un dia desgraciado
Te lleva de mi lado
A un pueblo que no ví;
Y en soledad agreste
Me dejas, dulce amiga,
Perdona que te diga,
Acuérdate de mí.

A. DE M. Y G.

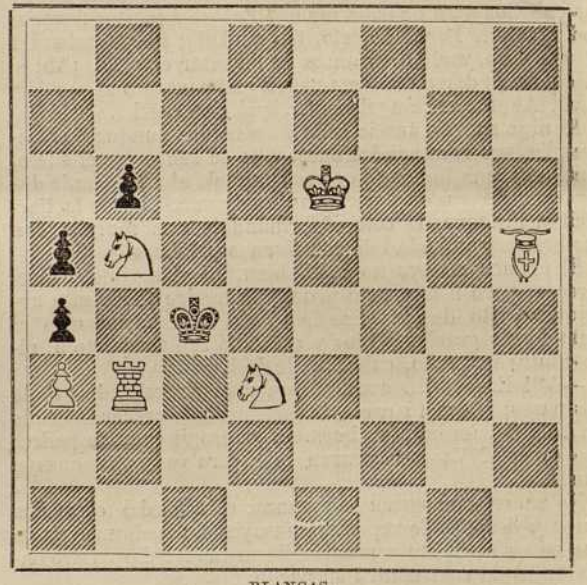
PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 92.

Blancas.	*Negras.*
1.ª R.ª c.ª A.R.ª	T. 6.ª A.R.
2.ª T. 4.ª R.ª	P. toma T.
3.ª R.ª 5.ª C.R. jaque.	T. cubre.
4.ª R.ª 7.ª R. jaque.	A. cubre.
5.ª R.ª 7.ª T.R.ª jaque-mate.	

PROBLEMA N.º 93, COMPUESTO POR M. A. BECK.

NEGRAS.



BLANCAS.

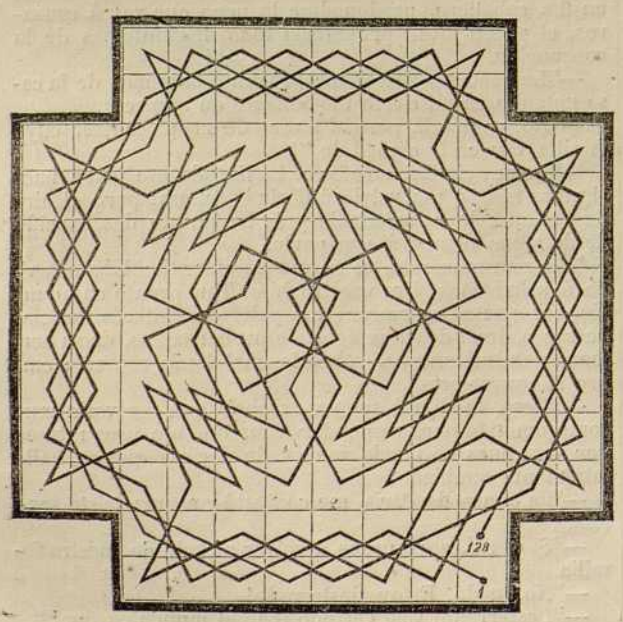
Las blancas juegan y dan mate en 3 jugadas.

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE FULARD LISO GRIS-MODA.—Unas tiras de tafetan negro cortadas al sesgo, orladas con un encage estrecho negro, y adornadas con una borlita de seda negra puestas entre cada punta, figuran una enagua á puntas; encima de esta guarnicion van tres tiras de tafetan negro, cortadas al sesgo, sobre las que corre un vivo del color del trage, por detras, otras tiras de tafetan negro, guarnecidas de encage y vivo, figuran anchas bandas adornadas con escarapelas de encage. El corpiño-paletot es ajustado á la cintura, y termina por una guarnicion igual á la del trage; dos bandas, análogas á las descritas, penden de las costuras de los hombros, y caen hácia atrás. Mangas anchas y mangas estrechas. Sombrero compuesto de un velillo de tul negro, adornado con lirios de los valles.

TRAGE DE TAFETAN ROSA, orlado por un volante recortado por ámbos lados, cuya cabeza va sujeta por una tira de tafetan rosa *claveteada* de cuentas blancas. Trage de encima de gasa de Chambery, blanca y rosa, á listas anchas. Este trage, mas corto que el anterior, va enteramente orlado por un encage estrecho blanco, y por una tira al sesgo de tafetan *claveteada*, como la del primer trage. Por los lados los paños no están reunidos; se guarnecen como el borde del trage de gasa, y se cruzan debajo de una escarapela rosa. Corpiño rosa, escotado, que se completa con una camiseta blanca plegada y escotada; coselete corto, igual al segundo trage; mangas cortas y bullonadas; manga larga abierta, caida hácia atrás. En el cabello un cordon de flores rosa.

Solucion dada por D. A. Pedreira al Salto del Caballo inserto en el número anterior.



TU ALMA.

Si de ver tu mano breve
Me canso una vez siquiera,
Gozo cuando el viento mueve
Tu ondulante cabellera.

Me gusta verte sumisa,
Me place sufrirte airada,
Quiero mucho tu mirada
Y quiero mas tu sonrisa.

Cuando no miro tu frente
Tu cuerpo flexible miro,
Si oigo tu voz elocuente
La dejo por tu suspiro.

Pero al fin encuentra calma
En tu espíritu mi anhelo,
Porque despues de tu alma
Qué queda por ver?.. El cielo.

CLAUDIO TORROELLA.

(Isla de Cuba.)

DIRECTOR, D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ, 1867. — IMPRENTA Y LIT. DE LA REVISTA MÉDICA, á cargo de D. Federico Joly y Velasco,

AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 30.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin, y 24 patrones tamaño natural.
Un año 160 rs....Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.
Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.
Un año 120 rs....Seis meses, 65...Tres meses, 35...Un mes, 12.
Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.
Un año 80 rs.... Seis meses, 42... Tres meses, 22... Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA
LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS
AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

PROPIETARIO: Don Abelardo de Cárlos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.
Por un año, 12 pesos fuertes...Seis meses, 7 pesos fuertes.
EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.
Por un año, 15 ps. fs.
ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.
MADRID, Libreria de Don C. Bally-Bailliere, plaza del Principe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tánago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux
BUENOS AIRES, Don Federico Real y Prado.

Sumario.—Explicacion de la hoja de patrones, que contiene: Trage escocés para niño de 3 á 5 años.—Paletot contrabandista para niña de 4 á 6 años—Paletot de gró de canutillo negro—Lazo de raso.—Medio corsé.—Delantal de lienzo gris, para niña.—Paletot Arabela.—Paletot para señora de edad.—Esclavina con capuchon.—Chaqueta con faldones puntiagudos.—Blusa para niño de 3 á 5 años.—Paletot para niña de 7 á 9 años.—Talma con capuchon, para niña de 7 á 8 años.—Corpiño para señora de edad.—Cinturon con presilla.—Cinturon con lazo.—Un colegio de señoritas en provincia.—El Rio Canfranc.—Primeras flores.—Los vecinos de Darlingen.—Ansiedad.—Problema de ajedrez.

EXPLICACION DE LA HOJA DE PATRONES.

Trage escocés para niño de 3 á 5 años.

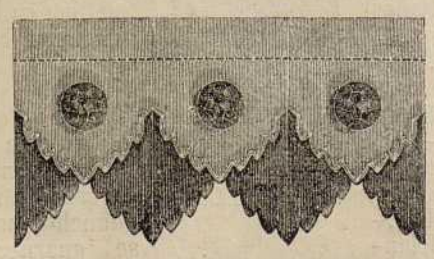
Figs. 12 á 21 (recto) del patron.

Este vestido se compone de una enagua, de una chaqueta y de un cuello de lienzo. La enagua se hace de cualquier tela de verano ó de invierno, de lienzo de Vichy, de piqué, de popelina de verano, de popelina de seda, de tegido de lana, de terciopelo inglés ó terciopelo de seda. La chaqueta (para el verano) se hace de alpaca negra ó azul, y de paño negro (para el invierno).

La enagua se corta al sesgo; su ancho es de 3 metros y 50 cents., su largo de 35 á 45 centímetros, segun la talla del niño; en el borde inferior se hace un dobladillo de 5 centímetros, pespunteado por el derecho con seda negra. Por detrás esta enagua no se cose; se la cierra con corchetes de arriba abajo; estos corchetes se ponen de modo que uno de los paños de la enagua cruce sobre el otro en un espacio de 9 cents. La enagua se pliega por arriba; los pliegues, de 5 cents. y medio, hechos á intervalos de 2 cents. uno de otro, caen todos hácia un mismo lado. El lado de encima de cada pliegue se pespuntea con seda negra en un espacio á lo largo de 5 cents.; se repasan además por el revés de la enagua para que se mantengan en la misma direccion. Lo alto de la enagua se ribetea con una trenza de lana de 2 cents. de ancho; por el revés de este borde se pone una tira de percalina de 5 cents. de ancho.

La chaqueta, acuchillada, se adorna con trencilla negra y botoncitos de madera forrados de tafetan negro. Se cortan en tela y forro dos pedazos por las figuras 12 y 13; la espalda entera por la fig. 14, que representa su mitad, —dos pedazos para cada manga por la fig. 19, teniendo en cuenta la diferencia de contornos para la mitad de debajo. Las faldetas se cortan de la misma tela que la chaqueta, y de tafetan negro para servir de forro, por las figs. 15 y 16 (por cada una de las cuales se cortan cuatro pedazos);—17 y 18 (por cada una de las cuales se cortan dos pedazos); se hilvana el forro sobre cada pedazo de tela, luego se reunen las figs. 12, 13 y 14, cosiéndolas á punto atrás, de modo que uno de los lados del forro quede libre para ser sobre-cosido despues. El escote y los delanteros se orlan con galoncillo de seda negra, luego sobre los contornos de la chaqueta se cosé por el revés una tira de tafetan negro de 5 centímetros de ancho;—la chaqueta se cierra con corchetes. Cada dedillo de la faldeta se adorna con trencilla, como se vé en el dibujo y en el patron; luego se fija cada dedillo sobre otro mayor, y de modo que los signos iguales se encuentren. Las costuras de estos dedillos con la chaqueta se esconden debajo del forro. Las dos mitades de cada manga se cosen una con otra desde 35 hasta 36,—desde 37 hasta 38. Se adornan las manga con trencilla y botones. Se cose la manga en la sisa, 38 sobre 38.

TRAGE ESCOCÉS PARA NIÑO DE 3 A 5 AÑOS. PALETOT CONTRABANDISTA PARA NIÑA DE 3 A 5 AÑOS.



GUARNICION DEL PALETOT CONTRABANDISTA.

CUELLO.—Se le corta doble en lienzo fino ó percal, por la fig. 20, que representa su mitad; se arma el cuello juntando las líneas iguales sobre la tirilla cortada por la fig. 21; se cierra con un boton y un ojal.

Paletot contrabandista, para niña de 4 á 6 años

Figs. 7 y 11 del patron.

La niña que acompaña al niño que lleva el vestido escocés, va vestida con un trage de cretona gris, orlado de cachemira negra; el zagalejo es de cachemira encarnada;

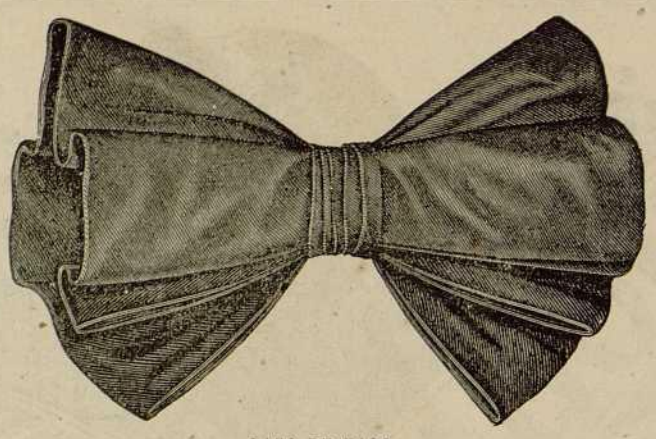
Acompaña á este número el patron n.° 9 de 1867, cuyos dibujos y explicacion van insertos en el mismo.

PALETOT DE GRÓ DE CANUTILLO NEGRO (POR DELANTE.)

el paletot *contrabandista* es de franela blanca con los contornos á punta; sobre cada punta se encuentra una cuentecita tallada de azabache; debajo de los puntas se fija una tira (tambien á puntas) de paño encarnado pespunteado con seda negra.

Publicamos además un dibujo especial que reproduce en tamaño natural el contorno del paletot.

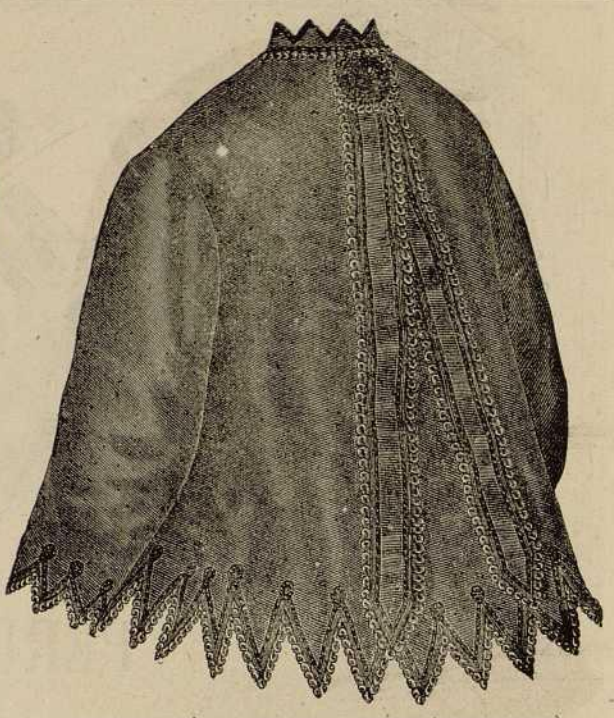
Para hacerlo, se cortan dos pedazos por cada una de las figs. 7 y 10; la espalda y el cuello enteros por las figs. 8 y 9, que representan su mitad,—dos pedazos para cada manga por la fig. 11, teniendo en



LAZO DE RASO.

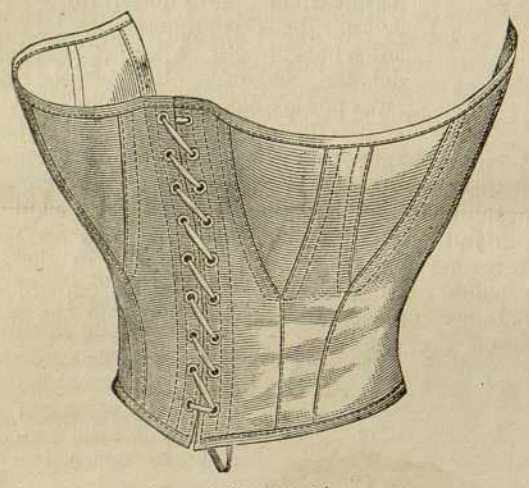
ta con arreglo á las indicaciones de la fig. 7 y del dibujo especial, luego se le orla por el revés con una tira de la misma tela del paletot, que tenga 4 centímetros de ancho; se la pespuntea por el derecho cogiendo al mismo tiempo la tira de paño encarnado; se hacen los ojales en el delantero de la derecha, se ponen los botones en el opuesto; se hace, entre la doble línea, una abertura destinada á las faltriqueras; allí se la fija, rodeándola con dos filas de pespuntes, despues de haber puesto sobre la parte inferior de la abertura la carterilla que debe fijarse sobre la línea de puntos, juntando los signos iguales. El cuello se guarnece como el paletot, luego se fija en el escote juntando las cifras iguales. Una cinta cubre las costuras todas por el revés. Las dos mitades de cada manga se cosen una con otra desde 21 hasta 22, desde 23 hasta 24; se cose la manga en la sisa 24 sobre 24.

Este paletot puede hacerse de cualquier tela.



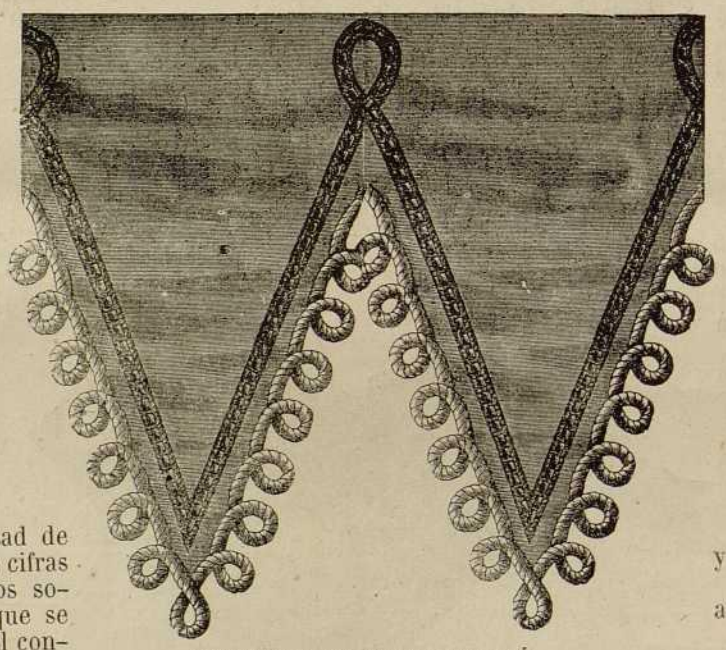
PALETOT DE GRÓ DE CANUTILLO NEGRO (POR DETRAS).

piando la disposición del dibujo que reproduce la guarnicion en tamaño natural. Las mangas, guarnecidas como el paletot, se cosen, se fijan en la sisa juntando las cifras iguales, luego se colocan las bridas de la espalda, forradas de tafetan, teniendo cada una 60 centímetros de largo y 5 de ancho por su borde inferior, 3 de ancho por su borde superior. Se fijan estas bridas debajo de un adorno plano y redondo, hecho de cordon negro dispuesto en espiral

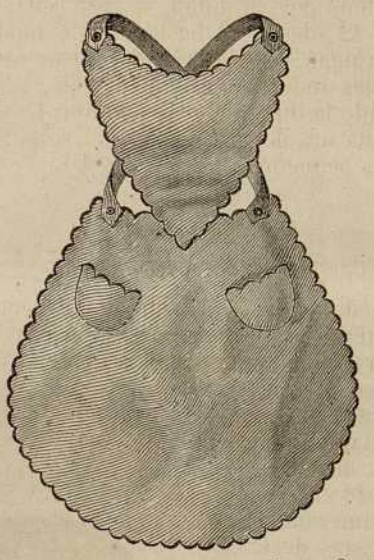


MEDIO CORSÉ.

cuenta la diferencia de contornos para la mitad de debajo. Se reunen las figs. 7 y 8 juntando las cifras iguales, dejando exceder en un centímetro los sobrantes de las costuras de los delanteros, que se pespuntean por el derecho con seda negra. El contorno del paletot (excepto el del escote) se recor-



GUARNICION DEL PALETOT DE GRÓ,
(TAMAÑO NATURAL.)



DELANTAL DE LIENZO GRIS, PARA NIÑA DE 2 A 4 AÑOS.

y rodeado de cordon punzó formando buclecillos.

Este paletot puede hacerse de cualquier tela igual al trage, de fulard blanco, etc.

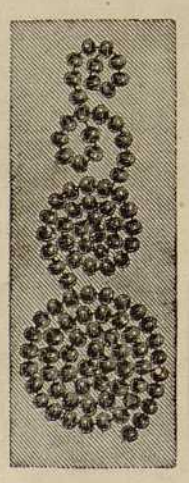
PALETOT ARABELA (POR DELANTE).

Paletot de gró de canutillo negro.

Figs. 3 á 6 del patron.

Este paletot se guarnece con galones negros de cuentas y cordon punzó, dispuesto en buclecillos sobre todos los contornos; la misma guarnicion llevan las bandas que caen por la espalda del paletot.

Se cortan los dos delanteros por la fig. 3,—las dos mitades de la espalda por la fig. 4,—dos pedazos para el cuello por la fig. 5,—2 pedazos para cada manga por la fig. 6. El borde de los delanteros se guarnece con un vivo, y se pone por debajo una tira de tafetan de 5 centímetros de ancho. Se hacen los ojales, se ponen los botones, se reunen las dos mitades de la espalda á punto atrás, luego se juntan todos los pedazos confrontando las letras iguales. El cuellecito se forra de tafetan y se orla con galon de cuentas, cubriendo tambien su reunion con el escote. —Debajo del borde inferior del paletot se pone una tira de tafetan de 5 centímetros de ancho, luego se guarnecen las puntas co-



BORDADO DEL
PALETOT ARABELA.

PALETOT ARABELA (POR DETRAS).

PALETOT PARA SEÑORA DE EDAD (VISTO POR DELANTE).

ESCLAVINA CON CAPUCHON.

PALETOT PARA SEÑORA DE EDAD (VISTO POR DETRAS).

Lazo de raso.

Fig. 49 (verso) del patron.

El lazo cuyo patron publicamos está hecho de raso; para ejecutarlo, se corta en raso puesto al sesgo y tambien en gasa rígida, una de las hojas por la figura 49, que representa su mitad; se corta una segunda hoja igual. Se pone la gasa debajo del raso, se dobla todo por su mitad, se cose cada hoja desde 41 hasta 42, desde 43 hasta 44, de modo que las costuras caigan por dentro. Se pliega cada tira siguiendo las indicaciones del patron, se las reune consultando la disposicion del dibujo. La traviesa del lazo es una tira de raso cortada al sesgo, y plegada á pliegues pequeños.

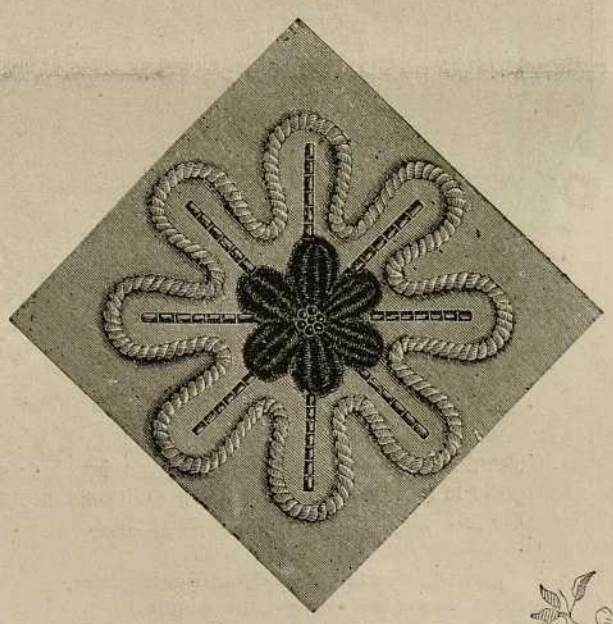
Medio corsé.

Figs. 27 á 29 (recto) del patron.

Este medio corsé está destinado á reemplazar un corsé entero para las personas enfermas, ó tambien para usarse debajo de un peinador de la mañana; se le cose en la costura misma del trage, es decir, debajo de cada brazo; se le cierra por delante.

Se cortan en cutí ó en percalina dos pedazos por cada una de las figura 27, 28 y 29. Se cosen primeramente las nesgas de la fig. 27, doblando la tela por la línea de puntos, y haciendo una costura pespunteada sobre la línea contínua. Para esta costura, se pica al través de la tela triple. Las piezas de refuerzo que se colocan debajo del brazo (figs. 28 y 29) se ponen en los sitios que les corresponden, juntando las cifras iguales. En la punta inferior de la referida pieza se hace una costura festoneada, luego, por dentro, una costura en cruz. Debajo de cada delantero se pespuntea una cinta de hilo de 2 centímetros de ancho, —por los lados otra cinta de 1 centímetro de ancho; se ponen las ballenas y se hacen los ojetes (véase la figur 27), luego se ribetea todo con una cinta de hilo de medio centímetro de ancho.

CHAQUETA CON FALDONES PUNTIAGUDOS (POR DELANTE).



ROSACEA DEL PALETOT PARA SEÑORA DE EDAD.

Delantal de lienzo gris, para niña de 2 á 4 años.

Figuras 24 á 26 (recto) del patron.

Este delantal va festoneado con lana encarnada; lleva dos tirantes, cada uno de 36 centímetros de largo, adheridos al peto, y por los lados al delantal. Se cortan este y el peto *enteros* por las figs. 24 y 25, que representan la mitad; se cortan las dos faltriqueras por la fig. 26. Todos los contornos se festonean (véase el patron, fig. 24), luego se pespuntean las faltriqueras sobre el delantal juntando las cifras iguales. Los tirantes son de la misma tela que el delantal; se cruzan por la espalda y llevan un ojal en cada extremo; los botones correspondientes se fijan sobre el delantal y el peto.

Paletot Arabela.

La fig. 44 (verso) representa el dibujo [illegible] del bordado.]

Este paletot, hecho de tafetan negro, se adorna con una rica guarnicion compuesta de cordon plano y seda negra, de cuentas y fleco de cuen-

CHAQUETA CON FALDONES PUNTIAGUDOS (POR DETRAS).

tas, mezclado con borlas. El cordon va puesto en 5 filas por todo el contorno del paletot; cada fila va seguida de otra de cuentas. Los grandes arabescos están separados por otros pequeños enteramente hechos de cuentas; un dibujo especial reproduce la parte superior de uno de los arabescos pequeños.

Paletot para señora de edad.

Figs. 45 y 46 (verso) del patron.

El patron de este paletot, hecho de paño de seda negro, no es otra cosa que el llamado *paletot recto*, publicado ya muchas veces desde hace algunos meses; los adornos son los únicos que merecen una mencion especial. El bordado está hecho de cordon de seda color castaño, felpilla fina negra y cuentas negras talladas. La orla va representada por la fig. 45; la fig. 46 es uno de los arabescos que adornan el delantero, el hombro y la espalda, y se repiten sobre la manga. Un dibujo especial reproduce en tamaño natural una de las rosáceas del paletot; se la ejecuta con cordon, felpilla y cuentas; se borda el centro al pasado con felpilla. El borde inferior se le guarnece con un galon, bordado con cuentas y cordon color castaño; de este galon pende un fleco *crepé* castaño y negro. — La costura del cuellecito recto se cubre con un cordon torcido de los dos, ya dichos colores, terminado por cabos de 20 centímetros de largo cada uno, llevando en sus estremos una borla.

PALETOT PARA NIÑA DE 7 Á 9 AÑOS.

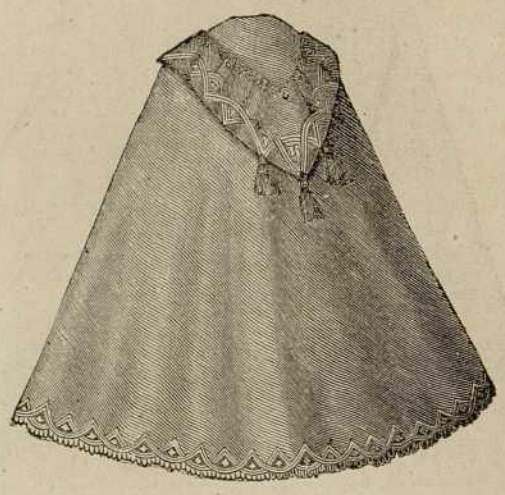
Esclavina con capuchon.

Figuras 1 y 2 (recto) del patron.

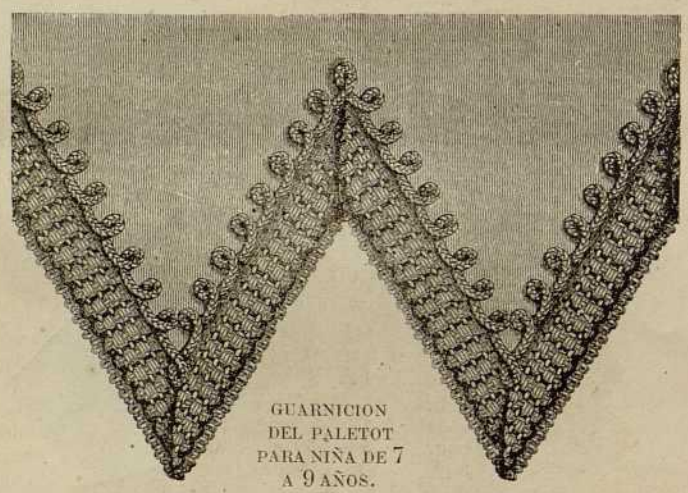
La esclavina y el capuchon se hacen de cachemira azul; la guarnicion se compone de un rizado de cachemira y de trencilla blanca de seda. El capuchon se adorna además con lazos de cinta blanca de 3 centímetros de ancho. Se cortan en tela y forro dos pedazos por la figura 1, el capuchon entero al sesgo por la fig. 2, que representa su mitad. Se reunen primero los dos pedazos de cachemira (fig. 1), luego su forro y en fin, se hilvanan juntos la tela y el forro de las figuras 1 y 2. Se redoblan uno contra otro por los contornos, y se hacen las nesgas del hombro marcadas en la esclavina. Se forman pliegues en ámbos lados del capuchon, poniendo cada cruz sobre un punto. La esclavina y el capuchon se reunen juntando las cifras iguales; se pone la guarnicion y se cubren todas las costuras por el revés con cintas estrechas.

CORPIÑO MONTANTE PARA SEÑORA DE EDAD (VISTO POR DELANTE).

BLUSA PARA NIÑO DE 3 A 5 AÑOS.



TALMA CON CAPUCHON PARA NIÑA DE 6 Á 8 AÑOS.



GUARNICION DEL PALETOT PARA NIÑA DE 7 A 9 AÑOS.

Chaqueta con faldones puntiagudos.

Figs. 22 y 23 (recto) del patron.

Se hace de cualquier tela: para el verano aconsejamos el fulard negro ó de color. La guarnicion se compone de seis filas de puntos-cadenetas, ejecutados con torzal de seda blanco, — encarnado, — azul, amarillo, — violeta, — verde; el contorno es á puntas, y va forrado con una tira de cachemira encarnada, igualmente á puntas, de 4 cents. de ancho, pespunteada á un cent. por encima del borde de la chaqueta. Los dos delanteros se cortan por la fig. 22, — la espalda por la figura 23, que representa su mitad; se reune la espalda con los delanteros á punto atrás juntando los signos iguales. Si la chaqueta es de fulard, se la forrará con muselina del mismo color.

Blusa pasa niño de 3 á 5 años.

Figs. 36 á 39 (verso) del patron.

La blusa se hace de popelina de verano á listas color castaño y blancas; la guarnicion se compone de tiras de la misma tela, cortadas al sesgo, y de botones de madera.

Se cortan dos pedazos por la fig. 36, la espalda y el cuello por las figs. 37 y 38 que representan su mitad; se deja de mas, en el borde inferior de la espalda y los delanteros, la tela necesaria para un dobladillo de 4 centímetros. Se cortan dos pedazos para cada manga por la fig. 39. Despues de hechos los ojales y puestos los botones, se reunen la espalda y delanteros, se hace el dobladillo en el borde inferior, luego se ponen las tiras cortadas al sesgo (que pueden suprimirse sin inconveniente). Estas tiras tienen 2 centímetros y medio de ancho cada una, y se orlan por ámbos lados con un vivo de tafetan color castaño. El cuello se orla tambien con un vivo, luego se fija en el escote juntando las cifras iguales.

La manga se guarnece con tiras y botones. El cinturon se compone de una tira cortada al sesgo, de 5 cents. de ancho y forrada de muselina rígida y de percalina; se orla con un vivo, y se cierra con corchetes que se cubren con una rosácea hecha de la misma tela.

PALETOT PARA NIÑA DE 7 A 9 AÑOS.

Paletot para niña de 7 á 9 años.

Figs. 30 á 35 (verso) del patron.

Este paletot se hace de moleton-cachemira gris; la guarnicion se compone de galon negro y blanco, de un centímetro de ancho, de trencilla blanca de lana ó seda, de botones de madera forrados de tafetan negro.

Se cortan dos pedazos por cada una de las figuras 30, 32, 33 y 35, — la espalda y el capuchon enteros por las figs. 31 y 34, que representan su mitad. Se reunen espalda y delanteros juntando las cifras iguales, se redobla todo el contorno (excepto el escote) hácia el derecho del paletot, y se pone el galon por encima, de modo que fije los contornos. Este galon va sujeto por un feston hecho con seda negra, y el feston va cruzado por puntos transversales, hechos con

CORPIÑO MONTANTE PARA SEÑORA DE EDAD (VISTO POR DETRAS).

seda blanca. Sobre uno de los lados del galon se cose la trencilla, dispuesta en buclecillos, y se ponen á alguna distancia dos filas de galon negro muy estrecho. Los delanteros llevan botones y una doble fila de buclecillos de trencilla. Las carterillas de la faltriquera (fig. 32) se guarnecen del mismo modo, luego se cosen sobre la línea contínua de la fig. 30. La parte superior de cada manga tiene una guarnicion idéntica á la de las carterillas. Para el capuchon se reunen primero las dos mitades de la parte vuelta (fig. 35) cosiéndolas desde 17 hasta 18, desde 18 hasta 19; allí se pone la guarnicion, se pliega el borde superior poniendo cada cruz sobre el punto inmediato, y en fin, se cose la vuelta sobre el fondo del capuchon por el revés desde 19 hasta 20. Se pone un boton sobre cada pliegue, y tres borlas en la punta del capuchon (véase el dibujo). Este se guarnece con un vivo, y se fija en el escote juntando las cifras iguales.

CINTURON DE PRESILLAS.

Talma con capuchon, para niña de 7 á 8 años.

Figuras 27 y 29 (verso) del patron.

Se hace de piqué blnaco (puede hacerse de cualquiera otra tela) se adorna con galon blanco de algodon, con un bordado festoneado y puntos rusos, todo ello ejecutado con lana inglesa azul. El capuchon se adorna con botoncitos blancos (de lienzo), y tres borlas azules y blancas.

Se corta el talma y el capuchon enteros por las figs. 27 y 28, que representan su mitad, y dos pedazos (las dos mitades de la vuelta del capuchon) por la fig. 29. Se cosen juntas las dos mitades de la vuelta desde 1 hasta 2, desde 2 hasta 3, y se ejecuta la guarnicion en parte indicada, y mas detallado aun por el dibujo especial que le está consagrado. Se reunen las figs. 28 y 29 juntando las cifras iguales, de modo que el talma y su capuchon presenten el esterior *el derecho* de la tela. Se hacen 6 pliegues en la vuelta, poniéndose cada cruz sobre el punto y cada pliegue se adorna con un boton. Se fijan las borlas (véase el dibujo), y se cose el capuchon en el escote, del talma, en el cual se han hecho las nesgas de los hombros. El talma se orla con un vivo de trencilla, y para cerrarlo se ponen corchetes.

Corpiño para señora de edad.

Figs. 40 á 42 verso) del patron.

Este corpiño se hace igual á una enagua cualquiera.

Se cortan los dos delanteros por la fig. 40, el de la izquierda con la presilla, y el de la derecha sin ella. Se cortan las dos mitades de la espalda por la fig. 41, dos pedazos para cada manga por la fig. 42. Se cosen las nesgas del pecho, se hacen los ojales, se fijan los botones, se orla el escote con una tira cortada al sesgo; se ponen las presillas de la guarnicion: hay 3 en cada estremo de la manga. Se cose la manga en la sisa, 40 sobre 40.

Para un trage mas elegante, se guarnece el borde inferior del corpiño con un encage mas ó menos alto, pero que no esceda de 10 centims. Se puede hacer este corpiño de cualquier tela de invierno ó verano.

Cinturon con presillas.

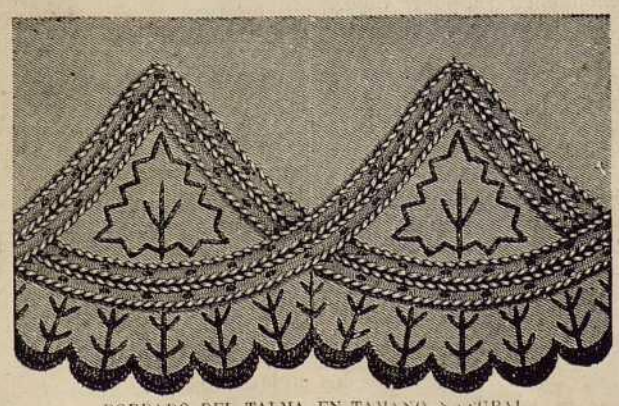
Figuras 47 y 48 (verso) del patron.

Este cinturon, hecho de tafetan negro, ó de tafetan adecuado al color de los adornos ó de la lista principal de un trage, tiene cinco presillas que forman otras tantas faldetas.

Se corta en tafetan, —gasa rígida y marcelina (forro) el cinturon entero por la fig. 47, que representa su mitad; y cinco pedazos para las presillas, por la fig. 48. El cinturon se orla con un vivo; los contornos de la tela y del forro de las presillas se redoblan unas contra otras. Se hacen los ojales, y se ponen los botones indicados para el cinturon; se le cose el fleco de cascabelillos, y se fijan estas presillas al rededor del cinturon; siguiendo las indicaciones del patron.

CINTURON CON LAZO.

LAZO DE CINTURON.



BORDADO DEL TALMA EN TAMAÑO NATURAL.

Cinturon con lazo.

Figura 43 (verso) del patron.

Se hace de tafetan negro; ó bien del color de la guarnicion del trage; el lazo es igual al cinturon y con vivos de la misma tela. Se corta el cinturon entero (por la fig. 43, que representa su mitad) en lienzo; gasa rígida, y finalmente en tafetan; sobre él se fijan tiras de tafetan cortadas al sesgo, y dispuestas en tres pliegues; debajo del cinturon se cose un forro de marcelina; el lazo se prepara con arreglo al dibujo especial que se publica, y que lo representa en los dos tercios de su tamaño.

UN COLEGIO DE SEÑORITAS EN PROVINCIA.

(CONCLUSION.)

Al percibir á su hermanita, Gaston lanzó un grito de alegria, y así que la niña se inclinó hácia él para abrazarle, la cogió y la retuvo largo tiempo estrechándola contra su corazon. Enriqueta, encantada de tantas demostraciones cariñosas, no observó al principio el cambio que habia experimentado su hermano, pero en cuanto lo notó:

—Qué es lo que te ha sucedido mi querido Gaston? dijo, ¿has tenido tú tambien el crup?

—El crup! exclamó Gaston con espanto, ¿has tenido el crup, Enriqueta?

—Si, contestó la niña, y sin mi pequeña mamá, estaria ahora muerta. Así lo ha dicho el doctor.

—Ella! pronunció Gaston muy conmovido.

—Figúrate que me ha dado una cosa que se llama el emético. Y parece que eso era difícil de hacer porque todo el mundo ha quedado sorprendido. Nuestra mamá dijo que ella no lo hubiera intentado nunca. Yo no recuerdo siquiera qué fué lo que hizo; me dolia tanto la garganta! Pero cuando el doctor llegó, dijo: ¡la habeis salvado!

—Pobre ángel! exclamó Gaston abrazándola de nuevo.

—Mira, continuó Enriqueta, no siento nada, al contrario, me alegro de haber estado enferma. ¡Si vieras que mimada estoy! Duermo por de pronto en la habitacion de mi pequeña mamá, y se está tan bien allí!

El jóven hizo un movimiento.

—Qué tienes...? ¿padeces, querido Gaston? preguntó la inocente niña.

—Oh! no, no! Háblame mas, querida mia, tus palabras me hacen mucho bien.

—Todas las noches, añadió Enriqueta, viene á besarme en los ojos para hacerme dormir, y me llama muchas veces su niña querida.

—Y no te llama nunca... su hermana?

—Oh! no, todo lo contrario; me ha regañado un dia porque la llamaba así.

—Y sabes por qué?

—No, dijo Enriqueta vacilando.

—Si tal, tú lo sabes, querida mia! Oh! dímelo, dímelo, te lo suplico!

—No sé cómo explicarlo; pero me parece que no le gustaria nada ser tu hermana: y eso que te quiere tanto!

—Te lo ha dicho ella, Enriqueta?

—Ah! no: lo conozco yo muy bien sin que me lo diga. Ha llorado muchísimo cuando estuviste enfermo por causa de ese pícaro sustituto. Si pudieras verla aquella mañana, corriendo al encuentro del señor Maestro, para saber mas pronto noticias tuyas. Y hoy mismo, cuando papá le dijo: "os debo ya la vida de mi hija, venid á salvar tambien la de mi hijo," ella contestó al punto. ¿Qué es lo que tengo que hacer? Seguirnos, dijo papá, y en seguida subimos los tres en el carruage.

—Cómo! Blanca está aquí! Dios mio! exclamó Gaston suspirando y sintiéndose desfallecer.

Cuando recobró sus fuerzas, un brazo flexible y delicado le sostenia la cabeza, una dulce y cariñosa mano le enjugaba la frente. Levantó los ojos y vió á Blanca que le contemplaba con amorosa ternura.

—Dónde estoy? dijo con voz débil.

—En los brazos de tu esposa! exclamó su madre apretándole la mano y uniéndola á la de Blanca.

. . . . . .

Quince dias despues se celebraba el casamiento de Gaston de Courtel con la señorita Blanca Derby.

El señor Maestro daba el brazo á la novia, que estaba radiante de dicha y de belleza. Estela servia, por decirlo así, de madre á su amiga, y el teniente de testigo á Gaston. A la noche, un brillante baile reunió á todas las personas principales de la ciudad.

En un momento en que el calor era extremado en el salon, Estela que acababa de valsar con el teniente, entró en un pequeño gabinete fresco y confortable, colgado de muselina blanca sobre fondo color de rosa, y el cual formaba parte de las habitaciones, de los dos jóvenes esposos.

—Qué dichosos van á ser! dijo con un suspiro su compañero de vals, que la habia seguido.

—He ahí un suspiro que me sorprende bastante, exclamó riéndose la linda viuda; se creeria en verdad que os inspira envidia la dicha de vuestro amigo!

—No es su dicha lo que envidio, señora, sino una felicidad semejante á la suya.

—Entonces os compadezco y teneis mucha razon en suspirar; porque no existe en el mundo mas que una Blanca.

—Oh! sino se tratase mas que de saber donde podria yo encontrar la dicha para obtenerla, poca pena me daria.

—De veras? Pues eso ya es algo, es mucho, caballero.

—Teneis razon, Estela, pero soy un ambicioso y he co-

locado mis pretensiones tan altas, que desespero de verlas realizadas, á no ser que....

—Amaríais acaso á alguna princesa de la familia Real? preguntó la coqueta jugando con su ramo.

—Cien veces mas que eso, señora! Amo á una mujer jóven, bella, amable y adorablemente buena. Pero; ay de mi! es rica y yo no tengo otra cosa que ofrecerle mas que un nombre sin mancha y un amor sin límites.

—Y creéis que todo eso no vale nada? Vale mucho, muchísimo, caballero. Sois muy modesto, lo cual tambien es algo, hoy que tanto abunda la fatuidad; y si yo estuviera en el lugar de vuestra....*dicha*, no tendria recelo de dar algunos pasos hácia vos, aunque no fuese mas que para recompensar una cualidad tan rara.

—Hablais formalmente, señora? Pronunciad una palabra mas y me hareis creer que no sueño!

Estela era demasiado leal y demasiado amante para desempeñar por mas tiempo el papel de coqueta, así, cambiando repentinamente de tono:

—Señor Teniente, dijo al jóven tendiéndole la mano, el amor sin límites siempre obtiene su premio.

—Ah! me abris el cielo! exclamó el enamorado teniente cayendo de rodillas.

—Blanca, ven á ver lo que pasa aquí, se oyó gritar á Gaston, que hacia ya largo tiempo que andaba buscando pretesto para atraer á su esposa al gabinete en que se hallaban Estela y el teniente.

La hermosa jóven entró sin desconfianza, y al ver al amígo de su esposo á los piés de Estela, que le abandonaba sus manos:

—Oh! Qué buena eleccion has tenido, querida Estela! dijo á ésta; bien merece ser dichoso, ¡quiere tanto á mi Gaston!

Y las dos jóvenes se abrazaron.

Epílogo.

Diez años han transcurrido desde el casamiento de Blanca, al cual siguió muy pronto el de Estela con el teniente. Este apreciable jóven ha hecho una brillante carrera. Manda hoy la gendarmeria del departamento.

Enriqueta, aquella traviesa niña que recordarán nuestros lectores se ha casado tambien hace un año y se halla muy próxima á ser madre. Reside en París, donde su marido ocupa una buena posicion, y sus padres han ido á vivir cerca de ella.

Gaston ha sucedido á su padre en el cargo de Recaudador de contribuciones.

El señor Maestro, en fin, tiene definitivamente derecho á este nombre, porque se ha casado, un año despues del matrimonio de Blanca, con la señorita Miss, á la cual aquella ha cedido, sin condiciones, su acreditado establecimiento.

Un hermoso dia del mes de mayo de 1855, el doctor, á quien hemos visto figurar con frecuencia en nuestra historia, se hizo anunciar en casa de la señora Blanca Derby de Courtel. Llegaba de Paris, porque él tambien habia dejado de vivir en provincia hacia algunos años. Pero, llamado para una consulta en una quinta de las cercanías, se dirijiera á la ciudad con el objeto de visitar á sus antiguos amigos.

—Qué amable sois, doctor en acordaros de nosotros! dijo Blanca tendiéndole ambas manos. ¿Qué noticias nos traeis de nuestra querida Enriqueta?

—Señora, no sé cómo responderos á esa pregunta, contestó el doctor en tono de chanza. Figuraos que con la intencion de despedirme de ella y de traeros noticias suyas, fuí á verla antes de ponerme en viage. La encontré fresca, rosada, encantadora como de costumbre, aunque un poco abultada, añadió el médico con malicia. Me apresuro á venir á saludaros para comunicar tan interesantes nuevas, pero, ¿qué es lo primero que veo al llegar á vuestra casa? A la misma Enriqueta. No á la que dejé antes de ayer en Paris, sino á la que he conocido á la edad de nueve años. Lleno de admiracion, estupefacto, le pregunto su nombre. —Enriqueta de Courtel— me responde haciendo la graciosa reverencia de otras veces. Trato de buscar enseguida á la esposa de Gaston de Courtel para explicarme semejante prodigio, y me encuentro al fin en frente de la señorita Blanca Derby, que he conocido hace diez años, y la cual parece que no tiene un dia mas que entonces. Ahora, señora, concluyó el doctor, presentando su mano á Blanca, dignaos morder la punta de mi dedo para que logre saber si duermo ó si realmente estoy despierto, porque lo que está pasando me hace el efecto de una historia de las *Mil y una noches*.

Blanca acogió este madrigal improvisado con una alegre y franca carcajada.

—Que mi Enriqueta se parece á su tia y madrina hasta el extremo de que lleguen á confundirse, dijo, es un hecho probado; pero que una mujer que ha pasado de los treinta años, sea absolutamente lo mismo que á los veinte y dos, he ahí, doctor, lo que es muy difícil consigais hacer creer á nadie, ni aun á mí misma que tanto interés debo tener en creeros. Esa paradoja, querido amigo, huele á París de una legua.

—Ese pobre París! Porqué le juzgais así tan mal, señora? Me parece que no habeis pensado siempre así acerca de él, sino que, por lo contrario, era vuestro sueño dorado.

—Qué quereis, Doctor! Cada uno tiene su patria en aquel sitio en donde se halla bien, y los diez años de felicidad que acaban de transcurrir me han reconciliado completamente con la vida de provincia. Ya teneis explicada ahora esa metamórfosis. ¿Creéis que haya salido perdiendo al cambiar á París por la dicha?

—¿Es decir que no volvereis á París?

—Probablemente, no.

—Ni siquiera un corto viage de placer?

—¿Qué necesidad tiene de placer el que posee la ventura? Ya sabeis que esta es un huésped celoso y susceptible; ¿quién me asegura que la encontraré otra vez á la vuelta?

—Siempre la misma! exclamó el doctor besándole la mano.

En este momento entró Gaston.

—A propósito, continuó el doctor dirigiéndose á Blanca, despues de haber abrazado á su marido, delante tenemos á un guapo mozo que no se ha contentado con permanecer él mismo, pues que seguramente le encuentro muy mejorado.

—En cuanto á eso, os lo concedo, querido doctor, dijo la jóven. Gaston era poco mas que adolescente cuando se casó conmigo; tenia el derecho de crecer y hasta de embellecerse, y ha usado de ambos derechos á pesar de los cuidados del matrimonio.

—En materia de cuidados, respondió Gaston, no me doy por aludido; yo no he recogido mas que rosas; porque la mujer ha cumplido sobradamente todas las promesas de la niña, añadió abrazando á su esposa que se ruborizó ligeramente.

—Considerad, amigo mio, exclamó Blanca, dirigiéndose al médico, qué hermosa figura harian en París dos tortolitas como nosotros!

—Teneis razon, señora, contestó el doctor, permaneced donde estais y como sois. Es preciso no jugar jamás con la suerte.

Un criado anunció al señor Dupont, ó mas bien, al señor Maestro. Aquel dia era uno de los que el digno profesor destinaba á comer en casa de Blanca, y hacia diez años que no habia faltado una sola vez á la cita convenida.

Muy pronto se entabló entre aquellos cuatro amigos antiguos una encantadora y alegre conversacion, en la cual hizo el gasto el tiempo pasado. ¿Os acordais?...Os acordais? Tales eran las palabras que incesantemente se cambiaban en las cuatro esquinas de la mesa, mientras que la pequeña Enriqueta, colocada junto á su madre, escuchaba con el mas vivo interés todo lo que decian los convidados.

—Ah! Aquellos eran los buenos tiempos! decia suspirando el señor Maestro, siempre que se evocaba algun recuerdo.

—Doctor, dijo Blanca, de improviso, señalando al viejo, habreis creido hasta aquí, como todo el mundo, que el señor Dupont era un hombre perfecto. Pues bien, vivíais muy engañado. Sabedlo todo: el señor Dupont, el señor maestro, tiene un defecto!

—Como! exclamó el doctor.

—Sí, y os lo denuncio hoy, continuó Blanca. Tiene un defecto capital. ¡Nada mas que eso!

Y como el acusado la miraba con aire sorprendido y pesaroso al mismo tiempo.

—Sí, mi viejo amigo, añadió la esposa de Gaston, sonriéndose, descubro vuestra grave falta y os la señalo para que hagais penitencia.

—No sé á donde quereis ir á parar, señora; pero cualquiera que sea esa falta, estoy dispuesto, si os ofende al mas sincero arrepentimiento, dijo el pobre viejo con tono humilde.

—De veras?

—Hablad, señora.

—Oidlo, pues. Sois un ingrato.

—Ingrato? Yo! exclamó el buen hombre juntando las manos y asomándosele las lágrimas.

—Ingrato con la Providencia, se apresuró á decir Blanca al ver tan compungido al señor Maestro.

Y despues de una ligera pausa, prosiguió:

—¿Porqué razon echais de menos á todos los instantes el pasado, á costa del presente? Me parece, sin embargo, que para vos, lo mismo que para mí, el tiempo presente vale algo mas que el que dejamos atrás. Yo, me veo rodeada de cuanta ventura pudiera desear en este mundo; vos, teneis una excelente esposa que os mima como á un niño. Veamos si hablo con acierto y si sois capaz de pensar de otra manera. ¿No es verdad, mi antiguo y buen amigo, cuanto llevo dicho?

—Es verdad; contestó el señor Maestro suspirando.

—Sois propietario de un establecimiento, en el cual no ocupábais antes mas que una posicion secundaria; antes, quiero decir ese tiempo que tanto os complaceis en elogiar, y de que estábamos hablando ahora. ¿No es verdad tambien esto?

—Tambien es verdad, señora, volvió á contestar el viejo. Y un nuevo suspiro acompañó otra vez la respuesta.

—Y entonces, ¿qué cosa podeis echar de menos? Qué cosa poseíais antes que no poseéis ahora? Ninguna, que yo recuerde á lo menos. No habeis perdido un solo amigo, ni habeis ganado un solo reumatismo. ¿Qué es, pues, lo que echais de menos? vuelvo á repetiros.

—Ah! Entonces....entonces os veia todos los dias, dijo sencillamente el pobre viejo.

Blanca enternecida posó sin decir nada su mano torneada sobre la mano seca y descarnada que su antiguo adorador apoyaba en el mantel. Luego, volviéndose hácia el doctor:

—Qué responderé á esto? exclamó; me ha desarmado completamente.

—Ya veis como os habeis engañado, contestó el médico riendo. El señor Dupont es un hombre perfecto.

—He ahí, dijo Gaston, *¡como se viene á parar á la calumnia, creyendo haber tomado solamente el camino de la maledicencia!*

FIN.

Remigio CAULA.

EL RIO CANIMAR. (*)

A mi distinguido amigo y paisano el Señor Don Eduardo Cassá, Fiscal de Hacienda en Cádiz.

Entre soberbios montes, que aun ostentan
La rudeza salvaje primitiva,
Sobre un lecho de mangles cenagoso,
Tributario del mar, corre el Canimar.
Ancho en su boca, que una barra obstruye,
Discurren sus corrientes fujitivas....
Cuando en el mar de la existencia entramos
Ráudas así las horas se deslizan.
Ni una flor engalana sus contornos,
Ni un arenal alegra sus orillas;
Aridas rocas en caudal contiene,
Silvestre el junco á su alredor se cria:
De espesos matorrales sus laderas
Cubiertas siempre están: allí guarida
Tiene el caiman de traicionero instinto,
Que al solitario cazador atisba....
Tal vez el tiempo para abrirle cauce
Las tempestades conjuró: encendida
En la luz del relámpago instantáneo
De Dios resplandeció la faz divina;
El trueno retumbó: del noto fiero
Al contínuo batir, la tierra altísima
Al valle vino; y presuroso el rio
Cáuce se abrió con majestad terrífica.
Contempladle!—Es el mismo en cuyas grutas
El retronante caracol se oia:
El mismo, sí, que en tiempo de ignorancia
De chozas coronó la raza india.
Jeneracion de víctimas!...Vestigio
Vuestro no queda ya: fueron los dias
De ventura, y de paz y de inocencia,
En que sus ondas la *piragua* hendia.
¡Oh vosotros, sencillos trovadores.
Que atesoráis un corazon de artista,
Y en la tierra por único tesoro
Solo teneis una armoniosa lira;
Y vosotros, pintores, que andais siempre
En busca de sublimes perspectivas,
Donde la sombra con la luz en pugna
Imaginarios panoramas finja,
En que halla nubes de matices varios,
Mares lejanos de azulosa tinta,
Y bosques y remansos y cavernas
Y crestas que á los cielos desafian;
Volad allá!—y en vuestras arpas de oro
Cantad del Hacedor las maravillas;
Trasladad tan poéticos paisajes
Al terso lienzo que el pincel anima.
Mirad al cazador, que su esperanza
A su arma mortífera confia:
Contemplad el batel, que al doble impulso
Del tardo remo y de la vela lista,
Surcando vá con rapidez extrema,
Cual la flecha del arco despedida.
Las que halagüeñas sus costados lamen,
Azules ondas, trasparentes linfas,
Donde sus alas humedece el céfiro,
Donde sus plumas la paloma riza,
Y, al nacer y al morir, la luna pálida
Y las estrellas májicas se miran.
Semejando moriscos adüares
A flor de agua mirad chozas pajizas,
De cuyo techo en espirales sube
Humo que el viento jugueton disipa.
Y allá léjos, muy léjos, sobre montes
Tapizados de zarzas y de ortigas,
El triunfante penacho de la palma
Mecerse con serena gallardía.
Misterio y soledad!... por donde quiera
Del ancho cáuce en la extension domina:
Gime la brisa entre el follaje espeso,
La astuta sierpe en las cavernas silba
Y mientras, entre montes que aun pregonan
La rudeza salvaje primitiva,
Sobre un lecho de mangles cenagoso
Sosegado hácia el mar corre el Canimar.

A. Mestre y Tolon.

(*) Magestuoso y pintoresco rio, próximo á la ciudad de Matanzas, (Isla de Cuba) en cuya bahía desemboca.

PRIMERAS FLORES.

Á LA PRECIOSA NIÑA CÁRMEN L.

Cual brotan en el prado
las gayas flores,
en nuestro pecho brotan
las ilusiones;
siendo, ámbas, niña,
nuestro dulce consuelo,
nuestra alegría.

Hoy que á brotar empiezan
en tu albo pecho,
las dulces ilusiones
de un amor tierno;
tén gran cuidado,
que es fácil las marchiten
los desengaños.

Feliz tú si conservas
dentro del alma,
la semilla bendita
de la esperanza.
Mas si la pierdes
verás tus ilusiones
qué pronto mueren.

Las ilusiones, niña,
son para el pecho,
lo que para las flores
el manso viento;
sin sus caricias,
tus amores en gérmen
se agostarian.

Ilusion y esperanza
tu pecho encierra,
guárdalas, niña hermosa,
con ánsia tierna.
¡Feliz mil veces,
si esas flores perfuman
tu pecho siempre!

CARLOS CANO Y NUÑEZ.

LOS VECINOS DE DARLINGEN.

NOVELA DE ENRIQUE CONSCIENCE.

(CONTINUACION.)

La pieza donde se hallaban era un lindo saloncito decorado con bellos muebles y alegres cuadros. Todo respiraba la juventud, el júbilo y las dulzuras del amor que embargaba á la dichosa familia.

Mil pequeñas fruslerías que no tienen nombre, brillaban sobre la chimenea y sobre los veladores maqueados. Las cortinas, las sillas y las lámparas, ostentaban frescos bordados de lana y seda mezclados de cuentas, obra todo de una diestra mano de mujer. La cuna tenia la forma de un barco y sobre las cortinas de encage que la guarnecian, la tierna madre habia bordado ángeles alados, como para rodear á su pequeño hijo de genios tutelares.

La mesa estaba puesta hacia largo tiempo y la tarde comenzaba á caer. Herminia escuchaba con atencion los ruidos de la calle, esperando á su esposo con impaciencia; al fin, inquieta por su tardanza, se fué cambiando su alegría habitual en un temor indefinible y vago.

Las luces estaban encendidas y las ventanas cerradas. Herminia corria desde la puerta á la cuna y desde la cuna á la puerta, poseida de una secreta ansiedad; iba á manifestar por tercera vez su inquietud á la criada cuando oyó una llave en la cerradura y exclamó levantando los brazos:

—Ya está aquí. ¡Ernesto!... Ernesto!...

En cuanto apareció en el dintel, se arrojó á su cuello con los ojos llenos de lágrimas, como si no le hubiera visto en mucho tiempo. El la estrechó contra su pecho murmurando con ternura su dulce nombre; luego se dirigió hácia la cuna para besar á su hijo.

Herminia asiendo sus dos manos le dijo con tono triunfante:

—Ernesto!... Ernesto!... ya anda solo nuestro ángel, ¿lo querrás creer? Pues nada hay mas cierto; ya dá cuatro pasos sin caerse, y se tiene derecho como un hombrecillo. ¡Estoy tan contenta!... ahora crecerá pronto y todos los dias le llevaremos á pasear al parque. ¡Ah! yo iré tan orgullosa como una reina.

Mr. Decock miró á su feliz mujer con profunda emocion aunque nada tenia de extraordinario lo que le decia, se reflejó en su rostro una expresion de dicha inexplicable y latió su corazon con dulce júbilo.

—Anda solo? dijo; por eso comprendo tu alegría, Herminia. ¡Ah! es una buena noticia la que me das; enséñale pronto, que tendré un placer en pasear llevándole de la mano y su madre al otro lado; no sé cuál de los dos irá mas satisfecho; pero vamos á la mesa, querida mia, pues tengo que trabajar.

—Trabajar, Ernesto!... todavía trabajar? le dijo ella en tono de reproche.

—Un rato; una media hora. Siéntate aquí á mi lado y cuéntame desde que nos separamos, lo que ha hecho Ernesto y cómo ha tenido el capricho de correr solo. Debes decírmelo todo y darme parte de tu emocion y de tu gozo.

La criada despues de haber servido la comida volvió á sentarse cerca de la cuna y Herminia contó á su marido con los menores detalles, cómo habia pasado el dia ocupada en enseñar á andar al niño, las alternativas que tuvo de temor y de esperanza al verle vacilar y caer cien veces y el gozo que tuvo al ver resuelto el problema. Repitió sus gritos de triunfo entremezclando en su relato con exclamaciones sobre la inocencia infantil, concluyendo por palmotear como si en aquel momento hubiera estado presenciando todavía el delicioso espectáculo, que llenaba su corazon de una felicidad inexplicable.

Una alegre sonrisa brilló en el rostro de Mr. Decock, resonando en su oido la dulce voz de Herminia como un himno de ternura maternal; tan encantado estaba que se hubiera olvidado de comer á no invitarle su mujer repetidas veces; y, estaba sin embargo, mas taciturno que de costumbre, y cuando terminó el relato se distrajo con frecuencia de la conversacion.

Herminia notando que le preocupaba alguna gran cosa le interrogó con la mirada, y haciendo un signo para mostrar á la criada que estaba cerca de la cuna, su mujer le comprendió y dijo:

—Sofía, id á la cocina; yo cuidaré del niño y os llamaré cuando hagais falta.

La criada obedeció y entonces dijo Herminia á su marido:

—Tú tienes algo, Ernesto; al principio creí que estarias cansado, ahora creo adivinar en tí un pesar que me ocultas, ¿no podré yo saberle?

—Sí, en efecto, tengo un pesar; si pesar puede tener un hombre á quien Dios ha dado dos ángeles para su consuelo. Pero todo es relativo en la vida; en el cielo mas bello se ven á menudo sombrías nubes.

—Me das miedo, Ernesto, ¿te ha sucedido alguna cosa desagradable?

—Desagradables para mí, sí; pero no te inquietes porque el mal no es irreparable. Tú sabes que yo tenia hechos los planos para la sociedad que debia constituirse bajo la razon social de Williams y Ledoc para la pulverizacion del arroz y la fabricacion del almidon. Yo estaba encargado de esta gran obra y hubiera ganado algunos miles de francos como inventor y director. Ya en mi mente habia tenido aplicacion este dinero, y confieso que dispuse de antemano de alguna pequeña parte... Pero ved aquí que han surgido dificultades entre los principales capitalistas de la sociedad proyectada y ya no se forma. Todo mi trabajo y mi esperanza de un buen resultado están decididamente perdidos.

Herminia pasó su brazo al rededor del cuello de su marido y dirigiéndole una tierna mirada dijo:

—Ernesto mio!... no te atormentes por tan poco; ¿si tuviésemos cien veces mas dinero del que has perdido hoy, seríamos mas dichosos?

—No, mi buena Herminia; pero es muy triste para mí ver siempre alejarse el objeto de mi afan cuando creo ya tocarle.

—Vamos, no pienses mas en eso. Has ganado mucho este año y nada nos falta.

—Es verdad.

—Y tu proyecto para un nuevo ferro-carril ¿vá bien?

—Ah! no tan bien como quisiera; suspiró él sacudiendo la cabeza. El ministerio se muestra favorable; pero hay una secreta oposicion en las oficinas, y siempre estamos de Herodes á Pilatos; promesas, muchas promesas y no se adelanta nada. ¡Si tambien esto fracasase!...

Herminia abrazó á su marido como si hubiera querido borrar el pesar que sentia con sus caricias y exclamó con alegre confianza:

—Tu proyeto será aceptado; créeme Ernesto.

—Ojalá, querida mia.

—Bien y supon que se rehusase, ¿qué influencia tendria esta decepcion material sobre nuestra dicha? Aun cuando la pobreza nos agobiase, mientras yo sintiera latir tu noble corazon contra el mio, daria gracias á Dios por esta dicha suprema, siendo con tu amor la mujer mas dichosa del mundo!....

—Gracias!... gracias!... mi buena Herminia; sé que hago mal en apesadumbrarme, pero no lo extrañes; no es el egoismo el que me hace sentir las contrariedades. Yo prometí sólemnemente en el altar el dia que el sacerdote bendijo nuestra union, obligar á tus padres á felicitarse por tu casamiento; quise ganar dinero para hacerte rica preservándote de todas las humillaciones posibles; este ha sido el deseo de mi corazon y es la estrella que alumbra mi porvenir. Lo creí cosa mas fácil, y ya han corrido dos años sin adelantar apenas un paso.

Un suspiro se escapó de su pecho, notándose una profunda tristeza en lo empañado de su voz.

—Luego lo que tú deseas son riquezas? dijo Herminia con una maligna sonrisa: pues bien, yo voy á dártelas; poseo un tesoro de muchos millones; ven, te le enseñaré.

Y tomando la mano de su marido le obligó á levantarse y le llevó junto á la cuna.

—Hélo aquí; exclamó mostrándole á su hijo dormido. ¿Le cederias tú si te ofrecieran todas las riquezas del mundo?

—Oh! no, no; respondió Mr. Decock conmovido.

—¿Y podrás estar triste al lado de nuestro ángel? Tendrás penas cuando el Señor nos concede la dicha de que muy pronto le acompañe un nuevo hermano? Ah! Ernesto, tén mas confianza en el porvenir; alégrate. ¡Es tan bella la vida!...

Habia tocado la cuerda mas sensible de su alma, haciendo vibrar la esperanza y el orgullo paternal. La estrechó tiernamente en sus brazos murmurando palabras de reconocimiento y de amor; confesó que habia hecho mal en abrigar temores, y aseguró que estaba desvanecida toda la inquietud de su corazon. Pronto leyó su victoria sobre el rostro de su marido: viendo brillar el júbilo en sus ojos y la sonrisa en sus labios. Las arrugas que marcaron su anterior preocupacion habian desaparecido de su frente.

Entonces sentados junto á la cuna del niño, y contemplándole con amor, entablaron una conversacion tan dulce, tan tierna, tan inocente, que se los hubiera tomado por dos niños; disputaban sobre cual de ellos se parecia mas al niño.

Herminia aseguraba que el padre y el hijo, con la diferencia de la edad, se parecian como dos gotas de agua; tenia el niño su frente despejada, los labios y la sonrisa llenos de expresiva bondad. Mr. Decock sostenia lo contrario, diciendo que el pequeño Ernesto tenia los ojos azules y los cabellos rubios como su madre; pero ella no se convencia; porque la imágen de su marido, que llenaba su alma entera, le parecia la mas bella y la mejor.

Cuando cesó la tierna querella, aun se entretuvieron un rato formando castillos en el aire sobre el porvenir de su hijo, manifestando Mr. Decock sus deseos de enseñarle su industria. Esto le recordó que el banquero y los capitalistas que querian rehusar su proyecto de camino de hierro, debian reunirse por la mañana temprano y tenia que llevarles á primera hora los nuevos cálculos que iba á hacer en la hipótesis de que el gobierno y las cámaras consentirian en cambiar el trazado anterior.

Herminia llamó á la criada y la dijo:

—Sofía; quitad la mesa y podeis acostaros en seguida; Mr. Decock me ayudará á subir la cuna.

Y, en efecto; tomándola cada uno de un extremo, subieron muy alegres su preciosa carga, recreándose en aquella tercer alma, con la cual sus almas estaban fundidas en una sola.

La cuna fué colocada en la alcoba de Herminia, y Ernesto salió solo con una lámpara en la mano, cerró la puerta y se aproximó á una gran mesa cubierta de papeles, de planos y dibujos. Se sentó, abrió un libro grueso y se puso á copiar largas columnas de cifras. Su trabajo debia ser muy complicado, pues permaneció mas de media hora absorto en una profunda meditacion. La obra avanzaba, y tenia ya algunas páginas llenas y puestas á un lado, habiendo vencido sin duda las grandes dificultades.

De vez en cuando volvia la cabeza hácia la puerta detrás de la cual reposaban su dicha y su fortuna; entonces una dulce sonrisa se dibujaba en sus labios, como si las imágenes queridas apareciesen delante de sus ojos.

El trabajo estaba terminado; Mr. Decock arrolla todas las páginas juntas como para llevarlas por la mañana y las puso á un lado.

Se levantó y acercándose en silencio hácia la alcoba escuchó si se sentia dentro algun ruido y volvió á sentarse delante de la mesa como si se preparase á empezar un trabajo secreto.

Sacó una cartera de carton de debajo de una gran pila de libros, la abrió y se quedó con la cabeza apoyada en las manos y los ojos fijos sobre un pliego grande de papel. Lo que miró parecia encantarle porque su rostro estaba radiante y permaneció largo tiempo extasiado en la contemplacion de aquella cosa tan bella.

Era un dibujo admirablemente trazado. En medio de la composicion estaba sentada una jóven elegante, con rasgos como una Vírgen de Rafael, con una expresion tan celestial que era capaz de conmover el alma mas endurecida.

Sobre cada una de las rodillas tenia una criatura; en la derecha un niño sonrosado y frèsco, de un año poco mas, en la izquierda una niña de pocos meses, cuyas facciones en miniatura eran un retrato del rostro de su madre; pero de líneas tan puras, tan dulces y tan tiernas, que el autor de este dibujo debia ser á la vez amante, artista, y padre, para haber creado una figura de niña tan deliciosa.

Encima de la cabeza de cada niño, un ángel guardian sostenia un lazo flotante en cuyas cintas se leia un nombre; en el del niño *Ernesto*, en el de la niña *Herminia*.

Despues de media hora pasada en la muda contemplacion de estas imágenes Mr. Decock tomó de un cajon un lapicero y se puso á espesar acá y allá las sombras del dibujo para darle un poco mas de relieve y corregir alguna cosa en la mano de uno de sus hijos.

En este momento la puerta de la alcoba se abrió despacio y en silencio, apareciendo Herminia en el dintel envuelta en un peinador blanco como la nieve que le caia hasta los piés. Su rostro resplandecia de dicha y con la sonrisa que vagaba en sus labios parecia un ángel del cielo.

Se deslizó sigilosamente hasta colocarse detrás de su marido, mirando por encima de su hombro. Pero apenas hubo fijado la vista sobre el dibujo, se puso á temblar dejando escapar un grito que no fué dueña de contener.

Mr. Decock sobresaltado saltó en su silla; pero antes que pudiera decir una palabra, Herminia se habia suspendido á su cuello, diciéndole con las mas ardientes caricias:

—Ernesto!... amigo mio!... tú me harás morir de dicha!.., Cuán inmenso es tu amor!... ¡Tú la ves viva, tú amas ya al nuevo hijo que el cielo nos concede!... Oh! gracias!... gracias!... Y escondió la cabeza en su pecho, bañándole con lágrimas de la mas profunda emocion.

III.

Bajo los tilos, en el jardin de Mr. Romys habia una mesa sobre la cual estaban colocadas un cierto número de tazas de fina porcelana. Una cafetera de plata cincelada y un jarro de leche del mismo metal brillaban entre dos vasos llenos de flores y algunos platos cargados de golosinas.

M.me Romys que estaba sentada en una silla, miraba con satisfaccion la suntuosa mesa y se frotaba las manos como una persona que espera disfrutar un gran placer. Se levantó, colocó de nuevo los platos y se alejó unos cuantos pasos psra examinar de lejos el efecto de este nuevo arreglo. Habia alguna cosa de inocente y de infantil, en el júbilo que resplandecia en sus ojos y en la vivacidad de sus gestos.

Su marido entró en el jardin, se aproximó y echando una mirada de descontento sobre la mesa, dijo:

—Qué significa esto, Julia? ¿Buscais el medio de incomodarme? La mejor plata y la porcelana mas fina!... ¡vaya!... vaya!... no parece sino que esperais la visita de un rey.

—Yo os suplico, querido Bonifacio, que me dejeis hacer mi gusto siquiera esta vez. Herminia viene hoy por primer dia á enseñarnos su hija que ha presentado en el templo por primera vez y con qué motivo mas fausto pudiera su abuela sacar la vajilla!... Este acontecimiento es para mí mas dichoso que si el rey mismo nos honrara con su visita.

—Qué niñerías!...

—La plata no se gasta por esto, Bonifacio!...

—Ea! pues no lo quiero. Se debe obrar en parecidas circunstancias segun el rango de las personas que se re-

cibe. Ernesto Decock no ha cumplido su promesa y está todavía mas pobre que el dia de su casamiento.

—Pero si su proyecto de ferro-carril se acepta, él dará de repente un gran paso hácia la fortuna.

—Ferro-carril!... Ferro-carril!... dijo Romys con amargo sarcasmo. Ese proyecto es solo un pretexto para engañarnos y nunca saldrá bien.

—Pues mi hermano asegura que es cierto y que será aceptado.

—Y bien, Julia, cuando eso suceda y Mr. Decock halle un beneficio de cien mil francos ó cosa semejante, entonces sacaremos la vajilla de plata, ¿entendeis? Hoy no lo quiero. Decock podria imaginarse que le mirábamos como á un personage importante; cuando aseguro bajo mi palabra que estoy pesaroso de que haya entrado en mi familia.

—Bonifacio!... Bonifacio!... exclamó M.me Romys con desaliento: no seais tan injusto con ese bueno de Ernesto. El hace feliz á nuestra hija, la ama y la respeta, trabajando noche y dia por hacerle agradable la vida, por darla todas las comodidades. ¡Y no merece por esto algun agradecimiento!...

—Pichs!... confieso que podria estimar á Ernesto si no fuera un hombre sin fortuna, aunque hay una cosa que no puedo perdonarle, y es que por su causa ha perdido tres ó cuatrocientos mil francos la familia, y quién sabe?... Si tan bella como es Herminia hubiera casado con un millonario!...

—Con que dejo la vajilla sobre la mesa?

—No, no; bien veis que estoy de mal humor; no me irritéis mas con vuestra insistencia.

—Bien, la guardaré; yo habia pensado no hallar dia mas feliz que este por traernos Herminia su segundo hijo...

—Dia feliz!... segundo hijo!... refunfuñó Romys; teneis una manera de calmarme, Julia; ¡dos hijos en dos años!... si continúan así, serán capaces de tener una docena y Herminia á nuestra muerte y á la de sus tios tendrá una fortuna de cuatrocientos mil francos, de modo que sus hijos heredarán solamente cuarenta mil cada uno y serán una docena de pobres diablos. ¡Oh! esto es afrentoso para la familia de Romys. Yo pienso en ello noche y dia; haber uno trabajado toda su vida por dar brillo á su nombre y morir al fin con la horrible certidumbre de concluir por no ser nada... ¡Oh! ved un buen ejemplo en Teresa, ella parece nacida para darnos honor; su fortuna no se dividirá.

—¡Ojalá le concediese Dios un hijo!...suspiró M.me Romys.

—Cómo!... no es bastante que la familia de Herminia se multiplique tan prodigiosamente, que aun quereis que Teresa...

—No soy yo quien lo quiero, Bonifacio.

—Qué quereis decir?

—Teresa no es dichosa, y Mr. Pottewal tiene una triste vida.

—Dejadme en paz con ese mala cabeza de Pottewal!... murmuró Romys colérico. Es un ignorante, un holgazan, y si no tuviese en su casa una mujer como Teresa, moriría quizá sin un cuarto. Tiene dinero disponible y se le presentan negocios demasiado buenos para estos tiempos difíciles y es tan bestia que los deja escapar!... Ah! bien justa es la causa del pesar de Teresa; él no se esfuerza en aumentar su fortuna.

—Creedme, Romys, dijo su mujer, tienen alguna otra razon particular para sus desavenencias. Yo conozco el carácter duro de Teresa y sé que nunca se muestra afectuosa con él y veo que vive disgustada porque no tienen hijos. ¿No recuerdas que cuando estaba soltera pasaba los años enteros haciendo trages para los niños pobres de la vecindad? ¿No guardaba siempre alguna golosina para los niños de la escuela dominical?

—Eso era por caridad.

—No, Bonifacio; era una inclinacion, nacida del amor que siente por las criaturas; nosotras las mujeres notamos en seguida estas tendencias, y desde que Teresa se ha casado, el deseo natural de ser madre se ha elevado en ella con nueva fuerza. Pottewal mismo me ha manifestado el sentimieuto de su mujer porque no tiene hijos, y ella tampoco lo oculta. Creo firmemente, Bonifacio, que aun podrian ser felices si Dios bendijese su union. ¡Oh! no sabeis qué lazo, qué mananúal de afeccion es un hijo entre dos esposos!...

—Callaos, Julia; ved aquí á Pottewal que entra en el jardin; mirad el simple, con ese aire de tonto...

Romys fué al encuentro de su yerno, le apretó la mano con mil muestras de cordialidad y le condujo cerca de la mesa.

—Venis solo, Francisco?... pues y Teresa?

—Vendrá mas tarde; iba á tomar café en casa de M.me Doover-Cortbeen.

—De veras!... murmuró la anciana señora medio triste y medio irritada. ¿Y osaria Teresa estar ausente cuando su hermana viene á enseñarnos su pequeña hija? Esto sería muy inconveniente, ¿no lo comprendeis así?

—Me atreví á hacer una observacion sobre ese punto y ojalá no la hubiera hecho!... balbuceó Pottewal.

—Porqué?

—Teresa se enfadó tanto dirigiéndome palabras tan duras que no las pude soportar; todavía estoy conmovido.

Y habia en la voz de Pottewal tanto desaliento, su rostro pálido y flaco demostraba tan visiblemente los signos de su profunda afliccion que conmovió á M.me Romys, quien llena de lástima aproximó su silla á la suya y tomándole una mano murmuró algunas palabras consoladoras.

Romys se encogió de hombros, sonriendo con aire de mofa, como si tomase la pena de Pottewal por una locura ridícula.

—Si es por causa de su hermana por lo que Teresa no quiere venir, eso no os concierne, notó Romys, y no sé á qué viene entonces vuestra pesadumbre.

Un profundo suspiro se escapó del pecho de Pottewal.

—Vos deberíais mas bien aprobar lo conducta de vuestra mujer. Teresa se respeta y tiene la dignidad que conviene á una familia como la nuestra, Ernesto es el que inspira repugnancia, y á ella no le agrada estar en compañía de semejantes gentes, y francamente yo comprendo muy bien esta repugnancia, y siento que no participeis del propio sentimiento.

Pottewal inclinó en silencio la cabeza.

—Ah! Ah! gruñó Romys enfadado; ¿es así como hablais con vuestra mujer? Ya no me asombro de que la sangre se le suba alguna vez á la cabeza; sois capaz de poner fuera de sí á la persona mas cachazuda. Sois un estúpido.

(Se continuará.) FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

ANSIEDAD.

Volemos, bajel ligero,
llévame presto en tus alas
de blancas lonas tupidas,
á otros mundos, á otras playas.
Hiende con tu corva quilla
la inmensidad de las aguas
del ancho mar; presto, vuela,
que la impaciencia me mata.
Llévame, bajel ligero,
á la tierra de Quintana,
al mismo sitio dichoso
donde su musa preclara
cantó al mar con tal acento
que otra musa no le iguala;
y de allí partiendo airoso,
y yo en tu popa sentada,
corramos, ay! cual los vientos;
lleguemos volando á Italia,
cuna dichosa del Dante,
y de Tasso y de Petrarca.
Quiero ver su puro cielo,
y sentar mi débil planta
en esa tierra fecunda.
Quiero mirar entusiasta
los Alpes y el Apenino;
y en el Asia el Himalaya;
las pirámides de Egipto,
y los templos de la Arabia,
y las ruinas de Palmira,
y el desierto de Zahara.
Oh! volemos, sí, volemos,
que la impaciencia me mata.
Quiero ver el bravo moro
ceñirse la rica faja
bordada de blancas perlas;
quiero ver en sus espaldas
tenderse con noble orgullo
el manto de seda y plata.
Quiero aspirar el perfume
que produce ardiendo el ámbar
en pebetero dorado,
de una morisca en la estancia.
Llévame, bajel querido,
llévame á Grecia en tus alas,
donde alzó su voz Homero,
donde Safo desdichada
se arojó de la alta roca
buscando tumba en las aguas:
sí, quiero ver el Leucades.
Quiero contemplar el Niágara;
ah! quiero ver complacida
esa tierra americana
donde duerme en sueño eterno
el gran padre de su patria,
Washington ilustre y sabio,
y donde Lincoln descansa.
Quiero contemplar ansiosa,
y de gloria henchida el alma
el Rhin, el Danubio, el Ganjes,
el Nilo, el Loira, el Guadiana.
Yo quiero ver las lagunas,
los bosques y las montañas,
los palacios de los reyes,
los harenes y la Alhambra,
los hermosos mausoleos,
las pinturas, las estátuas,
y todas las maravillas
que allá en las tierras lejanas
ay! se esconden á mi vista.
Oh! como tiemblo entusiasta!
Detente ansiosa, alma mia,
que te siento arrebatada
con ilusiones tan bellas.
Detente... paciencia... aguarda.
Llévame, bajel lijero,
que la impaciencia me mata.
Mas, ah! que á partir te niegas.
Si acaso viento te falta,
toma, aquí tienes mi aliento.
velas? te daré mis faldas;
fuerzas? te ofrezco las mias.
Si el temor de la borrasca
te detiene, no la temas,
que yo, de hinojos postrada,
te encomendaré al Eterno.
Faro serán mis miradas
que salvo al puerto te lleven.
Yo sé dónde está la España,
yo sé dónde queda Roma,
yo sabré llevarte á Francia.
Tal es mi ardiente delirio,
que con la frente apoyada
sobre la mano, y los ojos
cual si el sueño me embargara,
todo lo miro tan cerca,
con direccion tan marcada,
cual si fuera un grande génio
que en el espacio vagara
poniendo un ala en un polo
y en el otro la otra ala.
Llévame, no te detengas,
que la impaciencia me mata.
Volemos, bajel lijero,
que tal vez la muerte helada
me asesta el golpe homicida.
Volemos, que siento el alma
nadando en delicia suma
con ilusion tan soñada.
¿Yo, contemplando otro cielo?
¿Yo, escalando las montañas?
¿Yo, patinando la nieve,
ó viendo la ardiente lava
que se eleva del Vesubio?....
Mas, ah! torpe lengua, calla.
¿Dónde te lleva, alma mia,
ambicion tan insensata?
¿Dejar el paterno nido?
¿Dejar las maternas playas,
y las risueñas llanuras,
y las brisas perfumadas,
y el cielo y la luz primera
que embellecieran mi infancia;
y el sepulcro de mi hija?
¡Oh lengua atrevida, calla!
Déjame, bajel; lijero
parte tú á tierras extrañas,
que yo en mi suelo querido,
al susurro de las palmas,
exhalaré la existencia:
quiero morir en mi patria.

Isla de Cuba.

CATALINA RODRIGUEZ.

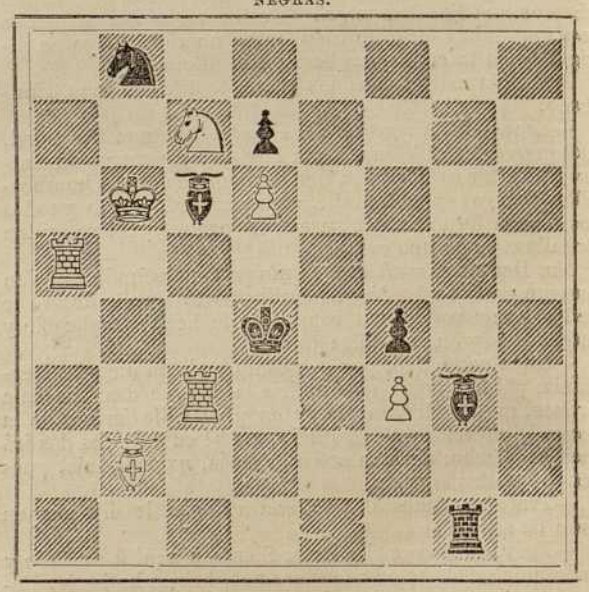
PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 93.

Blancas.	*Negras.*
1.ª C. 5.ª A.R.ª	P. toma C.
2.ª A. c.ª R.ª	P. toma T.
3.ª A. 2.ª R. jaque-mate.	

PROBLEMA N.º 94, COMPUESTO POR M. PH. KLETT.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 5 jugadas.

ADVERTENCIA.

Como pudiera suceder que el patron que habria de distribuirse con el presente número no llegase á tiempo, debemos advertir á nuestros suscritores que en tal caso, se repartirá con el número inmediato. Pero con el objeto, si así sucede, de que nuestros suscritores no dejen de recibir los dos patrones del presente mes, les anticipamos uno ilustrado, que es el que debiamos repartir con el siguiente número.

Acompaña al presente número una lámina de tapicería en colores, en vez del figurin iluminado.

DIRECTOR: D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ. 1867.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA, á cargo de D. Federico Joly y Velasco. Bomba, n. 1.

AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 31.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin, y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs....Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs....Seis meses, 65...Tres meses, 35...Un mes, 12.

Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs.... Seis meses, 42... Tres meses, 22... Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

PROPIETARIO: **Don Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes...Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Libreria de Don C. Bally-Bailliere, plaza del Principe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tanago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux
BUENOS AIRES, Don Federico Real y Prado.

Sumario. —Cinturon Locura.—Cinco guarniciones de enaguas blancas de nansouk.—Funda Noemí.—Enagua de nansouk.— Dos saquitos para labores de frivolité.— Lazo para reemplazar un cuello. — Cuatro viñetas para esquinas de pañuelos y de corbatas.—Carterita de labor. —Revista de modas.—Roma en 1867.— El castillo de Solera ó el cántaro milagroso.—Trage corto de nansouk blanco.—Zagalejo de fulard. —Zagalejo de moer blanco. Rosa C....—Mis cantares.—Los vecinos de Darlingen.—Problemas de ajedrez.—Explicacion del figurin iluminado.

Cinturon Locura.

Este cinturon, hecho de tafetan negro forrado de marcelina blanca, se borda con cañutillos blancos y cuentas blancas de cristal; se lleva con todos los trages; tambien puede hacerse del color del trage ó de sus adornos.

Guarniciones de enaguas blancas de nansouk ó percal.

N.º 1. —Se compone de dos filas de puntas, hechas de percal puesta doble, y de 7 centímetros y medio de ancho por 4 de alto; las puntas se ponen de modo que sus extremos se cruzan en un espacio de un centímetro. Cada fila se fija por una tira de percal cortada al sesgo, pespunteada, y adornada con puntos de espina.

N.º 2.—Esta guarnicion es la de enagua cuyo dibujo publicamos; se la hace de percal y muselina, cuyas rayitas mates imitan pliegues; unas tiras de nansouk cortadas al sesgo, pespunteadas, adornadas con puntos de espina, van puestas sobre esta guarnicion, figurando la fila superior de dientes redondeados; los inferiores (tira de percal) se orlan con una tira estrecha festoneada y bordada. No hay que decir que la muselina de listas estrechas va puesta sobre la tira de percal cuyos pliegues figura.

N.º 3.—La misma muselina que en la guarnicion anterior; en el borde superior de esta tira se pespuntea otra cortada al sesgo, y se fija al mismo tiempo la guarnicion: se recorta la muselina listada por fuera de esta tira pespunteada; se pone una tira igual sobre el borde inferior, y se fija al mismo tiempo una tira festoneada y bordada.

N.º 4.—Esta guarnicion se compone de un volante de 6 centímetros de ancho, puesto sobre el dobladillo de la enagua, y de una orla; esta es un entredos de un centímetro de ancho cosido sobre la enagua, que se recorta por debajo del entredos; se forra este con una cinta de terciopelo negro, y se rodea con tiras estrechas cortadas al sesgo y pespunteadas (véase el dibujo en la siguiente página).

N.º 5.—Un volante de 18 centímetros de alto, se fija sobre la enagua; este volante se pliega de modo que se formen alternativamente cinco pliegues estrechos y uno ancho; entredoses bordados y una tira de muselina listada forman la guarnicion superior; los entredoses se fijan por tiras pespunteadas.

CINTURON LOCURA.

Funda Noemi.

Esta funda, cuya idea pertenece á una de nuestras suscritoras, es tan sencilla como ingeniosa, y puede modificarse de modo que cubra cualquier asiento, cualquiera que sea su forma.

Hay que medir su altura desde el suelo, pasando sobre el asiento, el espaldar hasta el asiento por detrás, ó hasta el suelo, si se quiere que queden cubiertos los piés dorados ó tallados.

Se toma en seguida la medida del asiento desde los lados hasta el suelo, y se fijan estos lados al pedazo principal de la funda; se recorta el contorno esterior á puntas, se las ribetea con una cinta de algodon, se ponen los cordones por debajo, de modo que puedan atarse las diferentes partes de la funda, siguiendo las indicaciones del dibujo, que representa la funda tal como debe ser para cubrir un sillon.

Estas fundas se hacen de cutí blanco ó listado.

Enagua de nansouk.

Esta enagua, cuya guarnicion se acaba de describir (véase el n.º 2), es plano por delante y por los lados, y lleva por detrás algunos pliegues formados por una jareta.

Dos saquitos para labores de frivolité.

Estos sacos, hechos de tafetan, ó bien de lienzo blanco fino, sirven para contener las labores de frivolité, y por consecuencia para conservarlas limpias; ámbos se cierran por una jareta, y se orlan con un encage estrecho de frivolité.

El saco n.º 1 tiene 9 centímetros de alto por 7 de ancho; el cordon con que se cierra se pasa por un dobladillo pespunteado, ó bien por los calados del encage.

El saco n.º 2, destinado para contener el hilo, se hace con un pedazo redondo, de 16 centímetros de diámetro, con un dobladillo todo al rededor, guarnecido como el anterior.

Lazo que reemplaza á un cuello.

Los lazos de la especie de este se ponen por encima del paletot. Nuestro modelo es de cinta de tafetan, de 2 centímetros de ancho y encage blanco de 3 centímetros. Se prepara ante todo, en tul puesto doble, un disco de 2 centímetros de diámetro, que se cubre con una tira de tul de 2 centímetros de ancho dispuesta en semi-círculo, realzada por un lado con el encage; se hace con esta una rosácea, que se fija sobre el disco, y en su centro se coloca una ro-

Acompaña á este número el patron ilustrado n.º 7 del presente año.

sácea pequeña, hecha con cinta doblada por su mitad. Los bucleeillos de cinta que comptetan el lazo se cosen por detrás al disco de tul; otro tanto se hace con los cabos de cintas.

Cuatro viñetas para esquinas de pañuelos ó de corbatas.

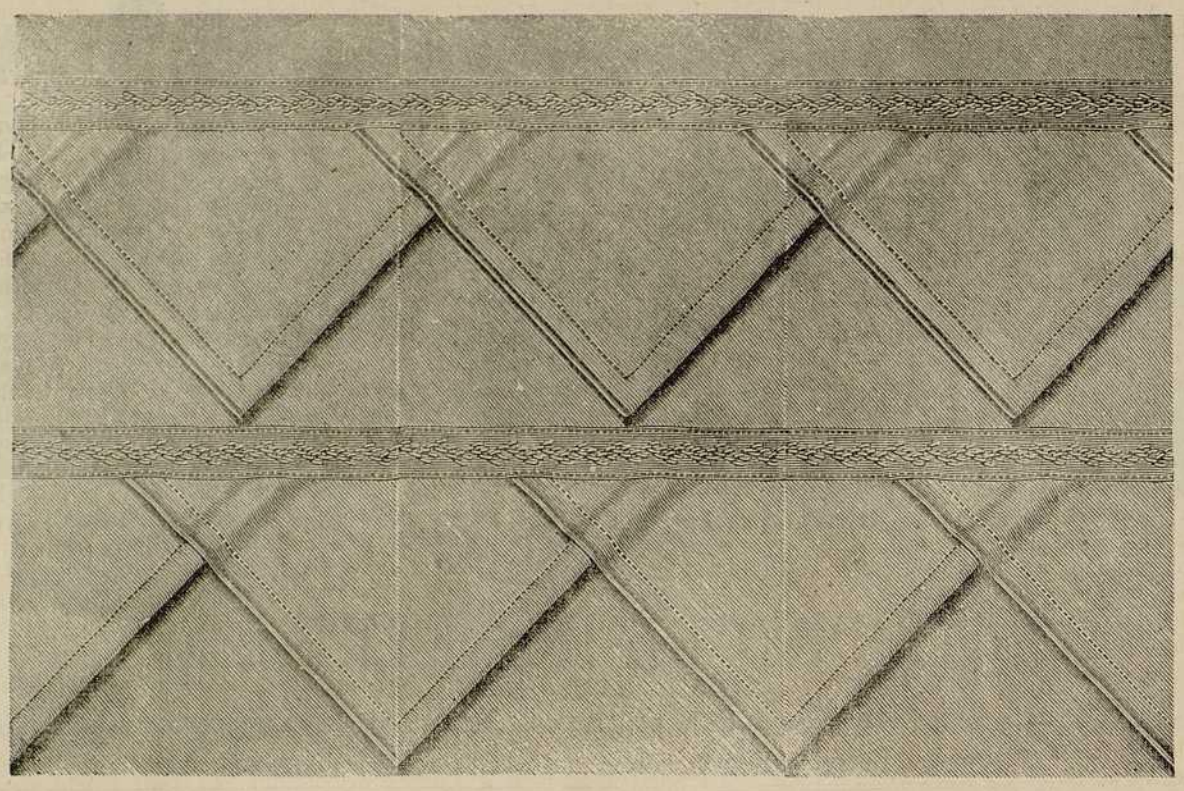
N.os 1 y 2.—Se las ejecuta á punto ruso, —feston, —punto de nudillos,—punto de armas y punto de cordoncillo.

N.os 3 y 4.—Como las anteriores, pero una parte del bordado se hace de realce.

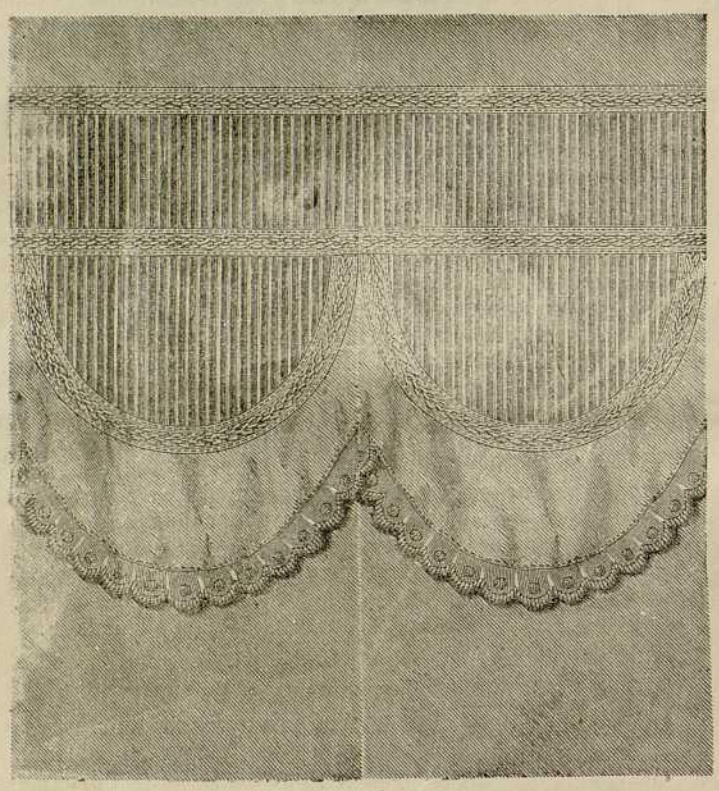
Carterilla de labor.

Este modelo tiene 13 centímetros de ancho y 22 de largo; se le hace con una tira de tela de seda cualquiera, á listas si es posible; el que describimos es de pequin listado de encarnado y blanco. La costura en cruz y los puntos largos (puntos de posta) de la lista encarnada están hechos con torzal de seda azul, los puntos de espina con seda verde.—Los puntos de nudillos son de seda negra; los lunares van bordados de todos colores, y rodeados de puntos atrás ejecutados con seda amarilla.

La tira que forma esta carterilla ó bolsa está cortada en triángulo por un lado, y forrada de tafetan encarnado; en el extremo, en línea recta, se pone una bolsa ó faltriquera bastante profunda; todo ello se orla con una trencilla azul, cosida con seda negra.



N.º 1.—GUARNICION DE ENAGUAS BLANCAS.



N.º 2.—GUARNICION DE ENAGUA BLANCA DE NANSOUK.

REVISTA DE MODAS.

Es imposible preveer desde ahora qué destinos reserva el invierno próximo á los trages cortos. Presentaré, sin embargo, acerca de este punto algunas congeturas.

El trage francamente corto, cortado segun las proporciones adoptadas hasta aquí solamente por las bailarinas, está muy desacreditado, pero se ve un gran número de trages cortos que son largos, es decir, cuya altura termina solo á algunos centímetros del borde inferior del zagalejo que los acompaña; este es, segun todas las probabilidades, el porvenir del trage corto, si ha de durar mucho. Las probabilidades están á su favor; es cosa cómoda el hacer con poco gasto un vestido destinado á las correrías matinales. Su adquisicion no es ruinosa, porque se necesita poca tela para un trage casi plano y poco largo. Si se tiene algun trage cuyo borde inferior esté deteriorado ó solamente deslucido, es tambien cosa cómoda el restituirle su buen parecer quitándole ese borde. Una tira de cachemira, lisa ó plegada, compone el zagalejo, y finalmente este vestido, despues de ser cómodo en su preparacion, es tambien cómodo en su uso, porque no necesita de tiras, presillas, ganchos y demás maquinaria indispensable para llevarlo recogido. Pero juzgando siempre con arreglo á las probabilidades, no se sustituirá el trage corto á todas las variedades de trages, y sobre todo no se renunciará en favor suyo á los trages largos de cola. En efecto, ¿puede imaginarse una bella y rica tela, dispuesta en trage corto y ostentándose en un equipo de toda gala? Esto no es admisible; el trage corto está hecho para circular sin pretensiones, y ni siquiera puede mostrarse en visitas de alguna ceremonia.

Un pardesús, arrinconado un momento, y muy injustamente, *la rotonda*, puesto que hay que llamarla por su nombre, vuelve á aparecer en ciertas circunstancias que creo preciso especificar.

Se la lleva en cualquiera edad cuando representa un vestido destinado para preservar de una temperatura algo fria; por consiguiente, las rotoñdas cortadas de un chal francés, ó de la India, las de cachemira negra ó moleton de verano, pueden llevarse por todas las señoras.

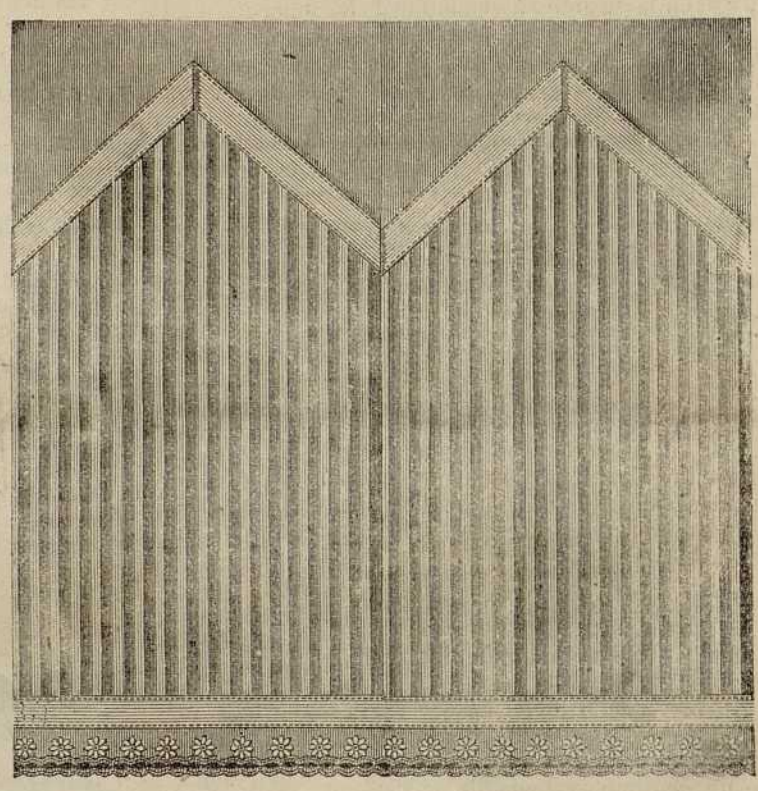
Las rotondas de seda negra son consideradas como un pardesús un poco *grave*; por esta razon queda circunscrito su uso á las señoras que no tienen pretensiones de jóvenes.

En fin, las rotondas hechas con crespon de China blanco ó de color (blanco sobre todo) reproducen uno de los mas elegantes pardesús para toda edad; se usa indiferentemente como salida de baile ó de teatro, y para acompañar en verano un trage de calle que no tenga paletot igual.

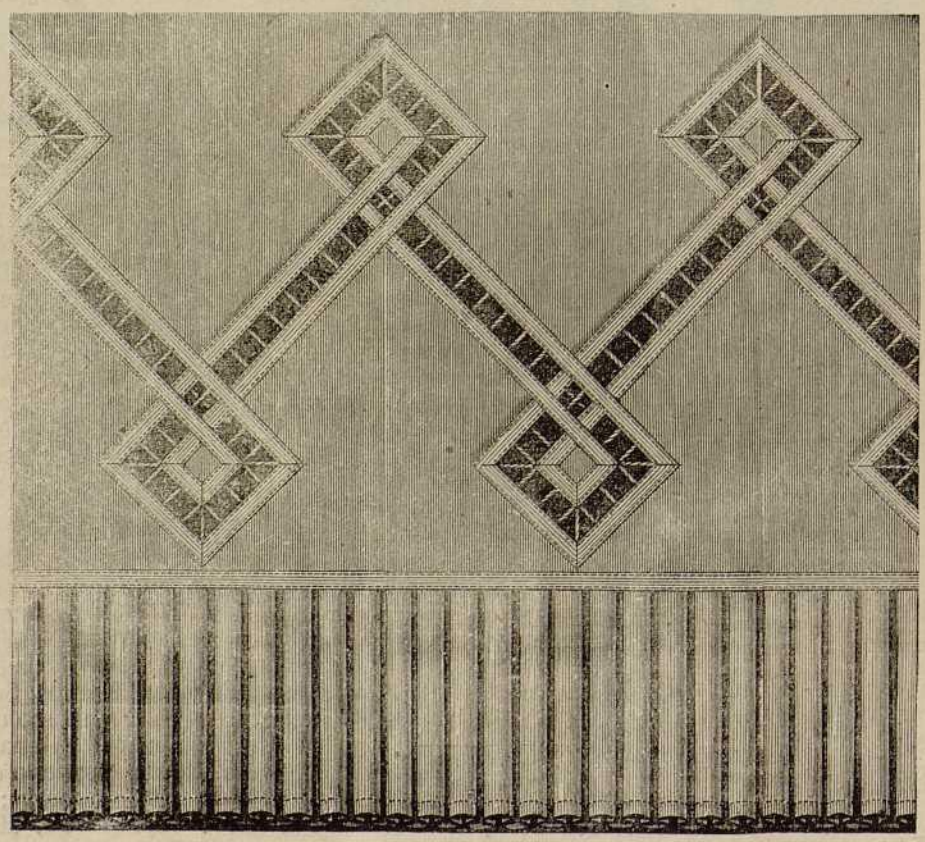
Estas rotondas de crespon de China se forran siempre de fulard liso del mismo color, y se guarnecen con el fleco del chal.

En cuanto á los pardesús destinados á los trages del interior de casa, es supérfluo añadir que pueden bordarse, y que sus bordados pueden ejecutarse con los colores mas diversos y mas opuestos.

EMMELINE RAYMOND.



N.º 3.—GUARNICION DE ENAGUAS BLANCAS.



N.º 4.—GUARNICIOM DE ENAGUAS BLANCAS.

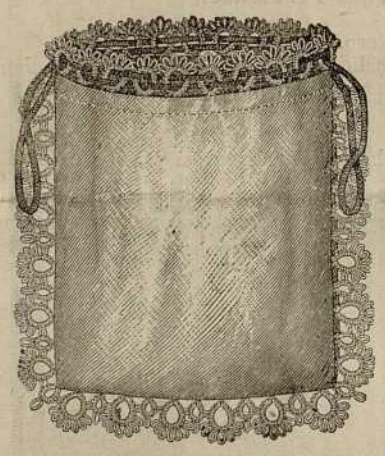
ROMA EN 1867.

No hace muchos dias consagrábamos algunas frases á un importante acontecimiento que será una de las mas brillantes páginas de la historia de nuestro siglo, tan fecundo en hechos trascendentales. La Exposicion internacional que actualmente se celebra en París, ese colosal certámen de las artes y de la industria, esa inmensa manifestacion de la inteligencia universal que se presenta á nuestra imaginacion mas grande mientras mas se le estudia en su conjunto y en sus detalles, movia nuestro espíritu con fuerza irresistible y llevaba nuestro pensamiento, como el pensamiento de la Europa y del mundo entero á la capital del César francés. París era entonces el centro de atraccion de todas las inteligencias como depositaria de los tesoros con que todos los pueblos, todas las razas, todas las nacionalidades contribuyen á la inmensa obra del progreso y de la civilizacion.

Ese gran prestigio que rodea á la capital de Francia, ni ha cesado todavía, ni cesará en mucho tiempo. Como los productos del suelo, como las manifestaciones de la industria, habitantes de los mas remotos climas acuden á París en número fabuloso: todas las razas tienen allí su representante; todos los idiomas tienen un eco en esa moderna Babel: de todas las costumbres se ofrece allí un cuadro á la contemplacion del curioso: en las anchas calles de la capital y en las avenidas del campo de Marte, todos los trages del Globo se presentan en confuso y abigarrado conjunto. Las testas coronadas acuden tambien á tomar parte en la gigantesca solemnidad: los augustos viajeros llegan al Palacio de la Industria y por primera vez contempla la admirada Europa al heredero de Omar, abandonando las encantadas orillas del Bósforo, para visitar las deslumbrantes márgenes del Sena.

Al considerar lo grandioso de este suceso, no concibe fácilmente la imaginacion otro capaz de oscurecerlo y apartar de él la atencion general. Y no obstante, es lo cierto que por algunos dias las miradas del mundo se han alejado de París: es lo cierto que una impresion augusta, solemne, ha venido á herir el corazon de millones de criaturas: es lo cierto que ante un espectáculo de majestad y grandeza incomparable, ha venido á quedar debilitado el que presenta la capital del vecino imperio.

FUNDA NOEMÍ.



N.º 1.—SACO PARA LABORES DE FRIVOLITÉ.

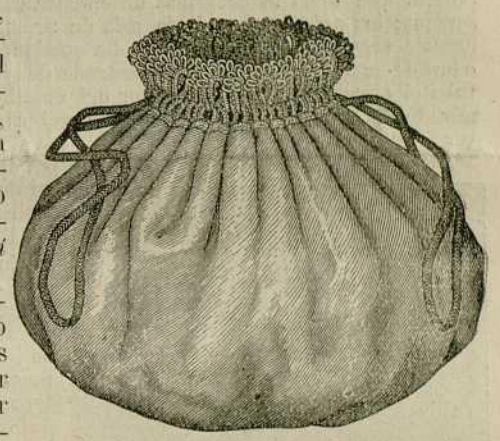
ENAGUA DE NANSOUK.

¿Qué ha pasado en Roma? Pocas veces la pública espectativa se ha fijado con tanto interés como hoy en la ciudad eterna. El catolicismo, en medio de la recrudecida guerra que contra él mueven los genios de la impiedad, convierte sus ojos á Roma, como buscando un consuelo, una esperanza y redoblados brios. La secta revolucionaria que en su soberbia se embriaga tan fácilmente con ilusorias esperanzas de triunfo, fija su vista en Roma y se siente dominada por la ira y el desaliento. Algo grande, algo significativo, algo imponente ha tenido lugar dentro de los muros de la ciudad pontificia.

Los que escuchais arrobados el canto de la sirena revolucionaria, los que guardais en vuestra alma como verdades incontrovertibles las arengas de los tribunos, los que esperais en sus profecías, sabeis ya lo que es Roma. Roma es el carcomido alcázar de un poder que espira: dejad á los ilusos creer en el cumplimiento de una palabra divina; dejad que esos espíritus débiles cierren sus ojos á la luz de las verdades nuevas y se obstinen en permanecer á bordo de ese buque próximo á zozobrar: los cañones del castillo de San Angelo vibrarán pronto en los funerales del Pontificado; la ciudad de las ruinas tendrá una mas que ofrecer á la contemplacion del viajero, y en el Capitolio tremolará magestuosa, en vez de la bandera de la Cruz, que cobija un mundo, la bandera de un Rey soldado que cobijará una córte de soldados y tribunos.

¿No habeis oido esto mil veces? En ocasion muy reciente, no lo habeis vuelto á oir? Pues ved la realidad. Una voz ha sonado en lo alto del Vaticano y esa voz se ha extendido por pueblos y naciones, y ha salvado los montes, y ha atravesado los mares, y ha volado de de uno y otro hemisferio, llegando á las mas remotas comarcas; y al eco de esa voz se han conmovido millones de hombres, y ha respondido una vibracion inmensa de respeto y de simpatía. Y esa voz ha infundido fuerza y alientos juveniles á cuerpos agobiados por el peso de los años y de las dolencias, y centenares de augustos peregrinos, apoyados en el báculo, símbolo de su elevado ministerio, recorren distancias enormes, surcan los mares y se apresuran á agruparse al rededor del trono donde se asienta el sucesor del Príncipe de los Apóstoles.

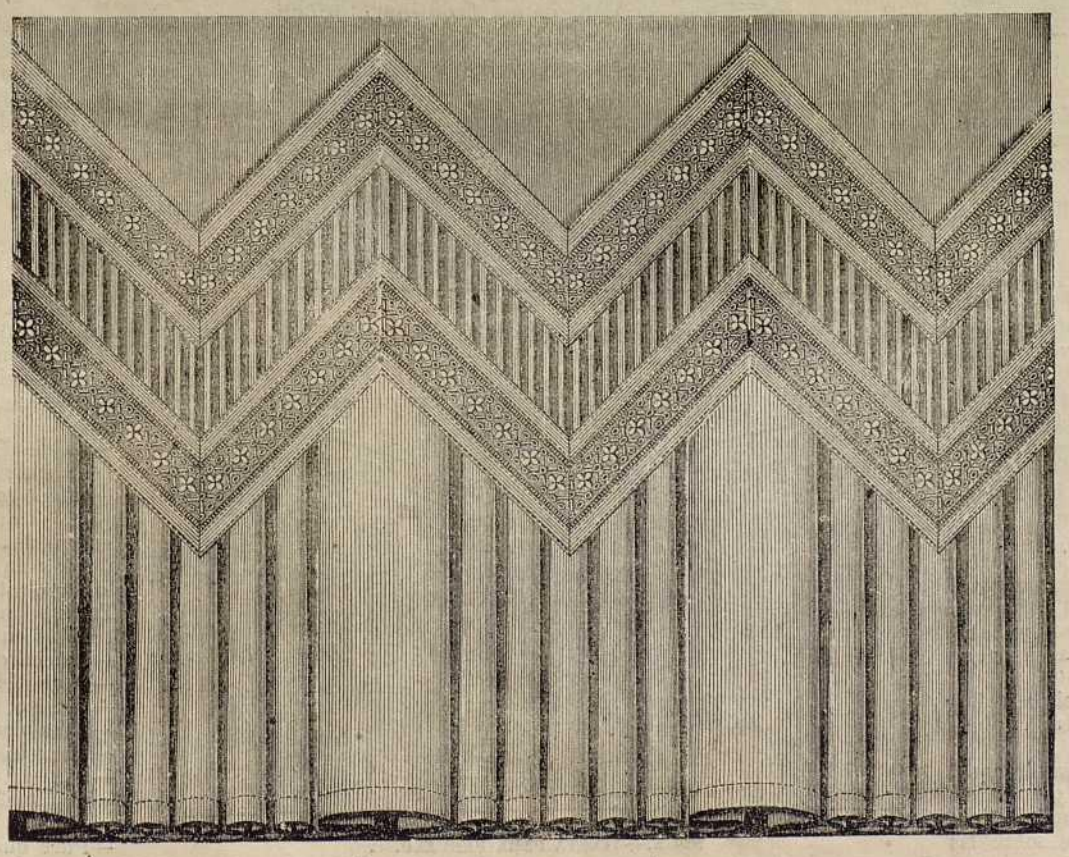
Necesitábase una negativa á las soberbias afirmaciones de la revolucion y esa negativa ha resonado. Necesitábase una manifestacion enérgica y visible de vitalidad y fuerza en el que algunos afectaban creer, cadáver galvanizado, y la manifestacion ha tenido lugar. Nada ha prevalecido, nada prevalece, nada prevalecerá contra la Iglesia. Diez y ocho siglos hace que la cátedra de Pedro se levanta sobre las ruinas del mundo antiguo; en ese tiempo las iras de los tiranos, el satánico ingenio de pretendidos filósofos, la heregía y el cisma se han concitado contra ella; y cayeron los tiranos y sus imperios, y pasaron los filósofos y sus doctrinas, y desmayaron la heregía y el cisma, y la cátedra de Pedro sigue extendiendo sobre toda la haz de la tierra sus divinos resplandores. Corren los tiempos y el espíritu del mal levanta nuevos enemigos contra la Iglesia, enemigos tenaces, incansables, osados; á Roma se dirige su pensamiento; contra Roma amenazan de contínuo caer con sus heterogéneas huestes, y hélos ahí un dia y otro dia, un año y otro año, rujiendo con impotente cólera al pié de esa inquebrantable roca, donde resuena un eco de aquella voz que dijo al mar desencadenado: *de aquí no pasarás*.



N.º 2. SACO PARA LABORES DE FRIVOLITÉ.

Si sois católicos, pero si no obstante habeis sentido el temor y la duda al ver la barca del pescador contrastada por tan furiosos elementos, decid: ¿no reanima vuestra fé, no aviva vuestra esperanza el espectáculo que Roma acaba de presentar á las naciones? Si no sois católicos, si la luz de la religion verdadera no alumbra vuestras almas, decid: ¿cómo explicais tanto poder, tanta vida, magestad tan augusta, firmeza tan inquebrantable?

El derecho yace á los pies de la fuerza: la legitimidad vaga por playas extranjeras arrastrando la púrpura acribillada de balas y ennegrecida por el humo de la pólvora; la ambicion se agita desapoderada en los consejos de los monarcas: teorías destructoras de todo derecho, resuenan en altos lugares y vienen á responder á otras teorías disolventes que se elevan de las capas bajas de la sociedad: la fe nunca violada, la confianza, la paz, huyen y se esconden. Europa tiembla y se extremece á cada minuto, entre los horrores de lo pasado y las lúgubres esperanzas de lo porvenir. Y en medio de este mar borrascoso de dudas, de temores y desconfianza, un anciano venerable escucha con tranquila sonrisa el rumor de las amenazas que llegan hasta su oido. ¿Qué temor han de inspirar los poderes de la tierra, al que tiene en su apoyo el poder del cielo? Si los bárbaros llegan á las puertas de Roma, ¿acaso no encontrarán la misma



N.º 5.—GUARNICION DE ENAGUAS BLANCAS.

santa palabra, la misma mirada serena, la misma incomparable majestad que detuvieron el paso de las hordas feroces de Atila?

Nunca como ahora el santo aniversario que ha reunido á los sucesores de los Apóstoles al rededor del Vicario de Cristo, pudiera ofrecer un espectáculo tan consolador para los corazones católicos. Nunca como hoy en que parece que todas las corrientes no tienen otro impulso que el desarrollo de los llamados progresos materiales, es oportuno, es feliz evidenciar la solidez de los cimientos de la Iglesia, llamada por los siglos á mantener en toda su pureza los sagrados intereses de la moral y del órden espiritual, sin cuya segura direccion, la débil humanidad careceria del único bálsamo de sus dolores.

Saludemos, pues, con gratitud y admiracion á ese noble concurso que ha llevado á Roma, no el refinamiento del lujo, ni la esperanza de goces para los sentidos, ni la presencia de los monarcas de la tierra. Otra es su tendencia. El catolicismo en dias de prueba acude á buscar fuerzas en la atmósfera de las catacumbas. Las encontrará.

ENRIQUE GALLARDO DEL PINO.

EL CASTILLO DE SOLERA,

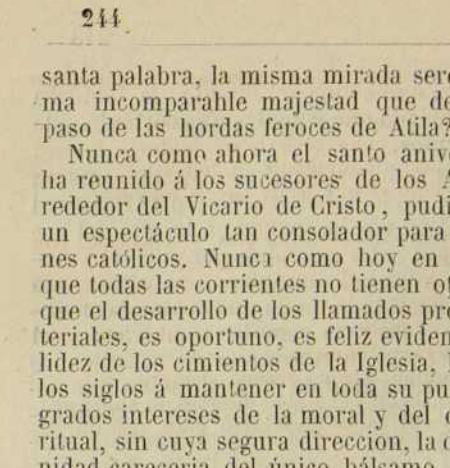
ó

EL CÁNTARO MILAGROSO.

A Don Rodrigo Soriano.

Hace dos meses visité contigo tus hermosas posesiones de Solera, recorrimos juntos el Castillo que con tanto esmero has restaurado; visitamos el subterráneo, y Rufo, tu administrador, nos refirió la leyenda de Dorotea, ó el Cántaro Milagroso, la que trascribo religiosamente.

Habia en Andalucía, en el reino de Jaen, en este pueblo de Solera, á fines del siglo XIV un maestro carpintero feudatario del señor de Solera, que tenia la desgracia de emborracharse muchas veces á la semana; los artesonados de la sala de armas del Castillo, obra primorosa segun los restos que hoy dia quedan, habian sido obra de su mano: la puerta de entrada donde se ostentaba el escudo de armas del señor del Castillo, habia admirado á todos y hecho reconocer en el carpintero un verdadero artista.



N.º 3.—VIÑETA PARA PAÑUELO.

Tenia este carpintero una hija bellísima llamada Dorotea.

En el tiempo que comienza nuestra leyenda, Alvaro, que así se llamaba el maestro carpintero, habia perdido por su mala conducta la confianza de sus parroquianos, y no le era posible apesar de su habilidad hallar trabajo alguno entre sus convecinos.

Blasfemaba de la Providencia acusándola de la miseria de que solo tenia la culpa su holgazanería y mala conducta, y descargaba su cólera sobre su pobre hija, bien inocente por cierto de su desgracia.

Una noche despues de haber roto lleno de ira la mayor parte de los muebles de su casa, se echó sobre su cama fatigado con su desesperacion.

—Si pudiese beber, dijo, al menos bebiendo se quitan las penas.

Habia en las inmediaciones una cisterna famosa á diez leguas á la redonda, por la claridad y admirable gusto de sus aguas.

Viendo Dorotea á su padre con una sed febril, resultado de los accesos de su ira, se fué sin decir nada á llenar su cántaro á la famosa cisterna, y despues lo acercó á los labios del frenético.

—Qué bebida es esa? dijo despues de haberla probado.

—Agua, padre mio.

—Agua! dijo, ¡agua! lo que beben los caballos y los patos, el desecho de la naturaleza, el resíduo de las tempestades. Maldita sea mi suerte que me obliga á tragar este asqueroso brebage.

—Pero, dijo Dorotea, esta agua es la mejor que hay en el mundo.

—Quítate de ahí, miserable! gritó el padre lleno de demencia, y cogiendo á la pobre criatura la derribó de un empellon.

Vaciló Dorotea, y el cántaro, causa de aquel altercado, fué á quebrarse contra la pared.

Aquel espectáculo irritó todavía mas á Alvaro; cogió una vara é iba á romperla sobre las costillas de la niña que lloraba, magullada con su caida, cuando llamaron á la puerta...

La noche estaba oscura y amenazaba una tormenta, los relámpagos atravesaban las tinieblas.

—Quién va? dijo Alvaro.

—Qué os importa? le contestó una voz terrible. No teneis nada que os roben.

—Qué quereis?

—Entrar mientras llueve.

—Id con mil diablos, gritó Alvaro.

—Con ellos vengo, respondió la voz.

—No abro.

—Es lástima, porque traigo una carga que me pesa y me la podríais aliviar. Traigo un pellejo de vino añejo de manzanilla que haria beber á un muerto con su enterrador.

A estas palabras abrió tanto oido Alvaro.

—Conque traeis vino?

—Digno de figurar en la mesa de un emperador.

—Vamos, Dorotea, holgazana, llorona, ve á abrir á ese néctar la puerta de par en par; es preciso no dejarle á la lluvia. No me gusta el vino aguado.

La jóven antes de obedecer, miró tiernamente á su padre.

—Es muy tarde para abrir á un desconocido, dijo.

—Vé á abrir inmediatamente y no me quiebres la cabeza con tus reflexiones.

Dorotea llorando fué á alzar el picaporte, y entró el desconocido. Era de alta estatura, de pelo rojo, y arrastraba tras de sí, como habia dicho, un pellejo grande cubierto de barro por el exterior.

—Verdad has dicho, exclamó con alegría Alvaro al ver el pellejo de vino.

—Yo no miento, replicó el viajero. La mentira no es el pecado de los orgullosos. Pues que me albergas en tu choza, saca vasos y bebamos.

—Ni vasos ni dinero tengo. Dorotea, trae dos tazas á su señoría.

La jóven sacó del armario dos tazas.

Abrieron el pellejo del que salió un vino de un color admirable de verde y oro, de exquisito olor y de excelente gusto; de lo mejor de las viñas de Andalucía.

Alvaro bebió sendos tragos, y despues preguntó al forastero que quién era.

—Toma! dijo el viajero, parece que se necesita tener un pasaporte para echar un trago con vos. ¿Sois acaso el alcalde?

Alvaro soltó una carcajada.

—Alcalde yo! Soy... Soy carpintero.

—Mal oficio! exclamó el desconocido, echándole nuevamente de beber.

—Es mejor el vuestro? dijo Alvaro.

—Sí.

—Cuál?

—Comprar sus almas á las criaturas.

—Bah!

—Sí, trafico en esto hace mucho tiempo, y me va muy mal.

—Y á cómo pagais el alma?

—Segun; un alma de un hombre hecho de viejo, de cómica, de bailarina, de filósofo, no es muy cara.

—Y mi alma?

—¡Un alma de borracho!... dijo con desden el desconocido.

—Hola, tio Rojo! me gusta el vino, pero no tolero que me insulten.

—Bah! así son todos los hombres, quisquillosos en las palabras, cínicos en las cosas: bebed y tendreis mas lógica.

—Eso es, replicó Alvaro amansándose, bebamos enhorabuena.

Yo que no tengo nada quisiera vender mi alma. ¿Cuánto me dais?

—Poco, porque esperamos tenerla gratis; os gusta el vino, y este quita la vida, apaga la inteligencia, embrutece el espíritu, paraliza el cuerpo tomado en gran cantidad; y el vino, á pesar vuestro os entregará á mi amo Lucifer.

—Y si me corrigiese? si no bebiese mas que agua?

—Os desafío á que lo hagais.

—Teneis razon.

—¿Cómo es que esta niña no bebe con nosotros?

—Gracias, no tengo sed, respondió Dorotea sin dejar de recoger los pedazos de su cántaro roto, que estaba buscando por el suelo.

En aquel momento un trueno hizo desgarrarse las nubes en agua.

—Diablo! dijo Alvaro medio borracho.

—Me habeis llamado? dijo el desconocido.

—Yo? No; he dicho diablo.

—Pues bien, acabais de pronunciar mi nombre.

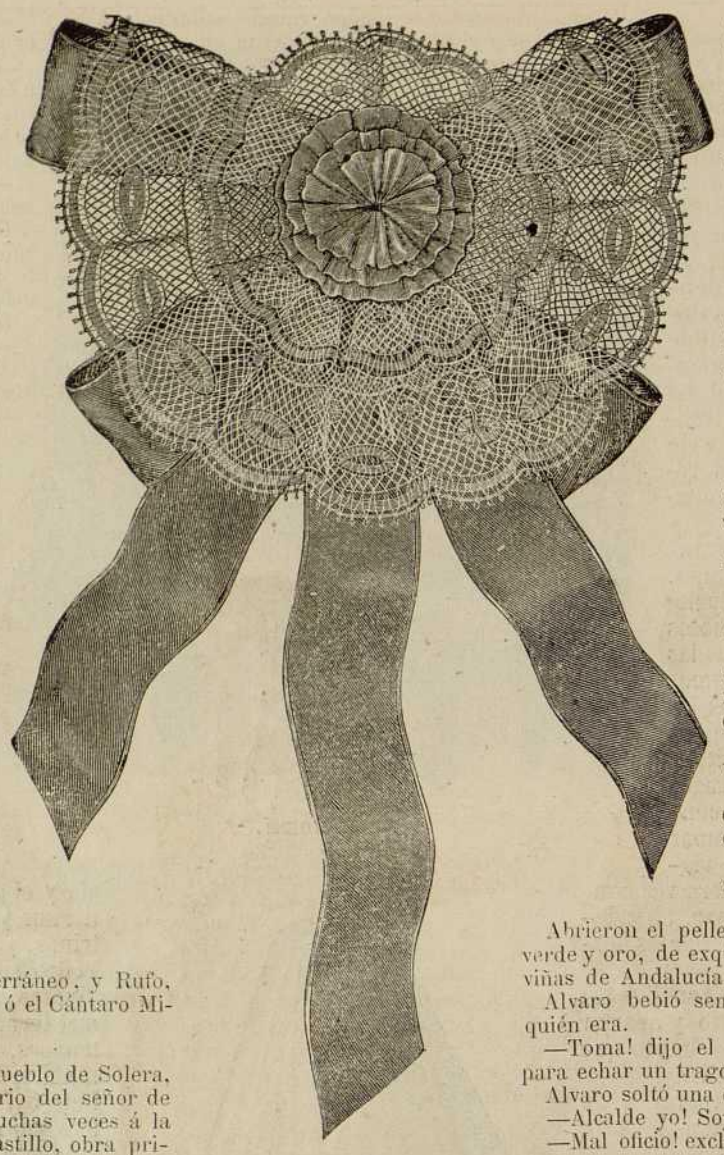
—Quereis comprarme algo?

—Sí.

—Mi alma?

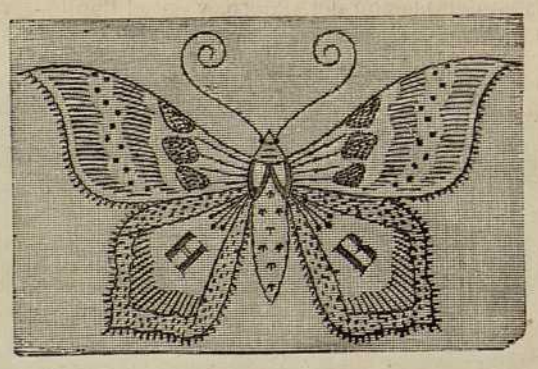
—No.

—Pues qué?

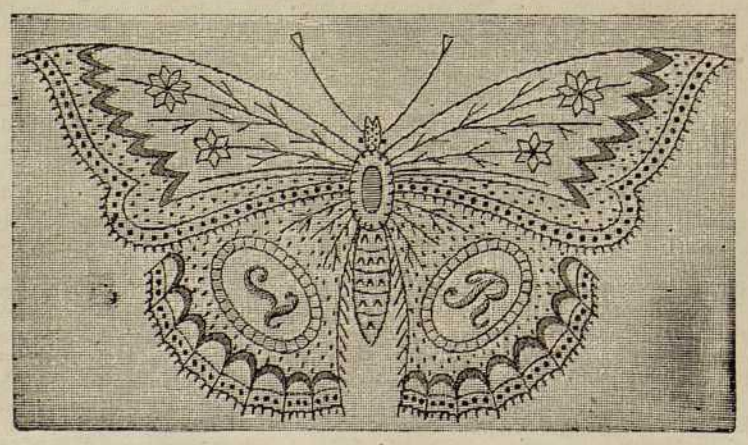


LAZO QUE REEMPLAZA UN CUELLO.

CARTERILLA PARA LABOR.



N.º 1.—VIÑETA PARA PAÑUELO.



N.º 2.—VIÑETA PARA PAÑUELO.

N.º 4.—VIÑETA PARA PAÑUELO.

—La de esta jóven.

Dorotea se extremeció y echó instintivamente mano á su rosario.

—Calla, dijo Alvaro. ¿Puedo yo disponer de su alma?

—No sois su padre? respondió el hombre Rojo. En ese caso como respondeis ante Dios, podeis hacer cuanto os agrade bajo vuestra responsabilidad particular.

—Y ¿cuánto me dais?

—Hay precios establecidos. Cinco mil escudos de oro por una jóven doncella.

—Muy bien, dijo Alvaro.

—Pero, padre mio, dijo suspirando Dorotea, apenas tengo diez y ocho años.

—Menor! exclamó el demonio; ¡menor! entonces son mil escudos mas.

—Pero, ¡padre mio! si soy de la Congregacion de la Vírgen.

—De la Congregacion de la Vírgen! continuó el negro mensajero, entonces son en todo diez mil escudos.

—Diez mil escudos! repitió aullando Alvaro.

—Diez mil escudos, repitió á la vez el comisionado Tárjaro.

Dorotea, durante este tiempo, miraba sollozando á los caballeros que rodeaban la puerta; eran nueve: relucientes cascos cubrian sus cabezas y negros bigotes sombreaban sus rostros.

Al volver de su sorpresa vió cerca de sí al demonio.

Habia arrojado su peluca roja, y se le presentaba bajo la forma de un gentil y apuesto caballero, como de unos treinta años.

—Dorotea, le dijo, vuestra alma es mia.

—Devolvédmela, señor demonio. Se la habia prometido á Dios y á su Santa Madre la Vírgen; devolvédmela, trabajaré dia y noche para pagaros el dinero que por ella habeis dado.

—No, dijo el demonio; ¿qué temeis de mí, tan feo soy?

—No, sin duda; pero mi padre se condenará.

—Y qué importa? sin esto se hubiera condenado.

—Maldito vino, traidor licor causa de todos nuestros pesares.

El diablo miraba con atencion á la jóven oyéndola proferir aquellas palabras. Parecia muy complacido con sus gracias y sencillez.

—Y á vos no os gusta el vino? dijo Dorotea.

—Pues es cosa perdida; ya no tengo cántaro: mi padre lo ha hecho pedazos.

—Es que á él no le gusta el agua y es muy aficionado á la parra; prefiere su color verde y sus nudosos brazos; sus granos, azulados y mosqueados, á todos los manantiales mas puros; y no sé qué he de hacer; tengo una sed del infierno.

—Pues voy á la cisterna con una taza, y si no basta con una, volveré cuantas veces sean necesarias.

Despues de haber tomado esta valerosa resolucion, Dorotea se puso en camino y por tres veces pasó por delante de los sombríos caballeros, para llevar á los labios del demonio el refrigerante líquido.

Durante este tiempo, Alvaro dormia siempre.

—Y bien, jóven, la dijo el diablo despues de haber apagado la sed, ¿quieres saber el secreto para rescatar tu alma?

—Ya lo creo!

—Cásate.

—Casarme!

—Si caes en poder de un esposo que sea buen cristiano se batirá con nosotros por tu salvacion.

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Trage corto de nansouk blanco, con zagalejo igual; la guarnicion se compone de un volante festoneado muy estrecho, de nansouk, y de un bordado de trencilla blanca.

Zagalejo de fulard, con bordado de trencilla verde. Trage corto de fulard gris, con bordado de galoncillo estrecho verde; el mismo bordado en el corpiño.

Zagalejo de moer blanco.—Trage corto igual al zagalejo, con puntas orladas de tafetan azul vivo. Cinturon con faldetas guarnecidas como el trage.

—Dadme la mano: negocio concluido. Su alma es vuestra.

Sacó entonces de su bolsillo el comprador un pergamino escrito con caractéres encarnados, en que estaba escrita el acta de la venta del alma de la hija de Alvaro, se lo hizo leer, despues se lo presentó para que lo firmase.

—Alto allá, dijo Alvaro; toma y daca, venga el dinero y firmaré entonces.

Sacó el desconocido un cuerno de acero, lo tocó, é inmediatamente se pararon delante de la puerta de la casa un peloton de hombres á caballo.

—Ahí están mis gentes, dijo el hombre Rojo.

Abrió la puerta, salió, y á poco volvió á entrar con un gran saco que contenia diez mil escudos de oro, y los puso delante de Alvaro, embrutecido por el vino.

Sea que la vista de aquel tesoro hubiese aumentado la fatiga de su quebrantada cabeza, sea que el sueño, causa de la apoplegía vinosa, hubiese llegado á su colmo, Alvaro no tuvo fuerza mas que para apoderarse del saco, estrecharlo contra su pecho, firmar el pergamino y quedarse profundamente dormido.

—No, cuando los que beben se ponen en semejante estado, y al mismo tiempo señaló á Alvaro que dormia un sueño convulsivo. Sin embargo, tengo sed, el pellejo está vacío y daria algo por beber un trago á mi vez.

—Ya lo veis, el vino es peligroso, da sed.

—Nosotros los demonios bebemos mucho, vivimos en pais caliente; está seca la lengua y cuando tenemos forma humana, estamos expuestos á sus flaquezas.

Dorotea, con aire suplicante, le dijo al forastero:

—Si quisiérais volver á ceder mi alma, yo aplacaria vuestra sed con agua la mas pura que hay en el mundo.

—Pero un vaso de agua no vale los diez mil escudos de oro sobre los que está roncando Alvaro en este momento.

—Y yo quiero mas que una parte de mi alma?

—Sin embargo, es preciso ser lógicos; una alma no se divide como una espiga, y no podeis como Proserpina pasar la mitad del tiempo en el Infierno, y la otra mitad en el Olimpo. Pero en fin, hay una condicion posible para poder invalidar la venta.

—Decid, señor demonio.

—Darme un cántaro de agua.

—Yo bien quisiera casarme; pero quién querrá casarse con una mujer cuya alma es del diablo?

—Yo te daré un regalo.

—No lo necesito, respondió Dorotea.

—Lo haces bendecir por el cura, y con él encontrarás tu salvacion. Adios, jóven, mañana recibirás mi regalo, pero cásate pronto si quieres escapar de nuestro poder.

Al decir estas últimas palabras, el negro espíritu montó ligeramente en el caballo que los caballeros que habia dejado en la puerta tenian de las riendas y desapareció en el bosque.

—Muy triste quedó Dorotea al lado de su padre que continuaba siempre en el mismo profundísimo sueño. Al amanecer vino su primo, que era un gallardo mancebo, pobre como ella, pero muy honrado, al cual contó lo que habia pasado la noche anterior, y cuando esperaba que este mostrase asombro y se retrajese en los amores conque hacia tiempo la requeria, oyó que la dijo:

—Me caso contigo; y ahora que perteneces á los espíritus malignos no tengo necesidad del permiso de tu padre.

—Os casais con una mujer sin alma.

—Yo haré que te la devuelvan.

Fueron, pues, á ver al buen cura para que les diese su santa bendicion, y este les dijo que tenia que darle un regalo de parte de un desconocido.

—Ya lo sé, dijo, pero no debo tomarlo.

—Acéptalo, dijo el digno sacerdote, yo lo tomo á mi cargo.

—En ese caso estoy tranquila.

Extendió la mano la jóven y el cura la entregó un cántaro, de barro de tierra de Castilla, con rayas negras y asa curva.

—¡Un simple cántaro! le dijo Dorotea.

—Para suplir al que os han roto. Habeis dado de beber á un viajero sediento, y os le ofrece en recompensa de vuestra virtud.

—No es muy generoso, dijo el esposo.

—Aguardad, os concede en toda propiedad la cisterna de la que habeis sacado el agua, y podeis haceros pagar un derecho por permitir sacár de ella agua á los pueblos vecinos.

—Pero si es imposible, dijo la recien casada; la cisterna pertenece al señor del pueblo.

—El desconocido ha arreglado un contrato en forma; aquí teneis el título de pertenencia formado y legalizado en vuestro nombre.

—Vamos, dijo con voz baja Dorotea tomando el cántaro, el diablo hace bien las cosas; ¡lástima que sean tan malas!

Al cabo de dos dias vino una órden, no se sabe de dónde, por la cual se prohibió á los habitantes de los pueblos inmediatos sacar agua de la cisterna. Alvaro, que se habia quedado solo, en su soledad habia vuelto en sí, y sintió los remordimientos entrar en su alma. Vió delante de sí los brillantes escudos; pero durante dos dias conoció lo poco provechoso que le serían. Sintió hambre y en vano trató de buscar alimento, porque nadie queria recibir su dinero ni cambiar su oro por víveres, temerosos de que aquel dinero les trajese algun perjuicio.

—Compasion! compasion! decia el desgraciado.

—No hay compasion para el malvado que ha vendido el alma de su hija.

—Tomad mi tesoro y dadme los medios de vivir.

—Vuestro tesoro ha sido mal adquirido, y las monedas están marcadas con el sello de Lucifer, le respondian en todas partes.

Lleno de hambre, agitado, desesperado Alvaro llamó á grandes gritos en el bosque al desconocido á cuya generosidad debia sus dolores. En vano recorrió todos aquellos sitios, en ninguna parte lo halló. En aquella triste situacion, vuelto en sí, recordó que todos los caminos le estaban cerrados, no quedándole mas que uno que jamás se cerró al desgraciado; aquel en que el pecador arrepentido, el culpable llorando su falta eran recibidos con bondad y despedidos con dulces consuelos: era la casa del cura. Fué, pues allí, se arrojó á sus piés, confesó su crímen, recibió la absolucion y la esperanza que le dió el cura de que Dios no permitiria se llevase á efecto aquella venta.

Entregó el dinero al cura para que lo arrojase á la cisterna, no pudiendo servir para nadie por la procedencia diabólica que tenia. No quiso hacerlo el mismo Alvaro por no volver á tocar aquel endiablado oro. Arrojado el dinero á la cisterna, Dorotea, que habitaba una casita cerca de la del cura y que iba todas las mañanas á sacar agua de la cisterna con el cántaro del desconocido, vió un dia que el agua estaba sumamente baja y por mas esfuerzos que hacia no podia sacar su cántaro. Se volvió á su casa llena de sorpresa al ver que este pesaba mas que lo ordinario.

—Echame agua, la dijo su marido alargando un vaso, tengo sed, que el agua es el néctar de los pobres y la providencia de los labradores.

Dorotea echó agua. ¡Oh sorpresa! El vaso sonó argentinamente y una porcion de escudos de oro aparecieron.

—Milagro!

—El cántaro está encantado, replicó el esposo.

—¡Qué gran cantidad de dinero, de oro, y todo es nuestro!

—¿Deberemos ocultar esto? observó el prudente marido.

—Hijos mios, les dijo el cura su vecino, que se hallaba sentado á la puerta de su casa y seguia con atencion aquella escena, ese dinero es vuestro, podeis gastarlo sin temor, bendecido el cántaro, bendecidos son sus provechos.

Bien pronto supo la aldea entera el suceso y se llenó de consternacion temiendo prohibieran sacar agua, aun por la retribucion; pero no fué así. Los dos esposos eran demasiado generosos y verdaderos cristianos, y sin exijir retribucion alguna mas que la que antes les pagaban, permitieron sacar agua de la cisterna, de la que alguna vez sacaban tambien alguna moneda de oro. Dorotea sin embargo se ponia triste de cuando en cuando pensando si podria tener efecto la venta que habia hecho su padre de su alma al diablo. En vano el marido trataba de tranquilizarla; pero el misterio de todo el suceso y las dudas llegaron un dia á aclararse.

Llegó el dia que se celebraba la fiesta de la aldea, y en medio de la alegria, de las músicas, de los juegos y de los bailes de las aldeanas, se aparecieron dos caballeros que llevaban de la brida dos caballos.

El uno de ellos era un hombre alto, hermoso, vestido con gran lujo: era el Señor de la comarca. Era un verdadero rico-hombre de aquel tiempo, activo con los grandes, afable con los humildes, hacia diez años que la habia heredado de su padre; habia estado ocupado en las guerras de Navarra y Aragon, y era casi un extraño para los habitantes de Solera, en Andalucía, porque habia, además, pasado una gran parte de sus primeros años viajando é instruyéndose sobre los hombres y las cosas de su siglo. Los nueve caballeros que le escoltaban llevaban trage de hombres de armas con sus colores, y colgado de la silla del caballo se veia con gran asombro de los curiosos, un objeto inusitado en las costumbres y trages de la caballeria y de los señores: era un pellejo vacio.

—Y bien, carpintero, dijo á Alvaro confuso y asombrado el desconocido caballero ¿no quieres echar un trago conmigo y llenar mi pellejo con buen vino?

Alvaro no contestó.

—Has olvidado nuestra entrevista durante la tempestad, con el rayo y el relámpago por acompañamiento? Hermoso, alegre era aquello, el agua caia á torrentes por fuera y el vino caia á torrentes por dentro.

—¡Chis! ¡Chis! decia Alvaro volviendo la cabeza á todos lados, no me recordeis ese fatal momento que quisiera borrar de mi memoria.

—¡Cómo, Alvaro! replicó su antiguo parroquiano ¿desprecias al comprador de tu mercancia que te la pagó al contado?

—¡Por compasion, por compasion! repuso Alvaro ocultándose entre la multitud de los villanos; olvidad este crímen que deploro; he hecho ya penitencia por él: Señor, Señor, libradme de la tentacion de este demonio.

Echóse á reir el caballero con aquella risa estridente que habia empleado la noche de su entrevista con el carpintero, y echándole mano, cogió á Alvaro confundido por esta accion.

—Es muy mal hecho, le dijo afablemente, renegar de sus parroquianos.

En seguida dijo:

—Que se me presente Dorotea y su esposo.

—Señor! exclamó la jóven al reconocerle; ¡es el diablo, el diablo que habia comprado mi pobre alma!

—Dios mio! exclamó Alvaro dejando caer la cabeza sobre el pecho y agarrándose á su vecino para no caerse; ¡es el comprador del alma de mi hija!

—Vamos despacio, dijo el señor; y dirigiéndose al respetable sacerdote añadió: tranquilizad á estas buenas gentes; yo no soy un espíritu infernal sino el amigo de todos: Alvaro, tú eres un carpintero excelente, y mas que un obrero eres un artista. He oido y he visto tu furor por la borrachera y he querido castigarte. Yo soy el que llené el pellejo de vino de manzanilla para probar hasta donde puede llegar la borrachera. Yo soy el que te propuse la venta fatal, que tú aceptaste, del alma de esta buena niña: hacer el diablo no es difícil con una peluca roja y al resplandor de los relámpagos de una noche de truenos, de tempestad, y llevando por escuderos á nueve hombres de armas cubiertos con capas negras.

—Cómo, señor, qué ventura! dijo Dorotea, ¿érais vos al que yo hice beber por tres veces y que me ha regalado el don milagroso que me ha producido tanto oro?

—Yo te lo regalé por haber ocasionado tu desgracia; pero el cántaro estaba bendito por el cura que sabia mi secreto.

—Y esa cisterna, preguntó el marido de Dorotea, ¿porqué oculta oro?

—El arrepentimiento del culpable ha favorecido á los inocentes, contestó el cura. Alvaro me habia encargado que destruyese el precio de su traicion y lo arrojé á la cisterna á fin de contribuir á premiar la belleza de vuestros corazones. Como os habeis manifestado buenos cristianos y habeis llamado á vuestros amigos á participar de vuestra opulencia que os llegaba envuelta en el agua, el Señor os ha recompesado. Teneis ya el aprecio de todos y el afecto de cada uno en particular. Vuestra posteridad será bendecida.

El señor de Solera quiso tener á Dorotea y á su marido á su servicio, nombró á este su escudero y los llenó de favores.

Alvaro se hizo viejo y tuvo necesidad de todas las exhortaciones del cura para resolverse á beber un poco de agua y vino, y gracias á su templanza vivió cerca de un siglo.

Hoy que hace cerca de cuatrocientos años que se han verificado los sucesos que acabamos de contar, existe aun en Solera la cisterna maravillosa; solo que ha cambiado su nombre por el de Fuente de la Negra, su agua es fresca y cristalina como en tiempo de Dorotea.

El palacio feudal ha sido restaurado y presenta el aspecto que tenia en su primitiva época. Aun parece un centinela que vela continuamente sobre el pacífico señorío de Solera.

El Vizconde de S. Javier.

ROSA C...

Mas ¿qué importa tu nombre ni tu esencia?
Mujer o serafin, ángel ó flor,
Déjame consagrarte mi existencia
Y el culto de mi amor.

Lamartine.

La he visto por mi lado
cruzar indiferente
con noble continente,
con regia magestad.
La he visto! tras su huella
corrió mi fantasía,
dudando si sería
quimera ó realidad.

Su voz es dulce y suave,
su voz está formada
del aura perfumada
que vaga en el jardin.
Semeja el labio suyo
del níspero la fruta,
su boca es una gruta
de púrpura y jazmin.

Oh! yo me la figuro
en ilusion secreta,
de un sueño de poeta
divina encarnacion.
O en el morisco alcázar
Sultana desdeñosa,
ó Maga misteriosa
que halaga al corazon.

Cual nunca imaginaron
esplendidos pintores
los mágicos colores
de aurora boreal,
no adivinó, forjando
las Sílfides y Ondinas,
sus formas peregrinas
el númen oriental.

En el país hermoso
que el claro Glommen riega,
el hijo de Noruega
creyérala vision
que en los desiertos campos
cautiva al pasagero,—
idólatra sincero
de antigua tradicion.

Mas no es fantasma bella,
efímera y liviana;
ni es árabe Sultana,
ni es Maga para mí.
Solo es una hermosura
de negra cabellera,
nacida en la ribera
que baña el Damují.

Rasgados son sus ojos,
preciosos talismanes
que anuncian los volcanes
del tórrido ecuador...
Se ocultan en su seno
dos perlas temblorosas,
gemelas vergonzosas,
tesoros de pudor.

Magnífica belleza,
del Trópico candente,
que traes á la mente
recuerdos del Eden:
ah! deja que desnudo
de hipócrita ropage,
te rinda mi homenage
con júbilo tambien.

¿Qué importan en la vida
dolores de mañana?...
La esclava ó la tirana
del férvido cantor,
anhelo solamente
¡oh diosa de mis lares!
quemar en tus altares
la mirra del amor.

(Isla de Cuba.)

El Hijo del Damují.

MIS CANTARES.

A MI QUERIDO AMIGO D. EMILIO DE PÁRRAGA Y DAZA.

Hay horas de silencio misterioso
En que rompiendo el alma sus cadenas,
En alas de la ardiente fantasía
Adormecida en el espacio vuela.
Horas de melancólica dulzura,
De ilusiones, de sueños, de quimeras,
En que el cielo se estiende á nuestros ojos
Y el corazon se olvida de sus penas.
Aspiracion del alma vigorosa
Que abandonando su prision estrecha,
Se dilata y se pierde en el espacio
Que hay mas allá de la anchurosa esfera.
La inspiracion entonces se detiene
Sobre la frente altiva del poeta,
Y un canto arranca á su armoniosa lira
Que allá en la cumbre de la gloria suena.
El eco de los siglos lo repite,
Pasa el tiempo, lo admira, y lo respeta,
El génio de los hombres asombrado
Lo vé, lo siente, y lo comprende apenas.
El alma abandonada en el espacio
Libre se agita y en la gloria sueña,
Y esos sueños brotando de su lira
Hasta el alcázar que soñó le llevan.

. . . . . .

Yo no aspiro á la gloria. Mis cantares
Son dulces cual la miel de las abejas,
Puros como las gotas del rocío,
Humildes como son las violetas.
Como el tímido arrullo de las aves
Entre las flores y las ramas queda,
Así espira mi canto cuando nace,
Sin que la brisa lo levante apenas.
Mis cantares son flores incoloras
Que brotan entre zarzas y entre peñas,
Sin mariposas, sin brillantes galas;
Solo perfume el corazón les presta,

Cuando un dulce recuerdo de la infancia
Cruza mi mente y la acaricia leda,
Si una brisa de amor bate sus alas
Y con su aliento el corazon refresca.
Si un pensamiento noble ó cariñoso
Se posa un punto sobre el alma inquieta,
Yo canto; pero canto como el ave
Que trina alegre en la enramada espesa,
Como el arroyo que á su pié murmura,
Como las auras que á la flor cimbrean.
Yo canto, porque siento dentro el alma
El dulce son que en mi cantar resuena,
Y el espíritu suave que me inspira
Ser de su ser á mis cantares presta.
Presuroso se agita el pensamiento
Prestando al alma misteriosa fuerza
Que me impele á cantar como los vientos
Llevan las olas á besar la arena.
Y canto, y mis cantares al perderse
Cual los del ave en la espesura inquieta,
Se llevan mis suspiros, mis pesares,
Mis amores, mis sueños, mis quimeras.
El agua así del manantial sonoro
Donde pura nació, rauda se aleja,
Ingrata huyendo hácia el audaz torrente
Que presuroso hácia la mar la lleva.
Si el olvido á la flor de mis cantares
Roba sus hojas, quedará su esencia:
Que es el alma inmortal, y en su corola
Vertióse el alma convertida en perla.
Otros aspiren á ceñir la frente
Con laureles altivos y diademas,
Yo solo pido en premio á mis cantares
Una mirada cariñosa y tierna.
Mi corazon como la flor marchita
Que al suelo inclina su corola bella,
Pide solo una gota de rocio,
Pide solo una lágrima serena!
Y tal vez cuando el alma vagorosa
El vaso rompa que su ser encierra,
Mientras tiende sus alas al espacio
Y emprende el vuelo á la region etérea,
Oculta bajo un sauce solitario
Os pida el aura al suspirar inquieta,
No una corona de laurel florido
Sino de mirto y amorosa yedra.

ANTONINO CHOCOMELI CODINA.

LOS VECINOS DE DARLINGEN.

NOVELA DE ENRIQUE CONSCIENCE.

(Continuacion.)

—Os engañais sobre los motivos que alejan á Teresa de aquí, respondió Pottewal sin mostrarse resentido por las bruscas palabras de su suegro.

—Decid, pues, los que son.

—Pues bien, es por los niños de su hermana que ella no puede ver.

—Vaya una idea!... Y qué le hacen los niños de Herminia?... Ella no tiene que mantenerlos, á menos que no deplore en el fondo de su corazon la division extrema de nuestra fortuna y el abatimiento en que ha de caer un dia nuestro nombre!... y aun esto es un sentimiento legítimo que la honra mucho, Francisco, creedlo.

—No es eso, respondió Pottewal; cada vez que Teresa oye hablar de los niños de su hermana sufre y llora con tal desconsuelo que da lástima; yo en estos momentos la compadezco aun cuando se muestra tan áspera conmigo.

—Lo veis, Bonifacio? no os lo he dicho? exclamó la anciana.

—Entonces Teresa desea tener hijos?

—Yo daria la mitad de mi fortuna si Dios quisiera bendecir nuestro matrimonio.

—Vos tambien, Francisco?... vos tambien? os habeis vuelto locos los dos.

—Es por Teresa por quien lo deseo ardientemente; estoy seguro de que sería dichosa si fuera madre; nos uniria una mútua afeccion y este nuevo lazo daria otra direccion á nuestras contínuas querellas; hoy cuando no estamos en disputa permanecemos el uno al lado del otro sin saber qué decir ni qué pensar.

—En efecto, quizá tengais razon; murmuró Romys pensativo. Los hijos en la vida suelen ser casi siempre un manantial de placeres; pero aun no es tarde, Francisco, no perdais la esperanza.

Reinó un instante de silencio.

—Os olvidais de la plata, Julia, dijo Romys.

La buena señora colocó la vajilla en una bandeja y la llevó á la casa. Pottewal dirigió una mirada en torno del jardin y como si notase entonces que era el único convidado preguntó:

—Qué hora es?

—No lo sabeis? Las tres.

—Me extraña no hallar ya á todos tomando café.

—El segundo tren no llega á Darlingen hasta las tres y media; falta por lo tanto media hora para que vengan.

—Entonces no quiero molestaros; me voy á pasear bajo los árboles de la cerca.

—No, quedaos; hablaremos de negocios. ¿Cómo está el comercio, se gana mucho actualmente?

—Suelen ganar los que tienen el atrevimiento de exponer su fortuna; la escasez y la carestía amenaza sobre todo en Flandes. ¡Ah! no sé lo que será este invierno de ese desgraciado pueblo; da lástima oir en la Bolsa lo que cuentan sobre la terrible miseria que aumenta de dia en dia. En los alrededores de Thielt se han hallado algunos tejedores muertos de hambre en la calle. Los pobres obreros corren hambrientos por bandadas de mas de cien personas.

—Esto es una desgracia!... pero qué podemos nosotros hacer, por amor de Dios?... Los especuladores encuentran su ganancia en esta carestía y ahora que estamos solos me permitireis deciros, Pottewal, que haceis muy mal en dejar pasar circunstancias tan favorables.

Ahora se pueden ganar muchos miles de francos y no teneis gota de sangre en las venas, si veis con indiferencia enriquecerse en torno vuestro sin tomar parte en el botin.

—Tengo poco ánimo; suspiró Pottewal.

—¿Y osaríais quejaros de que vuestra mujer no esté contenta de vos? Vuestra conducta y esa indolencia culpable deben llenarla de indignacion. ¡No tener mas que bajarse para recoger tesoros y quedar así mirándolos como un insensato, mientras que otros se los guardan!...

Pottewal se encogió de hombros y no respondió.

Esta indiferencia irritó de tal modo á Romys que dando un fuerte golpe con el puño cerrado sobre la mesa exclamó:

—Me cuesta violencia contener la cólera que me causa vuestra frialdad cuando os doy tan buenos consejos. Es incomprensible tanta tenacidad, acusais á vuestra mujer y vos sois bien culpable despreciando los medios que se os presentan de adquirir una buena fortuna; ó sois loco, ó imbécil.

—No, Romys, no me juzgueis tan severamente; respondió Pottewal con sangre fria. Se emplean hoy toda clase de medios fraudulentos para hacer subir el precio del grano.

—Y bien, haced lo que hacen.

—En seguida se les hace bajar considerablemente, y tiene esto unas alternativas y una fluctuacion que me espanta.

—Vamos, vamos; que los precios irán subiendo hasta la próxima recoleccion; un niño no lo dudaria.

—Sí; pero ¿y los centenares de barcos que vienen de Odessa y del mar Báltico y de América?

—¿Y qué importa eso, si no traen bastante para la Francia sola y la escasez seguirá por lo tanto? Además la cosecha de patatas está casi perdida por la enfermedad y os lo repito, para un hombre que se dedica al comercio de granos como vos y que tiene un buen capital disponible, los millones son tan fáciles de tomar como esta taza que veis aquí; decidme que digo mal si os atreveis.

—Quizá tengais razon, Romys; pero yo no he nacido para arriesgadas empresas; estoy viendo algunos comerciantes que se enriquecen, y veo tambien otros muchos que pierden toda su fortuna. Yo prometí á mi padre sobre su lecho de muerte conservar intacta toda su fortuna y quiero cumplir mi promesa. Somos ricos y no tenemos hijos ¿qué falta nos hace arriesgarnos?

—Vaya!... Vos estais obcecado en esa necedad, y no hay medio de haceros comprender que es vuestro deber para con vuestra mujer y para con vuestra familia.

—Yo gano anualmente mucho mas dinero de lo que es preciso para mi casa, sin arriesgar el capital. Siento desagradaros; pero mi determinacion es irrevocable, porque si yo experimentara un gran revés no podria consolarme y moriria de pesar y desesperacion.

Romys golpeó el suelo con el pié y ya la palabra holgazan estaba pronta á salir de sus labios proponiéndose llenar á su yerno de groseras injurias, cuando un ruido de ruedas se hizo oir en la calle deteniéndose un carruage á la puerta de la casa.

—Qué significa esto? murmuró Romys; ¿habrán venido en carruage hasta Darlingen? No me asombraria, porque así el viage cuesta mas que por el ferro-carril y esas gentes tiran el dinero de una manera...

No habia concluido de hablar cuando la puerta se abrió y cuatro ó cinco personas entraron en el jardin lanzando gritos de júbilo.

Era Herminia que se adelantaba hácia su padre con los brazos abiertos, M.me Romys y la vieja Sofía con un niño en brazos que mostraba como en triunfo; la señorita María Blondeel con otro niño y su hermano Juan que palmoteaba llenando el jardin de gozosas exclamaciones.

Romys conmovido por las tiernas caricias de su hija murmuró algunas paladras amables y la desprendió de su cuello. Entonces vió la niña que le presentaban para que la abrazase.

—Es muy hermosa!... dijo besándola en los labios. Una paregita, Herminia, y será ya bastante;—no es verdad?

—Os suplico, papá, que la deis vuestra bendicion; es esta la primera vez que veis á mi pequeña Herminia.

Romys hizo el signo de la cruz sobre la frente de la niña.

—Gracias!... papá!... vuestra bendicion la hará dichosa, dijo la madre con ternura y gratitud.

Entonces apercibió á Mr. Pottewal á quien ya su tio Blondeel estrechaba la mano; fué hacia él y le abrazó exclamando:

—¡Ah!... mi buen hermano Francisco, ¡cuánto tiempo hace que no os he visto!... ¿dónde está mi hermana? soy tan dichosa que quisiera estrechar á toda la familia contra mi corazon.

Pottewal balbuceó una excusa y aseguró que su mujer no tardaria en llegar.

—Ven, Ernestito; dijo ella tomando de la mano al niño que acababa de soltar su tia. Ven á conocer á tu buen tio Francisco que te ama mucho; dale un beso, hijo mio.

El niño tendió los bracitos hácia Pottewal, y le sonrió tan dulcemente, que se sintió conmovido. Le tomó en brazos y le abrazó con verdadera ternura.

—Pero cómo no ha venido Ernesto? preguntó Romys asombrado.

—Un contratiempo imprevisto, respondió Herminia; el camino de hierro le da tanto trabajo! En este momento han venido á buscarle en un carruage á toda prisa para ir á casa del banquero.

—Siempre ese eterno camino!... refunfuñó Romys; yo creo que no rodaremos en él jamás...

—Y cómo te va? eres siempre tan dichosa, hija mia? exclamó M.me Romys.

—Muy dichosa!... el camino de hierro va bien; todo va bien!... respondió con los ojos brillantes de alegría.

—Y bien, sentémonos. Trae el café, Adela!... Adela!... exclamó Romys dirigiéndose hácia la casa.

Apareció una criada y llenó las tazas.

Pottewal habia tomado una silla para poder tener al niño en las rodillas; mientras que los demás se colocaban al rededor de la mesa, y conversando familiarmente con ellos daba golosinas al niño y le decia en voz baja palabras cariñosas. El pequeño Ernesto parecia experimentar una aficion particular por su tio Francisco, pues le pasaba las manitas por la cara y le sonreia con cariño, como si se hubiera encontrado siempre sobre sus rodillas. Herminia agradecia á Pottewal la ternura que manifestaba á su hijo.

—Y vos, cómo estais, hermano Francisco? dijo ella; me habian dicho que estábais enfermo y gracias á Dios os veo bueno.

—Sí, estoy bien; pero qué niño tan hermoso!... qué encantadora criatura!... Yo pasaria toda mi vida mirándole así. ¡Cuán dichosa debeis ser, M.me Decock!...

—Ah! mucho; hermano mio!... yo no podia imaginarme que fuera tan bella la vida.

—Parece que estais enfermo, Pottewal, dijo Blondeel.

—Oh! no, Mr. Juan; estoy bueno y contento, respondió. ¡Pero qué hermoso niño!...

La buena Sofía se aproximó para quitárselo, pero el pequeño Ernesto echó los brazos al cuello de su tio y demostró con un grito enérgico el deseo de permanecer sobre sus rodillas.

Mr. Pottewal, que hacia quizá mucho tiempo no recibia un testimonio tan sincero de amistad y de amor, se conmovió profundamente por la predileccion que le manifestaba la inocente criatura y humedeciéndose sus ojos, brilló una dulce sonrisa en su abatida fisonomía.

Herminia tomó la niña y envió á Sofía á la cocina para que ayudase á la otra criada á servir el café.

Una conversacion animada comenzó en la que demostró Herminia su felicidad por algun rayo de arrebatadora alegría, confirmándolo su tio Juan con sus oportunos epigramas. Las dos hermanas Julia y María se estrechaban las manos y estaban tan absortas en su conversacion refiriéndose los menores detalles de su vida, como si no se hubieran visto en veinte años. Esta alegría general debia ser atribuida al buen humor evidente de Mr. Romys que no podia ver la dicha de otros sin mostrarse impaciente haciendo reflexiones desagradables, y á la sazon sonreia francamente respondiendo alguna vez con festivas chanzas á los ingeniosos chistes de su cuñado. Una vez habló del carruage censurando este inútil gasto; pero Herminia le manifestó que su marido lo habia dispuesto así porque no puede uno detenerse cuando se quiere en el camino de hierro y con dos niños era preciso esta libertad; Romys no replicó y volvió la conversacion á tomar su animado carácter.

Pottewal no decia nada; jugaba con Ernestito pareciendo completamente absorto por las gracias del inocente angelito que se divertia en ponerle en la boca las golosinas que recibia, mostrándole un afecto especial.

De repente Pottewal palideció, sintiendo una conmocion inesperada; dejó precipitadamente al niño en el suelo y se quedó inmóvil con los ojos bajos como un hombre á quien se sorprende en una mala accion.

Teresa habia aparecido en el jardin, y viéndole con el niño de su hermana en las rodillas, le dirigió una mirada chispeante y amenazadora que le hizo temblar.

A los primeros pasos que dió en la calle miró á todas las personas que estaban reunidas al rededor de la mesa: iba preparada para saludar á Mr. Decock con una frialdad repulsiva; pero como no le vió, se manifestó menos áspera. Se dejó abrazar por su hermana y se sentó en la mesa á su lado.

Herminia que habia dado á su madre su pequeña niña por correr al encuentro de su hermana, la tomó y poniéndola sobre las rodillas de su hermana dijo alegremente:

—Ves, Teresa, qué linda es!... qué blanca!... vamos dale un beso sobre sus labios de rosa, cómo te mira, parece ya conocer á su tia!...

M.me Pottewal inmóvil como una estátua de piedra, dirigió á la niña una mirada de extraña fijeza; su expresion era singular, brillaban sus ojos, su boca estaba abierta y sin embargo sonreia dulcemente apareciendo sobre su rostro una tierna emocion. Parecia al mismo tiempo una fiera que iba á devorar su presa y una tierna madre que acariciaba á su hijo bebiendo la felicidad en sus ojos.

—Hermana mia, dale un beso; murmuró Herminia.

Teresa se inclinó con lentitud sobre la niña y apoyó largo tiempo los labios sobre su frente.

—Basta, basta, hermana mia; dijo Herminia con inquietud como si hubiera temido alguna cosa.

Cuando Teresa levantó la cabeza, se vió que lloraba copiosamente, y habia inundado de lágrimas el rostro de la niña: temblando de emocion la puso en las rodillas de su madre y ocultándose el rostro entre las manos se puso á sollozar en alta voz; se extremecia con violencia y se la hubiera creido amenazada de un fuerte ataque de nervios. Todos la rodearon, pidieron agua, y Pottewal, el bueno de Pottewal, gemia mostrando un terror inmenso.

—Oh! Dios mio!... se ha desmayado!... exclamó; socorredla, socorredla!... qué hacer?... Un médico!... yo corro á buscar un médico!...

Pero se descubrió el rostro; habian cesado de correr sus lágrimas, y sin un ligero sonrosado que cubria sus mejillas, no se descubria en ella ningun rasgo de extraordinaria emocion.

A las palabras afectuosas que la dirigieron todos, respondió con una sonrisa amarga:

—No os alarmeis tanto, os lo ruego; es una indisposicion pasagera que no significa nada; son mis nervios y suelo tener con frecuencia momentos en que siento correr mis lágrimas sin motivo...

—Vos querríais tener un hijo ¿no es esto? interrumpió Blondeel; pues no hay razon todavía para desesperar.

M.me Pottewal dirigió á su tio una mirada de desprecio.

—Yo os digo, Mr. Blondeel, que esto proviene de mis nervios y haríais bien en creerme sin buscar suposiciones en vuestra imaginacion.

Blondeel se encogió de hombros en señal de duda.

—¿No es verdad, Pottewal, que sufro á menudo semejantes ataques de nervios?... preguntó á su marido con una cólera comprimida; hablad ¿no es cierto?

—Sí, sí; es verdad, á menudo, casi todos los dias; balbuceó Pottewal dominado por la mirada de su mujer.

Todos callaron.

—Ahora, exclamó ella, tened la bondad de no ocuparos mas de este accidente, ó me vuelvo á mi casa; dadme una taza de café, esto pasará, y de todos modos os prevengo que apenas puedo estar aquí una media hora.

Volvieron cada uno á tomar su sitio en la mesa, esforzándose Juan Blondeel por reanimar la conversacion; pero sin resultado porque la alegría y la cordialidad habian desaparecido. Herminia con el pretexto de que le daba el sol á la niña se alejó de su hermana y retuvo tambien á Ernestito para que no se aproximase á ella; no era el rencor, sino la compasion el motivo que la hacia obrar así, pues notó en el rostro de Teresa una penosa contraccion cada vez que su mirada caia sobre uno de los niños.

Un campanillazo resonó en el vestíbulo.

—Ya está aqui Ernesto!... exclamó Herminia.

—En efecto, he oido el silbido del tren hace poco.

Mr. Decock entró con ligeros pasos en el jardin: su rostro estaba radiante y brillaban sus ojos de alegría; sin hacer caso de la frialdad y poco afecto con que le recibió Romys estrechó cordialmente su mano, abrazó á su suegra, saludó con afabilidad á Pottewal y á su mujer y exclamó despues con júbilo:

—Herminia!... Mr. Juan!... M.lle María!... tengo una buena noticia que comunicaros. Mi proyecto de ferro-carril está aceptado.

Entusiastas palmadas y gozosas aclamaciones respondieron á esta nueva.

—Aceptado?... qué quereis decir?... murmuró Romys; pero por las cámaras?... si no están abiertas!...

—No, no; por el ministerio. El mínimum del interés está fijado.

—Bah!... eso es otra cosa: promesas!... promesas vanas!... siempre castillos en el aire; dijo Romys.

Teresa que se habia extremecido á la primera nueva de la aceptacion del proyecto, levantó los ojos, sacudió la cabeza y se echó á reir asociándose á la duda de su padre.

—Pero, padre mio, replicó Decock, dejadme explicaros el negocio y vereis como no me regocijo por una cosa imaginaria. Los ministros tienen una gran mayoría en las cámaras y han resuelto emprender grandes obras públicas para dar trabajo á las clases jornaleras que lo necesitan, poniéndoles al abrigo de la miseria este invierno próximo. Despues de aceptado por ellos no es dudoso que mi proyecto llevado á las cámaras en noviembre próximo sea votado inmediatamente.

—Eso es incierto!... incierto todavía!... el pájaro vuela aun libre en los aires; interrumpió Romys.

—Esta vez, sin embargo, os engañais; exclamó Ernesto con una sonrisa tranquila. Hay ya una sociedad inglesa que compra mi proyecto, teniendo yo como autor del plan y como director de los trabajos, ciento veinte mil francos de acciones en la sociedad.

—Ah!... si tiene buen éxito en noviembre... murmuró Romys que comenzaba á ver el negocio por su lado bueno.

—Un éxito completo, respondió Mr. Decock. El banquero de Bruselas que está al frente de la sociedad ha querido comprarme hoy mi parte por cien mil francos.

Esta circunstancia colmó el júbilo y el asombro de todos.

Ernesto corrió hácia sus hijos, los besó tiernamente y abrazó á su mujer con igual ternura. Juan Blondeel le estrechó contra su corazon y María le tomó las manos con efusion; Pottewal mismo, estimulado por estos testimonios de sincera afeccion le felicitó en términos muy sentidos.

Una sonrisa amarga plegó los labios de Teresa; la expresion irónica de su rostro demostraba la duda y parecia irritarse sobre todo de que su marido osase hablar con familiaridad á su cuñado hasta el extremo de apretarle la mano.

—¿Será posible, Ernesto, preguntó Romys, que se os hayan ofrecido cien mil francos en dinero contante? ¿y porqué habeis hecho la locura de rehusarlos?

—¿Iria yo á sacrificar veinte mil francos, cuando he de tomar mi parte dentro de algunos meses? Gracias á Dios, no me ciega la codicia hasta ese punto.

—En efecto, Ernesto, veinte mil francos son mucho para perderlos. Vamos, sentaos, tomad una taza de café; quiero estar alegre hoy, y celebraremos el negocio con una botella de mi viejo borgoña.

—Bravo, padre mio!... bravo; ya estais de nuestra parte, exclamó Herminia; si yo no tuviera encima á mis hijos saltaria á vuestro cuello.

—Sí, dos botellas!... exclamó Blondeel frotándose las manos; jamás he tenido tantas ganas de beber un buen vaso de vino como en este momento.

—Tomad la llave, dijo Romys á su mujer; id á buscar dos botellas, Julia; allá abajo, en el fondo de la cueva, de aquellas que están cubiertas de telas de araña.

Y tomando la mano de Ernesto, le dijo con afectuoso tono:

—Vamos, Mr. Decock, este es un buen principio; si continuais así, seremos los mejores amigos del mundo; sois un buen muchacho y ganareis mucho dinero; para esto se necesita valor y ciencia, y eso no os falta; quién sabe si con el tiempo dareis mas honra á la familia, que otros que tienen la fortuna por herencia!...

A estas palabras dirigió una ojeada á Pottewal que sintió el golpe y bajó avergonzado la cabeza. Teresa tembló de despecho y de mal contenida cólera.

—¿Y qué contais hacer con este dinero cuando lo hayais recibido? preguntó Romys. Comprareis seguramente una finca, una grande ó dos pequeñas.

—No, padre mio; yo tengo otro proyecto, respondió Ernesto; desde luego coloco sobre la cabeza de cada uno de mis hijos veinte mil francos.

Herminia le tomó la mano á hurtadillas y se la apretó con reconocimiento.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

(*Se continuará*).

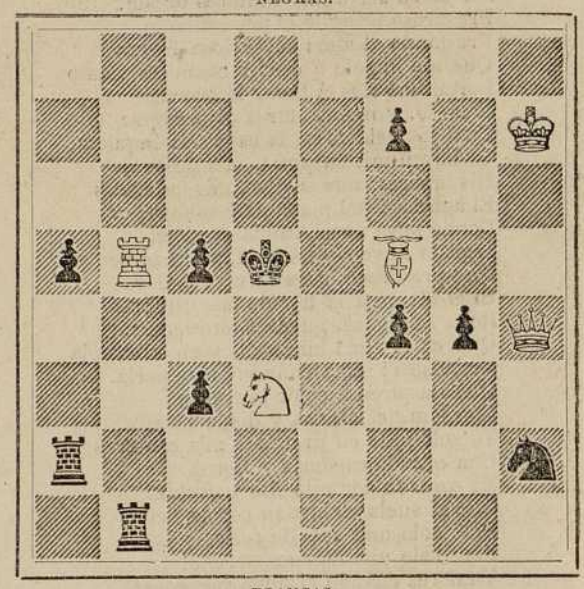
PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 94.

Blancas.	*Negras.*
1.ª T. 5.ª T. á 3.ª T.R.ª	R. 4.ª R.
2.ª T. 5.ª A. jaque.	R. toma P.
3.ª T. 3.ª R.	P. toma T.
4.ª T. 5.ª R.	Cualquiera.
5.ª A. 3.ª T.R.ª ó C. 8.ª	R. jaque-mate.

PROBLEMA N.º 95, COMPUESTO POR M. S. LOYD.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 3 jugadas.

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE DEBAJO CON MANGAS ESTRECHAS de fulard liso Habana claro, con guirnalda bordada de seda Habana mas oscuro. Enagua de encima de fulard liso Habana mas oscuro que el del trage de debajo, con guirnalda bordada de seda Habana claro; esta enágua abierta vá recogida en ámbos lados por gruesos botones forrados de fulard. Paletot bordado, igual á la enagua de encima, con mangas muy largas abiertas, forradas de fulard liso, del color del trage de debajo. Sombrero bullonado de tul blanco, forrado de crespon azul con acianos.

ZAGALEJO DE PELO DE CABRA GRIS SUECIA (un poco lila), con aplicaciones de arabescos de tafetan violeta, con orla de cuentas blancas y negras. Trage corto igual, orlado con una tira de tafetan violeta á puntas redondeadas, y un fleco negro y blanco; todos los contornos de las puntas se orlan con cuentas blancas y negras. Paletot recto de la misma tela del trage, adornado con arabescos como los del zagalejo; estos arabescos rodean el paletot; en la sisa y en el escote van tiras semejantes á las del trage, pero mas estrechas. Sombrero redondo de paja, sin otro adorno que una tira muy ancha de tul violeta, enrollada al rededor de la copa, que es muy baja.

DIRECTOR: D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ. 1867.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA, á cargo de D. Federico Joly y Velasco. Bomba, n. 1.

A LOS NUEVOS SUSCRITORES DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

Habiendo reimpreso esta Empresa los números que faltaban para completar algunas colecciones de años anteriores, las ofrece á los mismos en los precios siguientes:

La respectiva	á 1862.	por 140	reales vellon.
,,	á 1863.	por 140	,,
,,	á 1864.	por 160	,,
,,	á 1865.	por 160	,,
,,	á 1866.	por 160	,,

Tomando todas las colecciones se darán en 500 rvn.

En America fijan el precio los Sres. Corresponsales.

En atencion á ser muy pocos los ejemplares que hay disponibles, la venta se hará exclusivamente á los que sean suscritores á La Moda Elegante en la actualidad.

Los pedidos se dirigirán, acompañados de su importe en letras de fácil cobro, á la Administracion de Madrid, plaza del Príncipe D. Alfonso, núm. 8, ó á la de Cádiz, calle de Ahumada, núm. 5.

El Administrador: CELSO MERLO.

AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 32.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin, y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs....Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs....Seis meses, 65...Tres meses, 35...Un mes, 12.

Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs.... Seis meses, 42... Tres meses, 22... Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

PROPIETARIO: **Don Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes...Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Libreria de, Don C. Bally-Bailliere, plaza del Principe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tanago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux
BUENOS AIRES, Don Federico Real y Prado.

Sumario.— Velo de butaca al crochet.— Estuche para peine de faltriquera.— Alfabeto bordado.— Orla para cortina; tapete de mesa etc. —Veinte y dos dibujos para labores de crochet. — Zagalejo de tafetan azul.— Trage de moer maiz.— Traje corto de fulard color castaño dorado.— Elena de Ossorio; novela-episodio histórico de la guerra de las comunidades de Castilla.— Los vecinos de Darlingen.— Esplicacion del figurin iluminado.— Problemas de ajedrez.

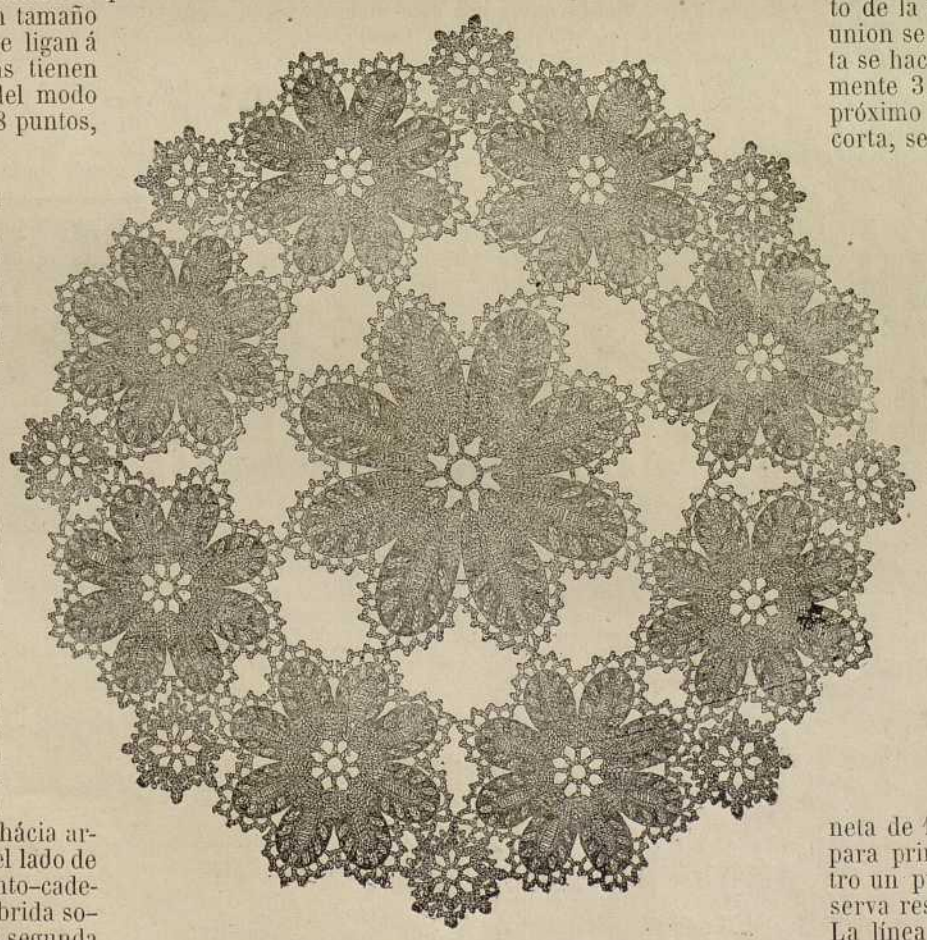
Velo de butaca al crochet.

Este velo se compone de estrellas grandes y pequeñas. Además del dibujo que representa el aspecto general de la labor, publicamos en tamaño natural una de las ocho estrellas que se ligan á la estrella del centro; cada una de estas tienen ocho puntas ó ramas; se las ejecuta del modo siguiente: se hace una cadeneta de 18 puntos, sobre los cuales se vuelve de este mod

1.ª *vuelta.*— Una media brida en 4.º punto, por consiguiente se pasan los 3 últimos, —un punto en el aire, —6 bridas, y despues de cada una de ellas un punto en el aire, por debajo del cual se pasa uno de la cadeneta; despues del punto en el aire hecho en la 6.ª brida, una media brida,—un punto en el aire; al otro lado de la cadeneta la

2.ª *vuelta.* —Toda de puntos sencillos, y se hacen tres en cada punta; lo demás, un punto en cada punto;— cuando se ha terminado la vuelta se hace un punto-cadeneta en el primer punto sencillo de esta vuelta, se fija la hebra y se corta.

Se preparan otras siete ramas iguales á esta (8 en todo), luego se ejecuta el centro de la estrella. Se hace una cadeneta de 16 puntos, el último de los cuales re reune con el primero,—tres puntos en el aire, que representan la 1.ª brida,—luego * 2 en el aire; se toma una de las ramas preparadas con anterioridad, poniéndolas con el revés hácia arriba, y picando siempre el crochet en el lado de detrás de cada punto, se hace: un punto-cadeneta,—un punto sencillo,—una media brida sobre los 3 últimos puntos sencillos de la segunda vuelta de una rama,—una brida sobre cada uno de los 15 puntos siguientes,—5 bridas en la punta de la rama,—una brida sobre cada uno de los 15 puntos siguientes,—una media brida,— un punto sencillo,—un punto-cadeneta sobre los 3 puntos siguientes,—2 puntos en el aire, por debajo de los cuales se pasa el punto del medio del anillo compuesto de puntos en el aire,—una brida en el punto siguiente de este anillo. Vuélvase 7 veces desde *;—en seguida 2 puntos en el aire,—2 sencillos en los 2 últimos en el aire que preceden á la primera rama.



VELO DE BUTACA AL CROCHET.

Se continúa la labor haciendo al rededor de las ramas la vuelta siguiente: * un punto sencillo en cada uno de los diez primeros de la rama mas próxima, —2 bridas en el 7.º punto de la 2.ª vuelta del centro de la estrella; no se termina cada una de estas bridas aisladamente, sino se pasan las hebras á la vez por sus buclecillos, y por el que les precede sobre el crochet, lo cual forma un lunar al sesgo, luego † pasando un punto de la vuelta anterior, se hace uno sencillo en cada uno de los 3 puntos siguientes,—un lunar como el anterior en el cuarto punto siguiente de la 2.ª vuelta de la parte del centro. Vuélvase una vez desde †.—Se pasa un punto, se hace uno sencillo en cada uno de los dos puntos que siguen,—un lunar en el punto del centro, que se encuentra sobre la punta de la rama; pero sin pasar esta vez un punto, se repite lo que se acaba de hacer al otro lado de la rama, luego un punto sencillo sobre cada uno de los 5 puntos siguientes.—Se principia 7 veces desde *, pero consultando el dibujo para reunir las ramas entre sí. Esta union se verifica despues del 6.º y del 9.º puntos sencillos, hechos sobre los diez primeros puntos de una rama; para esto, se deja deslizar el buclecillo fuera del crochet; despues del 6.º punto, se pica el crochet de abajo arriba, á través de los dos lados superiores del punto similar perteneciente á la rama que sigue; se vuelve á tomar sobre el crochet el buclecillo abandonado, y se le pasa á través del dicho punto de la otra rama;—despues del 9.º punto, la union se verifica por una brida. Al fin de la vuelta se hacen, en vez de 5 puntos sencillos, solamente 3, luego un punto-cadeneta en el mas próximo punto sencillo; se fija la hebra, se la corta, se la vuelve á atar al primer lunar de la primera rama, para ejecutar los festones calados: una media brida;—* 2 puntos en el aire,—1 piquillo (es decir, 4 puntos en el aire, y un punto-cadeneta en el primero de estos puntos), 2 puntos en el aire; esto forma un feston,—una brida en el 4.º punto,—un feston como el anterior,—una brida en el 4.º punto,—un feston,—en la punta 2 bridas separadas por un feston,—un feston,—una brida en el 4.º punto,—un feston,—una brida en el 4.º punto,—un feston,—una media brida en el 4.º punto,—un punto en el aire,—una media brida en el 11.º punto de la rama mas próxima. Vuélvase desde *.

Al fin de la vuelta se hace un punto cadeneta en la media brida por la que se ha principiado la misma; estos piquillos sirven para unir las diversas estrellas que rellenan el intervalo entre las del contorno esterior.

La estrella grande del centro se hace con arreglo á las explicaciones que acaban de darse, pero en vez de una cadeneta de 18 puntos, se hace una de 20 en el aire, para principiar cada rama, y se hace para el centro un punto mas; la misma proporcion se observa respecto á las demás partes de la estrella.

La línea que une dos ramas entre sí se compone de 7 puntos.—Cada estrella pequeña se hace de tres vueltas.

Se forma una cadeneta de 16 puntos, el último de los cuales se reune con el primero.

1.ª *vuelta.*—4 puntos en el aire que forma la 1.ª doble brida: * 7 en el aire, por debajo de los cuales se pasa un punto de la cadeneta,—una doble brida en el punto siguiente.—Vuélvase 6 veces desde *,—7 puntos en el aire.

2.ª *vuelta.* —Un punto sencillo en cada sencillo, pero 3 puntos en el del medio de los 7 en el aire;

así sucesivamente.

3.ª *vuelta*.—* 2 puntos en el aire,—un piquillo (es decir, 4 puntos en el aire, y un punto-cadeneta en el primero),—2 puntos en el aire,—1 sencillo en el del medio de uno de los festones,—7 en el aire.—1 sencillo en el mismo que el anterior punto sencillo,—2 en el aire,—un piquillo,—2 puntos en el aire,—1 sencillo en el 5.º punto siguiente. Vuélvase desde *. Al fin de la vuelta, un punto sencillo en el primero en el aire de la misma.

Estuche para peine de faltriquera.

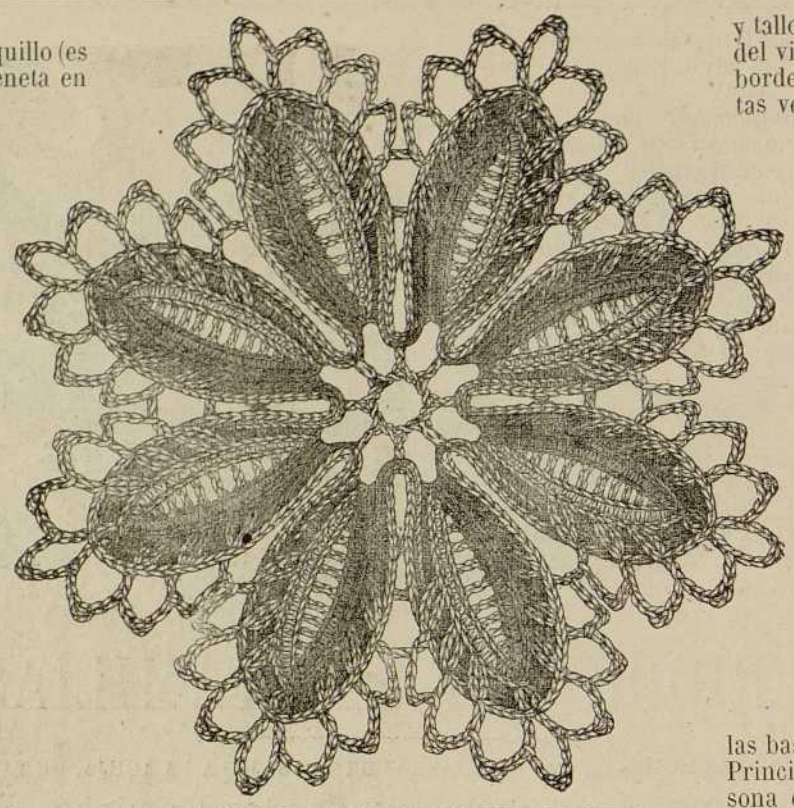
Se cortan dos pedazos de carton de la forma del estuche, que se reunen, pegándoles por un lado hule, que sirve de forro interior; se cosen juntos el lado que ha quedado abierto y el borde inferior.—Para cubrir el estuche se toma tafilete ó seda; las partes oscuras del dibujo son de tafilete oscuro, ó seda, ó de terciopelo, en el caso de que no se haya empleado tafilete para el estuche; se pone al rededor trencilla muy fina de seda, ó de oro, ó de plata; el tafetan bordado se pega sobre el estuche de carton, y lo mismo se hace en su caso con el tafilete.

Alfabeto bordado.

Este alfabeto, hecho á punto ruso, punto de nudillos y punto de espina, es de una ejecucion pronta y fácil; para él se emplea indiferentemente algodon blanco, algodon ó seda de color.

Orla para cortinas, tapete de mesa, etc.

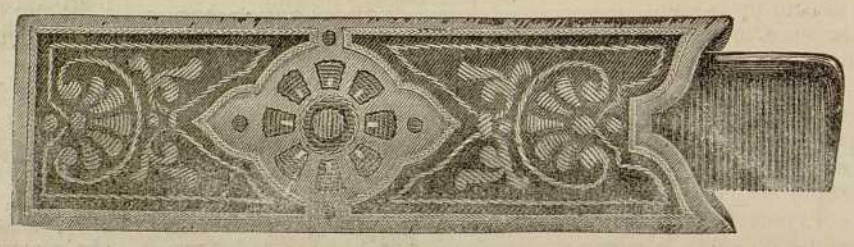
Este dibujo se ejecuta con filadiz de diferentes tintas, al pasado, á punto de nudillos, á punto de cadeneta con aplicaciones de tafetan, ó de cachemira, ó de paño, sobre reps de lana ó bien paño, se hace la orla sobre una tira de tela separada, que se cose en seguida sobre la cortina, la portier ó el tapete; esta tira debe ser generalmente del mismo color, pero de tinta mas clara que el objeto al



ESTRELLA DEL CONTORNO DEL VELO DE BUTACA.

que circuye.—En nuestro modelo la aplicacion es de tafetan azul, las partes oscuras, al pasado, con filadiz negro; los lunares redondos, al pasado, con filadiz amarillo,—el contorno de las grandes flores es castaño-rojo, los nuditos de filadiz punzó. Las ramas y tallos son verdes, las florecillas de muchas tintas del violeta. La cadeneta y los puntos de nudillos del borde son encarnados y color castaño-rojo; las puntas verdes, violetas, encarnadas y color de naranja.

El fondo de esta tira es de paño Habana claro, puesto sobre reps Habana oscuro, empleado para cortinas y portiers.



ESTUCHE PARA PEINE DE FALTRIQUERA.

LECCION DE CROCHET.

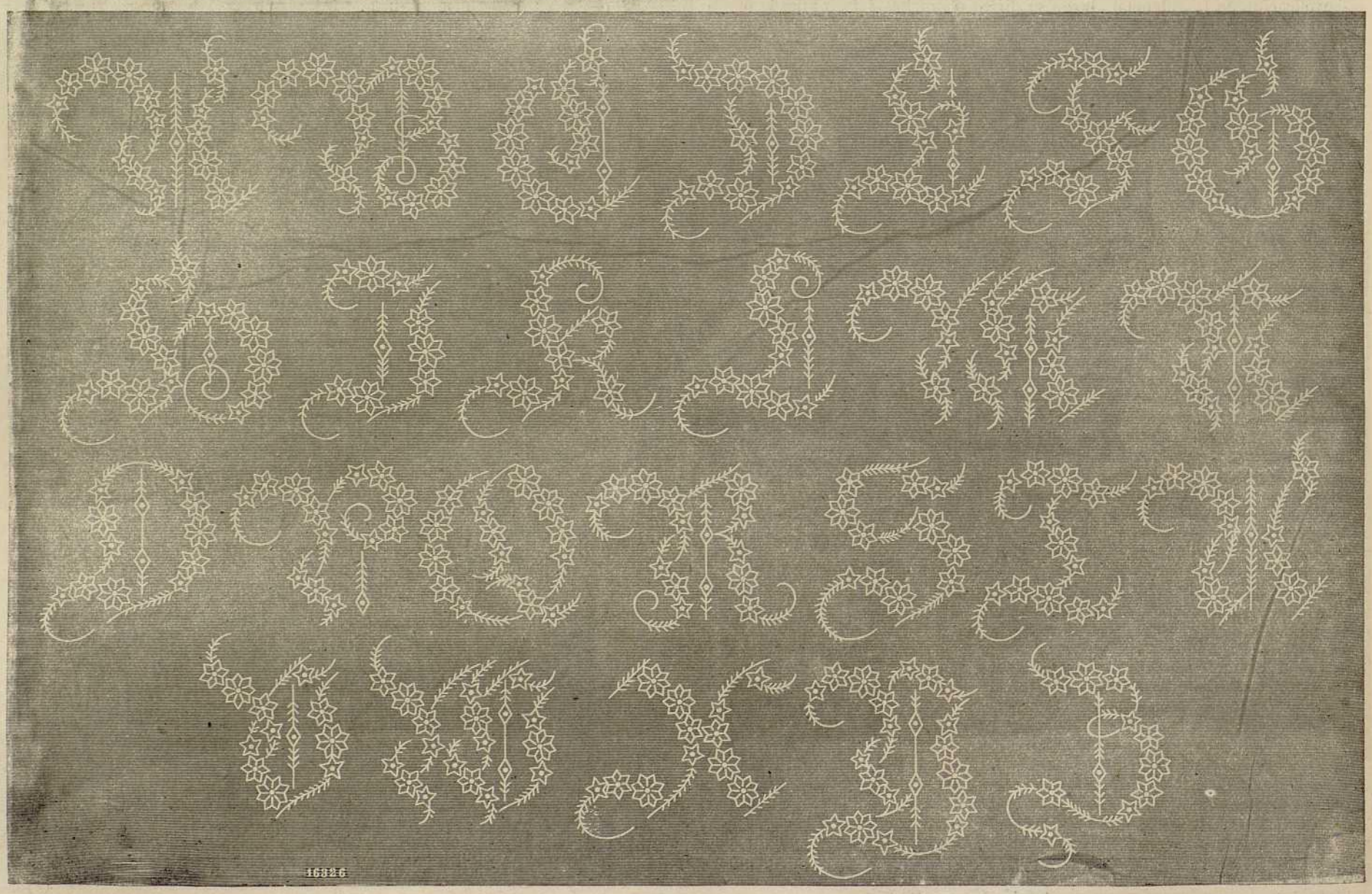
Si doy crédito á algunas reclamaciones, el crochet no es tan generalmente conocido como yo imaginaba, porque se me pide que consagre á esta labor femenina indicaciones tan precisas, tan minuciosas, tan *elementales* como las que en anteriores números hemos destinado al punto de aguja y á la costura.

En su consecuencia voy á dar una *leccion de crochet*, solicitando antes la indulgencia de aquellas de nuestras lectoras, que en vez de tener que recibir esta enseñanza pudieran ellas ser profesoras.

Tomemos un ovillo de algodon; un crochet adecuado al grueso del algodon (los mas cómodos son los que se desarman y pueden encerrarse dentro del mango) y establezcamos las bases de todas las labores ejecutadas al crochet. Principio por suponer que nada de ello sabe la persona que va á tomar estas lecciones.

Se pone el crochet sobre el extremo de la hebra, sujetando esta con el índice de la mano derecha, y se saca con el crochet el extremo de la dicha hebra (este extremo se sujeta con el pulgar y el tercer dedo de la mano izquierda); se forma un lazo cuyo buclecillo se encuentra sobre el crochet; se vuelve á tomar la hebra con el crochet (no el extremo de ella sino la hebra misma); se la pasa al través del buclecillo anterior, que se deja deslizar fuera del crochet; se vuelve á tomar la hebra y se procede del mismo modo, y así sucesivamente. — Esto forma la *cadeneta* (véase el dibujo n.º 1) que sirve de base á la mayor parte de las labores de crochet; los puntos que la componen son en mayor ó en menor número, segun exijan las condiciones de la obra.

La *cadeneta* que se acaba de describir se



ALFABETO BORDADO.

emplea principalmente en la labor designada por las palabras *crochet cuadrado*, para los entredoses y encages hechos á lo largo. Expliquemos primeramente el crochet cuadrado.

N.º 1.—*Crochet cuadrado.*—Se hace *á puntos contados*, como la tapicería copiada de dibujos; cada *punto (ó cuadro)* mate ó claro, se compone de 3 puntos; por consiguiente, si se quiere hacer al crochet cuadrado un dibujo de 50 *puntos ó cuadros* de ancho, se forma, para principiarlo, una cadeneta de 150 puntos; esta cadeneta que es la base de la labor, no se considera como una vuelta, y se vuelve sobre los puntos que la componen para hacer la *primera vuelta* volviendo la labor. Esta vuelta es la única en que se procede de este modo, porque para todas las labores hechas al *crochet cuadrado*, el cual tiene revés y derecho, se corta la hebra al fin de cada vuelta reanudándola al principio; despues de haber cortado la hebra, basta con pasarla por el último punto para apretarla. Al fin de la vuelta siguiente se hacen los cinco ó seis últimos puntos sobre la hebra por la que se ha terminado la vuelta anterior; esto es lo suficiente para que la labor quede tan sólida y tan limpia como puede desearse; se reanuda la hebra del mismo modo, es decir, que se pica el crochet en el punto sobre el que se debe principiar la vuelta que se va á emprender; se toma la hebra, y por el buclecillo así formado se pasa el extremo de aquella; se la aprieta á fin de formar un nudo, luego se hacen los cuatro ó cinco puntos siguientes sobre este extremo de la hebra.

El *crochet cuadrado* se compone enteramente de *bridas*, de las que luego nos ocuparemos. La primera brida está siempre formada por 3 *puntos en el aire*, los cuales se hacen exactameute como los puntos que forman la cadeneta.

Para los *cuadros claros* se hacen 2 puntos en el aire, por debajo de los cuales se pasan 2 puntos de la vuelta anterior, y en el siguiente se pica el crochet para hacer una brida; esta termina el cuadro claro y no principia al mismo tiempo un cuadro *mate* ó tupido; en otros términos, el primer cuadro mate que sucede á un cuadro claro, lleva siempre cuatro bridas, la primera de estas pertenece al cuadro claro que precede *al* ó á los cuadros *mates*; si estos son dos, hay por tanto 7 bridas seguidas;—si son tres, hay 10. En una palabra, la primera brida de una fila de cuadros *mates* no hace siempre parte de los cuadros mates, puesto que termina el cuadro claro que los precede.

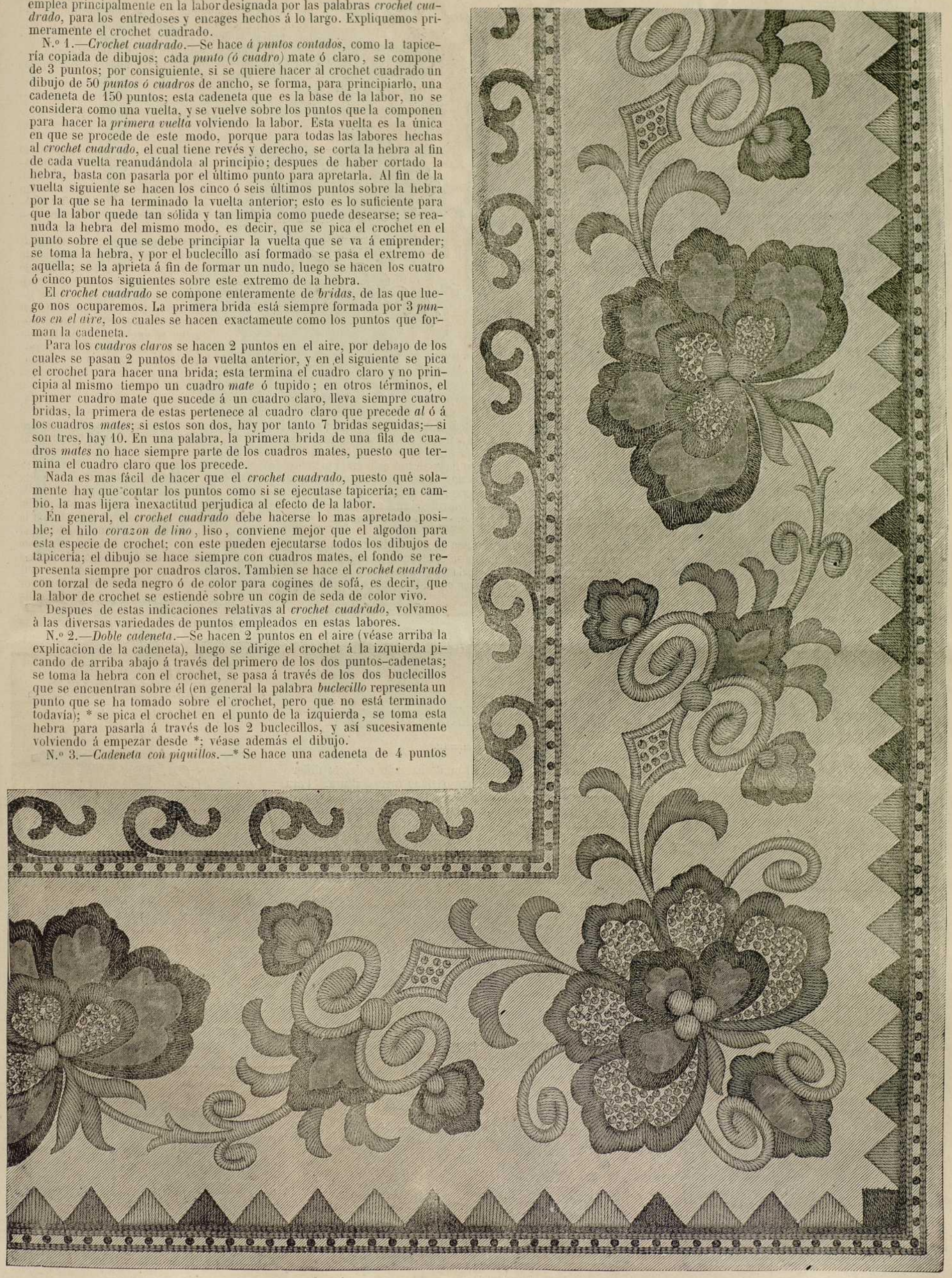
Nada es mas fácil de hacer que el *crochet cuadrado*, puesto qué solamente hay que contar los puntos como si se ejecutase tapicería; en cambio, la mas lijera inexactitud perjudica al efecto de la labor.

En general, el *crochet cuadrado* debe hacerse lo mas apretado posible; el hilo *corazon de lino*, liso, conviene mejor que el algodon para esta especie de crochet; con este pueden ejecutarse todos los dibujos de tapicería; el dibujo se hace siempre con cuadros mates, el fondo se representa siempre por cuadros claros. Tambien se hace el *crochet cuadrado* con torzal de seda negro ó de color para cogines de sofá, es decir, que la labor de crochet se estiende sobre un cogin de seda de color vivo.

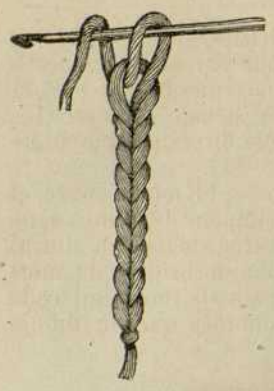
Despues de estas indicaciones relativas al *crochet cuadrado*, volvamos á las diversas variedades de puntos empleados en estas labores.

N.º 2.—*Doble cadeneta.*—Se hacen 2 puntos en el aire (véase arriba la explicacion de la cadeneta), luego se dirige el crochet á la izquierda picando de arriba abajo á través del primero de los dos puntos-cadenetas; se toma la hebra con el crochet, se pasa á través de los dos buclecillos que se encuentran sobre él (en general la palabra *buclecillo* representa un punto que se ha tomado sobre el crochet, pero que no está terminado todavía); * se pica el crochet en el punto de la izquierda, se toma esta hebra para pasarla á través de los 2 buclecillos, y así sucesivamente volviendo á empezar desde *; véase además el dibujo.

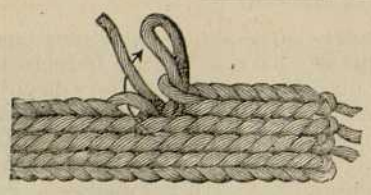
N.º 3.—*Cadeneta con piquillos.*—* Se hace una cadeneta de 4 puntos



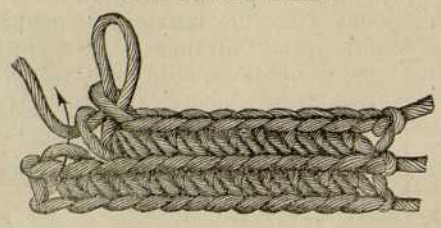
ORLA PARA CORTINAS, PORTIERS, ETC.



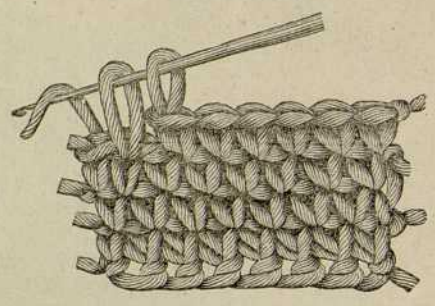
N. 1.—Cadeneta.



N. 4.—Puntos-cadenetas.

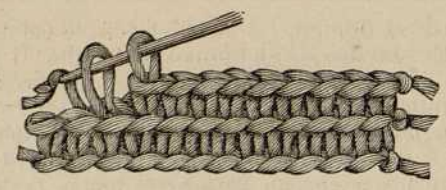


N. 8.—Crochet al sesgo.

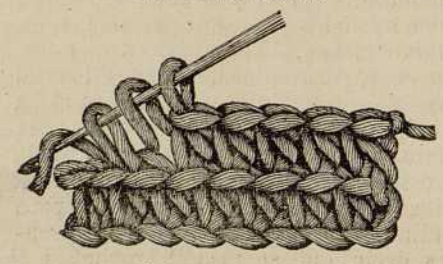


N. 6.—Variedad de puntos sencillos.

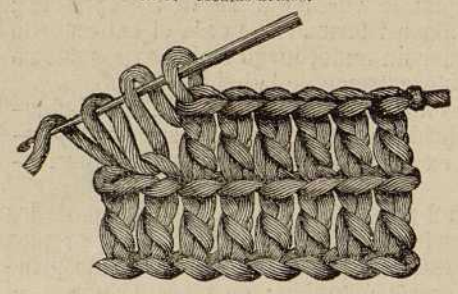
N. 3.—Cadeneta con piquillos.



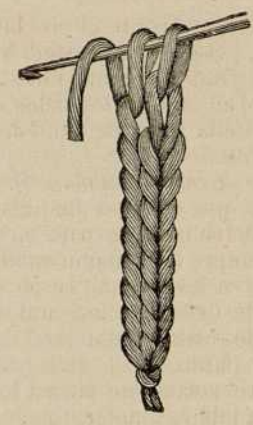
N. 5.—Puntos sencillos.



N. 9.—Medias bridas.



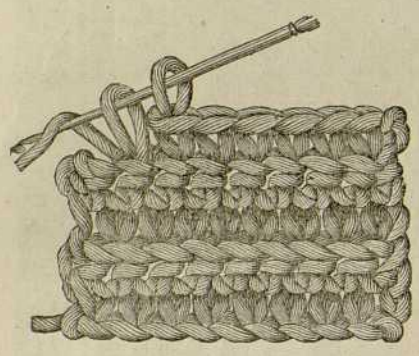
N. 10.—Bridas.



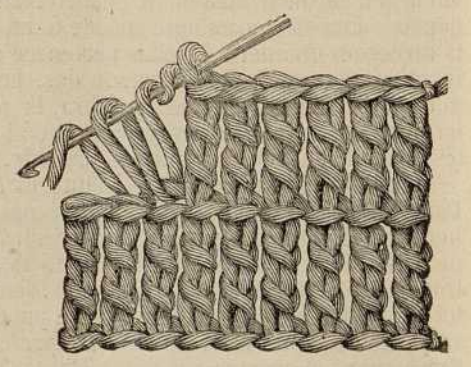
N. 2.—Doble cadeneta.

(que se designan tambien indiferentemente con las palabras *puntos en el aire*), luego una brida, es decir, que se toma la hebra sobre el crochet, se pica este de abajo arriba á través del lado izquierdo del primero de los 4 puntos en el aire; se toma la hebra sobre el crochet, y se la pasa á través de este punto; se vuelve á tomar la hebra, y se la pasa *á la vez* á través del último buclecillo y del *echado* que le precede (la palabra *echado* designa la hebra *tomada y conservada* sobre el crochet *antes* de que se haya picado este en el primero de los 4 puntos en el aire); se vuelve á tomar la hebra, se la pasa á la vez á través de los dos buclecillos que se encuentran allí, y esto completa y termina la brida. Los 4 puntos en el aire forman una especie de *buclecillo* que designamos por la palabra *piquillo*. — Se vuelve á empezar siempre desde *.

mo los anteriores, con la diferencia de que despues de haber picado el crochet en un punto de la vuelta anterior, se pasa á través de este punto la hebra que se conserva sobre el crochet en el estado de *buclecillo*; se vuelve á tomar la hebra y se la pasa á la vez á través de los dos buclecillos que



N. 7.—Crochet rayado.

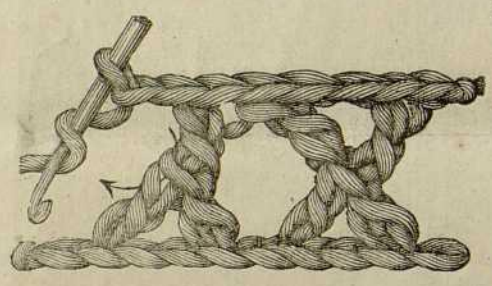


N. 11.—Dobles bridas.

N.º 4.—*Puntos-cadenetas.*—Estos puntos se usan principalmente cuando hay que llegar á un sitio determinado para continuar un dibujo cualquiera *sin cortar la hebra*, á fin de no tenerla que reanudar, operacion que multiplica los nudos y que debe evitarse cuidadosamente porque perjudica á la limpieza de la labor. El punto llamado *cadeneta* difiere poco del punto sencillo; sin embargo tiene menos altura. Para hacer un punto-cadeneta se pica el crochet debajo del lado superior de un punto perteneciente á la vuelta anterior; se toma la hebra con el crochet y se la pasa por debajo de este lado del dicho punto de la vuelta anterior, y al mismo tiempo á través del buclecillo que se encuentra sobre el crochet. El dibujo n.º 4 representa una fila de puntos-cadenetas, en el que una flecha indica el sitio en el que se deberá picar el crochet para hacer el siguiente punto-cadeneta.

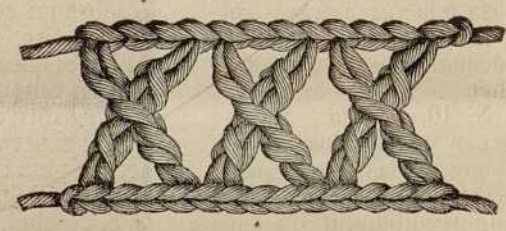
N.º 5.—*Puntos sencillos.*—Se los hace con corta diferencia co-

LECCION
DE CROCHET.

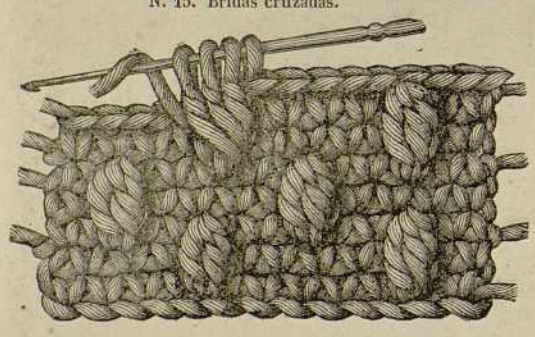


N. 15. Bridas cruzadas.

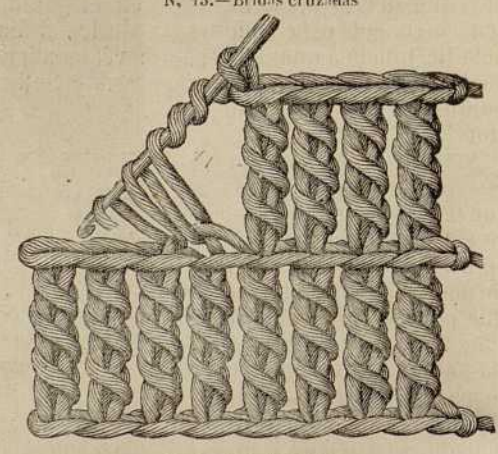
N. 14.—Bridas cruzadas.



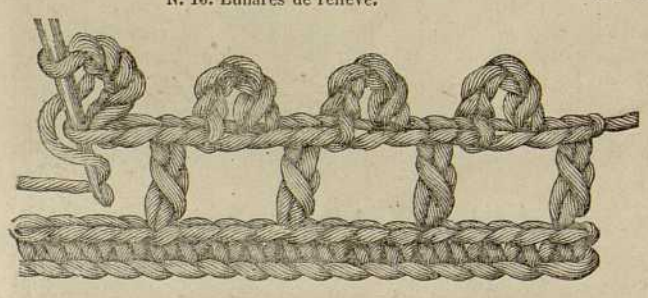
N. 13.—Bridas cruzadas



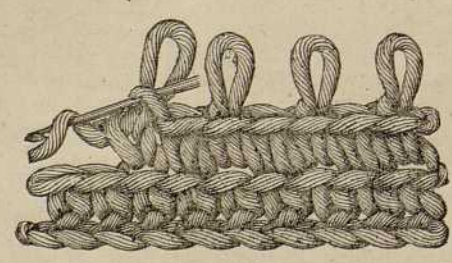
N. 16. Lunares de relieve.



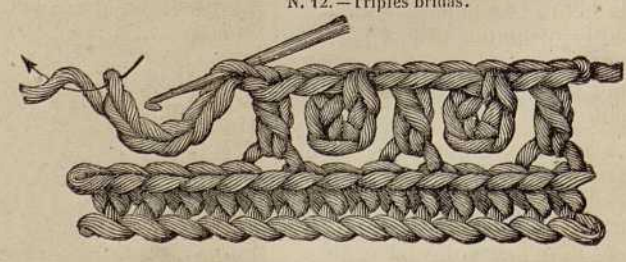
N. 12.—Triples bridas.



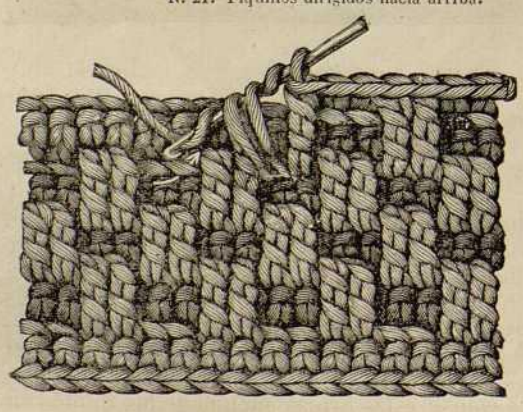
N. 21. Piquillos dirigidos hácia arriba.



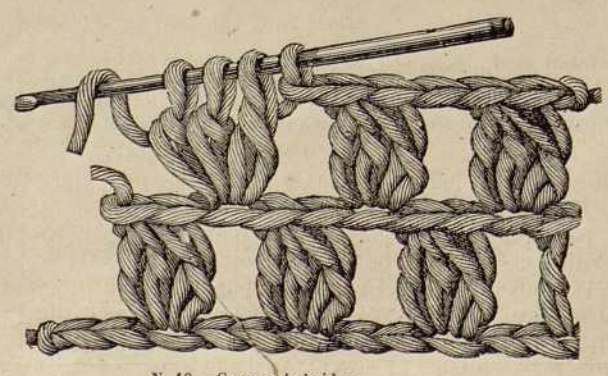
N. 20.—Piquillos.



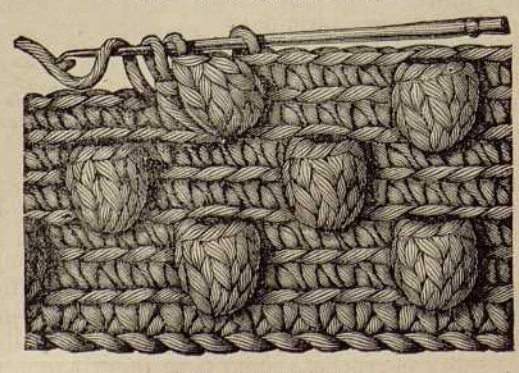
22.—Piquillos dirigidos hácia abajo.



19.—Bridas de relieve.



N. 18.—Grupos de bridas.



N. 17.—Lunares huecos.

se encuentran sobre el crochet (véase el dibujo).

N.º 6.—*Segunda variedad de puntos sencillos.*— Se los hace como los anteriores, pero picando el crochet, no en uno de los lados del punto perteneciente á la vuelta anterior, sino *debajo de los dos lados* de este punto á la vez.

N.º 7.—*Crochet rayado.*—Se le hace de *ida y vuelta*, es decir, que despues de haber terminado una vuelta, se vuelve la labor para ejecutar la vuelta siguiente, y siempre del mismo modo, sin cortar la hebra; para el *crochet rayado*, se pica siempre el crochet en el lado de detrás de los puntos de la vuelta anterior; al fin de cada vuelta se hace un punto en el aire que sirve solamente para *volver* la labor, y que no se tiene en cuenta para la vuelta siguiente.

N.º 8.—*Crochet al sesgo.* Se le hace con *puntos sencillos* (véase su explicacion dibujo n.º 5), pero al principiar cada punto no se pica el crochet segun el uso comun; — se le dirige de atrás adelante, luego se toma la hebra que se pasa á través del punto en que se ha picado el crochet, como acabo de decir; por lo demás, una flecha indica la direccion que debe darse al crochet; por lo demás, se procede como se ha indicado para los puntos sencillos.

N.º 9. — *Medias bridas.* Para hacerla se toma la hebra sobre el crochet, se pica este en el lado de detrás de un punto de la anterior vuelta; por él se pasa la hebra, que se conserva sobre el crochet; se vuelve á tomar esta, se la pasa á la vez á través de todos los puntos que se encuentran sobre el crochet.

N.º 10.—*Brida.*—Se hace con arreglo á las indicaciones dadas arriba respecto á la cadeneta con piquillos (dibujo n.º 3);—no hay que decir que se hacen, bien sobre la cadeneta destinada á una labor cualquiera, bien sobre los puntos de la vuelta anterior.

N.º 11.—*Doble brida.*— Se hace como la brida, con la diferencia de que se echa dos veces la hebra sobre el crochet, á fin de formar un buclecillo mas que para la brida comun. Para terminar la doble brida se toma el crochet, se le pasa á la vez á través de un buclecillo y de un echado; se vuelve á tomar la hebra; se la pasa como anteriormente, se la vuelve á tomar para pasarla por los dos últimos buclecillos.

N.º 12.—*Triple brida.*— Como la doble brida, pero con un echado mas, es decir, que se echa tres veces la hebra sobre el crochet antes de picarlo en un punto; para terminar una brida doble ó triple, se pasa siempre la hebra por dos buclecillos *á la vez*, se la vuelve á tomar para pasarla de nuevo por dos buclecillos, y así sucesivamente hasta despues de los dos últimos buclecillos que se encuentran sobre el crochet.

N.ºs 13, 14 y 15.—*Bridas cruzadas.*—El dibujo número 13 representa las bridas cruzadas, terminadas, mientras que los dibujos números 14 y 15 indican estas bridas en ejecucion. Se echa la hebra dos veces sobre el crochet, como si se fuera á hacer una media brida; la palabra *echar* está tomada de los términos de la labor á punto de aguja, significa que se *toma* la hebra sobre el crochet una vez y luego otra, de modo que el crochet se encuentre *envuelto* por ella dos veces; cuando se ha *echado* la hebra dos veces sobre el crochet, se pica este en un punto, se vuelve á tomar la hebra, se la pasa por el último buclecillo y por el *echado* que le precede; quedan sobre el crochet tres buclecillos; sin tener cuenta con ellos se echa la hebra sobre el crochet; se pica este en el tercer punto de la vuelta anterior, por consiguiente pasando por cima de 2 puntos, y por allí se pasa la hebra; ahora se tienen en todo cinco buclecillos sobre el crochet; se toma la hebra, se la pasa por un buclecillo y un echado; se la vuelve á tomar, se la pasa por un buclecillo y un echado; se la vuelve á tomar, se la pasa por los dos últimos buclecillos que hay sobre el crochet; se hacen dos puntos en el aire (segun se desee hacer la brida cruzada mas ó menos al sesgo), se hace uno, ó dos, ó tres puntos en el aire, por debajo de los cuales se pasa el mismo número de puntos pertenecientes á la vuelta anterior, luego se hace una brida, para la cual se pica el crochet á la vez debajo de ámbos lados de la brida terminada en la direccion que indica la flecha (véase el dibujo).

N.º 16.—*Lunares de relieve.* —El fondo sobre el que figuran estos lunares se compone de puntos sencillos; los lunares que ocupan tres vueltas en altura, van contrapuestos y se forman de bridas: digamos tambien que la palabra *contrapuesto*, muy empleada en las labores de crochet, significa que un dibujo cualquiera, ó una brida, ó un punto, se encuentran no *encima* del dibujo ó del punto similar, sino entre dos puntos similares. Ejemplo, se dirá: háganse grupos de tres bridas, separados entre sí por 3 puntos en el aire, *contraponiendo* estos grupos. Lo que equivaldria á decir: háganse 3 bridas, — 3 puntos en el aire,—3 bridas y así sucesivamente. En la vuelta que sigue, háganse estas bridas encima de los puntos en

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Zagalejo de tafetan azul.—Trage corto de linos blanco. Cada paño está separado, y el intervalo se adorna con un enrejado de cordon blanco de seda.

Trage de moer maiz.—Paños dentados de arriba abajo, orlados con una tira cortada al sesgo, y guarnecidos con botones de marfil; paletot corto igual al trage.

Trage corto (figurado por tres tiras de fulard negro) de fulard color castaño dorado; paletot igual con mangas anchas.

el aire, y los puntos en el aire encima de las bridas de la vuelta anterior; los grupos de bridas se encontrarán así *contrapuestos*, es decir, que no estarán colocados unos encima de otros.

Para los *lunares de relieve*, de que nos ocupamos ahora, háganse primeramente dos vueltas enteras de puntos sencillos; en la 3.ª se hacen primeramente 2 puntos sencillos, luego un lunar; para este se hace una brida, picando el crochet en los dos lados perpendiculares del punto correspondiente de la primera vuelta, es decir en el punto que corresponde debajo del en que se picaria el crochet si se hiciese una brida comun en esta 3.ª vuelta. Esta brida no se *termina*, sino se lleva hasta tener otros dos buclecillos sobre el crochet. Se hacen otras dos bridas semejantes, picando en el mismo punto que para la primera, y llevando ámbas hasta tener tres buclecillos despues de la 2.ª brida, y cuatro despues de la 3.ª (véase el dibujo); se vuelve á tomar la hebra y se la pasa á la vez por todos los buclecillos. Con este lunar se pasa el mas próximo punto sencillo de la última vuelta. Estos lunares se repiten con intervalos de 5 puntos, y se hace una vuelta lisa sin lunares despues de cada vuelta con lunares.

N.º 17.—*Lunares huecos.*—El fondo se compone de puntos sencillos; cada lunar, formado de 5 bridas, va separado del siguiente por 5 puntos de intervalo; despues de una vuelta con lunares se hace otra lisa. Para hacer uno de estos lunares se deja el buclecillo que se encuentra sobre el crochet sin ocuparse de él por el momento, se lleva el crochet entre los dos lados perpendiculares del último punto sencillo que se haya hecho, y se hacen 5 bridas picando siempre en el lado de delante del punto correspondiente de la penúltima vuelta. Las 4 primeras bridas se terminan sin hacer cuenta del buclecillo que estaba sobre el crochet; despues de la última brida se pasa la hebra por todos los buclecillos, incluso el primero de todos (véase el dibujo). Con cada lunar se pasa un punto de la vuelta anterior.

N.º 18.—*Grupo de bridas.*—Como los *lunares huecos*, separándolos por dos puntos en el aire por debajo de los cuales se pasan 2 puntos de la vuelta anterior.

N.º 19.—*Bridas de relieve.*—Son dobles bridas ejecutadas sobre un fondo de *crochet rayado* (véase el dibujo n.º 7) del que ocupan tres vueltas de alto. Estas bridas se ejecutan hácia un mismo lado de la labor y van colocadas perpendicularmente encima del punto correspondiente de la vuelta que precede á las dos últimas; despues de cada vuelta con bridas se hace una de *crochet rayado*; al principiar se hacen 3 vueltas de este crochet; las bridas principian en la 4.ª vuelta.

N.º 20.—*Piquillos.* — Estos piquillos imitan á los del encage; se hace primero un punto sencillo, se saca el buclecillo un poco mas grande que de costumbre, se le deja deslizar fuera del crochet, se pica este en el lado de delante del último punto que se ha hecho (véase el dibujo) y de donde parte el buclecillo, se vuelve á tomar la hebra, se la pasa por el punto arriba dicho, se hace uno sencillo, otro piquillo como el anterior, y así sucesivamente.

N.º 21.—*Piquillos dirigidos hácia arriba.* — Estos se componen de puntos en el aire. Se hace primero una brida, luego 7 puntos en el aire; se pica el crochet entre los dos lados del 2.º de los 7 puntos en el aire, de modo que estos formen un piquillo dirigido hácia arriba (véase el dibujo), se toma la hebra sobre el crochet y se la pasa al través del dicho punto y del buclecillo que se encuentra sobre el crochet; se hace un punto en el aire, luego una brida en el 4.º punto siguiente, pasando 3 puntos de la vuelta anterior por debajo del piquillo.

N.º 22.—*Piquillos dirigidos hácia abajo.* — Se hacen como los anteriores, pero para darles una direccion opuesta, la que el dibujo indica, se procede del modo siguiente: despues del 7.º punto en el aire, se deja deslizar el buclecillo fuera del crochet, se le pica debajo del lado superior del 2.º de los 7 puntos en el aire y en el sentido indicado por la direccion de la flecha, es decir, á través del buclecillo que se acaba de abandonar; se toma la hebra, se la pasa á la vez por los dos buclecillos que se encuentran sobre el crochet; estos buclecillos pueden ser mayores ó menores, y componerse por tanto de un número de puntos en el aire mas ó menos considerable.

Todos estos dibujos deben examinarse detenidamente para hacer mas fácil su ejecucion, teniendo muy presente este número, para consultar en las labores que sucesivamente iremos dando.

EMMELINE RAYMOND.

ELENA DE OSSORIO.

NOVELA-EPISODIO HISTÓRICO DE LA GUERRA DE LAS COMUNIDADES DE CASTILLA.

I.

Sin disputa, la ciudad de Búrgos es una de las poblaciones mas bellas de nuestra España.

Escrita en su recinto, con páginas de piedra, la historia de la patria, observa el viagero inapreciables reliquias de la civilizacion romana en las alturas de San Miguel y de San Quirce, comprende los encantos de las construcciones árabes en los bellos arcos de San Martin y San Estéban, se detiene extasiado ante la *vaguedad sombría* y mágicos adornos de su maravillosa basílica, recuerda la severidad clásica de Ventura Rodriguez á la vista de sus grandiosas creaciones, y discurre, en fin, sobre el egoismo y volubilidad que caracteriza á nuestro siglo, al tender los pasos por las alineadas calles y deliciosos paseos con que la ha enriquecido la generacion presente.

El que contemplase la orgullosa *Caput Castellae*, desde la cumbre del vecino cerro que á su espalda se levanta, cuyas anchas colinas la ciñen desde Norte á Oriente, gozaria de uno de los panoramas mas bellos que pudiera imaginarse.

Por en medio de una vega pintoresca, y parecido á una cinta de plata que se extiende sobre el verde follage, camina el Arlanzon histórico, que baja despeñándose desde la inmediata sierra de Oca, formando vistosisimas cascadas y diáfanas corrientes; á cada lado de sus riberas se levantan magníficos edificios, de esbeltas formas y risueños colores los modernos, de severos pilares ó caprichosos detalles los antiguos, como las lindas manzanas de casas que se extienden desde las murallas de los *Cubos* hasta el memorable puente de las Viudas; como el arco triunfal de Santa María ó la aérea espadaña del convento de San Pablo.

Dominándolo todo, á semejanza de los altos cedros que sacuden su espesa cabellera por encima de los árboles cercanos, divísanse las afiligranadas torres de la gran basílica, *obra de ángeles*, como la llamaba Felipe II; *joya de inestimable valia, que debiera estar cubierta de riquísimos encages*, segun la poética expresion de Cárlos I; memoria imperecedera de la religiosidad é ilustracion de los ultrajados tiempos de la Edad Media, sacrílegamente escarnecidos por aquellos que no saben comprenderlos.

Mas allá del extenso círculo en que se encierra la noble corte de los *Jueces de Castilla*, descúbrense las indefinibles torres del Hospital del Rey, y de la célebre abadia de las Huelgas, coronadas de morunos adornos y ceñidas de gótica crestería; la renombrada Cartuja de Miraflores, sepulcro de D. Juan II, el rey poeta, mandado construir por la incomparable Isabel *la Católica*; el insigne convento de San Pedro de Cardeña, solariega mansion del victorioso CONDE de Castilla, Fernan-Gonzalez; y, en fin, el suntuoso monasterio de Frendesval, saqueado en 1808, devastado y profanado en 1835, casi reducido á escombros en 1840, con mengua de la decantada civilizacion de nuestros dias.

Tal es Búrgos, la soberbia CAPUT CASTELLAE, museo predilecto de las bellezas artísticas que nos legaron los pasados siglos, "donde el gusto y la elegancia de aquella mal comprendida época — como dice el sábio arqueólogo M. Bossarte — han sacudido sus alas, cubiertas de aljófar y pedrería, para dejar inundado de tesoros el suelo querido de los Fernandos é Isabeles."

II.

Pero nosotros, que caminamos todos los dias en busca de esos hechos misteriosos, ocurridos en la esfera de la familia, que se escapa casi siempre á la penetrante mirada de la historia, como si esta se negase á conmemorarlos en su álbum eterno, cuando tuvimos el gusto de examinar por vez primera las bellezas de la hermosa capital de Castilla, nos detuvimos varias veces delante de una portada de sencilla apariencia que se levanta sola, ruinosa y ennegrecida, no muy léjos de la antigua muralla que el vulgo denomina de San Lismes.

Aquellas tristes ruinas parecieronnos mudos testigos de uno de esos terribles dramas que se representan á veces en el sagrado recinto del hogar doméstico.

No nos engañamos.

En aquella portada que aparecia á nuestros ojos medio escondida entre el lozano follage del paseo de los Vadillos, ennegrecida y cubierta de musgo, pero que se mantiene en pié todovía, á pesar de la carcoma de tres siglos, ha vinculado el pueblo de Castilla la tradicion sangrienta que tenemos el gusto de ofrecer á las lindas lectoras de LA MODA ELEGANTE.

III.

Allí se levantaba en otros dias un edificio pesado y disforme, construido hácia fines del siglo XIV, de anchos pilares y severas formas, cuyas fachadas principal y posterior estaban sembradas de estrechas saeteras y largos ajimeces.

En cada uno de los ángulos de este palacio, como decian entonces, sobresalian una pequeña torrecilla cuadrada, que podia servir á lo sumo para señalar la calificada nobleza del dueño, sino la publicasen ya los macizos y toscos escudos que bordaban el centro de todas las paredes.

Desde 1393, en que la reina Doña Catalina y el infante Don Fernando de Antequera, tutores del señor rey Don Enrique III, concedieron á Don Sancho de Ossorio el título de conde y el palacio de Fuensierra, en premio de la lealtad y bravura que distinguian á aquel noble caballero, siete esclarecidos varones habian habitado sucesivamente en el solariego alcázar.

A mediados del año de gracia 1521, ocupábanle Don Rodrigo de Ossorio, octavo conde de Fuensierra, y su bella hija Elena.

Era Don Rodrigo un hombre de sesenta años, de ancha frente, de sonrisa benévola y mirada altiva, donde se trasparentaba todavia el brio de los años juveniles mezclado con el orgullo de raza.

Parecíase á uno de esos seres que idean por lo comun los novelistas para personificar en ellos el tipo del anciano benemérito.

Y ninguno en verdad mas benemérito, en aquellos aciagos dias, que el noble conde de Fuensierra: sintiendo hervir su pecho de patriótico entusiasmo al oir el grito de las *Comunidades* de Castilla, se habia constituido en defensor acérrimo de la causa de los pueblos, escarnecidos villanamente por la tiranía flamenca.

Pero en el momento en que le presentamos á nuestros lectores, un velo de tristeza empañaba el ardiente brillo de sus ojos.

Era la noche del 1.º de Mayo de 1521.

En el fondo de una cámara espaciosa, iluminada apenas por los vacilantes rayos de la luz de una lámpara, se distinguia al venerable anciano, medio oculto en un sillon de vaqueta y envuelto en los anchos pliegues de una hopalanda morisca.

Apoyando su frente en la mano derecha, como si quisiera detener el vuelo de su imaginacion excitada, meditaba por vigésima vez sobre el contenido de un pequeño pergamino que oprimia convulso entre sus dedos.

Este pergamino decia así:

"A media noche, para tratar de un asunto que os interesa *personalmente*, tendrá el honor de saludaros en vuestra casa—Diego de Omaña."

Gruesas lágrimas, resbalándose lentamente por las arrugadas mejillas del anciano, bajaban á esconderse en el fondo de su canosa barba.

Detrás de la palabra *personalmente*, entrevia el conde una terrible escena de violencia y sangre: temblaba por él y por su hija... por su hija, por la dulce Elena, por ese ángel querido y puro que alegraba los postreros dias de su vida.

Porque Diego de Omaña era el favorito del muy alto y poderoso señor Don Iñigo Fernandez de Velasco, condestable de Castilla y corregente del reino durante la ausencia del señor rey Don Cárlos V de Alemania, y I de Castilla.

Y era tambien el verdugo de la regencia, el que habia levantado los cadalsos de Valladolid y Rioseco para los bravos *Comuneros* de Castilla.

IV.

Sonaron las doce en el reloj de la catedral.

A los pocos momentos, un pagecillo rúbio y sonrosado anunciaba á D. Bodrigo la llegada de D. Diego de Omaña.

Contaba á la sazon el caballero treinta y seis años; sus ojos eran pequeños y oblícuos, su frente deprimida y estrecha, sus labios delgados y contraidos.

Era el tipo mas perfecto de la bajeza, de la osadia y de la astucia.

Hoy servia al condestable, ayer besó las sandalias del cardenal Cisneros, mañana se hubiera arrodillado delante de Padilla, de Juana *la Loca*, ó de Cárlos de Gante: era un acabado modelo de esos hombres de todas las épocas que buscan el medro entre la doblez y el servilismo.

—Sentaos, caballero—díjole Don Rodrigo, señalando un sitial próximo al suyo, y pudiendo apenas reprimir un movimiento de aversion y disgusto.

—Perdonad, conde,—respondió Don Diego, aceptando el asiento;—tal vez mañana llegará de Valladolid el condestable y era preciso hablaros.

—Gracias.—Decid.

—¡Oh!...Las nuevas son malas para vos.

—¿Tanto, caballero?

—Juzgad: los fugitivos de Villalar van cayendo uno á uno en poder de los soldados imperiales...

—Lo esperaba.

—Y el conde de Ureña ha desbaratado una partida de rebeldes en los campos de Benavente...

—¡Ah!... No lo sabia. ¿Teneis pliegos de la corte?

—Sin duda alguna: y en esos pliegos tambien he leido que Don Antonio de Fonseca arrebata á los comuneros la fortaleza de Rioseco... Convenid conmigo en que apenas queda un giron de la despedazada bandera de las Comunidades.

Alzó el conde la cabeza con ademan altivo, y, clavando su vista penetrante en los hundidos ojos de D. Diego, dijo con acento despechado:

—Caballero, esa bandera es la libertad de España...

Pero el secretario del condestable respondióle friamente:

—Pues no os hagais ilusiones: los tercios imperiales marchan en este instante sobre Toledo, último baluarte de los sublevados, y una conspiracion acertada é infalible, urdida admirablemente por los frailes y clérigos capitulares, pondrá en las manos del jefe realista las llaves del alcázar. Creedme, conde: Doña María de Pacheco y el obispo de Zamora serán entonces vendidos por los mismos que ahora les aclaman.

Extremecióse Don Rodrigo al oir estas palabras, levantó los ojos y murmuró con voz imperceptible:

—Y, sin embargo!... la sangre de Villalar pide venganza!

Aparentó serenarse de repente y volviéndose á Omaña, que le contemplaba con irónica sonrisa, exclamó:

—Y bien: ¿qué quereis vos?

—Salvaros.

—¡Vos! Salvarme!...

—A vos y á vuestra hija.

—¡A mi hija!... ¡Explicaos, caballero, explicaos!... A mí no me importa morir: seis dias hace que he sabido la ejecucion de Padilla, y estoy esperando la muerte á cada instante... Pero mi hija... ¿Qué le ha hecho mi hija al condestable? De qué quereis salvarla?

Don Diego contestó con mucho aplomo:

—A vos, del suplicio; á vuestra hija, de una horfandad prematura y triste.

—¡Ah!...

—Uno de los pliegos que habrá de recibir mañana el alcaide de la fortaleza de Búrgos, contiene la órden de prision contra el conde de Fuensierra. Ya lo sabeis: en estos dias, la prision es la muerte.

—¡Tambien lo esperaba!— Contestó Don Rodrigo levantándose.— ¿De qué se me acusa.

—¿Vos lo preguntais?

—Teneis razon, caballero: no me habia olvidado de que era un crímen, á los ojos de los regentes del reino la defensa de las libertades patrias... Decid á vaestro amo que la víctima está dispuesta al sacrificio.

Y extendiendo su mano derecha hácia la puerta de la cámara añadió con glacial acento:

—¡Idos, caballero!

Temblaba Don Diego de coraje, ante la fria impavidez del conde.

No podia comprender aquel malvado que escuchase tranquilo su sentencia de muerte el hombre que lloraba y se extremecia, cual medrosa doncella, al saber las derrotas de los bravos Comuneros.

Pero ¿qué le importaba á él la muerte de Don Rodrigo de Ossorio?

Valíase de esa amenaza terrible como de un medio eficacisimo, á su modo de ver, para realizar acaso insensatos planes, y nada más: por eso, al verse contrariado, determinó hacer uso de los últimos recursos, por raros y violentos que fuesen.

—¡Y vuestra hija?... Esa pobre niña que adora á su padre...

—Mi hija— respondió el hidalgo con firme voz, pero con el pecho destrozado,— mi hija no se consolará nunca de la pérdida de ese padre que la idolatra; pero regará con sus lágrimas y ceñirá de laureles la tumba de un mártir...

—¡Triste consuelo!

—¡Aun más!

—Dos palabras... Yo poseo esa órden maldita...

—¡Dios mio!... ¿Vos?...

—Yo, sí... ¡vedla!

Y el de Omaña sacó un pergamino enrollado, que mostró á Don Rodrigo.

El anciano temblaba... Pasóse la mano por la frente, como queriendo resistir á un pensamiento de debilidad y cobardía.

Y Don Diego mientras tanto le ponia el pliego delante de los ojos y le dirigia miradas oblicuas y traidoras, con esa fijeza terrible de la serpiente que atrae á su víctima.

—¡Dios mio! ¡Vos!...— repetia el conde con voz temblorosa y opaca.

—¡Vedla!... Yo puedo salvaros, á vos y á vuestra hija... Todos ignoran la existencia de esta órden... y si yo la rasgase en mil pedazos....

—¡Es verdad!

—Sí... Yo puedo contener el golpe de la mano que os hiere...

—¡Me salvareis! ¡Salvareis á mi hija!...

—Yo os lo juro,— respondió el de Omaña,— pero...

—¿Pero?..— repitió el anciano.

Y acercándose el favorito al conde de Fuensierra, le tomó ambas manos, apoyólas cariñosamente en su pecho y le dijo casi al oido, con acento breve y conmovido:

—Oid... Hace tres años que vivo en un infierno de dolores y amarguras... ¡Amo! amo... como un loco que delira todos los dias por alcanzar una dicha imposible, un fantasma que se desvanece, una alegría del alma que se convierte de pronto en una pena cruel y dolorosa...

—Mas... vuestra esposa, caballero...

—¡Callad!... Esa esposa me ha sido impuesta por el condestable, como una cadena de hierro que se impone sobre la garganta del esclavo... No es mi esposa, no es mi amante, nó.

—Pero .. yo... ¿Quién soy yo, caballero, para vuestro amor?

—Vos sois, sí, quien puede hacerme dichoso, quien puede arrancar de mi pecho ese infierno que me abrasa... ese agudo puñal que me asesina...

—¡Ah! ¡Dios mio!... ¿Qué dice este hombre?...— murmuró Don Rodrigo extremeciéndose.

—¿Me comprendeis?...

—¡Apartaos, miserable!... ¡Apartaos!...

—¡Oh! ¡Yo amo á vuestra hija!... ¡Su amor por tu vida!... ¡Sus brazos por tu vida! ¡Sus caricias por tu vida!...

Y despues de una transicion repentina, añadió el favorito con insolente aplomo:

—Nada mas sencillo: yo os libro de la muerte, vos me dais á vuestra Elena. Es un simple cambio.

Pero el conde sentía que toda su sangre le azotaba las sienes, como si estuviese poseido de un vértigo.

Levantó la frente con dignidad avasalladora y dando á su semblante el aspecto del desden mas profundo, clamó con voz de trueno:

—¡Sois un infame!

—¡Conde!...

—¡Quereis comprar mi honra á costa de mi vida!... Sabed, mal caballero, que deseo la muerte, mil muertes si pudiera, antes que mancillar mis canas...

—¡Don Rodrigo!

—¡Callad!... Antes de ahora sabia que vosotros, los satélites del condestable, os arrastrabais, como viles, á los piés de los flamencos, que vendíais en subasta pública los cargos de la patria, que pagábais el crímen, que encadenábais á los pueblos... Sabia que habeis comprado, con el oro que robásteis, la traicion de los Girones y de Lasso de la Vega, que habeis incendiado á la desdichada Medina del Campo, destruyendo aquel emporio de la riqueza, del comercio y de la industria de nuestro siglo; que habeis construido el tajo para hacer rodar las nobles cabezas de Juan de Padilla, Juan Bravo y Francisco Maldonado... ¡Todo lo sabia!..Pero ignoraba que querías comprar tambien la vida de los padres con la honra de las hijas... Esta es la maldad de las maldades! ¡Salid, infame, salid!.. Mañana, cuando viéreis á vuestro amo, decidle que aquí espera tranquilo el conde de Fuensierra para escupiros su vida inmaculada en vuestro rostro de traidores... ¡Salid, salid sin que nadie os vea!... No se diga nunca que un mal caballero ha pisado los umbrales de mi casa... ¡Salid!

Era una figura imponente la de Don Rodrigo de Ossorio, al pronunciar estas palabras.

Con frente erguida y ojos centellantes, señalando con el dedo la puerta de la cámara, asemejábase el venerable anciano á uno de esos bellos modelos que la antigüedad nos ha legado, representando el tipo de la virtud incorruptible, que lucha victoriosa contra las pérfidas sugestiones de la maldad aleve.

Don Diego de Omaña desapareció de pronto murmurando palabras de venganza.

Y dijo en alta voz, al trasponer la puerta de la cámara:

—¡Elena será mia!

EUSEBIO MARTINEZ DE VELASCO.

(Se continuará.)

LOS VECINOS DE DARLINGEN.

NOVELA DE ENRIQUE CONSCIENCE.

(CONTINUACION.)

—Con los ochenta mil francos restantes, continuó Mr. Decock compraré papel del Estado y tendré así un capital disponible, para las sociedades que formaré yo mismo. Una vez lanzado á esta vida es necesario no acobardarse y emprender negocio sobre negocio. Dejadme hacer, padre mio, y si Dios me ayuda, Herminia podrá levantar la cabeza entre las mujeres mas ricas de Bruselas. Si esta esperanza es un sueño y no puedo llegar tan lejos, nosotros tendremos con seguridad lo bastante para labrar la dicha de nuestros hijo.

Mientras que Ernesto hablaba resplandecian sus ojos con el fuego del entusiasmo y de la fé que tenia en el porvenir. Tenia su voz á la vez un acento grave y dulce, que impresionó profundamente á los que le escuchaban.

Hubo un momento de silencio.

Romys viendo el vino en la mesa llenó los vasos y elevando el suyo exclamó:

—Ahora, amigos, bebamos todos por el buen éxito de la empresa de Mr. Decock, porque la fortuna le sonrie en todos sus negocios.

Los vasos entrechocaron y las felicitaciones resonaban en el jardin.

Teresa se levantó y dijo imperiosamente á su marido que creia beber con los otros:

—Dejad vuestro vaso y llevadme á casa.

Cada uno manifestó su asombro y su disgusto por tan inesperada partida en el momento mismo en que iba á pasar la familia tan agradables horas; pero apesar de los esfuerzos de Romys y de Herminia por detener á Teresa, ella rehusó sus ruegos pretextando que sus nervios estaban demasiado agitados y tenia necesidad de reposo para reponerse. Pottewal arriesgó tambien una súplica para hacerla quedar una media hora; pero las miradas de su mujer le quitaron toda esperanza y no se opuso mas.

La siguió pues al vestíbulo y salió con ella. Caminaba de prisa y conforme iba andando, llenaba á su marido, que la seguia silencioso, de una multitud de reproches hasta que llegaron al solitario paseo de las murallas de la villa. Entonces levantó la voz y dejó ver el odio ardiente que sentia en su corazon y la cólera que habia contenido largo tiempo.

Habló de los niños de su hermana como si la existencia de estas inocentes criaturas fuese una sangrienta acusacion contra su esposo; le echó en cara los beneficios y la dicha de Ernesto y comparó el valor y la inteligencia de gentes que nada tenian, con su nulidad. Le llamó idiota, holgazan y rudo.

Pottewal trató luego de calmarla con buenas palabras, aun cuando se habia sentido herido por sus amargos reproches; pero siendo inútiles sus esfuerzos, se calló, viendo que la tempestad arreciaba. Al llegar á su casa, cuando las últimas y mas crueles acusaciones salieron de los labios de su mujer, se detuvo de repente, se tornó pálido como un muerto y respondió con un rugido de cólera:

—Ah! señora, sois demasiado injusta para hacerme expiar tan cruelmente la dicha de otros. Ellos tienen cosas que veo deseais y que solo Dios puede concederlas: quereis ser rica, muy rica, ¿no es esto? Necesitais millonés y yo soy un idiota, un holgazan y un rudo porque rehuso arriesgar mi fortuna, mi reposo, mi vida, por cumplir vuestro deseo. Pues bien, mi partido está tomado; tendreis esos millones, esos millones... ó la ruina y la miseria. No, señora, no me tratareis mas de holgazan; pero rogad á Dios, por el contrario, que modere mi valor, mi temeridad. Mañana mismo, compraré y venderé barcos enteros de granos... ¡Mi padre me lo perdone en el cielo!...

Y seguido de su mujer entró corriendo en su casa como un loco, con la cabeza levantada y las facciones descompuestas.

IV.

M.me Pottewal trabajaba hacia media hora en el gran salon donde acostumbraba á pasar tristemente sus solitarios dias. Un silencio completo reinaba en torno de ella; ningun ruido se oia ni en la casa ni en la calle.

Mientras que sus dedos anudaban maquinalmente la hebra al rededor de la aguja, su espíritu estaba lejos de su obra: mil pensamientos diversos bullian en su cerebro, cuando su rostro expresaba alternativamente el despecho, el pesar y la cólera, su corazon se vió asaltado de un sentimiento de júbilo obstinado, al que siguió bien pronto un profundo desaliento. En sus facciones brilló un rayo de dudosa satisfaccion, como si ella sonriera interiormente á una esperanza seductora; sus ojos brillaron y se levantó su pecho; pero al cabo de un instante volvió á sentirse desalentada. Entonces inclinó la cabeza suspirando y su mirada se perdió en el vacío con una ironía amarga.

Por fin, esta emocion pareció calmarse; se quedó mas tranquila y miró con distraccion sus dedos que manejaban las agujas con asombrosa rapidez.

De repente, como si un choque invisible la hubiera tocado, dejó caer su labor en tierra y lanzó un grito espantoso; no se levantó por eso, al contrario, se inclinó hácia adelante y se apretó con ambas manos el corazon para comprimir sus violentos latidos. Retuvo su aliento y se quedó inmóvil como si empleara todas sus facultades para escuchar un ruido misterioso. Un segundo choque la conmovió con mas fuerza: entonces saltó del asiento y con un grito de loca alegría elevó al cielo sus brazos suplicantes; su rostro pareció iluminarse con una luz súbita, una gratitud inmensa, resplandeció en sus ojos; estaba admirable con el orgullo del triunfo.

—Oh! bendito sea Dios! Gracias, Dios mio! ¡habeis tenido piedad de la pobre repudiada! ¡Gracias por este inmenso beneficio! Madre! yo seré madre! ¡Sí, sí, yo seré madre, la dicha sin límites, la beatitud celeste sobre la tierra!... Yo desfallezco!... ¿Si será esto una ilusion? ¿si será un sueño?...

Corrió con loca agitacion de un extremo á otro de la sala, hizo gestos extraños como si quisiera hacer comprender con signos á las paredes y á los muebles lo que la conmovia tanto; por fin, se detuvo en medio del salon y murmuró con espanto:

—Pero, será posible?... ¿No me habré dejado arrastrar por una esperanza engañosa?...

Despues exclamó con júbilo mientras empezaba con ardor una nueva carrera en torno de la sala;

—No; no; esto es verdad. Dios ha querido que me fuese anunciada mi dicha... ya no dudo... yo seré madre!... ah! madre!... madre!...

Y repitió largo tiempo esta palabra con una exaltacion siempre creciente.

—Ah! hijo mio!... exclamó ella; con qué amor le recibiré; y cuando venga mi marido le colmaré de caricias, y al comunicarle mi alegría, le estrecharé entre mis brazos, llamándole el padre de mi hijo!...

Se dejó caer sobre la silla mas próxima respirando con agitacion.

—Y él no vendrá!... murmuró; no vendrá en una hora lo menos; todavía un siglo de penosa espera... Ah! este pobre Pottewal, ignora tanto tiempo su dicha!

Poseida de una impaciencia febril iba hácia la reja y miraba en la calle y á lo largo del paseo; despues cerraba la ventana exclamando con una singular expresion de asombro:

—Dios mio!... qué ha pasado en mí? ¿Qué nueva luz veo delante de mis ojos? ¿Porqué todo lo miro bello, espléndido, radioso, iluminado con un rayo desconocido?... ¿Porqué mi alma quiere abrazar á toda la naturaleza, como si el mundo fuera demasiado pequeño para mi amor?... Ah! yo seré madre!... en este mundo vivirá mi hijo!... y yo he podido ser injusta y mala?... Hace un momento que hice llorar á la pobre criada...

Y diciendo estas palabras fué corriendo á la cocina. La criada toda temblorosa se lamentaba de su suerte cruel y se levantó apresurada ante la inesperada aparicion de su ama; pero esta la tomó las manos estrechándoselas con una especie de afecto febril la dijo con volubilidad:

—Vamos, mi buena Juana, no lloreis mas; sois una buena muchacha y todo está olvidado. Os compraré un vestido nuevo para los domingos y aumentaré vuestro salario. No penseis en dejarme, quedaos conmigo, que en adelante tendreis una vida muy alegre... estareis contenta, os lo aseguro, querida mia!...

La criada retrocedió un paso y la miró con la boca abierta con aire de asombro y de espanto. Se podia leer en su rostro que creia loca á su ama; pero ella, adivinando esta idea, sacó algunas monedas de su bolsillo y la dijo riendo:

—No me creeis, Juana? Este cambio súbito os asombra?... Tened, pues; hé aquí el aumento de vuestro salario para el mes próxino; estad contenta y alegre, hija mia, que vuestro pesar ha concluido.

Y dejando á la atónita muchacha salió por la puerta de atrás y entró en el corredor. Al pasar acarició al único perro que habia dejado; el animal la lamió la mano y ella le habló con un tono afable, pareciendo complacerse con las demostraciones de su afecto. Yendo mas lejos abrió la puerta del almacen. Dos obreros estaban ocupados en revolver el grano, y aunque oyeron abrir la puerta, siguieron trabajando sin atreverse á volver la cabeza por temor á una severa reprimenda.

—Deteneos un momento, amigos mios, dijo M.me Pottewal. Es preciso trabajar en conciencia, pero es tambien necesario el descanso. Yo diré á la criada que os traiga un jarro de cerveza... Deteneos un poco, ¿no comprendeis lo que os digo? Dejad la obra por algunos minutos.

Los trabajadores asombrados en el mas alto grado, aun mas por la la dulzura de su voz, tan áspera de ordinario, que por el sentido de sus palabras, volvieron la cabeza y la miraron con indecision. Teresa se aproximó á ellos y preguntó al mas anciano:

—Decid, mi buen Juan, ¿cómo está vuestro niño? ¿El pobre corderillo no se ha curado todavía?

—No, señora, respondió el obrero; somos muy desgraciados; mi hija ha caido tambien enferma y mi mujer se está muriendo. Apenas puede tenerse en pié, está tan débil!...

—Teneis dos hijos enfermos?... exclamó M.me Pottewal con acento de profunda conmiseracion. ¿Y tambien vuestra mujer?... qué será de esos desgraciados?... Y los visita el médico? Necesitarán quizá un alimento fortificante. ¿Tienen necesidad, Juan?

El obrero se encogió tristemente de hombros y dijo suspirando:

—Somos siete, señora, y gano un franco y medio por dia, de manera que apenas tienen un bocado de pan.

—Oh! eso es inhumano!... exclamó ella con las lágrimas en los ojos; pobres niños!... enfermos, sin cuidados, sin alimento y quizá tendrán hambre!... Oh! eso no puede soportarse!... Vamos, Juan, seguidme; quiero ir á vuestra casa, ver á vuestros hijos, llevarles socorros y consolar á vuestra mujer!... ¡Desgraciada madre!... cuánto debe sufrir!...

El obrero, cada vez mas estupefacto, se quedó inmóvil sin comprender lo que le pasaba; pero M.me Pottewal le tomó de la mano y arrastrándole hácia la puerta que daba á la calle le dijo:

—Venid y os alegrareis; voy á poner buenos á vuestros hijos y hacer feliz á vuestra mujer. Habeis servido fielmente á mi marido y á su padre durante veinte años, y yo debo recompensaros evitando que vuestra familia se muera y alejando la miseria de vuestra casa. Tened confianza, Juan, y venid.

Y desapareció en la calle seguida del viejo jornalero.

El otro los siguió con la vista y se quedó un instante inmóvil, perdida en el espacio la mirada, entonces levantó las manos, sacudió la cabeza y murmuró en voz baja palabras de duda y de asombro.

La criada entró en el almacen y le dijo con tono misterioso:

—La habeis visto, Jacobo? Dónde está?

—Ha ido con Juan á su casa, para socorrer á sus hijos y consolar á su mujer, respondió el otro.

—Y qué pensais de esto, Jacobo?

—No me atrevo á decirlo.

—Pobre mujer!... se habrá vuelto loca?

—Eso parece, Juana.

—Oh! qué desgracia!... ¿no es verdad?

—Para ella sí lo es ciertamente, pero no para los demás. Para Mr. Pottewal por ejemplo; así el pobre hombre podrá esperar para su vejez alguna tranquilidad.

—Y habeis visto, Jacobo, qué ojos tan hoscos!...

—Al contrario; yo he creido durante un momento que queria abrazarnos, tan amable estaba; pero Juana ella ha sufrido de repente este cambio?

—Súbitamente, como un rayo!... Estaba en la sala de la calle cuando la oí hablar en voz alta sin poder distinguir lo que decia... de repente exclamó: ¡madre!... ¡madre!... madre!... como uno que está muy contento. No me atreví á ir allá; pero ella vino á la cocina, me estrechó con afecto las manos, y me dijo toda clase de dulces palabras concluyendo por darme dinero como aumento de mi salario. Sus ojos llameaban, y yo confieso que tuve miedo de ella.

El obrero reflexionó un instante y repuso:

—Ella habia cambiado mucho sus maneras hace unas cuantas semanas. Yo la ví la semana pasada abrazar en la calle á un niño del panadero; á mí me admiró esto.

—Sí, recuerdo lo que decís, Jacobo; yo habia notado tambien que tenia alguna cosa extraordinaria en su cabeza y no estaba como de ordinario. Tan pronto se la veia contenta, como enfadada sin motivo ni razon.

Hacia poco que me habia reñido con dureza haciéndome llorar mas de media hora... ¿Y qué va á suceder ahora, Jacobo?

—La meterán en una casa de salud, Juana.

—Hasta que se cure?

—Estas gentes tan orgullosas y tan malas, no se curan nunca. Se les hace una cruz y ya han concluido; quizá venga dentro de poco furiosa hasta el punto de tener que atarla.

—Cielos!... me haceis temblar, Jacobo. Yo que estoy siempre sola con ella!...

La campanilla de la casa retembló.

—Voy alla, voy allá; exclamó la criada palideciendo.

—Id á abrir pronto, Juana; no la hagais esperar, que sería lo bastante para excitar su cólera; no temais nada que yo escucharé á la puerta del corredor y al menor grito correré á vuestro socorro.

(Se continuará.) FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE DEBAJO DE TAFETAN VERDE ESMERALDA, plegado á pliegues tendidos de 30 centímetros de alto. Trage de encima de forma de funda haciendo las veces de levita de tafetan negro. Los adornos de esta se componen de una orla bordada con torzal de seda y rodeada de galones de cuentas. Cinturon grande atado detrás sobre la levita y guarnecido como ella de un encage negro de 15 centímetros de ancho. Sombrero negro de tul con follage y racimos de uvas.

TRAGE DE FULARD BLANCO CON LISTAS ANCHAS ROSA.— La guarnicion se compone de flores de cinta rosa, con estrellitas de cuentas blancas en su centro, y entre una y otra flor; estas suben un poco hácia la derecha y se fijan por un copete que sostiene unos pendientes blancos. Cinturon de cabos anchos, con iguales pendientes, cayendo al lado izquierdo. Corpiño escotado, con una especie de berta formada de bucles de tafetan rosa y cuentas blancas. Mangas cortas adornadas como el corpiño; este se completa por una camiseta blanca, escotada, plegada de arriba abajo. En el cabello bandó de cuentas blancas ó de perlas.

A UNA VIOLETA.

Do quier hallada
sencilla, hermosa,
siempre envidiada,
nunca envidiosa,
flor hechicera,
flor olorosa
que entre la yerba
vives dichosa.

Posa en tu cáliz
la mariposa
alegre el vuelo,
deja la rosa
que en alto tallo
se alza orgullosa,
Flor hechicera,
flor olorosa
que entre la yerba
vives dichosa.

Que eres sencilla
y eres graciosa
dicenlo todos,
violeta hermosa,
flor hechicera,
flor olorosa
que entre la yerba
vives dichosa.

Vistes tus galas
no vanidosa,
cual es, la dalia,
cual es, la rosa,
flor hechicera,
flor olorosa,
que entre la yerba
vives dichosa.

Tal vez su nido
hará la alondra
junto á tus flores,
quizá á tu sombra,
flor hechicera,
flor olorosa
que entre la yerba
vives dichosa,
su sed apague,
gacela airosa,
en clara fuente
por tí aromosa.

Y yo dejando
la mala prosa
que forma en versos
por orgullosa,
adios te digo,
flor olorosa,
que entre la yerba
vives dichosa.

JOAQUIN AMBROSIO PALACIO.

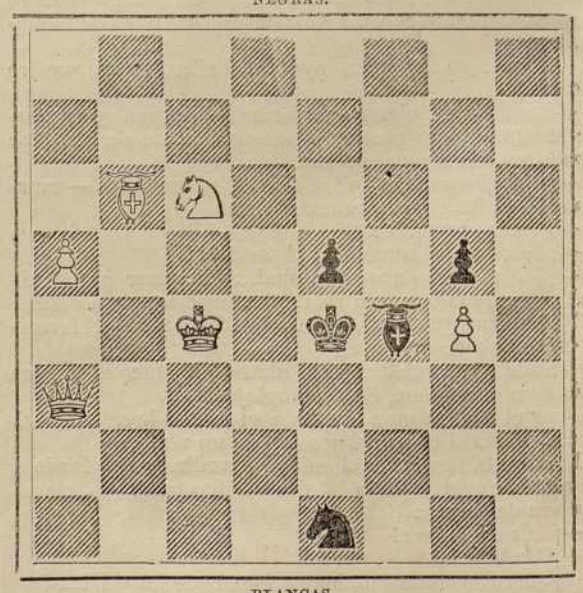
PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 95.

Blancas.	*Negras.*
1.ª C. 2.ª C.R.ª	T. toma C.
2.ª R.ª 8.ª R.ª jaque.	R. juega.
3.ª R.ª ó T. jaque-mate.	

PROBLEMA N.º 96, COMPUESTO POR M. F. HAELEY.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 3 jugadas.

A LOS SRES. SUSCRITORES
DE
LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En números anteriores hemos distribuido á nuestros abonados el prospecto de la interesante publicacion que desde el próximo pasado Abril ha dado á luz el conocido escritor Don José de Castro y Serrano, bajo el título de

ESPAÑA EN PARIS.

Innecesario creemos hacer excitacion alguna á nuestros lectores para que adquieran una obra que podemos calificar hasta de indispensable, no solo para los que no lleguen á visitar la próxima Exposicion de Paris, sino tambien para los que á ella concurran.

Por eso recomendamos de nuevo la lectura de dicho prospecto, seguros de que no habrá persona alguna á quien no interese la publicacion de

ESPAÑA EN PARIS.

La Empresa de LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA, comprendiendo los altos y desinteresados fines del autor, y anticipándose al deseo de sus abonados, ha convenido con el expresado Señor de Castro y Serrano, las bases necesarias para que por medio de nuestra Administracion puedan recibir la obra.

Al efecto, todo suscritor á LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA, lo mismo en España que en Portugal ó América, que quiera recibir desde hoy la obra ilustrada de

ESPAÑA EN PARIS,

debe dirigirse á nuestro Administrador ó á los comisionados, por medio de los cuales tengan hecho su abono á LA MODA, con arreglo á los precios siguientes:

En España, Canarias y Portugal, remitiendo á nuestra Administracion libranzas del Giro Mútuo ó sellos de correo. . . . . Rvn.	50
Suscribiéndose en casa de nuestros comisionados.	60
En la Isla de Cuba y Puerto-Rico, dirigiéndose á nuestros Agentes. . . . . Ffs.	5
En las demás Américas y Filipinas, dirigiéndose á los mismos . . . . . Pfs.	6

El pago en España puede hacerse, por los que así les convenga, en tres plazos, á razon de 20 rs. cada uno, si el pedido es hecho á nuestra Administracion, y de 22 rs. si ha sido por medio de comisionados. Las fechas de los pagos serán los dias 1.os de Abril, Junio y Agosto.

En América, el pago será de una vez al hacer el pedido al Agente.

Se han publicado ya las **seis** primeras entregas.

DIRECTOR, D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ, 1867. — IMPRENTA Y LIT. DE LA REVISTA MÉDICA, á cargo de D. Federico Joly y Velasco,

AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 33.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin, y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs....Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs...,Seis meses, 65...Tres meses, 35...Un mes, 12.

Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs.... Seis meses, 42... Tres meses, 22... Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

PROPIETARIO: **Don Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes...Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Libreria de Don C. Bally-Bailliere, plaza del Principe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tanago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux
BUENOS AIRES, Don Federico Real y Prado.

Sumario. —Advertencia.—Vestido para niño de 10 á 12 años.—Trage con esclavina para niño de 3 á 5 años.— Vestido de colegio y de casa para niña de 8 á 10 años. — Dos rosáceas de tafetan y cuentas para adornar trages, etc.—Canastillo de tafetan azul y cuentas de cristal.— Cuadro á punto de aguja para colcha. — Dos ramas de cuentas para adornos de sombreros, peinados, etc.— Dos orlas (cordon y orochet). — Lazo que reemplaza á un cuello.—Dibujo para adorno de confecciones, corpiños, etc.—Zagalejo, trage corto y paletot.—Trage de fulard gris. —Zagalejo y trage de pelo de cabra.—Las comidas en el campo.— La nieve.—Elena de Ossorio.—Cartas Florentinas.—Los vecinos de Darlingen.—Explicacion del figurin iluminado.—Problema de ajedrez.

ADVERTENCIA.

Los muchos dibujos y explicaciones que habrá de contener la próxima hoja de patrones, nos obliga á colocar en el número de hoy una parte de los objetos que han de figurar en el que próximamente repartiremos.

Vestido para niño de 10 á 12 años.

Figs. 15 á 19 (recto) del próximo patron.

La chaqueta, hecha de lienzo crudo, va guarnecida con cordon de lana negro que figura ojales, y con botones negros.—Se cortan 2 pedazos por cada una de las figs. 15, 16 y 18, la espalda entera por la figura 17, que representa su mitad; la fig. 18 se corta doble. Para cada manga se cortan dos pedazos por la fig. 19; se pone debajo de cada delantero una tira de lienzo crudo de 4 centímetros de ancho; se reunen todos los pedazos juntando las cifras iguales, se pespuntea el dobladillo del borde inferior, luego se cose el cordon negro en parte indicado en el patron. Se pone el cuello en el escote; se cose la manga desde 32 hasta 33, desde 34 hasta 35; debajo del borde inferior de esta se fija una tira de la misma tela, que tenga 4 centímetros de ancho; se coloca la manga en la sisa 35 sobre 35.

VESTIDO PARA NIÑO DE 10 A 12 AÑOS.

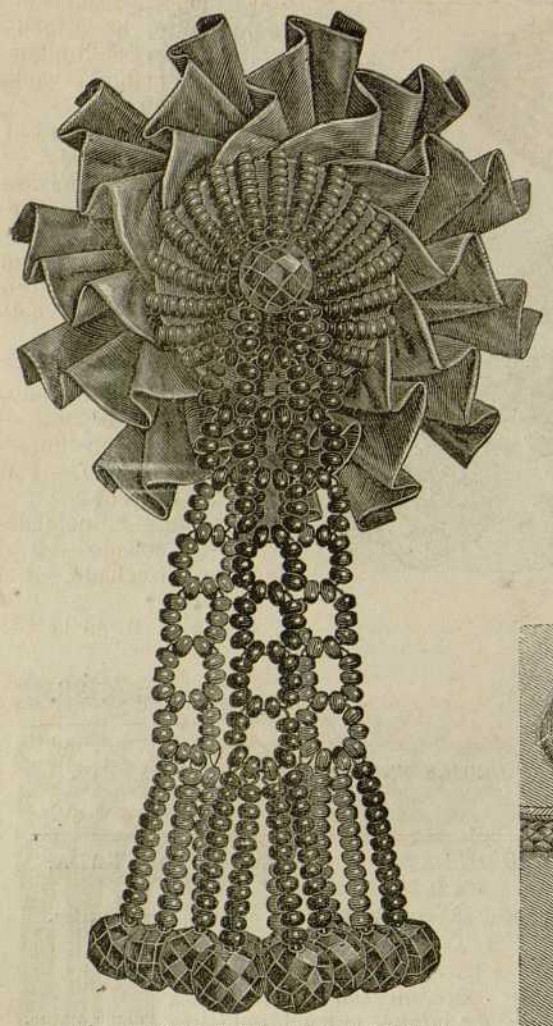
TRAGE CON ESCLAVINA PARA NIÑA DE 3 A 5 AÑOS.

VESTIDO DE COLEGIO Y DE CASA PARA NIÑA DE 8 A 10 AÑOS.

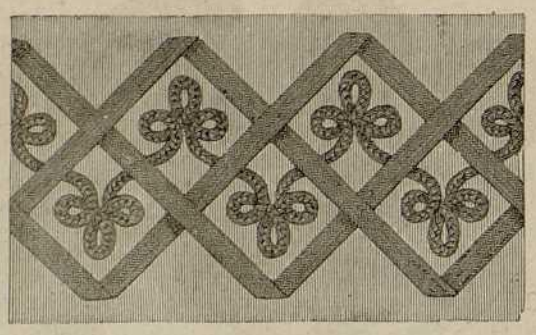
Trage con esclavina para niña de 3 á 5 años.

Figs. 53 á 57 del patron.

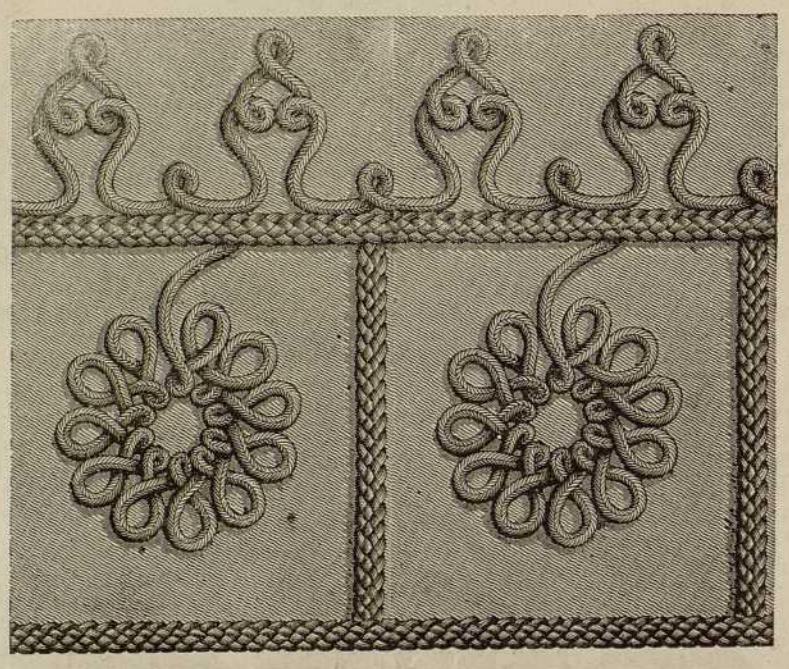
Este modelo, hecho de piqué blanco para la estacion actual, será muy lindo si se hace de cachemira, de terciopelo, ó de cualquier otro tegido para el otoño y el invierno. Los adornos se componen de



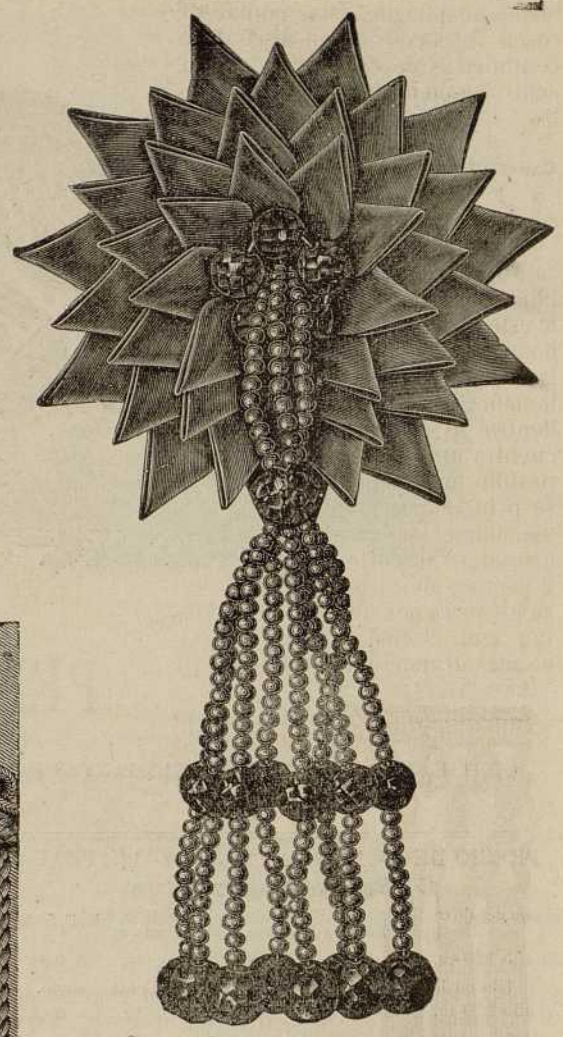
N.º 1.—ROSÁCEA DE TAFETAN Y CUENTAS.



GUARNICION DEL VESTIDO DE COLEGIO (TAMAÑO NATURAL).



GUARNICION DEL TRAGE CON ESCLAVINA (TAMAÑO NATURAL).



N.º 2.—ROSÁCEA DE TAFETAN Y CUENTAS.

galones blancos y de trencilla blanca, de algodon para el piqué,—de lana ó seda para cualquiera otra tela. La esclavina se guarnece con una tira de nansouk, bordada y festoneada, que tenga 5 centímetros de ancho, estrechándose por delante, de modo que en el escote solo tenga tres centímetros de ancho.

CORPIÑO.—Se cortan 2 pedazos por cada una de las figs. 53 y 54;—la espalda del corpiño y la esclavina por las figs. 55 y 57, que representan la mitad;—la manga por la fig. 56, teniendo en cuenta la diferencia de contornos para la mitad de debajo; la enagua se corta á nesgas. Las figs. 53, 54 y 55 llevan un forro de percalina; se las reune juntando las cifras iguales, despues de haber hecho las nesgas del pecho, y haber puesto sobre cada delantero los corchetes necesarios para cerrar el corpiño. Se orla el escote con un vivo. La cara superior de la manga se adorna como la esclavina; luego se cose la manga 32 sobre 32 en la sisa; se hacen las nesgas del hombro en la esclavina, luego se ejecuta el bordado, se pone la guarnicion, y se cubre esta costura con una tira de nansouk de 2 centímetros y medio de ancho; el escote de la esclavina se ribetea con un galon.

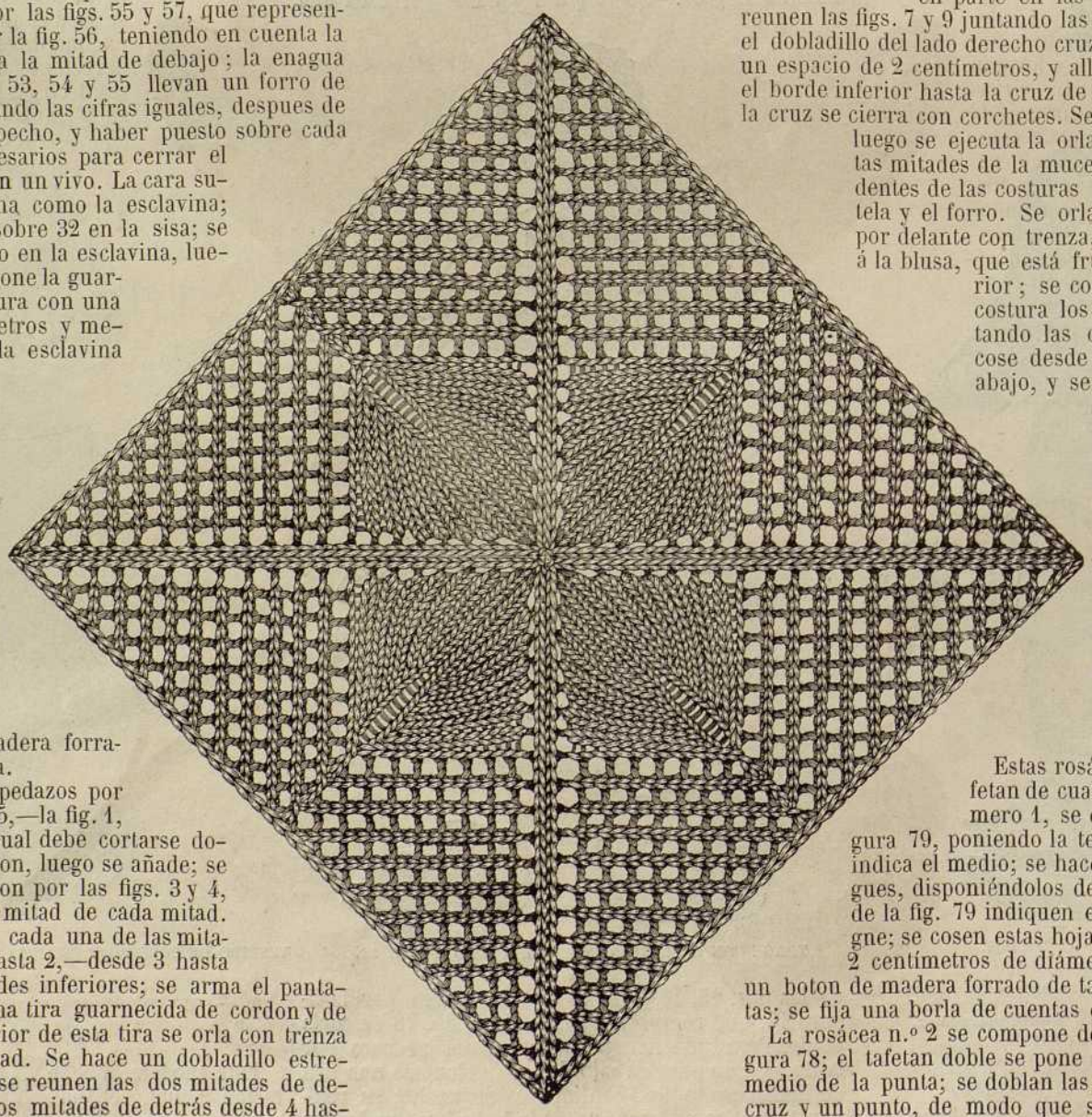
Vestido de colegio y de casa para niña de 8 á 10 años.

Figs. 1 á 14 (recto) del patron.

Se compone de un pantalon y de una blusa de lienzo crudo; se adorna con un enrejado de cordon de lana encarnada, y con un bordado ejecutado con trencilla encarnada; esta orla se rodea con una trenza de lana encarnada, un poco ancha. Los botones son de madera forrados de cachemira encarnada.

PANTALON.—Se cortan 2 pedazos por cada una de las figs. 1, 2 y 5,—la fig. 1, sin la presilla indicada, la cual debe cortarse doble, por separado del pantalon, luego se añade; se corta cada mitad del cinturon por las figs. 3 y 4, que representa cada una la mitad de cada mitad. Se reunen los dos lados de cada una de las mitades del pantalon, desde 1 hasta 2,—desde 3 hasta 4; luego se forman los bordes inferiores; se arma el pantalon entre las dos telas de una tira guarnecida de cordon y de trencilla; el lado largo inferior de esta tira se orla con trenza de lana doblada por su mitad. Se hace un dobladillo estrecho desde 1 hasta 8, luego se reunen las dos mitades de delante desde 4 hasta 6, las dos mitades de detrás desde 4 hasta 5; en el borde superior se forman pliegues poniendo cada cruz sobre el punto, y se arma el pantalon entre la tela y el forro de la pretina, que se guarnece con botones y ojales.

BLUSA.—Se cortan dos pedazos por cada una de las figs. 6, 7, 13 y 14,—un pedazo *entero* por cada una de las figs. 8, 9, 10, 11 y 12, que representan solamente sus respectivas mitades; las figs. 7 y 9 deben prolongarse 20 centímetros mas. En esta medida se comprende el dobladillo inferior de 3 centímetros; se dejará de mas la tela necesaria para el dobladillo de delante, que es de 3 centímetros. Las figuras 6, 8, 11, 12, 13 y 14, llevan forro de percalina. Se ejecuta el bordado, indicado en parte en las figs. 11, 12, 13 y 14, y se reunen las figs. 7 y 9 juntando las cifras iguales. Por delante, el dobladillo del lado derecho cruza sobre el del izquierqo en un espacio de 2 centímetros, y allí se fija con botones desde el borde inferior hasta la cruz de la fig. 7. La abertura desde la cruz se cierra con corchetes. Se hace el dobladillo inferior, luego se ejecuta la orla. Se reunen en el hombro las mitades de la muceta, de modo que los excedentes de las costuras queden encerrados entre la tela y el forro. Se orla la muceta en el escote y por delante con trenza, luego se reune la muceta á la blusa, que está fruncida por su borde superior; se cogen al mismo tiempo en la costura los tirantes, y se los fija juntando las cifras iguales. La manga se cose desde 17 hasta 18, se frunce por abajo, y se guarnece con el puño; por su borde superior se frunce desde el medio por ámbos lados hasta la cruz, luego se la fija en la sisa, guarnecida con un vivo encarnado, 17 sobre 13; los tirantes, por su borde inferior, se pegan al cinturon, que va forrado, y se cierra con botones encarnados.



CUADRO A PUNTO DE AGUJA.

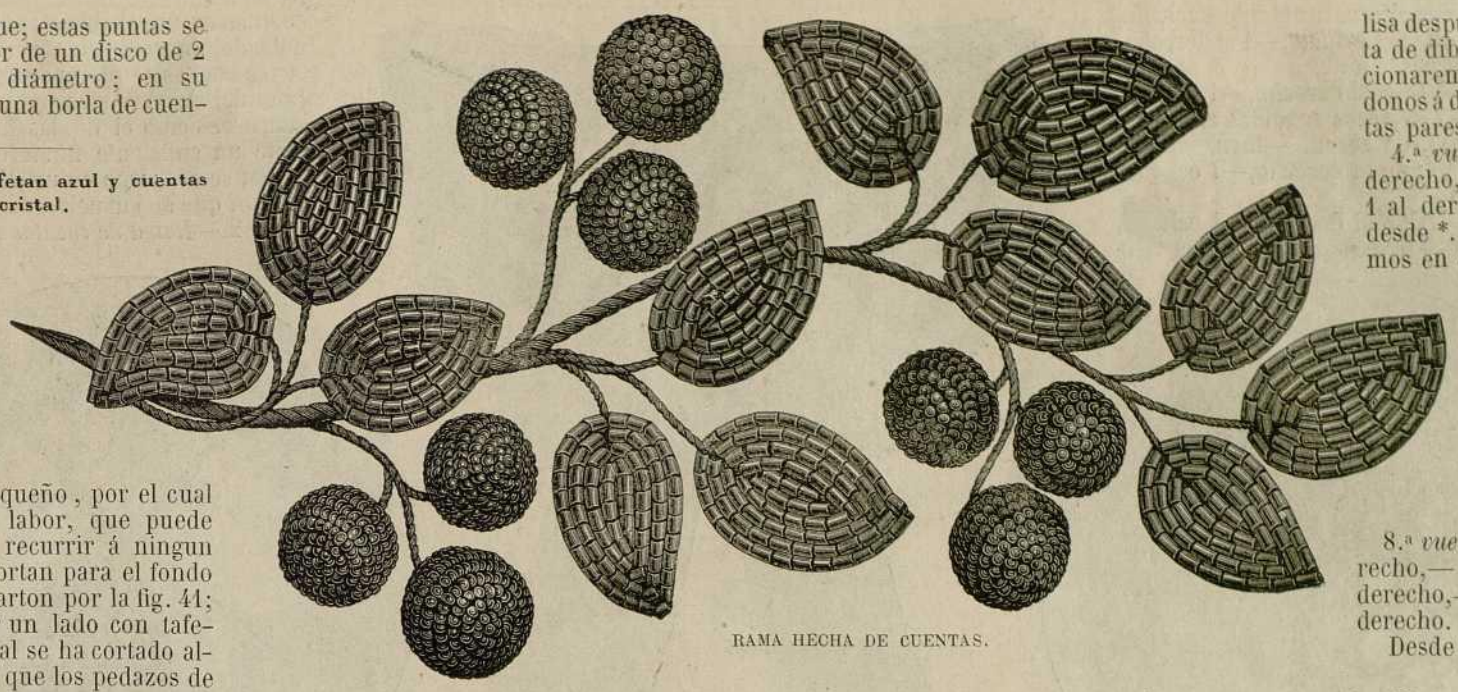
Dos rosáceas de tafetan y cuentas para adornar trages, etc.

Figs. 78 y 79 (verso) del patron.

Estas rosáceas pueden hacerse de tafetan de cualquier color. Para la del número 1, se cortan 10 pedazos por la figura 79, poniendo la tela doble sobre la línea que indica el medio; se hacen en cada pedazo tres pliegues, disponiéndolos de modo que las líneas finas de la fig. 79 indiquen el lado esterior de cada pliegne; se cosen estas hojas al rededor de un disco de 2 centímetros de diámetro, en cuyo centro se pone un boton de madera forrado de tafetan y bordado con cuentas; se fija una borla de cuentas en el medio del lazo.

La rosácea n.º 2 se compone de puntas cortadas por la figura 78; el tafetan doble se pone sobre la línea que indica el medio de la punta; se doblan las esquinas marcadas por una cruz y un punto, de modo que sobre la línea de puntos se

forme un pliegue; estas puntas se cosen al rededor de un disco de 2 centímetros de diámetro; en su centro se pone una borla de cuentas.



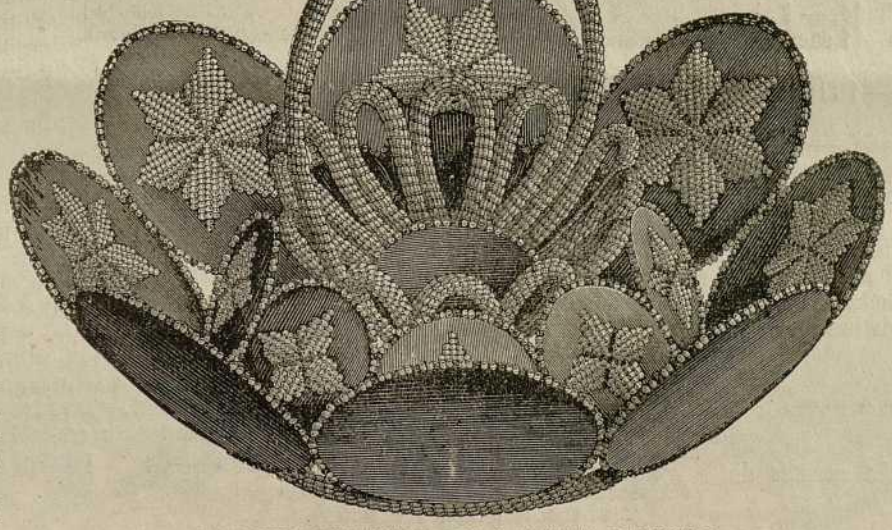
RAMA HECHA DE CUENTAS.

Canastillo de tafetan azul y cuentas de cristal.

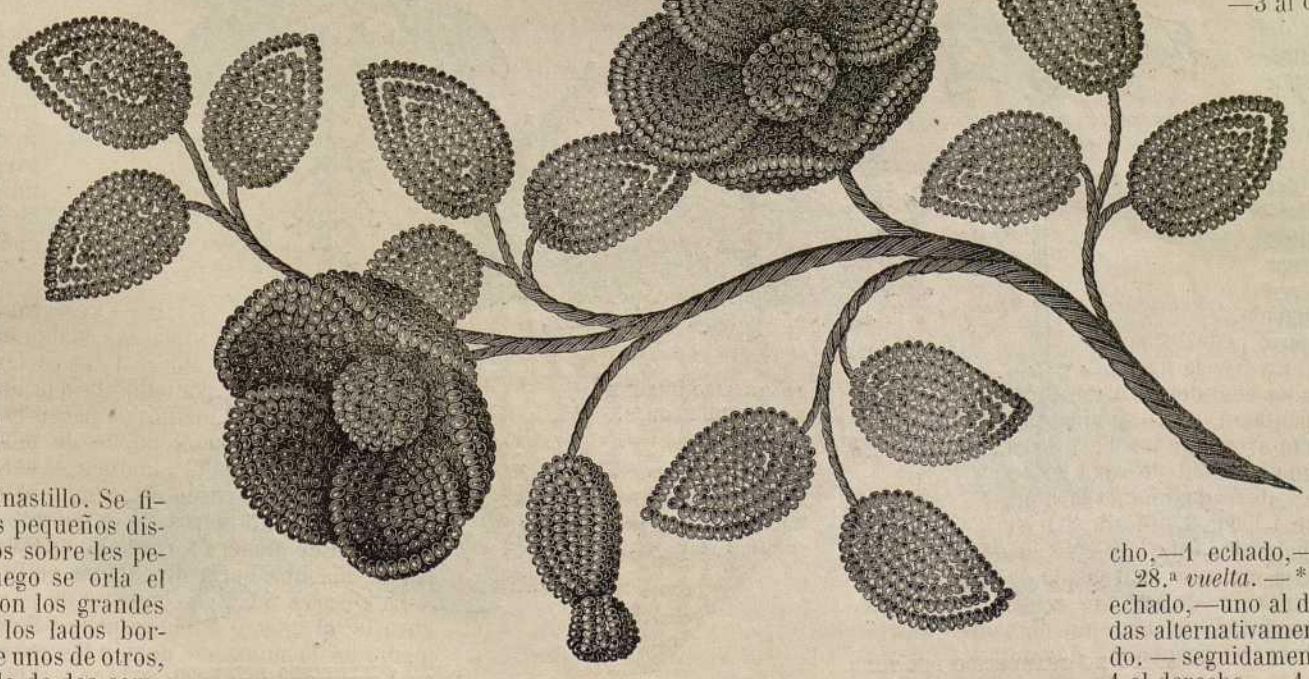
Figs. 40 y 41 (recto) del patron.

Nuestro dibujo representa este canastillo reducido á la mitad de su tamaño; — por dentro se encuentra un canastillo mas pequeño, por el cual se principia la labor, que puede ejecutarse sin recurrir á ningun artesano. Se cortan para el fondo 2 pedazos de carton por la fig. 41; se los forra por un lado con tafetan azul, el cual se ha cortado algo mas grande que los pedazos de carton, y que por el revés de este se fruncen un poco. Uno de estos pedazos se rodea con cuentas, es decir, que haciendo todo al rededor un feston no muy apretado, se toma una cuenta para cada punto; se ponen alternativamente 2 cuentas de cristal y una de acero; estas últimas se indican en el dibujo por una tinta mas oscura. Se preparan diez pedazos de mimbre, con los cuales se forman otras tantas curvas de 4 centímetros de alto, un poco combados hácia afuera; se los cubre con seda de Argel, ó filadiz azul, luego se los rodea con cuentas de cristal ensartadas en hilo blanco. Se prepara del mismo modo un cabo de alambre de 25 centímetros de largo, destinado á formar el asa, y que se fija entre las dos partes del fondo. El canastillo se compone además de muchos discos grandes y pequeños; sus dimensiones están indicadas en las figuras 40 y 41, así como el dibujo del bordado. Se cortan en carton 16 pedazos por cada una de las figuras 40 y 41; se los cubre con tafetan, como se ha indicado para el fondo; luego se ejecuta el bordado al pasado, con cuentas de cristal y de acero, sobre ocho grandes discos y otros ocho pequeños. Cada pedazo bordado se reune á otro pedazo igual en tamaño, pero sin bordado, luego se los rodea con un feston de cuentas, con arreglo á las indicaciones relativas al fondo del canastillo. Se fijan primeramente los pequeños discos por algunos puntos sobre los pedazos de mimbre, luego se orla el contorno del fondo con los grandes discos, de modo que los lados bordados queden enfrente unos de otros, y formen un canastillo de dos compartimientos. En fin, se rodea el fondo con un círculo de alambre, forrado de seda y cuentas, fijado por algunos puntos en el sitio en que dos discos, uno grande y otro pequeño se encuentran.

N.º 1.—ORLA, CORDON AL CROCHET.



CANASTILLO DE TAFETAN AZUL Y CUENTAS DE CRISTAL.



RAMA HECHA CON CUENTAS.

Cuadro á punto de aguja para colcha.

Se principia este cuadro por el centro, armando 8 puntos (2 sobre cada aguja) y se trabaja en redondo.

1.ª *vuelta*.—Al derecho.

2.ª *vuelta*.— * Un punto al derecho, — un echado, —un punto al derecho.—Vuélvase á empezar 3 veces desde *.

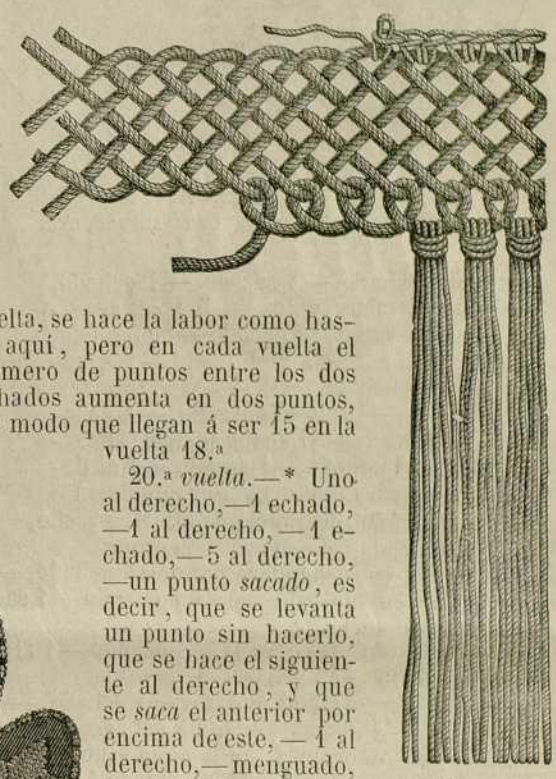
3.ª *vuelta*.—Al derecho. Repitiéndose esta vuelta lisa despues de cada vuelta de dibujos, no la mencionaremos mas, limitándonos á describir las vueltas pares.

4.ª *vuelta*. — * Uno al derecho,—un echado, — 1 al derecho.— Vuélvase desde *. (No mencionaremos en adelante esta repeticion porque ha de hacerse en todas las vueltas).

6.ª *vuelta*.—* Uno al derecho, —un echado,— 3 al derecho, — 1 echado,—1 al derecho.

8.ª *vuelta*.—* Uno al derecho,— 1 echado, —5 al derecho,—1 echado,—1 al derecho.

Desde la 9.ª á la 18.ª vuelta, se hace la labor como hasta aquí, pero en cada vuelta el número de puntos entre los dos echados aumenta en dos puntos, de modo que llegan á ser 15 en la vuelta 18.ª



N.º 2.—ORLA, CORDON AL CROCHET.

20.ª *vuelta*.—* Uno al derecho,—1 echado, —1 al derecho, — 1 echado,— 5 al derecho, —un punto *sacado*, es decir, que se levanta un punto sin hacerlo, que se hace el siguiente al derecho, y que se *saca* el anterior por encima de este, — 1 al derecho,— menguado, (es decir, 2 puntos hechos juntos al derecho),—5 al derecho,— 1 echado,—1 al derecho,— 1 echado,—1 al derecho,

22.ª *vuelta*.— * Uno al derecho, — uno echado,—1 al derecho,—1 echado, — uno *sacado*:—1 echado,— 4 al derecho, — uno sacado.—1 al derecho,—menguado,—4 al derecho,—1 echado,—menguado—1 echado,—1 al derecho,—1 echado, — 1 al derecho.

24.ª *vuelta*.— * Uno al derecho,—1 echado,—1 al derecho, —1 echado,—uno sacado, — 1 echado,—1 sacado — 1 echado, —3 al derecho,—1 sacado, — 1 al derecho, — menguado,—3 al derecho, — 1 echado,—menguado,— 1 echado,—menguado, —1 echado,—1 al derecho,—1 echado,— 1 al derecho.

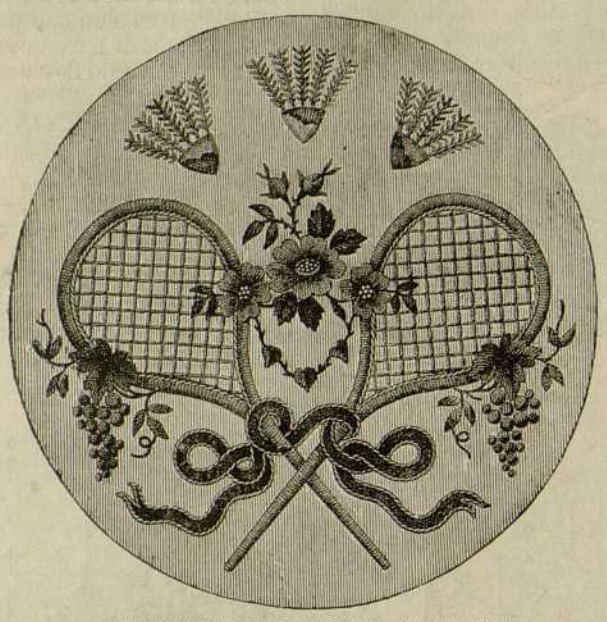
26.ª *vuelta*. — * Uno al derecho,—1 echado, — 1 al derecho, — uno echado,—3 veces seguidas alternativamente 1 sacado,—1 echado,— 2 al derecho,— 1 sacado, —1 al derecho,— menguado, — 2 al derecho, —3 veces seguidas alternativamente 1 echado,—menguado,—uno echado,— uno al derecho,—1 echado,—1 al derecho.

28.ª *vuelta*. — * Uno al derecho, — uno echado,—uno al derecho,—4 veces seguidas alternativamente 1 echado, — 1 sacado. — seguidamente se hace 1 echado,— 1 al derecho, — 1 sacado,—1 al derecho,

—4 veces seguidas alternativamente 1 echado, —menguado,—luego 1 echado,—1 al derecho, 1 echado,—1 al derecho.

30.ª *vuelta*.—* Uno al derecho,—1 echado, —1 al derecho,—6 veces seguidas alternativamente 1 echado,—1 sacado,—menguado,—1 echado,—luego uno al derecho,—1 echado, —1 al derecho.

32.ª *vuelta*.—* Uno al derecho,—1 echado, —1 al derecho,—6 veces seguidas alternativamente 1 echado,—1 sacado,—1 echado, —3 puntos hechos juntos, —6 veces seguidas alternativamente 1 echado,—menguado, —luego 1 echado,—1 al derecho,—1 echado,—1 al derecho.



DIBUJO PARA ACERICO, PORTA-AGUJAS, ETC.

34.ª *vuelta*.—* Uno al derecho,—1 echado,—1 al derecho,—7 veces seguidas alternativamente 1 echado,—1 sacado,—1 al derecho,—7 veces seguidas alternativamente menguado,—un echado,—luego 1 al derecho,—1 echado,—1 al derecho.

36.ª *vuelta*.—* Uno al derecho,—1 echado,—1 al derecho,—7 veces seguidas alternativamente 1 echado,—1 sacado,—luego uno echado,—3 puntos hechos juntos,—7 veces seguidas alternativamente 1 echado,—menguado, 1 echado,—1 al derecho,—1 echado,—uno al derecho.

40.ª *vuelta*.—* Uno al derecho,—1 echado,—1 al derecho,—8 veces seguidas alternativamente 1 echado,—1 sacado,—1 echado, —3 puntos hechos juntos,—8 veces seguidas alternativamente 1 echado,—menguado,—luego 1 echado,—uno al derecho,—1 echado, 1 al derecho.

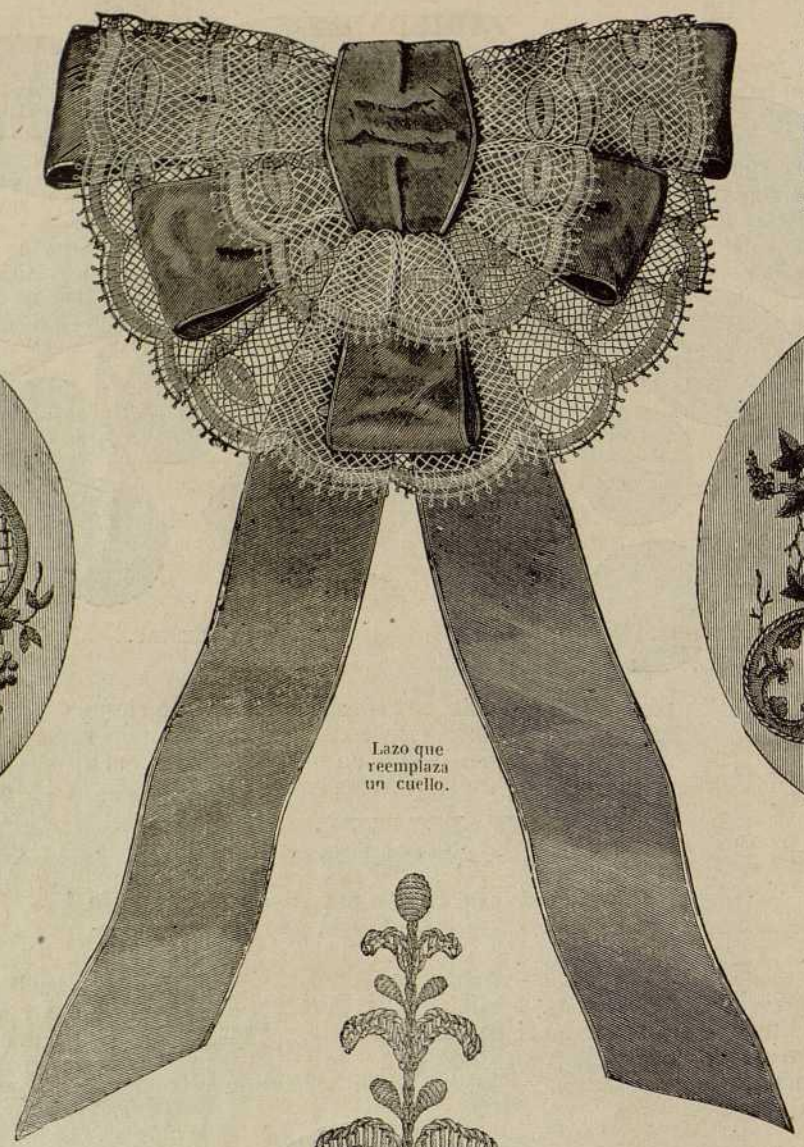
Hay ahora 41 puntos en cada aguja; se hace una vuelta lisa, luego se desmonta. Los cuadros terminados se reunen á punto de crochet por el revés de la labor.

Dos ramas de cuentas para adornos de sombreros, peinados, etc.

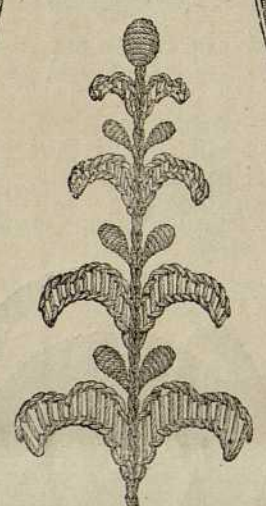
Para ejecutar estas ramas se emplearán cuentas de diferentes gruesos, y alambre muy fino.

N.º 1.—*Rama de cañutillos de azabache y cuentas negras*. Los cañutillos forman las hojas, las cuentas se emplean para las bayas. Para ejecutar una hoja se toma un cabo de alambre de 35 centímetros de largo, se ensartan en él diez cañutillos, y se forma con ellos un buclecillo á 6 centímetros de distancia del extremo del alambre; al fin de este buclecillo se tuercen juntos los dos cabos: esto forma el centro: se le rodea tres ó cuatro veces con el alambre guarnecido de cañutillos, de modo que se forme una hoja plana; — se tuerce el doble alambre despues de cada círculo; estos se reunen cosiéndolos juntos por sus lados transversales. Los dos cabos de alambre que han quedado libres sirven para el tallo; se los envuelve con filadiz negro. — Para cada baya se ensartan las cuentas en un alambre cuyo extremo se ha doblado, luego se contornea este en espiral cuyas vueltas se fijan por algunos puntos. El cabo del alambre sirve para el tallo, que se guarnece como el de las hojas. Cuando se tiene un suficiente número de hojas y de bayas, se las arma en un alambre algo mas grueso, que se envuelve con filadiz.

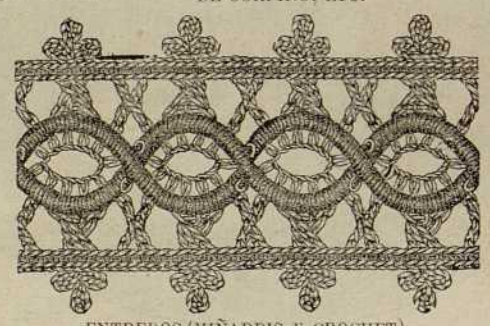
N.º 2.—*Rama de cuentas negras*.—Las hojas se ejecutan siguiendo las indicaciones dadas para la rama anterior. Las flores se componen de un cáliz y de cinco pétalos; el cáliz está formado por 7 buclecillos de cuentas. Los pétalos se ejecutan como las hojas, pero de forma redonda. Se fijan los círculos de cuentas por algunos puntos.— Cuando se han preparado cinco pétalos, se los dispone, con arreglo á las indicaciones del dibujo, al rededor del cáliz, por medio de algunos puntos. El boton está formado por 4 buclecillos, cada uno de dos ó tres centímetros de largo. Se aprieta el extremo superior del boton con un pedazo de alambre: el extremo de este alambre se rodea de filadiz, y en fin, se arma esta rama como la anterior.



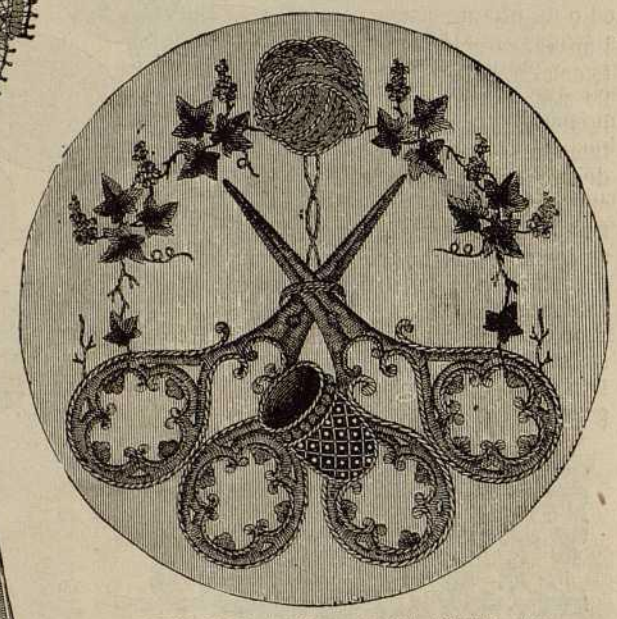
Lazo que reemplaza un cuello.



DIBUJO PARA ADORNOS DE CORPIÑO, ETC.



ENTREDOS (MIÑARDIS Y CROCHET).



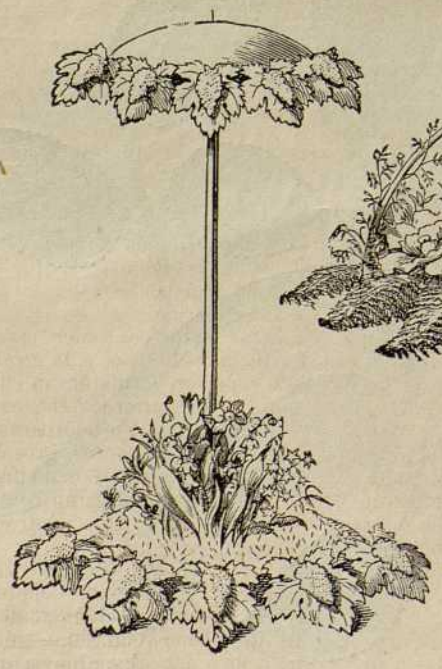
DIBUJO PARA ACERICO, PORTA-AGUJAS, ETC.

Dos orlas (cordon y crochet).

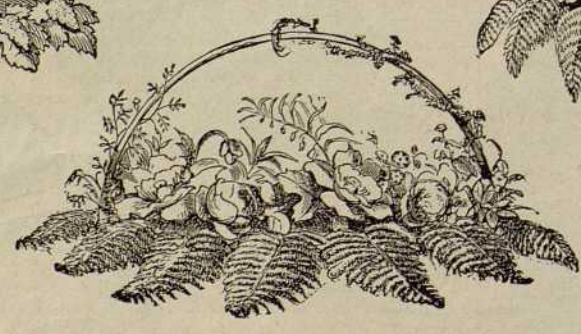
Estas orlas servirán para colchas de cuna, cortinas, etc.

N.º 1.—Se toman dos pedazos de cordon de algodon ó de lana, y se forma la parte media de la orla entrelazándolos como indica el dibujo; por ámbos lados se ejecuta, con otro pedazo de cordon, una especie de feston (véase el dibujo). Para formar la cabeza de esta orla, se toma algodon ó lana, y se hace una vuelta de puntos sencillos (véase el dibujo); al lado opuesto se atan hacecillos compuestos de 5 hebras, cada una de 18 centímetros de largo.

N. 2.—Trenzas de cinco ramas, que llevan por un lado un feston como la anterior orla, y por el otro lado una vuelta de puntos sencillos.



SORTÚ NO GUARNECIDO DEL TODO.



PLATO LISO GUARNECIDO DE FLORES.

Sortú de mesa para comidas campestre.

SORTÚ GUARNECIDO DEL TODO.

Lazo que reemplaza á un cuello.

Estos lazos se fijan en la parte anterior del escote de un paletot, —este modelo es de cinta rosa de 2 centímetros y medio de ancho y encage de Valenciennes de 3 centímetros de ancho; se le prepara con arreglo á las indicaciones dadas en uno de los números recientemente publicados.

Dibujo para adornos de confecciones, corpiños, etc.

Se ejecuta este dibujo con lana, algodon ó seda (segun la tela sobre la que ha de bordarse), al pasado, punto de cadeneta, punto de feston y cordoncillo; tambien puede hacerse con diversos colores de lana ó de seda, (género breton), y formar una presilla, si se le repite en sentido inverso.

Entredos (miñardis y crochet).

Para ejecutar este entredos, se reunen dos pedazos de miñardis, iguales en largo, de modo que haya en cada curva exterior, 5 piquillos de la miñardis,—once de estos piquillos en cada círculo interior; los últimos van ensartados en una hebra, sobre la cual se vuelve para formar una especie de *rueda*. A uno y otro lado se ejecuta la siguiente labor al crochet.

1.ª vuelta.—* 3 bridas sobre los tres piquillos del medio de una de las curvas; al hacer cada una de estas bridas se pica el crochet en los 3 piquillos á la vez,—3 puntos en el aire, —una brida cruzada, es decir que se hace una doble brida sobre el mas próximo piquillo, y, continuándola solamente hasta tener 3 buclecillos sobre el crochet, se hace una brida en el primer piquillo de la curva inmediata, luego se termina la doble brida; en seguida: 2 puntos en el aire, y otra brida en el medio de la doble brida,—3 puntos en el aire. Vuélvase siempre desde *.

2.ª vuelta.—Un punto sencillo sobre la primera brida de la vuelta anterior,—* 3 piquillos, es decir, 5 puntos en el aire, y en el primero uno sencillo,—7 en el aire, y en el primero uno sencillo,—5 en el aire, y en el primero uno sencillo; por debajo de estos 3 piquillos se pasa un punto de la vuelta anterior,—en seguida 12 puntos sencillos. Vuélvase siempre desde *.

Dos dibujos para acericos, porta-agujas, etc.

Se ejecutan sobre cachemira ó moer, con torzales de seda, al realce y punto ruso. El dedal, el ovillo y la cinta se recortan en tafetan, y luego se aplican sobre el fondo.

VARIEDADES.

LAS COMIDAS EN EL CAMPO.

Todas las amas de casa conocen por experiencia las pequeñas tribulaciones inherentes á las comidas que se dan en el campo; en él se ven reducidas á sus propias fuerzas, sin que sea posible aprovechar los recursos que ofrece un mercado bien provisto, ni recurrir á la habilidad de un pastelero. La direccion de las comidas servidas en el campo difiere de las que se darian en París en las mismas casas. La comida, que en París es la causa de la reunion, no es en el campo sino una consecuencia suya; así es que estas, aunque mas sencillas, mas modestamente servidas, son en general mas alegres. Los convidados se muestran menos exigentes, y se les puede ofrecer manjares extremadamente caseros, que con tanto cuidado se proscriben en las mesas de París.

Ya se comprende que aquí me refiero á las fortunas modestas, no á aquellas que encargan á los mas acreditados fondistas las comidas que han de ofrecer á sus huéspedes, los cuales á su vez se transportan al campo llevando consigo quince bultos, que contienen los vestidos de remuda.

Las comidas en el campo, como acabo de decir, no pueden, y hasta no deben tener el mismo carácter que las dadas en París. No es raro en esta capital, aun en las casas modestas, encontrar cierto lujo en las mesas. En el campo, en punto á lujo, los medios términos serian de mal gusto; la porcelana dorada haria una triste figura conteniendo un humilde *fricandó*, aunque sea muy sabroso, y los *sortús* plateados se encontrarian humillados con la vecindad de una pierna de carnero guisada, por mas suculenta que fuese. Si se aspira á esta especie de lujo, es de toda necesidad encargar la comida á un fondista; si no, es preciso dejar en París la rica cristalería, las ambiciosas porcelanas y los labrados sortús.

Cuidando menos de lo supérfluo, será mas fácil ocuparse minuciosamente de lo necesario, y escoger las mejores legumbres, las mejores frutas, y servirlas con abundancia; porque la abundancia es el lujo del campo, y la que muchas veces se sustituye en París por engañosas apariencias. Además de este lujo, hay otro mas delicado, y que depende inmediatamente del ama de la casa: me refiero al buen adorno de la mesa.

Sabido es que este se halla representado por vasijas llenas de flores, ó por macetas adornadas con elegantes cubiertas; un gran ramo, armoniosamente compuesto, presenta siempre un aspecto magnífico, pero los altos floreros y los ramos presentan el inconveniente de impedir la vista de los convidados entre sí, formando una barrera perjudicial para la conversacion, asi como para la visualidad del conjunto de la mesa.

Sin embargo, como no se debe renunciar á esta forma de decorado, que es la poesía de las comidas de campo, vamos á procurar, por medio de algunas indicaciones, el que se eviten los citados inconvenientes. El adorno por medio de las flores se divide en *platos llanos* y en *sortús muy ligeros;* los primeros no ocupan mas sitio que una torta, y tienen poco mas ó menos su misma altura. Los sortús se componen de dos partes, una inferior y grande, otra mas pequeña, reunidas entre sí por una columnilla delgada; la segunda está bastante alta para que los convidados puedan verse unos á otros por debajo de esta mitad superior.

Estos sortús convienen especialmente para las frutas; los racimos de uvas y de grosellas, cayendo desde el platillo superior, formarán un cuadro digno del pincel de un pintor. Para variar los efectos del decorado, se emplearán tambien frutas, que adornarán el sortú, sin estar destinadas al consumo: moras, grosellas, &.ª, cogidas y utilizadas con sus ramas. Los sortús cuyo adorno se componga de frutas se guarnecerán con hojas y yerbas, pero nunca con flores cuyos colores diversos perjudicarian al efecto general.

Para los *platos llanos* se emplearán platos de cristal, ó bien un plato hondo comun; si no se quiere poner uno de estos platos en el centro de la mesa, habrá que preparar un número suficiente de ellos para la simetría. El del centro deberá ser mayor que los demás, y estos iguales entre sí (véase el dibujo en la pág. 260).

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Zagalejo, trage corto y paletot de moer castaño claro.—Los adornos se componen de dobles rulós de tafetan castaño (de tinta mas oscura que el trage) y blanco.

Trage de fulard gris, con rulós de tafetan rosa por todas las costuras;—paletot igual á listas de arriba abajo formadas de rulós iguales á los del trage, cada uno de ellos terminado en una borla de seda floja.

Zagalejo y trage de pelo de cabra gris de Suecia.—Las puntas se orlan con un galon y un fleco del mismo color, pero de tinta mas oscura. — Paletot igual al trage.

Los platos llamados *llanos* han de ser bastante hondos para que contengan ya sea arena ó ya arcilla en cantidad suficiente para que las flores que en una ú otra se introduzcan queden firmes en sus respectivos sitios, lo cual no sucederia si la capa fuese demasiado delgada. Se escoge arena fina y pura, y se dispone en forma de monton y en cuanto al platillo superior del sortú, se coloca en él una media bola de arcilla, en la que se introducen las flores; si el platillo es de cristal, se pondrá en su fondo (antes que la arcilla) un pedazo de papel verde; mas valdria, sin embargo, que fuese cristal deslustrado; la arena deberá estar algo húmeda, pero no mucho para que no se corra al mover el plato. Cuando el barro se endurece, hay que mojarlo, pero en tal caso no puede servir inmediatamente. Si los tallos de las flores son demasiado blandos, se les añadirá bien una brizna de mimbre, bien un alfiler grande. Estos tallos tienen desigual largo, segun el sitio que ha de ocupar cada flor. Este adorno puede llamarse un *mosáico de flores*. Las del borde exterior han de introducirse al sesgo; el contorno del plato se cubre todo él de hojas de modo que nada absolutamente se deje ver de la vasija.

Las flores que se emplean varian segun las estaciones; acerca de esto no pueden darse reglas determinadas, sino solamente indicaciones generales. Para los platos llanos, han de escogerse flores que se presenten bien cuando se las mira de arriba abajo; por consiguiente las plantas cuyas flores forman racimos no convienen para el mosáico pero se prestan admirablemente á guarnecer la parte superior del sortú. Para las asas, si quieren imitar canastillas, ó para las columnas de los sortús, servirá muy bien la yedra de flores pequeñas, utilizando sus graciosas ramas haciendo que caigan por fuera del platillo superior.

EMMELINE RAYMOND.

LA NIEVE.

Triste fulgor la aurora
Al asomar por el oriente lanza,
Y entre confusas nubes
Cubre la faz que alegre ayer mostrara.

Ni el sol por los espacios,
Rayos de luz vertiendo, se levanta;
Ni las sencillas aves
Saludan con su canto la alborada.

Solo, con débil eco,
Melancólica suena la campana;
Voz con que á Dios los hombres
Por la luz que les presta le dan gracias.

Y á su compás la nieve,
En mil copos, del cielo se derrama,
Y al par cubre los campos
Que las erguidas, fértiles montañas.

Luego enmudece el templo;
Sus ecos por el aire se dilatan;
Y en silencio de muerte,
Callan los vientos, y la tierra calla.

Y el hombre de los campos
Tiende por ellos, triste, su mirada,
Y con mortal angustia
Ve cual perecen sus queridas plantas.

El infeliz mendigo,
Por el frio, sus manos halla heladas,
Hasta que al fin le acoge
La hermosa caridad, tan dulce y santa.

Mas ¡ay del que no encuentra
La hija del cielo que las penas calma...
Y solo está en el mundo...
Y nieve, nada mas, huella su planta!

¡Ay, no dejes que muera,
Dios que á los pobres con tu gracia amparas!
Dale un mísero abrigo;
Que no espire al rigor de la mañana.

Y cayendo... cayendo...
Siguen los copos mil de nieve blanca...
Mis ojos los contemplan,
Y al contemplarlos, ¡ay! brotan dos lágrimas.

¿Porqué lloran mis ojos?
¿Porqué así la tristeza hiere mi alma?
¿Qué le dice la nieve?
¿Porqué en dolor cruel llora al mirarla?

La nieve es cual la pena
Que los placeres con su velo empaña...
Es como el desengaño
Que nuestras ilusiones arrebata...

La nieve es cual la muerte...
Es como la verdad, fria y callada!...
Es cual mis pensamientos...
Cual las cenizas que mi pecho guarda!

Solo tengo recuerdos;
Pues ya en mi corazon no hay esperanzas...
¡En mi triste camino,
Al cruzar este mundo fuí dejándolas!

Y las dejé cual hojas
Que el huracan del árbol, fiero, arranca;
Y voy solo, y no pienso,
En la vida, jamás ya recobrarlas.

El calor que la tierra
En sus ocultos senos encerraba,
En nieve se ha tornado
Que los troncos cubrió, y hojas y plantas.

Y cayendo, cayendo,
Los copos que del cielo se derraman,
Ya cubren el palacio,
Ya la escondida mísera cabaña;

Ya el árbol mas robusto,
Ya de la flor las hojas delicadas,
Ya los alzados montes,
Ya las llanuras que el abril pintaba...

Y parece que dicen
Al hombre que á mirarlos torna el alma:
—¡Cual la nieve que miras,
Do quier la muerte imprimirá su planta!...

¿Ha de ser esto eterno?...
Veo la nieve, y de caer no acaba...
Y crece mas, y crece
El manto que cubrió tan bellas galas.

Mas no... Ya entre las nubes,
Con sonrosada luz un punto aclara,
Que por do quier se esparce,
Y de los campos el verdor restáura...

Y el sol hermoso, ardiente,
Corona con su lumbre las montañas,
Y nítidos destellos
Sobre los montes plácido derrama.

Y el mundo se ilumina
Con la risueña luz que Dios le manda...
¡Oh, si así yo volviera
La luz á recobrar de mi esperanza!...

Pero... calla, alma mia;
No extiendas anhelosa tu mirada...
¡Calla, que te ha cubierto
La nieve del dolor! Plega tus alas!

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

ELENA DE OSSORIO.

NOVELA-EPISODIO HISTÓRICO DE LA GUERRA DE LAS COMUNIDADES DE CASTILLA.

(CONTINUACION.)

V.

Y el anciano conde permaneció agobiado bajo el peso de su infortunio.

Adelantóse luego lentamente hasta una puerta de góticas molduras que se dibujaba apenas en el fondo opaco de la cámara.

Aquella era la puerta del oratorio

Delante de ella pendian dos cordones, uno de los cuales estaba asido á la campana de alarma del alcázar, y el otro á la que estaba destinada al servicio doméstico.

Con mano temblorosa sacudióle el anciano, y un sonido prolongado y agudo se extendió por las habitaciones interiores.

Y á los pocos momentos se presentaba delante de Don Rodrigo su fiel criado Beltran-Diaz, honrado castellano encanecido en el servicio del conde, que habia peleado con él en Granada y Oran, que habia visto nacer á Elena, que la habia mecido en sus brazos y guiado sus primeras pisadas y aspirado el celestial perfume de sus sonrisas mas dulces, á guisa de madre cariñosa y solícita.

Beltran se acercó lentamente.

—¡Mírame!— le dijo el anciano, dándole una palmada en el hombro— ¿Me amas?

—¡Señor, vos lo sabeis!

—¿Amas á mi hija?

—¡Oh! ¡Mas que á mi vida!

—Lo sé, amigo mio, porque tú eres mi amigo, Beltran, mi mejor amigo— repitió Don Rodrigo con ternura, apretando entre sus manos convulsivas la callosa diestra del criado.— Bien; pues es preciso vengarnos del condestable y de ese miserable Omaña...

—¡Ah! ¿Se han atrevido? ¿Qué os han dicho, señor?

—¡Me han insultado!

—¡Ellos, los infames!..

—Sí... ¡y han insultado á mi hija!..

—¿Qué decis, señor? ¡A vuestra hija! ¡A Elena!...

—Escucha, escucha?.. Mañana, tal vez esta noche, dentro de una hora acaso, me entregarán los traidores á la venganza de Don Iñigo...

—¡Dios mio!

—Tú me salvarás.

—¿Yo?

—Tú, sí.

—¡Ah! Yo os daré mi vida... ¡mil vidas que tuviera!— añadió con ferviente anhelo el leal criado,— pero ¿quién soy yo, miserable de mí, para salvaros?

—Oye: tú sublevarás el pueblo de Búrgos...

—Teneis razon.. ¡es una esperanza!... El pueblo os ama, os adora...

—Y el pueblo y tú me salvareis.

—No lo dudeis, señor: os salvaremos.

—¡Valor, amigo mio!

—¡Oh! ya me conoceis, ya conoceis tambien á este pueblo generoso y bravo... Os salvaremos, señor, os salvaremos.

—Gracias, Beltran; dame ahora tu mano, que quiero estrecharla otra vez como si fuese la de mi amigo mas fiel y querido.

—¡Señor!

—Vete ya que los momentos son cortos y voy á rezar por mi Elena. Adios, hasta mañana.

Beltran desapareció apretando los puños y derramando lágrimas.

Don Rodrigo cogió la débil lámpara que iluminaba el aposento, empujó la puerta del oratorio y cayó de rodillas delante de un gigantesco crucifijo, murmurando con voz apagada:

—¡Todo por ella, Señor! ¡Salvad á mi hija!

VI.

Detrás de las habitaciones del conde de Fuensierra, habia otro cuarto mas pequeño unido al resto del edificio por una galeria de cristales.

Atravesábase una ancha sala, adornada con trofeos de armas y aparatos de montería; otra no menos ancha, guarnecida de colgaduras de Utrecht y de Bruselas; empujábase una puerta, forrada de damasco blanco, que se veia al final de la última sala, y se fijaba la planta en un lindo retrete de reducido espacio y perfumado ambiente.

Nada mas bello que esta virginal morada.

Cubrian sus paredes sedosos cortinages de damasco blanco, con ribetes de azul y oro; tapizaba su suelo una rica alfombra de rosas y azucenas, entretejidas con ramos de azahar y mirto, y cerraba sus ángulos una bóveda airosa de morisco estuco, de cuyo centro pendia una brillante araña de vidrios de colores, segun la usanza de la época.

Una estrecha ventana gótica, rasgada en frente de la puerta daba luz al aposento, que se reflejaba en dos grandes espejos venecianos, algunos divanes de terciopelo finísimo y dos sitiales antiguos, de bruñidas molduras y alto respaldo, completaban el adorno de aquella mansion encantadora.

Mas allá todavía, detrás de una gran cortina de finísimo encaje de Inglaterra, se adivinaba un lecho, blanco como la inocencia, virginal como los pensamientos de un ángel, puro é inmaculado como el primer beso de amor de una tierna desposada.

Nadie penetraba en este sagrado recinto, sin sentir el corazon impregnado de esa atmósfera de pureza que rodea las frentes de las vírgenes.

Allí habitaba la señorita Doña Elena de Ossorio, condesa heredera de Fuensierra.

La hija de Don Rodrigo contaba apenas diez y siete años.

Blanca y rubia, como los reflejos mas puros de la aurora; de grandes ojos azules, que trasparentaban la dulzura infinita de su alma; cándida, como el sueño de los ángeles, y hermosa, como un ramo de elegidas flores, parecíase á una de esas hadas ideales á que rinde ardoroso culto el corazon insaciable de los poetas.

Privada casi desde la cuna de las caricias maternales, de esas tiernas caricias que representan un piélago de sentimiento, habia pasado los primeros años de su vida bajo la direccion cariñosa de su aya Doña Beatriz de Ojeda, mientras el conde Don Rodrigo luchaba por su pátria en Oran y Túnez, ó asistia á los consejos de Fernando *el Católico* y del gran Ximenez de Cisneros.

Algunas veces huia el esclarecido patricio del campamento ó de la corte, cruzaba por las dos Castillas, y se presentaba de improviso en su palacio de Búrgos.

Contemplaba por algunas horas la faz divina de su hija, cubríala de besos, la estrechaba en sus brazos y volvia gozoso á lidiar contra los enemigos de su pátria ó á ilustrar el consejo de sus reyes.

Pero á la venida del archiduque Don Felipe *el Hermoso*, retiróse Ossorio de la corte servil y corrompida que rodeaba á aquel príncipe, sin otro premio que sus inmaculadas canas y honrosas cicatrices.

Desde entónces, fué todo para su Elena y su Elena toda para él.

Vióla crecer y desarrollarse, cultivó su espíritu y sorprendió en su alma el primer pensamiento de amor.

Un dia se levantó el pueblo de Búrgos amenazador y terrible, y, escribiendo en su clásica bandera de amaranto el lema de las *Comunidades*, se lanzó á despedazar las duras argollas con que le oprimian la tiranía de los flamencos.

Aquellas oleadas humanas, rugientes como las borrascas del Océano, se presentaron delante del palacio de Fuensierra.

Don Rodrigo se hallaba enfermo.

Elena apareció en una de las ventanas del alcázar.

—¿Qué quereis?— preguntó á las turbas con ecos argentinos.

Adelantóse Don Juan de Mendoza, jefe de la muchedumbre alborotada, y, arrojando á los aires su blanco sombrero de plumas, contestó con voz de trueno:

—¡Santiago y libertad!

El pueblo guardaba aterrador silencio.

La esforzada niña lanzó tambien á los aires su finísimo lenzuelo y, ahuecando la voz lo mas que pudo, contestóle entusiasmada:

—¡Santiago y libertad!

Prorumpieron las masas en frenéticos aplausos, mientras el bravo comunero estrechaba contra su corazon el pañuelo de la jóven.

A los pocos dias, ya no eran un misterio para nadie los amores de la señorita Elena de Ossorio, con Don Juan de Mendoza, capitan de los tercios de Castilla y gefe de los comuneros de Búrgos.

¿Porqué no se habrian celebrado las bodas antes que llegase á su terrible apogeo el incendio de las comunidades?

La pobre niña vió á su futuro esposo huir disfrazado, seguido de cerca por las tropas del sanginario condestable; supo luego su feliz llegada al campo de los populares y oyó despues, con lágrimas en los ojos, la relacion sangrienta de las jornadas de Medina y Villalar.

Y no sabia más.

¡Su padre, empero, no ignoraba la heróica muerte de Don Juan de Mendoza, vendido por el cobarde Omaña!

VII.

Pensativa y llorosa estaba la bella niña, al acabarse la tarde del 2 de Mayo de 1521.

Ocultábase el sol detrás de la inmensa mole del castillo de Búrgos— de aquel magnifico castillo, volado por las tropas francesas en la mañana del 13 de Junio de 1813, sobre cuya cima descuellan aún hoy dia algunos viejos paredones y ruinosas empalizadas, cubiertas por el musgo de diez siglos.

La noche era tranquila y serena, la luna clara y brillante, el aire tibio y perfumado.

Elena, reclinada en el alféizar de la ventana de su lindo aposento, dirigia miradas anhelantes al camino tortuoso del régio alcázar, cuyos gigantescos torreones, opacos y sombríos, cual informes y descarnados fantasmas, se destacaban en el fondo del horizonte, sobre las cumbres vecinas de San Miguel y San Estéban.

Pintábase en los llorosos ojos de la niña una indefinible expresion de malestar y angustia, que en vano trataba de ocultar entre los pliegues de su blanco lenzuelo.

Los presentimientos, esos misteriosos augures del corazon humano, le vaticinaban una próxima desgracia: no se le ocultaban, no, los peligros que ceñian la existencia de su padre querido.

Ella, la pobre huérfana que apenas habia sentido en sus megillas los besos de una madre, ¿tendria que ver acaso al padre de su alma, al honrado caballero, al valiente soldado de Granada y Túnez, de Oran y Garelláno, arrebatado á sus caricias por los crueles parciales de Flandes, sumergido en lóbrego calabozo, ensangrentado y lívido en las gradas de un cadalso?

¡Qué horrorosos presentimientos!

De pronto exhaló un grito.

Descendia apresuradamente, por la falda del monte vecino, un escuadron de lanzas imperiales, á cuyo frente creyó distinguir la bandera blasonada del condestable de Castilla.

Los soldados, paso á paso, avanzaron en silencio hasta rodear por completo el palacio de Fuensierra.

—¡Ellos!— gritó Elena —¡ellos!...

Arrancóse desesperada de la ventana á que estaba asida, corrió á la puerta de su cámara y, rápida como una gacela herida y acosada por crueles sabuesos, lanzóse en las habitaciones de Don Rodrigo, clamando con ayes lastimeros:

—¡Padre mio! ¡padre mio!

Los aposentos del conde eslaban desiertos.

Ninguna dueña, ningun escudero, ningun pagecillo se adelantó á recibirla.

Enpujó otra puerta, salvó los extensos pasadizos interiores, se asomó á la escalera principal del palacio y gritó de nuevo; cada vez con mas coraje:

—¡Padre mio! ¡padre mio!

Nadie contestaba: y solo los ecos repetian sus voces angustiosas.

Dió un paso más, avanzó con recelo su cabeza por encima de la balaustrada de la escalera y clavó sus ojos en el ancho vertíbulo del alcázar.

¡Ay!... Entónces presenció una escena desgarradora.

Su padre querido traspasaba en aquel momento los umbrales de su propia casa, maniatado, cual si fuera cobarde asesino, entre dos hileras de soldados imperiales.

El infelíz Don Rodrigo, que ocultó á su hija la escena de la noche precedente, se habia tambien impuesto el heróico sacrificio de entregarse á la venganza de Omaña sin despedirse de su adorada Elena.

Quiso evitarla un pesar, y la pobre niña le recibió mas terrible.

Cayó de rodillas y exclamó:

—¡Dios mio!... No permitais que mi padre sucumba; no reserveis ese premio á sus virtudes... Las manos de los verdugos son indignas de profanar las canas venerables de vuestro siervo... ¡No lo querais, Señor!

Y la angustiada Elena quiso lanzarse en busca del anciano...

EUSEBIO MARTINEZ DE VELASCO.

(*Se continuará.*)

CARTAS FLORENTINAS.

REVISTA.

SUMARIO.—La causa Buggiani.—La luminaria de Pisa.—¿Qué es el amor?—Produccion de una señorita pisana,—Real Instituto musical de Florencia.—La señorita Censotti.—El señor Tadeucci.—El Politeama, Salvini y Ceniselle.

I.

Una causa últimamente fallada en los tribunales de Florencia ha hecho en esta capital mas ruido que el proceso Persano.

Hé aquí el hecho que no deja de ser curioso; si mis lectoras, no obstante, desean abandonar la sala del tribunal por los salones donde la moda reina, no tienen mas que dar un pequeño salto á donde se encuentran estas palabras: "Cada tres años" &.ª &.ª

El año pasado y el otro, y muchos antes, y en Italia como en España, varias cartas anónimas en forma amenazadora, habian llegado á manos de diversas personas. En dichas cartas no se pedia mas que dinero y no se amenazaba nada menos que con la muerte.

Uno de estos escritos dirigido al señor Fey exigia de este señor la suma de mil francos que deberian ser depositados á media noche, en la pila de una de las fuentes que existen en la plaza de la *Sma. Annunziata*.

La policía se prepara, toma todas las precauciones posibles, llega la hora; se acerca un hombre á la fuente, salen los guardias y le echan las garras antes que él aferre el paquete.

Todos creian hallar en este hombre uno de esos vagamundos que viven á costa de la patria; pero cuál no fué el asombro de la gente al ver que el preso era nada menos que el señor D. Orazio Buggiani, persona rica, de excelente educacion y que figuraba en no pocos salones de la capital!

La causa empezada entonces (en Setiembre de 1866) no ha terminado hasta en Mayo del corriente año.

El señor Buggiani despues de sufrir moralmente las mas terribles acusaciones y físicamente un año de prision ha sido absuelto en medio de la aprobacion general.

¿Qué fatal destino conducia, pues, al señor Buggiani á la plaza de la *Sma. Annunziata* en la memorable noche del 7 de Setiembre?

A esta pregunta ha contestado la córte de justicia publicando la vida privada del señor Buggiani. Sus amores, sus haberes, su correspondencia, todo en fin pertenece hoy al dominio público. La córte de justicia ha absuelto al presunto reo; le ha dado la libertad, pero ¿quién podrá restituirle el misterio de su vida privada?

Una jóven, cuyo nombre no queremos investigar, tenia correspondencia secreta con el acusado á juzgar por un documento presentado al tribunal y que contenia frases poco mas ó menos por este estilo:

"Una ventana abierta será señal de que mi..... no está en casa; las dos abiertas, que puedes subir, las dos cerradas, que nada puedes esperar."

Oigamos ahora las palabras del acusado:

P.—Porqué motivo os dirigísteis á la fuente?

A.—..... repito que en aquella plaza vive una señora que me interesa y no añadiré una palabra mas á las ya dichas, cualquiera haya de ser mi sentencia.

El acusado, en efecto, no ha pronunciado en juicio el nombre de la dama de sus amores y de cuya correspondencia era agente misterioso, la fuente en cuestion.

El señor Buggiani iba quizás á buscar una carta y se encontró con una emboscada: en vez de pasar una noche en el templo del amor, ha pasado un año en la cárcel. Si la señora de sus deseos era casada, como se asegura, ¿no parece que la Providencia ha castigado en él de un modo tan ejemplar como ingenioso la falta al noveno mandamiento?

II.

Cada tres años en la ciudad de Pisa se celebra una fiesta que bien merece un viaje expresamente para verla. Se llama la *Luminaria*.

La ciudad de Pisa encuéntrase dividida por el *Arno* lo mismo que Florencia. De una parte y de otra se elevan los mas bellos palacios y las mas elegantes casas de la poblacion.

Todos estos edificios, ó una gran parte de ellos, cubren sus fachadas con vasos de colores que presentan las perspectivas mas elegantes y caprichosas. A las 9 de la noche nadie conoceria ya su casa ó palacio; los millares de luces que lo cubren le han dado otra forma; aquí se eleva un castillo de la edad media; mas allá un edificio gótico; aquí las luces presentan un monasterio; allí las fantásticas guirnaldas de un jardin encantado. Por todas partes la claridad es como la del dia y por todas partes se goza de los misterios de la noche. Millones de luces constituyen, como hemos dicho, este encantado eden, cuya ilusion dura pocas horas; el Arno reproduce en sus aguas aquel mágico efecto como la mujer reproduce en su corazon la imágen del bien que adora.

Mas de las aguas del Arno como del corazon de muchas mujeres apenas desaparecerá el *objeto* se borrará la imágen!....

Este espectáculo encantador se llama la *Luminaria* y nosotros hemos hecho un viaje solo por verla.

Pocas personas hemos conocido en este *viaje* y solo una familia hemos tratado; pero si hemos de juzgar por ella las afecciones de las pisanas, podemos asegurar que en pocas partes hemos hallado tanta franqueza y tanta cordialidad.

Una señorita noble de corazon y de familia, jóven y simpática; una de esas flores que sienten y que aman nos ha favorecido excepcionalmente con un escrito lleno de inspiracion. Yo he prometido á esta señorita no publicar su nombre, pero no le he prometido el no publicar algunos trozos de sus bellísimos pensamientos.

¡Cuántos de nuestros poetas se envanecerian si poseyeran el genio de esta jóven que siente siempre lo que escribe, si bien no siempre le es permitido escribir lo que siente!

En la traduccion estos pensamientos podrán perder su elegancia pero no su poesía; su alma será siempre la misma.

¿QUÉ ES AMOR?

"Esta es una pregunta que me he hecho siempre.

"La respuesta no la he hallado aun.

"Catorce años tenia cuando pregunté á mi queridísima madre:

—"*¿Qué es el amor?*... Ha pasado mucho tiempo y aun no se ha borrado de mi mente la triste sonrisa con que me respondió...

"Mi madre, mi buenísima madre, abandonó para siempre la tierra. Derramé muchas y tristes lágrimas y una profunda melancolía se apoderó de mi ser...

"Una noche mis ojos se fijaron en el límpido cielo é involuntariamente una pregunta vagó por mis labios.—¿Qué es el amor?

"Pero el cielo no me respondió.

"Desde aquella noche este pensamiento me ocupa de contínuo la mente.

"Cuando siento agitarse las hojas de los árboles al soplo del aura en el crepúsculo de la noche, escucho atentamente para ver si en medio de este murmullo revelo el arcano del pensamiento que jamás me abandona.

"Cuando oigo una música suave, un sentimiento inexplicable me conmueve; aquella armonía me encanta. ¿Será el amor la armonía del alma?...

"Ah! no ceso de preguntar al autor de lo creado, la misteriosa palabra de este enigma, pero siempre inútilmente.

"Interrogo á las mariposas, hijas de la mañana y del aire, cuando las veo volar de dos en dos cual si un solo pensamiento las animase.

"Dirijo mi pregunta á las aves en aquellos momentos en que sus trinos son mas suaves porque imagino que entonces hablan de amor.

"Interrogo á las olorosas flores porque imagino que sus perfumes son un lenguage de amor...

"Mariposas, aves, flores, respondedme... todas enmudeceis como si vosotras no fuéseis las que deben revelarme el misterioso arcano...

"Y quién entonces? Un ángel? Un genio?...

. . . . . .

"¡Oh amor, cuándo podré admirarte con todo tu esplendor y en toda tu belleza!

"¡Cuándo despertarás á mi corazon, que duerme con el sueño de la indiferencia!

"¡Cuándo mi alma abrirá sus puertas al celestial encanto de tus virtudes!

"He oido decir que eres un delirio que martiriza.

"Sin embargo tengo para mí que tus penas deben ser mas dulces que todos los goces de la tierra.

. . . . . .

"Yo podré ofrecerte en cambio de tus dones, mis mas tiernas emociones mis mas puros sentimientos.

"Yo te cederé la marchita guirnalda de mis pasadas memorias; las mas bellas esperanzas de mi presente; los mas gratos ensueños del futuro.

"Cuando pueda conocerte, mi alma, mi corazon, todo mi ser, te saludará con un himno de suprema alegría.

"Entonces podré decir henchida de placer:—*¡He comprendido lo que es el amor!*"

Los trozos que acabamos de extractar son suficiente para formar una idea de la elegante produccion de la señorita..... Permítanos, sin embargo, de que nosotros satisfagamos su pregunta; si nos es posible.

Ese *misterio* que encubre el *amor* es precisamente el mismo *amor*; porque el *amor* es un *misterio*.

¿Cómo, pues, la linda señorita..... pisana, quiere saber lo que ya sabe? ¿Cómo pregunta lo que no ignora?

Descendiendo del terreno filosófico del alma al *Lung'arno* de Pisa, vemos que un fuerte viento ha apagado la mayor parte de las luces. El palacio de la bella cuanto distinguida señora Toscanelli, cubierto *literalmente* de bujías, no ha podido presentar el efecto que todos esperaban. Otros palacios han seguido la misma suerte...

En este momento, mirando al *Lung'arno*, se me presenta otra observacion sobre el *amor* que será la última por hoy.

Imagínese la linda señorita de Pisa que el *amor* es la *Luminaria*.

El hombre se afana en alimentarla, pero viene el viento del olvido y apagando las luces destruye el efecto.—¡Infeliz la persona que, como el palacio de la señora Toscanelli, no puede alimentarlo siquiera por un momento; y afortunado el que por un medio cualquiera puede conservarlo encendido contínuamente en el alma durante todo el tiempo de la vida!

III.

El *Real Instituto musical de Florencia* ha tenido la feliz idea de dar conciertos semanales donde se prueban los progresos de sus alumnos.

Invitados galantemente hemos tenido el gusto de presenciar uno de ellos y juzgar por nosotros mismos de los adelantos de tan útil institucion.

La stella confidente cantada por la señorita Carolina Davis; la cavatina del *Barbiere di Siviglia* ejecutada por la señorita Ersilio Martini; las diferentes piezas á *pianoforte*, tocadas por las señoritas Enriqueta Tedeschi, Margarita Davis, Eletta Di Menna y Virginia Filippi, respectivamente, y tanto estas jóvenes como los señores que han tomado parte, han sido aplaudidos por la escogida sociedad que los escuchó con placer no obstante el calor que nos ahogaba.

Te souvien, es un elegante *duettino* del *Ricci* que fué cantado por las señoritas Censotti y Davis con inteligencia y sentimiento.

La señorita Censotti es una profesora en toda regla; el piano, bajo sus lindas manos, interpreta admirablemente los puros sentimientos de la que hace vibrar sus cuerdas. La señorita Censotti es tan modesta como inteligente y nosotros no queremos ofender su modestia con un

elogio exagerado donde el público pudiese creer que intentábamos halagar á la jóven con el pretexto de aplaudir á la artista.

No es sin embargo nuestra pluma la que la elogia; ella no es mas que el eco de los plácemes con que la buena sociedad florentina saluda diariamente á nuestra simpática amiga.

En otro concierto, dado poco antes del que nos ha ocupado, hemos tenido el gusto de oir al señor Tadeucci tocar dos ó tres piezas de su extraordinarla biblioteca musical. El señor Tadeucci es autor del *Duque de Atenas* grandioso baile de que nos ocupamos á su tiempo el año pasado.

Las esperanzas que entonces hizo concebir este jóven autor (uno de los primeros profesores de esta capital) no solo no se han evaporado sino que crecen.

El señor Tadeucci ha compuesto últimamente una ópera que pronto, tal vez, tendremos el gusto de oir; si nos es concedido el verla, nuestras lectoras sabrán el éxito de esta nueva produccion de la cual nos ocuparemos con interés, sí, pero con tanto interés como imparcialidad.

El célebre trágico *Salvini* actúa en el *Politeama* con un gran éxito. No obstante deberá para 1.º de Agosto dejar el puesto á Ciniselli.

Una compañía dramática será reemplazada por un circo de caballos. El *Politeama* está acostumbrado á estas transiciones.

José C. BRUNA.

LOS VECINOS DE DARLINGEN.

NOVELA DE ENRIQUE CONSCIENCE.

(Continuacion.)

La criada toda asustada atravesó lentamente el vestíbulo y preguntó cuando estuvo detrás de la puerta:

—Quién llama?

A la voz de la madre de su ama se apresuró á abrir.

—Qué significa esto? preguntó M.me Romys riendo; ¿teneis miedo á los ladrones en pleno dia? ó estais sola en la casa, Juana? Ha salido mi hija? No respondeis? qué os pasa?

—Ah! señora, apenas puedo sostenerme á fuerza de inquietud y de miedo. Mi señora ha ido con Juan el jornalero á su casa para socorrer á sus hijos y consolar á su mujer.

—Y bien; esto está muy bien hecho por su parte; ¿qué es pues lo que os asombra? Doy gracias á Dios por haberla inspirado tan bello pensamiento!... dijo M.me Romys con alegría.

—Oh! si es que está enferma ella misma!... muy enferma!... balbuceó la muchacha.

—Enferma!... y ha ido á ver los niños de Juan? cómo puede ser esto, Juana?

—Yo no lo sé, señora... no me atrevo á decirlo... su sentido... su juicio...

Y se tocó en la frente exhalando un suspiro.

M.me Romys palideció y mirando fijamente á la criada exclamó:

—¡Escuchad!... ¡oigo su voz!... ¡ella viene!... ¡ella viene!...

Y apenas estas palabras habian salido de su boca, cuando M.me Pottewal apareció sobre el dintel de la puerta. Un grito de júbilo se le escapó al apercibir á su madre y sin darle tiempo para hablar la tomó por el brazo y la dijo con acento de entusiasmo mientras la arrastraba á su habitacion:

—Mamá!... querida mamá!... soy tan dichosa!... venid!... venid... mi corazon se desborda; os voy á dar una feliz noticia. Despachaos, corramos, este dichoso secreto me quema los labios.

Llegaron á la sala, cerró la puerta, saltó al cuello de su madre, y aproximando la boca á su oido balbuceó en voz baja algunas palabras que hicieron resplandecer de alegría y de sorpresa el rostro de la anciana.

—Y bien, qué decís de esto?

—Ah! será verdad? exclamó la anciana señora; sin duda tú serás madre: ¡bendita sea la bondad de Dios!...

M.me Pottewal se echó de nuevo al cuello de su madre y la abrazó muchas veces con trasporte. Las lágrimas corrian por sus enjutas mejillas y en su emocion, quedaron un instante estrechamente abrazadas, sin fuerzas para pronunciar una palabra. Al fin, M.me Romys tomó la mano de su hija y exclamó:

—Vamos, hija mia, sentémonos; tú no puedes soportar tan fuertes emociones, es una imprudencia; sé dueña de tí, cálmate si no podrias perjudicarte.

—La alegría no hace daño á nadie!... madre querida.

—Todos los movimientos del corazon son perjudiciales, y el exceso del júbilo lo mismo que el del pesar hacen daño. Procura, pues, moderar tu emocion.

M.me Pottewal, llamada á cumplir un nuevo deber, tomó una silla y respondió con uña calma suprema:

—Teneis razon, madre mia; yo me tranquilizaré y seré dueña de mí misma. Decidme algo, habladme de otras cosas, para que pueda olvidar un instante mi dicha.

—Qué contento se pondrá Pottewal con la noticia!... murmuró la anciana. Estaba muy disgustado contigo; pero ahora será feliz. Muéstrate un poco afectuosa con él, doma la dureza de tu carácter y no olvide que es el padre de tu hijo.

—Ah! ya lo creo, mamá!... yo me mostraré amable á él, á Pottewal, á mi querido esposo!... Ojalá un ángel le murmure al oido la dichosa nueva!... pero ya viene; voy á pedirle de rodillas perdon por los malos ratos que le he dado; le abrazaré con amor y le apretaré la mano reconocida. En adelante yo embelleceré su vida á fuerza ds cariño, sumision y respeto.

M.me Romys miró á su hija con asombro y recordando los tristes augurios de la criada, sacudió la cabeza con aire de compasion. Teresa penetrando en su pensamiento dijo menos agitada:

—Os asombra mi lenguage, madre mia!... no es verdad? yo quiero, en vano, tambien explicarme este cambio radical en mi naturaleza; será cierto que el solo nombre de *madre* basta para hacer brotar un manantial fecundo de amor y de bondad en el corazon de una mujer? Oh! eso debe ser; pues desde que Dios me ha revelado mi nueva mision, yo amo todo, los hombres y las cosas, todo aparece bello á mis ojos, y quisiera ver á todo el mundo tan dichoso como yo lo soy en este momento.

—Qué nobles sentimientos!... dijo M.me Romys estrechando las manos de su hija, ya sabia yo que en el fondo de tu corazon se ocultaba la generosidad y el amor. Ah! Pottewal se alegrará mucho de este matrimonio que le ha hecho desgraciado hasta aquí.

—Cuán culpable he sido con él!... suspiró Teresa. Le he obligado á lanzarse á empresas temerarias, he turbado su espíritu, y llenado su alma de inquietud; en una palabra, amargado su vida, por mi sed de riquezas. Ahora será rico y tendrá tranquilidad; su casa no le será odiosa y mandará en jefe como el amo de todo, yo seré la madre de sus hijos y le obedeceré de buen grado, con inalterable amor.

—Sus negocios, van por lo tanto bien, Teresa? No ha ganado cien mil francos en poco siempo?

—Pero mamá, ¿qué son cien mil francos para la paz del corazon, para la alegría de la vida!

—Verdaderamente, Teresa; murmuró la madre; tú me asombras. Pero lejos de desaprobar tu conducta me felicito por ella; yo creia saber lo que puede en una mujer el nombre de *madre*; pero ignoraba que fuese tan lejos su poderío , que hiciera tantos prodigios.

M.me Pottewal se calló y pareció distraer sus pensamientos de la conversacion. De repente sus ojos brillaron.

—Mamá, ¿si será un niño? exclamó.

—Es posible, hija mia.

—Ah? no le dejaré en Darlingen, estudiará, irá á la Universidad, será abogado, artista, sabio, montará á caballo, aprenderá música, y tendrá un gran talento y un noble corazon. Dios me guarde de hacerle un hombre de dinero, un hombre materialista, sin valor moral!... No, no; él será dotado de todo lo que es necesario para gozar de la vida y para ser útil á la humanidad.

—Es singular; dijo la anciana; se diria que habias oido hablar á tu hermana Herminia del porvenir de su Ernesto.

—Herminia!... repitió M.me Pottewal; mi buena, mi querida hermana!... cuánto deseo ahora poderla estrechar entre mis brazos!... En viniendo mi marido le pediré que me lleve mañana ó pasado á Schaerbeek, y compraré en Bruselas una multitud de juguetes para sus niños. Esto no os admire; la paz y el amor debe reinar entre dos hermanas, entre dos madres. La misma sangre correrá por las venas de nuestros hijos, y es preciso invitar á mi padre para que nos acompañe, deseo que él tambien vea la nueva luz que brillará en adelante para la familia

—Tu padre!.. exclamó la madre mirando el reloj; ¡cielos! y son ya las tres!... y yo me escapé, sin decir nada, por la puerta del jardin para venir á darte los buenos dias! quizá me esté buscando por toda la casa y ahora me reñirá severamente; pero la buena noticia calmará su cólera; adios, hija mia, te dejo; no me detengas por amor de Dios, yo le pediré permiso para venir á verte y entonces conversaremos largamente.

M.me Romys se levantó y se dirigió á la puerta.

—No digas nada á nadie, mamá; suplicó Teresa, ya comprenderás, que mi esposo debe saber solo de mi boca la dichosa nueva. Podeis decírselo á mi padre, pero encargadle que lo reserve siquiera hasta mañana, ¿no es verdad?

—Sí, sí; dijo la anciana muy inquieta atravesando á grandes pasos el vestíbulo.

Su hija la siguió con la vista, hasta que desaparnció en la calle , dió brevemente algunas órdenes á la criada y volvió á la sala.

Allí se dejó caer un una silla cerca de la mesa, levantó un instante los ojos al cielo como si hiciera un ardiente ruego, y despues los bajó al suelo absorta en una profunda meditacion. Quedó largo tiempo hablando sola y gozando de antemano de la inmensa dicha que le estaba reservada.

Despues de un instante de inmovilidad completa se levantó y marchó con rapidez hácia una cómoda colocada en un extremo de la habitacion. Sacó diferentes piezas de tela, las fué desplegando y eligió por fin una de ellas, la mas fina, desdoblándola sobre la mesa.

La contempló largo tiempo en silencio, como meditando lo que debia hacer; despues la dobló en tres ó cuatro dobleces, como calculando la medida y las dimensiones de un objeto; por fin, tomó las tijeras y cortó la tela en todos sentidos, hasta que fué sacando una cantidad de pedazos grandes y pequeños. Estaba muy conmovida en su obra, porque las tijeras temblaban en su mano y de su pecho anhelante se escapaba un ruido sordo que denotaba su grande agitacion.

Al fin, colocó á un lado de la mesa, unos encima de otros, los pedazos de tela que habia cortado; y siguió en su obra, experimentando á medida que los pedazos tomaban distinta forma una emocion mas viva. Cuando todo estuvo arreglado los colocó por su órden extremeciéndose al contemplar las pequeñas piezas que designaban las mangas de una camisita de recien nacido y preguntándose á sí misma si no serían grandes para el diminuto brazo de la criatura, que ya se figuraba estar viendo en su imaginacion.

M.me Pottewal estaba radiante; se quedó inmóvil con las manos juntas, absorta en la contemplacion de esta sencilla camisa que descubria ante sus ojos todo un horizonte de inefables delicias y de maternales goces. Se habia olvidado del mundo entero y todas las fuerzas de su alma estaban concentradas en un solo pensamiento... Así fué que no oyó cerrar la puerta de la casa, y se apercibió solamente cuando oyó sonar detrás de ella una especie de gemido ronco.

Su marido estaba allí, delante de ella, sonriendo con una expresion irónica y amarga; con las mejillas pálidas, los cabellos en desórden y los dientes apretados; su aspecto era espantoso y parecia querer confundir á su mujer con su acusadora mirada.

M.me Pottewal arrojó un grito al apercibirle, se levantó sobresaltada y tendió los brazos para saltar á su cuello; pero él amenazándola con los puños cerrados dijo en tono sombrío:

—Atrás, serpiente venenosa!... venís á abrazar á vuestra víctima? la acariciais cuando sucumbe? Mujer falsa!... hipócrita!... atrás, yo os lo digo. Escuchadme, os traigo la nueva de vuestro triunfo; es la última vez que os reireis de mi desgracia.

La pobre mujer levantó hácia él sus manos temblorosas y balbuceó suplicante mil excusas, entre las cuales repitió mas de una vez la palabra *madre*; pero el rostro contraido de su marido, la cólera que hacia temblar sus labios y el espanto que revelaban sus chispeantes ojos, llenaron de tal modo á su esposa de terror que se dejó caer sobre una silla, mirando con aire temeroso al que creia víctima de una enagenacion mental.

La criada asomó la cabeza á la puerta; pero Pottewal le hizo con el dedo un signo tan amenazador, que Juana asustada de aquella mirada furibunda, huyó á la cocina. El cerró la puerta, cruzó los brazos sobre el pecho y aproximándose á su mujer le dijo con irónico acento:

—En fin, señora; vuestra bella obra está concluida, ya está caido el hombre cuya ruina era el objeto de vuestra vida. Las empresas peligrosas á las cuales me habeis lanzado tan cruelmente, han dado sus frutos. La fortuna de mis padres, mis ganancias, vuestro dote, todo se ha perdido, todo y tambien el honor de mi nombre. ¿Veis á dónde me ha conducido vuestra perversa naturaleza?

(*Se continuará.*) FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE PELO DE CABRA CRUDO.—El borde inferior de la enagua se guarnece con 6 tiras al sesgo de tafetan de color un poco mas oscuro que el trage: la tira superior va *claveteada* de azabache; la misma guarnicion en las faltriqueras, que son muy largas, en los hombros y en el escote. Cinturon de tafetan claveteado del mismo modo. Sombrero de tul negro bordado de azabache y adornado con espigas y amapolas.

TRAGE DE FULARD VERDE LISO.—El borde inferior y las costuras de los paños se guarnecen con una tira del mismo fulard, formando puntas, sobre las cuales corre un vivo; debajo de la tira inferior se encuentra un volante plegado, hecho de fulard negro. Paletot recto de moleton rayado blanco, con tiras del mismo moleton festoneadas de verde. Sombrero de tul blanco, adornado de tul verde y cuentas verdes.

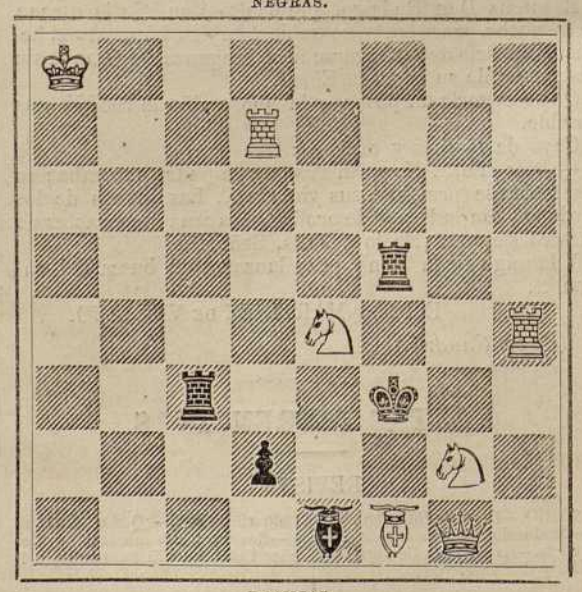
PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 96.

Blancas.	*Negras.*
1.ª C. 7.ª T.R.ª	A. 7.ª R.ª
2.ª R.ª 8.ª A.R.	A. 5.ª A.R
3.ª R.ª 8.ª T.R.ª jaque-mate.	

PROBLEMA N.º 97, COMPUESTO POR M. S. LLOYD.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 2 jugadas.

DIRECTOR, D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ, 1867. — IMPRENTA Y LIT. DE LA REVISTA MÉDICA, á cargo de D. Federico Joly y Velasco,

AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 34.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin, y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs....Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs....Seis meses, 65...Tres meses, 35...Un mes, 12.

Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs.... Seis meses, 42... Tres meses, 22... Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

PROPIETARIO: **Don Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes...Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Libreria de Don C. Bally-Bailliere, plaza del Principe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tanago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux
BUENOS AIRES, Don Federico Real y Prado.

Sumario. —Trage corto.—Tira para tapete. — Dibujo suelto de trencilla.— Tira bordada al zurcido.—Tapetillo para candelero. —Roseta de frivolité.--Roseta de punto de encage.—Cuadro punto de encage.— Pasamanería hecha al crochet con cuentas.—Cogin ó escabel.—Orla de trencilla. — Guarnicion para corpiños. — Entredos pasado por una cinta. Elena de Ossorio. — En el álbum de una Andaluza.—La doncella y el arroyuelo.— Los vecinos de Darlingen. —El Salto del Caballo.— Figurin iluminado.— Problemas de ajedrez.

Trage corto.

Se hace de cretona de lana gris; el volante del zagalejo y el del paletot, hechos de la misma tela, van á pliegues tendidos; una cinta de terciopelo violeta atraviesa estos volantes á distancias iguales perpendicularmente. El contorno del trage y el del paletot (encima del volante) se orlan con una cinta; las presillas se orlan igualmente con una cinta de terciopelo. Botones forrados de terciopelo.

TRAGE CORTO (VISTO POR DELANTE).

Tira para tapete de mesa de juego.

Este tapete, destinado para cubrir una mesa de juego, sin exceder del contorno de ella, se hará de terciopelo, de paño, ó de reps de lana; se bordará la tira que le rodea sobre canevas mas ó menos fino, segun el tamaño de la mesa.

Dibujo suelto de trencilla.

Se destina para adornar trages, chaquetas, paletots, etc.

Tira bordada al zurcido, sobre red al sesgo.

Esta tira servirá para guarnecer un mantel de altar; cortinas, cubre-piés y otra infinidad de objetos.

Tapetillo para candelero.

MATERIALES.— Paño encarnado; paño negro paño blanco: torzal de seda encarnado; el mismo torzal negro.

El dibujo representa una reduccion de este tapetillo, que debe tener 41 centímetros de diámetro; se hace de paño encarnado y paño negro; los naipes son de paño blanco, y se colocan sobre el paño encarnado.—Los puntos de estos naipes se bordan, los unos con seda negra, los otros con seda encarnada.

Se cortan primeramente en paño negro dos pedazos redondos, cada uno de 14 centímetros de diámetro,—un pedazo redondo en paño encarnado de 12 centímetros de diámetro; todos estos pedazos se recortan por sus contornos esteriores; se reunen los dos pedazos de paño negro, despues de haber puesto entre ellos un pedazo de carton de 10 centímetros de diámetro. Se disponen en seguida sobre el paño encarnado los naipes cortados de paño blanco, cada uno de 5 centímetros de largo y 3 de ancho, recortados todo al rededor. El paño encarnado se fija sobre el negro.

TRAGE CORTO (VISTO POR DETRAS).

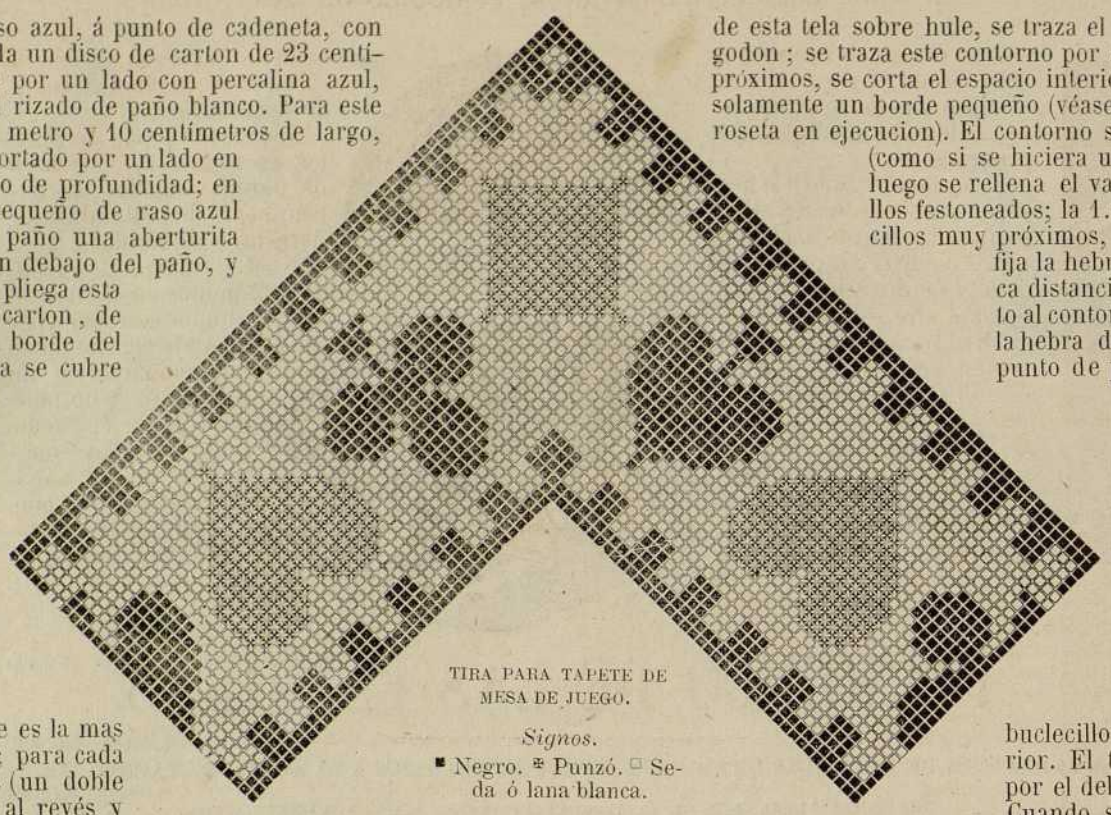
Tapetillo para lámpara.

MATERIALES—Paño blanco; raso azul; cinta de raso azul de 3 cents. de ancho; torzal de seda azul aciano, y la misma seda castaño chiné; cuentas de acero.

Este es un tapetillo muy elegante: está hecho de paño blanco, y sobre el cual se bordan con torzal de seda ramos de acianos. El dibujo representa la mitad de este tapetillo en tamaño natural. Se corta primero un pedazo redondo de paño blanco para el centro, recortando las seis puntas que indica el dibujo, y volviendo á recortar estas puntas en festones muy pequeños; en cada punta se borda un ramo de acianos; las flores y los botones con seda azul, el follage con seda color castaño. Se calca la estrella del centro, se la dibuja sobre el fondo, se cortan todos los

Acompaña á este número el patron ilustrado n.° 8 del presente año.

contornos, luego se aplica el raso azul, á punto de cadeneta, con seda azul. Se prepara en seguida un disco de carton de 23 centímetros de diámetro: se le cubre por un lado con percalina azul, y en su contorno se le coloca el rizado de paño blanco. Para este rizado se emplea una tira de 1 metro y 10 centímetros de largo, por 3 centímetros de ancho, recortado por un lado en puntas de 2 centímetros y medio de profundidad; en cada punta se pone un disco pequeño de raso azul (despues de haber hecho en el paño una aberturita redonda); estos discos se ponen debajo del paño, y se fijan con cuentas de acero. Se pliega esta tira, se la cose al rededor del carton, de modo que el rizado exceda del borde del carton en su mitad; esta costura se cubre con otro rizado hecho con la cinta de raso, y la nueva costura se cubre por un segundo rizado como el anterior. Se pone en el centro el paño bordado, y se forra por debajo el tapetillo con percalina ó tafetan.



TIRA PARA TAPETE DE MESA DE JUEGO.

Signos.

■ Negro. * Punzó. □ Seda ó lana blanca.

Roseta de frivolité.

El centro está formado por 5 filas de hojas superpuestas. Se principia por la fila esterior, que es la mas estensa, y comprende 11 hojas; para cada hoja se hacen 16 dobles nudos (un doble nudo se compone de un nudo al revés y otro al derecho).—1 piquillo.—16 dobles nudos; se aprieta esta fila, y antes de comenzar la hoja siguiente, se deja un cabito de hilo que sirve de línea de union entre dos hojas. Cuando se han hecho las 11 hojas, se corta la hebra, y para formar el círculo se atan juntos el cabo de hilo del principio y el del fin. Cada hoja de la 2.ª fila se compone de 30 dobles nudos, y despues de haber terminado cada hoja, se ata el hilo á la *línea de union* que se encuentra entre dos hojas de la fila anterior. En cada fila de hojas siguientes el número de dobles nudos disminuye en cinco; por consiguiente cada hoja de la 3.ª fila cuenta 25,—de la 4.ª, 20,—de la 5.ª, 15 dobles nudos, y para cada nueva fila se ata siempre el hilo á la *línea de union* de la anterior. A fin de que las hojas no estén demasiado apretadas, se hacen solamente 10 en la 4.ª fila, y 8 en la 5.ª. Se prepara una argolla compuesta de 16 dobles nudos, y el hilo se ata á la *línea de union* de la última fila cuando se han hecho 2 dobles nudos. Por último se ejecutan las argollas que forman el círculo exterior; cada argolla tiene 24 dobles nudos, separados de tres en tres por un piquillo. Por medio de estos piquillos las argollas se atan por un lado á la 1.ª fila de hojas. Cuando la roseta se ha fijado en el sitio que se le destina, se festonea el contorno del espacio en que se la coloca, y al hacer este feston, se cogen los piquillos esteriores de las argollas (véase el dibujo).

Roseta de punto de encage.

Se hace esta roseta con hilo torcido muy fino, en la tela misma que se quiere adornar; se estiende esta tela sobre hule, se traza el contorno de la roseta con algodon; se traza este contorno por segunda vez á puntos bastante próximos, se corta el espacio interior, y se quita la tela, dejando solamente un borde pequeño (véase el dibujo que reprenta esta roseta en ejecucion). El contorno se orla á punto de cordoncillo (como si se hiciera un ojal) con algodon muy fino, luego se rellena el vacío con 8 vueltas de buclecillos festoneados; la 1.ª vuelta se compone de buclecillos muy próximos, hechos del modo siguiente: se fija la hebra en el contorno, se pica á poca distancia la aguja de abajo arriba junto al contorno, á través de la tela; se saca la hebra de modo que forme junto á su punto de partida un buclecillo muy pequeño, á través del cual se pasa la aguja siempre de abajo arriba. Cuando se ha hecho asi la primera vuelta sobre el borde del contorno, se enlaza una vez cada buclecillo con la hebra que se estira un poco. Las 7 vueltas siguientes se hacen como esta, pero en la 2.ª se pasan siempre 6 buclecillos y en la 9.ª se hace uno, mientras que en cada una de las vueltas siguientes se hace un buclecillo en cada uno de la vuelta anterior. El tamaño de estos se determina por el del círculo de que hacen parte. Cuando se concluye el último, se festonea su contorno y se rellena el centro con una rueda.

DIBUJO DE TRENCILLA.

Los triángulos formados por el entrelazamiento del hilo, y marcados en nuestro dibujo por un punto blanco, se rellenan con la hebra que se pasa por ellos muchas veces, y luego se festonean á punto de ojal.

Para pasar de uno de estos ojetes al triángulo mas próximo, se enlaza una vez el buclecillo intermedio.

Cuadro á punto de encage.

Se hace con arreglo á las explicaciones dadas para la roseta anterior. Despues de haber orlado el contorno como se ha indicado para la roseta, se ejecutan dos vueltas de buclecillos, luego se estiende el hilo á intervalos regulares, que pueden medirse en el dibujo que representa el cuadro en ejecucion. Se cruza el hilo en el espacio vacío enlazando los buclecillos cuando es necesario para llegar al sitio del hilo siguiente. A cada uno de estos hilos se liga una fila de buclecillos, luego se forman en cada cuadro grandes buclecillos y se hace un ojete festoneado en cada uno de los cuatro triángulos.

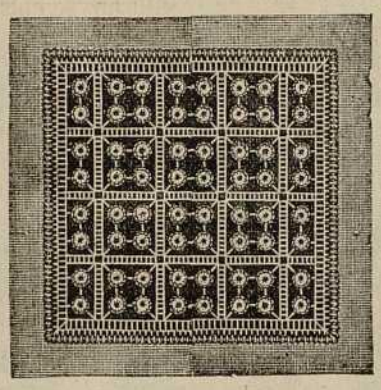
Cuadro a' crochet.

Se principia por el medio, haciendo una cadeneta de 6 puntos, el último de los cuales se reune con el primero.

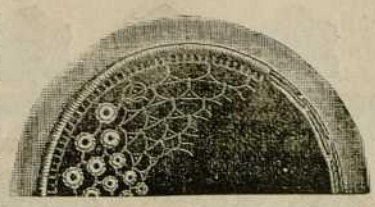
1.ª *vuelta*.—* 4 puntos en el aire (que representan la primera doble brida),—3 en el aire,—2 dobles bridas separadas por 4 puntos en el aire,

TIRA BORDADA AL ZURCIDO, SOBRE RED AL SESGO.

ROSETA DE FRIVOLITÉ.

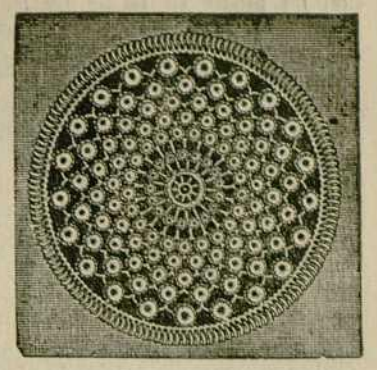


CUADRO A PUNTO DE ENCAGE.



ROSETA DE PUNTO DE ENCAGE EN EJECUCION.

CUADRO DE PUNTO DE ENCAGE EN EJECUCION.



ROSETA Á PUNTO DE ENCAGE.

CUADRO AL CROCHET.

—3 en el aire.—Vuélvase 3 veces desde *; pero se hará siempre una doble brida en vez de los 4 puntos en el aire primeros.

2.ª *vuelta*.—* Sobre el primero y el tercero de los 3 puntos en el aire mas próximos, se hace un punto-cadeneta y entre estos un punto en el aire,—2 puntos en el aire,—1 piquillo (es decir 5 puntos en el aire, y en el 1.º un punto-cadeneta),—2 puntos en el aire,—1 piquillo,—2 puntos en el aire,—una triple brida (que se compone de 3 echados), todo ello sobre el feston compuesto de 4 puntos en el aire,—2 puntos en el aire,—1 piquillo,—2 puntos en el aire,—1 piquillo,—2 puntos en el aire,—un punto-cadeneta sobre cada uno de los 5 puntos mas próximos de la vuelta anterior.—Vuélvase 3 veces desde *.

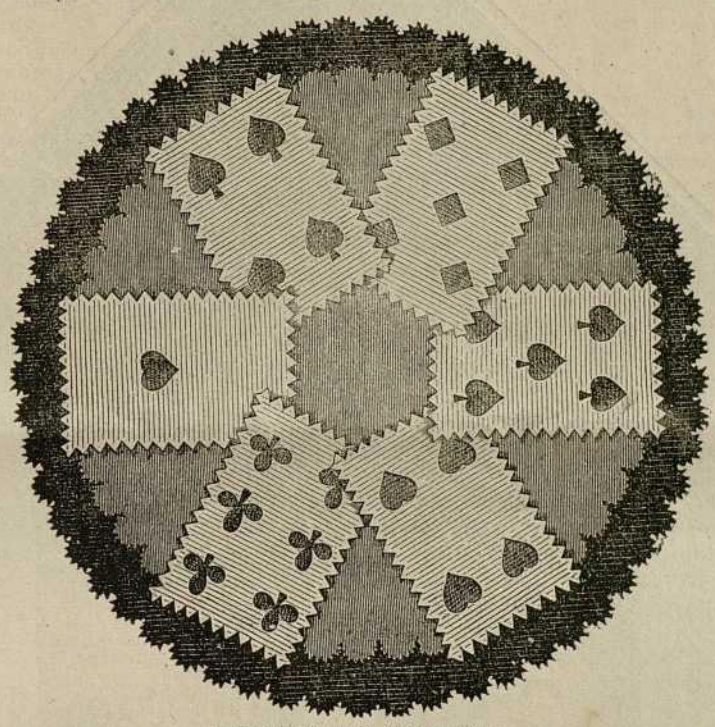
3.ª *vuelta*.—* 5 puntos en el aire, que representan la primera brida triple,—3 en el aire,—1 piquillo,—3 puntos en el aire,—1 piquillo,—3 en el aire,—una brida en la mas próxima brida triple de la vuelta anterior,—3 puntos en el aire,—1 piquillo,—3 en el aire,—1 piquillo,—3 en el aire.—Vuélvase 3 veces desde *; pero en lugar de los primeros 5 puntos en el aire, se hace una brida triple.

4.ª *vuelta*.—3 puntos en el aire, que representan la 1.ª brida;—* 15 en el aire,—una triple brida en la mas próxima de la vuelta anterior, 15 puntos en el aire;—una brida sobre la mas próxima brida triple de la vuelta anterior.—Vuélvase desde *, pero al fin, en lugar de una brida se hace un punto-cadeneta en el 3.º de los 3 puntos en el aire que representan una brida al principio de esta vuelta.

5.ª *vuelta*.—3 puntos en el aire, que representan una brida,—* alternativamente un punto en el aire,—1 piquillo,—una brida; esta siempre colocada en cada tercer punto de la vuelta anterior. Sin embargo, sobre la brida triple de dicha vuelta se hacen 2 bridas separadas por un punto en el aire y un piquillo, á fin de marcar la esquina del cuadro.

Pasamanería hecha al crochet con cuentas.

Estas diversas labores se ejecutan con torzal de seda negro y cañutillos mas ó menos largos.



TAPETILLO PARA CANDELERO.

bien, lo que es mas fácil, se cosen sobre la labor despues de terminada.

Todas las vueltas de puntos en el aire, de bridas ó de puntos sencillos, se hacen, como de costumbre, de derecha á izquierda.

N.º 1.—ORLA.—1.ª *vuelta*.—* 22 puntos en el aire;—los 11 últimos se reunen por un punto-cadeneta, de modo que formen un círculo,—un punto en el aire,—un punto-cadeneta sobre el círculo (los puntos-cadenetas siempre á la derecha, por consiguiente hácia atrás); † 2 puntos sencillos,—2 puntos-cadenetas sobre el círculo.—Vuélvase 3 veces desde †;—2 puntos en el aire,—un punto-cadeneta en el último del círculo;—un punto cadeneta en el punto que ha cerrado el círculo,—2 puntos-cadenetas por fuera del círculo.—Vuélvase desde * hasta que la orla tenga el largo necesario.

2.ª *vuelta*.—Un punto sencillo en cada uno de los puntos en el aire que reunen los círculos.

3.ª *vuelta*.—Una brida en el primer punto de la vuelta anterior;—* 3 puntos en el aire,—una brida en el 4.º punto.—Vuélvase desde *.

4.ª *vuelta*.—Un punto sencillo en la primera brida de la vuelta anterior,—* 6 puntos en el aire,—1 sencillo en la brida mas próxima. Vuélvase desde *.

N.º 2.—ORLA DENTADA.—Se hace una cadeneta del largo necesario.

1.ª *vuelta*.—En cada punto un punto-cadeneta.

2.ª *vuelta*.—* Un punto sencillo en cada uno de los 3 primeros,—11 en el aire, por debajo de los cuales se pasan 5 puntos.—Vuélvase desde *,

3.ª *vuelta*.—Toda en puntos-cadenetas; pero en el punto del medio de cada feston, compuesto de puntos en el aire, se hace un punto-cadeneta,—un punto en el aire y uno cadeneta.

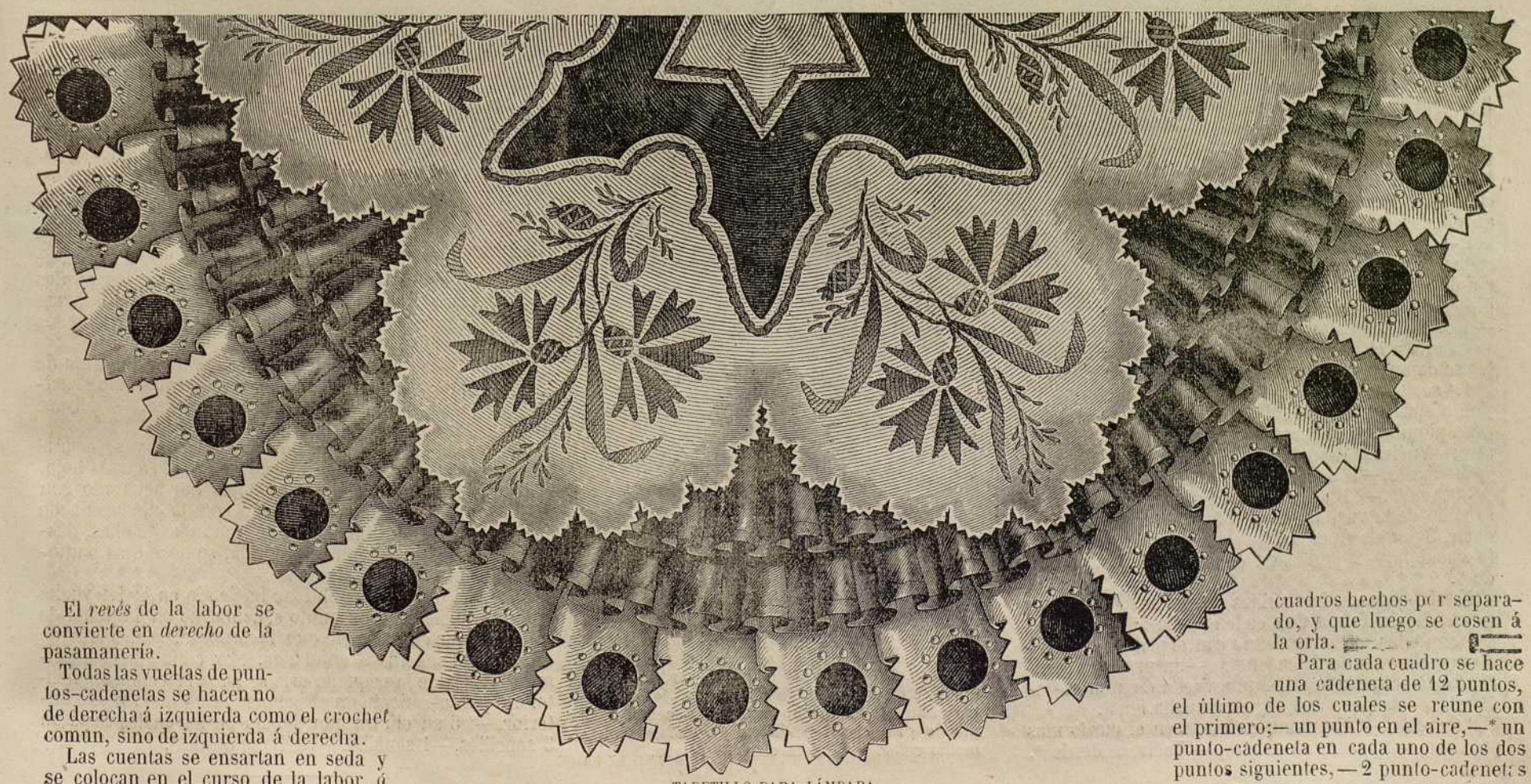
4.ª *vuelta*.—Como la 3.ª Las otras 2 forman el borde superior; se las hace al otro lado de la cadeneta primitiva.

1.ª *de estas 2 vueltas*.—Un punto sencillo en el primer punto,—* 3 en el aire,—uno sencillo en el tercer punto.—Vuélvase desde *.

2.ª *de estas 2 vueltas*.—Un punto sencillo en el medio de cada feston de puntos en el aire, y despues de cada punto sencillo 3 en el aire.

N.º 3.—ORLA.—Se hace como el n.º 1, excepto la última vuelta, que se suprime; se añaden los cuadros hechos por separado, y que luego se cosen á la orla.

Para cada cuadro se hace una cadeneta de 12 puntos, el último de los cuales se reune con el primero;—un punto en el aire,—* un punto-cadeneta en cada uno de los dos puntos siguientes,—2 punto-cadenetas

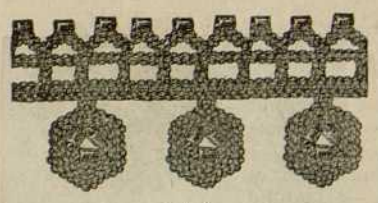


TAPETILLO PARA LÁMPARA.

El *revés* de la labor se convierte en *derecho* de la pasamanería.

Todas las vueltas de puntos-cadenetas se hacen no de derecha á izquierda como el crochet comun, sino de izquierda á derecha.

Las cuentas se ensartan en seda y se colocan en el curso de la labor, ó

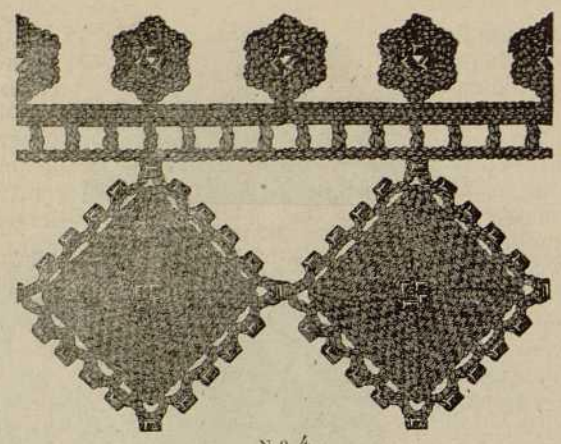


N.º 1.

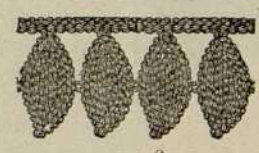
en el punto siguiente.—Vuélvase 3 veces desde *. A esta vuelta suceden 5 semejantes, y se hacen siempre (en los sitios ocupados por 2 puntos en 1), 2 puntos en 1 (en el 2.º de los 2 puntos hechos en 1 durante la vuelta anterior). Este cuadro se rodea con una vuelta de pequeños festones, cada uno de 3 puntos en el aire (por debajo de los cuales se pasan dos puntos), y un punto sencillo. En cada esquina el feston es de 4 puntos en el aire; por debajo de los cuales se pasan 3 puntos. Se cosen los cuadros copiando la disposicion indicada en el dibujo.

N.º 4.—Orla.—Se hacen primeramente y por separado, los pendientes que se ligan despues á la orla propiamente dicha: 4 puntos en el aire, el último de los cuales se reune con el primero (consúltese el dibujo inserto en esta página).

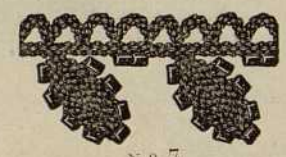
1.ª *vuelta*.—En cada punto del círculo, 2 puntos-cadenetas.



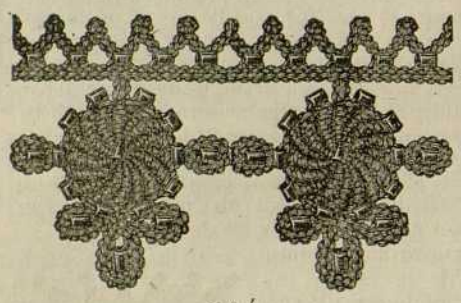
N.º 4.
PASAMANERIA HECHA AL CROCHET CON CUENTAS.



N.º 6.



N.º 7.



N.º 4.

2.ª y 3.ª *vueltas*. — En cada punto uno cadeneta.

4.ª *vuelta*. — En cada 2.º punto 2 puntos-cadenetas siempre seguidos de un punto-cadeneta en el punto intermedio.

5.ª y 6.ª *vueltas*.—En cada punto un punto-cadeneta.

7.ª *vuelta*. — En cada tercer punto 2 puntos-cadenetas, siempre seguidos de un solo punto-cadeneta.

8.ª *vuelta*.— En cada punto 1 cadeneta,— 1 piquillo (es decir, diez puntos en el aire reunidos en círculo.—luego de izquierda á derecha, un punto-cadeneta sobre cada punto en el aire de los que forman el piquillo),—un punto-cadeneta sobre cada uno de los 3 puntos siguientes de la 8.ª vuelta, — 3 piquillos (el del medio es de 14 puntos),— 3 puntos-cadenetas, —1 piquillo. Se ata y se corta la hebra.

La orla á la que se cosen estos pendientes se compone de 3 vueltas.

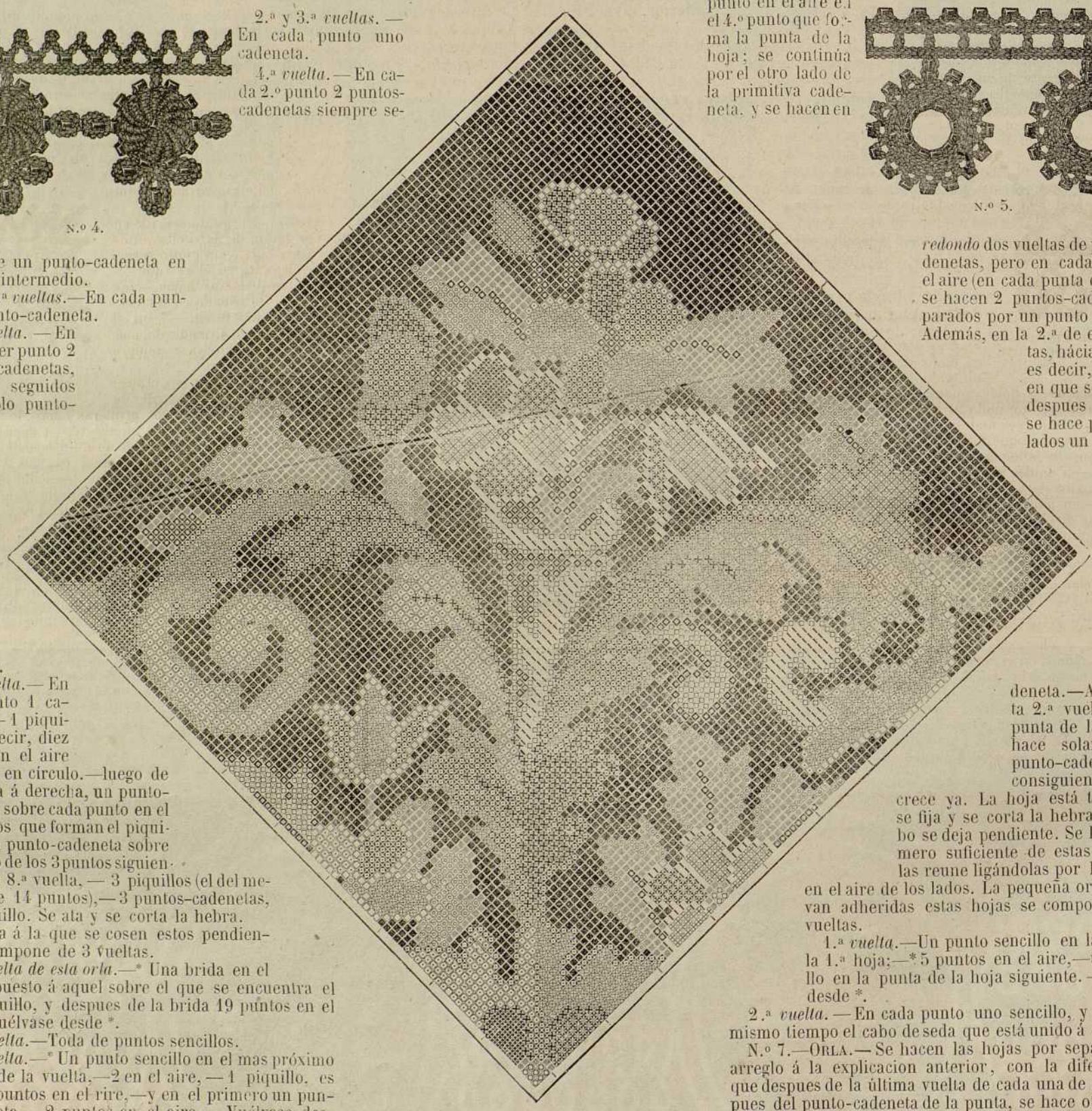
1.ª *vuelta de esta orla*.—* Una brida en el punto opuesto á aquel sobre el que se encuentra el gran piquillo, y despues de la brida 19 puntos en el aire.—Vuélvase desde *.

2.ª *vuelta*.—Toda de puntos sencillos.

3.ª *vuelta*.—* Un punto sencillo en el mas próximo sencillo de la vuelta,—2 en el aire, — 1 piquillo, es decir, 3 puntos en el aire,—y en el primero un punto-cadeneta,— 2 puntos en el aire. — Vuélvase desde *.

N.º 4.—Orla.—Los anillos ó argollas se hacen por separado; se forma una cadeneta de 20 puntos, el último de los cuales se reune con el primero (picando por el revés de la cadeneta),—un punto en el aire, luego sobre la argolla, una vuelta de puntos-cadenetas,—despues una segunda vuelta igual.

3.ª *vuelta*.—* Un punto-cadeneta en el punto mas próximo,—3 puntos en el aire, — Vuélvase desde *.

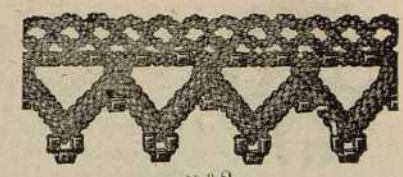


COGIN Ó ESCABEL.

Explicacion de los signos: ▪ Punzó muy oscuro. ▫ Punzó oscuro. ▪ Punzó menos oscuro. ▫ Punzó claro. ▫ Punzó muy claro. ▪ Verde oscuro. ▪ Verde medio color. ▫ Verde claro. ▪ Gris fieltro oscuro. ▫ El mismo gris medio color. ▫ El mismo gris claro. ▪ Violeta oscuro. ▪ Violeta medio color. ▫ Violeta claro. ■ Negro.

Cuando se ha terminado la vuelta, se ata y se corta la hebra.

1.ª *vuelta* de la pequeña orla á la que se ligan los círculos. — * Un punto sencillo en uno de los festones de puntos en el aire de un círculo,—20 en el aire.—Vuélvase desde *.



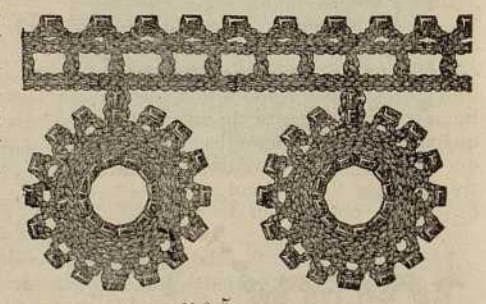
N.º 2.

2.ª *vuelta*.—Un punto-cadeneta en cada punto.

3.ª *vuelta*.—Una brida en el primer punto,—* tres puntos en el aire, por debajo de los cuales se pasan 3 puntos,—una brida. Vuélvase desde *.

4. *vuelta*.— * Un punto-cadeneta en cada uno de los 2 puntos mas próximos,—3 puntos en el aire, por debajo de los cuales se pasa un punto. Vuélvase desde *.

N.º 6.—Orla sin cuentas.— Se ejecutan primero las hojas que se hacen por separado; se principia cada hoja por el medio haciendo una cadeneta de 4 puntos, sobre los cuales se vuelve pasando el último y se hace un punto-cadeneta en cada uno de los 3 siguientes. — 2 puntos-cadenetas separados por un punto en el aire en el 4.º punto que forma la punta de la hoja; se continúa por el otro lado de la primitiva cadeneta, y se hacen en



N.º 5.

redondo dos vueltas de puntos-cadenetas, pero en cada punto en el aire (en cada punta de la hoja) se hacen 2 puntos-cadenetas separados por un punto en el aire. Además, en la 2.ª de estas vueltas, hácia el medio, es decir, en el sitio en que se juntarán despues las hojas, se hace por ámbos lados un punto-cadeneta.—Al fin de esta 2.ª vuelta, en la punta de la hoja, se hace solamente un punto-cadeneta, por consiguiente no se crece ya. La hoja está terminada; se fija y se corta la hebra, cuyo cabo se deja pendiente. Se hace el número suficiente de estas hojas, se las reune ligándolas por los puntos en el aire de los lados. La pequeña orla á la que van adheridas estas hojas se compone de dos vueltas.

1.ª *vuelta*.—Un punto sencillo en la punta de la 1.ª hoja;—* 5 puntos en el aire,—uno sencillo en la punta de la hoja siguiente. —Vuélvase desde *.

2.ª *vuelta*. — En cada punto uno sencillo, y se coge al mismo tiempo el cabo de seda que está unido á cada hoja.

N.º 7.—Orla.— Se hacen las hojas por separado con arreglo á la explicacion anterior, con la diferencia de que despues de la última vuelta de cada una de ellas, despues del punto-cadeneta de la punta, se hace otro punto-cadeneta en el punto siguiente.

La forma diagonal se obtiene haciendo en la 1.ª vuelta de la pequeña orla un punto sencillo, no en la punta de la hoja; sino en el punto que la precede, y despues de cada punto sencillo 9 en el aire. Por cima de esta primera vuelta de la pequeña orla se hace la vuelta siguiente: un punto-sencillo en el primer punto de la vuelta anterior,—* 5 en el aire, por debajo de los cuales se pasan 3 sencillos,—1 sencillo.—Vuélvase desde *.

ROSÁCEA AL CROCHET N.º 1.

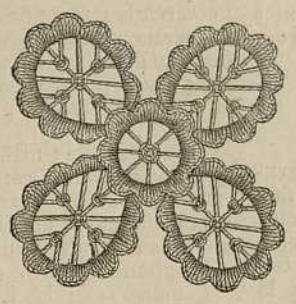
Cogin ó escabel.

TAPICERIA ANTIGUA.

Este dibujo representa la cuarta parte de un cogin ó escabel, y se repite por ámbos lados para formar el dibujo entero; constituirá uno de los mas lindos escabeles ó taburetes cuadrados que puedan verse.

Orla de trenci la.

En el centro de los medallones va una hoja ejecutada á punto ruso con cuentas.



ROSÁCEA PARA CORPIÑO.

Rosáceas de frivolité y punto de encage.

Para cada una de ellas se hacen primeramedte ocho circulitos, á distancia de centímetro y medio; cada círculo se compone de 6 dobles nudos (uno á la izquierda y otro á la derecha),—1 piquillo,—6 veces seguidas 2 dobles nudos separados por un piquillo,—1 piquillo,—6 dobles nudos: se reunen los círculos por los piquillos (véase el dibujo). Cuando se ha terminado el 8.º círculito, se corta la hebra á alguna distancia; se la envuelve al rededor de la *línea de union* de los círculos, se aprieta todo ello, luego con el sobrante de esta hebra se forma una rueda pequeña haciendo á aquella girar en espiral. El cabo de hilo que precede al 1.er círculo se fija de modo que se formen entre la rueda y los círculos 8 dobles barretas: la última hebra se fija por debajo de la rueda. Si se quiere ejecutar una ó muchas filas de estas rosáceas, se las reune por sus piquillos; los grandes vacíos qne se forman entre dos órdenes de rosáceas se rellenan con una especie de rueda que se compone de dos vueltas de buclecillos-feston (véase el dibujo), ó bien con cualquier otro punto de encage.

ENTREDOS DE MIÑARDIS Y FRIVOLITÉ.

Rosácea de frivolité.

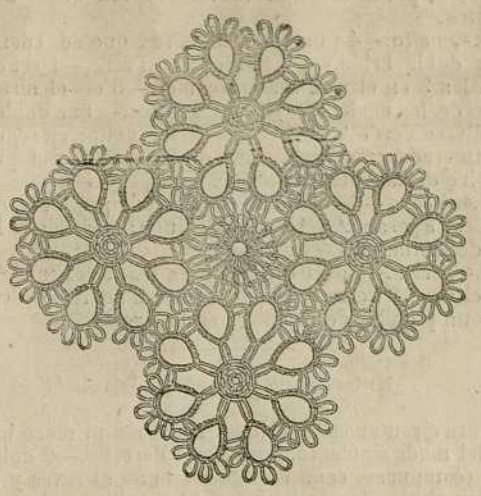
Se hace con dos hebras á la vez: * un nudo al derecho,—1 piquillo, —un nudo al revés;—hay que dirigirse hácia abajo,—5 dobles nudos,—1 piquillo,—10 dobles nudos,—1 piquillo,—un nudo al revés; vuélvase la labor de arriba abajo,—10 dobles nudos;—átese al último piquillo dirigido hácia abajo, lo que forma un buclecillo dirigido hácia arriba; vuélvase la labor de arriba abajo,—10 dobles nudos, —1 piquillo,—5 dobles nudos; átese al primer piquillo dirigido hácia arriba;—vuélvase la labor de arriba abajo.—4 dobles nudos,—un nudo al revés.—Vuélvase 4 veces desde *, reuniendo las diversas figuras por los piquillos: los cabos de hilo se atan juntos.

Guarnicion para corpiños blancos, chaquetas, etc. (crochet y bordado)

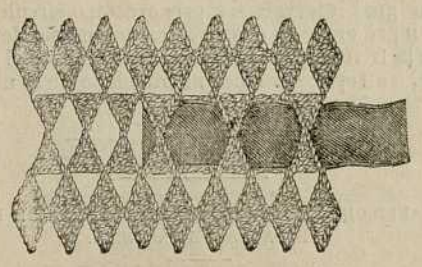
Se compone de dos entredoses hechos al crochet, cosidos uno con otro, y adornados de trecho en trecho con cuadros de cinta de tafetan; en el centro de cada cuadro se encuentra un bordado hecho sobre batista con seda negra, á punto ruso y feston.

Para cada entredos se hace una cadeneta del largo necessrio.

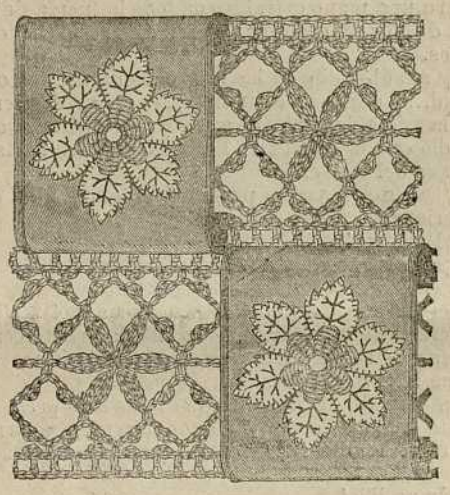
1.ª *vuelta.*—En el primer punto una brida;—* 1 piquillo dirigido hácia arriba (es decir 3 puntos en el aire, y un punto-cadeneta en el 1.º de estos); se pasa por debajo de este piquillo un punto de la cadeneta, —una brida en el punto siguiente,—un punto en el aire, por debajo del cual se pasa un punto; —una brida.—Vuélvase desde * siempre.



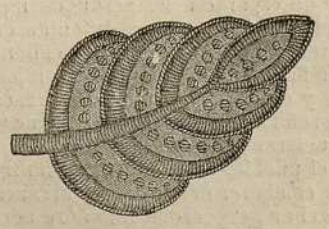
ROSÁCEAS DE FRIVOLITÉ Y PUNTOS DE ENCAGE.



ENTREDOS AL CROCHET ATRAVESADO POR UNA CINTA.

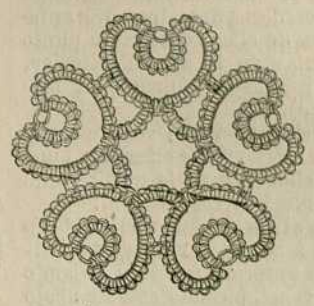


GUARNICION PARA CORPIÑO BLANCO.



HOJA BORDADA PARA CORPIÑO, ETC.

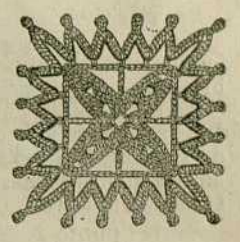
ROSÁCEA AL CROCHET N.º 2.



ROSÁCEA DE FRIVOLITÉ.

2.ª *vuelta.*—Un punto sencillo en el 1.er punto;—* 2 en el aire,—1 piquillo dirigido hácia abajo, es decir 3 puntos en el aire; se saca el crochet del buclecillo, se le pica en el 1.º de los puntos en el aire, y por él se hace pasar el buclecillo abandonado; se vuelve á tomar esta hebra, se la pasa á través de los 2 buclecillos que se encuentran sobre el crochet;—3 puntos en el aire,—un piquillo dirigido hácia abajo,—2 puntos en el aire; esto forma *un feston*, que se designará en adelante solo con este nombre en el curso de la labor;—un punto sencillo en el primero de los 2 en el aire que suceden á los mas próximos piquillos de la vuelta anterior. — Vuélvase desde *.

3.ª *vuelta.*—2 puntos en el aire,—un piquillo dirigido hácia abajo, —2 puntos en el aire,—1 sencillo en el medio del feston mas próximo de la vuelta anterior.—* *Una hoja*, es decir 5 puntos en el aire,—una doble brida en el 2.º de estos 5; no se termina del todo esta doble brida, es decir que deben quedar dos buclecillos sobre el crochet;—otra doble brida en el 1.º de los 5 puntos en el aire, y, despues de esta se termina tambien la anterior,—un punto en el aire,—una hoja,—un punto sencillo en el medio del mas próximo feston,—un feston,—un punto sencillo en el medio del mas próximo feston,—un feston,—un punto sencillo en el medio del mas próximo feston. —Vuélvase desde *.



CUADRO AL CROCHET.

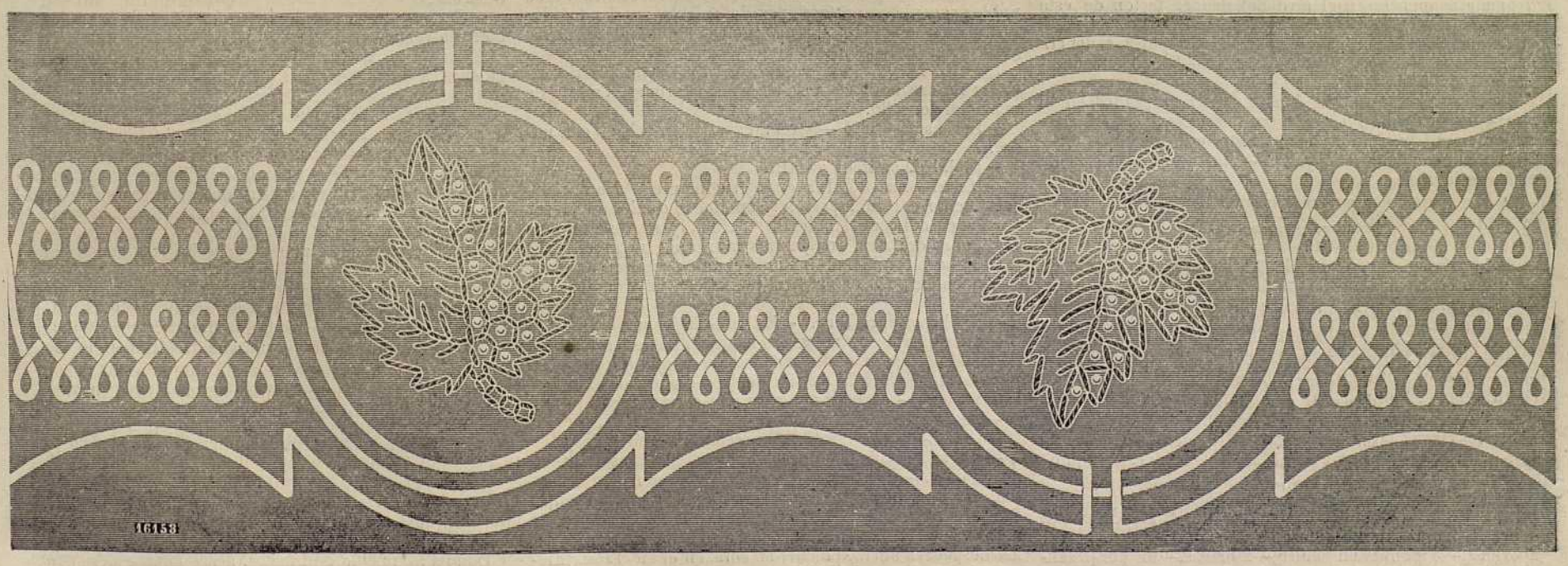
4.ª *vuelta.*—Un punto sencillo en el primer punto de la vuelta anterior,—* una hoja,—un punto sencillo sobre el punto en el aire que separa las dos primeras hojas,—una hoja,—un punto sencillo en el medio del mas próximo feston,—7 en el aire,—1 sencillo en el medio del mas próximo feston.—Vuélvase siempre desde *.

5.ª *vuelta.*—Un punto en el aire; —* una hoja,—un punto sencillo en el sencillo que separa las dos primeras hojas de la vuelta anterior,—una hoja,—2 puntos en el aire,—1 piquillo dirigido hácia arriba,—2 puntos en el aire,—1 sencillo sobre el mas próximo sencillo,—un feston en el cual los 2 piquillos deben dirigirse hácia arriba,—un punto sencillo en el mas próximo sencillo,—2 en el aire,—un piquillo dirigido hácia arriba,—2 puntos en el aire.—Vuélvase siempre desde *.

6.ª *vuelta.*—* Un punto sencillo en el punto en el aire que precede á la 1.ª hoja de la vuelta anterior,—un feston como en la vuelta anterior,—un punto sencillo en el punto en el aire que sigue á las dos mas próximas hojas,—un feston como en la vuelta anterior,—un punto sencillo en el medio del mas próximo feston,—un feston como en la vuelta anterior. —Vuélvase siempre desde *.

7.ª *vuelta*—* Un punto en el aire,—un piquillo dirigido hácia abajo,—3 puntos en el aire,—un piquillo dirigido hácia abajo,—un punto en el aire.—Vuélvase siempre desde *.

8.ª *vuelta*—Alternativamente una brida y un punto en el aire, por debajo del cual se pasa un punto; cada piquillo se cuenta como un punto, debajo de los puntos en el aire.



ORLA DE TRENCILLA.

Entredos atravesado por una cinta.

CROCHET.—Se ejecuta á lo largo, en 6 vueltas, formando cada una una fila de medias puntas; se pasa la cinta por las dos filas del medio.

1.ª vuelta.—* Una cadeneta de 6 puntos en el aire, el último de los cuales se pasa, y, volviendo sobre los demás, se hace un punto-cadeneta, — uno sencillo, — una media brida,—una brida,—una doble brida: esto forma una media punta, y se vuelve á empezar desde *, hasta que el entredos tenga el largo que se desea.*

2.ª vuelta.—Se la principia al fin de la 1.ª, atando la hebra por un punto sencillo á la doble brida de la vuelta anterior; se hace una fila de medias puntas como la anterior, pero despues de cada una de ellas se hace un punto sencillo entre dos medias puntas de la vuelta anterior, de modo que las dos medias puntas se reunan para formar un rombo (véase el dibujo).

3.ª vuelta.—Un punto sencillo sobre el vértice de la 1.ª media punta de la vuelta anterior;—* una media punta,—un punto sencillo sobre el vértice de la media punta siguiente de la vuelta anterior.—Vuélvase desde *.

4.ª vuelta.—Se la principia al fin de la anterior; * un punto-cadeneta de 5 puntos, atado al vértice de la última media punta de la vuelta anterior (se liga dejando deslizar el punto fuera del crochet, picando este de abajo arriba en la punta dicha, y pasando por ella el punto abandonado, que se vuelve á tomar con el crochet, y tomando de nuevo la hebra para pasarla á través de los dos buclecillos que se encuentran sobre el crochet),—un punto-cadeneta,—uno sencillo,—una media brida,—una brida,—una doble brida sobre los 5 puntos de la cadeneta que se acaban de hacer.—Vuélvase desde *.

5.ª vuelta.—Como la 4.ª, pero ligando cada media punta á una media punta de la vuelta anterior.

6.ª vuelta.—Se principia al fin de la anterior, para ejecutar esta vuelta, que es igual á la 2.ª.

Dos rosáceas al crochet.

Se principian ámbas por el centro.

N.º 1.—Una cadeneta de 6 puntos, el último de los cuales se reune con el primero, lo cual forma un círculo sobre el que se hacen 8 puntos sencillos puestos *á caballo*.

2.ª vuelta.—* 7 puntos en el aire,—1 sencillo sobre el 1.er punto de la vuelta anterior, picando el crochet debajo de sus dos lados.—Vuélvase 7 veces desde *, y, al terminar, 4 puntos-cadenetas sobre los 4 primeros puntos en el aire de esta vuelta.

3.ª vuelta.—7 veces seguidas 6 puntos en el aire, y un punto-cadeneta en el medio de cada feston compuesto de puntos en el aire: por último 6 puntos en el aire.

4.ª vaelta.—Un punto sencillo sobre cada uno de los 6 en el aire repetidos 7 veces en la vuelta anterior, y despues de hechos los puntos sencillos, un *diente*, es decir 7 puntos en el aire; se pasa el último; sobre los otros 6, un punto-cadeneta.—1 sencillo,—una media brida,—3 bridas. Al fin de la vuelta puntos-cadenetas, hasta llegar al extremo del diente de ella.

5.ª vuelta.—Un punto-cadeneta en el extremo del primer diente de la 4.ª vuelta;—* 11 puntos en el aire,—un punto-cadeneta en la punta del diente que sigue.—Vuélvase 7 veces desde *.

6.ª vuelta.—Un punto sencillo en el punto mas próximo;—* un diente pequeño, es decir 4 puntos en el aire: se pasa el último; sobre los otros 3 se hace: un punto sencillo,—una media brida,—una brida; se pasan 3 puntos del círculo, y en el siguiente se hace uno sencillo.—Vuélvase desde *.

N.º 2.—Rosácea. Se forma el círculo del medio envolviendo el hilo cinco ó seis veces al rededor de un molde de 2 centímetros de circunferencia; se saca el molde, y se cubre el círculo con 28 puntos sencillos.

2.ª vuelta.—* 13 puntos en el aire; se pasa un punto. Se hace uno sencillo en el punto siguiente, picando el crochet debajo de este punto entero.—Vuélvase desde *; al fin de esta vuelta un punto-cadeneta en cada uno de los 7 primeros puntos en el aire del primer feston de esta vuelta.

3.ª vuelta.—4 puntos en el aire,—un punto-cadeneta en el medio del mas próximo feston.—Vuélvase desde * hasta el fin de la vuelta.

4.ª vuelta.—Sobre los 4 mas próximos puntos en el aire;—2 sencillos,—1 piquillo (es decir 6 puntos en el aire y un punto-cadeneta en el punto que los precede);—2 puntos sencillos,—1 piquillo,—Vuélvase desde * hasta el fin de la vuelta.

Cuadro al crochet.

Se le principia por el medio, haciendo una cadeneta de 8 puntos en el aire, el último de los cuales se reune con el primero. Esto forma un círculo.

1.ª vuelta.—Un punto en el aire, —* una brida y un punto sencillo en el punto mas próximo de la cadeneta, — uno sencillo, — una brida en el punto siguiente, —3 puntos en el aire. Vuélvase 3 veces desde *.

2.ª vuelta.—* Sobre cada uno de los 4 puntos mas próximos de la vuelta anterior se hace un punto-cadeneta; sobre los 3 mas próximos puntos en el aire, —uno sencillo;—2 bridas,—3 puntos en el aire,—2 bridas,—un punto sencillo (puestos *á caballo*). Vuélvase 3 veces desde *.

3.ª vuelta.—* Sobre cada uno de los 7 mas próximos puntos de la vuelta anterior se hace un punto-cadeneta: sobre los 3 mas próximos puntos en el aire, uno sencillo, 2 bridas,—3 puntos en el aire,—2 bridas,—un punto sencillo, luego sobre cada uno de los 3 mas próximos puntos, un panto-cadeneta. Vuélvase 3 veces desde *; por último, un punto-cadeneta sobre cada uno de los 2 últimos puntos.

4.ª vuelta.—4 puntos en el aire, que se cuentan por una doble brida,—* 6 puntos en el aire,—1 sencillo sobre los 3 en el aire mas próximos,—6 en el aire por debajo de los cuales se pasan 9 puntos,— una doble brida. Vuélvase desde * hasta el fin de la vuelta; en seguida, un punto-cadeneta en el último de los 4 primeros puntos en el aire de la vuelta anterior.

5.ª vuelta.—* 6 puntos en el aire, por debajo de los cuales se pasan 2,—1 sencillo. Vuélvase desde * hasta el fin de la vuelta.

6.ª vuelta.—Sobre cada uno de los festones de puntos en el aire, 2 veces seguidas 5 puntos sencillos, separados por un piquillo de 5 puntos en el aire.

Entredos de miñardis y frivolité.

Para ejecutar este entredos se forma primero un círculo del modo siguiente: un nudo al derecho,—2 dobles nudos (compuesto cada uno de un nudo al revés y de otro al derecho),—1 piquillo,—6 dobles nudos,—1 piquillo,—2 dobles nudos,—un nudo al revés; se ata la hebra con medio centímetro de intervalo á uno de los lados de la miñardís, dos de cuyos piquillos se toman á la vez; luego, con igual intervalo, se prepara otro círculo. Se reunen siempre entre sí dos círculos por medio de los piquillos de la frivolité; cuando el entredos tiene el largo necesario, se repite la labor al otro lado de la miñardís.

ELENA DE OSSORIO.

NOVELA-EPISODIO HISTÓRICO DE LA GUERRA DE LAS COMUNIDADES DE CASTILLA.

(CONTINUACION.)

VIII.

Pero una mano extraña, con toda la fuerza de una mordaza de hierro, cayó de repente sobre sus labios entreabiertos.

—¡Callad!— dijo en las sombras una voz desconocida,—¡callad... Yo salvaré á vuestro padre. Venid, Elena, venid.

Y la triste doncella, abatida y medio desmayada, comprendió que la conducian hercúleos brazos hasta las habitaciones del conde.

—¿Quién sois vos?— preguntó entonces á su conductor misterioso.

—¡Miradme!

—¡Don Diego de Omaña!— gimió la cuitada al fijar la vista en el semblante del desconocido.

Y el instinto del pudor la hizo sacudir el vértigo que se apoderaba de su espíritu, y levantó la frente con ademan altivo; y retrocedió tres pasos como si quisiese apartarse de una sierpe venenosa.

—¡Apartad!— gritó.—¡Mi padre ha sido preso... ¡tal vez en este instante se está dictando su sentencia de muerte!... ¡Apartad! Yo quiero salvarle... ¡salvarle á costa de mi vida!

—¡Imposible!

—¡Dejadme salir! ¡Yo quiero salvar á mi padre querido!... Se levantará el pueblo de Búrgos á mis voces y hará temblar de espanto á los verdugos imperiales... Yo diré á los burgaleses; "esos que intentan quitaros vuestras libertades venerandas, esos que pretenden unciros al yugo de la tiranía flamenca, esos que saquean los pueblos, roban las Iglesias y devastan los campos, que asesinan á vuestros hijos, que profanan vuestros hogares, que violan á vuestras hijas y á vuestras esposas... ¡esos son los raptores de mi padre!" Y el pueblo, que le ama, se lanzará á la pelea y allanará los calabozos del castillo y arrancará de la muerte á su bienhechor generoso, á mi padre adorado...

¡Hermosa estaba la débil niña, convertida en esforzada matrona!

Sus ojos chispeantes retrataban toda la altivez de su noble progenie, y sus facciones delicadas aparecian teñidas de un carmin subido, como si protestar quisiera de las lágrimas que la habian inundado poco antes.

Pero D. Diego estaba resuelto á todo, hasta á la violencia, y no era hombre que pudiera acobardarse delante de una débil doncella.

—Serenaos,— dijo,— y oidme: vos estais sola en el mundo....

—¡Sola! ¡Dios mio! ¡sola!...

—¡Sola!— insistió el favorito cruelmente.— No pretendais luchar con lo imposible: Don Rodrigo ha sido preso, por órden del condestable de Castilla, y en vano quereis vos, pobre criatura, romper los muros de su cárcel. ¡Oh! ¡Elena, hermosa Elena!— añadió el de Omaña con ternura, — sin embargo... en vuestras manos está la vida del conde....

—Explicaos, por Dios...—balbuceó la jóven.

—Os ví por vez primera, asomada á uno de los ajimeces de vuestro alcázar, el dia memorable en que el pueblo de Búrgos enarbolaba la enseña de las Comunidades...

—Y bien...— interrumpió con ansiedad Elena.

—Desde entonces... ¡os amo!

—¡Ah!...— gritó la niña retrocediendo más todavía.

—¡Os amo, Elena, os amo!— repitió Don Diego apasionadamente.— Dos años hace que esta pasion me consume, que este fuego me devora, que este amor me mata... Porque vos no me amais, Elena; porque amais todavía la memoria de Don Juan de Mendoza y el demonio de los celos despedaza horriblemente mi corazon enamorado. ¡Elena! Elena! ¡Vos no sabeis lo que son celos! ¡Vos no sabeis lo que es amar sin esperanza! ¡Vos no sabeis lo que es tener dentro del pecho un infierno implacable, que me hace sentir, en cada instante de la vida, todos los tormentos, toda la rabia, toda la desesperacion de los réprobos mas malditos!... Sí; yo sé que vos no me amais, que no me amareis nunca... porque vos sois un ángel, y yo un demonio; porque vos sois pura y yo estoy manchado con todos los crímenes; porque vos sois inocente y yo un culpable... Pero hay ocasiones en que vosotros, los ángeles de la tierra necesitais del auxilio de los condenados; momentos en que nuestros pensamientos se unen; instantes en que nuestras manos se tocan... Vos no me amais, pero amais á vuestro padre; vos no me amareis nunca, pero nunca tampoco desareis la muerte de Don Rodrigo de Ossorio... ¡He aquí ese momento en que vos, el ángel de la tierra, necesitais de mi poder é implorareis mi amparo! ¡Elena, hermosa Elena! yo solo puedo salvar á vuestro padre... ¡Tu amor por su vida! ¡tus brazos por sus brazos! ¡tus caricias por sus caricias!...

Y D. Diego de Omaña, con el semblante encendido, con ojos desencajados, con labios temblorosos, pugnaba por estrechar en sus brazos á la asombrada Elena.

Parecíase al demonio de la lujuria, exaltado y loco por la digna entereza de una vírgen.

La púdica doncella estaba aterrada.

Rápidos, como las ideas de un demente, cruzaban por su imaginacion acalorada los tristes sucesos que se habian aglomerado en tan cortos instantes, para cubrirla de luto y dolores.

¡Quizá habia perdido á su amante! ¡Quizá veria morir á su padre! ¡Quizá tambien perderia su honra!

Esta terrible idea la llenaba de espanto.

Su mismo peligro le daba fuerzas para luchar, sin ser vencida, contra el cobarde que señalaba el honor de una doncella como precio de la vida de un anciano, y se esforzaba en librarse de los férreos brazos que intentaban aprisionar su cintura...

—¡Sois un miserable!— dijo.

—¡Tu amor, por su vida! ¡tus brazos, por sus brazos!...

—¡Apartad, malvado!

—¡Mia! ¡serás mia! ¡solo mia!...— contestaba el favorito delirante.

Pero el círculo en que los dos luchaban se reducia por instantes, y debilitábanse las fuerzas de la niña, y las sombras de la noche comenzaban á inundar el aposento, como si la luz se retirase avergonzada de aquella escena de profanacion y violencia.

IX.

Mientras tanto, resonaba por los ámbitos de Búrgos un ruido sordo, mugidor, tremendo, parecido al del huracan de la tormenta que se despedaza bramando en las quebradas hendiduras de los valles.

El pueblo alborotado reclamaba, con las armas en la mano, la libertad del conde de Fuensierra.

Aquel pueblo modelo, leal y generoso, pero vengativo y bravo, que tascaba con impaciencia el duro freno que le plugo imponerle al condestable de Castilla, deseaba romper los acuerdos de sus magnates, que se atrevieron á enlodar la proverbial hidalguía castellana, con las cartas de pláceme dirigidas á la regencia en una ocasion solemne.

Si buscaba un pretexto, el condestable se le ofrecia bien cumplido.

Ellos, los nobles burgaleses, los primeros que arrojaron á la faz de la ultrajada España el grito de las Comunidades, los que habian jurado hacer respetar sus fueros ó verter su sangre, ¿podrian acaso ver tranquilos la muerte de Don Rodrigo de Ossorio, su amigo sincero, su gefe idolatrado, su protector generoso?

¡Nunca!

Beltran-Diaz, el leal servidor del conde, penetrando desde muy temprano en casi todos los hogares de la vieja corte castellana, anunció á sus pacíficos moradores la desgracia que amenazaba á su amo.

A los unos, menestrales desvalidos que habian recibido del conde, en sus dias de amargura el pan para sus mugeres y la esperanza para sus hijos, les decia con acento doloroso.

—¡Vuestro protector está sentenciado por el condestable! ¡Salvémosle!...

A los otros, víctimas privilegiadas de la desgracia, á quienes la dulce y piadosa Elena prodigara consuelos celestiales, abriendo á la fé su corazon desesperado, les retrataba los infortunios que amagaban la existencia de la pobre niña y concluia con voz firme y decisiva:

—¡Es el padre de vuestro ángel bueno! ¡Salvémosle!...

Y á casi todos, viejos soldados de Isabel *la Católica* ó de Gonzalo de Córdova, conducidos cien veces al combate por el anciano prisionero, les apostrofaba con voces de energía:

—¡Salvémosle! ¡Fué nuestro caudillo y es nuestro amo! ¡Salvémosle!

Y el pueblo entero, como impelido por un résorte poderoso, se lanzó á las calles con las armas en la mano, pidiendo, en son de amenaza, la libertad del virtuoso prócer.

Y resonaban por calles y plazuelas los gritos de las masas.

—¡Viva el conde de Fuensierra!— gritaban todos.

—¡Abajo la regencia!— añadian algunos.

—¡Muera el condestable!— decian muchos, blandiendo con ira descomunales picas y brillantes espadas.

X.

Pocas horas hacia que Don Iñigo Fernandez de Velasco habia llegado de la corte, á la sazon en Valladolid.

Odiaba al pueblo de Búrgos, acaso porque este pueblo le perdonó la vida en un dia memorable, dejándole huir disfrazado de aldeano á sus estados de Haro, y se venga-

ba de la generosa clemencia de aquel puñado de leales enviándoles á las prisiones mas lóbregas de España ó haciéndoles morir en afrentosos patíbulos.

El era la mano de hierro de aquel triunvirato célebre, cuya memoria ha pasado á las crónicas con tan negros colores; la inteligencia poderosa que deshacia todas las dificultades, la cuchilla teñida en sangre que segaba todos los obstáculos.

El almirante Don Fadrique representaba la indiferencia, el cardenal Adriano nada.

Por eso el condestable era el alma de aquel funesto conciliábulo de grandes, que inauguraba su poder con la sangre de Villalar y el incendio de Medina del Campo, para terminarla luego con las crueles ejecuciones de Valladolid, Rioseco y Palencia.

¡Ay del pueblo que se atrevia á provocar su cólera!

Una muchedumbre inmensa, loca y frenética, de cuyo centro se levantaba ese murmullo sordo y prolongado que precede siempre á las conmociones populares, se agolpaba tumultuosa á las puertas del palacio de Don Iñigo.

Beltran-Diaz marchaba á la cabeza de los insurrectos.

A los primeros síntomas del movimiento el condestable dejó su palacio y se encaminó á la fortaleza inexpugnable de los reyes, rodeado de su pequeña corte de aduladores y verdugos.

Diego de Omaña le aconsejó que anticipase la prision del conde, mientras el pueblo perdia el tiempo en vocear delante del palacio de Don Iñigo, situado en la plaza del Cordon, hoy de la Libertad.

Aun puede verse este informe edificio, construido en el siglo XV, que desafia audaz al polvo de los siglos.

Pero las puertas del alcázar permanecian cerradas, á pesar de los gritos del furioso populacho.

Sin embargo detrás de aquellas puertas bramaban de cólera los soldados imperiales.

¡Cosa extraña! Habian recibido órdenes severísimas de mantenerse á la defensiva, mientras los sublevados no empleasen la violencia para conseguir su objeto.

Pero la violencia no entraba para nada en los planes del jefe del tumulto.

Beltran-Diaz solo anhelaba la libertad del conde y la dicha de Elena, y solo apelaria á la violencia cuando no pudiera conseguir el primero de sus deseos por medio de la amenaza.

Hundióse el sol detrás de la montaña de San Miguel y la noche envolvió bajo su manto de sombras la capital de Castilla.

Mas las puertas del alcázar de Don Iñigo seguian herméticamente cerradas.

¿Quién es capaz de señalar un límite al furor de un pueblo en movimiento?

Uno de los malvados, que se introducen siempre entre las filas de los hombres de honra, lanzó atrevidamente, sobre las pasiones desbordadas de la plebe, este grito siniestro:

—¡Fuego! ¡fuego!...

Era la chispa que necesitaba aquel volcan rugiente é impetuoso, y la palabra fatídica voló de boca en boca con la rapidez de un rayo, acariciando las ideas de venganza que alimentaban las masas enconadas.

—¡Fuego! ¡fuego!— repitió la muchedumbre, en la embriaguez de su ira.

Y á los pocos momentos aparecieron los ángulos del palacio rodeados de materias combustibles.

Los mas audaces agitaron por encima de los grupos teas encendidas y hasta los menos animosos retaban con miradas de encono al gigantesco edificio.

¡Un instante mas!...

XI.

De repente resonó en los aires el eco metálico y vibrante de la campana de alarma del palacio de Fuensierra.

Aquellos tañidos misteriosos é inesperados, que tenian algo de lúgubres, caian sobre el corazon del pueblo como una realidad cruel y desgarradora.

¡El conde estaba preso! ¡Elena pedia socorro!

Todos los ojos se volvieron de repente para buscar á Beltran-Diaz, pero Beltran-Diaz habia desaparecido como por encanto: corria el leal escudero de Don Rodrigo, para descifrar cuanto antes el enigma de las tristes campanadas.

Y las turbas gritaron con enconada saña:

—¡Don Rodrigo está preso!

—¡Elena pide socorro!

—¡Muera el condestable!

—¡Muera el favorito!...

Y abandonando la plaza del Cordon, en el momento en que las llamas se apoderaban de los ángulos del soberbio edificio, dirigiéronse algunos grupos, por la calle de la Puebla, hácia la casa solariega de Don Rodrigo de Ossorio, mientras los mas animosos se lanzaban resueltos en el quebrado camino que conducia á la fortaleza de los reyes.

EUSEBIO MARTINEZ DE VELASCO.

(Se continuará.)

EN EL ALBUM DE UNA ANDALUZA.

I.

Era una noche del Octubre fria
Y en torrental furor
La lluvia de las nubes descendia....
Dormíme á su rumor.

Soñé con una dicha en lontananza,
Soñé que iba á viajar
Realizando por fin una esperanza,
Y me puse á cantar:

II.

Las ilusiones que he concebido
Léjos me llevan, léjos de aquí:
Ay! Pero nunca daré al olvido
El pueblecito del Damují.
Este de flores bello palacio
Donde he pasado mi juventud,
Dejo buscando mayor espacio
Al eco libre de mi laud.
Mas si la tregua de mis pesares
Hallo en los pliegues del porvenir,
Y al cabo cruzo los anchos mares
Y en otro clima voy á vivir;
Cuando gozoso la planta siente
En el hidalgo suelo español,
Y cuando brille sobre mi frente
El tibio rayo de un nuevo sol;
Cuando en los valles de Andalucía
O en la opulenta ciudad condal,
El canto salga del arpa mia
Con todo el fuego meridional,
Viendo las galas que Iberia encierra
Y de sus artes el esplendor,
Tendré un suspiro para mi tierra,
Tendré un suspiro de dulce amor!

III.

Y me desperté llorando,
¡Porque era un sueño tan blando
El sueño que yo tenia!...
Me parece todavía,
Señora, que estoy soñando.
Y es que, á la verdad, no acierto
Si aquel anhelo tan vivo
Ya en mi corazon ha muerto.
Y me parece que escribo
Entre dormido y despierto.
. . . . . .
Dama donosa y gentil,
Por la música arrullada
Que forman, suave y sutil,
Auras de Sierra Nevada
Y murmullos del Genil:
A suplicaros me atrevo
Que si esta tierra de luz,
Donde mis trovas elevo,
Dejais para ver de nuevo
El lindo suelo andaluz,
Hagais de mi simpatía
Hácia sus hijas, alarde,
Que así mi pecho lo ansía,
Por si visito mas tarde
La risueña Andalucía.

(Isla de Cuba.)

EL HIJO DEL DAMUJÍ.

PROTECCION DE MARIA.

—Vas á la guerra, hijo mio,
Y de tus pasos en pós
Quiere salirse del pecho
Mi doliente corazon.

Parte á la lid, hijo, parte,
Y defiende con valor
A riesgo de tu existencia
Tu patria y tu religion:

Y mientras tu pobre madre
Por tu vida ruega á Dios,
Lleva en el pecho la imágen
De la Madre del Señor.

Muchos años, hijo mio,
Muchos años há que yo
Este Santo escapulario
Llevo sobre el corazon:

Él defenderá tu vida
En el campo del honor,
Y esta esperanza en tu ausencia
Consolará mi afliccion.

—Madre, torno de la guerra:
¡Con cuánto, con cuánto amor
Vuelvo á visitar los sitios
Donde mi niñez pasó!

Madre mia, me ha salvado
Tu amorosa prevencion:
Santa y divina defensa
Me dió tu materno amor.

La bala que iba á matarme
En la mas reñida accion,
Rechazada por su influjo
En mi pecho resbaló:

Gracias á tu escapulario
Aun late mi corazon;
Sagrado escudo me diste,
Madre, bendígate Dios.

—Y la madre y el soldado
Abrazándose, á una voz
Exclaman, "bendita sea
La Madre del Salvador."

Coruña—1867.

SEÑORITA DE ***

LA DONCELLA Y EL ARROYUELO.

TRADICION ESCANDINAVA.

A orillas de un arroyuelo
baña sus piés Laura bella,
sentada sobre la alfombra
de una florida pradera.
Arbol secular, frondoso,
su grata sombra proyecta
cual solio que el prado teje
á la que es del prado reina:
y entre el espeso ramaje
que la brisa balancea
asoma con dulce acento
una avecilla parlera,
que con cantos muy sentidos,
así á la niña aconseja:
"Laura hermosa, ten cuidado
no enturbies las aguas esas,
que si se enturbian, el cielo
no se mira mas en ellas."
Vuelve la jóven su vista
curiosa por la sorpresa
y con los ojos de llanto,
que el dolor del alma expresan,
á la avecilla canora
con doliente voz contesta:
"No te aflijas, avecilla,
hoy es intúil tu queja,
que si el arroyo se enturbia
se aclarará con presteza.
Mas cuando me viste un dia
sentada las horas muertas,
junto á un jóven, ¡ay! debiste
entonar tu cantinela,
y rogarle no enturbiara
el alma de la doncella:
porque el alma candorosa
que se enturbia en su carrera
jamás torna ya aclararse,
ni á reflejar la pureza
de ese hermoso azul del cielo
que antes se miraba en ella."

FILIBERTO ABELARDO DIAZ.

LOS VECINOS DE DARLINGEN.

NOVELA DE ENRIQUE CONSCIENCE.

(CONTINUACION.)

Teresa se levantó y se lanzó hácia él con los brazos abiertos; pero retrocedió rechazándola; sin embargo ella desolada luchó contra sus esfuerzos y consiguió echarle los brazos al cuello, teniéndole estrechado contra su corazon con una fuerza irresistible logrando deslizar en su oido algunas palabras que le transformaron de repente, pues al estupor, á la cólera que le tenia poseido, sucedió un profundo abatimiento y un desconsuelo extremo.

Su mujer encantada del efecto de su confidencia se desprendió de su cuello y le miró con una sonrisa llena de súplicas.

Quedó un instante silencioso y luego murmuró:

—Dios mio!... será posible? No soy todavía bastante desgraciado?... Porqué esta nueva tortura? Error ó verdad este acontecimiento nada puede contra la fatalidad inexorable!... Es demasiado tarde!... demasiado tarde!...

Ella procuró, aunque en vano, devolverle el valor; le abrazó de nuevo y repitió mil dulces palabras; pero Pottewal desolado por la conviccion de que nada podia salvarle de la ruina y de la vergüenza alzó los ojos al cielo y exclamó con acento de la mas profunda desesperacion:

—Ya es tarde!... ya es tarde!...

Entonces M.me Pottewal espantada se dejó caer de rodillas y levantando las manos hácia él, exclamó sollozando:

—Francisco!... mi buen Francisco!... volved en vos, vedme á vuestros piés anegada en llanto. ¡Oh! piedad!... piedad para nuestro hijo!... soy culpable, os he hecho mucho mal, cebad en mí vuestra cólera, vuestro odio, pero por amor de Dios no castigueis la falta de la madre, sobre la pobre, sobre la inocente criatura que debe llevar vuestro nombre!... Francisco, Francisco!... escuchadme, sed misericordioso!...

Su esposo arrojó sobre ella una mirada triste. Pareció conmovido brillando una lágrima en sus ojos.

— Gracias!... gracias!... exclamó ella sin levantarse. Perdon, perdon; en adelante os respetaré y viviré para pagaros mi deuda de gratitud. Francisco, ya no soy la misma mujer; os amaré como debe amar una madre al padre de sus hijos y si no es bastante, ordenad, seré vuestra humilde esclava.

Pottewal le tomó las manos y la levantó balbuciendo con voz casi ininteligible:

—Teresa! ah yo os perdono! quiera Dios haceros dichosa sobre la tierra; en cuanto á mí mi suerte está decidida.

Se tapó los ojos y se dejó caer en una silla inundado en lágrimas.

Su mujer se sentó á su lado y poniendo el brazo sobre el hombro de su marido dejó un instante correr sus lágrimas en libertad para decirle despues con insinuante dulzura:

—Francisco, amigo mio, no desespereis; por grande que sea vuestra pérdida no puede haceros enteramente desgraciado; tenemos padres que no nos dejarán sin recursos, volviendo á empezar prudentemente nuestro comercio, hallaremos medios para educar á nuestro hijo. Habitaremos una pequeña casita donde viviremos felices con sincera afeccion, con inalterable amor el uno para el otro y la sonrisa de nuestro hijo la convertirá en un paraiso de alegría y de paz. No creais que mi boca proferirá jamás una queja ni una palabra amarga consagrando toda mi vida á pagaros mi deuda; vamos, amigo mio, tened valor; levantad la cabeza con confianza, un bello porvenir nos sonrie. No lloreis la pérdida de una fortuna, porque hemos recibido al mismo tiempo otra mas preciosa; no temais por mí, ya sabeis que soy fuerte, puedo soportarlo todo, y si era terca en el mal seré enérgica en el bien; os defenderé contra la desgracia, contra el abatimiento, contra el desconsuelo.

—Y contra la vergüenza y el deshonor! murmuró Pottewal con cruel sarcasmo.

—Sed razonable, Francisco, repitió ella; hablad con claridad, dejadme juzgar la extension de vuestra pérdida, pues desde hoy todo debe ser comun entre nosotros. ¡Decís que os amenaza la deshonra, eso es imposible, vos sois incapaz de hacer una cosa vergonzosa!

—¡Mis libros están en desórden, suspiró él; he sido un loco, Teresa! tenia cien negocios á la vez y amontonaba las empresas una sobre otra, corriendo á mi pérdida con los ojos cerrados como si una caida horrible fuera el objeto adonde se dirigian todos mis esfuerzos. En los últimos meses apunté poco ó nada, y si mis acreedores tomasen mis libros y vieran la informalidad que hay en ellos, podrian acusarme ante la autoridad de un estafador y sería castigado porque se supondria que habia hecho una quiebra fraudulenta. ¡Veis, esta sola idea hace correr el sudor por mi frente! ¡Teresa, os he hecho pobre, he deshonrado el nombre de vuestro hijo! perdonadme á vuestra vez!

Por toda respuesta ella le apretó en sus brazos con febril alegría; Pottewal gimió aun, pero su dolor era mas tranquilo, corriendo sus lágrimas en silencio.

—Francisco, exclamó su mujer cuyos ojos radiaban de esperanza; pagando á vuestros acreedores no os perseguirán.

—Imposible! suspiró Pottewal.

—No, no; aun se puede triunfar de la suerte; con valor y fuerza de voluntad se arregla todo. Decidme francamente lo que ha sucedido, y no me oculteis nada.

—La cosa es sencilla, pero terrible; respondió Pottewal. Yo he comprado algunos barcos de granos que aun están en el puerto, contienen millares de millares de hectólitros de trigo; la cotizacion de la mercancía en Amsterdam ha venido con una baja de diez francos por hectólitro, y al mismo tiempo tres casas de banca en Anvers han suspendido sus pagos; de modo que en un solo dia he perdido mas de seiscientos mil francos!

—Seiscientos mil francos!... Cielos! seiscientos mil francos! repitió M.me Pottewal pálida de espanto.

—Además, hoy es el último dia del mes, mañana se hará la liquidacion, y los comerciantes afortunados, corren furiosos por asegurar sus ganancias y no me concederán ni una hora de respiro.

Hubo un momento de penoso silencio.

Vamos, querida mia, dijo Pottewal, seamos razonables, no nos dejemos alucinar por una esperanza engañosa, y tomemos una resolucion antes que sea tarde. Yo partiré esta noche y buscaré refugio en otros paises, para librarme al menos de la prision. Vos abandonareis todo á mis acreedores ¿todo no es verdad? no guardeis nada para que mi nombre quede sin tacha delante de vos y delante de Dios. Vuestros padres no os rechazarán, vivireis con ellos. ¡Ah! sed para mi hijo una buena y tierna madre; yo pediré por vos, y en mi destierro os tendré presentes en la memoria y en el corazon.

Un torrente de lágrimas se escapó de los ojos de Teresa, y sollozando en voz alta, parecia luchar interiormente contra aquella cruel fatalidad.

—No, no; eso no puede ser, dijo ella levantándose. Yo os seguiré hasta el fin del mundo, pero se debe buscar antes el medio de conjurar la afrentosa prision que os amenaza. Vamos, Pottewal, si os prestaran algunos cientos de miles de francos, ¿no podríais conseguir que no os persiguieran vuestros acreedores?

—¿Quién ha de prestar tanto dinero á un comerciante caido?

—Quién? Mi padre.

—Vuestro padre? respondió su esposo con una amarga incredulidad.

—Respondedme, por el amor de Dios! exclamó ella. ¿Cuánto, cuánto necesitais para ganar tiempo y poderos quedar sin peligro hasta que esto esté arreglado?

—Es una enormidad, Teresa, por eso desconfio encontrar quien me pueda prestar lo necesario. ¿Veis la grande baja que llega súbitamente? pues es probablemente producida por manejos de poderosas casas. Los precios continuarán aun en baja durante algun tiempo por consecuencia del pánico general. Si hubiera de realizar en seguida la gran cantidad de granos que tengo, sufriria una enorme pérdida, pero si por el contrario pudiera esperar al alza que es infalible, no sería tan grande y quizá podríamos, sacrificando todo lo que poseemos, satisfacer íntegramente á nuestros acreedores.

—Pero cuánto, cuánto se necesita? ¡oh Francisco, me haceis sufrir cruelmente; exclamó M.me Pottewal que apenas podia contener su impaciencia.

—No lo espereis, amiga mia; podria ganarse tiempo en el caso que yo hallase una suma de doscientos mil francos para pagar la diferencia de mis compras á crédito; pero estos doscientos mil francos los necesito inmediatamente, esta tarde ó mañana á primera hora en plata ó billetes de banco y no creo hallar ni aun la mitad de esta suma. Sometámonos, pues, á la suerte.

—Ah! yo no me desaliento tan fácilmente, exclamó Teresa con una sonrisa llena de confianza. Mi padre vendrá en nuestra ayuda.

—Vuestro padre? Pedidle la vigésima parte de esa suma y os la negará impíamente; y desde luego, Teresa, dirá que no tiene dinero disponible..

—Él tiene crédito y amigos banqueros á quienes puede pedir garantizando con sus propiedades.

Ella le apretó las manos y añadió con viveza:

—Francisco, mi querido amigo, dejadme hacer; yo voy á casa de mi padre, derramaré á sus piés lágrimas de sangre y él salvará del deshonor el nombre de mi hijo. Prometedme tener tranquilidad y confianza y no marcharos de casa antes de que yo vuelva. ¿Me lo prometeis?

Ella le estrechó entre sus brazos y salió de su casa corriendo con una alegría febril.

—Esperad; ¡oh! yo os he hecho sufrir mucho; pero Dios me da el medio de comenzar la expiacion. ¡Yo os salvaré! yo os salvaré!

V.

—Julia; ¿qué significa esta alegría excesiva? ¿Teneis alguna feliz noticia que comunicarme? Alguna niñería sin duda. Si al menos ese imbécil de Pottewal hubiera ganado medio millon ó mas, en este caso comprenderia vuestra emocion.

Así hablaba Romys á su mujer que habia corrido á su encuentro en el vestíbulo y le habia seguido al salon con vivas demostraciones de júbilo.

—Bonifacio, vos os alegrareis como yo, porque Dios há bendecido la union de nuestra hija, exclamó la anciana señora cuyos ojos brillaban de felicidad.

—Qué quereis decir con eso?

—Ah! que Teresa será madre.

—Bah! Y qué ha podido haceros creer esto?

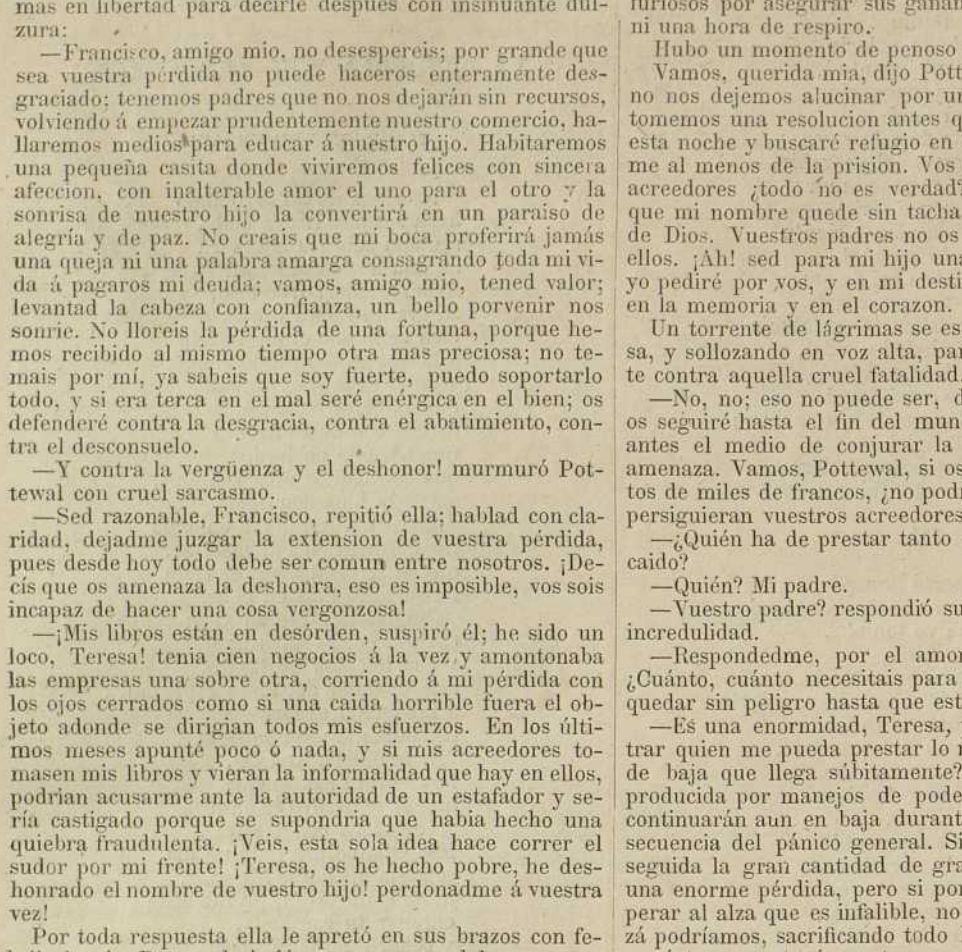
—Es cierto, Bonifacio, sin ningun género de duda.

—Sí, pues me dais una buena noticia! Estais por eso casi loca de alegría, pues comprendeis mal los deseos de la familia.

—Pero, Romys, reflexionad sin embargo. La suerte de nuestra pobre Teresa era penosa; en su matrimonio solo reinaba la aversion, el odio, la desgracia y la discordia. Hay un vacío entre ella y su marido, ese vacío se llenará y serán felices.

(*Se continuará.*) FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

EL SALTO DEL CABALLO.



Principia en la casilla que tiene la sílaba **Mue** y concluye en la que contiene la sílaba **bol.**

Lo creemos muy conveniente.

Sabemos de una manera positiva, que á primeros de Octubre próximo se inaugurará en esta capital el Instituto de señoritas, dirigido por las religiosas del *Amor de Dios*.

Muy pronto se darán al público los prospectos de dicho Instituto, donde la enseñanza, á la par que sólida, estensa y al nivel de los mejores colegios de Europa, se encontrará al alcance de todas las fortunas.

Parece que habrá tambien una seccion consagrada á la educacion de niñas párvulas.

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE FULARD LISO, orlado con un cordon grueso de seda del mismo color; por ambos lados, desde la cintura, dos rulós de fulard blanco; del ruló colocado mas anteriormente parten unas puntas cortadas de la misma tela que el trage, forradas de gasa rígida, y orladas con un ruló de tafetan blanco; estas puntas están puestas de modo que la inferior carga un poco sobre la que está inmediatamente encima. El cinturon lleva el mismo adorno, pero con las puntas hácia arriba. El corpiño montante se cierra con botones forrados de tafetan blanco. La sisa de la manga se guarnece con dos filas de puntas, y el puño con una fila.

TRAGE DE DEBAJO DE TAFETAN BLANCO. Trage de encima de gasa de Chamberí blanca, adornado con tres bullonados, los cuales, despues de haber guarnecido el borde inferior en todo el contorno de la enagua, suben en espiral, aumentando de volúmen por abajo, y disminuyendo hácia el corpiño; aquí, y sin interrupcion, estos tres bullonados forman una berta, en todas partes van estos salpicados de ramas de rosas con su follage.

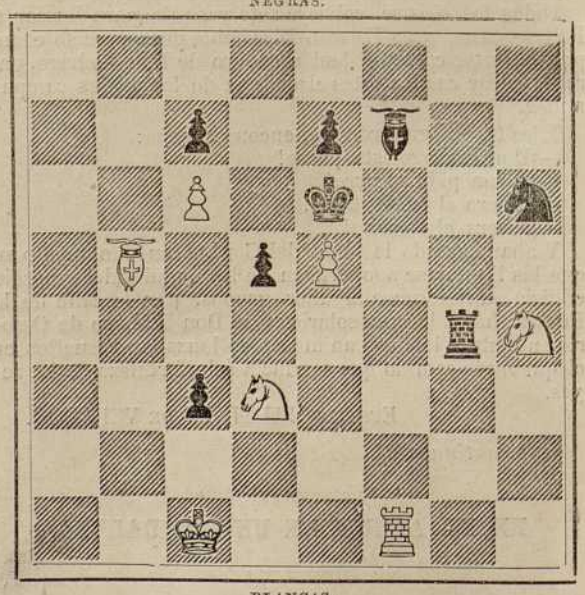
PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 97.

Blancas.	*Negras.*
1.ª R.ª 5.ª A.R.ª	Una de las T. jaque.
2.ª R.ª toma T. jaque-mate.	

PROBLEMA N.º 98, COMPUESTO POR ROBERTO BRAUNE.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 5 jugadas.

DIRECTOR, D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ, 1867. — IMPRENTA Y LIT. DE LA REVISTA MÉDICA, á cargo de D. Federico Joly y Velasco, Bomba n. 1.

LA MODA ELEGANTE

AÑO XXVI. **PERIODICO DE LAS FAMILIAS.** NUM. 35.

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin, y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs....Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs....Seis meses, 65...Tres meses, 35...Un mes, 12.

Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs.... Seis meses, 42... Tres meses, 22... Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

PROPIETARIO: **Don Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes...Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Libreria de Don C. Bally-Bailliere, plaza del Principe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tánago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux
BUENOS AIRES, Don Federico Real y Prado.

Sumario. —Manteleta para Otoño.—Velo de butaca de tul y frivolité.—Trage para niña de 4 á 6 años.—Botin á punto de aguja para niño de 1 á 2 años.—Tapete para limpiar las planchas.—Ocho viñetas.—Cuatro entredoses.—Entredos de guipur sobre red.—Cabo de corbata.—Rosácea al crochet.—Trage de popelina color castaño.—Trage de pelo de cabra verde claro.—Trage de tafetan gris.

Elena de Ossorio: conclusion.—Al insigne poeta D. José Zorrilla.—A Él.—Los vecinos de Darlingen.—Solucion del Salto del caballo.—Problemas de ajedrez.—Advertencia.

Velo de butaca de tul y frivolité.

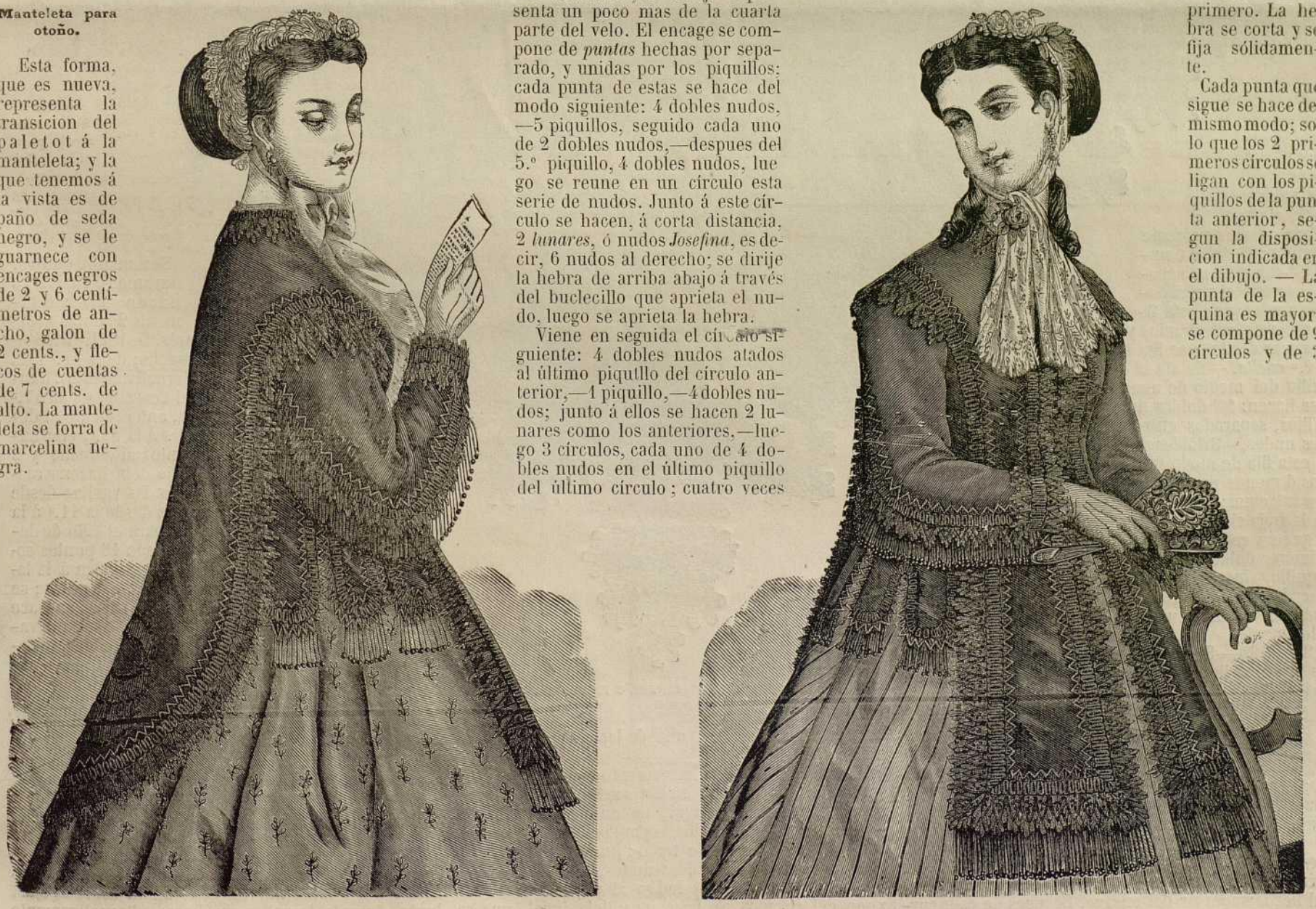
El fondo es de tul grueso; el salpicado y el encage que lo circuye son de *frivolité* que se ejecuta con algodon grueso, y que se aplica luego sobre el tul: nuestro modelo tiene 64 centímetros en cuadro; el dibujo representa un poco mas de la cuarta parte del velo. El encage se compone de *puntas* hechas por separado, y unidas por los piquillos: cada punta de estas se hace del modo siguiente: 4 dobles nudos,—5 piquillos, seguido cada uno de 2 dobles nudos,—despues del 5.° piquillo, 4 dobles nudos, luego se reune en un círculo esta serie de nudos. Junto á este círculo se hacen, á corta distancia, 2 *lunares*, ó nudos *Josefina*, es decir, 6 nudos al derecho; se dirije la hebra de arriba abajo á través del buclecillo que aprieta el nudo, luego se aprieta la hebra.

Viene en seguida el círculo siguiente: 4 dobles nudos atados al último piquillo del círculo anterior,—1 piquillo,—4 dobles nudos; junto á ellos se hacen 2 lunares como los anteriores,—luego 3 círculos, cada uno de 4 dobles nudos en el último piquillo del último círculo; cuatro veces seguidas 2 dobles nudos, separados por un piquillo,—1 piquillo,—4 dobles nudos. Despues de terminado el tercer círculo, se hace otro lunar, se ata la hebra entre los dos últimos lunares que se han hecho, se hace otro lunar, luego un círculo igual al 2.° de esta punta; otros 2 lunares atados á los lunares correspondientes—1 círculo como el primero. La hebra se corta y se fija sólidamente.

Cada punta que sigue se hace del mismo modo; solo que los 2 primeros círculos se ligan con los piquillos de la punta anterior, segun la disposicion indicada en el dibujo. — La punta de la esquina es mayor; se compone de 9 círculos y de 3

Manteleta para otoño.

Esta forma, que es nueva, representa la transicion del paletot á la manteleta; y la que tenemos á la vista es de paño de seda negro, y se le guarnece con encages negros de 2 y 6 centímetros de ancho, galon de 2 cents., y flecos de cuentas de 7 cents. de alto. La manteleta se forra de marcelina negra.



MANTELETA PARA OTOÑO, VISTA DE LADO Y DE FRENTE.

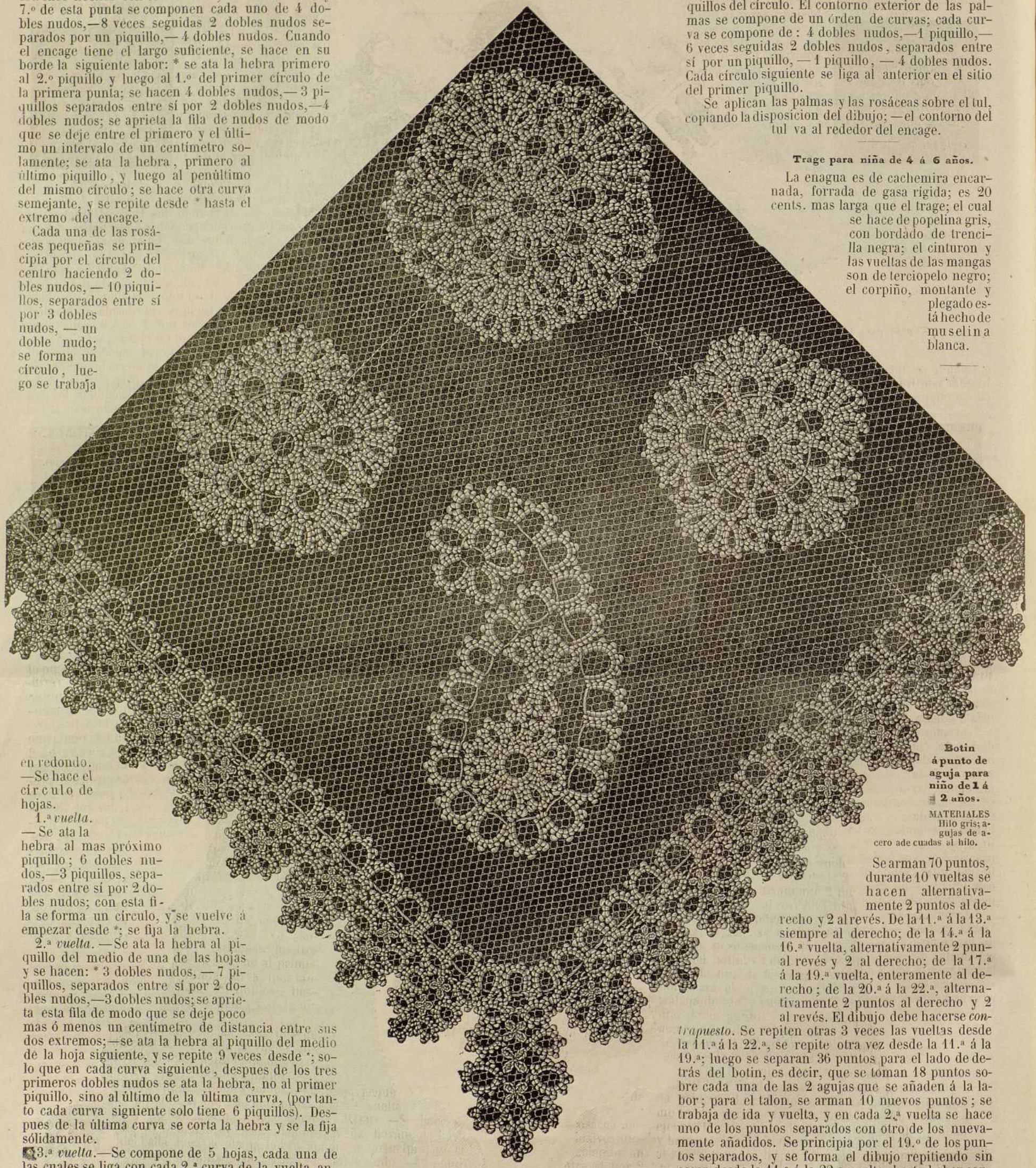
estrellas hechas con los lunares; los círculos 3.º y 7.º de esta punta se componen cada uno de 4 dobles nudos,—8 veces seguidas 2 dobles nudos separados por un piquillo,— 4 dobles nudos. Cuando el encage tiene el largo suficiente, se hace en su borde la siguiente labor: * se ata la hebra primero al 2.º piquillo y luego al 1.º del primer círculo de la primera punta; se hacen 4 dobles nudos,— 3 piquillos separados entre sí por 2 dobles nudos,—4 dobles nudos; se aprieta la fila de nudos de modo que se deje entre el primero y el último un intervalo de un centímetro solamente; se ata la hebra, primero al último piquillo, y luego al penúltimo del mismo círculo; se hace otra curva semejante, y se repite desde * hasta el extremo del encage.

Cada una de las rosáceas pequeñas se principia por el círculo del centro haciendo 2 dobles nudos, — 10 piquillos, separados entre sí por 3 dobles nudos, — un doble nudo; se forma un círculo, luego se trabaja en redondo. —Se hace el círculo de hojas.

1.ª *vuelta*. — Se ata la hebra al mas próximo piquillo; 6 dobles nudos,—3 piquillos, separados entre sí por 2 dobles nudos; con esta fila se forma un círculo, y se vuelve á empezar desde *; se fija la hebra.

2.ª *vuelta*. —Se ata la hebra al piquillo del medio de una de las hojas y se hacen: * 3 dobles nudos, — 7 piquillos, separados entre sí por 2 dobles nudos,—3 dobles nudos; se aprieta esta fila de modo que se deje poco mas ó menos un centímetro de distancia entre sus dos extremos;—se ata la hebra al piquillo del medio de la hoja siguiente, y se repite 9 veces desde *; solo que en cada curva siguiente, despues de los tres primeros dobles nudos se ata la hebra, no al primer piquillo, sino al último de la última curva, (por tanto cada curva signiente solo tiene 6 piquillos). Despues de la última curva se corta la hebra y se la fija sólidamente.

3.ª *vuelta*.—Se compone de 5 hojas, cada una de las cuales se liga con cada 2.ª curva de la vuelta anterior. Se ata la hebra al primer piquillo de una curva y se hace la siguiente hoja: 6 dobles nudos, — 3 piquillos separados entre sí por 2 dobles nudos, — 6 dobles nudos; se ata la hebra al piquillo mas próximo de la misma curva. Se hacen otras 4 hojas iguales; pero las 3 del medio tienen 5 dobles nudos en vez de 6. Despues de cada hoja se ata la hebra al piquillo mas próximo. Está terminada una rosácea pequeña; la gran rosácea del centro del velo es igual á esta, pero tiene una vuelta mas, que forma el contorno exterior, y se compone de curvas iguales á las del borde superior del encage. Despues de cada curva se ata la hebra al piquillo correspondiente de una hoja pequeña, ó bien á una de las curvas libres de la 2.ª vuelta.



VELO DE BUTACA DE TUL Y FRIVOLITÉ.

Palma.—Se hace primeramente una rosácea pequeña, llevándola hasta su 2.ª vuelta inclusive, luego se principia un círculo de nuevo haciendo un doble nudo, — 6 piquillos separados entre sí por 2 dobles nudos,— 1 doble nudo; junto á este se hace la hoja siguiente: 3 dobles nudos,— 1 piquillo, — 2 dobles nudos; se ata la hebra al piquillo mas próximo del círculo. Se hace otra hoja igual, que se ata á la hoja mas próxima de la rosácea, — luego otras 3 hojas las cuales se atan solamente á los piquillos del círculo. El contorno exterior de las palmas se compone de un órden de curvas; cada curva se compone de: 4 dobles nudos,—1 piquillo,— 6 veces seguidas 2 dobles nudos, separados entre sí por un piquillo, — 1 piquillo, — 4 dobles nudos. Cada círculo siguiente se liga al anterior en el sitio del primer piquillo.

Se aplican las palmas y las rosáceas sobre el tul, copiando la disposicion del dibujo; —el contorno del tul va al rededor del encage.

Trage para niña de 4 á 6 años.

La enagua es de cachemira encarnada, forrada de gasa rígida; es 20 cents. mas larga que el trage; el cual se hace de popelina gris, con bordado de trencilla negra; el cinturon y las vueltas de las mangas son de terciopelo negro; el corpiño, montante y plegado está hecho de muselina blanca.

Botin á punto de aguja para niño de 1 á 2 años.

MATERIALES Hilo gris; agujas de acero ade cuadas al hilo.

Se arman 70 puntos, durante 10 vueltas se hacen alternativamente 2 puntos al derecho y 2 al revés. De la 11.ª á la 13.ª siempre al derecho; de la 14.ª á la 16.ª vuelta, alternativamente 2 punal revés y 2 al derecho; de la 17.ª á la 19.ª vuelta, enteramente al derecho; de la 20.ª á la 22.ª, alternativamente 2 puntos al derecho y 2 al revés. El dibujo debe hacerse *contrapuesto*. Se repiten otras 3 veces las vueltas desde la 11.ª á la 22.ª, se repite otra vez desde la 11.ª á la 19.ª; luego se separan 36 puntos para el lado de detrás del botin, es decir, que se toman 18 puntos sobre cada una de las 2 agujas que se añaden á la labor; para el talon, se arman 10 nuevos puntos; se trabaja de ida y vuelta, y en cada 2.ª vuelta se hace uno de los puntos separados con otro de los nuevamente añadidos. Se principia por el 19.º de los puntos separados, y se forma el dibujo repitiendo sin cesar desde la 11.ª á la 22.ª vuelta, hasta haber consumido los 18 puntos. Para la otra mitad del talon se toma el lado de debajo de los puntos por los que se ha principiado el botin, y se hace la labor del mismo modo, pero en sentido opuesto. —En seguida se ejecuta la pala con todos los puntos, de ida y vuelta, y haciendo alternativamente 2 puntos al derecho y 2 al revés, luego se repite 5 veces desde la 11.ª á la 22.ª vuelta, y en cada 4.ª de ellas se hacen, despues del primer punto y antes del último, 2 puntos juntos. La última vuelta tiene todavía 24 puntos. Los de orilla del borde inferior se levantan sobre agujas, luego, durante 4 vueltas, se hacen alternativamente un punto al derecho y uno al revés, despues se des-

monta no muy apretado, empleando una hebra doble para dar mas firmeza al contorno. Respecto á los dientes del lado del botin, que forman su borde y se fijan por botoncitos de nacar, se arman 35 puntos (sin incluir los 2 de orilla), y se labra la 1.ª vuelta al revés y en seguida se hace la

VIÑETA N.º 1.

2.ª *vuelta*.—Se levanta el punto de orilla, * uno al derecho.—1 echado, —1 al derecho,—2 al derecho que se hacen juntos al sesgo, luego 2 al derecho hechos juntos,—1 al derecho,—1 echado. Vuélvase cuatro veces desde *. Se repiten estas 2 vueltas otras tres veces, luego una vuelta al revés; se desmonta y se fija esta orla siguiendo las indicaciones del dibujo. Una tira de piel, de 5 centímetros de largo y 4 de ancho, se pone debajo del botin.

Tapete para limpiar las planchas.

CROCHET.

Cuando se aplancha lienzo almidonado, hay que limpiar con frecuencia la plancha, que de lo contrario se engrasa y no permite adelantar el trabajo. El tapete cuyo dibujo publicamos está destinado á este uso. Se le hace con hilo gris sobre bramante, el cual forma los buclecillos de relieve que hacen de este tapete una especie de rallo, sobre el que se frota la plancha. Este tapete tiene 30 centímetros de largo y 20 de ancho; se hace por consiguiente una cadeneta de 30 centímetros de largo, y tomando el bramante, se ejecuta el crochet rayado, el cual se compone, como es sabido, de puntos sencillos, hechos picando siempre el crochet en el lado de detrás de los puntos que forman la vuelta anterior; en cada 2.ª vuelta se tira un poco del bramante despues de cada 5.º punto para formar los buclecillos de relieve, los cuales deben contraponerse. El tapete lleva al rededor la orla siguiente hecha sin bramante.

VIÑETA N.º 2.

1.ª *vuelta*.—Un punto sencillo en uno de los del contorno; * se conserva sobre el crochet el buclecillo del que se acaba de hacer, sin emplearlo por el momento. En el punto siguiente se hace un *lunar* compuesto de bridas, es decir, 2 bridas, —3 dobles bridas,—2 bridas, y cuando está terminada la última, se vuelve á tomar la hebra para pasarla á la vez por el último buclecillo del lunar, y por el que precede á este lunar, —un punto sencillo en el punto siguiente. Vuélvase desde *.

VIÑETA N.º 3.

2.ª *vuelta*.—Una brida en el primer punto de la vuelta anterior,—* 3 puntos en el aire, por debajo de los cuales se pasa un lunar por el siguiente punto sencillo, y reservando el buclecillo que resulta de la brida se hacen 3 dobles bridas,—3 triples bridas, —2 dobles bridas,—una brida, y despues de esta se pasa la hebra tambien por el buclecillo reservado. Vuélvase desde *.

Ocho viñetas.

Se emplearán estos dibujos para adornar corbatas, esquinas de pañuelos, de cuellos ó de puños; se las ejecuta á punto ruso: con algodon ó con seda negra ó de color. Estos dibujos aislados servirán tambien para adornar cuadritos de percal ó lienzo fino, se asocian á cuadros de red, ó crochet, ó guipur sobre red, para velos de butaca, tiras de sofá, etc.

VIÑETA N.º 4.

Cuatro entredoses.

RED Y CROCHET.

Estos entredoses ofrecen otro nuevo género de

TRAGE PARA NIÑA DE 4 A 6 AÑOS.

labor, muy fácil de ejecutar; convienen para ropa blanca de niños, enaguas blancas, guarniciones de cortinas, etc.

El fondo es de red; se ejecuta el largo necesario, es decir, que se arma el número de mallas necesario para el largo del entredos, empleando un molde mas ó menos grueso, segun el uso á que se destina.

Es fácil calcular el número de mallas de red, contando los puntos hechos al crochet, destinados á unir las tiras hechas de red. El n.º 1 se compone de cinco vueltas de red; el número 2 de 7 vueltas hechas sobre un molde de centímetro y medio de circunferencia. El n.º 4 es tambien de 5 vueltas, pero las 2 mas anchas se ejecutan sobre un molde de 2 centímetros de circunferencia, que se emplea tambien para el número 3.

VIÑETA N.º 5.

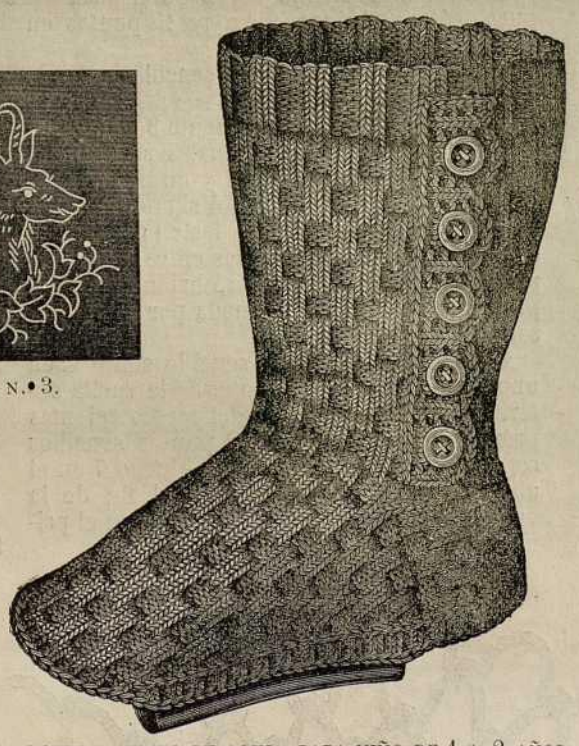
Cuando se ha terminado el fondo de uno de los entredoses, se reunen dos tiras al crochet haciendo un punto-cadeneta sobre cada hebra de una malla de red; la hebra de la labor de crochet se encuentra debajo de las mallas de la red; se hacen estos puntos-cadenetas sobre ámbos lados de cada nudo de la red. A cada lado del fondo de red se hace además una vuelta de puntos sencillos, ejecutados sobre cada primera vuelta y sobre cada última de la red. Para los entredoses n.ºs 1, 2 y 3, cada punto sencillo va seguido de uno en el aire.

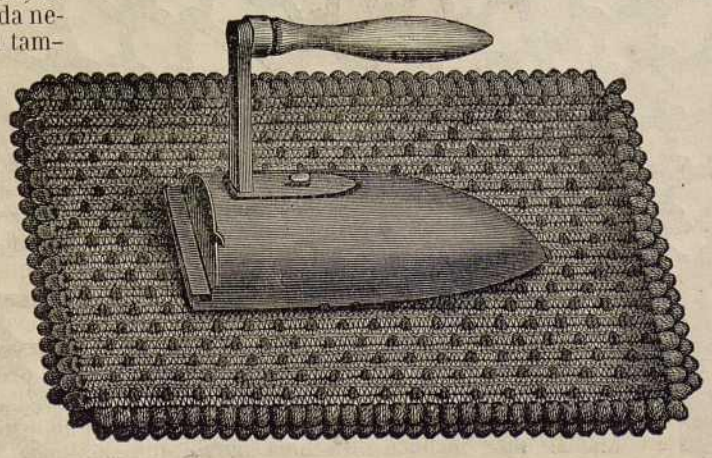
Se borda la red al zurcido con algodon ó hilo; dibujos especiales reproducen la ejecucion de los números 2 y 3, en tamaño mayor para facilitar el trabajo; en ellos se encontrará la indicacion de los puntos de crochet, que reunen 6 á 6 las hebras de la red.

Entredos de guipur sobre red.

Se empleará este entredos en adornos para todos los objetos de ropa blanca. La red se ejecuta con hilo corazon de lino n.º 90, sobre un molde de dos tercios de centímetro de circunferencia. Se principia por 2 mallas, y en las 5 primeras vueltas se encuentra una al fin de cada vuelta. Despues de la 5.ª el entredos tiene el ancho necesario, y en adelante se hace alternativamente al fin de una vuelta una malla mas, —al fin de la siguiente una malla menos, de modo que el aumento, así como la disminucion, se verifican siempre hácia el mismo lado. Así se continúa hasta que el entredos tenga el largo que se desea.—Para terminarlo en línea recta, se disminuye una malla al fin de cada vuelta, hasta tener solo 2 mallas. Se borda en seguida esta red á *punto de esprit* y *punto de zurcido*, cuyos dibujos hemos publicado muchas veces. Se festonea el entredos por ámbos lados sobre el objeto que ha de adornar.

VIÑETA N.º 6.


BOTIN A PUNTO DE AGUJA PARA NIÑO DE 1 A 2 AÑOS.


TAPETE PARA LIMPIAR LAS PLANCHAS.

VIÑETA N.º 7.

Cabo de corbata.

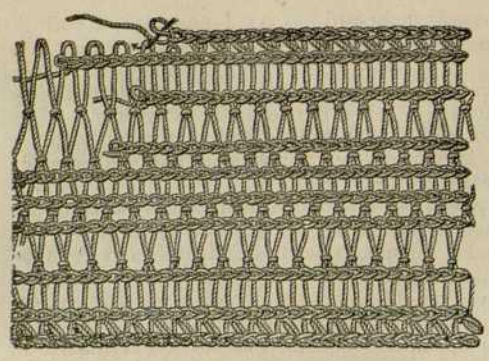
Nuestro modelo, hecho de tafetan rosa vivo, va adornado en ámbos cabos con un cuadro de guipur sobre red, hecho con torzal negro de seda.

Para ejecutar este cuadro se hace primeramente el fondo de red, empleando un molde que tenga medio centímetro de circunferencia á lo mas. Se principia por 2 mallas y se aumenta una al fin de cada una de las 10 primeras vueltas; se hace en seguida una vuelta con el mismo número de mallas; luego se disminuye una malla al fin de cada una de las 10 vueltas siguientes. Se borda este fondo al zurcido, luego se le rodea con 2 vueltas de puntos sencillos hechos al crochet, creciendo un poco en cada esquina; se orla luego este cuadro con un encage de *frivolité*, que se compone de una vuelta formada de círculos; para cada círculo se hacen 2 dobles nudos,—6 piquillos separados entre sí por 2 dobles nudos,—despues del último piquillo otros 2 dobles nudos. Se une este encage al cuadro haciendo, por el revés, al crochet, puntos para los cuales se pica siempre el crochet en los 2 piquillos del medio de cada círculo.

Rosácea al crochet.

Se podrá emplear esta rosácea para cu-

VIÑETA N.º 8.



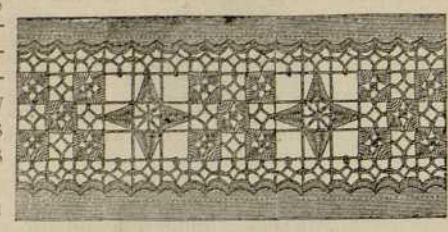
N.º 1.—ENTREDOS (REPS Y CROCHET).

brir un acerico, ó bien para otros usos, colocando varias cosidas entre sí, y rellenando los vacíos con otras mas pequeñas.

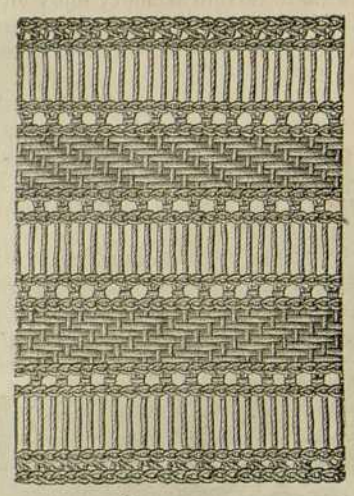
Se principia por el centro haciendo 4 puntos en el aire, y el último de los cuales se reune con el primero; la 1.ª vuelta hecha sobre este circulito se compone de 9 bridas, separadas entre sí por 3 puntos en el aire; al principio se hacen 3 puntos en el aire como primera brida; al fin un punto en el primero del feston compuesto de puntos en el aire.

2.ª *vuelta.*—2 puntos sencillos separados por 4 en el aire sobre cada feston de puntos en el aire de la vuelta anterior, y en seguida 6 en el aire. Al fin de la vuelta uno sencillo en el sencillo que precede al mas próximo de la 1.ª vuelta, y volviendo atrás, un punto sencillo en cada uno de los 4 puntos del último feston.

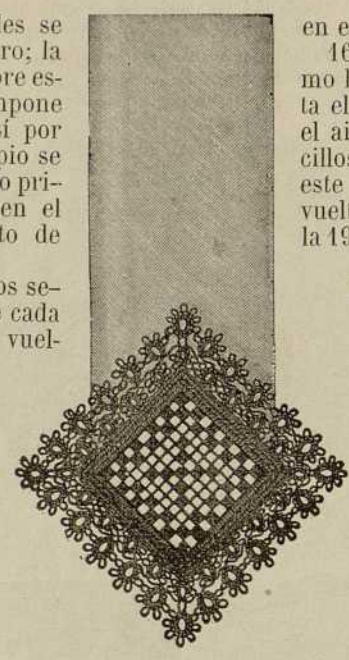
3.ª *vuelta.*—Sobre cada feston de 6 puntos en el aire 2 sencillos separados por 4 en el aire.—en seguida 7 en el aire. Al fin de esta vuelta y de las 2 siguientes se procede como al fin de la 2.ª, pero aumentando cada vez en un punto el número de los hechos hácia atrás.



ENTREDOS DE GUIPUR SOBRE RED.



N.º 3.—ENTREDOS.



CABO DE CORBATA.

4.ª y 5.ª *vueltas.*—Como la 3.ª, pero en la 4.ª vuelta 8 puntos en el aire, y en la 5.ª 9, en vez de los 7 de la vuelta anterior.

6.ª *vuelta.*—En cada punto uno sencillo.

7.ª *vuelta.*—* Sobre los pequeños festones de la 5.ª vuelta y los puntos sencillos hechos por encima, se hacen 4 bridas, separadas entre sí por 3 puntos en el aire; la primera de estas bridas está formada por un punto sencillo y 2 en el aire,—3 puntos en el aire, por debajo de los cuales se pasan 4 puntos de la vuelta anterior,—1 sencillo,—3 en el aire, Vuélvase 8 veces desde *.

8.ª *vuelta.*—* Un punto sencillo sobre cada uno de los 3 mas próximos en el aire, —sobre el feston siguiente 6 bridas separadas entre sí por 3 puntos en el aire, y la 1.ª brida formada por un punto sencillo y 2 en el aire, —3 en el aire, por debajo de los cuales se pasan 8 puntos de la vuelta anterior,—uno sencillo sobre el mas próximo sencillo de la vuelta anterior,—3 en el aire. —Vuélvase 8 veces desde *. Al fin de la vuelta un punto sencillo en el primer punto del primer feston, — Se ata la hebra y se la corta.

9.ª *vuelta.*—* Sobre el feston de puntos que se encuentra entre las 2 bridas del medio de las seis, 5 puntos en el aire, por los cuales se pasan 12 en el aire,—1 sencillo sobre el mas próximo de la vuelta anterior,—5 en el aire.—Vuélvase 8 veces desde *.

10.ª *vuelta.* —Sobre cada uno de los 4 primeros puntos 1 sencillo; en cada uno de los festones del medio de los 3 pequeños festones, compuestos de 3 puntos en el aire, se hacen 3 bridas, la primera formada de un punto sencillo y de 2 en el aire,—despues de las 3 bridas, siempre 17 puntos en el aire.

11.ª *vuelta.* — Un punto sencillo en cada punto.

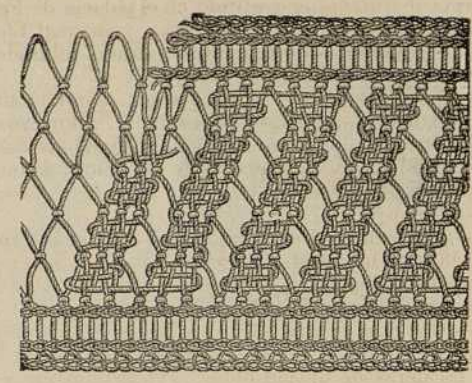
12.ª *vuelta.*—Alternativamente 3 puntos en el aire, por debajo de los cuales se pasa un punto de la vuelta anterior, y un punto sencillo sobre cada uno de los 4 siguientes.

13.ª *vuelta.*—Sobre cada feston de puntos en el aire 4 bridas separadas entre sí por tres puntos en el aire; la primera brida al principio de la vuelta, está formada por un punto sencillo y 2 en el aire.

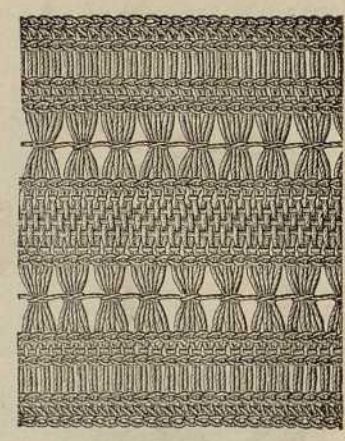
14.ª *vuelta.*—Un punto sencillo sobre cada uno de los 4 primeros puntos de la vuelta anterior.—* Sobre el feston del medio del mas próximo grupo de bridas: 2 puntos sencillos separados por 4 en el aire, —luego 7 en el aire. —Vuélvase desde * hasta el fin de la vuelta, y entonces un punto sencillo en el primer punto de la vuelta.

15.ª *vuelta.* — Un punto sencillo sobre cada uno de los 4 mas próximos puntos del último feston (hacia atrás por consiguiente), y luego, sobre cada gran feston, 2 puntos sencillos, separados por 4 en el aire,—8 en el aire.

16.ª á 19.ª *vueltas.* — Como la 15.ª; pero se aumenta el número de puntos en el aire despues de los sencillos separados por los 4 en el aire; este aumento es de un punto en las vueltas 16, 17 y 18, y de 3 puntos en la 19.



N.º 2.—ENTREDOS.



N.º 4.—ENTREDOS.

ELENA DE OSSORIO.

(CONCLUSION.)

XII.

Y la campana de alarma del palacío de Fuensierra seguia tañendo misteriosa y lúgubre.

Porque Elena luchaba aún, sin ser vencida, con el miserable Omaña.

Pero sus fuerzas se agotaban, sus ojos se oscurecian, su frente sentia el desvanecimiento del vértigo...

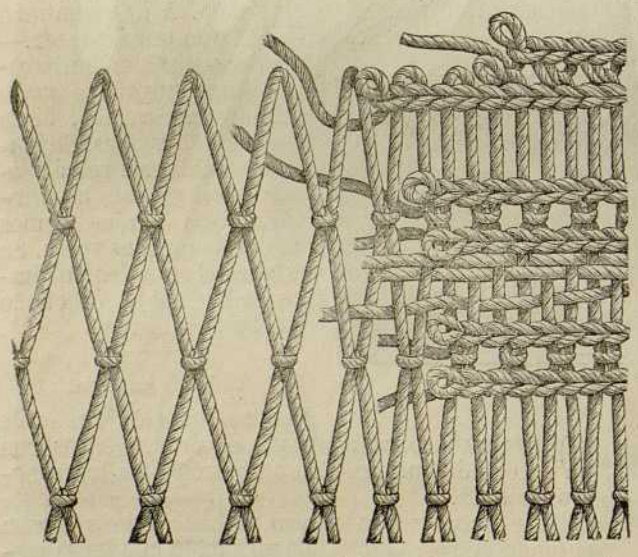
De pronto brilló un relámpago de alegria en la mirada chispeante de la animosa doncella.

Habia visto el cordon de la campana salvadora, que oscilaba delante de la puerta del oratorio de su padre.

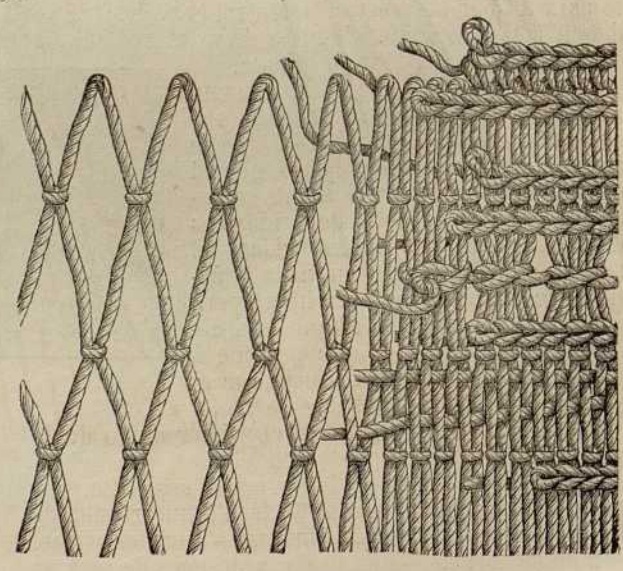
Aquella campana, cuyos sonidos comprendian los burgaleses todos, era el áncora de salvacion que le deparaba la providencia en trance tan amargo.

—¡Gracias, Dios mio, gracias!...— murmuró la jóven, con acento de gratitud inmensa.

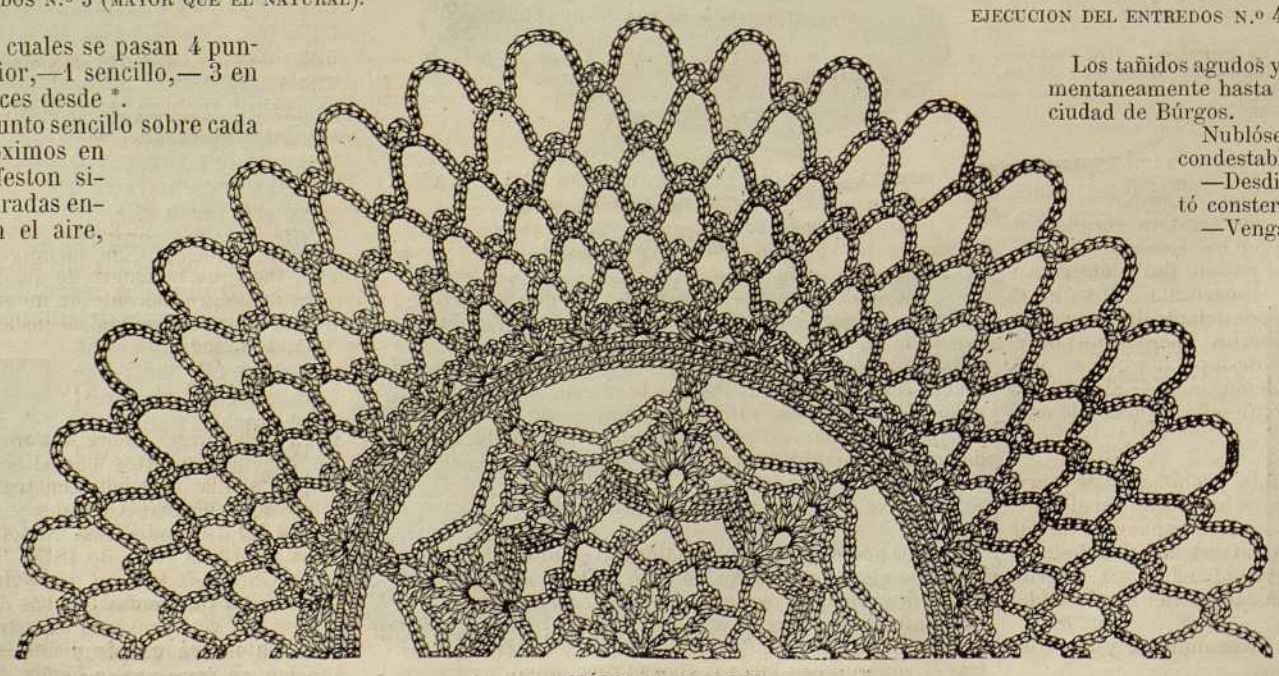
Hízose arrastrar por el de Omaña hasta el sitio deseado, alzóse luego sobre las puntas de los piés, cogió con ambas manos la cuerda salvadora y la sacudió repetidas veces con violencia inusitada.



EJECUCION DEL ENTREDOS N.º 3 (MAYOR QUE EL NATURAL).



EJECUCION DEL ENTREDOS N.º 4 (MAYOR QUE EL NATURAL).



ROSÁCEA AL CROCHET.

Los tañidos agudos y vibrantes se extendieron momentaneamente hasta los límites mas lejanos de la ciudad de Búrgos.

Nublóse la frente del favorito del condestable.

—Desdichada! ¿Qué haceis?—preguntó consternado.

—Vengarme!... respondió la esforzada Elena, sacudiendo con mas brio la cuerda de la campana.

Don Diego de Omaña, que conocia el odio instintivo que le profesaban los habitantes de Búrgos, por él vendidos, por él humillados, por él reducidos en aquellos aciagos dias á la miserable condicion de esclavos del condestable de Castilla, cobarde como todos los criminales, pensó instantáneamente en el grave peligro que corria su existencia si el menos rencoroso de los vecinos de

Búrgos le hubiese encontrado en el palacio de Fuensierra, asaltando la honra de la pudorosa y virginal Elena.

—¡Maldicion!— exclamó desesperado, soltando á su víctima.

—¡No os ireis!...— gritó la jóven, agitando sin cesar el cordon de la campana.— ¡Miserable!... Ahora yo soy libre, vos sois el prisionero... Vos, que pretendiais darme la libertad de mi padre al precio de mi honra, dádmela ahora al precio de vuestra vida.

—¡Imposible!

—¿Imposible? ¡Dádmela!... Ved que llegan gentes en mi ayuda y os matarán sin escrúpulos en el mismo lugar de vuestras violencias... ¡á los piés de vuestra víctima!

—¡Imposible! ¡imposible!...

—¡Oh! Sois el mas vil de los hombres!... Quereis matar al padre de mi vida y queriais presentarme sin honra en las escaleras de un patíbulo... ¡No os ireis, no! porque á donde quiera que fuéreis, allí iré yo, siguiendo vuestros pasos, y os llamaré ¡asesino! ¡asesino! ¡asesino!

Don Diego rugia, como ruge una pantera encadenada cuya cólera excita el populacho con hierros candentes.

Fácil le hubiera sido salir del palacio de Fuensierra y cruzar sin recelo y sin levantar sospechas, cubierto hasta las cejas con su negro tabardo, por delante de los criados del conde que custodiasen las puertas; ¿pero cómo podria sujetar la lengua de una mujer desesperada que se proponia seguirle á todas partes, denunciándole al oido y á la venganza de los irritados burgaleses y llamándole asesino de su hidalgo padre?...

Y era preciso resolverse.

Oíanse pasos lejanos y un ruido prolongado de abrir y cerrar puertas en las habitaciones interiores del alcázar.

Y se oia tambien el bramido sordo é imponente de las turbas exaltadas que venian á la carrera, arrollando todo, á guisa de torrente impetuoso, y pidiendo á voz en grito la libertad de Don Rodrigo y la cabeza del condestable.

La ira ahogaba al de Omaña.

Sus ojos resplandecieron con furor siniestro y sus crispadas manos empuñaron una daga...

Dió algunos pasos hácia la puerta y la niña le siguió gritando:

—¡Asesino! ¡asesino!

—¡Elena!...— dijo Don Diego con voz trémula.

—¡Asesino!

—¡Piedad para vos!...— exclamó el insensato suplicante.

—¿Ois los pasos? ¡Ya llegan! ¡ya están aquí!...— respondió la jóven con alegria histérica.

Extremecióse el favorito como si hubiese sentido en su garganta la picadura de una serpiente.

Quiso huir y Elena le seguia implacable: intentó salvar la puerta de la cámara y la niña corrió tambien tras de sus pasos.

Y oíanse muy cerca las voces de las gentes que acudian y los clamores del pueblo alborotado, sediento de venganza y exterminio, que se apiñaba en compactas masas delante de las puertas del palacio.

Una lengua de fuego cruzó por sus ojos.

—¡Maldicion sobre mí!— rugió el miserable.

Y levantó la daga sobre el cuello de su víctima, vaciló un momento, volvió la cabeza... y clavó el puñal en el seno de la pobre niña.

—¡Asesino! ¡asesino!— murmuró la doncella con voz apagada, al ver brillar en las manos del favorito el arma homicida.

La sangre corrió en abundancia y Elena cayó desplomada, como si todas las fuerzas de su espíritu se hubiesen escapado en aquellas últimas palabras.

Omaña desapareció precipitadamente, salvando á grandes pasos la sombria escalera del palacio de Fuensierra.

XIII.

Y á los pocos momentos señalóse en el umbral de la estancia la gigantesca figura de Beltran-Diaz, con los cabellos en desórden, los ojos espantados, las manos crispadas..

El infeliz temblaba.

Separó con hercúleas fuerzas á los oficiosos criados que tras él vinieron con luces y apenas tuvo alientos para exhalar un gemido doloroso.

Habia reconocido á la infortunada hija de su amo... en sangre.

—¡Hija mia! ¡hija mia! — prorumpió el desdichado arrojándose frenético sobre el cuerpo de la jóven.

Cogióla en sus brazos, la estrechó contra su pecho y estampó un ardiente beso, un beso paternal y entrañable, en la frente pálida de aquella...

—¡Vive! ¡vive!...— exclamó el leal criado radiante de alegria, al sentir los latidos del corazon de Elena.

Y cual madre solícita, rodeado de las dueñas y seguido por los demás sirvientes del conde, transportó en sus brazos á la niña hasta el lecho purísimo donde ella habia soñado tantas veces con el amor y la dicha.

Luego, el implacable Beltran-Diaz volvió á la cámara de Don Rodrigo, manchada aun con la sangre inocente de Elena, trazó una cruz, roja y humeante, sobre las blancas baldosas del pavimento, levantó los ojos al cielo y dijo con insensata expresion de cólera:

—¡Que no viva yo mañana y Dios me niegue su gracia, si antes de la media noche no he vengado ya este crímen! ¡Juro á Dios que la sangre de un villano que yo conozco, borrará la sangre inocente de mi señora!

Beltran-Diaz comprendió al instante aquella lúgubre y misteriosa tragedia.

XIV.

Al norte de Búrgos, sobre una montaña elevada y áspera, se levantaba en otros dias el soberbio alcázar de los reyes de Castilla, mandado construir en el siglo X por el valeroso conde Fernan-Gonzalez y volado por las tropas francesas del usurpador José Napoleon, á las cuatro de la mañana del 13 de Junio de 1813, "empleando al efecto" —dice la *Gaceta de Madrid* de 18 del mismo mes y año— "mas de mil y quinientas bombas de todos calibres, que, "saltando á la vez, causaron un estrépito que se oyó muy "claro á catorce leguas de distancia."

Aun hoy se ven— ya lo hemos dicho— algunos viejos

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Trage de popelina color castaño.—El paño de detras, el corpiño y las mangas, van listados con rulós de raso del color del trage; los paños de los lados y de delante llevan una guarnicion compuesta de los mismos rulós y de un fleco estrecho.

Trage de pelo de cabra verde claro. — Guarnicion ejecutada con un galon negro y blanco, y fleco correspondiente. Paletot igual.

Trage de tafetan gris, sobre el cual un galon negro y blanco figura puntas profundas; un galon negro va cosido horizontalmente, y figura un zagalejo por debajo y entre las puntas; paletot igual y con la misma guarnicion.

paredones, agrietadas murallas y mohosos postigos, las árabes puertas de San Martin y San Estéban,— carcomidas por los siglos y abandonadas por los hombres, y el histórico *cubo* que sirvió de prision á Doña Lambra— cuya romanesca historia narraremos algun dia, Dios mediante, á las bellas lectoras de La Moda.

Pero nada queda ya de aquel altivo baluarte de la bravura castellana, testigo de tantas grandezas y de tantas hazañas, donde se albergaron muchas veces los Cides y los Alfonsos de Castilla, la gran Berenguela y el santo conquistador de Córdova, y Fernando *el Católico* y el héroe de Cerignola, el duque de Alba y el triunfador en Lepanto, Felipe V y Eugenio de Saboya... gigantescas figuras de la historia pátria, guerreros invencibles, héroes casi mitológicos, que supieron encadenar la victoria, cargada de laureles, á los piés de la indomable España; nada queda ya tampoco de aquellas espléndidas mansiones; *"artesonadas é labradas como cosa de maravilla, ca non paresen fechas por manos de omes mortales"*— segun el juicio de un historiador antiguo—donde lloraron su libertad perdida el rey de Navarra Don Garcia *el Trémulo*, el infortunado príncipe Don Jaime de Nápoles, el revoltoso conde Don Fadrique de Benavente, el desgraciado ministro de Don Juan II Don Alvaro de Luna, los bravos comuneros Don Juan de Mendoza y Don Juan de Figueroa; donde Alfonso X, *el Sabio*, hacia morir al infante Don Enrique; Sancho IV, *el Bravo*, mandaba asesinar al príncipe Don Juan y á Don Felipe de Castro; Pedro I, *el Cruel*, hacia dar muerte á los infelices señores Garcilaso de la Vega, Juan Fernandez de Tovar y demás ilustres compañeros de desgracia.

¡Todo ha desaparecido! ¡Como si las tradiciones y los recuerdos de gloria, que poetizan el suelo de nuestra pátria, pesasen, cual padrones de ignominias, sobre las frentes de los españoles de nuestros dias!

Prosigamos.

La muchedumbre alborotada subia jadeante por las tortuosas veredas que conducen á la portada principal del alcázar.

Y repetian las gentes iracundas:

—Viva el conde de Fuensierra!

—Muera el condestable!

Pero el conde de Fuensierra estaba ya encerrado en un oscuro aposento de la fortaleza, y el condestable de Castilla, al frente de algunos cientos de mosqueteros y arcabuceros imperiales, escondidos detrás de las segundas empalizadas del castillo, esperaba tranquilo la llegada de las masas insurrectas.

Y poco despues, los soldados de Don Iñigo aplicaban las mechas encendidas á las bombardas y culebrinas milanesas cuya metralla y pelotas sembraban el espanto y la muerte en las compactas filas del pueblo alborotado.

XV.

Mientras tanto, por veredas ocultas, se habia ya acercado á las murallas del régio alcázar el favorito de Don Iñigo.

Abrió uno de los postigos secretos, que aun existen, empotrados en los gruesos muros, entró, volvió á cerrar y subió á toda prisa por una escalera circular y lóbrega, hasta llegar á la puerta del calabozo donde gemia el infeliz anciano, Don Rodrigo de Ossorio.

Allí se detuvo, pasóse la mano por la frente, como si quisiera desechar algun pensamiento de clemencia, y murmuró con voz imperceptible, pero llena de ira:

—Oh!.. Es poco la muerte para ese hombre, poco.. Aunque sea á costa de mi vida, yo me vengaré de una manera terrible!..

Y embozándose hasta las cejas abrió la puerta empujóla, se acercó en silencio á Don Rodrigo, rompió las ligaduras que oprimian las manos del anciano, y le dijo misteriosamente, procurando cambiar el acento;

—Seguidme!

XVI.

Era la media noche.

Noche serena y brillante, alumbrada por la luna, y por las estrellas, y por esas chispas fujitivas que serpentean á veces en la altura, describiendo estelas luminosas y blanquecinas, en la inmensidad del espacio.

Dos encubiertos, el uno delante del otro, atravesaron por sendas apartadas las últimas empalizadas del castillo, cruzaron por detrás de los grandiosos conventos de la Trinidad y la Victoria, y aparecieron luego al pié de las murallas, enfrente de la vieja puerta que el vulgo llama aún *de Margarita*.

—Decid, ¿dónde vamos?— preguntó á su guia el segundo embozado:

—A vuestra casa— contestó el primero con acento lúgubre.

—Dios mio! ¿esto es un sueño?

—No!.. no es un sueño... Seguidme, conde, seguidme, y vereis á vuestra hija...

—Hija querida! Cuánto yo la adoro! — Pero ¿quién sois vos?

—Silencio!... Un hombre que se venga,

—Ah!.. ¡siempre esa voz misteriosa y triste!.. Vos os vengais, y rompeis mis cadenas; vos os vengais y me devolveis á mi hija... ¡No lo comprendo!

—Callad, callad,— respondió el primer encubierto.

Y ambos caminaron en silencio, hasta llegar á las puertas del palacio de Fuensierra.

El tumulto se habia calmado, y los escuderos del conde custodiaban la entrada.

—El conde de Fuensierra! — gritó un arcabucero, al reconocer á su amo.

Y él era en efecto.

Una mano desconocida le arrancaba de los brazos de la muerte.

¡Volvia á ver á su hija!

Este solo pensamiento llenaba en aquel instante la inteligencia de Don Rodrigo; este solo deseo absorbia por completo su espíritu.

Volvia á ver á su hija!

El corazon se le escapaba del pecho, como si tuviese pequeño espacio para esparcir sus latidos.

—Elena! Elena mia!— gritó el anciano con fervorosas voces.

Y nadie respondió.

El otro encubierto, detrás de su embozo, se mofaba con sonrisa diabólica, de la ansiedad de aquel padre desventurado.

Subió el conde la escalera, tendió la vista por los oscuros y largos pasadizos y repitió otra vez con acento de sublime ternura:

—Elena! Elena mia!..

Y solo los ecos repitieron sus voces apenadas.

Vaciló el anciano...

—Hija mia! hija de mi alma!..— volvió á decir con voz desfallecida.

Elena no estaba allí! Elena no oia sus ayes! Elena no corria á abrazar á su padre idolatrado!..

Acercóse á una puerta, levantó resueltamente el tapiz que la encubria y entró en la cámara.

El noble anciano retrocedió espantado...

A la luz de una débil lamparilla, abandonada en aquel sitio, reconoció una mancha rojiza, casi humeante, cuyo rastro se perdia detrás de la puerta que comunicaba con las habitaciones de Elena, de su hija querida.

—Sangre! sangre aquí!..— balbució temblando Don Rodrigo.

Cayó de rodillas en medio de la sala y se puso á mirar atentamente el sangriento surco, como si esperase leer el nombre de la víctima.

El infeliz se desmayaba...

Y una mano de hierro cayó entonces sobre sus hombros.

Abrió los ojos desmesuradamente Don Rodrigo, y se encontró cara á cara con su incógnito guia.

—Cielos! Vos!.. Quién sois? acabad por compasion!..

—Un hombre que se venga!..— respondió el embozado.

Y, arrojando el capuz que tapaba sus facciones, apareció á los ojos del atónito Don Rodrigo el semblante melévolo de Don Diego de Omaña.

—Miserable! miserable!— profirió el anciano,— Qué habeis hecho de mi hija? Qué habeis hecho de mi honra?...

—Conde de Fuensierra:— contestó el de Omaña,— yo, en nombre del condestable, os devuelvo la libertad y la vida, para abandonaros á la desesperacion y á la vergüenza... Esa es la sangre de vuestra hija!..

—Elena... muerta..!

—Muerta! Vos teneis la culpa...

Y el miserable Omaña le volvió la espalda.

Pero en aquel instante mismo, dentro de la cámara vecina, oyóse la voz de Elena que procuraba gritar con fuerza y solo decia con ecos apagados, pero llenos de ternura y alegria:

—Padre mio! padre querido!..

Y un instante despues oyóse tambien el chasquido de la puerta que se abria y vióse aparecer á la hermosa doncella, tan hermosa como pálida y tan pálida como una blanca azucena, apoyada entre sus dueñas, radiante de dicha, temblorosa de amor, ébria de gozo y contento, que repetia de nuevo sonriendo:

—Padre mio! padre querido!..

Oh! Don Rodrigo creia soñar... soñaba.

Soñaba, sí, que se rasgaban los cielos y bajaba Elena, vestida de blanco y coronada de rosas, en medio de una nube esplendente de luz y aromas! conducida por los ángeles de la inocencia y del candor virginal; y creia oir á lo léjos una armonia vaporosa y tierna, una cántiga celeste y conmovedora, purisima y sublime, como debe ser el himno sagrado que entonan las vírgenes del cielo para celebrar el triunfo de las vírgenes de la tierra.

Y seguia el anciano de rodillas en medio del aposento, clavando los ojos en el pálido semblante de Elena, extendiendo hácia ella los brazos, murmurando una palabra de duda y exhalando cien suspiros de esperanza, en aquel éxtasis delicioso que embargaba su espíritu.

Pero Elena se desprendió de los brazos de las dueñas que la sostenian, avanzó dos pasos hácia el noble anciano y exclamó otra vez con ternura adorable:

—Padre mio! padre querido!..

Y entonces Don Rodrigo se levantó convulso, acercóse á su hija, abrazó su cabeza, besóla muchas veces en la frente, y exclamó por último, temblando de amor y sollozando de alegria:

—Hija! hija mia! hija de mi alma!..

XVII.

Y mientras, Don Diego de Omaña, clavado en el mármol de la estancia por el mágico acento de Elena contemplaba aquel cuadro de felicidad y de ternura, vomitando imprecaciones y rugiendo de cólera.

Creia haber muerto á Elena, y la pobre niña, al caer desmayada, solo habia sentido una leve rozadura en sus hombros desnudos.

Quiso ganar con agigantados pasos la escalera del palacio, pero la figura amenazadora é imponente de Beltran-Diaz dibujóse de pronto en los umbrales de la puerta de la cámara.

¡Allí estaba Beltran-Diaz, sediento de toda la sangre del favorito, que se aparecia de repente como el ángel vengador de la inocencia!

Contemplóle un instante el leal criado, midióle de piés á cabeza con una mirada centellante y rápida, desenvainó la espada que llevaba en su cintura y se arrojó sobre él con la impetuosidad del águila que se desploma desde la cumbre de los cielos, para agarrar su presa.

—Asesino!.. dos veces asesino! tres veces asesino!...— dijo frenético—Defendeos! defendeos, miserable ú os mato aquí mismo!..Vos asesinásteis á D. Juan de Mendoza, habeis querido asesinar á Elena y á su padre.. Defendeos!

Y levantando la espada cruzóla con la de Omaña en el aire.

Y á los pocos instantes de lucha, el implacable Beltran-Diaz clavaba tres veces su acero en el pecho del favorito de Don Iñigo.

La sangre del verdugo se mezclaba con la sangre de la víctima.

—Justo es Dios!.. exelamó Beltran, contemplando el cadáver inerte del malvado Omaña.

XVIII.

Aquella misma noche huyeron á las fronteras de Francia todos los habitantes del palacio de Fuensierra.

El pueblo, enfurecido con las derrotas, saqueó las casas de los imperiales de Búrgos, asesinó á dos *alcabaleros* flamencos y arrastró por las calles el cadáver de Don Diego de Omaña.

Pero el pueblo, ametrallado otra vez por el condestable de Castilla, perdió sus fueros para siempre.

EPILOGO.

En la mañana del 23 de Marzo de 1525, hallándose en Madrid el muy alto y magnífico señor rey-emperador de España y Alemania, Don Cárlos de Austria, presentóse á las puertas del palacio, demandando una audiencia régia, cierto caballero castellano, de altivo continente y tostadas facciones, que se decia embajador extraordinario del bravo general Don Fernando Dávalos, marqués de Pescara, y gefe supremo del ejército español en Italia desde la muerte del celebérrimo Próspero Colonna.

Aquel caballero entregó al emperador un pliego que contenia la noticia de la victoria de Pavia y prision de Francisco 1.º rey de Francia.

—Quién sois vos?— preguntó Don Cárlos al hidalgo castellano.

—Juan de Peñalosa, capitan de las armas imperiales en los tercios de Italia.

—A vos, caballero, portador de tan faustas nuevas, deseo concederos una gracia, en memoria de este dia. Pedid, caballero, pedid.

—Gracias, señor,— contestó el capitan Peñalosa doblando la rodilla,— yo os suplico que me concedais vuestro perdon y olvido para el padre de mi esposa, soldado en Granada y Oran, en Garellano y en Pavia.

—Concedido!— Su nombre?..

—Don Rodrigo de Ossorio conde de Fuensierra!..

En efecto: Elena habia dado su blanca mano al bravo capitan Don Juan de Peñalosa; y este noble caballero invitó á Don Rodrigo á que ofreciese su espada y esperiencia al invicto marqués de Pescara, para encontrar el perdon y el olvido en el ánimo del monarca.

Cárlos 1.º mantuvo leal su palabra, y el anciano comunero, sus hijos y Beltran-Diaz ocuparon otra vez el palacio de Fuensierra donde todos vivieron felices luengos años.

Eusebio MARTINEZ de VELASCO.

AL INSIGNE POETA D. JOSE ZORRILLA. (1)

"Cristiano y Español, con fé y sin miedo
"Canto mi religion, mi pátria canto"

Zorrilla "Granada"

Dios es la poesía: Dios la ciencia.
Dios es el génio que al poeta inspira,
Dios con su oculta y mágica presencia
Hace vibrar las cuerdas de la lira:
Dios nos dotó de rica inteligencia,
Sublime ser, que en nuestro ser respira,
Y por aroma concedió al talento
La purísima flor del sentimiento.

Dios es la Fé. La inspiracion hermosa
Brota de su mirada sacrosanta;
Dios con su voz suave y melodiosa
Dice al oido del poeta "canta:"
Y de emocion entonces misteriosa
Al impulso su pecho se levanta,
Y el corazon que late en aquel pecho
Apenas cabe en su recinto estrecho.

Dios es la Fé. Sin Dios no hay armonia,
Ni esperanza, ni esencia, ni colores,
Ni paz, ni amor, ni bienestar, ni dia,
Ni juventud, ni cánticos, ni flores:
Que no existe sin Él la poesia,
Él dá voz á los pájaros cantores
Y al poeta tambien; que el Rey del mundo
Es de la inspiracion raudal fecundo.

Y es del poeta la mision sagrada
Ensalzar á ese Dios Omnipotente,
Y elevar á su célica morada
El alma henchída de entusiasmo ardiente;
Que con divina luz iluminada

(1) Esta composicion fué escrita con destino á la "Corona poética" que las poetisas españolas tenian proyectada para dedicar á D. José Zorrilla, y cuya publicacion fracaso por causas agenas á la voluntad de la iniciadora de aquel pensamiento.

Es por Dios mismo su ardorosa frente,
Y bendecido el canto, que cual nube
De perfumado incienso al Cielo sube.

Y dar debe á la patria sus cantares
Como á madre amorosa y bendecida,
Que el que no quema incienso en sus altares
Ni tiene fé, ni corazon, ni vida:
Y el que niega su canto á los lugares,
De su infancia feliz cuna querida,
No alimenta en su pecho frio y ciego
Del patriotismo el religioso fuego.

Trovador de las viejas tradiciones
De tu patria feraz, de sus jardines,
Sus campos, sus ruinas, sus torreones,
Sus moros y cristianos paladines:
Del valor de sus ínclitos varones
Que resonó del mundo en los confines,
Y de cuanto glorioso y noble encierra
Nuestra cristiana y española tierra:

Bendito tú, que de entusiasmo ledo
Prorumpiste con eco sacrosanto
Cristiano y Español, con fé y sin miedo
Canto mi religion mi patria canto:
Bendito tu laud: de Dios el dedo
Le hace vibrar con religioso encanto;
Bendita sea tu armoniosa lira,
Bendita el alma tierna que la inspira.

Cuando tú, Bardo ilustre, te alejaste
Del perfumado eden donde naciste,
Cuando la patria hermosa abandonaste
En que tan rica inspiracion bebiste,
El cielo azul y puro que cantaste
Cubrióse con un velo denso y triste,
Y las brisas llevaron á tu oido
Cual tierno adios un eco dolorido.

En sus trinos los pájaros cesaron,
Las auras en el bosque enmudecieron,
Y las flores marchitas se inclinaron,
Y mas tristes las tórtolas gimieron;
Los límpidos arroyos se enturbiaron
Y el murmullo suave suspendieron,
Y la luna su faz pura y radiosa
Tras de las nubes ocultó llorosa.

Mas, al verte tornar, el patrio suelo
Recobra su belleza y galanura,
Y el aura y flor, el ave y arroyuelo
Celebran con tu vuelta su ventura;
En su amoroso regocijo el Cielo
Se ilumina con luz radiante y pura,
Y hasta la triste tórtola no llora,
Solo suspíra consolada ahora.

Ah! Bien venido seas. La armonia
Dános de tu laud y de tu acento,
Cantor divino de la pátria mia,
Rey de la inspiracion y del talento:
Ausente de nosotros, nos traia
Los ecos de tu voz el raudo viento,
Que el génio creador que te corona
Llena el mundo á volar de zona á zona.

Y cuanta inspiracion habrás bebido!
Cómo tu fantasia habrá volado,
Y remotas edades recorrido
Evocando las sombras del pasado
En el fértil pais, donde al olvido
Aun el hispano nombre no se há dado,
Donde hasta las del mar movibles olas
Aun conservan las huellas españolas!

Canta las glorias de la España: canta
A los bravos é ilustres campeones
Que de Cristo llevaron la Cruz santa
A ignoradas é idólatras regiones;
Y, domeñando con altiva planta
Innumerables pueblos y naciones,
Sujetaron al cetro castellano
El vasto continente americano.

Canta, no hay nada que tu canto impida,
Tu inspiracion es grande y verdadera,
Oh! Canta; quién cual tú de la querida
Patria las glorias ènsalzar pudiera!
Mas ¡ay! yo en los umbrales de la vida
Ignorada y sencilla viagera
Oso apenas cantar la flor de mayo,
Del ave el trino, de la luna el rayo.

Cuando mis ojos á la luz se abrieron
Yá nuestra pátria te lloraba ausente,
Mas tus cantos riquísimos mecieron
Mi infancia candorosa é inocente:
Cual entonces mi pecho conmovieron
Conmueven hoy mi alma adolescente,
No deseches el cante de mi lira,
Pobre ofrenda del alma que te admira.

Salud, Vate inmortal: ave canora
De Castilla en las selvas inspirada,
No tornes á partir: la pátria llora
Cuando por tí se mira abandonada.
Dá al viento entre nosotros la sonora
Voz melíflua, de encantos inpregnada:
No tornes á partir: jamás el vuelo
Raudo dirijas á remoto suelo.

Y dá tu canto á Dios, que es la armonía,
De nuestros padres á la fé gloriosa,
Y á nuestra noble pátria. La poesía
Que se exhala de tu alma religiosa
Es una inestinguible melodía
Que emana de los Cielos misteriosa:
Ay! Mientras haya un eco en tu garganta
Canta tu religion, tu pátria canta.

Coruña—1867.

SEÑORITA DE ***

A ÉL.

¿Como te llamaré para que entiendas
Que me dirijo á ti, dulce bien mio!
Qué nombre te daré sin que te ofendas
Y me mates despues con tu desvío?

En dónde te hallaré para decirte,
Que des que ví tu varonil semblante,
Tan solo sé adorarte y bendecirte,
Y esperarte con ansia delirante?

Que están de llorar mustias mis mejillas
Sin que nada mitigue mi quebranto
Y me siento del *Yara* en las orillas
A enturbiar sus cristales con mi llanto.

Que son tuyas las ansias de mi alma
Y los latidos de mi ardiente seno;
Que tu mirar me arrebató la calma
Y por tí me lamento, sufro y peno;

Busco la soledad, del trato huyo
Y entre ilusiones májicas me pierdo
Porque este corazon, que es todo tuyo,
Tan solo vive ya con tu recuerdo.

Oh! ten piedad, mi amor, de esta criatura,
Débil mujer que tu grandeza adora;
Que alienta una pasion, una locura,
Y ser tu esclava solamente implora.

A tí el destino encadenó mi suerte,
Tú eres mi luz, mi redentor, mi amigo;
Si place á tu rigor darme la muerte
Viniendo de tu mano la bendigo.

Antes de verte, creacion suprema,
En sueños te forjó mi fantasía
Y radiando en tu sien triple diadema
Del génio, del amor y la poesía.

Ciega recorro tu invisible huella,
Sin verte, sin oirte, te presiento,
Tu rostro miro en la polar estrella
Y el ámbar de las flores es tu aliento.

El rumor de las auras de la tarde
Es de tu voz el celestial sonido,
Y este volcan que en mis entrañas arde
Al fuego de tus ojos fué encendido.

. . . . . .
. . . . . .

Tú mi primer amor, mi único dueño,
Dulce iman de mi alma adolescente,
Angel que velas mi intranquilo sueño
Abatiendo tus alas en mi frente.

Tú de todo mi ser te has señoreado;
Al nombrarte de gozo me extremezco,
Tú formas mi presente y mi pasado:
Mándame, mi Señor, que yo obedezco.

Isla de Cuba.

LA HIJA DEL YARA.

LOS VECINOS DE DARLINGEN.

NOVELA DE ENRIQUE CONSCIENCE.

(Continuacion.)

—Ea, dejadme con vuestras necedades! exclamó Romys con mal humor. ¡No basta que Herminia nos amenace con una docena de chiquillos, sino que Teresa comienza tambien por su lado! ¡Oh y es muy bello, muy consolador en efecto, tener veinte herederos en perspectiva y ser perseguido por la afrentosa certidumbre de que en lo sucesivo se compondrá nuestra familia de una cáfila de miserables! Esto es para desesperarse y creed, pues, que me dais una mala noticia.

M.me Romys dejó caer la cabeza sobre el pecho y pareció muy desconsolada por el recibimiento que el marido habia hecho á su confidencia. Sin embargo, despues de un instante de silencio, dijo con tono suplicante:

—No, Romys, no exagereis la cosa; Teresa no tendrá tantos hijos como temeis. Hace mucho tiempo pido á Dios en mis rezos la gracia que hoy concede á nuestra hija, porque estaba segura de que solo de este modo gustaria un poco de felicidad sobre la tierra. ¿Cómo no he de regocijarme cuando el deseo mas ardiente de mi corazon maternal se ha cumplido? Y á vos tambien que amais extremadamente á nuestra Teresa, no os puede ser indiferente este acontecimiento que va á poner fin á su amarga desgracia.

Mr. Romys no la escuchaba, se rascaba la cabeza gruñendo y parecia poseido de una penosa impaciencia. Hablando consigo mismo decia:

—Si cayera una piedra del cielo, daria ciertamente sobre mi cabeza. Todo se me pone al revés. Ese detestable imbécil, carcomido por su propia ineptitud, aunque tuviera una mina marcharia á pasos agigantados á su ruina. El adelgaza y se desmejora y estoy seguro que no durará mucho tiempo. Si él muriera sin herederos, nuestra Teresa quedaria libre de su cruel tiranía, y en otro caso poseeria toda la fortuna de Pottewal, y ciertamente no tendria necesidad de casarse por segunda vez. Por consiguiente vendria á vivir con nosotros; nuestra fortuna personal se aumentaria en mas de medio millon. ¡Desgraciada! he ahí como esta idea favorable no se realizará: el niño que ha de venir es un obstáculo para la elevacion de nuestra familia.

M.me Romys dió un paso atrás con terror.

—Qué significa eso? exclamó su marido. Me hareis montar en cólera, y pierdo la paciencia.

—Yo me engaño, seguramente, murmuró ella con aire de duda, si no, vuestras palabras serían horribles, Bonifacio. No, no, eso es imposible, vos no podeis desear la muerte de ese pobre Pottewal.

—Si quiere morir, ¿cómo se lo impediré yo? Yo no comprendo la compasion que mostrais por ese hombre que hace desdichada á vuestra hija.

La esposa de Romys juntó las manos y elevó en silencio una mirada al cielo.

—No os comprendo, dijo Romys mas y mas enfadado; sois mala madre, pues acusais á vuestra propia hija. Suponeis á Pottewal víctima del mal humor de Teresa, ¿no es esto? ¡Extraña ceguedad! ¿Qué ha hecho Pottewal desde hace tres meses? No dirige una palabra afable á su mujer si ella no le obliga á hablar. Él hace su comercio; pero ni su mujer, ni yo su suegro, podemos sacarle una palabra de la boca para saber qué clase de negocios emprende. Resiste á todas nuestras reconvenciones, á todas nuestras súplicas con la mayor tenacidad. Si no es loco, debe ser falso ó malvado; deja pasar el tiempo, desaparecerá en Flandes la miseria sin haber sacado ningun provecho de la extraordinaria carestía de granos. No sabemos lo que hace, yo le desprecio por bajo y por ladron que roba á nuestra familia mas de un millon quizá. Sí, sí, ladron es la palabra; él podria adquirir ese millon, pero por odio á su pobre mujer y hácia nosotros, no quiere ganar dinero. Esto me desagrada mucho.

—Ha ganado cien mil francos hace poco, murmuró M.me Romys.

—No lo creo!

—Pues es verdad, Bonifacio.

—¿Pero cómo podremos saberlo, si hasta á su propia mujer oculta sus negocios?

—Suelen tener algunos dias de expansion, y en uno de ellos Pottewal estaba tan contento con esta ganancia tan considerable, que pareció querer olvidar todas las cuestiones pasadas, manifestando entonces á su mujer que habia realizado un beneficio líquido de cien mil francos.

—Pero desde entonces, ¿quién nos dice que no ha podido perder otro tanto? Esto no me asombraria, pues por darnos disgustos es capaz de hacer malos negocios. Hé aqui lo que yo habia presentido: los casamientos de nuestras hijas debian ser la carcoma de mi vejez. Ernesto Decock acariciaba hace dos años su proyecto de ferro-carril y al llegar el momento decisivo, su proyecto se discute en la cámara de los diputados, presentándose al lado del suyo otro proyecto que da al camino de hierro una direccion diferente. No tiene mayoría y despues de tanto esperar y de formar por largo tiempo castillos en el aire se quedará con su trabajo hecho y sus sacrificios sin que se acepte. Hé aquí otros ciento veinte mil francos perdidos. Yo deberia reir y felicitarme porque el número de mis herederos aumenta, mientras que nuestros medios disminuyen de una manera desconsoladora. ¡Dios mio, qué vendrá á ser de los Romys! Una familia tan rica y tan antigua, cuyos descendientes llegarán quizá á perderse en la clase de los obreros.

Un violento campanillazo resonó en el vestíbulo

—¿Qué impolítico será ese que por poco arranca la campanilla? gruñó Romys. ¿Será la lechera? Esas gentecillas suelen venir con una insolencia... ¡Ah! es Teresa; ¿pero qué significa esto? Te ha maltratado tu marido? vienes pálida!

Teresa habia entrado en la sala; su rostro llevaba las señales de una extremada angustia. Quedó un instante silenciosa para recobrar sus fuerzas y sobreponerse á su dolor.

—Vamos, habla! exclamó Romys.

Teresa le echó los brazos al cuello y dijo con una voz conmovida dejando caer la cabeza sobre el pecho de su padre:

—Oh! padre mio, tened piedad de mí! Una horrible desgracia ha sucedido á Mr. Pottewal; yo muero de inquietud, de pesar...

—Qué? se ha muerto acaso? interrumpió Romys con una sonrisa.

—Vos solo podeis salvarnos; si rechazais mis ruegos somos perdidos, pero confio en vuestro amor paternal y sé que no rehusareis sacrificar una parte de vuestra fortuna por la dicha de vuestra hija, por el honor de la familia.

Su padre retrocedió y dirigiéndola una mirada colérica, exclamó:

—Qué es esto que has dicho? ¿sacrificar una parte de mi fortuna? Tú has perdido la cabeza, Teresa. Si tu marido ha hecho malos negocios, allá se las arregle; pero

no pueden ser tan graves como indican tus sombrías palabras.

—Graves, ah! Es una afrentosa catástrofe, exclamó Teresa llena de espanto por el lenguaje de su padre. El precio de los granos ha bajado hoy diez francos por hectólitro y Pottewal ha perdido de repente seiscientos mil francos.

—Seiscientos mil francos! repitió su padre pálido como un muerto.

—Oh, cielos, seiscientos mil francos! gimió M.me Romys, cayendo sobre una silla con el rostro oculto entre las manos.

Teresa tembló, pareciendo consternada al ver la mortal emocion de su padre. Este estaba inmóvil como una estátua de piedra, con los ojos fijos, los dientes apretados y los brazos levantados al cielo. Ella se aproximó y le tomó una mano.

—Vamos, querido padre, consolaos! La desgracia es grande, sin duda, pero vos nos ayudareis.

—Y tu dote, y tu dote! murmuró él con voz sorda.

—Perdido, padre mio, perdido todo si nos rehusais vuestro socorro.

—Mi socorro, mi socorro! seisci...

—No, escuchadme, padre mio, os explicaré este deplorable acontecimiento. No es tanto como pensais. Ya sabeis que Pottewal se ha entregado hace algun tiempo á los negocios en grande por complaceros para ganar millones si la casualidad queria favorecerle. Al efecto compró muchos barcos de granos que están todavía en el puerto habiendo hecho á crédito estas compras. El mercado de Amsterdam y el de Londres, han tenido de repente una baja de diez francos por hectólitro...

—Dejadme tranquilo, no quiero saberlo; refunfuñó Romys rechazando á su hija. Tú, tu hermana, tu madre, todos habeis nacido para mi desgracia. ¡Oh! esto no se puede sufrir! á mí me va á dar una apoplegía! Seiscientos mil francos robados á nuestra familia! ¡Esto es como si me sacaran toda la sangre de las venas! Voy á caer muerto á tus piés! ¡Y tú, hija cruel, no pareces confundida, que puedes razonar, que no tienes una lágrima en los ojos! ¡Oh, yo he vivido demasiado tiempo!

Y se arrojó sobre una silla, volviendo la espalda á su hija.

Esta estaba consternada, haciendo penosos esfuerzos para contener su desaliento; sus labios temblaban y sus ojos erraban de su padre á su madre como para buscar un refugio contra la desesperacion que se apoderaba de ella; pero la actitud de madama Romys no le daba ninguna esperanza del prometido socorro, pues tenia la cabeza baja y temblaba con visible espanto.

Enardecida por el sentimiento de la necesidad Teresa reunió todo su valor y aproximándose á su padre dijo:

—¡Lágrimas! ¡Oh si yo pudiera llorar! ¡Estoy desesperada; la fatalidad que nos agobia, nos amenaza con la vergüenza y el deshonor y debemos combatirla hasta el fin! Vamos, padre mio, escuchadme, os lo suplico, comprendedme bien: la pérdida que os he anunciado, dimana de la baja de los precios de los granos tomados á crédito, y esta diferencia constituye lo menos la mitad de la pérdida total. Si se pudiera retardar la venta de estos granos hasta que los precios suban de nuevo, Pottewal podria salvar todavia una buena parte de su fortuna.

—¡Pero como guarda esos granos! exclamó Romys.

—Para esto necesitamos vuestra ayuda, padre mio. La diferencia sobre las compras á la plaza, debe satisfacerlas mañana, y si Pottewal queda en descubierto, se le declarará en quiebra, se embargan sus bienes y sellando sus libros, se venderán los granos que están todavia en los barcos. Para salvarnos de una ruina completa, dando tiempo para esperar el alza de los granos, necesitamos doscientos mil francos en dinero contado ó en billetes de banco para mañana temprano lo mas tarde. Con este sacrificio podriamos quedar en pié y continuar nuestro comercio. Vos, padre mio, podeis salvarnos, podeis tomar dinero sobre vuestras propiedades en casa de los banqueros, de los notarios ó de los amigos. Sed generoso y bendeciremos vuestro nombre por este beneficio inapreciable. ¡Procuradnos doscientos mil francos!

Romys se volvió, y cruzando los brazos sobre el pecho, dijo con amarga ironia:

—Doscientos mil francos quereis que os dé; ¡tú estas loca y tu madre tambien! ¡Mírala con los brazos tendidos! ¡Seria bastante necia para arrojar doscientos mil francos en una garganta que ha engullido mas de medio millon! ¿Quereis ponerme á mí de testaferro? ¿Quereis arrastrar en vuestra caida á una antigua y rica familia? ¡Imposible! No te canses, somos ya bastante desgraciados, no hay necesidad para asesinarme, de arrebatarmé doscientos mil francos.

—¡Pero padre mio!

—¡Nada, no te doy nada!

—¡Oh Dios mio! sollozó Teresa, sostenedme dadme fuerzas... ¡hay todavia una cosa, padre mio, que vos no sabeis! mas espantosa que la pérdida de nuestra fortuna, Pottewal estaba medio loco estos últimos meses y ha hecho mil negocios ganado y perdido sin escribir nada en sus libros: si mañana rehusa el pago por falta de medios, tomará parte la autoridad y mi pobre marido aun que inocente será encarcelado y acusado como culpable de una banca rrota fraudulenta.

Hubo un corto silencio, interrumpido únicamente por los sollozos de madama Romys.

—¡Banca rrota fraudulenta! murmuró Romys, con una risa febril. ¡Ah infame! malvado! ha conseguido su objeto; pero se arroja él mismo en el precipicio que ha trazado para nosotros. Irá á la prision por veinte años, será presidiario, esto al menos nos librará de él y pagará su culpa.

Un grito penetrante, grito de horror y de angustia se escapó del pecho de Teresa, inundando sus ojos un torrente de lágrimas. Se dejó caer de rodillas y suplicó:

—¡Oh, padre mio, tened compasion, tened piedad de vuestra desgraciada hija, que vá á ser madre y su hijo será hijo de un presidiario! ¡Dios mio! yo me siento morir! ¡Padre mio, padre mio salvad vuestra reputacion! Seamos pobres, si nuestro destino lo quiere, pero defended á vuestro hijo, defendeos vos mismo contra ese horrible deshonor.

—Nada, ni un franco, ni un maravedis, por infame, por cobarde, por holgazan!... replicó bruscamente Romys apartando de sus rodillas los brazos de su hija, y levantándose sin ocuparse mas de ella se puso á medir la sala de un lado á otro, refunfuñando y golpeando el suelo con el pié.

Agobiada por el peso de su inflexibilidad y medio muerta de inquietud y de desesperacion, Teresa se arrastró hasta la silla mas próxima y dejándose caer en ella ocultó su rostro entre las manos. Las lágrimas corrian por entre sus dedos y dolorosos gemidos salian de su angustiado pecho: como si su corazon hubiera querido estallar.

Entonces M.me Romys que no se habia atrevido á decir una palabra por temor á la cólera de su marido, se arrojó á sus piés, implorando su compasion para su desgraciada hija, pero él la miró con desprecio, y dejándola arrodillada continuó sus paseos por la sala. La pobre madre desolada se sentó al lado de Teresa, la echó los brazos al rededor del cuello y se esforzó llorando tambien en consolarla con dulces palabras.

Despues de un largo silencio, durante el cual Romys habia dado una veintena de paseos al rededor de la sala con señales de la mas violenta cólera, se detuvo delante de su hija y mas tranquilo en apariencia la dijo:

—Ah! Teresa!... tú que blasonabas de valor!... ¿es ese el modo de luchar con tu destino? Cesa de llorar, que hay un medio de salvar todavía alguna cosa; mucho quizá... que Pottewal deje el pais, que huya esta misma noche; nosotros arreglaremos sus negocios, ocultando antes de mañana lo que se pueda. Su fortuna consiste en su mayor parte en rentas sobre el Estado, en acciones industriales, y en billetes de banco, procuraremos lo primero salvar tu dote... pero ¿porqué te espantan estas palabras?... ¿Acaso defiendes al infame de tu marido que tan justamente has aborrecido hasta hoy? Ya estás libre de él, y esto al menos debe ser un consuelo en tu desgracia.

M.me Pottewal pareció atacada súbitamente de una conmocion nerviosa; se levantó, enjugó sus lágrimas y fijando sobre su padre una mirada llena de indignacion, preguntó:

—Es decir, que nos rehusais vuestra ayuda?

—Decididamente, yo no doy dinero; pero arreglaré los negocios de Pottewal despues de su partida.

—¿Me negais los doscientos mil francos que deben salvar la vida y el honor de mi marido? Elegís la deshonra, la vergüenza para vos mismo, para mi madre, para mi hermana, y para mi inocente hijo?... Responded.

—Nada, yo no doy nada, ya lo he dicho. Y esto no es tan malo como tù crees; Pottewal debe ser tratado como se merece, porque entre el honor sin dinero y el dinero sin honor yo elijo el último, con dinero se recobra el honor y con honor solo es uno despreciado de todo el mundo. En el siglo en que vivimos no hay mayor deshonor que la pobreza.

Teresa no hacia mucho caso de estas palabras; estaba sosteniendo en su interior una lucha violenta, haciéndose visible los movimientos tumultuosos de su corazon. De repente pareció decidirse y exclamó con una viveza febril.

—¡Ah, sea pues! ¡Dios me es testigo de que he expuesto con humildad, con respeto la cruel necesidad en que me veo; yo os he dejado calumniar á mi marido, os he dejado reir de su desgracia sin defenderle y he sido muy necia en creer que hubiera una sola centella de amor oculta en el corazon de mi padre! Y bien, hombre de hierro, corazon de piedra, la madre desesperada se levantará contra vos para vengar al padre de su hijo de vuestra injusticia. Escuchad la verdad. ¡Vos sois, vos solo el que ha ocasionado la pérdida del hombre bueno y generoso que llamais bajo, cobarde y pérfido!...

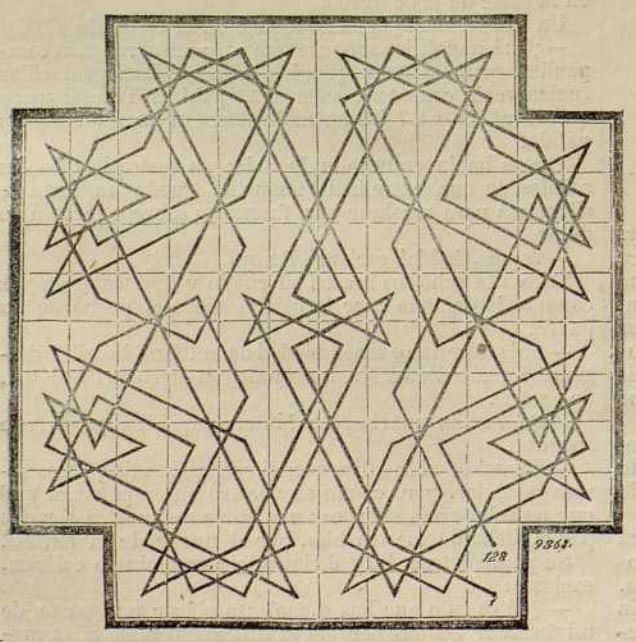
—¡Yo! yo! exclamó Romys con una risa amarga; ¿qué nueva necedad es esta?

—Vos, nadie mas que vos, continuó Teresa puesta de pié. Desde los pimeros dias de mi matrimonio, me habeis escitado contra mi marido diciéndome sin cesar que era perezoso, inepto y rudo, habiendo hecho esto por hacerle odioso á mis ojos. Cada dia y á cada hora me habeis instigado para que le obligase á emprender grandes negocios á fin de que ganara mucho dinero; mi carácter era bastante agrio y desagradable y no tenia necesidad de vuestros eternos consejos para hacer á mi pobre marido desgraciado; lo quo exigíais de él era contrario á su naturaleza á los sentimientos de su corazon honrado, entre vos y yo le hemos llevado al precipicio, causando su desgracia y su desesperacion, y lo que hoy sucede es obra vuestra y nosotros responderemos de ello delante de Dios, á cuya vista infalible nada se escapa á pesar de la máscara de hipocresía...

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

(*Se continuará*).

Solucion dada por Don F. F. de A. al Salto del Caballo inserto en el número anterior.



Mueve las flores perfumado viento,
La fuente eleva plácido rumor,
Dora el espacio flor de primavera,
Canta mi alma un cántico de amor.

Díme, luz de mis ojos, porqué inclinas
Tu frente, cual su cáliz el clavel;
Díme porqué de tu entreabierta boca
Soplo de fuego exhálase tal vez.

Díme porqué esquivas mi mirada ardiente.
Cual la violeta la del rojo sol;
Díme porqué tus pálidas mejillas
A ráfagas se cubren de arrebol.

(*Ráfagas poéticas*).

ARISTIDES PONGILIONI.

PROBLEMAS DE AJEDREZ.

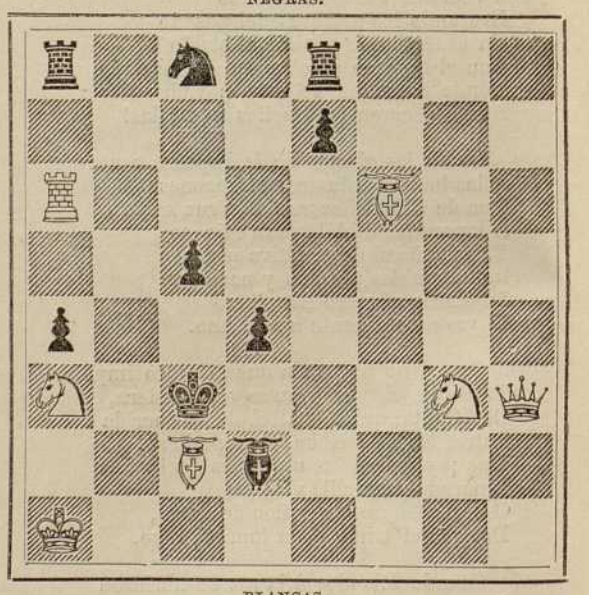
SOLUCION AL PROBLEMA N.º 98.

Blancas.	*Negras.*
1.ª A. 6.ª T.R.ª	T. 1.ª C.R.
2.ª A. 8.ª A.R.ª jaque.	T. toma A.
3.ª T. 5.ª A.R.	C. toma T.
4.ª C. 6.ª A.R.	Cualquiera.

5.ª C. 3.ª C.R.ª ó 4.ª R.ª ó 5.ª A.R. jaque-mate.

PROBLEMA N.º 99, COMPUESTO POR M. GRIMSHAW.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 3 jugadas.

ADVERTENCIA.

Acompaña al presente número una lámina de tapicería en colores, en vez del figurin iluminado.

DIRECTOR, D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ, 1867. — IMPRENTA Y LIT. DE LA REVISTA MÉDICA, á cargo de D. Federico Joly y Velasco, Bomba n. 1.

AÑO XXVI.

PERIODICO DE LAS FAMILIAS.

NUM. 36

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

Edicion de lujo con 40 figurines iluminados cada año, 12 tapicerias en colores punto Berlin, y 24 patrones tamaño natural.

Un año 160 rs....Seis meses, 80...Tres meses, 45...Un mes, 16.

Edicion de 12 figurines cada año y 24 patrones tamaño natural.

Un año 120 rs....Seis meses, 65...Tres meses, 35...Un mes, 12.

Edicion sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural.

Un año 80 rs.... Seis meses, 42... Tres meses, 22... Un mes, 8.

OBTIENEN UNA PRIMA

LOS QUE ABONEN ANTICIPADAMENTE UN AÑO.

DIRIGIRSE PARA LOS ABONOS

AL ADMINISTRADOR DE LA MODA MADRID Ó CADIZ, CON LETRAS DE FACIL COBRO.

PROPIETARIO: Don Abelardo de Cárlos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En la Isla de Cuba y Puerto-Rico.

Por un año, 12 pesos fuertes...Seis meses, 7 pesos fuertes.

EN LAS DEMAS AMÉRICAS Y FILIPINAS.

Por un año, 15 ps. fs.

ADMINISTRACIONES PRINCIPALES.

MADRID, Libreria de Don C. Bally-Bailliere, plaza del Principe Alfonso.
HABANA, Don Benito Gonzalez Tanago, calle Habana.
MEJICO, Mr. Isidoro Devaux
BUENOS AIRES, Don Federico Real y Prado.

Sumario. —Explicacion de la hoja de patrones que contiene: Paletot de moleton blanco para niña de 5 á 7 años.—Vestido para niño de 4 á 6 años.—Bolsa de viage.—Coselete para niña de 8 á 10 años.—Coselete de tafetan para señaras y señoritas.— Chaqueta bordada.— Corpiño con bordado breton.

Un matrimonio griego en Atenas.—Amor y desventura ó el pintor del gran duque de Alba.— Los vecinos de Darlingen.— Revista de Cádiz.—Mañana; poesía.--Problemas de ajedrez. —Figurin iluminado.

EXPLICACION DE LA HOJA DE PATRONES.

Paletot de moleton blanco para niña de 5 á 7 años.

Nuestras lectoras han recibido muchas veces el patron de este paletot; nuestro objeto hoy es indicarles sus adornos de bordado breton, ejecutados con arreglo al dibujo de la tira perteneciente al *corpiño con bordado breton*.

Vestido para niño de 4 á 6 años.

Figs. 20 á 32 (recto) del patron.

Este vestido compuesto de pantalon, chaleco y chaqueta, está hecho de piqué gamuza, y puede, por otra parte, hacerse de cualquier tela, sea de verano ó de invierno; los adornos se componen de trencilla marron oscuro y de botones de nácar.

PANTALON —Se le prepara por las figuras 20 á 24; se cortan dos pedazos por cada una de las figs. 20, 21 y 22, dejando de mas en el borde inferior de la fig. 20 la tela necesaria para un dobladillo de 5 centímetros. La fig. 22 se corta en tela puesta doble. — Se corta la pretina entera en tela y forro de percalina, por las figs. 23 y 24, cada una de las cuales representa solamente la mitad de una de las mitades de la pretina. Se cosen juntas las dos partes de cada mitad del pantalon, desde 36 hasta 37, desde 39 hasta 40; se hace el dobladillo del borde inferior y el de dètrás desde 39 hasta 42 sobre cada mitad. Debajo de cada delantero se pone, desde 38 hasta 39, la presilla cortada por la fig. 22. En la abertura de la fig. 20 se pone una faltriquera preparada en percal, y guarnecida por su borde superior con una tira de tela de 5 centímetros de ancho, igual á la del pantalon; se reunen las dos mitades de este desde 41 hasta la estrella, desde 43 hasta el doble punto; se hace un dobladillo en la abertura desde el doble punto hasta la estrella, se forman los pliegues de arriba poniendo cada cruz sobre el punto próximo, y se arma el pantalon entre las dos telas de la pretina, que se guarnece con ojales.

CHALECO.—Se cortan dos pedazos para cada delantero por la fig. 25, la espalda en percalina puesta doble, por la fig. 26, que representa su mitad; se cortan 2 pedazos de la misma percalina doble, para la tira ajustadora, por la fig. 27. Debajo de los contornos del chaleco se pone una tira de percalina de 5 centímetros de ancho, y los delanteros se forran de percalina.

Se hacen los ojales, se ponen los botones, se ejecuta la abertura de la faltriquera, y se pone esta de tela igual á la del chaleco, fijando su borde superior con un vivo, segun las indicaciones dadas en un dibujo especial. Se reunen espalda y delanteros desde 44 hasta 45, desde 46 hasta 47, cogiendo los dos delanteros entre las dos telas de la espalda; en las costuras de los lados se cogen tambien las tiras de hebilla.

CHAQUETA.— Se cortan los dos delanteros por la fig. 28, la espalda entera por la fig. 29, que representa su mitad,—dos pedazos por cada una de las figs. 30 y 31, en tela puesta doble para las faltriqueras; las mangas por la fig. 32. Debajo del borde de los delanteros se pone una tira, como se ha dicho para el chaleco; se hacen los ojales, se ponen los botones, se ejecutan las faltriqueras (véanse los dibujos especiales). Debajo de estas aberturas se pone un pedazo de la misma tela que la chaqueta, que se pone por el revés del borde superior de la abertura, para pespuntearlo despues por el derecho. Debajo del borde inferior de la abertura se pone una tira al sesgo. En fin, se cosen las faltriqueras reuniendo las cifras iguales; se unen espalda y delanteros desde 48 hasta 49, desde 50 hasta 51; por debajo del escote y por debajo del borde inferior se pone una tira estrecha cortada al sesgo, y se fija en la sisa 52 sobre 48 de los delanteros, la manga, que tiene un pliegue en su borde superior.

VESTIDO PARA SEÑORITA DE 12 A 14 AÑOS.
(Véase la explicacion en la hoja de patrones.)

Bolsa de viage.

Figs. 38 y 39 (recto) del patron.

Esta bolsa, hecha de percal, se lleva debajo del trage.

Se cortan dos pedazos por la fig. 38 (que representa la mitad de *uno* de ellos), uno segun el patron, el otro con arreglo á sus dimensiones menores, es decir, desde el borde inferior, redondeado, hasta la línea fina. Se corta un pedazo, pero de percal puesto doble, por la fig. 39 (que representa su mitad). Los dos pedazos cortados por la fig. 38 se reunen á punto atrás, de modo que la tela sobrante de la costura quede hácia adentro de la bolsa. Debajo del borde superior, abierto, se pone una tira de percal de un centímetro de ancho; el lado en línea recta de este borde va cogido entre los dos lados de la fig. 39, sobre la cual se hacen ojales; se ponen los botones sobre la figura 38; se ata la bolsa á una pretina, empleando dos tiras de percal puesto doble, al hilo, la cual tenga 4 centímetros de ancho por 6 y medio de largo. La pretina, de percal, se cierra con botones.

Acompaña á este número el patron n.° 10 de 1867, cuyos dibujos y explicacion van insertos en el mismo.

Coselete para niña de 8 á 10 años.

Figuras 70 á 73 (verso) del patron.

Este coselete con bandas está hecho de tafetan negro, guarnecido de terciopelo negro, cascabelillos de azabache y lazos de cinta de terciopelo negro.

Se cortan en tela y forro dos pedazos por la figura 70, dejando de mas la tela necesaria para un dobladillo de 3 centímetros en los bordes de los delanteros; la espalda se corta entera por la fig. 73, que representa su mitad. Los costadillos (fig. 72) se cortan con la banda que los prolonga, continuando la direccion de sus contornos hasta un largo de 45 centímetros; pero estas bandas se hacen sin forro. Se ponen los botones en los delanteros, se hacen los ojales, se cosen juntos todos los pedazos aproximando las cifras iguales, y se ponen ballenas debajo de las costuras; se orla con un vivo relleno el borde superior, así como el escote, luego se coloca la guarnicion, y se atan las bandas siguiendo las indicaciones del dibujo.

Coselete de tafetan para señoras y señoritas.

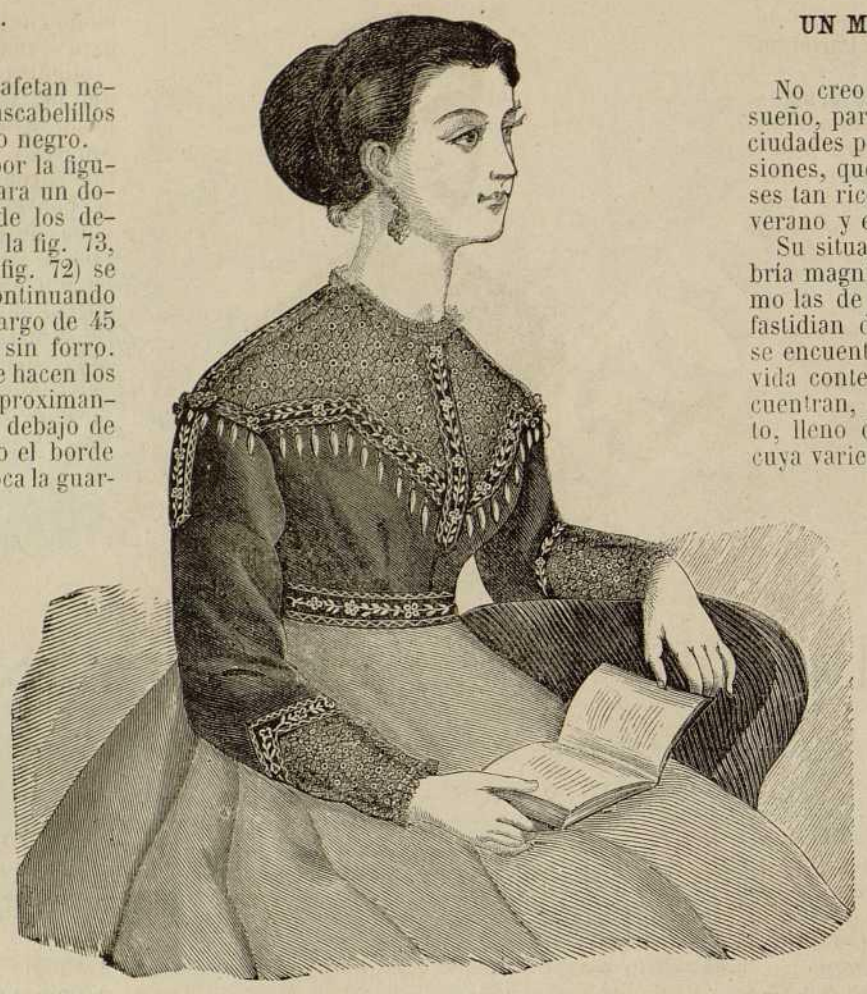
Figuras 74 á 77 (verso) del patron.

Se hace este coselete, bien de tafetan negro para acompañar á toda especie de trages; bien de tela igual á las de los trages con los que se lleve; se ponen con un corpiño blanco montante ó escotado.

Nuestro modelo va guarnecido con tiras al sesgo de centímetro y medio de ancho y cascabelillos. Se cortan en tela y forro 2 pedazos por cada una de las figs. 74, 75 y 76; la espalda entera por la fig. 77, que representa su mitad; en los bordes de los delanteros (fig. 74), se deja de mas la tela necesaria para un dobladillo de 3 centímetros; se reune la tela y el forro, se ejecuta el dobladillo de los bordes de los delanteros, las nesgas del borde superior, se ponen los botones en el delantero izquierdo, se hacen los ojales en el opuesto, se reunen todos los pedazos juntando las cifras iguales, y se ponen ballenas en las costuras. Se coloca un vivo en la sisa, y se hace la guarnicion. — El lazo del hombro se compone de un buclecillo de 7 centímetros de largo, y de un cabo de 20 centímetros; todo ello se corta en tela igual á la del coselete, con forro de gasa rígida, despues de marcelina, y guarnecido como el coselete; el ancho superior de este cabo es de 7 centímetros, su ancho inferior de 12.

SACO PARA NIÑO DE 2 A 4 AÑOS.

(Véase la explicacion en la hoja de patrones.)



CORPIÑO DE TAFETAN Y TUL BORDADO.

(Véase la explicacion en la hoja de patrones).

Chaqueta bordada.

Figs. 33 á 37 (recto) del patron.

Esta chaqueta es de gró negro, está bordada con cordon encarnado; felpilla negra, cuentas negras de azabache, y guarnecida de fleco rizado encarnado y negro, sobre el que corren unos galones negros bordados con cordon encarnado y cuentas de azabache. El escote se orla con un cordon negro y encarnado terminado por borlas.

Se cortan en gró y marcelina (forro) 3 pedazos por cada una de las figuras 33 y 34, la espalda y el cuello enteros por las figs. 35 y 36, que representan su mitad; la manga por la fig. 37, teniendo en cuenta la diferencia de contornos para la mitad de debajo; se cosen las nesgas del pecho, luego se ejecuta el bordado en parte indicado en el patron y completado por el dibujo. El cuello está puesto en el escote juntando las cifras iguales. Se cosen las mangas desde 62 hasta 63, desde 64 hasta 65; se las fija en la sisa 65 sobre 65; en fin, se pone el fleco en el galon.

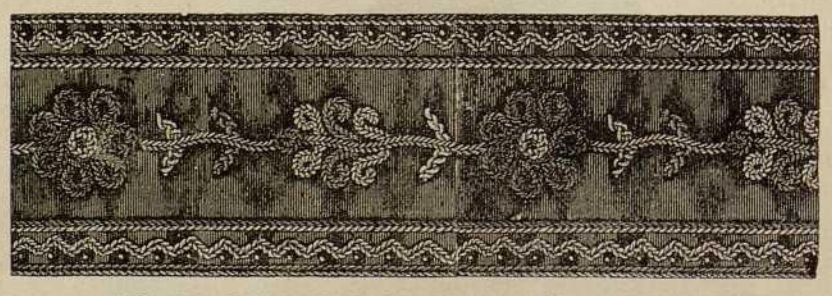
Corpiño con bordado breton.

La fig. 21 (recto) representa una hombrera del corpiño.

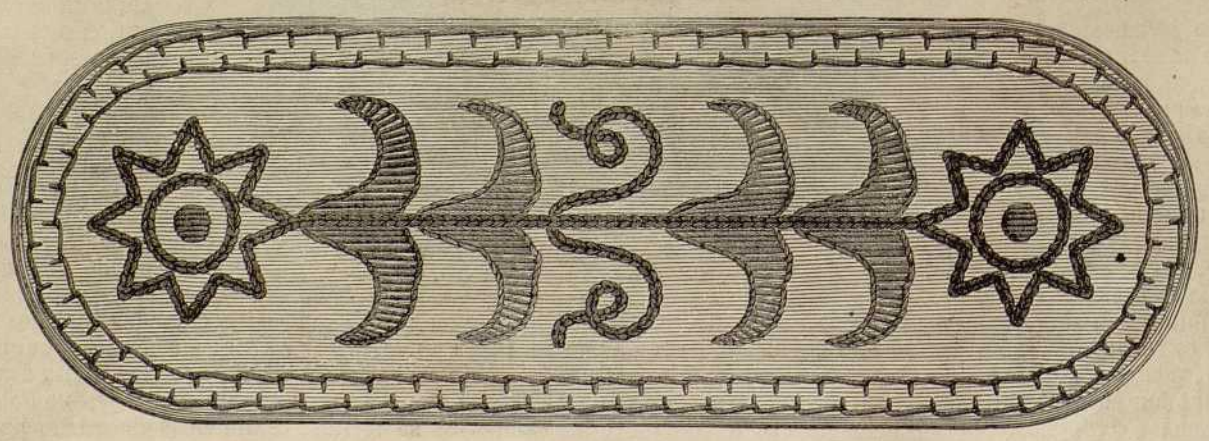
Está hecho de nansouk, y adornado con bordados bretones; se ejecuta á punto de cadeneta y feston muy claro, con lana inglesa ó con seda de muchos colores vivos. Un dibujo especial reproduce en tamaño natural la presilla del hombro, y al mismo tiempo la ejecucion de este bordado. Las hombreras se cortan dobles, luego se bordan; el mismo bordado se encuentra en los otros pedazos que componen el corpiño.

Nuestras suscritoras han recibido muchísimos patrones de corpiño, que pueden utilizar para el presente.

ADVERTENCIA.—En nuestro número 33 anticipamos varios dibujos con sus explicaciones, y los cuales corresponden al presente patron.



TIRA DEL BORDADO BBETON PARA EL CORPIÑO DE TAFETAN.



PRESILLA DEL HOMBRO (CORPIÑO CON BORDADO BRETON).

UN MATRIMONIO GRIEGO EN ATENAS.

No creo que pueda imaginarse un retiro mas risueño, para un sabio fastidiado del bullicio de las ciudades populosas donde se disputan el cetro las pasiones, que el de Atenas durante los dos ó tres meses tan ricos en dulces ilusiones, en que termina el verano y empieza el otoño.

Su situacion y sus ruinas no ofrecen aquella sombría magnificencia que causan á primera vista, como las de Roma, tanto asombro al extranjero, y le fastidian de todo lo moral. La sociedad que en ella se encuentra es muy limitada para dar pábulo á una vida contemplativa; pero los viajeros modernos encuentran, como los antiguos, en su estrecho recinto, lleno de monumentos, un alimento intelectual cuya variedad cautiva á los mas descontentadizos.

Los acontecimientos mas comunes de la vida no bastan á borrar de nuestras ideas ese tinte poético que les comunican necesariamente la contemplacion de los sitios y el estudio de los monumentos de la antigüedad. He observado siempre una singular relacion entre la historia de las ciudades antiguas y su posicion topográfica.

El carácter especial de los habitantes de Jerusalen, de Tebas, de Lacedemonia, se halla impreso en los sitios particulares de esas famosas ciudades; y á pesar de las devastaciones del tiempo, no puede contemplarse su estado actual sin poblarlas de esos hombres eminentes que reanima el buril de la historia.

Así las rocas basílicas de Jerusalen se nos presentan surcadas por los rayos de Jehovah; las riberas ferruginosas del Taijeto nos recuerdan la inflexibilidad del carácter espartano; y las formas graciosas del paisage de Atenas, esa mezcla venturosa de la tierra y de las aguas, de las llanuras y las colinas, de los sotos y los prados, su atmósfera purísima, explican la suma delicadeza, ese instinto de lo bello, cuyo conjunto constituia el espíritu ateniense, que, bajo el nombre de aticismo, es todavía para nosotros el dechado de la urbanidad y del buen gusto.

PALETOT DE MOLETON BLANCO (BORDADO BRETON).

Recorra con la vista el viajero sentado en el monte Himeto, en una hermosa mañana del mes de junio, el dilatado panorama que le rodea, y podrá leer en él un resúmen de la historia de la república de Solon, y las causas de sus acontecimientos mas notables. El Acrópolis, el templo de Teseo, la Academia, todos esos monumentos se explican por el carácter del paisage y por la belleza del clima. Despues de veinte siglos, el entendimiento se embriaga todavía con las mismas inspiraciones, y una meditacion grata y apacible, que en nada participa de los sombríos sueños del Norte, absorbe insensiblemente todo vuestro ser. El pensamiento es aquí el aliento de la vida, y este aliento es delicioso en una atmósfera embalsamada. Nada sombrea en este cuadro. El pastor que veis á vuestros piés es albanés; pero la ferocidad estampada en su fisonomia os recuerda esos seres feroces é indómitos que poblaban la Grecia en los tiempos heróicos, subiendo de Pisistrato á Teseo. La vista de un sable musulman os recuerda la invasion de los persas; los coros guerreros de Esquilo, las narraciones de Herodoto; y al aspecto de las falanjes y de las flotillas griegas, esperais ver otro nuevo combate de Maraton ó de Salamina. En una palabra, todo se vuelve antiguo á vuestro rededor, y si atrae vuestra atencion

la marcha de los rebaños al través de una nube de polvo, bien pronto vuelve á fijarse sobre el Partenon y la Acrópolis.

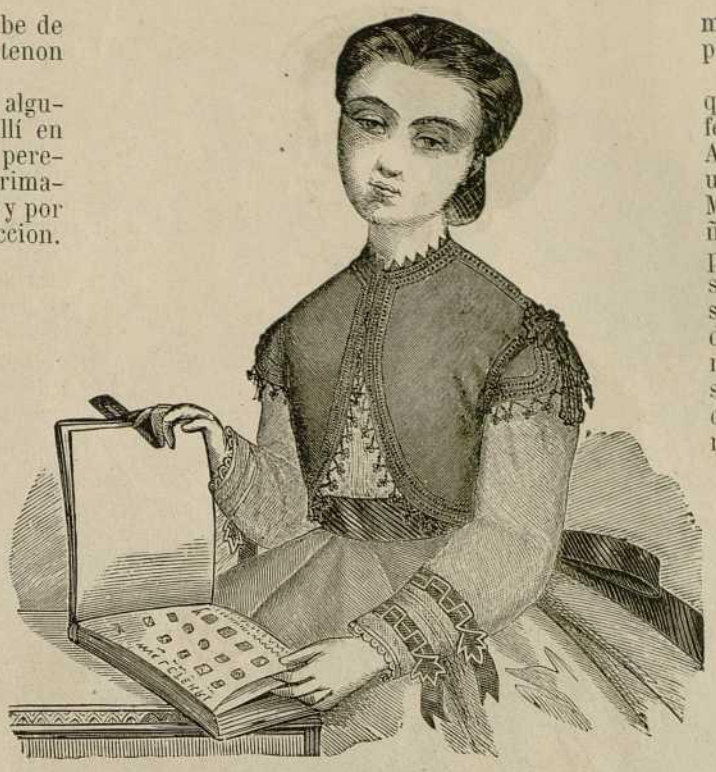
La sociedad, si puede darse este nombre á algunos grupos de personages, la sociedad está allí en armonía con la naturaleza de esta comarca peregrina. Los griegos son representados por los primados; los arcontes por uno ó dos papas ó frailes y por los cónsules, griegos todos de orígen ó por afeccion. Los viajeros y los artistas se renuevan y suceden sin cesar, y algunos se han naturalizado allí muchos años hace, á cuya cabeza se distinguian poco há Luzieri y Fauvel. Todo respiraba en casa de este último su pasion á lo antiguo; notábanse en la entrada de su patio algunos fragmentos de estatuas, la mayor parte de las cuales habian perdido, es cierto, ese perfil tan gracioso que distingue los monumentos mas bien conservados de la estatuaria griega, pero conservaban todavía un aire de vida, una expresion que pasmaba á primera vista. Este patio formaba un museo de monumentos antiguos distribuidos con un gusto cabal, á lo largo de las paredes, y cuyos graciosos contornos acariciaban blandamente las flores, enredaderas y la yedra. El sol, cuyos rayos iluminaban esos preciosos restos al través del ramaje de los emparrados que les daban sombra, los murmullos de la fuente cuyas aguas corrian á sus piés, todo sumergia el alma en una profunda meditacion, de la cual solo os distraia la charla del anticuario y la alegría toda francesa de Mr. Fauvel.

Bajo uno de aquellos toldos de verdor le ví por la vez primera, absorto en la meditacion del monumento de Atenas, que ejecutaba en cera. Ni los años, ni una larga ausencia de su pais habian disminuido en nada esa originalidad de talento, esa viveza de sentimiento, y esa alegría casi infantil que caracteriza á nuestros vecinos. Tenia, á pesar de su edad, el aire inquieto y vivo; las agudezas de su conversacion, la gracia de sus modales, me trasladaron por un instante á París y en medio del siglo pasado. La Francia y Atenas se habian de tal modo confundido en su corazon, que no formaban para él mas que un solo y mismo país.

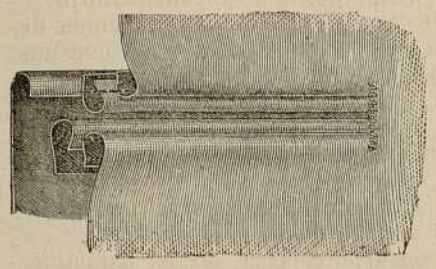
Mientras que nos paseábamos hablando, su criada, que era una albanesa gorda, vino á depositar su café sobre un fragmento de sarcófago, adornado de Amores y de Genios. Cerca de nosotros revoloteaba una corneja á la que queria mucho. La corneja de M. Fauvel era conocida de toda la ciudad; cada mañana, despues del desayuno, hacia sus excursiones por las cercanías, y volvia por la tarde al lado de su dueño, tan respetada como el pabellon del cónsul. ¡Pobre Fauvel! ha participado de las desgracias de su patria adoptiva: su museo, su albanesa, su corneja, todo lo ha perdido, menos su valor y su filosofía. Al presente vive retirado en Esmirna, y el único objeto que le consuela de su expatriacion de Atenas, es el plano en relieve amoldado en cera que espera por fin poder terminar.

Una tarde, mientras que, debajo de uno de los emparrados de su museo, examinábamos ciertos monumentos de la ciudad de Minerva, un hermano de Logotheti, el cónsul inglés, vino á proponerme que me conduciria á ver un matrimonio griego, el cual se celebraba allí cerca. Acepté por curiosidad, y despues de haber andado algunos minutos, unos gritos de alborozo, que salian del fondo de un callejon cerca de la muralla, nos anunciaron el lugar de la fiesta. Mi introductor era un *papas* ó fraile de alta estatura, de un temple de alma y de una fuerza muscular que le hacian mas apto para manejar el mosquete que el báculo pastoral: á juzgar por su cara redonda, era aficionado á los buenos bocados, cualidad que le daba mas derechos á la afeccion que al respeto de los habitantes. Nadfe honraba mejor que él un bautizo ó un matrimonio. Era el alma de los banquetes, y daba por todas partes la señal de la alegría. Fácil es pues adivinar que su aparicion fué saludada con repetidos aplausos, y que fuí acogido con un saludo universal.

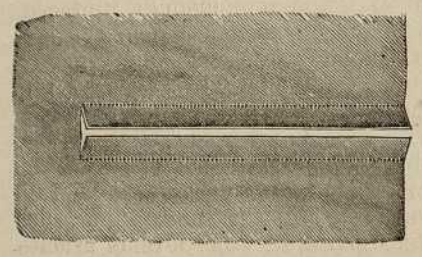
Me hallaba en casa de los padres de la novia, é



CHAQUETA PARA SEÑORITA DE 12 A 14 AÑOS.
(Véase la explicacion en la hoja de patrones.)

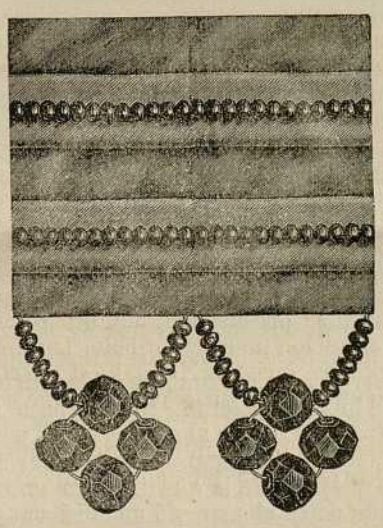


ABERTURA DE LA FALTRIQUERA DEL CHALECO.

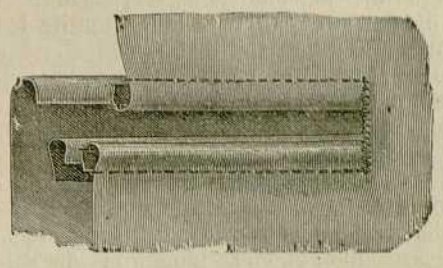


EJECUCION DE LAS ABERTURAS DE LAS FALTRIQUERAS.

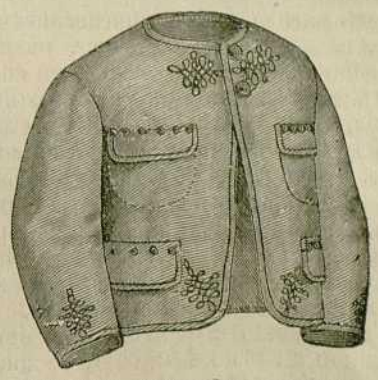
PANTALON PARA NIÑO DE 4 A 6 AÑOS.



GUARNICION EN TAMAÑO NATURAL DE LA CHAQUETA PARA SEÑORITA.

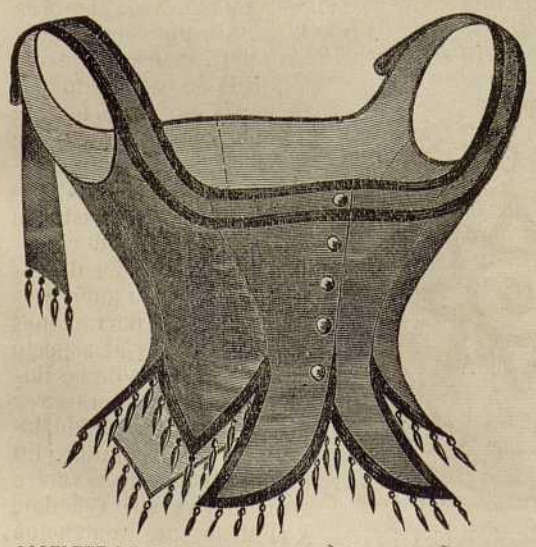


ABERTURA DE LA FALTRIQUERA DEL CHALECO.



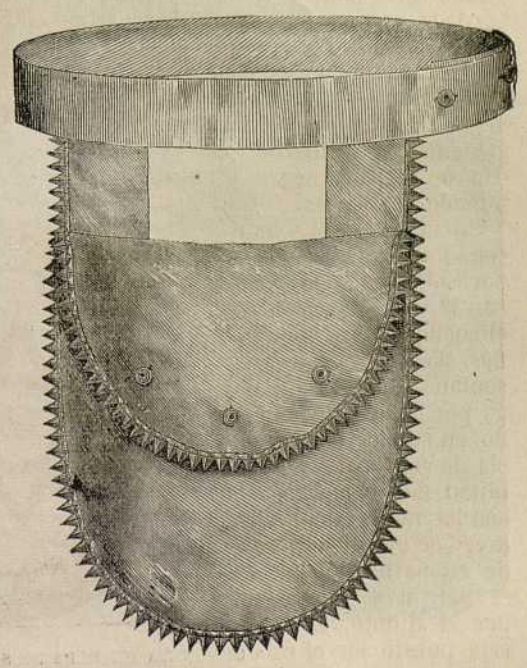
CHAQUETA PARA NIÑO DE CUATRO A SEIS AÑOS.

CHALECO PARA NIÑO DE CUATRO A SEIS AÑOS.



COSELETE DE TAFETAN PARA SEÑORAS Y SEÑORITAS.

COSELETE PARA NIÑA DE 8 A 10 AÑOS.



BOLSA DE VIAGE.

iban todos á ponerse en marcha hácia el domicilio del esposo. La casa, aunque de mediana apariencia, parecia sin embargo cómoda. Los convidados atajaban la escalera de piedra practicada al exterior y que conducia al primer piso. El ruido de los cimbalos y de los tamboriles se mezclaba á los *vivas* y preludiaba el epitalamio.

Los actores, poco numerosos, desempeñaban tan bien sus papeles, que hubiera sido difícil oir una sola palabra en medio de aquella algarabía. Me costó no poco llegar hasta la sala al través de la muchedumbre. Ví á la novia sentada en medio de muchos grupos de amigas. Daban la última mano á su tocado, mientras que su nodriza acababa de componer el enorme edificio de su peinado.

Desengañada esta buena mujer de las vanidades de este mundo, empleaba todo su coquetismo en su j ven señora; brillaban sus ojos de alegría á cada pieza nueva que agregaba á su grotesco tocado, y de vez en cuando se arrodillaba ante el modelo labrado por sus manos, y solicitaba, en medio de su arrobo halagüeño, los sufragios de los circunstantes. El aire de la jóven era mucho mas cómico todavía; tenia diez y ocho años, facciones regulares, aunque frias, y el aire distraido. Sus ojos eran pequeños y negros, mas habian creido hacerlos aparecer mas grandes y darles mas expresion, prolongando los dos ángulos de sus párpados y pintando sus cejas de negro. Su color natural habia desaparecido bajo el albayalde y el carmin que cuajaba su rostro. Su peinado, de tres pisos, sostenia un anfiteatro de flores, de papel dorado, de cequíes ensartados, etc... Este peinado es en las familias griegas lo que era, en sentido figurado, el sombrero de rosas en Normandía; la viudedad de la casada.

Terminando el peinado, se hizo circular por la reunion un plato destinado á recibir las suscriciones de los convidados, y lo que se recogió fué depositado en sus manos. Al ponerse el sol, se puso el séquito en movimiento. Apenas la novia, agobiada bajo ol enorme andamio que pesaba sobre su cabeza, y sostenida por dos de sus compañeras, asomó á lo alto de la escalera, cuando entonaron el epitalamio, especie de cantinela en diálogo, salmodiada con voz nasal, y acompañada de ademanes grotescos. Al bajar la escalera, la heroina de la fiesta iba precedida de un niño que traia un espejo levantado en alto para proporcionarle el gusto de ver sus adornos. Noté que ella se aprovechó muy poco de ese llamamiento, digámoslo así, á su presuncion; y solo parecia sensible á la incomodidad de sus atavíos. Durante la marcha de la comitiva, tan bien ordenada como lo permitia la dimension de las calles que tenian que atravesar y la ruidosa algazara de los convidados, echaban flores por el camino, y se mezclaba al ruido de los instrumentos la expresion enfática de todos los votos y parabienes usados en semejantes circunstancias, y cuya larga lista ha conservado la tradicion. La comitiva, precedida de antorchas, llegó, despues de numerosos rodeos, á la casa del novio.

Subsiste todavía en sus descendientes el despotismo doméstico de los antiguos griegos. El código riguroso de los *jineceos* (aposentos de las mujeres) sobrevivió á las costumbres y á la religion que lo establecieran. No fué poca mi sorpresa, cuando al entrar en el patio de la casa conyugal, encontré mas flema y apatía de la que hubiera encontrado entre alemanes ó metafísicos septuagenarios. El amante, de color bronceado, y á cuya edad hacian traicion algunas arrugas, estaba sentado debajo de un grupo de olmos y plátanos.

CHAQUETA DE REPS DE SEDA AZUL.
(Véase la explicacion en la hoja de patrones.)

¿Pensaba acaso en un soneto sobre las gracias de su novia, en alguno de esos golpes teatrales y que se ensayan antes de ejecutarlos? No; se hallaba extasiado bajo la navaja del barbero, y sus amigos admiraban con envidia la destreza del artista. Terminada la operacion, y perfumado nuestro héroe de piés á cabeza, se hizo en la asamblea la misma recoleccion que en casa de la novia: todo lo cual se efectuó con yerta seriedad, y no entreví la menor sonrisa en los labios de los jóvenes del acompañamiento. La novia, que durante estos preparativos, habia permanecido con sus compañeras en un rincon del patio, con una paciencia y una resignacion ejemplares, viendo á su señor y dueño dispuesto á recibirla, dejó su asiento y se adelantó hácia la casa conyugal: este movimiento no hizo en él la menor impresion, y no se dignó ni siquiera saludarla, conservando su imperturbable flema, hasta que hubo pasado la puerta el acompañamiento femenino.

Bien pronto, y, la verdad sea dicha, nada comprendí de este golpe teatral: el novio se desprendió del grupo que le habia ocultado hasta entonces á las miradas de su amada, y mientras que entonaban de nuevo el canto del himeneo, entró en la casa, despues de haber dejado su cuchillo á la puerta. Mi amigo Logotheti, á quien pedí la explicacion de esta ceremonia, se sonrió meneando la cabeza, mas no supo qué contestarme.

Al entrar en la sala con el resto de la comitiva, quedé un poco escandalizado al ver á la novia sentada tres pulgadas mas abajo de su esposo, en el asiento destinado para los dos.

Los parientes y amigos tomaron asiento á su lado, y se observó durante algunos minutos un silencio general. El marido se pavoneaba con orgullo; la mujer se manifestaba humilde y satisfecha; mas no se leia en sus facciones ninguna expresion de felicidad; en cuanto á las personas que hacian parte del acompañamiento, lejos de interesarse ó envidiar la suerte de los esposos, parecian felicitarse de no encontrarse en su lugar. Entre tanto iba á empezarse la ceremonia religiosa, cuando una mirada de Logotheti me anunció que estaba yo de sobra. Viendo que los demás del acompañamiento desaparecian sucesivamente, despues de algunos parabienes, salí con ellos, y pasados dos minutos, me ha-

CHAQUETA DE REPS DE SEDA AZUL.

CHAQUETA BORDADA (VISTA POR DELANTE).

llaba ya en medio de la muchedumbre que, al exterior, llenaba el aire de aclamaciones.

La luna reflejaba sus suaves y pálidos resplandores sobre las columnatas del Panteon y sobre los viñedos de la moderna Agorá (nombre que se daba en la antigüedad á la plaza pública donde se reunia el pueblo), cuando volví á casa de M. Fauvel. Le encontré que estaba tomando el fresco en el patio, en medio de algunos amigos, hablando sobre el mérito de los diseños de Luzieri, con menos indulgencia de la que se debia á un ateniense y á un filósofo.

Puestos entrambos al frente de los anticuarios de Atenas, sus disputas servian de texto á las habladurías del dia. Sin embargo, los griegos se manifestaban en esta ocasion celosos defensores de M. Fauvel, porque no podian perdonar á su rival haber ayudado á lord Eljin en su atentado contra los mármoles del Partenon. Los hijos de este cónsul, llamados Licurgo y Temístocles, cuyos nombres justificaban por su patriotismo, no eran los que menos encarnizados estaban contra la sacrílega codicia del noble par.

No sé exactamente cómo se terminó la disputa: sin embargo, creo que se acabó como las guerras civiles de los primeros tiempos de la república romana. Desgraciadamente el alfanje turco ha cortado el nudo gordiano de una manera muy funesta para los griegos y para M. Fauvel.

Interrumpí la cuestion que tenian, nada favorable á Luzieri, dando algunas noticias sobre el ceremonial de que habia sido testigo; pero en el momento en que M. Fauvel iba á entablar una discusion, digna de figurar en el *Diario de los Sabios*, sobre las tradiciones y las ceremonias trasmitida de generacion en generacion á los modernos atenienses, por los conciudadanos de Pericles y Demóstenes, y principalmente sobre la del cuchillo clavado en la puerta de la casa conyugal, llegó un enviado del cónsul austriaco, que le daba aviso de que una embarcacion iba á zozobrar en el Pireo; fué pues forzozo sacrificar los gustos del anticuario á los deberes del cónsul. M. Fauvel pidió su sombrero, nos recomendó su corneja, y desapareció, dejando sin terminar una cuestion en la que Logotheti y yo tomábamos, por otra parte, muy poco interés.

M. DE F.

CORPIÑO CON BORDADO BRETON.

AMOR Y DESVENTURA
Ó EL PINTOR DEL GRAN DUQUE DE ALBA.

I.

Habia Felipe II levantado en medio de los campos de Castilla el soberbio y magnífico edificio, que en un momento de gran piedad habia ofrecido á Dios y al mártir San Lorenzo en la célebre batalla de San Quintin, edificio que debia asombrar á los futuros siglos, siendo á la vez templo magnífico, palacio suntuoso y sepulcro de los Reyes de España. Vigilaba el mismo Rey adusto y severo el adorno, las pinturas y esculturas de célebres artistas que de todo el mundo se habian reunido allí para embellecer su obra.

Entre otros habia un célebre pintor flamenco que el emperador Cárlos V habia enviado á España y á Portugal y que habia hecho el retrato de muchos Príncipes y Monarcas.

El favor del emperador y despues de Felipe II no habia bastado á hacer cortesano á Antonio Moro, cuya independencia y franqueza estuvieron á punto de hacerle perder un dia todo su favor.

Felipe II concedia á su pintor favorito toda su amistad y le profesaba el mayor afecto: empero el artista no sabia sin duda que un Rey de España es uno de esos ídolos ante los que es preciso no olvidar jamás su humildad.

Un dia, que en uno de los claustros se hallaba pintando uno de los admirables frescos de la vida de la Vírgen, paseábase Felipe II con alguno de sus grandes, examinando los trabajos y llegándose por detrás del artista embebido en sus faenas, le dió un ligero golpe en el hombro. El pintor se permitió, ora ignorase quién era el que le tocaba, ora se creyese con confianza para ello, responder á aquella demostracion dando un ligero golpe con la tienta al severo monarca.

Felipe II se rió mucho y celebró aparentemente la ocurrencia. A la mañana siguiente se preparaba el pintor para continuar sus trabajos, recibió una órden para salir inmediatamente del Escorial y marchar en seguida fuera del reino; reputándose bastante feliz por no haber sido reducido á prision por haber faltado á la etiqueta debida al rey.

Era sin embargo tal el mérito del artista, que al obedecer á la necesidad de castigar aquella falta de respeto, Felipe II le dió una carta de recomendacion para uno de sus generales mas poderosos, para el Duque de Alba que mandaba en los Paises Bajos.

Las ideas protestantes habian hecho que los Paises Bajos se sublevasen completamente contra los reinos de España y para extirpar los errores de la heregía, habia hecho el rey establecer un tribunal que no se llamó en verdad de la inquisicion; empero que estuvo revestido de todos los poderes de aquella institucion.

El Príncipe de Orange, el Conde de Egmont y Hons que tantos servicios habian prestado á Cárlos V y los principales señores formaron una liga sagrada y proclamaron su independencia. Llamóse á aquella liga de los *pordioseros*, porque así los llamaron los ministros del rey por sus incesantes reclamaciones, denominacion de que se gloriaron los confederados, llevando desde entonces en su sombrero ó en el pecho, á manera de señal, una escudilla.

Felipe II envió al Duque de Alba, político consumado y general intrépido, para que apagase la rebelion con sangre, condenando á los tormentos, á los suplicios y al fuego á los que habian abrazado el protestantismo. Bajo el pretexto de una conferencia, invitó el Duque de Alba á los Condes de Egmont y de Horns á su palacio, donde fueron presos y conducidos á la fortaleza de Gante.

Los Condes de Egmont y de Horns fueron sacados de la fortaleza de Gante y ajusticiados en la plaza pública de Bruselas.

En vano la Condesa de Egmont imploró de Felipe II el perdon recordándole que al valor de su marido se debia la gloria de San Quintin. Ni lágrimas; ni ruegos; ni recuerdos de las victorias conmovieron el corazon del rey.

La insurreccion fué general. El Príncipe de Orange abjuró públicamente el catolicismo y declaró que su objeto era el salvar al pais. El Duque de Alba logró contener las fuerzas rebeldes del de Orange, y este aumentó su prestigio, y la inquisicion continuó sus autos estableciéndose un tribunal que se llamó *de Sangre*.

Al entrar en Flandes en su honroso destierro Antonio Moro, casi creyó encontrarse en España. El hábito de vivir en este hermoso pais tan favorecido del cielo, habia impreso de manera al pintor un carácter vigoroso y fiel, y esto fué lo que sin duda sedujo al Duque de Alba, que quiso

CHAQUETA BORDADA (VISTA DE ESPALDA).

CORPIÑO CON BORDADO BRETON.

que le pintase á caballo delante de los cuatro bastiones de la ciudadela que habia hecho construir en Amberes y sobre cuyos muros habia hecho esculpir su nombre, títulos y cualidades, sin hacer mension alguna del rey Felipe II su amo. Era tal el poder del Duque de Alba que el Papa le habia dado el estoque y el sombrero bendito, cosa que los papas no conceden sino á las testas coronadas.

El Duque de Alba con su consejo de sangre creado por él y á cuya cabeza habia colocado á su secretario Várgas, llenaba todos los dias de terror á Flandes, de donde con sus suplicios habian huido mas de cien mil flamencos, apresurándose el resto á ocultar sus riquezas, para que no fuesen presa de la codicia del Duque de Alba y mas bien de sus satélites.

Todos los dias ejecuciones secretas hacian mas odioso su poder. Este hombre tan terrible miraba sin embargo con el mayor afecto y distincion al pintor, que quíso le retratase á caballo, tal y como habia estado en la célebre batalla de Mulberg en el cuadro de la Resurreccion, pintado para el convento de Jesuitas de Amberes.

II.

Un día que Antonio Moro se hallaba en su estudio trabajando, oyó en la calle una fúnebre salmodia. Asomóse á su ventana, y un espectáculo triste se presentó á su vista. Los reverendos padres carmelitas llevaban por las calles para enterrar á una dama jóven que habia muerto la víspera. Pasó debajo de las ventanas del artista. En todo el aparato que la rodeaba notó que era el entierro de una princesa. Iba en el féretro una mujer con el rostro descubierto; rizado el pelo y peinado á la moda de España y acompañada de llorones y de lloronas, costumbre de aquella época.

Preguntó lleno de curiosidad de quién era el cadáver de aquella hermosa mujer y le respondieron que se llamaba la Condesa de Armsberg que acababa de morir.

Dijéronle que su marido era uno de los mas celosos partidarios y amigos del Príncipe de Orange (lo que para aquel tiempo era la peor recomendacion). Supo que el Duque de Alba y su inflexible secretario Várgas habian precedido á la confiscacion de sus bienes, y hecho decretar la pena de muerte contra el Conde como uno de los rebeldes. El Conde habia logrado fugarse y aun se decia que el mismo secretario Várgas habia favorecido la evasion del Conde de Ambergs.

Fuera de esto lo que fuese, el pintor contemplaba extasiado en el ataud á una hermosa mujer. La comitiva fúnebre habia hecho alto precisamente debajo de la ventana del artista á fin de cantar un responso, y aun cuando ya el dia iba declinando, le ocurrió la idea de reproducir rápidamente sobre el lienzo las facciones de la muerta. Cogiendo su paleta y sus pinceles, en un momento trazó á la ligera el retrato de aquella jóven, de medio cuerpo. Sus hombros; su cuello; sus cabellos en trenzas, caian sobre sus mejillas, á las que por un capricho particular habian dado de colorete, haciéndola parecer mas una imágen que un cadáver. El pintor, concluida rápidamente su obra, se hincó de rodillas para dar gracias á Dios, tanto por lo bien que le habia salido, como del poco tiempo que empleó. La comitiva continuó su camino y fué á entrar en la Iglesia á donde, como arrastrado por una fuerza sobrenatural, lo siguió el pintor y vió bajar aquel cadáver á la bóveda de la familia de los Condes de Armsbergs, dejando allí á la bella Condesa, de la que al menos poseia el retrato.

III.

Aquel retrato habia suscitado en el artista hondos, antiguos y deliciosos recuerdos. Fué pues para él una especie de misteriosa compañia. Mirábale cuando se hallaba solo, y se complacia en bajarle de la pared donde le habia colgado, y en hablar con él durante largas horas. Para ocultarle á todas las miradas lo habia desde luego colocado debajo de una gran cortina de damasco, empero encontrando que no era bastante aquel sitio para ocultarle hizo abrir en la pared una especie de hornacina y allí le encerraba cual si fuera una imágen de la vírgen.

Extasiábase con placer delante de aquella imágen de la muerte, precisamente porque no tenia nada de la muerte. Gracias al colorete que hacia sus labios como de púrpura tenia todo el sabor de una aterciopelada fruta. Delante de aquel retrato á nadie podia ocurrirle la idea de la muerte, ni del sepulcro, parecia mas bien una jóven entregada á un largo y plácido sueño.

Acababa Moro de llegar de España y venia fatigado con la vista de los cuadros de mártires, de austeros frailes, que representaban los pintores de aquella época, y huia completamente de aquel mundo de tormentos y de suplicios. La vista de aquella hermosa dama despertaba en el alma del artista un inefable éxtasis de amor. El retrato de la dama muerta le ofrecia algunos rasgos de semejanza con el de la hermosa Olivia Campana que habia amado apasionadamente en Madrid. Compara aquella cabeza con otros bocetos que habia hecho en Aranjuez y Madrid en tiempo de Cárlos V y cuando era jóven, y cada vez fué mas grande su admiracion.

Olivia Campana en la época en que el pintor se habia enamorado de ella en Aranjuez y en la corte de Cárlos V tenia trece años, era una niña. Creció en edad y con ella la loca pasion de Moro, que se vió privado de verla por que su Padre el conde de Campana se la llevó consigo á Méjico, donde el césar le habia dado un importante mando en aquellas recien conquistadas regiones, evitando así el que la jóven cediendo al amor del ilustre pintor quisiera unirse con él. Desde aquel dia fatal, Moro no habia vuelto á saber mas de Olivia.

El retrato de la dama que llevaban en el ataud, sería como el de una mujer de treinta y cinco años. Es decir que veinte años habian pasado desde que Olivia se habia separado de Moro, y veinte años en la vida de una mujer, y mas en el tránsito de la niñez á la edad consistente, eran bastante para alterar sus facciones.

Cuántas veces en su extásis de amor, exclamaba Moro delante de su retrato:

—"Serias tú mi linda Olivia? Serias la esposa de otro que ha venido á Flandes y que aquí todo está perdido para nosotros dos: juventud, amor, esperanza, todo lo que no ha dejado de existir en mí, todo lo que esta imágen me recuerda en este instante mismo de horrible angustia. Responde, pálida cabeza á quien pregunto: eres tú aquella fresca y deliciosa rosa de la familia de Campana de Madrid? eres tú la bella Olivia, y no desconoces aquí á tu amante, al triste Moro?

El retrato no respondia y el artista se veia precisado á callar ó guardarle con una especie de culto religioso.

Moro fué nombrado *primer* pintor del Duque de Alba, y le encargó pintar el gran cuadro de la Resurreccion en la Iglesia de los jesuitas de Amberes.

Moro, á pesar de lo mucho que le distinguia el Duque de Alba, no podia acostumbrarse al extraordinario y fantástico humor de su singular protector. Tan pronto se le mostraba digno y reservado, como familiar y amistoso. Algunas veces le hablaba de los cadalsos y de las víctimas que hacia su política y otras le hablaba de cuadros religiosos, de donativos que pensaba hacer á los conventos, y de iglesias que se proponia levantar. Habia colmado á su pintor de beneficios, empero su proteccion le causaba un secreto terror, que no podia dominar, no parecia sino que Antonio Moro preveia el extremo fatal á que aquel favor debia conducirle un dia.

Como el Duque de Alba iba con frecuencia á visitar el estudio de su pintor, temia este que no llegase un dia á descubrir el retrato que con tanto cuidado ocultaba; y por el que de buena gana hubiera sacrificado los demás lienzos que adornaban su taller. Tan encantador era para él el recuerdo de aquella soñada mujer, y tanta felicidad le causaba la posesion de aquel cuadro trazado rápidamente, y al paso de su entierro, empero que le recordaba su amor!

Habíale bautizado con el nombre de Olivia Campana, confundiéndole así en su recuerdo con el de la bella condesa de Armsberg, cuyo entierro habia visto pasar y que descansaba en la bóveda de su noble é ilustre familia.

Esta bóveda se hallaba en la Catedral de Amberes. Allí iba á rogar con frecuencia al declinar el dia el enamorado artista, contemplando las admirables pinturas que encierra aquel magnífico templo, y entre las que veia figurar las de su primer maestro Juan Schoreel.

Al acercarse á la bóveda de los condes de Armsberg sentíase alternativamente poseido de alegría ó de temor. Preguntaba inquieto y cubierto á aquel mausoleo, y poco le faltaba para que cual un enterrador no tratase de levantar la piedra que le cerraba.

Nadie en la ciudad habia podido decirle quién era la condesa de Armsberg. Su marido la habia llevado á Amberes tres dias únicamente antes de su muerte y venia entonces de Alemania.

En la puerta de la bóveda no habia esculpidos mas nombres que los de los condes de Armsberg, representados por dos estátuas arrodilladas, una en frente de la otra.

Un dia que cual de costumbre, y cuando la iglesia estaba casi sola andaba paseándose delante de la bóveda Moro, llegóse á él con gran precaucion, y con su velo echado una beata que le deslizó entre las manos un papel que le causó no poca admiracion y asombro al leerlo.—

"La Condesa de Armsberg se llamaba Olivia Campana, hallareis su nombre sobre la plancha de bronce de su sepulcro, si el sacristan os deja bajar á la bóveda. A Dios, señor pintor, pedid á Dios por la Condesa Armsberg, porque Olivia Campana os há amado."

Despues de la lectura de este billete, en vano buscó Moro á la mensagera á quien debia tan triste aclaracion; habia desaparecido, y se encontró solo en la iglesia, traspasado de dolor, y tan inmóvil y tan frio cual las dos estátuas que guardaban la puerta de la bóveda.

No cabia duda, la infeliz Olivia habia muerto! Habia sucumbido en algunos dias á una enfermedad que habia sido impotente el arte para dominarla. Descansaba allí, á tres pasos de él, aquella mujer por la que hubiera dado su vida, aquella jóven unida á un hombre á quien tal vez habia amado.

Esta idea mas cruel que su eterna separacion hacia agolparse con tal violencia la sangre en las arterias del pintor que se desmayó en la iglesia repitiendo el nombre de Olivia. No volvió en sí hasta la media noche, y á los pálidos reflejos de una linterna. Era la del sacristan que iba haciendo la ronda, y que encontrándole pálido, demudado, con la vista extraviada delante de aquella bóveda, debió por un momento creer que salia de ella. No tuvo gran trabajo en penetrar el secreto de su dolor, porque el artista revelaba impudentemente delante de él su dolor. No pedia á Dios mas que una gracia, la de volver á abrir por sí mismo el sepulcro y reunirse con Olivia en aquella última morada.

Despues levantándose de repente, intimó con arrogancia al sacristan que le abriese las puertas de la bóveda, repitiéndole que queria asegurarse por sí mismo de la verdad.

Vacilaba el sacristan, y Moro, echando bruscamente mano á su espada, y sin cuidarse de la temeridad sacrílega de semejante accion, hízose abrir las puertas y bajó con el asustado sacristan á la bóveda de los condes de Armsberg.

El último sepulcro se hallaba allí, cerrado y sellado con dobles sellos, el del Obispo y el del terrible Vargas, el secretario y confidente del Duque de Alba.

El pintor vió sobre la plancha de bronce esta inscripcion.

CONDESA DE ARMSBERG, ANTES OLIVIA CAMPANA.

Tal y tan grande era la turbacion del pintor que creia ver la estátua de la condesa sobre el cenotafio que no tenia, al contrario, adornos ni moldura alguna. Dió el pintor al sacristan tres duros que le hicieron mas llevadero el terrible susto, que acababa de pasar. Ayudó este á subir al pintor los estrechos escalones de la bóveda, le abrió la puerta de la iglesia, y con la muerte en el corazon se volvió á su casa.

EL CONDE DE FABRAQUER.

(*Se continuará.*)

LOS VECINOS DE DARLINGEN.

NOVELA DE ENRIQUE CONSCIENCE.

(CONTINUACION.)

—¡Cállate, cállate! me pones fuera de mí, gritó Romys, con una voz ronca extremeciéndose de furor y de espanto.

Teresa apartó á su madre que procuraba detenerla y exclamó con agitacion creciente:

—¡Ah! ¿con que mi marido es un bribon, y merece ir á presidio? No, él no es otra cosa que la inocente víctima de vuestra avaricia egoista, vos podeis salvarle, podeis reparar en parte, quizá en todo, el mal que le habeis hecho y lo rehusais, pues bien, nosotros dejaremos el pais esta noche, arreglad, pues, nuestros negocios de una manera delante de la cual la conciencia del bribon de Pottewal retroceda de horror como si fuera un miserable robo. ¡Sí, nos iremos bien léjos, al otro cabo del mundo, no quiero tener que avergonzarme delante de mi hijo y del hombre cruel que me dá la vida para mi desgracia!

Romys bajo la poderosa impresion de las palabras de Teresa habia retrocedido hasta la pared, y allí estaba pegado con las manos crispadas en los cabellos y blanco como el papel; sin embargo una sonrisa extraña vagaba por sus labios y no se hubiera podido decir si le hacia temblar el terror ó si reia por los insultos sangrientos que resonaron en sus oidos. Su mujer estaba sentada junto á la chimenea con la cabeza caida sobre el pecho y si su cuerpo no hubiera estado agitado de un temblor nervioso, se hubiera podido creer que se habia desvanecido bajo el peso de su inquietud.

—Os reís, padre mio? exclamó Teresa con extrañeza; ¿os reís? cuando la muerte y el deshonor se ciernen sobre vuestra cabeza... ¡Oh! sí, acusadme en vuestro corazon de violar mis deberes, de faltaros al respeto, que Dios me juzgará y al que deja que el deshonor imprima su marca sobre la frente de mi hijo. Entre una pobre madre y loca de desesperacion y un padre despiadado que vende la honra de toda su descendencia por un puñado de oro.

Mr. Romys, herido por esta última acusacion, se dejó caer anonadado sobre una silla, se puso las manos delante de los ojos y comenzó á llorar.

La vista de sus lágrimas arrancó un grito de desesperacion á Teresa; se dejó caer á sus piés, tomó sus manos, las cubrió de besos y de lágrimas y exclamó con una voz desgarradora:

—Ah! padre mio! mi querido padre, perdonadme; yo no sé lo que me digo, yo estoy loca, no sé lo que me pasa, piedad, piedad; decidme que nos salvareis y os bendeciré y os respetaré y os adoraré hasta la muerte!

M.me Romys habia corrido igualmente y mientras que su hija arrodillada acariciaba febrilmente las manos de su padre, la anciana señora echó los brazos al rededor del cuello de su marido, murmurando á su oido un ardiente ruego.

—Hablad, padre mio, suplicó Teresa; si os es imposible darnos toda la suma, decidme al menos con lo que podemos contar para evitar nuestra desgracia. Vamos, sed bueno, no me dejeis ir á un pais extrangero, dadme siquiera cien mil francos.

—Cien mil francos! exclamó Romys, poniéndose de pié, con ojos chispeantes, despues de tan sangriento insulto. ¡Idos! vos no sois mi hija! no os conozco!

—Piedad; piedad para mi hijo!

—No hay piedad! Yo no doy nada; nada y nada!

—Bien! sollozó Teresa, Dios me salvará! No abandonaré á mi esposo, si el deber, el sacrificio y el amor pueden alguna cosa, yo trataré de pagar vuestra deuda y la mia. ¡Adios, padre mio! ¡Adios, mi tierna madre, adios!

M.me Romys lanzó un grito de angustia y quiso correr detrás de su hija, pero su esposo la tomó por la mitad del cuerpo deteniéndola con violencia.

Mientras que los gritos plañideros de su madre la seguian hasta la puerta, Teresa corrió como una loca por la calle adelante, vacilando sobre sus piernas y sin saber qué hacia ni qué direccion tomaba. Al cabo de algunos minutos se halló en el boulevard; marchando por uno de los caminos que la alejaban del paseo principal como si ella buscase alguna cosa.

Una anciana señora la habia llamado desde lejos por su nombre; pero en su estado de turbacion no lo habia oido. Por fin se acercó á un sitio sombrío y retirado donde habia un banco en el que se dejó caer con la cabeza baja; quedando largo tiempo inmóvil, sin mirada, sin idea, sin que un suspiro ni un signo vital turbase el anonadamiento de su alma.

Esta anciana marchaba sonriendo por las tortuosas calles que rodeaban el sitio donde Teresa habia caido desolada. Parecia haber perdido su rastro, porque volvia la cabeza de uno al otro lado, buscándola con la mirada por todas las avenidas. De repente se detuvo: habia visto lo que queria; se abalanzó á paso de lobo hácia M.me Pottewal y la expió algun tiempo en silencio con un júbilo maligno.

—Huir! y mi hijo? murmuraba Teresa con voz apenas

inteligible. ¡Oh, Dios, qué débil esperanza!... ¡Mi tio Juan, mi hermana Herminia!... ¡El tren va á partir!...

—Mi pobre Teresa, dijo la anciana con un tono de compasion; ¿os ha maltratado vuestro marido, hija mia? ¡Consolaos, esa es nuestra suerte sobre la tierra!...

—Cielo; M.me Kwas! exclamó sordamente Teresa, temblando con todo su cuerpo como si hubiese visto una serpiente con la boca abierta.

—Qué teneis, querida mia? Calmaos, calmaos, ¡os ha golpeado sin duda!

Pero Teresa, huyendo de ella, se puso á correr como una loca, alejándose de la dama, cuya aparicion la habia llenado de un terror mortal.

Esta la siguió con una mirada de asombro hasta que hubo desaparecido de su vista. Despues se dijo á sí misma dirigiéndose hácia la villa: ¡Está loca! está loca! Yo siempre pensé que vendria á parar en esto; es una noticia que no causará poca sorpresa; vamos, vamos á decirlo por Darlingen, que quizá sea yo la primera que lo sepa.

VI.

Un encantador niño de unos tres años, montado en un caballo de madera, trotaba triunfalmente con el látigo en la mano por las calles de un hermoso jardin de Schaerbeek. Un caballero grueso, con los cabellos blancos y rizados envuelto en una bata de casa de colores vivos arrastraba el caballo y corria por obedecer al niño que gritaba sin cesar:

—Mas de prisa!... mas de prisa!... tio Juan!... arre!... arre!...

El sudor caia de la frente del anciano que se hacia aire con el pañuelo; pero este juego parecia divertirle y reia de sus esfuerzos marchando de prisa, y dirigiendo al niño toda clase de palabras tiernas y afectuosas, hasta que al fin se detuvo sin aliento.

—Anda!... anda!... exclamó el niño con impaciencia.

—Está cansado el caballo!... escucha como respira, suspiró Juan Blondeel; déjale descansar un poco, Ernesto, que no puede correr mas.

—Al gato!... juguemos al gato, entonces; exclamó el niño saltando á tierra; vos sois el gato, querido tio, yo el raton, á ver si me atrapais.

Y Mr. Blondeel corrió detrás del niño, dejándole alejarse, y buscando una estratagema para cogerle despues, dando gozosos gritos que resonaban en el jardin cada vez que se cogian el uno al otro. El viejo señor, fatigado de nuevo, se dejó caer sobre el césped; el niño se colocó á caballo sobre su pecho, y se puso á abrazarle y á acariciarle llamándole con su dulce vocecita: "querido padrino" "mi buen tio."

Mr. Blondeel le levantó en el aire, le suspendió por encima de su cabeza y despues le apretó contra su pecho con lágrimas de enternecimiento en los ojos. ¡Qué dichoso era!... Aquel niño era su encanto y aunque se acercaba ya el término de su vida, se sentia rejuvenecido por la dulce y poderosa fuerza del amor.

—Una mariposa!... una mariposa!... pronto, querido tio; cogédmela, cogédmela!...

Y Mr. Blondeel, por complacer á su camarada de juego, se puso de nuevo á correr por alrededor del jardin hasta que al fin cansado de sus infructuosos esfuerzos se sentó bajo un arco de verdura; el niño igualmente fatigado trepó sobre sus rodillas, y dijo con tono suplicante mientras le apretaba las mejillas.

—Querido tio, contadme una historia del pais de Jauja.

—Bien, bribonzuelo, tú no me dejarás siquiera tomar aliento.

—Vamos, tiito, la historia de Juanito, de Mariquita, y la de la montaña de azúcar.

—Bueno; pero estate quieto y escucha. Habia una vez un Juanito y una Mariquita que habiendo sido siempre modestos y obedientes podian ir al pais de Jauja; pero en el camino se levantaba una gran montaña de azúcar que debian ir mordiendo poco á poco hasta hacer un agujero por donde debian pasar para ir á Jauja; le hicieron al fin y pasaron. Allí todo era bueno, Ernesto; las fuentes manaban leche y vino generoso, los árboles eran de chocolate, la tierra de azúcar terciada, el césped de caramelo y las piedras de mazapan. Juanito y Mariquita podian comer de todo cuanto apetecieran.

Habia un gran palacio donde vivia el rey de Jauja. Este palacio tenia las paredes de turron, las ventanas de dulce y los suelos de almendras... Vamos, y el bribonzuelo se ha dormido!...

En efecto, el niño con los ojos fijos en los labios del narrador, habia escuchado un instante la enumeracion de todas estas golosinas; pero bien pronto, sucumbiendo á la fatiga, habia cerrado los ojos y dejado caer la cabeza contra el pecho del anciano.

Este le miró un instante con muda admiracion.

—Cuán bella es la criatura! dijo él. ¡Qué hermosa es su alma!... ¡qué puros sus rayos, cuando las pasiones y las luchas de la vida, no le han quitado su fé y su inocencia primitiva!...

Hé aquí un ángel que duerme sobre mis rodillas... ¿cuál será su suerte?... qué será de él en el mundo? Ah! que Dios te proteja, hijo mio!...

Y dándole un beso, se levantó con precaucion entrando en la casa con el pequeño en los brazos.

Al entrar en la sala de la habitacion en que vivia Mr. Decock dijo con una alegre ronrisa:

—Ved aquí á Ernesto que se ha dormido en el pais de Jauja; él soñará, sin duda, con todas aquellas golosinas.

—Traed, querido hermano, dadme á Ernesto: dijo M.lle María. Pareceis una nodriza.

—Veis, nuestra pequeña Herminia, tiende tambien las manos hácia vos, dijo riendo M.me Decock que estaba sentada cerca de la ventana con la niña en las rodillas. Es verdaderamente admirable ver como os quieren estos niños, tio Juan. Ernesto rabia por estar con vos y en cuanto salís de la casa se queda triste y os busca por todas partes.

—Es verdad, Herminia; dijo Blondeel con orgullo; yo no comprendo porqué es esto.

—Ah! porque conocen que los amais tiernamente.

—Amarlos!... dijo M.lle María; ha rejuvenecido veinte años desde que estos angelitos están en el mundo!... Yo creo que sueña todas las noches con ellos.

—Y no os engañais, hermana mia; yo he visto esta noche á Ernesto, venir á casa con su título de abogado, y aun estando dormido lloraba de alegría.

—Eso no me asombra; replicó M.lle María. Creereis, Herminia, que no hace mas que cálculos; y que hoy, lo que no ha hecho nunca, trabaja por aumentar nuestra fortuna, me hace economizar en la casa y se ha vuelto avaro? No adivinais el motivo?...

—Bah! teneis buen modo de chancearos; dijo Blondeel con una gravedad singular; como si no hiciérais vos lo mismo. Y es muy justo procurar que estos angelitos tengan alguna cosa para entrar un el mundo; yo no hallo mas placer que en guardar dinero para ellos.

Herminia que se habia levantado tomó la mano de su tio y la apretó con profunda emocion.

—¡Cuánto tengo que agradecer á Dios por sus beneficios!... murmuró ella; me da un noble y amante esposo, unos hijos hermosos!... y unos amigos como vosotros, que aumentan y procuran mi felicidad!... Podria yo tener pesares?... ah! no; sería una ingratitud.

—Pesares!... repitió Blondeel; pesares en el paraiso terrestre?... Pues confesais, Herminia, que esto es un paraiso de dicha, de paz y de amor. Ahora sentémonos; mi hermana te mima demasiado, sé que hablábais cuando entré. ¿Del nuevo camino de hierro propuesto, no es eso?

—En efecto, tio Juan, respondió Herminia; hablábamos de mi marido; está lleno de inquietud y se afana todo el dia en hacer artículos para los periódicos, en poner notas para los diputados que quieren defender su proyecto, y en calcular los medios para hacerle adoptar. Esta mañana estaba casi desanimado.

—Hace mal, Herminia; su proyecto ha sido enviado ayer á las secciones de la cámara para mas minucioso exámen y se decidirá pronto.

—Pero la mayoría está en contra.

—Bah! ya cambiará: Mr. Decock ha defendido su proyecto con una elocuencia llena de conviccion, y Mr. Rogier ha hecho valer todo el poder de sus poderosas influencias en favor de este trazado, lo que vale mucho, y no comprendo porqué Ernesto se desanima. Yo le creia con mas fortaleza.

—Fortaleza! Mr. Juan; murmuró Herminia con entusiasmo; vos no le conoceis; Ernesto tiene un corazon fuerte y valeroso, y no será él quien baje la cabeza delante de una dificultad cualquiera que sea; pero vos que procurais hacer economías por amor á sus hijos, comprendereis el motivo que inquieta y entristece á mi pobre Ernesto. Ciento veinte mil francos, de los cuales pensaba poner una buena parte en la cabeza de sus hijos se le escapan ó amenazan escapársele, y esto le turba.

—Y tiene razon; dijo la señorita María; su deseo de ganar dinero es muy laudable, y al sufrir así, da prueba de un noble corazon y de un profundo cariño por su familia.

—Tambien apruebo su deseo, dijo Blondeel; aunque no deja de enfadarme, que ese dichoso proyecto venga á turbar nuestra tranquilidad, arrojando sombrías nubes en el hermoso cielo de nuestra dicha. ¡Ah! y qué sucederá si se rehusa? Preveo un disgusto, y lo siento, porque Ernesto no necesita de eso; ahí tiene en ese armario diez mil francos de fondos belgas que ha comprado la semana pasada con sus honorarios por la construccion de la nueva fábrica de Molenbeek; además, nuestra fortuna que asciende á poco mas de doscientos cincuenta mil francos, es suya; ¿qué temor puede tener por sus hijos, si con esto solo están al abrigo de la miseria?...

—Yo sé que mi Ernesto agradece mucho los beneficios que prodigais á su familia; pero no por eso es menor su deseo de ganar por sí mismo alguna cosa; el trabajo y la lucha sobre el campo de la industria son necesarios á su naturaleza y á su vida. Su espíritu tiene necesidad de movimiento, y se crece con las dificultades y con los obstáculos que encuentra en su camino; pero no creais que por eso está descontento de su suerte, no pasa una hora sin que levante los ojos al cielo, dando gracias á Dios por su infinita bondad. Dejadle ganar dinero, tio mio; si viérais cuánto goza al poner la mano en el fruto de sus sudores!... Si pudiérais verle cuando coloca los diez cupones de renta de mil francos, sobre la cuna de sus hijos dormidos, verteríais lágrimas de admiracion y de afecto; Ernesto tiene el corazon de un ángel y la voluntad de un genio.

Herminia habia pronunciado estas palabras con tanto entusiasmo, que sus tios la escuchaban visiblemente conmovidos.

—Tú tienes razon, mi querida sobrina, dijo Blondeel; y bien trabajaremos todos para el porvenir de nuestros queridos niños; pero no tengamos disgustos por nada; esto se prohibe completamente en esta casa.

La niña se habia dormido tambien en las rodillas de su madre, y despues de un instante de silencio replicó Juan Blondeel:

—Herminia, ¿porqué no llamas á la criada para que lleve los niños á la cuna, y nos tocas en el piano el trozo de Servais?

—Otra vez?... vamos, eso es una monomanía!... exclamó M.lle María.

—Es preciso. Debo ejecutar esa pieza el domingo en el concierto para los pobres de Schaerbeek y como será quizá la última vez que tome parte en esas funciones no quisiera sacarla mal y que se rieran de mí.

Herminia llamó á la criada, que llevase los niños; y en el intermedio Mr. Blondeel atravesó el jardin y se dirigió á su casa á buscar el violoncelo.

—Y bien; aprovechemos este momento, tio; dijo Herminia, antes que los niños se despierten.

—No me vengas con prisas, Herminia; ten indulgencia conmigo y no me hagas correr la posta; dijo su tío que sudaba templando el violoncelo, para ponerlo al mismo tono que el piano; debes considerar que mis dedos no tienen veinte años, y que estoy sudando sin consuelo.

—Bueno, bueno, ya estamos conformes; dijo Herminia; prestad atencion que vamos á empezar.

Todo fué muy bien al principio y mientras el *andante*; el viejo aficionado soplaba violentamente cuando una escala rápida le obligaba á pasar con viveza los dedos de alto abajo de las cuerdas, sin embargo tocó regularmente hasta el momento en que entraron en el *allegro* y la pieza tomó un aire mas rápido; entonces Mr. Blondeel gritó á Herminia:

—Esto va muy de prisa!... Oh! demasiado.

Pero ella continuó sin detenerse, tanto que el violoncelista cansado y sofocado, se detuvo en medio del *allegro*; el sudor corria de su frente y respiraba con tanta fuerza como si hubiera dado una larga carrera.

—Ouf! suspiró; lo haces á propósito Herminia; no parece sino que sientes el látigo; ¿crees tú que tengo veinte dedos en la mano derecha?

—Pero, querido tio; qué he de hacer si este es el verdadero tono de la pieza!... exclamó M.me Decock.

—¡Qué idea habeis tenido de elegir un trozo tan difícil!... exclamó María; la modestia no es por cierto moneda corriente entre los músicos y haceis mal; yo, por mi parte, tocaria una cosa mas sencilla y que tuviera bien aprendida.

—Es verdad, querida hermana; pero por última vez quiero hacer oir mi pieza favorita; ya es tiempo de descansar, pues aunque el corazon siempre es jóven, los dedos envejecen y lo siento á fe.

—Pero si faltan todavía cuatro dias hasta el domingo, replicó Herminia, y podremos ensayar las veces que sean necesarias hasta sacarlo perfectamente; y no dudeis que saldrá bien, solo hay una dificultad en el *allegro* ante la cual siempre os habeis detenido; pero muy pronto la salvareis con un poquito de paciencia...

—Y bien, voy creyendo que tienes razon; ensayémosla otra vez con nuevo valor y con voluntad firme, á ver si logro vencer esa dificultad.

El allegro vuelto á ejecutarse salió mucho mejor; Mr. Blondeel se iba entusiasmando, cuando de repente entró la criada y dijo:

—Señora; aquí está M.me Pottewal.

—Mi hermana! exclamó Herminia.

—Teresa! murmuró M.lle Blondeel con asombro.

M.me Pottewal que habia seguido á la criada entró en la sala.

Blondeel estupefacto dejó caer en tierra el violoncelo; habia visto de una ojeada furtiva, que Teresa estaba horriblemente pálida y que en los ojos se veian los signos de abundantes lágrimas.

Herminia se habia lanzado al cuello de su hermana y mientras la tenia apretada entre sus manos preguntó con voz inquieta:

—¡Teresa!... ¡querida Teresa!... ¿qué tienes? ¿qué te ha sucedido? Tú tiemblas!... estás pálida! ha sucedido alguna desgracia? habla!... hermana mia!...

Teresa no respondió al pronto; se quedó con la cabeza baja, pero interpelada de nuevo, dijo con una voz tranquila en apariencia, pero alterada por un acento de profundo desconsuelo:

—Oh! hermana querida!... mi marido ha perdido toda su fortuna!... y mas todavía; ¡seiscientos mil francos!...

Mientras que su auditorio repetia con un estupor mezclado de espanto tan fatal nueva y la miraban con asombro, ella contó en breves palabras la desgracia de que era objeto el pobre Pottewal.

Herminia interrumpiendo su explicacion se arrojó de nuevo al cuello de su hermana vertiendo abundantes lágrimas y prodigándola tiernísimos consuelos; pero Teresa aunque agradeciendo tanta compasion, parecia no hacer mucho caso de sus palabras y observaba, por el contrario, con inquietos ojos á su tio Blondeel, que sacudia en silencio la cabeza, y cuyo rostro no solo expresaba piedad, sino tambien un profundo disgusto.

—Seiscientos mil francos perdidos!... perdidos sin esperanza?... murmuró M.lle María.

—Ah! si yo pudiese hallar doscientos mil francos prestados hoy mismo, suspiró Teresa, ó mañana temprano, podríamos conservar una parte de nuestra fortuna; pero dónde hallarlos ¡oh! cielos!...

—Vuestro padre os los dará; dijo Juan Blondeel; él puede, es rico, porque asciende su fortuna á mas de un millon.

—Oh! no, no; mi padre me los ha rehusado despiadadamente; y aunque me viera morir á sus piés no daria ni la décima parte de la suma que necesitamos para salvarnos.

—Y en este caso, qué pensais hacer?

—Yo no lo sé; mi espíritu está turbado; rechazada por mi padre, amenazada por una ruina inminente, me he atrevido á esperar que una desgraciada mujer que se siente agobiada por el peso de la mas cruel fatalidad, hallaria socorro en vuestra casa; pero me engañé; y en efecto ¿qué he hecho yo para merecer vuestra compasion?

(Se continuará.) FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

REVISTA DE CADIZ.

Cuéntase que el insigne Fray Luís de Leon, despues de largos años de persecuciones y encarcelamientos, al volver á subir á la cátedra que la Universidad de Salamanca tuvo la dignidad de conservarle siempre, comenzó su primera leccion con estas célebres palabras: "Como decíamos ayer," y continuó su discurso cual si no hubiese mediado semejante interrupcion.

Ahora bien, como es harto mas fácil copiar á Fray Luís que llegar á ser lo que él fué, nosotros, despues de un no corto silencio, no producido por cárceles ni por procesos, al tomar de nuevo la pluma para que no se nos olvide el antiguo oficio, decimos con aquel sabio: "Como decíamos ayer..."

Pero es el caso que entre aquel ayer y este hoy han sucedido muchas cosas dignas de honorífica mencion; que hemos tenido una deliciosa velada del Córpus, la cual nos ha hecho ver que, contra lo que nos íbamos sospechando, Cádiz conserva vivo su proverbial buen gusto, unido ahora como siempre á esa exquisita cultura, de la que nadie ha dudado jamás, porque seria dudar de que el sol alumbra.

Sin embargo, como este acontecimiento y otros pertenecen á la historia, pasaremos á ocuparnos de hechos mas *palpitantes*, segun decimos ahora. El teatro Principal es hoy el que mas palpita, porque es hoy el que cuenta con mayores entradas, ó lo que es lo mismo, su botiquin es el que tiene mayor palpitacion.

Este teatro, segun es notorio, ha experimentado un largo eclipse; sus puertas han estado cerradas porque al parecer estaban sus grietas abiertas; tal al menos se decia de público. Nosotros ignoramos cuál fué su enfermedad; solo sabemos, porque lo hemos visto, que se le amputó un miembro de cal y canto, y que despues de esta operacion se le dió por sano, funcionando en él, por consecuencia, su actual compañía lírica.

La lista de ella nos presentaba una série de nombres, para nosotros nuevos, á excepcion del de la Sra. Borghi-Mamo, distinguida artista, á la que aquí habíamos oido lo bastante para desear oirla de nuevo. Este nombre ya era por sí una garantía, y era además una esperanza respecto al mérito de sus compañeros. Cádiz confiaba además en los buenos deseos de la empresa, así como en la inteligencia probada del Sr. Rizzoli, su representante, puesto que él ha sido siempre quien ha hecho oir en nuestro teatro á los artistas líricos de mas fama. Digamos esto en merecida honra suya.

El público de Cádiz correspondió plenamenie al llamamiento que se le hizo. La Sra. Borghi-Mamo, en las óperas de su repertorio, fué aplaudida como lo habia sido antes, y acaso mas; halló en el Sr. Stagno un tenor muy jóven, pero con una magnífica voz, y con elementos para llegar á ser un dia una notabilidad en su arte; encontró en el Sr. Palermi otro buen tenor en su género, y un buen barítono en el Sr. Storti. Las demás partes de importancia en la compañía, todas fueron muy aceptables y todas alcanzaron aplausos.

No era necesario mas para que esta primera época fuese brillante y animada; pero como la ya dicha primadonna cumplia en breve su compromiso, faltaba saber si sería dignamente sustituida, si bien la fama de la Sra. Carlota Marchisio atenuaba en mucho este temor. Ella en efecto, así como su hermana Bárbara, notabilísima contralto, eran esperadas de un momento á otro, en union del excelente bajo Sr. Petit.

Pero antes de entrar en esta segunda série de las tareas líricas, nos falta, por via de apéndice, decir algo de la Sra. Borghi-Mamo, la cual, una vez terminada su contrata, y ya próxima á partir, nos proporcionó un excelente rato, prestándose graciosamente á tomar parte en un concierto particular.

Tuvo este lugar en casa del acreditado profesor de piano y canto D. Cárlos Zanardi, director del Círculo Filarmónico. Es sabido qne dicho señor reune frecuentemente en academias á sus discípulas y discípulos, con el fin de acostumbrarlos á cantar y tocar en público, logrando de este modo que se despierte en ellos un laudable estímulo. Pues bien, esta academia se convirtió el domingo 4 de Agosto en un brillante concierto vocal é instrumental, en el que además de los acostumbrados discípulos, se ofreció con la mejor voluntad á cantar algunas piezas la eminente artista de que hemos hecho mérito. No hay necesidad de decir si allí, esto en una reunion exclusivamente filarmónica, alcanzaria estrepitosos aplausos, así como está demás que añadamos que hubo para ella flores, coronas y versos. ¿Cómo pudieran faltarle semejantes homenajes, hijos del entusiasmo, en aquel sitio y ante tal concurrencia?

Presentáronse por fin en nuestra escena las hermanas Marchisio, y si mucho se esperaba de ellas, la realidad superó esta vez á todas las esperanzas y satisfizo todos los deseos.

Ya la prensa entera de esta capital ha elevado unanimemente su voz, acorde con la del público, para preconizar el relevante mérito de ámbas artistas. Sus revistas teatrales han tenido sobre la humilde nuestra la doble ventaja de la inteligencia y de la oportunidad; ellas han hecho justicia á los raros dotes artísticos que una y otra poseen, merced á los cuales han colocado sus nombres á la altura del de las primeras cantantes de Europa.

Pero aun tenemos que agradecer otra cosa mas á esta empresa y á esta excelente compañía. Años ha que la caprichosa moda tenia alejadas de nuestros teatros las magníficas inspiraciones del gran Rossini. *Otello* era hasta desconocido de casi toda la generacion actual; *Semíramis*, si bien ejecutada con posterioridad, no habia dejado aquí todos los recuerdos que debió, y su paso por nuestra escena fué débilmente percibido. Habia pues que rehabilitar aquí estas admirables concepciones de uno de los mayores genios músicos de que se gloría la Italia, y para eso era preciso que aquellas deliciosas notas pudiesen tener intérpretes dignos de ellas. Esto se ha conseguido ahora, y el público, ó al menos una no leve parte suya, se ha sorprendido agradablemente al ver que existian esos tesoros artísticos, por tanto tiempo olvidados y casi desdeñados, merced á los cuales los repertorios no tendrán que vivir encerrados en el círculo perenne de ciertas óperas, de las que nunca se sale. Este es ya un gran paso en el porvenir del actual teatro lírico.

Como todas las artes se encadenan entre sí y se llaman unas á otras, nosotros nos encontramos, segun suele decirse, de manos á boca en este punto de nuestra revista con una corrida de toros; pero corrida célebre por muchos conceptos. Esta ha sido promovida por la Real Junta de Damas, á beneficio de los expósitos. Caemos, pues, desde la fermata al cuarteo, y del *do* de pecho al volapié. De los accidentes esenciales é intrínsecos de la funcion nada diremos ni ahora ni luego; pero de otros que la precedieron y acompañaron es nuestro ánimo ocuparnos brevemente en otra revista.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

MAÑANA.

Mañana, ven, que te aguarda
mi corazon con zozobra,
y en mi impaciencia imagino
que pasan lentas las horas.
Tú eres, *Mañana*, una vírgen
que se oculta, ruborosa,
bajo el velo del misterio
y en el cendal de las sombras.
Tú eres, *Mañana*, un abismo
á donde el hombre se asoma,
á contemplar en su fondo
una vision engañosa.
El mundo te vé á lo léjos
como una brillante antorcha,
que alumbra los funerales
de sus vanidades locas.
Y para el pobre que espira,
eres lámpara mortuoria,
á cuyo débil reflejo
vé llegar su última hora.
Tú al que sufre le consuelas
con tu imágen vaporosa,
porque espera que le traigas
el término á sus congojas.
Y el que entre rudas cadenas
jime en oscura mazmorra,
á tí, tan solo le pide
la libertad que le roban.
La humanidad delirante
en pos de tí corre ansiosa,
y rie cuando te acercas
y cuando te alejas, llora.
Y así entre risas y penas,
y esperanzas ilusorias,
te buscan, y solo te hallan,
Mañana, en la oscura fosa.
Y te alejas, y te alejas,
á unos brindándoles gloria,
á otros ciñendo á sus sienes,
de espinas una corona.
El *Ayer* se hundió por siempre
del tiempo en las negras ondas,
mas, ¡ah! tú vendrás, *Mañana*,
á hacer la existencia hermosa.
Tú eres, *Mañana*, una nube
que tiñe el cielo de rosa,
y se torna en manto negro
cuando el sol no la colora.
Eres un lirio nevado,
que allá en la laguna brota,
y guarda en su vírgen seno
las lágrimas de la aurora.
Eres la fuente lejana
que al peregrino alboroza,
cuando se encuentra sediento
en la arena abrasadora.
Mas, llega y cae fatigado,
que fué solo ilusion óptica:
y así engañas los sentidos,
y en desesperarnos gozas.
A unos les brinda tu mano
con las mundanales pompas;
y á otros das amargos tragos
del dolor en la ancha copa.
Te ven unos adornado
de blancas galas y aljófar;
y otros te esperan, cubierto
con las funerales tocas.
Tal vez, *Mañana*, me guardas
en tus urnas tenebrosas,
el decreto inexorable
que el hilo á mi vida rompa;
y ni el llanto de mis hijos,
ni los ayes de mi esposa
podran ablandar tu pecho,
porque tú, jamás perdonas.
Las flores que hoy se entreabren
frescas, lozanas y hermosas,
Mañana tu soplo helado
sin compasion las deshoja.
Y el campo que Mayo viste
de verde y florida alfombra,
tú has de convertirle luego
en cementerio de hojas.
Al que ora el cielo sonrie
y en dicha y placer rebosa,
pronto la hiel que le brindes
apurará gota á gota.
Empero, todos le aguardan
con impaciencia y zozobra,
y en su loco afan presumen
que pasan lentas las horas.
Ven, *Mañana*, y si te place
en tu altar mi dicha inmola;
mas, líbrame de esas manchas
que el mal en el alma arroja.
No permitas que mi planta
siga por senda tortuosa,
ni que en mi frente se lean
esos signos que sonrojan.
Déjame dar á mis hijos
la resignacion piadosa,
para no temer tus males,
ni esperanzar en tus glorias.
Y verás doblar mi frente
y aguardar mi última hora,
hasta que me des, *Mañana*,
lo que mi alma ambiciona.

Bayamo: Isla de Cuba.

GINÉS ESCANAVERINO DE LINARES.

Explicacion del figurin iluminado.

NIÑA DE 8 AÑOS. Enagua de fulard maiz con lunares negros; orla greca de miñardis; cinturon adecuado con escarapela; corpiño de nansuk blanco, con presillas de guipur, compuestas de un entredos hecho al crochet; puño con el mismo adorno

NIÑO DE 3 AÑOS. Trage escocés de popelina gris.

JOVENCITA DE 13 AÑOS. Zagalejo de fulard azul liso; trage de fulard á listas azules y blancas, con una orla á festones de fulard azul liso. Paletot igual al trage. Gorra de paja con tira al rededor hecha de plumitas blancas.

NIÑA DE 10 AÑOS. Zagalejo plegado de cachemira encarnada. Trage corto de muer gris claro, con dientes ribeteados de cachemira encarnada. Gran cinturon de cinta encarnada, atado por detrás. Lazos encarnados en los hombros del corpiño escotado. Corpiño montante blanco.

NIÑA DE 3 AÑOS. Trage de piqué blanco, con entredos de guipur blanco puesto con una cinta azul. Gran cinturon azul. Corpiño escotado plegado, de muselina blanca.

NIÑO DE 8 AÑOS. Pantalon ancho y corto, con chaqueta-blusa, todo ello de popelina marron. Medias largas. Botas de piel. Sombrero marinero de paja gris.

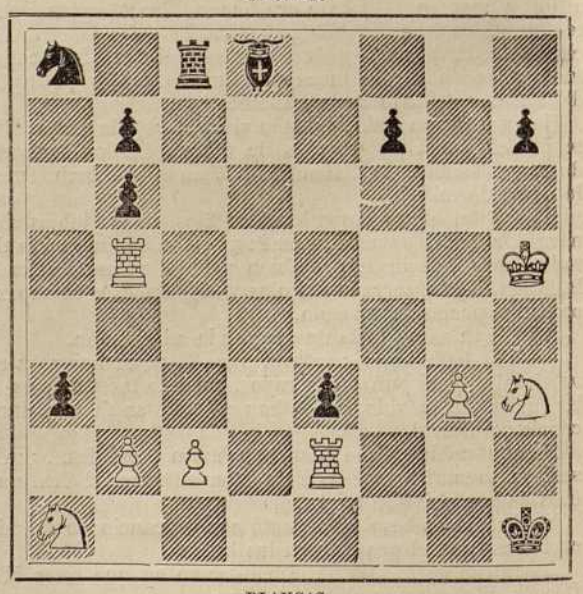
PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 99.

Blancas.	*Negras.*
1.ª R.ª toma C.	T.R.ª toma R.ª
2.ª T. toma P.T.	Cualquiera.
3.ª T. ó C. jaque-mate.	

PROBLEMA N.º 100, COMPUESTO POR M. S. LOYD.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas juegan y dan mate en 5 jugadas.

DIRECTOR, D. FRANCISCO FLORES ARENAS.

CADIZ, 1867. — IMPRENTA Y LIT. DE LA REVISTA MÉDICA,
á cargo de D. Federico Joly y Velasco,
Bomba n. 1.